

NOVELA
CENTRAL



**LOS CUATRO
ROBINSONES**

Juguete cómico en tres actos

G. ALVAREZ Y
MUÑOZ SECA

Tovar
1917.

IA PLANA

cts.

LA NOVELA TEATRAL

Director: José de Urquía

Complemento de la Novela Corta

MAY 13 1971

HOMENAJE A LOS NOVELISTAS
ESPAÑOLES DEL SIGLO XIX
en LA NOVELA CORTAPA
6227
N6
no. 56-81

La NOVELA CORTA, después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, **para complementar su apostolado de divulgación literaria** va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada uno de ellos **UNA SOLA OBRA** en el siguiente orden, teniendo presentes las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

LARRA.--El Doncel.
ESPRONCEDA.--Sancho Saldaña.
PATRICIO DE LA ESCOSURA.--El Conde de Candespina.
MARTINEZ DE LA ROSA.--Doña Isabel de Solís.
ENRIQUE GIL.--El Señor de Bembibre.
FERNANDEZ Y GONZALEZ.--La maldición de Dlos.
ORTIGA Y FRIAS.--A belardo y Eloisa,

HARTZEMBUSCH.--La hermosura por casillo.
GERTRUDIS G. AVELLANEDA.--El donativo del diablo.
PASTOR DIAZ.--De Villahermosa a la China.
IGUALS DE IZCO.--La Marquesa de Bellafior.
NAVARRETE.--Una historia de lágrimas.
FEREZ ESCRICH.--El Cura de Aldea.
PILAR SINUES.--La rama de Sándalo,

NOVELA HISTÓRICA

F. PATXOT.--Las ruinas de mi convento.
CANOVAS.--La campana de Huesca.
VICCETO.--Los hidalgos de Monforte.
BALAGUER.--La espada del muerto.

NAVARRO VILLOSLADA.--Doña Blanca de Navarra.
AMOS DE ESCALANTE.--Ave Maris Stella.
CASTELAR.--La hermana de la caridad.

NOVELA NATURALISTA

FERNAN CABALLERO.--La Gaviota.
MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.--La protección de un sastre.
EL SOLITARIO.--Escenas andaluzas.
MESONERO ROMANOS.--Escenas matritenses.

PEREDA.--ANTOLOGÍA.
VALERA.--ANTOLOGÍA.
CLARIN.--ANTOLOGÍA.
SELGAS.--Nona.
ALARCON.--El Niño de la Bola.
ARTURO REYES.--Una novela.

También rendiremos un homenaje a la memoria de los grandes escritores y poetas que escribieron narraciones en prosa.

POETAS

ZORRILLA.--Recuerdos de tiempo viejo.
TRUEBA.--Cuentos campesinos.

BECQUER.--El caudillo de las manos rojas.
CAROLINA CORONADO.--Sigea.

ESCRITORES

GANIVET.--Pío Cid.
SILVERIO LANZA.--Medicina rústica.
TABOADA.--Una novela.

EUSEBIO BLASCO.--Una novela.
ALEJANDRO SAWA.--La noche.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas grandes novelas extractadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por

La Condesa de Pardo Bazán, Rodríguez Marín, Azorín, Manuel Bueno y Cristóbal de Castro.

Estos números HOMENAJE, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.



Los cuatro Robinsones

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

original de

Enrique Garea Álvarez y Pedro Muñoz Seca

PERSONAJES

CONCHA GUERRA
SEBASTIANA
ANGUSTIAS
MARY MACHS
MARCELINA
BLANCA
ESMERALDA
BIBIANA
CARIDAD
PIEDAD
MARTINA

CASILDA
LUISITA
LEONCIO GOMEZ
VENANCIO LOPEZ
GERUNCIO SANCHEZ
CRESCENCIO PEREZ
PEPITO
CURRITO
ARMANDO
ALECOK
ARENAL

SANTIAGO
ZALDIVAR
EL CIPRÉS
BIBIANO
CAMARÓN
ERNESTO
EL GAYARRITO
VILLALON
MERCIERIK
KALVENIEP

ACTO PRIMERO

Cenador de un espléndido jardín en una quinta levantina. El cenador está cubierto por espesos parrales y está adornado con guirnaldas y farolillos a la veneciana. El lateral derecha, en sus dos primeros términos, está formado por la fachada de un suntuoso y elegantísimo edificio, con puerta en el centro. En el lateral izquierda, último término, se ve el arranque de otro edificio menos lujoso. Es de día. Epoca actual, y en el mes de abril, por más señas.

Al levantarse el telón están en escena Sebastiana y Camarón. La primera, guardesa de la quinta, es una mujer como de cincuenta años. Camarón es un marinero joven y con cara de bruto.

SEB.—(Junto a la puerta de la derecha escuchando.) Si; están acabando de comer

CAM.—Bueno; pero oiga usted, Sebastiana. ¿De veras que no saben ustedes quienes son esos señorones?

SEB.—(Dándose importancia.) ¡Hombre!...

CAM.—Vamos, dígame usted lo que sepa de ellos.

SEB.—¿Me prometes no decir a nadie una palabra?

CAM.—Hágase usted cuenta de que dialoga con una palangana.

SEB.—Pues verás. Hace varios días recibí mi marido una carta del amo de la finca, que como sabes, está en el extranjero, en la que le decía: «Apreciable Santiago: es posible que en este mes se presenten en esa con una carta mía, varios amigos entrañables que desean pasar en «El Rincón» una temporada. Pon la finca a su disposición.» Y en efecto, hace tres días se presentaron con la carta del amo esos cuatro señores y esas dos señoritas.

CAM.—Bueno, ¿pero quienes son ellos?

SEB.—Los apellidos no los se: pero por lo que he podido entresacar, el delgado y alto es gobernador, el otro delgado y más joven es diplomático, el grueso de la perilla es general y ese otro, el de la cara tan seria, es nada menos que magistrado de Audiencia.

CAM.—Camará y vaya una gentuza.

SEB.—¿Pero qué dices, Camarón?

CAM.—Es que hablo en irónico.

SEB.—Pues nada, que nosotros al verlos pensamos: estos señores y estas señoritas, vienen aquí a pasar unos días de sosiego lejos del bullicio de la capital; pero, muchacho, no llevaban en la finca media hora cuando el gobernador que debe tener cincuenta y seis corridos, empezó a pedir cazalla y a gritar que le fueran por unas castañuelas.

CAM.—Camará, qué raro.

SEB.—El general gritaba; «a ver, que me traigan señoras que no pasen de los veintidós años.

CAM.—No es un idiota, no.

SEB.—El diplomático decía: «naipes, que vayan por naipes», y el magistrado, que parecía el más circunspecto, rompió a gritar: «puesto que el plan es ese, que vengan guitarristas y bandurrieros acompañados de bailadoras, cantadoras y jaleadoras que nos distraigan unas horas.»

CAM.—Y oiga usted, ¿son de acá de la provincia de Castellón o son de Alicante?

SEB.—No lo sé; lo que puedo decirte es que llevan tres días de jarana, que no se cómo tienen cuerpo.

CAM.—Na, que estos señoritos se dijeron: vamos a correr una juerga; pero vamos a correrla hasta que sudemos la gota gorda, y si todavía no han roto a sudar, es que no sudan ni con salicilatos. ¡Qué gentecita hay en el mundo!

SEB.—Yo estoy muerta. Desde que llegaron no he pegado un ojo y mi pobre marido no hace más que ir a la capital, con una barba postiza para que no le conozcan, y traer barriles de cognac, cuerdas para las guitarras, bicarbonato para el magistrado, etc. etc., y está el pobrecillo cansado de una manera, que el día que se meta en la cama, la parte.

SANT.—(Por la puerta de la derecha, hablando hacia el lateral.) Sí, señor; no se me olvidará nada. (Entra en escena.) Ea, otra vez a la capital. Estoy viajando más que Lerroux.

SEB.—Escucha, ¿qué encargos llevas?

SANT.—(Sacando una lista.) Lo de siempre. Dos cajas de amontillado Domecq. Cuatro mazos de brevas Carvajal, polvos de arroz marca «Miochotis» y esencia de «Ubigán» para las señoras; ir de parte del barón a ver a dos tíos y traerme ocho primas.

SEB.—¿De quién?

SANT.—Pa las guitarras, mujó. Y lo que más me indigna es eso de tener que ponerme la barba; porque a más del calor que me da, no puedo saludar a nadie. Ayer me encontré a Perera y le dije «Adiós, Casildo», y se quedó mirándome, como si hubiera visto al Comendador.

VEN.—(En la puerta de la derecha. Es un señor como de cincuenta años; muy bien vestido, pero con una cara que da miedo.) Santiago...

SANT.—Mande usted.

VEN.—Se me había olvidado decirle que trajera bicarbonato y magnesia Bisop. Se llega usted a la farmacia de Irigoyen y que le den un kilo del de sosa y tres frascos Bisopes.

SANT.—Está muy bien.

VEN.—Ande, ande; no pierda el correo y que no se le olvide nada. (Mutis.)

SANT.—No, señor.

SEB.—Escucha, ¿qué están haciendo ahora?

SANT.—Ahora están de sobremesa, contando chascarrillos picantes. (Ríe.) Por cierto que el gobernador ha contado tres ¡mi abuela! Yo creí que echaba las tripas. (Ríe.) Bueno, el tío ese es más salao que una anchoa. (Ríe.) El del obispo... (Se tronza de risa.) ¡Ay, mi abuela, el del obispo!... ¡Ja, ja, ja!...

CAM.—¿Cómo es, señor Santiago?

SANT.—Acompáñame a la estación, y por el camino te lo diré. Verás qué cosa tan graciosa. (Vase, seguido de Camarón.)

SEB.—(Ruido de voces dentro, seguido de cacharros que se rompen.) ¡Dios bendito! ¿Qué pasará? (Se acerca a la puerta de la derecha y escucha.)

CRES.—(Dentro.) ¡Cochino!

VEN.—(Idem.) ¡Sinvergüenza!

CRES.—(Idem.) ¡Borracho!

VEN.—(Idem.) ¡Fuera! (Nuevas voces y un gran estrépito.)

SEB.—¡Ay! (Da un grito y hace mutis por la izquierda, último término. Por la puerta de la derecha entran en escena Crescencio y Leoncio. Leoncio frisa en los cincuenta años; es un señor elegantísimo. Crescencio, que tiene bigote y pera de general, es un señor bastante grueso, que ha cumplido también los cincuenta años. Viene nervioso, acalorado, casi arrastrado por Leoncio.)

CRES.—(Hablando hacia el lateral, airadísimo.) ¡Eso! ¡Y si no tiene usted costumbre de ingerir bebidas alcohólicas, beba azahar!...

LEON.—Bueno, esto se ha terminado: tú te sientas ahí y enmudeces. ¡Pues estaría bueno! Reunirnos aquí cuatro amigos de la niñez para juerguearnos y salir ahora a trompada limpia, como si fuéramos cuatro desarrapados.

CRES.—Es que me ha dicho...

LEON.—¡Nada! ¡Se acabó! Tienes que hacerte cargo, que lo que él te ha dicho, no te lo ha dicho como magistrado que es, sino como Venancio López González, y tú has debido escucharle, no como general de brigada que eres, sino como Crescencio Pérez Gutiérrez, porque si yo presencio vuestra disputa como gobernador civil de esta provincia, y no como Leoncio Gómez Fernández, dormiré esta noche los dos en la jefatura.

CRES.—Oye, ¿tengo manchado el chaquet?

LEON.—Espera. (Lo mira.) Si, aquí, en la espalda, tienes un poco de cabello de ángel. (Crescencio es muy calvo.)

CRES.—¡Por vida!...

LEON.—(Limpiándose.) ¡No te asustes; tienes muy poco cabello!

CRES.—¡Ese animal!...

LEON.—Reflexiona que tú, primeramente, y sin venir a cuento, le tiraste las vinagreras.

CRES.—Poco a poco; le arrojé las vinagreras porque me dijo que yo como militar era un congrio y que ignoraba cómo se dirigía un convoy, y yo para demostrárselo le tiré las vinagreras; creo que estaba en mi derecho.

LEON.—Bueno, afortunadamente no ha pasado nada; cuatro palabras huecas y un poco de bencina.

CRES.—Lo que le ocurre a ese desdichado de Venancio es que en su vida ha corrido una juerga, y es claro, no sabe seguir una broma. Anda, pues si le hacen lo que me hicieron a mí en Melilla cuando yo era teniente, mata a uno.

LEON.—¿Qué te hicieron?

CRES.—Señor, una broma, y como broma había que tolerarla.

LEON.—Pero, ¿qué fué?

CRES.—Nada, que una noche me metieron en un saco, lo ataron y me tiraron al mar.

LEON.—¡Caray! ¿Y eso es una broma?

CRES.—Naturalmente que es una broma. Claro que me sacaron en seguida y me hicieron la respiración artificial, que era un deber de los bromistas.

LEON.—Pues mira, si a mí me dan esa broma, claro que me hacen la respiración artificial; pero yo le doy una bofetada a uno que lo dejo sin respiración.

CRES.—Cómo se conoce que no has vivido en una academia.

GER.—(Por la derecha. Es un hombre elegantísimo. Frisa en los cincuenta años, pero se da muchísima caba y parece un muchacho de treinta y cinco.) Pero, señores, ¿qué va a ser esto? Unos en el comedor, otros en el cenador y distanciados por una tontería. General, adentro. Conchita Guerra desea que penetres.

CRES.—¡Cómo!

GER.—Y quiere que cambies ahora mismo un apretón de manos con nuestro amigo Venancio.

CRES.—Bien; sus deseos son órdenes para mí.

LEON.—¡Bravo!

CRES.—Será obedecida. (¡Qué rica es! Esta Guerra me trae loco) (Vase por la derecha.)

GER.—(Consultando su reloj.) Parece que hoy se retrasan los guitarristas y los cantadores, ¿eh?

LEON.—Caramba, que se han ido a descansar esta mañana a las cinco y media, querido Gerundio, y estuvieron tocando y cantando diez y seis horas seguidas. Como que ya a las cinco no se entendía al Gayarrito lo que cantaba; era un momento dormilón que daba pena: «Me trajo al mundo mi madre... Me trajo al mundo mi madre...» Y no salía de ahí.

GER.—¡Pobrecillo!

LEON.—Para mí el cante flamenco es una lata; pero como a Conchita y a Mary les entusiasma... y estamos aquí con el solo objeto de que vean lo que es una juerga española...

GER.—Bueno, el que nos ha dado el camelo ha sido Venancio. Porque él, cuando embarcó con nosotros, creía honradamente que íbamos a alta mar a pescar bonitos.

LEON.—Calla, hombre, si él era mi ilusión; porque yo pensaba, cuando ese hombre, que no ha salido nunca de sus casillas, vea que no vamos a pescar bonitos, sino a pescar muchísimas merluzas en tierra firme, le vamos a tener que amarrotar para que no se vuelva a Castellón y nos delate a nuestras familias; pero, sí, sí. Hay que verlo metido en jaleo.

GER.—¿Y no has notado una cosa?

LEON.—¿Qué?

GER.—Que tanto él como el general se han enamorado de Conchita Guerra de un modo que me parece que vamos a tener pata.

LEON.—Claro que vamos a tener pata, porque yo no consiento que nadie me pise el terreno.

GER.—¡Ah! ¿Pero también tú?...

LEON.—¿Pues por qué he organizado yo esta semana bucólica, querido Gerundio?

GER.—Te advierto, querido Leoncio, que Concha Guerra es una muchacha decéntisima. Un poco libre si quieres, algo excéntrica como buena americana; pero nada más.

LEON.—Debe ser muy rica, ¿no?

GER.—Sí, es muy rica; pero vive sin ostentaciones ni lujos: excentricidades. Ya ves, toda su servidumbre se reduce a esa doncella yanke que la acompaña.

LEON.—Como que cuando yo la visité en Castellón me extrañó muchísimo que viviendo en un palacio no tuviera por lo menos un mayordomo y algún botones para los recados. Tanto que yo se lo dije a mi mujer: qué raro que esta americana no tenga por lo menos un par de botones.

VEN.—(Dentro.) ¡Vivan los Estados Unidos!

VOCES.—¡Viva!

CRES.—(Dentro.) ¡Viva la libertad!

VOCES.—(Dentro.) ¡Viva!...

LEON.—Como si no hubiera pasado nada. Ahí los tienes en el furor de la orgía. ¡Anda! La traen en procesión. ¡Qué sinvergüenzas! Y todo para ver lo que pescan.

VEN.—(Dentro.) ¡Señores, la marcha real!... (Tararean todos la marcha real. Entran en escena Venancio y Crescencio conduciendo en una silla a Concha Guerra, una elegantísima y guapísima mujer. Tras ellos viene Mary, doncella yanke, más fea que un cañonazo, una especie de Belmonte con faldas.)

CONC.—Basta, señores, basta. (La dejan en el suelo.) Cada vez me siento más orgullosa de haber acompañado a ustedes a esta deliciosa cuchipandita. Son ustedes muy galantes y muy atrayentes. El rasgo del general y del magistrado estrechándose las manos respectivas después del broncazo, les honra y les enaltece a mis ojos, general... (Le alarga la mano.)

CRES.—(Besándosela.) ¡Qué dulce!...

CONC.—Magistrado... (Le alarga la mano.)

VEN.—(Besándosela.) ¡Qué azucarada!

CONC.—Y ahora un nuevo abrazo que acabe de disipar esa pasajera nubecilla.

CRES.—¡Venancio!...

VEN.—¡Crescencio!... (Se abrazan. Aplauden todos.)

GER.—Es usted encantadora.

LEON.—Ideal.

SEB.—(Por la izquierda, último término.) Señoritos...

LEON.—¿Qué ocurre, simpática Sebastiana?

SEB.—Los flamencos, que piden su venia para entrar.

VEN.—¡Gracias a Dios!

MARY.—¡Oh! Los flamencos: ¡viva Andalucía! (Esta Mary habla con marcado acento inglés.)

CRES.—Hoy se han retrasado un poco, habrá que imponerles una multa.

SEB.—Verá usted, señorito, si se mira bien, los pobres tienen disculpa. Se han ido de aquí muy cerca de las seis, después de la tocata y la cantata de toda la noche y toda la tarde de ayer y de toda la noche de antes de ayer, y creo que el Gayarrito llegó a su casa y se encontró con que su señora estaba aumentándole la familia. Claro, no ha podido pegar los ojos y trae un sueño, que al pasar por el jardín ha saludado a una estatua de Neptuno.

LEON.—¡Caray, pues es confundir!

SEB.—Y no les digo nada de cómo vienen Currito el Guasa y el Ciprecito, que viven los dos en una casa de huéspedes y han tenido fuego esta madrugada. Están los pobres que se caen.

CRES.—Pues que espabilen y que pasen, que también se llevan cincuenta pesetas diarias, ¡qué demontre!

SEB.—(Llamando hacia el lateral izquierda.) ¡Chist!... ¡Eh! ¡Artistas!... Ahí vienen ya.

LEON.—Sebastiana, que nos preparen el café.

SEB.—Sí, señor. (Se va por la puerta de la derecha.)

MARY.—(Mirando hacia la izquierda y entusiasmada.) ¡Oh, el garbo de Andalucía! (Por la izquierda entran en escena Currito (el Guasa), el Gayarrito y el Ciprés, tres tipos achuladísimos. Currito trae una gritarra. Entran con un gran abandono, con los ojos hinchados y con un sueño que no se pueden tener de pie.)

LOS TRES.—(A un tiempo.) ¡Salú!

LEON.—Adelante, señores.

VEN.—A ver, una docena de cañitas para esta buena gente.

LOS TRES.—Estimando.

CONC.—Mary, ya ha oído.

MARY.—Sí, señora; una docena de «cañitos». En seguidito. (Se va por la derecha.)

GER.—(A los tres.) Sentarse.

GAY.—(A Currito.) No sentarse que os aceporraís.

CUR.—Tíes rasón.

LEON.—Oiga, Currito, ¿se acordó usted de avisar a esa pareja de baile que le encargué?

CUR.—Sí, señó, y una pareja mu igualita que he encontrao; las hermanas Pascual Bailón. A las cuatro vendrán. Antes no puen veni porque han estao velando a un tío suyo que ha muerto del baile de San Vito, y a las tres lo enterraban en San Pascual Bailón.

VEN.—¿También el tío era bailarín?

CUR.—No, señó; era peón.

LEON.—Bueno, sentarse, hombres.

CIP.—No hay más remedio. (Se sienta.)

CUR.—Lo mandan... (Se sienta.)

GAY.—(Tristemente.) Que se le va a jase. Paciencia. (Se sienta también.)

CIP.—(A Currito.) Oye, si veis que cabeseo, pisarme el pie derecho, pero con cuidado, porque tengo unos callos como pa un banquete.

MARY.—(Con una bandeja con cañas de vino.) Las cañitos.

CONC.—Bien, déjelas ahí y ayude a preparar el café.

MARY.—Sí, señora. (Acercándose a Currito.) ¿Me ha traído lo que le encargué?

CUR.—¡Ah! Sí, señora; tome usted. (Saca de un papel unas castañuelas y se las dá.)

MARY.—¡Olé! (Se las pone y toca muy mal.) ¡Olé! (Todos ríen.) Ustedes rien, pero yo... ¡Olé! (Hace mutis tocando.)

LEON.—Oiga, Ciprés.

CIP.—Mandusté, señó.

LEON.—Supongo que traerá usted alguna alegría nueva, graciosa y algo picaresca, porque, compadre, nos largó usted ayer unas coplas, capaces de hacer llover a un cañón Krup.

CIP.—Son las últimas que corren. Las ha inventao uno que le disen el Bequer. Escuche ustés esta y dígame usté si no es conmovedora.

El verdugo está apretando
la argolla al ajustisiao;
le ha dao treinta y cinco vueltas
y el reo está preocupao.

VEN.—Como que es para preocuparse: ya lo creo.
CIP.—Pos mire usté ésta, qué poética es.

Mi madre está con er tifus.
mi mujé con pormonia.
mis hijos con la gangrena...
perdonad que no me ria...

CRES.—Hombre, esa es más que poética, es lógica.

CONC.—¡Qué atrocidad!

LEON.—Bueno, son preciosas, pero hoy cantan ustedes algo más alegre y picaresco, o esta juega acaba a tiros. Venga de ahí. A ver esos jipios sentimentales y esos punteaos y esos rasgueaos. Venga música.

CUR.—Sí, señó. (Comienza a rasguear con una dejadez espantosa algo muy cansino y muy triste.)

VEN.—Caray, ¿qué es eso tan triste?

CUR.—(Bostezando.) Es una salía pa soleares.

VEN.—Pues parece así como para pedir limosna.

LEON.—Oiga usted, Currito, deje esa soledad en que se abisma y fandanguéese, sevillanése o tientése.

CRES.—Si vengan unas sevillanas.

CUR.—Allá van. (Comienza a tocarlas.)

GER.—¡Eso! A ver si nos animamos.

VEN.—¡Ole mi niño.

CRES.—(Atrancándose cantando y bailando grotescamente en medio de las risas todos.)

En la Torre del oro, mamita,
hay un letrado...
Hay un letrado.
en la Torre del oro,
en la Torre del oro, mamita,
hay un letrado. (Todos le jalean.)
Hay un letrado,
un letrado que dice...
En la Torre del oro, mamita,
hay un letrado...

VEN. — Caray, que pesadez.

CRES. — (Como antes.)

Hay un letrado,
en la Torre del oro;
en la Torre del oro, mamita,
hay un letrado.
Hay un letrado,
un letrado que dice...

LEON. — ¡A ver que dice, que estoy ya nervioso, Crescencio!

(CRES. — (Como antes.)

Un letrado que dice, mamita,
Llevad la izquierda. (Risas.)

LEON. — Anda y que te maten, hombre.

CUR. — (Mirando hacia la izquierda.) Ahí están las hermanas Pandoras.

GEE. — ¡Olé!

LEON. — ¡Viva la alegría!

VEN. — ¡Fuera penas!

LEON. — Se acabó la tristeza.

CUR. — (Hablando hacia el lateral.) Que entreis ustedes. (Entran en escena Bibiana y Marcelina, dos muchachas como de veinte años. Bibiana es muy alta y Marcelina muy baja. Las dos vienen con mantos, de lato riguroso y con unas caras de tristeza que dan lástima.)

BIB. ()
MARC. () ¡Salú, señores! (Todos, al verlas, se quedan en una pieza.)

VEN. — La pareja no es tan igualita, como decía.

LEON. — (Bibiana y Marcelina se miran y se echan a llorar.) ¡Caray! ¿Qué les pasa?

BIB. — Ustedes perdonen la tardanza, pero venimos del Camposanto de darle sepultura a un tío nuestro, que en punto a corazón era uno de los catorse apóstoles.

MARC. — ¡Pobresito tío Pascual!... No se le descompuso la cara ni tanto así; parecía que iba a rompé a hablá!

BIB. — (Secándose las lágrimas.) ¡Tío de mi arma!

CONC. — ¡Pobrecillas!

LEON. — Bien, bien. ¿Qué se le va a hacer? Pueden ustedes marcharse y están ustedes dispensadas.

BIB. — ¡Ay, no señó!

MARC. — Una cosa no quita a la otra.

VEN. — ¡Infelices! Me dan pena... (Acercándose a Bibiana y abrazándola.) Vaya, joven, vaya... Resignación cristiana y conformidad con lo que el cielo dispone.

BIB. — (Llorando silenciosamente.) ¡Gracias, caballero!

VEN. — (Recargando.) Hay que aguantarse, porque así es la vida.

BIB. — Ya lo sé, caballero.

VEN. — Son muy duros los trances de la vida. (Abrazándola.) Durisimos.

BIB. — Sí, señó, sí.

VEN. — (Abrazando a Marcelina.) Y a usted, joven, repito lo dicho a su hermana.

Resignación, mucha resignación, etcétera, etcétera... y también durísimos. (Saca un pañuelo y se seca una lágrima que no tiene.)

BIB.—En fin; que Dios lo haiga perdonao. A nuestra obiligación. (Se quitan los mantos.) Currito: temple y dale a la prima.

LEON.—De ninguna manera. En ese estado de ánimo, sería inhumano... Hay que respetar el dolor. (Pretendiendo abrazar a Bibiana.) Llore sobre mi pecho, pobre joven.

BIB.—(Retirándole con la mano.) Muchas gracias, caballero...

LEON.—(Contrariado.) (Este Venancio las ha escamado. Siempre llego tarde.)

MARC.—Currito, acompañaame esa canción andaluza tan en boga. Dejarme espacio.

VEN.—Bien, pero no jalearlas mucho, que están de pésame. (Música. Bibiana y Marcelina, a compás de las castañuelas, bailan tristemente, gimoteando, unas tristísimas se guidillas. Al ruido de las castañuelas sale Mary, y ella solita, junto a la puerta de la derecha, baila también remedando aún más tristemente, el triste baile de las Pandoras.)

CONC.—Muy bien; muy artistas, muy interesante.

MARC.—(Suspirando.) Muchísimas gracias.

SEB.—(Por la derecha.) Los señores tienen dispuesto el café. (Se va por la izquierda.)

LEON.—Pues vamos.

CRES.—(Ofreciendo el brazo a Concha.) ¿Conchita?...

VEN.—(Idem a Bibiana.) ¿Dolorida joven?...

GER.—(Idem a Marcelina.) ¿Eximia bailadora?...

MARC.—(Llorando.) ¡Ay, mi mare!

BIB.—¡Virgencita mía!

MARC. { (Llorando.) Tío de mi corazón.

BIB. {

LOS CUATRO.—¡Viva la alegría!

TODOS.—¡Viva! ¡Viva la juerga! (Mutis todos por la derecha menos el tocao y los cantaores, que se han quedado dormidos en un rincón al foro.)

MARY.—(Tocando las castañuelas muy mal y haciendo mutis con paso de sevillanas y cantando.)

Arenal de Sevilla, y olé;
Torre de un loro... (Vase.)

SEB.—(Por la izquierda, último término, seguida de Arenal, joven bastante elegante.) Yo no sé si me regañarán por pasarles este recado, pero si el asunto que le trae es en efecto de tanta gravedad...

ARE.—De una gravedad enormísima, señora... Corra o más bien galope. Yo, de la estación a esta villa he tardado cinco minutos. Así estoy, que cada poro de mi cuerpo es un salto de agua.

SEB.—Pues voy en el acto. (Se oyen dentro grandes carcajadas.) Ya ve usted la alegría que reina.

ARE.—Esa alegría no ha de durar ni cinco cuartos de segundo. Vuele.

SEB.—Sí, señor. (Vase por la puerta de la derecha.)

ARE.—(Advirtiendo la presencia de Currito, Ciprés y Gayarrito.) ¡Pobre gente! ¡Postrados de sueño! Bueno, las bacanales aquí habidas durante estos días habrán superado a las que celebraba Lúculo y Petronio, aquellos dos distinguidos juerguistas de la Roma pagana. Ahora, que el remate que voy yo a poner a estas orgías, se le ocurre a don Victoriano Sardou y se catalepsia. Porque lo que les sucede a estos cuatro orgiásticos, todavía no lo ha peliculeado monsieur Pathé Freres. En fin, la autoridad, que no es idiota, resolverá.

LEON.—(Por la derecha, con una botella de champagne y una copa en las manos.) ¿Eh? ¡Cómo! ¡Arenal! ¿Usted?... (Sebastiana cruza la escena y se va por la izquierda.)

ARE.—(Inclinándose.) Señor gobernador.

LEON.—Suprima las zalemas y los tratamientos, que ahora no son del caso, y beba ante todo una copita de la simpática y apesadumbrada viuda de Clicot. (Le sirve.)

ARE.—Un millón de gracias. (Bebe.)

LEON.—Bueno, ¿qué ocurre en Castellón para que usted, infringiendo mi ser-
verísima consigna, venga a interrumpir el jolgorio a que estoy entregado?

ARE.—(Inclinándose de nuevo.) Señor gobernador.

LEON.—Otra copita.

ARE.—(Después de beber.) Otro millón.

LEON.—Diga.

ARE.—Señor gobernador. Oígame su excelencia y atérrese.

LEON.—¡Demonio! ¿Qué sucede?

ARE.—Hagamos historia. Ustedes, para justificar este juergazo, que por res-
peto no adjetivo de escandaloso, dijeron a sus respectivas familias, amigos, co-
nocidos y subordinados que embarcaban en el vapor pesquero «Américo Vespu-
cio», para asistir en alta mar a la pesca del bonito que ustedes habían oído decir
que lo era.

LEON.—¿Cómo que lo era?

ARE.—Que era bonito.

LEON.—Bien; adelante.

ARE.—Embarcaron ustedes en el «Américo» y fueron despedidos en el muelle
por las familias, amigos, conocidos y subordinados.

LEON.—Muy cierto, ¿y qué?

ARE.—El «Américo Vespuccio» atracó aquí a las seis horas, dejó a ustedes en
este delicioso paraje y siguió con rumbo a las Roqueras para efectuar su pesca
cuotidiana, ¿es esto exacto?

LEON.—Exactísimo.

ARE.—Bien; pues lo que ustedes ignoran es que al día siguiente el «Vespucio»
chocó con una mina a la deriva y se hundió para siempre en el fondo del Medite-
rráneo.

LEON.—(Con la mayor naturalidad.) ¡Pobrecillos! ¡Tan simpáticos que eran! ¡Vál-
game Dios, hombre! Y el capitán que nos dijo que el primer bonito que pescaran
nos lo iba a mandar. ¡Qué logogrifo es la vida, querido Arenal! Libe, libe. (Le
ofrece otra copa.)

ARE.—Nuevas gracias. Y ahora me atrevo a preguntar, señor gobernador.

LEON.—Diga, diga.

ARE.—¿No cae su excelencia en la importancia de cuanto acabo de transmi-
tirle?...

LEON.—¡Hombre!... ¡Pchs!...

ARE.—Para que se haga cargo de ello, lea su excelencia *El Faro Levantino* de
hace dos días. (Le da un periódico.) Aquí, en la primera plana.

LEON.—¡Caray, qué titulares!...

ARE.—Lea, lea.

LEON.—(Leyendo.) «Catástrofe marítima. Castellón de luto. El vapor *Américo
Vespucio* naufraga y perece toda la tripulación...» ¡Pobrecillos!... (Lee.) «El exce-
lentísimo señor gobernador de la provincia, don Leoncio Gómez Fernández, fal-
lece en el naufragio... ¡Caray!... (Lee.) «Como asimismo el excelentísimo general
de brigada don Crescencio Pérez Gutiérrez, el ilustrísimo magistrado de esta Au-
diencia don Venancio López González y el excelentísimo e ilustrísimo ministro
plenipotenciario don Gerundio Sánchez Rodríguez, barón del Pozo...» ¡Mi aman-
tísima madre!...

ARE.—Lea, lea...

LEON.—(Leyendo.) «La lindísima americana Concepción Guerra y su simpática
doncella la culta Mary Machs, son también víctimas del Mediterráneo...» (Se sienta
sin fuerzas, casi sin sentido.)

ARE.—¡Caray! ¡Señor gobernador!... ¡Señor gobernador!... ¡Caramba! Se ha
privado del susto, cosa rarísima, porque este hombre nunca se ha privado de na-
da. ¡Señor gobernador!...

LEON.—(Abriendo los ojos.) Arenal... Arenal de mi alma, ¿pero cómo ha dejade
usted pasar estos tres días? ¿Cómo no ha venido usted inmediatamente a darme
cuenta de esta hecatombe? Porque usted era el único que conocía nuestro se-
creto...

sus respectivas cabezas unos negros crespones que les llegarán hasta los tacos, y conste que no rimo. ¡Y lo que es peor!... Sí, señor. Peor que lo de los crespones. ¡Que habrán corrido nuestros escalafones!... Y continuo sin rimas.

CRES.—Esto es horroroso.

LEON.—¡Espantoso!

GER.—¡Tremebundo!

VEN.—¡Tragiquísimo! (Quedan pensativos.)

LEON.—¿De manera que ustedes se han percatado bien de la magnitud?...

GER.—¡Y daie, Leoncio!

CRES.—¡Qué pesadez, caray!

VEN.—Y digo yo: solución verosímil para este problema logaritmico.

GER.—¿Solución?

VEN.—Sí, solución. Piensemos. (Quedan pensativos.)

GER.—Es claro...

TODOS.—¿Eh?

GER.—Porque si nos presentamos vivos en nuestras casas es que no íbamos en el «Américo Vespucio» al irse a pique.

CRES.—Lógico.

GER.—Y si íbamos en el «Américo Vespucio» hemos tenido que correr la misma suerte que su desgraciada tripulación.

VEN.—Aplastante.

LEON.—Es horroroso. (Piensan nuevamente.)

VEN.—Una idea.

TODOS.—¿Eh? A ver.

VEN.—No pudimos irnos a pique, y al caer al fondo... ¡Fijarse bien!

LEON.—Venga, venga...

VEN.—Y al caer al fondo, como os digo, vernos unos buzos que estaban pescando esponjas y sacarnos a los seis rápidamente.

CRES.—¡Vamos, hombre!

GER.—¡Qué estupidez!

LEON.—¿Te crees tú, alma de cántaro, que se va a tragar nadie eso de que los buzos no sacaron nada más que a los seis y ni por casualidad extrajeron a un marinero?

VEN.—Es verdad.

LEON.—Como magistrado, atontas; pero ¡caray! fuera de la magistratura eres un torrezno.

VEN.—Pues hay que pensar.

GER.—Claro; ideas, ideas.

CRES.—Yo tengo una...

VEN.—A ver, que la expenga.

CRES.—Decía que tengo una zozobra que me desencuaderno.

GER.—Yo creo que no tenemos más salida que confesar nuestra calaverada, y sea lo que Dios quiera.

LEON.—¡Eso nunca!

VEN.—¡Nunca!

CRES.—¡Jamás! Antes un fusilamiento decoroso: porque los disgustos del hogar pueden solucionarse con el divorcio. Pero, ¿y la sociedad? ¿Y la posición que ocupamos? ¿Podrían ustedes afrontar el ridículo y resistir las chufias de los queridos amigos y de los aborrecidos enemigos?

GER.—Es verdad.

LEON.—Antes la muerte. El ridículo, en política, no se perdona jamás. ¿Qué diría de mí don Miguel Villanueva, mi jefe, y con el geniecito que tiene y lo amargadísimo que está?

CRES.—¿Y qué dirían de mí en Palacio?

GER.—Y de mí.

VEN.—A mí quien me preocupa es mi mujer. Toda una vida predicando moralidad y salirme por peteneras. Bien es verdad que yo no tengo culpa. Yo no tengo culpa. Yo he venido aquí engañado.

CRES.—Bueno, bueno; no es hora de decir sandeces, sino de pensar una solución.

VEN.—Pensemos, pensemos... (Piensan todos.)

LEON.—(Como iluminado.) Ya está.

TOLOS.—¿Eh?

LEON.—Ya está; y colosal, enorme, monumentónico.

CRES.—¿De veras?

LEON.—Claro, hombre; si lo que no se le ocurre a un gobernador liberal no se le ocurre a nadie. ¡Estupendo!

GER.—Desembucha.

LEON.—Abrazadme. (Le abrazan.)

VEN.—Sí, pero...

LEON.—Abridme una suscripción para un bronce...

GER.—Acaba de una vez, hombre.

LEON.—Oído. Nosotros íbamos en el «Américo Vespucio» con rumbo a ese sitio denominado las Roqueras, próximo a las islas Columbretes, ¿no es cierto?

VEN.—Sí.

LEON.—Íbamos para Castellón.

VEN.—¿Cómo para Castellón? Todo lo contrario.

LEON.—Quiero decir que en Castellón pensaban así.

GER.—Justo; continúa.

LEON.—Muy bien; pues viene el naufragio, se hunde el «Américo Vespucio» y queda flotando sobre las aguas una frágil canoa salvavidas.

CRES.—¡Caramba!

LEON.—Nosotros la ocupamos rápidamente con algunos viandas, salvamos heroicamente a Conchita y a Mary, remamos a la ventura, vemos tierra, saltamos a ella, oramos al Altísimo por el milagro de nuestra salvación, inspeccionamos el lugar y comprendemos que nos hallamos en una de las deshabitadas islas Columbretes.

VEN.—Esto es una novela de Richesbourg.

LEON.—Bueno, ¿qué os parece?

VEN.—Muy mal; porque, ¿cómo se enteran de que estamos en esa isla desierta y cómo volvemos a la península?

GER.—Es verdad.

LEON.—(A Geruncio.) Eres el torrezno compañero de éste.

GER.—Pero...

CRES.—Alto, señores, que Leoncio no ha dicho ninguna tontería. La primera parte de este novelón, sirve. Ahí va la segunda parte. Vamos a ver. ¿No ha venido tu secretario?

LEON.—Sí.

CRES.—¿No es un hombre de tu confianza?

LEON.—Se mataría por mí.

CRES.—Bueno, pues ese es el encargado de decir dónde estamos y de contar la que nos ha ocurrido.

VEN.—No comprendo,

CRES.—Verás. Nosotros fletamos ahora mismo un vaporcito, nos embarcamos con las provisiones y útiles necesarios como para quince días, más vale que sobre que no que falte, nos dirigimos tranquilamente a una de las islas Columbretes, nos quedamos allí, regresa el barco y aguardamos en la isla a que nuestras familias o el propio Gobierno manden por nosotros. (Se miran todos sin saber qué contestar.)

VEN.—Bueno, yo creo que estás loco, Crescencio.

CRES.—Si serás bruto.

VEN.—Lógica. ¿Por quién se enteran de que estamos en la isla, vamos a ver?

CRES.—Por el secretario de éste.

VEN.—Y el secretario de éste, ¿por quién lo sabe? Lógica.

CRES.—Eres más cándido que un caracol. El secretario de éste se lleva de aquí una botella con un papel dentro que diga: «Náufragos del «Américo Vespucio» nos encontramos abandonados y desfallecidos a los cuarenta y un grados de latitud y en una isla desierta que sospechamos sea una de las Columbretes. ¡Piedad y socorro!»

LEON.—A ver si creen que son dos señoras.

CRES.—No, hombre; piedad y socorro, punto y luego nuestros nombres, cuatro puntos. ¿Qué os parece?

LEON.—¡Estupendo!

VER.—¡Colosalísimo!

CRES.—¡Admirable!

LEON.—Claro, mi secretario, paseando por la playa, encuentra casualmente la botella, se informa de su contenido, lo comunica a nuestras familias, envían por nosotros, nos jalea la prensa...

VEN.—Quedan los escalafones como estaban...

GER.—Y hasta puede que nos den una cruz.

LEON.—¡De primera! (Baila.)

CRES.—¡Eureka! (Baila.)

VEN.—¡Ya está! (Baila también.)

LEON.—Hay un inconveniente.

VEN.—Leoncio, no asustes.

LEON.—Es indispensable que Conchita y su doncella embarquen con nosotros.

CRES.—Naturalmente.

VEN.—Ya lo creo.

LEON.—Y yo me pregunto: ¿querrán?

VEN.—Aunque no quieran. ¡Tuviera que ver! Por las buenas o por las malas.

GER.—Embarcarán por las buenas; respondo de ello; porque si aventurera es la una, más aventurera es la otra, y la idea de pasar varios días en una isla desierta entregados al más original de los jolgorios, es de una novedad como para tentar a un abúlico. Yo me encargo de comunicarles nuestro plan.

LEON.—Pues vuela.

GER.—Ahora mismo. (Vase por la derecha.)

VEN.—(Llamando.) ¡Sebastiana!...

LEON.—Hombre, sí; dile que cierre nuestras maletas y gratificala. Yo voy a poner a mi secretario al corriente de todo. (Vase por la derecha.)

SEB.—(Por la izquierda.) Mande usted, señorito.

VEN.—Oiga usted, nosotros nos vamos ahora mismo de esta casa, quizás para siempre.

SEB.—¡Cómo! ¿Tan pronto?

VEN.—Toine estas doscientas pesetas por las molestias que les hemos causado. (Se las da.)

SEB.—¡Doscientas pesetas!... (Conmovida.) Pero caballero...

VEN.—No hay tiempo que perder. Tenemos que marcharnos velozmente. Cierre nuestras maletas y que las lleven al embarcadero del muelle.

SEB.—Ahora mismo. (Llamando hacia la izquierda.) ¡Camarón! Ven acá.

CRES.—Buenc, corro a ocuparme de lo del barco y de las provisiones, etcétera, etc. En la casilla de los peones camineros hay teléfono. Hasta ahora. Nos reuniremos en el minelle.

SEB.—(A Camarón, que ha entrado en escena por la izquierda.) Ayúdame, Camarón.

CAM.—Sí, señora. (Hacen mutis por la puerta de la derecha.)

VEN.—(Satisfechísimo.) Muy bien; muy requetebién. Claro, que el disgusto que tendrá mi familia a estas horas... Mi mujer, puede que no; pero en fin...

CONC.—(Con Mary y Geruncio, por la derecha. Este trae la botella con el papelito.) ¡Admirable! ¡Es una idea admirable!

MARY.—¡Oh! Muy divertida. Yo me llevo mis castañuelos.

GER.—Están encantadas, querido Venancio. Vamos a pasar los ocho días más agradables de nuestra vida. ¡Ah! Tenemos que llevarnos alguna escopeta y cartuchos.

CONC.—Sí, y una caña para pescar.

VEN.—Caramba, es verdad; la pesca es mi sport favorito; que no se nos olvide.

LEON.—(Con Arenal, por la derecha.) Bueno, mi secretario está ya al corriente de todo y está conforme con todo y lo hará todo al pie de la letra.

GER.—(Entregando la botella a Arenal,) Señor Arenal, aquí tiene usted la botella con el papelito dentro.

ARE.—Muy bien.

GER.—Mañana se va usted a la playa y simula encontrársela. ¡Por Dios, Arenal, que nuestras vidas están en sus manos!

VEN.—(Viendo a Arenal.) ¡Cómo! ¿Pero este sinvergüenza es tu secretario?

ARE.—¡Señor López!

VEN.—¿Este canalla?

LEON.—¡Venancio!

VEN.—¡Miserable! ¡Lo asesino! (Le da un puntapie. Los demás le sujetan.)

GER.—¡Pero Venancio!

ARE.—¡¡Señor López!!

LEON.—Caray, tú, no nos comprometas; que va a ser nuestro salvador.

VEN.—Ese bandido no se casa con mi hija mientras yo viva. ¿Lo ha oído usted bien?

GER.—Vamos, Venancio, vamos, cálmate.

LEON.—No le haga usted caso, amigo Arenal; está un poco excitado, y...

GER.—Bueno, en marcha.

CONC.—Ea, a las Columbretes.

LEON.—Vamos.

VEN.—Vamos.

MARY.—¡Viva la juerga! (Risas. Se van Concha, Mary, Venancio, Leoncio y Crescencio por la izquierda.)

ARE.—Conque sinvergüenza, y canalla, y miserable, y encima un puntapie. Se ha caído usted, señor López. (Jurando.) Antes de seis meses me he casado con Esmeraldita. ¡Mírelas usted! (Leyendo la etiqueta de la botella.) «Agua de la Tinajilla San Felú de Llobregat. Devolviendo el casco se abonan diez céntimos.» Ya tengo para cerillas. (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Trozo de una de las islas Columbretes. Una isla árida, rocosa, estéril. En el fondo, derecha, perspectiva del no muy anchuroso pero sí tranquilo Mediterráneo. A la izquierda, último término, y ocupando parte del foro, hay una roca de cierta elevación, con meseta en lo alto. En esta roca hay una cueva, cuyo fondo se pierde en el lateral, y cuyo hueco de entrada estará frente al espectador. En el primer término de la izquierda se inicia otra rampa rocosa, que se pierde dentro. En el lateral derecha, primer término, rompiente de rocas, y en segundo término una especie de tienda de campaña, bastante mal construida, con lonas y telas en mal uso. Estacas con cordeles y ropa blanca tendida; un anafe junto a un hogar hecho de toscas piedras; un montón de latas de conservas, ya vacías, utensilios de cocina y algunas cajas de madera, que sirven de asientos, completan la decoración.

Han transcurrido tres meses desde el acto primero. Estamos, pues, en pleno Agosto con un sol de fuego y un calor achicharrante. Venancio, Leoncio, Geruncio y Crescencio que se toñan en Castellón (Geruncio sobre todo), han agotado en la isla sus provisiones de tintes y ungüentos, y tienen los cabellos y demás ramificaciones peludas en un estado de canicie lamentable. También las ropas han padecido lo suyo. Leoncio, durante todo el act

estará ex.

...nisa, con chaleco y un sombrero pavelo de Conchita, al que ha quitado los adornos. Crescencio y Geruncio, con americana y sin chalecos y con sombreros flexibles con las alas hacia abajo, y Venancio sin chaleco ni americana, es decir, en mangas de camisa y con un gran sombrero hongo negro.

(Al levantarse el telón están en escena Concha, Mary, Leoncio y Crescencio. Concha, sentada ante la gruta; Mary, acabándola de peinar. Crescencio ante la tienda de campaña, tumbado y dormido, y Leoncio en lo alto de la roca del foro mirando al horizonte con un telescopio.)

CONC.—Qué, ¿ve usted algo, amigo Leoncio?

LEON.—Nada, Conchita; lo mismo que ayer, lo mismo que hace tres meses: el cielo y el mar.

MARY.—¡Oh! ¡Esto es horrible!...

CONC.—¡Espantoso!

LEON.—Y lo peor es que no tiene trazas de cambiar. Hay para volverse loco. Ese sinvergüenza de Arenal nos la ha jugado de puño. En fin, hay que tener resignación, porque si encima de lo que nos ocurre nos desesperamos...

CONC.—Tiene usted razón.

LEON.—¡Caracoles!

MARY.—¿Eh?

CONC.—¿Qué le pasa a usted?

LEON.—¡Caracoles! ¡Que veo caracoles! ¡Qué hallazgo!

CONC.—¿Pero es cierto?

LEON.—(Recogiendo algo del suelo.) Mary, súbame una lata de esas para echar en ella estos providenciales moluscos. (Mary obedece.)

CONC.—Oiga usted. ¿Serán comestibles?

LEON.—Ya lo creo: todo lo que se puede comer es comestible.

CONC.—Digo si no serán venenosos, porque ya ve usted lo que nos ocurrió ayer con esos peces que trajo don Venancio, que por poco no fallecemos todos.

LEON.—Calle usted, que he pasado yo una nochecita... Y nos dijo el muy bestia que eran unos peces riquísimos y que se llamaban panchos. No; esta clase de caracoles me es conocida. Ahora que éstos son más pequeños. Sí: éstos deben ser caracolillos.

CONC.—No me fío.

LEON.—Mire usted, haremos que los pruebe Crescencio; si se envenena, los tiramos, y si no se envenena, pues ya tenemos un plato novísimo.

MARY.—Buena falta nos hace, porque ayer, mal que bien, hubo panchos; pero hoy...

LEON.—Esperemos sin desesperar. Venancio ha salido de pesca y Geruncio anda con la escopeta por ahí. Quién sabe si volverán con algo succulento que nos resuelva el problema del día.

CONC.—¡Dios lo quiera! Estoy extenuadísima. Ayer, y gracias a la ocurrencia de Mary, no sucumbí de debilidad.

MARY.—¡Oh! Fué una ocurrencia portentoso.

LEON.—Caramba, ¿pues qué le hizo?

CONC.—Me hizo papillas.

LEON.—¡Caray! ¿Con qué?

CONC.—Con los polvos de arroz que teníamos para el cutis. ¡Oh! Estaban riquísimos. Echó en la cazuela hasta la borla.

MARY.—¡Oh! Era un sabor a violeta...

LEON.—(Conmovido.) Creca usted, Conchita, que el pensar que usted sufre, el verla resignada, pero con la mueca del dolor en su semblante, es lo que hará que mi razón se extravíe para siempre.

CONC.—Bueno, ¿pero qué habrá ocurrido para que no venga nadie a recogerlos?

LEON.—No lo sé, Conchita, no lo sé. Eso mismo me pregunto yo, y me exalto sin saber qué contestarme. ¿Murió Arenal al día siguiente de partir nosotros y no ha podido cumplir nuestro encargo? Cabe en lo posible. ¿Vive y ha querido vengarse de Venancio? Cabe en lo humano. No sé, no sé. Lo cierto es que llevamos cerca de tres meses en esta isla, que hemos agotado nuestras provisiones, y eso que eran abundantes, que hemos limpiado la costa de cangrejos y ostiones y almejas, y que si Dios no hace un milagro...

CONC.—Lo hará; no hay que perder nunca la esperanza ni la fe, amigo mío.

LEON.—¡Oh! Es usted nuestro ángel consolador.

CRES.—(Soñando.) A ver, camarero, que me sirvan la perdiz estofada; este solomillo no se puede ingerir.

LEON.—¡Desgraciado!...

CRES.—(Como antes.) ¡Ole por las seguidillas! ¡Vivan los movimientos voluptuosos!

LEON.—Ahí lo tiene usted, soñando con solomillos y con seguidillas! Ahora es feliz; pero debe ser horroroso el despertar de ese hombre.

CONC.—Es verdad. Bueno, Mary, coja usted los avíos y vamos a las rocas de aquella punta a ver si encontramos algún marisco.

CRES.—Vamos.

CONC.—Hasta luego, Leoncio.

LEON.—Hasta luego, Conchita.

MARY.—(Con un garrote en la mano.) Como yo divise un cangrejo lo hago puré.
(Hacen mutis por la derecha, último término.)

LEON.—¡Dios quiera que Geruncio haya cazado aunque sea un mirlo, porque estoy de mariscos que si alguna vez vuelvo a Madrid he jurado no tomar un cangrejo aunque me reviente andando.

GER.—(Por la izquierda. Trae una escopeta y un morral.) Bueno, estos pájaros de estas latitudes saben Algebra. (Deja el morral y la escopeta.)

LEON.—¿Qué te ocurre?

GER.—Nada, que traigo un humor que no me lo quita ni el arsénico.

LEON.—Pero, ¿qué veo? ¡El inorral vacío!...

GER.—Completamente vacío.

LEON.—(Con el morral en la mano.) ¡Qué morral! ¿Quieres decirme qué has hecho desde las seis de la tarde que te fuiste?

GER.—¿Qué he hecho? Pues pegar tiros a todo lo que veía, ora terrestre, ora aéreo; pero como no me quedan más que cartuchos con balas es muy difícil. Mira, a medio kilómetro de aquí, y en esa laguna que forma el manantial, vi cuatro patos heubras que debían ser riquísimas. Mientras apuntaba pensaba loco de júbilo: «hoy me presento a esos con cuatro patas y menuda juerga».

LEON.—¿Y qué?

GER.—Que disparo, pum, pum, y nada.

LEON.—¡Válgame Dios!

GER.—¿Ha ido Venancio a pescar?

LEON.—Sí.

GER.—Me figuro que Crescencio estará por ahí buscando huevos de gavio-tas, ¿no?

LEON.—No.

GER.—¿Pues dónde está?

LEON.—Ahí lo tienes roncando como un clérigo y soñando con solomillos.

GER.—Bueno, este Crescencio es un garrafa. (Se dispone a despertarle.)

LEON.—Déjale, hombre. Ha pasado una noche infernal. Como tuvo la suerte de que le tocara el pancho más grande, pues su cólico ha sido mucho mayor que el nuestro. Como que yo creí que las liaba. Se ha pasado la noche en un grito. Yo, al principio, creí que cantaba una habanera, porque le oía chillar: ¡Ay; pancho, pancho!... Pero, sí, sí...

GER.—¿Y tú qué has visto desde tu observatorio?

LEON.—Nada; olas y más olas. Ni un palo, ni una ligera espiral de humo. ¡Nada! Mar y cielo; una tragedia.

GER.—¡Y pensar que estamos a cuarenta millas de Castellón!... Bueno, no quisiera yo más que coger a ese Arenal en esta playa.

LEON.—Lo raro es que no pasen barcos cerca de aquí.

GER.—¡Qué han de pasar, hombre! Con lo peligroso que es acercarse a estos islotes, rodeados de riscos...

LEON.—Entonces, tu crees que...

GER.—Dos cartuchos me quedan, querido Leoncio; los que hay en la escopeta. Uno de ellos está reservado para mí.

LEON.—¡Geruncio!

GER.—Sí; soy cobarde; me aterra la idea de una muerte lenta, de una muerte por inanición. Antes de que llegue esa hora fatal, me levantaré la tapa de los sesos.

LEON.—Harás bien. Así te evitarás torturas. (Por la derecha, último término, entra en escena Venancio. Trae una caña de pescar y un canasto. Viene con un marcadisimo gesto de vinagre. Tira la caña, tira el canasto, se sienta y se limpia el sudor.)

LEON.—¡Qué! ¿No has pescado nada?

VEN.—Sí.

LEON.—¿El qué?

VEN.—Un reuma.

GER.—¿Y nada más?

VEN.—Y unas calenturas intermitentes. Tomadme el pulso.

LEON.—(Pulsándole.) Pues es verdad. Estás algo febril.

VEN.—De hambre.

CRES.—¿Y teniendo ese hambre te vienes con las manos vacías?

VEN.—No será porque no me he pasado cuatro horas en una peña con la caña en ristre, el anzuelo en el mar y gritando cada vez que veía un pez. ¡Badila fué un coloso!... ¡«Agujetas» un héroe! ¡Y los Calderones dos epopeyas!

GER.—¿Y para qué decías esas tonterías?

VEN.—Para animarles a ver si picaban; pero se conoce que los peces no entienden de toros.

LEON.—Hombre, quién sabe; por lo menos hay un pez al que le llaman el pez espada.

VEN.—Bueno, el caso es que no han picado más que mi amor propio y que el último anzuelo que me quedaba...

GER.—¡Qué!

VEN.—Se lo ha llevado un pez gordo, que debía saber hasta Trigonometría. Mordió, se tragó el anzuelo, partió la cuerda y asomó luego el hocico como diciéndome: ya puede usted hacer de esa caña un par de flautas, porque para lo que le va a servir... No he visto en mi vida un pez más salado: debía ser un arenque.

LEON.—¡Santo Dios!

VEN.—Menos mal que Geruncio habrá traído algún volátil, porque yo he oído disparos.

GER.—¡Algún volátil! Sí, sí... Ni una mosca.

VEN.—¡Retrucha! ¿Pues qué hacemos?

LEON.—Tú verás.

VEN.—Es que yo tengo una debilidad que me muero.

GER.—Toma, y yo.

CRES.—(Despertando y bostezando.) ¡Ah!...

GER.—(A Crescencio.) ¡Vamos, hombre!

CRES.—(Incorporándose.) ¿Qué hora es?

VEN.—Las nueve y media.

CRES.—¡Caramba, me he dormido como un lirón! ¡Claro! ¡Me he pasado despierto toda la noche por causa del dichoso panchito! Bueno, ¿y qué hay de menú. ¿Tenéis algo?

LEON.—Tenemos hambre.

VEN.—Leoncio, desgraciadamente para nosotros, no es hora de chufas, sino de pensar muy seriamente la resolución que hemos de adoptar. Estamos extenuados.

GER.—Extenuadísimos.

VEN.—Extenuadísimo. Llevamos dos días casi como los camaleones; el porvenir es pavoroso, la muerte nos acecha y a nosotros no debe arredrarnos. Ahora bien, nosotros no podemos consentir, de ninguna manera, oído bien, de ninguna manera, que esas dos infelices criaturas mueran de hambre.

GER.—Eso sería una villanía.

LEON.—Una vileza.

CRES.—Una acción indigna de cuatro caballeros.

VEN.—Conforine: por eso hay que deliberar y que resolver.

LEON.—Tenéis razón; deliberemos y resolvamos.

VEN.—Sentarse. Vamos a celebrar el más grave y acaso el último de nuestros consejos. (Se sientan todos.) Esta vez yo me erijo en presidente, no por ser el más viejo, que de eso habría mucho que hablar, sino porque este consejo se celebra a mi instancia. Un momento. (Se levanta, toma un bote de lata vacío, echa dentro una piedra y lo agita.) Aquí está la campanilla. (Agita el bote nuevamente.) Se abre la sesión. Hablemos de lo que verdaderamente interesa. ¿Qué hacemos? La situación no puede ser más angustiosa. ¿Queréis que muramos de inanición y poco a poco?

GER.—¡Eso nunca! Dos balas me restan. Con una de ellas me levantaré la conabida tapa.

VEN.—Me parece admirable la idea de Geruncio. Ese suicidio heroico resolvería nuestra situación durante una semana, y una semana más de vida es un alivio.

GER.—No comprendo.

VEN.—Pues está claro como el cristal de bohemia. Tú te suicidas y nosotros... ¡y que Dios nos perdone!... rindiendo un forzoso culto a la antropofagia, te hacemos cuartos y nos alimentaremos de ti. Ahora, esta idea nos parece monstruosa; pero mañana, cuando el instinto de conservación despierte a la fiera que todos llevamos dentro, nos parecerá la cosa más natural del mundo.

LEON.—Por cierto, querido Geruncio, que debes tener unos riñones, que bien salteados...

GER.—¡Basta! Yo admito las bromas hasta un grado superlativísimo; pero bromas macabras no las tolero.

VEN.—¡Ah! ¿Pero tú te crees que esto es una broma? ¡Estás fresco! Esto, dentro de una hora, es una realidad apabullante. ¿Tenemos acaso otro porvenir? ¿Hay otra solución?... ¡Habla!

GER.—Nada, señores, rectifico. Pongo esa bala a vuestra disposición. Como sé que aquí hay quien no me puede tragar... no quiero perjudicar a nadie.

VEN.—(Agitando el bote.) Pues bien, compañeros de infortunio, no hay más remedio; todos tenemos que morir, esto es axiomático; pero sucumbamos por turno. Lo que no ha ocurrido hasta hoy puede suceder dentro de quince días; puede pasar un barco, advertir nuestras señales y recoger al que sobreviva.

LEON.—¡Ojalá!

VEN.—¡Ojalá, sí!... ¡Ojalá alguno sobreviva para que pueda vengarnos a todos sometiendo a Arenal a la más cruenta de las torturas, causándole la más horrible de las muertes... ¡Ah!... (Muerde al aire.)

CRES.—Sí, muy bien, querido Venancio; pero, ¡caramba!, eso de la antropofagia...

VEN.—No hay más remedio. Uno de nosotros tiene que ser la primera víctima, y como lo verdaderamente recto y natural es que nos sorteemos, sorteémonos.

LEON.—(Que ha estado fijándose y palpando a Crescencio.) Pido la palabra.

VEN.—La tiene su señoría.

LEON.—Yo creo que el que debía ofrecerse galante y voluntariamente al sacrificio es Crescencio. Está bastante llenito, y administrándole bien tendríamos para una quincena.

VEN.—Quien lo duda.

GER.—Ya lo creo.

CRES.—Pues os engañáis de medio a medio; estoy llenito, no lo niego; pero todo esto que veis es fofa; linfa que llaman los galenos; agua que decimos los hidráulicos.

LEON.—(Palpándole un muslo.) ¿Quién te ha dicho a ti que estas mollas son agua?

VEN.—(Agitando el bote.) Orden, señores. ¿Para qué discutir? Encuentro muy

humano que Crescencio se defienda como un titán; yo me defendería como dos. Aquí, lo correcto es que la suerte designe quién ha de ser la víctima. ¿Os parece bien?

CRES.—Hombre, nos resignamos, puesto que no hay más remedio, pero parecernos bien...

VEN.—Pues sobre la marcha. Escribiremos nuestros nombres en cuatro papelitos iguales, echamos los papelitos en mi sombrero; uno de vosotros, Crescencio si os parece, sacará un papel y el nombre que acuse será el de la víctima que se inmole.

GER.—Perfectamente.

CRES.—¿Os parece bien que sea yo el que insacule?...

LEON.—Desde luego; da igual.

CRES.—Perfectamente. Antes, con vuestro permiso, voy a beber un poco de agua. Lo que me habéis dicho de las mollas me ha resecao un poco la garganta. Hasta ahora.

LEON.—No bebas mucha, ¿eh? Por si acaso... no acumules linfa.

CRES.—Seré parco; un buche y vuelvo. (Se va por la derecha.)

GER.—Aquí están los cuatro trozos de papel completamente iguales.

VEN.—(Siguiendo a Crescencio con la vista.) ¡Sí! ¡El infierno me favorece!

LEON.—¿Que dices?

VEN.—¡Silencio!... Ya no se le ve.

GER.—¿Eh?

VEN.—Señores, tengo una idea magna.

LEON.—¿Tú? Cuál.

VEN.—Claro que es una idea villana y criminal, pero al mismo tiempo es salvadora.

GER.—¿Qué dices?

VEN.—Escribamos en los cuatro papeles el mismo nombre.

LEON.—) ¿Eh?

GER.—) ¿Eh?

VEN.—Crescencio Pérez Gutiérrez. De ese modo, él será la víctima forzosamente.

LEON.—¡Oh! Eso es un crimen, Venancio.

GER.—¡Una acción indigna!

VEN.—Conformes. ¿Pero tú quieres conservar la vida hasta última hora?

GER.—Hombre, eso sí, ¡qué diantre!

VEN.—Pues sólo tienes ese medio.

LEON.—En parte, tiene razón Venancio. Puede tocarnos la china a uno de nosotros, y...

GER.—Sí; mirado bajo ese punto de vista...

LEON.—Además, que Crescencio, diga lo que diga, es el más mantecoso; porque, caray, si las víctimas somos tu o yo, a ver qué van a comer esos infelices.

GER.—No hablemos más. Conformes.

LEON.—Desde luego.

VEN.—Venga un lápiz.

LEON.—Toma.

VEN.—Aguarda. (Escribe.) Ya está.

GER.—¿Has escrito en todos lo mismo?

VEN.—Sí, hombre; no desconfíes, caramba. Léelos.

GER.—(Leyendo los papelitos.) Crescencio Pérez Gutiérrez, Crescencio Pérez Gutiérrez, Crescencio Pérez Gutiérrez y Crescencio Pérez Gutiérrez. Está muy bien.

LEON.—Trae que los doble. (Toma los papeles y los vuelve a leer.) Crescencio Pérez Gutiérrez... Crescencio Pérez Gutiérrez... (Los dobla.)

VEN.—¿Otra vez? Caramba, Leoncio, que parece que no estamos entre caballeros. Echo los papeles en el sombrero, y a ver cómo nos las arreglamos para que no desconfíe.

GER.—Silencio, que viene Crescencio. ¡Pobrecillo, tan simpático como es!...

LEON.—Y tan buen militar.

VEN.—Y tan digno, porque eso hay que reconocerlo.

CRES.—(Por donde se fue.) Qué, ¿habéis hecho ya las papeletas?

VEN.—Ya están en el sombrero. Han sido vistas y revisadas por todos.

CRES.—Basta entonces; no dudo de vosotros.

VEN.—(¡Qué digno!)

LEON.—(¡Es un caballero!)

GER.—(¡Infeliz!)

CRES.—Procedamos a la insaculación. Agita el sombrero, Venancio.

VEN.—(Lo hace.) ¿Están bien agitadas?

CRES.—Tan agitadas como nosotros.

VEN.—¡No! Tan agitadas como tú; yo estoy tranquilo. Y si la desgracia me hiere la víctima, me veréis como ahora, sereno, inmutable. Con una leve sonrisa dibujada en mis labios, y con un solo pensamiento en mi mente: muero por salvar momentáneamente a dos señoritas y a tres compañeros, qué digo compañeros, a tres hermanos.

CRES.—(Conmovido.) Muy bien, Venancio; ese heroísmo que te honra me ha conmovido hasta lo más profundo de mi ser. ¡Señores! Hago mías las frases de Venancio López González, y deseo que el que sobreviva las esculpa en una de esas piedras. Acaso algún día, con esa misma piedra hagan un busto en su honor.

VEN.—Gracias, Crescencio.

CRES.—Bien, Venancio. (Se abrazan.) ¿Puedo sacar el papelito?

VEN.—Sí. (Coloca el hongo sobre una piedra. Leoncio, Gerancio y Venancio se separan un poco y se cruzan de brazos. Crescencio tranquilamente, mete la mano en el sombrero. Toma un papel y lo entrega a Venancio.) ¿Éh? ¿Qué haces?

CRES.—Lee tú; yo no podría.

VEN.—(Desdobra el papel mirando a Crescencio con lástima, lo lee y dice gritando.) ¡Mi abuelo!

LEON.—¿Cómo tu abuelo?

VEN.—(Mirando a Crescencio como loco.) Es que...

GER.—¿Qué?

VEN.—Es que aquí dice Venancio López González. Es decir, yo... ¡Yol! (Significando a Crescencio.)

LEON.—¿Cómo? (Toma el papel y lee asombrado.) ¡Venancio López González!...

CRES.—No sé de qué os asombráis; uno de los cuatro tenía que ser.

LEON.—¡Claro!

VEN.—(Este sinvergüenza ha hecho trampa.)

LEON.—(¡Nos la ha dao!)

GER.—(¡Vaya un vivo!)

VEN.—(¡Y después de mi discursito heroico!) (Coge el hongo y se lo encasqueta en papeles y todo.)

CRES.—(Se lo han tragado, menos mal.) (A Venancio, un tanto conmovido.) Venancio de mi vida. Te juro por mi honor, que siento con toda mi alma que hayas sido el designado por la desgracia para servir de pasto a nuestra voracidad. (Venancio y Gerancio, se miran.) Yo estaba *in mentí* rogando al Altísimo que se sirviera designarme a mí. No ha querido; respetemos sus designios. Resignación, Venancio... (Le abraza. Venancio se deja abrazar sin dejar de mirarle.)

LEON.—(Abrazándole.) Venancio, resignación.

GER.—(Ídem.) ¡Estaba escrito!

VEN.—¿Cómo que estaba escrito?

CRES.—Bueno, y ahora pregunto yo, ¿le matamos, o se suicida?

VEN.—(Caray, que esto se pone serio.)

CRES.—¿Éh? ¿Qué os parece?

LEON.—¡Hombre, yo creo que se debe suicidar. Es lo más acertado. Así, al menos, nos evitará un remordimiento y un cargo de conciencia.

GER.—Desde luego.

CRES.—Entonces...

LEON.—Sí. Toma, Venancio (Le da la escopeta.)

VEN.—Pero...

LEON.—Para evitarnos el triste y desagradable espectáculo de tu agonía, tea la bondad de irte a aquellas lomas. Allí te disparas y... ¡que Dios te perdone!

VEN.—(Mirando a todos.) Pero...

LEON.—Allí me mataré; yo también en su día. (Abrazándole conmovido.) ¡Adiós, Venancio!

GER.—(Idem.) ¡Adiós, Venancio!

CRES.—(Idem.) ¡Venancio! (Le empuja cariñosamente y se seca una lágrima.)

VEN.—(Ha hecho trampa, pero no puedo hablar. ¡Dios mío, ilumíname, aunque sea con una pajueal!) (Mutis.)

LEON.—(Volviendo a leer el papel.) ¡Venancio López González!... Está claro como un mediodía de Agosto, claro. (Mirando a Crescencio.) (El instinto agudiza la inteligencia. No puedo afearle su proceder, porque al fin y al cabo, yo era cómplice de la otra trampa.)

GER.—¡Pobre Venancio. Quién le iba decir cuando embarcamos que era aquél su último viaje.

CRES.—¡No somos nadie!

LEON.—Menos mal que su familia lo lloró ya hace tres meses. Bueno, en el próximo sorteo el que saca el papelito soy yo.

GER.—Lo que más le apenará es sucumbir sin haberse vengado de ese Arenal que Dios confunda.

CRES.—¡Silencio! Conchita y Mary, llegan. Ocúltémosle lo que ocurre, porque antes de comerse a Venancio preferirían morir de inanición. Si os parece, y para que no les choque, les diremos que hemos cazado un animal rarísimo.

GER.—Sí; no está mal.

CRES.—Pero si preguntan por Venancio...

LEON.—Le diremos que Venancio, debido sin duda a la anemia, se ha marchado diciendo palabras incoherentes y como perturbado. Cuando escuchemos el tiro, decimos que se ha suicidado en un acceso de locura y ya veremos luego.

CRES.—Conforme. Disimula. (Entran en escena Concha y Mary, dando muestras de gran cansancio y de gran abatimiento.)

CONC.—¡Ay! Vengo que materialmente me caigo. (Se sienta.) ¡Qué calor! ¡Y qué hambre!...

MARY.—(Tirando los útiles que se llevó.) Ni un cangrejo, ni siquiera una mala langosta. (Se sienta.)

CONC.—Qué, ¿han sido ustedes más afortunados? ¿Hay provisiones o nos espera otro día como el de ayer?

LEON.—No, encantadora Conchita; hoy somos felices.

CONC.—¿Eh? ¿Ha habido caza?

LEON.—Una caza muy grande... Aquí... el amigo Crescencio ha dado muerte a un animal.

MARY.—¿De veras?

LEON.—Sí, amiga mía, sí. Hoy vamos a comer carne.

MARY.—¿Y de qué animal es?

LEON.—(A Geruncio.) Pregunta que de qué animal es.

GER.—Pues de... Tú, Leoncio, que eres algo naturalista.

LEON.—Pues es de un animal... (¡Perdona, Venancio!) Es de un animal que oscila entre el buey y el búfalo americano.

CONC.—Es raro que haya búfalos en una isla tan árida y tan rocosa como ésta; porque el búfalo es un animal que necesita pastos jugosos y sólo pernocta en bosques espesísimos.

LEON.—Verá usted; el caso es que yo no sé si es o no es búfalo, porque... ¿eh? El tamaño, y...

MARY.—¡Oh! Yo se lo diré en seguida. ¿Dónde está?

GER.—Le... le hemos descuartizado en el mismo sitio donde le mató Crescencio. Ahí cerca.

CONC.—¿Sí?

CRES.—Sí; a cuatro leguas de aquí.

LEON.—Sólo hemos traído un trozo, así como cuarto de kilo...

GER.—(El tiro no suena.)

CONC. — Lo principal es que tenemos que comer.

MARY. — ¡Y carne! ¡Gracias a Dios!

LEON. — (A Crescencio.) Oye, tú, ese ganso no se suicida.

GER. — Pues como se arrepienta, ayunamos.

CRES. — ¡Ca! Lo mato yo.

GER. — (¡No se le ve!) (Mirando hacia la derecha.)

CRES. — (Aparte a Leoncio.) Mira a ver si está ya en las lomas que le indicamos.

LEON. — Espera. (Sube a la roca del fondo y mira con el catalejo.)

CONC. — ¡Ay. Dios mío! ¡Cuándo terminará este angustioso destierro!

GER. — Quien sabe, Conchita, acaso muy pronto.

MARY. — Voy ya perdiendo la esperanza.

CRES. — (Aparte a Leoncio.) ¿Le ves?

LEON. — No.

CRES. — ¡Miserable!

LEON. — ¡Cobarde!

GER. — (Mirando hacia la izquierda.) ¡Sinvergüenza! (Suena dentro un disparo.)

CONC.)
MARY.) ¡Ay!

LEON. — (¡Por fin!)

CRES. — (¡Gracias a Dios!)

GER. — (¡Dios le haya perdonado!) (Suena otro disparo.)

CONC.)
MARY.) ¿Eh?

LEON. — (¡Recontra, se está rematando!)

CRES. — (Se conoce que no acertó la primera vez.)

GER. — (¡Es un héroe!)

CONC. — ¿Pero Venancio anda de caza?

MARY. — ¡Qué tiros son esos! (Bajan de la roca Leoncio y Crescencio.)

GER. — Esos tiros son... ¡Son!...

LEON. — Recemos por su alma, amigos míos.

CRES. — Sí; recemos.

CONC. — ¿Eh? ¿Pero qué sucede!

MARY. — ¿Qué ocurre?

LEON. — ¡Ay, Conchita!... Ocurre un melodrama sangriento.

CRES. — (Aparte a Leoncio.) No le vayas a decir...

LEON. — (A Crescencio.) Confía en mi imaginación.

CONC. — ¡Dice usted que es un melodrama?

LEON. — Sí. Desde el observatorio he visto a Venancio dispararse dos tiros en la cabeza.

MARY. — ¡Jesús!

CONC. — ¡Virgen Santa!

LEON. — Lo ocultamos para no apesadumbrarlas, pero Venancio ha perdido esta mañana la razón. Hace un instante salió de aquí dispuesto a matarse, y ya su alma habrá comparecido ante el Sumo Juez.

MARY. — ¡Qué horror!

LEON. — Gracias al catalejo he sido testigo de su muerte. Saltaba de roca en roca como una alimaña, elevando los ojos a la altura y esgrimiendo la escopeta como si estuviese corriendo la pólvora. De pronto, se detuvo al borde de un acantilado, apoyó la culata del arma en el suelo, dió con el pie al gatillo y disparó.

CONC. — ¡Jesús!

MARY. — ¡Qué jira más trágica!

LEON. — Yo creí que se había levantado la tapa de los sesos, pero no. Volvió a disparar y vi cómo oscilaba, cómo abría los brazos y cómo caía desde el acantilado al mar.

CONC. — (Cayendo de rodillas.) ¡Dios del cielo!...

GER. — (Aparte a Leoncio.) Describe que sensaciones.

CRES. — ¡Al mar!... Ni aun siquiera tendremos el consuelo de dar honrosa sepultura a su cadáver.

LEON.—(Aparte a Crescencio.) Bueno, ¿quién se lo va a traer?

CRES.—Tú.

LEON.—¿Yo? Considera que debe estar bastante lejos y yo con esto de los callos no puedo.

MARY.—¡Pobre don Venancio!

CONC.—¡Tan simpático como era!... Amigos míos, somos cristianos. Dedicamos a su alma una corta oración.

MARY.—Sí.

CRES.—La merece.

GER.—(Esta Conchita es un ángel.)

CONC.—Arrodillémonos todos. (Se arrodilla.) Un padrenuestro por su eterno descanso. Padre nuestro que estás en los cielos...

TODOS.—El pan nuestro de cada día... (Aparece Venancio por entre las rocas. Trae la escopeta en bandolera y en cada mano un pájaro muy grande. Al ver a los demás, que estarán de espaldas a él, se detiene.)

VEN.—(Caracoles, ¿qué hacen?)

CONC.—¡Dios mío, acoge en tu seno el alma de Venancio López González. Padre nuestro que estás en los cielos.

VEN.—(¡Qué risa! Estos idiotas creen que me he suicidado. Bueno, son más tontos que los merengues.)

CONC.—Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo...

TODOS.—Por todos los siglos de los siglos...

VEN.—(En alta voz.) Amén, Jesús. (Todos caen de bruces.)

CONC.—¡Dios santo!

MARY.—¡Ay!

LEON.—¿Pero qué es esto?

CRES.—¡Venancio!

GER.—¡No se ha matado!

CONC.—Pero, ¿no se ha suicidado usted?

VEE.—¿Yo? ¡Estaría yo loco!

TODOS.—¿Eh?

LEON.—¡Caray!, y trae dos pajarracos!

GER.—¡Dos pájaros grandísimos!

CRES.—¡Eureka! (Baila.)

LEON.—(A Venancio.) Pero escucha, ¿cómo ha sido?

VEN.—Pues verán ustedes. Yo me iba a suicidar; eso ya lo saben ustedes.

GER.—¿Nosotros?

VEN.—Claro.

LEON.—(Haciéndote señas.) Nosotros no sabíamos nada, Venancio.

VEN.—¿Cómo que no sabían ustedes nada?

CRES.—(Haciéndole señas también.) Que no sabíamos nada, caramba.

VEN.—(Cayendo en la cuenta.) ¡Ah! Es verdad.

LEON.—Continúa.

CONC.—¿Pero qué tiene usted en ese ojo? (Por un ojo que trae amoratado.)

VEN.—Nada, que resbalé, caí y me he dado un golpe. No tiene importancia.

LEON.—(A Concha.) ¿Ve usted? Cuando cayó le estaba yo observando con el catalejo; por eso pensé: está loco. (A Venancio.) Prosigue.

VEN.—Bueno, pues yo me iba a suicidar y al mirar al cielo en demanda de perdón por mi insensatez, vi cernirse sobre mi cabeza esta tontería de plumífero. Me eché la escopeta a la cara y ¡pum! en mitad del corazón.

GER.—¡Qué bruto!

VEN.—Lo cojo, oigo en el aire un ruido extraño, miro, y ésta otra sandez: apunto y ¡zás!, en mitad de la cabeza.

LEON.—¡Qué bárbaro! ¡Qué ojo tienes!

VEN.—Sí; se me está irritando muchísimo.

CONC.—Bueno; un hurra de honor para el simpatiquísimo Venancio. ¡¡Hurra!

TODOS.—¡¡Hurra!!

CONC.—Porque con estos dos pájaros y el búfalo, tenemos ya comida para quince días.

VEN.—¡Recuernol! ¿Pero tienen ustedes un búfalo?

MARY.—Un búfalo enorme.

CONC.—Ha sido una hazaña del general.

VEN.—Pero, ¿cómo no me lo han dicho ustedes? ¿Y dónde está?

LEON.—Ahí, a... unos cuantos kilómetros.

VEN.—(Entusiasmado.) ¡Hay Dios!... ¡Hay Dios!... Arenal es un miserable y nuestras familias se están portando con nosotros como para retorcerles el pescuezo, pero el Altísimo no nos desampara. ¡Ea! A ver los trébedes. Vengan los trébedes. Hay que asar estos pajarracos en seguida.

MARY.—Sí. Vamos.

CONC.—Vaya usted desplumándolos, Mary.

MARY.—Corriendo.

CONC.—Ayúdeme usted, Geruncio.

GER.—Ya lo creo. (Mary se sienta en el foro y simula pelar las aves. Geruncio amontoa un poco de leña y Concha coloca el trébedes, etc., etc.)

VEN.—(Aparte a Leoncio.) ¡Chico, pero qué suerte! ¡Un búfalo! Pues administrándolo bien, tenemos no para quince días; para un mes.

LEON.—No seas canelo, hombre.

VEN.—¿Eh?

LEON.—Eso del búfalo es una patraña que le hemos colocado a Conchita y a Mary para justificar el plato de carne que le íbamos a dar.

VEN.—¿Pero iban ustedes a darle carne?

LEON.—Caray, pareces tonto, Venancio. Claro que íbamos a darle carne: la saya.

VEN.—¡Ah! Ya caigo. De manera que ese búfalo era yo.

LEON.—Naturalmente.

VEN.—Demonio, pues si no mato ese par de grullas o lo que sean, menuda lancha.

LEON.—Figúrate.

VEN.—Bueno, no me negarás que eso del búfalo es bastante depresivo. Podías haber dicho otro animal cualquiera.

LEON.—¿Qué animal iba a decir, Venancio? Ponte en razón.

VEN.—Sí, lo comprendo; pero es depresivo.

CONC.—¡Válgame Dios! Ahora que me acuerdo; anteaer se acabaron las cecillas.

CRES.—Pues buena provisión trajimos de ellas.

CONC.—Sí; pero todo se acaba en este mundo, y especialmente en esta isla.

GER.—¿Y qué hacemos?

LEON.—Por mí... Yo soy capaz de comerme estos dos pájaros crudos, aunque luego tenga que recurrir a la gimnasia sueca para hacer la digestión.

CONC.—¡Qué fastidio! Tan ricos como estarían asados...

LEON.—¡Oh! Un momento. No hay que apurarse. Haremos lumbre. De algo os ha de servir este sol achicharrante. (Toma el catalejo y le quita una lente.)

GER.—¡Bravo! ilustre Robinsón; has tenido una idea salvadora!

CRES.—Conchita, unos papeles.

CONC.—Sí. (Lleva unos papeles.)

GER.—Hay que enfocar bien y tener buen pulso, Leoncio.

LEON.—Descuide. (Enfoca la lente. Todos le observan.)

VEN.—(Un poco separado del grupo.) Bueno, a mí este Crescencio me ha resultado siempre un poco repugnante, pero desde eso de la trampa, le tengo un odio más que africano; mucho más: zulu. Como que si yo no le tengo este enorme apeo a la vida, a estas horas están estos bestias mascando búfalo.

CRES.—(Acercándose a Venancio.) Chico, no sabes cuánto me alegro el que te hayan salido al paso esos dos gorriones gigantesco y no hayas tenido necesidad de suicidarte, por ahora.

VEN.—Sí, ¿eh?

CRES.—Porque, claro, como eres un perfecto caballero y la desgracia te se-
aló con su índice, yo hubiera jurado que te matabas.

VEN.—Sí, ¿eh?

CRES. — Ya lo creo. Me hubiera dejado cortar cien gramos de carne. Te admiro, Venancio, te admiro.

VEN. — ¡Tú!

CRES. — De una manera alienada.

VEN. — Tú eres el más cínico de los sinvergüenzas que he conocido en mi vida.

CRES. — ¡Venancio!

VEN. — No alces la voz.

CRES. — Pero...

VEN. — Y además de sinvergüenza eres un criminal.

CRES. — ¡Venancito!

VEN. — Y yo prefiero ser amigo de una pantera antes que de un gusano infecto como tú.

CRES. — Pero escucha, ¿hablas en serio?

VEN. — En serio, reptil venenoso, en serio.

CRES. — ¿Pero a qué obedece?...

VEN. — Obedece a... ¿Tú tienes conciencia? Pues introdúctete dentro de ella a ver que te dicta.

CRES. — (Este se ha elido la tostada.)

VEN. — ¡Introdúctete!

CRES. — Me dicta que soy un caballero.

VEN. — Mientes, un rufián y un tramposo.

CRES. — ¡Basta! (Saca una tarjeta y se la da.)

VEN. — (Leyéndola.) «Aniceto Valdivias. Sastre militar.» ¿Qué es esto?

CRES. — Esto es, que no tengo tarjetas más, pero donde dice Valdivias lees tu Pérez Gutiérrez y terminado.

VEN. — Muy bien. ¿Ves aquel alto? (Señalando a la izquierda.) ¿Aquella meseta elevada que si te tiras caes al mar?

CRES. — La veo.

VEN. — Pues allí nos vamos ahora mismo a luchar cuerpo a cuerpo. El que desgraciadamente caiga al agua... ¡Que Dios se apiade de él!

CRES. — ¡Vamos!

VEN. — Señores: ahora venimos.

CRES. — Son dos minutos. (Mutis por la izquierda.)

GER. — Pero, ¿dónde van ustedes?

CONC. — No tarden; que ya están humeando los papeles.

LEON. — (Con la lente.) Caracoles, si que es pesado este sistema de calefacción.

GER. — (Mirando hacia la izquierda.) Caramba; son dos centellas.

MARY. — ¿Pero dónde van esos locos?

CONC. — ¡Qué se yo!

GER. — ¡Anda! Suben a ese premonitorio de rocas.

MARY. — Es verdad.

CON. — ¡Y se abrazan!

GER. — ¿Pero son tontos? ¡Mire usted que subir hasta ahí para darse un abrazo!

CONC. — ¡Ah! ¡Boxean!

LEON. — ¿Que boxean? ¡Caray! A ver, Mary, siga usted con la lente que es lo que me interesa. (Mary obedece.)

GER. — ¡Caracoles!

LEON. — ¡Mi madre, y cómo se atizan!

CONC. — Ahora, Venancio, señala hacia el mar.

GER. — Y el otro mira. ¿Estarán locos?

LEON. — Y se ponen a pegar saltos. Están para un manicomio. (Gritan de dentro Venancio y Crescencio.)

CONC. — ¿Pero qué gritan?

VEN. — (Dentro.) ¡Salvados!... ¡Salvados!...

TODOS. — ¿Eh?

CRES. — (Dentro.) ¡Un barco!...

LEON. — ¡Caray!

- TODOS.— ¡Un barco!... (Saben toaos al observatorio.)
 LEON.— ¡La lente, Mary!
 CONC.— ¡Mary, la bandera!
 MARY.— Tome usted.
 GER.— ¡Sí! ¡Un barco grandísimo!...
 CONC.— ¡Y muy cerca!...
 MARY.— ¡Dios mío!...
 LEON.— ¡Hacedle señas!...
 VEN.— (Por la izquierda.) ¡Nos han visto!
 CRES.— (Idem.) ¡Salvados!
 TODOS.— (Agitando los pañuelos.) ¡Socorro!... ¡Salvación!... ¡Favor!...
 CONC.— (Contentísima.) ¡Ay! ¡Nos contestan!
 VEN.— Sí. Y van a arriar un bote. ¡Mira!
 GER.— ¡Ya!
 CRES.— ¡Por fin!
 CONC.— (Arrodillándose.) ¡Gracias, Dios mío!
 MARY.— (Idem.) ¡Gracias!
 LEON.— (Mirando con el telescopio.) Chico, que suerte: es un barco español.
 GER.— Pues la bandera no es la española.
 LEON.— Pero el nombre del barco sí. Lleva el nombre de un pueblo de España.
 Chin... Chon... El Chinchón.
 CRES.— Ya está cerca la barca; ya nos oyen. ¡Viva!...
 TODOS.— ¡Viva!
 GER.— (Gritando.) ¡Aquí mismo pueden atracar!
 LEON.— ¡Vamos a recibirles. (Bajan a la escena.)
 CONC.— ¡Por fin, Dios mío!
 VEN.— ¡Cuando ya no lo esperábamos!
 LEON.— ¡Esto es un milagro!
 GER.— ¡Hurra!
 TODOS.— ¡Hurra! (Atraca al fondo una lancha tripulada por Alekok, Mercedes y Kalve-
 sf. El primero es un oficial, y los otros dos, marineros. Los tres son chinos.)
 ALE.— (Saludando.) Eschin, lonch.
 TODOS.— ¿Eh?
 ALE.— Eschin, lonch.
 LEON.— ¡Caray!
 ALE.— Brin-chun-jin.
 VEN.— ¡Caracoles!
 CRES.— ¿Qué dice? Tu, diplomático. A ver esa lingüística.
 GER.— Aguardad, que me parece que son chinos. Acaso yo logre entenderlos.
 Alekok.) ¿Chauram-mich-luch?
 ALE.— Luch.
 GER.— Sí, hablan el japonés.
 LEON.— Menos mal.
 GER.— ¿lal-chul-lich?
 ALE.— Chun-já-blin-ton-chis-Chin-blum-koc.
 GER.— (A los demás.) Es un barco carbonero que va directamente a China sin
 cer escala en ninguna parte.
 LEON.— ¡Atíza!
 VEN.— ¿Es que vas a poner reparo? Vámonos de aquí aunque sea al Indostán.
 CONC.— Claro.
 GER.— (A Alekok.) ¿Bachin; kuch?
 ALE.— Bachin.
 GER.— Dice que podemos embarcar.
 CONC.— Pues andando.
 MARY.— Sí.
 CRES.— Ahora mismo.
 GER.— ¡Ea! Vamos. ¡Viva China! (Embarcan.)
 TODOS.— ¡Viva!...
 ALE.— (Gritando.) ¡As-chís!

Todos.— Jesús, María.

GER.— Callarse: eso de As-chis, es el viva chino.

LEON.— ¡Ah, sí? Pues venga. ¡¡As-chis!!

Todos.— ¡¡As-chis!!... ¡¡As-chis!!...

LEON.— Parece que hemos agarrado un enfriamiento. (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Lujosísimo salón en casa de Venancio. Puerta de entrada a la derecha, otra puerta en el foro y dos en la lateral izquierda. La acción en Castellón y en el mes de Octubre. Es de día.

(Están en escena Angustias, Blanca, Piedad, Caridad, Esmeralda, Luisita, Casilda, Armando, Pepito, Ernesto y Villalón. Angustias, mujer de Venancio, es una señora como de cuarenta y cinco años, bien conservada. Blanca, esposa de don Leoncio, es una mujer que ya ha cumplido los cincuenta, pero se ha teñido el pelo de rubio y está para matarla. Piedad, esposa de don Crescencio, es una cotorra de aspecto monjil. Caridad, hermana de Geruncio y mujer de Ernesto, frisa en los veinticinco años. Esmeralda, Luisita y Casilda son tres muchachas. Armando es un punto como de cincuenta años, andaluz, con cara de borracho y de sinvergüenza. Pepito, su hijo, es un niño litri y completamente idiota: tiene unos diez y ocho años. Ernesto es un señor muy rígido y Villalón un hombre como de cuarenta años, completamente calvo. Como van a asistir a una boda, ellas y ellos, se han echado encima lo mejor de sus arcas. Blanca estará provocativa y Pepito algo ridículo. Menos Armando Pepito y Villalón, todos los demás vestirán de luto riguroso.)

ANG.— (Con una bandeja en la mano llena de pasteles.) Vamos, Piedad: uno de crema. Hay que tomar algo, porque como la boda se ha retrasado y no ha de ser hasta las doce, vamos a comer sabe Dios cuándo.

BLA.— ¿Los casa por fin su Eminencia?

ANG.— Sí; como era tan amigo del pobre Venancio... (Suspira.)

ESM.— Mamá, entereza.

ANG.— (Secándose una lágrima.) La tendré por no apesadumbrarte. (Presentando la bandeja a Caridad.) Escoja lo que más le apetezca. (Solloza.)

CAR.— Un suspiro. (Lo toma.)

ERN.— (A Caridad.) Es una magdalena.

CAR.— No; un suspiro.

ERN.— Digo doña Angustias, que está que no se le secan los ojos.

CAR.— ¡La pobre!... Hoy casa a su hija y ayer hizo seis meses de la catástrofe del «Vespucio». Es natural que esté apenada. Tampoco a mí se me borra de la imaginación mi pobre hermano Geruncio.

ERN.— En cambio la viuda de don Leoncio, con el pelo teñido y el traje por las corvas. ¡Qué escándalo!

ANG.— ¿Usted no toma nada, don Armando?

ARM.— (Muy zalamero.) Angustita, de sus manos de usted, tomaría yo un veneno de los Borgias, y agonizando le diría yo a usted: clave las niñas de sus ojos en las mías ya adurtas, y compensao del envenenamiento.

ANG.— (Coqueteando.) Tiene usted una galantería medioeval.

ARM.—Y usted la distinción de María Antojeta?

ANG.—(Separándose de él.) ¡Jesús, Jesús!... Amigo Villalón. (Se acerca a Villalón y habla con él.)

ARM.—(Aparte a Pepito.) ¿Estás viendo, so permaso, cómo me los llevo con una...?

PEP.—Es que usted es usté, pero si yo fuera usted, ¿pa qué?

ARM.—Hijo mío, qué desaborisión tienes. Si ya cuando lactabas me lo desía la bresita de tu madre: «Este niño va a sé más soso que un fagot.»

LUI.—(A Esmeralda.) ¿Y dices que tu novio lleva ya tres días sin que le den esos ataques?...

ESM.—Sí, está mucho mejor.

CAS.—¿Pero qué ataques le dan?

ESM.—Ataques nerviosos, nada. Algo neurasténico que está. Le impresionó muchísimo la catástrofe del «Vespucio» y dice que ve a los naufragos en todas partes.

LUI.—¡Qué raro!

ARM.—(A Angustias.) Oiga usted, perla del Océano, ¿qué le pasa a ese novio que no viene?

ANG.—No sé; como no está bueno. Y además, que los jóvenes del día lo toman todo con una calma...

ARM.—Si yo fuera el novio y usted la prometida, sol del desierto, ¿a qué hora cree usted que hubiera estao yo aquí?

ANG.—Qué se yo: a las cinco de la mañana.

ARM.—A las ocho de la noche de ayer y me quedo aquí a dormi.

ANG.—(Riendo.) Dice usted unas cosas, amigo Lacasa... (Se retira y se acerca a Esmeralda.)

PIED.—(A Blanca.) ¿Y quién dice usted que es?

BLA.—Don Armando Lacasa, el nuevo Administrador de Aduanas de Castellón. Hace ya cuatro meses que está aquí.

PIED.—¿Y dice usted que le hace el amor a la viuda de don Venancio?

BLA.—Descaradamente.

PIED.—¡Qué suerte hijal!

BLA.—Es un hombre de una simpatía perturbada: le dice a usted una miscelánea y tiene usted risa para un otoño.

PIED.—El hijo en cambio parece algo murciélago.

BLA.—¡Oh! Es más tonto que remar en una piscina. No habla con nadie sin darle una inconveniencia.

MART.—(Criada. Por el foro.) Señora.

ANG.—¿Qué, Martina?

MART.—Comunica por teléfono el señor Arenal, que estará aquí dentro de dos minutos.

ANG.—Gracias a Dios. Anda, Esmeraldita; vamos a ponerte los azahares.

ESM.—Vamos.

ANG.—¿Vienen ustedes?

BLA.—Sí.

ANG.—Los caballeros, si no quieren aburrirse, pueden pasar a ver los regalos.

VILL.—Con mucho gusto.

ERN.—Sí; vamos.

ARM.—Vamos. (Se van por el fondo Villalón, Ernesto, Armando y Pepito.)

ANG.—Me commueve este instante, amigas mías. (Suspira.) ¡El pobre Venancio!

BLA.—¡El pobre Leoncio!... (Suspira.)

PIED.—(Suspirando.) ¡Y el pobre Crescencio!...

CAR.—(Idem.) ¡Y el pobre Geruncio!... (Hacen mutis por la segunda izquierda todas las señoras suspirando.)

ESM.—(Deteniéndose y echando una ojeada.) Martina, ¡por Dios! Que cuando venga el señorito, no haya por ahí ninguna botella. Ya sabe usted que en cuanto ve una botella se pone nerviosísimo.

MART.—Descuide la señorita. (Hacen mutis Esmeralda por la segunda izquierda y

Martina por el foro. Un momento de pausa y entran por la puerta de la derecha Arenal y Bibiano. Arenal ha adelgazado mucho en seis meses. Trae la corbata torcida, el sombrero de copa con los pelos crispados y todo él da la sensación de que lo han vestido a empujones. Entra pálido, trémulo, desencajadísimo.)

BIB. —Vamos, Cándido, serénate.

ARE. —No puedo, Bibiano; no tengo fuerzas. Se me caen los brazos, se me cae el cuerpo, se me cae la cabeza. (Encarándose con un retrato o fotografía de don Venancio, que habrá en alguna parte.) ¡Por Dios, don Venancio!... No me mire usted de ese modo. He sido un criminal, pero bien he expiado mi culpa. Vea usted en mi rostro las huellas de los sufrimientos: tengo la palidez de un cirio...

BIB. —(Apartándole.) Vamos, Cándido, valor.

ARE. —Dices bien: es preciso que no me falte y no me faltará; pero después de lo que acabo de revelarte, querido Bibiano, comprenderás que son explicables mis zozobras y mis remordimientos.

BIB. —¡Calla!... ¡Calla!... ¿Tú criminal?... ¿Tú causante de la muerte de seis infelices?... ¡Qué horror!

ARE. —Sí, ¡qué horror! pero don Venancio me odiaba; juró que no me casaría con su hija, y lo juró puntapieándose. ¡Ah! Y eso no. ¡No casarme yo con Esmeralda a quien idolatro!... ¡Eso no!

BIB. —No trates de disculpar tu crimen, porque no tiene disculpa, Cándido. Tú has debido ahogar esa pasión antes que ser autor de esa tragedia horrorizante no soñada ni por Esquilo.

ARE. —Bibiano, no me tortures, bien he purgado el no presentar la botella, que llevo cinco meses de terrible expiación, viendo a don Venancio, a don Leoncio, a don Crescencio y a don Geruncio, ora siluetados en las paredes de mi alcoba, ora resurgiendo de entre los pliegos de un tapiz, señalándome siempre con el índice y gritándome con voz cavernosa: «¡Asesino! ¡Asesino!»

BIB. —¡Te compadezco!

ARE. —Sí; soy digno de lástima.

BIB. —¡Pobre Cándido!

ARE. —Pero estoy decidido. En cuanto me case con Esmeralda, la contaré mi crimen y descargaré mi conciencia. Ella sabrá perdonarme.

BIB. —¡Á tí! ¡Al asesino de su padre! No lo sueñes.

ARE. —¡Calla! ¡Perdón, don Venancio!... ¡Ah! (Mirando hacia el foro.) ¡Su padre! Por allí. ¿Le ves? Miralo en el fondo del mar. ¿No lo ves?

BIB. —No.

ARE. —Fíjate, ahora se oculta tras aquel mueble. (Indicando la puerta del foro.) Ahora va a salir por aquella puerta... ¡Ya!

PEP. —(Saliedo por la puerta del foro.) (Vaya un pez que estoy hecho.) (Sonríe.) (Luego dice mi padre. Venía una criada con una bandeja y sobre ella un salero y voy y le digo: «Hay que ver con qué salero lleva usted esa bandeja», y le ha hecho una gracia, que ha tumbado el salero y se ha ido hasta la cocina derramando sal. No, si yo algunas veces tengo unos golpes que magullan. Caray, que no había reparado. (A Bibiano y Arenal.) Muy buenas tardes.

ARE. —Buenas tardes.

BIB. —(Aparte a Arenal.) ¿Quién es, tú?

ARE. —Un tonto: Pepito Lacasa. Le llaman Pepito Piñonate. (Ruido de voces, dentro.)

BIB. —Ya vienen ahí. Valor.

ARE. —Sí. (Salen por la izquierda todas las señoras con Esmeraldita. Esta tiene ya puesto el velo de desposada.)

PIED. —¡Monísima!

CAR. —¡Lindísima!

BLA. —¡Ah! Es una página en colores de *Pictorial Review*.

PEP. —(Llamando a gritos por la puerta del foro.) ¡Papá!

ESM. —(Corriendo hacia Arenal.) ¡Cándido!

ARE. —¡Esmeralda!

ESM. —¿Cómo te encuentras?

ARE. —Nerviosillo, algo nerviosillo. (Entran por el foro Armando, Ernesto y Villalon.)

BLA.—(A Arenal.) Qué suerte, amigo mio. Se lleva usted una perla del mar. Enal se estremece.) Si mi pobre Leoncio viviera... lo que hoy hubiera gozado. Tanto como le quería a usted! (Arenal se apoya en Bibiano para no caerse.)

ANG.—(Sollozando.) Perdonen ustedes estas lágrimas; pero el recuerdo del pobre Venancio hace brotar de mis lagrimales este raudal copioso. (Arenal casi no puede tenerse de pie.) ¡Pobrecito mío! ¡Qué muerte tan horrible!

PIED.—¡Tan inesperada!

CAR.—¡Tan cruenta!

ESM.—Por Dios; no recuerden ustedes la tragedia, que Cándido se impresionó muchísimo. Miren ustedes como está.

ANG.—Es verdad; perdona, hija mía. (A Arenal.) ¿Cómo te encuentras, Cándido?

ARE.—Muy mal, señora. Veo visiones y sombras, muchas sombras.

ERN.—Ea, en marcha.

ANG.—¡Ah! Un momento. Esperen; porque la servidumbre me ha pedido permiso para asistir a la ceremonia y no sé quién se va a quedar en casa.

ARM.—No se preocupe usted: mi niño se quedará de causerbero vigilando la vivienda.

ANG.—Pero, ¡por Dios! Se va a molestar...

ARM.—Lo hace con muchísimo gusto, ¿verdad, niño?

PEP.—Sí, señor.

ANG.—Entonces. (Llamando.) ¡Martinal... ¡Martina!

MART.—(Por el foro.) ¡Señora!

ANG.—Pueden marcharse, que el señorito Pepe se quedará en la casa. (Vase Martinal por el foro.) Y un millón de gracias, Pepito.

PEP.—De nada. A mí la iglesia me aburre muchísimo.

ARM.—(¡Qué gibia tiene el asaura der niño!)

BLA.—Ea, vamos.

PIED.—Vamos.

BIB.—(Aparte a Arenal.) Valor.

ARE.—Sujétame, ayúdame. (Hace mutis doblándosele las piernas.)

ESM.—Sea lo que Dios quiera. (Mutis.)

ARM.—(Dando el brazo a Angustias.) Si llevara yo al brazo una caja de caudales con un trillón de napoleone, no iría tan contento.

ANG.—Usted siempre con una flor en los labios.

ARM.—Sí, señora, siempre; mis labios son un búcaro. (Se van todos por la derecha, menos Pepito.)

PEP.—Bueno, mi padre va que no quepe en el cutis de puro regodeo y hasta que no le bribriquen los esponsales con la viuda de López González, no se va. Él ha puesto los ojos en esa jamona, y como tiene ese andalucismo me hace reír a un arzobispo con reuma, pues es claro, a todas las señoras, viudas inclusive, se las lleva de «bulevar». Y quiere que yo, que nasí un día que hubo revolución y que apenas saqué la cabeza oí cuatro tiros y me quedé alelao, quiere que yo atarumbe a una señora de cuarenta y cinco a cincuenta años, que tenga hasta y que me vincule, me afinque, me adinere y me jorobe. Pues no señor, a mí que me den señoras de diez y seis a veintiún años, porque todas a esa edad son riquísimas. (Suena un timbre dentro.) Caramba, han llamado. ¿Habrá ocurrido algo? Se habrá privado el novio? Porque como a ese muchacho le dan ataques cada lunes y cada viernes... Voy a ver. (Hace mutis por la puerta de la derecha y vuelve a entrar en seguida.) ¡Caray, qué raro! Me he quedao de piedra. Cuatro chinos preguntando por doña Angustias. Será una embajada que viene a felicitar a los contrayentes. Sí, deben ser diplomáticos de Pekín, porque hablan el español como García Prieto. ¿No entran? (Hablando hacia el lateral.) Pasen ustedes, tengan la bondad. Entran cautelosamente Venancio, Leoncio, Geruncio y Crescencio. Vienen vestidos de chino.) Tendrán ustedes que aguardar un momento, porque ha salido todo el mundo, servidumbre inclusive; pero no tardarán en volver.

VEN.—¿Y usted quién es, y perdone la curiosidad?

PEP.—Servidor es Pepito Lacasa, para servir a usted y a Confucio.

LEON.—(Aparte a Geruncio.) Nos toma por chinos auténticos, no nos conoce.

VEN.—Bueno, ¿pero qué papel es el suyo en esta vivienda?

PEP.—Pues verá usted, caballero chino. Yo soy aquí como de la familia y haré a ser de la familia, porque mi papá, que es un sevillano que tiene una gracia que convulsiona, le ha puesto los puntos a la viuda dueña de esta casa y está ella por él de un modo, que si mi padre la manda rodar... se hace motocicleta.

VEN.—¡Rebuda!

GER.—¡Arrea!

CRES.—¡Atiza!

LEON.—Para que te fies de las mujeres.

PEP.—Y ya ve usted que no era tarea fácil, porque ella se acuerda aun de su marido. Anda, como que no consiente que nadie entre en esa habitación, donde el difunto tenía su despacho. Pero a mi padre, no hay una que se le resista. Y luego, que como el difunto, según dicen, era un tío sosaina y bastante bruto...

VEN.—¡Oiga usted!...

LEON.—¡Venancio! (Conteniéndole.)

PEP.—¿Eh?

VEN.—(Refrenándose.) Nada, que me hace extraño que a los seis meses de enviudar...

LEON.—Sí, es algo prematuro...

PEP.—Eso será en China, pero aquí... ¡anda! Las hay que no digo a los seis meses: a las tres semanas comienzan con un flirteo que atontolinan, como ha ocurrido con la viuda de un tal don Crescencio, que pereció cuando la catástrofe del «Vespucio».

CRES.—¡Reinarfili!

VEN.—¡Caray!

PEP.—Todas son lo mismo, porque otra viuda, la de un tal don Leoncio Gómez, uno que era gobernador...

LEON.—¡Mi madre!

PEP.—Se tiñó el pelo de rubio, se pintó un lunar en una paletilla y anda por esas calles con unos descotes, que parece que va a cantar *La Corte de Faraón*. (Se miran los cuatro.)

LEON.—¡Qué vergüenza!

VEN.—¡Qué vergüenza y qué asco!

CRES.—Tienes razón.

GER.—(A Pepito.) ¿De manera, que por lo que se ve, conoce usted a las familias de esos pobres naufragos del «Vespucio»?

PEP.—Sí, señor. Las conozco y las trató desde hace cuatro meses.

GER.—¡Hola!

PEP.—Fué una gran tragedia; pero vamos, dicen que la buena sociedad de Castellón perdió bien poco con la catástrofe, porque las dos americanas eran dos locas y los cuatro excursionistas que las acompañaban, cuatro títeres. (Se miran los cuatro.)

LEON.—Y ya que es usted tan amable, ¿nos podría indicar así, someramente?...

PEPE.—Usted dirá.

LEON.—Vamos, ¿si han hecho algunas averiguaciones para comprobar si efectivamente perecieron esos infelices en el naufragio?

PEP.—No; no han hecho nada. Eso hubiera costado dinero, fletar un barco, pagar buzos, etc., etc., y claro, las familias se habrán dicho: ¿para qué? Después de todo, qué más da que estén bajo el agua que bajo tierra. Como los pobres ya se pueden reír del reuma...

LEON.—Tiene usted una lógica que apisona, joven sevillano. Pero dígame, dígame, porque la curiosidad lo mismo reside en Castellón que en Shanghai. ¿De qué vive la familia de ese don Leoncio?

PEP.—Pues verá usted, el excelentísimo gobernador tenía hecho un seguro de vida de sesenta mil duros en la Compañía «Cartagena the limited.»

LEON.—Exactísimo.

PEP.—¿Lo sabía usted?

LEON.—Como que yo lo hice...

PEP.—¿Eh?

LEON.—Que yo lo hice saber a un primo suyo que estaba en Fuchú y cú, digo qué.

PEP.—Pues que la viuda, al hacerse oficial el naufragio, cobró los sesenta mil pesos.

LEON.—¡Mi abuela!

PEP.—Compró un landolet, un punta de carreras y un hotel en la «Guetaria ancesa». Usted no me haga caso; pero dicen que de los sesenta mil duros a es- horas debe diez mil pesetas.

LEON.—Pero esas mujeres son unas locas furiosas. ¡Qué conflicto!

PEP.—¡Ah! Pero el que tuvo una suerte de «maharajá» fué el hijo de don Crescencio Pérez Gutiérrez; el que fué general de brigada.

VEN.—(Asombrado.) ¿Cómo el hijo?

GER.—¡Un hijo! (Miran todos a Crescencio.)

PEP.—¡Sí; un hijo natural que lo tenía reconocido sin que lo supieran ni las locas de la capitana!

LEON.—(Aparte a Crescencio.) ¿Pero tenías un hijo?

CRES.—Locuras de la juventud. (A Pepito.) Y dígame usted, que me interesa, ¿qué ha consistido la suerte de ese niño?

PEP.—Nada, un piñonate; que al enterarse de la muerte de su papá, se presentó con un notario muy listo y arrambló con casi toda la herencia.

CRES.—¡Señores, qué naufragito!

VEN.—(Sí que lo del bonito ha traído cola.)

CRES.—De manera que el heredero...

PEP.—Ha tirado a estas horas sus buenos ochenta mil duros de los cien mil que dejó el primavera de su papá.

CRES.—¡Lo hago glicerofosfatos!

PEP.—Hay quien dice que ni siquiera era hijo suyo.

CRES.—¡Caray!

GER.—Y ya dispuesto a informarnos, galante joven, ¿sabe usted que ha sido el título del barón del Pozo?

PEP.—El título se lo traspasó su hermana por setenta duros a un primo que vive en Talavera. De modo que ese Pozo lo lleva hoy don Melchor Corral.

GER.—¡Qué miserable! Pues a ese Corral le quito yo el Pozo.)

VEN.—Y molestándole por última vez, joven agradable, ¿podría usted decir- as qué ha sido de un sujeto llamado Cándido Arenal?...

PEP.—Arenal. ¡Pobre Arenal! ¡Me da una lástima!

LEON.—¿Eh? (Se miran los cuatro.) ¿Pues qué le sucede?

PEP.—Nada; un piñonate.

LEON.—¿Cómo?

PEP.—Que está un poco tocado de la cabeza y ve visiones y se le aparecen es- ectros y por si esto era poco, ahora mismo, en este preciso instante, está con- ayendo nupcias con la hija del difunto don Venancio.

VEN.—¡Rayos de Júpiter!

PEP.—¿Cómo?

LEON.—¡Ah, canalla!

CRES.—¡Miserable!

GER.—¡Bandido!

PEP.—Caray, ¿qué le sucede a la embajada?

VEN.—Comprenderán ustedes ahora el por qué no presentó la botella ese ranuja.

LEON.—¡Claro!

CRES.—Silencio, que no sospeche ese tonto... (Suena dentro una campanilla.)

PEP.—(Han llamado en la puerta de servicio y como no hay quien abra...) Con el permiso de ustedes, señores chinos, voy a abrir, que han llamado.

GER.—Por nosotros no se prive de sus quehaccres.

VEN.—Sí; vaya, vaya.

PEP.—Muchas gracias. Está usted en su casa.

VEN.—Ya lo sé, joven.

PEP.—(Haciendo mutis por el foro.) Caray, ¿pero a qué vendrán aquí estos chinos,
(Vase.)

LEON.—Pues señor, está bien.

CRES.—Muy bien.

GER.—Estupendamente bien.

VEN.—¡Arenal, casado con mi hija!...

LEON.—De manera que nosotros creíamos que en nuestros hogares corrían las lágrimas a metros cúbicos y que el dolor y la desesperación se habían apoderado de nuestras distinguidas familias, y resulta que si no llegamos a volver, continúan en su plan de juerga estas libertinas. ¡Espantoso!

CRES.—¡Horroroso!

GER.—¡Tremebundo!

VEN.—¡Traquísimo! Bueno, la vuelta a Castellón me la deben ustedes a mí.

LEON.—¿A tí?

VEN.—¡A ver! Si no han perdido ustedes la memoria recordarán que desembarcamos en Shanghai; que nos lanzamos a la ventura por aquellas calles de Dios, sin dos reales y con un hambre devoradora; que me preguntaron ustedes con voz desfallecida, ¿qué hacemos, Venancio? Y que, con aquella pinta que llevaba, que había que verme, dije a ustedes: sentarse en el suelo y batir palmas; ustedes, ex-
tenuados, lo hicieron, y yo, marcándome un chotis madrileño, empecé a cantar:

Que no pué ser,
que no pué ser,

que en esta tierra nos quedemos sin comer... Y recordarán ustedes que a los dos minutos se reunieron más chinos que en la playa a baja marea y empezaron a llover sobre nosotros perros chinos, que allí los llaman *caps* y pudimos comer y hospedarlos y vestirlos, y en vista del éxito, nos pasamos quince días repitiendo la mojiganda, que ¡caray! he bailado más chotis que la Pastora Imperio.

LEON.—Es verdad, pero olvidas a Conchita y a Mary que nos ayudaron cantando tientos y malagueñas.

GER.—Pobrecillas, qué bien se han portado con nosotros. Ya deben haber llegado a Nueva York.

VEN.—Todos contribuimos hasta reunir lo necesario para nuestro regreso, pero ojalá nos hubiéramos quedado allá, aunque hubiésemos tenido que bailar la rumba con senos postizos, porque sufrir tanto para volver y encontrarnos con esto: ¡Con esto!

LEON.—Esto es espantoso.

CRES.—Horroroso.

VEN.—Tremebundo.

GER.—Traquísimo.

LEON.—De modo que yo, sobre las trampas que tenía sobre mi alma, que parecía yo una bodega, tengo que devolver a la compañía de Seguros sesenta mil duros, que no los tiene muy seguros.

CRES.—¿Y qué hago yo con ese bigardo de hijo que se ha gastado en seis meses lo que yo he ahorrado en toda una vida? Bueno, yo lo mato de una manera rara.

GER.—Lo de mi título clama al cielo.

VEN.—Y sobre todo el respeto que han guardado a nuestra memoria. Flirteos, coqueteos... ¿esa es manera de llevar un luto?

GER.—Puede que lo llavaran en el corazón.

LEON.—No seas primo, Geruncio. Lo que llevaban en el corazón era una alegría de «Moulin Rouge». ¡Mira que teñirse el pelo y pintarse un lunar en una paletilla!... Esa tía está loca.

CRES.—¿No dijo ese pollo que Arenal estaba tocado de la calabaza, y que veía espectros y visiones?

GER.—La conciencia que no le dejará vivir. Creerá que hemos muerto y nuestras momias se le aparecerán constantemente.

LEON.—Pues eso favorece nuestros planes.

VEN.—Vengan ustedes conmigo. Según nos ha dicho ese joven, mi despacho

... sido respetado por la pérdida y no consiente que nadie entre en él. Es, pues, lugar seguro. En él discutiremos y resolveremos.

GER.—Pero si vuelve el hijo de tu rival y no nos encuentra aquí..

VEN.—¡Bah!

LFON.—Claro, dirá; esos chinos están ya en la calle.

CRES.—Pues vamos.

GER.—Vamos.

VEN.—Y venganza.

TODOS.—¡¡Venganza!! (Hacen mutis por la primera puerta de la izquierda.)

PEP.—(Por el foro.) Ustedes me perdonen, pero... ¡caramba! Se han marchado. Claro, he tardado tantísimo. Nada, Martina, la dencella, que ha vuelto toda asustada y aprisa y corriendo para arreglar una cama donde acostar al novio cuando traigan y así de este modo no tener que inaugurar la matrimonial con el novio incopado. ¡Caray con Arenal! Creo que ha dado un espectáculo en el templo que ha sido de película. Al penetrar en la capilla de San Miguel, donde iba a casarse, ver al santo en el altar blandiendo la espada, cayó de hinojos y empezó a gritar orando: «No me mates, no me mates». Y luego, al salir de la Iglesia, pasó un vendedor y pregonó: «bocas de la isla», y bueno, dió un grito, cayó como un faro y lo han tenido que meter en una farmacia... (Suena un timbre dentro.) Deben ser ellos. (Hace mutis por la puerta de la derecha, entrando a poco seguido de Blanca y Arando.)

BLA.—Sí, deje usted abierto que ya viene ahí la comitiva. ¡Jesús y que escándalo!

ARM.—¡Qué barbaridad! No hay derecho y no hay derecho.

PEP.—¿Pero qué me han contado, padre?

ARM.—Calla, hijo: una desaborisión.

BLA.—¡Qué boda!

ARM.—Es lo que yo digo, señora, si ese niño está histérico, cardíaco, neurasténico o chaleta perdió, que se hubiera ido al África central en un caballo a tomar años de sol. Pero enguirlotar a una niña como la ha enguirlotado e ir a casarse para dar ese espectáculo, vamos, no hay derecho.

PEP.—¿De modo que ha sido espantoso?

ARM.—Que te lo diga la testigo oscular.

BLA.—Sí, joven; ha sido horrendo; mas que por el hecho en sí, por los síncoes de las señoras, las carreras que ha habido en la calle, los feligreses que han perdido la misa, y lo que es más lamentable, la fractura del peroné del señor cura que estaba predicando. Se conoce que creyó que había estallado la revolución, se arrojó del púlpito y se fracturó el susodicho.

PEP.—Me dejan ustedes a nueve bajo cero.

ARM.—Pues mira cómo estoy yo; que me tomo un ponche y se me hace un manecao.

PEP.—¿Y dónde está el novio?

BLA.—Ahí lo traen en una silla. Vienen con él todos los de la boda con una multitud que parece que estamos en Semana Santa.

ARM.—Como que una señora que estaba en un balcón, le decía a otra: «qué raro, una procesión tan grande y sin charanga.»

PEP.—De esta boda se va a hablar más que la del señor Camacho. (Ruido de muchas voces dentro.) ¡Ya!

BLA.—Ahí están todos.

ARM.—Menos mal.

BLA.—La pobre Esmeraldita viene nerviosísima. Se ha comido casi todo el azahar, pero como si nada.

ANG.—(Por la derecha, hablando hacia el lateral.) Que vayan por una pareja de guardias para que desalojen la calle,

PIED.—(Entrando.) Esto es increíble; qué gentuza.

CAR.—(Ídem.) ¡Jesús! Parece que no han visto nunca a un ser accidentado.

ESM.—(Ídem.) Por aquí, pasarle por aquí. ¡Ay, Dios mío! (Ernesto y Villalón transportan en una silla el inanimado cuerpo de Arenal. Tras ellos entran en escena Bibiano, Luisito, Casildita y el doctor Zaldivar.)

LUI.—¡Jesús, qué escándalo!

CAS.—¡Pobre atrocidad!

ZALD.—Con cuidado; así. (Ponen la silla en el suelo.)

ESM.—¡Ay, Dios mío de mi alma; qué desgraciada soy!

ANG.—Vámonos, Esmeraldita, hija mía; ven a tomar un poco de azahar.

ZALD.—Sí, llévóroslo y que se tranquilice. Lo del novio carece de importancia.

ESM.—Pero el escándalo, el ridículo...

LUI.—Vámonos, vámonos...

ANG.—Sí, Luisita y tú, Casildita, llévala al comedor y que tome una taza de tila con azahar.

LUI.—Anda, monina.

CAS.—Sí, veñ.

ESM.—(Dejándose caer.) Dios mío, qué bochorno. Hasta la Prensa se va a ocupar de nosotros. (Hacen mutis por segunda izquierda Esmeralda, Luisita y Casildita.)

ARM.—(Bueno, le daba yo un zurrito al novio que lo espabilaba.)

ANG.—¿Y qué opina usted del caso, doctor.

ZALD.—Nada, señora; tranquilícese. Como antes he dicho, esto carece de importancia. Claro, que si el muchacho estaba tan neurótico ha hecho mal en contraer matrimonio, porque ya el casamiento de por sí atonta, de manera que si añade usted un horrendo desequilibrio nervioso...

ANG.—Tiene usted razón. Si yo me permití insinuarles que era una temeridad y que mientras Cándido viera visiones era harto peligroso el matrimonio, pero nada; ellos, que nos casamos y que nos casamos y que se casaron.

ARM.—La juventud volcánica.

BLA.—Parece que se encuentra un poco más tranquilo.

PIED.—Sí, ahora no rechina los dientes.

CAR.—Ni le tiemblan los párpados.

BIB.—(Tocándole.) Ni suda como antes.

ERN.—Sí, le va pasando el ataque.

VILL.—Vaya un ratito que nos ha hecho pasar.

ZALD.—Bueno, tengan la bondad de dejarme a solas con él. Quiero ver si lo sugestionarle. Si le sugestiono, le curo radicalmente.

ANG.—Dios lo quiera. Señores, tengan la amabilidad de pasar conmigo al comedor. Mientras preparan el almuerzo pueden tomar el aperitivo que gusten.

BLA.—Vámonos.

ARM.—Andando.

ANG.—Pepito...

PEP.—Dígame usted, señora.

ANG.—¿Ha venido alguien durante mi ausencia?

PEP.—Una emdajada china.

ANG.—(Mirándole con lástima.) (Pobreçillo, además de tonto, está loco. (Hacen mutis por segunda izquierda Blanca, Caridad, Piedad, Ernesto, Armando, Bibiano, Villalón y Angustias.)

PEP.—(Haciendo mutis.) Caray, doña Angustias se ha creído que lo de la emdajada china es una chufia sevillana. El caso es que tiene razón, porque a mí me lo dicen y me da un ataque de risa que se me hinchan las venas. (Vase.)

ZALD.—Muy bien. (Pulsa y examina a Arenal. Por la primera puerta de la izquierda van asomándose uno a uno Geruncio, Venancio y Crescencio, y se ocultan en seguida.) Me afirmo en mis suposiciones; este muchacho tiene una anemia extraordinaria que le ha debilitado el cerebro, y es claro, le produce esas visiones extrañas. De manera que si logro sugestionarle... No sé, veremos; porque a veces dan cada cosa melo los tratadistas...

ARE.—(Delirando.) Perdón, San Miguel; no te cebes en mí; baja ese arma. Tú eres santo y tu triunfo sobre mí no te daría importancia. ¿Para qué necesitas más triunfos teniendo la espada?... ¡Perdón!

ZALD.—Hay que despertarle y sugestionarle. (Llamándole.) ¡Arenal!... ¡Señor Arenal!...

ARE.—(Abriendo los ojos.) ¿Eh? ¿Quién? ¿Qué?

ZALD.—Soy yo, yo: el doctor Zaldivar.

ARE.—¡Ah! Si, ya.

ZALD.—¿Me reconoce usted?

ARE.—Por Dios, señor cura; no baile usted de ese modo.

ZALD.—Míreme fijamente, muy fijamente. (Pretendiendo hipnotizarle.) ¡Así! (Asoma la cabeza Leoncio y queda de pie a la puerta.) ¿Quién soy yo? ¿Eh? ¿Quién soy yo?

ARE.—(Dando un grito:) ¡Ah!

ZALD.—Me ha reconocido, ¿verdad? ¿Quién soy yo?

ARE.—(Boquiabierto y horrorizado.) ¡El gobernador vestido de máscara!... (Se oculta Leoncio.)

ZALD.—¡Pobrecillo! Su cerebro es una partida de locos jugando al zurriago.

ARE.—¡Lo he visto, lo he visto! ¡Viene a pedirme cuenta! ¡Perdón, don Leoncio!... ¡Perdón! (Llora.)

ARM.—(Por el foro.) Qué, ¿cómo sigue?

ZALD.—Incapaz. Quédese con él un instante, que voy ahí enfrente por un antispasmódico. Desgraciado. Yo creo que se ha vuelto loco. (Vase corriendo por la derecha.)

ARM.—¡Camará, qué bodita!

ARE.—¡Señor Lacasa: el gobernador vestido de chino! ¡Lo he visto! Surgió en aquella puerta.

ARM.—¿El gobernador?

ARE.—¡Don Leoncio!

ARM.—¡Ah! El naufrago. (¡Pobrecillo! Este ya ni con camisa de fuerza.)

ARE.—¡Perdón, Dios mío, perdón! (Salen don Venancio, don Leoncio, don Geruncio don Crescencio, se ponen en hilera, alargan el brazo derecho y señalan hacia Arenal con el índice. Armando, como está de espaldas, no les ve.) ¡Ah! ¡Ellos! ¡Los naufragos! Ahora están los cuatro!... ¡Perdón, sombras del otro mundo!... (Queda horrorizado.)

ARM.—(Compadeciéndole.) ¡Qué tragedias encierra esta vida!... Pero cómo ven los locos esas cosas tan inverosímiles... (Leoncio, Venancio, Geruncio y Crescencio, a un mismo tiempo, avanzan un paso.)

ARE.—(Gritando.) ¡Ah! Se acercan. Mírelos usted allí... ¡Allí!

ARM.—¡Vamos, amigo Arenal!...

ARE.—¡¡Allí!!

ARM.—¿Dónde? (Vuelve la cara, ve a los cuatro Robinsones, ahoga un grito y cae desvanecido sobre una silla. Los cuatro Robinsones se van de nuevo por la izquierda.)

ARE.—¡Señor Lacasa!... ¡Señor Lacasa!... No, que no estoy loco; que este también lo ha visto. (Arrodillándose.) ¡Perdón, Dios mío!

ZALD.—(Por la derecha.) Aquí está el antispasmódico. (Al ver a Armando desvanecido.) ¿Eh? ¿Qué es esto?

ARE.—Que los ha visto como yo. ¡Qué los ha visto!

ZALD.—(Dándole a oler un frasco.) ¡Señor Lacasa!... (Armando abre los ojos, se incorpora, mira hacia la puerta de la izquierda, pega un salto, sale corriendo y se va por la puerta de la derecha. Dentro suena un golpe seco.) ¡Mi madre! ¡Se ha tirado por el hueco de la escalera!... ¿Pero qué pasa aquí? (Se vuelve y ve que Arenal se santigua y reza.) Un poco hace a ciento; pero yo sugestiono a este idiota o me suicido. ¡Señor Arenal!

ARE.—¡Qué!

ZALD.—(Imperiosamente, comiéndoselo con los ojos y haciendo jeribeques con los dedos.) ¡Levántese usted... ¡Levántese usted!... (Arenal se levanta.) ¡Clave su mirada en la mía!... ¡Fijamente!... ¡Así!... (Arenal le obedece como un autómatas.) ¡Señor Arenal, yo le juro por mi honor de caballero y por la delicada vida de mis hijos, que esos fantasmas, esos espectros que usted ve, son falsas imágenes que sólo existen en su cerebro; aquí, aquí. (Señalándole el cerebro.) ¿Me oye usted?

ARE.—(Como hipnotizado.) Sí, señor.

ZALD.—¡Son quimeras, sólo quimeras!

ARE.—(Repitiendo como un eco.) Sólo quimeras.

ZALD.—Impóngase a sí mismo; yo lo mando, y cuando vuelva a verlos, exclame: sois vapores, etéreos vapores.

ARE.—Pero si los veo palpables y me señalan con el dedo.

ZALD.—(Imperioso.) ¡Mentira! Los muertos no resucitan.

ARE.—No, señor.

ZALD.—(Le hace nuevos jeribeques con los dedos, como le sacudiese algo.) ¡Arenal! ¡Sígame! (Arenal da dos pasos tras él completamente hipnotizado.) ¡Deténgase! (Se para.) ¡Retrocéda! (Arenal retrocede.) Completamente hipnotizado.

ZALD.—¿Qué son esos seres intangibles que se le aparecen?

ARE.—Vapores.

ZALD.—¿Lo cree usted así?

ARE.—Lo creo.

ZALD.—Bien. Paséese. (Arenal se pasea pausadamente.) (Le dejaré un momento hipnotizado para que se fortalezca en la idea que acabo de sugerirle.)

ANG.—(Por segunda izquierda.) ¿Qué? ¿Cómo va el enfermo, doctor?

ZALD.—Señora, he vencido. Logré sugestionarle y le he curado.

ANG.—¡Ay! Gracias a Dios. ¡Cándido!... (Va hacia Arenal.)

ZALD.—¡Quieta, señora! No le despierte; un grito extraño o un golpe, por ligero que fuera, le despertaría súbitamente y sería horrible. Venga, venga conmigo y dejémosle entregado a la idea que acabo de sembrar en su cerebelo. Vamos.

ANG.—¡Ah! Qué contenta se va a poner Esmeraldita cuando le diga que tenemos hombre. (Se van por segunda izquierda.)

ZALD.—(Antes de hacer el mutis vuelve a hacer jeribeques con los dedos a Arenal.) Vapores.

ARE.—(Paseándose como sonámbulo.) Si, los muertos no resucitan. Dice bien el doctor: esas visiones mías las proyecta mi cerebelo, son quimeras, vapores. Debo imponerme a mí mismo... Mentira... Todo mentira.

LEON.—(Con Venancio, Crescencio y Geruncio, por la izquierda.) ¡Solo! ¡Está solo!

VEN.—¡Por fin!

CRES.—¡Ya era hora!

GER.—¡Venganza! (Entran sigilosamente.)

VEN.—(A Leoncio.) Con lo que hemos pensado, le damos la puntilla.

LEON.—Al oírnos, veréis que cara. Prevenidos. (Al volverse Arenal, los cuatro le señalan como antes y dicen con voz sepulcral y a un mismo tiempo.) ¡¡Arenal!!

ARE.—(Los mira y sonríe bonachonamente.) No; los veo, pero no los veo. No están ahí, están aquí, aquí. (Se golpea suavemente el cerebelo.)

LOS CUATRO.—¡¡Asesino!!... ¡¡Criminal!!... ¡Ha llegado tu hora!...

LEON.—Resurgimos de la tierra cálida de la isla Columbretes para arrancar tu vida miserable.

ARE.—¡Mentira!

VEN.—¿Eh? (Se miran los cuatro.)

LEON.—No mandaste en nuestro auxilio ni un par de lanchas.

ARE.—Vapores.

LEON.—¿Qué dice?

ARE.—Vapores, ya la he dicho.

VEN.—Este sinvergüenza no está tomando el pelo señores. Y yo no hago más comedias, yo le doy un metido que le atonto.

ARE.—Mentira.

VEN.—¿Mentira? Pues va a ser en las narices.

ARE.—(Dándose en el cerebelo.) Aquí, aquí.

VEN.—Pues ahí. (Le atiza un puñetazo en la nuca.)

ARE.—(Dando un grito y mirádoles horrorizado.) ¡¡Ah!! ¡¡Ellos!! ¡No son vapores!... ¡No son vapores!... (Vase corriendo por segunda izquierda.)

VEN.—Bueno, le he dado el primero de la primera serie y tengo proyectadas nueve series de a mil. (Suena dentro una gran risotada.)

LEON.—¿Pero no oyen ustedes qué carcajadas?

GER.—¡Qué escándalo!

VEN.—¡Un puñado de viudas y huérfanos riendo de esa manera.

CRES.—Es que ese imbécil les está diciendo que los vapores no son vapores.

LEON.—Es que no tienen vergüenza, Crescencio. (Nuevas risas dentro.) Caray, pero que se rien como locos.

VEN.—Pues yo te juro que les corto la risa. Vamos al comedor a ver si los matamos de un susto. Lo merecen. ¡Venganza!

TODOS.—¡¡Venganza!! (Hacen mutis por la segunda izquierda.)

ARM.—(Por la derecha. Viene cojeando.) Bueno, pero es que yo vi a los cuatro fantasmas o es que el vermú se me ha subido a la cabeza. (Suena dentro un estrépito ronador, seguido de un griterio enorme.) ¡Zambomba! (Pega un salto.)

(Salen a carrera abierta por la puerta del foro Ernesto, Bibiano, Villalón, Caridad, Luisita, Esmeralda, Esmeralda y Martina. Martina, que trae una fuente en la mano, hace mutis gritando. Ernesto, Bibiano, Villalón, con las servilletas prendidos y un tenedor o un cuchillo en la mano, hacen mutis por la puerta de la derecha, arrollando a Armando y Caridad; Luisita, Esmeralda y Esmeralda, se parapetan tras los muebles, casi accidentadas.)

ARM.—(Asustadísimo,) ¿Pero, ¿qué pasa?

ESM.—¡Ay, Dios mío! Que mi padre ha resucitado.

ARM.—(Haciendo mutis por la derecha tirando una silla.) ¡María Santísima!... (Vase.)

CAR.—¡Ay, qué susto!

ESM.—¡Ay, qué espanto!

LUI.—¡Ay, qué horror!

CAS.—¡Ay, qué atrocidad!

VEN.—(Por segunda izquierda con Crescencio, Leoncio y Geruncio. Traen a Arenal casi volandas.) ¡Venga usted acá, so sinvergüenza!

ESM.—¡Papá, por Dios!

ARE.—¡Huid, fantasmas vanos!

LEON.—Como vuelva usted a llamarme fantasma y vano por añadidura, le pago los riñones.

ARE.—¡Pero ustedes vivos! ¡Vivos!

LEON.—¿No lo ve usted, idiota?

ARE.—¡Oh! Gracias, Dios mío; no soy asesino.

VEN.—¡Pero vas a ser asesinado!

ARE.—Bien, pero antes contaré a todo el mundo el juergazo que estaban ustedes corriendo en la quinta de «El Rincón.»

VEN.—¡Caramba!

LEON.—¡Arenal!

ARE.—Si me perdonan ustedes no lo sabrán ni las piedras: lo juro por la vida de Esmeraldita.

LEON.—Perdónalo, Venancio, que nos conviene.

VEN.—Después de todo... si Esmeraldita resulta tan coqueta como su madre... bastante castigo tiene encima. (Por la segunda izquierda entran en escena Piedad sostenida por Pepito, y Blanca y Piedad, que se apoyan la una en la otra para no caerse.)

PEP.—Vamos, señora, que no son fantasmas, caracoles, que los he visto y oyes.

GER.—Ellas.

CRES.—¡La pécora!

VEN.—¡La sinvergüenza!

LEON.—¡La teñida!

BLA.—¡Dios mío! ¿Pero son ustedes? ¿No son ustedes ánimas del otro mundo?

PEP.—¡Y dale! Que no, pueden ustedes convencerse. Toquen ustedes a las ánimas.

ANG.—¡Venancio! (Abraza a su marido.)

BLA.—¡Leoncio! (Idem.)

PIED.—¡Crescencio! (Idem.)

CAR.—¡Geruncio! (Idem.)

ESM.—¡Papá!

LUI. } ¡Papaito! (Idem.)
CAS. }

(Suena dentro ruido de cristalería que se hace añicos.)

ARE.—¿Eh?

PEP.—¿Qué pasa?

ANG.—El pobre doctor Zaldívar que se ha vuelto loco del susto y está dando estacazos a todos los cacharros que encuentra, diciendo que son vapores. (Nuevo ruido dentro.)

VEN.—Caramba, pues decirle que son salseras y fuentes, porque nos vas a dejar sin vajilla. (Nuevo ruido.) ¡Que lo amarren, hombre!

BLA.—¿Pero cómo vienen ustedes con esos trajes?

LEON.—Es muy largo de contar. Ya, ya lo sabrán ustedes al detalle. ¡Qué saben ustedes lo que hemos rodado y padecido!

BLA.—¡Pobrecito! Y nosotras creyéndoles en la otra vida, nos hemos pasado seis meses metidas en la Iglesia haciéndoles sufragios.

VEN.—Sí, ¿eh? Conque sufragios.

LEON.—Ya ajustaremos cuentas.

CRES.—Lo mismo digo.

BLA.—No sabes lo que ha sufrido mi alma.

LEON.—(En cuanto llegue a casa le rompo el alma para que no vuelva a sufrir.)

GER.—Arenal, mande usted al *Eco de Castellón* una gacetilla deshaciendo error de nuestro naufragio.

ARE.—Sí, señor. ¡Qué alegría, Esmeraldita! ¡No soy asesino!

ESM.—¿Qué dices?... ¿Pero aún sigues con esa manía?

ARE.—No me hagas caso.

CRES.—¿Qué partido está en el poder?

PIED.—El liberal, García Prieto.

LEON.—Hombre; amigo mío. Señores, arreglamos nuestros asuntos. Salvados nuevamente.

PEP.—Y oigan ustedes. ¿Llegaron ustedes por fin a pescar el bonito?

VEN.—Ya lo creo!

LEON.—Como que el «Vespucio» naufragó a los dos días.

PEP.—¿Y lo que pescaron ustedes fué bonito?

LEON.—¡Precioso, precioso, precioso! (Dentro se oye nuevo ruido como de romper un cacharro y en seguida por la segunda izquierda aparece el doctor Zaldívar con un palo en la mano y el pelo en desorden.)

ZALD.—(Al ver a los cuatro Robinsones.) No, no son ellos. ¡Son vapores! ¡Son vapores! (Da un estacazo a un jarrón que habrá en escena y lo hace añicos. Todos inician la huida. Telón.)

FIN DEL JUGUETE

¡SU SALUD PELIGRA!

TERRIBLES MICROBIOS LE ACECHAN!

No espere Ud. a que las Autoridades le indiquen que el agua está contaminada, pues hasta entonces habrá bebido alguna cantidad; tenga por costumbre filtrar siempre el agua, aunque no venga completamente turbia. Para ello nada mejor que el Depurador Higiénico y Rápido "ARSO" que equivale a tener un manantial en casa.

De venta: Fábrica "ARSO"
CARDENAL CISNEROS, 28. - MADRID

RIJÍAS FILTRANTES PARA TODA CLASE DE FILTROS



El número actual de
nuestro teléfono es

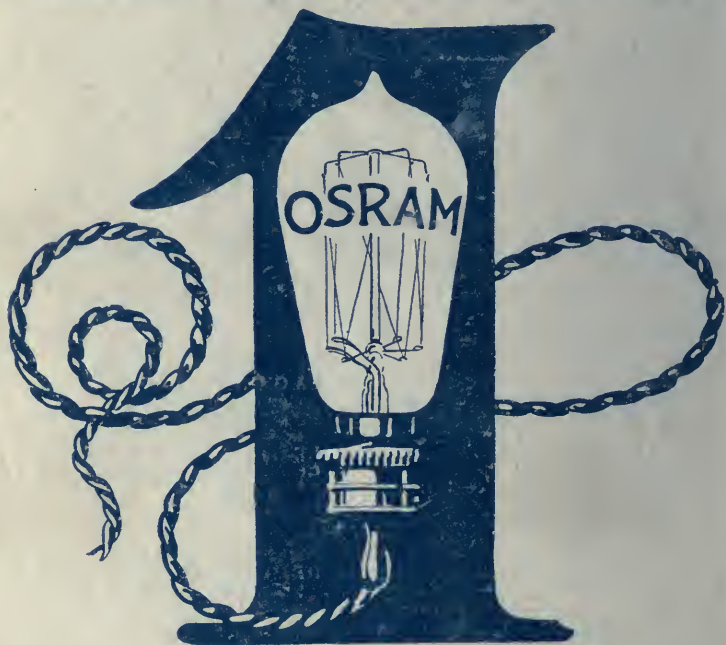
J. 6 2 4

...neros publicados por

La Novela TEATRAL

- RATA DE BLANCAS.—Fellpe Trigo.
LA SOBRINA DEL CURA.—C. Arniches.
EL MÍSTICO.—Santiago Rusiñol.
LOS SEMIDIÓSES.—Federico Oliver.
LAS ACATÚAS.—Casero y G. Alvarez.
EL LOBO.—Joaquín Dicenta.
HARITO, LA SAMARITANA.—Torres del Álamo y Asenjo.
EL VERDUGO DE SEVILLA.—García Álvarez y Muñoz Seca.
TODOS SOMOS UNOS.—J. Benavente.
EL REY GALAOR.—F. Villaespesa.
A CASA DE QUIROS.—C. Arniches.
HICAR XXI.—Muñoz Seca, García Álvarez y Pérez Fernández.
EL RÍO DE ORO.—Paso y Abatl.
SOBREVIVIRSE.—Joaquín Dicenta.
EL ALMA DE DIOS.—Arniches y García Álvarez.
EL CARDENAL.—L. Rivas y Reparaz.
EL POBRE VALBUENA.—Arniches y García Álvarez.
EL HOMBRE QUE ASESINÓ.—Traducción de Antonio Palomero.
LAS ESTRELLAS.—Carlos Arniches.
OLORETES.—Carlos Arniches.
LA SEÑORITA DE TREVELEZ.—Carlos Arniches.
ERAFINA LA RUBIALES.—Torres del Álamo y Asenjo.
BEN-HUMEYA.—Francisco Villaespesa.
EL SEÑOR FEUDAL.—Joaquín Dicenta.
LA ETERNA VÍCTIMA.—Felipe Trigo.
MMY SAMSON.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
DÍPEZ DE CORIA.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 28 LA GIOCONDA.—G. d'Annunzio. Traducción de Francisco Villaespesa.
29 PRIMAVERA EN OTOÑO.—G. Martínez Sierra.
30 EL CRIMEN DE AYER.—Joaquín Dicenta.
31 EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO.—Traducción de Gil Parrado.
32 FRANCFORT.—Vital Aza.
33 LA REBOTICA.—Vital Aza.
34 LA FRESCURA DE LA FUENTE.—García Álvarez y Muñoz Seca.
35 PRIMER ROSE.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
36 CIÉNCIAS EXACTAS.—Vital Aza.
37 Doña María de Padilla.—F. Villaespesa.
38 RAFFLES.—Traducción A. Palomero.
39 LA PRAVIANA.—Vital Aza.
40 EL GRAN TACAÑO.—Paso y Abatl.
41 MIRANDOLINA.—Cristóbal de Castro.
42.—GENIO Y FIGURA.—Arniches, Abatl—Paso y García Álvarez.
43 LA GÉNTUZA.—Carlos Arniches.
44 LA VIEJECITA.—Miguel Echegaray.
45 PARADA Y FONDA.—Vital Aza.
46 LA ALEGRIA DE LA HUERGA.—Paso y García Álvarez.
47 PETIT-CAFÉ.—Tristán Bernard.
48 LOS NOVILEROS.—Edmond Rosand.
49 ELECTRA.—Benito Pérez Galdós.
50 TIQUIS MIQUIS.—Vital Aza.
51 EL ÚLTIMO BRAVO.—G. Alvarez y Muñoz Seca.
52 LA MARCHA DE CADIZ.—García Álvarez y Lucló.
53 DOÑA PERFECTA.—Benito Pérez Galdós.

EL NUMERO



DE LAS LÁMPARAS DE FILAMENTO METÁLICO CON FINIA SIENDO HASTA HOY

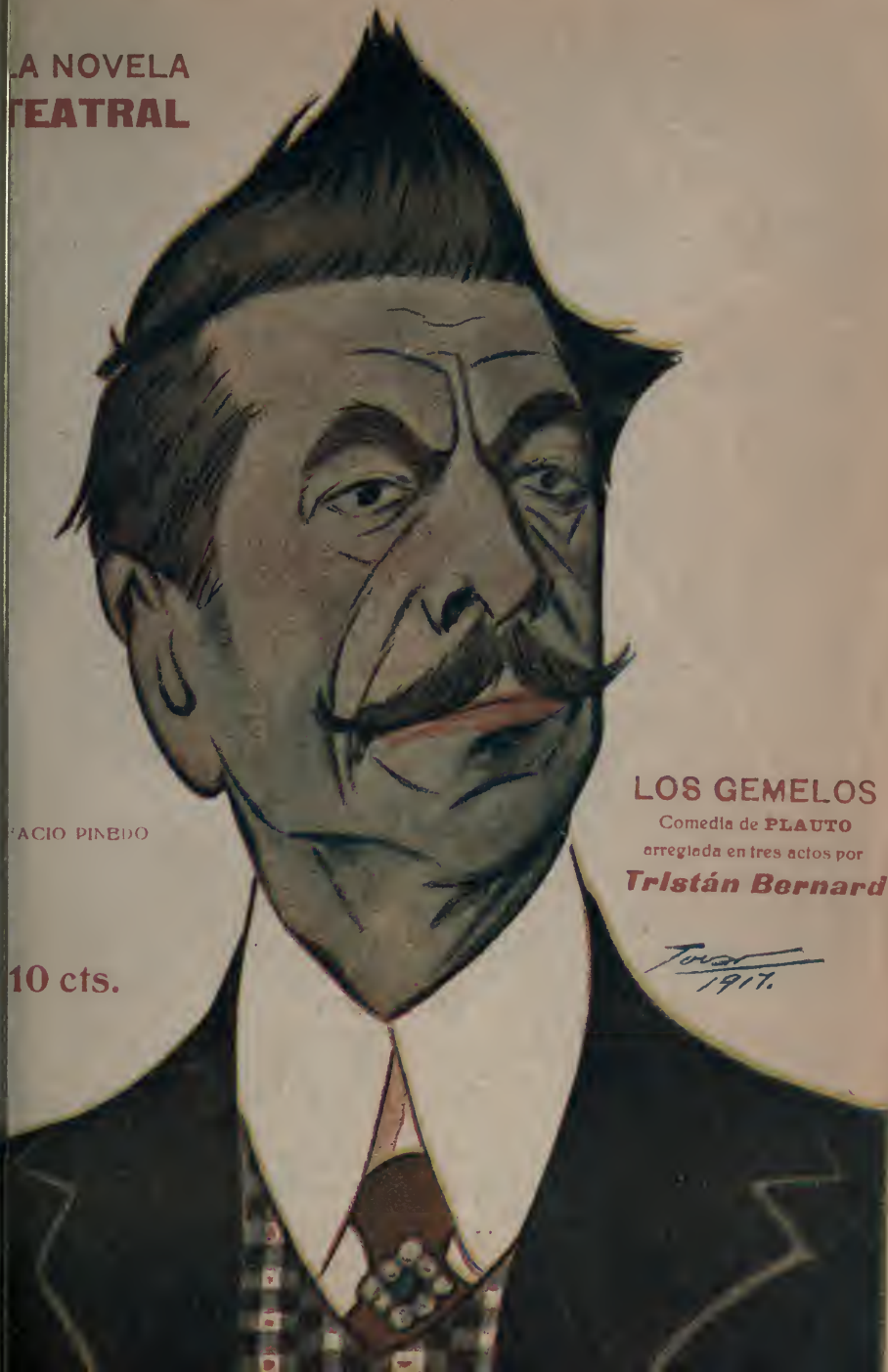
O S R A M

POR

su consumo económico de fluido.
la solidez de su hilo estirado e irrompible.
su ilimitada duración.
su luz blanca y brillante.

Concesionario exclusivo: LEÓN ORNSTEIN, Martana Pineda,-5 MADRID

LA NOVELA
TEATRAL



ACIO PINEDO

10 cts.

LOS GEMELOS

Comedia de **PLAUTO**
arreglada en tres actos por
Tristán Bernard

T. Bernard
1917.

LA NOVELA TEATRAL

Complemento de la Novela Corta

Director: José de Urquía

**HOMENAJE A LOS NOVELISTAS
ESPAÑOLES DEL SIGLO XIX
en LA NOVELA CORTA**

LA NOVELA CORTA, después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, **para complementar su apostolado de divulgación literaria** va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada uno de ellos **UNA SOLA OBRA** en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas

NOVELA ROMÁNTICA

LARRA.--El Doncel.
ESPRONCEDA.--Sancho Saldaña.
PATRICIO DE LA ESCOSURA.--El Conde de Candespina.
MARTINEZ DE LA ROSA.--Doña Isabel de Solís.
ENRIQUE GIL.--El Señor de Bembibre.
FERNANDEZ Y GONZALEZ.--La maldición de Dios.
ORTEGA Y FRIAS.--Abelardo y Eloisa.

HARTZEMBUSH.--La hermosura por castigo.
GERTRUDIS G. AVELLANEDA.--El donativo del diablo.
PASTOR DIAZ.--De Villahermosa a la Chiriflor.
IGUALS DE IZCO.--La Marquesa de Beltrán.
NAVARRETE.--Una historia de lágrimas.
PEREZ ESCRICH.--El Cura de Aldea.
PILAR SINUES.--La rama de Sándalo.

NOVELA HISTÓRICA

F. PATXOT.--Las ruinas de mi convento.
CANOVAS.--La campana de Huesca.
VICETO.--Los hidalgos de Monforte.
BALAGUER.--La espada del muerto.

NAVARRO VILLOSLADA.--Doña Blanca de Navarra.
AMOS DE ESCALANTE.--Ave Maris Stella.
CASTELAR.--La hermana de la caridad.

NOVELA NATURALISTA

FERNAN CABALLERO.--La Gavlot.
MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.--La protección de un sastre.
EL SOLITARIO.--Escenas andaluzas.
MESONERO ROMANOS.--Escenas matritenses.

PEREDA.--ANTOLOGIA.
VALERA.--ANTOLOGIA.
OLARIN.--ANTOLOGIA.
SELGAS.--Nona.
ALARCON.--El Nino de la Bola.
ARTURO REYES.--Una novela.

También rendiremos un homenaje a la memoria de los grandes escritores y poetas que escribieron narraciones en prosa.

POETAS

ZORRILLA.--Recuerdos de tiempo viejo.
TRUEBA.--Cuentos campesinos.

BEQUER.--El caudillo de las manos rojas.
CAROLINA CORONADO.--Sigea.

ESCRITORES

GANIVET.--Pío Cid.
SILVERIO LANZA.--Medicina rústica.
TABOADA.--Una novela.

EUSEBIO BLASCO.--Una novela.
ALEJANDRO SAWA.--La noche.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas grandes novelas extractadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista.

La Condesa de Pardo Bazán, Rodríguez Marín, Azorín, Manuel Bueno y Oristóbal de Castro.

Estos números **HOMENAJE**, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

LOS GEMELOS

COMEDIA DE **PLAUTO**

arreglada en tres actos y un prólogo por

Tristán Bernard

Adaptación castellana de

ANTONIO PALOMERO

PERSONAJES

PROTEA.
CLEMENTINA.
DOÑA JUANA.
EL AMA.
LA DONCELLA.
BELLÓGIN, padre.

EL TIO DE AMÉRICA.
BELLÓGIN, hijo, soltero.
BELLÓGIN, hijo, marido de
Clementina.
GORRIZ.
BERNALDEZ.

FRANCISCO.
JULIAN.
UN PINTOR.
CILINDRO.
UN MÉDICO.
UN CRIADO.

Acción del prólogo en Burdeos; la de los tres actos en el Sardinero de Santander 37 años después

PRÓLOGO

En Burdeos. Sala modesta en casa de Bellógin, padre. Puertas al foro y laterales.

Bellógin, la Doncella y luego el Ama.

BELL. P.—(A la puerta derecha.) ¡Elise, Elise!

DONC.—(Saliendo.) ¡Monsieur!..

BELL. P.—(Pronunciando mal.) ¿Voulez-vous apporter une bouteille d'eau-de-vie pour mon oncle, dans la salle á manger?

DONC.—(Acento francés.) ¿Cómo, señor?

BELL. P.—Que si quiere usted poner una botella de aguardiente para mi tío en el comedor... Ya sabe usted que le gusta tomar una copita por la mañana.

DONC.—Bien, señor. (Mutis.)

BELL. P.—¡Está visto que cada vez hablo peor el francés... Ama, ama...

AMA.—(Saliendo.) Señorito...

BELL. P.—¿Tiene usted ya todo preparado? ¿Está usted dispuesta para marcharse?

AMA.—Sí, señor.

BELL. P.—Perfectamente. ¡Por Dios, que no se la escape nunca nada!

AMA.—Descuide usted; que yo sé guardar un secreto.

BELL. P.—Y si durante los pocos minutos que va usted a estar aquí todavía, la abra a usted mi tío, el que ha venido de América, ya sabe usted lo que no se le puede decir y lo que ha de responderle si la pregunta...

AMA.—Sí, señor, sí... Puede usted estar tranquilo, que no me equivocaré.

BELL. P.—Tengo confianza en usted y por eso la hice venir de su tierra... Cozco a su familia.

AMA.—Pues porque conozco a la familia del señor he venido yo a este maldito pueblo de franchutes, que si no...

BELL. P.—Bueno, mujer, pero ya se marcha... Esta misma tarde estará usted en camino de Santander. Sobre todo, tenga cuidado de no marearse.

AMA.—Si que lo tendré, porque le sentaría mal al niño. Pero puede usted estar tranquilo, porque al venir no me pasó nada, y eso que la mar estaba muy alborada. Y dígame... ¿qué tengo que hacer para embarcarme?

BELL. P.—¡Chist!... ¡No hable usted de eso!... ¡No diga usted nada!... Mi amigo Bernaldez debe llegar de un momento a otro y él se encargará de todo... Usted se va con él,

AMA.—Lo que usted disponga. Ya le he dicho que estoy segura de no marear me; pero, ¿y el niño? ¡Una criatura de tres semanas!

BELL. P.—¡Bah!... ¡A esa edad no hay quien se maree! Además, como le llevará usted en brazos, no sentirá las sacudidas del barco si la mar está dura. (Se oy dentro la voz del tío.) ¡Mi tío! ¡Márchese usted ¡y mucho ojo! (Mutis el ama por la izquierda.)

Bellogín, el tío, seguido de un hombre que trae unos paquetes.

T. AMÉR.—(Al hombre.) Laissez vous les paquets dans le chaise. Je vous donne ré un franc pour votre service. (A Bellogín.) ¿Tienes ahí un franco?

BELL. P.—(Se lo dá.) Ahí va, tío.

T. AMÉR.—(Da la moneda al hombre, y éste se va.)—No sabes los apuros que pas para entenderme en este país. He aprendido el francés en América, por necesidades de mis negocios, pero sin duda en Francia hay que hablarlo de otra manera, porque a mí me resulta nuevo.

BELL. P.—Pues yo hace tres años que vivo aquí y no he podido lograr que me entiendan mis criados hasta que ellos han aprendido el castellano. ¡Por lo visto el estudio de las lenguas no es el fuerte de nuestra familia!

T. AMÉR.—¿Hace ya tres años que estás en Burdeos? ¡Como pasa el tiempo!

BELL. P.—Sí, tío. Establecí aquí el sesenta y siete mi tiendecita de «Novedades españolas» y poco a poco voy abriéndome camino... Estoy satisfecho. Y ve que el expatriarse da buen resultado entre los Bellogín, puesto que a usted no ha ido mal en América... Bien que yo no puedo compararme con usted.

T. AMÉR.—No me ha ido mal, es verdad; pero tú no sabes lo que he luchado, que he trabajado... He sido cuanto hay que ser en este mundo; es decir, en otro... He hecho las cosas más raras... ¡Con decirte que hasta fui inventor!...

BELL. P.—¿Inventor?

T. AMÉR.—Sí... Inventé una especie de producto químico para blanquear a los negros... ¡Figúrate!

BELL. P.—¿Y dió resultado?

T. AMÉR.—Los negros dejaban de ser negros, pero sin llegar a volverse blancos.

BELL. P.—¡Vamos!...

T. AMÉR.—Su piel adquiriría un tono gris pálido, bastante desagradable a la vista, pero nada más... En fin, vendí la patente, perdí el dinero en otras empresas, me asocié luego con un italiano... Pero la historia es larga y ahora no es ocasión de que te la cuente. Solo te repetiré que he luchado mucho. Sí; y he trabajado como un negro, no de los grises, sino de los verdaderos.

BELL. P.—¡Pero con éxito!

T. AMÉR.—Eso sí. He conseguido reunir una cantidad respetable, que un día será tuya.

BELL. P.—Querido tío; no hablemos de cosas tristes...

T. AMÉR.—Nada más natural, después de todo, puesto que eres mi pariente más cercano... Ahora, que ya sabes lo que te dije cuando te escribí participándome mi resolución: mi fortuna será tuya y tú se la dejarás a tu único hijo... Es decir que no podrás tener otro hijo después de ese, porque entonces te desheredaría. Es un capricho tonto, ridículo, como quieras, pero lo impongo por única condición... ¡No quiero que mi fortuna se pierda en particiones, porque serviría de muy poco provecho!... Ya lo sabes, tu eres mi heredero natural, pero aun tengo el derecho de olvidarte y dejárselo todo a una prima segunda que vive en Salamanca.

BELL. P.—Tío, por Dios; no hablemos más de eso... Lo que yo deseo es que disfrute usted mucho tiempo de su dinero.

T. AMÉR.—Y yo también, pero hay que estar prevenidos. Por suerte, ya tiene un chico de tres semanas, que será a su vez el que recoja los cuartos... Pero fíjate bien; no puedes tener otro. ¡Esto es lo exigido!

BELL. P.—Le prometo respetar su voluntad... ¡No tendré otro hijo!

T. AMÉR.—Y a todo esto, aun no le dí los buenos días al angelito... (Dirigiéndose a la puerta izquierda.) Voy a dárselos.

BELL. P.—(Precipitándose a detenerle.) No, no entre usted ahora, tío... Le está vistiendo el ama...

T. AMÉR.—¿El ama?... Creí que lo criaba tu mujer...

BELL. P.—El ama seca. tío... Hemos tomado un ama seca.

T. AMER.—¡Hola, hola!... Veo que os cuidais... Dime tú si con tantos gastos os vendrán mal esas pesesejas.

BELL. P.—¡Otra vez, tío!... No hablemos más de eso... Hasta luego.

T. AMER.—¿Te vas?

BELL. P.—No, yo no... Usted es quien debe salir a dar un vistazo por el puerto... El puerto en Burdeos es digno de verse (Mirando su reloj.) a las diez menos cinco de la mañana. No debe usted desperdiciar la ocasión porque hoy hace un gran día y mañana puede estar nublado.

T. AMER.—¿Tú también tienes esa manía? Lo más terrible en cuanto llega uno a cualquier parte, es que le hagan admirar las vistas a la fuerza. He recorrido países bastante mejores que este sin mirarlos siquiera.

BELL. P.—Al puerto, al puerto y ya me dirá usted si le gusta. Cuando vuelva verá usted al pequeño que ya estará arregladito...

T. AMER.—Sí, voy a salir, pero no al puerto, sino a encargar una cosa que he olvidado... En seguida vengo (Mutis.)

BELL. P.—Sí, sí; en seguida... Dentro de dos horas, o tres, o de cuatro.

Bellogin, luego la Doncella; después Bernáldez.

BELL. P.—¡Creí que no acababa de marcharse!... ¡Señor, señor!... ¡Qué absurdo se le ha ido a ocurrir a mí tío para complicarme la vida!... Pero no hay más remedio que aceptarlo, si no quiero que se me escape la futura breva... Ahora sólo falta que Bernáldez no venga hoy y me fastidia... ¿Cómo voy a seguir ocultando la verdad, sin que alguien se entere y lo eche todo a perder en un momento?... ¡Qué apuros, qué compromiso, qué intranquilidad!... Y todo por...

DONC.—(Saliendo.) Señor... Aquí hay un caballero que pregunta por el señor...

BELL. P.—¡Que pase! (Mutis la doncella.) ¿Será él?... (Sale Bernáldez; trae un saquito de mano.) ¡Sí, él es! (Se abrazan.) ¡Ay, amigo mío! ¡Pensé que no llegabas nunca!

BER.—Pues aquí me tienes... Recibí tu aviso hace cuatro días, pero no pude venir tan pronto como tú deseabas; por eso te escribí diciéndote que hasta hoy no me tendrías a tus órdenes...

BELL. P.—Y ya estaba yo impacientísimo...

BER.—Pues mira, por poco no nos vemos... Como no me he embarcado nunca, el viajecito me ha sentado como un tiro... Vengo muerto, completamente muerto.

BELL. P.—No lo creas; traes muy buen aspecto... Y pronto lo tendrás mejor. Porque vas a embarcarte inmediatamente.

BER.—¿Cómo? ¿A embarcarme? ¿Cuándo? ¿Para dónde?

BELL. P.—Ahora mismo... Es preciso que te vuelvas a Santander.

BER.—¿Y para esto me necesitabas? ¿Para despedirme apenas he llegado?

BELL. P.—Sí, querido Bernáldez... Es indispensable que te vayas en seguida... para saberlo todo...

BER.—Habla... Pero antes dime, se me olvidaba preguntártelo, ¿y tu mujer? ¿Salió bien del paso?

BELL. P.—¡Ay, Dios mío!

BER.—¿Cómo? ¿No está bien?

BELL. P.—Sí; perfectamente.

BER.—¿Y el niño?

BELL. P.—¡Magnífico... ¡Pero si tu supieras!... En fin, vas a enterarte del porqué de tu viaje... Yo no te hubiera dicho nada de lo que voy a decirte, si no necesitara de tí; pero como te necesito, voy a confiarte un secreto terrible. Un secreto que no sabe nadie más que el médico, la madre, la doncella, el ama y yo... Sobre todo te exijo que no lo descubras; si esto se lo dijeras a alguien, sería mi ruina... Mi mujer ha tenido dos niños.

BER.—¡Hombre!... ¿Y eso puede ser tu ruina? ¿Es que no tienes para criarlos?

BELL. P.—¡Qué bruto eres, qué bruto!... Veo que el mar no te ha espabilado.

BER.—Nunca he dicho que me espabilara.

BELL. P.—¿No te figuras que por algo te he dicho que se trata de un secreto? Es tío, el que estaba en América, ha venido a Burdeos. Es inmensamente rico y ha nombrado su heredero, con la condición de que no he de tener más que un hijo sólo... ¿Comprendes ahora?

BER.—¡Ah, vamos!... Sí, sí.

BELL. P.—Es una estupidez, pero ¿que voy a hacer sino resignarme?... Y veas en qué compromiso me encuentro.

BER.—¡Verdaderamente, es muy desagradable lo que te sucede!...

BELL. P.—Es que no quiero que me suceda. Es necesario que mi tío no sepa que, sin querer, me he burlado ya de sus propósitos... El está bastante viejo y debe vivir muy pocos años... ¡Que al menos hasta después de muerto, ignore la existencia de ese niño! Siendo yo su heredero natural, ya veremos cómo me las arreglo en su día... Por eso te mandé llamar con tanta prisa... ¡Quiero confiarte esa criatura! Te la vas a llevar y a cuidarla como una madre.

BER.—Te agradezco la confianza; y si me hubieras dicho que yo venía aquí para ser madre, no me hubiera retrasado tanto.

BELL. P.—Vas a llevar el niño a Santander, y mi mujer y yo iremos a verle en cuanto podamos. Mi mujer está delicadilla. Figúrate; con el trance en que se ha visto, y la zozobra en que está por lo del tío... Y como, además, se ha empeñado en criar a Aquiles, el otro muñeco, el que se queda con nosotros.

BER.—Oye, y al otro, ¿quién va a criarlo?

BELL. P.—Tú, no; tranquilízate... Vas a encargarte también del ama. Ya tengo arreglado vuestro viaje, y por eso temía que no vinieras hoy. Esta tarde sale para Santander un vapor mercante, que manda un capitán amigo mío; en su camarote iréis perfectamente... Unas horas se pasan bien en cualquier parte.

BER.—Pero, ¿y al niño, no le sentará mal la travesía?

BELL. P.—¡Quí!... ¡Irá muy cómodo en los brazos del ama!... Voy a enseñarte; verás que hermoso está... Como el otro, por supuesto... Se parecen de una manera tan asombrosa, que hemos tenido que ponerles en el gorrito un lazo de distinto color a cada uno para distinguirlos... Voy a buscarle. (Mutis.)

BER.—¿Cómo iba yo a sospechar a lo que venía?... Yo que nunca me quise casar por miedo a los chicos, ahora me encuentro con uno sin casarme... Pero no puedo rehusar... (Sin entusiasmo.) Después de todo, estoy contento... Dicen que es muy agradable tener un niño... Ya lo veremos...

BELL. P.—(Con el chico.) Aquí le tienes. Mira a Robertito, con su cintita rosa...

BER.—(Indiferente.) Está muy mono, muy mono... Me dan miedo estos seres tan pequeños y tan frágiles... Me parece que los voy a romper en cuanto los toque...

BELL. P.—Hoy, precisamente, cumple veinticinco días.

BER.—¡No los representa!

BELL. P.—¿Cómo que no los representa?

BER.—Bueno; los representa si tú quieres... Te lo decía como un cumplido...

BELL. P.—Pues es una descortésia... A los niños hay que decirles que representan más edad de la que tienen.

BER.—Dispensa... No estoy acostumbrado más que a las personas mayores.

BELL. P.—¡Angelito!... Se me parte el corazón al abandonarle, pero bien sabes Dios que lo hago por su felicidad... Los primeros años de su vida le serán más duros que a su hermano... A él le ha tocado, porque yo no quise hacer preferencias y lo eché a la suerte... ¡Pobre hijo mío! En vez de educarse como Aquiles, en el seno de su amante familia y entre personas inteligentes, se va lejos de aquí con una nodriza mercenaria, junto a un solterón egoísta que no sabrá sentir los dulces goces de la paternidad...

BER.—Hombre, que estoy aquí... No tengas cuidado, que ya procuraré que no le falte nada.

BELL. P.—Tú harás lo que buenamente puedas, y yo no te exigiré más... Toda la vida has sido muy servicial, y poco amigo de que se te agradezcan los favores.

BER.—Créeme que estoy en lo cierto.

BELL. P.—Es verdad... El muno está poblado de ingratos, y hay que seguir la ley del mundo... Tienes razón... Mira, no dejes de ponerme una nota con los puros meros gastos. Ya te devolveré lo que sea, así como las dos mil pesetas que te debes.

BER.—No corren prisa,

BELL. P.—Ya sé que no corren prisa; no tienes necesidad de decírmelo... Es poco delicado que me lo digas, porque parece como si creyeras que lo he olvidado. No he pensado jamás en esa deuda, porque sé que te disgusta que se recuerden tus servicios... Me harás la justicia de creer que nunca te hice la ofensa que agradecértelo...

BER.—¡I u eres un verdadero amigo! (Se oye toser al tío.)

BELL. P.—¡Cuidado, por Dios, que viene mi tío! Toma... (Le dá el chico.)

Dichos y el tío. Luego la doncella

T. AMER.—(Por la derecha.) Ya hice el encarguito.

BELL. P.—(A Bernáldez.) Por fortuna los niños son iguales... Tomará a éste por otro.

T. AMER.—(A Bellogín.) ¿Es un dependiente tuyo?

BELL. P.—No; es un amigo, mi mejor amigo. El señor Bernáldez. (Presentándole.)

T. AMER.—Mucho gusto... ¡Calle!... Pero si está aquí mi sobrinillo. (Lo toma a sus brazos.) Buenos días, muñeco... ¡Qué guapo es! Hombre, hombre. (Mirándole el lazo.) Llama a la muchacha.

BELL. P.—(A la derecha.) Elise, Elise.

DONC.—(Saliendo.) ¿Qué manda el señor?

T. AMER.—Traiga usted una cintita azul para este gorrito. (Mutis la doncella.) No sé por qué le pusisteis hoy este lazo rosa, sabiendo que no me gusta ese color... Me gusta el azul y al niño también; ¿verdad rico? (Entra la doncella con la cinta.) Voy a ponérsela yo mismo. Téngale usted... (La doncella tiene al niño mientras el tío le cambia la cinta.)

BELL. P.—(Aparte a Bernáldez.) Ya ves que esta situación es insostenible. Os tendréis que marchar inmediatamente.

BER.—Puesto que el barco no sale hasta por la tarde, déjame dar un vistazo por la ciudad... No conozco Burdeos y tenía muchas ganas de venir... Ya que estoy aquí...

BELL. P.—¡Bravo! Pensabas hacer un viajecito de recreo... ¡Estos son los amigos! Tienes que marcharte ahora mismo; yo os acompañaré hasta que quedéis embarcados.

T. AMER.—(Que acaba de arreglar al chico.) ¡Ajá!... ¿Ves como este color le queda mejor a la cara?...

BELL. P.—(Se lo quita.) Démele usted, no vaya a hacer algo propio de la edad.

T. AMER.—¿Y eso qué importa?

BELL. P.—Supongo que no se irá usted al hotel, y que almorzará con nosotros.

T. AMER.—Con mucho gusto... Y tu amigo, ¿también?

BELL. P.—No; él no almuerza... Se va. Se marcha... ¡Oh! Usted no lo conoce; siempre de viaje, siempre por esos caminos, Elise: lleve usted al tío al comedor y dele una copita de aguardiente, o dos, o las que él quiera...

T. AMER.—Vamos allá. (A Bernáldez.) Servidor de usted.

BER.—Lo mismo digo. (Mutis por el foro el tío y la doncella.)

BELL. P.—No hay minuto que perder... ¡Voy a darle el niño al ama! (Mutis.)

BER.—Lo único que me fastidia es volverme a embarcar... ¡Y ahora mismo! Sin esperar un marco voy a pescar otro.

BELL. P.—(Sale sin el niño.) No está aquí... Y puede que aun no esté preparada para marcharse; y eso que se lo dije... ¿Dónde se habrá metido? (Por todas las puertas.) ¡Ama. ¡Ama!

Dichos y el Ama.

AMA.—(Sale por la derecha.) ¡Señorito!

BELL. P.—Vamos, mujer, vamos... Aquí está mi amigo, el que tiene que acompañarla. ¿Tiene usted ya la ropa recogida?

AMA.—Sí, señor, sí.

BELL. P.—Bueno, pues hay que marcharse ahora mismo.

AMA.—¿Ahora mismo?

BELL. P.—¡Ahora mismo!

BER.—¡Hombre, vas a hacer que se la retire la leche!

BELL. P.—Coja usted a Robertito y andando.

AMA.—Sí, señor. (Mutis izquierda.)

BELL. P.—Supongo que comprenderás mi impaciencia... ¡Dios quiera que no te pasas nunca en una situación como la mía!

BER.—Lo mismo te digo.

AMA.—(Sale con los dos niños y un lío de ropa, arropada en un mantón.) Señorito... Pero quién le ha cambiado la cinta al niño?

BELL. P.—¿La cinta? ¡Mi tío!... Ahora mismo.

AMA.—¡Buena la ha hecho!... ¡Cualquiera les conoce!

BER.—¡Demonio!

BELL. P.—¿Cómo? ¿Es que usted no sabe a cuál está criando?

AMA.—Es un decir, señorito... Los conozco perfectamente... No tengo más que mirarlos...

BELL. P.—Y yo lo mismo... No se me despiantan. (Examinándoles.) Este es Robertito; el que tiene usted que llevarse...

AMA.—No, señorito... Este es Aquiles... El que se queda aquí... Robertito es el otro.

BELL. P.—¿Qué dice usted? Este es Roberto... Estoy segurísimo.

AMA.—Es Aquiles, señorito.

BELL. P.—Le digo a usted que es Roberto... Y basta que yo lo diga.

AMA.—Yo me llevaré el que usted me mande, porque quiero igual a uno que a otro; pero el que me llevo es Aquiles.

BELL. P.—Le digo que es Roberto.

AMA.—¡Está usted loco, señorito!

BELL. P.—¡Insolente!

AMA.—Regúñeme usted, pégueme usted, despídame usted, haga usted de mí lo que quiera; pero no me obligará usted a decir lo que no es. Yo no me equivoco; es Aquiles el que me llevo. Se empeña usted en que este es Roberto, pero yo le digo que es Aquiles.

BELL. P.—(La quita el otro niño.) Bueno: lo que usted quiera... ¡Pero no grite usted, que puede salir el tío! (A Bernáldez.) Prefiero ceder, porque la necesito... Que le llame Aquiles; yo llamaré a este Roberto... Pero ahora caigo en que tengo que llamarle Aquiles, porque es el nombre que conoce el tío... ¡Otra complicación!... Bueno... ¡Se llamarán los dos Aquiles!... Ya lo arreglaremos después... Vamos, vamos, marcharse. (Les empuja hacia la derecha.) Esperarme en el portal un momento, que voy a soltar al chico...

BER.—Yo hubiera querido tomar un bocadillo.

BELL. P.—Ahora, en cualquier parte... Y me lo apuntas en la cuenta de gastos. Mutis Bernáldez y el ama por la derecha.)

Busis Bernáldez y el Tío. Bellogín se dirige presuroso a la izquierda y el Tío sale por el foro.

T. AMER.—¿Dónde vas?

BELL. P.—A dejar a Aquiles con su madre... Voy a salir un momento... He recibido un recado urgente... Una partida... Vuelvo en seguida.

T. AMER.—Tráele, tráele... Yo le tendré. (Bellogín da el chico al tío y sale corriendo por la derecha.)

BELL. P.—Hasta ahora mismo.

T. AMER.—Ven con tu tío, rico... ¡Ajito al nene! (Telón.)

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

Un rincón del Sardinero de Santander. Tres hoteles, dos modestos a la izquierda; el de Bellogín en primer término y el de Bernáldez en segundo, y uno muy lujoso, el de Dorotea, al fondo derecha. A éste se sube por una escalerilla de algunos tramos. Tiene puerta y ventana practicables. Tiene también, adosada a la derecha, de modo que quede frente al hotel de Bellogín, una especie de garita o cosa análoga con verja practicable que se cierra con una tranca. En esta garita ha de haber un hombre a quien se verá perfectamente cuando sea preciso para la acción. Un banco en escena junto a cualquiera de los hoteles. Antes de empezar la escena primera del primer acto, saldrá un criado de casa de Dorotea con unas escobas, una pala o una regadera que dejará en la garita, volviendo a su casa Bernáldez, con un chaquetón de cuero o un largo impermeable y sombrero de fieltro de ala caídas. Un Pintor con blusa larga y en la mano un cubito de pintura y pinceles. En seguida Julián.

BER.—(Habla con el pintor a la puerta de su casa.) Ya sabe usted que la muchacha no volverá hasta cerca del mediodía; de modo que, si mientras viniera alguien preguntando por mí, que se espere... ¿Me ha comprendido?

PINTOR.—Sí, señor; comprendido. (Se mete en la casa.)

BER.—Me parece que no me ha comprendido. (Desciende a la escena.) Es un buen obrero, pero mejor bebedor; y creo que ya ha empezado su faena. (Acción de beber.)

JUL.—(Saliendo.) Buenos días, tío.

BER.—Hola, Julián... ¿Has visto a la muchacha?

JUL.—Sí; y por eso vengo... Me ha dicho que usted me aguardaba... ¿Qué ocurre?

BER.—Tengo que decirte algo muy importante.

JUL.—Estoy a sus órdenes; vamos a casa.

BER.—No, no; a mi casa no... Me están pintando las puertas y un par de habitaciones y hay un olor insoportable... Pienso pasarme fuera todo el día...

JUL.—Ahora me fijo en que está usted vestido como para hacer una excursión al Polo.

BER.—No voy al Polo, pero sí a embarcarme... Tengo un miedo tan espantoso al mar, que no me he embarcado más que una vez en mi vida; hace treinta y siete años. Hoy vuelvo a arriesgarme...

JUL.—Pero, querido tío, si tiene usted miedo al mar, ¿por qué se embarca?

BER.—¡Porque no tengo más remedio!... Todos mis amigos me toman el pelo diariamente y ya no les puedo sufrir. Hoy me decido; hoy me embarco; hoy voy con ellos de excursión al Astillero. Embarcado a la ida y embarcado a la vuelta... ¡Dos veces! ¡Así me dejarán en paz!... Pero como no estoy seguro de volver a casa...

JUL.—(Riendo.) ¿Que no está usted seguro de volver?

BER.—¡Quién sabe!... Por si acaso no vuelvo, te he mandado llamar para confiarte un secreto del que soy depositario; mejor dicho, para acabártelo de confiar, puesto que el otro día te dije algo... Se trata de Bellogín.

JUL.—Ah, vamos, sí...

BER.—Este Bellogín tiene un hermano gemelo.

JUL.—Sí, ya me lo dijo usted... Pero lo que me resulta raro es que no sepa que tiene ese hermano mellizo.

BER.—Pues no lo sabe; y el otro hermano también ignora la existencia de éste... Creo que ya te he contado por qué me lo traje a Santander a los pocos días de su nacimiento...

JUL.—Sí... sí...

BER.—Se trataba de defender una herencia.

JUL.—Sí, sí...

BER.—Mi amigo Bellogín pensaba que su tío no iba a durar mucho, porque, además de ser casi viejo, tenía una salud muy delicada... Pero hay personas delicadas de salud, que viven delicadamente treinta y cinco o cuarenta años con la regularidad de un péndulo... Este es el caso del tío en cuestión; el cual no ha querido morirse hasta hace un par de meses, a la edad de noventa y cuatro años, después de enterrar a mi pobre amigo y a su mujer, padres de estos gemelos... De manera que Bellogín, que esperaba a que el tío se muriese para confiarles su secreto a los chicos, no se lo pudo revelar nunca...

JUL.—Es curioso... Pero y, ¿cómo no se lo dijo al que se quedó con él en Burdeos?

BER.—Porque temió que se le escapara alguna vez delante del tío, con el cual andaba siempre por América y por todas partes... Sólo cuando se sintió enfermo de muerte le llamó a la cabecera de su lecho y le dió una carta cerrada y lacrada diciéndole: «En cuanto el tío se muera, preséntate con ella al señor Bernáidez, en Santander.»

JUL.—¡Muy interesante!

BER.—Por él mismo he sabido la escena... Hace ocho días me ha escrito desde el Havre, participándome su llegada de América y su impaciencia por presentármeme; me decía que le era preciso pasar por París y por Madrid para arreglar unos asuntos, pero que aquí vendría inmediatamente.

JUL.—¿De modo que usted no le ha visto nunca?

BER.—Solo una vez cuando acababa de cumplir veinticinco días...

JUL.—Entonces no le reconocerá usted ahora...

BER.—Claro que no... Y eso que si es verdad lo que me decía su pobre padre, los dos hermanos deben de parecerse de un modo extraordinario: en la estatura,

en el color, en los ojos, hasta en la manea de arreglarse la barba... ¡Dios verdaderos gemelos!

JUL.—Y con el mismo nombre, además, según usted me dijo...

BER.—Justo: por aquella confusión de los lazos que hizo su mismo tío, que en paz descanse...

JUL.—¡Y luego hablamos de las novelas!

BER.—Ahí tienes porqué quería confiarte este secreto.. Si por un azar yo no volviera de la excursión que voy a emprender ahora mismo, ya sabes lo que hay que decirle.

JUL.—(Riendo.) ¡Pues no ha de volver usted! Si al Astillero se va en un soplo y la mar está como una balsa...

BER.—Sin embargo... ¡tengo mucho miedo!

PINTOR.—(Saliendo de la casa con el bote de la pintura.) Oiga, señor Bernáldez, ¿es que no podré hablar con la criada?

BER.—Sí, hombre; creo que sí... Vendrá antes del mediodía...

PINTOR.—Era para decirle que con esta pintura yo no garantizo nada; que podrá secarse muy pronto o muy tarde, porque eso no se puede saber... Depende, únicamente, según que la pintura es más fuerte o menos fuerte.

BER.—Bueno, bueno. (Mirando el reloj.) Ya deben estar esperándome.. Se queda usted sólo porque es usted de confianza. De todos modos la chica vendrá pronto. Si antes que ella venga preguntaran por mí, ya sabe lo que le he dicho...

PINTOR.—Sí, sí...

BER.—¿Vamos, Juliancito? (Mutis con Julián.)

JUL.—Vamos.

PINTOR.—Cuanto mejor y más fuerte sea la pintura, naturalmente, tanto más deprisa debe secarse. Lo que retarda el que se seque es el agua que echan en la pintura, que es larga de secar, como es natural; pues hay que esperar, para que se seque a que se evapore... (Vuelve a entrar en casa de Bernáldez.) Gorriz, irrepochablemente vestido de verano, con sombrero de paja. Se dirige a casa de Bellogín, pero se detiene un momento reflexionando. Luego Bellogín.

GORRIZ.—¿Debo convidarme hoy a almorzar en esta casa? Quizás no sea prudente, porque comí ayer y he almorzado ya dos veces en esta semana... Y el caso es que hoy es jueves y si voy a casa de mi amigo Romero me darán salmón, según costumbre, y me gusta poco... Claro es que lo como, porque yo como de todo, pero me gusta poco... Prefiero la mesa de Bellogín, aunque no es cosa del otro jueves; tengo más confianza y no necesito una invitación formal... Por eso me siento ligado a él, sin ánimo de romper las ligaduras... ¿Queréis tener seguro a un hombre e impedir que se escape? Dadle de comer y de beber generosamente y no pensará en huir aunque haya cometido un crimen espantoso... Los buenos manjares y los buenos vinos sujetan mejor que las más fuertes cadenas, con la particularidad de que al irse ensanchando le atan a uno con más fuerza... (Pequeña pausa.) En casa del amigo Quiroga se come muchísimo mejor que en la de Bellogín; pero suelen poner pollo, y del pollo no me atrevo a servirme la pechuga, que es lo que más me gusta, por miedo a que no me vuelvan a invitar... Y es que Quiroga es de esas personas falsas que le dicen a uno: «¡Qué poco se sirve usted, Gorriz!», y si se sirve uno mucho les molesta... (Soñador.) En cambio, en el solomillo todos los trozos vienen a ser iguales, y a lo mejor caen dos o tres juntos en el plato, que estando en el plato es poco correcto devolverlos a la fuente... Ya sé que hay quien dice: «Este Gorriz, siempre justificando su apellido...» y que algunos me comparan con el cepillo que se pasa por el mantel después de las comidas, dando a entender que cuando yo me levanto de una mesa queda completamente limpia... Pero yo me río de eso, porque hay que reirse de las bromas que le dan a uno para no demostrar que le molestan... (Soñador.) Unos filetitos de solomillo, no muy hecho, no muy crudo tampoco, con manteca, peregil, patatas soufflées... Cuando vuelve a pasar la fuente... no siempre vuelve a pasar la fuente... pero cuando vuelve a pasar, tomo un aire distraído y cambio de conversación. (Se acerca a casa de Bellogín.) Vaya, no tengo más remedio que convidarme a almorzar en casa de Bellogín. Aquí no necesito invitación formal. (Se aproxima a la puerta en el momento en que sale Bellogín.)

BELL. c.—Calle... Gorriz... ¿Venías a almorzar conmigo?

GORRIZ.—No sé si podré.

BELL. C.—Si venías, lo siento.

GORRIZ.—¿Por qué?

BELL. C.—Porque yo no almuerzo aquí.

GORRIZ.—¿Qué, ya no almuerzas los jueves en tu casa?

BELL. C.—Es que hoy... Hoy han ocurrido cosas que... Tú, que eres un buen amigo, debes saberlo... ¡No puedo vivir con mi mujer!... ¡Me es imposible!

GORRIZ.—¡Hombre, hombre!...

BELL. C.—Es honradísima, bien educada, de muy buena familia, todo lo que quieras... ¡Pero tiene un carácter insoportable!... «¿A dónde vas? ¿De dónde vienes? ¿Qué haces?» No puedo moverme de un sitio, ni entrar, ni salir de mi casa sin que me siga, me espíe, me pregunte... Dime tú si se puede vivir de esta manera.

GORRIZ.—Acaso exageres...

BELL. C.—No, no... Y hay algo peor... ¡Es de una tacañería insoportable! Siempre fué poco desprendida, esta es la verdad, pero desde hace cuatro meses que se murió su padre y nos dejó unos cuartejos, nada en total, se la ha desarrollado una avaricia... ¿Hay nada más desagradable que una mujer joven, avara? Con decirte que hasta su madre la regaña por eso... ¡Ya ves!... ¡Tengo que alabar a mi suegra!

GORRIZ.—Quizá lo que tú crees avaricia sea economía doméstica, que es una virtud de las mujeres...

BELL. C.—No, Gorriz, no... Yo sé distinguir. Es tacañería que llega a extremos inverosímiles... ¿Qué tomas tú por las mañanas para desayunarte?

GORRIZ.—¿Yo? Nada... Me da horror comer sólo y como no puedo ir a desayunarme con ningún amigo, me reservo para el almuerzo.

BELL. C.—Yo tomo una tacita de café con terrón y medio de azúcar. Echo un terrón entero; luego parto otro en dos y pongo la mitad en la taza y la otra mitad en el azucarero... ¿Podrás creer que hasta esto le parece un despilfarro, a mi distinguida esposa? Dice que los terrones partidos se desmenuzan en el azucarero y se pierden y no se pueden aprovechar... Esta mañana me ha puesto un platillo con un terrón entero y la mitad de otro, partido por ella misma, para servirme mañana la otra mitad que ha guardado aparte... (Irritado.) ¿Es que yo no puedo disponer en mi casa de dos terrones de azúcar, uno para echarlo en la taza y otro para hacer con él lo que me dé la gana?... ¿Es que no tengo derecho a gastar lo que quiera?

GORRIZ.—Cálmate, hombre, cálmate.

BELL. C.—Pero ya se acabó... Por primera vez, desde que nos casamos, hoy me he rebelado contra su tiranía... La grité, la dije cuatro cosas fuertes, ella me contestó con otras tantas... ¡Hemos tenido la gran bronca! Y no volveré...

GORRIZ.—Reflexiona que...

BELL. C.—No, no volveré... Y me vengaré... Ella es muy tacaña para mí, pero bien la gusta que le traiga alhajas, encajes..., cosas que se puedan guardar... ¡Ah, señora, ya se acordará usted!... Mira (saca una mantilla de debajo de la americana, metida en su correspondiente caja.) El otro día tuve que ir a San Sebastián y la traje esta mantilla a condición de devolverla si no le gustaba... La ha gustado mucho, pero como si no... ¡La devuelvo!

GORRIZ.—Bellogín, te veo en camino de hacer una tontería... Oye mi consejo, que es el de un buen amigo: vuelve a entrar en tu casa y almuerza... Si te parece fuerte entrar tú solo después de la bronca, yo me sacrificaré y almorzaré contigo...

BELL. C.—No, no y no... No pienso volver, por lo menos hoy... Ya que tuve energía para insubordinarme, aprovecharé mi libertad. ¡Voy a echar una cana al aire!

GORRIZ.—¿Qué dices?

BELL. C.—¿Sabes quién vive ahí enfrente? (Señalando al hotel del fondo.)

GORRIZ.—Sí: Dorotea.

BELL. C.—Una viudita muy guapa y muy simpática y un poquito alegre, según creo...

GORRIZ.—La conozco mucho. Vive en la ciudad y ha venido a pasar el verano en el Sardinero, lo mismo que tú. He comido algunas veces en su casa. Es una mujer muy divertida, pero no pasa de ahí, dígan lo que quieran las gentes.

BELL. c.—Eres agradecido... Pero ya veremos si yo la convengo...

GORRIZ.—¿Qué es lo que piensas?

BELL. c.—Te lo diré: he cambiado con ella algunas palabras varias veces, y no se ha presentado mal del todo... El otro día me la encontré en el muelle y entre burlas y veras quedamos en almorzar juntos cuando se terciara... Pues ahora se terció... Me siento otro desde que estoy libre.

GORRIZ.—¿Almorzar con ella? ¿Has dicho almorzar?

BELL. c.—Sí. Y si tú fueras un hombre vendrías conmigo.

GORRIZ.—¿Yo?

BELL. c.—¿No quieres?

GORRIZ.—¡No he dicho eso!

BELL. c.—¿Entonces, vienes?

GORRIZ.—Sí, hombre, sí.

BELL. c.—Verás qué bien lo vamos a pasar... (Transición.) El caso es que tengo cierto reparo... ¿No te parece un poco fuerte?

GORRIZ.—No... Es una cosa sin importancia... almorzar fuera de casa.

BELL. c.—Sí, pero con una mujer...

GORRIZ.—Con una mujer. ¿Y eso qué importa?

BELL. c.—¿Qué dirá la mía?

GORRIZ.—¡Nada!... Yo mismo prepararé el menú y me ocuparé de todo... Platos variados, vinos diversos...

BELL. c.—¡Cuando lo sepa mi mujer!...

GORRIZ.—Mejor; así la domesticarás; así comprenderá que no puede tiranizarse a un hombre como tú; y que si se empeña en tasarte el azúcar, irás a buscar otro azucarero donde te dé la gana...

BELL. c.—¡Eso, eso!...

GORRIZ.—Lo único que te pido es que cuando te reconcilies con ella no la digas que fui yo quien te metió en esta aventura.

BELL. c.—¿Me crees capaz?

GORRIZ.—Es que en estos casos siempre se llevan las culpas los amigos...

BELL. c.—Descuida... (Dorotea en lo alto de la escalera dando órdenes a una doncella.)

GORRIZ.—Aquí sale, precisamente, Dorotea.

BELL. c.—Oye, oye... Ahora me dá no se qué de hablarla... Temo cortarme porque es la primera vez que voy a hablar en serio a una mujer desde que estoy casado.

GORRIZ.—Déjame a mí... (Dorotea desciende a la escena.)

Dichos, Dorotea, luego Cilindro y la doncella.

GORRIZ.—A las pies de usted, Dorotea.

DOR.—¡Calle!... ¡El amigo Gorriz!... ¡Y el vecino!

GORRIZ.—Me estaba diciendo Bellogín que le ha invitado usted a almorzar un día y yo le respondía que le envidiaba... ¿Quiere usted convidarnos hoy a los dos?

DOR.—Con muchísimo gusto... Y procuraré que no hagan ustedes penitencia; voy a dar las órdenes...

GORRIZ.—No se moleste usted; nosotros nos ocuparemos de todo y enviaremos...

DOR.—No faltaba más... Tienen que resignarse a comer lo que haya... ¡Antonia!... (Esta se asoma a la ventana.) Dile a Cilindro que salga... Es mi cocinero y al mismo tiempo mi ayuda de cámara; todo en una pieza. El y Antoñita y otras dos criadas son toda mi servidumbre... ¡Están los tiempos tan malos!

CIL.—(Sale.) La señora me llama...

DOR.—Está como siempre: borracho perdido... Desde que entró en casa, hace cuatro meses, estoy esperando a que esté sereno para despedirle, pero no lo he podido conseguir... ¿Quién se atreve a poner de patitas en la calle a una persona en ese estado? Aparte de eso cumple divinamente con su obligación... Baja, hombre, baja.

CIL.—(Muy encarnado con voz muy dulce y los ojos bajos.) ¿Qué desea la señora?

DOR.—Tenemos dos convidados a almorzar.

CIL.—Bien, señora.

DOR.—¿Qué nos vas a dar? ¿Qué tienes preparado?

CIL.—Pastel... pastel de áve. (Siempre muy dulce.)

GORRIZ.—Nosotros enviaremos...

DOR.—Pero por Dios, señores... ¿Creen que no voy a poder cumplir con mis deberes de ama de casa? Tenemos de todo... Y esta mañana hemos recibido una esta... ¿Qué tenía la cesta?

CIL.—Pastel... pastel de ave...

DOR.—Pero, ¿es que no hay más que eso?

CIL.—Sí, señora... Huevos rellenos, lengua, pierna de carnero y otra cosa además, señora...

DOR.—¿Qué otra cosa?

CIL.—Pastel... pastel de ave.

DOR.—Ya ven ustedes que estamos bien provistos...

BELL. C.—Permitanos usted siquiera que traigamos unas botellas...

DOR.—También he recibido una caja esta mañana... (A Cilindro.) Abrela... digo, pero si aun debe quedar del último envío... ¿Cuántas quedan de las dos docenas? Cilindro no contesta.) ¿Cuántas quedan?... ¿Es que no queda ninguna?

CIL.—No, señora.

DOR.—Si yo apenas bebo...

CIL.—No, señora.

DOR.—Entonces, ¿habrás sido tú?

CIL.—No, señora.

DOR.—¿Se las ha llevado alguien?

CIL.—No, señora.

DOR.—Vete, vete... Y tenlo todo dispuesto para cuando se te avise.

CIL.—Sí, señora. (Mutis en su casa.)

DOR.—Es imposible con él... Pero ya verán ustedes qué bien guisa.

BELL. C.—Yo desearía que nos permitiera usted traer unas botellas... No esorbarrán.

GORRIZ.—Admitanos usted este pequeño obsequio...

DOR.—Admitido; no quiero hacerles ese desprecio... Y con su permiso voy un momento a un encargo... ¿Quiéren ustedes pasar a casa y esperarme?...

BELL. C.—Yo tengo que llegarme a la Audiencia; me he detenido aquí demasiado...

DOR.—Lo comprendo... Está usted muy cerca de su casa. (Riendo.)

BELL. C.—No, no es por eso...

DOR.—Ya me lo figuro. (Riendo.)

BELL. C.—(A Gorriz.) ¿Sabes que en vez de devolver la mantilla estoy por ofrecérsela?

GORRIZ.—¡Es una idea!

BELL. C.—Dorotea... ¿es usted aficionada a los toros?

DOR.—Mucho, ¿por qué me lo pregunta?

BELL. C.—(Enseñándola la mantilla.) ¿Qué le parece a usted esta mantilla?

DOR.—No está mal.

BELL. C.—Es para usted. (Se la da.)

DOR.—¡Oh! ¡Es preciosa!

GORRIZ.—(A Bellogín.) Es una mujer muy bien educada.

BELL. C.—Me permito ofrecérsela, para que se acuerde de mí cuando la luzca en la plaza. (Aparte a Gorriz.) ¿Qué tal me ha salido la galantería?

GORRIZ.—(Idem a Bellogín.) Un poco cara, porque la mantilla es de primera.

DOR.—Muchas gracias, señor Bellogín... Pero no quiero aguardar tanto. Voy a ponérmela ahora mismo... ¡Antonia!... (Se quita el sombrero, se lo entrega en unión de la caja a la doncella que sale a la puerta y se pone la mantilla. Puede también Dorotea ponerse la mantilla como chal, sin quitarse el sombrero, dando a la doncella la caja para que se la lleve.) Eh, ¿qué tal? (Mutis la doncella.)

BELL. C.—Está usted encantadora.

DOR.—Bueno, señores; lo dicho... Hasta ahora mismo... Y que no se retrasen ustedes... (Mutis por la derecha.)

BELL. C.—A los pies de usted.

GORRIZ.—Hasta ahora...

BELL. C.—Vámonos.

GORRIZ.—Vamos... Oye, ¿qué vino traigo?

BELL. C.—Del que tú quieras.

GORRIZ.—(A sí mismo.) ¡Del que yo quiera!... (Mutis los dos por el foro izquierda.)

El Pintor. Luego Bellogín soltero y Francisco por el foro derecha. Después, la Doncella.

PINTOR.—(Sale de casa de Bernáldez y limpia los pinceles en el arroyo.) Cuanto más fuerte sea la pintura, tanto más deprisa se seca... Algunas veces pasan tres días, cuatro días, seis días, diez días y no hay manera de que se seque... Es que tiene mucha agua; es que tiene demasiada agua... Algunas veces se seca en seguida... Se da una mano, se desvía uno un poco para darla más lejos y cuando vuelve ya está seca... Es que la pintura es fuerte... ¡Ah, miserable oficio!... Me han echado demasiada agua y es raro que así se seque pronto. (Llegan por el foro Bellogín soltero y Francisco; éste trae un maletín. Miran por la escena y por fin se fijan en la casa de Bernáldez, ante la cual se detienen.)

BELL. S.—Este es el número cuatro... sí, sí... Francisco, he aquí la casa del señor Bernáldez... Estoy emocionado, conmovido... Por fin voy a conocer el secreto que tiene que revelarme este desconocido...

FRAN.—¿Es el de la carta que el padre del señor le entregó al señor?

BELL. S.—Sí, sí... (Al pintor, que vacía su cubito a la puerta.) Dispense usted... ¿Vive aquí el señor Bernáldez?

PINTOR.—¿Bernáldez?

BELL. S.—Sí. ¿No vive aquí?

PINTOR.—Sí tal, señor... Se llama Bernáldez.

BELL. S.—¿Se le puede ver?

PINTOR.—Claro que se le puede ver.

BELL. S.—¿Hace usted el favor de decirle que hay aquí un caballero que desea hablarle?

PINTOR.—No está en casa el señor Bernáldez.

BELL. S.—¿Que no está en casa?... ¿Pues cómo dice usted que se le puede ver?

PINTOR.—Se le puede ver... se le puede ver... ¡Naturalmente que se le puede ver!... En cuanto vuelva...

BELL. S.—¿De modo que ha salido?... ¿Y sabe usted cuándo volverá?

PINTOR.—Ah, señor... Puede que antes de anoecer; puede que no vuelva nunca... (Enseñándole la pintura.) Esta pintura no se seca bastante de prisa. ¿sabe usted? Y voy a decirle por qué... ¡Porque tiene demasiada agua!... Como no está pura, pues no puede secarse tan pronto... El señor Bernáldez volverá muy tarde, pero puede usted esperarle. (Mutis en la casa.)

BELL. S.—¡Qué contratiempo!... ¡Con el ansia que tengo de hablar con él!

FRAN.—Es cuestión de unas horas... Volveremos a la tarde...

BELL. S.—Claro... Pero además perderemos un día. Ya sabe usted que necesito volver cuanto antes a París.

FRAN.—Sí, sí... Siempre llegará el señor a tiempo para derrochar el dinero con cuatro pelinducas...

BELL. S.—Y ahora que soy rico, ¿para qué lo quiero? No tengo familia...

FRAN.—¡Así tocarán ellas a más!... ¡Oh, París, París!... ¡Me da miedo París, por el señor! Lo que le convendría al señor, para que yo estuviese tranquilo, es un país donde no hubiera más que negras.

BELL. S.—(Riendo.) ¡No estaría mal!... En fin, aprovecharemos el día para ver Santander, ya que no hay más remedio. Es una ciudad muy simpática y las gentes deben ser muy amables... Lo menos cinco o seis personas me han sonreído en la calle, como si me conocieran.

FRAN.—¡Desconfíe el señor! ¡Desconfíe! Ya sabe el señor que este es un puerto de mar, y habrá, como en todos, una porción de gentes dedicadas a explotar a los extranjeros...

BELL. S.—Pero, hombre, usted no ve más que explotaciones y asechanzas por todas partes...

DONC.—(Abre la ventana para limpiar los cristales y se fija en Bellogín.) Hola, señor Bellogín... Todavía no está el almuerzo, pero le falta poco... Y ya verá usted cómo se ha esmerado Cilindro... (Mira hacia el foro.) ¡Huy!... Ya vuelve la señora... ¡No quiero que me pille de palique! (Mutis cerrando la ventana.)

BELL. S.—¿Ha oído usted, Francisco? ¡Me ha llamado mi apellido! Luego me

conoce perfectamente. Dice que esperaba a su ama, y allí viene, en efecto, una señora...

FRAN. — ¡Desconfíe el señor!

BELL. s. — ¿Y por qué?

FRAN. — No le da mala espina que sepa cómo se llama el señor?

BELL. s. — Hombre, sí me sorprende un poco, pero no me asusta.

FRAN. — Debe dedicarse a tomar los nombres de los viajeros por los hoteles...

Es una manera de ponerse sobre la pista de la gente rica, en los puertos de mar...

BELL. s. — Tranquilícese usted, que ya no soy ninguna criatura... Y además, ¿qué es lo que puede hacerme?

FRAN. — Desplumar al señor.

BELL. s. — ¿Como tiembla usted por mis plumas?

FRAN. — Desde que el señor es tan rico, tengo siempre miedo por el señor...

Veo siempre al señor en una emboscada... Y con esa costumbre que tiene el señor de sacar a todas horas la cartera repleta... ¡Eso tienta a cualquiera! El señor debería dármele a guardar.

BELL. s. — ¡Bah!... Total no llevo en ella más que unos cuantos billetes... Lo preciso.

FRAN. — Lo bastante para tentar a los malhechores.

BELL. s. — Tómela. (Se la da.) Me deja usted con tres duros y pico... Es usted mi Consejo judicial.

FRAN. — Ahí viene esa señora,

BELL. s. — Y muy bonita que es.

FRAN. — Así, así... Veo que el señor se dispone a hacer una tontería.

BELL. s. — No tenga cuidado, Francisco. No me conoce usted bien. Soy más razonable de lo que usted se figura.

Dichos y Dorotea. Luego Cilindro

DOR. — (Entra y le tiende la mano a Bellogín.) Hola... Ya estoy de vuelta.

BELL. s. — (Después de un momento de vacilación le da la mano.) Sí... ya...

FRAN. — (Aparte.) ¡Ay, Dios mío! ¡Estamos perdidos! (A Bellogín.) ¿Por qué le ha dado la mano el señor?

BELL. s. — ¡Hombre!... ¡Me parecía feo!...

DOR. — Le doy las gracias, porque ya veo que ha despachado usted pronto sus asuntos por venir a verme en seguida... Podemos almorzar cuando usted quiera.

BELL. s. — Pero...

FRAN. — (Aparte.) Réhuse el señor... Discúlpese el señor...

BELL. s. — (Idem.) Desde luego... (A Dorotea.) Pero... (La contempla, la encuentra guapa y se decide.) Cuando usted disponga...

FRAN. — (Aparte.) ¡Ay, ay, ay!... ¡Después de tantos días viajando sin parar!

DOR. — Pues vamos cuanto antes (Sonriendo.) porque supongo que no querrá usted estar mucho rato... delante de esa casa. (Señala a la de Bellogín casado.)

BELL. s. — Me es igual... ¿A mí qué me importa esa casa?

DOR. — Vamos, vamos... ¡Mucho cuidadito, no le vea la señora de Bellogín!...

BELL. s. — ¡La señora de Bellogín no existe!

DOR. — ¡Bravo! ¡Bravo!... ¡No quiere usted que hablemos de eso!... Comprendido... ¡No existe la señora de Bellogín!

BELL. s. — Claro que no.

DOR. — No existe la señora de Bellogín... (Aparte.) ¡Estos hombres casados!... (Alto.) ¿Sabe usted que mañana tenemos regatas?... ¡Es muy divertido en verano su pueblo de usted!...

BELL. s. — ¿Mi pueblo?... ¡Yo no soy de Santander! Ni le conozco siquiera. Hoy le he visto por primera vez.

DOR. — Conque sí, ¿eh? Estamos enterados... No está usted casado... No es usted de Santander... Perfectamente. Descuide usted, que no cometeré ninguna indiscreción.

BELL. s. — He llegado esta mañana de Madrid, y hace cuatro días estaba en París.

DOR. — Muy bien, muy bien... ¡En París!... Vous n'êtes pas marié, vous n'êtes pas du Santander...

BELL. s. — Non madame... Moi, j'y viens aujourd'hui pour la première fois...

DOR.—Habla usted bien el francés. Ha llegado esta mañana de Madrid; nace cuatro días estaba en París. (Rie.) ¡Vaya un punto!

CIL.—(Sale.) La mesa está servida... Solo espero las órdenes de la señora.

DOR.—Vamos allá. (Se dirige a su casa.)

FRAN.—Si el señor me da permiso... Ya le dije al señor que tengo unos primos en Santander, y ya que por casualidad hemos venido...

BELL. s.—Sí, váyase... Y vuelva a la tarde.

FRAN.—(Irónico.) Volveré y le daré algunos consejos al señor, ya que el señor me lo permite. (Mutis por el foro.)

DOR.—Pero, como, despidе usted a su criado? Podía haber almorzado con los míos.

BELL. s.—Muchas gracias... Tiene que hacer.

DOR.—Andando, señor Bellogín... Esperaremos a Gorriz en la mesa.

BELL. s.—(Aparte.) ¿Quién será este Gorriz? (Alto.) ¿Tiene usted mucho interés en que Gorriz almuerze con nosotros?

DOR.—Yo no... ¿No es usted quien le ha invitado?

BELL. s.—¿Yo?... (A Cilindro.) Si viene el señor Gorriz, dígame que la señora y yo almorzamos solos. Que me dispense.

DOR.—(Da órdenes a Cilindro y mientras se quita la mantilla.) Le advierto a usted que he dado el golpe con su mantilla... Estoy contentísima con su regalo... (Mutis en su casa.)

BELL. s.—¿Con mi regalo? Esto quiere decir que me va a mandar la cuenta... Por lo visto no se anda con cumplidos... En fin, ya veremos lo que resulta... (Entra en casa de Dorotea, cuya puerta se cierra.)

Gorriz, luego Cilindro, la Doncella, Dorotea y Bellogín soltero.

GORRIZ.—Seguramente no habrá llegado Bellogín todavía, porque siempre que tiene que ir a la Audiencia le asaltan una porción de importunos y le retrasan la hora del almuerzo... ¡Lo sé por experiencia!... Pero hemos quedado en que le aguardaría en casa de Dorotea... Tomaré un vermouth; no porque lo necesite, sino como pasatiempo... (Llama.) ¡Me voy a poner como nuevo!... (Llama.) Y en casa de estos tontos, cuanto menos discreción mejor... Cuanto más se come, más se les hace reír... Reirán, reirán... (Llama.)

CIL.—(Abre.) ¿Qué desea?

GORRIZ.—¡Hola, Cilindro!... ¿No habrá venido aún el señor Bellogín, verdad?

CIL.—El señor Bellogín está aquí ya... (Gorriz se dispone a entrar alegremente.) Pero haga usted el favor de no entrar... El señor Bellogín ha dicho que no entre usted.

GORRIZ.—¿Qué estás diciendo?... Déjate de bromas,

CIL.—No es una broma... El señor Bellogín ha dicho que no se le deje a usted entrar.

GORRIZ.—Vamos, vamos; déjame pasar, ¡so curda!

CIL.—Yo soy un curda, pero el señor Bellogín ha dicho que no entre usted. (A la doncella, que sale.) ¿Verdad, Antonia?

DONC.—Así es, señor Gorriz... El señor Bellogín ha vuelto a encargarme que no pasara usted...

GORRIZ.—¿Pero qué tonterías estais diciendo? ¡Yo quiero entrar! (Mutis Cilindro y la doncella cerrando la puerta. Gorriz la golpea. Dorotea se asoma a la ventana.) ¿Ha oído usted lo que dicen estos majaderos?

DOR.—Amigo Gorriz... Es Bellogín quien quiere que almorcemos solos...

GORRIZ.—¡Pero esto es una barbaridad!...

BELL. s.—(Aparece a la ventana.) ¿Qué desea usted, caballero?

GORRIZ.—(Rie.) Tiene gracia, tiene gracia... Vamos, vamos; dí que me abran la puerta.

BELL. s.—No tengo el honor de conocerle, caballero.

GORRIZ.—Vamos, no hagas más tonterías, y dí que me abran.

BELL. s.—Lo que le digo a usted es que no comprendo nada de esto... Y le ruego que no me tutee, porque hasta en broma me molesta.

GORRIZ.—Ya te estás poniendo muy pesado... O me abren la puerta, o se lo digo todo a tu mujer.

BELL. s.—¿A mi mujer?

GORRIZ.—No me desafíes, que se lo cuento inmediatamente.

BELL. s.—Y yo le suplico que se lo cuente... Pero primero, a ver si la encuentra, y luego dígame dónde vive.

DOR.—(Riendo.) ¡Si no está casado!

GORRIZ.—¡Bellogín!

BELL. s.—¡Vaya usted a pasee!... (Cierra violentamente la ventana.)

GORRIZ.—¡Pues era de veras!... Pero yo me las pagará... Lo peor es que apenas me queda tiempo para ir a casa de Romero. ¡Salmón!... No hay más remedio... Y Dios quiera que llegue a tiempo... (Se va corriendo por el foro. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior.

Gorriz y la Doncella; luego Bellogín Soltero. Gorriz llega por el foro en el mismo instante en que la Doncella sale de su casa.

DONC.—Buenas tardes, señor Gorriz... ¿Qué hay?

GORRIZ.—Hay... que estas bromitas son muy desagradables... Sobre todo cuando se gastan a la hora crítica de... Yo no tenía nada preparado en casa y tuve que ir corriendo a la de mi amigo Romero; pero llegué tarde... Ya estaban acabando... Y como no era cosa de decirles «aquí vengo a almorzar», pues les dije que ya había almorzado. Entonces me ofrecieron dos pedazos de torta, y tomé también dos tazas de café... ¡Esto no es comer formalmente!... No es que me importe el almuerzo; lo que me fastidia es el proceder de Bellogín...

DONC.—Dice usted muy bien; y debe usted pedirle una explicación... ¿Por qué no entra usted ahora?

GORRIZ.—¿Yo?... ¿Entrar en esta casa?... ¡Jamás!

DONC.—Hace un ratito que acabaron de almorzar... Ha sido muy largo el almuerzo...

GORRIZ.—¿Muy largo, eh?

DONC.—Con permiso de usted voy a un encargo de la señora... (Mutis.)

BELL. s.—(Hablando a la puerta de Dorotea.) Una vueltecita nada más. Es mi costumbre después de comer. (Saluda vagamente a Gorriz.) Me parece que este es el tipo que vino antes... Y el caso es que estuve con él un poco duro... Dispense usted, caballero, ¿por dónde llegaré antes a la playa?

GORRIZ.—Caballero... ¿no le conozco a usted!

BELL. s.—Toma... ¡ni yo a usted tampoco!... Pero eso no importa para que me diga lo que le pregunto... Vamos, me guarda usted rencor porque antes no le seguí la broma, ¿no es eso?

GORRIZ.—Le digo a usted que hemos acabado... Romper así una amistad antigua; por una tontería.

BELL. s.—Vaya, vaya; se pone usted ya demasiado cargante con esas historias... ¿Es que yo le había invitado a usted?

GORRIZ.—¿Sabe usted dónde voy ahora mismo? ¡Allí! (Señalando la casa de Bellogín casado.)

BELL. s.—¿Va usted a esa casa?

GORRIZ.—Sí... A cumplir mi promesa... A contar algo interesante... ¡A vengarme!

BELL. s.—Bueno; sigue usted con la bromita... Será muy graciosa, pero yo no le veo la punta. (Gorriz entra en casa de Bellogín casado.)

Bellogín soltero y Dorotea.

DOR.—(Asomándose a la ventana.) ¿Aquí todavía?... Creí que estaría usted ya en la playa.

BELL. s.—No sé si ir a la playa o a la ciudad.

DOR.—Si va usted a la ciudad, espérese y me hará usted un favor. (Se retira.)

BELL. s.—Con mucho gusto... ¿Qué se le ocurrirá?

DOR.—(Sale con la mantilla en su caja y un estuche de pulsera.) He pensado una cosa; no sé qué le parecerá a usted... Quisiera que se llevara usted otra vez la mantilla para que me la reformaran. No es que me disguste, pero la prefiero de tohalla

y es bien fácil el arreglo... Ya que me la regala, que sea completamente de mi gusto... ¡Y usted perdone la franqueza! (Le da la mantilla.)

BELL. s.—¡No faltaba más!... Ya sabe usted que puede mandarme cuanto quiera.

DOR.—Mandarle no; pero sí le voy a rogar otra cosa... Mire usted... (Mostrándole la pulsera.)

BELL. s.—(Aparte.) Vamos... Otro regalo mío.

DOR.—Se me ha extraviado el brillanito de enmedio... ¿Quiere usted encargarse de que lo sustituyan?

BELL. s.—Con mucho gusto. Venga. (Toma el estuche.)

DOR.—Gracias y hasta luego. ¡Que le espero pronto!

BELL. s.—Pronto, sí; volveré pronto. En cuanto dé una vueltecita. (Mutis Dorotea en su casa.) Lo que es como guapa, es guapa, pero franca también lo es. ¡Digo! Arreglar la mantilla, poner un brillante a la pulsera... Me va a salir el almuerzo un poco caro... En fin, veremos a ver cómo acaba esta aventura... ¿Por dónde tendré que tirar para ir a la ciudad? Debe ser por aquí. (Mutis izquierda.)

(Bellogin casado. Luego Clementina y Gorriz.)

BELL. c.—(Por el foro derecha.) ¡Qué barbaridad! Creí que no me soltaban nunca... ¡Las dos y cuarto! ¡Vaya un plátón que les he dado a Dorotea y a Gorriz!... Pero no tuve más remedio que soportar la lata de un pobre diablo que quiere que defienda a un hermano suyo que ha hecho no sé qué cosas... Apenas me he enterado, porque estaba impaciente viendo cómo pasaba el tiempo... También me he defendido un buen rato en la Relatoría, donde fui a presentar mis conclusiones en la causa que tengo entre manos. Estoy satisfecho... Mi defendido está acusado por su mujer de adulterio con pruebas. Yo destruyo esas pruebas y pido la absolución, demostrando con textos legales antiguos y modernos, que el hombre que engaña a su mujer no comete ningún delito, sino a lo sumo una falta insignificante. Es decir, no estoy seguro de haberlo demostrado; pero parece que sólo con la presentación de esos textos justifico ante mis propios ojos la pequeña calaverada que voy a hacer y hago triunfar la independencia de mis ideas; independencia de ideas muy necesaria a todo ciudadano que engaña a su mujer... Así ahora puedo creerme que el almorzar con la linda criatura que me espera, a espaldas del domicilio conyugal, estoy en el pleno ejercicio de un derecho, o, cuando menos, amparado o disculpado por algunas leyes muy simpáticas. Voy a faltar a mi mujer, por lo tanto, más que por deseo por convencimiento. Vamos allá. (Se dirige a casa de Dorotea en el momento en que Clementina sale de la suya seguida de Gorriz.) Caramba, mi mujer... ¡Qué inoportunidad!

CLEM.—(A Gorriz.) Mírele usted, mírele usted. Y puede que se atreva...

BELL. c.—¡Gorriz también!... Creí que me esperaba en casa de Dorotea y estaba en la mía, por lo visto... ¿Qué será esto?

CLEM.—(A Bellogin.) ¿Sabe usted a dónde voy?

BELL. c.—No... ¿A dónde?

CLEM.—Aquí, muy cerquita... A casa de mi madre... Necesito verla inmediatamente; contarla lo que usted me ha hecho; enterarla de sus mañas... ¡Qué chasco me ha dado usted!

BELL. c.—Bueno, bueno... Que venga en seguida... Yo también la dire que si te he dicho lo que te he dicho, ha sido porque eres insufrible.

CLEM.—Si no me importa nada lo que me has dicho, sino lo que me has hecho... ¿Para qué me has quitado mi mantilla? ¿Dí... ¿Para qué me la has quitado?...

BELL. c.—(Cortado, mirando a Gorriz que hace signos negativos.) ¿Yo?... ¿Tu mantilla?... Te aseguro que...

CLEM.—¡No mientas! ¡Has sido tú! ¿Quién me la iba a quitar? ¿Es que prefieres que sospeche de los criados?

BELL. c.—Te aseguro que...

CLEM.—Yo sí que te aseguro... Se lo voy a contar todo a mi madre; todo. (Mutis por la derecha muy indignada.)

BELL. c.—(A Gorriz.) ¿Quieres explicarme?...

GORRIZ.—No necesito explicarle nada... Sólo le diré que yo no la he dicho una palabra porque no era necesario... Cuando entré en su casa ya había ella notado la hazaña de usted y estaba indignadísima. Mi conciencia está tranquila por

que me he vengado, como le prometí: si puer nada de mi parte... Me alegro mucho.

BELL. c.—¿Pero quieres decirme qué significa esto? ¿Por qué me llamas de usted? ¿A qué viene ese aire solemne?... ¿Qué es eso de venganza, y de promesas, y de?... Vamos, explícame este lío...

GORRIZ.—¿Y aún tiene la frescura de preguntármelo? ¡Ya estoy vengado! ¡Tome usted bromitas! Usted lo pase bien. (Mutis.)

BELL. c.—Gorriz, Gorriz... Pues señor, no lo comprendo... ¡Qué complicación! A mí no me importaba engañarla, pero esto de la mantilla es poco delicado, esta es la verdad... Creo que me he excedido regalándosela a Dorotea así tan de repente... Como no tengo costumbre de hacer estas tonterías me ha salido mal la primera... ¡Qué complicación!... No voy a tener más remedio que decirselo (Señalando la casa de Dorotea.) a ver si quiere ayudarme a salir del conflicto... Es un poco fuerte, pero no hay otra solución... ¿Por qué me habré metido a ser galante si no estoy acostumbrado? (Dorotea abre la ventana y le ve cuando él se disponía a subir.)

Bellogín casado y Dorotea.

DOR.—¿Cómo, ya de vuelta? (A la ventana.)

BELL. c.—Sí, ya... (Aparte.) Por lo visto no se la ha hecho el tiempo tan largo como a mí. (Alto.) Me detuvieron en la Audiencia. ¡Hay que soportar tantas latas en esta profesión! ¡Creí que no me dejaban!

DOR.—Pero ¿ha tenido usted tiempo de ir hasta la Audiencia?

BELL. c.—(Aparte.) Me parece que me está tomando el pelo. (Alto.) Crea usted que he sentido con toda mi alma la tardanza... Estaba deseando venir, entre otras cosas porque tengo que decirle algo; algo...

DOR.—¿Sí? Voy inmediatamente. (Se retira de la ventana.)

BELL. c.—No, no salga usted. Ahora subo yo...

DOR.—(Sale y se coloca a su lado.) ¿Qué es ello; amigo Bellogín?

BELL. c.—Pero, ¿por qué se ha molestado usted en salir? Entremos, entremos en su casa... Pudiera ocurrir que me viese aquí mi mujer y no hay necesidad.

DOR.—¿Su mujer? (Riendo.) ¿Pero no hemos quedado en que no es usted casado?

BELL. c.—¿Que no soy casado?

DOR.—¿Ya se puede hablar de eso?

BELL. c.—Pero, ¿quién lo ha prohibido?

DOR.—¡Qué tipo! Tous les hommes sont epateurs, et vous aussi, naturellement.

BELL. c.—¿Cómo?

DOR.—Tous les hommes sont epateurs, et vous aussi, naturellement.

BELL. c.—No la comprendo nada.

DOR.—¿También ha olvidado el francés? (Rie.)

BELL. c.—¡No lo he sabido nunca! Pero entremos.

DOR.—¿No era urgente lo que tenía usted que decirme?

BELL. c.—Así, así... Es una cosa un poco... un poco... ¡No sé cómo expresarme! Un poco rara... La mantilla que he tenido el gusto de ofrecerla era de mi mujer; es decir, no era para ella, pero ella creía que sí, porque la ha visto en casa. Me ha dicho que dónde la he puesto y yo la he contestado que no la he cogido; pero luego he pensado que puede echar la culpa a una criada, que se trata de un robo, y, francamente, no quisiera llegar a este extremo. ¿Comprende usted?

DOR.—No del todo.

BELL. c.—Digo que convendría volverla a dejar en su sitio... Pero yo le aseguro que no perderá usted nada; al contrario, ganará, porque le prometo regalarla otra mejor, mucho mejor que esa.

DOR.—Bueno; pero de tohalla; que sea de tohalla, que ya sabe usted que es como me gusta,

BELL. c.—¿Le gusta de tohalla? Bueno, pues de tohalla. ¡No sabía nada!

DOR.—Pero lo que ha debido usted hacer, en vez de decírmelo, es traerme lo que me promete y poner la otra en su sitio. Así ganaba tiempo.

BELL. c.—(Aparte.) ¡Le ha sentado mal!... Ya me lo suponía yo... Como que el caso es un poco fuerte.

- DOR. —¿No hubiera estado mejor, señor Bellogín?
- BELL. c. —(Riendo forzosamente.) ¡Se está usted burlando! ¿Cómo iba a ponerla en su sitio sin que usted me la diera?
- DOR. —Claro... pero después de dársela, sí.
- BELL. c. —Bueno... Pues haga usted el favor de dármela.
- DOR. —¿Otra vez?
- BELL. c. —¿Cómo, otra vez?
- DOR. —Pero, hombre de Dios, ¿donde tiene usted la cabeza? ¿No se la dí para que la reformaran al mismo tiempo que la pulsera?
- BELL. c. —¿Que me la dió? ¿Y una pulsera? ¿A mí? Dorotea; usted está confundida.
- DOR. —¡Qué bromista ha venido usted de la Audiencia!
- BELL. c. —Nada de bromas. Hablo muy en serio.
- DOR. —¿Muy en serio?... (Excitándose.) ¿De manera que niega usted? ¡Pero qué clase de hombre es éste! ¡Es un bandido! ¡Es un asesino! ¡Es un Pranzini!
- BELL. c. —¿Quiere usted decirme qué comedia es esta?
- DOR. —(Retrocede.) ¡No se acerque usted! ¡No se acerque usted! ¡Ay Dios mío! ¡Como había de figurarme! Pero esto no puede quedar así... ¡Y no quedará! (Se mete corriendo en su casa y cierra la puerta.)
- BELL. c. —¡Demonio, demonio!... ¡Dónde me he metido! Esta es una criatura peligrosísima... Y decía Gorriz que es una infeliz, o poco menos... Bien claro está que trata de darme un timo... Y eso me importaría poco, después de todo; lo que siento es el escándalo. Voy a tomar mis medidas. ¿Por qué me habrá metido a calavera sin estar acostumbrado? (Mutis foro derecha.)
- CLEMENTINA, doña Juana. Luego Bellogín soltero.
- CLEM. —Ya no está aquí; puede que haya entrado en casa... ¡Se acordar de mí!
- JUANA. —Calma, Clementina... No conviene tampoco tratar a un marido con demasiada dureza.
- CLEM. —En este caso, sí, mamá. ¿Te parece bien que se haya llevado la mantilla?
- JUANA. —Ni mucho menos. Lo que convendría averiguar es para quién se la ha llevado; porque supongo que no habrá sido para él.
- CLEM. —(Cambiando de tono.) Para nadie; de eso estoy segura... Me dijo que le había traído a condición de devolverla si no me gustaba y habrá querido castigar me por la escena de esta mañana.
- JUANA. —Entonces...
- CLEM. —Pero conviene que le regañes tú también, para no perder yo mi autoridad. El ha cogido la mantilla y no se ha atrevido a confesármelo; pero ya verá como me la devuelve y no se atreve a defenderse... Siempre hago de él lo que quiero.
- JUANA. —Mira, mira; aquí viene. (Aparece Bellogín soltero por el foro izquierda con la caja de la mantilla bajo el brazo.)
- BELL. s. —Nada, que no sé por dónde se va a la ciudad. Estoy desorientado. (Siempre desde lejos a doña Juana y Clementina y luego se acerca un poco.) Ustedes dispense; ¿por dónde se sale para tomar el tranvía?
- CLEM. —¿Qué dice? (A su madre.) ¡Y trae la mantilla! (A Bellogín.) ¿Es que quiere usted desafiarme?
- BELL. s. —¿Yo?... No tengo el gusto de conocerla.
- CLEM. —Pues yo le diré a usted quién soy... ¡Perdido!... Venga esa mantilla.
- BELL. s. —¿Qué dice usted, señora? Esta mantilla no es de usted...
- CLEM. —¿Cómo que no es mía?
- BELL. s. —¡Como que no!... No dudo que tenga usted una muy parecida, tal vez igual... ¡es posible!... Pero ésta es de una señora que me la ha entregado y hace mucho... Una señora, muy guapa por cierto, sin ofender a nadie.
- CLEM. —¡Miserable!
- BELL. s. —Sólo desde esta mañana la conozco y va estoy casi casi enamorado de ella...
- JUANA. —¿Qué dice este hombre?
- CLEM. —¡Esto es vergonzoso!

BELL. s.—No hay nada de vergonzoso en esto... Yo soy libre, y por consecuencia no hago daño a nadie.

CLEM.—(Se le acerca.) ¿Que tú eres libre? ¿Que tú eres libre? Perfectamente; voy a declararte una cosa... Yo también soy libre.

BELL. s.—Muy bien, señora... Jamás le he dicho a usted lo contrario.

CLEM.—¿Y sabe usted lo que voy a hacer?... Ese tenientito que el año pasado quería bailar conmigo en el casino... le voy a ir a buscar.

BELL. s.—Hará usted muy mal en detenerse.

CLEM.—Y esta misma tarde me marcharé de esta casa... .

BELL. s.—Bueno... Váyase usted; busque a ese teniente, o a un capitán, o a un comandante... No tenga usted ningún reparo...

CLEM.—¿Oyes, mamá?... ¡Que no tenga ningún reparo!

JUANA.—Esto no es serio... Esto no puede ser más que una chiquillada... Vamos, Aquiles...

BELL. s.—(Asombrado.) Cómo... ¿Y me conoce?... ¿De qué me conoce usted?

JUANA.—Vamos, Aquiles, no me consideres como a una enemiga y sigue mi consejo... Entra en casa, hijo mío; entra con ella en casa, y allí los dos lo arregláis todo, como dos tortolitos...

BELL. s.—(Aparte.) ¡Ah, vamos!... Ya comprendo...

JUANA.—¿Qué voy a desear yo, sino la felicidad de mi hija y la tuya también?... Ya ves como no he querido mezclarme en este asunto tan desagradable.

BELL. s.—¿Y quién le manda a usted mezclarse ni no mezclarse?... ¿Qué asunto es ese?... ¿Y quién es usted?... ¡Ya la he dicho que no la conozco!

JUANA.—Te repito que vengo amistosamente.

BELL. s.—¡Y yo la repito que no la conozco, caramba! Yo no soy el Aquiles que usted cree... Me llamo Aquiles, efectivamente, pero soy Aquiles Bellogín... ¿Ha comprendido usted?

JUANA.—(Inquieta.) Sí, sí... He comprendido... (A Clementina.) Yo no sé que le encuentro.

CLEM.—(A doña Juana.) A mí también me parece un poco cambiado.

JUANA.—Es verdad, es verdad... ¿Cómo es posible que esté tan desvergonzado? Vamos, Aquiles; reconoce que lo que has hecho no está bien... Un hombre que, como tú, tiene que vestirse la toga, no debe entregarse a ciertas cosas poco convenientes... Y además, ya no eres ningún chiquillo: a los treinta y siete años un hombre ya tiene que ser formal.

BELL. s.—(Asombrado.) Sí; tengo treinta y siete años...

JUANA.—¿Crees que no lo recuerdo?... Y bien recientes... Hace ocho días que los cumpliste, y lo celebrábamos en la mejor armonía.

BELL. s.—(Idem.) Efectivamente, hace ocho días que fué mi cumpleaños... ¡Pero qué dice usted que celebrábamos, si entonces estaba yo en el Havre!

JUANA.—(A Clementina.) ¿No oyes lo que dice? ¡Me parece que ha perdido la cabeza!

BELL. s.—¿Y qué es eso que me cuenta usted de la toga?... ¡Yo no he tenido toga en mi vida!... ¡Yo no soy abogado, señora mía! Yo soy director de una compañía minera, y me he dedicado algunos años a la recolección de la caña de azúcar, y a la fabricación del cauchouc, para lo que usted guste mandarme.

CLEM.—¡Está loco, está loco!... Tiene delirio de grandezas!...

JUANA.—¡Cállate, hija mía!... Cállate y vámonos. Yo no puedo dejarte entrar en casa con un hombre en semejante estado. Hay que tomar una resolución; hay que encerrarle para su seguridad, y sobre todo para la tuya... Vámonos, que estoy intranquila...

CLEM.—¿Pero donde vámonos?

JUANA.—A buscar un médico... Deja a tu madre... sin necesidad de medios violentos habrá que recluirle... No se le puede dejar suelto estando como está. (Mutis las dos retrocediendo con espanto.)

BELL. s.—El caso es que he debido dejarlas hacer... ¿Yo qué arriesgaba, después de todo?... Y la chiquilla es interesante... muy interesante... (Telón.)

ACTO TERCERO

La misma decoración

Doña Juana y el Doctor. Luego Bellogín casado

JUANA.—(Entra con mucha precaución, seguida del Doctor.) Estaba aquí, ahora mismo, pero Dios sabe donde estará... Tal vez haya entrado en casa... ¡Qué disgusto, Señor, qué disgusto!

DOC.—Escuche usted, señora... Lo que me pide usted es muy delicado... ¿Cree usted que así como así puede recluírse a una persona?... Usted me dice que está loco; pero en estos asuntos hay que proceder con mucha prudencia.

JUANA.—Yo lo que quiero es que usted le examine, Doctor, y ya verá usted como se convence... Ya comprenderá usted que no le hubiera hecho llamar si no estuviese segurísima, si no temiera por mi pobre hija, a quien he dejado en mi casa con el susto que puede usted figurarse...

DOC.—Bueno, bueno, señora; pero la repito a usted...

JUANA.—Aquí viene, aquí viene... Ahora se convencerá usted... (Aparece Bellogín casado, despacio, por el foro derecha, como vigilando la casa de Dorotea.)

DOC.—Hay que proceder con cautela... Yo le preguntaré pero sin que parezca un interrogatorio, porque podríamos excitarle... Le diré que estoy encargado por el Municipio de hacer una información especial.

JUANA.—Sí, sí... Pregúntele usted su profesión; su estado, su residencia... ¡Nos ha hablado de compañías mineras, de explotaciones de caña de azúcar, de fábricas de cauchou!... Locuras, doctor, locuras.

DOC.—Chits... Ya se acerca... Buenas tardes.

BELL. c.—Muy buenas, señor... (Aparte.) ¡Anda!... Mi suegra aquí.

DOC.—Me va usted a permitir que le haga algunas preguntas para un trabajo que me ha encargado el Ayuntamiento... Soy médico de la Beneficencia Municipal...

BELL. c.—Estoy a sus órdenes, doctor.

DOC.—(A doña Juana.) Este hombre no tiene aspecto anormal...

JUANA.—Ahora verá usted...

DOC.—(A Bellogín.) ¿Su nombre y apellido?

BELL. c.—Aquiles Bellogín.

DOC.—(A doña Juana.) ¿Son esos?

JUANA.—Esos son; pero ahora verá usted...

DOC.—¿Su profesión?

JUANA.—Van a empezar las barbaridades.

BELL. c.—Abogado del ilustre colegio de Santander.

DOC.—(A doña Juana.) ¿Es eso?

JUANA.—(Asombrada.) Sí, eso es... ¡Pero no es eso lo que nos dijo antes!

DOC.—No se trata de lo que dijo, señora, sino de lo que dice.

JUANA.—Pregúntele usted si está casado.

DOC.—¿Es usted casado?

BELL. c.—Completamente.

DOC.—(A doña Juana.) ¿Le oye usted?

BELL. c.—Estoy casado con la hija de esta señora.

JUANA.—Pero si hace un momento no me reconocía.

DOC.—Pues ya ve usted como ahora la reconoce. (A Bellogín.) ¿Dónde está usted avecindado?

BELL. c.—Vivo en Santander desde... toda mi vida.

JUANA.—¿En Santander? ¿Y América?... ¿Y la caña de azúcar?... ¿Y el cauchou?...

BELL. c.—¿Qué dice usted?

DOC.—Calle usted, señora, que voy a creer que quien está loca es usted... ¿Por qué pretende usted que diga él esas tonterías? ¿Qué interés tiene usted en que recluya a este hombre?

BELL. c.—(Aparte.) ¡Caracoles!... ¿Es que quieren vengarse por lo de la mantilla?... ¡No es para tanto!

JUANA.—Es posible que ahora esté en un momento de lucidez; pero yo le aseguro a usted que hace un instante desvariaba, que decía cosas imposibles...

DOC.—Pues ahora, ya lo ha oído usted; habla con sus cinco sentidos...

JUANA.—No puedo explicármelo.

DOC.—Ya la dije que en estos casos hay que proceder con mucha cautela. Afortunadamente para mí, y para usted también, yo no he obrado tan de ligero como usted esperaba. Este hombre no está loco. Puede usted tener la seguridad de que no está loco. Buenas tardes. (A Bellogín.) Buenas tardes. (Mutis, Bellogín saluda.)

JUANA.—Pues yo digo que si está loco... Podrá tener ahora un momento de lucidez, pero está loco...

BELL. C.—(Frente a casa de Dorotea.) Yó necesito recuperar la mantilla, porque no quiero tener que confesar que he sido engañado como un chino... Si esta mujer trataba de timarme, la daré el dinero que me pida; pero a cambio de la mantilla.

JUANA.—(A la puerta de casa de Bellogín.) No es posible que siga suelto; suceda lo que suceda, es preciso encerrarle. ¡Pobre hija mía! (Hace señas y salen dos criados.)

Dichos. Dos criados. Luego Francisco.

JUANA.—(A los criados.) Es preciso que os apoderéis del señorito.

CRIADO 1.º—¿Que nos apoderemos del señorito?

JUANA.—Sí. Está un poco perturbado y no quiere que le reconozca el médico

CRIADO 2.º—¡Pobre señorito!

JUANA.—No se trata de hacerle ningún daño, sino de cogerle con muchas precauciones, cada uno por un brazo, y encerrarle en su despacho... Hará resistencia, pero vosotros le encerraréis sea como sea... Y tener cuidado de retirar del despacho todo lo que pudiera servirle de arma... ¿Habéis comprendido?

CRIADO 1.º—Sí, señora, sí...

JUANA.—Yo me voy, porque mi presencia podría excitarle. (Mutis. Los criados se acercan a Bellogín con precaución.)

CRIADO 1.º—(Dulcemente.) Señorito, ¿tiene usted la bondad de entrar en casa?

BELL. C.—¿Qué dices?

CRIADO 2.º—Sería preferible que no nos obligara a ponerle la mano encima.

BELL. C.—¿Pero qué estáis diciendo?

CRIADO 1.º—No se resista, señorito, porque sería muy triste tenerle que llevar a la fuerza.

BELL. C.—¿Queréis dejarme en paz?

CRIADO 1.º—¡Vamos, vamos! (Le cogen cada uno por un brazo.)

BELL. C.—¡Soltadme! ¡Soltadme! (Llega Francisco por el foro, y al ver a Bellogín sejejo corre a salvarle golpeando a los criados.)

FRAN.—Ya sabía yo que le iba a ocurrir alguna desgracia... Estaba seguro de que le prepararían alguna encerrona... ¡Miserables!... Pero yo no soy manco... ¡Soltadle, canallas!... (Por lograr librar a Bellogín. El criado segundo se va corriendo; el criado primero entra en su casa.)

CRIADO 1.º—¡Caracoles! Con lo molesto que era el encarguito y le pegan a uno encima... ¡Allá se las compongan! (Mutis.)

BELL. C.—(A Francisco.) Gracias, muchas gracias. Le quedo profundamente reconocido.

FRAN.—¡Oh, el señor es muy bueno... Yo no he hecho más que cumplir con mi deber.

BELL. C.—¡Con su deber!... ¡Cuántas personas habrá que al verme en tal peligro no se hubieran precipitado a socorrerme!

FRAN.—¿Cree el señor que yo podía mirar tranquilamente que le sujetaban dos hombres? ¡De ninguna manera! Francisco no es capaz de semejante cosa.

BELL. C.—Bien, Francisco. Escúcheme. No trato de ofenderle atribuyendo a su acción ningún móvil interesado; pero desearía demostrarle de algún modo mi gratitud.

FRAN.—¡No faltaría más! Yo no he hecho eso para pedirle nada al señor... y hasta casi sentiría que el señor quisiera recompensarme por ello.

BELL. C.—Comprendo su delicadeza, pero quisiera que me indicara lo que puedo hacer por usted... ¿Necesita usted algún dinero?

FRAN.—¿Cómo? ¿El señor quiere darme dinero por eso?... ¡Nunca, señor!... Yo no puedo admitirlo.

BELL. C.—Bueno; pues entonces dígame usted qué es lo que desea.

FRAN.—Puesto que el señor es tan bondadoso que quiere recompensarme a la fuerza, voy a pedirle un favor... Voy a permitirle pedirle... Casi no me atrevo a decirlo.

BELL. c.—Diga, diga sin miedo.

FRAN.—No me determino.

BELL. c.—Diga, diga...

FRAN.—Pues bien, señor. Hace tres años que no he visto a mi madre y desearía pasar tres semanas con ella, si el señor no tiene inconveniente.

BELL. c.—¡Qué he de tener!... ¿Desea usted ver a su madre?... ¡Vaya usted a verla!

FRAN.—¡Qué bueno es el señor! ¡Y yo que no me atrevía a decirselo! Con tres semanas tendré bastante.

BELL. c.—Tres semanas, o cuatro, o cinco, o dos meses, o seis meses... El tiempo que usted quiera!

FRAN.—No, no señor... Yo no me atrevería a estar allí seis meses... Seguramente a los ocho días el tiempo se me hará largo lejos del señor.

BELL. c.—(A sí mismo.) ¡Qué verdad es que uno se siente atado a las gentes a quienes ha prestado algún servicio!

FRAN.—¿El señor necesita llevar más dinero? Aquí tiene la cartera. (Se la va a dar.)

BELL. c.—No, no; muchas gracias. (Aparte.) ¡Es extraordinario! (Alto.) Guárde-la usted.

FRAN.—En ese caso, con permiso del señor, voy a hacer algunas compras de primera necesidad para el señor... He visto camisas de dormir muy buenas y muy baratas. El señor necesita también calcetines.

BELL. c.—(Un poco confuso.) ¡Es verdad!

FRAN.—El señor necesita pañuelos.

BELL. c.—(Idem.) Es verdad. Este hombre es una madre para mí.

FRAN.—Entonces no hay más que hablar. Voy a escribir a mis padres diciéndoles que pronto iré a verlos. ¡Cómo lo agradecerán!... ¡Cómo le bendecirán al señor!... Esto es lo único que pueden hacer, porque ya están muy viejos!... Hasta siempre, señor. (Mutis.)

BELL. c.—Adiós... ¡Qué hombre tan bueno... ¡No hay que renegar de la Humanidad! Aún quedan, por fortuna, en el mundo naturalezas generosas al lado de criaturas abominables como esta mujer que me acusa de haberla robado su pulsera... (Pequeña pausa.) Yo no sé cómo arreglar lo de la mantilla. ¿Estará mi mujer en casa? (Se acerca con precaución a su casa.)

Bellogín casado, Dorotea, un Criado y Cilindro.

DOR.—(Se asoma a la ventana y, al ver a Bellogín, sale con Cilindro y un Criado.) Vais a coger a ese individuo y a encerrarle ahí (Por la garita.) con los trastos viejos, mientras yo voy a avisar a la policía. (Los criados cogen á Bellogín cada uno por un brazo.)

BELL. c.—¿Otra vez? ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que quieren?... ¡Socorro, Francisco!... ¡Francisco!

DOR.—Ya sabéis lo que os he dicho, Cilindro; me respondes de él con tu cabeza. (Encierran a Bellogín y hace mutis el Criado.) Ya puedes tener mucho cuidado, ¡que si se te escapa!...

CIL.—¿Escaparse?... ¡Puede usted estar tranquila!

BELL. c.—¡Miserables! ¡Miserables!

DOR.—Buenas tardes, señor Bellogín? (Mutis riendo por la derecha.)

Bellogín casado y Cilindro. Luego Bellogín soltero.

CIL.—¡Pobre señor! ¡Después que le hemos dado de almorzar al pelo, le metemos aquí para que haga la digestión!... ¡Se va a divertir! A mí no me importaría que me encerraran, porque con mi botellita lo iba a pasar tan ricamente ahí dentro. (Saca una botella; echa un trago y se la vuelve a guardar.)

BELL. s.—(Por el foro.) Ya dejé la mantilla y me arreglaron la pulsera. Ahora a ver cómo termina esta aventura.

CIL.—(Asomándose a la verja.) Paciencia, amigo; un poco de paciencia que en seguida le sacaremos al fresco... (Ríe burlonamente; al volverse ve a Bellogín soltero y queda asombrado.) ¡Santo Dios!... ¿Qué es esto?... ¿Cómo ha podido escaparse de

aquí?... ¡Espera, espera!... (Coge la tranca de la verja y corre tras él.) ¡Yo te diré!... ¿Quieres burlarte de mí, canalla?

BELL. s. — (Estupefacto, corre, perseguido por Cilindro, escapándose por el foro.) ¿Qué haces, borracho?... ¡Tiene un ataque de alcoholismo!... ¡Qué barbaridad!

CIL. — (Que no ha podido correr tan deprisa.) ¡Se me ha escapado, se me ha escapado!... ¿Y qué voy a decir ahora? (Va a la reja.) Pero, ¿cómo ha podido marcharse de aquí estando la verja tan bien cerrada? (Ve a Bellogín casado que está invisible para el público.) ¿Eh? ¡Estoy borracho!... ¡El pobre está aquí tan quietecito y no le quería pegar encima!... (Ríe y cierra con la tranca.) Y el caso es que no he bebido mucho!... ¡Es fuerte cosa que en cuanto uno beba un poco le tienen que pasar cosas raras!... Y si siente uno sed, ¿qué va a hacer?... ¡Beber! (Vuelve a sacar la botella, bebe y se la guarda.)

BELL. s. — (Sale con mucha precaución.) ¡Sigue cargando! ¡Qué animal!... Se lo diré a su ama para que le espabile... (Cilindro ve a Bellogín soltero: éste da un salto y se escapa.)

CIL. — (Sin moverse.) Corre, corre todo lo que quieras, que no he de molestarte. Esta vez no me engañarás. Ya sé que estás allí; ya sé que estás allí... (Mutis en su casa.)

Dicho, doña Juana y Clementina. Luego Bellogín soltero.

JUANA. — Veremos a ver si ahora está calmado y podemos hablar con él, aunque con las debidas precauciones.

CLEM. — ¡Ay, mamá, qué desgracia tan grande!

JUANA. — Y qué le vamos a hacer... ¡El no tiene la culpa de estar loco!... Pero no es cosa de desesperarse... Ya te he dicho que cuando hablé con el médico, estuvo muy tranquilo y contestó razonablemente... Procuremos, por lo pronto, atraerle con suavidad, con dulzura... (Llega Bellogín soltero con cautela.)

CLEM. — Mirale, mamá, mirale...

JUANA. — ¿En la calle? Entonces es que no pudieron meterle en casa... Mucho cuidadito, hija mía, mucho cuidadito.

CLEM. — Me dá pena verle en tal estado...

JUANA. — Sobre todo mucha amabilidad, mucha dulzura.

CLEM. — No tengas cuidado, mamá.

JUANA. — (A Bellogín soltero.) Vamos, hijo mío; supongo que estarás arrepentido de tu conducta. Clementina te aguarda.

CLEM. — Ven, Aquiles, ven, entremos en casa. Yo te perdono, y te aseguro que de hoy en adelante seré muy buena contigo; muy buena, muy buena.

BELL. s. — Es verdaderamente interesante esta mujer.

JUANA. — Anda, tonto, anda.

BELL. s. — La vieja ya no me gusta tanto. (Bellogín casado, se asoma a la verja y ve la figura del otro de espaldas.)

BELL. c. — ¡Caracoles! ¡Mi mujer con un hombre! ¡Y le acaricia!

CLEM. — (A Bellogín soltero echándole un brazo por el cuello.) ¿Creías que te iba a guardar rencor? Anda, decidete; vamos a casa.

BELL. c. — ¡Y le entra en casa! ¡Esto es demasiado fuerte!

JUANA. — ¡Todo se acabó!... Hacéis las paces y como dos tortolitos.

BELL. c. — ¡Y mi suegra le ayuda!... Ahora me explico porqué querían envenenarme.

BELL. s. — Después de todo yo no voy perdiendo nada... Al contrario. (Entra en casa de Bellogín casado, seguido de doña Juana. Clementina se dispone a seguirle, pero en este momento Bellogín casado sacude la verja.)

BELL. c. — ¡Clementina!

CLEM. — (Se vuelve y le mira con espanto.) ¿Qué?... ¡Qué!... ¡Ha pasado allí dentro! ¿Pero cómo? ¡Yo soy quien está local!... (Va hacia su casa y ve al otro.) ¡Y allí está otra vez! (Se vuelve y ve al casado.) ¡Y allí también!... ¿Qué es esto?... (Cae sobre el banco.)

JUANA. — ¿Pero qué pasa? (Desde el umbral. Ve a Bellogín casado en la reja y luego al otro en la casa.) ¿Eh?... ¡Jesús!... (Cae en el banco al lado de su hija.)

BELL. c. — ¿Qué las sucede? (En este momento aparece Bellogín soltero y le ve.) ¡Dios mío!

BELL. s.—(Mira al otro estupefacto.) ¿Qué es esto? (Se palpa el cuerpo como si dudara de su existencia.)

BELL. c.—(Se frota los ojos.) Esto es un sueño... (Palpa las paredes, la verja, etcétera.) Estoy en mi cama... Acabo de despertar... Sueño... sueño todavía.

CLEM.—Yo soy quien sueña... Creo que tengo dos maridos.

JUANA.—Quien sueña soy yo... Creo que tengo dos yernos.

BELL. s.—Hay dos yo... Hay dos yo... Ustedes no sueñan; ustedes están en mi sueño.

BELL. c.—Es decir, en el mío... Porque, en efecto, hay dos yo... pero ese no existe... Ese no existe.

(Dichos. Bernáldez por el foro. Luego Francisco. Después Gorriz.)

BER.—(Llega corriendo.) ¿Dónde está? ¿Dónde está?... Me han dicho que ha venido y estoy deseando verle. (Ve a Bellogín casado en la verja.) ¡Este es! ¿Pero quién te ha encerrado? Como te pareces a mi ahijado... Y sin embargo, yo no os confundiría...

BELL. c.—(Impasible.) No le respondo a usted, padrino... Estoy soñando. (Bernáldez se dirige a los otros sucesivamente.)

CLEM.—Estoy soñando.

JUANA.—Estoy soñando.

BELL. s.—Estoy soñando.

BER.—(A Bellogín soltero.) No, querido ahijado, no sueñas,

BELL. s.—Sí, sí; porque usted me llama su ahijado y no lo soy.

BELL. c.—Estoy soñando, porque usted dice que no soy su ahijado y sí lo soy.

BER.—No, no... La confusión es mía. Me he confundido de ahijado, pero ya veo que no se parecen.

TODOS.—Esto es un sueño.

BER.—(Voz fuerte.) ¡Que no caramba! ¿Quién es el que no es mi ahijado?

BELL. s.—Yo; pero estoy seguro de que esto es un sueño.

BELL. c.—Yo quisiera que mientras dura el sueño, alguien me sacara de esta ratonera. (Clementina y su madre le abren.)

BER.—(A Bellogín soltero.) ¿Tú eres el que ha venido hoy a Santander? ¿Traes una carta que te entregó tu padre al morir? (Bellogín soltero se la da y él la abre.) Toma; léela, hijo mío, léela.

BELL. s.—(Leyendo.) ¿Será posible? (Se la da a Bellogín casado.) ¡Tú eres mi hermano! ¡Mi hermano gemelo!

BELL. c.—(Lee.) ¿Es cierto? Encontramos cada uno un hermano, que ninguno de los dos había perdido.

CLEM.—Yo encuentro un cuñado.

JUANA.—Yo casi otro yerno.

FRAN.—(Llega y se dirige a Bellogín soltero.) Ah, señor... Acabo de escribir a mi madre. ¡Va a ser muy feliz!

BELL. s.—¿Por qué?

FRAN.—Porque al fin voy a verla. (Ve a Bellogín casado.) ¿Eh? ¿Pero qué es esto?

BER.—Ya lo sabrá usted. Comeremos todos juntos para festejarlo. (Sale Gorriz.) Hay que invitar a Gorriz.

BELL. s.—¡Qué empeño tiene todo el mundo en convidar a Gorriz!

GORRIZ.—(A Bellogín soltero.) ¿También te opones? Has acabado para mí... Todos me darán la razón... (Coge a Bellogín casado por un brazo y le vuelve.) Figúrese usted... (Le mira y retrocede.) ¿Qué significa esto?

BER.—Ya te lo diremos después de comer... A la mesa, a la mesa.

GORRIZ.—¡Quiere Dios que no me pase lo que con el almuerzo!

BER.—(Al público.)

No turbéis la alegría
que inunda el pecho de los dos hermanos,
y ¡aplaudid, ciudadanos!
como en tiempos de Plauto se decía.

FIN DE LA COMEDIA

¡SU SALUD PELIGRA!

TERRIBLES MICROBIOS LE ACECHAN!

No espere Ud. a que las Autoridades le indiquen que el agua está contaminada, pues hasta entonces habrá bebido alguna cantidad; tenga por costumbre filtrar siempre el agua, aunque no venga completamente turbia. Para ello nada mejor que el Depurador Higiénico y Rápido "ARSO" que equivale a tener un manantial en casa.

De venta: Fábrica "ARSO"
CARDENAL CISNEROS, 28. - MADRID

BUJÍAS FILTRANTES PARA TODA CLASE DE FILTROS

El número actual de
nuestro teléfono es

J. 6 2 4

úmeros publicados por **La Novela TEATRAL**

- 1 TRATA DE BLANCAS.—Felipe Trigo.
- 2 LA SOBRINA DEL CURA.—C. Arniches.
- 3 EL MÍSTICO.—Santiago Rusiñol.
- 4 LOS SEMIDIOSOS.—Federico Oliver.
- 5 LAS CACATÚAS.—Casero y G. Alvarez.
- 6 EL LOBO.—Joaquín Dicenta.
- 7 CHARITO, LA SAMARITANA.—Torres del Álamo y Asenjo.
- 8 EL VERDUGO DE SEVILLA.—García Álvarez y Muñoz Seca.
- 9 TODOS SOMOS UNOS.—I. Benavente.
- 10 EL REY GALAOR.—F. Villaespesa.
- 11 LA CASA DE QUIROS.—C. Arniches.
- 12 PÚCAR XXI.—Muñoz Seca, García Álvarez y Pérez Fernández.
- 13 EL RÍO DE ORO.—Paso y Abati.
- 14 SOBREVIVIRSE.—Joaquín Dicenta.
- 15 ALMA DE DIOS.—Arniches y García Álvarez.
- 16 EL CARDENAL.—L. Rivas y Reparaz
- 17 EL POBRE VALBUENA.—Arniches y García Álvarez.
- 18 EL HOMBRE QUE ASESINÓ.—Traducción de Antonio Palomero.
- 19 LAS ESTRELLAS.—Carlos Arniches.
- 20 DOLORETES.—Carlos Arniches.
- 21 LA SEÑORITA DE TREVELEZ.—Carlos Arniches.
- 22 SERAFINA LA RUBIALES.—Torres del Álamo y Asenjo.
- 23 ABEN-HUMEYA.—Francisco Villaespesa.
- 24 EL SEÑOR PEUDAL.—Joaquín Dicenta.
- 25 LA ETERNA VÍCTIMA.—Felipe Trigo.
- 26 JIMMY SAMSON.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
- 27 LÓPEZ DE CORIA.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 28 LA GIOCONDA.—G. d'Annunzio. Traducción de Francisco Villaespesa.

- 29 PRIMAVERA EN OTOÑO.—G. Martínez Sierra.
- 30 EL CRIMEN DE AYER.—Joaquín Dicenta
- 31 EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO.—Traducción de Gil Parrado.
- 32 FRANCFORT.—Vital Aza.
- 33 LA REBOTICA.—Vital Aza.
- 34 LA FRESCURA DE LAFUENTE.—García Álvarez y Muñoz Seca.
- 35 PRIMEROSE.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
- 36 CIENCIAS EXACTAS.—Vital Aza.
- 37 Doña María de Padilla.—F. Villaespesa.
- 38 RAFFLES.—Traducción A. Palomero
- 39 LA PRAVIANA.—Vital Aza.
- 40 EL GRAN TACAÑO.—Paso y Abati.
- 41 MIRANDOLINA.—Cristobal de Castro.
- 42.—GENIO Y FIGURA.—Arniches, Abati-Paso y García Álvarez.
- 43 LA GENTUZA.—Carlos Arniches.
- 44 LA VIEJECITA.—Miguel Echegaray.
- 45 PARADA Y FONDA.—Vital Aza.
- 46 LA ALEGRIA DE LA HUERTA.—Paso y García Álvarez.
- 47 PETIT-CAFÉ.—Tristán Bernard.
- 48 LOS NOV ELEROS.—Edmond Rostand
- 49 ELECTRA.—Benito Pérez Galdós.
- 50 TIQUIS MIQUIS.—Vital Aza
- 51 EL ÚLTIMO BRAVO.—G. Alvarez y Muñoz Seca.
- 52 LA MARCHA DE CADIZ.—García Álvarez y Lucio.
- 53 DOÑA PERFECTA.—Benito Pérez Galdós.
- 54 LA TIZONA.—Godoy y Alarcón.
- 55 MIQUETTE Y SU MAMA.—Robert y Caillvet.
- 56 LOS CUATRO ROBINSONES.—Muñoz Seca y García Álvarez.
- 57 LOS GEMELOS.—Tristán Bernard.



CUANDO

envie a comprar una lámpara de filamento metálico, pida usted la mejor y la que consume menos. Si el vendedor defiende sus propios intereses, le dará una lámpara OSRAM, reconocida en el mundo técnico como la más sólida, de mejor luz y de menor consumo. -- -- --



Cca. sionario: LEÓN ORNSTEIN - MADRID - Mariasa Pineda, 5.



LA NOVELA
TEATRAL

20 cts.

RAQUEL MELI.PP

**LA LOCA
DE LA CASA**

media en cuatro actos

Pérez Galdós

Tovar
1917.

LA NOVELA TEATRAL

Complemento de la Novela Corta

Director: José de Urquía

LOS CANTOS POPULARES ESPAÑOLES

(2.^a EDICION)

Tu querés como la bela:
ya s'apaga, ya s'ensiend;
ya me queres, ya me orbías;
tu queré ni Dios lo entiende.

¿Cómo has tenfo baló
pa echarte otro nobio nuevo,
estando en er mundo yo?

Tienes una carita
de San Antonio
y una condicioncita
como un demonio.

¿De qué te sirve que traigas
el sombrero a lo gachón
y el cuchillo a la cintura
si no tienes corazón?

Como los toriyos brabos
tienes, gitana, el arranque;
solo t'acuerdas e mí
cuando me tienes elante.

¡Bárgame la Crus de Maria
y er Cristo der Gran Podé!
¡Tanto como me querías,
y ahora no me puedes bé!

Tú no me pagas la casa;
tu no me das de comé;
me bienes pidlendo selos;
¿a fundamento de qué?

¿De qué te sirve penar
y dar voces como un loco
si yo me muero por tí
y tú te mueres por otro?

Eres Ana y eres vana;
eres cardo, eres jazmín;
eres buena y eres mala;
eres diablo y serafín.

Anda be y dile a tu madre
que si te quere bendé,
en la mano stá'er dinero
y en la puerta'er mercaé.

Aqueya firmesa tanta,
y aquer ponderar amor,
y aquer no bíbir sin berme,
¡qué pronto je s'acabó!

Estrella de fuego fuiste
que en mí corazón entraste;
dejaste el fuego prendido
y luego te retiraste.

El extraordinario éxito con que ha sido acogido este NÚMERO ESPECIAL, publicado por "La Novela Corta", nos ha obligado hacer una nueva edición, que hemos puesto en venta para satisfacer la insistente demanda de nuestros lectores y correspondientes.

La loca de la casa

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

original de

BENITO PÉREZ GALDÓS

PERSONAJES

VICTORIA.	CARMETA.	HUGUET, amigo y agente de
GABRIELA.	JOSÉ MARÍA CRUZ.	Moncada.
DOÑA EULALIA.	DON JUAN DE MONCADA.	JORDANA, Alcalde de Santa
LA MARQUESA DE MALA-	DANIEL, Marqués de Malave-	Madrona.
VELLA.	lla.	LLUCH, portero de la fábrica.
SOR MARÍA DEL SAGRARIO	JAIME.	

Hermanas de las Caridad, señoras y caballeros del vecindario de Santa Madrona, etc.
La acción es contemporánea, y se supone en un pueblo de los alrededores de Barcelona, designado con el nombre convencional de Santa Madrona.

ACTO PRIMERO

Salón de planta baja en la torre o casa de campo de Moncada, en Santa Madrona. — Al fondo, galería de cristales que comunica con una terraza, en la cual hay magníficos arbustos y plantas de estufa en cajones. — En el foro, paisaje de parque, frondosísimo, destacándose a lo lejos las chimeneas de una fábrica. — A la derecha, puertas que conducen al gabinete y despacho del señor de Moncada. — A la izquierda la puerta del comedor, el cual se supone comunica también con la terraza. — A la derecha, mesa grande con libros, planos y recado de escribir. — A la izquierda otra más pequeña con una cestita de labores de señora. — Muebles elegantes. — Piso entarimado. — Es de día.

La marquesa de Malavella con sus dos hijos, Daniel y Jaime, que entran por el parque; después Gabriela.

MARQUESA. — Ya estamos... ¡Ay, hijos, me habéis traído a la carrera! (Volviéndose para contemplar el paisaje.) ¡Pero qué jardín, qué vegetación! Santa Madrona es un Paraíso y el amigo Moncada vive aquí como un príncipe.

JAIME. — No verás posesión como ésta en todo el término de Barcelona. ¡Y qué torre, qué residencia señorill! Cuando entro en ella, eso que llamamos espíritu parece que se me dilata, como un globo henchido de gas.

DANIEL. — (Meditabundo.) Cuando entro en ella, la hipocondría no se contenta con roerme: me devora, me consume. (Apártase de su madre y de Jaime, y cuando éstos avanzan al proscenio, vuelve hacia el fondo, contemplando la vegetación.)

MARQ. — ¿Y Gabriela?

JAIME. — (Mirando hacia el comedor.) Ahora saldrá. Está dando la merienda a los niños.

MARQ. — ¿Chiquillos aquí?

JAIME. — Sí, mamá; los seis hijos de Rafael Moncada que han sido recogidos por su abuelo.

MARQ. — Es verdad... ¡Pobres huerfanitos! (Entra Gabriela en traje de casa, muy modesto, con delantal.) Gabriela, hija mía, ángel de esta casa (La besa cariñosamente.) ¿Pero como te las gobiernas para atender a tantas cosas?

GABRIELA. — ¡Qué remedio tengo! Ya ve usted... Estoy hecha una facha. (Quitándose el delantal.) Les he dado la merienda y ahora van de paseo con el ama y la institutriz. (Saludando a Daniel.) Dichosos los ojos...

DANIEL.—Tanto gusto... (Le estrecha la mano.)

GAB.—(A la Marquesa.) ¿Pero no se sienta usted?

MARQ.—No; dispongo de poco tiempo. Con dos objetos he venido. Primero: visitar a tu papá y a tu tía Eulalia; segundo; ver y alquilar si me gusta, una de las casitas que han construido... ahí, en el camino de Paufer.

JAIME.—¿Sabes? Junto al convento de Franciscanos.

GAB.—¡Ah, sí! Son preciosas.

MARQ.—Y baratas, según dice éste. Hija mía, los tiempos están malos y lo primero que hay que buscar es la economía.

GAB.—¿De modo que seremos vecinas esta primavera?

MARQ.—Sí. (Bajando la voz.) Tenemos a Daniel bastante delicado... inapetencia, melancolías...

JAIME.—Y la Facultad (Por sí mismo.) ordena campo, aires puros, sosiego, trato continuo y familiar con la Naturaleza.

GAB.—¡Pobrecito Daniel! (Los tres observan a Daniel que ha vuelto al fondo y está embebecido contemplando el paisaje.) ¿Trabaja demasiado?

MARQ.—Ya no... (Suspirando.) ¡Lástima de bufete llamado a ser uno de los primeros de Barcelona! (Cariñosamente a Daniel.) Hijo mío, ¿qué haces?

DANIEL.—Nada; miraba... Mucho ha cambiado Santa Madrona de seis meses acá... Dígame usted, Gabriela; allí veo una torre gótica, esbeltísima... (Señala al fondo por la izquierda hacia un punto que no se ve desde el teatro.)

GAB.—La de los Franciscanos. La concluyó papá hace un mes.

DANIEL.—(Señalando hacia la derecha.) ¿Y aquel gran edificio?

JAIME.—El hospital, asilo de huérfanos y casa de expósitos que debemos a Jordana.

DANIEL.—¡Soberbia construcción!

GAB.—Hecha toda con limosnas, suscripciones y petitorios.

JAIME.—Y con funciones de teatro, bailes, tómbolas, rifas y *kermesses*... ¡Es mucho hombre ese Jordana!

MARQ.—(Queriendo recordar.) Jordana, Jordana...

DANIEL.—El alcalde perpetuo.

JAIME.—Sí, mamá; aquel que llamábamos el patriarca bíblico porque tiene veinticinco hijos.

GAB.—No tanto... son quince.

MARQ.—¡Jesús!... (Con prisa de marcharse.) ¿Puedo ver a tu papá y a Eulalia?

GAB.—(Acercándose de puntillas a una de las puertas de la derecha.) Papá... escribiendo en el despacho. Mi tía no tardará en volver de la iglesia. (Daniel se aleja de nuevo hacia la terraza.)

MARQ.—Esperaremos un ratito. (A Gabriela, con extremos de cariño.) ¡Ah, dame otro beso! No me canso de mirarte, ni de admirarte, ni de alabar a Dios por la dicha que me concede haciéndote mi hija.

JAIME.—(Con entusiasmo.) Madre, ¿no es verdad que no la merezco? Dígame usted que no la merezco.

MARQ.—Sí, hijo, la mereces; ¿por qué no? Tú también eres bueno...

JAIME.—¡Que no la merezco! Pero, en fin, la tengo; lo mismo da. ¡Qué feliz soy! Y usted, mamá, también lo es. Diga que lo es... dígalo pronto, si no quiere que me incomode.

GAB.—(A la marquesa, que hace signos negativos.) Dígalo para que nos deje en paz.

MARQ.—Lo digo y no lo digo... Escuchadme. (Cogiendo a Gabriela y Jaime por una mano y situándose entre los dos.) Soñé que cogía en mis manos la felicidad... enterita, completa, redonda, toda para mí... Era como una hostia. Al despertar de aquel sueño, encontréme que sólo poseía la mitad... La otra mitad rota, caída, deshecha a mis pies... Tu padre, el buen Moncada, el consecuente amigo de mi esposo, tenía dos hijitas casaderas, ángeles si los hay... pues yo creo en los ángeles terrestres.

JAIME.—Yo no... pero, en fin, pase.

MARQ.—Dos ángeles digo: tú y tu hermana Victoria. Yo tenía y tengo dos hijos. No por ser míos, ni por hallarse presentes, dejaré de afirmar que algo valen. Este te quisiera a tí, Daniel a tu hermana. Dieron las niñas el sí con aquiescencia y regocijo de los padres. Doble matrimonio, dicha completa... Pero, ¡ay!, de la no-

che a la mañana Victoria se siente arrebatada de un misticismo ardiente: le nacen alas, levanta el vuelo y no para hasta ingresar en la Congregación religiosa del Socorro; y mi pobre Daniel... (Mirándole desde lejos.) Ahí le tienes... sin haberse casado, parece un viudo inconsolable. Esa es la mitad de mi dicha perdida. La mitad alcanzada eres tú, que serás esposa de este indigno médico. (Oyese sonido de campana lejano.)

DANIEL. — Mamá, que es tarde...

MARQ. — Sí, vamos.

DANIEL. — Si te parece, después de ver la casa entraremos un rato en los Franciscanos.

GAB. — Tomarán ustedes chocolate con nosotros.

MARQ. — Si no se empeñan los Franciscanos en que probemos el suyo, aquí nos tendrás. Vaya, adiós. (A Jaime.) ¿Tú te quedas?

JAIME. — Naturalmente.

MARQ. — Hasta luego... (Tomando el brazo a Daniel, vanse por el fondo.)

Gabriela, Jaime.

JAIME. — Ya rabiaba por verte.

GAB. — ¡Ocho días sin venir!

JAIME. — Que me han parecido ocho siglos. Habrás recibido mis ocho cartas, a carta por siglo.

GAB. — Sí, y sólo te he contestado cuatro letras... ya ves, no tengo tiempo para nada. Con la anexión de los sobrinitos, necesito Dios y ayuda para atender a todo...

JAIME. — (Con entusiasmo.) ¡Mujer extraordinaria, sublime, excelsal

GAB. — Tonto, no adules.

JAIME. — Déjame, déjame que te eche muchísimo incienso...

GAB. — ¡Fastidioso!

JAIME. — Díme: cuando nos casemos, ¿seguirás de reina gobernadora en la casa de tu papá?

GAB. — Es natural que sí. ¿Cómo quieres que le deje solo?

JAIME. — ¡Ah! no... de ninguna manera... ¡Don Juan de mi alma! Pero es mucho trabajo para tí. ¿Por qué no había de ayudarte tu tía doña Eulalia?

GAB. — ¡Mi tía! (Riendo.) No las saques de sus rezos, de su labor de gancho, de sus visitas a todas las monjas y frailes que hay en tres leguas a la redonda; no la saques de dar buenos consejos y traer malas noticias, y de opinar siempre en contra de los demás. Es buenísima; pero al nivel de su virtud, y un poquito más arriba, pongamos su inutilidad.

JAIME. — Bueno... Pues no nos acobardemos por el exceso de trabajo... ¡Ah! ¿Sabes que voy teniendo clientela? Decididamente, me dedico a la especialidad de enfermedades nerviosas.

GAB. — Pues empieza por tu hermano... ¿Sabes que no me gusta nada su aspecto?

JAIME. — Pasión de ánimo. Lo que dijo mamá: soltero y viudo inconsolable. Créelo, tu hermanita le desquició con el dichoso monjío. Lo más raro es que a Daniel le ataca también ese terrible asolador del humano cerebro: el *bacillus mística*.

GAB. — ¿De veras?

JAIME. — Los Franciscanos de Barcelona cuidan de inculárselo.

GAB. — ¿Qué me cuentas?

JAIME. — Sí; mañana y tarde le tienes entre frailes más o menos descalzos, platicando de cosas abstrusas y enrevesadas, cháchara espiritualista que yo, disector de cadáveres, no he podido entender nunca.

GAB. — No desatines.

JAIME. — Y a propósito de enfermos. ¿Qué tiene tu papá?

GAB. — (Con asombro.) ¿Papá? Nada... Ah, sí; algo tiene... Padece insomnios, tristezas... apenas habla... Se me figura que ha sufrido estos días algún contra-tiempo gravísimo.

JAIME. — El incendio de los almacenes de Barceloneta.

GAB. — No... algo más será... Presumo que pérdidas considerables en Bolsa. Huguet, su agente y amigo, viene casi todas las tardes.

JAIME.—Hoy también.

GAB.—¿Con vosotros?

JAIME.—No.

GAB.—(Con interés.) ¿En qué coche venía Huguet?

JAIME.—En el de ese bárbaro... ¿Cómo se llama?... ¡Ah! Cruz, José María Cruz, que vive ahí, en casa de Jordana.

GAB.—(Recelosa.) ¿Venía también Cruz?

JAIME.—Sí... Sabrás que mis amigos le llaman *el gorilla*, porque moral y físicamente nos ha parecido una transición entre el bruto y el *homo sapiens*.

GAB.—Hombre de baja extracción, alma sórdida y cruel, facha innoble, la riqueza no le ha enseñado, como a otros, a sobredorar la grosería de sus modales, la vulgaridad zafia de sus pensamientos.

JAIME.—Mala persona, según dicen. ¿Y es cierto que se crió aquí, en tu torre?

GAB.—Sí, hombre. Es hijo de un carretero que tuvimos en casa. Yo era muy niña entonces. Apenas me acuerdo.

JAIME.—¡Qué cosas se ven!

GAB.—Es de esos que van cerriles a América y luego vuelven cargados de dinero. Apenas cambio el saludo con él... Y el muy bruto no conoce la antipatía, la repugnancia que me inspira... y... vamos, ¿te lo cuento?

JAIME.—(Receloso.) ¿Qué?... Me asustas.

GAB.—Anteayer iba yo por el jardín... ¡Pasé un susto!... Estaba sola. Presentóseme saliendo de unas matas, como res brava perseguida de cazadores, y al verle delante de mí quedéme fascinada, sin poder hablar. Quise dar un grito; pero no lo dí, hijo, no lo dí.

JAIME.—Eso es lo que no sabe ninguna mujer: gritar a tiempo. (Con repentina cólera.) Gabriela... ¿ese animal tiene el atrevimiento increíble de prendarse de tí?

GAB.—Algo de eso me dió a entender con sus gruñidos...

JAIME.—No me lo digas...

GAB.—¿Pero yo qué culpa tengo?

JAIME.—(Muy inquieto.) ¡Enamorado de tí! ¡Ay, qué idea me asalta, qué recelo, qué presentimiento horrible! Gabriela, ese hombre te quiere comprar. Dime, por tu vida, dímelo; dime que no te vendas... que no cambiarás mi honrada personalidad por la de ese alcornoque cargado de bellotas de oro...

GAB.—¿Pero estás loco? (Viendo salir a Moncada.) Cállate... mi padre...

Los mismos. Moncada, que sale por la derecha muy caviloso y triste; después Huguet.

MONC.—(¡Qué ansiedad! ¡Lo que tarda Huguet!...)

JAIME.—Señor don Juan...

MONC.—¡Ah, Jaime! (Con indiferencia.) ¿Qué tal? ¿Y tu mamá?

JAIME.—Ha venido conmigo y con Daniel.

GAB.—¿Sabes, papá?... La marquesa alquila una de las casitas de abajo...

MONC.—(Que no se ha fijado en lo que Jaime y Gabriela le han dicho.) ¿Dime, me traes alguna mala noticia?

JAIME.—(Sorprendido.) ¿Mala noticia?

MONC.—¿No?... Es que... Hace días que no entra aquí una persona sin anunciarme algún desastre.

JAIME.—¡Don Juan!

MONC.—(Viendo salir a Huguet por el fondo.) ¡Ah!, gracias a Dios.

GAB.—(Aparte a Jaime.) Huguet... estamos de más aquí. (Retírase por la izquierda; Jaime la sigue.)

JAIME.—(Reparando en la expresión sombría del rostro de Huguet.) Mal cariz tiene el agente.

GAB.—(Ordenando a Jaime que salga por la terraza.) Tú por allí... (Vanse.)
Moncada, Huguet.

MONC.—(Impaciente.) ¿A ver?... ¿Qué hay? ¿Qué nueva desgracia me traes hoy?

HUG.—(Cohibido.) Hombre, aguarda.

MONC.—Tu cara no puede engañarme. De tanto leer en ella me la sé de memoria.

HUG.—Te diré... La cosa es grave; pero aún...

MONC.—(Con firmeza.) Déjate de atenuaciones, Facundo. No las necesito.

HUG.—Bueno. Pues lo que temíamos, Juan; un pánico horroroso que no he

mos podido contener, comprando hasta comprometernos con ciega temeridad. Artús y yo hemos hecho verdaderas locuras. ¡Esfuerzo inútil! Las acciones del Banco Mercantil y Naval ofrecidas a veinticinco.

MONC.—(Llevándose las manos a la cabeza.) ¡A veinticinco!

HUG.—Ya me lo temía...

MONC.—(Con ansiedad.) Dí, ¿podré esperar que la Compañía Insular y Continental me apoye para evitar el último desastre?

HUG.—¡Ay, querido Juan! Pues tienes un alma bien templada para el infortunio, te diré que...

MONC.—(Vivamente.) No sigas. Mi pesimismo me da un gran poder de adivinación. Hace un rato pensaba en la espantosa baja... ¡la veía!, y he visto que la Compañía Insular es también cosa muerta... ¿Acerté?

HUG.—(Con honda tristeza.) Sí. (Pausa.) Han venido para tí malos tiempos, compensación de los buenos que gozaste. Así es el mundo.

MONC.—Empezaron mis desdichas con la muerte de mi esposa, mi idolatrada Luisa. ¡Ay!, la prosperidad entró con ella en mi casa, y con ella se fué. . Cuatro meses después de aquel golpe recibí otro, que también me hirió en lo más vivo del alma: mi hija Victoria, la más parecida a su madre, la que me reproducía su bondad, su inteligencia, su viveza y gracia seductoras, es bruscamente asaltada en un religioso entusiasmo, que más bien parece exaltación insana. Su jovial carácter sufre una crisis profunda, que termina con la resolución de tomar el hábito en el Socorro. Comprometida a casarse con Daniel de Aransis, a quien amaba desde que ambos eran jovencuelos, lo abandonó todo: padre, hermanos, novio, casa, familia, amigos...

HUG.—Su apasionada vocación es digna de respeto.

MONC.—Si no digo nada contra su vocación. Allá la tienes a punto ya de cumplir el plazo del noviciado y profesar. ¡Hija de mi alma!... ¡Perderte viva!... (Desechando una idea triste.) Pues sigo: al mes de ver partir a mi Victoria para el convento, ocurre la espantosa baja de los algodones, que me hace perder en un día... ya lo sabes. Al mes siguiente, una inundación hace estragos en la fábrica de Igualeda. Pasan veinte días, y el fuego me destruye parte de los almacenes de Barceloneta. Y así continúan éstos, que bien puedo llamar arañazos del monstruo, comparados con la inmensa desventura del mes anterior. Mi hijo, mi único varón, el *hereu*, la esperanza y el orgullo de mi casa... (La aflicción no le permite concluir la frase.)

HUG.—¡Tristísimo recuerdo!

MONC.—Sucumbió, víctima de una rápida enfermedad infecciosa... Ahí tienes a sus seis niños, también huérfanos de madre, sin más amparo ya que su abuelo...

HUG.—(Animándole.) Y les basta y les sobra... Vamos, Juan, ánimo. No más ideas lúgubres. Lucharemos contra la adversidad... Más sereno que tú, yo veo caminos de salvación.

MONC.—(Desconfiado.) ¿Cuál es? ¿La venta de inmuebles de que hablamos el otro día? ¿El préstamo hipotecario?

HUG.—Sí.

MONC.—Ya es tarde. Tendría que ser en condiciones ruinosas.

HUG.—Quien sabe... Te diré. He hablado con Cruz.

MONC.—(Vivamente.) ¿Y tiene noticia del horrible *crack* de hoy?

HUG.—Si todo lo sabe. No creas que se presenta mal. Insiste en comprarte la fábrica y los terrenos de la Gran Vía.

MONC.—¿Pero en qué condiciones? Es usurero. Se enroscará en mí como el boa, y me ahogará.

HUG.—Y también parece dispuesto si no quieres vender tus inmuebles, a hacerse el empréstito con garantía...

MONC.—Facundo, por Dios, no me des esperanzas que luego resultan fallidas... ¿Y crees tú que podrá...?

HUG.—(Asombrado.) ¡Que si puede! Es hombre de inmenso capital.

MONC.—(Ensimismado.) Inmenso, sí... ¿Habeis venido juntos de Barcelona?

HUG.—Y juntos entramos en tu parque. Ahí le dejé paseándose con Jordana, que no le suelta.

MONC.—¿A ver? (Aproximándose al foro para mirar hacia el parque.)

HUG.—(Solo en el proscenio.) (¿Cuajará mi proyecto? Atrevidillo es. Pero Eulalia conspira conmigo, y es mujer que lo entiende.)

MONC.—No veo a nadie... Mi hermana es la que viene ahí. (Volviendo al proscenio, desalentado.) Ya estoy temblando. ¡Si me traerá malas noticias!...

HUG.—¡Oh, no!

Los mismos. Doña Eulalia, vestida de negro, con un libro de rezos. Es señora de cabellos blancos, de rostro pálido y sin movilidad.

EULAL.—Pero qué, ¿no ha vuelto Florentina?

MONC.—Yo creí que estaba contigo.

EULAL.—(Secamente.) No: sólo he visto a Jaime. Buenas tardes, Facundo. (A Moncada.) ¿Y tú, que tal te encuentras? ¿Fuertecito... animado? ¡Ay, como te admiro!

MONC.—(Alarmado.) A mí, ¿por qué?

EULAL.—Por tu tesón, por tu estoicismo, por esa firmeza heroica con que recibes los tajos y mandobles de la adversidad.

MONC.—(Impaciente y malhumorado.) ¿Pero qué, me preparas alguna mala noticia?

EULAL.—No se trata de eso. A no ser que tengas por mala noticia la de que tu hija Victoria profesará dentro de quince días. (Gesto de indiferencia en Moncada.) ¿Y tampoco te importa saber que la Superiora le permite pasar tres días en tu compañía?

MONC.—¿A Victoria?

EULAL.—Sí... la tendrás aquí esta tarde con Sor María del Sagrario, la hermanita del Socorro que ha pedido Rius para asistir a su suegra.

MONC.—Bienvenida sea mi adorada hija... Pero de veras, ¿no tienes alguna nueva desastrosa que comunicarme?

EULAL.—¿Y qué? ¿No hemos nacido para padecer? Tus penas son mis penas. ¿No estoy aquí para compartirlas, para consolarte?

HUG.—¡Oh!, sí... el consuelito espiritual.

EULAL.—¿Qué tiene que decir el bueno del agente? (Amoscada.) Estos hombres descreídos, metalizados, idólatras del becerro de oro...

HUG.—¿Pero dónde está ese becerro, señora? Dígame usted dónde está ese becerro.

EULAL.—A usted, Facundo, que ya es cosa perdida, nada tengo que decirle... Tú, querido hermano mío, te salvarás porque has padecido y padeces... El Señor te ha probado.

MONC.—Bien lo veo...

EULAL.—Y bendice la mano que te hiere.

MONC.—Pues la bendigo... Ahora... pega.

HUG.—(Con intención.) No; si hoy no trae el rayo de las malas noticias.

EULAL.—¿Y si trajera el iris de las esperanzas risueñas?

MONC.—(Incrédulo.) ¿Iris tú?...

EULAL.—Yo, sí.

MONC.—(Esperanzado.) ¿De veras?

EULAL.—(Con sequedad.) No, no es nada. (No debe saberlo todavía.)

MONC.—(Resignado.) Adelante la adversidad.

EULAL.—Adelante. (Con afectada emoción.) Querido hermano mío, cuando Dios te pone en el yunque y bate y machaca, por algo será.

MONC.—(Meditabundo.) Por mis pecados... sí.

EULAL.—Tú lo has dicho... ¿Quieres oír un juicio sano y leal?... El Señor te aflige y te afligirá más todavía, porque has olvidado sus leyes sacrosantas, devorado por la fiebre mercantil y por el afán de acumular riquezas. (Con acrimonia.) Y no estás ya en edad de atender más a los negocios que a la suprema especulación de salvar tu alma, porque el mejor día viene la cobradora fea con la libranza del vivir vencida, y tienes que pagar a toca-teja, dando, tu cuerpo a los gusanos y tu alma a la eternidad. Y te llaman a juicio; y allá, el ángel que pesa y apunta te preguntará por tus buenas acciones, no por las del Banco, ni por el mayor o menor capital que tengas en cuenta corriente o en caja... Y entonces será el rechinar de dientes y el decir... ¡maldita riqueza, malditos negocios y maldito tanto por ciento!... (Moncada se ha sentado con muestras de fatiga, y aguanta el sermón sin decir una palabra.)

HUG.—¡Basta... por Dios!

Los mismos. La Marquesa, Daniel, Jaime, por el fondo; despues Gabriela.

MARQ.—Aquí están... ¡Querido Juan!

MONC.—(Estrechándole la mano.) ¡Florentina!...

EULAL.—¡Qué gozo verie aquí!... (Se abrazan.) ¿Qué tal la casita?

MARQ.—Positivamente la tomo.

DANIEL.—(A Moncada.) Desde mañana, mi querido don Juan, seremos vecinos.

Usted, según parece, no goza de buena salud; yo tampoco. Nos acompañaremos, nos consolaremos mutuamente, reanudando la serie de largos paseos que eran nuestra delicia seis meses ha.

MONC.—(Abrazándole.) Tu amistad es un gran consuelo para mí. Te quiero como a un hijo.

MARQ.—¿Y Gabriela?

JAIME.—(Abisbando por la puerta de la izquierda.) Aquí está.

GAB.—(Vestida con traje más elegante que al principio del acto.) ¿Toman chocolate?

MARQ.—Sin duda.

EULAL.—A mi me lo haces con agua. Ya sabes que ayuno.

MARQ.—¡Ah! (Recordando.) Mañana Domingo de Ramos. (Forman todos un grupo del cual se separa doña Eulalia para reunirse con Huguet al otro lado del proscenio.)

HUG.—(Aparte a doña Eulalia.) ¿De veras conspira usted conmigo?

EULAL.—Yo no conspiro; infuyo con mi autoridad en la suerte de la familia... ¿Pero ese bendito salvaje no viene?

HUG.—No tardará... Dígame usted, ¿no le parece que esta familia nos estorba un poco?

EULAL.—Sí; ¡visita más inoportuna!...

HUG.—¿Qué hacemos?

EULAL.—Yo les espantaré como a las moscas.

Los mismos. José María Cruz y Jordana, que entran por el foro. El primero es hombre rudo y de ademanes torpes, rostro ceñudo. Viste con decencia y sencillez, sin pretensiones de elegancia.

MONC.—(Adelantándose.) Amigo Cruz...

CRUZ.—(Saludando con embarazo.) Señor don Juan... don Facundo...

JORD.—Por tercera vez he enseñado al señor de Cruz esta hermosa finca y la fábrica.

MONC.—(Con tristeza.) ¡Ah, la fábrica! Desde la muerte de mi hijo está un poco descuidada.

CRUZ.—(Con sequedad.) Y un mucho. Falta dirección, sobra gente. El trabajo no marcha con regularidad.

MONC.—Cierro. (Continúan hablando.)

MARQ.—(A doña Eulalia.) ¿Quién es ese ganzápiro?

JAIME.—(A la Marquesa.) Es ese Cruz de quien te hablé.

MARQ.—(Mirándole con impertinente.) Ya...

EULAL.—Mala traza, ¿verdad?

JAIME.—Y peores obras.

MONC.—(A Cruz, presentándole a la Marquesa.) Nuestra amiga la señora marquesa de Malavella. (Presentando a Daniel.) Su hijo el señor marqués de Malavella. (Saludan, inclinándose.)

CRUZ.—Por muchos años...

MONC.—(Presentando a Jaime.) El otro hijo...

CRUZ.—A éste ya le conocía... el médico. Ese otro caballerito es abogado.

DANIEL.—Servidor de usted.

GAB.—(Aparte a Jaime.) ¿Has visto qué tío más grosero?

JAIME.—¡Nunca ví mostrenco igual. (Moncada invita a Cruz a sentarse. Obsérvese en la situación de los nueve personajes la disposición siguiente: a la izquierda forman un grupo la Marquesa, Gabriela y doña Eulalia, sentadas, teniendo a un lado y otro a Huguet y Jaime, en pie; en el centro Cruz y Jordana, sentados; a la derecha Moncada sentado, Daniel en pie.)

JORD.—Lo que tiene encantado al amigo Cruz es el parque.

MONC.—No es malo.

CRUZ.—Lo miro como cosa mfa.

TODOS.—(Los del grupo de la izquierda.) ¡Como cosa suva!

CRUZ.—Cierto... porque en él me crié.

TODOS.—Ya.

JORD.—El señor no reniega de su origen humilde.

CRUZ.—Nunca. Nací en la indigencia. Todo lo que tengo se lo debo... a éste (Señalándose.)

DANIEL.—No es flojo mérito.

CRUZ.—Los señoritos de carrera (Mirando a Daniel y Jaime.) ven en mí un hombre sin principios, un hombre tosco y vulgar...

DANIEL.—(Por cortesía.) ¡Oh!, no...

MARQ.—(A los de su grupo.) ¿Y decís que este café es riquísimo?

JAIME.—El asno cargado de reliquias.

EULAL.—¡Envidioso! (A la Marquesa.) ¿Tú qué opinas?

MARQ.—¿Yo? Que se puede perdonar al animalito por las alforjas.

EULAL.—(Alto.) El amigo Cruz no se avergüenza de haber desempeñado en esta casa los oficios más bajos.

CRUZ.—¿Qué he de avergonzarme? Mi padre, Magín Cruz, era el carretero de esta posesión. Vivíamos allá, junto a las tapias de Paulet, cerca del ferrocarril.

MONC.—Cierto.

CRUZ.—Mi padre sacaba los escombros y las basuras, traía estiércol y mantillo para las plantaciones y el guijo para los paseos del jardín. Entonces, señor don Juan, usted me tuteaba... naturalmente, y me llamaba Pepet. ¿Por qué ahora no me dice también Pepet?

MONC.—Si lo desea usted..., si lo deseas, Pepet te llamaré.

CRUZ.—Han pasado muchos años. Yo tenía en aquel tiempo diez y siete o diez y ocho, y fama de muy discolo y rebelde.

MONC.—Hablando con franqueza, Pepet: eras un bruto.

CRUZ.—Y lo soy todavía.

MARQ.—Me gusta la sinceridad.

MONC.—Cansado de luchar con tu fiereza indómita, tu padre tuvo que enbarcarte.

CRUZ.—Atado codo con codo, me metieron en un buque de vela que salió para Mazatrán por el cabo de Hornos.

MARQ.—Viaje divertido.

CRUZ.—Sí, señora, muy divertido; un viajecito que convendría a sus hijos de usted para que aprendieran a vivir.

GAB.—(A Jaime.) ¡Pero qué animal!

CRUZ.—Volviendo a lo de mi infancia, diré que más de una vez entré en esta casa con un respeto supersticioso. Pensaba yo que entrar descalzo en la sala donde ahora estamos era una profanación, un sacrilegio. Me parece que estoy viendo a la señora, madre de esa señorita y de su hermana. ¡Oh, la señora no era orgullosa ni finchada... tan guapa, tan benévola!... Algunas tardes me íame yo en la cocina. (Señalando al foro por la izquierda.) Blasa, la cocinera, me ponía delante un plato de cocido... así. (Indicando lo abultado de la ración.)

JAIME.—Y no tendría usted entonces mal apetito.

CRUZ.—Como ahora. Mi salud es de bronce. No sé lo que es estar enfermo. Nací para vivir mucho, y viviré.

MONC.—Así has podido resistir tan grandes trabajos y fatigas.

MARQ.—¿En Méjico?

CRUZ.—Y en California, beneficiando primero la plata, después el oro.

MARQ.—(Con admiración.) ¡Plata!

EULAL.—¡Oro!

MARQ.—¿Y usted sacaba esos lindísimos metales de las entrañas de la tierra?

CRUZ.—Sí, señora.

JAIME.—¡Bonita industria!

CRUZ.—Como bonita, no.

EULAL.—Horrible, vamos. Señor Cruz, no crea usted que aquí nos trastornamos oyendo hablar de metales más o menos viles...

JUG.—Eso se deja para nosotros los adoradores del becerrito. Estas señoras, cristianas bien curtidas, conservan sus almas en vinagre, o sea en el desprecio de los viñageros.

MARQ.—¡Oh!, no... Un desprecio prudente nada más, porque hay necesidades...

DANIEL.—La eterna cuestión. No es el dinero bueno ni malo, sino quien lo posee.

CRUZ.—Y quien no lo posee, ¿qué es?

JORD.—Nadie lo sabe...

MARQ.—Porque falta el toque.

EULAL.—Resultará siempre que el dinero es abominable.

JAIME.—No; hay que distinguir...

CRUZ.—Yo no distingo nada, y aseguro que el dinero es bueno. Tengo bastante sinceridad para declarar que me gusta, que deseo poseerlo y que no me dejo quitar a dos tirones el que he sabido hacer mío con mis brazos forzudos, con mi voluntad poderosa, con mi corta inteligencia.

HUG.—(¡Cáspita!... ¡El hombre se explica!)

JAIME.—(A Gabriela.) ¡Pero qué bruto!... ¿ves?

GAB.—Me repugna oírle.

DANIEL.—(Naturaleza bravía, estilo crudo.)

JORD.—(¡Vaya un mozo!)

CRUZ.—Hay que dispensarme. Soy muy tosco, no entiendo de floreos, no sé adornar las palabras, ni ponerle flecos y borlitas.

EULAL.—Es un diamante en bruto. Le faltan las facetas.

MARQ.—(En el grupo.) No le faltan, hija, no; las tiene en el bolsillo.

EULAL.—Es preciso que vaya desmintiendo la mala opinión que se ha formado de él.

MARQ.—¿Mala opinión? (Cruz alza los hombros.)

MONC.—Digámoslo claro. De tí, Pepet, se cuenta que eres avaro, que amas el dinero con pasión desordenada...

EULAL.—Y que en su vida ha dado usted una limosna.

MARQ.—¡Toma!, las dará en secreto, como Dios manda.

CRUZ.—No, señora; no las doy en secreto ni en público. No quiero proteger la mendicidad, que es lo mismo que fomentar la vagancia y los vicios.

JAIME.—(A Gabriela.) ¿Pero has visto?

GAB.—(Con repugnancia.) ¡Y lo dice tan fresco!

EULAL.—Vamos, que no suelta usted un cuarto así lo fusilen.

HUG.—Es que le ha costado mucho ganarlo.

JORD.—(Con adulación.) ¡Oh, mucho, mucho!

EULAL.—¿Y es cierto que tiene usted una fuerza hercúlea?

CRUZ.—Así, así.

JORD.—Se cuenta que de un machetazo le cortó la cabeza a un indio bravo.

GAB.—¡Qué horror!

JORD.—¡Y qué puntería, señores! Parte un cabello a cincuenta pasos.

CRUZ.—No es extraño... El continuo manejo del rifle en un país donde hay que estar siempre a la defensiva...

MONC.—No sé quién dijo que una vez te acometieron dos tigres...

CRUZ.—Aquí tengo la señal del zarpazo. (Mostrando una mano y retirando el puño de la camisa para que se vea parte del antebrazo.)

HUG.—¡Ah, sí... valiente caricia!

EULAL.—(Acercándose para examinar el antebrazo.) Pero diga usted, ¿qué garabatos son esos que tiene usted ahí?

DANIEL.—(Que se ha acercado también.) Es lo que llaman tatuaje.

CRUZ.—Justo.

EULAL.—¡Jesús! ¡Qué horror de pintura en la misma piel! Miren, miren. (Acercándose Huguet, Moncada y Jordana. La marquesa, Jaime y Gabriela permanecen alejados, expresando más bien repugnancia.) Dos calaveras, cruces, anclas...

CRUZ.—Esto se hace con pólvora y aguardiente. Costumbres de marinería.

JAIME.—(En su grupo.) Y de tribus salvajes.

EULAL.—Por Dios, señor Cruz, afínese usted un poco. Lo conseguirá si sigue mis consejos... Lo que a usted le falta para ganarse mis simpatías es consagrar una parte, siquiera mínima, al socorro de los necesitados.

JORD.—(¡A buena parte vas!)

CRUZ.—Cada uno sabe lo que tiene que hacer en este punto. Reconozco y declaro que no soy pródigo, ni siquiera generoso, y, si me apuran, diré también que no soy compasivo.

GAB.—¡Y lo dice!

JAIME.—¿Pero has oído?

EULAL.—¿A ver? (Curiosidad en todos.) Expliquenos eso.

CRUZ.—Pero no se asusten. El primer artículo de mi ley es cumplir estrictamente lo pactado...

MARQ.—(Interrumpiéndole.) ¿Y el segundo?

CRUZ.—El segundo... no dar nada a nadie graciosamente. El que no puede o no sabe ganarlo, que se muera y deje el puesto a quien sepa trabajar. No debe evitarse la muerte del que no puede vivir.

MONC.—(A Daniel.) Lo dirá en broma.

DANIEL.—(Alto.) Desconoce la compasión.

CRUZ.—¡La compasión!... Lo sé por larga experiencia... es una flaqueza del ánimo que siempre nos trae algún perjuicio. ¡La compasión! Donde quiera que arrojen ustedes esa semilla, verán nacer la ingratitud.

MONC.—¡Hombre, por Dios! (Asombro en todos.)

CRUZ.—Como me he formado en la soledad, sin que nadie me compadeciera, adquiriendo todas las cosas por ruda conquista, brazo a brazo, a estilo de los primeros pueblos del mundo, hállome amasado con la sangre del egoísmo, de aquel egoísmo que echó los cimientos de la riqueza y de la civilización.

JORD.—¿Eh, qué tal?

CRUZ.—Digo que la compasión, según yo lo he visto, aquí principalmente, desmoraliza a la Humanidad y le quita el vigor para las grandes luchas con la Naturaleza. De ahí viene, no lo duden, este sentimentalismo que todo lo agosta, el incumplimiento de las leyes, el perdón de los criminales, la elevación de los tontos, el poder inmenso de la influencia personal, la vagancia, el esperar todo de la amistad, y las recomendaciones, la falta de puntualidad en el comercio; la insolencia... Por eso no hay ley, ni crédito; por eso no hay trabajo, ni vida, ni nada... Claro, ustedes, habituados ya a esta relajación, hechos a lloriquear por el prójimo, no ven las verdaderas causas del acabamiento de la raza, y todo lo resuelven con limosnas, aumentando cada día el número de mendigos, de vagos y de trapisondistas.

JAIME.—¡Pero qué bárbaro!

GAB.—Lo que tú dices: el gorilla.

EULAL.—Si bromea... ¿no lo veis?

MARQ.—Da miedo este hombre.

MONC.—Tus ideas, Pepet, son un poco extrañas.

DANIEL.—¡Y tan extrañas!

EULAL.—Falta que nos diga los demás artículos de su ley moral.

GAB.—(Levantándose.) Dejen para otra ocasión los artículos, si han de tomar chocolate.

MARQ.—Ah, sí; son las tantas, y yo quisiera volver de día a Barcelona. (Dirigese al comedor.)

GAB.—(A Cruz.) Y usted, ¿no toma chocolate?

CRUZ.—Gracias; no lo gasto.

GAB.—(A Huguet.) ¿Y usted?

HUG.—Luego, luego.

MONC.—(A Gabriela, que le coge de la mano.) ¿También yo? Déjome llevar. (Mientras se dirigen al comedor los que se indican, Huguet y Cruz hablan aparte en el centro del proscenio, y Daniel y Jordana a la derecha.)

DANIEL.—¿Qué casta de hombre es éste?

JORD.—¿Usted lo entiende? Yo tampoco. Le alojo en mi casa, le colmo de atenciones, hasta le adulo... con la esperanza de que costee la terminación de mi grandioso hospital... y nada, no entiende mis indirectas.

DANIEL.—Pero al menos prometerá.

JORD.—Pues si prometiera... Nada. (Apretando el puño.) Es así... Pero no desmayo, y sigo mi campaña. Yo soy terrible. Perdiosoando con los poderosos, he

DANIEL.—Sí, señor, sí... (Pasan al comedor.)

Cruz, Huguet; después doña Eulalia.

HUG.—Pero, amigo Cruz, en esta ocasión crítica, en plena conspiración, no se pinte usted con tan feos colores.

CRUZ.—Me presento como soy... Hablaré con ella, y si no acierta a ver en mí lo que ver no pueden estos raquíticos jóvenes de carrera, no hemos adelantado nada.

EULAL.—(Que viene del comedor a prisa, oficiosamente.) Ea, ya estoy aquí. Facundo, la marquesa se va pronto con sus hijos. Ya he dicho a Gabriela que en cuanto les despidan, se venga acá. Usted coge a mi hermano, me le da un paseo como que va al encuentro de los niños, y le prepara bien. (A Cruz.) Pero usted, bárbaro inocente, ¿por qué se complace en ennegrecer y afear su carácter?

HUG.—Eso le estaba diciendo. Como no nos ayude...

CRUZ.—¿Qué quiere usted, que me eche polvos en la cara del alma? Si soy negro, ¿a qué he de blanquearme con harina de arroz, que, apenas puesta, se me caería, dejándome, además de negro, sucio?

EULAL.—En fin, adelante, y no perdamos tiempo. Facundo, fijese usted en la consigna.

HUG.—Allá voy... Por mí no quedará. (Vase por el comedor.)

Cruz, doña Eulalia.

EULAL.—¿A qué vienen esos alardes de fiereza, señor gigante Goliat?... También me ha disgustado, en las manifestaciones de usted, que no mostrara más cariño a esta casa, donde corrió inocente y placentera su infancia...

CRUZ.—¡Mi infancia! Señora mía, ¿cree usted que es muy grata esa memoria?... ¡Si yo era en esta casa poco menos que un animal doméstico!... Tratábame mi padre con rigor excesivo. Recuerdo que teníamos un burro, al cual yo quería como si fuera mi hermano. Mi padre le trataba con más cariño que a mí, desigualdad que no me lastimaba. Los palos que al animal correspondían hubiéralos yo recibido en mi cuerpo por aliviarle a él.

EULAL.—Gracias a Dios que veo en usted un rasgo de amor al prójimo..., digo... del...

CRUZ.—Cosas de la niñez... Acuérdomelo bien de las dos niñas, y aún me parece que las estoy viendo, tan monas, tan lindas... frescas, tiernecitas, como los tallos nuevos de las plantas cuando retoñan en primavera. Las miraba yo como a seres de raza superior, a los cuales no podía tocar, y me creía indigno hasta de fijar en ellas mis ojos. Bien grabadas conservo en mi memoria algunas impresiones de aquel tiempo. Verá usted: una tarde hallábase las dos en la alcoba de su papá. (Señalando a la derecha hacia lo alto.) Yo pasaba por el jardín, llevando la carretilla... Me decían mil cosas: «Pepet, bestia, zángano, borrico», qué sé yo... Mandóme el jardinero que abriera un hoyo junto a la pared, a plomo de la ventana, y mientras cavaba, las dos niñas se entretenían en echarme salivitas. Aún me parece que siento el golpe del salvazo fibio... aquí, sobre mi cogote.

EULAL.—Una broma inocente.

CRUZ.—No, si me agradaba...; ya lo creo que me sabía muy bien. Algunas tardes tiraba yo de un carrito en que ellas se paseaban, y yo reinchaba... y...

EULAL.—Que llegaba usted a creerse caballo.

CRUZ.—Que lo era realmente... Yo estoy en que lo era. Paréceme aún que veo a Gabriela y Victoria dándome trallazos, y tirándome de las riendas... Eran monisimas entonces.

EULAL.—Y hoy lo son más. La monjita es un encanto.

CRUZ.—No he vuelto a verla desde entonces, ni verla deseo. Ya sabe usted que detesto a toda la caterva de frailes, clérigos y beatas, cualquiera que sea su marca, etiqueta o vitola...

EULAL.—¡Cruz, por Dios, y me lo dice usted a mí, sabiendo que!...

CRUZ.—Que es usted mojugata... quiero decir, religiosa. Pues no haremos buenas migas... Pero dejemos esto... Sigo contando: hace cuatro meses, cuando llegué aquí, vi un día a Gabriela en la huerta de Jordana, y... lo diré seco. Pues me prendé, me enamoré de ella como un salvaje. (Con alarde de ingenuidad.) Diré a usted todo lo que siento. En mis sueños de hombre rico, que si el pobre sueña el rico más, he vislumbrado siempre una como rehabilitación gloriosa y triunfante de

aquellas tristezas de mi niñez. Mi ilusión constante, mientras viví en América, fué poseer Santa Madrona, ser señor donde fuí criado, casi igual a las bestias. Trasplantada a Europa, parece que la ilusión revive y florece, fertilizada por el caudal que traigo... No sé si me explico.

EULAL.—Sí, sí... ¿Pero acaso usted guarda rencor a mi hermano?

CRUZ.—Ninguno. Miro con respeto la casa, el jardín, Respeto también a la familia... Deseo asimilarme todo esto sin ofender a las personas; al contrario, haciéndolas mías, o que ellas me hagan a mí... suyo... ¿Es esto claro?

EULAL.—Sí, sí...

CRUZ.—En fin, que cuando ví a Gabriela pensé que la única mujer del mundo con quien yo me casaría es ella... Porque yo quiero casarme, fundar una familia...

EULAL.—Es muy natural.

CRUZ.—Tener muchos hijos...

EULAL.—(Riendo.) Vamos, competencia con Jordana.

CRUZ.—Hijos, sí... y criarlos robustos, sanotes, para que aventajen a estas generaciones físicas...

EULAL.—¡Qué idea, qué orgullo! ¿Cree usted que por tener tanto barro a mano podrá fabricar una Humanidad nueva?... Por mi parte, no me entusiasma ver aumentado bárbaramente el número de pecadores. Por eso no he querido casarme.

Los mismos. Huguet.

HUG.—(En la puerta del comedor.) Ya se van.

EULAL.—Voy un momento. Dispénsame. Vuelvo. (Vase por el comedor.)

HUG.—(Avanzando.) ¿Han hablado ustedes?... (Mirando por el fondo, donde aparecen la Marquesa y sus hijos acompañados de Gabriela, Moncada y doña Eulalia, que salen a despedirles.)

CRUZ.—Dígame usted: ¿esa vieja aristócrata (Por la Marquesa.) tiene dinero?

HUG.—¡Oh!, no... ¡pobrecilla! Su esposo no dejó más que trampas. ¡Excelente señora! Ha pasado mil amarguras y privaciones para educar a sus hijos...

CRUZ.—(Con desprecio.) ¡Valiente educación!

HUG.—Buenos chicos... aplicados...

CRUZ.—De estos que todo lo esperan de los libros, de los discursos... Se morirán de hambre si no pescan una dote.

HUG.—(Observando el movimiento de los personajes que se ven en el forllo.) Ya se fueron... Juan les acompaña hasta la verja, donde espera el coche. Voy... (Vase por el fondo, a punto que entran doña Eulalia y Gabriela.)

Cruz, Doña Eulalia y Gabriela.

GAB.—(Confusa.) ¿Pero a qué me trae usted?... (Sorprendida y aterrada al ver a Cruz.) ¡Ah, ese hombre aquí!

EULAL.—No, no te retires. El amigo Cruz me decía hace un momento que... Vale más que él lo repita delante de tí. (A Cruz, que está colibido.) Vamos: la corteza. La timidez, se despegan de un carácter tan fiero.

GAB.—¿Qué significa esto?

CRUZ.—Gabriela... señorita... yo...

GAB.—(Con entereza.) ¿Usted... qué?...

CRUZ.—(Notando el ceño de Gabriela.) Hace un momento contaba yo a su señora tí impresiones de mi niñez humilde.

EULAL.—Sí, cuando tú y tu hermana le echábais salivitas... y él tiraba del coche, y vosotras le decíais «jarrel»

GAB.—(Con desabrimiento.) No me acuerdo de nada de eso.

CRUZ.—Ha pasado el tiempo. Su oficio es pasar, correr, mudando y revolviendo todas las cosas, en la corteza, se entiende, que en lo de dentro no hay poder que las cambie. Siempre somos lo mismo. Cosas que nos parecen extraordinarias, inauditas, han pasado millones de veces... Por ejemplo, esto.

GAB.—¿Qué?

CRUZ.—Pues... esto. En fin, Gabriela, hablaré, como acostumbro, en plata de ley. ¿Tendría usted inconveniente en casarse conmigo?

GAB.—(Espantada.) ¡Oh... por Dios... basta!

EULAL.—Perc, hija, no es para ofenderse.

GAB.—No puedo oír lo que usted dice, ni aun oyéndolo como broma... que me parece de muy mal gusto.

CRUZ.—(Contrariado, sofocando su ira.) Bueno... Agradezco la claridad con que se expresa.

GAB.—Y no teniendo más que decir, me retiro.

EULAL.—(Cogiéndola de la mano.) No, no te vas. ¿Y si yo te dijera que a tu padre, por circunstancias que no son del caso, le sería muy grato?...

CRUZ.—Tampoco me importa la opinión del papá. Ya conozco la suya, y me basta.

EULAL.—Ella lo pensará... Estas proposiciones no se contestan sin un poquito de melindre, y de *sí, no y veremos*.

GAB.—(Con austera dignidad.) Ya he respondido, y nada tengo que añadir. ¡Que a mi padre pueda ser grato!... No, no le conoce quien le supone capaz de sacrificarme. (Angustada.) No, imposible... Y, por fin (Con gran energía.) si mi padre me mandase querer a ese hombre, no le obedecería, no podría obedecerle... Dueño es de mis actos; pero en mis afectos sólo puede mandar Dios. Dios, que los ha creado en mí...

CRUZ.—(Con sarcasmo.) Sí... ¡Y Dios es quien ha plantado en el alma de usted esa flor raquífica, esa hierba sin fruto... el amor a uno de los hijos de la marquesa!... ¡Ay, dispéñeme usted, señora!... (Por doña Eulalia.) No puedo contenerme... Entrame la calentura.

EULAL.—(Asustada.) ¡Eh... por Dios, ya se descomponen!...

CRUZ.—Duéleme haber dado este paso, haber manifestado un sentimiento que no resulta correspondido ni comprendido siquiera... (Accionando con rudeza y alzando la voz.) Mi orgullo cruje al sentir el temendo rechazo... Me ciego, me trastorno, no sé lo que digo. No se espanten de que las mautadas de la bestia herida alcancen a alguien... (Paseándose furioso.)

GAB.—(Espantada.) ¿Pero está loco?

EULAL.—(Queriendo amansarle.) Señor Cruz...

CRUZ.—(Gesticulando y entregado sin freno alguno de conveniencias a su cólera brutal.) No se resigna al agravio quien ha vencido peligros de la tierra y del agua; quien no ha temido a las fieras, ni a los hombres peores que animales; quien ha triunfado de la Naturaleza... (Apretando los puños.) No, no se resigna el hombre para quien no han sido bastante duras las entrañas de las rocas, ni bastante intrincadas las selvas, llenas de reptiles venenosos... No, mil veces; no soporto que me humille, que me pisotee... una muñeca sin reflexión, que resulta más dura que las peñas, más impenetrable que los bosques, más árida que los desiertos pedregosos, más brava que los abismos del mar.

GAB.—(Aterrada.) Será preciso llamar...

EULAL.—(Llevándose las manos a la cabeza.) ¡Pero, Cruz..., por la del Redentor!...

CRUZ.—No oigo nada, no quiero saber más. Me voy de esta casa. ¡Que lo pierdan todo, que se arruinen, que se mueran, que se deshonren!... Vengan los señoritos de carrera (Con ira y mofa.) enclenques, escrofulosos, ineptos, parlanchines... vengan a poner puntales a la casa de Moncada... Abur.

EULAL.—(Queriendo detenerle.) ¿Pero se va?... Escuche...

Gabriela, doña Eulalia.

GAB.—(Sentándose desvanecida, como amenazada de un síncope.) ¡Dios mío!... ¿qué hombre es éste?

EULAL.—¡Jesús me valga!... Hija, cálmate... Perdona... yo creí... En rigor de verdad, yo no me he metido en nada... Cosas de Huguet...

Gabriela, doña Eulalia; Moncada y Huguet por el fondo.

MONC.—Ya, ya me ha enterado éste.

GAB.—(Abrazando a su padre.) ¿Verdad, papá querido, que no podía serte agradable el sacrificio de tu hija? ¡Y qué sacrificio! Las pobres mártires arrojadas a las fieras, merecían menos lástima que yo, si con tal monstruo me casase.

MONC.—No, no temas... Jamás tu padre forzará tu voluntad.

HUG.—(Disculpándose.) No, si yo no...

EULAL.—Pues yo bien dije que no podía ser.

GAB.—¿Verdad, papá, verdad que no me mandas casarme con ese hombre?

MONC.—(Fastiado, como deseando concluir.) No, no; ya te he dicho...

GAB.—Porque si me lo mandarás, yo... te lo juro... puesto en el dilema de desobedecerte o quitarme la vida, optaré por lo último.

EULAL.—(Llevándose la.) Basta; ha sido una broma... de Huguet. Vamos, ven...

MONC.—Aburrido, como despidiéndola.) Sí, sí...

Moncada, Huguet.

HUG.—(Recogiendo su abrigo y hongo que ha dejado en una silla.) Pues señor... (Al despedirse.) Dime... con franqueza: si la conspiración hubiera salido bien, ¿te habrías alegrado?

MONC.—(Vacilando.) Siendo a gusto de ella... sí...

HUG.—(Con ira.) ¡Lástima de!... En fin... paciencia, Juan.

MONC.—Hasta mañana.

HUG.—Mañana... Dios dirá. (Vase por el fondo.)

Moncada; Victoria, Sor María del Sagrario.

MONC.—(Que continúa sentado.) Me parece que Dios no dirá nada... (Queda profundamente abstraído. Aparecen por el foro Victoria y Sor María del Sagrario. Esta viste el hábito del Socorro, blanco con manto negro; Victoria el de novicia, enteramente blanco, y trae en la mano una palma de Domingo de Ramos, labrada y adornada con flores. Moncada no nota la entrada de las dos mujeres, ni ellas reparan en él hasta después de un breve rato.)

SOR MARÍA.—No están aquí.

VICT.—¿Pero dónde se han metido? (Viendo a Moncada, creyéndole dormido.) ¡Ah! mi padre... Chist. (Imposando silencio a la otra, acércase de puntillas.) Se ha quedado dormido.

MONC.—(Viéndola a su lado con viva sorpresa.) ¡Ah! Victoria...

VICT.—¿No me esperabas?... (Con orgullo.) Mira, mira lo que te traigo... Para mañana, Domingo de Ramos...

MONC.—(Muy afectado.) ¡Ah!... sí. (Vencido de la emoción, no puede contener el llanto, y cogiendo las manos de su hija, se las besa.)

VICT.—(Confusa.) ¿Pero qué... lloras?

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

Moncada, junto a la mesa de la derecha, revisa cartas y papeles; demostrando inquietud y tristeza. Junto a la mesilla de la izquierda, doña Eulalia, entretenida en una labor de ganchó; a su lado la Marquesa, como de visita. Después Victoria, que entra y sale varias veces durante la escena.

MARQ.—Pues sí, muy contenta en mi casita.

EULAL.—Daniel se contentará con la vida de campo.

MARQ.—Falta le hace. (Bajando la voz.) No creas... algo me inquieta esta aparición de Victoria.

EULAL.—¿Temes que tu hijo al verla?... ¡Oh, no!... Con el nuevo giro que la idea religiosa ha dado a sus sentimientos, no es fácil que ninguna pasioncilla mundana asome la cabeza... Pero dí, ¿tú crees sinceramente en el misticismo de ese pobre muchacho?

MARQ.—(Suspirando.) ¡Oh!, sí.

EULAL.—¿Y lo celebras?

MARQ.—¡Qué sé yo!... No puedo negar que, atendiendo a los intereses, me contraría el cambio de vocación... digámoslo más claro, de oficio. Pero...

EULAL.—Pero como lo espiritual es ante todo, te conformas, quiero decir, te alegras de que tu hijo cambie la toga por la cogulla o la sobrepelliz...

MARQ.—Claro que debo alegrarme... ¡Y cuidado que el bufete de Daniel prometía... (Suspirando.) ¡Vaya si prometía!...

EULAL.—(Bromeando.) Positivismio, ¿eh?

MARQ.—Llámalo vida, necesidades... ¡Ay!, yo también miro al cielo; pero como ya no veo caer el maná, tengo que revolver la tierra buscando su equivalente.

MONC.—(Con sobresalto, mirando su reloj.) ¡Ese maldito Huguet, cuándo vendrá!

MARQ.—(Inquieto está el pobre Juan... ¡Si será oportuno hablarle ahora!... Vamos, me lanzo.) Juan.

MONC.—¿Qué?

MARQ.—Tengo que hablar a usted de un asunto.

MONC.—Usted dirá.

MARQ.—Me parece que el otro día le indiqué... Soy muy prevenida, y antes de que venza el plazo del préstamo que hizo usted a mi marido...

MONC.—Ya, la hipoteca de Clot. ¿Cuándo vence?

MARQ.—Dentro de cinco meses.

MONC.—Pues no corre prisa.

MARQ.—Es que quiero anunciarle con tiempo que necesito una prórroga... dos años más, querido amigo... dos años, en los cuales pagaré intereses, pues no acepto el favor sino con esta precisa condición... (Advirtiendo que Moncada, profundamente abstraído, no se entera.) ¿Pero no me oye?

MONC.—¡Ah!, perdone usted... Me distraje... Sí, sí; cuente usted con...

MARQ.—(Marcando bien la frase.) Prórroga con intereses.

MONC.—Quítese usted de ahí... No faltaba más sino que yo cobrase réditos a la viuda de mi mejor amigo, a la mujer heroica que ha sabido defenderse, y aun vencer, en la horrorosa lucha con la adversidad y con...

MARQ.—Con la miseria, dígalos... (Conmovida.)

EULAL.—¡Ay, Florentina, tu pobre Silverio... qué excelente hombre!... ¡Caridoso padre, esposo amante y fiel! ¡Pero vamos, hija, que te dejó una herencia!...

MARQ.—Sí; deudas enormes que he ido cancelando a fuerza de sonrojos y privaciones horribles. (Queriendo atear un triste recuerdo.)

MONC.—Silverio no se perdió por vicioso; no fué lo que vulgarmente llamamos una mala cabeza.

EULAL.—Al contrario, pasaba por una de las primeras de Cataluña.

MARQ.—Y eso fué lo que le perdió: su gran entendimiento, la extraordinaria alteza de sus ideas. Viví poseído de la fiebre de las mejoras y de la pasión de los adelantos. Se embriagaba, sí, esa es la palabra; se emborrachaba con el maldito progreso y no vivía más que para visitar exposiciones extranjeras...

MONC.—Y traer acá las máquinas más perfectas de agricultura y de industrias agrícolas.

MARQ.—Por esto, bien puedo decir del pobre Silverio que fué una víctima de la civilización. (Sigue hablando con doña Eulalia.)

VICT.—(Entrando por la izquierda con una taza de caldo.) Vamos, papá, tómate este caldito. Hoy apenas almorzaste.

MONC.—Pues sí que lo tomo. (Coge la taza.) ¿Gusta usted, Florentina?

MARQ.—Gracias.

MONC.—¡Ay, hija mía! ¡Cuán breve el consuelo que me das! ¡Tres días tan sólo!...

VICT.—Pidamos seis a la Madre Superiora.

MONC.—Sí, sí.

VICT.—Daremos el encargo a Sor Sagrario, que hoy se vuelve allá ¿Qué quiere ahora? (Recogiendo la taza de caldo.)

MONC.—Que me traigas aquel libro de cuentas que quedó en la mesa de mi despacho.

VICT.—Voy. (Vase por la derecha, dejando la taza sobre la mesa.)

MARQ.—(Con desconsuelo, mirando a Victoria.) ¡Lástima de muchacha! Pues como te decía, sólo Dios conoce mi angustioso batallar con las dificultades y apreturas que me legó el pobre Silverio. Durante algunos años, cuando no velaba yo para coser la ropita de mis niños, me quemaba las cejas haciendo cálculos... para defender y estirar el miserable céntimo. Yo misma he vendido al menudeo la lana de mis ovejitas de Castellar del Nuch, y he almacenado en mi alcoba, esperando

mejores precios, las patatas del Clot. Se me han estropeado las manos lavando mi ropa, y mi rostro aprendió a no ruborizarse pidiendo a éste y al otro amigo los libros en que mis hijos habían de estudiar.

VICT.—(Entrando con el libro, que da a su padre.) Aquí está.

MARQ.—Hoy, en la situación modestísima que he podido conservar, libre ya, o casi libre, de acreedores, me conformaré con salvar mi finca del Clot, la casa patrimonial donde nací, aquel terruño queridísimo que guarda la memoria de mis padres. Si lo perdiera, me moriría de pena.

MONC.—(Recordando con pena.) ¡Ay!, espere usted, Florentina.

MARQ.—¿Qué?

MONC.—Que no sé si ese crédito va comprendido entre los que se llevó Hugué para intentar una negociación...

MARQ.—Por Dios, no me asuste usted...

MONC.—No apurarse. En todo caso, lo retiraremos antes de hacer la negociación. Como es cosa de poca entidad...

MARQ.—Relativamente. Para mí es mucho; para usted una bicoca.

MONC.—¡Ah! Ya no hay bicocas para mí. Estoy arruinado.

MARQ.—(Asustadísima.) ¡Juan!

MONC.—Como usted lo oye. (A Victoria.) Hija de mi alma, mira por dónde has resultado previsora dedicándote a ese santo oficio de asistir a los pobres y consolar a los desvalidos. Te estrenarás con tu propia familia.

EULAL.—(A la marquesa, que está consternada.) ¿No ves que bromea? Y en último caso, Juan, a mí no me asusta la pobreza. Creo que a Florentina tampoco.

MARQ.—¡Ay, la pobreza! Esa señora y yo hemos luchado a brazo partido; nos hemos peleado bien, bien, bien. Y como he recibido de ella tantos arañazos y mordiscos, francamente, no le tengo mucha ley que digamos.

MONC.—En fin, Eulalia: tú a un convento, y al Asilo de ancianos en que esté mi hija. (Rompiendo papeles y arrojándolos al suelo.)

EULAL.—Pues yo tan contenta. (A Victoria.) ¿Qué dices tú?

VICT.—¿Yo? Que el alma siempre es rica. Su capital crece y se multiplica cuanto más se le derrocha.

EULAL.—(Alabando la frase.) ¿Eh? ¿Qué tal?

MARQ.—Victoria, cuéntanos tu vida. ¿Estás contenta en el Socorro?

VICT.—(Siéntase en una silla baja, entre la marquesa y doña Eulalia.) ¡Oh, sí! ¡Qué paz, qué encanto, qué dulzura en aquella vida! Pero también paso mis penitas.

EULAL.—¿Penitas? Vamos. (Fatigada, interrumpe su labor sin soltarla de la mano.)

MARQ.—Sí; por las tareas arduas, abrumadoras y a veces repugnantes que imponen a las novicias.

VICT.—Por eso no; más bien por lo contrario. (Quitándole a su tía de las manos la labor de gancho y continuándola con gran ligereza.) Perdóne usted, tía; no puedo estar sin hacer algo... Las faenas arduas, las cosas difíciles, muy difíciles, son las que me gustan a mí. Cuando me señalan trabajos fáciles y corrientes de los que puede desempeñar cualquiera, me aburro, me impaciento, me pongo triste.

MONC.—(Que a ratos atiende a la conversación, sin dejar de romper papeles.) Eso es orgullo.

EULAL.—Y ofender a Dios. Hay que someterse.

VICT.—Si yo me someto. Me resigno a las cosas fáciles, no sin un poquito, o un muchito, de violencia sobre mí. El mayor gusto mío es que me manden algo en que tenga que vencer dificultades grandes, o afrontar algún peligro que me imponga miedo, más bien terror, o ahogar con esfuerzo del alma mis gustos de siempre, mis aficiones más arraigadas. Quiero padecer y humillarme.

MARQ.—¡Qué viva imaginación la de esta chica!

MONC.—Desde muy niña se distinguió por el entusiasmo repentino y ardiente.

EULAL.—Y por sus vehemencias, que a veces nos parecían raptos de locura.

MONC.—Lo contrario de su hermana Gabriela, toda reflexión y calma. En aquélla el instinto del método, las acciones lentas, las ideas prácticas; en ésta el arranque súbito, ideas brillantes, actos atrevidos que parecían obra de la inspiración o del capricho.

EULAL.—¡Dichosa tú, hija mía, que allá te perfeccionas a tu gusto, y te mortificas tan ricamente sin que te moleste nadie!

MARQ.—¿Ricamente? Fama tiene de muy estrecha la disciplina del Socorro, sí.

VICT.—Pues a mí me parece ancha y cómoda. Yo quisiera más...

MONC.—¿Más qué?

VICT.—Más trabajo, más dificultades, mayor violencia de la voluntad, para que el padecer fuera extremado y el sacrificio llegara al límite de las fuerzas humanas.

MONC.—¡Ambiciosilla!

VICT.—Sí que lo soy.

EULAL.—(Levantándose.) Ea, basta de charla ociosa. Hoy Lunes Santo. Es hora de ir a la iglesia, que no faltan, ¡ay!, cositas que pedir al Señor. Victoria, ¿vienes?

VICT.—Después. No quiero dejar solo a papá.

MARQ.—Yo te acompañaré. Rezaremos, sí. Hay que pedir, pedir... (¡Dios mío que suban los fondos; que suban, sí, para que se arreglen los negocios de este buen hombre, providencia de tantos desdichados!) Juan, adiós, y no sea usted pesimista.

MONC.—Adiós, amiga mía.

EULAL.—(A Moncada.) No trabajes ahora. No olvides que Daniel hoy vendrá a buscarte para dar un paseo.

MARQ.—¡Ah!, sí... y que vendrá pronto, cuando salga de los Franciscanos.

MONC.—Aquí le espero.

EULAL.—(A Victoria, rechazando la labor de gancho que ésta le entrega.) Acábanse esas vueltas, holgazana. (Vanse las dos señoras por el fondo.)

Moncada, Victoria.

VICT.—(En pie, sin mirarle, continuando su labor.) Y qué, ¿te escribo más cartas?

MONC.—(Sentándose junto a la mesa.) Sí; dos o tres urgentísimas.

VICT.—Pues dictame. (Deja la labor y se sienta por el otro lado de la mesa, tomando la pluma y preparándose para escribir.)

MONC.—No sé por dónde empezar... (Dictando.) «Señores Miró y Compañía...

VICT.—(Escribiendo.) Y Compañía... Muy señores mío...

MONC.—«Tengo el sentimiento de participar a ustedes... que... por efecto de la liquidación del sábado...» (Da un puñetazo en el brazo del sillón y se levanta airado.) No puedo anunciar yo mismo mi descrédito, la deshonra comercial, la ineficacia.

VICT.—Papá, ¿qué hablas ahí de deshonra?

MONC.—Sí, hija de mi vida. Estoy arruinado... perdido...

VICT.—¿Pero es cierto que?...

MONC.—Lo de menos es la riqueza. El caudal perdido puede ganarse otra vez. Pero la estimación, la pureza de un hombre intachable, no se recobran una vez perdidas.

VICT.—(Con extrañeza.) ¡La estimación! Si Dios te estima, ¿qué te importa que no te estimen los hombres?

MONC.—(Muy excitado.) ¡Dios has dicho!... La religión me consolará de la pobreza; no puede consolarme del descrédito vergonzoso.

VICT.—No te aflijas.

MONC.—¡Y esos pobres niños, los hijos de tu hermano Rafael, tendrán que ser recogidos por los amigos de casa, o llevados a un hospicio!

VICT.—No me lo digas...

MONC.—No; imposible que yo sobreviva a este inmenso desastre.

VICT.—(Cogiéndole las manos.) ¡Papá, por Dios crucificado!...

MONC.—Déjame... No me prediques... No entiendo tu lenguaje... Ni tú entiendes el mío... Hiciste bien en ponerte en salvo, abandonando tu casa y tu familia antes de la catástrofe, que ya no te afecta, no puede afectarte.

VICT.—(Con efusión.) Papá, padre querido... No me hables así, que me destrozas el alma. Te dejé cuando vivías en la opulencia. Pobre, no te hubiera dejado nunca. Te quiero tanto, tanto, que daría mi vida mil veces por evitar tus penas, por aliviarlas tanto así... Y ahora que vas a ser un pobrecito, ahora... no sé cómo prescribirte... (Con calor y entusiasmo.) no sé... porque el amor que te tengo no cabe en mí, ni en el mundo entero.

MONC.—(Abrazándola fuertemente.) ¡Hija de mi vida!

VICT.—Ten fe, ten fe... y veras.

MONC.—Bueno; por fe no ha de quedar.

VICT.—Pues nada temas: yo te salvaré.

MONC.—¿Tú?

VICT.—(Con resolución.) Yo, sí... ¿Te burlas? Yo, yo... Aquí tienes a la que llamabais la loca de la casa, a tu hijita caprichuda y soñadora; aquí la tienes, amenazándote con nuevos delirios de su imaginación arrebatada. (Con orgullo.) Yo, sí; yo te sacaré de penas.

MONC.—(Con mucho interés.) ¿Cómo?

VICT.—Pidiéndoselo a Dios.

MONC.—(Desalentado.) ¡Inocente, alma pura y sencilla! ¡Y crees tú que Dios!...

VICT.—Concede, sí, todo lo que se le pide.

MONC.—¿Todo, todo?

VICT.—Sí, sí. Pero hemos de pedirlo con vivísima, con ardiente fe. Verás cómo imprime a nuestra voluntad una fuerza increíble, colosal; una fuerza que removerá todos los obstáculos...

MONC.—¡Una fuerza! (Confuso.) ¡La voluntad! ¡Ah, si en la voluntad consistiera!...

VICT.—(Con resolución graciosa.) Tú déjame a mí, y verás...

MONC.—(Viendo entrar a Huguet.) ¡Ah!, gracias a Dios. (A Huguet.) ¿Qué hay?

Los mismos. Huguet.

HUG.—Nada, que Llorens Hermanos se declaran también en quiebra. No hay que pensar en salvación por ese lado.

MONC.—Ni por otro alguno.

HUG.—(Como recobrando la esperanza.) Y al fin, ¿habló Cruz contigo?

MONC.—(Sorprendido.) ¿Cruz?... No.

HUG.—Quedó en venir hoy. Accediendo a mis instancias, no desista de comprar la fábrica, ni de hacerte el empréstito...

MONC.—¡Ah!, ¿pero en qué condiciones?...

HUG.—Querido Juan, en las únicas posibles. ¿Pues qué creías tú? Otra cosa hubiera sido si... (Recelando hablar delante de Victoria, que, sin moverse delante del asiento, continúa su labor de gancho.)

MONC.—No temas hablar delante de ésta. Ya la enteré de todo.

VICT.—Sí, sí; ya sé que querían sacrificar a mi hermana, casándola con un bruto muy rico, con ese Cruz... No le conozco... ni quiero...

HUG.—Pues ese mismo hombre, tan fiero y de tan ruda forma, parecía un niño contándose su ilusión de entroncar con los Moncadas, de juntar las dos razas, las dos firmas... Y cree que su plan era cosa grande... Cuando Eulalia y yo empezamos a conspirar, dirigíome el hombre esta carta... (La saca del bolsillo.) en la cual sintetiza su pensamiento... (Mostrándola a Moncada, que la rechaza con tristeza.) Proponía, como verás, la formación de una Sociedad comanditaria, a la cual aportaba un capital de quince millones... tú aportarías la fábrica, cuya gerencia desempeñaría él...

MONC.—Calla, déjame. (Con profundo disgusto.) ¿A qué me pones delante de los ojos esa tabla, a la cual no podemos agarrarnos?

HUG.—Admitiría las acciones de nuestro Banco al precio de emisión... Se pagarían todos los créditos pendientes...

MONC.—Basta te digo. Si no ha de ser...

HUG.—(Guardando la carta, amoscado.) Bueno; déjame al menos el derecho de maldecir nuestro destino.

MONC.—Maldice, maldigamos todo lo maldecible.

HUG.—Y no extrañes que el hombre, irritado por la sequedad humillante de la repulsa, te trate ahora como enemigo...

MONC.—Sí, ya sé que tendré que sucumbir a las circunstancias. Me estrujara para sacar el último zumo del limón, y hará un estropajo de mis entrañas.

HUG.—Y no podrás quejarte.

MONC.—Si no me quejo. Renuncio a todo, hasta al derecho al quejido.

VICT.—Si me dejan decir mi opinión...

MONC.—Díla.

VICT.—Pues... no entren en tratos con el malo; que al malo, Dios le confundirá.

MONC.—En eso estamos... Pero por de pronto, a quien confunde es al bueno.

HUG.—¡Ea, que no es tan malo Cruz! Y en todo caso, hay que reconocerle una cualidad excelsa.

MONC.—¿Cuál?

HUG.—Que si no hay otro más duro para hacer cumplir, tampoco lo hay más exacto en el cumplimiento de sus obligaciones. Mi hermano Roberto que le ha tratado en América, me ha dicho que sus compromisos tiénense por cosa sagrada, y que su palabra vale tanto como escritura pública.

VICT.—Algo es algo.

Los mismos. Gabriela, que sale precipitadamente por la izquierda, con desantal.

GAB.—(A Victoria.) Tú aquí de parola, y yo allá consumiéndome la figura, sofo-cada, sin poder hacer carrera de esos chiquillos.

MONC.—Pero, hija, ¿qué es eso?

GAB.—Nada, papá; han perdido el respeto a la institutriz, y a mí me lo perderían también sin las solfas que les doy. (A Victoria.) Pero tú, aprendiz de maestra angélica, ¿por qué no vas allá? A ver, domesticame a esos serafines diabólicos.

HUG.—Pues no vienes poco fuerte.

GAB.—Mira, mira (Mostrándole su desantal, desgarrado de arriba a abajo.) lo que acaba de hacerme Aurorita.

MONC.—¡Qué gracioso!

VICT.—Por poco te añas.

GAB.—Pues anda tú.

VICT.—Ya lo creo que me iré. ¡Valiente cuidado me dan a mí travesuras de chiquillos!

GAB.—Ya no puedo, no puedo atender a tantas cosas. (Revolviendo precipitadamente la cesta de costura, saca hilo y aguja y se cose el desantal.) ¿Sabes, papá, lo que hizo Pepito? Pues meter las dos manos en un plato de natillas, y después ir marcando uno a uno todos los muebles del comedor.

MONC.—¡Ja, ja!...

HUG.—¡Qué mono!

GAB.—Merceditas, a quien no puedo quitar la costumbre de hablar como un carretero, me ha llamado... No lo puedo decir. (Todos sueltan la risa.) Y Pepito, cuando le pongo de rodillas por no saber la lección, se entretiene en arrancar las hojas de la Gramática... para poner rabos a las moscas.

HUG.—Lo mismo hacía yo.

MONC.—Y yo.

GAB.—Y a todas éstas, la institutriz pone morros. Celedonia riñe con el ama, y ésta se atufa y me amenaza con irse, y se presenta el marido perdonándonos la vida... En fin, que tengo ya la cabeza como un bombo.

VICT.—(Bromeando.) ¿Quieres apostar a que voy yo y todo lo arreglo?

GAB.—Pues anda, anda... Te cedo la plaza. A ti todo te parece facilísimo.

VICT.—Todo no; eso sí, porque lo es.

GAB.—Quisiera yo verte aquí... (Acabando la costura y cortando el hilo con los dientes.) Para estos trajes, tienes tú demasiado... espíritu... ¡Ay, es un gran comodín eso del espíritu, y hacer todas las cosas con el pensamiento, en vez de hacerlas con las manos, con éstas!

VICT.—Yo también tengo manos. (Con viveza las dos.)

GAB.—No es censura... pero hay que probarse.

VICT.—Probarse, sí.

GAB.—En la vida práctica.

VICT.—En ella estoy.

HUG.—(Interponiéndose.) Vamos, no riñan por cuál de las dos vale más. Ambas son excelentes, inapreciables, cada cual en su hechura y estío.

GAB.—(Riendo.) Si no reñimos... ¡Pero qué tonto!

MONC.—¿Reñir mis hijas? Nunca.

HUG.—(Aquí están las dos, la divina y la humana. Ninguna de las dos le sirve para nada. ¡Pobre Juan!)

MONC.—(A Huguet.) No nos descuidemos, Facundo, por si viene...

HUG.—¿Tienes ahí la titulación de los terrenos de la fábrica?

MONC.—Creo que sí.

HUG.—Pues examinémosla.

MONC.—Vamos. (Dirigiéndose al despacho.) Preparémonos para la decapitación. Victoria, Gabriela; Carmeta, que entra y sale por la izquierda.

GAB.—(Mirando al suelo, a trechos cubierto de papeles rotos.) Bonito han puesto esto. No puedo ver tanta suciedad. (Llamando.) Carmeta.

CARM.—(Por la izquierda.) ¿Señorita?...

GAB.—Barre aquí. (Vase la criada.)

VICT.—El pobre papá, ¡qué malos ratos pasa!

GAB.—(Suspirando.) Ya... ¡Y que nosotras, infelices mujeres, no podamos evitarlo!

VICT.—Sí; triste cosa es nuestra insignificancia, nuestra incapacidad para todo lo que no sea las menudencias del trabajo doméstico. (Entra Carmeta con una escoba. Victoria se la quita y se pone a barrer.)

GAB.—(A Carmeta.) A Celedonia que planche primero la ropa de los niños. Las enaguas no corren prisa. (Vase Carmeta.) ¡Pero tú!... (Viendo barrer a Victoria.) Vamos, eso es jugar a los trabajitos.

VICT.—(Con gracejo.) Hija, no hay más remedio que rebajarse, ahora que vamos a ser pobres... digo, tú, que yo... ya lo soy.

GAB.—¡Ay, la desgracia me coge bien prevenida! No me asusta la pobreza. Vaya, tengo que hacer. (Diríjese a la puerta, y como atormentada de una idea, vuelve.) Lime, Victoria, ¿papá está quejoso de mí? ¿Te ha dicho algo?

VICT.—(Dejando de barrer, pero sin soltar la escoba.) No, no... ¡Pobrecito!

GAB.—Porque ya ves... Tú estás enterada. ¿No crees que hice bien?...

VICT.—Yo... ¿que si creo?... Te diré. No se debe exigir a la criatura humana ningún acto superior a su propia resistencia. Si yo te dijese: «Gabriela, échate al hombro esta casa y anda con ella», te reirías de mí.

GAB.—Como te reirías tú si yo te lo dijera.

VICT.—Quizás no, porque si yo me encontrara en tu situación y me hubieran dicho «levanta en vilo esta casa...» la habría levantado.

GAB.—¿Qué quieres decirme? (Amoscada.) ¡Que siempre has de hablar con figuras! ¿Luego tú... también tú, crees?...

VICT.—No te inculpo. Cada cual levanta los pesos que puede. El sacrificio, laquerencia de las dificultades, el desprecio de nuestra felicidad para buscar en la desdicha una dicha mayor, ese homenaje del alma a Dios, que gusta de verla llegar hasta El por los caminos más estrechos, no es, no, para todos los caracteres.

GAB.—Sutil estás... y orgullosa... ¿De modo que tú?... ¿vamos, crees sin duda que debí sacrificarme?...

VICT.—Yo no digo que tú lo hicieras... Claro, no podías... Te faltaba valor, desprecio de tí misma, poder de anulación.

GAB.—¡Valor, desprecio, anulación! Eso entraría en la esfera de lo sublime, querida hermana, y lo sublime no se ha hecho para esta pobre criatura casera y vulgar. Soy muy prosáica, ya lo ves. No ambiciono pasar a la historia, ni que me dediquen tres o cuatro renglones en el Año Cristiano. (Victoria sigue barriendo sin decir nada.) ¿Quiere decir esto que me falta valor? Bueno. Quizás me sobraría para soportar las mayores desgracias, la miseria, la muerte. Para ser esposa de una bestia, reconozco que no lo tengo.

VICT.—Sí, sí... Librete Dios de semejante prueba... No se hable más del asunto.

CARM.—(Entrando por la izquierda.) Señorita, el pescadero. ¿Qué se toma?

GAB.—(Enjugándose una lágrima.) Voy, voy al momento... ¡Cómo me entretengo charlando! (Vanse presurosas Gabriela y la criada.)

Victoria; después Cruz; al final de la escena, Huguet.

VICT.—(Barriendo con decisión.) No cede, no. ¡Razón tenía la pobre! El sacrificio sería horrible, tremendo... superior a las fuerzas humanas. (Parándose meditabunda.) No, no, no; nada es superior a este soberano impulso del alma, nacido de la fe, y que frente a las dificultades se encrespa, se agiganta y las arrolla al fin, las

CRUZ.—(¡La monja!) (Deteniéndose cohibido.)

VICT.—Pase usted. (Sigue barriendo.) Papá saldrá pronto. (Después de observarle rápidamente.) (En efecto, amarguillo debe de ser este cáliz...) Tome usted asiento, señor Cruz.

CRUZ.—¡Ah, me conoce usted!

VICT.—De fama.

CRUZ.—Aquí la tengo muy mala, según parece.

VICT.—Regular.

CRUZ.—Pues yo... No es ésta la primera vez que veo a usted.

VICT.—(Parándose, apoyada en el palo de la escoba.) ¿A mí?... ¡Ah, en mi infancia!

CRUZ.—No, ahora.

VICT.—¿En dónde?

CRUZ.—(Siempre con sequedad.) Acostumbro madrugar. Esta mañana salí temprano a dar mi paseo: entré en el parque por la hondonada de Paulet, y allá, en el lavadero que hay entre los tilos, estaba usted con otras mujeres.

VICT.—¡Ah!, sí, lavando...

CRUZ.—Dijome Rufina que por las mañanitas suele usted ir allá, y que ayuda a lavar la ropa de los criados.

VICT.—Alguna vez.

CRUZ.—Pues sí, usted no me vió a mí. Pasé de largo... Hablando de otra cosa: seguramente usted no se acordará de aquellos tiempos... Era muy niña.

VICT.—Sí que me acuerdo... (Con asombro infantil.) ¿Y es cierto lo que dicen?

CRUZ.—¿Qué?

VICT.—Que es usted Pepet, aquel muchachote tan...

CRUZ.—Acabe: tan diabólico, tan cerril y de mala sangre, según decían.

VICT.—¿Pero de veras?... ¿es usted el mismísimo Pepet?

CRUZ.—El legítimo, el auténtico, el que tiraba del carrito en que se paseaban las dos niñas...

VICT.—¡Vamos, y que hacía usted de caballito con una propiedad!...

CRUZ.—Con tanta propiedad, que usted, una tarde, se empeñó en que había de comer cebada.

VICT.—¿De veras? ¡Ja, ja...!

CRUZ.—Y la comí.

VICT.—¡Qué cosas!

CRUZ.—No sé si se acordará de cuando usted y su hermanita, asomadas a la ventana de arriba, mientras yo abría los hoyos...

VICT.—¿Le echábamos salivitas y salivitas?... ¡Vaya si me acuerdo!

CRUZ.—Que me caían aquí. (En el pescuezo.)

VICT.—Después se fué usted a las Américas, y ha vuelto cargado de riquezas, que no le sirven más que para ofender a Dios. Porque el dinero, entiéndalo usted, (En tono infantil y gracioso) es cosa muy mala, pero muy mala.

CRUZ.—Tan malo, que todos lo persiguen... para cogerlo.

VICT.—Hay gustos muy raros.

CRUZ.—Como el de usted, por ejemplo.

VICT.—¿Cuál?

CRUZ.—Si no se enoja, se lo diré.

VICT.—Diga

CRUZ.—Eso del monjío: envolver su rostro en la desairada toca, vestirse con tan feo traje, adoptar una vida de estúpidas ñoñerías, entre beatas y frailes.

VICT.—(¡Cuánta grosería!) Sí, ese es mi gusto. ¡Qué quiere usted!... Dígame, ¿esa manera de hablar y de calificar a las personas religiosas, es constante en usted?

CRUZ.—Cuando me piden mi opinión, la doy sin floreos. Soy muy burdo, muy mazacote.

VICT.—Ya, ya se ve. (Volviendo a barrer.) (Verdaderamente, el sacrificio sería espantoso... ¡Qué facha, qué innoble lenguaje, qué bajeza de pensamientos!)

HUG.—(Que no pasa de la puerta de la derecha.) ¿Pero estaba usted aquí? Juan y yo le esperábamos...

CRUZ.—Me entretuvo la barrendera...

HUG.—Pase, pase... (Salen Cruz y Huguet por la derecha.)

Victoria, sola, meditando.

VICT.—¡Qué hombre, qué trazas de inferioridad! Y en eso, ¿hay un alma? (Pausa.) Sí que la habrá, ¡y quién sabe si Dios prepara en ella algún maravilloso ejemplo de su poder infinito! (Asaltada súbitamente de una inquietud nerviosa.) Dios mío, ¿qué es esto?... Pasó la ráfaga por mi mente... He sentido el chispazo que precede a las resoluciones formidables... No, no puede ser... Soy víctima de una alucinación, sugerida por el orgullo... No, no. (Riendo.) ¿Cómo puede ser que yo?... ¡Demencia, ilusión loca de mover las montañas, de ablandar entre los dedos el bronce, de convertir los males en bienes! Ya, ya cesó. (Serenándose, se pasa la mano por la frente.) No siento ya la llamarada... ¡Vaya, qué cosas se me ocurren! Y por qué había de consumir yo sacrificio tan espantoso? ¿Por devolver a mi padre la tranquilidad, la estimación, el crédito?... ¿Pero yo que tengo que ver con el crédito, ni qué significa eso para mí, para quien lleva estas tocas, este rosario, esta cruz? (Reflexionando.) En ningún catecismo se habla del crédito... en ningún libro místico he tropezado jamás con esa palabreja. Por amor se apuran los cálices más amargos; por amor se acometen difíciles empresas, desafiando con semblante risueño la vergüenza, el dolor, la muerte misma; por amor se truecan las espinas en rosas, el miedo en confianza, las tribulaciones en alegrías inefables... Pero por el crédito... (Relaciándose.) Jesús mío, no permitas que mi razón se turbe.

Victoria, Moncada que entra por la derecha muy agitado.)

MONC.—¡No puedo presenciar cómo hacen leña de mí, pobre árbol caído! Allí lo arreglen solos Huguet y Cruz, el leñador impío... ¡Horrible situación, que mi flaca voluntad no soportará! Sí, sí: me falta el valor de vivir. (Dirígese al foro con muestras de desesperación.)

VICT.—(Alarmada, deteniéndole por un brazo.) Papá.

MONC.—¿Qué?

VICT.—¿A dónde vas?

MONC.—No sé... ¡Hija de mi alma, inocente paloma, déjame... tú no puedes comprender!...

VICT.—Papá querido. (Abrazándolo.) Aguarda... Ven... ¿No te he dicho que yo...?

MONC.—Ya, ya recuerdo... (Con amargura.) ¡Pidiéndoselo a Dios! ¿Has empezado?

VICT.—Sí.

MONC.—¿Y qué dice?

VICT.—Pues dice (Reflexionando.) que aguardes... que aguardes tranquilo.

MONC.—¡Tranquilidad, sí... la del sepulcro! Verás qué soberana paz...

VICT.—¡Papafto, por Dios! (Aparece Daniel por el fondo.)

Los mismos. Daniel.

VICT.—¡Ah, Daniel!

DANIEL.—(Tratando de disimular una viva emoción.) (Creí que su presencia no me afectaría... Animo, y apretar bien la herida para que no se abra.)

MONC.—Daniel, ¿qué bueno por aquí?

DANIEL.—¿No se acuerda? Me dijo usted que viniese a buscarle para dar un paseo.

MONC.—¡Ah!, sí... ¡Qué cabeza!

VICT.—A paseo... Me parece bien. Distracción, ejercicio. (Aparte a Daniel.) No te separen de él. La desgracia, la ruina, el descrédito de su honrado nombre le trastornan, le enloquecen. Temo... Ni un momento le dejes sólo.

DANIEL.—(Ofreciendo el brazo a Moncada.) Vamos, don Juan. ¿Hacia dónde?

MONC.—(Con indiferencia, dejándose llevar.) Hacia donde quieras.

Victoria; después Sor María del Sagrario.

VICT.—Su inmenso dolor me traspasa el alma. Temo que en un raptó de desesperación... ¡Dios mío, aparta de su espíritu toda idea que no sea la de confiar ciegamente en tu infinita misericordia... (Sintiendo nuevamente la vibración interior.) Otra vez... Otra vez la ráfaga... (Se aprieta la frente.) Esto no puede ser... ¡Oh!, sí... ¿por qué no? Lo difícil no existe... es una ilusión, un fantasma creado por nuestra flaqueza... Nada hay imposible... ¿Pero tendré valor para?... (Con mucho brío.) Sí, sí... por ver sonreír a mi padre sería yo capaz de arrojarle ahora mismo en una cima tenebrosa llena de culebras y de inmundos reptiles... sería yo ca-

paz de arrojarme... (Meditabunda y vacilante.) ¡Ah! ¿Quién puede responder de su propio valor antes de probarlo? No sé, no sé... Mi mente se entumbe, mi voluntad desfallece... Dios, Reclenlor mío, dame luz... Que vea yo si esta temeraria idea viene de Ti... Sí, de Ti viene. ¿Pues de quién, si no?

Sor M.— (Que entra por el foro.) Niña, adiós.

Vicr.—¿Pero ya?...

Sor M.—Sí, mi enferma murió anoche. Me voy con las dos Hermanas del hospitalito de San Lázaro, que hoy regresan a Barcelona.

Vicr.—(Abstraída, siéntase fatigada.) ¿Sabe usted que?... (Apoyando la frente en la palma de la mano, con muestras de desfallecimiento.)

Sor M.—¿Qué tienes? Ya... desconsuelo por verme partir. De buena gana te irías conmigo.

Vicr.—¡Oh, no!... ahora no.

Sor M.—¿Estás enferma?

Vicr.—No sé... Siento una inquietud, un sobresalto... Dios quiere someterme a una prueba tremenda, la más grande que es posible imaginar.

Sor M.—¡Pobrecita! ¿Y qué prueba es esa? Ya me la contarás cuando vuelvas allá.

Vicr.—Dígame usted, hermana Sagrario, ¿y si no volviera?

Sor M.—¿Qué dices?

Vicr.—Hábleme con franqueza. Si yo abandonara el Socorro... y como novicia bien puedo retirarme...; si yo no profesara, digo, y volviera al siglo, ¿qué pensaría usted, qué las Hermanas y la Madre?

Sor M.—¡Qué disparates se te ocurren!

Vicr.—No, no haga usted caso. Es una idea, una pícara idea que me acosa. Se parece a la ambición en grado sublime; aseméjase también a la caridad. Trato de arrojarla de mí, y vuelve; se pone en acecho delante de mi alma, fascinándola con un mirar hermoso y terrible. El alma, al verse acometida de tal idea, tiembla, y al propio tiempo se llena de una luz... (Con arrobamiento.) No sé cómo expresarlo... de una luz que no es esta lucecilla que en el mundo visible nos rodea.

Sor M.—¿No estás contenta en el Socorro?

Vicr.—Sí.

Sor M.—¿Te parece demasiado estrecha y trabajosa nuestra vida?

Vicr.—No lo bastante. Aún puede haber otra más trabajosa, más ruda, más difícil, aunque exteriormente no lo parezca.

Sor M.—(Confusa.) No sé... no te entiendo.

Vicr.—El Señor, que ve mis resoluciones, conoce la intención de ellas.

Sor M.—¿Pero qué resoluciones? Hace poco, hablando un día las dos ante aquella pobre Hermana que murió de cáncer, me decías: «Yo quiero ser mártir, pero mártir de verdad.»

Vicr.—Pues ahora se me presenta la ocasión.

Sor M.—¿Ocasión de martirio?

Vicr.—Sí.

Sor M.—¿Te crucifican?

Vicr.—Materialmente, no. Pero un suplicio lento es más atroz, y, por tanto, más meritorio que el de clavarnos manos y pies en un madero.

Sor M.—(Asustada.) Es verdad, sí... Victoria, hija mía, Dios mora en tí... ¿Le sientes, sientes su voz en lo más hondo de tu alma?

Vicr.—(Con entusiasmo.) Sí, sí.

Sor M.—Su voz, que te dice: «Toma la cruz más pesada y ven a mí con ella.»

Vicr.—Sí, la siento.

Sor M.—Pues no vaciles. Acepta lo que sea más difícil, lo que te amargue y te duela más. Haz caso de mí. He vivido mucho. Soy muy vieja.

Vicr.—Es usted una santa.

Sor M.—Santa no... pero he conseguido educar mi corazón en la escuela del sufrimiento...; ya ves. Próxima al fin de mi vida, entro en el sepulcro sin saber lo que es un goce, una alegría mundana.

Vicr.—Yo quiero, yo quiero lo mismo.

Sor M.—¡Padece, lucha! No te digo más. Esa escuela de regeneración, a veces se encuentra en la vida trabajosa del claustro, a veces en el mundo. Busca

tú, mira bien en derredor, y donde quiera que la veas, tómalala sin vacilar. (Da un paso para marcharse.)

VICT.—Por Dios, quédese usted..., aconséjeme.

SOR M.—Oye la voz de tu corazón.

VICT.—Pero no me abandone.

SOR M.—Hija mía, las Hermanas me esperan. Imposible detenerme más.

VICT.—(Desconsolada.) ¡Ay de mí!

SOR M.—Pero de veras... ¿no volveremos a vernos allá? (Victoria, sin poder hablar, se arroja llorando en sus brazos.) Vaya... pues acabarán por afligirme también a mí. (Lloran las dos abrazadas.)

VICT.—Adiós, adiós. (Haciendo un esfuerzo, se separan. Vase Sor María por el foro.)
Victoria; después Huguet y Cruz.

VICT.—Aquella paz, la soledad dulcísima del Socorro, la comunicación continua del alma descansada y amante con su Dios, siempre presente, ¿se acabaron ya para mí? ¿Será posible que tenga yo valor para renunciar tanta dicha, para trocarla por una lucha horrible en terreno desconocido, por un martirio lento... que martirio ha de ser y de los más crueles? ¡Oh!, el valor aquí está. ¿Dudará en mí? ¿Lo perderé? (Meditabunda, hasta que aparecen Huguet y Cruz por la derecha.)

CRUZ.—Nada podemos hacer sin reconocer la fábrica y todo su material.

HUG.—Pues vámonos allí.

CRUZ.—Tompson me ha enseñado usted el plano de los terrenos adyacentes.

HUG.—(Revolviendo en la mesa.) Sí ayer los teníamos aquí...

VICT.—¿Un plano?... Sí... lo he visto. (Lo busca y lo encuentra.) Aquí está.

HUG.—(A Cruz, desdoblado el plano.) Vea usted cómo por el Sur linda con los terrenos del ferrocarril.

CRUZ.—(Examinando atentamente el plano.) Ya, ya veo.

VICT.—(Llevando aparte a Huguet.) ¿Qué tal, Facundo? ¿Es durillo el hombre?

HUG.—¡Tremendo!

VICT.—Dios nos favorezca y nos inspire a todos. ¿Y si yo le dijera a usted, Facundo, que esto... quizás... podría arreglarse todavía?...

HUG.—(Vivamente.) ¿Acaso tu hermana?... ¿Has intentado convencerla?

VICT.—No... digo, sí; pero... Hágame usted un favor. He hablado con Gabriela, y ahora necesito decir dos palabras a este hombre... Déjeme usted sola con la fiera un ratito nada más.

HUG.—Sí, sí, muy bien. (Muy contento.) Quédate aquí con él...

VICT.—¡Ah!, otra cosa... Deme usted ese papel.

HUG.—¿Qué papel?

VICT.—Ese que el monstruo escribió diciendo lo que haría en caso de...

HUG.—¡Ah!, sí... toma.

VICT.—Y ahora... (Indicándole que se vaya.)

HUG.—Amigo Cruz, vuelvo en seguida. Ahora recuerdo que en casa de Jordana me dejó la titulación de los terrenos adquiridos últimamente. No sería malo cotejar los límites... Aguárdeme usted aquí.

CRUZ.—(Sin levantar la vista del plano.) Bueno.

Victoria, Cruz.

CRUZ.—(Sentado junto a la mesa, examinando el plano, sin reparar en la presencia de Victoria, que atentamente le observa desde el otro lado del proscenio.) ¡Qué terreno tan irregular! ¡No veo manera de emplazar por el Sur la barriada!

VICT.—(Por más que miro y rebusco en ese tosco semblante, no encuentro más que la expresión del egoísmo, de la insaciable codicia... (Con desaliento.) ¡Ni siquiera un rasgo de alegría, de ese humor fácil y ameno, tras el cual suele esconderse la bondad!)

CRUZ.—(No me ablandarán, no... No tengo yo mi dinero para dedicarlo a la beneficencia. La ley de renovación debe cumplirse. El naufrago, que se ahogue; el enfermo, que se muera, y el árbol perdido sea para los que necesitan leña. Mereceré mi propio desprecio si deo nacer en mí esa polilla de la voluntad que llamamos lástima.)

VICT.—(Avanzando hacia la mesa.) Dispénsame usted, señor Cruz, si le interrumpo en los cálculos para romper a mi pobre padre...

CRUZ.—(Con sorpresa y frialdad.) ¡Ah!, la beatita.

VICT.—Es usted un tirano, y Dios le castigará.

CRUZ.—¡Castigarme... a mí! ¿Tengo yo la culpa del hundimiento del señor Moncada?

VICT.—Pero usted debe ayudarle, recordando que en su niñez comió el pan de esta casa. ¿No le sobra a usted el dinero? ¿Pues de qué le sirve si no le proporciona el placer, el lujo de ser generoso?

CRUZ.—Soy humilde. No gasto esos lujos... tan caros... En fin, señorita, o por Victoria, si usted me lo permite, seguiré... (Volviendo a mirar el plano, y tomando la pluma para hacer una cuenta.)

VICT.—Ya que no pueda usted ser generoso, sea siquiera fino y óigame...

CRUZ.—Ya escucho.

VICT.—Traficante de la peor especie, si hoy quiere usted devorar los restos de la fortuna de mi padre, anteayer se dispuso a salvarle. Pero pedía por su servicio una cosa que no se le puede dar: pedía a mi hermana, y no se cotizan aquí, como si fueran pacas de algodón, las criaturas humanas.

CRUZ.—Yo no propuse tal compra: fué que...

VICT.—Sé bien lo que pasó... Pero hay algo aquí que no entiendo, y usted me lo va a explicar, señor Pepet... (Corrigiéndose.) ¡Ah!, dispéñeme; sin querer le he dado aquel nombre familiar.

CRUZ.—Llámemme usted Pepet. Soy muy llanote. Me gusta verme tratado aquí con la mayor confianza.

VICT.—Pues, Pepet, dígame; ¿por qué siendo usted tan rico, y habiendo en el mundo tantas mujeres guapas y de mérito, se le ha metido en la cabeza que ha de ser mi hermana y nadie más que mi hermana la que?... ¡Como si Gabriela valiera más que otra! ¿Qué significa esa elección exclusiva? Tijeretas han de ser. «O no me caso, o me caso con una Moncada.»

CRUZ.—¿De veras no lo entiende? Usted parece lista, y a poco que se fije comprenderá que los que nos elevamos rápidamente por nuestro propio esfuerzo, o ayudados de una loca fortuna, gustamos de enlazar el pasado con el presente, y de emparejarnos con los que ya eran poderosos cuando nosotros éramos humildes. Poseer aquello mismo que antes estuvo tan por encima de mí, ¡qué mayor gloria! Teníame yo por polvo miserable, cuando las niñas de Moncada me parecían estrellas, no menos bonitas que las que alumbran el cielo. Pues bien; de aquella miseria ha salido un hombre que cree ya poder alargar su mano y coger lo que antes le parecía... algo así como las muñecas de los ángeles... Porque eso son ustedes... muñecas.

VICT.—Gracias.

CRUZ.—Y yo, hombre rudo, endurecido en las luchas con la Naturaleza; yo que sí y quiero seguir siendo pueblo, deseo que el pueblo se confunda con el señorío, porque así se hacen las revoluciones... sin revolución..., quiero decir...

VICT.—Ya, ya yo entiendo.

CRUZ.—Mi ambición no se colina, no se siente satisfecha y redondeada, sino...

VICT.—Ya, ya...; sino enlazándose con la familia misma que...

CRUZ.—Que me vió tan chiquitito, siendo ella tan grande.

VICT.—Y ahora el grande es usted, y nosotros... como despreciables gusanos de la tierra. Bueno. (Con viveza.) Pues ahora, Pepet... dígame usted (Con misterio.) ¿y si yo pudiera conseguir?...

CRUZ.—(Con vivo interés.) ¿Qué?

VICT.—Eso que usted tanto desea.

CRUZ.—(Levantándose lentamente.) ¡Cómo!... ¿Qué dice?

VICT.—Si yo lograra vencer...

CRUZ.—¿La terquedad de su hermana? (Acercándose a Victoria.)

VICT.—No se entusiasme tan pronto. Considere que la víctima, esto es, mi hermana, se casaría con usted sin quererle... ¡Sacrificio inmenso!

CRUZ.—El verdadero amor, el sólido y durable, nace del trato. Lo demás es invención de los poetas, de los músicos y demás gente holgazana.

VICT.—Un matrimonio de pura conveniencia, como un contrato de arrendamiento, debe de ser cosa muy triste... (Levantándose agitada.) El sacrificio será casual, desproporcionado. (¡Jesús mío, ilumíname! ¿Voy contigo o contra Tí?)

CRUZ.—¡Sacrificio! Eso no puede decirse sin probarlo.

VICT.—¡Pero qué prueba más espantosa!... (Mi espíritu flaquea...; siento alternativas de valor heroico y de horrible desfalecimiento.)

CRUZ.—En fin, despachemos, y sepa yo a qué atenerme. ¿Qué debo hacer?

VICT.—El sacrificio de la señorita de Moncada es horrible, porque abandona el amor de toda su vida por unirse a un hombre extravagante, brutal y repulsivo... Por esto la esclava, antes de venderse, debe regatear su precio. Necesitamos fijar ciertas estipulaciones.

CRUZ.—Muy bien. Estipulemos. (Siéntase Victoria en la silla baja, en el centro de la escena. Cruz en pie.)

VICT.—Vamos por partes. ¿Se compromete el señor Pepet a restaurar la casa y crédito de Moncada en las condiciones propuestas de su puño y letra en este papelito? (Le da la carta que recibió de Huguét.)

CRUZ.—(Leyendo.) A ver, veámoslo despacio.

VICT.—(Firme ya en mi resolución, segura de que de Dios me ha venido esta idea, nada temo; ni a Satanás con sus malicias traidoras, ni al mundo con sus sátiras acerbas.)

CRUZ.—Eso y mucho más haré. (Devolviendo la carta.) Mi palabra vale tanto como el Evangelio.

VICT.—No profane usted el Evangelio comparándolo con su palabra.

CRUZ.—Si mi palabra es sagrada, y por tal la tienen cuantos me conocen, ¿qué mal hay en que yo lo diga?

VICT.—Adelante. Usted no tiene religión, ¿verdad?

CRUZ.—Como no soy hipócrita ni sé mentir, declaro que, en efecto, lo que ustedes llaman fe no existe en mí.

VICT.—Ya me lo dirá usted luego... Pues bien; la que va a ser su esclava le pone por condición imprescindible que ha de cumplir los preceptos elementales de la única religión verdadera.

CRUZ.—(Alzando los hombros.) Bueno... concedido... Me comprometo a eso de las prácticas.

VICT.—A su tiempo vendrá lo demás. Ha de prometer acoger y criar y educar decorosamente a mis seis sobrinitos.

CRUZ.—¿Los huérfanos de Rafael? Concedido.

VICT.—Bien... Y, por último, señor Pepet... Se estipula formal y solemnemente que si surgiere entre su mujer y usted, por cualquier motivo, una desavenencia grave, la esposa se retirará de la casa matrimonial y volverá al lado de su padre, sin que usted oponga resistencia.

CRUZ.—Eso ya es más delicado... pero no hay inconveniente en fijar esa condición... ¿Qué me importa, si tengo la seguridad de que, suceda lo que quiera, mi mujer no ha de separarse de mí?...

VICT.—¿Por qué?

CRUZ.—Porque mi mujer no se hallará sin mí.

VICT.—¿Usted qué sabe?

CRUZ.—Lo sé.

VICT.—(¡Cuán necio orgullo es su barbarie!) Bueno, Pepet, pues fijadas las estipulaciones... (Temerosa de explicarse.) ¡Ay de mí, ahora falta lo peor!... ¿Cómo le digo?... Es tan torpe, que no ha comprendido...)

CRUZ.—¿Qué?

VICT.—Pues ahora... falta... (Turbada.) falta...

CRUZ.—Falta que la misma Gabriela me diga...

VICT.—¡Ah! Sí, lo dirá. (Con una idea feliz.) ¡Ah!... Pues yo... al arreglar esto he tenido en cuenta muchas cosas. Dando a usted la señorita de Moncada, satisfago y colmo su ambición. Por un lado llevo la felicidad, por otro la desgracia. Al pobre Jaime le quito su novia... Ya ve usted... ¡tan buen chico!...

CRUZ.—Que busque otra... Para lo que él vale...

VICT.—No diga usted desatinos. Pues he pensado, a cambio de la esposa que le quito, ofrecerle otra.

CRUZ.—¡Otra!

VICT.—Sí... ¿No lo entiende? Pienso proponerle... (Con dificultad de expresión)

mo no encontrando la trase apropiada.) Proponerle... ¿lo digo?, vamos... que abandonaré la vida religiosa, volveré al siglo...

CRUZ.—¿Para casarse con él?...

VICT.—Justo.

CRUZ.—¡Qué lástima! (Con viveza.) ¡Usted volver al mundo, quitarse esa ropa... casarse con ese!...

VICT.—Lo haré, sí, por amor de mi padre.

CRUZ.—(Confuso.) (¿Qué mujer es ésta? ¿Se burla de mí?)

VICT.—(Con secreto terror.) (¡Qué angustia siento! No me entiende... Tendré que círselo claro... Y si... (Atormentada por una sospecha.) No quiero pensarlo. La veranza abrasa mi rostro... Si se lo digo y después de este horrible ofrecimiento me rechaza... ¡si no le gusto!... Virgen Santa, Madre amantísima, dame valor... en este instante decisivo de mi sacrificio no permitas que la fiera me despre-

CRUZ.—(¿Qué misterio encubren las palabras, la actitud de esta mujer?)

VICT.—(Con gran esfuerzo interior, y ahogando la vergüenza y el miedo.) (Hay que gar al fin... ¡Jesús mío, por amor de Tí y de mi padre!) (Quítase la toca, y aparece cabeza desnuda. El cabello desceñido le cae hasta los hombros.)

CRUZ.—Se quita la toca... (Deslumbrado.) ¡Ah!

VICT.—(Violentándose para aparecer en completa calma.) Dígame, Pepet, ¿cree usted que si propongo a Jaime que me tome a mí por mi hermana... aceptará?

CRUZ.—(Turbado.) ¡Oh! Yo creo... (Con viveza.) Sí, sí. En su lugar, yo no vacilaría... Pero lo más derecho, y así no habrá ningún agravio, es que si usted vuelva al mundo, se case conmigo.

VICT.—Sí, bárbaro. La que se te ofrece en esclavitud para aplacarte no es mi bre hermana, soy yo. (El llanto la ahoga, y oculta el rostro entre las manos, sollozando.)

CRUZ.—(Fascinado.) ¡Victoria! ¿Pero es verdad? ¿Es cierto que?... Repítalo. Me rece mentira.

Los mísmos. Moncada, Daniel, por el foro, Gabriela, Eulalia, por la izquierda.

CRUZ.—Repítalo usted para que se enteren. No lo creerán si lo digo yo.

MONC.—¿Qué?

CRUZ.—Que la loca de la casa vuelve a la razón y se casa con Pepet. (Estupefacción en todos.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En la fábrica de Santa Madrona.—En el fondo un hueco, de donde parte un pasadizo largo y estrecho que conduce a los talleres.—A la izquierda, dos puertas, por donde se pasa a las habitaciones particulares del director del establecimiento.—A la derecha, paramento o mirador de cristales, en cuyo último tramo (hacia el ángulo del fondo) desemboca la escalera de madera, por donde se sube desde el campo.—Por dicha escalera entran todos los que no habitan en la casa.—En las paredes del fondo, muestras de cerámica ordinaria en estantes, y un armario con cuerdas y herramientas.—Mesa y sillas ordinarias.—Es de día.

Huguet, Jordana, que entran por la escalera.—Lluch, portero anciano.

LLUCH.—¿El amo?... En la fábrica, reconociendo los hornos apagados.

HUG.—¿Quien estaba aquí con él hace un momento?

LLUCH.—El prior de los Franciscanos.

JORD.—(Vivamente.) ¿No lo dije?... Me figuro la escena, que debió de ser breve, minada con la salida del fraile poco menos que de cabeza.

LLUCH.—Sí, señor: el amo le echó a cajas destempladas.

HUG.—¿Pero qué?... ¡Ah! la cuestión de los terrenos...

JORD.—Justo. Esos benditos creen tener derecho, y lo tienen, me consta, a las hectáreas que separan la fábrica de la huerta del convento.

HUG.—Moncada pensaba darles posesión de ellas.

JORD.—¡Y esperan que éste!... ¡Pobres cogullas!... (Soltando la risa.)

LLUCH.—¿Quiéren que le avise?

HUG.—No: esperaremos a que salga. (Se sienta. Vase Lluch.) Pues aquí me he refugiado, amigo Jordana, huyendo de la pobrecita Marquesa, que no me deja sol ni sombra.

JORD.—Ya... Pretende que este caribe le prorrogue el préstamo hipotecario... ¡A buena parte viene!

HUG.—(Intranquilo.) Pues no crea usted... Temo que me siga hasta aquí.

JORD.—(Acercándose al mirador.) No: va en retirada. A quien veo es a Daniel, el aburrido y solitario paseante.

HUG.—Sí; aguardando a los niños para acompañarles a paseo. Jamás entro aquí.

JORD.—(Volviendo al proscenio.) ¿Y es cierto que profesa en la Orden Tercera?

HUG.—Eso dicen. Lo sentiré por la Marquesa, que bien necesita hoy del tra bajo de sus hijos... ¡Infeliz señora! Bebe los vientos por salvar su finquita de Clot, y a todos nos trae locos... «Háblele usted... interceda, por Dios, con el tirano...»

JORD.—Más fácil es convertir en almoliada de plumas una rueda de molino que ablandar el corazón de este hombre. Dígamele usted a mí, que me he pasado setenta meses colmándole de finezas, tocando los registros de persuasión, hasta el de la baja lisonja, con la esperanza de que nos concluya nuestro santo hospital... nada, querido Facundo, no ha sido hombre para decir: «Jordana, ahí tiene usted diez mil duros, quince mil duros, para que el pueblo se acuerde de mí.»

HUG.—Aparte de eso, seamos justos y reconozcamos en este hombre una capacidad administrativa de primer orden.

JORD.—Lo reconozco. El infierno está empedrado de capacidades administrativas.

HUG.—En fin, a mí me da el corazón que de esta hecha saca usted alguna tajadita.

JORD.—¡Ahl! ¡Pues si me resultara la que le tengo armada!

HUG.—¿Qué?

JORD.—Pasado mañana celebro en mi hospital una gran fiesta, entre religiosos y mundana, con su poquito de gori-gori, su poquito de recepción...

HUG.—¿Y baile?

JORD.—Hombre, no: baile, no; pero habrá *lunch*. En fin, conviene combinar lo espiritual con lo profano. Agua bendita por un lado; por otro algo de *champagne*. Ya sabe usted que bautizamos a mi último hijo.

HUG.—¿Qué número alcanza?

JORD.—Es el décimosexto en la serie de los nacidos.

HUG.—Hombre, es usted único para poblar el mundo. De usted se dirá como de don Juan de Robles: «Fundó hospitales, erigió suntuosos asilos... y primer hizo la Humanidad.»

JORD.—Eso es... Pues bien: gran fiesta. El prior de los Franciscanos administrará el Sacramento. Victoria será la madrina. Naturalmente, Cruz irá. He invitado a todo el señorío de Santa Madrona; enseñaré las dependencias del edificio las grandes mejoras que allí se han ido realizando...

HUG.—(Con sorna.) ¿Y espera usted que Cruz se enternezca?

JORD.—Como que pronunciaré un discurso, en el cual pienso llamarle la primera figura histórico-social de Santa Madrona, el hombre designado por la Proveduría para...

HUG.—¡Pero qué inocente es usted!

JORD.—Y una comisión de señoras le pedirá que continúe las obras. Y las niñas entonarán un himno, en que digan...

HUG.—(Riendo.) Calle usted. ¡Valiente caso hace éste de coros infantiles y damas pedigitieñas! Nada, Jordana; lo mejor es...

JORD.—Aquí viene.

Los mismos. Cruz, que viene de los alerres por el pasadizo del fondo.

CRUZ.—Señores...

JORD.—(Saludando con servilismo.) Amigo Cruz, celebro que no haya novedad en la preciosa salud.

CRUZ.—Igualmente.

JORD.—No olvide usted que pasado mañana le secuestro.

CRUZ.—Iré un rato, si puedo. En todo caso, Victoria me representará.

JORD.—No, no. Usted tiene que ir... ¡Pues no faltaba más! Allí reuniré la florata de Santa Madrona. No olvide usted que el pueblo que represento tiene los hijos en su ilustre hijo, la más grande capacidad industrial y administrativa que nos ha dado Cataluña en lo que va de siglo.

CRUZ.—Quieto el incensario. Pero si la primera capacidad industrial es usted... hombre que da un producto bruto de diez y seis hijos en catorce años!

JORD.—Y muy guapos. Gracias a Dios, me viven doce. Vamos, señor de Cruz, dígame usted que me tiene envidia.

CRUZ.—Sí que la tengo... Quisiera yo...

JORD.—No se apure... que ya vendrán...

CRUZ.—Dispénsese un momento. (Queriendo hablar a solas con Huguet.)

JORD.—(Apartándose.) Sí, sí; traten ustedes de negocios. A ganar dinero. Por ahí se empieza... y luego a acuñar la generación que ha de gastarlo...

HUG.—(Aparte a Cruz.) Dos telegramas para usted, y una carta. (Entrégale estos y aguarda un instante a que los examine rápidamente.) Hoy he comprado, como me dijo, a 87,50.

CRUZ.—(Guardando los telegramas y cartas.) Bien; mañana siga usted comprando. Puede llegar hasta 75.

HUG.—Corriente... ¿Qué más? (Saca un librito de apuntes.) ¡Ah! Pons Hermanos creen que les descuenten usted pagará a noventa días, por pesetas cien mil y 0.

CRUZ.—Con la garantía de Foxá, no hay inconveniente.

HUG.—(Disponiéndose a apuntar con su lápiz.) ¿Qué descuento?

CRUZ.—A razón de veinte por ciento al año... Pues tres meses... (Calculando.)

HUG.—Les parecerá mucho.

CRUZ.—Pues que lo dejen.

HUG.—(Volviendo a consultar el librito.) Bueno; y por último... ¿por cuánto se suscribe usted para las víctimas?...

CRUZ.—(Con gran extrañeza.) ¡Víctimas!... ¡Suscripción!... ¡Yo!...

HUG.—Ya sabe usted... El horroroso incendio que ha dejado en la miseria a tantas familias... Todo el comercio y la banca de Barcelona contribuyen...

CRUZ.—¡Tontería! Aquí no hay más víctima que yo. Soy mi propia víctima... a me he socorrido.

HUG.—(Guardando el libro.) Pues nada más... ¿No me manda usted otra cosa?

CRUZ.—Nada más. (Recordando.) ¡Ah!, ¿quiere usted llevarse ese pico?

HUG.—¿Lo del carbón? Es mejor que se lo dé usted a mi primo Silvestre Rius. cosa de él.

CRUZ.—Pues dígame que venga a cobrar esta tarde. Dejaré puesto el talón.

HUG.—Bien.

CRUZ.—(A Jordana.) Perdóneme. Tengo mucho que hacer hoy.

JORD.—No me irá sin hablar con Victoria, para ponernos de acuerdo en ciertos detalles...

CRUZ.—Mal día es hoy.

JORD.—¿Por qué?

CRUZ.—Como hoy han vuelto Gabriela y Jaime de su viaje de novios, no me hace oportuno... En fin, señores, tengo mucha prisa. (Vase por la izquierda, según término.)

Victoria. Gabriela, por la izquierda, primer término.

GAB.—¿Y los nenes?

VICT.—No tardarán en venir por acá. (Asomándose por la derecha.)

GAB.—¿Siguen en casa?

VICT.—Sí, me los traen acá dos veces al día.

GAB.—¿Qué ganas tengo de comerme los besos!... Conque cuéntame. (Sentándose las dos en el proscenio.) ¿Sigue tan pesadita la cruz de tu Cruz?

VICT.—¡Ay, sí! Cuando me casé... cuando me crucifiqué, como tú dices, acepté esta vida de lucha, y en justicia no debo quejarme de ella.

GAB.—La verdad... todos esperaban de tí mayor influencia sobre tu tirano... que le modificaras poquito a poco.

VICT.—¡Modificar! (Con tristeza.) ¡Ah, lo intento! ¡Empresa magna! Figúrate que te propones abrir un túnel de ferrocarril con la punta de una aguja... Ciertamente cumple con la Iglesia, por compromiso que contraí conmigo... por fórmula, sí se... como se cumplen las reglas de policía urbana; es decir, que Dios viene a tener para él una significación semejante a la del Ayuntamiento.

GAB.—¡Qué hombre!... ¿Acaso te trata mal?

VICT.—Eso no; conmigo es afectuoso... a su manera... No deja de serlo sin cuando se interpone el maldito interés.

GAB.—¿Y tú?...

VICT.—¿Yo... qué?

GAB.—¿Le quieres?...

VICT.—Te diré... ¡Sobre eso hay tanto que hablar! No me sería fácil explicártelo. Mi conciencia ha pasado por tremendas luchas y desfallecimientos horribles. Al principio, asustóme la aversión terrible que me inspiraba. Mi alma perdió toda serenidad; creí que el demonio me había cogido en sus garras feroces, y que lo que yo miraba como acto heroico era una tremenda caída... Después, mis sentimientos han ido variando poquito a poco.

GAB.—¡Y ya no te inspira aversión!

VICT.—Ninguna... Algo así como lástima piadosa... Le miro casi como a un niño.

GAB.—¡Vaya un bebé!

VICT.—Y, la verdad, no me gusta que le pase nada malo.

GAB.—Vamos, que le vas queriendo... Pues, hija, ahí tienes el milagro; sólo que en vez de realizarse en él, se va realizando en tí. ¿Y puedes mirarle cara a cara?

VICT.—Me voy acostumbrando.

GAB.—¿Y soportas su tosquedad, su falta de delicadeza?

VICT.—Por grados a todo se llega... figúrate... Procediendo gradualmente puede usarse, como burla de polvos para la cara... la pata de un elefante.

GAB.—(Riendo.) ¡Qué cosas tienes!

Los mismos. CRUZ, que entra por la izquierda en mangas de camisa, con una blusa azul en mano, mostrando un rasgón en la manga.

CRUZ.—Mira, mira cómo está mi blusa... Hola, Gabrielita... ¿Ya de vuelta?

GAB.—(Con desabrimiento que no puede vencer.) Sí... ¿Y qué tal!

CRUZ.—(A Victoria.) Dame la otra.

VICT.—Si no se ha lavado.

CRUZ.—No importa.

VICT.—Espera un poquito. (Sale por la izquierda.)

CRUZ.—¿Y Jaime?... ¿qué tal? ¿Gana dinero?

GAB.—No tanto como usted... pero viviremos... (¡Qué vil! No piensa más que los miserables cuartos.)

CRUZ.—(Abriendo el armario de las herramientas y cogiendo de él algunas.) Sí; tú que ganarlo, perseguirlo, ahondar en las entrañas de la tierra o en las de la ciudad... Y una vez encontrado el rico metal, es preciso cogerlo antes que lo descubran otros... y después guardarlo con prontitud, rodeándolo de hábiles defensas para que no se escape... (Saca un hacha, y al volver al proscenio con ella, Gabriela lanza un chillido.) Qué, ¿se asusta usted?

GAB.—Sí... No sé lo que me parece... con el hacha.

CRUZ.—Tengo que reconocer el tejado de la fábrica, y de nadie me fío.

VICT.—Aquí está. (Dándole la blusa.)

CRUZ.—Venga. (Se la pone.) Sospecho que hay comunicación entre las vigas faldón del tejado y la chimenea de las muflas... (Por Gabriela.) Esta se asusta... sabe que soy el primero de mis obreros... ¡La costumbre de no tratar más que ñoritos... ilustrados!

GAB.—(¡Qué horror de hombre!)

CRUZ.—(Recordando.) ¡Ah!... antes tengo que hacer otra cosa. (Deja el hacha e

Victoria, Gabriela.

GAB.—(Cruzando las manos.) ¡Hermana querida, no puedo expresar cuánto te apadezco!... ¡Vivir con un marido así! ¡Qué mérito tan grande! ¡Gracias que sobrinillos alegran un poco tu tristísima vida!

VICT.—Sí, son mi consuelo.

GAB.—Te distraen.

VICT.—Me distraigo con ellos, y además con otra cosa.

GAB.—¿Con qué?

VICT.—Te vas a reír...

GAB.—(Con mucha curiosidad.) Dímelo.

VICT.—Pues me distraigo... con la administración. Cosa rara, ¿verdad?

GAB.—(Comprendiendo.) Ya.

VICT.—Llevo toda la contabilidad menuda de los talleres y de la casa. Me ha puesto esta obligación, y la cumplo sin gran esfuerzo.

GAB.—Hermana querida, déjame, déjame que te compadezca más y que te adre. Tu vida es más árida y piensa que la de los anacoretas y padres del yermo.

VICT.—No tanto... Si vieras... La pícara administración tiene sus encantos. Mi diario y los números son mi entretenimiento. Pasando cuentas, se me van las penas, y a la imaginación, la gran vagabunda, sólo le queda libre un caminito: el espacio, donde se ven flotar las cosas divinas.

GAB.—¡Ay, Dios mío! Tú no tienes la cabeza buena. O eres una santa, o no sé qué eres. Con tal vida, y al lado de este adfesio de hombre, yo no duraba dos semanas... ¡Ah, se me olvidaba lo principal! La pobre marquesa...

VICT.—¡Ah!... no me digas... ¡Qué pena!

GAB.—¿Pero es posible que tñ?...

VICT.—Le he dicho cuanto hay que decir... todo inútil. ¡Hombre extraño! Su actitud a toda prueba tiene ese horrible contrapeso: la inflexibilidad con el fin que no puede cumplir. Ni a su padre perdonaría, ni a mí misma, que soy la persona que más quiere en el mundo, cuanto más a tu suegra.

GAB.—Ya sé que nos aborrece, como aborrece a todo el género humano. Es triste que tú, su mujer, no puedas... (Recriminándola.) No, no eres su esposa: es su esclava. Acabará por echarte una cuerda al cuello y amarrarte al pupitre de su administración inicua y embrutecedora; acabará por cruzarte la cara. (Lentándose.) No puedo, no puedo presenciar tu desdicha.

VICT.—(Sintiéndole venir.) Calla.

Los mismos. Cruz, que entra vestido de blusa y con botas de agua.

CRUZ.—(A Victoria.) Mira, este talón se lo das a Silvestre Ríus, el primo de Huet, que vendrá por él esta tarde.

VICT.—(Toma el talón y lo mira.) (Cincuenta y nueve mil...) (Lo guarda en el bolsillo del pantalón.)

CRUZ.—Es lo del carbón. Anótalo en el Debe de la fábrica...

VICT.—Bien. ¿Vienes pronto a comer?

CRUZ.—No sé el tiempo que me entretendrá por ahí arriba. Si tardo, me mandas comida en la fiambra.

VICT.—Pero, hombre...

CRUZ.—Lo primero es lo primero. (Coge el hacha y un lío de cuerdas, y vase por el lado.)

Victoria, Gabriela.

VICT.—(Después de una pausa, en que está profundamente abstraída.) ¡Ah... la siento... sí!

GAB.—(Asustada.) ¿Qué?

VICT.—(Con cierto desvarío.) ¡La ráfaga..., eso que me da..., lo que llamo la insención, el impulso misterioso, no, divino, de mis resoluciones!... Como siempre salen bien, creo y afirmo que vienen de Dios.

GAB.—No te entiendo.

VICT.—Hablaré un lenguaje claro, tan claro, que... (Saca el talón y se lo da.)

GAB.—(Sin resolverse a tomarlo.) ¡Victoria!...

VICT.—(Rápidamente.) Sí; la loca, la visionaria, como dice tu marido; siente otra el espacio que la despierta, la sacude, la ilumina, lanzando su voluntad a los

actos audaces y decisivos. Dale esto a Florentina. Añadiéndolo a lo que ha reunido, tiene lo bastante para evitar la dentellada del tigre.

GAB.—(Asustada.) Pero...

VICT.—No me des razones... La lógica y el sentido común desaparecen en mí. No queda más que esta vibración honda del alma...

GAB.—¿Y no temes?...

VICT.—No temo nada. Por grande que sea su barbarie, más grande es mi valor. No vaciles en tomarlo... Llévaselo corriendo a Florentina.

GAB.—¡Ay, no sé qué temor me sobrecoge!... (Decidiéndose al fin a tomarlo.) E fin... Pues tú lo quieres... Mamá quedó en venir. (Se asoma a los cristales de la derecha.) ¡Ah!, los chiquillos. (Con alegría.) ¿Es Daniel quien viene con ellos?

VICT.—(Asomándose también.) Sí; suele acompañarles al campo. Verás cómo se despide en la puerta. Jamás entra aquí.

GAB.—¡Pero qué mona está Mercedes! (Mirando y saludando con el pañuelo.) ¡Aurorilla, ¡qué espigada!... Ya me han visto. Mira cómo corren.

VICT.—Ahora les doy de merendar y se vuelven allá.

GAB.—¿Suben por aquí?

VICT.—No; entran en el comedor por la galería baja.

GAB.—(Impaciente.) Pues vamos allá.

VICT.—Sí; pero no olvides eso.

GAB.—¡Ah!..., sí...; el talón... Voy...

VICT.—(Mirando otra vez.) Ahí tienes a Daniel... Pero ya se va... Mira.

GAB.—Daniel, sí. ¿Qué mejor mensajero?...

VICT.—Llámale.

GAB.—Daniel, Daniel... (Señalando afuera.) Ya vuelve la cara... Ya me ha visto. (Llamándole.) Ven, sube.

VICT.—Allá te espero. (Vase por la izquierda.)

Gabriela, Daniel.

DANIEL.—(Desde la escalera, como sin atreverse a entrar.) ¿Qué me quieres?

GAB.—Corre; dale a tu mamá esto. (Pone el talón en un tarjetero o cartera sujeta en un elástico, y se lo entrega.)

DANIEL.—¿Y qué es esto?

GAB.—No preguntes, y ya estás andando... Verás qué contenta se pone pobre.

DANIEL.—(Receloso.) ¿Victoria... Victoria te lo ha dado?

GAB.—Sí.

DANIEL.—Quizás sin consentimiento de su marido...

GAB.—Eso no es cuenta tuya... Anda.

DANIEL.—Está bien.

GAB.—No te entretengas... Me voy a ver a mis sobrinitos. (Vase por la izquierda.) Daniel; después Lluch.

DANIEL.—¡Y mi madre acepta esto! ¡Qué locura! Buscando ciegamente su salvación, llama a la puerta misma del enemigo, de ese monstruo, encarnación de Satanás maldito. (Con desaliento. Pausa. Recorre la habitación inquietísimo.) No sé qué tu del infierno se respira en este caserón, guardada de la fiera rapaz y sanguinaria. No sé cómo Victoria... (Asaltado de una idea pensosa.) ¡Ah!, mujer enigmática, esfinge en cuyos ojos no puedo leer, porque ni miras siquiera... Tu incomprendible patrimonio perturbó mi alma... Quiero entenderlo, y... ¡más fácil es desentrañar los misterios del dogma! Cambiaste la humilde vestidura del Socorro por las galas boda... ¡Dicen que padeces horriblemente, que eres mártir! (Con sarcasmo.) ¡Mártir! Las santas gloriosas que en otro tiempo regaron con su sangre el árbol de la fé, cuando anhelaban el martirio pedían a Dios que les deparase un verdugo; más le pidieron un marido... (Confuso.) No sé, no sé qué mujer es ésta; y cuando quiero tenerla por sublime, se ofrece a mis ojos como la más vulgar de las criaturas. (Meditando.) ¡Quién sabe!... Sí... sí... lo que digo: se dejó contaminar del espíritu de la época, del infame positivismo... ¡Oh!, esta idea remueve en mi sedimento que creí estancados, inertes, en el fondo de mi sér... (Pausa.) Dinero del rico a riento, del que no ama, del que no compadece, del que imposible ve rodar ante la miseria y el dolor; materia vil, instrumento de iniquidades, no me quemarás ni un momento las manos... Se lo devuelvo para que vea que si ella vende su conciencia

nosotros no... No podemos... (Mirando por la izquierda.) Quisiera verla para le esta tremenda lección... No me atrevo a penetrar allá...

LLUCH.—(Entrando presuroso por el fondo.) ¡El amor...

DANIEL.—¡Que no me vea el maldito!... Salgamos. (Vase apresuradamente. Antes desaparezca, entra Cruz por el fondo y le ve bajando la escalera.)

z, con el hacha en la mano, el rostro tiznado y encendido; Lluch, que se va por la escalera y vuelve poco después.

CRUZ.—Antes salió la madre, y ahora el hijo... como huyendo de mí... (Deja el la sobre la mesa.) Ella es una intrigante, y él un redomado hipócrita.) (Comprendo.) Sin duda, aprovechando mi ausencia, quieren explotar la fácil compasión de mi mujer. (Vivamente) Sí; ya lo veo claro... Vividores, trápalas, generación mentante y petardista... ¿Pero mi mujer estaba aquí con ellos? No la ví... (Entra h.) Lluch, la señora, ¿dónde está?

LLUCH.—En el comedor, con la señorita Gabriela y los niños.

CRUZ.—Dile que venga. (Vase Lluch por la izquierda.) Endiablada sospecha me erde el corazón... ¿Sería capaz Victoria de?... ¡Espantosa idea! Nada, quiero firmarla o desecharla al instante. (Aparece Lluch por la izquierda y se dirige a la es- rra.) Oye, tú... (Acércase Lluch.) ¿Viste salir a esos?...

LLUCH.—Sí, señor. La madre iba llorando... disputaban. Luego se separaron... ió la señora en dirección a la torre, y el hijo se ha quedado ahí, y se pasea la alameda, detrás de las cajas vacías de silicato, como aguardando una oca- de volver.

CRUZ.—Estate por ahí, fingiendo ocuparte en cualquier cosa, y vigíale con di- io. No te alejes por si te llamo.

LLUCH.—Bien, señor. (Vase Lluch.)

Cruz, Victoria.

CRUZ.—La traidora sospecha se agarra en mí, me pica, me taladra, como un cto que quiere labrar su casa dentro de mí... y me va comiendo y horadan- . y horadándome y comiendo. (Inquieto y con fiereza.) Siento en mí la crueldad mis tiempos de lucha... Bien venida sea. Así me gusto más, porque me reco- en mí sér efectivo. Me pesa, sí, me pesa haberme dejado inclinar a ciertas aduras de carácter... ¡Si es lo que digo! Donde quiera que entra una hembra, re todo si es mestiza de ángel y mujer, se trastorna la armonía humana, des- rece la estricta rectitud, y los malos pagadores sacan los pies del plato.

VICT.—(Entrando presurosa.) ¿Pero ya concluíste?

CRUZ.—(Disimulando.) Si no he podido empezar... Traté de meterme en uno de hornos; pero están aún muy calientes. Por poco me abraso. (Mostrando sus ma- y cara.)

VICT.—¿Quieres lavarte?

CRUZ.—Ahora no. Estoy echando fuego.

VICT.—Bien se ve. Tu cara despide lumbre.

CRUZ.—Estoy horrible, ¿verdad?

VICT.—Horroroso.

CRUZ.—Mejor. (¡Si me vieras por dentrol)

VICT.—¿Quieres tomar algo?

CRUZ.—Dame vino. Necesito refrescar mi sangre.

VICT.—Echándole más fuego... Voy.

CRUZ.—(Deteniéndola.) Dime, ¿quién ha estado aquí mientras yo?...

VICT.—¿Aquí? No sé, no he visto a nadie.

CRUZ.—Tráeme el vino. (Sale Victoria por la izquierda.) Me engaña. Ya me iba yo, tumbrando a no temer su santidad, a mirarla como un juego infantil, como una ada, vamos... Pero si me vende con sus arrunacos de criatura celestial... no que haría... Creo que se me quitará el amor que le tengo... sí... se me qui- . Y si no se me quita, me lo quitaré yo, me lo arrancaré...

VICT.—Aquí tienes. (Deja sobre la mesa botella y vaso.) No bebas mucho.

CRUZ.—(Llenando el vaso.) No te vayas... Tengo que hablarte.

VICT.—¿Qué quieres?

CRUZ.—El talón que te dí... (Bebe tranquilamente.)

VICT.—(¡Jesus sea conmigo!)

CRUZ.—¿In venido Rius por él?

VITC.—No:

CRUZ.—Pues devuélvemelo.

VICT.—(Después de una pausa, en la cual recobra su serenidad.) No lo tengo.

CRUZ.—¡Que no lo tienes!

VICT.—No. Bien claro te lo digo.

CRUZ.—¿Con toda esa frescura? ¡Ah, me lo temí! Has dado el talón a esa familia de intrigantes y santurrones para que puedan seguir burlándose de las leyes poseyendo lo que por sus desórdenes deben perder.

VICT.² (Con resolución.) Se lo he dado a esa valerosa mujer, a esa heroína, para que se defienda de tu codicia infame.

CRUZ.—(Con violencia, que quiere dominar.) ¿Cómo se llama lo que has hecho?

VICT.—(Con firmeza.) ¡Justicia!

CRUZ.—(Con sarcasmo.) ¡Justicia!... ¿Y esa manera de entenderla es lo que, según tus ideas, debemos llamar santidad?...

VICT.—Dale el nombre que quieras. (Con perfecta entereza.) Lo que hice... bien hecho está. Somos ricos, y todo nos sobra. Florentina es pobre y todo le falta. Dios me ha inspirado en este acto, y ha querido, por mediación de la loca de casa, confundir tu soberbia y castigar tu brutalidad.

CRUZ.—(Levantándose airado.) ¿Y me lo dices así? ¿No tiemblos?

VICT.—¡Temblar yo! No me conoces. ¿Qué puedes hacerme? Quitarme la vida esta vida que... con decir que te la he dado, se dice lo poco que vale... Mátame. Preparada estoy. Bien cerca tienes el arma.

CRUZ.—¡Victoria! (Vacilando entre la fiereza y la confusión o desconcierto de la luntad.) Bien sabes tú que no he de matarte. ¿A qué te haces la víctima heroína? (En tono severo.) En fin, cabeza destornillada, imaginación enferma, reconozco que has cometido una grave falta, y disponte a restituirme lo que me has quitado.

VICT.—¿Restituir? No: está en buenas manos.

CRUZ.—(Descomponiéndose.) No sé cómo tengo calma. Yo te mando que vayas en busca de esa vieja embaucadora y le digas que te equivocastes... Aún sé tiempo. (Victoria hace signos negativos con la cabeza.) ¿No?... ¿No me obedeces?

VICT.—En eso no puedo.

CRUZ.—(Amenazador.) Pues yo te juro que así no quedará... No mereces mi cariño, no lo mereces: debiera aborrecerte... como tú a mí.

VICT.—Yo no te aborrezco. Mi Dios me prohíbe el odio. Tú no comprendes esto, alma petrificada en el egoísmo. Tú no quieres a nadie: te adoras a tí propia contemplándote en el espejo de tu riqueza.

CRUZ.—(Después de dar vueltas por la escena, como aturrido.) No es eso, no. Cállame... Ya sabes... te lo he dicho mil veces en nuestros coloquios íntimos: la riqueza es en mí la pasión dominante, el sér de mí sér. Nada puedo contra esa pasión. ¿Será por ley de mi naturaleza? ¿Será por vicio adquirido con la virtud del bajo? No sé más si no que soy como soy. Y si alguien me quita lo mío, pareciera que el cielo se desploma, y la idea de perdonar se me representa como una ilusión de mí mismo... Fuera de esto, yo te quiero: bien lo sabes. Eres la única persona que ha despertado en mí un sentimiento... ¿como llamarlo? no sé. Soy torpe para encontrar términos de galantería. Pero el cariño que te tengo no disminuye la atra pasión, la principal, la madre, sino que más bien la fortifica. Me da mi dinero por mí, por tí, y por los hijos que has de darme.

VICT.—No te los daré... ¡Perpetuar tu raza! Dios no lo consentirá.

CRUZ.—(Airado y receloso.) No me lo digas, que me vuelves loco. Todo me lo quitas, Victoria. (Cogiéndola la mano y sacudiéndola con fuerza.)

VICT.—Suéltame.

CRUZ.—Pues no me quites la ilusión que me alienta...

VICT.—¡Imposible cegar el abismo que se abre entre nosotros! (Llorando.) ¡Si aprendieras a ser más compasivo, si tu corazón perdiera esa insensibilidad mórea y llegaras a curarte del estúpido orgullo de poseer, y poseer, y poseer!

CRUZ.—(Interrumpiéndola.) Imposible, imposible. Porque si desapareciera el mundo el oro y la plata, y volviéramos al estado salvaje, yo, José María Cruz, sería siempre el mismo: con cuatro piedras y un par de troncos constituiría mi propiedad al instante, y con rugidos, dentelladas y zarpazos de fiera, la defendería de quien intentara quitármela. No te empeñes en que yo sea de otro modo.

no soy... Sométete y no me prediques más, ni trates de corregirme... (Brusca-
te.) Éa, díles que te devuelvan el talón... Ve... pronto, antes que vayan a co-
flo...

VICT.—No puede ser.

CRUZ.—(Con fiereza.) ¡Te lo mando!

VICT.—Si sabes que no te temo, a qué esos rugidos?

CRUZ.—¡Ah! te casaste conmigo sin amor, por el vil interés, como decís los
tos...

VICT.—¡Y me lo echas en cara! Pues bien: reconozco que es cierto. Me casé
tigo... porque eras millonario... nada más que por eso. Ya ves si soy franca.
una locura, una genialidad. Llévome hacia tí... ¿Te lo digo? ¿Quieres conocer
ta los últimos repliegues de mi pensamiento?... Arrastróme hacia tí una vaga
ración religiosa, y además de religiosa... (Buscando la palabra.)

CRUZ.—¿Qué?

VICT.—(Encontrando la palabra.) Socialista... como tú dices...; la idea de apode-
me de tí, invadiendo cautelosamente tu confianza, para repartir tus riquezas,
do lo que te sobra a los que nada tienen... para ordenar las cosas mejor de lo
están, nivelando, ¿sabes?, nivelando...

CRUZ.—(Con violencia.) Cállate, no me provoques... Si eso fuera verdad, tendría
exterminarte...

VICT.—Pues empieza ya tu obra de exterminio... Dime: fuera de mi locura de
¿tienes alguna queja de mí?

CRUZ.—Ninguna. Pero ésta es atroz, horrorosa...

VICT.—Déjame seguir. ¿Te he dado motivos de celos?

CRUZ.—(Receloso.) ¿Por qué me lo preguntas?

VICT.—Por preguntarlo.

CRUZ.—Pues hasta hoy no... Hoy sí... Te miraba como una mujer exceptuada
de las flaquezas humanas. (Después de mirarla atentamente a los ojos, es asaltado de vio-
la zozobra.) Dime, dímelo pronto. Mientras yo estaba en la fábrica, ¿hablaste
la marquesa y con su hijo? Ellos de aquí salían.

VICT.—Te he dicho que no les ví.

CRUZ.—Antes creía en tu palabra. Ya no. La verdad, quiero la verdad. ¿Eso
to ha estado aquí alguna vez?

VICT.—No recuerdo...

CRUZ.—¡También desmemoriada! Me hieres en lo más vivo... Yo te quiero, yo
nise..

VICT.—¡Celos tú!... Si en tu corazón no hay más que una fibra sensible: la que
duele cuando no cobras...

CRUZ.—No, no, que hay más..., hay otras, que también me duelen... Y en tu
ducta se juntan dos agravios, y los dos van derechos al corazón... Me sus-
tas mi propiedad para dársela... ¡a quién!... ¿Qué es esto? Explicámelo... Te
pura; ya no... Dudo... ¿Cómo no dudar? ¡Desdichada, arrodíllate delante de
y pídemelo perdón! Devuélveme lo que me quitaste. (Con desvario brutal.) Pruéha-
que desprecias a ese hombre... (Cogiéndola por los hombros, la sacude violenta-
te.) Victoria, que me trague ahora mismo la tierra si no hago un escarmiento
ible, una justicia de éstas que satisfacen por entero... Debo defenderme, debo
igarte, debo corregirte, debo...

VICT.—(Sofocada, logrando desasirse.) ¡Ay!... espera, ove.

CRUZ.—¿Qué?... ¿te disculpas?... ¿Confiesas tu delito?

VICT.—¡Delito!... ¡discúlpame! ¿De qué, si soy inocente? Sólo te digo que he
dado el talón a la marquesa, y que nada me importa su hijo.

CRUZ.—¡Me engañas!...

VICT.—Puedes creerlo o no, según te acomode.

CRUZ.—Buscaré la verdad... (Llamando.) A ver, ¡Lluch!

Los mismos. Lluch, en la escalera; después, Daniel.

CRUZ.—¿Está ahí todavía?

LUCH.—Sí, señor. Rondando por la alameda, como si esperara...

CRUZ.—Dile que la señora le suplica que suba... Pronto... (Vase Lluch.)

VICT.—(Asustada.) ¿Qué haces?

CRUZ.—Una idea, una idea feliz... Soy yo muy ingenioso... ¿Qué es eso que turbas?

VICT.—¿Turbarme?... No.

CRUZ.—(Repitiendo con sarcasmo las anteriores palabras.) «La señora le suplica suba.» ¿Qué tiene eso de particular? Así sabremos lo que quiere ese bendito.

DANIEL.—Por la escalera, deteniéndose sorprendido.) ¡El aquí! ¡Una emboscada!

VICT.—(Que hablen. . Mejor...)

CRUZ.—Mi mujer y yo le hemos llamado...

VICT.—Yo no... tú.

CRUZ.—Pues yo... Parecióme que acechaba usted mi salida para entrar...

DANIEL.—Así era, en efecto.

CRUZ.—¡Lo confiesa! Yo no me como la gente.

DANIEL.—Algunos creen que sí.

CRUZ.—¿Qué?

DANIEL.—Eso... que se la come usted.

CRUZ.—Voces que hacen correr los tramposos insolventes. En fin, yo quisiera saber qué viene usted a buscar en mi casa.

DANIEL.—Deseaba hablar con su señora.

CRUZ.—¿Y por qué no entraba usted cuando yo, y delante de mí le decía?...

DANIEL.—Porque no era usted a quien tenía que hablar, sino a ella!

VICT.—(Concluamos esto.) Daniel quería darme las gracias por el favor que hice a su mamá.

DANIEL.—Era eso... y algo más.

CRUZ.—¿A ver?

DANIEL.—Después de dar las gracias, pensaba decir a Victoria que no contara que mi madre acepte semejantes auxilios.

CRUZ.—(Burlándose.) ¡Oh, cuánta dignidad! Teatral está el tiempo. Y con esa gazmoñería se guardan el dinero.

DANIEL.—No, señor; aquí está el talón... lo devuelvo. (Victoria se abalanza a estorbar el movimiento de Cruz, que saca la cartera.)

VICT.—¡Ah, no consiento!...

CRUZ.—Pues lo tomo. (Examinándolo con febril presteza.) Esto me gusta, joven. Bien, bien... Esto me prueba que...

VICT.—(Con mucha energía.) José María, respeta lo que hice... No aceptes la resolución... ¡Yo lo quiero, yo lo mando!

CRUZ.—Pero si él...

VICT.—No importa... Dáselo... insiste.

CRUZ.—(Con humorismo villano.) Hija, yo se la daría de buena gana... pero ves... un joven tan digno y tan... religioso... y tan escrupuloso... de hijo no quisiera.

DANIEL.—En efecto, no lo tomaré.

VICT.—(Airada.) Haz lo que te mando. Ofréceselo al menos.

CRUZ.—(Vacilando.) (Si no fuera más que ofrecerlo... Pero ¿y si lo toma?... si acaso...)

VICT.—¿No?

CRUZ.—No.

VICT.—Pues ha llegado el momento de poner en práctica una de las condiciones estipuladas.

CRUZ.—¿Cuál?

VICT.—Ha surgido entre nosotros una desavenencia grave, me has ofendido groseramente no aprobando una resolución mía; y como la vida me es imposible a tu lado, me marcho de tu casa, me separo de tí.

CRUZ.—¿Te vas?... Bien... Ya entiendo...

VICT.—Así se convino. No hay más que hablar. Me retiro al lado de mi padre.

CRUZ.—(Estallando en cólera.) Esto es una intriga, fraguada entre mi mujer y los aristócratas arruinados. (Por Daniel, con desprecio.) ¡Complot infame contra la propiedad y contra mi honor!... Ya lo veo. (A Victoria.) No te defiendas... Y tú hipócrita; usted que con su máscara de religión se acerca traidoramente a mi hogar para meter en él la discordia y el escándalo...

VICT.—(Cortándole la palabra.) ¡Calla, no ofendas a quien no puede responder con el mismo lenguaje!

DANIEL.—Que diga lo que quiera.

CRUZ.—Digo que usted y ¡su madre se nan propuesto deshonrarme, ya que finarme no pueden. Fácilmente engañan con su mojigatería a estos desdichad-pero a mí no. ¡Raza famélica, carcoma de la sociedad!...

DANIEL.—(Conteniéndose con gran esfuerzo.) Me insulta usted, porque sabe que eligión, aunque todavía no me liga con votos solemnes, me prohíbe contestar s injurias con otras.

CRUZ.—(En el colmo del furor.) Pues pídele a tu religión permiso para que yo la arrojarle por esa ventana. (Da un paso hacia él. Victoria le detiene.)

DANIEL.—Su villanía, por grande que sea, que no me hará olvidar...

CRUZ.—(Con escarnio despreciativo.) ¡Clérigo... vete de mi casa!

DANIEL.—(Sin poderse contener, estallando en ira rabiosa.) Clérigo no... Tan hom- como tú... Y ahora mismo... (Coge el hacha que está sobre la mesa.) ¡Infernal stituto, entrega tu vida miserable!... Quiero beber tu sangre, y con ella no carás el odio que te tengo. (Abalanzándose hacia Cruz, blandiendo el hacha. Victo- le detiene, sujetándole con sus brazos.)

VICT.—¡Daniel, por Jesús vivo!...

CRUZ.—(Esperando a pie firme.) Ven, te espero. (Daniel deja caer el brazo. Victoria sejea con él y consigue quitarle el hacha.)

VICT.—Márchate... pronto....

DANIEL.—Trastornado, vuelve a enfurecerse y trata de avanzar nuevamente hacia Cruz. rma.) Quiero matarle, pisotearle el alma... o que me mate a mí.

VICT.—Vuelve en tí.

DANIEL.—(Pasándose la mano por los ojos, como despertando de una pesadilla.) ¡Ah! é es esto?

CRUZ.—Déjale. (Avanzando hacia Daniel. Victoria se interpone para evitar el choque, volja a Daniel hacia la escalera.)

VICT.—Vete... (A Cruz.) Atrás... (Le domina con la mirada. Daniel vacila, quiere re- eder. Al fin se va, tras breve y sorda lucha.)

CRUZ.—(Con violencia.) Tú tienes la culpa... tú!

VICT.—(Con dignidad.) Basta... Estoy de más aquí. (Huye hacia la escalera. Cruz va olia; detiénese perplejo al ver entrar a Moncada.)

doña Cruz, Gabriela, que entra por la izquierda, alarmada; por la derecha, doña Eulalia. Moncada.)

AL.—¡Qué ocurre? ¡Victoria!...

MONC.—¡José María!

VICT.—No ha pasado nada, nada... (Mirando a su marido con terror.)

CRUZ.—(Reconcentrando su cólera.) Nada: que mi mujer, la loca de la casa, curada mí, recae en su dolencia y quiere abandonarme.

VICT.—(Corriendo al lado de su padre.) Sí, sí.

EULAL.—(Abrazándola.) ¡Pobre víctima, que a tiempo llego para salvarte!

MONC.—Vámonos. (Mirando con recelo y disgusto a Cruz y a Victoria.)

VICT.—Vamos. (Gabriela se une al grupo, y salen por la derecha.)

CRUZ.—(Que al verles salir da algunos pasos hacia ellos y retrocede apretando los pu- ¡Se va!... ¡De verdad se va! (Después de dar vueltas por la escena, como atontado, por los cristales de la derecha.) ¡Y la dejé partir! ¡Y no maté al clérigo!... ¡No me onozco! ¿Dónde está mi carácter, dónde mi arrogancia fiera?... Es que esa dita santa me ha embrujado, me ha estafado mi personalidad... (Rabioso.) Juro la Cruz de mi nombre, que la recobraré.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

abajo en el Hospital y Casa de Maternidad de Santa Madrona, de construcción ojival. —A la derecha, la entrada de la iglesia. —En el lienzo del fondo, a la izquierda, rompi- miento de arco ojival que da paso al claustro, del cual se vé una parte.—A la derecha, frente al espectador, puerta pequeña de una estancia, en la cuál se verá, cuando se in- dique, mesa puesta como para un refresco. A la izquierda, dos puertas: una de ellas con-

duce a las cocinas y dependencias del establecimiento, las cuáles se supone están en sótano.—Mesa y sillas.—Es de día.—Antes de alzarse el telón, oyesse música de órga que continúa durante la escena primera.

Jordana, de frac; dos Hermanas de la Caridad; después la Marquesa,

HER. 1.^a—Todo está dispuesto.

JORD.—No olvidar los ramos para las señoras. Cuidadito con el servicio *buffet*. ¿Han traído el *champagne* y los licores?

HER. 1.^a—Sí, señor. (Retiranse. Jordana las llama.)

JORD.—Ya saben que a los chicos se les dá una merienda...

HER. 2.^a—Y un extraordinario a los convalecientes.

JORD.—Justo.

HER. 1.^a—Nada faltará, señor don Manuel. Esté tranquilo. (Vanse las Hermanas)

MARQ.—(Entrando presurosa e inquieta, como buscando a alguien.) ¡Ah!... ¿Jordana? ¿Ha visto usted a mi hijo?

JORD.—¿Daniel? Sí: en la iglesia entró hace un momento... ¡Pero qué pronto han venido ustedes! Esto se llama puntualidad.

MARQ.—Se llama anticipación. Yo suelo anticiparme para coger buen pues

JORD.—Usted lo tiene siempre. Dispénseme, señora Marquesa. Tengo que ceder órdenes... (Mirando por la puerta de la iglesia.) Ya le tiene usted ahí. (Vase Jordana al fondo.)

La Marquesa; Daniel, que sale de la iglesia, poniéndose el sombrero. Calla el órgano.

MARQ.—Pronto te has cansado por cierto. El hermoso ritual que antes era delicia, te aburre ya.

DANIEL.—(Con desabrimiento.) Sí, me fastidia, me causa pena. No sé qué significa ni qué nueva crisis es esta porque pasa mi espíritu, después de la horrible escena de anteaer en la fábrica.

MARQ.—Horrible, sí (Alarmada); pero sin consecuencias.

DANIEL.—Salvo la gran enseñanza que me ha traído. (Asombro de la Marquesa.) Sí: aquel arrebatado en que a punto estuve de cometer un homicidio, ha sido para mí revelación del mayor engaño de mi existencia... Claramente veo ya que mi religioso entusiasmo era un artificio del espíritu para engañarse así propio... transformación mágica de mi idolatría por esa mujer; idolatría que no disminuye, más bien aumenta, al dejar de creerla celestial. (Con efusión.) Madre querida, necesito relatarle todo lo que siento, todo, todo; hasta lo más horrible.

MARQ.—Sí, dímelo todo. Yo te consolaré!

DANIEL.—La salida de Victoria de la casa conyugal me trae un nuevo sacudimiento, un nuevo trastorno. ¡Increíbles fases de la pasión en nuestra alma, segrese nos va presentando la persona que la inspira! ¿Ella religiosa? yo también. ¿Ella casada? yo demente... y por fin...

MARQ.—(Asustada.) ¿Qué quieres decir?

DANIEL.—Que al verla huir de su tirano, pensé que me amaba; creí que me sería fácil arrastrarla a la infidelidad...

MARQ.—(Horrorizada.) ¡Hijo mío, tú, tú, tan piadoso... tan bueno!...

DANIEL.—(Con exaltación.) ¡Piadoso yo? ¡Vana, ridícula ilusión! Si Victoria confirmase con una palabra el ansia que me devora, huiría con ella al último condel mundo.

MARQ.—¿Y me abandonarías? ¿Abandonarías a tu madre?

DANIEL.—(Después de vacilar.) Sí... ya ves cómo no te oculto nada, ni lo más digno.

MARQ.—(Llorando.) ¡Increíble ingratitud!

DANIEL.—(Abrazándola cariñosamente.) No, no temas. Ya no hay peligro.

MARQ.—¿Por qué?

DANIEL.—Porque esa palabra, que a las mayores locuras me lanzaría... Victoria no la ha pronunciado (Con profunda amargura), ¡ni la pronunciará!... Y esta me persuasión me convierte en un sér mecánico... Un resto de razón me dice que debo vivir y volver a la vida seglar y ordinaria, al trabajo y a las obligaciones.

MARQ.—Eso... eso... ¡Gracias a Dios!... Victoria no te ama. Es casada y virtuosa. No pienses en ella, no te dejes tentar del demonio maldito

DANIEL.—(Con profunda tristeza.) ¡Ay! Si no te hubiera tenido presente en mi ayer, después de la entrevista con Victoria, me habría quitado la vida.

MARQ.—(Abrazándole conmovida.) No digas tal... ¡Ay, me matas!

DANIEL.—No temas... Debo vivir para ti, madre querida... Verás, verás cómo pronto. En un par de años de bufete ganaré lo bastante para comprarte una finca mejor que el Clot.

MARQ.—(Con amargura.) ¡Ay, no me recuerdes el bien perdido!

DANIEL.—(Exaltándose.) ¡Vil, execrable usurero, publicano infame! Si me tropiezo con él otra vez, si me provoca, aunque sólo sea con su mirar insolente, soy libre perdido.

MARQ.—Por Dios, no me asustes... Mira, hijo, conviene que nos volvamos pronto a Barcelona...

DANIEL.—¡Oh!, sí, mañana...

MARQ.—Esta tarde misma... ¿Quieres?

DANIEL.—Sí... Sácame de este suplicio, de este peligro inmenso.

Los mismos. Jordana.

MARQ.—¿Pero cuándo empieza esto, Jordana?

ORD.—Son las tres, señora.

MARQ.—¡Qué satisfacción sentirá usted al convocar a sus amigos para cerecía tan bella en este soberbio edificio!...

DANIEL.—Habrá usted perdido la esperanza de que ese sátrapa de Cruz toline.

ORD.—Las perdí; pero las he recobrado otra vez. Yo no desmayo; yo siempre espero. (En tono confidencial.) Ya tienen ustedes noticias de la disidencia matrimonial.

MARQ.—Sí.

ORD.—Yo aspiro a conseguir la reconciliación.

DANIEL.—¡Usted!...

ORD.—Sí; me meto a componedor y a diplomático con la esperanza de que mis dos oficios se me paguen en ladrillo contante y sonante, o en sillería.

DANIEL.—¡Ay, qué inocente!

ORD.—No tanto como usted cree. He descubierto que el publicano ama locamente a su mujer. Anoche me le encontré en un estado de locura que dada me escapó como un tigre de malas pulgas, y toda silla en que se sentaba se partía en fin de pedazos. Su fuerza física parece duplicarse con la cólera que arde en su pecho hercúleo, y esta mañana... a un infeliz capataz que no entendía sus razones, le cogió... así... y ¡zas!, al estanque de remojo.

MARQ.—¿Y le tiró?

ORD.—Como que por poco se ahoga. Hoy ha despedido a mucha gente. La mitad de los operarios en la calle.

DANIEL.—Es un castigo del cielo ese hombre.

ORD.—Hoy no se oyen en la fábrica más que llantos, gemidos, imprecaciones. Parece aquello el cautiverio de Babilonia.

UNA HERMANA DE LA CARIDAD.—(Entrando por la puerta pequeña del fondo. Esta queda abierta, y por ella se ve una mesa puesta como para un refresco.) Don Manuel, a ver si le gusta esta a su gusto.

ORD.—Voy en seguida. (Vase la Hermana de la Caridad.)

Los mismos. Moncada, que entra por el claustro; después doña Eulalia y Jaime.

MONC.—Ya estamos aquí.

ORD.—¿Y Victoria?

MONC.—Con las señoras de Fiol, visitando la sala de Expósitos...

ORD.—Corro allá...

MONC.—(Deteniéndole amistosamente.) Una palabra... (Hablan aparte.)

EULAL.—(Con Jaime por el claustro.) Esto va largo.

JAIME.—Hay bateo para toda la tarde.

EULAL.—Y a mis sobrinos les da por visitar ahora la sala de Incluseros. No me enteren los chiquillos, ni aun aquellos que no tienen quien les haga mimosos.

MARQ.—(Saludándola.) Eulalia, felices...

EULAL.—(Estrechando la mano a la Marquesa y a Daniel.) Me han dicho que este día de Jordana ha decorado la iglesia con una magnificencia asiática.

MARQ.—Entremos a verla. (A Daniel.) Ven tú también. No quiero que te separes de mí.

JAIME.—Yo lo doy por visto.

EULAL.—(Queriendo llevarle.) ¿Qué dice el Incrédulo, qué dice la Materia?

JAIME.—Que está siempre a disposición del Espíritu. (Le da el brazo. Los cuatro entran en la iglesia.)

Moncada, Jordana.

MONC.—¡Cuánto me alegraría de que sus negociaciones, amigo Jordana, tuvieran un éxito feliz! Francamente, esa separación no me gusta.

JORD.—Ante todo, Cruz quiere tener una entrevista con usted.

MONC.—Pues cuando guste. ¿Debo ir allá?

JORD.—Quizás puedan verse aquí. Rechazó con malos modos mi invitación. Pero me puse tan pesado y tan fastidioso, que al fin pude arrancarle la promesa de venir; por supuesto, dándole las seguridades de que no habrá himno, ni merienda presentado por las señoras, ni discurso mío, ni nada de lo que él llama manganga.

MONC.—Dudo que venga, a pesar de ese cambio en el programa.

JORD.—Por si acaso, iré a buscarle. (Mirando su reloj.) No; ya no puedo. Déjame el encargo a mi primo.

Los mismos. Victoria, una Hermana de la Caridad, que entran por el claustro.

JORD.—(A su encuentro.) ¡Ah, señora!...

VICT.—¿No está aquí Gabriela?

MONC.—¿Pero no fuisteis juntas a ver a los expósitos?

VICT.—Sí; pero allí se nos unieron las de Fíol. Pasamos de sala en sala. Unas bajaban, otras subían. Yo me perdí. Parecióme que Gabriela había bajado al factorio.

JORD.—Ya parecerá.

VICT.—Sor Agustina ha sido tan amable, que además de acompañarme por el laberinto de pasillos y escaleras, me ha informado de varias cosas que necesito saber.

HERM.—De ropa de cama y envolturas para los niños no estamos bien. ¿Verdad, don Manuel?

JORD.—Lo mejor será que se le dé nota exacta de lo que tenemos en el guardarropa, de las pensiones de lactancia, del coste anual de cada chiquillo...

VICT.—Eso es. Ya me enterarán de todo cuando estemos más despacio.

HERM.—Pues con su permiso... (Saluda y se retira.)

JORD.—Con que... Inspeccionemos el *buffet*.

Victoria, Moncada.

VICT.—(Sentándose.) Cansada estoy de veras.

MONC.—(Observando que Victoria se lleva la mano a los ojos, mareada.) ¿Pero qué tienes?... ¿Te sientes mal?

VICT.—No, se me va la cabeza... Me marea tanto subir y bajar escaleras.

MONC.—Tú no estás bien. No te has repuesto aún del disgusto del otro día.

VICT.—Ya descansaré. Anoche no pude pegar los ojos. Pensaba en el patito del pobre animal al encontrarse solo. Además, no se apartan de mi pensamiento las atrocidades que hará separado de mí.

MONC.—Me ha contado Jordana que anoche, sentado a la mesa sin probar nada, su cara tétrica daba compasión.

VICT.—Echaría de menos nuestra conversación amenísima. «Victoria, ¿aprovechaste la partida de los moldes?...» «Sí, hijo...» «Que no se te olvide la rebaja que hemos hecho en los jornales de máquina.» Luego hablamos de si el carbón que nos da Rius es peor o mejor que el que nos daba la Compañía Hullera, o del tiempo favorable o adverso para las cochuras. ¡Ya ves qué cosas tan divertidas! Pero esas vulgaridades crían costumbre, y en el molde de las costumbres nos vaciamos y nos endurecemos.

MONC.—(Suspirando con profunda pena.) ¡Pobre hija de mi alma! ¡Y por mí te toman pesada cruz! Háblame con absoluta sinceridad. ¿Deseas que sea definitiva la separación?

VICT.—Te hablaré como a mi confesor. En los primeros momentos, la separación parecióme un bien. Pasados dos días, ya no me lo parece.

MONC.—¿Volverías?...

VICT.—(Después de vacilar.) Sí... La vida con Pepet es árida, trabajosa; pero es un batallar constante, aunque sin ruido... Soy yo muy guerrera. Peleo, o, me levanto, recibo crueles heridas, me las curo con bálsamo de Fierabrás, una vez a luchar con el gigante.

MONC.—(Su gran espíritu la salva.)

VICT.—Y te diré más. Hasta que me separé de él no he conocido que hay algo hacia él me impele. Atracción misteriosa que no comprenderás quizá.

MONC.—Sí que la comprendo. Y él, por su parte, tampoco se aviene con la sociedad. Es que hay seres que no pueden vivir sin tener alguien a quien atormentar.

VICT.—Y los hay también que no pueden vivir sin ser atormentados. (Confusa.) Sé lo que es esto, y te aseguro que no lo entiendo bien... Pero las cosas muy raras y muy resabidas son para los tontos. Del misterio de las conciencias se alientan las almas superiores.

MONC.—En fin, que por una causa o por otra, la separación te disgusta.

VICT.—(Levantándose.) Y aún no conoces todas las razones que me mandan volar allá.

MONC.—(Sorprendido.) ¡Otras razones! Dímelas.

VICT.—(Con cierta cortedad.) No... ahora no... (No me atrevo... Gabriela ha querido en decirse lo.)

mismos. Gabriela y una señora, que aparecen por una de las puertas de la izquierda poco después Jaime y Daniel por la derecha.

GAB.—(En la puerta.) ¿Pero dónde te metes? Buscándote hace media hora.

VICT.—Pero si os perdísteis... Digo, me perdí yo.

GAB.—Hija, no has visto la cocina... ¡Ay, qué cocina!

SEÑORA.—¡Y qué despensa! No ha visto usted cosa igual. (Avanzan las dos en la escena.)

GAB.—Ven, ven.

MONC.—Está fatigada. Dejadla.

VICT.—Iré si hay tiempo.

SEÑORA.—Venga usted. Es una maravilla de orden y limpieza.

GAB.—(Señalando a la puerta.) Por esta escalera bajamos en un momento. (Llévase a Victoria.)

SEÑORA.—Usted también, don Juan. (Aparece en la puerta una Hermana con mandil.)

MONC.—¿Yo también? Vamos allá. (Aparecen Daniel y Jaime en la puerta de la izquierda.) Jóvenes, ¿no quieren ustedes admirar las grandiosas cocinas?

JAIME.—No, señor; las admiraremos sin verlas... cuando nos sirvan el rancho.

MONC.—Abur. (Vase con la Señora por la izquierda.)

JAIME.—¿Sabes que me da en la nariz olorillo de guisote?

DANIEL.—De componenda quieres decir. Jordana es un buen repostero y prepara el pastel.

JAIME.—¿Qué piensas tú? ¿Tienes la reconciliación por imposible?

DANIEL.—No. Triunfarán las leyes, la moral...

JAIME.—¡Las leyes, la moral, la religión!... Todo este conjunto artificioso es el berano constitucional, que reina y no gobierna. Quien manda de verdad es la Naturaleza.

DANIEL.—Tienes razón. Pero la Naturaleza pareceme a mí que ha perdido también los papeles, y hace cada disparate... En fin, declaro que me aburro aquí beranamente.

JAIME.—Yo también. Pero no puedo marcharme. Esposo amante, no sé vivir separado de mi cara mitad, y corro tras ella (Dirigese a la puerta de la izquierda.)

DANIEL.—¿Dónde estará mi madre? (Como espantado de verse solo.) No puedo estar solo... ¡Me tengo miedo! (Al dirigirse al claustro, ve a Cruz y Jordana que llegan desde el fondo, el segundo como enseñando al primero el edificio.) ¡Ah!, ¡el monstruo!... Ya voy.

Daniel, Cruz, Jordana; después una Hermana de la Caridad.

JORD.—(Asustado.) ¡Daniel aquí!

CRUZ.—(¡El clérigo!) (A Jordana con desabrimiento.) Y en fin, ¿para qué me traes aquí? (Daniel y Cruz se miran con rencor.)

JORD.—Señores, yo les ruego... Por Dios, tengan presente la santidad del lugar...

DANIEL.—(La presencia de ese hombre me vuelve al estado de condenación. Yo quiero matar a ese hombre, o que él me mate a mí.)

JORD.—(Como queriendo llevarse a Daniel.) Querido marqués...

DANIEL.—Déjeme.

JORD.—(A Cruz.) Yo creo que con una leal explicación...

CRUZ.—(Rechazándole con sequedad.) ¿Qué sabe usted?

HERM.—(Que entra presurosa por el claustro.) Don Manuel, don Manuel, el Pii de San Francisco y seis Padres... Dirígense a la iglesia.

JORD.—(Muy apurado.) Avise usted... ¿Ha llegado mi familia?... ¿El niño?...

HERM.—Arriba están, en el cuarto de la Superiora. (Vase la Hermana.)

JORD.—(Inquietisimo. sin saber a dónde acudir primero.) Abajo, la madrina...; los casa, arriba...; los frailes, por allá; los convidados, en completa dispersión...; *buffet*, sin arreglar...; éstos, con gana de pelea... (Oyese repique de campanas.) Prior entra... ¡A dónde acudir!... (Mirando a Cruz y a Daniel.) ¿Y a mí qué? Máter en buen hora. (Entra presuroso en la iglesia. Cesa el toque de campanas.)

Cruz, Daniel.

DANIEL.—Señor Cruz, la casualidad ha vuelto a reunirnos. ¿Quiere usted resolvernos nuestra quereila por la forma usual del duelo?

CRUZ.—¡Estúpida forma la del duelo!

DANIEL.—¿Pues cuál?... ¿Hay otra?

CRUZ.—Sí; si le encuentro a usted en las inmediaciones de mi casa, le mato.

DANIEL.—Pues iré prevenido, y bien podría suceder que le matase yo a usted. No, señor Cruz; eso es un duelo a estilo de salvajes..

CRUZ.—(Después de recapacitar.) Pues corriente. Batámonos a estilo civilizado.

DANIEL.—Bien.

CRUZ.—Elija usted armas.

DANIEL.—Elijalas usted. Yo no manejo ninguna. Lo mismo me da, pues sien usted tan diestro en todas ellas, es seguro que me matará.

CRUZ.—Así lo creo.

DANIEL.—De modo que iré al duelo como víctima indudable; voy al asesina mejor dicho.

CRUZ.—Y lo dice tan fresco.

DANIEL.—Sí, porque deseo morir. Nada me interesa de la eternidad para a

CRUZ.—¿Nada? Usted ama. Quizás es amado.

DANIEL.—¡Oh, no! ¡Extraña cosa que yo tenga que declarar ante mi enemigo que no soy amado, y que este horrible vacío de mi vida obra es del despecho. ¿A qué más explicaciones? Debo perecer... Me llama el abismo. En su fondo el descanso. Silencio... llegan,

Cruz, Victoria, Gabriela, Moncada, Jordana, Jaime, Doña Eulalia, la Marquesa, señoras y balleros, que entran por el claustro, entre ellos, ceremoniosamente, una mujer vestida de uso del país con un niño en brazos, envuelto en ricas mantillas y capa de bautizo. Siguen las Hermanas de la Caridad, un monaguillo. Suena el órgano.

CRUZ.—(Retirándose a la izquierda del proscenio, como para dejar pasar la comitiva huyendo del compromiso de unirse a ella.) ¡Para qué me traerá Jordana a estas mangas! Mi salvajismo se subleva... (Reparando en Victoria.) ¡Mi mujer! Guapa é en verdad.

EULAL.—(Avanzando hacia Cruz y mirándole de arriba abajo, con desprecio. Márquese bien el aparte, guardando la distancia que el mismo aparte exige.) (Hombre sin corazón, enemigo de Cristo, Judas que le vendes, sayón que le azotas, ¿qué buscas aquí.) (Cruz parece entender por la mirada las expresiones de doña Eulalia, y se vuelve para el otro lado, encontrándose frente a la marquesa.)

MARQ.—(Mirándole con rencor, también aparte, a distancia conveniente.) (Bandido de la ley, perseguidor del débil, verdugo de los pobres: mal cuadra aquí tu insolencia si no vienes a humillarte y a renegar del diablo, a quien adoras.) (Vuélvese Cruz para el otro lado, y ve a Gabriela.)

GAB.—(Aparte.) (Que Dios te confunda, monstruo, y aumente tus riquezas hasta hacerlas tan grandes como la mar, para que en ellas naufragues y te ahogue.)

GRUZ.—(Aparte también, con ira y desprecio.) (Furibundas vienen hoy estas perlas.) (Por las dos señoras mayores.) ¡Y esta mocosa! ¡Qué modo de mirar!

VICT.—(Mirando a Cruz, que se ha retirado al otro lado del proscenio y clava en ella

(¡Mal ceño trae mi pobre monstruo!... Descuida... La loca de la casa está muy inspirada y te amansará.) (Rodéanla las señoras y Hermanas de la Caridad. Dese a la iglesia. El órgano vuelve a sonar, tocando una marcha religiosa. Los invitados y hermanas siguen a Victoria y entran en la iglesia.)

ORD.—(A Cruz, indicándole que entre.) ¿Y usted no?...

CRUZ.—(Displicente.) No quiero. Me quedo aquí. (Apártase Jordana algo corrido. Pados a la iglesia, menos Cruz y Moncada.)

Cruz, Moncada.

CRUZ.—¿Usted tampoco?...

MONC.—Luego. Tengo que decirte dos palabras.

CRUZ.—Vengan.

MONC.—Puesto que la separación es inevitable... Yo lo siento mucho, Pepet, que lo siento... ocupémonos de la cuestión legal. Me figuro que con tu mujer has de ser tacaño, y que le reconocerás una renta decorosa. Pero hay otro punto más grave...

CRUZ.—¡Más grave!

MONC.—Podría suceder... no afirmo yo que suceda... pero bien podría succe-

CRUZ.—¿Qué?

MONC.—Una cosa muy natural, Pepet; que tu mujer, dentro de tres, cuatro meses o cinco a lo más...

CRUZ.—(Con febril impaciencia.) ¿Qué, hombre, qué?

MONC.—Pues que me diera un nietecillo.

CRUZ.—Don Juan, don Juan, no juegue usted conmigo, no me busque el gesto. Mire que...

MONC.—Hay que prever este caso, Pepet, hay que preverlo...

CRUZ.—(Inquietísimo.) ¿Pero es verdad?... (Gritando.) Victoria... que venga... ¿de demonios está?

MONC.—Modérate, hijo; ten presente lo sagrado del sitio.

CRUZ.—¡Estoy en mi casa!... (Como trastornado.) ¡Ah!, no! Estoy en el hospital, este condenado asilo que ha hecho Jordana... Pero dígame usted..., ¿es cierto... ¿Lo ha dicho usted por broma, por ganas de atormentarme?... Don Juan, ¿usted que no admito bromas... ni de usted ni de nadie las aguento... Y si es verdad... ¿Pero usted no comprende que?... ¡Un hijo, tener un hijo! ¿Pues para qué me he casado yo? ¿Por qué trabajo, por qué soy como soy?... Don Juan. (Cotote por las solapas.) no me contento con que Victoria me dé un hijo. Tiene que haber muchos, muchos; y a todos les criaré en el amor de la propiedad, en la rección del tuyo y mío, en el culto sagrado de la contabilidad, en el trabajo... y en todo lo demás que ella quiera.

MONC.—Difícil me parece que tengas tantos... Uno quizás...

CRUZ.—(Furioso.) ¡Pues no faltaba más!... Digo que nos reconciliaremos, y tendremos muchos hijos, don Juan, aunque usted se oponga...

MONC.—Yo... como oponerme... no.

CRUZ.—Y realizaré el sueño de mi vida, pese a quien pese. Victoria y yo seré el fundamento de una gallarda generación, y perpetuaré mi nombre, unido al de ella; y mis hijos serán condes, duques y marqueses, y vivirán con el esplendor que a su rango corresponde, y aumentarán las riquezas ganadas por su padre, tendrán inmensa propiedad, tierras sin fin, granjas, montes, valles, provincias, castillos, palacios, barrios, ciudades, y nuestra casa, nuestra firma, será la primera de Barcelona, y de Cataluña, y de España, y del mundo entero.

MONC.—Calma, calma.

CRUZ.—Digo que no hay separación.

MONC.—Ella la desea.

CRUZ.—(Paséase furioso por la escena.) ¡Quitarme mis hijos, privarme de mi sucesión! (Llamando a gritos.) ¡Victoria!... ¿Pero cuándo se acaba ese endiablado bautismo?...

MONC.—¡Por Dios, Pepet!... ¡Qué lenguaje!...

CRUZ.—(Gritando.) Déjeme usted... ¡Victoria! Esto es un complot infame... Arrojadme cuanto se me ponga por delante. No respeto nada: ni a usted con sus canas venerables, ni a ella con sus remilgos de criatura santa y perfecta...

MONC.—La has ofendido gravemente.

CRUZ.—¡Ceguera de un instante! Soy fácil a la duda, como a la credulidad. Así como en los negocios no ha nacido todavía quien me engañe, en cosas de amor fácilmente me alucino, veo lo que no existe... se me desfiguran y agrandan las cosas... Soy así... Pero, don Juan, yo creo en ella, creo en mi mujer, la hermosa creación de la Naturaleza, o de quien quiera que se ocupe en crear que vemos... y lo que no vemos... Don Juan, no me contradiga.

MONC.—No, si yo... no...

CRUZ.—(Con violencia.) Porque no admito que se me contradiga en esto ni en nada; porque yo sé más que nadie; porque estoy dispuesto a demostrar que te razón, que estoy cargado de razón, que yo soy la razón misma, sí, señor, la razón...

MONC.—(Sujetándole.) Basta... Pareces un niño... Ya salen. Los mismos. La comitiva del bautizo sale de la iglesia; primero las Hermanas de la Caridad, las señoras y caballeros invitados; Jordana delante. Siguen Jaime, Gabriela, Eulalia, la Marquesa, Victoria, la Nodriza con el niño en brazos.

CRUZ.—(A Victoria, dirigiéndose a ella en cuanto la ve.) Tengo que hablarte.

VICT.—¿Ahora?

CRUZ.—¡Ahora y siempre!

VICT.—¡Pero qué modos! José María... aquí, en este lugar sagrado, ¿tan escandalizas?

CRUZ.—Aquí y en todos los lugares sagrados escandalizaré siempre que se anteje.

VICT.—¡Oh, qué grosería! ¿Estás loco? Déjame.

CRUZ.—Repito que quiero hablarte.

VICT.—Después

CRUZ.—Ahora mismo. (Los demás personajes se fijan en la viveza de este diálogo)

JORD.—(Tratando de apartar la atención de todos del altercado entre Cruz y Victoria. Señoras y caballeros, ha llegado la hora suprema de la reparación... de fuera. Señalando al «buffet», que se ve desde la escena.)

VICT.—Ahora voy.

EULAL.—(A Jordana, que sigue invitando.) Yo no acostúmbro a tomar nada fuera de mis horas; pero porque usted no diga...

JORD.—Señora marquesa... Gabriela... (Van pasando todos a la sala del «buffet» quedando solos en escena Cruz y Victoria.)

Cruz, Victoria.

CRUZ.—(Cogiéndola una mano.) ¿Insistes de veras en la separación?

VICT.—(Asombrada.) ¿Ahora sales con eso?... ¿Recuerdas lo convenido?

CRUZ.—Sí.

VICT.—¿Y negarás que me sobran motivos para pedir que se cumpla la condición estipulada?

CRUZ.—(Con fiereza.) ¡Victoria!

VICT.—No, no me impones miedo. Mis resoluciones; cuanto más repentinas, más duraderas. Un chispazo de mi voluntad, que es algo tempestuosa, me arrojó a la vida religiosa para llevarme al matrimonio. Otro chispazo me separó de ti para volverme a la vida religiosa.

CRUZ.—(Estupefacto.) ¡Otra vez!

VICT.—Verás... Como no puedo estar ociosa, como mi espíritu, mi naturaleza, me reclaman ocupación constante, absorbente, he decidido, a instancia de mi amigo Jordana, encargarme de la dirección de esta casa.

CRUZ.—(Impaciente, receloso.) Mujer, tú te propones acabar con mi paciencia. Lo conseguirás... Oye. (Queriendo asirla por un brazo.)

VICT.—No, perdona... Tengo que entrar un momento en el «buffet». Creerías que es desaire. (Dirigiéndose al «buffet» con paso ligero, a punto que sale de él Jordana.)

Cruz, Jordana.

JORD.—(En la puerta del «buffet».) ¿Pero usted no toma nada?

CRUZ.—(Con displicencia.) Gracias.

JORD.—Está de mal temple.

CRUZ.—(Llamándole.) Dígame. ¿Es cierto que mi mujer piensa ser directora? No sé... vamos, de esto?

ORD.—Tales son sus deseos.

CRUZ.—¿Y usted consiente?...

ORD.—¿Pues no he de consentir? ¡Y a mucha honra!...

CRUZ.—¡Jordana! (Amenazador.) Le juro a usted... Vamos, de mí no se ríe nadie; esta idea de secuestrar a mi mujer llega a ser un hecho, se verá quién es José la Cruz. Pegaré fuego a la casa... y a usted...

ORD.—(Con dignidad, retirándose.) Señor Cruz...

CRUZ.—(Procurando dominarse.) Perdone usted... No sé... Supongo que todo es...

ORD.—No lo tengo por tal... Será directora, sí, señor. Y yo tan contento. ¿Ve esas habitaciones que aún no están ocupadas? (Señalando a la primera puerta derecha.) Ahí se instalará.

CRUZ.—¿Ahí? (Acercándose a la puerta.) Está bien. (Llamando.) ¡Eh!... ¿No hay criados? Que avisen a mi casa para que venga Luch... y dos o tres mozos...

ORD.—¿Pero qué hace usted?

CRUZ.—Pues mandar que me traigan aquí mi cama, mi mesa y mis libros de biblioteca...

ORD.—¿De veras?

CRUZ.—Sí, hombre; aquí me instalo también. Quiero velar por la niñez... Me pesa extraordinariamente la generación que ha de sucedernos, los que ahora son pequeños y mañana serán grandes.

ORD.—¡Y usted!... (Entusiasmado.) Venga un abrazo, señor Cruz.

CRUZ.—(Rechazándole.) No, nada de abrazos. Repito que si mi mujer viene aquí, también...

ORD.—Bien decía yo que eso de la separación era una tontería.

CRUZ.—Claro, una tontería... Nada: cuatro palabras un tanto vivas, un talón y vuelve, un hacha levantada... Tuve celos; ya no. (Recorriendo la escena rápidamente.) Lo diré a cuantos quieran oírlo... Que me traigan al clérigo, que me traigan a todos los clérigos del mundo, y les diré que sus envidias de mi felicidad llegaran hasta mí...

ORD.—(Nunca le ví tan agitado. Carácter que se desquicia, hombre rendido... en nuestro al fin.) (Aparece Victoria por el «buffet».) (Victoria... No estorbemos.) (A la al «buffet».)

• Cruz; Victoria, comiendo un bizcocho.

VICT.—¡Cómo me gustan hoy los bizcochos! ¡No sé cuántos me he comido!... Comería más.

CRUZ.—Antojadiza estás... Ea, concluyamos. No admito la separación.

VICT.—(Con la boca llena.) Me sorprende esta conducta después de haber dudado de mí.

CRUZ.—¡Dudar! ¿Y quién no duda alguna vez, y ciento y mil? Pues ¿por qué te la fe, sino porque existió primero su madre, la duda? Yo dudé, es cierto; pero ya creo en tí. ¿Qué más quieres?

VICT.—Quiero más, mucho más. Tu aversión al prójimo, tu crueldad, tu codicia, tu barbarie, son una barrera infranqueable que me separa de tí.

CRUZ.—¿Pero qué pretendes? ¿Que me vuelva otro? ¿Soy acaso la Naturaleza, yo quien ha hecho las cosas como son? Puedo yo mudar las causas, quitar y poner los efectos? Si soy así, ¿qué remedio hay más que tomarme o dejarme?... ¿también tienes defectos, Victoria; al menos yo veo defectos en lo que otros llaman perfecciones. Eres demasiado religiosa; me acosas, me mareas con tu idea de caridad, tan distinta de las mías; me sermonizas, me contradices, me abrumas... sin embargo, yo me llevo bien con tus defectos, y te quiero a pesar de ellos, y más por ellos... Aceptame tú a mí con mis asperezas, como yo te acepto a tí con las tuyas... Porque si mis escamas o aletas de dragón infernal te pinchan y te rozan y cortan, a mí... el plumaje de tus alas de ángel también me... me pinza, me roza, me hiere. (Retírase a la izquierda del proscenio, donde está la mesa. Siéntase a ella en actitud reflexiva.)

VICT.—(Su carácter no puede cambiar. ¿Podría, acaso, suavizarse un poco? para conseguirlo, más valdrá la astucia que la fuerza. (Observándole.) No puedo... sin mí... Esto ya es algo... ¿Será cierto. Dios mío, que yo tampoco puedo vi-

vir sin él, sin esta rudeza que me lastima cuando trato de domarla?... Sí, es ley de vida, ley de educación, amar a los que corregimos.)

CRUZ.—(Como asaltado de una idea.) Bueno; accedo a la separación con tal que me libres de una duda que me atormenta. Dime si tu papá se burlaba de mí cuando me indicó hace un rato que...

VICT.—¿Qué, hombre?

CRUZ.—Que...

VICT.—Parece que estás lelo.

CRUZ.—Que quizás me darías un hijo.

VICT.—(Afectando indiferencia.) ¿Ya fué papá con el cuento?

CRUZ.—(Vivamente.) ¡Luego... es verdad!...

VICT.—No he dicho que sea verdad. Es una previsión de papá... (Bromeando un por si acaso ..

CRUZ.—¡Victoria... basta de bromas! ¿Es cierto que?...

VICT.—Siéntate...

CRUZ.—(Sentándose.) Ya estoy.

VICT.—Hablemos claro. (Coge una silla y se sienta a su lado. Pausa. Expectación Cruz.) ¿A cómo lo pagas?

CRUZ.—¿Qué?

VICT.—Eso que tanto deseas... Así hay que tratarte a tí... Al lado tuyo me vuelvo muy mercachifle, y todo lo cotizo, como tú.

CRUZ.—(Inquietísimo.) ¡Mujer... mira que!...

VICT.—(Obligándole a sentarse.) Quieto... Los negocios se tratan con calma y frialdad.

CRUZ.—Pero los hijos no sé yo que se hayan cotizado nunca.

VICT.—Los hijos también, sobre todo cuando los padres son como tú. A cuánto das?

CRUZ.—(Irritado, levantándose.) Victoria, no me vuelvas loco. Ahora sí te doy que antes se hundirá el firmamento que consentir yo en la separación.

VICT.—No podrás evitarla sino cotizándome también a mí. Vaya, hombre, vendo. ¿Cuánto das por mí, ahora que seguramente valgo más que antes, muchísimo?

CRUZ.—No compro mercancía que me pertenece.

VICT.—¿A que sí?

CRUZ.—Bueno, propón tú. El que ofrece el artículo, que manifieste en cual lo valora.

VICT.—Pues pido... (Reflexiona un instante con expresión picaresca.) pido... Preparate, que voy a pedir mucho...

CRUZ.—Preparado estoy.

VICT.—Pues... empiezo por una pretensión muy justa de papá. La perpetua por sucesión directa de la casa Cruz-Moncada bien merece que reconozcas con nominativas y pertenecientes a mi padre la quinta parte de las acciones del Banco Industrial,

CRUZ.—(Vivamente,) Concedido. (Le dará toda la broza...)

VICT.—Bien.

CRUZ.—Las acciones letra D.

VICT.—(Vivamente.) No, no; eso no.

CRUZ.—¿Por qué?

VICT.—¿Pero tú te has creído que yo soy tonta o que no entiendo de negocios?... Las acciones letra D son lo que llamas broza, porque están gravadas con el canon de Foxá.

CRUZ.—(Asombrado.) Pero...

VICT.—Andate con cuidado conmigo... Mira que a mí no hay quien me engañe... En fin, las de letra B.

CRUZ.—(Haciendo un gran esfuerzo.) Sea.

VICT.—Adelante... (Sonriendo.) ¡Si vieras!... Grabada tengo aquí la última cantidad que escribí en el libro de la fábrica. ¡Tengo yo una memoria!... Era el setenta y tres a tu favor de la cuenta del último trimestre... ¡Bonita cifra! Beneficio líquido: setas 27.433 con 78 céntimos.

CRUZ.—Justo, sí.

ET.—¡Qué hermosura de trimestre! Parece un sueño, una ilusión...

RUZ.—Pero no lo es.

ET.—Pues... ese pico ha de ser para mí.

RUZ.—¿El pico? ¿Los 78 céntimos?

ET.—No.

RUZ.—¡Ah, el pico de 433 pesetas! Bien, hija mía... sí... (Muy conciliador.) sí. Es repartirlo entre los pobres... Sí, sí... concedido. (Como sintiéndose tranquili-

ET.—Siéntate. No me entiendes. Se te ha metido en la cabeza que tu mujer es simple, una pobre beata que no sabe más que rezar... y... El pico que yo, que reclamo, es el total: las 27.000...

RUZ.—¡Y a eso llamas pico! ¡Victoria!... ¿Pero tú sabes?... ¡Si no hay en el mundo los pobres para'limosna tan colosal! ¿Acaso piensas salir a un balcón y arrojar el dinero a puñados? ¿Pero qué entiendes tú por picos, desventurada?

ET.—Sé lo que digo. Si soy yo una gran hacendista, y sé más, mucho más que tú. Llamo pico a esa cantidad, considerándola en la cuenta total de tus ganancias. En la liquidación de Bolsa, por diferencias, a fin de mes has ganado...

RUZ.—(Interrumpiéndola.) ¿Tú que sabes?

ET.—Es que hay en Bolsa un pajarito que viene volando y me lo cuenta

RUZ.—(Burlándose.) El Espíritu Santo.

ET.—Justo: el Espíritu Santo. Le vi en éxtasis, y en el pico llevaba un papecito que decía. Pesetas 257.308, con 23 céntimos.

RUZ.—Basta. Bueno, mujer; maldigo tus artes infernales, o celestiales, o lo que sean, y para que veas que soy conciliador, te doy eso que llamas pico, con tal que cierres el tuyo y no me pidas más.

ET.—Pero si ahora empiezo...

RUZ.—¿Pero más?

ET.—Sí; más, más. Pido que concluyas las obras de este santo Asilo.

RUZ.—(Airado, violento.) Mujer... basta... ¿Pero tú te propones dejarme en la calle? (Recorriendo agitado la escena.) ¿Concluir esto?... ¿Estás loca? ¿Pero tú sabes?...

ET.—Sí, conozco bien el plano.

RUZ.—(Nervioso, excitadísimo, mirando hacia el claustro.) Pues ahí es una frioletería. Falta el ala derecha... falta la iglesia definitiva... con dos torres muy grandes... que llegan al cielo... No, no; imposible... Hija mía, no, no puede ser. Hasta ahora he llegado... Ni Cristo pasó de la Cruz, ni esta Cruz pasa de aquí.

ET.—Pues no podemos entendernos.

RUZ.—Cierto que no hay manera de entendernos... Mejor... Porque sería mi culpa, y... No, no...

ET.—Pues, hijo, yo no transijo.

RUZ.—Ni yo... ni yo tampoco.

ET.—Rotas las negociaciones.

RUZ.—Pues rotas... ea...

ET.—Separación.

RUZ.—Pues separación... y cada cuál por su lado... Pues no faltaba más.

ET.—(Dándole el sombrero y señalándole la salida.) Estoy en mi casa. Toma... por favor se sale...

RUZ.—(Toma el sombrero y luego lo deja.) Victoria... aguarda... oye... Busquemos una transacción. Daré a Jordana una cantidad...

ET.—(Con energía.) No, no; has de terminar por tu cuenta el edificio, cueste lo que cueste.

RUZ.—No, no, no... Yo estoy loco... Victoria, óyeme... ¿No podríamos?...

ET.—(Sentándose.) ¿Qué?

RUZ.—Encontrar un medio, una fórmula... simplificando las obras, modificando el plano y el presupuesto...

ET.—Todo ha de ser como está proyectado...

RUZ.—(Pateando.) ¡Por vida del...! ¡Pero, mujer, siquiera...! ¿A qué esas dos tonterías? Con una basta... y chiquita... y de ladrillo.

VICT.—Han de ser dos, y de piedra, y grandes, grandes... y en los cimborios de la iglesia una cripta...

CRUZ.—¡Una cripta!

VICT.—(Cariñosamente.) Si, en la cual labraremos nuestros sepulcros: el tuyo mío y los de nuestros hijos; y cuando muy viejecitos ya, cargados de años y méritos, nos muramos...

CRUZ.—Nos enterrarán allí...

VICT.—Sí... yo así; (Indicando la actitud de una estatua yacente.) tñ a mi lado.

CRUZ.—Eternamente juntos...

VICT.—Nuestros huesos, que las almas... En el cielo estará la mía.

CRUZ.—La mía también... ¿Eh?, qué crees... Me colaré como pueda... Solamente iré a San Pedro...

VICT.—Sí; bueno estás tñ para sobornar. En fin...

CRUZ.—(Trastornado.) Victoria... me fascinas... me enloqueces me... Consígueme... yo, yo, como jefe de la familia; yo, el padre, debo velar por la propiedad por los intereses.

VICT.—(Levantándose orgullosa.) ¡Ah!, no... eso es una antigüalla. Dios me lo muestra, y me dice que las madres gobiernan el mundo.

CRUZ.—¡Las madres!

VICT.—(Con brío.) Sí... Basta. Sométete... pero en absoluto, sin condiciones. Silencio...

CRUZ.—Pero, por Dios, no lo digas a nadie. Guarda el secreto de mi conducta. Me avergüenzo de la traición que hago a mi carácter.

VICT.—Déjame a mí. Soy tu ángel bueno... No temas... Ea, vengan todos: (Gritando.) ¡Papá, Gabriela, Florentina, Jordana!

Los mismos. Moncada, Gabriela, doña Eulalia, la Marquesa, Daniel, Jaime, Jordana, que están por el «buffet».

VICT.—Mi marido y yo hemos resuelto terminar las obras de este gran edificio... (Asombro en todos.)

JORD.—Milagro, milagro... ¡Eh!, que venga el organista... los chiquillos a tocar el himno... Música, cohetes. (Sale disparado por el fondo.)

VICT.—(Aparte a Moncada.) Papá, todo conseguido... (A la Marquesa, en voz alta.) Florentina, alegrarse. La finca volverá a ser de usted...

MARQ.—¡Dios te bendiga! (Le abraza llorando.)

MONC.—Eres hombre vencido y domado. Victoria hace de tñ lo que quiere.

CRUZ.—Eso no. Mientras más la quiero, más me afirmo en ser lo que soy que teniéndome por indomable, me agradan los latigazos de la domadora. No puedo vivir sin ella, ni ella sin mí. Que lo diga, que lo confiese.

VICT.—(Con arranque.) Lo confieso, sí. Eres el mal, y si el mal no existiera, los buenos no sabríamos qué hacer... ni podríamos vivir.

FIN DE LA COMEDIA

¡SU SALUD PELIGRA!

TERRIBLES MICROBIOS LE ACECHAN!

No espere Ud. a que las Autoridades le indiquen que el agua está contaminada, pues hasta entonces habrá bebido alguna cantidad; tenga por costumbre filtrar siempre el agua, aunque no venga completamente turbia. Para ello nada mejor que el Depurador Higiénico y Rápido "ARSO" que equivale a tener un manantial en casa.

De venta: Fábrica "ARSO"
CARDENAL CISNEROS, 28. - MADRID
BUJÍAS FILTRANTES PARA TODA CLASE DE FILTROS

amos a los señores Corresponsales, dirijan la correspondencia

Administración, Calvo Asensio, 3. Madrid.—*No se acepta*

el pago en sellos.

meros publicados por **La Novela TEATRAL**

- TRATA DE BLANCAS.—Felipe Trigo.
LA SOBRINA DEL CURA.—C. Arniches.
EL MÍSTICO.—Santiago Rusñol.
LOS SEMIDIOSOS.—Federico Oliver.
LAS ACATUÁS.—Casero y G. Alvarez.
EL LOBO.—Joaquín Dicenta.
CHARITO, LA SAMARITANA.—Torres del Álamo y Asenjo.
EL VERDUGO DE SEVILLA.—García Alvarez y Muñoz Seca.
TODOS SOMOS UNOS.—J. Benavente.
EL REY GALAOR.—F. Villaespesa.
A CASA DE QUIROS.—C. Arniches.
ÁLCAR XXI.—Muñoz Seca, García Alvarez y Pérez Fernández.
EL RÍO DE ORO.—Paso y Abatl.
SOBREVIVERSE.—Joaquín Dicenta.
ALMA DE DIOS.—Arniches y García Alvarez.
EL CARDENAL.—L. Rivas y Reparaz.
EL POBRE VALBUENA.—Arniches y García Alvarez.
EL HOMBRE QUE ASESINÓ.—Traducción de Antonio Palomero.
LAS ESTRELLAS.—Carlos Arniches.
CLORETES.—Carlos Arniches.
LA SEÑORITA DE TREVELEZ.—Carlos Arniches.
ERAFINA LA RUBIALES.—Torres del Álamo y Asenjo.
BEN-HUMEYA.—Francisco Villaespesa.
EL SEÑOR FEUDAL.—Joaquín Dicenta.
LA ETERNA VÍCTIMA.—Felipe Trigo.
MIMY SAMSON.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
DÓPEZ DE CORIA.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.
A GIOCONDA.—G. d'Annunzio. Traducción de Francisco Villaespesa.
RIMAVERA EN OTÓN.—G. Martínez Sierra.
- 30 EL CRIMEN DE AYER.—Joaquín Dicenta
31 EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO.—Traducción de Gil Parrado.
32 LANCENFORT.—Vital Aza.
33 LA REBOTICA.—Vital Aza.
34 LA FRESCURA DE LAFUENTE.—García Alvarez y Muñoz Seca.
35 PRIMEROSE.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
36 CIENCIAS EXACTAS.—Vital Aza.
37 Doña María de Padilla.—F. Villaespesa.
38 RAFFLES.—Traducción A. Palomero
39 LA PRAVIANA.—Vital Aza.
40 EL GRAN TACAÑO.—Paso y Abatl.
41 MIRANDOLINA.—Cristóbal de Castro.
42.—GENIO Y FIGURA.—Arniches, Abatl-Paso y García Alvarez.
43 LA GENTIIZA.—Carlos Arniches.
44 LA VIEJECITA.—Miguel Echegaray.
45 PARADA Y FONDA.—Vital Aza.
46 LA ALEGRIA DE LA HUERTA.—Paso y García Alvarez.
47 PETIT-CAFÉ.—Tristán Bernard.
48 LOS NOVILEROS.—Edmond Rostand
49 ELECTRA.—Benito Pérez Galdós.
50 TIQUIS MIQUIS.—Vital Aza
51 EL ULTIMO BRAVO.—G. Alvarez y Muñoz Seca.
52 LA MARCHA DE CADIZ.—García Alvarez y Luchó.
53 DOÑA PERFECTA.—Benito Pérez Galdós.
54 LA TIZONA.—Godoy y Alarcón.
55 MIQUETTE Y SU MAMA.—Robert y Callivet.
56 LOS CUATRO ROBINSONES.—Muñoz Seca y García Alvarez
57 LOS GEMELOS.—Tristán Bernard
58 LA LOCA DE LA CASA.—B. Pérez Galdós.

1.918.



OSRAM

NOMBRE MÁGICO
que a su sola enunciación hace
recordar:

- La lámpara** de filamento metálico más sólida.
- La lámpara** de filamento que menos consume.
- La lámpara** de filamento que da la luz más blanca.
- La lámpara** de filamento de luz más permanente.

Todo el mundo lo dice: La lámpara OSRAM no alumbra, deslumbra.

Concesionario: LEÓN ORNSTEIN - MADRID - Marlana Pineda, 5.

LA NOVELA
TEATRAL

**GIGANTES Y
GABEZUDOS**

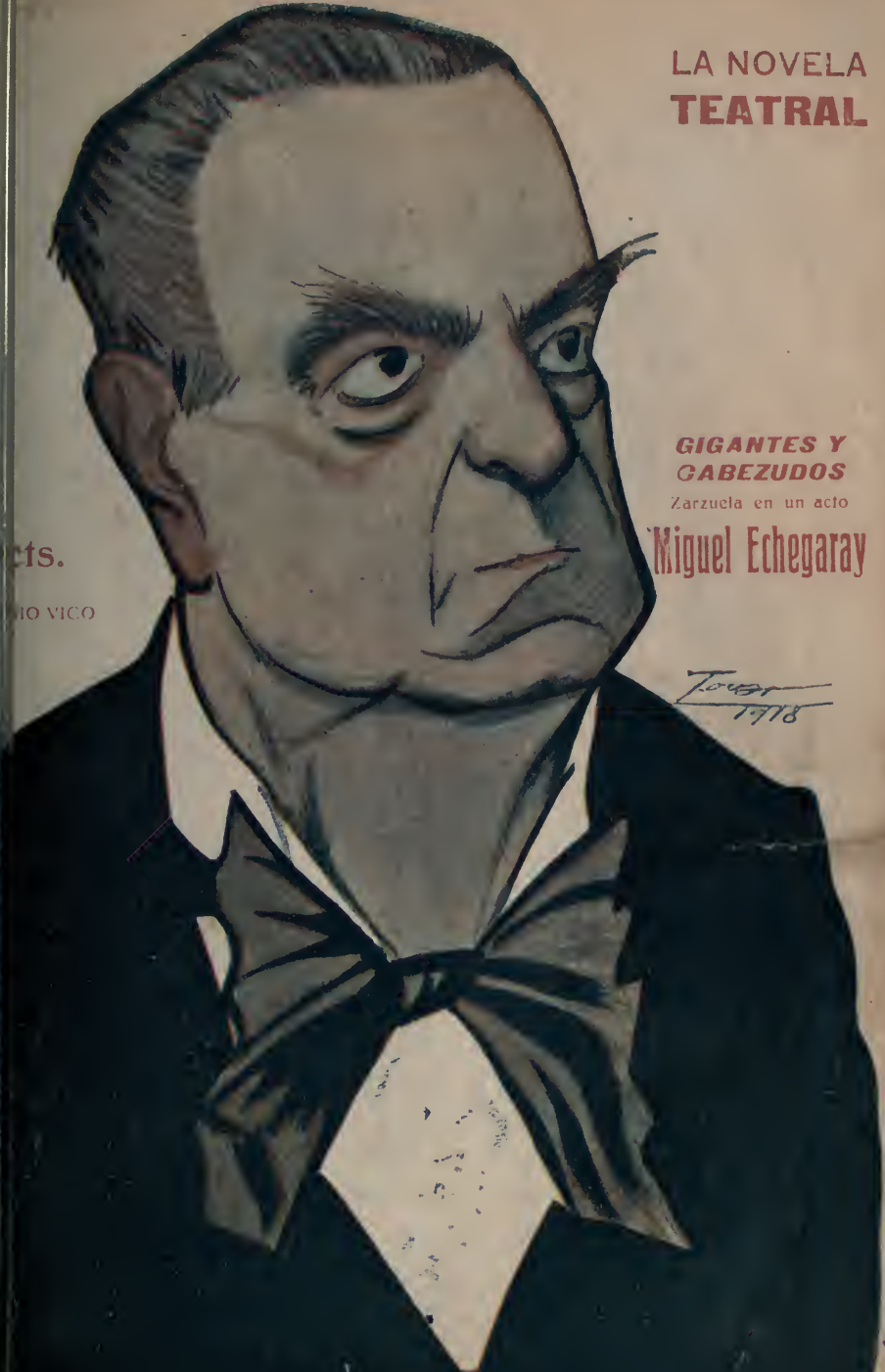
Zarzuela en un acto

Miguel Echegaray

Toussaint
1918

cts.

NO VICO



LA NOVELA TEATRAL

D rector: José de Uru

Complemento de la Novela Corta

**LOS CANTOS
POPULARES
ESPAÑOLES****(2.^a EDICION)**

Tu queré's como la bela:
ya s'apaga, ya s'ensiende;
ya me quieres, ya me orbías:
tu queré ni Dios lo entiende.

¿Cómo has tenido baló
pa echarle otro nobio nuebo,
estando en er mundo yo?

Tienes una carita
de San Antonio
y una condicioncita
como un demonio.

¿De qué te sirve que traigas
el sombrero a lo gachón
y el cuchillo a la cintura
si no tienes corazón?

Como los toriyos bravos
tienes, gitana, el arranque;
solo t'acuerdas e mí
cuando me tienes delante.

¡Bárgame la Crus de Mar
y er Cristo der Gran Podé!
¡Tanto como me querías,
y ahora no me puedes bé!

Tú no me pégas la casa;
tu no me das de comé;
me bienes pidiénd' selos;
¿a fundamento de qué?

¿De qué te sirve penar
y dar voces como un loco
si yo me muero por í
y tú te mueres por otro?


¿Eres Ana y eres vana;
eres cardo, eres jazmín;
eres buena y e es mala;
eres diablo y serafín.

Anda be y dile a tu madre
que sí te quiere bendé,
en la mano'sta'er dinero
y en la puert'a'er mercaé.

Aqueya firmesa tanta,
y aquer ponderar amor,
y aquer no bibir sin berme,
¡qué pronto te s'acabó!

Estrella de fuego fuiste
que en mi corazón entraste
dejaste el fuego prendido
y luego te retiraste.

El extraordinario éxito con que ha sido acogido este MERO ESPECIAL, publicado por "La Novela Corta", ha obligado a hacer una nueva edición, que hemos puesto en venta para satisfacer la insistente demanda de nuestros lectores y corresponsales.



GIGANTES Y CABEZUDOS

FAZUFLA CÓMICA EN UN ACTO Y TRES CUADROS, EN VERSO

DE

MIGUEL ECHEGARAY

Música de M. F. CABALLERO.

PERSONAJES

PILAR
ANTONIA
PEPA
JUANA
COMPRADORA

EL SARGENTO
TIMOTEO
PASCUAL
JESUS
EL TIO ISIDRO

VICENTE
MUNICIPAL 1.º
IDEM 2.º
LOS DE CALATORAO

Cabezudos, gigantes, coro general y de niños; banda de guitarras y bandurrias, tamboril y gaita.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

plaza del mercado en Zaragoza. A la izquierda, una carnicería, de la cual sólo se ve la puerta; puestos por todas partes; algunos carritos de mano, donde se venden frutas, etc. En primer término a la izquierda, un puesto de verdura y a la derecha uno de telas.

ESCENA PRIMERA

Antonia, Pepa, Juana, Coro de mujeres, des-
pués Timoteo.

MUSICA

(Al levantarse el telon aparecen agarradas y pegándose Antonia y

Juana. Las demás procuran separarlas.)

VEND,

Hay que separarlas.
Van a hacerse mal.

OTRAS

Isidro, tío Isidro,
venga usted acá.

(El tío Isidro sale de su carnicería y separa a las que se pegan.)

ISIDRO
¡Alto! ¡Qué mujeres!
Estas son demonios.

ANT.
¡Me arañó la cara!

JUANA
¡Me ha arrancado el moño!

ISIDRO
¿Por qué habeis armado
esta trapatiesta?

JUANA
El genio de Antonia.

ANT.
El carácter de esa.

JUANA
Me ha pedido mucho.

ANT.
La he dicho que ofrezca

JUANA
No me da la gana

ANT.
¿No ve usted qué lengua?

PEPA Y VEND.
¡Calma y no pegarse
por unas cuadermas!

JUANA
Eso no es vender.

ANT.
¿Eso qué es?

JUANA
¡Robar!

ANT.
¡Ladrona! ¡La mato!

JUANA
¡Qué me has de matar!
(*Vuelven a agarrarse. Vuelve a separarlos el tío Isidro.*)

ISIDRO
¡Antonia, que te estás quieta,
y tú, Juana, vete ya!
A que llamo al alguacil.

JUANA
El alguacil no vendrá.
Ya sabemos por qué es tan valiente,
ya sabemos por qué es tan cerril,
ya sabemos que insulta a la gente
porque tiene el marido alguacil.

Pero a mí no me importa ni el juicio
que viniese ahora mismo quisiera.

ANT.
¡Tío Isidro, tío Isidro,
me insulta otra vez!

VEND.
¡Fuera! ¡Fuera!
¡Te digo que fuera!
(*Empujan todas a Juana que
marcha.*)

ISIDRO
Pero, por D'os, Antonia,
nos comprometes.

Jamás oyes razones
ni te contienen.

A las seis has venido,
no son las siete,
y ya has andado a golpes
dos o tres veces.

Pronto a tu puesto
ponte a vender.

PEPA Y VEND.
Y cállate, si puedes,
alguna vez.
(*Antonia se sienta en su puesto
verduras, izquierda, primer
plano.*)

ANT.
¡Pimientos y tomates!
¿No hay quien los quiera?
Y rábanos, ¿quién compra?
¡La rabanera!

PEPA Y VEND.
Tiene un carácter
como una fiera;
pero ella es la alegría
de la plazuela.
(*Vuelven todas a sus puestos. P
en el de telas.*)

UNA
¡Vaya una merluza rica!

OTRA
¡Melocotones, manzanas!

UNA
¡Venga usted, parroquianica!

OTRA
¿Dónde están mis parroquianas

COMP.
¡Qué caro está todo!
¡Qué barbaridad!
Los precios se suben
cada día más.

UNAC

Ya Timoteo
viene hacia acá.
(Timoteo vestido de Guardia Municipal. Entra por la izquierda.)

TODAS

A buena hora llega
hoy la autoridad.

TIM.

Soy yo, muchachas.
Venid a mí.
Algo muy grave
voy a decir.

VEND.

Algo muy grave.
¿Qué pasará?
(Todas se levantan, vienen y le rodean.)

TIM.

Silencio, calma
y oídme ya.
El Ayuntamiento
hoy está reunido.
Por el nuevo arbitrio
ya se ha decidido.
No ha quedado corto
el Ayuntamiento,
que a todas aumenta
un ciento por ciento.

VIND.

Un ciento por ciento.
Qué barbaridad!

TIM.

Cosas, hijas, de la
superioridad.
calde, que os tién un canguelo
muy justificado,
obierno civil, de mañana,
legó demudado.
Y allí expuso sus dudas
respecto a vosotras;
pues como él decía,
al fin, sois mujeres,
de Zaragoza.

entonces al pobre Alcalde.
e dijo el Gobernador:
Usted cumpla lo acordado,
el orden respondo yo.

Ya lo sabéis,
vais a pagar.

VEND.

¿Pagar nosotras?
¡Nunca jamás!

Anda, vé y dile al Alcalde
que diga al Gobernador
que no responda del orden,
que el orden lo turbo yo.

Con tanto impuesto
ahogada estoy.
Mi sangre quíeren,
yo no la doy.

TIM.

Cristo de la Seo,
Virgen del Pilar,
haz que se sosieguen
y no griten más.
Si en aumento sigue
esta rebelión,
de una gran paliza
no me libro yo.

VEND.

Si esos señores
juntos allí,
contra nosotras
votan que sí,
anda, vé y dile al Alcalde
que diga al Gobernador,
que la plazuela ha votado,
y que ha votado que no.

HABLADO

TIM.

¡Señoras, por Dios, señoras.
¡Mujer, calla!

ANT.

¡No callamos!
Tenemos poco dinero.
Están los tiempos muy malos.
Para pagar ese arbitrio,
¿vamos a vender los trastos?
Al primer municipal
que venga, aunque sea el zángano
de mi marido...

TIM.

¡Presente!

ANT.

Y traiga un cañón rayado
en presentando el recibo
juro que lo manteamos.

TODAS

¡Sí, sí!

TIM.

¡Qué barbaridad!

TODAS

Lo hacemos.

ANT.

He dicho.

(*Volviendo a su puesto.*)

¡Y rábanos!

(*Todas ocupan sus asientos.*)

PEPA

¡A real la vara! ¡Surás!

TIM.

No seré yo, por si acaso, el que las traiga el papel, porque estos son marimachos, no mujeres, y mi Antonia, mi costilla, tiene un brazo que ni el Badila; y si vengo con el recibo, no escapo de la somanta: marido y todo, me alza la mano.

Pero si el conflicto estalla, vamos a ver, ¿yo qué hago? Soy municipal: ¡que paguen! Gritaré, «¡Que está mandado!» Mas como soy vendedor, yo contestaré, «¡No pago!»

El uniforme me obliga, el Municipio es mi amo. Mas el corazón, mi Antonia, me llama por otro lado.

¿Soy alguacil? ¿Soy marido? ¿Pido o niego? ¿Cobro o pago? «Conflicto entre dos deberes» que dijo un autor dramático.

Gracias a mi inteligencia, mi mujer y yo reinamos unidos al carnicero en la plaza y el mercado.

Mi Antonia es la soberana; vamos, la czarina; vamos, la que pega; yo el ministro de la Guerra, y aquel bárbaro de carnicero, el de Hacienda; porque es él el encargado aquí de sacar los hígados.

Daré una vuelta despacio por mi reino. Yo domino aquí. Ya impongo un multazo, ya le perdono; concedo mi protección, y reparto sonrisas: o me incomodo y remito un ciudadano a la cárcel, según el humor con que me levanto.

Cuando por aquí paseó, llevando la espada al lado, no envidio a Napoleón, con ser él otro tirano; porque él no llegó a mandar en Zaragoza, y yo mando.

(*Se va paseando por la plaza y se va por la derecha.*)

ESCENA II

Pilar, Antonia, el tío Isidro después. En puestos las vendedoras, y en la plaza la mación propia del mercado.

PILAR

¡Antonia!

(*Sale de la carnicería.*)

ANT.

¿Ya estás tú aquí, en vez de estar despachando? Si se enfada el tío Isidro...

PILAR

No se enfada: es muy buenazo. Ya he trabajado bastante. Pues ahora a charlar un rato.

ANT.

Tendremos tiempo de sobra. Estoy mano sobre mano. No veo una parroquiana. Yo no sé lo que las hago, pero me huyen. ¿Hay noticias?

PILAR

¡Ninguna! Hace medio año. Como está en operaciones...

ANT.

Los correos andan malos. ¿Pero tú le quieres siempre y te quiere siempre el maño?

PILAR

Como que somos de Ricla. Juntos nos hemos criado. Y yo la querencia a él. Pus él sin hacerme caso. Y los mozos me decían: «Esta chiquilla es de mármol; no quiere a ninguno.» Un día, verás: Jesús y el murciano

encontraron en la plaza
 ebieron, y apostaron
 vantar una piedra
 pesaba más que un carro.
 que va el murciano y coge
 piedra y la pone en alto,
 a Jesús y no puede
 ella. Se me saltaron
 lágrimas, y le dije:
 ¿tú no tienes fuerza, maño!»
 Él se dolió. Pus un día
 ó que se vino abajo
 a casa. Allí un chiquillo
 quedó medio aplastado.
 Enren todos, y no pueden
 darle. Llega el murciano,
 o puede. Va Jesús,
 vantando un peñasco
 a al chico. Y yo le dije:
 ¿tus cómo ahora tienes brazo
 ¿tes no?» Y él me contesta:
 «tra! Porque ahora he tirado
 el cuerpo y con el alma.
 o en el alma, ¡canastos!,
 go muchísima fuerza.»
 ¿o contesté llorando:
 «es es verdad, tanta fuerza
 es en el alma, maño,
 ¿me has arrancao la mía
 ra, ¡pero qué? de cuajo!»
 Así fué!

ANT.

Dios te lo guarde
 que tú le quieres tanto.

PILAR

¡Voy a la Pilarica!
 me lo traerá salvo.

ANT.

¿Tú que si no vuelve...?

PILAR

¡Vendrá; me lo ha jurado;
 ¡Vendrá pa casarse
 Pilar, y yo le aguardo
 veinte años.

ANT.

¿Y si al pobre
 lo matan de un balazo?

PILAR

¡Vendrá. Es aragonés
 ¡Vendrá, porque ha dado
 palabra.

ANT.

¿Y si le lisan?

PILAR

¡Pus mira. Si viene manco,
 por el brazo que le falte
 aquí tiene mis dos brazos.
 Si cojo, aquí sus muletas
 y si el pobre desgraciado
 sin vista, aquí el lazarillo,
 el perro para guiarlo.
 Pus yo soy así: de Riela,
 pus tan buenos como francos.

COMP.

Pronto, despácheme usted.

ANT.

Voy.

COMP.

¡Pronto!

ANT.

Pronto o despacio.

ESCENA III

Dichas, el tío Isidro, después el sargento y Tío Moteo.

ISIDRO

¡Pero Pilar!

(Saliento de la carnicería.)

PILAR

¡Tío Isidro!

ISIDRO

¡Yo solo no doy abasto
 para despachar! ¿Qué haces?
 Siempre te estás escapando
 a la calle.

PILAR

Tío Isidro,
 no se enfade usted.

ISIDRO

¡Me enfado

con razón!

PILAR

¡Usted es mi padre!

ISIDRO

¿Quién yo?

PILAR

Y yo debo adorarle

Me recogio del arroyo
una noche hace ya años

ISIDRO

Y te sigo recogiendo
todos los días. Me cansé
ya.

PILAR

Pus no lo vuelvo hacer.
Ahora verá si despacho
mejor que usted. ¡El cartero!

ISIDRO

¡Esta chiquilla es un diablo!
(Pilar entra corriendo en la carnicería y detrás el tío Isidro.)

ANT.

Pero ofrezca usted.

COMP.

¡Ofrecer.

Eso es caro, caro y malo.

ANT.

¡Malo!
(Antonia y la compradora se agarran y se pegan.)

UNAS

¡Antonia!

OTRA

¡Timoteo!

PEPA

Hoy estás endemoniada

TIM.

(Entra corriendo por la derecha.)
¡Presas! No. ¡Que es mi mujer!
(Se va al fondo del mercado. El sargento entra por la izquierda y las separa.)

SARG.

Arto, no pegarse y carma.
(Acerto andaluz.)

A su puesto todo el mundo,
si no me las llevo atadas.
¡Jesús! ¡Qué revolución!
Ha habido que echar en masa
la guarnición a la calle
para poder dominarla.
¿Pero ustedes seis señoras
ú qué?

ANT.

¿Quién, yo?

SARG.

¡Usé se calla!

(Toaos se van a sus puestos, la compradora se marcha.)

¡Allí está, allí! ¡Con un cuerpo
(Mirando a la carnicería.)

más chiquito, y con un alma
más grandel... No la hay más buena,
ni tampoco más simpática.

¡Dios mío! Que un veterano
de dos o tres mil campañas
esté aquí como un cadete
por esa chiquilcuatra!...

TIM.

¡Sargento!

SARG.

¡Don Timoteo!

TIM.

¿Qué hace usted aquí? ¿Mirarlas?

SARG.

¿Yo? No por cierto. ¡Dejar
que me miren!

TIM.

Las encanta
el uniforme, ¿verdad?

SARG.

El uniforme y la espada.

TIM.

Yo en mí lo he experimentado.
En poniéndome de gala,
¡loquitas!

SARG.

Vamos a dar
una vuelta por la plaza

TIM.

Robaremos corazones.
(Se cogen del brazo y pasea)

UNA

¡Melones y calabazas!

SARG.

¿Será alusión?

TIM.

¡Qué ha de ser.
(Las vendedoras tosen.)

SARG.

¡Jesús, y qué constipadas
están todas!

TIM.

Por llamar
la atención.

SARG.

¡Pobres muchachas!
(Se van del brazo por la acera.)

ESCENA IV

Pilar

MÚSICA

2. Romanza De Pilar. no

(Sale corriendo de la carnicería con una carta en la mano..)

Esta es su carta.
Es el cartero,
después del otro,
lo que más quiero.
Tardó la carta
cerca de un año.
Vive y me quiere
mi pobre maño.
¿Qué me dirá?
Vamos á ver.
¿Por qué, Dios mío,
no sé leer?

Si no doy esta carta á leer,
lo que escribe yo voy á ignorar
mas no debe ninguno saber
lo que el ~~chico~~ le cuenta á Pilar.

Me leen sus cartas
mal y de prisa,
y acaban siempre
muertas de risa.
Que esas se rían
no puede ser.
¿Por qué, Dios mío;
no sé leer?

Las cuatro caras
llenas están.
Esta es su firma.
¿Qué me dirá?

e dirá que me quiere de veras,
que soy mona y rica.
e dirá que, al rezar no se olvida
de la Pilarica.
e dirá que está hambriento y sediento,
y enfermo y cansado,
que va por ~~jerros~~ y charcas
sin pan ni calzado.
e dirá que ni el ~~mar~~ es hermosa,
ni ~~es~~ dulce la caña,
que piensa en su pobre baturra,
que llora en España.
¿Dirá otras cosas?
Bien puede ser.
¿Por qué, Dios mío,
no sé leer?

Tal vez su vuelta
me anunciará.
Tal vez enfermo
se encontrará.
Y ay Dios! ¿Quién á verle
no vuelva ya.
Duda cruel
ya me asaltó,
y hacer latir
mi corazón.
¿Qué me dirá:
Yo no lo sé.
¿Por qué, Dios mío,
no sé leer?

SCENA

Pilar, Pascual

HABLADO

PILAR

¡Otra! No saber leer
y no poder entenderla...
Esto parece mentira.
¡Que digan cosas tan buenas
estos puntos y estos ganchos
y estas patitas que cuelgan!...
(Pascual por la derecha.)

PAS.

Adiós, Pilar.

PILAR

Pascualico.

PAS.

¿Estás triste?

PILAR

Tengo penas.

PAS.

¿Por aquel?

PILAR

Naturalmente.

¿Por quién quieres tú que sea?

PAS.

Si pudiera ser por mí...

PILAR

No puede ser

PAS.
Pus paciencia.
PILAR
¿Me quieres mucho?
PAS
Más que él.
PILAR
¿Tú más que él? No te lo creas
PAS.
Pues vamos, tanto. ¿Verdad?

PILAR
Me parece que no llegas.
PAS.

Si yo tuviese millones,
una carretela nueva
y dos jacas andaluzas,
todo a tus pies lo pusiera
para que tú por Torreros
pasearas como una reina.
¿Qué dices?

PILAR
Que te paseabas
tú solo en la carretela.
Tú sabes leer, Pascual?
PAS.

Fní el primero en las letras,
y de nada me ha servido,
que me come la pobreza.
¿Ha venido carta?

PILAR
Sí.
PAS.
¿Quieres que yo te la lea?
PILAR -

Quiero y no quiero. Ahí verás.
Cuando me las leen esas
se rien de lo que dice,
y me da rabia y vergüenza.
Si tú la lees, tú sufres,
y no quiero que padezcas,
y si nadie me la lee
yo me muerdo de impaciencia.

PAS.
Pues más vale que yo sufra
que no tú; conque así venga

PILAR
Está negra y arrugada,
ya debe de tener fecha.

PAS.
No la pone.

PILAR
Vamos, lee.
PAS.
Pues dice... ¡Que tú le quieras
y a mí no!

PILAR
Vamos, Pascual.
PAS.
Pues dice... ¡Que yo te lea
sus cartas!...

PILAR
Tú lo has querido
No seas pesado, y empieza.
PAS.

«De un monte a la falda,
y a orillas de un río,
te escribo en la espalda
de un amigo mío.
Te escribo depriesa,
que estoy de rodillas,
y dice la mesa
que le hago cosquillas.
Esto sigue malo,
Pilar de mi vida.
Le pegan un palo
al que se descuida.
De dinero ando
mal, y de alegría;
de salud, tirando
con la que traía.
No gasto en jarabes,
voy firme en mis reinos.
En Ricla ya sabes
lo recio que semos.
Estoy destrozado,
parezco un salvaje.
Toda se ha pasado
la ropa que traje.
De toda dí fin,
y voy casi en cueros,
con un calcetín
con tres agujeros.
Jesús no te olvida,
te lleva en su pecho,
y en él escondida
la campaña has hecho.
Tu imagen se halla
dentro dulce y rica,
fuera la medalla
de la Pilarica.
Ni un tiro siquiera
dará aquí en el centro.
La Pilar de fuera

da a la de dentro.
emo a la muerte,
ar bien me sabe,
go muy fuerte
ue esto se acabe.
jesús. No sigo,
or mí. Posdatas.
ansa el amigo
está en cuatro patas.»
no hay más. Toma tu carta.

PILAR

¡Qué alegría!

PAS.

¡Y la besa!

mos, que siento un coraje
a rabia y una pena!

PILAR

quío, ¡lloras! ¡Que no llores!

PAS.

te yo esas cosas te lea!

PILAR

Belchite nadie llora.

de allá te ven reniegan
sí.

PAS.

Ya sabes que siempre
cluyo de esta manera
ablo contigo. El llorón
lamaban en la escuela,
pensar que yo te quiero
e quiero que me quieras
le quieres a él
te quiere... se me llenan
ojos, y suspirando
oy muerto de vergüenza.

(Sale izquierda.)

ESCENA VI

Pilar y Vendedoras.

PILAR

, qué alegría! ¡Está bueno!

ne quiere muy de veras.

¡Si lo dice bien claro.

ónde lo dirá? ¿En qué letras?

tonia.

ANT.

¿Qué se te ofrece?

PILAR

Un favor.

ANT.

Dí lo que sea.

PILAR

Léeme un poco.

ANT.

¡Hola, cartita!

PILAR

Carta de mi maño.

ANT.

Venga.

(Lee.)

«Te escribo en la espalda.»

PILAR

No.

ANT.

¿Pus dónde quieres que lea?

PILAR

Más abajo, haz el favor.

ANT.

«Sólo un calcetín me queda.

PILAR

Más arriba.

ANT.

¿Más arriba?

PILAR

¡Vaya, y qué poca paciencia.

ANT.

(Lee.)

«No gasto en jarabes.

Moy firme en mis remos.

En Ricla, ya sabes

lo recio que senos.»

PILAR

Sigue, un poco más abajo.

ANT.

¡Déjame tú de simplezas
de novios!

PILAR

¡Será animal!

ANT.

¡Que me duele la cabeza!

PILAR

Dice que nunca me olvida,
dice que con él me lleva
en el pecho. Eso está aquí,

en esta cara, a la vuelta.
Pepa...

PEPA
¿Qué hay?

PILAR
¿Quieres leerme?

PEPA
Sí, Pilar.

PILAR
Pues gracias, Pepa.

PEPA

«Tu imagen se halla
dentro dulce y rica;
fuera, la medalla
de la Pilarica.»

(*Se acerca una mujer a Pepa.*)

Toma, voy a despachar.

PILAR

¡Jesús! ¡Qué gente! ¡Me quema
la sangre!

ESCENA VII

Pilar, el tío Isidro, Vendedoras.

ISIDRO

(*Saliendo de la carnicería.*)

¡Pero, muchacha!
¡Otra vez! ¿Quién te sujeta?

PILAR

No se enfade usted, tío Isidro.
Esta es la última, esta,
porque usted es mi padre, ¡otra!

ISIDRO

Otro, mujer.

PILAR

Como sea.

Y también mi madre, ¡otra!

ISIDRO

¡Otra madre! Ahora sí pega.

PILAR

Me cogió usted del arroyo.

ISIDRO

Y sígo. Tienes querencia
a la carne.

PILAR

¡Esta es la última!
Voy a encerrarme en la tienda,
y usted va a hacerme un favor,
¿verdad?

ISIDRO

Todo lo que quieras.

PILAR

Usted va a leerme esta carta.

ISIDRO

Bueno.

PILAR

Pero toda.

ISIDRO

Entera.

PILAR

Va a leerla dos veces.

ISIDRO

Trés.

Pero después.

PILAR

Cuando pueda.

Aquí lo dice, tío Isidro.

Hay que ponerlo de imprenta.

Pilar y la Pilarica.

Una dentro y otra fuera.

(*Entran en la carnicería.*)

ESCENA VIII

El Sargento, Vendedoras.

ANT.

¡No viene nadie a mi puesto!
¿Qué habré hecho yo?

¡Son más perras

SAR.

(*Por la derecha.*)

¡Aquí otra vez! Por mirarla
de lejos! ¡Si me marea!

¡Esa mujer para mí,
porque Dios quiere! Por ella
por ella haré traición a un amigo,
al que más quise en la tierra;
mentiré, calumniaré,
me mataré con cualquiera.
Haré cualquier cosa grande,

¡Si se casó por la Iglesia!
¡No es posible!

PILAR

Pa otra no.
Lo es para una aragonesa...
Nadie nos gana a constantes,
ni a cabezudas, ni a tercas.
Se casó... ya enviudará.
Aunque me caiga de vieja
media hora antes de morirme
como yo le pille cerca
se casa conmigo el maño.

SARG.

(Eso dice, ¡otra le queda!
He sembrado la semilla,
ya vendremos a cogerla.)
Adiós, Pilar, siento mucho...
(Sale por la derecha.)

PILAR

Gracias, hombre, y no lo sientas

ESCENA X

Pilar, Vendedoras, municipales; después Timoteo.

PILAR

¡Casado! ¡Qué rabia tengo!
¡Ya no soy mujer, soy fiera!

ANT.

¡No vendo nada! ¡Qué rabia
tengo! ¡Qué suerte más negra

MUN. 1.º

¡Antonia!

ANT.

¿Qué traes tío?

MUN. 1.º

¡Yo! Mira la papeleta.
La nueva contribución.

ANT.

Hombre, en buen momento llegas.
Chicas, vienen a cobrar

(Gritando.)

la contribución.

TODAS

(Levantándose.)

¡La nueva!

ANT.

¿Qué hago? ¿Le pago o le pago?

PILAR

Tú pagas siempre. ¡Pues pega!

ANT.

¡Le mato!

(Antonia se agarra al municipal y le pega.)

MUN.

¡Socorro! ¡A mí!

(Acuden otros y la sujetan.)

ANT.

¡Bribones!

PILAR

¡Que se la llevan!

(Entre los Municipales se llevan a la Antonia, que lucha con ellos desesperadamente. Salen izquierda.)

VEND.

¡Antonia!

(Timoteo entra por la derecha.)

TIM.

¿Qué ha sucedido?

PILAR

¡Tu mujer presa!

TIM.

¡Ella presa!

PILAR

Sí.

TIM.

Mi mujer es sagrada
e inviolable, que es la reina
del mercado. ¡Ya no soy
alguacil, soy una fiera!

¡La espada que el municipio
me dió para su defensa,
yo la rompo y la devuelvo!

(Se quita la espada y la rompe.)

VEND.

¡Que vuelven!

PILAR

¡Aquí no entran!

¡A ellos, muchachas, a ellos!

(Cogen todos los carritos y las tablas y las colocan como barricadas en la segunda bocacalle de la derecha, disponiéndose a la defensa.)

TIM.

¡Abajo el Alcalde!

PILAR
¡Muera!

MUSICA

PILAR

No nos asusta
nada en la tierra.
Guerra les gusta,
pues haya guerra.
Los hombres todos
son muy bribones.
¡Ea! a ponerse
los pantalones.
Dinero quieren;
pues ni una perra.
Guerra les gusta;
pues guerra.

TODAS
¡Guerra!

PILAR

Las mujeres mandaran
vez de mandar los hombres,
irían balsas de aceite,
a pueblos y las naciones.
No habría nunca,
guerras odiosas,
y se a concluir esas guerras irían
madres y esposas.
aun siendo muchos
muy valientes,
un día acababan con ellos
en uñas y dientes.

CORO

Las mujeres mandaran, etc.

TIM.

Valiente llo
si ellas mandaran.
¡Vaya un congreso
de diputadas!

*(Por la bocacalle de la izquierda
aparece un municipal.)*

TIM.

Orden del señor alcalde...

TODAS

¡Muera! ¡Tuno! ¡Vete! ¡Atrás!
*(Lluvia de patatas y pimientos, que
hacen huir al municipal.)*

TIM.

¡Dios mío, qué patatazo
han dado a la autoridad!
*(Un alguacil salta la barricada y
entra.)*

ALG. 1.º

¡Ríndanse todas!

TODAS

¡Fuera ese pillito!

*(Al ver que se dirigen furiosas a él,
echa a correr y se salva por pies.)*

TIM.

A ese dejadle,
que ese es amigo,
que es compañero
y es un buen chico,
y un padre honrado
con siete hijos.

PILAR, TODAS

(Viniendo al proscenio.)

Con nosotras que débiles somos
los hombres no pueden,
y al mirarnos furiosas se asustan
y el campo nos ceden.
Para amar somos dulces y humana
con esos bribones,
mas si quieren pisarnos, injustos,
ya somos leones.
Aunque traiga el alcalde un cañón,
no nos echa de aquí si hay unión

ESCENA XI

Dichos y Antonia.

HABLADO

ANT.

(Desde dentro.)

¡Pilar!

PILAR

¡Es Antonia!

PEPA

Pasa.

ANT.

(Izquierda.)

Aquí estoy.

TIM.

¿Qué ocurre?

PILAR

Cuenta.

ANT.

Ha dicho el gobernador

que expongamos nuestras quejas.
Que vaya a una comisión
y nos oirá.

TOM.

Buena idea.
Se nombra una comisión
de nuestro seno. La Pepa,
la Resitarta...

PILAR

Y la Antonia,

TOM.

La Antonia no, que le arrea
al gobernador... Pilar.

TODAS

¡Sí, Pilar!

PILAR

¿Yo? ¡Como quieran.
¡Chiquitas! Traídmelo el fogón.
pa que vaya vuestra jefa
a ver al gobernador.

PEPA

¿El fogón? Está en mi tienda.
(*Pepa coge dos aras de tela blanca
puesta, una con tirantes y otra
amarrilla.*)
Aquí le tienes.

PILAR

¡Y mátele!

(*Pilar se rodea las aras a la cintura,
haciéndolas un lazo.*)
Adelante, compañeras!

MUSICA

PILAR, TODAS

A decir voy al Alcalde
y al señor Gobernador
que la plazuela ha votado,
y que ha votado que no.
(*Salen formadas y marchando
trás Timoteo.*)

METRACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. El río Ebro. Al otro lado se ve Zaragoza, las torres de la Seo y las cúpulas de
Pilar.

ESCENA PRIMERA

Jesús, Vicente y Coro de hombres, todos con el
traje aragonés y algún desfilivo de haber
sido soldados, que puede ser la gorra.

MUSICA

JESÚS, VIC., CORO

(*Por la izquierda.*)

Por fin te miro,
Ebro famoso,
hoy es más ancho
y es más hermoso.
¡Cuánta belleza,
cuánta alegría,
cuánto he pensado
si te vería!
Tras larga ausencia
con qué placer te miro
en tus orillas
tan sólo yo respiro.
Estás más lleno,

aun más que te he dejado.

¡Ay, pobres madres,
cuánto han llorado!
Ya Zaragoza
vuelvo a pisar.
Allí la Seo,
y allí el Pilar.

(*Se descubren los*

JESÚS

¡Por la patria te dejé,
ay de mí!
y con ansia alí pensé
siempre en ti.
Y hoy, ya loco de alegría,
¡ay, madre mía!
me veo aquí.

TODOS

Aguas muy amargas son
las del mar.
yo he sabido la razón
al marchar.
Tantas penas van por él,
que le amargan

con tanto llorar
con tanto llorar.
Ay, baturrica,
no te he olvidado,
vuelvo a tu lado
lleno de fe,
y ya nunca partiré

HABLADO

UXO

¿Vas han vestido de nuevo.

VC.

A mi me enviaron mi traje.

JESÚS

Miñala, miñala, Zaragoza!

VC.

Y el río? ¿Verdad que es grande?

JESÚS

Que si es grande? Si no hay otro.

Como empieces a estirarle,

dejas con él a la China

y pones la punta en Cádiz.

VC.

Miñala, la Seo, miñala!

JESÚS

Y el Pilar allí, mirale.

Esa es mi primer visita,

que lo prometí si marcharme.

Yo equi al Pilar: allí a dar,

lorando y arrodillándome,

gracias porque he vuelto... y vivo.

que pude volver cadáver.

Del Pilar, a la Pilar.

La pobre de mí no sabe.

La he de dar gracias también

por querirme y esperarme.

De la Pilar a la tía

Pilar; pues otra, a mi madre.

A darle gracias también

de rodillas, por echarme

al mundo, que estoy contento.

que escapé de aquellos cafres:

y queriéndome las dos

es la vida muy amable.

VC.

Y luego con las guitarras,

por las plazas y las calles,

a dar serenata a Pepa,

a Basiliña y a Carmen;

a Antonia, a Juana, a la Justa,

a Rita, a las Soledades,

y a Rosa y a Inés.

Tercera

¡A todos!

VC.

No habrá una que no me escuche.

JESÚS

¡Chiquitos, templad las guitarras,

y pur el puente admontal!

¡Ay, qué buena es el Pilar!

y qué abrazo a las Pilares!

(Salen por la derecha.)

ESCENA II

Timoteo por la izquierda, de paisano, en el vestido, con una cesta y una caña de pescar.

Voy a pescar. A llevar
de comer. Estoy desierto.
me puse a las marretillas...
me plantaron en la calle.
Si no llamo a mi mujer
esta tarde, y no muy tarde,
cuatro o cinco o seis cucleras
jura desencadenarme.
¡Qué triste estoy! Ya no puedo.
¡Mandar!... ¡Qué placer tan grande!
Ser autoridad es ser,
aquí como en todas partes,
lo que hay que ser, lo mejor;
porque una autoridad hace,
sin intención, por sorpresa,
una o dos atrocidades...
¿Y qué? Se queda tan fresca.
Se la ríen los compañeros.
¿Que chillan los enemigos? ...
¿Y qué?... Todos a la cárcel.
Tercera barbaridad.
¿Y qué? También se la aprietan
los amigos. Y así, claro,
de uno en otro disparate,
una autoridad engorda
y vive alegre y flamante.
¡Ah, yo tengo la nostalgia
del poder! ¡Ya no soy nadie!
Mi mujer está furiosa,
pues no puede desahogarse
y si antes fué toda hiel
es ahora hiel y vinagre.
Vaya, vamos a pescar.
¡Dios mío si yo pescare
mi destino!... ¡Ser repuesto!...
Sí, ya puede sublevarse
mi esposa: ya no la sigo.

Juro ser en adelante
Guzmán el Bueno. Le pido
la cuchilla, la más grande,

al carnicero, al tío Isidro,
y la arrojo, ¡y que la maten!
(Sale por la derecha.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

La Plaza del Pilar. Telón a todo fondo; en el último término la iglesia. Practicables todas las puertas.

ESCENA PRIMERA

El Sargento.

Hoy, la fiesta del Pilar,
aquí vendrá la muchacha,
como todo Zaragoza.
Aquí podremos hablarla
y darla unos capotazos,
que la indina no se hablada,
y aún habla de su Jesús,
y aún llora... ¡Tengo una escama!
Ya debe estar al caer
su licencia, y si le largan
para acá, y el mejor día
en Zaragoza se planta...

ESCENA II

El Sargento, Jesús, Vicente, Izquierda,

JESÚS
¡Sargento!
SARG.
(¡Jesús! ¡Pues
ya se ha plantado!)
JESÚS
¿No me abrazas?
SARG.
¡Jesús!
JESÚS
¡Mi mejor amigo!
SARG.
Y dilo, que no te engañas.
¿Has venido...?

JESÚS
Sí, a casarme
con Pilar.

SARG.
¿Con Pilar?

JESÚS
¡Vaya!

VIC.
Llegamos para las fiestas.

JESÚS
Pues yo no pienso ver nada,
voy a estar aquí media hora.
Ver la Virgen y rezarla,
y luego ver a Pilar,
y al tren, y al pueblo mañana
con madre: no dir allí
lo primero, es una infamia.

SARG.
¿Conque media hora?
JESÚS
Y cortica

SARG.
(Pues vamos a aprovecharla.)

JESÚS
¿Y Pilar?

SARG.
Pilar...

JESÚS
Pues claro.
¿Qué ha pasado? ¿Por qué callas?
Hace ya cerca de un año
que no he recibido carta.
Tú quedaste en escribírselas
y prometiste mandármelas.
¿Cómo es que no las recibo?

SARG.
Hombre, habrá habido su causa.

JESÚS

¿Me lo va a decir
ahora mismo.

SARG.

Espera, aguarda.

¿Dónde vas? ¿Ya no está aquí.

JESÚS

¿Se ha marchado?

VIC.

¿Dónde anda?

SARG.

¿Se ha casado.

JESÚS

¿Mi Pilar?

VIC.

¿Está casada?

SARG.

¡Casada!

¿En. Te contaré despacio

JESÚS

Ahora! ¡Aquí mismo!

SARG.

(No haga
demonio que aquí venga.)

¿Serás: No es la historia larga.

¿Después llegó aquí un mejicano,

el ricacho de las Pampas.

¿Un hombre había oído hablar,

¿Se hasta allí llega la fama

del melocotón. ¿Qué hace

cuanto llega? A la plaza

para verlos, y el maldito

¡Queló allí a la muchacha.

¿La ve y se encalabrina.

¿Como iba lleno de alhajas

los dedos con sortijas

de rubises y esmeraldas,

¿por cadena una sogá

con un brillante que brillaba

como el sol en la camisa,

¿comenzó a camelarla,

¿vaya un collar de perlas,

¿luego unas arracadas

de brillantes... la chiquilla

¿se vuelve loca, se casa

¿se marcha, y allí está

¿en un sitio que le llaman

Antilipunam, cabeza

del valle de Tamagualpa,

¿donde corre el Amazonas.

¿río con mucha agua,

¿y Ebro.

VIC.

Ya será menos

SARG.

Algo menos, unas miajas.

JESÚS

¿Me ha olvidado!

SARG.

Vive hecha

una reina mejicana

allí, con trescientos negros

de a caballo que la guardan

y otros trescientos de a pie,

y otros trescientos en lanchas

para pasearla, sin duda

por el Rlín o por el Niágara.

VIC.

Olvidala, no estés triste.

Agarremos las guitarras

y a cantar toda la noche.

No te vas hasta mañana.

SARG.

¿Son las cosas de la vida!

¿Qué dices? ¿Por qué no hablas?

JESÚS

¿Qué digo? Que yo me caso

con la Pilar.

SARG.

(¡La cantata

de la otra!)

JESÚS

Lo ha prometido,

¡pues a cumplir su palabra.

SARG.

¿Si ya está casada, hombre!

JESÚS

¿Y a mí qué, si está casada!

Hoy, lunes, en Zaragoza;

mañana, martes, en casa;

miércoles, me embarco en Cádiz;

el jueves, cruzo la charca;

el viernes, llevo y le mato;

el sábado, se casa

con Jesús la Pilarica,

y el domingo se descansa.

VIC.

¡Chiquio, no te desesperes!

JESÚS

Por tóo lo que has hecho, gracias.

SARG.

Yo te acompaño a la iglesia

y al tren.

JESÚS
Pues andando.

SARG.
¡Arza!
(Salen por la segunda izquierda.)

ESCENA III

Pilar, Antonia, coro de señoras, baturros, chicos, gigantes, cabezudos y pueblo.

MUSICA

SEÑ. Y MUJ. DEL PUEBLO

Zaragoza de gala
vestida está,
y devota y creyente
viene al Pilar.
Vamos ya, que la Virgen
espera allí,
hecho un ascua de oro
su camarín.
(Siete baturros cogidos de la mano.
El primero es un anciano muy alto,
el último un niño muy chiquito,
todos colocados por estatura,
formando como una escalera.)

BATURROS

Por ver a la Pilarica
(Por derecha.)

vengo de Calatorao.
Vinimos en la perrera,
¡Jesús, lo que hemos gastao!
Por ver a la Pilarica
está muy bien empleo.

VIEJO

Chiquio, no te pierdas.
¿Vas bien agarrao?

NIÑO

Voy agarradico.
No tengas cuidiao.

TODOS

Por ver a la Pilarica,
¡Jesús lo que hemos gastao!
Por ver a la Pilarica
está muy bien empleo.
(Antonia y Pilar por la derecha.)

PILAR

Aunque oigo que en la iglesia
tocan a gloria.

estoy triste, muy triste
yo, señá Antonia.

ANT.

Echa ya los pesares
del corazón.
Por lo sería, me paices
un gigantón.
(Entran los cabezudos persigien-
do a los chicos por la derecha.)

CHICOS

Aquí, aquí, morico el Pilar
Se come las sopas
y se echa a bailar.
Al berrugón
le picaban los mosquitos
y se compró
un sombrero de tres picos.
Garras de alambre,
vas muerto de hambre.
El Chino por melón,
se llevó un tolozón.
(Entran los gigantones con el tar-
boril y la gaita por la derecha.)

PILAR

Cuando era niña y jugaba,
al verlos venir, corría;
y ya moza, los buscaba,
y mujer ya, los seguía.
Hoy, aunque triste, al mirarlos
se me alegra el corazón,
porque ellos me representan
a los hijos de Aragón.
(Preludio de la jota; durante el ba-
la una pareja, que debe hacer
primorosamente.)
Grandes para los reveses,
luchando tercios y rudos,
somos los aragoneses
gigantes y cabezudos.
Ante la alegría
que tiene la jota,
el alma aquí dentro
se nos alborota.
Si el preludio suena
del canto famoso,
caras muy bonitas
se asoman al Coso.
Corren los chiquillos,
cantan las mozelas,
ríen los ancianos,
lloran las abuelas.
(Al llegar aquí empiezan a bailar
ocho parejas.)
Saltan los gigantes
y los cabezudos,

y ya, vuelto loco,
baila todo el mundo.

CORO

Saltan los gigantes
y los cabezudos,
y ya medio loco,
baila todo el mundo.

*(Cantan, bailan y saltan hombres,
mujeres y niños, gigantones y cabezudos. Concluida la pieza musical salen todos en distintas direcciones. Se quedan en la plaza los dos gigantones, que deben ser el Duque y la Reina mora.)*

HABLADO

ANT.

¡Cantar y bailar.
¡Te pongas triste, chica.

PILAR

Vamos a la Pilarica.
¡Váame a consolar.

(Salen por la segunda izquierda.)

ESCENA IV

(Los dos gigantones. Se quedan inmóviles en el proscenio.)

PAS.

(Asomando la cabeza por entre las ropas del gigantón.)
¡Niquio, ¿sabes tú que pesa?

TIM.

(Asomando la cabeza.)
¡No puedo con la carga.

PAS.

¡Moteo! ¿Eres tú?

TIM.

YO.

PAS.

¿Cómo estás ahí?

TIM.

Pues yo estaba
descando. Llegó un amigo
me dijo: «Ahí no haces nada.
¿Quieres ganarte unos reales?»

Sígueme. Tire la cana,
le seguí, cogí este trasto,
y aquí voy baila que baila

PAS.

¡Qué cosas hacemos por
los viles garbanzos!

TIM.

¡Calla!

No se sabe dónde llega
un cesante cuando rabia
de hambre.

PAS.

¡Ay! Yo voy sudando.

Metido entre las enaguas
de esta señora, me asfixio,
y me están dando unas bascas...

TIM.

Yo voy, que no puedo más,
porque este tío me aplasta.

PAS.

Encerrado en esta cárcel,
con esta triste ventana,
siento una pena que, vamos,
me acometen unas ganas
de llorar...

TIM.

Y a mí también.

No lloro porque fui guardia
Si el gobernador me viera
con este tío a la espalda,
como he sido de la clase
le haría muy poca gracia.

ESCENA V

Dichos, el Sargento, Jesús y Vicente. Salen
segundo término izquierda.

SARG.

¡Atren. A no perder tiempo,
que ya es tarde.

VIC.

No te vayas.
Con las guitarras rondemos.

JESÚS

Déjame ya de guitarras,
que estoy mal templo.

SARG.

Ven.

JESÚS
No dar ni una sirinata.
(*Se van por la izquierda, primer término.*)

TIM.
Yo tiro este mamotreto.
PAS.
Yo me escapo de esta jaula
y me voy de Zaragoza,
porque aquí el hambre me mata

TIM.
Pues echa el último baile
para quedar bien, y a casa.

PAS.
Saltan los gigantes
y los cabezudos.

TIM.
Y ya, vuelto loco,
baña todo el mundo.
(*Se van bailando y cantando por la derecha.*)

ESCENA VI

Pilar, Antonia. Después el Sargento. Salen segunda izquierda.

ANT.
¿Dónde vas?

PILAR
Pues a buscarle.

ANT.
Pero, ¿a quién?

PILAR
No está en la plaza.

ANT.
¿A quien?

PILAR
Pues, otra, a Jesús:
Le he oído toser.

ANT.
¿Le has oído por el cable?

PILAR
En Riela, cuando pasaba,
tosía. ¡Ejem! La señal.
Yo corría a la ventana.

ANT.
Pues la tos de hace tres años
en el Pilar resonaba.

PILAR
¡Qué catarro!

ANT.
¡Está! ¡Ha venido!

PILAR
De paso.

ANT.
¿De paso?

PILAR
Vaya.
Camino de Panticosa

PILAR
Ese sargento me engaña.

ANT.
¿Te lo han dicho?

PILAR
En el Pilar
también.

ANT.
No llegó a mí nada.
¡Qué oído más fino has echado!

PILAR
¡La Virgen! No con palabras,
con los ojos. La recé
y me ha dado una esperanza.

SARG.
¡Ya le tengo encarrilado!
(*Por la izquierda.*)
Va a la estación. Ya se larga.

ANT.
Ahí está.

PILAR
Ese hombre miente.

ANT.
Hay que saberlo. Tú trama
alguna; piensa; malicia
en Aragón no nos falta.

PILAR
Ya tengo una idea aquí.

SARG.
¡Pilarica!

ANT.
¡Viene!

PILAR
¡Calla!

(Idem.)

SARG.

¡Oh! Tanto bueno.

PILAR

¿A buscarte
me venido.

SARG.

¿Me buscabas?
¿Pues dí en qué puedo servirte.

PILAR

¿Me he recibido una carta
esta hora mismo de Jesús.

SARG.

¿Sí? Será muy atrasada.

PILAR

¿Sabes que no sé leer,
y Antonia en imprenta, y gracias;
¿y tú me haces el favor...

SARG.

¿Venga. Está muy arrugada.

(Coge la carta.)

PILAR

¿Del bolsillo.

ANT.

¿Esta es aquella?

(Bajo.)

PILAR

¿La misma.

SARG.

¿Tinta más clara!

¿No me ha servido casarle.

¿Esta chica no se ablanda.

¿Voy a tener que matarlo.)

PILAR

¿Qué haces? Lee.

SARG.

¿Me da muy mala
espina esta carta.

ANT.

¿Sí?

SARG.

¿No es su letra. Está firmada
por otro.

PILAR

¿Qué será ello?

Lee.

SARG.

(Lee para sí)

¡Dios mío de mi alma!

ANT.

¿Qué pasa?

SARG.

¿Válgame Dios!
¡Pobre amigo mío!

PILAR

¡Habla!

SARG.

¿No puedo.

ANT.

¿Se ha muerto?

SARG.

¿Sí,

PILAR

¿Muerto?

SARG.

¿Maldita campaña!

ANT.

¿Pero qué pillo, Dios mío!

SARG.

¿Señora... ¡A un hombre que acaba
de morir, llamarle pillo!
Sea usted un poco más cristiana.

PILAR

¿Y dónde lo dice y cómo?

SARG.

(Idem.)

¿Pues en estas cuatro páginas.

PILAR

Lee.

SARG.

¡Ejem! ¡Ejem!

ANT.

(Bajo.)

También

¿éste tose.

PILAR

¿Así se ahogara.

(Idem.)

SARG.

«De un monte a la falda

(Lee.)

y a orillas de un río,

¿iba en su caballo,

¿pobre amigo mío!

¿Cruzó por un vado

con mucha fatiga.
Le hizo una descarga
la gente enemiga.
Cayó del caballo,
sufrió en el encuentro
una herida fuera
y otra herida dentro.
Huyeron contentos,
que era gente ruin.
Sólo le dejaron
con un calcetín.
Y aunque en Ricla sabes
lo recio que semos,
no sirvieron drogas
y estiró los remos.»
Válgame Dios, y qué sino,
¡Jesús! ¡Qué muerte tan trágica!

ANT.

(¡Válgame Dios! ¡Qué embustero!)

PILAR

(¡Válgame Dios! ¡Qué canalla!)

SARG.

¡Muerto! ¿Qué dices ahora.
Pilar?

PILAR

Que Pilar se casa
con el maño.

SARG.

¿Con el muerto?..

(A ésta va a ver que encerrarla.)

¡Pilar! ¡No te acerques tanto!

*(Pilar se acerca mucho al Sargento,
y mientras éste lee entusiasmado,
ella va sacando con mucho tiento
el sable.)*

PILAR

Dispensa. El deseo, el ansia
de saber. Sigue leyendo.

SARG.

¡Qué desgracia!

ANT.

Vamos, anda.

SARG.

(¡Que cerca está! ¡Qué calor!

¡Echa por los ojos llamas!

Ahora lo entierro con mucha
tierra pa que no se salga.)

(Lee.)

«Con algunas ramas
y flores y hojuelas,
le hicimos al pobre
unas parihuelas.
Entre cuatro amigos

fué en hombros llevada.

Le depositamos
en tierra sagrada,
y duerme por siempre
el amigo mío
de un monte a la falda
y a orillas de un río.»

«Posdata. No es cierto
que se haya casado,
en su Pilarica
él siempre ha pensado.

Y al morir nos dijo
con voz lastimera:
escuchad mi triste
voluntad postrera.
Que Pilar se case,
ya que no conmigo,
con el buen sargento,
mi mejor amigo.»

¡Pobrecito! Hay que cumplir
su voluntad. El lo manda.

¡En un momento, Dios mío,
qué cosas, qué cosas pasan!

*(Enciende un fósforo, y como lleva
en la mano izquierda el cigarro y
la carta, al encender el pitillo
pega fuego a la carta de propó-
sito.)*

¡Ay, se me quemó el papel!

PILAR

¡No importa! ¡Bribón, canalla,
traidor, mal amigo, falso,
mal hombre!

SARG.

¡Qué rociada!

ANT.

Ya la habíamos leído.

SARG.

(Pues me han cogido.)

ANT.

¿Qué aguardas?

¡Carnicera, corta!

*(Pilar levanta el sable y se va al
Sargento. Este presenta el pe-
cho.)*

SARG.

Corta,

carnicera, hiere, raja
y pincha. No me defiendo.
Si es que quieres matar, mata.
¿No fui bueno? Mas... ¿por quién?
Por Pilar. Tú eres gitana,
no aragonesa. Por celos
y por amor y por rabia.

me, si yo no quiero
r. ¡La vida no es nada
la Pilar! ¡Ni alegrías,
laceres, ni esperanzas,
natices en las flores,
urmillos en el agua,
felic en mi Andalucía,
az dentro de mi alma!

PILAR

(Le devuelve el sable.)

ANT.

¿Le perdonas?

PILAR

Sí.

ANT.

¿Qué alma tan grande, de santa!

SARG.

¿Te perdona. Me ha humillado.
¿O sé qué siento: unas ansias
y unos corajes, y una
resolución desatada
que me tóo el interior! ¡Me ahogo!
¿Y los tiemblen si se dispara
en Andalucía. ¿Me disparo?
¡Am, paso! ¡Allá va una bala
cañón.

(Sale izquierda.)

ANT.

Se va corriendo,
¡un arañazo. ¡Guarda!

(Sale corriendo detrás.)

PILAR

Se marchó, no volverá.
¡Y, mañico de mi alma!

ESCENA VII

Coro. Después Jesús, Vicente y Sargento.
Luego Timoteo.

MUSICA

PILAR

Se marchó, de seguro,
desesperado.
Como a mí le habrá dicho
que le he olvidado.

Quizás no vuelva.
¿Dónde estará?

(Arocheve.)

¡Qué triste llega
la noche ya!
Todo lo veo negro
sin mi Jesús.
Pero allí brota un rayo
de hermosa luz.

(El templo del Pilar se ilumina,
ábranse las puertas y empieza a
cruzar la plaza la procesión del
Rosario.)

MUJERES

Dios te salve, María, etc.

(Rezando.)

HOMBRES

Tu voz es el arrullo
(Entonando un himno a la Virgen.)
de pájaros cantores.
El iris y las flores
te prestan su arbol.
Tu manto azul y plata,
el cielo transparente,
diadema de tu frente
la hermosa luz del sol.

PILAR

Dios te salve, madre;
Dios te salve, reina.
Tú, vida y dulzura
y esperanza nuestra
Madre de los amores,
yo en tí creí.

Y hoy vengo en mis dolores
llorando a tí.

A tí todo se alcanza,
ven y óyeme.

Si tú eres la esperanza,
yo soy la fe.

Oye a quien te suplica
desde el Pilar.

Tráemele, Pilarica
tráemele ya.

(A lo lejos se oye el canto de los li-
cenciados.)

LIC.

Por la patria te dejé,
¡ay de mí!
y con ansia allí pensé
siempre en tí.
Y hoy ya loco de alegría,
¡ay, madre mía!
me veo aquí.

PILAR

Ese canto

de alegría
del que vuelve
y es feliz,
¿por qué suena
tan adentro,
si tan lejos
se oye ahí?

LIC.

(Las voces mucho mas cerca.)
Por la patria te dejé, etc.
*(Entran en la plaza cantando, con
gran brío. Al ver la procesión
suspenden el canto. Al mismo
tiempo aparecen los grandes fa-
roles de la procesión.)*

MUJERES, NIÑOS Y HOMBRES
Dios te salve, María, etc.

HABLADO

*(Por la izquierda Jesús, el Sargento
y Vicente.)*

JESÚS

PILAR
¡Maño!

SARG.

Yo le traje.
Corrí por él. Se marchaba.
Le detuve y aquí está.
¡Ganarle a grandeza de alma
tú ni nadie a un andaluz!...
Si lo más grande de España
está en Sevilla, en mi tierra.
Las mentiras, la Giralda,
la hermosura de las hembras,
¡hasta el sol tiene tres varas
más que éste! ¡Ganarme a mí!
¡Nequaquam y renequaquam!

TIM.

¡Repuesto! ¡Por fin repuesto!
*(Entrando de uniforme por la de-
recha.)*

Corro a decir a la plaza:
«¡Si hay motín, no te subleves,
más pega si tienes gana!»

JESÚS

Me empené que pa mí fueses.
Semos tercós, semos rudos.

PILAR

Todos los aragoneses
Gigantes u cabezudos

¡SU SALUD PELIGRA!

TERRIBLES MICROBIOS LE ACEGHANI

No espere Uid. a que las Autoridades le indiquen que el agua está contami-
nada, pues hasta entonces habrá bebido alguna cantidad; tenga por
costumbre filtrar siempre el agua, aunque no venga completamente
"urbia. Para ello nada mejor que el Denurador Higiénico y Rápido
"ARSO" que equivale a tener un manantial en casa.

De venta: Fábrica "ARSO" CARDENAL CISNEROS, 28. - MADRID

BUJÍAS FILTRANTES PARA TODA CLASE DE FILTROS

Como a los señores Corresponsales, dirijan la correspondencia
Administración, Calvo Asensio, 3. Madrid.—*No se acepta
el pago en sellos.*

Novelas publicadas por La Novela TEATRAL

- TRATA DE BLANCAS.—Felipe Trigo.
LA SOBRINA DEL CURA.—C. Arniches.
EL MÍSTICO.—Santiago Rusiñol.
LOS SEMIDIOSES.—Federico Oliver.
LAS CACATÚAS.—Casero y G. Alvarez.
EL LOBO.—Joaquín Dicenta.
CHARITO, LA SAMARITANA.—Torres
del Álamo y Asensio.
EL VERDUGO DE SEVILLA.—
García Álvarez y Muñoz Seca.
TOLOS SOMOS UNOS.—I. Benavente
EL REY GALAOR.—F. Villaespesa.
LA CASA DE OUIROS.—C. Arniches.
MÚCAR XXI.—Muñoz Seca, García Álva-
rez y Pérez Fernández.
EL RÍO DE ORO.—Paso y Abati.
SOBREVIVIRSE.—Joaquín Dicenta.
EL ALMA DE DIOS.—Arniches y García
Álvarez.
EL CARDENAL.—L. Rivas y Reparaz
EL POBRE VALBUENA.—Arniches y
García Álvarez.
EL HOMBRE QUE ASESINÓ.—Traduc-
ción de Antonio Palomero.
LAS ESTRELLAS.—Carlos Arniches.
DOLORETES.—Carlos Arniches.
LA SEÑORITA DE TREVELEZ.—
Carlos Arniches.
SERAFINA LA RUBIALES.—Torres del
Álamo y Asensio.
ABEN-HUMBYA.—Francisco Villaespesa.
EL SEÑOR FEUDAL.—Joaquín Dicenta.
LA ÉTERNA VÍCTIMA.—Felipe
Trigo.
JIMMY SAMSON.—Traducción de José Ig-
nacio de Alberti.
LÓPEZ DE CORIA.—Muñoz Seca y Pé-
rez Fernández.
LA GIOCONDA.—G. d'Annunzio. Traduc-
ción de Francisco Villaespesa.
PRIMAVERA EN OTÓN.—G. Mar-
tínez Sierra.
- 50 EL CRIMEN DE AYER.—Joaquín Dicenta
51 EL MISTERIO DEL CUARTO AMARI-
LLO.—Traducción de Gil Parrado.
52 FRANCFORT.—Vital Aza.
53 LA REBOTICA.—Vital Aza.
54 **LA FRESCURA DE LAFUENTE.**—
García Álvarez y Muñoz Seca.
55 PRIMEROSE.—Traducción de José,
Ignacio de Alberti.
56 CIÉNCIAS EXACTAS.—Vital Aza.
57 Doña María de Padilla.—F. Villaespesa.
58 **RAFFLES.**—Traducción A. Palomero
59 LA PRAVIANA.—Vital Aza.
40 EL GRAN TACAÑO.—Paso y Abati.
41 MIRANOLINA.—Cristóbal de Castro.
42.—**GENIO Y FIGURA.**—Arniches, Abati-
Paso y García Álvarez.
43 LA GENTILZA.—Carlos Arniches.
44 LA VIEJEICITA.—Miguel Echegaray.
45 PARADA Y FONDA.—Vital Aza.
46 LA ALEGRÍA DE LA HUERTA.—Paso y
García Álvarez.
47 **PETIT-CAFÉ.**—Tristán Bernard.
48 LOS NOVELEZOS.—Edmond Rostand
49 **ELECTRA.**—Benito Pérez Galdós.
50 TIQUIS MIQUIS.—Vital Aza
51 **EL ÚLTIMO BRAVO.**—G. Alvarez y
Muñoz Seca.
52 LA MARCHA DE CADIZ.—García Álva-
rez y Lucio.
53 **DOÑA PERFECTA.**—Benito Pérez
Galdós.
54 LA TIZONA.—Godoy y Alarcón
55 MIQUETTE Y SU MAMA.—Robert y
Callivet.
56 **LOS CUATRO ROBINSONES.**—Mu-
ñoz Seca y García Álvarez.
57 LOS GEMELOS.—Tristán Bernard.
58 **LA LOCA DE LA CASA.**—B. Pérez
Galdós.



Axioma:
Verdad que no tie-
ne ni necesita de-
mostración. Ejemplo:



La lámpara
OSRAM
no tiene rival
en el mundo.



OSRAM



CONCESIONARIO:
LEÓN ORNSTEIN

MARIANA PINO
MADRID

VELA
RAL



ts.

FONS

DANIEL
Drama en cuatro actos
Joaquín Dicenta

Joaquín Dicenta
1918.

LA NOVELA TEATRAL

Director: José

Complemento de la Novela Corta

**LOS CANTOS
POPULARES
ESPAÑOLES**(2.^a EDICION)

Tu queré como la bela:
ya a'apaga, ya a'enslende;
ya me queres, ya me orblas;
tu queré ni Dlos lo entiende.

¿Cómo has tenfo baló
pa echarte otro noblo nuebo,
estando en er mundo yo?

Tienes una carita
de San Antonio
y una condicioncia
como un demonlo.

¿De qué te sirve que traigas
el sombrero a lo gachón
y el cuchillo a la cintura
al no tienes corazón?

Como los torlyos bravos
tienes, gltana, el arranque;
solo t'acuerdas e mí
cuando me tienes elante.

¡Bárgame la Crus de Maria
y er Cristo der Gran Podél
¡Tanto como me quieras,
y ahora no me puedes bé!

Tú no me pagaa la casa;
tu no me das de comé;
me bienes pidlendo selos;
¿a fundamento de qué?

¿De qué te sirve penar
y dar voces como un loco
si yo me muero por tí
y tú te mueres por otro?

¡Eres Ana y eres vana;
eres cardo, eres jazmín;
eres buena y eres mala;
eres diablo y serafín.

Anda be y dile a tu madre
que si te quere bendé,
en la mano'stá'er dinero
y en la puerta'er mercaé.

Aqueya firmesa tanta,
y aquer ponderar amor,
v aquer no blbir sin berme.
¡que pronto te s'acabó!

Estrella de fuego fuiste
que en mi corazón entraeste;
dejaste el fuego prendido
y luego te retiraste.

El extraordinario éxito con que ha sido acogido este NÚMERO ESPECIAL, publicado por "La Novela Corta", no ha obligado a hacer una nueva edición, que hemos puesto en venta para satisfacer la insistente demanda de nuestros lectores y corresponsales.

DANIEL

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

Joaquín Dicenta

PERSONAJES

CÉSAREA. - IRENE. - ANITA. - JOSEFINA. - LA GREÑUDA. - BASTIANA. - DOÑA CONCHA. - NA SOLEDAD. - LUISA. - ISABEL. - AGUSTINA. - CLARITA. - DANIEL. - PABLO. - PACORRO. - PEDRO. - LUIS. - FERNANDO. - DON EDUARDO. - DON LUCAS. - NEMESIO. - EL NIENIE FERNANDEZ. - ROQUE. - ENRIQUE. - ANTONIO. - CARLOS. - SOLDADO 1.º - IDEM 2.º - UN CENTINELA. - Obreros, obreras y soldados.

La escena en los talleres y dependencias de una mina.—Época actual.

ACTO PRIMERO

El teatro representa una habitación en una casa de obreros. El decorado será modestísimo, de paciencia, según costumbre en las viviendas que las Compañías mineras construyen para sus trabajadores. En el centro de la habitación una mesa cuadrada de pino. En la pared del fondo, a la derecha, un reloj de pesas; a la izquierda una alacena, y entre la alacena y el reloj una ventana con vidrieras entrecruzadas. A la derecha dos puertas; la del primer término, supone comunicar con la de la calle; la del segundo término con una alcoba. A la izquierda otras dos puertas: la del primer término comunica con una alcoba; la del segundo con las habitaciones que estarán blanqueadas, sin adornos. En éstas sólo habrá algunas escarpías, de las cuales penderán chaquetones y útiles de minero. Cinco o seis sillas de las llamadas de Viteria. Al levantarse el telón aparece en escena Anita, encendiendo un candil. Vestirá Anita traje de percal, con modestia de obrera, pero con coquetería de mujer guapa, satisfecha de serlo. Un momento después de levantarse el telón, sonarán las cuatro en el reloj de pesas.

Anita, Pablo y Pacorro.

ANITA.—(Luego de encender el quinqué, cuando acaba de sonar el reloj.) ¡Hála los nombres! Darse prisa, que la hora que suena son las cuatro.

PAB.—(Dentro, segunda izquierda.) ¡Dátela tú, que estoy acabando de lavarme y ni no apartaste el café de la hornilla! Padre ya despertó.

ANITA.—Por el café no haya cuidao. Estará listo antes que vosotros. ¡Ea! ¡Alíense, gandules! ¿No me oyes, Pacorro? Valiente huésped ha tomo mi padre.

PAC.—(Dentro.) Ya voy, mujer, ya voy. (Bosteizando estruendosamente. Sale Pablo por la segunda izquierda. Será hombre de veintiocho a treinta años. Vestirá blusa oscura.)

PAB.—Hola, hermana.

ANITA.—Buenos días sean. (Abre la alacena y saca unos tazones, azucarero, cucharas, una lata de mantequilla y un pan, que se pone a partir en rebanadas, mientras el diálogo continúa.)

PAB.—¿Buenos? Como todos los nuestros. (A Anita.) ¡Pronto te has aviado tú! ¡La vestida y peinada! ¡Madrugar es! Y eso que tú no entras hasta las siete!

ANITA.—Ésos dos, el huésped y tu hermano, me quitaron el sueño, y como de otras maneras tenía que levantarme pronto pa aviaros el café y los almuerzos, pues ahí verás tú...

PAB.—(Rie cariñosamente.) ¡Ya, ya! Antes eras más dormilona. Milagrillo sea!...

ANITA.—¿Qué?

PAB.—Que no sea la falta de sueño, sino la sobra de cortejo la que te espabile. (Tiene pausa durante la cual Anita sigue cortando el pan.) Se retarda Cesárea... Otros días nos avisa antes y con antes para que vayamos juntos a la faena, y hoy...

ANITA.—(Interrompiéndole.) No tengas cuidao; no tardará. (Maliciosamente.) Pa mí que si de tí sólo pendiese, no sería Cesárea mucho tiempo viuda.

PAB.—(Pensativo.) ¿Lo crees?

ANITA.—Ella es guapa y trabajaora... Lo malo pa tí y pa tós los que la requieren, es que sólo echa cuenta de sus hijos. Amás, está un poco... (Dando vueltas en la sien con uno de sus dedos.) ¡Tiene unos dichos!... En el taller la llamamos la *Costola*... ¡Y cómo nos reímos de ella! (Riendo.)

PAB.—¡Os reis!... Eso es lo malo, que os riáis.

ANITA.—¿Pues qué vamos a hacer? ¿Llorar?

PAB.—No; pensar. (Con gravedad.) ¿Has llamado a Pedro? A las cinco y media de reunirse con su compañía, y el pueblo no está cerca.

ANITA.—¡Buenos venían anoche nuestro hermano y Pacorro! ¿Les viste?

PAB.—No.

ANITA.—Pues vinieron como dos zaques. Ya pasaba de la una. Yo los miraba

por entre las cortinas de mi alcoba, y no pude tener la risa. ¡Vaya unos traquitos! (Riendo.) Veinte minutos tardaron en encender la luz. Borrachitos como uvas. ¡Así están ellos! Por más voces que les doy, no se mueven.

PAB.—Vuelve a vocear; ni el uno ni el otro han nacido para dormir las borracheras a su gusto. (Anita se dirige hacia la alcoba de la derecha y entra en ella.)

Pablo, Anita, Pacorro y Pedro, dentro.

ANITA.—(Dentro.) ¡Vamos!... ¡Arriba! ¡Habrá que sacudiros firme! (Voceando.)

PED.—(Dentro, bostezando.) ¡Ya voy! No seas pejuguera.

PAC.—(Dentro.) ¡Estate quieta! ¿No ves que tengo la mar de cosquillas?

ANITA.—(Dentro.) Lo que no tienes es vergüenza.

PAC.—(Dentro.) Pero tengo cosquillas; y cuando me tocan unas manos como las tuyas, ¡jescusao es decirte!

ANITA.—(Dentro.) ¡Sueita! (Entra en escena y sigue hablando con los de dentro.) ¡Y arriba mientras preparo yo el café! (A Pablo.) Si sale padre y lo encuentra a la bartola, va a tener que oír. No les dejes en paz, porque se duermen otra vez.

PAB.—¡Maldito Pacorro!... Siempre ha de ser el mismo. Mal chino le entortille los sesos. Borracho y gandulón como él no entra por la mina. (Vase Anita.)

PAC.—(Saliendo.) ¡Bueno, hombre, bueno! Ya estas gruñendo, y no has hecho más que levantarte. Tienes el genio más áspero que yo hoy la lengua. (Pacorro saca hombre de veinticinco años y saldrá de la alcoba en mangas de camisa, con la blusa al hombro y la gorra puesta, restregándose los ojos y bostezando ruidosamente.)

PAB.—(A Pacorro.) Anda, anda y refréscate, que buena falta te hace.

PAC.—(Que se ha puesto a registrar la alacena.) De eso trato. (Saca una botella y la mira al trasluz.) Nada; ni una lágrima de aguardiente.

PAB.—Bebe agua.

PAC.—¿Agua?... Bastante hago con echármela por fuera al lavarme, y me lava poco: del mal el menos. ¡Lo que es aquí!... (Señalando el estómago.) No hay que hacer el cuerpo a malos vicios. Menú jaleo s'armó anoche en el baile. Si hubieseis estado pasas un rato de primera.

PAB.—¿Yo? (Con desdén.)

PAC.—Allí hubieses visto hombres libres... y mujeres... libres, tú que tanto apetece que lo seamos tós: facas, pistolones, revólveres... ¡qué sé yo! Y las mujeres peores que los hombres. Ya se sabe. En cuanto se atizan dos vasos, tienen menos vergüenza que uno. ¡Tu hermano le pegó un trompazo al Mohino!... Rediós con los puños de Pedro. (Cogiendo una botella mediada de aguardiente, que había en el fondo de la alacena.) ¡Calla! Ya salió el sol. (Coge una media copa, la llena y se la bebe.) Este es otro cantar. (Chasqueando la lengua.) Pues como te decía... (Sale Anita por la segunda izquierda y entra por la segunda derecha.)

PAB.—¿Quieres ir a lavarte? ¡Después llega uno tarde y todo son regaños!

PAC.—Eso sí; pa los regaños son rumbosos. ¡Si lo fueran pa los jornales!...) los capataces, vamos, los obreros que por tener la mujer guapa o la lengua adúlona hacen los amos capataces, entoaavía gruñen más que los amos. No hay cosa más mala que los piojos resucitaos; ya lo dice el refrán... Ea, voy a lavarme. (Pacorro hace ademán de dejar la botella en la alacena; luego de meditar se dirige con ella en la mano hacia la izquierda a tiempo que sale Pedro en mangas de camisa, pantalón encarnado, ros y fundado puesto y capote con galones de sargento. Lleva al hombro el sable. Calzará alpargatas de reglamento. Tendrá Pedro de veintitrés a veinticuatro años y usará bigote retorcido.)

PED.—(A Pacorro.) Contigo no hacen falta dianas. Cuando no roncas, gritas.

PAC.—(A Pablo.) ¡Pobretico Pedro! ¡No ha podido pegar los ojos!

PED.—Hombre, anoche no es cuenta. Ni a tiros me despertaba yo. (Vase Pacorro por la segunda izquierda.) ¡Vaya un estrupicio, muchacho!... Menos mal que hubo arreglo. Si no, calabozo tenía para un mes. (A Daniel.)

PAB.—¿A qué vino la riña?

PED.—Culpa de los paisanos. Se toman muchas libertades. Creen que son iguales a uno. (Con aire de importancia y retorciéndose el bigote.)

PAB.—¿No lo son?

PED.—¡Qué van a serlo!... Ya notaron la diferencia anoche. ¡Paisanitos a mi! Pregúntale al Mohino a lo que sabe el puñetazo de un sargento. ¡Iguales! Pon todos esos mineros con sus pistolones y sus facas frente a cuatro números y un cabo, y verás canela.

AB.—Minero fuiste antes que soldado.

ED.—Pero dejé de serlo. Ni quería sufrir esta vida, ni estar con los que cuando van un estacazo bajan la cabeza.

AB.—Ahora estás con los otros, con los que cuando queremos alzar la cabeza a hacen bajar a tiros.

ED.—(Confuso.) Yo... (Entra Cesárea por la derecha, sin ser vista y escucha la conversación. Cesárea será mujer de veintiocho años y vestida de obrera. Llevará un hatillo.)

AB.—¿No es verdad? ¿No disparó la tropa anteayer contra los huelguistas?

ED.—Y si nos lo mandan, ¿qué vamos a hacer? ¿Crees que los oficiales y nosotros disparamos por gusto? Pero, amigo, la disciplina... es la disciplina.

AB.—Entonces no nos llames esclavos, tú que lo eres de quienes por servir a unos nuestros nos fusilan cuando pretendemos ser libres.

ED.—(Avanzando de la primera derecha, en la que se detuvo.) Razón llevas, Pablo.

AB.—(Dirigiéndose a ella con afecto.) ¡Cesárea!

ED.—Razón llevas. Y si no ya lo ves. Sólo al pensar que los obreros de estas minas podemos secundar la huelga de los otros mineros, han reconcentrado en el campamento la tropa. (Sale Anita por la segunda derecha y entra por la primera izquierda.)

ED.—(Riendo.) ¡Se juntaron los dos apóstoles! Ya lo dice padre: por menos que nosotros hay muchos en la jaula. Al fin este es hombre y puede perder el tiempo político; ¡pero tú! ¡una mujer joven y guapa! ¡Quita allá! Detrás de una reja hablando con un mozo, es como estarias tú bien. Y más bien si el mozo fuera un ángel de gloria santa!

ED.—Déjate de requiebros; sabes que no me gustan.

ED.—(En broma.) ¡Y menos los míos!

ED.—Los de nadie.

ED.—(Señalando a Pablo.) ¡Tanto como eso!... Digo, a no ser que éste sea nadie.

AB.—Yo...

ED.—Más cerca ando de cuñado tuyo que de teniente. Hasta en seguida. (Vase.)

ED.—Ya nos hizo novios tu hermano.

AB.—¡Novios!

ED.—Si no más. A su discurrir, una mujer y un hombre que simpatizan y se confían de la gente para hablar solos, no pueden ser otra cosa que amantes.

AB.—Cesárea...

ED.—¿Hablo yo contigo más a gusto que con cualquiera? Tu querida soy. ¿Hablamos tú conmigo más tiempo que con las demás? Por tuya me tienes o me quieres.

AB.—¡Quererte!... (Con pasión.)

ED.—Así piensa tu hermano.

AB.—(Con sinceridad.) En lo que hace a mí, no se engaña.

ED.—(Confusa.) Pablo...

AB.—¿A qué mentirte? En la boca de un hombre no está bien nunca la mentira. Menos lo estaría en mi boca tratándose de ti. Te quiero y te quiero para que seas mía.

ED.—Nunca me lo dijiste; nunca pensé que me lo dijeras.

AB.—Porque nunca vino rodada la ocasión. (Timido.) Porque temía disgustarte.

ED.—¿A qué hablar de ello entonces?

AB.—A que el corazón se me sube a los labios. A que te deseo porque eres fuerte y te aprecio porque eres enérgica.

ED.—Yo...

AB.—Sabes que no soy un obrero ignorante y rudo, como tampoco lo eres tú. Estudiado, he aprendido, he educado mi pensar y mis sentimientos. Si estoy en la mina, de fundidor, por causa de mis ideas es. (Movimiento de interrupción en el aire.) No me arrepiento de ellas. Más sufriría por hacerlas triunfar. Esas ideas me obligan a mí, a un mecánico, a trabajar como bracero. (Con amarga ironía.) Y esas ideas que pueda vivir; gracias que no me matan de hambre. (Con rencor.)

ED.—O de un balazo como al otro.

AB.—¿A tu marido? ¡Pobre Manuel! Era un gran compañero.

ED.—(Con energía.) Era un hombre que dió su vida por el bien y por la razón de los otros. En mis brazos cayó cuando lo mataron. Pedíamos pan y justicia y ellos nos dieron balas... ¡Infames!

AB.—¿Quiénes?... Los que disparan contra nosotros. No: esos son instrumen-

tos; ni siquiera saben por qué disparan. Los otros, los de arriba, los que les pagan a disparar; esos son los íntimos.

CES.—¡Y extrañan que les tengamos odio! Soy mujer, y todo mi corazón se vuelve rabia y toda mi sangre se hace lumbre al recordar el asesinato de los obreros. ¡Ah, los canallas!, ¡los canallas!... Manuel sólo tuvo tiempo de decirme: «No importa, otros hombres vendrán; hay que seguir, seguir siempre, siempre.» (Como si soñando evocara la lucha.) Dijiste bien; tampoco soy una obrera ruda; también eduqué Junto a Manuel mi pensar y mis sentimientos; también es por ganar el pa de mis hijos por lo que trabajo en esta mina.

PAB.—Trabajo cruel escogiste.

CES.—¿Dónde iba a ir la viuda del agitador, del revolucionario, la que pedaba y vivía con él? ¿Qué recurso me quedaba para no morirnos de hambre mi pequeños y yo? (Advirtiendo que Pablo la mira.) Es verdad. No soy fea; pero tengo demasiada alma para vender el cuerpo.

PAB.—Eres buena y fuerte.

CES.—A la mina acudí; a la mina, donde el trabajo es duro, donde no se pregunta a nadie de qué lugar viene, donde apenas saben el nombre del trabajador cuando entra vivo o lo sacan muerto. Aquí te encontré.

PAB.—Aquí nos encontramos. Aquí supe tu desgracia y tu pena. Aquí me referiste la muerte del hombre en cuya casa te conocí modelo de mujeres y madre. Los niños y tú érais la alegría de aquella casa.

CES.—¿Alegría?... Ninguna tengo ya.

PAB.—(Con tristeza.) ¡Cesárea!...

CES.—Tal que si el frío de Manuel muerto se me hubiera entrado en la sangre vivo hoy. Fuera de mis hijos, no existo más que para la venganza y el odio.

PAB.—¡El odio!... ¡La venganza! ¡Fuera tan hermoso vivir para la justicia para la bondad!

CES.—También pensaba yo eso: también le decía a Manuel que a fuerza de bondad y amor, los hombres llegarían a ser hermanos. Todo este creer vino a tierra en aquella matanza. (Como evocando la escena en un sueño de odio.) ¿Sabes? Nos obligaban a vivir en casas construídas por ellos y nos obligaban a comprar en tiendas que eran suyas también. Para aprovechar el terreno, nos regateaban el aire; para aumentar sus ganancias, nos envenenaban la comida; como hacen ahora vamos. ¿Es justo lo que hacen aquí? ¿Lo era aquello? No. Los obreros pidieron ser libres para vivir donde les agradara, para comer lo que les gustase. ¿Qué pretensión, eh? Pues les contestaron que no; y vino la huelga; y pasaron los días y el hambre se metió en nuestras casas, y los patronos encontraron infelices que nos fueran a sustituir. Los hambrientos quisieron impedirlo; y todos, hombres, niños, mujeres, viejos, llegamos a las fábricas. No llevábamos armas; llevábamos hambre y dolor. Los otros, los contratados, quisieron entrar, protegidos por la pa. Nosotros nos pusimos delante de las puertas para que no entrasen. Entonces no sé quién, una voz gritó: «¡Fuego!»; sonó algo así como un trueno; una nube de humo cubrió el aire y cayeron hombres, mujeres, viejos, niños. Manuel cayó con ellos. Yo le sostuve entre mis brazos. Una mujer y un niño agonizaban junto a mí. Entonces, entre aquella sangre, junto a Manuel muerto; frente a la madre, el niño que agonizaban espantosamente, la mujer dulce que en mí había, desapareció la venganza y el odio echaron raíces en mi alma. Sólo de venganzas y de odio viré hasta que la justicia triunfe. ¿Y tú vienes a pedirme querer de amor?

PAB.—Sí.

CES.—No. Yo debo querer a todos los míos por igual y consagrarme a la causa de ellos, completa, sin robarles tanto así de mi voluntad y de mi energía. Hay que seguir siempre, ¡siempre!... Estas palabras son el testamento de Manuel. Él dijo al morir. Eso haré.

PAB.—¡Sí; seguir siempre! ¿Crees que flaqueo? ¿Crees que valgo menos que él? ¿Crees que, como él, no arrostraría el martirio y la muerte por defender a mi hermanos? Somos ya muchos los obreros conscientes resueltos a que la verdad triunfe. Ellos no lo ven, no lo quieren ver. Están ciegos. Puede que cuando abran los ojos sea tarde para el abrazo.

CES.—También el odio abraza. Y para odiar a nuestros enemigos, la mina un gran libro. ¡Pobres gentes las de la mina! Más que humanas criaturas, son be

¡Bestias! ¡No importa! Día llegará en que el hambre arañe los estómagos y que los hambrientos se cuenten. Cuando se cuenten serán libres. Porque sean lucharé aquí como en todas partes. ¿Que los mineros me llaman la apóstola y me burlan de mí? Nada le hace. ¿Que los amos me despiden? A otro sitio iré. y que seguir siempre. ¡Siempre! (Con actitud de convencida y de iluminada.)

PAB.—Siempre seguiré yo. (Acercándose a Cesárea con amor.) Pero déjame ser contigo. ¿Nos ha reunido la casualidad? Prosigamos juntos la lucha

CES.—Juntos si la muerte nos hace estarlo; separados si ella nos separa. ¿Qué da?

PAB.—Pueden llegar y llegarán horas de prueba. En tales horas el hombre necesita, para no ser cobarde, el cariño de la mujer; la mujer, para no ser débil, el apoyo del hombre.

CES.—Yo no soy débil y estoy sola.

PAB.—¿Por qué no nos hemos de unir? ¿Por qué no has de ser tú mía y yo tuyo? (Con temor y pasión.) ¿Es que no te inspiro simpatías como hombre?

CES.—No es eso, no. También yo soy franca; tampoco sé ni quiero mentir. Ningún hombre, después de Manuel, ha valido para mí lo que tú.

PAB.—Entonces...

CES.—Entonces... (Enérgica.) Me debo a mis hijos y a la memoria del que murió. PAB.—¿Tus hijos? ¿No me juzgas capaz de quererlos? ¿El que murió? ¿En qué condiciones, en qué ofenderías su memoria queriéndome? El ha muerto; nosotros vivimos. La vida no se para en los cementerios.

CES.—Pablo... (Confusa.)

PAB.—No se ofende queriéndote como yo te quiero; compañera en todo y para todo. Desde tu llegada a la mina, te me entraste en el corazón. Quizá el pensar en los dos lo mismo, el desear los dos lo mismo para todos los nuestros, me ha hecho desearte para mí. No sé... sólo sé que la vida no es sólo justicia, es amor. Quiero la justicia, pero necesito el amor también; el mirar de tus ojos y la dicha de sujetarte entre mis brazos. (Pablo ha ido avanzando hacia Cesárea: ésta retrocede.)

CES.—Cállate, Pablo, cállate!

PAB.—¿Es que no sientes como yo? ¿Es que tus ojos me engañan al mirarme? ¿Por los bajos; mírame como hace un segundo y responde. ¿Es que no me quieres? ¿Dime que sí, Cesárea! ¡Dímelo! ¡Y si no quiere decírmelo tu boca, que me lo digan estos hermosísimos ojos tuyos! (Pablo casi toca a Cesárea, que muestra profunda emoción. Pablo coge entre las suyas las manos de Cesárea. Hay una breve pausa.)

CES.—No, Pablo. Aun sintiendo todo lo que dices, no debo ser tuya.

PAB.—¿No?

CES.—¡Ser de otro! ¡Tener a otro hombre estos brazos que han tenido a Manuel ensangrentado, muerto, muerto por defender la felicidad de nuestros hermanos! ¡Dar otro padre a los hijos del mártir!... No, Pablo, déjame; sigamos siendo lo que somos.

PAB.—(Con amargura.) Hasta que otro hombre llegue y seas de ese hombre.

CES.—¿Cómo voy a ser de otro hombre, cuando no me atrevo a ser tuya?

PAB.—¡Cesárea!... (Con pasión. Entran por la segunda Pacorro y Pedro, ya vestidos.)

PAC.—(A Pedro.) ¿Eh?... ¡Mía los apóstoles! No es mal evangelio el que predicán.

CES.—(Bajo a Pablo.) ¿Oyes? Igual que éste hablarían todos.

PAB.—(Con arrogancia.) ¿Y qué?

CES.—Que muchas veces para ganar en estimación, hay que perder en dicha.

PAB.—(Con dureza.) No creo que te importe mucho nuestra conversación.

PAC.—¿A ver si por una broma te enfurruñas?

PED.—Después de todo, ¿qué? Si os gustáis, al avío. Así como así la mujer y el hombre no hemos nacido pa otra cosa. (A Cesárea.) Tú serás todo lo apóstola que quieras, pero tienes dos ojos que echan fuego y un cuerpo de ole con ole y viva el té. Como no andase aquel galán por medio, pa este sargentito eras tú. (Viendo a Cesárea hace un gesto desdenoso.) No pongas mala cara, broma es. (Entra Anita por la segunda derecha con una cafetera en la mano.)

PAC.—(Acercándose a Anita.) Ojalá me dieran bromas a mí con esta real moza.

PED.—Anita! (Anita le rechaza de un empujón.)

ANITA.—(Riendo.) ¡Anda de ahí! Vete a buscar mozas al baile.

PAC.—¿Mozas? No había una.

PED.—¿Eh?

PAC.—Mujeres no faltaban y no me hubiera sido difícil arreglarme con ellas. Pero es mal negocio. Beben mucho.

CES.—Vaya un defecto para tí.

PAC.—El mayor. No me gusta partir el vino. El pan, bueno. Es mi idea: el pan como hermanos; el vino como tigres. Cuando me case, sólo habrá en mi domicilio un borracho: yo.

ANITA.—Apañaos venfais anoche.

PED.—En algo hay que pasar el rato.

PAC.—¡A ver! Si después de trabajar como un negro seis días, no pudiera uno emborracharse un día como un blanco, sería cosa de echarse al horno de la fundición, pa concluir antes y con antes. Hay que divertirse. ¿No se pué hacer a lo rico, bebiendo buenos vinos y llevándose mujeres bien vestías? Se hace a lo pobre, bebiendo peleón y abrazando zaparrastrosas. ¡Ay, quién fuera don Luis, el hijo de nuestro amo! Guapo, joven y con dinero. ¡Ese ya tié ande escoger!

PED.—¡Calcula! En la mina hay doscientas obreras... (Anita, que ha seguido el diálogo con la cafetera apoyada en la mesa, después de servir el azúcar, al oír el nombre de Luis, hace un movimiento y procura disimular su turbación, sirviendo el café en los tazones.)

PAC.—¡A ver! (A Cesárea.) Y no es a tí a la que peor mira.

CES.—Los mirares pierde. Bastante hago con darle mi trabajo. ¡Si pensar todas como yo! (Con intención disimulada y acercándose a Anita.) Pero muchas no piensan. Porque el hijo del patrono es guapo y buen mozo, y las puede obsequiar, se dejan pretender. Después, cuando el hombre se cansa, la moza a la calle y otra al puesto. Tonta es quien les escucha... ¿No es verdad, Anita?

ANITA.—(Bajando los ojos y disimulando.) Verdá será cuando tú lo dices. (Mirando hacia la segunda izquierda.) Padre. (Entra Daniel por la segunda puerta izquierda. Será hombre de cincuenta y cinco años, maltratado por los trabajos de la mina, pero aun robusto y musculoso. La piel estará no curtida, tostada por el fuego de los hornos de la fundición, con ese color rojizo, propio al cutis de los fundidores. Vestirá blusa y pantalones de lienzo oscuro. Tendrá el pelo blanco, cerrándose sobre una frente estrecha y terca.)

DAN.—Dios nos los dé buenos. (A Cesárea.) Siempre madrugas más que naide ¿Y los chicos?

CES.—Durmiendo. Al cuidado de la vecina.

DAN.—Tiempo les quea pa levantarse temprano y agarrarse al espetón o al pico. ¡Hala! Sentarse y a tomar el café, que son las cuatro y media y de aquí a la mina hay un rato. (Daniel se sienta junto a la mesa delante de una taza. Los demás hacen lo mismo; incluso Anita que ha terminado de servir el café: Solo Cesárea permanece en pie.)

PAB.—¿No nos acompañas, Cesárea?

CES.—Gracias. Lo hice ya.

DAN.—(A Cesárea.) A tu gusto. (A Anita.) Has cargao la mano en la manteca. (Mojando una sopa en el tazón.) Bien hiciste. Cuando se puen echar lujos se echan. La quincena pasá, fué superior. A más de los jornales, horas extraordinarias que si pagan doble. Más se trabaja, pero, qué demonio, más se cobra. Si fuera así todas las quincenas, no deberíamos en la tienda tanto.

CES.—No será esta lo mismo.

DAN.—(Sorprendido.) ¿No?

PAB.—Parece que, desde hoy, rebajan los jornales.

DAN.—(Sorprendido.) ¿Rebajar los jornales? ¿Y por qué? No hay motivo. Estarán cuentos.

PAC.—Algo oí yo anoche en el baile. Me parece... vamos, lo hablaban juntos, mí dos o tres mineros. Yo los escuchaba, pero otros dos o tres me convidaron unos vasos y me largué con ellos.

PED.—Y con la Irene.

ANITA.—(Que ha concluido de tomar el café.) ¡Valiente piltrafa!

PAC.—Cuando hay hambre, to el pan es blando.

ANITA.—(Levantándose.) Voy a empaquetar los almuerzos. (Vase por la segunda.)

DAN.—(Pensativo.) ¡Rebajar los jornales!

PED.—Anita a arreglar los almuerzos; yo al pueblo. La cosa anda revuelta e las otras minas y quizá tengamos que reforzar la gente. Ayer hubo tiros. Por el teniente Fernández lo supe. ¡Es un mozo más campechano! Lo que le decía al te

te Gómez: «Sentiré que nos toque andar en el ajo. Preferiría quedarme mudo andar hacer fuego.» Una gran persona el teniente Fernández. Pues, sí, hubo... ¡Claro! Se empeñan en no dejar que trabajen los que vienen a sustituirlos, hacer el bruto, y nosotros a lo que estamos; a mantener el orden.

CES.—¡El orden!... ¡Qué sabes tú, infeliz!

PED.—Más infelices sois vosotros que os agarráis como unas lapas a la mina. A sí la dejé yo pronto. ¿El hatillo? Carguen con él las bestias. Yo no llevo cargas.

PAB.—Al hombro llevas el fusil.

PED.—¡No va diferencia! Cierto que algún trompis me costó aprender el ejercicio; pero como sabía de letra, me hicieron cabo y después sargento. A la prete vengan penas. Ni me faltan mozas que requebrar, ni una peseta en el bolsini tres galones en la bocamaflga. ¡Vaya la mina al diablo! (Apretándose el cinturón.) Quedarse con Dios, padre, hasta más ver. (Vase por la primera derecha.)

DAN.—¡Qué majo está con su uniforme! ¡Y qué bien marchao es! Gózo da mirarle. Acaba de irse y ya estoy deseando que vuelva.

PAB.—(Bajo a Cesárea.) Acaso cuando le volvamos a ver sea frente a nosotros.

CES.—Acaso. (Mientras dura este aparte, Daniel saca la petaca y lía y enciende un cigarro, Pacorro se aparta, saca de entre la blusa la botella de aguardiente y la media copa y una y la apura, operación que repite tres o cuatro veces durante el diálogo.)

DAN.—(A Cesárea.) ¿Oíste que iban a rebajar los jornales?

CES.—Sí, señor; lo mismo que en las otras minas.

PAB.—Que miren lo que hacen. Lo que pasa en las otras minas pasará en esta.

PAC.—(Apurando la copa.) ¡Olé!... ¡Viva la huelga!

DAN.—¿La huelga? ¡Valiente burrá está la huelga!...

PAB.—¡Padre!...

DAN.—¿Qué sucede en las otras minas? Que están muertos de hambre, y con ropa fusil en mano por si se demandan. ¿Qué nos pasó a nosotros en la huelga hace seis años? Que tuvimos que volver a la mina con las orejas gachas. Tu tío reventó; tu hermanillo, como el pecho de la madre por mor de la necesidad escurría leche, también reventó. Entonces no estabas en la mina. Aun no te habías dado por las prédicas, y te ganabas un jornal de mecánico. ¡La huelga! Dos platos y la panza al trote: eso saqué yo de la huelga.

PAC.—Porque hubo traidores. (Llenándose la copa.)

DAN.—Porque no había pan. Pero, ¿de veras van a rebajar los jornales? Conde ahora mal que bien se tira. Si los rebajan lo vamos a pasar perramente.

PAB.—¿Usted se aguataría?

DAN.—¿Qué remedio? Mejor es agonizar que morirse. ¡Rebajar los jornales! (A Cesárea.) ¿A quién se lo has oído tú?

CES.—A una capatza.

PAB.—A un empleado del escritorio se lo oí yo anoche en el café.

PAC.—Yo a dos curdas del baile, y a la Irene, que por más señas, también es curda.

DAN.—¡Rebajar los jornales! No; no lo harán.

CES.—Lo harán. Lo han hecho con los obreros de las otras minas, y nosotros, vez de ayudarles, les dejamos defenderse solos. Ven que no hay unión y se aprovechan.

DAN.—¿Ayudarles? ¿Pa qué?

PAB.—Pa ser más fuertes.

PAC.—Y para mover más ruido.

DAN.—Pa ser más a sufrir y a recibir leña. Dejarse de ayúas. Ca uno con su olla. Cuando no tengo caldo en la olla, ningún minero me lo trae. Mi olla cuida. Que los demás cuiden la suya.

CES.—Y por eso, porque cada uno cuida su olla, sin pensar en la ajena, hacen nosotros lo que hacen.

PAC.—(Riendo.) Ya salió la apóstola.

DAN.—Que se deje en el bolsillo los sermones. Es de nuestro pan de lo que se a, y al estómago no se le alimenta con retrónicas; se le alimenta con esto. (Codo un pedazo de pan y golpeando en la mesa.) Esto, si bajan los jornales, andará las nubes... ¡Dios de Dios! ¡Rebajar los jornales! Polvo haría a quien lo sólo.

PAB.—¿Usted? ¿Y cuando se trata de pelear por los derechos del trabajador encoge usted de hombros?

DAN.—Porque tó eso son mojigangas, pamplinas, viento que sus han metido e el caletre. Dende que andais en estos belenes, marchamos peor. ¿Qué os habé figurao? ¿Que vais a componer el mundo?... Siempre hubo pobres y hubo rico Siempre los habrá. Los más trabajamos pa los menos. Así está hecho el mundo, no lo desharéis la apóstola y tú con descursos. A vosotros sí os desharán cualquier día los sesos. (A Cesárea.) Tú podías escarmentar, porque tuviste el ejemplo cerca, en tu propio marío.

CES.—¡Si todos fueran como aquél!

DAN.—Paparruchas, créemelo. Pa trabajar nacimos. Trabajó mi padre y el padre de mi padre, y trabajo yo y trabajáis vosotros, y trabajarán vuestros hijos; los amos seguirán siendo amos, que esa es la ley. Yo de la razón no me aparto. En la mina nací y en la mina quiero morirme. Y vamos, que cuando estoy frente al horno, con la barra en la mano, revolviendo la pasta y echando por cá pelo u gota de suor como el puño, no me cambiaría por naide. Me gusta pelear con fuego, y el día que no me tueste la piel, no aliento ancho. Si me cambiasen de horno o de mina, me parecería que yo ya no era yo. Hace cuarenta años, ¡cuarenta que tengo el mismo amo y el mismo horno!... ¡Ahora, que de eso a rebajar los jornales!... Sería demasiao.

PAB.—Nunca para usted. Usted cree que el amo tiene derecho a todo.

DAN.—Mientras pague...

PAB.—Eso es; mientras pague, a todo, incluso a golpearnos y a esclavizarnos y a deshonrarnos si le viene en gusto, ¿verdad? (Con indignación.)

DAN.—Poco a poco, rapaz. De esclavitud y deshonra no hablamos. No nos tendríamos. Tú llamas cosas de honra y de esclavitud a un porción de cosas que me han tenío sin cuidao siempre. Tocante a los golpes, entavía no ha tocado ninguno este cuerpo o el vuestro sin llevarse su merecido. ¿Pero qué tienen que ver honra y la esclavitud y los puñetazos con lo que hablamos hoy? Hoy hablamos de pan que va a escasearnos como rebajen los jornales. Ahí tiés lo que me importa a mí.

PAB.—Si usted lo aguanta, no todos seremos como usted. Haremos lo que tenemos que hacer.

DAN.—¿La huelga, eh?

CES.—¿Por qué, nó?

DAN.—La huelga, pa que reventemos como tu hermanillo y tu madre.

CES.—Dos cachos de usted que cayeron, sin que quien los mató se llevara merecido.

DAN.—Porque los mató el hambre, y el hambre no es una persona.

PAB.—Los que nos llevan al hambre lo son.

DAN.—¿Vuelves a las tuyas? Como te va tan bien con ellas, pues echar pláticas. De mecánico pasaste a fundior; puede que de fundior pases a pobre de pelear. Ascender es; ¿verdad, tú, Pacorro? (Pacorro llena la copa.) ¿Qué haces?

PAC.—Aquí con la botella, mientras se pelean ustedes. Yo no sé de doctrinas, pero como me quiten los perros que nesecito pa el agardiente, voy a la huelga. ¡Ah, sí voy! ¡Qué a la huelga!... ¡A la revolución social!

DAN.—(Riendo; a Pacorro.) ¡Poca lacha! (A Pablo.) Por tu bien lo hablo. Y be de plática y a la mina, que están al caer las cinco. ¡Anita! (Llamando.)

ANITA.—(Dentro.) ¿Qué?

DAN.—¿Está eso aviao?

ANITA.—En seguida. (Dentro. Daniel se levanta, descuelga de un clavo una chaqueta y una gorra o sombrero ancho y se los pone; luego coge de un rincón, en el que habrá hatillos, uno de estos, y se pone a arreglarlo. Pablo y Pacorro hacen lo mismo que Daniel.)

CES.—(A Pablo, bajo.) ¿Irás por el bien de todos donde sea preciso?

PAB.—Iré.

DAN.—(Por un hatillo.) Listo.

PAC.—¡Upal! (Cogiendo el hatillo y echándoseelo al hombro, lo mismo que Pablo y Daniel.)

ANITA.—Aquí están los almuerzos. (Ana ha entrado por la segunda puerta izquierda con tres medias botellas de vino y tres paquetes envueltos en periódicos, que irá entregando.)

DAN.—(Por los paquetes.) Guardarlos y al avío. ¿Estamos?

PAB.—Sí

DAN.—Pues andando. A la mina. A trabajar. (Los tres hombres se dirigen hacia la puerta primera de la derecha en fila, uno detrás de otro lentamente y las cabezas bajas.)

PAC.—(Mirando al salir.) ¡Qué oscuro está y qué frío debe hacer en la calle!

DAN.—En la fundición hay luz y lumbre. Al trabajo. (Salen todos. Pacorro el último. Antes de salir se detiene, coge la botella, la escurre en la copa y apura ésta. Cesárea vive desde la puerta y se dirige hacia la ventana donde está Anita mirando a la calle.)

CES.—(A Anita, cariñosamente.) Anita haces mal.

ANITA.—¿Yo, en qué?

CES.—En dar oídos a don Luis,

ANITA.—¿Qué dices? (Aparentando sorpresa y procurando disimular su turbación.)

CES.—Que ese hombre, el hijo del amo de la mina solo la desgracia te puede variar con sus requiebrares.

ANITA.—No te entiendo.

CES.—Piénsalo bien. Ojalá lleguen con tiempo mis palabras. Yo te quiero mucho. (Con afectuosa seriedad.) Vale más ser compañera de un obrero pobre que que una de un amo rico. Adiós. (Cesárea sale por la primera puerta derecha y Anita queda en la cabeza baja. Breve pausa, durante la cual el reloj de pared da cinco campanadas.)

Anita, luego Luis, Pacorro, Daniel, y obreros dentro, como en la calle escuchan en la calle golpes como de quien llama a las puertas. También y de tiempo en tiempo se oirán las cinco en varios relojes y más o menos distintas sin gradación fija; algo que dé al público la idea del despertar del barrio obrero que marcha al trabajo. Las voces sonarán cada vez más distantes y más apagadas, lo mismo que los golpes.)

DAN.—(En la calle.) ¡Antonio!... ¡Las cinco! ¡A trabajar! (Anita abre la ventana y mira.)

ANITA.—Ya doblaron la esquina.

PAC.—(Dentro.) ¡Ju!án! ¡A trabajar! (Más lejos, como si golpease otra ventana o puerta. Anita se ha retirado de la ventana y queda vuelta de espalda a aquella como pensativa. Por la ventana entra Luis que será hombre de veinticinco años vestido a lo señor.)

LUIS.—(Bajo.) ¡Qué pesados!

ANITA.—(Volviéndose.) ¡Luis! (Confusa.)

LUIS.—Creí que no iban a irse nunca. (Dirigiéndose hacia Anita y reparando en la confusión de ésta.) ¿Qué tienes?

UNA VOZ.—(Dentro. Muy lejana, mientras suenan las cinco.) ¡La hora! ¡A trabajar!

OTRA VOZ.—(Más lejana aun.) ¡A trabajar!

ANITA.—(A Luis.) ¿Oyes? (Con angustia.)

LUIS.—(Con indiferencia.) Lo de todos los días. (Con sensual apasionamiento, y rotando con sus brazos el talle de Anita.) Vamos, ven acá. No me niegues esa cara, mujer. (Mientras va cayendo el telón se oyen dentro cinco campanadas de torre, lejanas; y muy lejanas también. voces de ¡A trabajar! ¡A trabajar!...)—Telón.

ACTO SEGUNDO

decoración a todo foro. El primer término lo ocuparán un patinillo encaperuzado con zinc. En este patinillo y distribuidos con desorden habrá montones de mineral plomo en bruto. A la derecha del patinillo, que dejará por delante un espacio de escenario libre, una puerta grande de dos hojas; otra de igual forma y disposición a la izquierda. Estarán abiertas hacia dentro las dos. La puerta de la derecha supone comunicar con el taller donde las mujeres trabajan. La de la izquierda con otras dependencias que conducen al exterior. El segundo término no tendrá puerta, será a todo espacio y estará constituido por la fundición. En el fondo de este segundo término, y a derecha e izquierda también, se verán los hornos fundidores encendidos y en plena cocción de mineral. Estos hornos serán cuadrados, anchos, de ladrillo, con grandes bocas a las que sirven de portezuelas anchas placas de hierro. Las placas estarán unas abiertas y otras cerradas, al comenzar la escena, en los diversos hornos. En la parte baja de los hornos se verá el boquete desahogadero por donde se hacen las sangrías. Desde el tonfo, y perdiéndose en el angulo de él, dos vías estrechas que avanzan sobre el patinillo. Por una de las vías se deslizarán de tiempo en tiempo vagonetas llenas de lingotes y empujadas por mujeres; por la otra vía, vagonetas cargadas de mineral en bruto, que van empujadas por mujeres también. Estas vías pueden estar pintadas sobre el suelo. Procúrese dar al público la impresión exacta de una fundición en jarea; el espectáculo de uno de esos infernos mineros donde los trabajadores se asfixian y se tuestan durante largas horas. Al dar principio la representación, la fundición estará, como se ha dicho, trabajando. Obreros en camiseta, remangados hasta los hombros y ciñendo a la cintura largos delantales de cuero que bajan desde sus pechos hasta muy cerca de sus pies, revolverán en los hornos con largas y puntiagudas barras de acero, el mineral ardiente. Cuando sus cuerpos se acercan a las bocas de los hornos, han de aparecer como incendiados, rojos al reflejo brutal de la llama. Cuando los hornos se apagan, los obreros no aparecerán ya rojos, sino negros, completamente negros como hechos carbón y sombrillamente recortados sobre el rojo blanco que descubre la boca abierta de los hornos. Pacorro faenará

en un depósito hundiendo en él el cucharón montado sobre un pie de piedra y colgándose el cucharón para levantarlo y volcarlo sobre las lingoteras vacías que habrá junto a él. Las lingoteras vacías son conducidas al depósito por muchachos de frece a calderas. Cuando los fundidores hagan las sangrías, abrirán con sus barras los boquetes desahogadero por los cuales sale el mineral como un río de llamas en cuyas entonaciones predominará el color rojo. Estos riachuelos se deslizarán por los canalillos hasta caer en los depósitos. Del fondo donde se supone que trabajan las obreras, sale un rumor sordo como de enjambre. En el hora primero de la derecha trabajará Daniel ayudado por otro obrero y revolviendo con su barra el mineral en fusión. Otro en el horno de la izquierda donde trabaja Pablo. Cesárea e Irene empujan una de las vagonetas que atraviesan la escena. La Greñuda y una obrera, otra. Irene será una muchacha de diez y ocho a diecinueve años, despelada, sucia, pero bonita e medio de su desello. Llevará la falda recogida y remangados los brazos, lo mismo que Cesárea y las otras. La Greñuda es una vieja que haciendo honor a su mote, lleva el blanco y su pelo a greñas que le caen encima de la frente y a lo largo de las mejillas. Su vestido será un harapo; su cara acusará la ferocidad y la embriaguez. En el patinillo, vistiendo elegantes trajes de mañana, alegres, limpios y contrastando con la pobreza de que el trabajo llena a los obreros, aparecerán momentos después de alzarse el telón: Doña Concha mujer de cincuenta años, doña Soledad de la misma edad y porte que su amiga, Pepita, don Lucas de sesenta años, don Eduardo, de cincuenta y cinco años, don Fernando, dos señoras y dos caballeros. Cesárea, Irene, La Greñuda y trabajadores, Cesárea e Irene avanzando empujando una vagoneta por la vía de la derecha; avanzarán en sentido inverso empujando otra, la Greñuda y una obrera, Nemesio, gorra en mano, aparece en la puerta de la izquierda.

NEM.—(A las obreras de las vagonetas.) ¡Eh, vosotras! ¡Alto, que van a entrar! (Como hablando con los de adentro.) Pasen ustedes. (Cesárea e Irene detienen su vagoneta, lo mismo que la Greñuda y la obrera primera. En todos los hornos hay un movimiento de curiosidad para mirar a los que vienen. Luego continúa el trabajo.)

CES.—(Mirando a la izquierda.) Visita.

IRENE.—(Lo mismo.) Son el amo, su mujer y el ingeniero y esos señores accionistas de Barcelona y de Madrid. (Entra por la izquierda doña Concha, doña Soledad, Josefina, Isabel, Luisa, don Lucas, don Eduardo, Fernando, Carlos y Enrique.)

JOS.—¡Precioso, preciosos!

GREÑ.—(Con voz aguardentosa a la obrera.) ¡Echa perifollos! (Por las señoras.) No se han puesto pocos faralares pa venir a la fundición... ¡Ni que fuera el Corpus!

OBRA.—¿Y ellos? ¡Qué majos! Da gusto ver hombres así...

GREÑ.—Ropa, chica; ropa. En cuanto se la quitan son igual que los nuestros.

IRENE.—¡Igual? Peores. Poco deben dar estos de sí.

CAR.—(A Enrique, aparte.) No están mal esas dos obreras. (Por Cesárea e Irene.)

ENR.—(A Carlos, aparte también.) No están mal, no, previa enjabonadura.

NEM.—(A Cesárea e Irene, Greñuda y la obrera.) Sigán las vagonetas. (Cesárea, La Greñuda e Irene ponen en marcha las vagonetas. Cesárea e Irene hacia la puerta de la izquierda, por la que salen, La Greñuda y la obrera hacia el fondo, donde desaparecen.)

LUC.—(A la visita.) Ya vieron ustedes la mina. Ahora la fundición y los talleres.

SOL.—¡Ay, don Lucas, no me recuerde usted la mina! En un año no me sale el susto del cuerpo. Creí que se desplomaba el ascensor y que nos hacíamos tortilla.

EDU.—(Riendo.) No hay cuidado. (A Fernando.) Está muy seguro, ¿verdad?

FERN.—Sí. Hay orden de que los cables se reconozcan a diario. En diez años sólo una vez...

LUC.—(Interrumpiéndole con viveza.) Y fué en un ascensor de los que utilizan los obreros. En este no ocurre nunca nada.

JOS.—¡Estoy contentísima! He pasado un gran rato. Creía soñar mientras bajaba por aquel boquete sin fin.

ISABEL.—¡Qué tipos hacíamos con los impermeables y los sombrerotes aquellos! (A los caballeros.) ¡Y ustedes con las vestimentas de mineros! ¡Parecían bandidos! (Riendo.)

CAR.—(Lo mismo.) ¡Ya ya! (Los visitantes han formado grupos. En unos estarán Carlos, Enrique, Isabel y Luisa. En otro don Eduardo, don Lucas y Fernando; en el último doña Soledad y doña Concha. Josefina va y viene de un grupo a otro, charlando con todos.)

JOS.—Aquella negrura... Aquel caer sin saber a dónde... Los resplandores que salían de vez en cuando por huecos imprevistos...

LUC.—Los pisos de la mina eran esos huecos.

JOS.—Bocas de infierno se me antojaron. Lo repito, precioso. El mismo golpear del agua sobre la cubierta del ascensor era un encanto más. Pues, ¿y abajo en el fondo? Aquellos hombres, aquellas sombras, mejor dicho, que iban y venían a la claridad de los candiles. Parecían gusanitos de luz.

ISABEL.—(A Luisa, Carlos y Enrique.) ¡Qué poética es! (Burlándose.)

CAR.—Su padre tiene fábrica de tejidos. Cuando se envuelve en pellas de algodón la poesía es soportable.

JOS.—¿Verdad que es un espectáculo muy bello? (A las señoritas y caballeros.)

LUISA.—Debían sacar cintas para los cinematógrafos de Madrid. ¡Cómo se divertiría la gente!

CON.—Sin duda.

JOS.—Los obreros cantan mientras trabajan. Son muy bonitos sus cantares. Viéndolos imaginé que estaba en una función de teatro.

FERN.—Función penosa, llena de peligros para los actores, señorita. Ganan su vida muy rudamente los mineros.

ISABEL.—¿Sí?

LUC.—Hay que contar con que los mineros son también gente ruda y no sirven para otra cosa.

EDU.—Si no comiesen de la mina, ¿de qué iban a comer? Claro que uno de nosotros no lo resistiría... ¡Eh!... Cada cual para lo que nace en el mundo.

LUC.—Aunque trabajan mucho no lo pasan mal. Los domingos toman su desquite en la taberna, en el baile, en el café cantante. Se divierten más que nosotros. Solo que estos ingenieros siempre están con el trabajador. (Golpeando afectuosamente el hombro de Fernando.)

FERN.—Es natural. Allá abajo, ingenieros y trabajadores somos uno cuando llega la hora del peligro.

JOS.—No me cansaré de repetirlo. La visita se me ha hecho un soplo; hubiese estado horas y horas allí. (Poco antes salen por el fondo empujando una vagoneta, la Greñuda y una obrera, que llegan cerca de Josefina cuando ésta pronuncia las últimas palabras.)

GREÑ.—(A la obrera, por Josefina.) ¡Lástima y no te tuviesen un día entero con el coco en la mano para que vieras lo que es bueno, ¡espantajo! (Siguen su camino.)

SOL.—¿Y Luis, su hijo de usted? Nos ha abandonado. (A don Lucas.)

CON.—¿Nuestro hijo? Estará durmiendo aún; le gusta poco madrugar.

LUC.—Si ustedes gustan, daremos un vistazo a los hornos y a los depósitos.

EDU.—A sus órdenes. (Los visitantes, precedidos por don Lucas y el ingeniero, se dirigen hacia los hornos a tiempo que salen, empujando una vagoneta, Irene y Cesárea.)

LUC.—Por aquí. En estos hornos es donde el mineral se depura y se funde. (Los visitantes se detienen frente al horno en que Daniel trabaja.)

PAC.—(A Pablo, al cual se habrá acercado momentos antes.) Con una hembra así era o el rey de España. (Por Josefina.) ¡Qué olor más rico ha dejao al pasar! Ni que estuviere amasá con flores. (Irene y Cesárea estarán junto a Pacorro y Pablo.)

IRENE.—(A Pacorro.) ¿Te gustan las señoritingas? Pues hijo, límpiate, que buena alta te hace.

PAC.—¡Adiós, ampo de nieve!

IRENE.—Así me toman cuando me quiero dar.

CES.—(A Pablo.) ¿Sabes lo de allá?

PAB.—Sí, Antonio me lo ha dicho cuando llegamos al trabajo. (Con tristeza.) Tres heridos!

CES.—(Con rencorosa amargura.) ¡De los nuestros! ¡Siempre de los nuestros!

IRENE.—(A Cesárea.) Anda, tú, que llegan las otras al cruce. (Entran la Greñuda y Obrera 1.^a empujando la vagoneta. Las dos vagonetas se cruzan y desaparecen.)

Dichos menos Cesárea, Irene, Greñuda y obrera 1.^a

EDU.—(Retirándose del horno al que los visitantes se habrán aproximado durante el diálogo.) ¡Qué calor! ¡Es irresistible! (Los demás visitantes se apartan del horno también.)

LUC.—¿Irresistible? ¡Bah! Todo es acostumbrarse. (Poniendo afectuosamente la mano a Daniel sobre el hombro.) ¿No es cierto, Daniel?

DAN.—Sí, señor, tóo es acostumbrarse. Ya ve usté nosotros.

LUC.—(A los visitantes; enseñándoles a Daniel como se enseña un bicho en las ferias.) El fundidor más antiguo de nuestra mina. Un obrero excelente. Cincuenta y siete años. Desde los dieciséis encima de la llama.

FERN.—(Por Daniel, afectuosamente.) Con este no pueden el fuego y el arsénico.

DAN.—Hasta el presente, no, don Fernando; pero más pronto o más tarde, a tós nos concluye.

SOL.—(A doña Concha.) ¿De manera que aquí dentro hay arsénico?

CON.—Eso dicen. Yo no entiendo jota. Allá los hombres. Se por mi esposo que las acciones suben y no pregunto más.

ENR.—¿Y dónde está el arsénico? No se ve.

FERN.—(Señalando la boca del horno.) Ahí dentro. Esas llamitas verdes que andan como sueltas sobre la pasta roja, son arsénico.

LUISA.—¡Arsénico!

LUC.—Sí.

ISABEL.—¿Y esto mata? ¡Quién iba a pensarlo! ¡Con unos colores tan bonitos!

FERN.—Pues mata. Pregúnteselo usted a los obreros que lo respiran en la boca del horno.

LUC.—No tanto. (A Daniel.) ¿Verdad que el arsénico no mata, Daniel?

DAN.—Yo estoy vivo. Claro que no tóos tién mi resistencia. (Con sencillez.) Pero, vamos, aquí el arsénico poco a poco, le deja a uno ir tirando. En las cámaras condensadoras va varía. Allí los emplomaos se cuentan por docenas.

JOS.—¿Los emplomados?

SOL.—¿Eso que es?

DAN.—El arsénico que se les mete en la carne a los hombres y los deja convertíos en saca corchos: Gajes del oficio, señora.

LUC.—(Con precipitación.) Vamos hacia otro horno para que vean ustedes la sangría. (Los visitantes se dirigen hacia el horno donde trabajan Pablo y otro obrero.)

ISABEL.—(A la Luisa, por Pablo.) Lo que es ese obrero no está emplomado. Es guapo, pero guapo de veras,

LUISA.—¡Puede que te guste!

ISABEL.—Quita el puede.

LUC.—¿Pablo?

PAB.—Mande usted.

LUC.—Haz una sangría para que la vean estos señores. (A Pacorro.) Tú, ve preparando unas barritas (A los visitantes.) Quiero que las lleven ustedes en recuerdo de esta excursión.

PAB.—(Al obrero.) Anda tú. (El obrero que trabaja con Pablo abre el boquete del desahogadero. Pablo escarba en él con la barra de acero y sale un chorro de colores vivos, un verdadero arco iris de llamas, un río de luz que cae a lo largo del horno y se dirige camino del depósito por los canalillos, mientras Pacorro saca plomo del depósito con el espetón y lo va vaciando en moldes pequeños. Procúrese dar visualidad escénica a este momento.)

LUC.—(Con vanidad de amo.) ¿Eh? Miren ustedes. Me parece que la mina tiene también sus miasmas de arte. ¿Qué tal la sangría? Desafío a todos los joyeros del orbe a que presenten en sus escaparates unas luces así.

JOS.—¡Hermoso! ¡Hermoso! Es el arco iris, puesto al alcance de la mano. Dan ganas de cogerlo. (Avanzando.)

PAB.—Cuidado. Quema. (Al obrero.) Ea, tapa ya. (Entra Luis por la izquierda.)

Dichos y Luis; al final, Grefuda y Obrera 1.^a

LUIS.—Perdónenme ustedes. Llego tarde. Dirán y con razón que soy un mal huésped.

JOS.—¡Se le pegaron a usted las sábanas!

LUIS.—Bien castigado estoy. Mi pereza me ha retrasado en ver a ustedes.

JOS.—No es la compañía nuestra lo que se ha perdido. Es nuestra visita a los pozos. Bien es cierto que estará usted harto de visitarlos.

LUIS.—No lo crea. ¿A qué voy a bajar yo allí? ¿A romperme los sesos?

JOS.—He quedado maravillada. De buena gana haría la excursión otra vez.

LUIS.—Por mí no quede. Una cosa es que no me seduzca bajar a la mina solo y otra que lo haga con ustedes, no una vez, doscientas.

ISABEL.—¡Qué galante!

LUIS.—No es galantería. Y si ustedes quieren... (A Josefina.) Si quiere usted, les ofrezco una comida allá abajo, en el fondo. Una comida iluminada con antorchas.

JOS.—¡Aceptado! ¡Aceptado! (Palmoreando.)

CAR.—(Bajo a Enrique.) Esta señorita tiene por cabeza una devanadera. ¡Otro viaje a la mina! ¡Valiente programa!

SOL.—¡Qué ocurrencias tiene este Luis!

JOS.—La de ahora es admirable. ¿Y cuár do va a ser?

LUIS.—Cuando usted disponga.

EDU.—Tiempo nay en dos meses que hemos de estar aquí.

LUC.—(A Luis.) Ya que llegaste, enseña los talleres a nuestros amigos. (A Fernando.) Tenemos que hablar, don Fernando, y cuanto antes mejor.

LUIS.—(A los visitantes.) A sus órdenes.

PAC.—Si quieren ver las barras...

JOS.—Sí, sí... (Todos se acercan al depósito en que trabaja Pacorro.)

LUC.—(A don Eduardo.) Cuestión del negocio.

EDU.—Los negocios no deben descuidarse nunca. Vayan ustedes, vayan. (Se va al grupo de visitantes.)

LUC.—(A Fernando.) Es de la rebaja de jornales de lo que hemos de hablar.

FERN.—¿Insiste usted?

LUC.—No soy yo, son mis compañeros, los amos de las otras minas, quienes imponen la rebaja; y ello ha de ser hoy mismo. (A los otros.) Hasta después.

LUIS.—(A su padre.) ¿Nos reuniremos en el jardín?

LUC.—Indudablemente. (Sale por la izquierda con Fernando a tiempo que aparecen el fondo empujando una vagoneta la Greñuda y la Obrera 1.^a)

LUIS.—(A los visitantes.) Por aquí nosotros. (Luis y los visitantes se disponen a cruzar desde el horno de la izquierda a la puerta de la derecha, donde están los talleres.)

GREÑ.—(A la Obrera 1.^a) ¿Entoavía están aquí estas muñecas empolvás?... Ahí-verás tú... (La Greñuda empuja la vagoneta a tiempo que van a atravesar la vía Isabel y sa. Luis, que ve el avance, retira a las señoritas del rail. Ellas retroceden asustadas.)

LUIS.—¡Cuidado!

LUISA.—¡Ay!

ISABEL.—¡Jesús!

LUIS.—¿No ves que están pasando?

GREÑ.—(Hipócritamente.) Se escapó la vagoneta, señorito.

CON.—Ustedes perdonen. Son unos salvajes. (Salen Josefina y demás visitantes.)

GREÑ.—(A la Obrera 1.^a) Lástima de mandao. A las piernas tiraba.

OBRE. 1.^a—¡Tíes una sangre!

GREÑ.—Por verlas a toas uncías a la vagoneta, daba lo que me quea de vivir.

OBRE. 1.^a—¡Eso es ser envidiosa!

GREÑ.—Eso es llevar cincuenta años haciendo de mula. Tira pa adelante ya. (Sale por la izquierda Greñuda y Obrera 1.^a)

Daniel, Pablo, Pacorro, Obreras, Obreros; luego Cesárea e Irene.

PAC.—(A Pablo.) ¡Camará lo que tardan en dar las diez! O mi estónago alanta, en la mina atrasan los relojes pa que dure más el trabajo. Luego el olor de esas señoritas, me han puesto los dientes de a cuarta. De mo y manera que nesecito perder algo.

PAB.—Muerde el cucharón que está calentito.

DAN.—(Al Obrero 1.^o) ¡Vivo!, que está en su punto. (Sacando su reloj y mirándolo.) (Unco minutos antes de las diez. (Con satisfacción.) No hay horno como el mío. Un Cronómetro es, pa fundir. (Golpeando el horno con la barra.) Los lingotes que salen de este se diferencian de los otros tal que la plata del carbón.

OBRE. 1.^o—¡Cuánto quíes al horno! (Riendo.) Ni que fuese de tu familia.

DAN.—Motivos tengo pa quererle. Empezamos a cocernos juntos. (Secándose el sudor de la frente.) ¡Uf! Estoy cansao. (A Pablo.) ¿Cómo anda lo tuyo, hijo?

PAB.—Acabándo.

IRENE.—(Dentro, cantando.) Ni por plata ni por oro
se han de llevar mi querer.
El que mi querer se lleve
minero tiene que ser.

PAC.—Eso sí, como cantar, canta bien la Irene. Vale más una copla suya que los berríos del cantante. (Aparecen Irene y Cesárea empujando la vagoneta.)

IRENE.—(A Cesárea.) Muertecitos llevo los brazos.

PAC.—(A Irene.) Bendita sea tu garganta. ¡Lástima que estés un poco roncal enalando el plomo de la cuchara.) ¿Quiés una cucharaita pa aclararte el garguero?

IRENE.—Anda y regálasela a las monas enjaezadas que te comías con los ojos. Buena una campana. Los obreros sueltan sus herramientas. Los trabajadores abandonan horros y picas, los muchachos sus esportillas, los espetoneros se apartan de los hornos, Pacorro alta su cucharón, que tiene ya casi fuera del depósito, y lo deja caer en el otra vez

PAC.—¡Arza y que te vuelque el amo!... ¡A almorzar! (Dirigiéndose en busca de Pa-

DAN.—(Al Obrero 1.^o que va a soltar la barra.) Espera, hombre, espera. Porque sean las diez no hemos de hacer las cosas mal. Tapa justo el boquete.

OB. 1.^o—Bien está pa el hambre que tengo. ¡Que lo tape mejor quien quiere!

DAN.—Yo lo tamaré, descabato.

OB. 1.^o—¿Es mío el horno?... ¡Entonces!... Cuando lo sea cambiaré de li-siesto. (El Obrero 1.^o deja la barra y se dirige hacia el patinillo. Daniel queda arreglando el desahogadero. De los talleres que están a la derecha salen las mujeres corriendo unas, riendo otras, otras cantando. Todas con sus almuerzos y sus botellas en la mano. Algunas se reunen con sus hombres, otras forman grupos, distribuyéndose desde el patinillo hasta el fondo de la fundición, tomando asiento en el suelo. Con las obreras viene Anita que se reúne a Pacorro y a Pablo. Por la izquierda vienen la Greñuda y las Obreras 1.^a y 2.^a que se unen a Irene formando grupo aparte. También sale del taller un poco después y sin confundirse con las otras obreras, Bastiana, mujer de veinticinco años, guapa, bien trajada y dándose aires de importancia. Llevará en la mano una cestita muy elegante y se sentará lejos de las otras. Cesárea se sentará sola en primer término. Procúrese dar a esta escena caracteres de vida y de realidad. Es el medio, el vivir de los trabajadores lo que hay que meter plásticamente en el alma del público, para que éste se impresione, se comenetre con ese vivir y lo esté viviendo. Es, por consiguiente, en este drama, el director de escena un colaborador principalísimo.)

BAS.—(A Irene que pasa rozándola para reunirse con las Obreras 1.^a y 2.^a) Ten cuidado, mujer, que manchas. (Con altavaría.)

IRENE.—(Con desgarró.) ¡Perdone usía!... (Reúñese con la Greñuda y las Obreras 1.^a y 2.^a)

GREÑ.—(Bajo, señalando a Bastiana.) ¡Pues no ha echao pocos humos Bastiana dende que su marido es capataz y capataza elia!... ¡Ni que fuese el ama de la mina!

IRENE.—(Idem.) El ama de la mano izquierda ya lo es. ¿Si no cómo iba a ser capataz el bruto de Nemesio?

ANITA.—(A Daniel.) ¡Padre! ¿No viene usted?

DAN.—En seguida. Estoy concluyendo. (Todos los obreros sacan los almuerzos miserables que dan idea del vivir precario que llevan en las minas los trabajadores a jornal.)

GREÑ.—(A sus compañeras de grupo.) ¿Eh? ¡Míá qué almuerzo el mío! Un cacho de pan más duro que el plomo, y un tomate. (Enseñándolo.) Luego queréis que no aborrezca a tóos esos hartos de jamón. Como los cogiese entre mis uñas ande no hubiera Guardia civil, les sacaba el pellejo a túrdigas.

PAC.—(Se acerca al grupo, comiendo.) Cuidiao que eres tú mala, vieja. Debíns pensar que la muerte está ya rondándote y que el cielo se abre sólo a los buenos.

IRENE.—(Con alegría.) Déjalos con su dinero, agüela, que también tién que rascar. Al fin y a la postre nosotras también nos divertimos.

GREÑ.—¡Nosotras!... Vosotras, vosotras las jóvenes que aún tenéis mineros pa que os hagan la ruela y os convien y os lleven al baile y os jaleen el hato. Vosotras tenéis un padre o un hermano o un hombre, o un chiquillo... ¡algo que os llama y que os alegra!... ¡Yo!... ¡Mi juventú, janda con Dios! ¡Mi marido cerró el ojo ya. Los hijos... me los mató un desprendimiento. El aguardiente es mi recurso y gano pocas perras pa beber el que nesecito. (A Pacorro.) ¡Güena!... ¡güena!... Cuando se han cumplío los sesenta y se está pobre y fea y hay que agarrarse a una vagoneta pa vivir y a un cacho de pan duro pa afilar las encías, no se pué ser güena, muchachas.

CES.—Razón llevas, Greñuda.

OB. 1.^a—(A la Greñuda, ofreciéndole una botella.) Arza, bebe un trago.

GREÑ.—(Bebiendo.) Salí.

DAN.—(Acercándose donde están Anita y Pablo con el Obrero 1.^o) ¿Veis cómo queda tiempo para tó? (Sentándose con ellos. Pablo se separa de su familia y se dirige con el almuerzo en la mano al sitio donde está Cesárea, que aún no ha destapado su tartera.)

PAB.—(Aparte a Cesárea.) Hoy tenemos que almorzar juntos. ¿Quieres?

CES.—¿Por qué no? Siéntate.

PAB.—Aquí no.

CES.—Pues...

PAB.—En la explanadó nos aguardan Macario, Antonia, Enrique... Los compañeros y compañeras que tienen más influencia con los trabajadores. La rebaja de jornales está decidida y hay que resolver inmediatamente. Es preciso que vengas tú para resolver con nosotros, tú, que eres el alma de las mujeres de la mina.

CES.—Vamos. (Levantándose, Salea por el espacio libre que deja el patinillo.)
Dichos menos Pablo y Cesárea.

BAS.—Mirar la apóstola como se las naja solita con Pablo.

IRENE.—A na malo irá. Es la única mujer de la mina que pué irse sola con un hombre sin que la mormuren.

BAS.—¿La única? (Con mal gesto.)

GREÑ.—Sí, señor. Y no hay que hablar de ella. Ya sabes que toas la quere-
os. (Entran en escena por la derecha, doña Soledad, doña Concha, Josefina, Isabel, Luisa,
Is, don Eduardo, Carlos y Enrique.)

LUIS.—Saldremos por la espalda de la fundición para llegar antes al jardín. La
esa está bajo los tilos.

JOS.—Será un almuerzo delicioso.

CON.—Un almuerzo de pueblo, debe usted decir. No esperen fitigranas. Aquí
caben improvisaciones. Carne, pescado, pollos, jamón en dulce y paren ueste-
as de contar.

IRENE.—¿Oís? (Bajo a los obreros.)

LUIS.—De los vinos respondo yo. (A los caballeros.) Marcas de primera, señores.

PAC.—(Bajo al grupo en que está.) Bien podían mentar eso del vino en otra par-
e. ¡Qué ganas de mortificarle a uno!

LUIS.—(Acercándose a Josefina.) He puesto mi cubierto junto al de usted. ¿Quiere
perdonarme?

JOS.—(Con coquetería.) ¿Perdonar? No se perdona lo que agrada.

LUIS.—Gracias.

CON.—¿Andando?

LUIS.—En seguida. (Alto a las obreras.) ¡A ver una! (Tres o cuatro obreras entre las
uales está Anita, se adelantan a la voz de Luis. Anita llega junto a este.)

ANITA.—Mánde usted.

LUIS.—Vé al despacho y dile a mi padre que ya vamos hacia el jardín: que no
e retrase.

ANITA.—(Bajo.) ¿Por qué te acercas tanto a esa señorita? (Celosa.)

LUIS.—¿Por qué? (Sorprendido.) ¿Vas a venirme ahora con historias? (Desdeñoso
altivo.) ¡Pues tendría gracia!... Anda. (Anita se dirige a la izquierda, por donde sale.
doña Concha y doña Soledad, Josefina, Isabel, Luisa, don Eduardo, Carlos y Enrique, precedi-
idos de Luis, se dirigen hacia el fondo por donde desaparecen.)

IRENE.—(A Pacorro que sigue con los ojos encendidos y la boca abierta a las señoritas
ue se van.) Anda, hombre, avíate en un santiamén. Te pones el futraque y te vas a
lmorzar con las señoritas. Anda, que te están esperando y puén perder el apeti-
o si no las acompañas.

PAC.—Pué que te enfaes porque mire yo a otra mujer. Chica, si fuese yo a en-
aarme por ca hombre que has mirao y remirao en este mundo, me entraría la rabia.

IRENE.—A naide miro más que a uno hace dos quincenas.

OBRA 1.^a—A ver si te has enamora con veras de Pacorro. (Riendo.)

IRENE.—Si me hubiera enamora, ¿qué?

BAS.—¡Que tendría gracia! (Con mofa.)

IRENE.—¿Y por qué tendría gracia, señora... capataza?

BAS.—Porque nadie te cree capaz de ello. Ya se sabe: uno ca ocho días. Mejor
levas tú el alta y baja de los trabajaos de la mina que la administración.

IRENE.—Pues ahí tiés tú; ya he tirao el lápiz y no quiero más que a éste en la lista.

PAC.—(Contoneándose con vanidad.) ¿Eh? Pa que veais lo que vale un güen mozo.

DAN.—(Riendo.) ¡Presume, Pacorro! (Se acerca al grupo.)

BAS.—(Con desprecio.) Y lo puede hacer. Si esta se ha fijao en él, no lo ha hecho
al tun tun. Ha tenío ande comparar.

IRENE.—Oiga usted, doña... limpia. Yo hago y he hecho con mi persona lo que
me ha dao la rial gana. Mía es mi persona y a naide ofendo; ni a mis padres, por-
que pudren tierra, ni a mis hijos, porque no los tengo. De mó y manera que pata.
No toas podrán decir lo mismo.

OBRA 1.^a—Irene, cállate.

GREÑ.—Dejala que hable, chica.

BAS.—(A Irene.) ¿Y soy yo la que no pueo decir lo mismo? ¡So... escorial!

IRENE.—Perdone usted, plata maadía. No sé lo que podrá usted decir o lo que no

podrá usted decir. Sé que cuando me puesto mis ojos en un nombre, minero ha sido él y querer por querer le he dao; y si él ha pagao unas copas con los dineros de su jornal, con los del jornal mío he pagao otras yo. Yo seré... lo que sea, por gusto, porque me sale así de adentro. En cambio otras, se compinchan con sus maríos pa hacer cucamonas a un amo viejo y pa que el viejo haga capataz al marío y capataza a la mujer. De mó que yo, con lo que hago, me doy y otras, con lo que hacen, se venden. ¿Se ha enterao usted ya, güena moza, o se lo canto más clarito?

BAS.—¿Dices eso de mí, mala lengua, embustera? Yo haré que te echen de la mina. (Los obreros han ido acercándose y forman corro en torno de Bastiana e Irene.)

IRENE.—Por echá me tengo. Como que eres la influencia mejor pa el amo. Anda, que tus fatiguillas te cuesta. (A los obreros.) ¡Porque miá que don Lucas! ¿Eh, compañeros? ¡Vaya un pollo! (Los obreros y las obreras se ríen.)

BAS.—¡Pingajo!

IRENE.—Eso erás tú, un pingajo, un pingajito hace cuatro meses. Sólo que el amo te pone ahora los faralares limpios... y a tu marío se los pone también.

PAC.—¡Ole! ¡Ole!

BAS.—(Avanzando hacia Irene.) Y yo te voy a poner la jeta encarná.

IRENE.—(Avanzando hacia Bastiana.) ¡A mí!

OB.^a 1.^a—Vamos, no venirse a las manos! (Las obreras 1. y 2. tratan de detenerlas.)

IRENE.—Suelta, chica, y verás lo güeno.

GREÑ.—Sí, soltarlas. Que se zurren si ese es su gusto. (Las obreras sueltan a Bastiana y a Irene, que se dirigen la una hacia la otra.)

PAC.—¡Ande el movimiento! ¡Dos duros por mi gallo!

IRENE.—(Cogiendo del pelo a Bastiana.) ¡Toma, pa horquillas! (Bastiana e Irene se cogen y forcejean a tiempo que entran Cesárea y Pablo por el espacio que deja libre el patinillo.)

OB.^a 2.^a—¡No, no, separádlas!

GREÑ.—¡Así, Irene! ¡Al pelo! ¡Duro con el pelo!

CES.—¿Qué es esto? ¿Y vosotras dejáis que se peguen? (Se pone entre las dos mujeres y las separa.) Ayúdame, Pablo. (Entre Pablo y Cesárea separan a Irene y a Bastiana. Bastiana queda con el pelo suelto y llorando de rabia. Irene se arregla el suyo contemplando a Bastiana con aire de triunfo y mirando con orgullo a Pacorro.)

PAB.—¡Ea, se concluyó!

Dichos y Nemesio.

PAC.—(A Irene.) Guapo, Irenilla... le has clavao el espolón en mitá de la cresta!

NEM.—(Entra y se fija en Bastiana, que llora.) ¿Cómo? ¿Lloras tú? ¿Qué te pasa?

BAS.—Que esta pícara mé ha pegao y ha dicho que sí tú y que sí yo... (Llorando.)

GREÑ.—¡Y llora!... Eso no es una minera... ¡Es un crío! ¡A la cunal! ¡A la cuna con él!

CES.—Sed lo que sois, mujeres, y no fieras, que es lo que parecéis.

NEM.—(Que se ha acercado a Bastiana.) ¿Con que sí?... ¿Conque esta mala sangre?... ¡Ahora verás tú! (Avanzando hacia Irene en son de amenaza.)

PAC.—(Interponiéndose, a Nemesio.) ¡Cuidiao! Por muy capataz que seas, Nemesio, en cuanto la toques, te salto un ojo.

DAN.—(Interponiéndose también, a Nemesio.) Mal harías pegándola. De igual a igual han peleado. Ley de los mineros es respetar esas peleas. Si tu mujer ha perdido, que se aguante, Nemesio.

CES.—(A Bastiana.) Venga usted, véngase conmigo. Esto ya pasó. En el taller puede usted arreglarse. Véngase conmigo, Bastiana. (Bastiana y Cesárea salen.)

NEM.—Bueno; allá las mujeres. (Aparte a Pacorro.) Pero lo que has dicho tú hay que probarlo.

PAC.—Luego. Cuando salgamos del trabajo y naide nos estorbe.

NEM.—Conformes. Será luego. (Después de una breve pausa durante la cual Nemesio y Pacorro se miran desafiándose con los ojos.) ¡A ver Daniel, Pablo, Roque, Antonio, los jefes de tarea, a las oficinas conmigo! Os llaman.

DAN.—¿Y pa qué?

NEM.—En la oficina os lo dirán.

PAB.—Vamos. (Salen por la izquierda Daniel, Pablo, Nemesio y los obreros 1.^o y 2.^o.)

OB.^a 1.^a—(A Irene.) Bien hiciste en zurrarla. Hace cuatro meses era vagonetera como tú y como yo, y el marío arrancaba plomo en la mina. Hov todo es presumir y tarolear

GREÑ.—Al farol de ella le ha roto esta los vidrios. (Por Irene.)

PAC.—Y al de Nemesio no va a quedarle ni tan siquiera la armazón.

RENE.—(Con cierta tristeza noble.) No. Tú y Nemesio no. Yo no soy quién pa que ombre se juegue los reaños por mí.

PAC.—¡Tú ties la sal por arrobas, y sacúes firme, y bebes tamién firme y palo que bebes tú y lo que bebo yo! ¡Ya ves si hay motivos pa que saque por tí ara! Aparte de que poco o mucho, y dure lo que dure, hay algo entre nosotros. Voy a dejar que te amenace dengün hombre.

RENE.—(Con gratitud.) ¡Pacorro!

PAC.—No te apures. No llegará la sangre al río. Tres o cuatro capones, los ros hinchaos, y después a tomarnos tóos unas copas. Vamos, tóos no. Basta se queará en casa. Porque, ¿qué iba a decir don Lucas?

OB. 2.^a—Tenéis vosotros una lengua...

GREÑ.—Es mentira, ¿o vas a defenderla t'?' Niña, ¿tiras tamién pa... capataza?

OB. 2.^a—¿Qué dices!

GREÑ.—Lo que podría ser.

PAC.—Greñúa, tiés un frasco de arsénico en el alma. Cállate. (A Obrera 1.^a) Y o la hagas caso.

OB. 2.^a—Yo...

PAC.—(Cogiendo una botella y mirándola al trasluz.) A tó esto se acabó el vino.

RENE.—Aquí está mi botella. Con la bronca se ha quedao virgen. (Alargándola.)

PAC.—No pueo consentir que haga aquí un mal papel. Trae, serrana. (Bebe, cote la botella a La Greñuda. Viendo que ésta empina largo la botella.) ¡So! (Quitándo y pasando a Irene la botella.) Eres una colambre, agüela.

Dichos y Cesárea

CES.—Ya está más conforme. (A Irene.) Sólo falta que hagáis las paces.

IRENE.—¿Las paces?

CES.—Sí. Las paces. ¿A qué reñir, a qué disputar entre nosotros? ¿No tenemos bastantes penas en el mundo?

PAC.—Andar a trompazos no es pena. Yo he pasao el gran rato. (Entra Pablo la izquierda y se dirige hacia Cesárea.)

PAB.—¿Cesárea?

CES.—(Acercándose a él.) ¿Qué?

PAB.—(Bajo.) Lo que pensábamos. Desde mañana, rebaja de jornales.

CES.—¡Ah! De modo que...

PAB.—Lo que se ha resuelto. No aceptamos y proclamaremos la huelga.

CES.—¿Los otros?

PAB.—No retrocederán. El acuerdo es firme. Vé a los talleres y díselo a las pajadoras; hoy mismo estallarú la huelga. Ahí viene mi padre y los otros jefes de la area. Vé. Ha de ser hoy mismo, antes que el trabajo se reanude.

CES.—Cuenta conmigo. Voy. (Con gesto lleno de energía. Sale Cesárea por la derecha mientras entran por la izquierda Daniel, los obreros 1.^o y 2.^o y dos obreros más.)

DAN.—(A su hijo.) ¿Conque era verdad? ¿Conque rebajan los jornales?

PAB.—Ya lo ha oído usted.

OB. 1.^a—Y ya oiste qué no lo sufriremos. ¿Verdad que no? (A los obreros.)

PAC.—¿Qué?

PAB.—Que rebajan los jornales como se anunció anoche (Movimiento en los obreros)

PAC.—¿Sí?

DAN.—Dende mañana rebajaos.

PAB.—Y nosotros a la huelga desde hoy. ¿Estamos conformes?

OB. 1.^a—¡Sí!

PAC.—¡Digo que si estamos conformes! La huelga a escape. (A Irene.) Chica, va la huelga!

DAN.—No: la huelga es el hambre. No sus precipitéis. Aun puede intentarse o. Hablar con el amo, convencerle; transigir nosotros. (Titubeando.)

PAB.—Nosotros no,

OB. 2.^o—Que transija él.

DAN.—Bueno, que él transija. Podemos esperar... Todo menos la huelga. Quizá hablando con don Lucas... No es mala persona... Pué que nos atienda... (Suenando dentro la campana.) La camoana. Vamos a trabajar. A la noche determinaremos.

PAB.—Ahora mismo. ¿El amo quiere la guerra? La tendrá.

DAN.—Hay que hacer el último esfuerzo. Hablemos con don Lucas.

OBR. 2.º—¡Hablarle! En su despacho estaba cuando nos dieron la orden y oyó lo que decíamos y ni siquiera asomó las narices.

PAC.—Es un morral. (Entra don Lucas por la izquierda.)

OBR. 1.º—(A Daniel.) ¿Quié debatele? Ahí le tiés, hombre. (Aparece Luis.)

OBR. 2.º—(A Daniel.) Y por si acaso no te basta con él, allí viene su hijo. (Por un movimiento instintivo los obreros se retiran a la derecha hacia el fondo, menos Pablo y Daniel y Obreros 1.º y 2.º)

(La campana sigue tocando. Procúrese que suene lejos para que no estorbe el diálogo.)

LUIS.—(A don Lucas.) Venía en busca tuya. Te has retrasado mucho. Todos esperan ya.

IRENE.—(A Pacorro.) ¡Qué seguío toca la campana!

PAC.—Déjala. (Como si hablara con la campana.) Hoy estamos en huelga, amiga, no nos sale de las narices ir. (Luis habla con don Lucas.)

LUIS.—(A los obreros.) ¿No oís que llaman al trabajo? ¿Qué hacéis ahí quietos? (Los obreros bajan la cabeza cobardemente, sin atreverse a contestar. Cesa la campana.)

OBR. 1.º—(Tartamudeando.) Ya ve usté... estamos... Pues estamos... Ya hemos oído la campana... Estamos...

LUIS.—¿Por qué estáis? Decidlo de una vez.

OBR. 1.º—(A los otros.) No sé qué decirle.

PAC.—(Al Obrero 1.º) ¡Qué blando eres! Fíjate. (Se estira la chaqueta y se dirige a Luis; fuerte.) ¡Estamos!... (Se detiene como atragantado, balbuceando.) Estamos... estamos... ¡Anda, se me traba la lengua! (Retrocediendo, a Daniel.) ¿No querías hablar? Habla tío. (Daniel se adelanta con el sombrero en la mano y la actitud humilde.)

DAN.—El caso es... que nos han dao la orden... Nos han dicho que rebaja usté los jornales y... a nosotros nos parece... Es decir, creemos... Ya ve usté. Los jornales de hoy dan pa mal comer... Hágase usté el cargo... Como usté lo pise unas miasas...

LUC.—Cuando he dado la orden es porque no tenía más remedio. ¿Creéis que hago la rebaja por gusto? Todos tenemos que vivir. Para que vivamos todos, tenéis que conformaros hoy. Esto es transitorio. Vendrán tiempos mejores. Cuestión de unos días. (Conciliador.)

DAN.—En tal caso... (Haciendo ademán de dirigirse al horno.) Si usté nos ofrece que serán pocos días... (Coge la barra y se encara con los obreros.) Ya veis, amigos es cuestión de unos días. ¡Cuando don Lucas os lo dice!... (Movimiento de irresolución y duda en casi todos los obreros.)

LUIS.—Claro, hombre. ¡A los hornos! ¡A trabajar! ¡Fues no faltaría otra cosa! (Algunos obreros se dirigen hacia la fundición.)

PAB.—¿A trabajar? (Con energía.) No. No iremos ninguno. (Coge la barra de mano de su padre y la tira.) Ni usté tampoco, padre. (Los que se dirigen al trabajo se detienen.)

LUIS.—¡Eh! (Sorprendido.)

DAN.—¡Pablo! (Confuso.)

PAB.—No iremos si los jornales no se mantienen como estaban.

LUC.—¿Qué dices?

PAB.—Que si estos hombres callan y no se atreven a decir lo que llevan en el corazón, por mal entendidos respetos, yo hablaré alto y en nombre de todos, porque todos, sépalo usté, todos piensan lo que hablo yo. Si se rebajan los jornales no volveremos al trabajo.

DAN.—(Suplicante.) ¡Hijo!

PAB.—No volveremos. (A los obreros.) ¿Digo verdad? (Los obreros bajan la cabeza sin responder, pero permanecen inmóviles con cazorra testardez.)

LUC.—Ya ves cómo no te constan.

PAB.—Ya ve usté como no van a trabajar. Callan y bajan la cabeza porque todavía son cobardes delante del amo; porque aún no se atreven a decir lo que piensan. Yo sí me atrevo.

LUC.—¿Tú?

PAB.—Me atrevo como hombre libre que soy para dar o negar mi trabajo. Los mineros no trabajarán.

LUIS.—¡Pablo!

PAB.—(A los obreros.) No tengáis miedo. Tirad las herramientas: ahora ustedes dirigirán. (Algunos obreros que han cogido las herramientas las arrojan con violencia.) En condiciones impuestas, los hombres de la mina no vuelven al trabajo. (Momentos ha salido Cesárea seguida por un grupo de obreras.)

CES.—Las mujeres tampoco vuelven.

LUIS.—¿Qué dices?

CES.—Lo que usted acaba de oír. Las mujeres tampoco vuelven.

PAB.—(A los obreros.) Vámonos (Pablo se dirige hacia la izquierda. Todos menos Dachen además de seguirle.)

LUIS.—¿Dios, porque este necio y esta loca os mandan que os vayáis?

CES.—¡Irnos, porque no queremos ser vuestros esclavos; irnos, porque no queremos sufrir injusticias. No van con un necio, no van con una loca. Van con dos papadores que sienten como ellos. (A los obreros.) Vamos. (Vuelve a sonar la campana.)

PAB.—Vamos. (Dirigiéndose con los obreros hacia la izquierda.)

LUIS.—Idos, sí. La huelga es el hambre y la muerte. Idos. Peor para vosotros.

CES.—(Encarándose con Luis y con don Lucas.) Peor para vosotros si no llegamos aolver. Nosotros llevamos nuestros brazos. Donde vayamos podrán nuestros brazos arrancar el mineral de la cantera y fundirlo en los hornos y convertirlo en brasas... Vosotros, si nosotros os dejamos solos, ¿qué haréis? Andad. Ahí tenéis las herramientas; ahí están ardiendo los hornos; ahí bulle el mineral fundido. Nafalta. Ni la campana que llama a los trabajadores. Es la hora de empezar la huelga. Nosotros nos marchamos. Seguid el trabajo vosotros. (En actitud desafiadora se marcha, rodeada por todos los obreros. Telón.)

ACTO TERCERO

El mismo decorado del acto anterior. A la vida, a la animación, al vapor ardiente que salía de la fundición, ha sucedido esa quietud siniestra, ese desamparo mortal que se apodera de los grandes centros industriales cuando el trabajo se paraliza. Los hornos están apagados. Los depósitos sin mineral fundido. Las herramientas recostadas contra los hornos y los bordes de los depósitos. Las puertas que comunican con la derecha y con la izquierda aparecen cerradas al comenzar el acto. En el patio habrá media docena de soldados, calentándose en torno de una hoguera hecha brasas. Un centinela paseará por el espacio libre que hay delante del patio. Los soldados tendrán los fusiles junto a ellos. Con los soldados estará Pedro calentándose como ellos a la lumbre en la cual hervirá una marmita. Es de noche. La luz de la luna iluminará a medias la escena.

Pedro, Soldados 1.º y 2.º, un Soldado más y un Centinela.

SOLD. 1.º—¡Valiente madrugada!... Vaya un frío que hace, sargento.

PED.—Aumenta la fogata si quieres. En aquel montón tienes leña de sobra. (El Soldado 1.º se dirige al montón de leña y vuelve con unos troncos que arroja en la hoguera.)

SOLD. 2.º—¡Qué noche más perrá!

SOLD. 1.º—¡Y si al menos nos hubiese servío de algo! Pero los mineros no se ven. Vamos a quedarnos sin disparar un tiro.

PED.—¡Tiros! (Con gravedad.) Dios haga que no sean ellos menester.

SOLD. 2.º—¡Que tú digas eso! ¡Un valiente probao, que se muere por andar a stazos!

PED.—En otros sitios andaría; aquí no.

SOLD. 2.º—¿Pues?

PED.—¿No sabes que mi padre y mi hermano y todos mis amigos de cuando era niño trabajan en la mina? ¿Crees que me sonaría el cuerpo a gloria si tuviese que encarar contra ellos el fusil? Vosotros no conocéis en la mina a nadie, y, por eso, ¿qué os importa nadie? Tirar del gatillo entretiene. Si fuéséis de este pueblo, estaríais como estoy yo.

SOLD. 1.º—Es que sí. ¡Si estuviéramos en mi pueblo y tuviese que tirar contra los vecinos!... Claro que si me dejasen escoger, contra alguno dispararía a gusto. Pero de eso a tirar al montón, no sabiendo a quién vas a darle!... Mala cosa es.

PED.—(Cabizbajo.) ¡Y tan mala!

SOLD. 2.º—¿Qué remedio!...

PED.—En fin... Bueno está. (Mirando la marmita.) Ya hierve el café. Lo tomaremos para entrar en calor. Echad mano a los vasos. (Los Soldados sacan vasos y se van tomando café. Pedro saca un frasco de aguardiente.) Aquí hay aguardiente. Rociaremos un poco en el humor. (Bebe y pasa el frasco a los Soldados.) ¡Ojalá y todo acabe en paz!

SOLD. 1.º—Tu hermano es el jefe.

PED.—Por eso no estoy yo tranquilo. Siempre fué caliente de cascos. Tienen mucha sangre y es capaz de mover una trapatiesta. Luego Cesárea...

SOLD. 1.º—¿Esa loca que les predica a los mineros?

SOLD. 2.º—Es una buena hembra. Si la tuviese en la cantina, ganaba el cabo Hernández doble.

PED.—¡Qué! Acabaría por irse todo el mundo. Eso no es mujer. Lo mismo le da a ella de los hombres que de esta brasa a mí. (Tirando con desprecio una brasa que ha cogido para encender un puro.) Estoy por decirte que ni mi hermano le ha llegado con el pico de una uña. Ella con la revolución social y con la justicia y con todas esas pauplinas que le rebullen dentro de la sesera, tiene bastante diversión. Emperra en que los patronos y los trabajadores, los pobres y los ricos, han de ser iguales.

SOLD. 1.º—(Riendo.) ¡Anda, qué guillaura!

CENT.—(Que se ha detenido en la izquierda, preparando el arma.) ¡Alto! ¿Quién vive? (Pedro y Soldados se levantan y se dirigen a los fusiles.)

TEN.—(Dentro.) Teniente Fernández.

CENT.—¡Sargento, el Teniente! (Los Soldados se alinean. Pedro se dirige a recibir al oficial, que entra por la izquierda. El Centinela tercia el arma.)

TEN.—Sargento, vénganse conmigo.

PED.—(A los Soldados.) A formar. (Los Soldados preparan los fusiles y forman.)

PED.—¿Nos vamos de aquí, mi teniente?

TEN.—Sí. Hoy reanuda sus trabajos la mina.

PED.—¿Con los huelguistas?

TEN.—No. Con esquirols, como dicen ellos; con trabajadores contratados. Lo más probable es que los huelguistas se opongan a que trabajen los esquirols y tengamos jaleo. El peligro, si le hay, está en la entrada de la mina. De modo que la compañía va a reconcentrarse junto a los pozos para cubrir la carretera e impedir el paso a los huelguistas. Así se ha dispuesto. Si ocurre algo en estas dependencias, no están lejos, se puede venir en cinco minutos. Los capataces avisarían.

PED.—¡Y mi hermano qué está con los huelguistas!

TEN.—¿Tienes un hermano con ellos? ¡Vaya por Dios, hombre! (Contrariado; como para sí.) Sería una atrocidad que llegase a haber tiros. (Con mal humor.) ¡Maldita huelgal! ¿Por qué nos traerán a esto a los soldados? ¡Nosotros llevamos las armas para cosas más grandes; para pelear contra los enemigos de la patria, no para disparar contra los hambrientos! ¡Ojalá no sea preciso hacer fuego! Para estos menesteres, la policía, la policía, no nosotros. ¡En fin!... ¿Estamos listos?

PED.—(Poniéndose al frente de la fuerza.) Sí, señor. (El Teniente hace ademán de marchar y sale sin desenvainar el sable. Pedro, con voz de mando.) De frente. March... (Los Soldados, formados de a dos, salen detrás del Teniente. Apenas desaparecen ellos por la derecha, aparecen por el primer término izquierda Irene y Pacorro.)

PAC.—(Mirando a la derecha.) Ya se fueron. El camino está libre. (A Irene.) ¡Ese estúpido de centinela no hacía más que mirar a todas partes! ¡Habrás tonto! ¡Míá que buscar a los mineros encima de la tierra! Debajo es ande hay que buscarlos, amigo. (Como si hablase con el centinela.) Avisa a Pablo y a los otros. (A Irene.)

IRENE.—En seguía. (Dirigiéndose hacia el primer término haciendo señas con la mano.)

PAC.—¡Soldaditos a mí!... Media legua tié la galería y por ella vendremos tos. Ya se acercan esos. (Entran por el primer término Cesárea, Pablo y los Obreros 1.º y 2.º. Dichos, Cesárea, Pablo y Obreros 1.º y 2.º)

PAB.—(Entrando.) Veremos si logran lo que se proponen, poniendo tropa en la carretera y cerrando el paso a los talleres. La galería será nuestro camino. Los huelguistas vendrán por ella y, pase lo que pase, no se empezarán los trabajos. (A los Obreros 1.º y 2.º) ¿Estamos conformes?

OBR. 2.º—Conformes.

OBR. 1.º—Por lo menos si quieren trábajar ha de costarles sangre.

OBR. 2.º—La sangre será nuestra; un fusil alcanza más que una pistola.

CES.—Nuestra o suya o de todos. ¿Qué importa? Cada gota de sangre que en estas peleas se pierde es un paso hacia el porvenir.

IRENE.—(Con admiración.) ¡Qué bien dices las cosas! Yo no las entiendo del todo, pero vaya que se me clavan en el corazón.

CES.—De él me salen.

OBR. 1.º—V en el nuestro se meten. Anoche, cuando nos reunimos pa ver lo

hoy se hacía, ya viste que la gente andaba duosa. Pero cuando te levantaste mitá del bosque, iluminá por la luna y hablaste, tos fuimos unos.

PAC.—Paecías mesmamente una virgen del cielo que bajaba a la tierra a de-
os: «Esto y esto es lo que hay que hacer ¡Confiar en mí!» ¡Cristo, si te pones
pa cuando hablas como anoche!... ¡Hay en tus ojos una cosa!... ¡Vamos! como
avieses un lucero dentro de cá niña.

OBR. 1.º—Lo que dijiste. Lo que este propuso, se hará. (Por Pablo.)

IRENE.—Tanto como se hará.

PAC.—Ya andaba yo aburrido de estar me mano sobre mano. ¡Bronca, bronca es
ue hace falta! Como entrecoja a un esquirol, le corto las orejas y nos las co-
nos fritas con tomate. (A Irene.) Así como así va pa ocho días que no entra la
ne en mi cuerpo.

PAB.—En eso confían, en que nos hará ceder el hambre, en que hoy uno y otro
nana, y después todos bajaremos la cabeza y volveremos al trabajo.

CES.—¡Pobres de nosotros si volviésemos aceptando lo que los amos dispusiesen!

PAB.—Así no volveremos.

OBR. 1.º—El hambre es muy cobarde.

CES.—Cuando tiene esperanzas de satisfacerse. Cuando no las tiene es una
a y atropella por todo. Que el hambre de los obreros pierde la esperanza, que
queriendo, no pueden volver al trabajo, y veréis como ni vacilan ni se rin-

PAC.—Por de pronto ya habeis pasao la galería.

PAB.—A eso hemos venido. A convencernos de que se podía llegar aquí sin ser
ros.

PAC.—Pues ya estáis enteraos. Me paíce a mí que no dije un embuste. ¡Que
gan, que pongan soldaos en las entrás de la mina creyendo que pasarán los es-
rols y no pasaremos nosotros! ¡Van a llevarse un chasco! Naide recordaba la
eria. Yo sí. Entramos Irene y yo una noche porque nos cogió al paso y nos dió
decir: «Vamos a ver ande para esto.» ¿Te recuerdas tú? (A Irene.)

IRENE.—¿No he de recordarme?

PAB.—Muchas gracias, Pacorro. Ya estamos convencidos. Ahora no hay tiempo
perder. Tú, Irene, y estos dos, avisáis a los compañeros que se reúnan en la
eria y vengan a este sitio al amanecer, antes de empezar sus trabajos los es-
rols. Los obreros de los pozos ya saben lo que tienen que hacer. Nosotros ha-
mos lo nuestro. (A Irene, Pacorro y obreros 1.º y 2.º) Andando.

PAC.—(A Pablo.) ¿Tú no vienes?

PAB.—No; Cesárea y yo estamos muy significados. Si nos ven a ella y a mí
alando de una casa en otra podemos infundir sospechas. Aquí os esperamos.
Vved lo antes posible. (Salen por la izquierda Pacorro, Irene y los obreros 1.º y 2.º)

Cesárea y Pablo. (Pablo se sienta sobre un montón de mineral, donde permanece en actitud
preocupada. Cesárea se acerca a él.)

CES.—¿En qué piensas, Pablo? Pareces acobardado, triste.

PAB.—Acobardado, no. Triste, sí.

CES.—¿Triste? ¿Por qué?

PAB.—Porque pienso en los que se van, en los que han de volver con ellos; y
veo a todos esperanzados en tí y en mí; influidos por nuestras predicaciones
d las que aguardan inmediatos efectos. Enardecidos por nuestras predicaciones
garán por el triunfo y es casi seguro que se tropiecen con la muerte...

CES.—¡La muerte! (Con desprecio.) ¿Y qué? ¿Es precisa la muerte suya, la nues-
la, las de miles y miles de hombres para el bien de los que nos sucedan?... ¿Sí?...
Es entonces la muerte es una obligación. Las obligaciones, se cumplen.

PAB.—No me espanta morir; y eso que muriendo voy a perderte, no como rea-
dad, como esperanza, que es más doloroso todavía.

CES.—No todos mueren, Pablo.

PAB.—Repito que no me da miedo la muerte.

CES.—¿Entonces?

PAB.—Sí. Morir es una obligación como otra cualquiera. Morir tú, morir yo,
sabemos por qué y para qué vamos a morir, puede ser necesario, justo. ¿Es
to que hagamos morir a los otros, a los que no tienen cabal conciencia de por
é mueren y para qué mueren?

CES.—¿Los otros?

PAB.—Ellos, con la plenitud necesaria para saberlo, no lo saben.

CES.—No lo saben, pero lo sienten; igual es. Luego, muriendo ellos, ¿qué piden? Aun comprendo dudar, no en ir, en llevarlos a ellos a la muerte, si su vida fuera bienestar y felicidades. Arrancarles de la dicha para la muerte sería cruel. Arrancarles para la muerte, de la miseria, de la esclavitud, y hacer con sus cadáveres una bandera que aliente a sus hijos, es, para ellos, misericordia; para sus hijos, porvenir; para nosotros, un deber. Deja que mueran, Pablo, si hoy ha de ser la muerte el término de nuestra rebelión. Deja que muramos nosotros. Con nuestra sangre, se regarán gérmenes de amor y justicia. Por obra suya brotará sobre la tierra generaciones en las que los hombres serán hermanos y el trabajo fiesta; en la que nadie se atrevera a verter la sangre de nadie, porque la sangre de todos será para todos común.

PAB.—¡Qué dicha oírte hablar así!... Tienes razón, hay que hacer realidad el porvenir; hay que llegar a eso. Pero yo quisiera llegar por la bondad y por el amor, dando y recibiendo el abrazo, no imponiéndolo sobre charcos de sangre.

CES.—¿Y de qué te sirve querer?... Los otros no ceden. Mientras puedan resistir han de hacerlo.

PAB.—¡Es tan lógico que resistan! ¿Cómo han de abrir paso a las nuevas ideas quienes imbuidos por las viejas gozan de todas sus ventajas? ¿Cómo no han de resistirse ellos? ¿Cómo no han de sentir la influencia de las viejas ideas, si nosotros, los mismos nuestros la sufren también?

CES.—(Con lástima.) ¡Infelices!

PAB.—¿No oíste a mi padre combatiendo la huelga, sometíndose a ella de pura fuerza, contra su voluntad? ¿No le ves, cuando suena la hora del trabajo, alzada de la cama como un autómatas y venir aquí a contemplar, a adorar su horno, su horno en que está dejando la vida hace cuarenta años?... ¡Ay, Cesárea, cuántos y cuántos años faltan para que nuestro sueño se haga realidad!... ¡Hay tantos obreros como mi padre! Aun queda mucho camino por hacer.

CES.—Luchemos por acortar ese camino.

PAB.—Luchemos y soñemos, Cesárea.

CES.—¡Pablo!...

PAB.—Antes de la lucha todos sueñan. El sueño prolonga la vida. Cuando se puede morir es bueno tomar desquites anticipados de la muerte. Déjame que haga, soñando con los ojos abiertos, el futuro presente. Deja que nos mire en el hogar común, libres para el trabajo y para el amor; compañeros felices de toda una existencia doble. Deja que te vea junto a mí, rodeada de los hijos tuyos, los nuestros... ¡qué de los tuyos y los nuestros!, de los nuestros sólo, porque serán todos de los dos, porque tal que a propios querré a los de Manuel.

CES.—¡Qué bueno eres, Pablo!

PAB.—(Con pasión.) ¡Cesárea!

CES.—También sueño yo: ¡Hay sueños muy hermosos! (Cogiendo las manos de Pablo.) Soñemos con las manos juntas y el alma puesta en la dicha de todos los hombres.

PAB.—Y con el alma puesta en la dicha de nosotros dos, ¿por qué no he de soñar, Cesárea?

CES.—¡En nosotros y con nosotros dos!

PAB.—Sí. ¿Por qué no? (Momentos antes ha comenzado a amanecer. La luz de la vida siendo sustituida por una luz amarillenta, la luz de un alba triste, espectral. Breve pausa.)

CES.—(Como quien sale realmente de un sueño.) Porque no hay tiempo ni derecho. Mira, comienza a amanecer... No en nosotros, en los otros hemos de pensar.

PAB.—¡Los otros!... ¿Por qué amanecerá tan pronto? (Breve pausa.)

CES.—(Mirándole.) ¡Qué pálido estás! (Cogiendo las manos de Pablo.) ¡Pálido y frío!

PAB.—¡Quién sabe si esta palidez que ves en mí y esta frialdad que siento en mi sangre son el aviso de la muerte! (Con serena melancolía.)

CES.—(Con pasión.) ¡No pienses en la muerte! No hables de ella. Piensa en tu vida, ¡en nuestra vida!... ¡en la de los dos!... ¡Hay que vivir, Pablo!...

PAB.—¡Cesárea!...

CES.—(Mirando hacia la derecha.) Vienen. ¿Serán esquirols? (Pablo se levanta.)

PAB.—No; todavía, no. Es mi padre. La visita diaria al horno. Y hoy... ¡hoy entra por la derecha Daniel, que, al ver a Pablo y Cesárea, hace un ademán de sorpresa!

DAN.—¿Aquí vosotros?... ¿Qué hacéis vosotros en la fundición?

CES.—Esperar.

DAN.—¿Esperar? ¿Qué esperáis?

PAB.—Que vengan los esquirols a ocupar nuestros sitios, para impedir que lo consigan.

DAN.—(Riendo.) ¿Impedirlo?

CES.—Sí.

DAN.—(Con sarcasmo.) ¿Vosotros dos solos? ¡Tontos! Os quedaréis sin el sitio y sin las costillas como os empeñéis en hacer piernas.

PAB.—Usted debió quedarse en casa.

DAN.—¿En casa? En la casa no hay pan ni lumbre. Cuando en las casas falta el pan y la lumbre, atades paecen. (Con sarcasmo.) ¡Ya estaréis contentos!... La huelga nos debe tener a tós muy contentos. Yo... ¡figúrate! Yo, sin jornal, sin esperanzas de tenerlo y mi horno apagao. (Acercándose al horno y tocándole con la mano.) ¡Frio!... Frio, como si no hubiese quemao plomo en jamás.

PAB.—Padre...

DAN.—¿Sabes si yo te viese muerto lo que sentiría cuando tocase el cuerpo tuyo?... ¿Pues talmente me pasa cuando llego a mi horno y lo tiento y lo hallo muerto, acarambanao, sin que por su boca abierta salga el vaho del plomo. Me da verlo así mucha pena, mucha, pero no pueo dejar de verlo.

PAB.—¿Por qué viene usted hoy?

DAN.—Porque vengo tóos los días. ¿A qué iba a no venir? ¿A que empiezan hoy los trabajos? ¿A que llegarán los esquirols? ¿A que otras manos que las mías cargarán el horno y empuñarán la barra y revolverán el mineral?... ¿Será ello otra pena. Una más o menos, ¿qué tié?

PAB.—Debe usted irse.

DAN.—¿Irme?

CES.—Los esquirols van a venir y en la fundición no trabajan. No estando con nosotros de corazón, no debes hacerte responsable de lo que aquí ocurra.

DAN.—¿Qué va a ocurrir aquí? Que vendrán los esquirols y los capataces y los amos con ellos y os echarán a puntapiés.

PAB.—¿Está usted seguro?

DAN.—¡Bah! (Encogiéndose de hombros.) Ahora que caigo. ¿Cómo os habéis colao en la fundición? La tropa corta el paso en la entrá de la mina a to el mundo. A mí me han dejao pasar los capataces porque saben que na tengo que ver en este lío, que vengo de maníatico, como ellos dicen; a vosotros dos...

CES.—Hemos entrado por sitio que ellos no conocen. Por el mismo sitio entrarán los otros. Entonces...

PAB.—(A su padre, señalando hacia la derecha.) Oiga usted. Ya se acercan. Ya están aquí. Ahora, que vengan esos esquirols. (Entran por la derecha sigilosamente y empujándose los unos a los otros, Irene, Pacorro, la Greñuda, Obreros 1.^o y 2.^o, Obreras 1.^a y 2.^a y un grupo numeroso de obreros y obreras, entre los cuales habrá muchachos y viejos.)

DAN.—Los huelguistas.

PAB.—(A Daniel.) ¡A ver si nos echan a puntapiés, como usted nos decía, padre! Dichos, Irene, la Greñuda, Obreras 1.^a y 2.^a, Pacorro, Obreros 1.^o y 2.^o, Obreros y Obreras.

PAC.—¡Ya estamos aquí tos! ¡Contra, si tié revueltas esa galería! ¡Y a oscuras! Nos hemos dao ca coscorrón! Conque lo dicho; ya estamos aquí tos. (A Pablo.) ¿Cuándo escomienza el baile?

DAN.—¿Qué baile?

GREÑ.—El que van a danzar los esquirols en cuanto asomen las narices.

IRENE.—No le arriendo la ganancia al que me toque de pareja.

PAC.—¿Pues miá que el que te toque a tí, Greñita?

GREÑ.—(Con ferocidad.) No saldrá mu satisfecho que digamos. Me he afilao las uñas en la cantera. (Enseñándose las a Pacorro.) Míalas, míalas cómo relucen.

PAC.—Tamién te relucen los ojos. A estas horas y con esta luz y con esa facha, parece una gata vieja acechando ratones.

GREÑ.—Déjalos venir.

DAN.—¿Qué os proponéis?

CES.—¿Qué nos proponemos? Defendernos. Impedir que acaben con la huelga.

PAC.—¡Ole! ¡Ole!

OBR. 1.^o—¿Qué hemos de hacer? Dilo.

PAB.—Esperar que vengan los esquirols, y cuando vengan, por buenas o por malas, impedir que trabajen.

PAC.—Por malas es mejor. Se arma más jaleo.

PAB.—(Al Obrero 2.^o) Tú a vigilar. Cuando veas que se acercan avisa. (El Obrero 2.^o sale por la izquierda.)

PAB.—Que los de los pozos cumplan su deber. Nosotros cumpliremos en el nuestro. En la fundición no se trabaja.

OBRERAS Y OBREROS.—¡No!

DAN.—¡Estúpidos! ¡Que no se trabaja!

PAB.—No señor. (Movimiento de furiosa negativa en los obreros.)

DAN.—¿Qué importa que echéis de aquí a los esquirols? Se irán; golpearéis unos infelices tan hambrientos como nosotros; les haréis huir, huirán.

PAC.—¡A patás, si señor, a patás!

DAN.—Huirán, pero volverán pronto, y volverán con los soldados y los soldados tién fusiles y los soldados no corren y los fusiles matan. (Movimiento de retroceso.)

PAB.—(Con enojo.) ¡Padre!

PAC.—También matan nuestras pistolas. Hay que arrimarse un poco más, pero también matan.

CES.—Caiga quien caiga, los esquirols no trabajarán en la fundición. Vete, Daniel. No te unas a nosotros si es que te asusta la pelea; pero no vengas a quitar a quienes necesitan todos los suyos. Vete o cállate. (Entra el obrero 2.^o)

OBR. 2.^o—¡Los esquirols!... Don Luis y los capataces vienen al frente de ellos.

OBR. 1.^o—Salgamos a su encuentro (Los obreros se dirigen hacia la izquierda.)

PAB.—(Pablo lo detiene con el ademán.) No. Todos vosotros, menos yo y Cesárea, allá en el fondo. La fuerza debe ser lo último entre los hombres.

GREÑ.—Pero...

PAB.—Haced lo que os digo, (Todos los obreros, menos Cesárea, Pablo y Daniel, retiran hacia el fondo de la fundición donde desaparecen.)

CES.—Ya llegan. (Entran por la izquierda Luis, Nemesio, y un grupo de trabajadores esquirols. Pablo y Cesárea les dan frente. Daniel queda en segundo término hacia el fondo.)

LUIS.—(Al ver a Cesárea y a Pablo se detiene como sorprendido, luego avanza con arrogancia hacia ellos.) ¿Qué hacéis en la fundición esta mujer y tú?

PAB.—Aguardar a usted y a los hombres que le acompañan.

LUIS.—¿A qué nos aguardáis?... si es que puede saberse.

PAB.—A pedirle a usted, a suplicarle a usted que los esquirols no trabajen.

LUIS.—¿A suplicarme?... Menos mal que no lo exiges, Pablo...

CES.—Si hace falta lo exigiremos.

LUIS.—¡Exigir! (Con desprecio.) ¿Y qué vais a exigir vosotros?

PAB.—Lo que es justo. Que se acceda a nuestra pretensión.

LUIS.—¿Eso queréis? (Desdeñoso.)

PAB.—(Amenazador.) Sí.

DAN.—(Avanzando hacia su hijo y en tono de súplica.) ¡Pablo!...

PAB.—Para llegar al límite de nuestra paciencia suplicamos a usted lo que por fuerza podemos conseguir.

LUIS.—Por fuerza. ¡Necio! La fuerza está conmigo. (A los esquirols.) Al trabajo. (Los esquirols hacen un movimiento de avance. Pablo lo detiene con el gesto.)

PAB.—(A Luis.) ¿Conque no?

LUIS.—Ya lo ves.

PAB.—(A los esquirols.) Entonces dirigios hacia los hornos, hacia los depósitos. (Los esquirols se encaminan hacia los hornos; algunos empuñan herramientas: Cesárea se dirige hacia ellos.)

CES.—(A los esquirols.) Trabajadores sois lo mismo que nosotros. Nuestra causa es la vuestra. Mirad lo que hacéis.

LUIS.—Lo que hacen: obedecerme y volveros la espalda. (Los esquirols avanzan hacia los hornos con los capataces.)

PAB.—¡Que obedezcan! Veremos quién puede con quién. (Dirigiéndose al fondo.) ¡Mineros! (Salen por el fondo Irene, la Greñuda, Obreros 1.^o y 2.^o, obreras y obreros, tumultuosamente y dirigiéndose hacia los esquirols, que retroceden: un gesto de Cesárea tiene a los huelguistas.)

LUIS.—(Con asombro.) ¡Eh!

CES.—¿Qué suponas? ¿Que todo iba a ser fácil? ¡Anda: ¡Que avancen esos ombres; los tuyos! Ahí están los nuestros. Que avancen.

PAC., GREÑ., IRENE Y OBREROS.—¡Mueran los esquirols! (Avanzando.)

LUIS.—(Con ira.) ¿Os atrevéis a ponerlos delante de ellos?

PAC.—D. ¡Inte ahora. Dentro de un minuto detrás, porque van a salir corriendo.

GREÑ.—¡Mueran los vendíos! ¡A ellos, amigos, a ellos! (Encarándose con los esquirols.)

NEM.—(A los huelguistas.) ¡Retiráos! ¡Obedeced al amo!

OBROEROS.—¡Fuera los esquirols! ¡Fuera los capataces!

LUIS.—(Con ira.) Decid que fuera yo también. ¡Echadme de lo mío, canalla! ¿Os creéis los más fuertes?

PAB.—Los que tenemos la razón.

LUIS.—Los más fuertes; por eso nos amenazáis. Los más fuertes en este momento. Pero detrás de mí, de los obreros, de los capataces, está la tropa. (Los huelguistas hacen un ademán de temor y retroceden.) ¡Ah! ¿Tenéis miedo?... ¿Retrocedéis solo al mentaros los fusiles? Yo no retrocedo. Si de solo a solo estuviéramos yo y el que os acandilla, vería ese hombre que de todas maneras puedo ser su uno yo. (Luis coge a Pablo bruscamente por los abroches de la blusa, Pablo le empuja bruscamente también, obligándole a retroceder.)

PAB.—¿Amo mío?... Ni de un modo ni de otro. (Avanzando amenazador.)

PAC.—(A los huelguistas.) ¡Duro con él y con estos gañotes! (Los huelguistas avanzan hacia Luis en actitud amenazadora, mientras Luis retrocede hacia los esquirols.)

DAN.—(Dirigiéndose hacia los huelguistas con los brazos extendidos como si quisiera detenerlos.) ¡No! ¡Eso no!... ¡Compañeros por mí! (Algunos obreros entre los cuales está Pacorro, apartan a Daniel, y se dirigen hacia Luis en actitud de provocación. Los esquirols huyen por la izquierda. Luis queda solo. Cesárea se interpone entre los huelguistas y Luis.)

CES.—¡No! ¡Deteneos! Nuestra cólera debe ser más santa. No la rebajemos descargándola contra un hombre indefenso. Dejadle. (Los huelguistas obedecen a Cesárea. A Luis.) Ya lo ves. Los esquirols huyen. Estás solo. Veto.

LUIS.—(Amenazador y colérico.) Cuando vuelva, no estaré sólo. (Sale.)

CES.—Vuelve con quien quieras. Pero vete.

CES.—Ya lo habéis oído. Dice que volverá y volverá con los soldados.

DAN.—Vendrá con ellos y se empezarán los trabajos.

PAC.—¡Quiá!

CES.—¿Empezarse? No. Trabajar, no trabajarán, yo te lo aseguro. Las herramientas sirven para algo más que para hacer esclavos. Sirven también para hacer justicia. (A los obreros.) Vuestras son. El trabajo las hizo vuestras. ¿Os las quieren quitar para que las manejen otros? En vosotros está que nadie os las quite. Usadlas. Romped los hornos.

OBROEROS Y OBRERAS.—¡Sí, los hornos! ¡A romper los hornos! (Todos cogen las herramientas que hay esparcidas por la escena y se dirigen hacia los hornos.)

DAN.—¡Romper los hornos! (Unos obreros se dirigen hacia los hornos; otros a los depósitos y empiezan a destrozarlos, Daniel contempla con nerviosa inquietud la faena.)

PAB.—(A cuatro o seis obreros entre los cuales se encuentra Pacorro e Irene.) Este para vosotros. (El horno donde trabaja Daniel. Los obreros que siguen a Pablo se dirigen al horno. Daniel, casi de un salto, se pone entre los obreros y el horno en actitud resuelta.)

DAN.—¡Mi horno!... ¡Vais a romper mi horno!

PAC.—Sí. (Los obreros avanzan.)

DAN.—No. No lo romperéis. No quiero que me lo hagáis pedazos. (Al oír a Daniel los obreros se detienen en su faena destructora.) Cá ladrillo arrancao, sería un cacho de carne que me arrancarías a mí. Oídme. Nunca pedí por Dios a hombre alguno. ¡Por Dios os lo pido ahora! ¡No destrocéis mi horno! (Suplicante.) Hace cuarenta años que estoy al lao suyo. Romperlo es matarle. ¡No quiero que me lo matéis! ¡No matéis a mi horno! ¡Os lo suplico con los brazos en cruz! (Extendiendo los brazos y cubriendo el horno con su cuerpo.)

PAB.—Déjanos, padre; lo que es preciso se hace. Déjanos.

DAN.—¡Dejaros!... ¿Conque pedir por Dios no sus vale? Bueno. Entoavía son estos brazos tan duros como el hierro de un espetón. (Cogiendo una maza de hierro que habrá arrojado al horno.) Entoavía hay aquí una maza. (Con grandeza y bravura.) Tan cierto como que el horno es mío; tan cierto como que he gastao mi vida ati-

zando su lumbre, tan cierto como esto es que al primero que se acerque al horno pa hacerlo cachos, le hago cachos los sesos. (Levantando la maza en alto.)

CES.—Basta, Daniel. No seas loco.

DAN.—¿Loco? ¡Que se arrimen!

CES.—Es preciso. Tu horno hay que romperlo como todos, y tenemos prisa. Los minutos no pasan.

DAN.—(Desafiando.) ¡Probar!

PAC.—(A Greñuda y otros obreros que están próximos al grupo de que él forma parte.) ¡Chist!... Despacito. Seguidme. (Bajo. Pacorro, la Greñuda y tres o cuatro obreros ocultándose tras el grupo que rodea a Daniel, dan vuelta al horno sin ser vistos por aque que hace frente a los otros.)

PAB.—(A Daniel.) Es preciso. Ni tú, siendo mi padre, impedirás que lo que es preciso se cumpla.

DAN.—Ni tú, siendo mi hijo, conseguirás que toquen a un ladrillo de mi horno (Pacorro, la Greñuda y los obreros han dado la vuelta y cogen a Daniel por la espalda, su jetándole e impidiéndole toda acción.)

PAC.—No hace falta reñir. ¿Lo ves, viejo? (A los obreros.) ¡Así!... Quitadle la herramienta. No soltarle. (A los otros obreros.) ¡Duro en el horno ya! (Cinco o seis obreros comienzan a romper el horno mientras queda Daniel sujeto por los otros.) ¡Ea!... ¡A los hornos! ¡A los depósitos! ¡A los talleres! ¡Al delirio! ¡Hala... Hala! (Los obreros siguiendo las indicaciones de Pacorro se lanzan sobre hornos y depósitos, destruyéndolos.)

DAN.—¡Ah, cobardes! ¡traidores!... ¡No quiero verlo! (Tapándose la cara y dejándose caer contra un montón de mineral.) ¡Mi horno! ¡Mi horno hecho pedazos! (Rompe en sollozos. Entra un obrero precipitadamente por la derecha.)

OBR. 1.º.—¡Los soldados!... ¡Que vienen los soldados! (Movimiento de terror y de retroceso en todos los obreros. Daniel sigue inmóvil y estúpido sin darse cuenta de nada.)

PAB.—(Mirando por la izquierda.) Vienen. (Con serenidad desdeñosa.)

OBR. 1.º.—Sí, ya ha habido tiros en los pozos.

OBR. 2.º.—¡Escapemos! (Los obreros hacen ademán de huir.)

OBR. 1.º.—Es imposible. Estamos cercaos.

CES.—(Adelantándose con energía.) Quietos. Pronto. Las mujeres y los viejos delante. Vosotros, los hombres, detrás. (Los obreros se retiran hacia el fondo y forman grupo en él en la forma indicada por Cesárea. Daniel sigue inmóvil donde está.)

PAB.—(A Cesárea.) Yo contigo.

CES.—Conmigo, Pablo, y esperemos. (Hay un momento de silencio angustioso, durante el cual los obreros se agrupan en el fondo.)

PAB.—(A Cesárea.) ¡El instante se acerca; voy a pelear y puedo morir! Dime en este segundo que acaso está separándose de la muerte, dime que me quieres Cesárea!

CES.—¡Te quiero con toda mi alma, Pablo!

PAC.—(Que ha ido de una puerta a otra.) Ya llegan. Por la derecha... Por la izquierda... No se puede escapar.

CES.—¡Se puede morir! (Entra por la izquierda soldados al frente del teniente Fernández, los soldados con las armas dispuestas y el teniente con la espada desnuda.)

Dichos, el Teniente Fernández, soldados y un grupo de esquirols que sigue a estos

TEN.—(A los huelguistas.) Pronto. Despejen, o despejamos por la fuerza. ¡Despejen!

PAC. Y OBREROS.—¡Mueran los esquirols!

GREÑ.—¡Mirar cómo se esconden tras los soldados. Aquí hay montones de mineral (A los obreros.) ¡Vivan los soldados! ¡Pero firme en los esquirols! ¡Firme con ellos, chicas! (Las mujeres cogen piedras de los montones de mineral y comienzan a tirarlas contra los esquirols que se ocultan detrás de los soldados.)

OBROEROS.—¡Mueran los esquirols!

TEN.—(A los soldados.) ¡Quietos! ¡Quietos! (A los obreros.) ¡Despejen!

SOLD. 1.º.—¡No hay paciencia! ¡Me han dao un cantazo en el ros!

TEN.—¡Calma!... ¡Calma!... ¡Hay mujeres, hay niños! ¡Calma! (Entran por la derecha corriendo Pedro y otro grupo de soldados. Por la izquierda entran Luis y Nemesio. Pedro y los soldados se unen al teniente.)

PED.—¡Pablo!... ¡Pablo con ellos!

Dichos, Pedro, Luis, Nemesio y un grupo de soldados

TEN.—(Avanzando con los soldados.) ¡Atrás! (A los obreros. Los obreros van retrocediendo lentamente.)

OBREROS.—¡Mueran los esquirols! (Las mujeres arrojan piedras; los hombres empujan pistolas y facas y se ponen delante de las mujeres.)

LUIS.—(Que estará al lado del teniente.) Mis hornos destrozados, ¡canalla!

TEN.—(A Luis.) Calle usted.

LUIS.—Callar, y los miserables nos insultan y nos apedrean. ¡Fuego! (Los soldados hacen fuego a la voz de Luis. Los trabajadores contestan casi simultáneamente. Dé un momento caen cuatro obreros, entre ellos Pablo. De los soldados cae Pedro, muy cerca uno de otro.)

TEN.—(A Luis.) ¡Es usted un infame! ¡Qué ha hecho usted! Y ya es imposible tenerlos. (El Teniente sale hacia el fondo con los soldados que siguen detrás de los Obreros. Luis y Nemesio desaparecen por la izquierda con los esquirols. Daniel solo al oír la desgracia habrá salido de su estupor. Cesárea al ver a Pablo se dirige donde está y se arrodilla ante él. Daniel, que se ha acercado a sus hijos, contempla a éstos con espanto.)

Cesárea, Daniel, Pablo y Pedro, muertos.

DAN.—¿Qué?... ¡Pablo! ¡Hijo mío! ¡Hijo! (Acercándose a éste como si le llamara.) ¡Pedro! (Lo mismo.) ¡No contestan! (Examinándolos.) ¡Están muertos!... (Con angustia.) ¿No es posible!... ¿Los dos?... ¿Los dos?...

CES.—¡Los dos, sí; los dos!... Menos mal que tu hija está viva para que el mayor de tus hijos la goce.

DAN.—¡Los dos!...

CES.—¡Anda, defiende el horno!... ¡Vé detrás del amo!... ¡Suplicale! ¡Pídele perdón! ¡Anda! ¡Anda, imbécil! ¡Mientras yo doy en estos labios muertos, los besos que les negué vivos! (Cesárea se inclina sobre el cuerpo de Pablo, mientras Daniel queda entre sus dos hijos, presa de una estupidez trágica.—Telón.)

ACTO CUARTO

El teatro representa el departamento que sirve de bajada a la mina. En el fondo y empotrado casi, en una entrante de él, se verá el ascensor defendido por una barandilla. Este ascensor será practicable, con puerta que se abra hacia adentro y estará dispuesto en forma que los actores puedan salir por la espalda suya cuando cierre la puerta. El ascensor penderá de un cable que juega en sentido ascendente y descendente. En la pared a la parte afuera de la barandilla se verá una rueda o manubrio que hace funcionar al aparato. También habrá simulado un timbre de señales eléctrico. Al lado de la barandilla y arrancando del muro un banco de piedra. En primer término a la derecha un montón de lingotes. En las paredes se verán colgados de clavos candiles, vestimentas y útiles de minero. En el fondo habrá una puerta. Otra, en la izquierda, que supone comunicar con el vestuario de los ingenieros y capataces. La otra, en la derecha, figura conducir a los talleres. Al levantarse el telón, aparecen en escena Daniel y Nemesio.

NEM.—Estate prevenido, porque no tardarán en venir. ¡También es ocurrencia! ¡Arles un almuerzo allá abajo, en el fondo de la mina.

DAN.—Arriba o abajo, ¿qué más tié? En toas partes estarán bien servíos y comerán bien. Son los amos.

NEM.—Verdá.

DAN.—Ya he visto, ya he visto la de cosas que llevan al almuerzo. Por el ascensor han bajao: Tres bateas con la comía que se van a engullir; de gloria era el olor. Luego, cestos con fuentes; y platos y más platos; y copas, un batallón de copas. Y las botellas por docenas. Docenas iban de los vinos mejores. Van a parlarlo de primera.

NEM.—Abajo han improvisao un comedor que me río yo de la fonda. Lo han puesto en la plazoleta, ande están los ventilaores, pa que el aire circule bien y no entan la pesaez y el ahogo que trae respirar en los pozos. A más, luminarias por toas partes. La mina, a cuenta de una mina, paece un palacio encantao.

DAN.—¿Vienen muchos?

NEM.—Don Luis, don Lucas, su señora, ese caballero, esas señoritas...

DAN.—Vamos, tóos los amos.

NEM.—Justo. A más don Fernando...

DAN.—¿Baja don Fernando con ellos?

NEM.—Me afeguro que sí.

DAN.—¡Val!...

NEM.—De mo y manera que pues lucirte en el nuevo oficio. ¿A ver cómo portas?

DAN.—Descuida, Nemesio, cuando tengo una obligación, sé cumplirla.

NEM.—Lo sé. Pero como ahora te quejas porque te han separado de tu horno te han metido en la vigilancia del ascensor... (Daniel arrastrará torpemente la pierna izquierda, y moverá, torpemente también, el brazo izquierdo, como quien está impedido de él.)

DAN.—Me quejo porque dende niño mi oficio era aquel y tiene que dolerme haberlo dejao. Ya me acostumbraré. Claro, con la pícara enfermea que me entró después de la huelga y con el parális de estos remos, no podía servir pa el horno. De más han hecho con no ponerme de patas en la calle. Por lo que hace al cambio de trabajo, ya me acostumbraré. Mirándolo a derechas, el hombre debe saber estar ande le coloca su suerte.

NEM.—¡Maldita huelga! Fajos de billetes ha costao a los amos.

DAN.—Dos hijos me ha costao a mí.

NEM.—Acuérdate de que Pablo fué quien lo movió tó.

DAN.—Acuérdate de que yo visto luto por él, y mía la conversación. (Breve pausa.)

NEM.—(Mirando hacia el fondo.) Ya vienen allí los convidados.

DAN.—Entonces, ca uno lo suyo. (Daniel se dirige hacia el ascensor y Nemesio va corriendo a la gorra en mano, a la puertá del fondo por la cual entrarán don Lucas, doña Concha, Pepita, Isabel, Luis, don Eduardo, Fernando y Carlos.)

CAR.—(A Isabel.) ¡Vaya con el caprichito de la niña! Ea, a vestirnos de minero y a almorzar debajo de tierra, ni más ni menos que los héroes de Julio Verne...

ISABEL.—Menos mal que el almuerzo será excelente.

CAR.—Faltaría que fuese malo.

ISABEL.—No murmuramos antes de almorzar. En tal caso después.

EDU.—Nada, nada, hay que resignarse. (A Fernando, por Josefina y Luis.) Estos dos locos pueden más que nosotros. No le soltamos. Prisionero de guerra.

FERN.—Prisionero y de muy buena voluntad mientras dure el almuerzo. Luego ustedes a sus diversiones y yo a mi trabajo.

LUC.—Hombre, un día siquiera...

FERN.—Mejor que nadie sabe usted que me es imposible. A causa del paro ha ocurrido en la mina graves desperfectos. No hablemos de la fundición. Hasta hace cuatro días no ha podido marchar, y eso, malamente.

EDU.—No dejaron un ladrillo sano.

LUIS.—Tampoco a ellos les dejaron costilla entera. En paz.

LUC.—¿En paz? Las costillas en el hospital se curaron, sin que tuvieran que rascarse el bolsillo. En cambio nosotros...

FERN.—No vale quejarse. Ustedes viven; algunos de ellos no.

EDU.—De ellos fué la culpa. Si no se hubieran resistido se hubieran ahorrado golpes, y a nosotros nos hubiesen ahorrado gastos.

CON.—Sobre todo los gastos. Las acciones están en baja.

EDU.—Eso es lo peor.

LUC.—Pronto subirán las acciones, no se preocupen ustedes. Los obreros esperan por el aro y vuelven a trabajar todos: todos, menos los significados en huelga. Esos muertos o despedidos.

EDU.—Y ella...

LUC.—¿Cesárea? Esa mujer que fué el alma de la huelga, despedida también. Así como pude echarla de la mina, pudiese arrojarla del pueblo. Menos mal que con esto los mineros han de encargarse. Ya murmuran de ella, recordando que le ofreció la independencia y les llevó a la muerte. Pronto la odiarán. Entonces será preciso largarse.

EDU.—A ver. Estos predicadores llevan su merecido siempre; cuando no lo matan los nuestros, les arrastran los suyos.

JOS.—(Que ha estado hablando con Luis y coqueteando.) No obstante los obreros...

LUIS.—Ya entrarán del todo en el carril. No son malos.

JOS.—¿No? ¡Y por poco se lo comen a usted!

ISABEL.—¡Yo tuve un susto cuando me lo contaron!

CON.—¿Y yo? ¡Hijo de mi vida, entre las manos de esas fieras!

LUIS.—Ea, va pasó. No hay que ocuparse de ello. Ocupémonos del almuerzo.

que ustedes se pongan impermeables, sombreros... (A Nemesio.) ¿Estamos, Nemesio?

NEM.—Sí, señor; tó está listo allá en el cuarto. (La izquierda.)

LUIS.—(A Daniel.) Ve preparando los candiles. (Todos menos Daniel y Fernando en la habitación de la izquierda. Daniel se pone a encender algunos candiles de los que y colgados en la pared. Fernando cuelga su sombrero en un clavo y coge otro de minero.)

Daniel y Fernando.

DAN.—¿De mó que no sube usted con ellos, don Fernando?

FERN.—No; estaré allá abajo hasta la noche. Hay mucha tarea y necesito vigilar. En esto de los revestimientos os descuidais los mineros mucho. Así ocurren después las desgracias.

DAN.—¡Desgracias!...

FERN.—¡Pobre Daniel!... No son pocas las tuyas.

DAN.—Sí lo son. Los hijos muertos; la hija... viva, y estos remos inútiles. En la paciencia.

FERN.—Sí la tienes.

DAN.—¡Qué remedio! Teniendo paciencia pasa el tiempo y el tiempo arregla las cosas. ¿Conque se quea usted en la mina después de almorzar?

FERN.—Ya lo oíste. Cuando suba lo haré en el ascensor de los obreros. De modo que si tu pregunta era por la tardanza y por tenerme que esperar...

DAN.—¿A qué mentir? Era por eso, sí señor. Es tan aburrido estar sólo...

FERN.—Pues nada, cuando sea tu hora te marchas. Por lo que toca a mí, libre quedas.

DAN.—Muchas gracias. Usted es bueno siempre.

FERN.—(Jovialmente.) Hombre, ¡tanto como siempre!, algunas veces, y es bastante para un hombre de carne y hueso.

DAN.—Lleva usted razón. Ya están aviaos los candiles. Aquí tiene usted el mío. (Presentando un candil a don Fernando, que lo coge a usanza minera, con la mano izquierda, y sosteniéndolo por el gancho únicamente en el dedo meñique. Breve pausa.)

FERN.—Gracias. ¡Pobre Pablo! Era un excelente muchacho, un mozo de valer.

DAN.—¡Y el otro! Si usted lo hubiese visto con su uniforme y con sus galones con sus bigotazos... ¡Daba gozo mirarle! Ya ná. ¡Ná! To se arremató. Lo que le quedaba antes, paciencia. (Sale Nemesio del cuarto de la izquierda.)

NEM.—¿Daniel?... Ascensor.

DAN.—Al momento. (Daniel abre la barandilla del ascensor, mientras salen del cuarto de la izquierda, ya dispuestos para bajar a la mina, los que entraron en él. Nemesio coge los candiles y los reparte entre algunos caballeros y señoras, que los manejan torpemente.) Josefina, doña Concha, Isabel, Daniel, Luis, Fernando, don Lucas, don Eduardo, Nemesio y Carlos.

ISABEL.—Pero, ¡qué fachas hacemos, santo Dios!

LUIS.—No hay más remedio. En la mina, como en la mina. Aquí tiene usted su candil. (Entregándoselo.)

ISABEL.—(Cogiéndolo torpemente.) Y esto, como es, ¿así?

JOS.—No, mujer, qué torpe eres. ¿No te acuerdas de la otra vez? Con el dedo meñique.

LUIS.—(A Josefina.) Venga esa mano. (A los caballeros.) Ustedes a cumplir con las damas. (Todos se dirigen al ascensor.)

EDU.—¡Este Luis! ¡Este Luis!

CON.—Es así desde muchacho. Un calaverilla.

LUC.—(Entrando en el ascensor.) Algo estrechos vamos a estar en el ascensor, pero, ¡qué demonio!, el viaje no es largo.

CON.—No digas estrechos, pegaditos. (Van entrando en el ascensor.)

LUIS.—Entonces voy a ponerme junto a usted.

JOS.—(Riendo.) Guasa viva.

NEM.—Avisa.

DAN.—(Oprimiendo el botón simulado del timbre.) Ya está.

JOS.—(Dentro.) ¡Enjaulados! ¡Enjaulados! Bien es cierto que para locos como nosotros una jaula es la más propia habitación. (Han entrado todos menos Nemesio y Daniel. La puerta del ascensor se ha cerrado.)

LUIS.—Suelta ya, Daniel. (Daniel lo hace y el ascensor empieza a bajar lentamente.)

EDU.—¡Despacito! (Dentro.)

LUIS.—Y despídanse ustedes del mundo. (Idem.)

DAN.—(A Nemesio.) ¡Vaya un dicho! (El ascensor ha desaparecido. Una oscilación de cable indicará su marcha.)

Daniel y Nemesio

NEM.—No está demás. Ya sabes el refrán minero. Bajar a la mina es andar del brazo con la muerte. Solo que con ellos no reza. Tós tan seguros como ellos.

DAN.—A ver. El cable es nuevo y está firme. (Señalando el hueco.) Miá, miá qué suavemente se va deslizando el ascensor. Paece que vuela poco a poco, pardalochendo como los aguiluchos. Cá vez se hace más pequeño. Cá vez se oyen menos las voces y las risas... Ya se perdió en lo negro del pozo. Se lo ha tragado la sombra. (Mirando el cable.) Poco les falta pa llegar. El mismo cable avisa. Ya llegaron. (Suena el timbre en la plataforma.) Fondo. Listo hasta el otro viaje. (Deteniendo el ascensor.) Echa un cigarro, hombre. (Nemesio saca la petaca y se la da a Daniel que lía un cigarrillo.)

NEM.—Toma. (Viendo la calma de Daniel.) Y despacha pronto. Tengo que ir a la fundición y son muy cerca de las doce. (Sacando un reloj.) Esto de vigilar es lo más pesado.

DAN.—Ahí te va la petaca. Muchas gracias, hombre. (Devolviéndola a Nemesio.)

NEM.—Hasta luego, Daniel.

DAN.—(Mientras enciende el cigarro.) Anda con Dios, Nemesio. (Sale Nemesio.)

Daniel, enseguida Cesárea

DAN.—Que mal tabaco fuma este capataz. (Aparece Cesárea en la puerta del fondo; vestirá de luto. Daniel la ve.) ¿Eres tú? Creí que era una otra persona. Entra, mujer, entra, tú no estorbas.

CES.—(Avanzando.) Daniel.

DAN.—Desde entonces es la vez primera que nos vemos. ¡Ni que te escondieses de mí! ¿Tenías miedo de encontrarte conmigo?

CES.—¿Miedo? Quien procede mal, teme. No he procedido mal en nada ni con nadie.

DAN.—¿Con nadie?... No dicen eso los mineros.

CES.—¿No?

DAN.—Dicen que entre tú y mi hijo Pablo, el que mataron, les habéis engañado: que les ofrecisteis el desquite y que el desquite aún está por tomar. Al otro le perdonan, claro está, como que no vive. A los muertos debe perdonárselos. A los vivos, no. Por eso no te perdonan los mineros a tí.

CES.—¡Pobres! ¿Qué saben ellos? Sienten el mal y echan la culpa al más cercano. Ahora el más cercano soy yo.

DAN.—Sigo sin entenderte. Me ocurre lo que a los mineros. Allá tú.

CES.—Allá yo, dices bien. No guardo rencor a los mineros porque me desprecian y me odian. Están aplanados por el golpe que acaban de sufrir. Ya despertarán por la justicia.

DAN.—Hay algo mejor que la justicia. Esa pa triunfar, tú mesma lo dices, tarda mucho. Hay algo mejor que la justicia: siquiera porque tarda menos, es mejor.

CES.—(Sorprendido.) ¿Qué quieres decir?

DAN.—Yo me entiendo. Cá uno con su idea. Los obreros te odian y te desprecian. ¿Tú dices que no tiés pa ellos rencor?

CES.—No. Ni siento rencor ni estoy arrepentida. Ya ves, aquí, muy cerca de aquí, cayó Pablo, el único hombre a quien podía querer ya esta mujer. Pues si Pablo resucitara y por la redención de todos tuviese que morir otra vez, no vacilaría en decirle: muere.

DAN.—¡Cesárea!

CES.—Vacilar. No vacilaba antes del crimen. ¿Cómo iba a vacilar después? Mayor es mi ansia de desquite. ¡Ay, si los obreros de esta mina y de las otras minas hubiesen querido! No quisieron, no quieren; no pueden querer. La matanza les acabardó. De ahí que nada intente. De ahí que me aleje de estos sitios. ¿Crees que lo hago por temor? ¿Supusiste que me escondía por no verte? Te engañas. Prueba de ello es que vengo en tu busca, exponiéndome a que me echen a palos.

DAN.—¿Buscarme? ¿Pa qué?

CES.—Para decirte adiós.

DAN.—¡Ah!... ¿Te vas?

CES.—Me echan. Me echan la mala voluntad de los obreros y el odio de los señores. Los obreros maldicen de mí. Los amos me niegan el jornal. Hay que ganarse la vida. Hay que seguir luchando y me voy. Aquí nada se puede hacer.

DAN.—¿Crees que no quea na que hacer aquí?

CES.—Al presente no.

DAN.—Yo creo lo contrario y me queo.

CES.—¿Tú? (Sorpresa.)

DAN.—Yo. ¿Imaginas que estoy sirviendo a los que mataron a mis dos hijos, que disfrutó y barrió a mi Anita, por ganarme un mendrugo de pan? Vaya, muñtonces eres tonta. No has mirao hondo pa aquí dentro. No conoces a este hombre.

CES.—¿Qué?

DAN.—Me oyes así como espantá. Claro, como no hago discursos, como siempre obedeci al amo, tú te habrás pensao: «Este hombre es un guñapo; este hombre no sirve mas que pa bajar la caeza y lamer las manos que le dañan.» Pues no, este hombre cuando le hacen un mal, no lo olvia; este hombre, cuando le hieren, se acuerda. Ahí tiés pa lo que me he queao.

CES.—¿Tú?

DAN.—Un día me dijiste que mi mujer y mi pequeño habían muerto de hambre que yo los vengara. Yo te respondí: «Porque la hambre no tié feadura de presa». Hoy es otra cosa. Hoy los culpables llevan feadura de persona, y yo sé quiénes. ¡Jefe! ¡jefe! ¿Qué pensabas? ¿Que iba a hacer lo que tú? ¿A dirme como tú? No, señor, no. Yo soy de otra pasta; me queo.

CES.—¿Eres tú, tú, Daniel, quien habla de ese modo?

DAN.—Yo; yo mesmo. Yo soy quien habla así; yo, Daniel, el desdichao, el que se pre bajó la caeza ante el amo. Yo, Cesárea, soy el que está hablando de este modo.

CES.—¿Quedarte! ¿No piensas como yo?

DAN.—No sé lo que pienso. Sólo sé lo que voy a hacer. No busques en mí al hombre de antes. Soy otro. He cambiao tal que si me hubiesen puesto un hombre nuevo. ¡Y decir que este cambio fué en un día, sólo en un día! Bien es verdá que en un día perdí to lo que tenía que perder.

CES.—Vamos, valor, Daniel. Hay que tener valor.

DAN.—Sí; to fué en un día. Primero mi horno destrozao; después el señorito gritando ¡fuego! y los soldados tirando y los obreros tirando a la par y Pablo un lao y Pedro de otro, en tierra, echando por sus herías sangre, mucha sangre... Muertos, muertos los dos y yo arrodillao junto a los dos, mientras tú me decías que mi hija era quería de don Luis. To en una hora. Ya, ya fueron golpes.

CES.—¿Cuánta infamia!

DAN.—Por eso caí al suelo, porque los golpes fueron muchos; por eso me llearon al hospital. Y miá tú qué cosa más rara. En mi calentura veía el horno roto, los hijos muertos y la hija a las voluntades de don Luis. Y cuando salí del hospital seguí viendo lo propio; y cuando me dieron la limosna del ascensor, lo ví claro, como si estuviera pasando entonces; y ahora lo veo claro, mu claro, más claro que nunca: hasta me paice que oigo los tiros de la tropa y los besos del señorito. Lo ve; y los muertos, ¡muertos! y la perdía, perdía; y yo aquí, aquí, sólo pa en jamás con estos remos inútiles!... ¿Y creías que iba a aguantarme? Vaya mujer, que no.

CES.—¿Qué tratas de hacer? ¿Qué es lo que te propones? (Suena dentro una campana llamando al trabajo.)

DAN.—La campana que llama a los trabajaiores. Es la hora de cambiar el turno. Hay que esperar. No te despidas entoaavía de mí. (Sale por la derecha un grupo de trabajaiores y entra por el fondo otro a cuyo frente irán Irene y Pacorro.)

Actos, Irene, Obreras 1.^a y 2.^a, Pacorro, obreras y obreros.—Los obreros que aparentan salir de los pozos y de los talleres, llevarán candiles en la mano unos y otros irán sucios, ennegridos. Los que salen por el fondo irán cogiendo candiles de las paredes y desapareciendo, excepción de Pacorro e Irene. Los obreros que salen del trabajo se retiran por el fondo y los que vienen a él por la derecha.

PAC.—Buenos días, Daniel.

DAN.—Buenos los tengamos, Pacorro. ¿Al trabajo?

PAC.—Nos toca en la segunda tanda.

CES.—Hola, Irene. ¿A trabajar?

IRENE.—Con éste. (Por Pacorro.) Y si a éste le hubiese tocado morir aquel día araso me hubiera ido con él al cementerio.

CES.—Yo me quedé, Irene.

IRENE.—Quizás porque tiés menos alma que yo.

CES.—O porque tengo más.

PAC.—(A Irene.) ¡Bah, chica, no disputes; déjala! (Irene se aparta de Cesárea.)

OB. 1.^a—(A Irene.) Eso, déjala y que se largue pronto. Aquí ya no quean todos que embarcar.

OB. 2.^a—Ni novios que llevar a la muerte. (Cesárea las oye sonriendo con melancolía bondadosa.)

DAN.—(Bajo a Cesárea por los obreros.) ¿Oyes?

CES.—(Mientras van saliendo.) Sí, oigo. Les oigo y más cariño siento hacia ellos. Es preciso luchar siempre, ¡siempre!, para que tanta miseria, y tanto abandono, tanta servidumbre dejen de existir. (Acaban de salir los obreros todos.)

DAN.—No sé si la miseria y el abandono de éstos dejarán de existir algún día. Lo que te aseguro es que los causantes de mi desgracia dejan de existir hoy.

CES.—¿Cómo?...

DAN.—Como lo oyes. Yo no pierdo mi tiempo. No hablo. Hago.

CES.—¿Hacer qué? Dilo.

DAN.—Ven. Míá. Abajo está el pozo. Doscientos veinte metros. Por ahí el ascensor sube y baja. Ahí (Dentro.) está el tambor dentado ande se enrolla el cable, aquí (Por la rueda o manubrio.) el tornillo también dentado que engrana con el tambor éste y regula la marcha. Si el tornillo sacara sus dientes de los del tambor, éstaría dando vueltas como un loco, y cable y ascensor caerían de golpe, ¿verdad?

CES.—Sí.

DAN.—Hoy vas a ver eso.

CES.—¿Qué?

DAN.—Lo que oyes. Abajo, almorzando cosas buenas y bebiendo vinos mejores, están los causantes de mi desgracia. Abajo están y van a subir. Yo les espero en la boca del pozo. A la boca llegan, pero salir... Lo que es salir, no salir (Abre la barandilla.)

CES.—¡Daniel!

DAN.—Tendrían que devolverme esta pierna y este brazo inútiles; tendría que devolverme mi horno; tendrían que devolverme a mis hijos vivos y a mi hijo honrá. Tendrían que hacer eso, no puén, y como no puén, no van a poder salir tampoco... (Movimiento de interrupción en Cesárea.) Si hubiesen matado a los hijos y a los demás y disfrutado a las hijas de los demás y roto los hornos de los demás, y como si tal cosa. Pero lo mío es mío y me lo robaron. A los ladrones se les mata (Suena el timbre que hay junto al ascensor dando tres repiques.) Lllaman. Ellos son. Tres repiques se dan solamente pa el amo. (Otro toque.) Ya entraron. Arriba el ascensor. (A Cesárea.) Si quieres irte, vete.

CES.—¡Suben!...

DAN.—Pa mí que lo que voy a hacer es justo. Tú que tanto querías a Pablo, ¿lo crees también? Si no lo crees, vete. ¿Qué? ¿Te vas?

CES.—Me quedo. (La actriz interpretará este momento.)

DAN.—Vamos, no te vas. Mira, mira entonces, Cesárea. (Cesárea mira hacia abajo, se oyen risas y voces que van aumentando.)

JOS.—(Abajo riendo.) ¡Qué bonito efecto el de la luz tras la oscuridad!

LUIS.—(Abajo.) Parece que vamos a la gloria. (Asona la caperuza del ascensor.)

DAN.—¡A la gloria! (Separa el tornillo; el ascensor desaparece y se oye un grito ahogado.) No. ¡Abajo! ¡A la mina! ¡Al infierno! (Cesárea retrocede. Daniel se inclina sobre el fondo del pozo con el oído atento y volviéndose hacia Cesárea con la entonación y el gesto que el actor considere más conveniente a la situación.) Fondo. (Telón.)

¡SU SALUD PELIGRA!

TERRIBLES MICROBIOS LE AOEHANI

No espere Ud. a que las Autoridades le indiquen que el agua está contaminada, pues hasta entonces habrá bebido alguna cantidad; tenga por costumbre filtrar siempre el agua, aunque no venga completamente turbia. Para ello nada mejor que el Depurador Higiénico y Rápido "ARSO" que equivale a tener un manantial en casa.

De venta: Fábrica "ARSO"
CARDENAL CISNEROS, 28. - MADRID

BUJÍAS FILTRANTES PARA TODA CLASE DE FILTROS

TILDE KASSAY se presentará en la hermosa película de EMILIO ZOLA, **NANÁ** 4.º, 5.º y 6.º episodios. (Exclusiva de este coliseo.)

CINE IDEAL

Librería Fernando Fé

Propietaria de las obras de Gustavo Becquer, donde se hallan en venta: **PUERTA DEL SOL, 15**

Numero publicado por La Novela TEATRAL

TRATA DE BLANCAS.—Felipe Trigo.
LA SOBRINA DEL CURA.—C. Arniches.
EL MÍSTICO.—Santiago Rusiñol.
LOS SEMIDIOSES.—Federico Oliver.
LAS CACATUAS.—Casero y G. Alvarez.
EL LOBO.—Joaquín Dicenta.
CHARITO, LA SAMARITANA.—Torres del Alamo y Asenjo.
EL VERDUGO DE SEVILLA.—García Álvarez y Muñoz Seca.
TODOS SOMOS LINOS.—J. Benavente.
EL REY GALAOR.—F. Villaespesa.
LA CASA DE QUIROS.—C. Arniches.
PUCAR XXI.—Muñoz Seca, García Alvarez y Pérez Fernández.
EL RÍO DE ORO.—Paso y Abati.
SOBREVIVIRSE.—Joaquín Dicenta.
ALMA DE DIOS.—Arniches y García Álvarez.
EL CARDENAL.—L. Rivas y Reparaz.
EL POBRE VALBUENA.—Arniches y García Álvarez.
EL HOMBRE QUE ASESINÓ.—Traducción de Antonio Palomero.
LAS ESTRELLAS.—Carlos Arniches.
DOLORETES.—Carlos Arniches.
LA SEÑORITA DE TREVELEZ.—Carlos Arniches.
SERAFINA LA RUBIALES.—Torres del Alamo y Asenjo.
ABEN-HUMEYA.—Francisco Villaespesa.
EL SEÑOR FEUDAL.—Joaquín Dicenta.
LA ETERNA VÍCTIMA.—Felipe Trigo.
JIMMY SAMSON.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
LÓPEZ DE CORIA.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.
LA GIOCONDA.—G. d'Annunzio. Traducción de Francisco Villaespesa.
PRIMAVERA EN OTOÑO.—G. Martínez Sierra.
EL CRIMEN DE AYER.—Joaquín Dicenta

31 EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO.—Traducción de Gil Parrado.
32 FRANCFORT.—Vital Aza.
33 LA REBOTICA.—Vital Aza.
34 **LA FRESCURA DE LA FUENTE.**—García Álvarez y Muñoz Seca.
35 PRIMEROSE.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
36 CIÉNCIAS EXACTAS.—Vital Aza.
37 Doña María de Padilla.—F. Villaespesa.
38 **RAFFLES.**—Traducción A. Palomero.
39 LA PRAVIANA.—Vital Aza.
40 EL GRAN TACAÑO.—Paso y Abati.
41 MIRANOLINA.—Cristóbal de Castro.
42.—**GENIO Y FIGURA.**—Arniches, Abati-Paso y García Álvarez.
43 LA GÉNTUZA.—Carlos Arniches.
44 LA VIEJECITA.—Miguel Echegaray.
45 PARADA Y FONDA.—Vital Aza.
46 LA ALEGRIA DE LA HUERTA.—Paso y García Álvarez.
47 **PETIT-CAFÉ.**—Tristán Bernard.
48 LOS NOV ELEROS.—Edmond Rostand.
49 ELECTRA.—Benito Pérez Galdós.
50 TÍQUIS MÍQUIS.—Vital Aza.
51 **EL ÚLTIMO BRAVO.**—G. Alvarez y Muñoz Seca.
52 LA MARCHA DE CADIZ.—García Alvarez y Lucio.
53 **DOÑA PERFECTA.**—Benito Pérez Galdós.
54 LA TIZONA.—Godoy y Alarcón.
55 MIQUETTE Y SU MAMA.—Robert y Callvet.
56 **LOS CUATRO ROBINSONES.**—Muñoz Seca y García Álvarez.
57 LOS GEMELOS.—Tristán Bernard.
58 **LA LOCA DE LA CASA.**—B. Pérez Galdós.
59 GIGANTES Y CABEZUDOS.—Miguel Echegaray.
60 **DANIEL.**—Joaquín Dicenta.

60
+

1918.



OSRAM

ES LA LAMPARA DEL AMOR

Todo el que ama la economía:

Usa lámpara OSRAM

Todo el que ama la solidez:

Usa lámpara OSRAM

Todo el que ama la luz:

Usa lámpara OSRAM

El mundo entero lo pregona: la lámpara OSRAM no ilumina deslumbrando.

Concesionario: LEÓN ORNSTEIN - Madrid

Imprenta y Talleres de LA NOVELA CORTA, Antonio Palomino, 1.—Madrid.

NOVELA
CENTRAL

N.º - N.º m. 61
10 Feb. 1918

EL CHICO
DEL CAFETIN
Sa'nete en un acto
Torres del Aramo
y Asociado



MESLAD

Torres
1918.

FRINE

REVISTA FEMENINA POPULAR

INTERESA EXCEPCIONALMENTE

a La Mujer Elegante

LA TOILETTE

El peinado.—Los sombreros.—Las joyas.—Los perfumes.—El pañuelo.—
La sombrilla.—El calzado.—El corsé.—Los vestidos.—Los bolsillos.—
Los velitos.—Ropa interior.—Cintas y lazos.—El lujo.—Los colores.—
El traje único.—Trajes de casa.—Trajes de Sport, de Teatro, de Fantasía.—Las creadoras de la moda, etc.

LA ELEGANCIA EN EL TRATO SOCIAL

Las cartas.—Las tarjetas.—Las visitas.—Las bodas.—Los bautismos.—
Bailes.—Tés.—Pésames.—La conversación.—El salón.—Recibos en casa.—
Los huéspedes.—Relaciones sociales.—Los paseos.—El Teatro.—Regalos.—Las corridas.—Presenaciones.—Relaciones familiares.—Juegos, Sports.—Estudios y lecturas, etc.

a La Mujer Bonita

BELLEZA FÍSICA

Preceptos higiénicos del tocador para la conservación de los cabellos.—
Los ojos.—La nariz.—La boca.—El cutis.—Masaje.—Gimnasia.—
Electricidad.—Régimen alimenticio.—El crecimiento.—La delgadez.—
La obesidad.—Los baños.—Las manos.—El busto.—Las formas.—El pie.—Secretos para no envejecer.—Las arrugas.—
Disimulo de los defectos.—Los lunares, etc.

a La Mujer de su Casa

EL HOGAR

El arte de amueblar.—Organización de la casa.—El salón.—El tocador.—
El comedor.—La alcoba.—La despensa.—La cocina.—El despacho.—Flores.—
Bordados.—Encajes.—Ropa blanca.—Costura y planchado, etc.

a La Mujer en general

LA MUJER CONTEMPORÁNEA

Sus derechos.—Las conquistas del sufragismo.—Lo que debe saber.—
La joven.—La esposa.—La madre.—La abuela.—La viuda.—La soltera.—
La gran dama.—La señorita.—La funcionaria.—La artesana.—
La aldeana.—La religiosa.—La sirvienta, etc.

EL CHICO DEL CAFETIN

SAINETE LIRICO EN TRES CUADROS

original de los señores

Torres del Álamo y Asenjo

Música de Rafael Calleja Gómez.

PERSONAJES

PEQUE. - LA PELAMANGUITOS. - SEÑÁ ENGRACIA. - ENCARNACIÓN. - LA QUE NO
SABE DONDE PASAR LA NOCHE. - LA RECIÉN CASADA. - LAS HERMANAS DE LA
A. - LA CACHARRITO. - LA CHURRERA. - UNA CIEGA. - SEÑOR INDALECIO. - SE-
ÑOR ANASTASIO. - EL GARNACHA. - ANTONIO. - SEÑOR DAMIAN. - NICETO. - RECIÉN
CASADO. - EL PINCHA-PECES. - EL PIRACAS. - EL TORTUGA. - EL SERENO. - DON
MATEO. - GUARDIA 1.º - IDEM 2.º - EL QUE NO TIENE DONDE PASAR LA NOCHE. -
EL CAMELERO. - UN TRAPERO. - CANDORRO. - UN PARROQUIANO. - UN COCHERO.
EL DE LA PATA DE PALO. - PEPITA. - MANOLIN.

Vendedores, vendedoras, banda de guitarras y bandurrias. - Coro general.

CUADRO PRIMERO

Al levantarse el telón aparece un cafetín popular de los barrios bajos. Puerta al foro que da acceso al establecimiento. Esta puerta lleva visillos encarnados y sobre ella se ve a través el letrero de «Café económico». Al fondo derecha, mostrador frente al público, con alida por ambos lados. En el telón, anaquelaría propia de esta clase de establecimientos. Sobre el mostrador, dos cafeteras grandes, con sus grifos correspondientes, encima de un hornillo: una contiene café y otra leche. Bajo los grifos, dos vasos, para aprovechar el líquido que se derrama al llenar demasiado los vasos. Al lado contrario del mostrador, una buena cantidad de vasos de dos tamaños (en uno, varias cucharillas de hoja de lata), latillos de loza y bandejas de varias formas, menudeando las pequeñas. En el extremo del mostrador, una bandeja grande con churros. Otro jarro grande de zinc, como de media zumbre, en el que se supondrá hay leche fría, y a su lado, varios panecillos franceses. Sobre la estantería, un reloj que marca las dos. A la izquierda de la puerta de entrada, un tablero, sobre tijeras, con churros, buñuelos y juncos; sobre ellos, una bandeja con los restos de lo que quedó sin vender el día anterior, y que los golfillos llaman «puntas». En el fondo izquierda gran campana, con el hornillo y su caldera en que se hacen los chinos. Al lado, un soporte con la vasija de zinc con la masa; cuatro mesas en primer término, en fila, y un velador en el fondo izquierda, todo con sus correspondientes banquetas. Ilumina la escena una lámpara eléctrica, con pantalla de zinc, que pende de una flexión. En el fondo izquierda, a una altura conveniente, un letrero que dice: «Se prohíbe el fumar sobre las mesas». Es de noche. Forillo de calle. En segunda derecha, puerta pequeña que comunica con el interior. La decoración tiene zócalo grande de azulejos blancos con tintas azules.

En escena: el señor Indalecio, con su mandil blanco, detrás del mostrador, despachando, en su ayuda le ayuda un chico de quince años, que de cuando en cuando lava los servicios en una tina que habrá tras el mostrador. En el establecimiento, Niceto, ojo avizor, para que la parroquia no se vaya sin pagar y sirviendo a los parroquianos. En la primera mesa de la derecha, el Peque (a la izquierda) y el Pinchapeces, se distribuyen equitativamente las colillas que el día ha dado de sí. Tienen sobre la mesa los botes donde las han traído éstas desparramadas sobre ella, de donde las cogen para echarlas en unos taleguillos. En un lado de la mesa varios periódicos y dos vasos pequeños que han contenido café. En la segunda mesa de la izquierda, un parroquiano acabando de tomar un vaso grande de café, después de haberse comido un churro. En la primera mesa de la derecha, El que no tiene donde pasar la noche, consumiendo un vaso de cinco. Se levanta el telón y entra el que no tiene donde pasar la noche.

HABLADO

EL QUE NO. — Buenas noches. (Se sienta en la segunda mesa de la derecha, frente a la que no tiene donde pasar la noche). Niceto se acerca a tomar el recado.)

NICETO. — (Chillando.) Uno de cinco con rebaba y cinco bolas. (El señor Indalecio sirve el pedido, llenando el vaso de las cafeteras, y Niceto, en una bandeja, coge los buñuelos del

tablero de al lado de la puerta, espolvoreándolos con el bote con tapa de agujeros que emplea en estos establecimientos para el azúcar. Esta forma de servicio será igual en todo lo que va yan pidiendo los personajes que se sienten.)

EL QUE NO.—(A ella.) No se quejará usted del niño. ¡Menudo pito!

LA QUE NO.—Como que si una se preocupara de que se enterasen de que n tengo más que diecito pa cenar, ya estaba aviá.

NIC.—(Al ver que se levanta el parroquiano y se dirige a la puerta.) ¡Cobrando quinc al del pañuelo encarnao! (El parroquiano se acerca al mostrador y paga.)

SR. IN.—¡Agarra!... ¡Too en céntimos! Podía usted haber pasao por la lonja d Almidón pa cambiar!

UN PARR.—Pus le han entrado a usted en el cajón un porción de indulgencia porque esos céntimos me los han dao a la puerta de San Lorenzo pa que rece p un defunto. (Vase.)

EL PEQ.—Bien dice el refrán: «El muerto al hoyo y el vivo al recuelo». (Simu guardarse por detrás de la nuca una colilla.)

EL PIN.—(Que se ha percatado de la maniobra.) Oye tú, Peque: no seas vivo, q esa que te has guardao es de Caruncho. ¡Te veo en un cine de malabarista!

EL PEQ.—(Entregando la colilla.) Me se habrá engarabitao entre los dedos.

EL PIN.—Ventílate un cigarro, sacúdate una cerilla y apoquina un papel c zis-zás.

EL PEQ.—(Señalando al del foro.) Fíjate en aquel letrero: «No fumadores».

EL PIN.—Has tenio un lleno; ¡que te frian un huevo!

EL PEQ.— Güeno, vamos a hacer arqueo pa tomar algo. ¿Tú qué tiés?

EL PIN.—Una *Corres*, dos *Heraldos*, la *España Nueva* denunciá y una perra las anchas.

EL PEQ.—(Dando palmadas.) Chico, una de Chinchón bien servida, que es pa l cer un juego de manos.

SR. IN.—Han dao las doce y no se pue despachar.

EL PIN.—(Mirando el reloj del establecimiento.) ¡Pero si ese reló siempre está en dos! Se paece a nosotros: siempre a dos. Poniéndose los dedos índice y corazón de mano derecha debajo de la nariz. De esta manera indica cierta clase de gente que no ti dinero y se llama «Estar a dos velas».

EL PEQ.—¿Por qué no le lleva usted a la botica del «Globo» pa que se lo ar glen? Son precios de la militar.

EL PIN.—Y abierta toa la noche. (Entra un cochero de punto y se sienta en el v dor del fondo izquierda. Trae en la mano un paraguas grande azul o encarnado. Niceto acerca a tomar el recado.)

NIC.—(Gritando, como de costumbre.) Uno de a diez y dos ceneques con mu miga.

EL PIN.—(Burlándose.) Peque, si el hambre fuá música, menudo concierto

EL PEQ.—Pues si lloviere guisao, éste abría el paraguas del revés.

UN COCHERO.—¡A ver si os traspaso el estanco de una patá! (El Peque y el cha-peces, después de recoger todo el tabaco y guardarlo en los saquitos, se apoyan s la mesa y se van quedando dormidos.)

EL QUE NO.—(Se levanta, y acercándose a la mesa de «La que no tiene donde pas noche», se apoya familiarmente.) Aunque usted perdone; yo quiero recordarla a u ¡Me parece que ha sido usted vecina mía!

LA QUE NO.—¡Mu fácil! ¿Dónde vive usted?

EL QUE NO.—Yo he dormido al pie de la estatua de Cascorro mucho tiempo usted?

LA QUE NO.—Este verano dormía debajo de Mendizábal.

EL QUE NO.—Ya decía yo. Pus un servidor ha tenio su domicilio en el banc entrente. ¡Mía que no habernos hablao hasta ahora!

LA QUE NO.—¡Es que no me gustan las amistades de vecindá!

EL QUE NO.—(Apoyando los codos en la mesa.) Y ahora, ¿ande vive usted?

LA QUE NO.—Pues unas noches aquí y otras en el cafetín de la calle de la grima, donde me voy ahora, porque está más abrigao.

EL QUE NO.—La acompañaré, si no molesto.

LA QUE NO.—Al viceversa. (Se levanta y se dirigen ambos al mostrador.)

NIC.—Cobrando diez a la de la chambrá rosa y cinco al de los codos roto

EL QUE NO. —(Volviéndose desde la puerta ya para hacer mutis con su compañera.) ¡A ver si pa tomar cinco de recuelo me va a confeccionar una juppe-culote Retana. (anse. Entra el sereno, que tiene más frío que un perro chino.)

EL SER. —¡Brrr! ¡Qué nochedita!... ¡Está que pela!

SR. IN. —Con el cero.

EL SER. —No, señor, bajo cero. (Se arrima al mostrador.)

SR. IN. —¿Qué quiere usted, un poquito de café o una copita de aguardiente?

EL SER. —Puede que no le dijeran mal al café unas gotitas; póngalo. (Le sirven el té, que bebe de pie, apoyado en el mostrador.) ¿Ha venido ya el señorito Antonio?

UNA VOZ. —(Dentro.) ¡Serenoo!

SR. IN. —¿Quién, mi hijo? ¡Valiente sinvergüenza! Le tié sorbido el seso esa locha.

EL SER. —¿Cuala?

SR. IN. —La Encarna, la hija del señor Anastasio, el prendero del Rastro.

EL SER. —¡Pues tiene fama de honrada esa familia!

SR. IN. —Sí, sí, ¡valiente gentuza! Lo que quieren es pescar a mi hijo y mi dinero, y eso no lo consiguen por el nombre que tengo. Porque yo me he pasao lo mejor de mi vida pa ahorrar cuatro chavos y darle una carrera. ¡Esto de la carrea es otra! La última vez que se desaminó, seis suspensos. Y tó por esa esgarraindos, porque el chico... vamos, no es un don Dalmacio, pero un negao tamco.

EL SER. —Pero si los chicos se quieren de veras...

SR. IN. —¡Descastao!... ¡Vaya un pago a mis sacrificios! No me dá más que distos.

EL SER. —¿Y qué le va usted a hacer?

SR. IN. —De esta noche no pasa. En cuanto venga, le doy a elegir: o deja esa jer pa siempre, o le deslomo de una paliza. ¿Le parece a usted bien?

EL SER. —Al que no le va a parecer bien es a él.

UNA VOZ. —(Dentro.) ¡Serenooo!

EL SER. —(Llega a la puerta y la entreabre.) ¡Ya va! (Vuelve al mostrador y con mucha inquietud acaba de tomar el café.) Hasta luego. (Se abre la puerta y aparecen las Hermandades de la vela. Visten de negro, con manto-velo pequeño, recogido en la cabeza, todo el traje algunos manchones, y trae cada una un pequeño envoltorio de papel. Tipo de mujer alóica pero no están borrachas. Se quedan un momento en suspenso, como si se hubieran divorcado de establecimiento. Luego, con cara de resignación y suspirando cómicamente van y se dirigen a la mesa primera de la derecha.)

LAS. HER. —¡Ay! (Suspirando.) ¡Santas y buenas noches! (Se sientan.)

EL SER. —(Después de contemplarlas y con tono sentencioso.) ¿Cuala de estas dos se va a adúltera? (Mutis.)

NIC. —(Acercándose a la mesa de las recién llegadas.) ¿Qué va a ser?

HERM. 1.^a —(A la otra.) El recuerdo de lo que fuimos me ha entrastecido y me ha quitado el apetito.

HERM. 2.^a —Y a mí.

HERM. 1.^a —Entonces... (Da el recado en voz baja.)

NIC. —(Conteniendo la risa.) Uno de cinco con sorna y cinco de puntas pa las

UN COCHERO. —No te rías, chico, que pué que tomen el café por suscripción favorita.

HERM. 1.^a —¡Gente soez!

HERM. 2.^a —¡Gente groseral (Se oye dentro la voz del Tortuga, que dice: ¡Ahí va, eeh!)

NIC. —Ya está ahí el Tortuga.

SR. IN. —Abrele. (Abre la puerta Niceto y entra el aludido en un cajoncito con ruedas, que hace andar él mismo ayudado con dos tarugos de madera que apova en el suelo con las manos. Avanza hasta el centro de la escena.)

SR. IN. —Buenas noches, Tortuga.

EL TOR. —Mil buenas, señor Indalecio.

SR. IN. —Que sea norabuena; ya se que t'ha tocao la centena del gordo.

EL TOR. —(Desatándose la correa conque lleva, envueltas en un trozo de manta, sujetas por las piernas.) Sí, señor; la Providencia es generosa y no olvida a los pobres. Güena que me estabau haciendo unas perras pa dir a los baños de Capanegra.

SR. IN.—¿Como va la ruma?

EL TOR.—No me puó valer. (Se levanta como pudiera hacerlo cualquier mortal beuno y sano y se sienta en la segunda mesa de la derecha. Niceto le sirve, sin que él lo pida una copa de aguardiente.)

SR. IN.—¿Y jugabas mucho?

EL TOR.—Una pesetilla, que me dió de participación el fosforero de San Mián.

HERM. 1.^a—Caballero, usted perdone: ¿qué número jugaba usted?

EL TOR.—El setenta y cuatro pelao.

HERM. 1.^a—No le extrañe la pregunta; es que nosotras hemos jugado también con ese cerillero y no nos ha tocado.

UN COCHERO.—(Poniendo en la frase un gran desprecio.) ¡Pero qué les va a tocar ustedes, señoras!

HERM. 2.^a—Llevábamos cincuenta céntimos de peseta en una decena.

EL TOR.—Se quejan ustedes de vicio, porque sus cinco céntimos de reintegro no se los quita nadie. (Entra el señor Damián, tipo del pueblo, con una «merluza» de «órdoño a la grande», y se dirige al mostrador.)

SR. DAM.—(A Indalecio.) Con la venia de sus señorías. ¿Me da usted media copa de aguardiente?

SR. IN.—Está prohibido despachar aguardiente después de las doce.

SR. DAM.—¿Es que s'ha figurao usted que no abiyó pasta? Pues tengo más dólares que Machaquito. Mire usted. (Enseñando un montón de moneda.) ¡Chico! (A Niceto dale a ca uno lo que quiera ca uno, (Reparando en las Hermanas de la vela y señalándolas.) empezando por el sexo bello. (Se sienta en la segunda mesa de la izquierda.)

NIC.—(Después de tomar el recado de las Hermanas.) Dos de a diez y dos cenequipa dos ardententes del trabajo.

LAS HER.—¡Ay, papá! (Niceto se acerca al cochero y luego al Tortuga.)

UN COCHERO.—Di que muchísimas gracias.

EL TOR.—Yo no quiero ahora na.

SR. DAM.—Yo, hasta que llegue la hora del soplen, ayuno. (Niceto sirve lo pedido por las Hermanas. Entran el sereno y dos guardias de seguridad.)

EL SER.—Os voy a convidar a dos copitas de aguardiente por cuenta del señor Indalecio.

GUAR. 1.^o—Se agradece.

GUAR. 2.^o—Se estima.

SR. IN.—(¡Este gachó (Por el sinvergüenza del sereno.) no se contenta con tomar él, sino que se trae a los amigos!)

EL SER.—Dénos Chinchón.

SR. DAM.—(Al oírlo, se levanta rápidamente y se vuelve.) Pido la palabra

SR. IN.—No es hora de pedir la palabra.

SR. DAM.—Me da la gana; pa eso tenemos mayoría en el Ayuntamiento. O bebemos aguardiente tóos, o me voy a la Prensa y se quedan ustedes cesantes.

GUAR. 1.^o—(Acercándose con el compañero a Damián.) Usted lo que hace aquí es tlestar y se va usted a largar escapao.

SR. DAM.—Pido la palabra pa retificar. O bebemos aguardiente tóos, o me voy a la poli y me chivo.

GUAR. 1.^o—¿Qué es eso de chivo? (Se oye la voz lejana de una churrera, que presta su mercancía.)

LA CHU.—(Dentro.) ¡La churrera, calentitos!

EL SER.—(Acercándose.) A la calle ahora mesmo, ¡so borracho!

GUAR. 2.^o—O te vas ahora mismo o duermes en la comi.

SR. DAM.—(Dirigiéndose a todos.) ¿De modo que ustedes quieren que ahueque?

GUAR. 1.^o—Sí, hombre, sí.

GUAR. 2.^o—A la calle.

EL SER.—Vamos, alivia ya.

SR. DAM.—Güeno, me voy porque lo quiere el sufragio universal.

NIC.—(Al ver que va a marcharse.) Cobrando cuarenta al de la merluza.

SR. DAM.—(Paga sus cuatro gordas y se vuelve hacia el sitio que ocupan las Hermanas.) Señoras: güenas noches y muchas gracias por el orsequijo. (Al ir hacia la puerta llama en el cochero.) Arrea, cochero, que has cargao. ¿Me quís llevar a mi casa?

UN COCHERO.—¿Hay mucha distancia?

SR. DAM.—¡Setenta y tres tabernas!

UN COCHERO.—Entonces te largas a peana.

SR. DAM.—(Haciendo mutis cantando.) «¡Ay, ba... bilonio que marea!...» (Vase.)

GUAR. 1.º—(Volviendo con los demás al mostrador.) Gracias a Dios que podemos darnos en paz la copita. (El señor Indalecio sirve tres copas de aguardiente, que ellos beben.)

EL SER.—¿Y qué me cuenta usted de don Domitilo? ¡Hace siete noches que no veo!

SR. IN.—Pero ¿no sabe usted qué ha estrenao una función preciosa, que la están dando en el cine de Lavapiés? ¡Ahora se va a hinchar de dinero!

EL SER.—Lo que me alegro, porque me pagará los atrasos y me dará mañana aguinaldo. (El Tortuga se levanta, coge su carro y, abriendo la puerta, lo coloca en el umbral.)

GUAR. 1.º—Yo creo que desagera usted, porque si en el teatro se ganase tanto dinero, mañana mismo escribía yo una pieccecita.

NIC.—(Al observar la faena del tortuga.) Cobrando diez al del automóvil. (El Tortuga se mete en su carro después de pagar.)

EL TOR.—Dale al motor, Niceto.

NIC.—(Le empuja y sale violentamente, tropezando con la churrera, que entra al mismo tiempo con su cesta al brazo.)

LA CHU.—¡Valiente animal! ¡Ya podía mirar por dónde va! (Entra y cierra.)

GUAR. 2.º—Dispénselo, que es un lisiao.

LA CHU.—¡Sí, sí; lisiao! ¡Que se lo pregunten a la que vive con él, que la arrea patá que la monda. Chico (A Niceto.), dame dos pesetas de churros y una de aguardiente. (Entrega la cesta a Niceto y una botella al señor Indalecio. Niceto prepara lo pedido.)

SR. IN.—(Llenando la botella.) ¿Ya ha despachao usted la botella de antes?

LA CHU.—Ahí mismo, en la esquina, se la bebió cuasi entera un tío borracho garrao a un farol, que estaba pronunciando un discurso contra los guardias, y éstos desimulen.

GUAR. 1.º—¿Vamos a asustarle?

GUAR. 2.º—Sí; ¡vamos a arrimarle dos cogotazos!

GUAR. 1.º—Estimando, señor Indalecio. (Vanse los guardias y el sereno.)

NIC.—(Entregando a la churrera su cesta.) Ya tiene usted lo suyo.

LA CHU.—(Colocando la botella en la cesta y entregando al señor Indalecio el dinero.) ¡Ahí van las tres pesetas. Buenas noches. (Vase.)

SR. IN.—(Observando que el Peque y el Pincha-peces están profundamente dormidos.) ¡Chico, espabila a esos. (Niceto coge del mostrador unas cuantas bandejas, se acerca a la mesa y las deja caer, armando gran estrépito. Los golfillos se despiertan sobresaltados. Las hermanas de la vela que se habían quedado «roques», se asustan y dan un grito.)

NIC.—¡Que ya han pasao las burras de leche. (Vuelve a coger las bandejas y a hablar sobre el mostrador.)

EL PE.—(Por las Hermanas.) Hombre, que has asustao a «la viuda alegre.»

EL PIN.—Y a su compañera «la princesa del dollar.»

EL PE.—Ya podía usted traer una pianola pa despertar a la parroquia.

HERM. 1.ª—¿Que modales tan soeces!

HERM. 2.ª—¡Yo estaba descabezando el sueño!

SR. IN.—(Mirando su reloj.) ¡Y ese hijo sin venir! (Se oye dentro una banda de guitarras y bandurrias que tocan un pasacalle, que a su tiempo entza con la orquesta.)

HABLADO CON MÚSICA

Ya están ahí esos bigardones de la comparsa, pa que les convide, como de cosmobre. (Al Pincha-peces, que intenta volver a recostarse.) Tú, Pincha-peces, alivia, y pasa una estudiantina. (Los golfos se levantan.)

NIC.—(Al verlos, muy fuerte.) ¡Cuidao con la puerta!

EL PE.—Si no nos piramos.

SR. IN.—(Saliendo del mostrador, yendo a la puerta para abrirla e impidiendo que salgan golfillos.) Sus podeis quedar, que hay concierto. (Pocos compases antes del fuerte, entra en escena el Garnacha, jefe de «la comparsa» y panderetólogo, seguido de ocho indivi-

duos (Coro) y la banda de guitarras y bandurrias, que quedan en el fondo izquierda. Los demás evolucionan, con grandes muestras de alegría, hasta el final del número, que quedan en fila frente al público. Llevan unos bastones-cayadas blancos, y e regatón es un papel de fumar atado, con un orificio, dos dedos más arriba para simular que tocan.—cantando,—en esta clase de instrumento. Unos traen capa, otros bufanda; de gorra otros y alguno con sombrero, Termina el número. Desde que entran los de la comparsa los dos golfillos evolucionan al frente de ellos, dando animación al número.)

HABLADO

EL GAR.—Buenas, señor Indalecio. Con permiso, vamos a echar aquí la espuela. ¿Quié usted que le toquemos las viudas de «La Corte de Faraón»?

SR. IN.—(Que ha bajado al proscenio.) Eso es antigüísimo.

EL GAR.—¿Prefiere usted «el vals de los besos» o «la habanera del pom, pom»? Tenemos un gran repertorio.

SR. IN.—¡Si que te vienes tu con coplas nuevas! ¿No tenéis ná original? (El Gar nacha se quita la capa que la habrá tenido terciada, y la deja, con el sombrero longo, encima de una mesa, y se pone un guante-mitón en la mano derecha para tocar la pandereta.)

EL GAR.—Pues entonces va usted a oír una estupidez de tango. «¡El monople no!» Nos lo ha compuesto un barbero de la calle de la Comadre, con un final que deshilacha. (A los demás.) ¿Estamos? ¡A una!

CANTADO

(En los momentos indicados en la partitura, el coro toca con los instrumentos mencionados, balanceándose a compás. Garnacha, cuando no canta, toca la pandereta lo más cómicamente posible.)

EL GAR.

Luz a su novio decía:
«Chiquillo, pa darme tono.
cómprame un mono...
un monoplano,
porque ahora es moda
la aviación.»

Y él, así le respondía:
«Morucha, no siendo rico,
te daré mico..
te daré mico...
te daré mico...
mi corazón.»

CORO.

«No es por ahí, pirandón,
si me quieres camelar,
pues el mono me tiés que comprar.
y apoquíname luz
pa quedar de chipén,
pa una «jupe-culote» también.»
(Bailan por parejas cómicamente.)

EL GAR. (Voz de mujer.)

«Negro,
mira;
cómprame el aparato.»

(Voz grave de hombre.)

«Vanos,
pira;

te he dicho que p'al gato.»

(Voz de mujer.)

«Chulo,
mío,

cómpramelo sin tardar.»

(Voz de hombre.)

Mejor es irse a la Bombi
y un chotis a izquierdas
poderse bailar.

CORO.

Luz a su novio decía:

Chiquillo, pa darme tono, etc.. e

(Al final bailan todos y los golfillos también quedando en diferentes posturas con el ámo acorde.)

HABLADO

SR. IN.—(Al chico del mostrador.) Dale a estos lo que quieran y que se van con la música a otra parte.

EL GAR.—Agradecidos, y hasta mañana. (Se agolpan todos al mostrador, donde bebiendo, y, entretanto, vuelve a tocar la banda el paso doble con que entraron; salen los primeros y se va alejando la música hasta que se pierde. Los demás salen detrás de él alegremente. Los golfillos tornan a sentarse en su sitio y el señor Indalecio vuelve tras el mostrador.)

SR. IN.—¡Y ese hijo sin venir!

EL PIN.—(Al Peque.) Oye, ahora que me acuerdo: tengo una vaga idea de que pedí...

EL PEQ.—(Interrumpiéndole.) No prosigas: un pitillo, un papel del zis-zás y

EL PIN.—Bueno, pero la petición duerme en el olvido.

EL PEQ.—No la despiertes.

EL PIN.—Entonces, Carratraca, cada cual de su petaca. (Saca una colilla y la enciende.)

EL PEQ.—Tanta conversa pa fumar como yo marca el Chepa. (Agachándose paoger la colilla que él ha sacado y se le ha caído.)

UN COCHERO.—(A Niceto.) Oye, chico, tráete un vaso de diez y dos combros.

EL PEQ.—(Levantándose como su compañero y cogiendo sus chirimibolos.) No se priva, está de náa; ¡hasta postre!

UN COCHERO.—¡Por qué no sus vais al quitamanchas pa que sus tiñan!

NIC.—(Sirve lo pedido, y al ver que se van los golfillos, grita:) Cobrando diez a los de tabacalera.

EL PEQ.—(A Niceto.) ¿Y de tu tía no se sabe náa? (Pagan y vanse. Niceto recoge el servicio.)

UN COCHERO.—¡Adiós, mangantes!

SR. IN.—(A Niceto.) Preparar el género pa los tableros.

EL PEQ.—(Volviéndose a somar por la puerta.) ¡Don Simón! (Al cochero.) ¡¡Don Simón!! ¿Por qué no saca usted una ración de pisto en junco pal penco, que está esayaito?

EL PIN.—(Idem.) ¡Déle usted un real de judías en sifón!

UN COCHERO.—Si voy ahí... (Ademán de levantarse, el señor Indalecio se pasea nervioso.)

EL PEQ. Y PIN.—¡¡Miau!! (Echan a correr, haciendo burla al cochero.)

NIC.—(Al señor Indalecio.) El tablero de la calle de Santa Ana no pue salir porque la tía Tiriti ha estao de boda y ha sido víctima de la desgravación.

HERM. 1.^a (A Niceto.) Oiga, mancebo, hágame el favor de media copa de aguariente.

NIC.—¡Perdone por Dios! A las doce se cierra la espita.

HERM. 1.^a—Si es media copita vacía. (Niceto mira al señor Indalecio, como interrogándole.)

SR. IN.—Dásela, Niceto, que pue que sea pa tomar antiestérica. (Niceto lleva la copa y se queda al lado de la mesa, La Hermana 1.^a desenvuelve el envoltorio que trae, saca una botella grande de anís del mono, cuya etiqueta se vea bien, se sirve media copa y se la da, dándole otra media a su hermana. Después vuelve a hacer el paquete.)

UN COCHERO.—(Que ha observado la maniobra, llama a Niceto.) Oye, muchacho. (Niceto va a su mesa.) ¿Qué medicina será esa?

NIC.—(Oliendo la media copa, que recogerá.) ¡¡Jarabe de Tolú y Cazalla de la Sicilia! (Aparece don Domitilo, tipo de poeta melencólico.)

DON DOMI.—Buenas noches, señor Indalecio.

SR. IN.—(Saliendo del mostrador, avanzando con él al proscenio y dándole un abrazo cómicamente.) ¿Qué ha sido de usted, don Domitilo? ¡Tantas noches sin verle! ¡Cómo conoce que está usted empezando a ser rico! Ya me ha dicho mi hijo que el eseno ese gustó un porción. ¡Que sea enlorabuena!

DON DOMI.—¡No tiene importancia!

SR. IN.—¿Que no tiene importancia? ¡Acuérdese de las cuentas que hemos chao en esa mesa! Pero ¡es claro!, ahora me querrá usted decir que no es verdad. Así son toos los artistas!... En cuanto se ven en camino de la popularidad y han garrao el trimestre, no se acuerdan de los pobres.

DON DOMI.—¡No me hable usted del trimestre! Después de haber estrenado, resulta que debo dinero. Escuche usted. Yo tenía una obra escrita expresamente... para la tiple que quisiera estrenarla; me la rechazaron en todas partes. y, por fin, en el cine de Lavapiés fué admitida «sub conditione».

SR. IN.—Y eso, ¿qué es?

DON DOMI.—(Sin darle importancia.) ¡Latín! Y me impusieron que el marido de la tiple hiciese algunos arreglos y firmase y cobrase conmigo.

SR. IN.—Hasta ahora, no veo más que los trabajos que ha pasado usted para estrenar; pero al fin ha llegado.

DON DOMI.—¿Llegar, eh? Después de estrenar con éxito, tengo un saldo en contra de doce pesetas cuarenta céntimos.

SR. IN.—Entonces, ¿no escribirá usted más?

DON DOMI.—¡Eso, nunca! Lucharé y venceré; pero juro no volver a estrenar hasta que consiga hacerlo en Apolo. ¡Aquello es otra cosa! (Dándose mucha importancia.)

SR. IN.—Usted lo que debía hacer es sentar la cabeza y zamparse en la policía, que es una cosa muy segura y se chupa del bote.

DON DOMI.—Ya le he dicho a usted que no. Estoy preparando una obra dramática con un argumento nuevísimo. Vamos, se lo contaré a usted, porque usted no se aprovechará. La obra se titula «Sangre negra o amor de obrero». Se trata de una muchacha, a la que quieren dos individuos: uno rico y otro pobre. ¡Eh, fíjese usted! ¡Uno rico y otro pobre! Durante la obra, luchan por conseguir el amor de la muchacha ambos, y al final, ¿quién dirá usted que triunfa?

SR. IN.—¡Qué sé yo!

DON DOMI.—¡¡El pobre!!

SR. IN.—¡Olé! Si le mete usted dos o tres garrotines, ovación, oreja y vuelta al ruedo. (Se asoma Antonio por la puerta, se desemboza y entra.)

ANT.—¡Valiente nochecita! ¡Hola, padre! (El señor Indalecio mira al reloj y no dice esta boca es mía.) ¡Hola, Tilo; dichosos los ojos! (Avanza al proscenio, a su lado.) ¡Como eres ya el rey del trimestre!...

DON DOMI.—Diferencia en contra, doce cuarenta.

ANT.—¿Qué significa eso?

DON DOMI.—Ya te lo contaré. ¿De dónde vienes?

ANT.—(En voz baja, a Domitilo.) (De ver a la Encarna.) (En voz alta.) Del café.

SR. IN.—(Bajando a su lado.) ¡Conque... del café! ¡A las dos y media! ¿Y qué necesidad tienes de ir al café teniendo éste?

ANT.—¿Y los amigos, padre?

SR. IN.—Que vengan aquí. (Antonio se sonríe.) ¿De qué te ríes?

ANT.—Pero ¡cómo van a tomar recuelo!

SR. IN.—Además, que a mí no me engañas. Tú vienes de hablar con la Encarna, y eso va a terminar ahora mismo: o la dejas pa siempre o yo no soy tu padre es mi última palabra.

ANT.—¡Pero, padre, por el amor de Dios! ¡Si sabe usted que ella es mi única ilusión! ¿Que no tiene dinero? ¡Y qué! Es honrada y es buena y me quiere mucho. Además, que yo no puedo dejarla, porque sería la perdición de usted y la de mi madre.

SR. IN.—¡Qué estás diciendo! ¿Te has vuelto loco?

ANT.—No, padre, no. Si yo abandono a la Encarna, la Encarna se pone ética y se echa otro novio pa olvidarme, y si yo veo a la Encarna del brazo de otro po el Rastro, me se dispara la broving, y si me se dispara la pistola, salimos los tres en la primera plana de «Los Sucesos», y ustés, abochornaos, tien que emigrar las Chafarinas, a esperar que yo termine el veraneo forzoso en Ceuta, en Melill o en el Peñón de la Gomera. (Todo esto lo dice con acento guasón, pero de manera que no sospeche su padre que se burla.)

DON DOMI.—(Que ha seguido con interés el diálogo.) ¡Qué deducción más interesante! Esto lo aprovecho yo para mi obra nueva. (Se lo apunta en un puño.)

SR. IN.—No te abro la cabeza de un jarrazo por no llenar el suelo de serrúta pistola.) bueno, eso que has dicho; ni aunque salgamos todos en el «Sol y Sonbra», tú dejas a la Encarna, porque te lo mando yo, que soy tu padre.

DON DOMI.—(Interviniendo.) ¡Al corazón no se le manda, señor Indalecio!

SR. IN.—Usted a pelarse, que buena falta le hace. (Domitilo se retira.) ¡Cuándo vas a convencer, animal, que lo que persigue esa mujer es casarse con un señorito y atrapar los cuatro cuartos que yo tengo pa que el mendrugo de su padre, que tiene unas boqueras que le llegan al contrafuerte, viva a la gandula y deje esa a querosidad de puesto del Rastro? Tú tienes que casarte con una señorita de tu clase. (Al decir esto se queda como si hubiese dicho una sentencia.)

ANT.—¡Una señorita de mi clase! Pero, padre, ¿cuándo se va usted a convencer de que yo no he nacido pa señorito, sino pa ayudarle a usted detrás del mostrador? ¡Si a mí no me tiran los estudios! ¡Si cuando abro los libros no veo más que chorrros! ¡Si me llaman por todas partes «el chico del cafetín»! ¡Si no puedo ser otro cosa!

SR. IN. — Eso son los romances que te mete en la cabeza esa gentuza.

ANT. — Bueno, padre, ¿quiere usted algo, que me voy a acostar? (Dirigiéndose hacia la puerta que hay en la derecha.)

SR. IN. — No. (Después que ha pasado.) Digo, sí. Supongo que, con los amores, no se habrá olvidado que mañana es Nochebuena y no quiero que faltes a cenar. ¡me vayas a hacer lo del año pasado! Miá que...

ANT. — (Que se ha detenido.) Está bien, padre, cenaré; pero no creo que sea ningún delito, que me vaya después un rato con los amigos.

SR. IN. — ¡Los amigos!... ¡Los amigos! Me parece a mí que mañana no ves tú a los amigos». ¿Lo entiendes? Y como se me meta en la pelota, te bajo a la cueva y sales hasta que críes musgo.

ANT. — Pero, padre, ¿que no soy una criatura!

DON DOM. — (Volviendo a intervenir.) Señor Indalecio, considere usted...

SR. IN. — (Dándole un empujón que le hace caer sobre una de las mesas.) Yo no considerada. (Exaltándose por momentos.) Hago lo que me da la gana. (A su hijo.) Y ya te vas quitando de mi vista, porque... (Va a coger una banqueta para lanzársela. Antonio se mutis por la puerta de la derecha. Sostienen al señor Indalecio el cochero, Niceto y el paje, que sale del mostrador. Las Hermanas de la vela intervienen también, poniéndose cada una a un lado del señor Indalecio, cogiéndole de los brazos.)

HERM. 1.^a — ¡Caballeros, por Dios, no riñan ustedes!

HERM. 2.^a — ¡No consentimos que peleen!

SR. IN. — (Da un tirón y se suelta de las Hermanas, que tratan de sujetarlo.) Señoras, ¡volved al convento de las arrepentidas. (Forman cuadro y cae rapidísimo el telón de foro.)

INTERMEDIO MUSICAL

Mutación.

CUADRO SEGUNDO

Escenografía de una casa pobre. Una puerta a cada lado. En el centro, mesa camilla con los muebles necesarios para la cena. Al foro, varias sillas de paja y una cómoda; sobre ésta dos floreros con flores, un reloj despertador y varios retratos pequeños con marcos dorados de metal. Al fondo derecha, una mesa de pino con un paño blanco y sobre ella un Nacimiento con sus figuras y velitas encendidas. Alumbra la escena una lámpara eléctrica, con pantalla, que pende del techo. Al levantarse el telón aparecen sentados a la mesa; de frente, la señora Engracia; a su derecha, Manolín y el señor Anastasio; el primero con una pandereta y el segundo con un turrón de partir un trozo de turrón, más duro que el corazón de un usurero, armado de un mazo y martillo. A la izquierda de la señora Engracia, Pepita y Encarna; la primera con una pandereta, y la segunda preocupada, hasta que se indique. Pepita tiene unos siete años y Manolín es menor.

PEPITA. — (Cantando un villancico.)

Quiero que echar una copla
encima de una cama,

para que Dios le dé salud
a mi madre y a mi hermana.

HABLADO

SR. ANAS. — Muy bien; y a tu padre que le parta un rayo. Sácame tú una copla, Manolín.

ENCARNA. — Pa padre no le hacía falta un rayo; pero al turrón no le vendría mal que fuera una tormenta.

SR. ANAS. — ¡Gachó con el turroncito este! ¡Lo han construido en la fábrica de dulces!

SEÑA ENG. — Como que siempre te engañan, Anastasio. Acuérdate de la jalea del año pasado, que hubo que utilizarla para limpiar los dorados.

SR. ANAS. — (Dando unos golpes.) Pues el turroncito este se lo llevará el chico para la escuela.

MANOLÍN. — Ya te he sacado la copla, padre.

Quiero que echar una copla
encima del fogón,

para que de un buen martillazo
puedas partir el turrón.

(Y a los chicos las panderetas.)

SR. ANAS.—Has estao güeno.

SEÑA ENG.—(A su marido.) Bueno, tú, deja la sección de confitería pa mañana que traeremos otro turrón. (A los niños, que siguen molestando con las panderetas, vosotros, arrastroa, a ver si sus calláis, que me estáis levantando dolor de cabeza. (Dejan de tocar.)

MANOLÍN.—Pero madre, si esta noche es Nochebuena y no es noche de dorn

SEÑA ENG.—A ver si va a ser noche de que te acueste caliente. (Los chicos levantan y van a jugar con el nacimiento, pero sin meter ruido.)

SR. ANAS.—(A Encarna.) Pero, chica, ¿qué te pasa? ¡Alégrate, que estás más ría que el «Chico de la Blusa».

ENCAR.—¿Es que hay días fijos pa alegrarse?

SR. ANAS.—Los que ves a tu novio.

ENCAR.—Eso no es verdad, porque esta noche ha quedao en venir.

SR. ANAS.—Si lo deja el acaudalado propietario don Indalecio Minguez.

SEÑA ENG.—Vamos, hombre, no le quemes la sangre a la chica.

ENCAR.—Pero si no me pico. No ve usté, madre, que antes de diez minutos tará aquí.

SR. ANAS.—No te hagas ilusiones por si acaso. El mejor día le convence el que te de su padre y, como Antonio va pa señorito, si te he visto no me alcuere

ENCAR.—Ahóra va a resultar que se las trae usté con Antonio.

SR. ANAS.—Con Antonio, no; el chico es más infeliz que un confeti. Pero su padre sí. ¡Ese tío ceporro que se lava el pescuezo con carburo!...

ENCAR.—Ya verá usté como Antonio le convence.

SR. ANAS.—¡Qué va a convencer, si le ha dicho hasta el sereno que no mome a Antonio, sino al cajón del cafetín. ¡Habrá tío indecente! (Suena dentro la campanilla.)

ENCAR.—¿Lo ve usté, padre? ¡Ya está ahí Antonio! (Sale por la izquierda a abrir.)

SEÑA ENG.—¡Lo ves como tenía razón la chica, cacho de atún!

SR. ANAS.—Esta noche es Nochebuena y no es noche de faltar. (Entran Encarna y Antonio por la izquierda.)

ANT.—Buenas noches, señores.

SEÑA ENG.—Hola Antonio, buenas noches.

ANT.—Pero que muy buenas. (Los chicos echan a correr y se ponen delante cantando.)

PEPITA Y MANOLÍN.

Tengo que echar una copla por encima del «Heraldo»,

pa que el novio de mi hermana nos dé hoy el aguinaldo.

(Antonio echa mano al bolsillo del chaieco, como para sacar dinero) el señor Anastasio le corta la acción, separando a los chicos.)

SR. ANAS.—Eche usté el freno que vamos al nueve.

ANT.—Iba a darles un duro pa dulces.

SR. ANAS.—Ha rayao usté a gran altura, pero hoy no se fía. ¡Endeble que pondría su padre de usté si supiera que le tocábamos al capital! Tú (A la señá gracia.), acuesta a los chicos. (Muy serio, dando un beso a cada uno.)

ANT.—No es para que se ponga usted así, pero, en fin... (Se guarda el dinero)

SEÑA ENG.—Vamos, niños, a la cama. (Haciendo mutis con los chicos por la derecha después de dar un beso a su padre.) ¡Nos ha fastidiado padre con no dejarnos cogidos!) (Mutis.)

SR. ANAS.—(Cambiando de tono.) Y ahora, a otra cosa. Le voy a dar a usté un copita de escarchao que parece Chartreuse o Piperminite. (Mutis por la izquierda Antonio se quita la capa, que deja sobre una silla y se sientan él y Encarna a la parte del Antonio, que está muy triste, de espaldas a la puerta de entrada.)

ENCAR.—Creí que no venías.

ANT.—Yo también, porque he tenido con mi padre la polka número dos; ¡Chica, te digo que estoy más desesperao!...

ENCAR.—No me hables de eso, porque yo también paso lo mio cuando pienso.

ANT.—¡Cá día está más insociable! No hay mane de ponerse de acuerdo

ENCAR.—Pues pa que sigamos así. mira, más vae que acabemos.

ANT.—¡De modo que tú también me vas a dar la noche! ¡Porque con mi padre sido tibia!

ENCAR.—¿Qué te ha pasao?

ANT.—Nada, que terminamos de cenar y me dijo que no salía... y ya ves, he ido... (Suen dentro la campanilla.)

ENCAR.—(Muy triste.) Por supuesto que el final ya se yo cuál es.

ANT.—¿Cuál va a ser?

ENCAR.—Que acabará tu padre por convencerte.

ANT.—¿A mí? Te lo juro por la salud de mi madre. Soy... (Sale la señá Engracia la derecha.)

SEÑÁ ENG.—Vaya, ya están esos demonios acostaos. Oye, Encarna, ¿quién ha nao?

ENCAR.—No sé. (Aparece en la puerta de la izquierda el señor Anastasio con una botella de anís escarchado debajo del brazo y media copita en la mano, seguido del señor Indacio.)

SR. ANAS.—¡Don Antonio!... ¡Don Antonio!... (Antonio se vuelve.) Una vesita.

ANT.—(Al verle.) ¡Aguanta!... ¡Mi padre! (Levantándose rápidamente.)

SR. IN.—(Avanzando hacia su hijo y encarándose con él.) Tú, a casa.

ANT.—(Con timidez y vacilando.) Si es que...

SR. IN.—(Con mucha energía.) ¡A casa he dicho!

SR. ANAS.—(Con tono zumbón.) ¡¡Melodramático!!

ENCAR.—(Viendo que Antonio duda un momento.) Márchate, por lo que más quieras; mí.

ANT.—¡Maldita sí! (Coge su capa y vase por la izquierda.)

SEÑÁ ENG.—(Al señor Indalecio.) ¿Y a qué debemos la satisfacción de verle?

SR. IN.—(Señalando al señor Anastasio.) Vengo a hablar dos palabras con aquí.

SR. ANAS.—Emprencie usted; asíntese y aceté una copita de escarchao. (Desando la botella y sirviéndole media copita.)

SR. IN.—No bebo porquerías.

SR. ANAS.—(Mostrándole la etiqueta de la botella.) ¡Que no es de su casa de usted.

SR. IN.—¡Como si lo fuera!

SR. ANAS.—Retiro el escachao. (Bebiéndose el contenido de la copa y dejando ambas sobre la mesa.) y escucho.

SR. IN.—(En tono que parece agresivo.) Lo que tengo que decirle a usted...

SEÑÁ ENG.—(Interrumpiendo, por creer que se van a zumar.) ¿Pero no toma usted tanto?

SR. IN.—(Sin hacer caso.) Lo que tengo que decirle a usted...

ENCAR.—(El mismo juego.) ¿No quiere usted descansar?

SR. ANAS.—(Un poco amoscado.) ¿Qué es lo que tié usted que decirme?

SR. IN.—¿Le es a usted igual que hablemos en la taberna de abajo?

SR. ANAS.—Como usted quiera: la taberna es mi bufete.

SR. IN.—Buenas noches. (Se dispone a marchar.)

SEÑÁ ENG.—(Temerosa.) ¿Por qué no hablan ustedes aquí?

ENCAR.—(Idem.) Nosotras nos saldremos ahí fuera.

SR. ANAS.—(A su familia.) Se impone el mutismo. (Se pone el índice sobre los labios cuando que callen.)

ENCAR.—¡Pero padre!...

SR. ANAS.—(Dirige una mirada furibunda a su familia, y luego, volviéndose al señor Indacio, hace una transición cómica.) Eche usted pa adelante.

SR. IN.—Usted primero.

SR. ANAS.—No, usted; estoy en mi casa. (Sale por la izquierda el señor Indalecio; stasio sube al toro, coge su gorra de seda y un bastón-cayada, que están sobre una silla.

le detrás, esgrimiendo el palo. Madre e hija quedan muy asustadas.)

ENCAR.—(Después de una pequeña pausa.) ¿A qué habrá venido el señor Indalecio?

SEÑÁ ENG.—Esta visita me da mala espina.

ENCAR.—Yo estoy asustá. Antonio ha tenío esta noche un broncazo con su padre después de cenar, porque no le dejaba salir.

SEÑÁ ENG.—¡La verdad es que es mu chocante el que haiga venío ei señor Indacio!

ENCAR. —Yo estaba por bajar, madre.

SEÑA ENG. — ¡Omnipotencia tranquilizante, porque ella también tiene certeza de que yo soy así! ¡No será pa tanto! Al fin y al cabo, el señor Indalecio es un bonovivo y no pa no es malo. ¡Dílo ya! (Se oye dentro la voz del señor Anastasio.)

Sr. ANAS. — ¡Dentro! ¡Habrá no socio, con lo que me sale ahora!

ENCAR. — ¡Ahí está padre. ¡Corren do hacia la puerta en cada momento aporreado todo!

SEÑA ENG. — Pero, ¿no fuís a la taberna?

Sr. ANAS. — ¡Por lo visto yo tengo cara de primo alumbrao!

ENCAR. — ¿Qué ha ocurrido?

Sr. ANAS. — ¡Habrá tío cerdo!

SEÑA ENG. — Pero, ¿qué es ello?

Sr. ANAS. — ¡Mal tiro le den!

ENCAR. — ¡Reviente usted, padre!

Sr. ANAS. — Pus na, que salimos. ¡Así lo entomiten!

SEÑA ENG. — Pero, ¿va a poder ser?

Sr. ANAS. — Si, mujer, sí. ¡Ojalá lo extraplanee un automóvil! (Desde que sale el señor Anastasio, dentro los bocalinos repentinamente, asediado al señor Anastasio para que cuente lo ocurrido. Este dirá lo suyo, como hablando consigo mismo y sin darse cuenta de la presencia de su familia en los primeros momentos.)

SEÑA ENG. — ¡Acabe ya!

Sr. ANAS. — Pus verás! He sido custión de medio minuto. ¡Amor, que no como no le be...! No hemos llegao el portal tan siquiera. ¡Pansa y transición! Si como el corredor, el señor Indalecio se para y me suelta a tenazón la siguiente s' dez: «Señor Anastasio, mi fortuna es un mito. Estoy entrapao hasta los testos y me van a embargar si no pago una letra de quinientas pesetas, que vence el sábado. Si me saca usted del compromiso, se lo agradeceré. Y donde cío. Ya, calcularnos como me quedé»

SEÑA ENG. — ¡Con qué se iba a figurar...!

Sr. ANAS. — ¡A Encarna! (Lle del postin!... ¡Ahí tiés los del postin! ¡Si en la vida tío es comedia, tío es mentira!

ENCAR. — Y usted, ¿qué piensa hacer?

Sr. ANAS. — Si te parece le pondremos una cuenta corriente en «La Equitativa de Bruto»

ENCAR. — Yo creo que debíamos buscar las quinientas pesetas pa darle en cabeza.

Sr. ANAS. — Pa darle en la cabeza no hacen falta las quinientas pesetas. (Se muerde la garrota y lameca, además de pegar con ella. A Encarna.) Pero, ¿tú, hoy?

ENCAR. — Mientras sube el señor Anastasio a dejar el bastón y la garra es él. ¡Cortéziale usted, madre.

SEÑA ENG. — Yo creo que la chira no va descaminá.

Sr. ANAS. — ¡Ah! Pero, ¿a pones de parte de ella? ¡Está mu bien! Pero mu respeteblén! (Pansa y transición.) ¿Y de ande vamos a sacar el dinero?

ENCAR. — Venderemos mi mantón de Manila, mis arracás, lo que haga falta.

Sr. ANAS. — ¿Tu mantón y tus arracás pa ese burro? ¡Si qué dinero que a su señora a diez céntimos la papeleta!

ENCAR. — (A su madre.) Ayúdeme usted, madre.

SEÑA ENG. — Tíe razón la muchacha; hoy que ser generoso aunque no sea que pa que vea la diferencia que hay entre él y nosotros.

Sr. ANAS. — Hemos terminao; yo soy el amo y aquí se hace lo que yo me Tú (A la Encarna) á la cama ahora mismo.

ENCAR. — (Al hacer media a su madre.) ¡Que se ablande mi padre.

Sr. ANAS. — (A Encarna.) Tú, arza pa el catre también.

SEÑA ENG. — ¿Y tú?

Sr. ANAS. — ¿Yo?... ¡El tío guarro! (Pequeña vacación, como el que no sabe tener, después coge el martillo y el formón y, contemplando el terrón de marrao, dice: «Yo? ¡A partir el terrón! (Vase Encarna. Mira un momento el terrón.) ¡Si túncate flor Indalecio! (Empieza a dar golpes. Telón rápido y música en la orquesta.

TELÓN DE CUADRO

Intactor.

CUADRO TERCERO

de la sala, con perspectiva del Rastro en la parte conocida por los «Americano». En el foro, cuatro puestos ambulantes de ropas y objetos. En los segundos términos, a la derecha, el puesto de El Cadorro, con su correspondiente traido de «Zorro», y en otro vallado de letras que dice «Los Cherris del Oro, Bazar cosmopolita. (Esta casa no tiene sucumbales)». En el eje almpacha traido de collitos, cachorros de collitos, lindos viejos, mandragoras, traido de queso y plato de «Materia en muy mal estado». El género está repartido entre el «Rastrero» y los «Castales del pueblo», sobre traido de «Zorro». A la izquierda, el puesto del «Rastro Arcaico», en la misma forma que el otro y con el «Rastro» letrero. «Comercio-venta mercantil de A. traidos, Masas fabricadas el año del «Zorro». 120 poro traidos». En el eje en pluma, cintas, telas, un tapiz muy deteriorado, en un sitio muy visible, y una «Comercio» de lino.

En la parte del telón aparecen la «Zorra» y la «Zorra», en su puesto «Comercio» en el foro, y por la escena, «Comercio» y «Comercio» (para «Comercio») que van de «Comercio» a «Comercio».

CANTADO

CORO.

¡Que alegre está el Rastro
por la mañana!
En el se encuentra todo
lo que hace falta.
Es este sitio
de todos los Madriles,
el más castizo.

TRAPERO.—Trapero... Hay algo de ropa vieja que vender; perajinas, hierro que vender. Trapero... (Vase por la izquierda. Sale por la primera izquierda un «Comercio» la guitarra, con un «Comercio» en «Comercio», un «Comercio» al lado, «Comercio» sus falda, y una «Comercio» de siete u ocho años por «Comercio» de «Comercio», traido de una «Comercio» que lleva ambas atada a la cintura. Lleva, «Comercio» en el pecho, «Comercio» de «Comercio» de «Comercio».)

COGA.—Par favor
por favor,
dame un beso
y verás... (Se para en el centro de la escena.) El gordo: el doce mil «Comercio» veintitres. Vale tres pesetas. Mañana sale. (Estáte quieto, niño.) «Comercio» su marcha hasta desaparecer del foro, derecha.)

Que de las dichas
del amor,
es la mejor
hacer chas-chas.

COGA.—Por la primera izquierda un caramelero «Comercio», con chaqueta, gorro y mandil «Comercio», de cocinero, y colgado del cuello «Comercio» «Comercio»-batea grande, con la mercancía.)

CARAMELERO

Traigo vainilla,
café, coco, menta,
canela, frambuesa,
plátano y limón,
anis, goma, fresa,
naranja y melocotón.
Niños, pegar y gritar.
Si no vos lo compran
tirarsus al suelo,
llorar y rabiar.
que el caramelero,

Y se ven las hembras
de más «Comercio» aquí,
que es el mejor pueblo
de toda la nación, Madrid.

(Sale el «Comercio» del «Comercio» y «Comercio» la «Comercio» de izquierda a derecha.) Sale por el «Comercio» en traido y «Comercio» en el centro de la «Comercio».)

trae la «Comercio»
y por una «Comercio»
sus «Comercio» «Comercio».

Vase por el foro, derecha. Sale por entre el grupo de «Comercio» y «Comercio» «Comercio» «Comercio» la «Comercio» de la «Comercio» de «Comercio», que viste pobremente, lleva sombrero «Comercio» deteriorado y una pata de palo en la pierna derecha; simula tocar la guitarra. Le acompañan el «Comercio»-peces, el «Comercio», la «Comercio» y la «Comercio»: los cuatro «Comercio» muy «Comercio», pero sin llegar a ser «Comercio». Se pone en el centro de la escena «Comercio» «Comercio» la «Comercio» de «Comercio»; los otros cuatro «Comercio» un «Comercio» con los «Comercio», cantando.)

¡Ay, Gabriela!

¡Ay, Gabriela!, me tienes medio loco
y estoy enfermito de tanto penar.

¡Ay, Gabriela!

¡Ay, Gabriela!, me estás dando achures;
lo mismo que pagas, así has de cobrar.

Tus ojazos charranes,
que son un fusil
de la Guardia civil.

Tus ojazos, morucha,
me matan a mí;
por favor ven aquí,
ven aquí, ven aquí.

(Bailan una matchicha en golfo.)

¡Ay, Gabriela!

¡Ay, Gabriela!, que las campanitas
ya tocan a muerto por nuestro querer.

¡Ay, Gabriela!

¡Ay, Gabriela!, maldito siá el hombre
que pone el cariño en una mujer.

Pajarillo que cantas
en un olivar,

deja ya de cantar.

Que estoy triste, y sin ella
no puedo vivir,
y me voy a morir;
ven aquí, ven aquí.

(Bailan otra vez, y, terminado el número, p
san la gorra para hacer una cuestas
En vista de que no sacan ni un perro ch
co, hucen mutis.)

HABLADO

SEÑA ENG.—(Pregonando en su puesto.) ¡Al barato, al barato! ¡Lo que más gust
y convenga! ¡Cintas de moiré riquísimas! ¡Plumas! ¡Sombreros! ¡Todo muy b
rato!

CAND.—(En su puesto, a grito pelado.) ¡Tacones! ¡Mendrugos! ¡Queso! ¡Bist
ría! ¡Precios irracionales! ¡Antiquites de París! Pasen, pasen a visitar las se
ciones...

ENCAR.—(A su madre.) ¡Cuánto tarda padre! ¿Habrá tenido algún disgusto co
el señor Indalecio?

SEÑA ENG.—¡Tendría gracia! Encima de que ha ido a llevarle las quinientas p
setas!...

ENCAR.—¡Tengo una alegría! ¡Y con el trabajo que costó convencer a pad
pa que vendiésemos el mantón de Manila y lo que tenía usted en el Monte de Pi
dá. Y luego, como a Antonio no le veo desde el día de Nochebuena, pues no s
bemos náa.

UNA VOZ.—(Dentro.) ¡Candorro!... ¡¡Candorro!!

CAND.—(Volviendo desde fuera del puesto, hacia la derecha.) ¿Qué pasa?

UNA VOZ.—Que en la tasca del Nacha te tién que dar un recaó.

CAND.—¿Es líquido?

UNA VOZ.—¡Puede!

CAND.—Pues voy en aeroplano. Señá Engracia, ¿quie usted echar un vistaz

SEÑA ENG.—Vaya usted tranquilo. (Mutis Candorro por el foro, derecha. Aparece p
n izquierda el señor Anastasio, encendiendo un mechero automático, sin conseguirlo, y ca
tando con música del garrotín.)

SR. ANASTASIO.

No te des tanto postín,
no te des tanto postín,

que le debes siéte gordas
al dueño del cafetín.

(En vista de que no prende, saca una cerilla y enciende el mechero y luego un cigarr
¡Este no me le sellan! (Señalando al mechero.)

SEÑA ENG.—¡Qué contento vienes, hombre!

SR. ANAS.—Cuando el español canta...

ENCAR.—¿Qué ha pasao, padre? (Avanzan las tres al proscenio.)

SR. ANAS.—Que si tú no fueras hija mía y de ésta; que si ésta no fuera mi
ñora; si yo no fuera... bueno, quien soy, y si Antonio no fuera un buen chico, c
ésta (Por la mano izquierda.) me habia guardao el dinero y con ésta (Por la derech
otra le había metío un azotazo en la cara al señor Indalecio, que iba a estar s
días buscando la cabeza.

SEÑA ENG.—Reasume.

SR. ANAS.—Pus na, reasumo. Llego al cafetín, le doy las quinientas del ala
señor Indalecio, las toma y, dando media vuelta, me dice: «Hasta que nos vi
mos», y desaparece.

ENCAR.—Pero ¿qué quería usted, que le diese las gracias en papel sellao?

SR. ANAS.—Las gracias, no, pero un recibito, sí. Eso es lo que hacen los ho
bres honraos. Vamos, te digo que si tú no fueras hija mía y de ésta, y que
ésta...

SEÑA ENG.—Bueno, cambia el disco.

SR. ANAS.—Chungueo, no. (Se retiran al puesto.)

EL PEQ.—(Acercándose al puesto de Candorro, y, al ver que no hay nadie, hace una s
al Pinchapeces, que se acerca.) Mota libre. (Cogen tabaco y se lo guardan. Salen por
fondo derecha una pareja de recién casados, cogidos del brazo. El, viene fumando puro.

se acerca a ellos.) Señorito generoso, que tengo más hambre que un oso; déme centimitos.

EL RECIÉN.—Déjanos en paz, que no estamos para gastos.

EL PIN.—Por la salud de la señorita, que es muy bonita. Ande, dénos una peque que nos falta para un real de judías al galope.

EL RECIÉN.—Ya te he dicho que no.

EL PEQ.—Pues déme un poquito de lumbré pa esta colasa. (Una colilla que tiene mano.)

EL RECIÉN.—(Dándole el puro para que encienda.) Toma. (Peque hace como que enciende y devuelve la colilla en lugar del puro.) ¡Te has equivocado! ¿Y el puro?

EL PEQ.—Se ha ido a baños. (Sale corriendo por la izquierda seguido del Pinchas.)

EL RECIÉN.—¡Esto es un latrocinio! Me quejaré en «La voz de la calle», del H-
O.

LA RECIÉN.—No te preocupes de pequeñeces y vamos a buscar el puesto del
or Anastasio. (Miran a todos lados e interrogan a un individuo de otro puesto.)

EL RECIÉN.—¿El puesto del señor Anastasio?

SR. ANAS.—(Acercándose.) ¿C'hay que hacer?

EL RECIÉN.—¿Es usted el señor Anastasio?

SR. ANAS.—Pa servirle. (Fijándose en el sombrero que lleva puesto, que es un hongo
plano, exageradamente grande.) ¡Camará qué güito: es de doble ancho!

EL RECIÉN.—Pues aquí venimos recomendados por su cuñada de usted, la Ti-
tea.

SR. ANAS.—¡Hombre, la Timotea! ¿Y qué desean ustedes?

LA RECIÉN.—(A él.) Díselo, Sigerico, que a mí me da vergüenza.

EL RECIÉN.—Pues verá usted, don Anastasio: nosotros nos hemos casado hace
y medio, y... lo que pasa, como hombre prevenido vale por dos, queremos
parar lo que tiene usted ahí. (Señalando la cuna.)

SR. ANAS.—¡Ya! Lo que ustedes quieren es una cuna.

LA RECIÉN.—Sí, señor; pero que sea baratita.

SR. ANAS.—Basta que vengan ustedes de parte de la Timotea, se la voy a dar
tús regalá.

EL RECIÉN.—Eso no, de ninguna manera.

SR. ANAS.—¡Hombre!

LA RECIÉN.—Que no, señor.

SR. ANAS.—Es un dígamos; porque esta cuna, en cincuenta beatas es regalá.

LA RECIÉN.—A mí hábleme usted por duros.

SR. ANAS.—Entonces, diez mosquitos. (Cara de asombro en ella.)

EL RECIÉN.—(Dándose importancia.) Quiere decir diez duros, porque esta gente
a en argote para la abreviacion de la palabra.

LA RECIÉN.—¿Y a eso lo llama usted regalar?

SR. ANAS.—Como que si no vienen ustedes de parte de mi cuñá, esta cuna les
sta siete... digo trece duros.

EL RECIÉN.—(A ella, aparte.) A esta gente hay que entenderla; verás como yo lo
o más barato. (Al señor Anastasio.) Bueno, ¿quiere usted dos duros?

SR. ANAS.—Le advierto a usted que el piri de hoy ya está en casa.

LA RECIÉN.—Oye, Sigerico, ¿qué es el piri?

EL RECIÉN.—¡Será algún hijo suyo! (A Anastasio.) Bueno, ahora hablaremos de
de la cuna. Vamos a ver, ¿qué quiere usted por este tapiz? (Cogiéndolo y exa-
indolo.)

SR. ANAS.—¿Usté se ha fijao bien en el tapiz? Está elaborao a brazo por los
añanos Borsalinos. ¡Se lo voy a dar a usté regalao; ¡Por ser pa usté, cincuen-
taeclas!

LA RECIÉN.—¡Ya será algo menos!

EL RECIÉN.—Haga usted cuenta que no conocemos a su cuñada.

SR. ANAS.—Ahora mismo se ha marchado un inglés que me ofrecía doce ma-
cantes y no se lo he podido dar.

EL RECIÉN.—Abreviemos; ¿cuánto quiere usted por el tapiz y la cuna?

SR. ANAS.—Pues me van a dar por las dos cosas... diez y seis pavos.

LA RECIÉN.—¿Cómo?

SR. ANAS.—Diez y seis duros.

EL RECIEN.—Ahí va mi última palabra. ¿Quiere usted quince... (Pausa.) pesetas

SA. ANAS.—¡Me cuesta más! (Retira la cuna con desprecio.)

EL RECIEN.—Pues adiós. (Se dirigen hacia el foro derecha.)

SR. ANAS.—(Al ver que se van.) Oigan, ¿dán ustés... las diez y seis... pesetas.

EL RECIEN.—No, señor, quince.

SR. ANAS.—Vengan, pa que vean que quiero servirlos. (El recien casado le entrega el dinero.) ¿Dónde hay que llevar esto?

EL RECIEN.—(Dándole una tarjeta.) Ahí van mis señas. (Vase el matrimonio.)

SR. ANAS.—(Lee la tarjeta y suelta una carcajada.) ¡La descoyuntación! (A su familia.) Venir. ¿Sabeis ande viven esos señoritos?

SEÑÁ ENG.—En las Cuarenta Fanegas.

SR. ANAS.—Escuchar. (Leyendo.) Sigerico de Galáin y Sanmartín de Luña. V. lla Exaltación. Ciudad Lineal. Hay tranvía con motor.

SEÑÁ ENG.—Hay que echar bota y merienda pa mandarlo.

SR. ANAS.—Lo llevaré un día que me coja de paso, porque la cuna no les conprisa.

SEÑÁ ENG.—(Con malicia.) No te has fijao bien.

ENCA.—(Mirando a derecha.) Padre, mire usted quién viene por allí. el señor Indalecio

SR. ANAS.—Trae p'acá la badila. (Se agacha y coge una del puesto.) Como vengo a pedirme pa otra letra, le saco la raya. (Aparece por la derecha el señor Indalecio)

SR. IN.—Buenos días, señor Anastasio y la compañía.

SR. ANAS.—(Agresivo y metiéndose por la cara de Indalecio.) ¿C'hay que hacer

SR. IN.—Hasta esta mañana, he creído que era usted un cerdo.

SR. ANAS.—(Sacando la badila.) ¡Rediez!

SR. IN.—(Muy rápido.) Pero retiro el cerdo, porque por las acciones se conoce a las personas, y hoy me convencido de que, tanto usted como su dina compañera y la niña, son tres personas honrás, decentes y trabajadoras.

SR. ANAS.—¡Es justicia!

SR. IN.—Y que quieren ustedes a mi hijo de buena fe. Por lo tanto, voy a pagar la deuda.

SEÑÁ ENG.—El dinero no nos corre prisa. (El señor Anastasio protesta cómicamente)

SR. IN.—No se trata ahora de dinero, sino de algo más serio: de la tranquilidad de dos casas. (Gritando hacia la derecha.) ¡Antonio! (Sale Antonio por el fondo) Anastasio, Encarnación y Encarna están como atontados.)

ANT.—¿Qué quiere usted, padre?

SR. IN.—(A Encarna, por Antonio.) Ahí le tienes; toma lo que gustes.

SEÑÁ ENG.—(A Anastasio.) ¿Lo ves, pedazo de bárbaro, si le llegas a desbaratar la cara?

SR. ANAS.—¡M'ha dejao usted galvanizao!

ANT.—Encarna de mi vida, ¿estás contenta?

ENCAR.—¡Loca de alegría!

SR. IN.—Falta el pie de imprenta. (Saca un envoltorio y un estuche de debajo de capa.) Encarna, ahí ties el mantón de Manila, tóo lo tuyo, que he comprado yo, ¡convencirme de lo que me he convencido. El dinero, gracias a Dios, no me ha falta. (Dándose importancia y haciendo un signo picaresco.) ¡Ha sido una agañaza!

SR. ANAS.—Hombre, no sé si darle a usted con la badila o convidarle a un vermú con aceitunas.

SR. IN.—Prefiero el vermú.

SR. ANAS.—Las cosas en caliente: vamos a tomarlo.

ANT.—¿Lo ve usted, padre? (Por Encarna.) Esta es de mi clase; ya estoy en centro, y ésta y yo, con la ayuda de ustedes, haremos de esta asquerosidad puesto la sucursal del Bazar de la Unión.

SR. ANAS.—(Dándole la mano a Indalecio.) ¡Chócala, consuegro! En cuanto yo administre los combros y el moka, vamos a ser proveedores de la real casa.

ANT.—¿Está usted contento, padre?

SR. ANAS.—¿No lo ves? ¡Ebrío de satisfacción!

ANT.—¿Se convence usted, padre? Yo tengo que ser siempre «El chico del c fetín».

TELON FINAL

¡SU SALUD PELIGRA!

TERRIBLES MICROBIOS LE AOECHAN!

No espere Ud. a que las Autoridades le indiquen que el agua está contaminada, pues hasta entonces habrá bebido alguna cantidad; tenga por costumbre filtrar siempre el agua, aunque no venga completamente turbia. Para ello nada mejor que el Depurador Higiénico y Rápido "ARSO" que equivale a tener un manantial en casa.

De venta: Fábrica "ARSO"
CARDENAL CISNEROS, 28. - MADRID

BUJÍAS FILTRANTES PARA TODA CLASE DE FILTROS

Uno de los mayores del mundo.—Espléndida sala sin columnas.—Proyección de las mejores películas

SECCION CONTINUA

Propietaria de las obras de Gustavo Becquer, donde se hallan en venta: **PJERTA DEL SOL, 15**

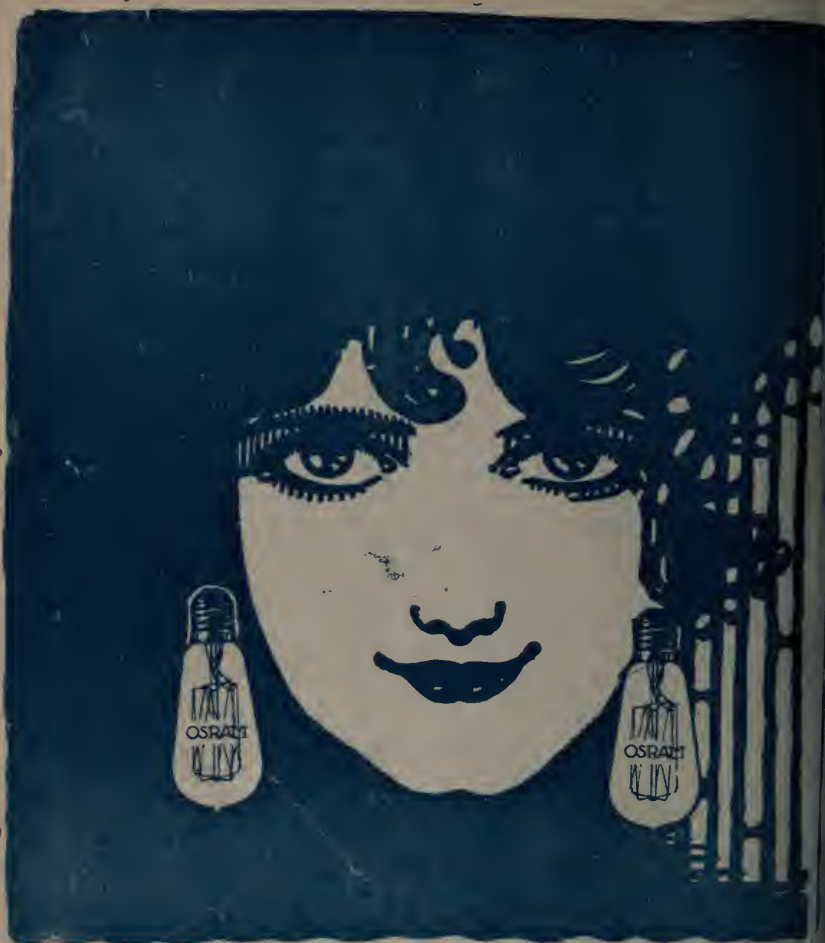
LINE IDEAL

Periferia Fernando Fé

Operarios publicados por

La Novela TEATRAL

- TRATA DE BLANCAS.—Felipe Trigo.
2 LA SOBRINA DEL CURA.—C. Arniches.
3 EL MÍSTICO.—Santiago Rusiñol.
4 LOS SEMIDIOSES.—Federico Oliver.
5 LAS ACATÚAS.—Casero y G. Alvarez.
6 EL LOBO.—Joaquín Dicenta.
7 CHARITO, LA SAMARITANA.—Torres del Álamo y Asenjo.
8 EL VERDUGO DE SEVILLA.—García Álvarez y Muñoz Seca.
9 TODOS SOMOS UNOS.—I. Benavente.
10 EL REY GALAOR.—F. Villaespesa.
11 LA CASA DE QUIROS.—C. Arniches.
12 PÚCAR XXI.—Muñoz Seca, García Álvarez y Pérez Fernández.
13 EL RÍO DE ORO.—Paso y Abati.
14 SOBREVIVIRSE.—Joaquín Dicenta.
15 ALMA DE DIOS.—Arniches y García Álvarez.
16 EL CARDENAL.—L. Rivas y Reparaz.
17 EL POBRE VALBUENA.—Arniches y García Álvarez.
18 EL HOMBRE QUE ASESINÓ.—Traducción de Antonio Palomero.
19 LAS ESTRELLAS.—Carlos Arniches.
20 DOLORETES.—Carlos Arniches.
21 LA SEÑORITA DE TREVEZ.—Carlos Arniches.
22 SERAFINA LA RUBIALES.—Torres del Álamo y Asenjo.
23 BEN-HUMEYA.—Francisco Villaespesa.
24 EL SENOR FEUDAL.—Joaquín Dicenta.
25 LA ETERNA VÍCTIMA.—Felipe Trigo.
26 MMY SAMSON.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
27 OPEZ DE CORIA.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.
28 A GIOCONDA.—G. d'Annunzio. Traducción de Francisco Villaespesa.
29 RIMAVERA EN OTOÑO.—G. Martínez Sierra.
30 EL CRIMEN DE AYER.—Joaquín Dicenta.
31 EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO.—Traducción de Gil Parrado.
32 FRANCFORT.—Vital Aza.
33 LA REBOTICA.—Vital Aza.
34 LA FRESCURA DE LA FUENTE.—García Álvarez y Muñoz Seca.
35 PRIMEROSE.—Traducción de José, Ignacio de Alberti.
36 CIENCIAS EXACTAS.—Vital Aza.
37 Doña María de Padilla.—F. Villaespesa.
38 RAFFLES.—Traducción A. Palomero.
39 LA PRAVIANA.—Vital Aza.
40 EL GRAN TACAÑO.—Paso y Abati.
41 MIRANJOLINA.—Cristóbal de Castró.
42.—GENIO Y FIGURA.—Arniches, Abati-Paso y García Álvarez.
43 LA GENTUZA.—Carlos Arniches.
44 LA VIEJECITA.—Miguel Echegaray.
45 PARADA Y FONDA.—Vital Aza.
46 LA ALEGRIA DE LA HUERFANA.—Paso y García Álvarez.
47 PETIT-CAFÉ.—Tristán Bernard.
48 LOS NOVILEROS.—Edmond Ros a d
49 ELECTRA.—Benito Pérez Galdós.
50 TIQUIS MIQUIS.—Vital Aza
51 EL ULTIMO BRAVO.—G. Alvarez y Muñoz Seca.
52 LA MARCHA DE CADIZ.—García Álvarez y Lucio.
53 DOÑA PERFECTA.—Benito Pérez Galdós.
54 LA TIZONA.—Godoy y Alarcón
55 MIQUETTE Y SU MAMA.—Robe t v Callivet.
56 LOS CUATRO ROBINSONES.—Muñoz Seca y García Álvarez.
57 LOS GEMELOS.—Tristán Bernard.
58 LA LOCA DE LA CASA.—B. Pérez Galdós.
59 GIGANTES Y CABEZUDOS.—Miguel Echegaray.
60 DANIEL.—Joaquín Dicenta.



NINGUNA LA IGUALA

ni en luz blanca y permanente, ni en solidez, ni en economía
en el consumo a la lámpara de filamento metálico estirado

OSRAM--OSRAM--OSRAM

Todo el mundo lo dice: La lámpara OSRAM no alumbra, desluz

Concesionario: León Ornstein, Madrid

Imprenta y Talleres de LA NOVELA, S. A. - Madrid

LA NOVELA
TEATRAL



REALIDAD

Drama en cinco actos

B. Pérez Galdós

Jouss
1918.

PALOU

cts.

FRINÉ

REVISTA FEMENINA POPULAR

INTERESA EXCEPCIONALMENTE

a La Mujer Elegante

LA TOILETTE

El peinado.—Los sombreros.—Las joyas.—Los perfumes.—El pañuelo.—La sombrilla.—El calzado.—El corsé.—Los vestidos.—Los bolsillos.—Los velitos.—Ropa interior.—Cintas y lazos.—El lujo.—Los colores.—El traje único.—Trajes de casa.—Trajes de Sport, de Teatro, de Fantasía.—Las creadoras de la moda, etc.

LA ELEGANCIA EN EL TRATO SOCIAL

Las cartas.—Las tarjetas.—Las visitas.—Las bodas.—Los bautismos.—Bailes.—Tés.—Pésames.—La conversación.—El salón.—Recibos en casa.—Los huéspedes.—Relaciones sociales.—Los paseos.—El Teatro.—Regalos.—Las comidas.—Presentaciones.—Relaciones familiares.—Juegos, Sports.—Estudios y lecturas, etc.

a La Mujer Bonita

BELLEZA FÍSICA

Preceptos higiénicos del tocador para la conservación de los cabellos.—Los ojos.—La nariz.—La boca.—El cutis.—Masaje.—Gimnasia.—Electricidad.—Régimen alimenticio.—El crecimiento.—La delgadez.—La obesidad.—Los baños.—Las manos.—El busto.—Las formas.—El pie.—Secretos para no envejecer.—Las arrugas.—Disimulo de los defectos.—Los lunares, etc.

a La Mujer de su Casa

EL HOGAR

El arte de amueblar.—Organización de la casa.—El salón.—El tocador.—El comedor.—La alcoba.—La despensa.—La cocina.—El despacho.—Flores.—Bordados.—Encajes.—Ropa blanca.—Costura y planchado, etc.

a La Mujer en general

LA MUJER CONTEMPORÁNEA

Sus derechos.—Las conquistas del sufragismo.—Lo que debe saber... La joven.—La esposa.—La madre.—La abuela.—La viuda.—La soltera.—La gran dama.—La señorita.—La funcionaria.—La artesana.—La aldeana.—La religiosa.—La sirvienta, etc.

REALIDAD

DRAMA EN CINCO ACTOS, ORIGINAL DE

BENITO PÉREZ GALDÓS

PERSONAJES

AGUSTA. - LEONOR (La Peri). - CLOTILDE. - LINA, criada de la Peri. - BARBARA, criada de Clotilde. - OROZCO. - FEDERICO VIGRA. - JOAQUÍN VIERA. - MANOLO INFANTE. - VILLALONGA. - MALIBRÁN. - AGLIADO. - Criados de Orozco.

La acción es en Madrid y contemporánea.

ACTO PRIMERO

La en casa de Orozco, decorada y amueblada con elegancia y lujo. En el foro dos grandes puertas. La de la derecha conduce al billar, y por ella se descubre parte de la mesa, y se ven los movimientos de los jugadores. La de la izquierda comunica con el salón, y por ella se distingue parte de esta pieza y algunas de las personas que están en ella. Entre estas dos puertas, chimenea o mueble de lujo. En el lienzo lateral de la derecha, dos puertas: una conduce al despacho de Orozco; la más próxima al público, a la alcoba. En el lienzo de la izquierda, una puerta, por donde entran los que vienen de fuera de la casa, y un balcón. Las dos puertas del fondo se cierran (cuando la acción lo indique) con vidrieras. A la izquierda, cerca del espectador, una mesa con una planta viva, libros, lámpara de bronce, retratos y recado de escribir. Es de noche.

Villalonga, que entra por la puerta de la izquierda; Infante, que sale del billar.

VIL.—(Mirando al salón.) Poca gente esta noche. (A Infante.) ¡Hola, Infantillo!

INF.—Tarde vienes. ¿Has estado en el Real?

VIL.—Sí, un rato. Y tú, ¿has comido hoy aquí?

INF.—No, hijo de mi alma. Hoy te tocó a ese fatuo de Malibrán, el aprendiz de

comático, que no es, como sabes, santo de mi devoción.

VIL.—Sí; su vanidad, sus pretensiones de cultura... ¡europea! y de galanteador

resistente, me sirven a mí para pasar ratos muy divertidos.

INF.—A mí no me divierte.

VIL.—¿Pero no sabes lo mejor? (Con misterio.) Se atreve a poner los puntos a tu

pluma.

INF.—¿Quién!

VIL.—Malibrán. Don Cornelio. Yo te nombro siempre así para hacerle rabiar.

¿dones que el hombre quiere añadir a lo que llama *su estadística de amor* este

doncito: *Augusta*. Veo que no te causa risa y que parecés así... no sé...

... te contraría la competencia. También tú, grandísimo corruptor de las fa-

mas, pretendes...

INF.—¡Jacinto!

VIL.—Vamos, joven circunspecto, que a tí también, también a tí te gusta la

hita. ¡Es tan mona, tan espiritual! No he conocido otra en quien tan maravi-

osamente se reúnan la distinción, la belleza y el talento. Las tres gracias se en-

cajan en ella, formando una sola gracia, que vale por treinta. *Tu quoque*, Ma-

n...

INF.—¡Yo! No me conoces. A mi prima Augusta, bien lo sabes, la miro como

mana. Ella y mi tía Carlota son la única familia que me queda. Su marido es

nigo que más quiero en el mundo. No, no cabe en mí la villanía de galantear

mujer de un amigo íntimo, hombre además de excepcionales condiciones mo-

de hombre único, lleno de méritos y virtudes...

VIL.—Sí, sí, todo es verdad. Pero...

INF.—¿Pero qué?

VIL.—Nada, hombre, nada. No es para enfadarse. Mucha virtud, much...

AGU.—(Entrando.) Felices, señores y míseros. ¿Han visto ustedes los periódicos de la tarde?

VIL.—¿Qué hay? ¿Qué ocurre?

AGU.—¿Se han enterado ya de los escándalos del día? (Mostrando un periódico.) Otra irregularidad muy gorda en Cuba; peo o muy gorda. Ya lo dije: de la remesa de empleados que mandaron allá hace tres meses, ¿qué otra cosa podía esperarse?

VIL.—Inclito Aguado, calma, calma, filosofía. Coge la primera piedra, amenaza con ella; pero no la tires.

AGU.—Yo sostengo que ni esto es país, ni esto es patria, ni esto es Gobierno, ni aquí hay vergüenza ya. Pues digo: lo mismo que ese otro gatuperio, el crimen-cito de la calle del Pez; la curia vendida, y dos personajes de cuenta amparando a los asesinos.

INF.—Señor de Aguado, ¿también usted se empeña en ser vulgo, o en parecerlo?

AGU.—Amigo Infante, usted es un ángel de Dios, que ha pasado su juventud en el inocente retiro de Orbajosa, a honesta distancia del mundo, que no conoce. Heredó usted una fortuna; hiciéronle diputado con un par de golpes de manubrio de la maquinilla de Gobernación; no ha vivido, no ha luchado; no conoce de cerca, como nosotros, la podredumbre política y administrativa... Pues yo les juro a ustedes que, si Dios no lo remedia, llegará día en que cuando pase un hombre honrado por la calle, se alquilen balcones para verle.

Los mismos; Orozco, que se asoma a la puerta del billar, sin pasar de ella, con el taco en la mano; Augusta, Malibrán, que vienen del salón.

ORO.—¡Eh! padres de la patria, ¿qué hay? ¿Qué irregularidad es esa?... (Villalonga, Infante y Aguado, se acercan a la puerta del billar y hablan con él.)

AUG.—(A Malibrán, riendo.) Pero dígame usted, ¿es volcánica o no es volcánica?

MAL.—¿Qué?

AUG.—Esa pasión de usted.

MAL.—¡Picara, añade a la crueldad el sarcasmo! Mire usted que... Bien podría suceder que la desesperación me arrastrara al suicidio, a la locura... ¡Qué responsabilidad para usted!

AUG.—¡Para mí! Pero yo ¿qué culpa tengo de que usted se haya vuelto tonto?... ¡Muerte, locura, suicidio! ¡Eso sí que es de mal gusto! No; el hombre de la discreción y de las buenas formas no incurrirá en tales extravagancias. Yo traduzco sus expresiones al lenguaje vulgar, y digo: Hipocresía, farsa, egoísmo.

MAL.—¡Ay, Dios mío! Casi me agrada que usted me injurie. A falta de otro sentimiento, venga esa bendita enemistad.

AUG.—(Con hastío.) Basta. (Orozco se ha internado en el billar. Villalonga, Infante y Aguado vuelven al centro de la escena.)

AGU.—(Con énfasis.) Horrible, horrible; vamos.

VIL.—(Por Augusta.) Aquí está todo lo bueno.

AUG.—Jacinto, dichosos los ojos... Aguadito, felices. Ya, ya le veo a usted tan indignado como de costumbre. ¿Qué hay?

AGU.—Pues nada, señora y amiga mía. Escándalos, miserias, irregularidades monstruosas aquí y en Ultramar; nuevos datos espeluznantes del crimen famoso y, por último, crisis. Esto está perdido, pero muy perdido.

AUG.—Pues verá usted como Villalonga, que es uno de nuestros primeros morales, sostiene que todo va bien.

VIL.—Todo bien, perfectamente bien. Y sobre tantas dichas, la de verla a usted tan guapa.

AUG.—¡Noticia fresca!

MAL.—(Aparte.) ¡Qué linda y qué traviesa!... Inteligencia vaporosa, imaginación ardiente, espíritu amante de lo desconocido, de lo irregular, de lo extraordinario... ¡Caerá!

AUG.—¿Y en el Congreso?... (Se sienta.)

INF.—Nada una tarde aburridísima. El consabido chaparrón de preguntas rales hasta las cinco, y a la orden del día la interesantísima y palpitante discusión sobre los derechos de... la hojalata. Y en los pasillos inmoralidad. nada más

VIL.—Es insoportable el tema de estos días en aquella casa. No se puede ir allí, porque ha salido una plaza de honrados... Vamos, es cosa de fumigarlos por honrados... precisamente por honrados del género infeccioso y coleriforme.

AUG.—¡Jacinto, por Dios!... (A Aguado.) ¿Y usted no sale a defender la clase?

AUG.—¿Qué clase?

AUG.—La de los honrados, hombre.

INF.—Como no se trata de honradez ultramarina, este Catón no se dá por aludido. Hablamos ahora de honrados peninsulares.

AUG.—Sí, sí, búrlese usted. Estos son ministeriales de la clase de *Isídro*s o del montón anónimo. Todo lo encuentran bien, y cuando se les habla del cancer de la inmoralidad, alzan los hombros y se quedan tan frescos.

AUG.—Tiene razón Aguado. Lo mismo les da a estos el país que la carabina de Ambrosio. (A Villalonga.) No se ría, Jacinto, que contra usted voy. Usted no tiene patriotismo, usted no se indigna como debiera indignarse, y esa sonrisa y esa santa pachorra son un insulto a la moral.

VIL.—Pero, amiga mía, si esa nota de la indignación pública la dan otros y la dan muy bien, ¿qué necesidad tengo yo de revolverme la bilis y hacer malas digresiones? Yo soy un hombre que, al levantarse por las mañanas, hace el firme propósito de encontrarlo todo bien, perfectamente bien. Es natural que así piense, cuando veo que los más indignados hoy, son mañana los más complacidos.

AUG.—O, en otros términos, que todos son lo mismo, y vamos tirando. Por lo demás no es malo que se hable tanto de nuestros vicios, porque así los corregiremos.

AUG.—¡Ay, amigo mío, no sea usted cándido! Eso de la moralidad es cuestión de moda. De tiempo en tiempo, sin que se sepa de dónde sale, viene una de esas achas de opinión, uno de esos temas de interés contagioso, en que todo el mundo tiene algo que decir. ¡Moralidad, moralidad! Se habla mucho durante una temporada y después seguimos tan pillos como antes. La humanidad siempre, siempre igual a sí misma. Ninguna época es mejor que otra. Cuando más, varía un poco la forma, o el estilo de la maldad. Pero lo de dentro, crean ustedes que poco o nada varía.

VIL.—¿Eh? ¿Se explica la niña?

MAL.—¡Qué talentazo!

INF.—(Que ha entrado en el salón y vuelve al instante.) Ya tienes ahí a la condesa de Trujillo con el marqués de Cícero y Pepito Pez devorando las últimas noticias del crimen.

AUG.—¡Ay, dichoso crimen!

VIL.—Pues a mí no me cogen.

MAL.—Ya resulta insoportable.

AUG.—Sí, fastidiosísimo, repugnante. Y nuestra curiosidad es de lo más estúpida... Pero no podemos vencerla. Allá voy. (Pasa al salón acompañada de Infante, cuando entra en el billar.)

Malibrán, Villalonga

VIL.—(Dirigese al billar y retrocede, sorprendiendo a Malibrán, que, embelesado, no quite los ojos de Augusta, hasta que la ve desaparecer.) ¿Y cómo va eso, amigo don Corlío?

MAL.—Pues... amigo don Jacinto, esto va mal, muy mal. Nada, nada. lo que le a usted. Nuestra sibila está enamorada; lo veo, lo estoy viendo... ¿No lo ve usted?

VIL.—No, yo no veo nada. No quiera usted contagiarme de sus visiones marianas.

MAL.—Lo descubriremos, sí, señor; arrancaremos el velo del enredo. ¡Pues faltaba más! Como el gran Le Verrier descubrió el planeta Neptuno por el cálculo...

VIL.—Pues no es usted poco científico...

MAL.—(Nervioso.) Por el puro cálculo, sí; estudiando las desviaciones de las órbitas de los planetas conocidos... pienso yo...

VIL.—Descubrir el planeta ignorado...

MAL.—(Llevándole a la puerta del salón y mirando hacia este.) Diga usted, ¿será el capitán Trujillo ese, el oficial de artillería que acompaña a la condesa?... ¿Será Calde-

rón, la ostra de la casa?... ¿Será, por ventura, Manolo Infante, que suele nacer de sigisbeo de Augusta, y que con su capita de pariente honrado me parece a mí que las mata callando?... ¿Será?...

VIL.—(Volviendo al centro de la escena.) Dígame, don Cornelio, ¿ha pensado usted en Federico Viera.

MAL.—¡Ah! (Con desdén.) No, ese no. Pero... quién sabe. Entre los amigos de la casa, entre estos pegajosos... con ribetes de parásitos, hay que buscar el documento humano que nos hace falta. Yo le juro a esa... que no se reirá de mí.

VIL.—Al fin... ¡quién sabe!...

MAL.—¡Quién sabe... sí!... Las mujeres... El demonio que las baraje.

VIL.—Y a propósito de mujeres y de demonios, ¿va usted esta noche a casa de la Peri?

MAL.—Tarde... sobre la una. ¿Y usted?

VIL.—Tal vez... (Viendo venir a Orozco.) ¡Chitón!

ORO.—No es exacto, repito, y buen tonto sería yo si tal hiciera.

AGU.—Pues a mí me han dicho que sin tu auxilio, el *correccional de jóvenes delincuentes* no se construiría nunca.

VIL.—También a mí me lo dijeron.

MAL.—Y a mí.

ORO.—Habladurías. He contribuído a esta obra benéfica en la misma proporción que los demás iniciadores, y desempeño el cargo de tesorero de la junta.

AGU.—Ahí es donde caes tú, Tomás. ¡Si todo se sabe!

VIL.—No le valen sus malas mañas.

AGU.—La Junta no recauda lo bastante para continuar con método las obras. Llega un sábado, faltan fondos para pagar los jornales de la semana...

MAL.—Pues no hay que apurarse, porque el buen Orozco tira del talonario...

ORO.—(Risueño y calmoso.) ¡Pues estaría yo lucido! No, esas generosidades caen ya dentro del campo de la tontería, y francamente, yo aspiro a que se tenga mejor idea de mí. El atribuir a cualquiera méritos que no posee, y que por lo disparatados no deben de lisonjear a nadie, constituye una especie de calunnia; sí, no reírse, una calunnia de benevolencia, que si no se cuenta entre los pecados, tampoco debe contarse entre las virtudes.

AGU.—¿De modo que, según ese criterio, yo soy un calumniador?

VIL.—Todos calumniadores...

MAL.—Al revés... es decir, que calumniamos alabando, así como usted hace el bien, fingiendo que lo aborrece, sistema de hipocresía que no vacilo en llamar su blime.

AGU.—El es un hipócrita, sí, y nosotros sus detractores implacables. Pues es pérate, que ahora nos corregiremos. Yo saldré por ahí diciendo que eres un pillo un hombre sin conciencia; diré más: diré que el tesorero éste se da sus maña para distraer fondos del *correccional* y aplicarlos a sus vicios.

ORO.—(Con jovialidad.) Pues mira, si se dijera eso, alguien lo creería más fácilmente que lo otro, siendo ambas cosas falsas.

AGU.—¡Ah! no creas que la opinión pública se deja extraviar tan fácilmente por los difamadores. Ya ven ustedes las atrocidades que han dicho de mí.

VIL.—Sí; que te trajiste media isla de Cuba en los bolsillos.

AGU.—Que si vendía los blancos como antes se vendían los morenos.

VIL.—¡Qué picardía! Suponer que tú...

AGU.—Pues si al principio se formó contra mí una atmósfera tan densa que podía mascar, no tardé en disiparla con mi desprecio, y al fin la opinión me hizo justicia.

ORO.—¿Qué duda tiene?... Por supuesto, hay que desconfiar siempre de opinión pública cuando vitupera, así como cuando alaba excesivamente, porque muy loca rara vez sabe fijarse en el punto medio que constituye nuestra vulgaridad. Somos muy vulgares; pertenecemos a una época que se asusta de las situaciones extremas, y no gustamos de bajar mucho por no parecer tontos, ni de subir demasiado, por no incurrir en la ridiculez de ser absolutamente buenos.

AGU.—¡Ridiculez! Pues si a tí no hay quien te libre de ser el primer mamar

de tu furor

ritativo. De tí se cuentan horrores: que costean, solo o casi solo, las obras del *correcional* para chicos; que te comen un codo las *Hermanitas de la Paciencia*, que vistes todo el Hospicio dos veces al año...

VIL.—Y más, mucho más. Vomitemos todas las injurias de una vez. Que acudes a remediar todas, absolutamente todas las necesidades de que tienes noticia.

MAL.—Eso, eso... y vuelva usted por otra.

ORO.—Bien, bien. Ahogado por vuestro sahumero estúpido, os digo que sois los mayores majaderos que conozco. Jacinto, tu adulación me da náuseas. Y tí, Aguado maldito, eres tan tonto, peño tan tonto, que mereces que creamos las perrerías que decían de tí cuando volviste de Cuba.

Los mismos; Augusta, Infante, que vuelven del salón.

AUG.—¿Quieren ustedes reirse? ¿Quieren reirse de veras?

ORO.—Ya nos hemos reído bastante. ¿Te parece que tenemos aquí pocos bufones?

AUG.—Pues el que quiera divertirse pase al salón. Esta noche tenemos a Teresa Trujillo de remate...

ORO.—¿Con el crimen? Vamos, que a tí también te gusta esa comidilla. Gracias, no me divierte.

AUG.—Graciosísima. Empeñada en que es verdad todo lo que cuentan los periódicos. No hay quien la sufra. Que el crimen es más hondo de lo que parece, y que están complicados dos ministros, y que la justicia... y los jueces... y el perrito y la mano que asomaba por la ventana de enfrente, y los dos hombres que entraron a las doce del día, y qué sé yo... (Se sienta.)

Los mismos; Federico Viera.

AUG.—(Aparte, viéndole entrar.) ¡Ah!... ya está ahí. No sé si podré disimular... para mí, cuidado...)

ORO.—(Saludándole.) Hola, Federiquín... Gracias a Dios.

AUG.—(Alargándole la mano.) ¡Cuánto tiempo!... ¿Ha estado usted malo?

FED.—Un poco.

AUG.—Pues no se le conoce en la cara.

VIL.—Si traes noticias patibularias, fresquecitas, pasa a la sección de lo criminal que preside la condesa de Trujillo.

FED.—Ya la he visto al pasar. A la condesa le falta poco para tracrse el ver-lugo en el bolsillo.

INF.—Pues yo sostengo que es un crimen vulgar, adocenado, un crimen de patoilla, y que no hay personajes enubridores, ni misterios de foilettín.

AUG.—Este archisensato quiere presentarnos los hechos arregladitos a un parón de conveniencias curialescas.

AUG.—Claro, hasta el crimen debe ser correcto, y los asesinos han de tener su oquito de ministerialismo.

INF.—No es eso, no. Pero me parece absurdo mezclar en asuntos tan bajos a personas respetables.

ORO.—¿Quién podrá afirmar ni negar nada? Yo digo que si los misterios de conciencia individual rara vez se descubren a la mirada humana, también la sociedad tiene escondrijos que nunca se ven, así como en el interior de las rocas hay cavernas donde jamás ha entrado un rayo de luz. En cuestión de enigmas sociales, yo no afirmo nada de lo que la malicia supone, pero tampoco lo niego sistemáticamente.

FED.—Muy bien dicho.

AUG.—Yo no soy sistemática. Pero me inclino comúnmente a admitir lo extraordinario, porque de este modo me parece que interpreto mejor la realidad, que la gran inventora, la maestra siempre fecunda y original siempre. Rechazo todo que me presentan ajustado a patrón, todo lo que solemos llamar *razonable* para ultar la simpleza que encierra. ¡Ay! los que se empeñan en amanerar la vida no pueden conseguir. Ella no se deja, ¿qué se ha de dejar? Este primo mío (Por ante.), empapado en esa tontería del ministerialismo, no quiere ver más que la rteza oficial o pública de las cosas. Es la mejor manera de acertar una vez y ganarse noventa y nueve. Nadie me quita de la cabeza que en ese crimen hay algo de extraordinario y anormal. Sería ridículo, y hasta deshonoroso para la humanidad, que los delitos fueran siempre a guisa de...

MAL. v VIL. — Bien, bien.

ORO. — Mi mujer tiene razón. Convengamos en que lo extraordinario y misterioso, no por inverosímil deja de ser verdadero alguna vez.

INF. — Claro, alguna vez.

AGU. — Siempre, siempre.

MAL. — Hombre, siempre no.

AGU. — Siempre, digo.

FED. — Tiene razón Augusta. Convengamos en que la realidad es fecunda, original; en que el artificio que resulta de las conveniencias políticas y judiciales nos engaña. Pero no nos lancemos por sistema a lo novelesco, ni por huir de un amaramiento caigamos en otro, amiga mía. La vida, por desgracia, ofrece bastantes peripecias inesperadas, lances y sorpresas terribles; y es tontería echarnos a buscar el interés febricitante, cuando quizás lo tenemos latente a nuestro lado aguardando una ocasión cualquiera para saltarnos a la cara.

AGU. — Conforme. Pero yo no busco el interés febricitante. Es que, sin darme cuenta de ello, todo lo vulgar me parece falso. Tan alta idea tengo de la realidad... como artista. He dicho.

VIL. — (Aplaudiendo.) ¡Bonita paradoja!

AGU. — ¡Pero qué ingenio el de esta pícara! (Todos aplauden.)

AGU. — Gracias, amado pueblo.

FED. — Tiene usted toda la sal de Dios.

AGU. — (Aparte.) ¡Qué zalamerito viene esta noche!... (Alto.) Tiliñ, tiliñ, se suspen le esta discusión.

MAL. — (A Orozco.) ¿Carambolas, Tomás?

ORO. — No; dispéñse me la diplomacia. Me retiro. No me sienta bien.

AGU. — Jugaremos. (Mirando al reloj.) Póco tiempo tenemos ya. Estas gente morigeradas, estos matrimonios modelo se recogen con las gallinas. (Malibrán Aguado pasan al billar.)

AGU. — (A Infante, que se despide.) ¿Ya?... ven a comer mañana.

ORO. — (Mirando al salón. — Aparte a Augusta.) Paréceme que la condesa quiere marcharse. No la entretengas.

AGU. — Voy en seguida...

ORO. — (Saludando a Villalonga.) Abur, Jacinto, hasta mañana. (A Federico.) Adiós. Ya sé que es temprano para vosotros, perdidos. Aún podéis matar un rato en e billar.

VIL. — Que descanses. (Acompaña a Orozco hasta la puerta del despacho y pasa al billar. Augusta se dirige al salón; pero retrocede al ver a Federico solo en escena.)
Augusta, Federico,

AGU. — (Airada, recelosa, bajando la voz.) Tengo que decirte que te estás portando indignamente.

FED. — ¡Yo! ¿Por qué? (Va hacia la puerta del salón, atisba y vuelve.) También yo deseaba que estuviésemos solos para decirte...

AGU. — No quiero saber nada. ¡Seis días sin verme!

FED. — Por culpa tuya.

AGU. — ¡No; tuya, tuya! No sé qué tienes en esos ojos... la traición, la mentira el cinismo. (Muy agitada.) Me voy acostumbrando a la idea de que huyes de mí atraído por personas indignas que no quiero, ni debo nombrar.

FED. — ¡Qué desvarío! ¿Te espero mañana?

AGU. — No. (Con energía.) No vuelvo más; no, no me mereces.

FED. — Ya lo sé. ¡Pero tiene uno tantas cosas que no merece! ¡Dios es tan bueno! ¿Irás?

AGU. — No quiero. Bien claro te lo digo.

FED. — Te espero, ¿sí o no?

AGU. — He dicho que no... (Aturdida.) ¡Lo pensaré! No, no, y mil veces no. Si fuese, iría para injuriarte, para decirte que te me estás haciendo aborrecible.

FED. — Pues para eso vas, y allí, muy tranquilamente, nos tiramos los trastos a la cabeza.

AGU. — Cállate... Pueden oír (Con miedo.) Te escribiré dos letras... No, no te escribo ni media letra; no, no, no.

Aug. — Basta... cáuate... salgamos... (Dirigese al salón. Durante las últimas frases aparece Malibrán en la puerta del billar y se detiene en ella con expresión de asombro.)

Federico, Malibrán, Villalonga

MAL. — (A Federico.) Brava mujer, ¿verdad? ¡Y qué alma, que pasión... qué genio.

FED. — (Aparte con desdén.) Estúpido. (Se retira por el salón.)

VIL. — (Saliedo del billar.) Oye, tu... (A Federico, que no le contesta.) Va disparado. Tocan a retreta, amigo Malibrán. Llegó la hora del desfile. Vámonos. En estas casas donde reinan el orden y las buenas costumbres, le echan a uno antes de media noche... ¿Y qué tal? ¿Hemos descubierto algo?

MAL. — (Aparte.) Reservarme el privilegio de invención. (Alto.) Pues nada.

VIL. — ¿De veras?

MAL. — Absolutamente nada. Seguimos a oscuras. (Salen por la izquierda. Los ruidos apagan las luces del billar y comedor, cerrando ambas puertas. Retiran también las sillas de la escena, dejando solo una.)

Orozco, que sale de su despacho, sin traje de etiqueta; Augusta

ORO. — Ya se van. Gracias a Dios. Le sociedad me causa más cada día. (Se levanta en el sillón y apoya la frente en la palma de la mano.)

AUG. — (Viniendo del salón.) Gracias a Dios que se fueron. Deseo estar sola. (Retirando en Orozco.) ¡Ah! ¿Estás ahí? ¿duermes?

ORO. — No.

AUG. — ¿Por qué no te acuestas?

ORO. — No dormiré.

AUG. — Padeces de insomnio. Tomás, tú no estás bien. Es preciso que te cuises y pongas orden en ese cerebro. Cavilas demasiado, te fijas más de lo conveniente en asuntos que no debieran interesarte en tanto grado.

ORO. — Pues mis desvelos deben de ser contagiosos, porque tú también estás algunas noches estuviste muy despavilada.

AUG. — Es que cuando te siento despierto, no puedo dormir. No creas, a mí no me importa. Resisto perfectamente los largos insomnios. Este cerebro mío, creo que es de piedra.

ORO. — ¡Qué dicha!

AUG. — Lo que a tí te pasa bien lo se yo. Eres un alma fuerte, una voluntad poderosa, un espíritu superior. Pero como no tienes que luchar por la existencia. Porque todos los problemas del vivir te los han dado resueltos, resulta que, tus grandes energías están sin uso, y para que no se te pudran dentro, las aplicas a cualquier objeto. Ya te afanas por corregir a los criminales precoces; ya te interesas por las niñas abandonadas como si fueran tuyas, o bien das en proteger infortunados, en salvar de la miseria a los que se arruinaron por informales o tramposos... No, no; yo no te censuro que seas caritativo. Pero todo tiene su límite y su medida, hasta la bondad.

ORO. — Vida mía, me juzgas mejor de lo que soy. ¿Y si yo te dijera que cumplo muy mal los deberes que me impone mi posición? Cree que algunas noches me quite el sueño la conciencia turbada, intranquila.

AUG. — (Sorpresa.) ¡Tú... con la conciencia turbada, tú, el hombre mejor del mundo! Tomás, positivamente no estás bueno. (Con cariño.) Hijo mío, acuéstate y descansa. Si la conciencia te quita el sueño a tí, a tí, que eres tan bueno, ¿quién te lo, quién dormirá en este mundo? (Pasa a la alcoba.)

ORO. — (Levantándose.) Bueno; te obedeceré. (Vacila; se vuelve a sentar.) No, no me acuesto. Mejor estoy aquí. ¡Qué dulce soledad! Aquí, solo, dentro del círculo de mis pensamientos, apartado de la sociedad, que en su comedia insípida me impone uno de los papeles más vulgares, restablezco mi personalidad, me gozo en templar los medios que empleo para mi propia corrección; examino mis ideas, reflexiono mis acciones... Oh!, no estoy satisfecho de mí ni mucho menos... ¡Y esos nervios creen!... Poco, muy poco he hecho para aliviar el mal humano... ¡He de hacer más, mucho más!... Hay que seguir, hay que avanzar, avanzar siempre... ¡He de descubrir la fuente eterna, aunque no podamos beber en ella más que algunas gotas que nos salpican a la cara!... (Levántase.) ¡Cuán larga y compleja la humana labor!, y el tiempo (Mirando el reloj.) ¡con qué traidora sencillez se escurre, se pierde!... No, no; aunque mi mujer me riña, no me acuesto sin trabajar un poco. (Pasa al despacho.)

AUG.—(Por la puerta de la alcoba, en traje de noche, con una luz en la mano.) Escribiré aquí... Cuatro palabras no más... (Reparando en la luz del despacho.) ¡Ah!, está allí... (Le observa desde la escena.) Hace un instante, hablaba de conciencia intranquila. Este hombre sin par no sabe lo que es vivir con los pies sobre la tierra. El los tiene en las nubes, como los bienaventurados que vemos en los techos de las iglesias. No sé qué me pasa. Esta inquietud mía ¿qué es? Los remordimientos se confunden en mí con el temor de no ser amada. Más que el delito me espanta la idea de una rivalidad humillante. ¡Conciencia extraña la mía! No conozco el remordimiento sino cuando me lo traen los celos, y sólo cuando éstos me abrasan reconozco y declaro que no soy buena... Lo que yo quisiera sería poder confiar a alguien este secreto que me abruma. Si, aunque absurdo parezca, siento impulsos de abrir mi corazón delante de este hombre sin par, y contarle... confesar, sí, por consuelo y alivio del alma, no por renegar de mi error y prometer la enmienda. No: sé que no tendré fuerzas para enmendarme de verdad, ni hipocresía para parecerlo. No quiero, no, estafar la absolución... ¡Pero qué absurdos pienso! ¡Confesarme a Tomás!... Paréceme que tengo fiebre. (Se toca la frente, se toma el pulso.) A estas horas, el insomnio y las cavilaciones me llevan a una verdadera locura. Como que a veces dudo si duermo o estoy despierta. ¡Dios mío! ¿Seré yo sonámbula? (Con terror.) ¿Incurriré en la tontería de contarle?... (Levántase.) No, despierta estoy... (Se pellizca los brazos.) y bien despierta.

ORO.—(En la puerta del despacho.) ¿Pero estás aquí? Me has asustado.

AUG.—Cuando me acostaba creí sentirte inquieto y... ¿Por qué trabajas tan tarde?

ORO.—Tengo la cabeza tan despejada como a las doce del día. Francamente, no veo la necesidad de dormir toda la noche.

AUG.—Tu robusta naturaleza te engaña, querido. Imposible vivir así. Eres bueno, y por ser mejor te estás dando muy malos ratos. Es hasta un rasgo de soberbia el pretender salirse de la imperfección humana... ¡Ay, tengo miedo a la exaltación de tu cerebro! ¿Por qué no duermes?

ORO.—Descansa tú y déjame a mí.

AUG.—Si yo tampoco siento necesidad de dormir.

ORO.—Esta noche, sobre las mil cosas que en mi cabeza traigo, me intranquiliza la carta que recibí hoy de Joaquín Viera, el padre de Federico.

AUG.—(Con viveza.) ¿Sí? ¿y qué es?

ORO.—Me dice que llegará aquí del 26 al 28, y que viene a tratar conmigo de un asunto de intereses.

AUG.—Sabíazo seguro. Por amor de Dios, Tomás... ponte en guardia.

ORO.—No caigo en qué podrá ser. Dejémosle venir.

AUG.—¡Qué infame! No se parece nada a su hijo, que, aunque mala cabeza desordenado, tiene un fondo de caballerosidad, que...

ORO.—Es verdad. Tan noble y simpático es el hijo como trapalón el papá.

AUG.—Mucho cuidado con ese petardista, Tomás. Ponle mala cara cuando le recibas.

ORO.—¿Pero qué lío traerá ese hombre? Como si lo viera, me presentará algún antiguo y olvidado crédito de la *Humanitaria*. ¡Pero si por mi cuenta no hay ni uno que no esté satisfecho!...

AUG.—¡Ay!, esa maldita sociedad ha dejado tras sí un rastro vergozoso.

ORO.—Yo no soy responsable; pero disfruto del capital amasado con aquel negocio, en que trabajaron juntos mi padre (que Dios perdone) y este Joaquín Viera. No juzgo lo que hicieron. Después Joaquín, arruinado, huye al extranjero se dedica al chantaje y a mil trapisondas... Veremos con qué enredo se descuelga ahora... ¿Crees tú que?...

AUG.—No sé... No entiendo...

ORO.—(Muy inquieto.) No tengo sosiego hasta ver... (Levántase.) Examinaré expediente de la *Humanitaria*.

AUG.—¡Por Dios!, ¡ahora!...

ORO.—No puedo contenerme. Yo soy así. El llanto sobre el difunto. Probablemente más luz que la de la vela que ha traído Augusta.)

distintos motivos! A mi me desvela el pecado, a él la perfeccion... (Observándole desde el centro de la escena.) Ahora saca un legajo... lo desata... lo examina... lee... Aprovechemos este instante. (Dirigese a la mesa, en que hay papel y tintero.) Necesito que me pida perdón que desvanezca este enojo, esta pena... No puedo soportar su amistad con esa mujer indigna. Y no le vale decirme que sus visitas son inocentes... Esta noche me propuso que nos viéramos mañana. ¡Y yo, tonta, respondí que no! ¡Tenemos a veces unos arranques de dignidad tan ridiculos! Nada, nada; le citaré. (Escribe rápidamente.) «Aunque no lo mereces, necesito oír tus descargos, y acudiré a la hora de costumbre. Si tardas, te arañó.» No, no; esto es humillante. (Rasga el papel, lo arruga, y al arrojarlo al suelo titubea, y al fin se lo guarda en el seno.) Escribiré otra. Principiaré muy incomodada, y con pocas ganas de perdonar. El es quien debe humillarse. Coquetcaremos. (Escribe.) «Amigo mío, es preciso que esto concluya, y que tratemos formalmente de nuestra separación definitiva.» Esto, magnifico. ¡Oh! no, no. Debo tratarle a la haqueta, vituperarle por su amistad con esa... ¡Maldita Peri, aborto del infierno! Esto no sirve. (Rompe la carta y se guarda los pedazos arrugados en el seno. Escribe otra vez.) «Imposible perderte tus visitas a esa mujerzuela. No vuelvas a presentarte delante de mí, si no me juras...» Eso, que jure, que se fastidie... No, no; tampoco esta sirve. ¡Qué tonta soy! Conviene mucha suavidad... ternura... Si no, puede que su orgullo se laborote, y... No. (Guarda en el seno los restos de la tercera carta, y empieza otra.) Eres un ingrato, y correspondes mal al inmenso cariño. Es menester que hables pronto... Mañana, ya sabes la hora...» Al fin acerté. Esta va bien. (Cierra la carta, y escrito el sobre, la guarda en el seno. Levántase.) ¡Tedio inmenso de esta vida, cuando mi alma por combatirte!... (Como sosteniendo una lucha.) No puedo, no puedo ser de otra manera. Mañana romperé otra vez la regularidad enervante de esta vida; mañana probaré lo misterioso y desconocido, la miel del secreto que nos compensa de tanta insipidez... (Desde el centro de la escena, mirando hacia el interior del despacho.) Hombre sin tacha, tus luchas son como una comedia que compenes y representas para agañar el fastidio de esta normalidad que nos convierte la vida en un Limbo sin pena ni gloria. El bien o el mal, esos dos guerreros que nunca incluyen de batirse, ni de vencerse, ni de matarse, no cruzan sus espadas en tu espíritu. En ti no hay más que fantasmas, ideas representativas, figuras vestidas de vicios y virtudes, que se mueven con cuerdas. Si eso es la santidad, no sé yo debo desealarla... (Con arranque.) Pero lo que yo digo: los santos estarían mejor en el cielo. La tierra, dejárnosla a nosotros, los imperfectos, los que sufrimos, los que gozamos, los que sabemos paladear la alegría y el dolor... Los puros, que se van al otro mundo. Nos están usurpando en éste un sitio que nos pertenece! (Mirando hacia el despacho.) Ya parece que se cansa de revolver legajos... se levanta.

ORO.—(Con la lámpara en una mano y varios papeles en otra.) ¿Aquí todavía?

AUG.—Me iba ya.

ORO.—Aguarda un poco. Hace tanto calor en ese despacho, que vengo a traer aquí. Me han puesto la chimenea que parece un infierno.

AUG.—¡Trabajar!... ¡tan tarde!...

ORO.—Sí, tengo que escribir unas cartas...

AUG.—¿Qué es esto? (Viendo el legajo que Orozco deja sobre la mesa.) ¿El expediente de la *Humanitaria*?

ORO.—Sí... y por más vueltas que le doy, no puedo encontrar el dato que me hace falta. No descubro ningún crédito pendiente... (Se sienta.) Además, traigo aquí un asunto que quiero estudiar... y consultarte.

AUG.—¿A mí?

ORO.—Asunto por el que mostraste gran interés. ¿No te acuerdas? Aquel proyecto de institución para criar y educar niñas desvalidas. Tú me dijistes que te gustaría dedicar a esta obra benéfica todo el cariño, todo el interés, toda la atención correspondientes a los hijos que no hemos tenido.

AUG.—Es cierto; lo dije.

ORO.—Obra hermosa en verdad. Mira. (Dándole un papel.) Este es el plan privado ideado por mí, y que a tí te pareció demasiado amplio. Este otro (Dándole un papel.) es un borrón tuyo modificando mi plan... Lee la nota que le puse. Ve que si yo pequé de atrevido, tú empequeñeces demasiado.

mínalo todo, y proponme una solución intermedia mas practica que mi proyecto y menos meticulouso que el tuyo.

AUG.—(Con hastio.) Bien. (Guarda los papeles en el bolsillo.)

ORO.—(Mirándola sorprendido.) ¿Pero que tienes, vida mía? Nofo en ti cierta agitación.

AUG.—Me has contagiado. No sé qué hay en mi cerebro. Pásame una cosa muy extraña.

ORO.—¿A ver?

AUG.—Estas noches... se me figura que cuando duermo estoy despierta, y que cuando estoy despierta, duermo. ¡Qué desatino! Ahora mismo, imaginaba que entré aquí, no sé a qué hora, y que te hablé.

ORO.—(Riendo.) ¿Dormida?

AUG.—Sí... y que te dije muchas cosas, de un modo inconsciente... como si fuera yo una máquina de hablar.

ORO.—¿Y qué me dijiste?

AUG.—Cosas... de esas que no se dicen nunca... no sé... Sácame de dudas. ¿Es cierto que te hablé?

ORO.—No. (Recordando.) ¡Ah! sí; anoche en este mismo sitio, ya un poco tarde, entraste y hablamos...

AUG.—¿Y qué te dije?

ORO.—Algo que me sorprendió... sí.

AUG.—(Con gran curiosidad.) ¡Repítelo, por Dios!

ORO.—Me dijiste... a ver si recuerdo. ¡Ah! contestando a no sé que expresión mía, dijiste: «Declaro que hay en mi espíritu una tendencia irresistible a preñar-me de todo lo que no es común ni regular.»

AUG.—Ya... sí.

ORO.—Dijiste además: «Tengo antipatía al orden pacífico del vivir, a la corrección, a esto mismo que llamamos comodidades. Esto de hacer un día y otro las mismas cosas, el tenerlo todo previsto, el encontrar todo a punto, me entristece, me fatiga. Bendito sea lo inesperado, porque a ello debemos los pocos gozces de la existencia.»

AUG.—(Riendo.) Sí, sí. Y que me entristecía tener asegurados y distribuidos los afectos como las rentas... ya, ya recuerdo; me quejaba de este inmenso hastío de la buena posición, de este compás social, de esta educación puritana y meticulousa que nos desfigura el alma, como el maldito corsé nos desfigura el cuerpo.

ORO.—Justamente. Te contesté lo que me pareció y...

AUG.—¿Y no te dije nada más?

ORO.—Creo que no.

AUG.—¿Estás seguro?

ORO.—No recuerdo.

AUG.—Pues bien despierta estaba cuando te lo dije

ORO.—Si tienes algo más que decirme, ahora...

AUG.—No, no... Es que... No hagas caso.

ORO.—Retírate ya.

AUG.—¿Y tú?

ORO.—Velaré un poco más. (La abraza.) Vete a descansar.

AUG.—No trabajes, por Dios... ¡tan tarde...

ORO.—Pero, hija, ¿qué es esto? (Tocándola el seno al abrazarla.) Tienes el pecho lleno de papeles...

AUG.—(Turbada.) No... ¿qué?... ¿papeles?...

ORO.—Sí...

AUG.—(Con una idea feliz.) ¡Ah!..., sí...; lo que me has dado... eso de la fundación.

ORO.—Ya... (Vacilando.) Pero... (Además de sacarle los papeles del pecho.)

AUG.—Pero ¿qué? ¿dudas?... (Con valor temerario, mostrando el seno.) Sácalo.

ORO.—(Después de vacilar un instante.) No. Déjame. (Empujándola hacia la alcoba.)

A dormir.

AUG.—¡A esperar. (Vase. Orozco se sienta y lee con profunda atención.)

ACTO SEGUNDO

Gabinete lujoso en casa de «la Peris». Es de día.
Federico, Lina; después, Infante.

FED.—¿Está?

LINA.—Sí. ¿Quiere usted pasar al tocador?

FED.—¿Hay alguien?

LINA.—Sí, un señorito. Ha llegado hace diez minutos. En la sala está (Señalando a la izquierda.) leyendo los periódicos. Siéntese un ratito. Leonor sabe que es usted, porque me dijo: «Corre a abrir, que debe de ser ese.»

FED.—Aquí todos somos *eses*... Dime: (Llamando a la criada, que se retira.) ¿Y quién es... ese?

LINA.—Don Manolito Infante.

FED.—¡Infante.

LINA.—Sí... Le diré a usted. Anoche estuvieron aquí de broma, hasta las tantas, el don Manolito, ese otro, que también es diputado...

FED.—Sí, Villalonga... buen punto.

LINA.—Aquel otro tan estirado, que todo se lo sabe...

FED.—Malibrán.

LINA.—*Alias* don Cornelio, justo... y el marqués, el marqués de casa. Jugaron, cenaron y se divertieron como demonios. Leonor pidió tres billetes de caballero y cinco de señora para el baile de esta noche en el teatro Real. El Malibrán dijo que no había ya billetes de caballero, y que apostaba una merienda en Aranjuez a que no se conseguiría ninguno. Infante aceptó la apuesta, y dijo: «Mañana, antes de las once, están aquí los ocho billetes», y ha cumplido... ¡pobrecito! Entró un momento antes que usted.

FED.—¡Caramba! (Receloso, mirando hacia la izquierda.) Sentiré que me vea.

LINA.—¡Quiá!... no le verá a usted...

INF.—(Asomándose a la puerta.) ¡Federiquin... tú!...

FED.—¡Manolo... tú!...

INF.—Sí, hijo de mi alma, yo soy; yo, tu siempre fiel amigo. No me riñas por verme aquí. Te contaré...

FED.—Ya me lo ha contado ésta...

INF.—Pero, dime, ¿y cómo?...

FED.—No me riñas tú ahora, después que he sido yo tan indulgente...

INF.—Pues indulgencia recíproca. Oye. He tenido el gustazo de ganarle una apuesta a Malibrán... Tontería, puerilidad si quieres. Este condenado amor pro...

FED.—No vengo a traer billetes ni a ganar apuestas. Tengo que decir cuatro alabras a Leonor. (A Lina.) ¿Tardará en salir?

INF.—Pasa, hombre. Eres de confianza.

LINA.—No hay nadie. El peluquero, la modista y dos prenderas.

FED.—Plantón tenemos.

INF.—Pues yo no. Mira (Dando los billetes a la criada.), dale los billetes, y que se repare para la meriendita que hemos ganado.

Federico, Infante

FED.—Bueno, bueno, bueno... (Mira su reloj con impaciencia.) Las diez y me-

a ya.
INF.—¿Qué te pasa? Estás inquieto... ¡Cuéntame, por Dios! ¿Quieres que te coja luego, y nos vamos a almorzar juntos?

FED.—No, no cuentes conmigo. Hoy es para mí un día nefasto, con dificultades de tal magnitud, que no veo cómo saldré de ellas. Mi sistema ante estos tremendos compromisos, consiste en la ausencia de toda previsión. En el momento crítico, discurro lo que debo hacer... y hecho. Obro por inspiración. En presencia del enemigo que me acusa, siento en mí algo del genio militar, y me descuelgo súbitamente con una combinación rápida y salvadora.

INF.—¡Tremenda vida! ¡Pobre amigo! Anoche, al salir del Círculo para venir a casa, me dijo el primo de Villalonga que la suerte, ¡ibribona!, se había portado contra infamemente.

FED.—¡Si... noche...

amenaza un día de prueba, la noche que le precede es siempre una noche de perros.

INF.—Querido, a todo trance es preciso que pongas término a esa vida de angustias. No me digas que no puedes: no me digas... Ten presente cuánto te que-
remos todos tus amigos. ¿No te inspiro yo confianza?... ¡Hombre, por María San-
tísima! Pues qué, ¿yo no merezco?... Tu amigo de la infancia... el que fué tu cama-
rada en la escuela, en el colegio, en la Universidad!...

FED.—No hablemos de eso.

INF.—¿Y si yo insistiera en hablar y en pedirte que me confies tus dificultades
y en ayudarte a vencerlas?

FED.—Te lo agradecería; pero no quiero perder tu preciosa amistad.

INF.—¡Perderla!

FED.—Sí, perderla. Yo me entiendo. Los favores de cierta clase se pagan con
el aborrecimiento. Querido Infantilto, cada cual es como Dios le ha hecho. Cuan-
do un hombre padece ataques más o menos agudos de esa terrible enfermedad
que se llama insolvencia, si quiere conservar los amigos, lo primero que tiene que
hacer es no deberles nada. Yo no puedo evitar que se apodere de mí una aversión
insana hacia toda persona decente que viene en mi auxilio cuando me estoy aho-
gando. En fin, punto final.

INF.—(Aparte.) ¡Que hombre este! El orgullo le acabará. (Aíto.) Pues quiera Dios
que este día nefasto termine sin ninguna catástrofe. Para todo, para todo, ¿lo en-
tienes? cuenta conmigo. Verás cómo sales bien.

FED.—Saldremos... sí. Hay fé en la Providencia. ¡Qué día, clico, qué día!
¡Mentira parece que tantos y tan diferentes males quepan dentro del término bre-
ve de unas cuantas horas. Porque a las dificultades de cierto género, pasajeras,
sí, y de poca importancia, debo añadir hoy... Vamos, ¿te lo cuento?

INF.—Hombre, sí. Venga.

FED.—Pues... Ya sabes donde vivo... Algunas noches, a la hora en que nos
recogemos los madrugadores es decir, los que nos acostamos de madrugada, me
has dado convoy hasta la puerta de mi casa. ¿Recuerdas que frente por frente a
mi puerta hay un letrero que dice *Santana. Géneros del reino y extranjero*?

INF.—Sí; una tienda de ultramarinos. ¿Y qué?...

FED.—Espérate. Más arriba del letrero hay dos ventanas. Allí tiene su escri-
torio ese animal.

INF.—¿Qué animal?

FED.—El tendero. Déjame seguir; el cual es tío de un sobrino... y éste, el so-
brino... es horterá de unos veinte años, guapín, sentimental, con el romanticismo
dulzón de una libra de pasas convertida en persona, tiene el atrevimiento de ha-
cerle guiños a mi hermana.

INF.—¡Ah! ya...

FED.—Y no es eso lo peor... lo terrible, querido Manolo, es que Clotilde se
deja querer de semejante aborto... Ayer lo descubrí, y me volé. ¡Escena terrible
en mi casal Tengo que hacer un escarmiento en esas mujeres que me sirven...

INF.—Cuestión delicada es esa... Considera que tu hermana no vive en la esfe-
ra social que le corresponde. Está en la edad crítica del amor. No ve a nadie...
Ha visto a ese chico...

FED.—(Irritándose.) ¡Cállate! ¡Mi hermana dejándose impresionar por un tipo se-
mejante! Quitá; déjame. Tú conoces mis ideas: soy un botarate, un vicioso; pero
hay en mi alma un fondo de dignidad que nada puede destruir. Llámalo soberbia
si te parece mejor.

INF.—Pues lo llamo, sí.

FED.—No tolero que un vendedor de aceitunas ponga los ojos en Clotilde, y
me resigno menos a que ella guste de semejante zascandil... Anoche... Aún me
dura el coraje, la excitación que el caso me produjo... al rotirme a casa, sor-
prendí al tipo ese, que furtivamente abría la puerta de la calle para salir...

INF.—¿De modo que se colaba?... ¿Y tú... (Señal de agresión.) le?...

FED.—Le agarré del pescuezo... cree que si el sereno no me le quita de las
manos, allí acaban sus atrevimientos y la mengua de mi nombre y de mi casa.

INF.—Serénate... considera... Se comprende que no te agrade la elección de
tu hermana. Pero fíjate en las circunstancias. ¿Acaso la has puesto tú en condi-
ción de elegir?

FED.—¡Malditas circunstancias! Sólo sirven de tapadera infame para cubrir los ultrajes al honor. Que mis ideas son anticuadas en este particular, lo sé, lo sé; pero... ¡qué remedio! Aunque me llames extravagante, te diré que no me cabe en la cabeza la igualdad. No soy de esta época, lo confieso; no encajo, no ajusto bien en ella. Ya conoces mi repugnancia a admitir ciertas ideas muy en boga. Eso que en lenguaje político se llama *pueblo*, yo lo detesto, ¡qué quieres que te diga!; y no creo que con la gente de baja extracción vayan las sociedades a nada grande, hermoso, ni bueno. Soy aristócrata hasta la médula; lo heredé de mi madre... Créelo, eso de la democracia me ataca los nervios. Gracias que no es verdad, ni hay tal democracia, pues si la hubiera, ¡Dios nos asista!

INF.—¿Que no la hay? Tu hermanita te sacará de dudas.

FED.—Prefiero verla muerta.

INF.—Piénsalo bien. Esas cosas se dicen pronto; pero luego la señora realidad nos pone los puntos sobre las fes... Calmate. Te afanas sin motivo. Examinadas con serenidad, tus desdichas no son tan fieras como las pintas.

FED.—Es que aún hay más, Manolo.

INF.—¿Más?

FED.—Te aseguro que... Hoy, poco antes de salir de casa, recibí una carta de mi padre, anunciándome que llega mañana a Madrid.

INF.—Tu padre... ¿y qué?

FED.—Pareces tonto... Mi padre. Y sigue la mala. ¿A qué vendrá?

INF.—Pues, hombre, vendrá... a verte.

FED.—Es mi padre, y no puedo decir contra él ninguna palabra ofensiva... Pero harto sabes que nunca viene a Madrid sino para negocios y combinaciones que a mí me desagradan, me lastiman...

INF.—Sí, ya... sé... Por ahí suelen llamarle *el cometa*... ¿Pero a tí que te importa?

FED.—¡Que qué me importa! Confiérame, querido Infante, que soy el hombre más digno de lástima que hay bajo el sol. (Entra Leonor presurosa por la derecha, abrochándose la bata.)

Los mismos; Leonor.

LEO.—¡Hola, micos! (A Federico.) Dispensa el plantón. (A Infante.) Y usted, niño simpático, sepa que se le quiere. ¡Viva la gente de arranque! Los billetes aquí, y el diplomático más corrido que una mona.

INF.—No me lo agradezcas a mí, sino a él, a su fatuidad.

LEO.—(Despidiéndole.) Con que... mil gracias, y...

INF.—Ya, ya sé que estorbo...

LEO.—Usted no estorba nunca: no, no; pero... cuanto más pronto se largue, mejor... Confianza se llama esta figura...

INF.—Abur, abur.

LEO.—Y mil gracias otra vez. (Empujándole hacia la puerta.)

INF.—Ya, ya me voy. ¡Infeliz amigo!

Leonor, Federico.

LEO.—Hay que echarte memoriales para verte. ¿Cómo estás? ¿A ver esa carátula? ¿Palidez tenemos, y ojos tristes?... ¡Ay, ay! ¡Pobrecito de mi alma! (Se sienta en un sofá.)

FED.—¿Y tú, qué ¡al?

LEO.—Ya lo ves: vendiendo vidas. ¿Recibiste mi papel?

FED.—Claro que lo he recibido, pues aquí estoy.

LEO.—Pues te llamé... Verás... Supe ayer por Torquemada lo que te pasa, y la que te tiene armada para hoy ese pillo. Me entraron ganas de echar un capote por tí, como tú lo has echado por mí cuando me he visto en la cuna de la fiera.

FED.—Conozco tu buen corazón y tus desplantes de generosidad. Puesto que entre los dos hay confianza, hablemos. Nunca siento ante tí el embarazo que estas materias me producen ante otras personas con quienes tengo amistad.

LEO.—Es que yo soy tu amiga... de la entraña y los demás lo son de aquí. (Tocando la punta de la lengua.) Estoy contenta: esta mañana te eché las cartas, y en ellas vi que saldrás bien del soponcio.

FED.—¡Qué célebre! (Riendo.) ¿Y qué te dijo el naípe?

LEO.—Prünero salió *disgusto grande*... ¡ya sabes el resto!

corto camino, cuerpo y pensamiento de un hombre moreno. La cosa era bien clara.

FED.—Clarísima: ya lo creo.

LEO.—No lo tomes a broma. Pues encendidas las velitas y dichas las santas oraciones, eché *lo que ha de venir*; y ¿qué creerás que salió? Pues *recelo por la mañana*, el caballo de bastos, que eres tú...

FED.—Yo soy...

LEO.—Salió después *la mujer de buen color*... que soy yo... y, por fin, el tres de oros... ¿Sabes tú lo que significa el tres de oros?

FED.—Debe de significar una cosa muy buena... Pero vamos al grano, Leonorilla, que no hay tiempo que perder. ¿Tienes?...

LEO.—¿Vil metal?, ¿eso que el marqués llama *el nervio de las naciones*? No hijo mío; estoy como el Gobierno. No tengo una peseta.

FED.—Entonces... ¿a qué me has llamado? Yo creí que nadabas en la abundancia.

LEO.—No, mico; yo no nado... en nada. Pero tampoco me ahogo en poca agua.

FED.—Explicate.

LEO.—En fin, muy poco tengo disponible; pero... dinero hay.

FED.—¿Dónde?

LEO.—Qué sé yo... por ahí... en cualquier parte. Y habiéndolo, lo traeremos acá. Para no cansarte, haré lo que el Gobierno, *piznorar*. ¿No se dice así? Tengo ahajas, y buenas. Mira, tonto: la sota de espadas junto al tres de oros quiere decir que *la mujercita de buen color* se atufa, trinca sus joyas, y se va con ellas a Peñíscola. ¿Te parece bien?

FED.—Páreceme atroz, y lo acepto por la terrible ley de la necesidad, con pena, pero sin rubor. Pásmate, como se pasmaría el mundo si lo supiese. ¡Qué extrañas relaciones estas! No somos amantes; lo fuimos. Somos amigos tan sólo; pero esta amistad nuestra es un fenómeno *psicológico* que... ¿Sabes lo que es psicológico?

LEO.—Pis... pis... (Sin poder pronunciarlo.)

FED.—Quiere decir *del alma*, un fenómeno...

LEO.—Mira. (Con ademán de pegarle.) Haz el favor de no llamarme a mí fenómeno... ni tampoco a nuestra amistad.

FED.—Quiero decir que esto nadie lo entiende más que nosotros. Por nada del mundo acepto yo, de un amigo de mi clase, ciertos favores. ¿Por qué los acepto de tí, sin que mi decoro se sienta herido? No puedo explicármelo. ¿Qué significaba esta fraternidad que entre nosotros existe? ¿Se funda quizás en nuestra *degradación*? Yo envilecido, tú también, nos entendemos en secreto. Tal vez si tus auxilios se hicieran públicos, yo los rechazaría con horror... Y yo me pregunto: esta amistad nuestra, ¿no es de la mejor ley? ¿No habrá en ella, escarbando mucho, algo a que pueda darse el nombre de virtud? No... ¡qué desvarío!... no puede ser.

LEO.—No te devanes los sesos por encontrar el nombre de estas cosas... Son cosas, bien claro está... ¡cosas de la vida! Cosas!

FED.—Eso... cosas. ¡Qué confusión! ¿Seremos tú y yo tan malos como parecemos?

LEO.—¿Quieres callarte?

FED.—No es por alabarme; pero conviene recordar que yo también supe ayudarte en trances críticos de tu vida.

LEO.—Justo, como yo a tí ahora. En fin, bueno debe de ser esto, porque yo, aunque corra mis temporales, siempre tiro hacia tí, como la cabra al monte. Cuando pasan muchos días sin verte, estoy intranquila; y si oigo decir que caes enfermo, me pongo de mal temple. Me enamoro de éste, del otro y del de más allá; poco me importa engañar cien veces al que más me entusiasma, y encajarle un sin fin de mentiras. Pues no teniendo amores contigo, como no los tengo, primero me corto la lengua que decirte una falsedad.

FED.—(Aparte.) Sí, sí; en cuestión de amores, ella rueda por su lado, yo por el mío, y venimos a juntarnos en este punto inexplicable de nuestra confianza, que es para mi alma un gran consuelo.

LEO.—(Que le ha observado cariñosamente, tratando de penetrar el objeto de su meditación.) ¿En qué piensas, monín?

FED.—En algo que a mí me pasa.

LEO.—¿Amores? ¡Ah! pízpireto, no me lo niegues. Como no tenemos llo, puedes contarme tus penitas, Dime, ¿a qué señora engañas ahora, pillo? Porque señora ha de ser, y de las buenas.

FED.—Pues... algo hay. Pero lo confianza contigo tiene su excepción, y lo que es el nombre, no esperes que te lo diga.

LEO.—Bueno; guárdatelo. No le vaya a dar el aire. ¿La quieres mucho?

FED.—Te diré... Me gusta. Es mujer hermosa, apasionada, muy superior a lo que yo merezco... Pero...

LEO.—Pero... El perito ese quiere decir que no te entusiasma.

FED.—Despierta en mí ilusión de amor. Pero no sé qué barrera, qué zanja infranqueable me separa de esa mujer. Quizás sería mi felicidad si entre ella y yo pudiera existir esta confianza, esta sinceridad, este abandono mutuo de los secretos más penosos de la vida. Mi alma se divide... la parte que tengo aquí me vendría bien allá... para completar lo otro.

LEO.—¿Y piensas llevártela, canallita? Pero no nos descuidemos, hijo mío. (Llamando a la criada.) Lina. (Entra esta.) Tráeme mis colgajos... (Dándole unas llaves.) Todas, todas. (A Federico.) Aquí escogeremos... (Vase la criada.)

FED.—Ya ves que te hablo de mis... cosas, como tú dices. Cuéntame las tuyas.

LEO.—¡Ay, las mías! son tan públicas, que en rigor, más que contarlas, debería... desmentirlas, para figurarme que no son verdad.

Los mismos; Lina

LINA.—(Trayendo varios estuches de joyas en un pañuelo.) Esto es lo que había en el armario de luna... ¿Sabes? ahí está.

LEO.—(Alarmada.) ¿Quién?

LINA.—¡El marqués!

LEO.—(Envolviendo las alhajas en el pañuelo y dándolas a Federico para que las oculte.) ¡Maldita sea su estampa! (A Lina.) Por nada del mundo le dejes entrar aquí. (Dirigese a la puerta, amenazando con el bastón de Federico.) Mira: le metes en mi cuarto, e dices que no estoy; que espere allí. (Vase Lina.) No es por nada... No le temo ni me importa. Pero es una de nuestras primeras chinchas... No quiero que se enere...

FED.—No, por Dios...

LEO.—Ya, ya entra. (Escuchando en la puerta del fondo, cerrada.) En todo quiere neterse, y si viera esto, la matraca sería tremendá. (Volviendo al sotá) No temas... Lina le entretiene.

LINA.—(Entrando por la derecha.) Ya está allá.

LEO.—¿Qué cara trae?

LINA.—La de siempre, la fea. (Suena la campanilla.)

LEO.—¡Ay, ay! Apuesto a que es *Ojirris*. ¡Ahora que quiero estar sola!...

LINA.—¿Le abro?

LEO.—¿Será *Ojirris*?

LINA.—Sí; le conozco en la manera de llamar. (Vuelve a sonar la campanilla.)

LEO.—Corre, dile que se vaya y vuelva... No, no. dile que estoy en casa de mi rima, y le espero allá. (Sale Lina por el tondo. Leonor cierra la puerta y escucha.) Ya, a ya bien despachado... ¡pobrecito!

FED.—Dime... ¿Pero quién es... *Ojirris*?

LEO.—Perico, hombre; *Perico el Gaditano*. Le llamo así porque bizca un poco el derecho.

FED.—Ya...

LEO.—Esto sí que es raro... Ya ves. El marqués loco por mí, y yo loca por ese requetete. Es tonto, perdido, feo; y sin embargo, estoy loca por él. Lo que no me da mala cuenta es que un día sí y otro también tengamos bronca. Ayer le tiré una bota a la cabeza, y le hice sangre en la frente. Después no tenía yo consuelo. Anoche nosotros; pero luego tocamos a reconciliación.

LINA.—Se va refunfuñando. Allá te espera. (Vase.)

FED.—¡Qué misterio en los afectos humanos! ¡Y hay quien pretende reducirlos a reglas y encasillarlos como las muestras de una industria!

LEO.—Sí que es raro...

sin maldita confianza en él. No le fiaría valor de una peseta, ni nada tocante a las cosas de formalidad. (Desenvolviendo el lio de las alhajas.) Niño, que es tarde. (Examinando algunas joyas.) ¡Mira que collar! Me lo dió Pepito Trastamara.

FED.—(Abriendo un estuche.) ¡Ah!, tos tornillos que yo te dí.

LEO.—Sí, hace cuatro años. Eso es lo que más falta me hace a mí, tornillos... ¿Y este aderezo? Me lo dió Aguado cuando volvió de la Habana.. En fin (Escogiendo varios estuches.) me parece que habrá bastante con esto. El solitario, el aderezo, los tornillos, la mariposa de brillantes que fué de la marquesa de Tellería... Con esto...

FED.—¿Crees que basta? No sabes la cantidad.

LEO.—Sí que la sé, tontín. Por una casualidad tuve noticias de este apurillo tuyo. Fui a ver a Torquemada para pagarle mil reales que le debía mi *Ojirris*, y me dijo aquel esperpento que ya no te da más prórrogas, y que si no recoges hoy el pagaré de trece mil pesetas, te echa al juez. Ahora a la calle, Leonor. (Dirigese a la puerta de la derecha y llama en voz baja.) Lina, tráeme el mantón, un pañuelo, zapatos. (Volviendo junto a Federico.) Dime: si yo no te hubiera llamado hoy, ¿habrías venido tú a contarme tu compromiso, y a pedirme que echara el resto por sacarte?

FED.—(Después de vacilar.) Creo que sí.

LEO.—¡Viva la confianza! (Entra Lina con la ropa.) ¿Qué dice ese cataplasma?

LINA.—Está muy ocupado.

LEO.—¿Qué hace?

LINA.—Morderse las uñas.

LEO.—¿Le dijiste que mi tía Encarnación está enferma?

LINA.—Que se ha muerto.

LEO.—Mejor.

LINA.—Y que estás allá. El muy escamón dijo: «Pues oigo voces en el gabinete»; le contesté que están aquí la Antonia y Malibrán. Como no pueve ver a Malibrán, no se le ocurrirá meterse aquí.

LEO.—Muy bien. ¡Pero qué talento tiene esta chica y qué diplomática es! Bueno. Me vestiré en la sala. (Vanse por la izquierda.)

FED.—¡Qué criatura, qué arranques! Lo mismo absorbe una fortuna, que la regularía si la tuviera. Ha arruinado a siete, que yo sepa, y a mí me comió lo que heredé de mi madre... ¡Pero qué gracioso desorden!

LEO.—Ya estoy. (Coge las alhajas que antes apartó.) Al instante vuelvo: no te muevas de aquí. Voy a casa de Valentín, el portal de enfrente; me dará en seguida la cantidad redonda, porque es hombre muy cristiano, muy fino, y me considera. (A Lina.) Tú vuelve allá, y entretente con las bolas que se te ocurran. Después vuelves aquí, y recoges esto. (Las alhajas sobrantes.) ¡Aire! (Sale rápidamente por el fondo. Lina por la derecha.)

Federico, Lina.

FED.—(Paseándose por la escena.) Quiera Dios que salgamos bien. Esa Leonor... ¡pobrecilla! Sí, malo es esto, muy malo, pero no había otra solución. Y a todas estas busco y revuelvo en mí, y mi orgullo no parece. ¿En dónde se ha metido ese loco? Andará huído por los rincones y escondrijos del alma. Veo en mí dos hombres: el Federico Viera, que todo el mundo conoce, y este otro; éste. (Señalándose.) ¿Cuál es el verdadero? (Parándose ante un espejo.) ¿El que veo, o el que no veo? Me trastorna esta duda. (Tratando de ordenar sus ideas.) ¿En qué consiste que, cuando me agobia un pesar, lo primero que se me ocurre es venir a contárselo a... ¿estar? ¿Acaso lo tengo amor? No, porque sus amantes no me infunden celos. Amistad, sí; pero ¿qué amistad es esta? ¿Por qué me inspira esta mujer una confianza que no siento por ninguna otra? (Herido por un recuerdo.) ¡Ah!, ya me acordaba. A las cuatro, entrevista con Augusta. ¿Por qué, al recordarlo, brota en mi alma una chispa?... ¿de qué diré?, ¿de disgusto, de pena?... No puedo dudar que me interesa; y no obstante, algo daría yo porque se cansase de mí y me propusiese el rompimiento. La amé y la seduje obedeciendo a estímulos oscuros de la imaginación y de los sentidos, y por ella ultrajé a ese hombre incomparable, a quien debo amistad, cariño, atenciones mil... ¿No es esto más villano que recibir auxilios de la *Peri*? Y sin embargo, el mundo no lo ve así. Por lo que aquí ha pasado hoy, algunos quizás dejarían de saludarme; por lo otro, me envidiarían. (Agitadísimo.) Lo

Indudable es que con unas y otras cosas, con el oprobio de mi hermana, con esta nueva aparición de mi padre, la vida se me está haciendo insoportable, pesadísima (Se sienta, fatigado.) y no puedo, no puedo ya cargar con ella. (Entra Lina, que viene a recoger las alhajas.) ¡Ah!, se me ocurre una idea. Oye, Lina, me vas a decir una cosa... pero sin engañarme... La verdad pura.

LINA. —¿A ver? No le diré mentira ni verdad que no deba decirse.

FED. —Está bien. Malibrán suele venir aquí algunas noches...

LINA. —Y algunas tardes.

FED. —¿Le has oído hablar de mí recientemente o de algo que conmigo se relacione?

LINA. —(Recordando.) Sí.

FED. —¿Anoche quizás?

LINA. —Sí... pero no sé si debo...

FED. —Cuéntamelo; lo que tú no me digas, me lo dirá Leonor.

LINA. —Pues dijo que es usted un perdido.

FED. —¿Y nada más?

LINA. —Y jugador.

FED. —*Pecata minuta*... A ver, haz memoria. Al hablar de mí, ¿nombró a alguna otra persona?

LINA. —Don Federico, déjese de preguntas; yo no sé... Si se fueran a contar las cosas que aquí se oyen... (Suena la campanilla.) Es Leonor. (Sale.)

Federico, Leonor.

FED. —No me queda duda. Ya principia el rumor insidioso, traicionero, precursor de la difamación y del escándalo.

LEO. —(Entrando presurosa.) Hecho todo. Venga un abrazo... en premio de mi... iba a decir virtud... Pero no... son ¡cosas!

FED. —(Abrazándole.) Eso es... cosas.

LEO. —Aquí tienes... (Dándole billetes de Banco envueltos en el pañuelo de las alhajas.) Vete corriendo a casa de Torquemada y refrégale los cuartos en la jeta, para que vea ese puerco que aquí hay honor, limpieza de sangre, circunstancias y honrría de bien.

FED. —(Sin decidirse a tomar el dinero.) Parece mentira que...

LEO. —¿Remilgos ahora, mico?

FED. —No... (Con efusión.) Eres... no sé. (Leonor le introduce los billetes en el bolsillo.)

LEO. —Vete... ya vas espirando.

FED. —Dos palabras. Tengo que preguntarte... Malibrán...

LEO. —¡Ah! sí... yo también quería decirte...

FED. —Se por Lina que anoche habló de mí. Quizás se permitió calumniar a alguna persona. ¿Recuerdas tú lo que dijo?

LEO. —Nada, pamplinas...

FED. —Cuéntamelas.

LEO. —Eso es... entretente aquí, y olvídate de lo principal.

FED. —(Confuso.) ¿De qué?

LEO. —Del judío ese, que a estas horas estará pensando que no le pagas, y.

FED. —¡Ah! no se cómo tengo la cabeza... Es tarde.

LEO. —Y si te descuidas...

FED. —Adios, adiós. (Sale presuroso.)

LEO. —¡Pobre mico! Es el perdis más caballero que hay bajo el sol.

MUTACIÓN

Gabinete amueblado con dudosa elegancia. Ventanas al fondo y a la izquierda. Puerta a la derecha, por la cual se verifican todas las entradas y salidas. Chimenea, entredós, pupitre. Un sofá y butacas. Es de día.

Aug. —Yo creí encontrarle aquí. (Mirando su reloj.) Las cuatro y veinticinco. Qué calor! (Se quita el abrigo y el sombrero.) Hoy estaba más obligado que nunca a la puntualidad... ¿Por qué tardará tanto este hombre, el primer desocupado de Madrid?... ¡Pobrecillo! ¡Sabe Dios qué líos, qué trapisondas!... De fijo que los amores de su hermana le llevan al disparadero. ¡Qué carácter! (Vuelve a mirar el reloj.) Cinco minutos más... (Con febril impaciencia.) No sirvo, no sirvo para esperar... ¿Si habrá llegado su padre, *el cometa*?... No, no; decía la carta que del 26

al 28... ¿Qué día es hoy? (Meditando.) Si no puedo pensar nada. (Levántase) ¡Ah! un coche. (Se acerca al balcón.) No, no es; pasa... ¡Qué silencio ahora!... Otro coche... Como no sea este, me entrará la desesperación... Sí, sí es... se acerca. ¡Ay! no sé qué tiene el coche en que viene él que hace más ruido que los demás... Gracias a Dios, ya estoy contenta... Ya sube... Esa Felipa, ¡cómo tarda en abrir!

Augusta, Federico

FED.—Perdóname, vida mía, si he tardado un poco.

AUG.—¿Qué te pasa; qué ocupaciones...? ¿Ha llegado tu papá?

FED.—No, mañana.

AUG.—Ya sé, lo de Clotildita. Me lo ha contado Manolo.

FED.—(Con disgusto.) No hablemos de eso.

AUG.—¡Qué susto he pasado! Creí que no venías.

FED.—Por Dios. (Carinoso.) ¿Cómo podías suponer?...

AUG.—Quita allá, embustero, farsante. A fe que estoy contenta de tí.

FED.—Esta mañana, cuando recibí tu carta, dije: «Paces tenemos.»

AUG.—Perdón habrá, si sales bien del juicio oral a que voy a someterte. Vamos a ver, procesado! conteste usted. ¿En dónde ha estado usted hoy?

FED.—(Aparte, con recelo.) Si le habrá dicho Manolo...

AUG.—¡Qué asunto, qué negocio le trae a usted estos días tan sobresaltado?

FED.—(Aparte.) No, Manolo es discreto. (Alto.) Pues nada, hija; asuntos, cosas mías que no pueden interesarte.

AUG.—¡Que no me interesan! ¡Vaya unas herejías que echas por esa boca! Si el amor tuviera su Inquisición, serías tú condenado a la hoguera por las atrocidades que dices contra el dogma. No, no debí escribirte hoy, ha sido una debilidad... Anoche no dormí pensando en tus traiciones.

FED.—Pero sepamos qué traiciones son esas... No las conozco.

AUG.—Hazte el tontito. Esa mujer indigna... ¿Qué se te ha perdido a tí en su casa?

FED.—Vamos a ver... ¿Quién te ha dicho?... ¿Acaso Manolo?...

AUG.—Manolo, por ser ministerial de todo, lo es hasta de tí, y siempre que te nombra te pone en las nubes.

FED.—Entonces, Malibrán, que ahora se dedica a desacreditarme.

AUG.—Quién me lo dijo añadió que ese trasto tiene gran influencia sobre tí.

FED.—¡Qué disparate!

AUG.—Nada es disparate. El disparate no existe. Los hechos podrán ser o no ser; pero no es la mejor manera de negarlos el decir que son absurdos. Convéneme, pues, de otra manera.

FED.—¿Cómo?

AUG.—Queréndome mucho, como yo me merezco, y probándomelo. Si me quieres a mí, no podrás querer a otra.

FED.—Pues eso, vida mía, más demostrado está que la redondez de la tierra, más que la atracción de los cuerpos, más que...

AUG.—(Riendo.) Basta... de matemáticas. Y ahora continúa el interrogatorio del procesado.

FED.—Basta de curia, digo yo; la detesto. ¡No te atormentes, querida mía! Si yo te quiero a tí sola, a tí; si por más que rebuscas tu suspicacia, no verás en parte alguna... nada que pueda...

AUG.—Sigue... ¿Por qué se te traba la lengua? Porque sólo la verdad la pone expedita y corriente, y tú me engañas...

FED.—No, por Dios. Podré tener... Yo te juro que no sé lo que es amor fuera de aquí. Lo demás, ¿qué te importa?

AUG.—¿Pues no há de importarme? El amor, si es de ley, há de completarse con la compañía y el apoyo recíproco, con la confianza absoluta, sin ningún secreto que la limite, y con la comunidad de penas y goces... Una queja tengo de tí, y es que no has querido nunca confiarme secretos penosos que te amargan la vida. ¿Dices que me quieres? Pruébamelo. ¿Cómo? Clavando en mi corazón parte de las espinas que desgarran el tuyo. ¡Ay! algunas de esas espinitas... verás qué pronto me las sacudo yo.

FED.—(Aparte.) Corazón inmenso, no merezco poseerte.

Aug. — Si me quieres de verdad, confíate a mí. Temes parecer indelicado, in-noble. ¡Qué tontería! (Con veleidad graciosa.) Oye lo que se me ocurre. Gasta con todos ese orgullo y suprimelo para mí. Tu delicadeza es mi enemiga, mi rival, y tengo celos de ella. Le clavaría las uñas... Para que lo sepas todo: tu vida angus-tosa, tu pobreza, sí, empleemos la palabra terrible, han sido un incentivo más del amor que te tengo. (Sonriendo.) Si fueras capitalista, yo no te habría querido. Si fueras un hombre metódico, que llevara sus cuentas por partida doble, créemelo, me serías antipático.

FED. — (Estrechándole las manos.) ¡Monísima! Tienes toda la gracia de Dios.

Aug. — Yo soy así. Estoy cansada de la regularidad. Me ilusiona el desorden.

FED. — ¡Ah! ya te cogí; contradicción; si eres como dices, ¿a qué ese empeño de poner orden en mí?

Aug. — Pues si hay contradicción, mejor. No retiro nada de lo dicho. Dame tu confianza. Destruye esta muralla que hay entre nosotros.

FED. — ¿Y si yo te dijera que derribando esta muralla perdería tu estimación?... Yo no merezco el interés que te tomas por mí. Lo que de mí ignoras te seduce porque es misterio, porque es drama o novela para tí...

Aug. — (Con arranque.) ¡Pues fuera misterio..., fuera lo novelesco y dramático! Abajo el disparate que tanto me gusta! ¡Abajo el desequilibrio! ¿Que me contra-ligo? Bueno. ¿Que desmiento mi carácter? Mejor. ¿Que destruyo ese encanto, esa poesía, llamémosla así, de tu pobreza disimulada? Mejor. Este amor mío primero y último hace una revolución en mi naturaleza. ¿Qué significa esto? Es el paso del período soñador al período práctico, del noviazgo al matrimonio; la gran crisis de amor; el tránsito de la época legendaria a la época clásica. ¿Qué tal?

FED. — (Admirado.) Divino.

Aug. — Esto se llama eradicación. Tontín, ¿no me comprendes?

FED. — Sí, sí.

Aug. — ¿Lo quieres más claro? Es preciso que nos volvamos muy prosaicos, muy caseros.

FED. — Te desvanece tu propia bondad. ¿Cómo puede ser eso de volvernos tú y yo muy caseros?

Aug. — Pues siendo.

FED. — ¿Con bienes comunes?...

Aug. — Sí, sí.

FED. — ¿Necesitaré traerte a la realidad? Olvidas...

Aug. — ¡Ah! ya...; tienes razón. (Con desaliento.) Para lo que te proponía, necesito libertad, y no la tengo. Iba yo por los espacios imaginarios, como las brujas que cabalgan en una escoba.

FED. — Vuelve a la realidad.

Aug. — Vuelvo... y en ella te digo que... con arte todo es posible. Oyeme: te contaré una cosa interesante. Esta mañana me dijo Tomás: «Tengo un proyectillo para modificar la vida de ese pobre Federico y librarle de la plaga de sus acreedores.»

FED. — (Agitado.) No me hables de eso. ¡No sabes el daño que me causas!...

Aug. — Considera que no es él quien te favorece, sino yo.

FED. — No puedo considerar tal cosa. Querida mía, si me amas, impide los favo-res de ese hombre a quien yo debería reverenciar, de un hombre cuya noble con-fianza pago con el mayor, con el más villano de los ultrajes.

Aug. — (Con gravedad, después de una pausa.) Habíamos convenido en no hablar de eso... Quien le ultraja... no eres tú. Al acusarte, parece que me acusas a mí.

FED. — Yo... a tí, jamás! Pero desde el momento en que me hablas de generosi-dades tuyas o de tu marido, la cuestión moral se me impone, y veo planteado un dilema terrible.

Aug. — ¿Es eso verdadera virtud o simplemente falta de valor? Bueno: déjame a mí el pecado entero, y cogé para tí todos los escrúpulos. (Se levanta airada.)

FED. — Sosiégate..., espera.

Aug. — Lo diré todo de una vez. Reconozco, como nadie, el mérito de mi mari-do. Sólo yo, que vivo a su lado, sé bien toda la extensión de su bondad. Me inspi-ra un cariño acendrado y puro, admiración, veneración. no sé qué... Yo reveren-cio a Tomás... le rezaría... pero te amo a tí.

FED.—(Aparte.) Su valor es tan grande como su pasión. ¡Qué mujer!

AUG.—(Impaciente por no recibir respuesta.) ¿Será preciso, que te lo repita? El es un santo, y yo te quiero a tí. Aquí tienes las dos verdades capitales. ¿Crees que trato de buscar entre ellas una componenda hipócrita? No. Dejo los hechos como están. Tú eres cobarde y huyes. Yo soy valiente, y me paso la vida delante de estas dos verdades mirándolas cara a cara.

FED.—Tu tesón me abruma.

AUG.—(Despechada.) Pero qué, ¿no tienes nada que contestarme?

FED.—Ten calma... escúchame. Si he nombrado a tu marido, tú tienes la culpa. Ni de él ni de tí admito favores de cierta clase; y si insistes en ello...

AUG.—¿Qué? Dilo.

FED.—Lo comprendes sin que yo lo diga.

AUG.—Sí, lo comprendo. (Con aflicción.) Tú no me quieres: no me has querido nunca.

FED.—Por Dios, vida mía... ven acá. (Tratando de abrazarla.) Ten juicio.. considera...

AUG.—Me perteneces, y quiero que participes de los bienes materiales que yo poseo. ¿Cómo he de soportar que vivas sujeto a mil humillaciones? No, no. Te someterás. Yo lo quiero, yo... lo hará.

FED.—(Exaltándose.) Pues si persistes en tu loca idea, he de hablarte con claridad, como no lo he hecho nunca. Tiempo ha que me siento minado por una pena sorda y punzante. Cree que cuando entro en tu casa, y estrecho la mano de aquel hombre tan superior a mí, de tan elevado espíritu, de corazón tan grande y puro, no se... no se... Me creo el más abyecto de los hombres, y para adormecer mi conciencia, para acallarla por instantes tan solo, necesito embriagarme, necesito un anestésico, vicios degradantes y oscuros, de esos en que la ansiedad ahoga el pensamiento y acaba por matarlo... No puedo, no puedo más. Eres muy bella, discreta, graciosa, por mil razones interesante y digna de ser amada... Pero ¿por qué no eres mujer de otro hombre...? Perdóname si te ofendí. No es mi ánimo ofenderte. Deseo tu felicidad. Pero quiero convencerte de que yo no puedo dártela... Augusta, tú no me conoces. Soy un perdido, un miserable. Huye, apártate de mí, si no quieres que te lleve a la perdición, al escándalo vergonzoso, peor que la muerte.

AUG.—¡Huir de tí! (Llorando.) No puedo.

FED.—Me revelo a tí con absoluta ingenuidad. Soy ya bastante indigno, y no quiero serlo más.

AUG.—¡Farsa, comedia! Te rebajas, te humillas para conseguir de mí la separación que deseas.

FED.—¡Ay, no me conoces! ¡Qué sabes tú! Por algo te oculto las miserias de mi vida. Si conocieras ciertos oprobios que hay en mí, quizás no tendría yo que hacerte ningún argumento para que me dejaras.

AUG.—¡Déjarte! Nunca. (Con brío.) Porque si fueras un presidiario te querría lo mismo.

FED.—¡Corazón monstruo, nada puedo contra tí! ¡Dispuesto estoy a seguirte, a dejarme arrastrar de tu locura, hasta donde quieras, hasta la condenación eterna... pero no me des nada... no quiero nada!

AUG.—¡Hipocresía!... Si lo has de tomar al fin, ¿a qué tanto?...

FED.—¿Que lo he de tomar?

AUG.—(Con terquedad.) Sí.

FED.—(Dominando un movimiento de ira.) Veo que los dos estamos dañados profundamente. Yo no puedo salvarme ya; tú sí. Estás a tiempo. Vuelve... allá, vuelve, y olvidame.

AUG.—(Altanera.) Basta. Esto no puede ser. Tu moral de última hora es ridícula, poco delicada, inconveniente. Tienes razón... (Con ira.) Eres un... No debo decirlo... Tú sentirás la injuria, y me agradecerás que la calle.

FED.—Sin oírlo, sé que la merezco.

AUG.—Y como no está bien que yo trate con hombres indignos... me marchó. sí... (Nerviosa y trémula, se pone el abrigo.) No aguanto más... Esto se acabó...

FED.—(Aparte.) Se acaba... Mejor.

AUG.—(Aparte.) ¿Pero serás capaz de dejarme marchar?

FED.—(Aparte, sentado y calmoso.) No se irá, no.

AUG.—(Furiosa, queriendo aparentar desdén.) Bien, bien... pero no me marcharé sin decirte que te desprecio, que nunca te he querido... que...

FED.—Y yo te digo que te querré siempre... (Con frialdad afectuosa.), que serás para mí la mujer más digna de respeto.

AUG.—(Aparte.) ¡De respeto! Si me abofeteara, si me escapiera, no me ofendría como ahora me ofende.

FED.—Adiós.

AUG.—(Va hacia la puerta, y echando de menos su manguito, vuelve a cogerlo.—Aparte.) ¿Pero me dejará marchar de veras? (Alto.) Adiós... (Va hacia la puerta.)

FED.—Augusta.

AUG.—(Retrocediendo vivamente,) ¿Qué, hijo mío?... ¡Ah!, se me olvidaba también el pañuelo... (Lo coge.)

FED.—(Cariñoso, pero frío, sin moverse del asiento.) No te vayas enojada conmigo... no creas...

AUG.—¿Enojada?... no. (Aparte.) Me retiene, quiere retenerme... Pues ahora, golpe maestro... Me marcho resueltamente.

FED.—(Aparte.) No quiere irse. (Alto.) Ven acá. (Dando un paso hacia ella.)

AUG.—(Aparte.) Aquí es la mía. (Alto.) Déjame. Adiós... (Sale resueltamente.)

FED.—No se va... volverá desde la puerta... (Dirigese al fondo, y escucha.) Pues sí... se va... baja la escalera... La conozco. Volverá mañana.

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Es de día.

Orozco, Villalonga.

ORO.—¿Qué me cuentas?... ¿Pero cuándo ha sido eso?

VIL.—Anoche o ayer tarde... No estoy bien enterado de la hora. Lo que sí sé es que Clotilde, harta ya de la tiranía de su hermano, y queriendo arrollar los obstáculos tradicionales que la separaban de su horterita, alzó bandera revolucionaria y abandonó la casa de Federico, llevando su ropita en un lio colgado del brazo.

ORO.—Me gusta el pronunciamiento.

VIL.—Y viva la democracia.

ORO.—¿Y adónde fué a parar con su cuerpo?

VIL.—Pues se fué solita, por su pie, a casa de Infante, poniéndose bajo el amparo tutelar de Manolo y de su tía Carlota. De modo que la tienes de vecina.

ORO.—¿Y Federico... intransigente... furioso?...

VIL.—Atroz...

ORO.—Pero si mil veces le hemos dicho mi mujer y yo: «tráenos acá a tu hermana, y no te cuides más de ella». Pero su orgullo consideraba sin duda nuestra protección como una limosna humillante, y ya ves... ¡Bien merecido le está! Tanto quijotismo viene a parar en que al fin hay que casar a la descendiente de los Vieiras de Acuña con ese... ¿cómo se llama?

VIL.—Santanita... Pues ten por cierto que nuestro amigo no transige.

ORO.—Claro: pretendía sin duda que, viviendo su hermana como vive, le hubiera pedido su mano un Hohenzollern o un Hapsburgo. ¿De modo que cuando llegue el papá?...

VIL.—Pero si ha llegado esta mañana... en el *express*... y al entrar en su casa se encontró sin la angelical criatura.

ORO.—¡Valiente cuidado le dará! ¿Has visto a Joaquín?

Los mismos; Infante, que entra precipitadamente.

INF.—Le he visto yo.

ORO.—(Con jovialidad.) ¿Y qué cariz trae?

INF.—Tan meloso, tan sutil, tan insinuante y seductor de palabra como siempre. (A Orozco.) Me ha encargado que te anuncie su visita para hoy. Viene de Inglaterra, con la máxima de que el tiempo es dinero. A las cinco.

ORO.—Ya tenemos el cometa en el horizonte.

VIL.—¡Bienaventurados los pobres, porque no tenemos la influencia maléfica de esas estrellas con rabal!

INF.—¡Farsante igual! Estuvo en casa no hace dos horas, a ver a su hija. ¡Oh, qué escena tan conmovedora! Lloraron.

VIL.—¡También él!

ORO.—Joaquín imita el llanto de las personas con una perfección que causa maravilla... (A Infante.) Pero dime, Manolo: ¿estás contento con la lotería que te ha caído?

INF.—Pues mira: cuando la vimos entrar anoche... estábamos comiendo... con su llo en el brazo, y detrás un mozo de cuerda con el baúl, la primera impresión mía fué muy desagradable. Con cuatro palabras ingenuas, sencillas, dichas con alma, nos explicó su situación. Mi tía Carlota, única persona de viso que la trataba y solía visitarla, por haber sido muy amiga de su madre, la acogió del modo más cordial, y por mi parte no tardé en simpatizar con ella. A estas horas, tanto mi tía como yo le hemos tomado cariño, y abrazamos resueltamente su causa.

ORO.—Es simpática como su hermano, y ninguno de los dos se parece al papá.

INF.—¿Simpática has dicho? Es un ángel.

VIL.—¡Eh! poco a poco. ¡Si le habrá salido un rival a Santanita!...

ORO.—¿Amor, Manolo?

INF.—Ea, se acabaron las bromitas, y vamos a las veras... (A Orozco.) Yo vengo aquí con una pretensión...

ORO.—(Vivamente.) ¡Ay, ay! Ya me duele... Me lo temía. ¡Pretensiones a mí!...

INF.—Pero hombre, si no me has dejado hablar...

ORO.—Si te veo venir. Lo de siempre. Esos mocosos quieren caer sobre mí como la langosta.

VIL.—Inconvenientes de la fama, Tomás. Esos tórtolos inocentes te piden protección.

ORO.—¿A mí? ¿Pero qué protección he de darles yo?... Están frescos... ¡Pero este Manolo!...

INF.—Me dejas hablar, ¿sí o no?

ORO.—No; más vale que te calles. Como que el inocente ese pedirá un destino para poder casarse. Pues ¿quién mejor que tú?

INF.—No se trata de eso... todavía.

ORO.—¿Pues de qué?

INF.—Quiero hablar con Augusta. Me entenderé mejor con ella. ¿Ha salido?

ORO.—Creo que no.

INF.—Que venga... Augusta. (Dirigiéndose a la primera puerta de la derecha.)

ORO.—Ya viene.

Los mismos; Augusta.

AUG.—Ya, ya estoy enterada... Mi enhorabuena. Manolo, protector de los amantes finos, amparo de la inocencia.

ORO.—Sí, pero nos quiere endosar a los tórtolos para que nosotros...

AUG.—Les protejamos. Excelente idea. Yo me alegro, y tú también, Tomás.

ORO.—Siga el jubileo en mi casa. En fin, Manolo, explícate.

INF.—La joven... repito que es el mismo candor... Desde que entró en casa no ha cesado de pedirme con verdadero afán que la traiga acá.

ORO.—(A Augusta.) ¿Ves?

AUG.—Siempre hemos deseado traerla.

INF.—Pero de visita... No; en mi casa vivirá hasta el día del bodorrio.

VIL.—(A Orozco.) No puedes, no puedes librarte...

INF.—Hoy, casi con lágrimas en los ojos, me ha repetido la súplica: «Lléveme usted, lléveme usted, por Dios, a ver al señor de Orozco. Tengo que pedirle un favor.» No he querido decirle que sí ni que nó hasta no consultarlo... ¿La traigo, o no la traigo?

AUG.—Sí, sí, queremos verla.

ORO.—Como has de reventar si no la traes... tráela.

INF.—Vuelvo al instante. Dentro de diez minutos estamos aquí. (Vase y vuelve.) Y si está el novio en casa, ¿le traigo también?

ORO.—No, hombre, guárdatele.

VIL.—Sí, que lo traiga... (Vase infante.)

AUG.—Los protegeremos, sí. Lo primerito es casarles

VIL.—Si, creo que es lo más urgente. Después, éste les señalará una peñ-
sión...

ORO.—¿Yo? No puede ser; y lo siento, de veras lo siento.

VIL.—¡Hombre sin entrañas!

AUG.—Hijo, en este caso has de desmentir tu fiereza, tu crueldad y tu taca-
nería, ¿Cómo vamos a dejar a esos pobres chicos?...

ORO.—Tú, tú...

AUG.—Pues yo, yo...

ORO.—Adiós, Jacinto. Tengo que prepararme para recibir al cometa. (Vase
por el despacho.)

Augusta, Villalonga

AUG.—¿Pero usted se ha creído que no haría nada por ellos?

VIL.—¿Qué he de creer yo tal cosa? Conozco a Tomás aun mejor que usted...
por lo menos antes que usted.

AUG.—¡Pobres chicos! ¡Mire usted que enamorarse de balcón a balcón!... ¡Y
aficionarse los dos al matrimonio, y no parar hasta realizarlo! ¡Qué honradez y
qué nobleza de ideas!... Nada, Jacinto, reconozca usted que el verdadero amor,
el sentimiento primordial que mueve el mundo, no existe ya en toda su pureza más
que en la clase de dependientes de comercio.

VIL.—Por de contado, crea usted que Federico llevará muy a mal que ustedes
favorezcan ese matrimonio.

AUG.—¿Lo cree usted? No... eso sería ya un fanatismo imperdonable. Se guar-
dará muy bien...

VIL.—Sermonéele usted...

CRIAADO.—(Anunciando.) El señor de Malibrán.

Los mismos; Malibrán

MAL.—Señora y amiga...

AUG.—¡Qué sorpresa! No le esperaba. Viene usted como llovido del cielo.

MAL.—No vengo del cielo, sinó que entro en él, pues entro donde usted
está.

AUG.—¡Ay, Dios mío, cuánta finura!

VIL.—Don Cornelio... (Saludándole.)

MAL.—Don Jacinto... Cref encontrar aquí a Joaquín Viera.

AUG.—¿Ha llegado? Presumo que es amigo de usted

MAL.—Vivimos juntos algunos meses en Londres. Pues estuvo a verme esta
mañana. Y a propósito, ¿es cierto que Clotilda?... Y Federico, ¿qué hace?...

VIL.—Sí; de él hablábamos

MAL.—Le compadezco... por eso, y por otras muchas cosas. Es un desequili-
brado, un cerebral, una contradicción viva, una antitesis...

AUG.—¡Vaya, que no trae usted hoy poca sabiduría!...

VIL.—Su trabajo le cuesta. ¡Hombre dado a las investigaciones!...

MAL.—No lo puedo remediar. Mi pedantería es hija de los desengaños, que
me han obligado a estudiar la vida. Compadézcame usted, en vez de zaherirme,
por lo que sé. Y sé más (Con firmeza de dicción y de intención.) mucho más de lo que
usted se cree.

AUG.—(Confusa, aparte.) ¿Qué quiere decir?

VIL.—(Aparte.) Es mucho don Cornelio este... (Alto.) Cuidado, amigo mío; tanta
sabiduría se le podría indigestar, y...

Los mismos; Clotilde, Infante, que entran por la izquierda; Orozco, que sale del despacho

AUG.—(Adelantándose a recibir a Clotilde.) Clotilde, hija mía...

CLO.—(Turbada.) Señora... (Aparte.) ¡Cuánta gente!... ¡qué vergüenza!

INF.—(A Villalonga.) Como no tiene costumbre de sociedad, la pobrecilla no
acierta a decir dos palabras. ¿Verdad que es preciosa? ¡Y qué aire tan distin-
guido!...

AUG.—¡Cuánto gusto en verla por aquí!...

CLO.—Yo... señora... yo...

ORO.—Clotilda...

CLO.—Don Tomás...

ORO.—Seréense usted. Está entre buenos amigos, que desean su felicidad.

Los mismos; Clotilde, Infante, que entran por la izquierda; Orozco, que sale del despacho

colocado a la derecha, se sientan Augusta y Clotilde. Orozco en una silla próxima. Los demás en pie detrás del sofá o por los lados.)

CLO.—Sí... es verdad, sí... (Aparte.) ¡Qué miedo! No acierto a decir dos palabras... Yo creí que estarían solos...

AUG.—Ya supongo... Mi marido y yo nos hacemos cargo de su situación, y estamos dispuestos a mirar por usted, a protegerla...

ORO.—En lo que sea posible...

CLO.—Gracias, gracias. (Aparte, mirando furtivamente al techo y a los objetos más próximos.) ¡Ay, qué casa tan preciosa! ¡Cuándo tendré yo una así!

MAL.—(A Villalonga.) Es linda de veras... ¡y qué tipito tan aristocrático!

INF.—Y sobre todo, ¡qué inocente!

VIL.—Sí, muy inocente... pero no te fíes...

ORO.—Somos muy amigos de Federico... Bien sabe usted que le queremos mucho.

CLO.—Mi hermano es bueno... Tiene sus defectos...

ORO.—Como los tenemos todos...

CLO.—Pero su corazón es noble.

ORO.—También somos amigos de su papá de usted...

CLO.—¡Qué bueno es!...

AUG.—Sí, sí, muy bueno...

INF.—¡Pero qué candor!

ORO.—Con sus defectillos, claro.

CLO.—(Vivamente.) Como los tenemos todos.

AUG.—La resolución que usted ha tomado es un poco grave... pero sin duda no podía usted seguir en compañía de su hermano.

CLO.—¡Ah!... no, señora... imposible seguir... (Aparte.) ¡Ay, si se fueran esos, yo me explicaría!...

ORO.—Díganos usted...

INF.—La pobrecilla no se atreve. Yo le ayudaré. Ya debéis comprenderlo. Quieren casarse...

CLO.—Eso es, casarnos...

INF.—Y como son previsores, piensan en el nido... En fin, que hay que empezar buscándole un empleo a Santanita.

ORO.—Ya...; su prometido, su novio de usted no tiene oficio ni beneficio. Vive con algún pariente...

CLO.—No, señor. Diré a usted. El tío Santana le ocupaba en llevar la contabilidad, dándole una gratificación; pero los negocios de aquella casa hace un año que van de capa caída... «Qué hacemos, qué no hacemos.» Pues economías; y lo primero que se les ocurre es suprimir el chocolate del loro... Al pobre Pepe le tocó ser la primera víctima. Pero bien lo pagan, porque se quedaron sin contabilidad, y ahora cogen el cielo con las manos. Un comercio sin contabilidad, bien sabe usted que es como un corto de vista sin anteojos.

ORO.—Cierto. (Admiración en todos.)

CLO.—(Aparte.) Gracias a Dios que me voy soltando.

AUG.—De modo que, hoy por hoy, al pobrecito Pepe le vendría bien un destinito...

ORO.—Eso, Manolo, tú... toma nota.

INF.—De oficial quinto... sí.

CLO.—Pero como los destinos del Gobierno son tan inseguros, pretendemos además otra cosa, por lo que pueda tronar.

AUG.—¿Otra cosa?...

VIL.—Pues no es corta para pedir la inocente.

CLO.—Diré a usted. Pepe es muy despejado, y aunque parece un alma de Dios, es hombre de fibra, sin carácter.

ORO.—Lo creo.

INF.—Y simpático... Le he visto hoy, y me ha entrado por el ojo derecho.

CLO.—Huérfano de padre y madre. Veintitrés años. Desde los diez y seis trabaja y gana para mantenerse.

AUG.—Vanos...

CLO.—En la partida doble hace primores; escribe cartas comerciales en francés; tiene título de perito mercantil y se ganó un premio de Economía Política.

Aug.—¡Angel de Dios! Señores, es preciso que entre todos le protejamos.
Clo.—En casa del tío Santana... frente a donde yo vivía... llevaba solito todo el peso del escritorio... Nunca sirvió en el mostrador, que repugna a sus hábitos. Hoy está decidido a todo, con tal de ganar para mantener a la familia. Es insalvable en el trabajo. Sabe llevar los libros como los llevan pocos, y en las sumas ras no se le escapa un céntimo; por eso me determino a molestar al señor de Orozco, suplicándole...

Oro.—Hija, mía, yo no tengo casa de comercio.
Clo.—Ya lo sé... pero... Dispénsame si le molesto con mis pretensiones.
Aug.—Acabe, acabe usted.
Clo.—Pues queremos que el señor de Orozco se interese con los señores Tru-
y Ruiz Ochoa, banqueros, en cuyo escritorio está vacante la plaza de tene-

...
MAL.—Pues esta inocentona no pierde ripio.
ORO.—¿Y está usted segura de que hay esa vacante?
CLO.—Como que hoy mismo fué Pepe a preguntar y, en efecto... no la han visto. Si usted la pide, don Tomás, la plaza es nuestra.
AUG.—Nada, nada; que Pepito será tenedor.

MIL.—Tenedor... y ella cuchara... ¡Vaya una niña!
ORO.—Yo veré... pero entendámonos, Clotildita. Ha pedido usted primero un cargo de oficial quinto, después la plaza de tenedor. Supongo que será para optar por una de las dos, en caso de que...
CLO.—No, señor; no se trata de optar...
ORO.—Entonces... pretende...

CLO.—Las dos plazas.
MIL.—¡Demonio con la joven angelical!
ORO.—¿Y desempeñará las dos?
CLO.—Perfectamente. Irá a la casa de banca antes y después de las horas de trabajo. El destino del Gobierno queremos como ayuda en los primeros tiempos. Después lo dejamos. Pepe no ha nacido para oficinas... Tiene vocación de comerciante... pero en grande... sueña con ser rico, y lo será. Yo le ayudaré.

MIL.—¿Qué tal, Infantillo?
F.—Que esta niña vale un imperio.
ORO.—¡Pero Clotildita, acaparar dos plazas cuando hay tantos que no tienen plaza!
CLO.—Pues que se las busquen como puedan. Cada cual mire por sí.

AUG.—Pero será quizás mucho trabajo...
CLO.—¡Mucho trabajo! Todo el trabajo del mundo le parece poco para su amor de ganar dinero. Y que hace falta sacarlo de una parte y de otra, porque las necesidades aumentan de día en día, y todo se está poniendo muy caro. La culpa, por las nubes; el pan...
MIL.—¿Pero has visto?
F.—¡Qué monada!

CLO.—Es la reina de las hormigas.
CLO.—A Pepe no le asusta el trabajo. Hoy mismo... verán: por la mañana empujamos horitas en llevar las cuentas de una tienda de huevos de la Cava de San Mateo. De tarde, la misma faena en un establecimiento de ropas en liquidación, y las noches se pasa tres horas escribiendo en casa de un notario.

MIL.—¿Qué tal? Esto es... de oro.
AUG.—¿Y gana, gana cuartos?
CLO.—¡Qué si gana! Hay meses que pasa de treinta duros.
MIL.—Con los cuales va viviendo; ¡pobrecillo!
AUG.—Y le sobra. Vive como un anacoreta.
CLO.—¿También ahorra?

MIL.—Ya lo creo. Yo no le permito que gaste más que lo preciso. Buena soy yo, ¡afortunadamente! no tiene ningún vicio.
AUG.—¿Y lo que le sobra lo va guardando?...
CLO.—No, señora... que se lo guardo yo. Así está más seguro.
MIL.—No he visto otra...
AUG.—Todavía no se han casado y ya se ha puesto los pantalones

INF.—De modo que todo aquel baul que llevó usted a casa lo tiene usted no de duros, pizarona.

CLO.—No, señor... Pepe sabe agenciarse para cambiar su plata por oro. aquí consigue una monedita, allá otra, y así vamos reuniendo...

VIL.—Ya... y al fondo del baul,

CLO.—Al baul, no.

ORO.—¿Dónde guarda usted sus caudales, señorita?

CLO.—Aquí. (Señalando al cuerpo.) En un cintillo.

MAL.—¡Qué portento de muchacha!

VIL.—Aprendamos, aprendamos todos...

INF.—Ahí tenéis la generación que nos ha de barrer... Estos, estos...

VIL.—Acuérdense de lo que digo. Antes de cinco años, esos tendrán más dinero que nosotros.

AUG.—Lo primero es casarlos... a escape.

INF.—¡Casarlos!... ¡Bien se lo merecen!

CLO.—(A Orozco.) ¿Podemos contar con la plaza de tenedor?

ORO.—No es cosa mía. Veremos...

AUG.—Diga usted que sí.

CLO.—(A Infante.) ¿Y con la plaza de oficial quinto? Apunte el nombre, don

Manuel.

INF.—Haré los imposibles por conseguirlo.

CLO.—Ustedes son nuestra salvación. Hace un rato, hablando con Pepe de pedíamos o no este favorcito, decía él *mañana*, pero yo dije *hoy*, porque yo he creído siempre que eso de dejar las cosas para mañana es perder las buenas ocasiones, y que cuando se ocurre una medida salvadora, debe ponerse en práctica al instante.

VIL.—¡Pero qué chiquilla!...

MAL.—Si todos los solteros que estamos aquí debiéramos pedir su mano.

INF.—Envidiemos al gran Santanita.

VIL.—Todos los presentes aceptamos la lección, y juramos proteger a esa pareja, ¡la pareja de los grandes destinos!

AUG.—Sí, sí; aprended aquí, solterones empedernidos, holgazanes, polilla de la sociedad. Estos, estos son los seres providenciales, los que vigorizan la raza humana, los que hacen poderosas y ricas a las naciones.

CLO.—Gracias, gracias a todos. Nuestra gratitud será eterna. (Entra un criado con una tarjeta o Orozco.)

ORO.—(Levántase y dirígese al otro lado de la escena.) A Villalonga y Malibrán.) ¡tenemos al cometa en el meridiano!

AUG.—(Levantándose.) Perdóneme usted, hija. (Dirígese a hablar con Orozco y Villalonga.)

INF.—(A Clotilde.) Bien, bien. Así me gusta a mí la gente.

CLO.—Como soy tan corta de genio, no me atrevo a hablarles de otra cosa.

INF.—¿Qué?

CLO.—Pepe ha buscado ya la casa en que hemos de vivir. ¡Y qué casualidad! La que más le gusta es una que pertenece al papá de Augusta, el señor Cisneros... Pues cuando tenga más confianza, le diré a esta señora que le hable a papá...

INF.—¿Para que les baje el precio?

CLO.—¡Oh, no!, eso nunca; es poco delicado. Para que nos ponga agua, y empapele la sala, que está muy fea.

INF.—Yo me encargo de eso..., yo.

AUG.—(A Orozco.) Por Dios, Tomás. Temo a tu bondad. Trátale como mere

ORO.—Descuida.

AUG.—(A Clotilde.) Venga usted conmigo. (Vanse por la puerta de la alcoba.)

INF.—Vámonos al billar. (Salen por el billar.)

MAL.—(A Orozco.) Yo dejo a usted.

ORO.—Despacho pronto. ¿Quiere usted pasar al billar?

MAL.—No; me voy a mi casa o al Ministerio. Tengo que escribir un sin fin de cartas urgentísimas.

ORO.—Pues escríbalas usted en mi despacho, y luego se queda usted a comer.
MAL.—Acepto con mucho gusto... lo primero nada más. (Entra en el despacho.)
Orozco, Joaquín Viera.

VIERA.—(Abrazándole con efusión.) ¡Tomás de mi alma!

ORO.—Joaquín... ¿qué tal..., qué me cuenta usted?

VIERA.—¿Y tu mujer? ¡Siempre tan guapa, tan buena!... ¡Qué placer me causa!

ORO.—¡Cuánto tiempo!...

VIERA.—Sí... y tú estás bueno... buen color... Abrazame otra vez... aprieta, abraza... Tomás, querido Tomás. Te conocí niño, después mozo, hombre al fin. No reverdecen en nuestra alma los antiguos cariños cuando vamos envejeciendo ahora que me agobian tantas desdichas... ¡Ay, hijo mío! (Con emoción.)

ORO.—Ya, ya sé que en Madrid ha encontrado usted algunas novedades pocas.

VIERA.—No me digas... A Federico me le encuentro medio trastornado... Mi amor, mi angelical Clotilde... Mejor que yo sabes tú lo ocurrido. Figúrate mi...

ORO.—Me la figuro. Pero usted... creo yo... con tanto viajar y las largas ausencias, ha perdido el gusto de la familia, y vive usted demasiado suelto para preocuparse por estas menudencias.

VIERA.—No, hijo mío; no me juzgues así... Mi vida, ¡ay!, es la continua privación de los bienes que apetece mi alma. Nada más conforme a mi carácter que la sencillez. Pues heme aquí privado de los goces del hogar, errante por naciones extranjeras, sin oír la voz de un ser amado, sin ver el rostro de una persona de mi sangre y de mi raza. ¡Qué sino el mío, Tomás! Tres grandes atractivos tiene la existencia para mí: mis hijos, en primer término; después la tierra, o sea la propiedad; después los libros, o sea el estudio y la contemplación de la Naturaleza. (Con ternura y acento firme.) Créelo: estos son los únicos bienes apetecibles, y además las únicas amistades fecundas y verdaderas: la familia, manantial de gozos; el suelo, un pedazo de esa tierra que te devuelve generosa los cuidados que le das en ella, y, por fin, el libro sano y ameno, que te deleita, te calma y te consuela. Pues nada de esto me concede Dios a mí. Sin duda me priva de lo que yo quiero para concedérmelo en otro mundo mejor.

ORO.—Así será. Pero debe usted, con su buena conducta en éste, asegurar la existencia de todos esos bienes en el otro.

VIERA.—¡Buena conducta! (Con asombro.) ¿Qué quieres decir?... Querido Tomás, no te ofendas con un juicio tan... ligero, tan impropio de la elevación de tu alma. Tú sólo pretendes que sólo es respetable la existencia de los capitalistas, y que sólo la de los pobres, no merece que luchemos, que agucemos el ingenio para conseguirlo. No, hijo mío; el derecho a la vida nos corresponde a todos. No vayas a pensar que ese derecho va exclusivamente adscrito a las acciones del Banco, al cuantioso patrimonio y a la propiedad rústica o urbana...

ORO.—(Impaciente.) ¡Lástima de ingenio!... ¿Pero a qué tanto divagar?... No pierdas tiempo, Joaquín, y sepamos el objeto de su visita y de su viaje.

VIERA.—(Con emoción, estrechándole los manos.) Tomás, Tomás, mucho me duele que no tengas mis aproximaciones a ti tengan siempre un objeto... poco grato, al menos en apariencia. No puedes figurarte la pena que esto me causa.

ORO.—(Serenamente.) No se apure usted, y vea cuán tranquilo estoy.

VIERA.—Te quiero... como a mis hijos... casi estoy por decirte que más, más.

ORO.—Gracias.

VIERA.—Y no quisiera llegarme a ti sino con la cara risueña.

ORO.—¿Por qué la pone usted tan lúgubre?

VIERA.—Lúgubre no... es que el asunto es un poco desagradable... Voy a pasar el siguiente: Siendo tú quien eres, la conciencia más pura que hay bajo el cielo de tener a gala y orgullo el devolver a sus legítimos poseedores lo que les ha sido perdido por negligencia, no por malicia (Con afectación.), ¡no, no!, está en tu poder.

ORO.—¿Y qué es eso que no me pertenece y que yo retengo?...

VIERA.—(La mano sobre el pecho.) ¿Dudas de mi palabra?

ORO.—¿Pues no he de dudar?

VIERA.—Pues mi palabra sola te ha de convencer, sin necesidad de apelar a prueba fehaciente. Escúchame. ¿Te acuerdas de las obligaciones de Proctor Barry?

ORO.—Sí que me acuerdo. Todas fueron canceladas, parte el 78, parte el 82. Sobre esto no tengo duda. He revisado estos días el expediente. Todas, todas.

VIERA.—Todas... (Con sateleza.) menos una. Tomás, aguza la memoria. Conozco mejor que nadie los asuntos de la *Humanitaria*, fundación mía y de tu padre. Canceladas las obligaciones... menos una.

ORO.—Menos una, es cierto, que había sido reservada por el viejo Proctor para su hija mayor, Adelaidá. Dicha obligación la liquidamos cuando murió esta señora, allá en...

VIERA.—En Sidney. Pero no fué como tú dices, Tomás de mi vida. Haz memoria... No fué así. Liquidasteis una póliza, que esa señora poseía también, pero la obligación, que era de las de ocho mil libras, quedó pendiente, por no encontrarse el documento original. Se hizo una información, que no resultó clara, y el asunto quedó en tal estado. Los Proctor murieron todos en una serie de catástrofes horribles, naufragios, terremotos, epidemias... Sólo queda Benjamín, que recogió a los hijos de Adelaidá, y que ha llegado hace poco de Australia.

ORO.—¿Y ese Benjamín es el que ha descubierto la obligación perdida?

VIERA.—Cierto.

ORO.—Comprendido... A ver... venga. (Con impaciencia.) Quiero saber qué trazas tiene ese documento.

VIERA.—(Sacando un papel.) Ahí está. Examínalo con la prolijidad que quieres (Mientras Orozco examina con profunda atención el documento presentado por Viera, éste se levanta, y con las manos en las bolsillos se pasea por la habitación, hablando para sí.) A ver por qué registro sales ahora, hipocritón, cuáquero de mil demonios. Estás cogido. La red es hermosa, y admirablemente tejida con hilos legales; y por más que la busques, no encontrarás malla rota para escabullirte. (En alta voz.) ¿Qué piensas de eso? ¿Cabe en tí la sospecha o el recelo de que la obligación pueda ser falsa?

ORO.—No; es legítima,

VIERA.—Luego yo no soy un falsario, querido Tomás. Devuélveme tu estrofa.

ORO.—La deuda es legal, yo no lo niego; pero surge la duda de que esta obligación esté comprendida en el arreglo que se hizo en 1874. Es, por lo menos, discutible el derecho de Benjamín a realizar este crédito. (Levantándose, entre la obligación a Viera.) Tome usted su papel.

VIERA.—¿Qué decides?

ORO.—(Con frialdad y aplomo.) Decido... no pagar.

VIERA.—¿No reconoce la legalidad de la deuda?

ORO.—La reconozco, pero la declaro prescripta.

VIERA.—(Desconcertado.) Reflexiona, Tomás; no te arrebates. Benjamín pleiteará, y te verás metido en un lío espantoso, y perderás con costas.

ORO.—(Paseándose y mirando al suelo.) Lo veremos. La cuestión es muy problemática.

VIERA.—(Con mirada penetrante.) Tomás, eso es... indigno de un hombre como tú. Confórmate con el arreglo que te propongo en nombre de Proctor, la mitad, cuatro mil libras.

ORO.—No quiero... ¿Se sorprende usted?...

VIERA.—¿No he de sorprenderme? Soy un hombre muy escrupuloso en cuestiones de moral...

ORO.—Pues yo no.

VIERA.—¡Que no eres escrupuloso!...

ORO.—¡Qué cara pone usted!

VIERA.—¡Tomás, Tomás!

ORO.—Me he cansado del papel de puritano que la opinión se empeña en verme representar.

VIERA.—(Aparte.) ¡Pero este hombre se está burlando de mí!

ORO.—Leo en el pensamiento y en las intenciones de usted como en un libro amigo Viera. Usted ha visto en mí un ardiente apostol de la moral pura, capaz de dejarse desollar vivo antes que retener un maravedí que no le pertenezca, y

«Compro la obligación por una blanca, lo cual no es difícil, porque los ingleses por todo antes que pleitear en España; me presento con mis papeles en el hombre se amilana; su inflexible rectitud hace mi negocio; cobro a toca y hasta otra.» ¿Es esto, si o no, lo que usted pensaba?

RA.—Tomás, tú desvarías.

JO.—Pues ahora resulta que el hombre de conciencia rígida no existe más en la infundada creencia de los necios, que han querido suponerle así; resulta rozco es como todos los que le rodean, ni perverso, ni tampoco santo; que mantenerse en el justo medio, entre la tontería del bien absoluto y el egoísmo de otros; que no quiere dejarse explotar, sosteniendo el derecho estricto moral pura en cuestiones de intereses; de todo lo cual resulta también que el negociante que me escucha le ha salido mal la cuenta, y que por esta vez su obra ha sido un verdadero fracaso.

RA.—(Tragando saliva.) Tú harás lo que gustes. Yo he cumplido contigo. Frases mis gestiones conciliadoras, te entenderás con Benjamín, que inmediatamente entablará la acción correspondiente.

JO.—Ese señor hará lo que le acomode. Si quiere pleitear, que pleitée.

RA.—Ya voy viendo que haces el papel de hombre recto en todo aquello que afecta a tus intereses. Eso no está bien, Tomás, hijo mío. Yo te aseguro...

JO.—No asegure usted más que una cosa.

RA.—¿Qué?

JO.—Que no pago.

RA.—(Con sofocada ira.) Pues me pones en un conflicto tremendo. De modo que el inglés pleitea, y pleiteará, tendré que ponerme frente a tí y al lado suyo. Cosa tan contraria a mis sentimientos!; porque no puedo negarme a ofrecer justicia mi conocimiento de la curia española y de cómo se llevan aquí los negocios de cierta clase.

JO.—Muy bien.

RA.—No, no lo haré... Soy mejor que tú.

JO.—Lo celebro mucho.

RA.—Aunque nadie me ha llamado nunca *el hombre modelo*, yo... tengo claridad de la justicia, de la propiedad, del derecho... Si no te quisiera como pleiteo, te hablaría con mayor dureza. Tomás, Tomás, si aún conservas un poco de cariño para el que fué leal amigo de tu padre, para el que te tuvo tantas veces sobre sus rodillas; si mi voz, mi persona, estas canas, hablan algo a tu corazón, trátame de otra manera. No, no puedo tolerar que te veas envuelto en un pleiteo dispendioso, después del cual, ganado o perdido, tu honra quedaría por los suelos. No, eso no; tu buen nombre antes que nada. Tomás, hijo mío, es preciso que me sigas esto. ¿No comprendes la necesidad imprescindible de cancelar la obligación? Estoy autorizado para negociar libremente, y te propongo una transacción que tú eres razonable, yo, en obsequio tuyo... Vamos, quédese la cosa en libras.

JO.—(Flemático, glacial.) Ni un cuarto.

RA.—Piénsalo... piénsalo, por Dios. Te doy un día para pensarlo.

JO.—Aunque me dé usted un siglo, yo... no puedo darle nada.

RA.—(Devorando su despecho.) Lo siento por tí... Cree que lo siento... Me da... e...

JO.—Un golpe tremendo, lo sé... Pero usted... ¡ah! usted es hombre de gran existencia, y después del golpe sigue tan terne en su campaña, y achicándose sus pretensiones para asegurar un resultado cualquiera, llegará a proponerme dos mil libras.

RA.—(Aparte.) ¡Da dos mil libras! (Alto.) Tomás, me ofendes con proposición tan villante. Rebájate todo lo que quieras; pero no incurras en esa sordidez de alma.

JO.—Pero si yo no le propongo a usted las dos mil libras. Digo que usted las aceptará y que se las niego también.

RA.—¿Serías capaz de no recoger la obligación por esa miseria?... ¡Dos mil libras! ¡Tú has perdido el juicio.

JO.—Concluyamos. (Con resolución.)

RA.—¿Das las dos mil libras?

ORO.—No; es mucho. De algún tiempo a esta parte me he vuelto muy tonto.
VIERA.—(Riendo.) Ya lo veo... ya.

ORO.—Doy... Advierto que esta proposición es cerrada, indiscutible. Usted la acepta o la rechaza, y concluimos.

VIERA.—(Con ansiedad.) ¿A ver?...

ORO.—Doy... mil doscientas libras.

VIERA.—¡Mil doscientas libras! ¿Y no se te cae la cara de vergüenza al aceptar me tal proposición?...

ORO.—No se me cae, vea usted; la tengo donde la he tenido siempre. A decirse pronto.

VIERA.—¡Oh! lo pensaré... La cosa es grave... Tu obstinación...

ORO.—Trato hecho.

VIERA.—No, no te precipites. Siquiera mil quinientas, Tomás.

ORO.—No aumento ni un chelín. Y es buen negocio para usted.

VIERA.—Pues... por no reñir contigo, por conservar tu amistad... acepto.

¿Y cuándo?

ORO.—Ahora mismo. Extenderé un talón.

VIERA.—No, no.

ORO.—¿Qué quiere usted?

VIERA.—Dame papel Londres. Una letra de mil libras a mi orden, y a cargo de tus banqueros, los Ruffer. Las doscientas libras me las das aquí en pesetas.
¿Qué cambio?

ORO.—Pase usted a mi despacho.

VIERA.—¡Ah! sí, tengo que escribir a Londres.

ORO.—Ahí está Malibrán escribiendo cartas... Extienda usted la letra y la lleve al maré. (Aparece Augusta en la primera puerta de la derecha, y se detiene en ella cuando ve a Viera para entrar.)

VIERA.—Bueno.

ORO.—Y si quiere liquidar las doscientas libras en pesetas, ahí está la cotización.

VIERA.—Supongo que me las pondrás al cambio de 26,50.

ORO.—Como usted quiera; no reñiremos.

VIERA.—(Dirigiéndose al despacho.) Dura está la carne de la oveja... Pobrecito, contentate con una hilacha.

Orozco, Augusta.

AUG.—¡Qué hombre, qué monstruo! Cuéntame... Yo rabiaba de curiosidad por abrir un poco la puerta. Pero no pude enterarme bien. ¿Le has dado algo?

ORO.—Lo menos posible.

AUG.—¡Ay! deja que me reponga del terror que me causa.

ORO.—¿Terror?... A mí me divierte. Histrión más perfecto no creo que exista.

AUG.—¿Pero qué?... Creí entender algo de una obligación olvidada.

ORO.—Sí, de las de ocho mil libras.

AUG.—¿Pero es legítima? Porque ese sería capaz de falsificar...

ORO.—Es legítima.

AUG.—¿Y qué... te has negado a pagarla?

ORO.—Aunque bien pudiera sostenerse la prescripción, yo no la admito. Puedo admitirla, y el crédito ese, como deuda sagrada, debe pagarse.

AUG.—Tomás de mi alma, ¿serás capaz?...

ORO.—Ten calma. No sabes...

AUG.—Tu rectitud ha venido a ser una verdadera demencia. Esas deudas de hombres de negocios, y antediluvianas, no se pagan nunca. Consulta el caso con tus amigos.

ORO.—No me hace falta consultar a nadie. Esa obligación pendiente de tu conciencia, y no estaré tranquilo hasta que de ella no me descargues.

AUG.—¡La conciencia!... (Alarmada.) Explicátele a Viera.

ORO.—Sí; pero no he dicho que a Viera.

AUG.—Pues no lo entiendo. ¿Es o no Joaquín poseedor legítimo de la obligación?

ORO.—Lo es. Hoy, antes que él viniese, recibí carta de Horacio Ruffer, en la cual me dice que Viera dió por esa obligación un diez por ciento de su valor nominal, es decir ochocientas libras. Yo le doy el veinte. Mil doscientas libras.

AUG.—Y negocio concluído.

ORO.— Concluído por parte de él; por parte mía, no, porque pienso pagar íntegramente... De modo que aun tengo en mi poder, (Calculando.) libras... seis mil ochocientas.

AUG.— ¡Pagar íntegramente!... ¡y a quién! (Alarmada.) Ay, hijo, yo voy a llamar al médico. Tú estás malo, Tomás. ¿Has pensado bien?... Explícame, por

ORO.— Escúchame. Joaquín es un monstruo; tú lo has dicho. Entre sus muchas incomprensibilidades ante Dios y los hombres, la más notoria es la perversa educación de sus hijos: el abandono en que los tiene, sin apoyo moral, sin medios honestos de subsistencia. La penuria, la falta de autoridad doméstica, condujeron a Federico... bien lo sabes., a una vida de angustias humillantes. Por las mismas razones, Clotildita se ve precisada a buscar marido de una manera... poco decorosa. Yo digo: rectificar los errores de ese aventurero, ¿no es un acto de justicia? Yo procedo con absoluta equidad, sustrayéndole, con astucia no inferior a la suya, la mayor parte de lo que le pertenece, para mejorar con ello la existencia de mis infelices, olvidados hijos? (Augusta, paralizada por la estupefacción, no acierta a decir palabra alguna.) ¿Has oído aquello de que «ladrón que roba a ladrón?»... Pues sí, yo le quito a ese tunante el valor casi íntegro del crédito que adquirió, se lo doy con regocijo y satisfacción santa de mi conciencia.

AUG.— ¡Oh, qué grandeza... increíble grandeza de alma! ¿Tu eres el ladrón que roba al ladrón?

ORO.— Y no solo soy su ladrón (Con elevado humorismo.) sino su asesino, porque yo, le entiero, le doy por fenecido, puesto que entrego su peculio a sus herederos... ¿Lo comprendes ahora? Pues con las seis mil ochocientas libras constituyo un fondo, que divido en partes iguales, poniéndolo a nombre de Federico y Clotilde, en títulos intransferibles. Federico podrá vivir de este modo en completa holgura, y si es hombre capaz de apreciar los beneficios de la vida ordenada, no dudo que se corregirá de ciertos hábitos... En cuanto a Clotilde no hay que decir que sabrá sacar partido de su herencia.

AUG.— (En un raptó de entusiasmo.) Tomás, me rindo a tu bondad y a tu entendimiento, que ya me parecen sobrenaturales... ¡Qué hombre! ¡Qué gloria para mí! (Le abraza con efusión.) ¡Debo adorarte de rodillas! ¡Qué grande eres!... ¡Me saltan las lágrimas de alegría... de admiración...

ORO.— No creo que Federico, presentada la cuestión de este modo...

AUG.— ¡Oh, no... imposible!

ORO.— Háblale tú... explícale... Hazle comprender...

AUG.— Veremos... Hoy vendrá a comer.

ORO.— ¡Ah! Viera y Malibrán, que salen del despacho, ambos con varias cartas en la mano,

ORO.— (Tocando un timbre.) ¿Han escrito ustedes? Que lleven las cartas al correo. (Entra un criado, que recoge las cartas.)

AUG.— (A Augusta.) Señora mía: dicha y honor grande es para mí besar sus pies y conformarme a sus órdenes y saludarla como gala de esta sociedad, compañera y mejor amigo y ángel de bondad y de virtud.

AUG.— ¡Jesús, qué incienso!... Gracias, Joaquín... Me asfixia usted... (A Malibrán.) Pero estaba usted ahí?

ORO.— Tomás me ha permitido contestar aquí mi correspondencia extranjera. (Con énfasis.) ¡Ah! Flojitos negocios trae usted entre manos. Ya me figuro que sobres., «al canceller príncipe de Bismarck... al canceller de Austria-Hungría al signor Crispien...» ¡já... já!...

AUG.— (Aparte a Augusta.) ¡Qué graciosa! Por burlarse de mí, ha sacado a relucir la triple Alianza. Es que anda usted muy preocupada estos días...

ORO.— ¿Con qué?

AUG.— Con eso... con la triple alianza... (Aparte.) Vuelve por otra.

ORO.— No le haga usted caso. Hemos pasado el tiempo charlando. ¡Y qué historia me ha contado este don Cornelio, que todo lo sabe!... ¡Pero qué historias!... ¡horrorizado, Augusta, ¡Las cosas que pasan en este Madrid!...

AUG.— Sí, pasan cosas horribles, sobre todo desde que ha venido usted. (A Malibrán.)

ORO.— ¿Se queda usted a comer?

MAL.—No, gracias. Como en la legación turca. Y con su permiso... (Despidese Malibrán.)

ORO.—¿Pero se va?

AUG.—Sí, nos deja por los turcos.

VIERA.—¡Pero qué historias sabe este Malibrán!... ¡Y qué bien las cuenta!...

MAL.—Hasta la noche... (Vase.)

VIERA.—(A Augusta.) Usted, amiga mía, ha venido a desenojarme con su apacible y dulce trato, más propio de ángeles que de mujeres. Este hombre, a quien quiero como a un hijo, me ha tratado muy mal.

AUG.—Vamos, que no va usted descontento...

VIERA.—Abusa de su superioridad, como todos los mimados de la fortuna. T— más, dime: ¿qué bienes existen, dentro de lo humano, que tú no poseas? Todos los tesoros que Dios concede a los mortales, cuando se le antoja, han llovido sobre tu casa. Eres rico, vives estimado y ensalzado como un ídolo de estas muchedumbres burguesas que dan y quitan las reputaciones... y por encima de tantas glorias, hombre bendito, descuella la de poseer esta joya, cuyo precio ninguna lengua puede medir, ni ponderar... este ángel de fidelidad y de pureza que convierte tu casa en un cielo... esta mujer divina, en la cual la hermosura, con ser tanta, es eclipsada y oscurecida por la virtud...

AUG.—Basta... (Aparte.) Me causa terror este hombre.

ORO.—La adulación es la fuerza de los débiles.

VIERA.—(Aparte.) La venganza es el placer de los dioses. (Alto.) Una sola cosa falta aquí.

ORO.—¡Faltan tantas!...

VIERA.—Vaya, que os he encontrado un defecto.

ORO.—Habrá muchos.

VIERA.—No, uno solo... Que no tenéis hijos... ¡*Macbeth no tiene hijos!*... Todavía... ¡quién sabe! En eso os gano yo, que los tengo.

ORO.—Para el caso que usted les hace...

Los mismos; Clotilde, Infante, que salen por la derecha.

AUG.—(Dirigiéndose a ellos.) ¿Se van ya? ¿Por qué no se quedan a comer?

INF.—No; la tía Carlota tendría celos... (Por Clotilde.) Le he enseñado toda la casa.

CLO.—(Aparte.) ¡Vaya con el lujo que gasta esta gentel

AUG.—Es de usted.

CLO.—Gracias. Cuando Pepe gane mucho dinero, que lo ganará, y seamos todos, tendremos una casa como esta... ¿verdad?

AUG.—Sin duda. (Continúan hablando.)

ORO.—(Después de examinar un papel que le da Viera.) Está bien: liquidadas las doscientas libras a 26,50, resultan pesetas cinco mil trescientas. Extenderé el tal en seduida. ¿Y la letra?

VIERA.—Si no me diste timbre.

ORO.—Yo la pondré (Dirigese al despacho.)

VIERA.—¡Ah! mi hija... Clotilde...

CLO.—Papá...

VIERA.—¿Estás contenta?

CLO.—¿Cómo no estarlo en esta casa?

VIERA.—Sí, aquí moran todas las dichas.

Los mismos; Federico, que entra por la izquierda, y al ver a Clotilde y su padre, se detiene en la puerta. Después Orozco.

FED.—(Aparte.) Mi padre... Clotilde.

AUG.—(Viéndole.) Adelante...

VIERA.—Ya tenemos aquí al caballero de los espejos... digo, de los espejos.

AUG.—Vamos, abrace usted a su hermana.

FED.—¿Usted lo quiere?

AUG.—Y lo mando.

VIERA.—Quien manda manda.

FED.—Pues sea. (La abraza.)

AUG.—¿Hay paces?

ED.—Con ella sí, con ella sola. Desconoce la vida, y no sabe el daño que

ERA.—Si la conoce... Esta sale a mí: tiene la veta económica. Tú sales a tu
e, toda imaginación y susceptibilidad.

E.—En fin, a lo hecho, pecho, y puesto que Clotilde ha decidido por sí de su
e, no hay más remedio que transigir.

D.—Yo... nunca.

ERA.—Yo sí... y les bendigo, y que sean felices. (Abraza a Clotilde.)

RO.—(Que sale del despacho con la letra de cambio y el talón. A Viera.) Aquí está
ón... y la letra.

ERA.—Toma la obligación. (Recoge los valores que le da Orozco y los guarda en
tera.)

D.—(Aparte, observándole.) Ha habido negocio. Recibe dinero.

ERA.—Pues sí, les doy mi bendición (Mirando a Orozco.); pero soy pobre, y no
darles nada más. (A Clotilde.) No te importe. (Con fingida emoción.) Has caído
en las manos. (Por Orozco y Augusta.) Ellos saben emplear en el alivio de todas
nas, en el remedio de las necesidades humanas, los inmensos bienes que
es ha concedido, y que por sus merecimientos y virtudes... les aumentará.

D.—(Aparte.) Su frío sarcasmo me envenena.

RO.—(Aparte.) Nunca vi cómico igual.

ERA.—(A Federico.) Y tú, buen mozo (Abrazándole.) tampoco necesitas para nada
de viejo. Tampoco a tí te faltan apoyos, truhán. Nadie como tú. Tomás, Au-
¡cuánta gratitud os debo! (Casi llorando.) No tenéis hijos, y me quitáis los
Adiós, adiós.

D.—(Dándole la mano.) Hasta otra.

ERA.—Ya no más. (Aparte.) Hipocritón, tengo quien me vengue. (Vase por la
la. Orozco le acompaña hasta la puerta.)

D.—(Aparte.) Se va... Ya respiro.

D.—Adiós.

—Salgamos por aquí. (Por el salón. Augusta besa a Clotilde y la acompaña hasta
a.)

D.—(A Federico.) Viejo menguado y torpe, ¡qué inocente va de la trastada
juego.

D.—¡Tú!

D.—Yo.

D.—(Aparte, confuso.) ¿Qué pasa aquí? No entiendo una palabra. (Alto.) ¿Y
(Mirando alternativamente a Augusta y Orozco.)

D.—Nada... (Mirándole fijamente.) Después te lo diré. (Cogiéndote por un bra-
te tengo cogido. (Augusta les mira desde el fondo de la escena.)

ACTO CUARTO

Escena modesta y desordenada en casa de Federico. La puerta de la derecha conduce a
coba; la del fondo a la sala. Por la de la izquierda entran los que vienen de la calle.
mesa. Sobre ella papeles, libros, tazas, tintero, todo colocado desordenadamente.)

Leonor, que entra de la calle, Bárbara.

—Que no la engañe a usted. No está.

—Si que está... Pásele recado. (Con altanería.)

—Pero señora... (Aparte.) ¡Qué modos!

—A mí no puede negarse. Digale usted que soy Leonor... (Bajando la voz.)

Sé que está enfermo, y por eso he venido. Tengo que hablarle con pre-

—Vaya, le diré la verdad. (Bajando la voz y señalando a la derecha.) Está, sí...
ha echado un rato... Creo que ha cogido el sueño. Pasó muy mala noche
da del mundo le despertamos.

—Pero ¿qué tiene?... Tu abandono... falta de asistencia. No saben uste-
arle.

—¿Que no? Anoche, mi hermana y yo no hemos pegado los ojos. Tacitas
de Me tila, copas de lerez, cucharaditas de cloral, qué se vo... Con nada se

bras malsonantes, que la avergüenzan a una. Y a lo mejor se echaba de la casa se vestía de prisa y corriendo, y andaba por toda la casa hablando con... con... die, porque nadie había: pero él hablaba como si viera fantasmas, o personas figuradas por su imaginación. Pues esta mañana... crea usted que partía el corazón.

LEO.—¿Qué... que hacía?

BÁR.—En su alcoba, junto a la cama, tiene un retrato de su mamá en un cuadro magnífico, ¡cosa buena!, así como de un palmo. Pues hoy, serían las nueve después de hacer y decir mil disparates, descolgó el retrato, y abrazándole como se abraza a un niño, le daba besos y le decía cosas... ¡Ay!, mi hermana y yo nos echamos a llorar, y estábamos todos en casa como si se nos hubiera muerto alguien.

LEO.—¡Pobrecito!

BÁR.—(Acercándose de puntillas a la puerta de la izquierda.) Me parece que está despierto, y levantado, sí...

LEO.—¡Ah!, sí... aquí está. (Entra Federico por la derecha leyendo en un devocionario.)

BÁR.—Aquí tiene una visita. (Federico no contesta, absorto en la lectura.)

LEO.—Pero chico... que estoy yo aquí.

FED.—¡Ah!... Leonorilla. (Vuelve a leer.)

BÁR.—Por las trazas, tenemos en casa a la mismísima *Peri*. (Vase.)
Leonor, Federico.

LEO.—Aquí me tienes. Te escribi... no me contestaste, ni fuiste por allá... reservando que Federico, sin hacerle caso, se sienta con muestras de cansancio, y vuelve a prestar su atención en el libro.) Pero, hijo, ¡qué manera de recibir visitas!

FED.—¡Ah!, sí, dispensa... Leia... Este es el libro de oraciones de mi madre, el recuerdo más vivo que conservo de ella... Mi madre fué una santa, Leonor, un mártir. (Leonor hace un movimiento para coger el libro.) No, no... quita. Esto es... do, y no puede ir a tus manos.

LEO.—¡Ay!, es verdad.

FED.—Te permito tocarlo... nada más que aplicar la punta de los dedos... (Leonor lo toca.)

LEO.—A ver si se me pega algo.

FED.—Basta...

LEO.—No... verás cómo no se me pega nada.

FED.—¡Ah!, antes que se me olvide. (Deja el libro sobre la mesa, y abre un cajón de la misma, saca billetes y se los enseña.) Mira.

LEO.—¡Billetes! ¡Ay! Déjame que los toque... Me muerdo por ellos.

FED.—Para tí los quería.

LEO.—¡Chico!... ¿Qué? ¿Te ha soplado la nusa?

FED.—Con un poco de suerte, y algo que me dió mi padre ayer, al partir por Inglaterra, he reunido eso, que es para tí. No te doy la cantidad completa que prestaste. El resto... cuando se pueda.

LEO.—(Cogiendo los billetes.) ¡Ay, hijo de mi alma! Dame acá. Me hace una lástima tan atroz. ¡Qué bonito es tener dinero! El será todo lo vil que se quiera; pero nosotros aburridos vivimos cuando no le vemos la cara!

FED.—¿Venías por él?

LEO.—No, es que tenía que hablar contigo de un asunto. (Aparte.) No me da vo a decirselo. Me da mucha pena. (Alto.) Por lo que veo, nada en la obra.

FED.—¿Nadar yo? Dí más bien que pataleo. Ya no tengo salvación. Cuando salgo de un compromiso, casi de milagro, viene otro, y después otro. Corre encima mí, pisándose la cola. No veo ni aun probabilidades de evitar la insolencia de la deshonra. (Sombriamente.) Soy hombre perdido.

LEO.—No te aflijas, tontín. Confía en Dios. Puede que te caiga una broma.

FED.—(Agitado.) ¡Una herencia! Leonor... tus bromas me lastiman.

LEO.—Pues yo también ando mal. Tengo que inventar algún negocio. Pero más que el Gobierno, y ese condenado *gaditano* va a dar con mis pobres huesos en un hospicio. Ahora está conmigo hecho una confitura. Como que necesito mir. Pues dice que soy yo otra como *La Traviatta* (Riendo), y que él me va a mirar a volverme honrada, y qué sé yo qué... ¡qué risa! Parece que ahora va a

padre, para quitarle de mí y llevarse, y él pretende que, cuando su papá
me ve, liaga yo el papel de tísica arrepentida, tosiendo con sentimiento,
indome ojerás... vamos, como *La Traviatta*, para que el buen señor se
le y nos eche su santa bendición... ¡qué risa! Con estas pamplinas, ello es
está dejando por puertas. (Federico se muestra triste, y caviloso, sin prestarle
oído.) ¿Pero qué tienes hoy? ¿Estás enfermo?... ¿qué te pasa?...

—Ya puedes figurarte... ¡Me pasan tantas cosas... tantas!...

—A mí no me la pegas tú. ¿Por qué no me confías tus secretos? Sé lo que
necesitas, y en lo tocante a penas de amor, no hay quien me gane. Podría poner
de esto en la Universidad, y saldría yo con mi birrete color de rosa, y mi
batista, a explicar a los chicos el tratado de fatigas de amor.

—¡Qué mona eres!... Figúrate cómo estaré, que ni con tus gracias puedo

—(Aparte.) Malo está el pobre... No, no se lo digo... me volveré a casa sin
dejarlo...

—¿Y?...

—¿Qué?

—¿No tenías algo que decirme?

—Sí... pero no... no era nada. (Aparte.) Pues sí, más vale que lo sepa, aun-
que sea mala. (Alto.) Escucha... ¿te lo digo?

—Sí, mujer.

—Sí, aunque te desagrada, es mejor, para que estés prevenido. Anteano-
che, Malibrán se desbocó.

—¿De veras?

—El condenado vació de golpe el saco de las picardías, y allí saliste, chi-
llando también ella... En fin, que lo sabemos todo. Basta de comedias

—¿La nombró? (Con vivo interés.) ¿Pero la nombró?...

—Claro que sí. Los nombres son la salsa de estos guisos.

—Repítame todo, todo lo que hablaron, aunque sea lo más indigno, lo más...

—¿Todo, todo?... Pero mira, no te enfades. Son cosas que dicen los hom-
bres, cuando hablan unos de otros... boricadas, simplezas. Ya puedes compren-
der de un clavo pasado que, tratándose de señora rica y galán pobre, lo primero
que se le ocurre de decir es que ella le paga las trampas.

—No, no dirían tal atrocidad.

—Sí que lo dijeron. Me parece que fué el marqués...

—¿Y tú te callaste?

—Buena soy yo para callarme, tratándose de tu honor, que es lo mismo
que el mío... (Desdiciéndose.) digo, no... como el mío, no, porque yo no lo tengo.
Me defendí como una leona, sosteniendo que tú no eres capaz de tomar
de ninguna mujer. Claro, había que decirlo así.

—Sigue. ¿Y qué más?

—Pues dijo Cornelio... te advierto que se le fué un poco la mano en la
ocasión, pero yo le dije que se había propuesto averiguar... ya me entiendes... y que des-
pués de andar muchos días hecho un polizone, os descubrió el burladero.

—¿Y donde... a ver... donde dijo?...

—Se lo calló muy bien callado, por más que los otros le marearon para
que se le fuera...

—Es que no lo sabe.

—¡Ay! no seas tonto. Lo sabe, se le conoce en la manera de decirlo.

—Pues mejor.

—Mira, niño, ándate con tiento, porque es muy fácil que te veas envuelto
en una cuestión muy mala. Por eso he querido prevenirte.

—Prevenido estoy, suceda lo que quiera.

—No te envalentones. Mira que... ¿No temes a Orozco?... Dijo Malibrán
que el señor tiene cataratas, y que él se las va a quitar.

—Pues que se las quite. Mejor...

—No digas tal.

—(Exaltado.) ¿Pues qué piensas tú? Si siento vivos deseos de enterarle yo

LEO.—¿Qué dices? Chico, tú no tienes tu cabeza buena. ¡Tú! ¿De manera que tú mismo dejarás al descubierto a la que te quiere tanto?

FED.—Tienes razón. Tú conservas el sentido claro de las cosas, y yo lo he perdido completamente. Siento, pienso y digo los mayores despropósitos... (con amargura.) Leonorilla... ¡Ay! tú eres la única persona que veo con gusto y sin ruina de mi espíritu. Entre tantas caras que me ponen un ceño antipático y sólo la tuya resplandece. ¿Verdad que es raro? Pero siempre ha de haber algo que no se entiende, y lo que no entendemos, adviértelo, es lo que más nos interesa. Las cosas muy sabidas y muy estudiadas, hastian el alma. Las que se nos presentan en términos vagos, confundiendo nuestra razón, son las que nos confortan y nos alientan,

LEO.—(Aparte.) No tiene la cabeza buena, no. (Alto.) Pues para consuelo, te doy medicina de tu alma, aquí me tienes. Sigue mis consejos y verás. No te arriesgues. Entre tú y Manolito Infante cogéis a Malibrán y le metéis el resuello en el cuello. Yo puedo deciros de él cosas muy feas, pero muy feas... No tenéis más que amenazarle con publicarlas si no calla, y callará como un plato de habas... A los hacen las cosas... y pecho a los rum-runes, y no hagáis caso. Sigues, seguís con los taditos, y quién sabe si al fin lo que hoy parece un peligro, será tu salvación.

FED.—¡Salvame yo! No lo esperes.

LEO.—Monín, tu estás mal, mal, mal, y el gusano que más te roe por dentro es ese pícaro... vamos, el no tener... (Señal de dinero.) Si pudieras arreglarte a llegar a contar con un tanto fijo...

FED.—No hay posibilidad de que cambie mi manera de vivir.

LEO.—Pues sí que la hay... ¿Te la digo? Pero no te me enfades. Pues... voy... Me parece una barbaridad que pases tantas amarguras, teniendo esa tan ricachona.

FED.—¡Leonor! ¡También tú!

LEO.—No, miquito, yo no digo que tú le pidas... digo que de ella debiera el ofrecerte una cantidad gordá, para que de una vez...

FED.—(Irritándose.) Quitá, quitá. Déjame en paz.

LEO.—Anda... tonto. Fuera remilgos. (Remedándole.) ¡El honor... la dignidad... Vamos, que buenos miles podría darte... y algo me había de tocar a mí.

FED.—(Con tristeza y desaliento.) ¿Por qué me lastimas, por qué me lastimas así?

LEO.—¿Te incomodas? Pues tómalo a broma.

FED.—Te lo tolero como chiste.

LEO.—Eso, como chiste. ¿Sabes lo que dice mi marqués? Que el chiste de hoy es la seriedad de mañana.

FED.—O en otra forma: que arrojas a la calle un chascarrillo, y sin saberlo le plantado la simiente de una tragedia.

BÁR.—(Entra por el fondo.) Un señor...

FED.—¿Quién?... (Aparece Orozco en la puerta del fondo.)

LEO.—(Aparte.) ¡El marido de la de Orozco! Yo me las guillo. (Alto.) ¡Que con Dios. (Aparte.) Se armó la gorda. (Vase.)

Federico, Orozco.

FED.—(Con sorpresa y espanto, al ver avanzar a Orozco.) ¡Otra vez!...

ORO.—(Con asombro.) ¿Qué?... Soy yo.

FED.—(Desvariando, excitadísimo.) Tú... sí... ¿qué quieres?... ¡Otra vez!... déjame, déjame.

ORO.—(Inquieto.) ¿Qué es esto?... ¿Qué te ocurre?

FED.—Por tercera vez me visitas... Basta, basta. Ya te dije que no puedo...

ORO.—(Confuso.) ¡Por tercera vez! ¿Pero cuándo?...

FED.—Anoche...

ORO.—¡Anoche! Tú deliras!... ¡Pobre amigo! Si no nos hemos visto antes, cuando estubo tu papá en casa...

FED.—¡Que no nos hemos visto!... (Turbado.) Tomás... tú no eres tú; no eres realmente aquí... Lo que veo es tu sombra, tu imagen, hechura de mi pensamiento de esta idea infame, que habiendo agotado dentro de mí sus formas de sustancia sale y me atormenta desde fuera.

— ¡Qué disparate! Soy yo... Mirame tócame. (Le abraza cariñosamente.) Soy yo, que te quiero, que deseo salvarte de la miseria, de la deshonra...

— ¡Ah!... (Dejándose abrazar, vencido de la emoción.) Perdóname... no sé lo que me agobian... tuve horas de cruelísimo insomnio... después de cuando te vi... entraste en mi alcoba... salté del lecho... hablamos... te dije...

— Vamos, que he venido a ser tu idea fija...

— Y al romper el día, después de un breve sueño en este sillón... entraste en claridad del alba...

— ¡Con el alba yo!... (Jovial.) ¡Qué madrugador me he vuelto! Vaya, chico, basta. Acabarás por marearme a mí también... Conste que no nos hemos realmente, desde anteayer, y que ahora vengo a tratar contigo... ya sabes de qué...

— Lo adivino... lo sé... y es inútil...

— (Sentándose a su lado.) Aquel día, después de comer, te manifesté... ya lo me respondiste que lo pensarías. Y anoche, Augusta me ha llenado de palabras diciéndome que te mostrabas inclinado a rechazar lo que te ofrecemos.

— Le dije... yo creí habértelo dicho también a tí... anoche... Pero pues es que soñé... te lo digo ahora. Tómalo, no puedo aceptar.

— ¿Pero qué razón?... Dame una razón...

— Que no quiero, que no puedo...

— Advierte que es una herencia, herencia un poco extraña en la forma...

— Sí, la forma es hábil, exquisita, como invención de tu ingenio sublime, como tu generosidad.

— No se hable de generosidad... No saques ahora el fastidioso argumento de la delicadeza.

— Es mi razón suprema... y el único capital del pobre.

— Eso es ya ingratitud, orgullo satánico.

— Es que yo sostengo que Satanás era un ángel... muy delicado.

— Pase como chiste... Ea, al grano. Dime, ¿cómo te rebaja el beneficio que me haces por un amigo, y no te envilecen otras cosas? ¿Tus expedientes angustiosos y degradantes para vivir no te sonrojan, y en cambio!...

— Es que son hábitos, y ya no puedo vivir sin ellos. Tómalo, Tomás, me gusta mucho decírtelo, pero te lo diré. Soy vicioso. La idea de una vida sosa y tranquila, con el bienestar acompasado de un modesto rentista, me causa horror. No quiero esa vida, no la quiero. El veneno se ha adaptado a mi naturaleza, y ya no puedo existir sin él.

— ¡Palabrería, farsa! ¿Cómo pretendes hacerme creer que prefieres esa vida de sobresaltos?...

— Créelo, sí. Detesto la tranquilidad. No sé cómo hacértelo comprender. Los conflictos diarios, las angustias, el no respirar, el no vivir, la excitante lucha, el placer insano. Soy como el borracho incorregible que se siente enloquecido por el alcohol, y lo apetece con todas las energías de su naturaleza. Yo no quiero el mal, el picor terrible de las dificultades pecuniarias, las emociones del dolor, sus desmayos hondos y sus alegrías delirantes.

— Nada de eso pertenece a la realidad. O es un desvarío de enfermo, o los argumentos sirven para ocultar alguna poderosa razón, que ignoro. Hazte cargo de tu padre, de un modo inconsciente, es quien...

— No nombres a mi padre. Obra tuya es esta idea, esta combinación que me haces a cara divina y un reverso diabólico. Te conozco bien. Tomás, desprecia el caso de mí. Yo no merezco ni que me mires siquiera.

— No salgas ahora por ese registro de las alabanzas para aturdirme. No me des generosidad. ¿Te molesta mi protección? Pues nada verás en mí que te agrade. ¿Quieres mostrarte ingrato? Mejor. A mí me gusta la ingratitud... Y como las omisiones de tu carácter te llevan a pagar este beneficio con alguna acción que sea de las más villanas, a mí no me importa... Mejor. Me agrada recibir por bien. Así se purifica nuestra voluntad; así se temple nuestro espíritu por la firmeza y vigor, que lo hacen inmovible ante los peligros de que nos amenaza la miseria humana; así nos aproximamos un poco a la divinidad, que si

nos parece tan grande, es por la diferencia con que mira impávida, desde su altura, a los que continuamente la desprecian, la ultrajan o la escupen.

FED.—(Con exaltación.) Tomás, si te digo que me pareces sobrenatural, no te presero todo lo que siento... Déjame, tengo que añadir que... tu perfección me inspira... Yo también... a mi modo... quiero ser perfecto... yo también quiero a carne a la divinidad... No me gusta que nadie suba más que yo...

ORO.—Pues te dejaré. (Aparte.) ¡Infeliz, qué pena dejarle así! (Alto.) ¿De modo que no hay manera de reducirte?

FED.—No, no discurras más. ¿Para qué? Convéncete de que anhelo ser perfecto. (Con sarcasmo.) Me ha dado por ahí... La riqueza te sirve a ti de escala para montar a la perfección; pues yo quiero que mi escala sea la indigencia. Penitencia, vergüenza, mortificación, sufrimientos: eso es lo que necesito para regenerarme.

ORO.—(Con humorismo.) ¿Santidad tenemos?

FED.—¿Por qué no? ¿Es que quieres tu monopolizarla?

ORO.—De ningún modo.

FED.—¿Te molesta la competencia?

ORO.—(Aparte.) ¡Perturbado está de veras! (Alto.) Dime: ¿te irrita la protección que hemos dado a tu hermana y a su novio?

FED.—Sí..., tal vez... esa es la causa de que no podamos entendernos.

ORO.—Vamos, no se como tengo paciencia para oírte. Lo que a ti te hace falta, bien lo se yo...

FED.—Una camisa de fuerza.

ORO.—No, reposo, expansión, salir de Madrid. Vaya, te propongo una escapada. Vente conmigo a las *Charcas*.

FED.—¿Al campo? ¿Vas de caza?

ORO.—Sí, esta tarde. Pasaremos allí los dos días de fiesta.

FED.—¿Quién va contigo?

ORO.—Hasta ahora cuento con Aguado, con Calderón... También va Martín.

FED.—¿Le has convidado?

ORO.—Se ha invitado él mismo. Hace tres días que no me deja a sol ni sombra. En fin, ¿vienes o no?

FED.—No puedo, no.

ORO.—Sí... con los quehaceres que te agobian...

FED.—Tengo una cita.

ORO.—Mujeres... ¡Oh! siempre en malos pasos.

FED.—¿Qué es eso de mujeres?..... Habla con más respeto..... Es una dama.

ORO.—Peor para ti. ¿Esa es la santidad, ese es el ascetismo de que me hablas antes?

FED.—¿Y qué tiene que ver? El amor no quita los principios. Yo tengo principios.

ORO.—Que nadie entienda.

FED.—Los entiendo yo, y basta.

ORO.—Si soy lo que dices, tu idea representada en una sombra, debo entenderlos.

FED.—(Irritado y nervioso.) Sombra o realidad, tu presencia, tus visitas me importunan horriblemente. Si me hicieras el favor de marcharte...

ORO.—Sí, hombre...

FED.—Y de no volver...

ORO.—Como gustes. (Estrechándole la mano y contemplándole cariñosamente.) ¡Date con Dios... (Aparte.) No le entiendo... Caracter indomable, cabeza perdida. (Alto.) ¡Que descanses!

FED.—Descuida... ¡Descansaré!...

Federico

FED.—Se fué... ¡Qué consuelo! ¡Libre de ese hombre! Temo que vuelva. No me anonade... Imposible vivir así... Yo confiaba, ¡menguado de mí!, en que te secreto no se descubriría fácilmente, y ahora resulta que no tardarán en cercarlo todos nuestros amigos, medio Madrid, y él... ¡Pero qué hombre. S

¿Por qué le hiciste de tan rara perfección para ponémele delante en esta crítica de mi vida? ¿Por qué no es un malvado, un egoísta sin entrañas, un oso, un falso al menos, siquiera un hombre vulgar, de estos que forman ca- la trama del tejido social?... (Rehaciéndose.) Valor: esperaré a pie firme que un amigo infame le revele la terrible, la ignominiosa afrenta. Sucederá es lo que es de rúbrica: el hombre ofendido me exigirá reparación; se la da- la estúpida forma del duelo, y... ¡Cuán grotesca es la sociedad! Debería- dos embadurnarnos la cara con harina como los clowns, o colgarnos cas- de las orejas, como los antiguos bufones, pues somos unos grandes mama- s. (Inquietísimo.) No sé qué hacer... No me atrevo a salir. Temo encontrar- en los pasillos... en la escalera... en la calle... No salgo, no. Quiero estar no me agrada más conversación que la mía, como la de un amigo que se des- Porque yo me marcho, yo me rindo, yo no puedo vivir así. La vida, tal co- voy arrastrando ahora, es carga superior a mis culpas. Ya merezco el des- . Ya... (Suena la campanilla.)

Federico, Bárbara.

F.—Señor... ahí está...

B.—(Aterrado.) ¿Otra vez?... Cierra bien la puerta... echa el cerrojo... Como es entrar, le recibo a tiros. (Sacó un revólver del cajón de la mesa, y lo pone so- nismo.)

F.—Pero señor... si no es...

B.—Le siento próximo, le oigo... le veo; no se ha ido.

F.—Si es el señorito Infante...

B.—No puede ser Infante. Te equivocas. No abrás, te mando que no abras. (La campanilla más fuerte.)

F.—Que es don Manolo: le he visto.

B.—Que no abras, te digo.

F.—(Aparte.) Ya me da miedo este hombre. Abriré. (Vase.—Al empezar la esce- surece y entra Bárbara con una lámpara, que deja sobre la mesa.)

B.—Infante... no puede ser. (Trémulo.) Es el otro, que no dejará de acosarme as yo tenga aquí una chispa de pensamiento...

Federico, Infante.

F.—Temí no encontrarte.

B.—¿Eres tú de verdad?... Sí...

F.—Dos palabras, nada más que dos palabras, y me voy... ¿Pero estás malo?

B.—Sí.

F.—(Mirándole fijamente, alarmado.) ¿Qué tienes?

B.—Nada... la cosa más tonta... que no duermo

F.—¡Bah! Lo de siempre. Dificultades de... Porque tú quieres.

B.—Verás qué pronto las resuelvo ahora.

F.—¿Sí?... ¿Cómo?...

B.—Poniéndome en salvo.

F.—¡Huir tú! No me parece propio de tu carácter. ¿Huir? ¿Y adónde te vas?

B.—Lejos, lejos.

F.—¿Pero adónde?

B.—A un país muy bonito. Es lejano y próximo. Distá mucho, y se llega en o... El país del sueño, tonto. Verás cómo las dificultades no me siguen allá. guno de mis atormentadores va y me llama... verás cómo no despierto.

F.—¡Oh! Ten juicio... (Aparte, alarmadísimo.) ¡Pero qué malo está! (Ve el revól- e la mesa, y con rápido movimiento lo coge y se lo guarda.—Alto.) Mira, chico, as tonterías. (Con capño.) Federico, por Dios, entrégate a mí, y te salvaré.

B.—No puedes.

F.—¿Quieres que te traiga un médico?

B.—¿Médico, para qué?

F.—Tienes fiebre. Métete en la cama... No, mejor será que salgas, para que speje la cabeza. Ahí tengo mi coche. Ven, y paseando hablaremos.

B.—Hablemos aquí. No puedo salir.

F.—Pues... dos palabras. ¿No sabes que ese majadero de Malibrán se ha do inventar una historia infame?...

B.—¡Una historia infame!

INF.—Si, y contarla en casa de Leonor, en el Círculo, en todas partes. ¡El visto mayor vileza? ¡Pretender empañar la limpia fama de mi prima con tan bruta calumnias! ¡Calumniarte también a ti!... Cuando lo supe, mi primer impulso fué buscarle, pedirle la retractación inmediata y categórica, y si a dármele se negaba, volverle la cara del revés.

FED.—Vuélvesela... lo merece...

INF.—No puedo soportar a ese hombre. La antipatía que me ha inspirado siempre, es ya un odio mortal. Si no se retracta, le abofeteo, le escupo... No es digno de que se guarden por él las formas que impone el fuero del honor.

FED.—(Excitado.) Mejor es matarle... matarle como a un perro con hidrofobia

INF.—Pero antes de dirigirme en su busca he querido verte, porque me entra un recelo... Nuestra flaca naturaleza, la corrupción que respiramos nos inclina siempre a la duda... Dudé, dudo, no te ofendas... He querido que disipes hasta la última sombra de recelo, que asegures en mí la confianza, la fe. Cuanto ha dicho ese infame... es mentira. (Con interrogación solemne.)

FED.—(Con calma y acento firme.) Cuanto ha dicho ese miserable... es verdad.

INF.—(Aterrado.) ¡Verdad... verdad! Tú deliras... Por Dios, amigo querido, dime que deliras, dímelo; dime que sueñas.

FED.—¡Ojalá señora!

INF.—¿Es cierto lo que escucho?... ¡Tú!... No; me engañas, te engañas tú mismo. Ese trastorno... ese mirar sombrío, demuestran que no eres dueño de tus propias ideas. Federico, tú estás demente, tú no eres responsable de las graves palabras que has pronunciado.

FED.—No; mi razón está aquí todavía. Si no estuviera, no padecería yo lo que padezco. No es demencia, no; es revelación deliberada y sincera, es descargo de un espíritu que no puede soportar ya el peso inmenso de sus propios errores. Anda, corre, ve y cuéntale esta verdad terrible a tu amigo, al que también a mí me distinguió y me distingue con amistad generosa que no merezco... cuéntale todo, y añade que no temo la muerte, que la deseo, que la necesito...

INF.—(Con emoción.) Basta.

FED.—Y en cuanto al indigno Malibrán, ahora...

INF.—(Vivamente.) Creyendo falso lo que decía, pensé castigar su grosero lenguaje. (Con rabia.) Ahora que sé que es verdad, y por lo mismo que es verdad juro que... ha de pagarme la infamia de haberla dicho.

FED.—Va con Tomás a las Charcas.

INF.—No irá, yo te lo aseguro.

FED.—Descarga tu furor en mí, guardián caballeresco del honor de aque casa.

INF.—No me corresponde ese papel. No faltará quien te pida cuentas.

FED.—Y las daré... o no las daré.

INF.—Pues, por la calidad de la persona otendida, por la amistad que te probaba, por los beneficios...

FED.—No he querido recibirlos.

INF.—No has querido; pero... lo hecho, hecho se queda. Bien enterado es de los planes de Tomás... Desgraciado, no tienes más que una solución...

FED.—¿Cuál?

INF.—(Saca el revólver que antes guardó en su bolsillo, y lo pone sobre la mesa.) ¡Tómate! (Se aleja, ocultando su emoción.)

FED.—¡Ay!... Manolo... ¿Te vas... sin darme un abrazo?... ¿el último?... ¡Infante vuelve. Abrázense cariñosamente sin pronunciar palabra. Retírase Infante muy conmovido.

Federico, Augusta, que entra por el fondo al marcharse Infante.

AUG.—¿Solo ya?

FED.—¡Augusta!

AUG.—Yo, sí... no me riñas... Llegué hace un momento. Dijéronme que te visita... Esperé. (Con inquietud.) Dime, ¿qué hablabas con Infante?

FED.—Nada. Manolo, como siempre, tan bromista... ¡Pero tú... en mi casa!

AUG.—¡Si; ¿te contraría? Imposible dejar de venir... Oye: Tomás, en el momento de salir para la estación con sus amigos, díjome que acababa de separarse de dejándote en un estado lastimoso... que padecías horriblemente, que... Figúrate mi ansiedad... Nada, no he podido contenerme... y aún me costó trabajo esperar

scureciera un poco más. Tomé un coche, y aquí me tienes... Dime, dime
o, ¿qué es esto?... ¿qué te pasa?
D.—(Afectando serenidad.) Nada... si estoy bien... estoy mejor.
G.—¿De veras? ¡Ah! Tomás exageraba...
D.—Sin duda. Cuando él estuvo aquí no me sentía yo tan bien como me sien-
ora.
G.—Cuéntame. Quizás disputasteis. Ya, ya entiendo... la terrible cuestión.
dad y tu delicadeza, no pueden concordarse, no ajustan, no casan bien. Yo
o que al fin...
D.—Sí, sí; yo también lo espero...
G.—Luego ya no estás tan intransigente.
D.—No... ya no... ¿para qué?
G.—(Con alegría.) ¡Ah!, al fin te sometes a mi voluntad. ¡Qué alegría me das!
nvenes de la necesidad de cambiar de vida...
D.—¡Oh!, sí, cambiaré de vida muy pronto. El cansancio de ésta es ya into-
e.
G.—Pues mira: (Recorriendo la habitación y examinándola rápidamente.) lo prime-
e tienes que hacer, con la herencia de tu papaito, es tomar otra casa. ¡Qué
y qué fea es esta, querido!
D.—La tengo buscada ya.
G.—¿Y dónde? ¿Como ésta, piso bajo?
D.—Sí... más bajo todavía... digo, no... alto, altísimo.
G.—Pero que sea bonito, alegre...
D.—Sí, muy alegre... y ahora... verás cómo no tendrás que reñirme, ni lla-
e orgulloso.
G.—(Recelosa.) ¡Oh! tú me engañas... No sé qué noto en tí. (Mirándole fijamen-
derico, mírame.)
D.—Ya te miro.
G.—No, tú no estás bien. (Suspirando.) ¡Qué sobresalto... cuando entré en
ada sentí una angustia!... ¡Ay, qué mal vives aquí! (Examinando lo que hay so-
mesa.) Déjame, déjame revolverte todo. ¡Ah! ¿qué librito de misa es éste?
D.—El libro de oraciones de mi madre. Suelo leerlo cuando siento depresión
imo y aburrimiento del vivir. Me consuela mucho.
G.—Es precioso. ¡Pobre Josefina! Bien lo usaba la pobre... ¡qué estropea-
stá! (Federico hace un movimiento para tomar el libro de sus manos.) Déjame, déja-
e lo examine bien. (Hojea el libro.) Y aquí hay algunas palabras apuntadas por
n lápiz.
D.—Me gusta leer aquí, porque me parece que en estas páginas se escondo,
echarme, el espíritu de aquella santa mujer. Razón tiene mi padre en decir
lgo a ella... a él no. Mi hermana es la que sale a él. Dime que no me pareza
da a mi padre; dimelo... (Con exaltación.)
G.—Sí, hombre, te lo diré.
D.—Cuidado, no se te caigan unas florecitas que hay entre las hojas.
G.—Sí, aquí hay una... mira... una espulita de caballero. (Mostrando la flor.)
monada! ¿Y dices que sueles leer aquí?
D.—Sí... alguna vez... cuando estoy triste.
G.—Pues no será muy divertido. Aquí veo latín y castellano... (Lee con ento-
solemne.) *Ossa arida, audite verbum Domini...* Y esto, ¿qué quiere decir?
D.—*Huesos áridos, oid la palabra del Señor.*
G.—¡Ay, me da escalofríos!...
D.—Refiérese a la resurrección de los muertos...
G.—El día del juicio... sí... (Le da el libro.) Toma.
D.—Para mí, este libro es la cosa de más mérito que existe en el mundo. Ni
dras preciosas de más valor, ni las obras de arte más perfectas se igualan
incomparable joya.
G.—¡Ah! sí.
D.—Pues bien, para que veas si te estimo. Augusta... te lo regalo,
G.—Sí... lo acepto... (Mirándole recelosa.) Pero... no sé...
D.—Y cuando yo esté ausente, lees en él y te acuerdas de mí.
G.—Pues mira, yo también te haré a tí un regalito.

FED.—¿Qué?
 AUG.—Quiero sorprenderte. No te lo digo.
 FED.—Dimelo.
 AUG.—Esta tarde estuvieron en casa unos hombres... ¡qué tipos tan orgullosos y repugnantes! Tomás les citó, y allí dejaron unos papeles llenos de guantos, con tu firma.
 FED.—¡Mis pagarés!
 AUG.—Sí; ya estás libre de esas horribles cadenas.
 FED.—Augusta, vida mía, márchate. Yo te ruego que me dejes. (Excitado.)
 AUG.—¿Por qué?... ¿Temes?
 FED.—Sí; temo que venga...
 AUG.—¿Quién?
 FED.—(Delirante.) Tomás viene... le siento... le veo.
 AUG.—(Aterrada.) ¿Estás loco?
 FED.—(Señalando a la izquierda.) Por allí... la puerta se abre... ¿Pero no le ves?
 AUG.—¡Deliras, pobrecito mío!
 FED.—Que entre. Mejor.
 AUG.—No hay nadie... Ni el más ligero rumor se siente.
 FED.—¡Ah! lo mismo que anoche. Entró sin hacer ruido. ¡Pero yo le oigo y le veo, aunque no quiera verle ni oírle, porque le tengo aquí (En la frente.); cara, voz, ojos, cuerpo y vida del hombre que ultrajé, y aquí se juntan su afrenta y mi gratitud, mi infamia y su generosidad!
 AUG.—¡Por piedad, querido mío!
 FED.—(Con brío, adelantándose hacia la puerta como para recibir a alguien.) No vuelvo la cara. Aquí estoy, aquí estamos... Entra... Se retira. Pero sabe que le temo, y volverá.
 AUG.—Por tu vida, ¿qué dices?
 FED.—¿Pero no le ves? Sale... va por allí... se aleja, se pierde en la oscuridad... Pero volverá.
 AUG.—(Abrazándole.) Cálmate... No me asustes. Me muero de miedo.
 FED.—(Se desprende de sus brazos y saca del bolsillo el revolver.) ¡Cuando vuelvo no me encontrará!
 AUG.—(Aterrorizada.) ¿Qué es eso? ¿Qué haces? (Quiere abrazarle de nuevo y él le rechaza.) Federico, amor mío...
 FED.—Sé lo que debo hacer.
 AUG.—¿Adónde vas? (Deteniéndole por un brazo.)
 FED.—(Rechazándola.) Adonde debo ir. A la paz de mi alma; al descanso de mis huesos. ¡Pido a Dios que me perdone! (Entra precipitadamente en la alcoba y cierra la puerta por dentro.)
 AUG.—(Corriendo hacia la puerta y tratando de abrirla.) ¿Qué es esto? Cierra... Federico. (Suena un tiro.) ¡Jesús! (Cae sin sentido.)

ACTO QUINTO

La decoración de los actos primero y tercero. Es de noche. Apagadas las luces del salón y del billar. Una sola lámpara alumbrá la escena.
 Villalonga, Aguado.

AGU.—¿Pero?...
 VIL.—Pues nada...
 AGU.—¿Y?...
 VIL.—Sólo sé lo que sabe todo el mundo.
 AGU.—Menos yo. Cuando en la mañana del 2 se recibió en las Charcas tu telegrama anunciando lo ocurrido, Tomás y Calderón tomaron el tren para venir a Madrid. Yo me quedé entretenido con mi escopeta. Llego hoy, ávido de noticias y las primeras que recibo parecenme un tanto fantásticas.
 VIL.—Pues lo real y positivo es que el pobre Viera se quitó la vida al anochecer del día 1.º, en su alcoba...
 AGU.—Pero de las averiguaciones judiciales, ¿qué resulta?
 VIL.—Pues nada... un suicida más, un desengañado, un impaciente, un...

—No filosofés... Dime, ¿y no aparece ninguna relación, ningún hilo?...
—¿Hilito? No. Sólo las criadas estaban allí cuando ocurrió la catástrofe.
—Lo más grave del caso... (Habla al oído de Villalonga.)
—(Con gravedad.) Si; pero eso... los amigos leales de esta casa debemos des-
) con indignación, procurar que la especie no corra, y que el escándalo se
en su origen...

—¡Ah! sí... es una infamia... Pero tú... en confianza, ¿qué opinas?
—Yo... nada... Si; opino como tú, que es grosera la calumnia; y por excep-
-cionando la bendita calma que Dios me ha dado, para protestar, para indig-
-narse. Además, el procedimiento contrario tiene sus quiebras. Ya ves el *sinies-*
-obre Malibrán. Por si dijo o no dijo tales o cuales tonterías en casa de *la*
-ante le acometió a la salida del Círculo...

—¿Se batieron? Por eso Malibrán no pudo ir a *las Charcas*.
—Batirse, no... Infante, que es hombre de coraje y enemigo de fórmulas,
-tó con él de un modo tan violento y expeditivo, que el pobre diplomático
-á ya cautivar a las damas con su belleza.

—¿Qué me dices?
—Ha perdido un ojo, o lo perderá.

—Infante... (Señal de puñetazo.) le...
—Le deshizo media cara, y además... al caer al suelo la víctima, se torció

—¡Qué atrocidad!
—¡Pobre don Cornelio! Yo digo que va ganando, porque tuerto se pare-
-damöens, y cojito se parecerá a Byron, que son sus dos ídolos... En fin, lo
-te de todo esto es la trágica suerte de nuestro pobre amigo, tan simpático,
-allero... Ayer, en el entierro, pasé un rato...

—¿Mucha gente?
—Muchísima. En el cementerio nos encontramos a la pobrecita Leonor;
-n río de lágrimas... Y el día anterior, en el depósito judicial, ¡impresión más
-no he recibido nunca!... Pues allí también Leonor... de guardia día y no-
-imada a un árbol, sin comer más que pan y algún fiambre que le llevaba

—Pues mira tú, esa fidelidad de perro me entusiasma.
—Augusta tiene razón. ¿Te acuerdas de aquella noche? Nada hay tan inge-
-mo la realidad, la gran artista...
Los mismos; Infante.

—*Bon soir*.

—Hola, paladín de la honra, mantenedor valiente del... de la...

—De la moralidad...

—Venga esos cinco. ¿Sabe usted si está aquí Tomás?

—No; le he dejado en el 3 de esta calle. Va a una junta de accionistas de
-é...

—Ya sé. Pues allá le cojo... ¿Y Augusta?

—Creo que tiene jaqueca...

—Salúdala en mi nombre. (A Villalonga.) ¿Vienes?

—Pues no hay un alma aquí, me largo también.

—Abur.

Infante, Augusta.

(Acercándose a la primera puerta de la derecha.) ¿Si se habrá acostado?...

—(Sale cautelosamente, envuelta en una cachemira, en actitud doliente.) ¡Ah! Ma-
-gracias a Dios que vienes...

—Estuve a prima noche; pero dormías, y no quise molestarte... ya pue-
-la seguridad que deseas... Todo arreglado.

—¿Has hablado con ellas?

—Sí; y he recompensado con largueza, como deseabas, la noble conducta
-ervaron contigo.

—¡Pobrecillas! Nunca les agradeceré bastante aquel acto de compasión y
-dad. Me conocían, sí... Comprendieron los peligros de mi presencia en
-casa, y me encerraron no sé dónde... en un cuarto lóbrego y estrecho...
-tentos. ¡Mencla, qué horas! No sé cuánto tiempo estuve allí... Desde mi

encierro, oí el tumulto de los vecinos, de la policía, al invadir la casa... De inspiró la idea salvadora de mandarte a llamar, de poner mi suerte en tus manos. Acudiste, y me sacaste de aquella situación, cuya gravedad me espanta todavía.

INF.—¿Y a quién sino a mí, más que amigo, hermano, podías confiar por conflicto tan grave? Por respeto a tí, por compasión, desde que pusiste en mí confianza, decidí hacerme digno de ella. No temas nada. De tu presencia en esta casa no hay ni puede haber el más leve indicio en el proceso. Es un hecho que hemos escamoteado a la realidad. No existe más que en la imaginación de los autores de leyendas.

AUG.—¡Ay, primo mío, cuánto tengo que agradecerle. Pero el juez...

INF.—Te lo repito: nada temas. Los dos testigos, Claudia y Bárbara, nada pondrán contra tí. Están bien cogidas y aseguradas.

AUG.—¡Qué gran consuelo me das! Mi vida no es mi vida...

INF.—El tiempo te irá serenando, y tu conciencia adquirirá la paz que tú no tienes... ni puede tener. (Bajando la voz.) Debo advertirte que a Tomás han hecho, no sé por qué conducto, algunas de las hablillas con que alimenta su curiosidad este vulgo que aquí solemos ver, y que te acompaña, te recrea y adula, mientras no llega una ocasión en que pueda decapitarte. Las muchachas, aunque vistan frac, no perdonan, y fácilmente guillotinan o arrastran a los que ayer adoraron.

AUG.—(Con inquietud.) Sí... Tomás sabe... no diré que todo... parte sí... algo no se qué. ¿Qué grado de culpa verá en mí? ¿Su calma es la expresión más clara nada del desprecio con que me mira?

INF.—No te atormentes, y espera resignada y animosa, con la entereza que un arrepentimiento sincero. Ten por seguro que Tomás...

AUG.—¿Me interrogará?... ¿Crees tú?...

INF.—Creo que sí, y mi opinión. Augusta, es que debes... entregarte sin condiciones... decir toda, absolutamente toda la verdad. A un hombre como este, se le puede decir menos que al confesor. Este es mi consejo leal, consejo de hermano. Tu salvación es esa; no hay otra para tí.

AUG.—Quizás tengas razón. ¡Confesarme a él!... ¿Y si yo te dijera que yo he hecho?... ¡Oh, yo estoy loca! No sé lo que digo ni lo que pienso. Me atormenta una duda... Verás... Anoche tuve pesadillas horribles, una tras otra; y raras, insomnio febril. Pero no puedo distinguir lo real de lo soñado. Mis actos despiertan mis sueños dormida, se confunden, se amalgaman y no los puedo separar. La impresión que más claramente subsiste en mí, entre tantas impresiones borrosas y turbias, es... que me levanté de la cama, pásmate, fui al despacho de Tomás, que entré y me puse de rodillas ante él, y le confesé todo... pero todo, todo...

INF.—¿Estás segura?...

AUG.—No, y ese es mi suplicio... Lo sospecho. Es como un recuerdo de lo que fué, como un temor de lo que pudo ser. No puedo explicártelo. ¿Crees tú en el sonambulismo?

INF.—Te diré. (Mirando por la izquierda.) Me parece que Tomás viene. Hay otros mos de otra cosa. Teresa Trujillo inconsolable por no verte. (Entra Orozco.) Agudo, nuestro gran moralista, me encargó...

ORO.—(A Augusta.) ¿Qué tal, vida mía, te sientes mejor?

AUG.—Sí... un poquito mejor. ¡Qué tarde vienes!

ORO.—Una reunión fastidiosa.

INF.—Pues a recojerse. No estorbo más. (A Augusta.) Celebro tu alivio por mañana, a paseo.

ORO.—(Saludándole.) Adiós... Ya es hora de que descanses tú también.

INF.—(Aparte.) Y qué lo necesito de veras... ¡Qué día! (Vase.)

Augusta, Orozco

Augusta, arrebuñada en su cachemira, se acomoda en una butaca a la derecha. Orozco se sienta junto a la mesa.

ORO.—¿Qué... tienes frío?

AUG.—(Temblando.) Un poco... pero ya voy entrando... en calor. (Aparte.) Tu mirada me desconcierta.

ORO.—No es tarde. Si te encuentras bien, hablaremos un poco de asuntos que a entrambos nos interesan.

1. —(Aparte, con espanto.) Llegó el momento de las explicaciones. Estoy per-
Lo sabe o quiere saberlo? (Mirándole fijamente.) ¿Quién podrá descifrar el
fico de ese rostro de mármol?

2. —(Aparte, mirándola con atención profunda.) ¿Será capaz de confesar? Me te-
no.

3. —(Aparte.) No nos acobardemos. Me adelantaré gallardamente a sus pro-
(Alto.) ¿Por qué me miras así? ¿Es que quieres decirme algo, y no te atre-

4. —Te observo temerosa, y esperaré a que te tranquilices.

5. —(Aparte.) ¡Temerosa yo!

6. —Ya sé que eres valiente. No necesitas demostrármelo con palabras. Yo
n lo soy, más que tú, mucho más, pues tengo ánimo suficiente para poner
ad sobre todas las cosas, para reducir a la insignificancia los afectos más
a, cuando contradicen el sentimiento puro de la humanidad y de la vida.

7. —Ya sé que eres un hombre... único. Has cultivado la vida interior; has
uido lo que imposible parece en la flaqueza humana, esclavizar las pasio-
birtre a las alturas de tu conciencia eminente, y mirar desde allí los actos
semejantes, como el ir y venir de las hormigas; aislarte, y no permitir que
te ninguna maldad, por muy cerca que la tengas. ¿Es esto así? ¿Te he com-
plo? (Orozco hace signos afirmativos.) ¿Y quieres que yo te acompañe en esa pu-
lón? ¡Ay!, bien quisiera, pero no sé si podré. Soy muy terrestre, peso mu-
cundo quiero remontarme, caigo y me estrello.

8. —La gravedad del espíritu se disminuye limpiando el corazón de malos
. Mi ilusión, mi sueño, eran iniciarte en un sistema de vida que empieza
evérame todo lo que sientes, y después que yo lo sepa, hablaremos.

9. —(Aparte.) ¡Confesar! ¡Qué terror siento! Si me hablara un lenguaje huma-
e moviera mi corazón y mi conciencia, me conquistaría... pero esos pensa-
s tan sutiles no se han hecho para mí, amasada en barro pedador.

10. —¿No contestas a lo que te digo? Descúbreme tu interior, pero con estu-
rfecta.

11. —(Aparte.) Lo sabe, y quiere arrancarme la confesión. ¿Se lo dijeron?, ¿sé
yo? Esta duda me enloquece. Tomemos la ofensiva. (Alto.) ¿Qué quieres
descubra? ¿Sospechas de mí?

12. —(Con determinación, levantándose.) Inútiles y ridículos circunloquios! Desde
pareció muerto Federico Viera, tu nombre anda en lenguas de la gente. No
o añadir más. Lo que haya de verdad en esto, tú me lo has de decir. Si es
esmiéntelo; si no lo es, sépalo yo por tí misma. En esta ocasión solemne
aber lo que eres y lo que vales...

13. —(Turbada.) ¿Pero tú... crees?

14. —Yo no creo ni dejo de creer nada. Espero a que tú hables.

15. —(Aparte, aterrada.) ¡Confesar!... antes morir. Siento un pavor... (Alto.)
diré: extraño mucho que des asentimiento a esas infamias.

16. —(Flemático.) Luego es falso lo que se dice.

17. —¿Y lo dudas?

18. —No afirmo ni niego... ¿Por qué tiemblas? Tu cara es como la de un

19. —Estoy enferma.

20. —Enferma de susto. Tranquilízate: toma el tiempo que quieras para pen-
Mira, yo me siento aquí a leer un poco, y en tanto, tú recoges tu concien-
ecides delante de ella lo que debes responderme. (Se sienta, toma un libro o
lee.)

21. —(Aparte, sin moverse en el asiento, arropándose.) Lo sabe... Ese lenguaje cla-
e lo indica... ¡Qué actitud tan extraña! ¡Oh, su santidad me hielal... ¿Y si
e mansedumbre rebulle el propósito de matarme? ¡Ay, siento un escalofrío
... ¡No, no confieso!

22. —(Gravemente, apartando la vista de lo que lee.) ¿Piensas, Augusta, o es que
usted quedado dormida?

23. —No duermo, no.

24. —¿Tienes frío?

AUG.—Un poco... (Temblando.) Pensaba en esa tontería... en tu sospecha. ¿Quién te la sugirió?

ORO.—Curiosidad por curiosidad, creo que la mía debe llevar la preferencia. Habla tú primero.

AUG.—¿Cómo, por qué medio han nacido en tí esas ideas?

ORO.—(Con ligera inflexión festiva.) Por adivinación.

AUG.—¡Virgen santa, mis temores se confirman... Anoche, en aquel delirio estúpido!... ¡Miserable de mí, vendida neciamente! (Alto, tragando saliva.) ¿Adivinación has dicho? No puede ser. Alguien me acusó...

ORO.—Quizás.

AUG.—(Aparte.) Dios mío, sácame de esta incertidumbre, y separa en mí mis acciones reales de las fingidas por el cerebro enfermo. (Rehaciéndose.) ¡Omitir es posible que yo hablara... no puede ser. Me estoy atormentando con un receptáculo pueril. Animo... y nada de confesión.

ORO.—(Aparte.) Esto sí que es difícil de extirpar. El desgarrón de este sentimiento, que me arranco para echarlo en el pozo de las miserias humanas, ¡cómo me duele! Al tirar, me llevo la mitad del alma, y temo que mi serenidad flaquee. Si salgo triunfante de esta prueba, ya no temeré nada; dominaré el mundo, y la tierra terrestre me dominará...

AUG.—(Aparte, sofocada, limpiando el sudor de su frente.) No sé qué siento en mí. un prurito irresistible de referir la verdad... entera... sin omitir nada... absolutamente nada.

ORO.—(Prosiguiendo su monólogo.) ¡Pero cómo duele esta amputación! (Mirando furtivamente.) Era el encanto de mi vida. Inferior a mí por su inconsistencia que su amor me daba horas felices. Lo pierdo. Quizás será un bien esta viudez que me espera; quizás este lazo me ataba demasiado a las bajezas materiales... ¡convenirá seguramente perder el único afecto que al mundo me ligaba... ¡Y no lo perdiera? ¡Si con un acto de hermosa contricción se eleva hasta mí, ¡viendo a mirarla!) ¡Ah, no tiene alma para nada grande!

ORO.—¿Has pensado, Augusta?

AUG.—No pienso... Todo está pensado ya. (Aparte.) No sé qué hacer ni dónde salir...

ORO.—¿Has examinado tu conciencia, Augusta?

AUG.—(Sacando fuerzas de flaqueza.) Sí... sí... Mi conciencia... no tiene nada que examinar.

ORO.—¿Está serena y callada? ¿No te acusa de ninguna acción contraria a las leyes divinas... o siquiera a las humanas?

AUG.—(Aparte.) Me confieso a Dios, a tí no.

ORO.—¿Qué dices?

AUG.—No he dicho nada. (Aparte, con brutal entereza.) Me arriesgo a todo... Si me gana lo que saliere, negaré.

ORO.—¿Insistes en llamar absurdos los rumores?...

AUG.—(Aparte, desconcertada.) ¿Poseerá alguna prueba material?

ORO.—¿Callas?

AUG.—¿Rumores? A mis oídos no han llegado. (Aparte.) Dios mío, acabese esta lucha horrible. (Vacilando.) No sé... Su perfección, si lo es, no hace vibrar en mí ningún sentimiento. ¡Si viera en él la expresión humana del dolor, de los dolores!

ORO.—¿Qué piensas?

AUG.—No pienso... es que me asombro de que creas semejante delirio. (Aparte.) Si tiene pruebas, que las tenga... Ya no me vuelvo atrás.

ORO.—¿De modo que lo niegas?

AUG.—(Después de una pausa.) Lo niego.

ORO.—¿Y lo juras?

AUG.—¿A qué viene eso de jurar?...

ORO.—(Aparte.) Me engaña miserablemente. Peor para ella. Desgraciada que se date en tu miseria y en tu pequeñez.

AUG.—(Aparte, recelosa.) ¿Me crees? ¿Crees lo que digo?

ORO.—Sí... (Se aparta de ella y pasea por la habitación. Aparte.) Me he quedado solo, solo, como el que vive en un desierto...

g. —(Aparte.) No me ha creído... Y yo siento un vacío en mi alma. Me siento
sola, como si en un páramo viviera.

o. —(Aparte.) Mi mujer ha muerto. Soy libre. Ningún cuidado me inquieta ya,
es el de mi propia disciplina interior.

g. —(Aparte.) Si en él viera yo el noble egoísmo del león que se enfurece y
por defender a su hembra...

o. —¡Pero qué solo estoy! Murió el encanto de mi vida... ¿Flaqueará mi áni-
ma esta crisis tremenda? ¿Me dejaré arrastrar de este impulso maligno que en
mí, o más bien, resucita, porque es resabio de mis dominadas pasiones de
antes? (Detiéndose detrás del sillón en que está sentada Augusta, contemplándola. Ella no
le mira.) ¿Por qué no te impongo un cruel y ejemplar castigo; por qué no te?... (Apre-
tos puños la amenaza; más al instante recobra su grave actitud.)

g. —(Aparte, encogiéndose y cerrando los ojos sobresaltada al sentirle detrás.) ¿Qué
No me atrevo a moverme ni a mirar siquiera para atrás. Dios me am...

o. —(Dominándose, con suprema violencia sobre sí.) ¡Yo, no te iguales a lo más
grosero de la humanidad... Déjala.

g. —(Volviéndose aterrada.) ¿Qué... qué hay?

o. —(Con el acento grave y frío de siempre.) Nada... pero es muy tarde... ¿No
estás?

g. —(Aparte.) El acento de siempre. (Alto, levantándose.) Sí... me acostaré. (Di-
paso a paso a la puerta de la alcoba, meditando.)

o. —(Sin mirarla, inmóvil, en el centro de la escena.) No, los brutales instintos no
irán, en un instante de flaqueza, el reposo supremo que adquirí a fuerza de
luchar y mutilar pasiones y afectos miserables. Elévate alma otra vez, y mira
lejos estas bastardías liliputienses.

g. —(Deteniéndose en la puerta de la alcoba.) ¡Divorciados para siempre!... Aún

...
o. —¿Qué... vuelves?

g. —(Disimulando.) No... sí... es que presumo que estaré desvelada... y... me
traigo un libro para leer. (Dirigese a la mesa y trata de elegir un libro entre los que allí
hay, mirando y dejando volúmenes y examinándolos rápidamente. Orozco la contempla en
silencio.) No sé qué siento. El alma se me desgaja. Si fuera posible decir toda la
verdad, toda...

o. —(Aparte.) Su alma no está serena. La mentira la embravece como el
viento a la mar.

g. —(Aparte.) Y toda la verdad, toda, toda; es imposible de decir... Diría que
soy tanto menos arrepentida que culpable, y que ningún afecto, ninguno, borraré
de mi corazón la imagen del pobre muerto. Diría que entre tu santidad, que ad-
miras mis debilidades, de que me acuso a Dios, hay un abismo que humanamen-
te no puedo salvar... ¡Contradicción, pena horrible sin el recurso de poder aliviar-
me desahogándola!... ¿Cómo decirte que me infundes veneración, ternura fraternal,
que el amor, la flor de la confianza humana, no puede nacer en esta unión
de hielo y glacial?... No se ver juntamente en tí al esposo y al sacerdote... Sepá-
raízanos nos entenderemos. (Angustiada.) ¡Y si esto digo, no habrá perdón, no
habrálo!... ¡Y si miento, tampoco! (Con resolución.) ¡Imposible! (Dirigese a la
mesa a llevar el libro.) Dios me perdonará... cuando lo merezca.

o. —Pero al fin... no llevas el libro...

g. —(Con calor.) No lo necesito... Leeré en mí misma. (Vase.)

Orozco, solo. Después la imagen subjetiva de Federico Viera.

o. —Leer en sí misma... Falta que se entienda. (Siéntase meditabundo.) ¡Domi-
na pavorosa crisis!... ¡Fuera locuras impropias de mí! Los celos, ¡qué estu-
pidas veleidades, antojos o pasiones de una mujer, ¡qué miseria! Elevar tales
pasiones al foro de una conciencia pura, empapada en el bien supremo, es lo mis-
mo que, al ver una hormiga, o cuatro, o cien, llevando a rastras un grano de tri-
pano a dar parte a la Guardia Civil y al juez instructor. No... conserve-
mos nuestra calma frente a esas agitaciones microscópicas, para poder despre-
ciarnos más hondamente... (Levántase agitado.) Quiero salir... me ahogo, necesito
respirar el aire libre, contemplar el cielo, las estrellas sin fin... ¡Ah, qué diría esa
vanidad de mundos, si fuesen a contarles que aquí, en el nuestro, un gusanillo

insignificante llamado mujer amó a un hombre en vez de amar a otro! Si el amor infinito se pudiera reír, ¡cómo se reiría de las bobadas que aquí nos revuelven y trastornan! Pero para reirse de ellas era menester que las supiera, y el saber sólo le deshonraría... (Volviendo al proscenio.) Siéntome otra vez asaltado de lo que fué mi suplicio ayer, hoy también... la maldita representación del trágico ceso... Quiero reconstruirlo, determinar sus móviles, y no alcanzo... ¡Ah, (Con inspiración súbita.) Parece que mi razón se ilumina con poderosa luz, sí... y veo la verdad... (Exaltado.) Ya, ya encontré la exacta lógica de... (El salón se enciende.) ¿Qué es esto?... ¡Encendido el salón!... (Acércase a la puerta.) Parece que alguien entra en el salón... Sí, una persona... un hombre... (Vuelve al proscenio restregándose los ojos.) Sin duda sueño... Mis ideas se lanzan fuera de mí (Se ilumina el billar. Luz también en el billar... Alguien está allí... Le conozco... Federico... (La imagen de Federico aparece en el billar.) Te conocí... te esperaba. Tu presencia no me causa terror, imagen del que fué mi amigo. Vivo te amé, muerto me inspirastes o me empequeñece, y con poderosa voluntad lo arranco de mi alma. Vuelve a mostrarse, quiero verte. (La imagen vuelve a mostrarse.) Eres mi idea fija, como yo fui la tuya. Eres mi propio pensamiento, la luz que alumbró mi razón, revelándome el sentido de tu lastimosa tragedia y los móviles de tu muerte... Sé que moriste por estupefacción del honor y de la conciencia, porque la vida se te hizo imposible entre la generosidad y tu delito, entre el bien que te hice y el mal que me hiciste. Si en tu vida hay no pocas ignominias, tu muerte es un signo de grandeza moral. Tú y yo nos elevamos sobre toda esta miseria de las pasiones, del odio y del vano juicio vulgar. No sé aborrecer. Me has dado la verdad: yo te doy el perdón. Abrazame. Dirígete hacia la imagen, que se desvanece cuando Orozco le tiende los brazos.)

FIN DEL DRAMA

¡SU SALUD PELIGRA!

TERRIBLES MICROBIOS LE ACECHAN!

No espere Ud. a que las Autoridades le indiquen que el agua está contaminada, pues hasta entonces habrá bebido alguna cantidad; tenga por costumbre filtrar siempre el agua, aunque no venga completamente turbia. Para ello nada mejor que el Depurador Higiénico y Rápido "ARSO" que equivale a tener un manantial en casa.

De venta: Fábrica "ARSO" CARDENAL CISNEROS, 28. - MADRID

BUJÍAS FILTRANTES PARA TODA CLASE DE FILTROS

EL IDEAL

Uno de los mayores del mundo.—Espléndida sala sin columnas.—Proyección de las mejores películas

SECCION CONTINUA

La Fernando Fé

Propietaria de las obras de Gustavo Becquer, donde se hallan en venta: **PUERTA DEL SOL, 15**

Los publicados por La Novela TEATRAL

- | | |
|-------------------------------|--|
| DE BLANCAS.—Felipe Trigo. | LLO.—Traducción de Gil Parrado. |
| BRINA DEL CURA.—C. Arniches. | 32 FRANCFORF.—Vital Aza. |
| ESTICO.—Santiago Rusiñol. | 33 LA REBOTICA.—Vital Aza. |
| EMIDIOSES.—Federico Oliver. | 34 LA FRESCURA DE LA FUENTE.— |
| ACATUAS.—Casero y G. Alvarez. | García Alvarez y Muñoz Seca. |
| O.—Joaquín Dicenta. | 35 PRIMEROSE.— Traducción de José, |
| FO, LA SAMARITANA.—Torres | Ignacio de Alberti. |
| amo y Asenjo. | 36 CIENCIAS EXACTAS.—Vit I Aza. |
| ERDUGO DE SEVILLA.— | 37 Doña María de Padilla.—F. Villaspesa, |
| García Alvarez y Muñoz Seca. | 38 RAFFLES.—Traducción A. Palomero |
| OSOMOS UNOS.—J. Benavente. | 39 LA PRAVIANA.—Vital Aza. |
| EN GALAOR.—F. Villaspesa. | 40 EL GRAN TACA.—O.—Paso y Abati. |
| OSA DE QUIROS.—C. Arniches. | 41 MIRAN POLINA.—Cristobal de Castro. |
| XXI.—Muñoz Seca, García Alva- | 42.—GENIO Y FIGURA.—Arniches, Abati- |
| Pérez Fernández. | Paso y García Alvarez. |
| DE ORO.—Paso y Abati. | 43 LA GENTUZA.—Carlos Arniches. |
| VIVIRSE.—Joaquín Dicenta. | 44 LA VIEJECITA.—Miguel Echegaray. |
| DE DIOS.—Arniches y García | 45 PARADA Y FONDA.—Vital Aza. |
| z. | 46 LA ALEGRIA DE LA HUERTA.—Paso y |
| CARDENAL.—L. Rivas y Repa- | García Alvarez. |
| RE VALBUENA.—Arniches y | 47 PETIT-CAFÉ.—Tristán Bernard. |
| García Alvarez. | 48 LOS NOVELETTES.—Edmond Rosand |
| LIBRE QUE ASESINÓ.—Traduc- | 49 ELECTRA. Benito Pérez Galdós. |
| ción: Antonio Palomero. | 50 TIQUIS MIQUIS.—Vital Aza |
| ESTRELLAS.—Carlos Arniches. | 51 EL ULTIMO BRAVO.—G. Alvarez y |
| LOETES.—Carlos Arniches. | Muñoz Seca. |
| SNORITA DE TREVELEZ.— | 52 LA MARCHA DE CADIZ.—García Alva- |
| Arniches. | rez y Lucio. |
| NA LA RUBIALES.—Torres del | 53 DOÑA PERFECTA.—Benito Pérez |
| Asenjo. | Galdós. |
| UMEYA.—Francisco Villaspesa. | 54 LA TIZONA.—Godoy y Alarcón |
| OR FEUDAL.—Joaquín Dicenta. | 55 MIQUETTE Y SU MAMA.—Robert y |
| ERNA VÍCTIMA.—Felipe | Cullivet. |
| AMSON.—Traducción de José Ig- | 56 LOS CUATRO ROBINSONES.—Mu- |
| de Alberti. | ñoz Seca y García Alvarez. |
| DE CORIA.—Muñoz Seca y Pé- | 57 LOS GEMELOS.—Tristán Bernard. |
| ández. | 58 LA LOCA DE LA CASA.—B. Pérez |
| ONDA.—G. d'Annunzio. Traduc- | Galdós. |
| ción: Francisco Villaspesa. | 59 GIGANTES Y CABEZUDOS.—Miguel |
| VERA EN OTOÑO.—G. Mar- | Echegaray. |
| terra. | 60 DANIEL.—Joaquín Dicenta. |
| EN DE AYER.—Joaquín Dicenta | 61 EL CHICO DEL CAFÉ FIN.—Torres del |
| ERO DEL CUARTO AMAR- | Atlanto y Asenjo. |
| | 62 REALIDAD.—Benito Pérez Galdós. |



Siempre

CAMPEÓN

en cuantos concursos se presenta.
En los de fuerza y solidez.
En los de luminosidad.
En los de economía en el consumo.

Todo el mundo lo dice: La lámpara OSRAM no alumbra, desl...

Canecionario: León Ornstein, Madrid

LA NOVELA
TEATRAL



MAESTRO LLEÓ

Lleó
1918.

de armas

en un acto

al Aza

10 cts.

FRINÉ

REVISTA FEMENINA POPULAR

INTERESA EXCEPCIONALMENTE A LA

Mujer Elegante

LA TOILETTE

El peinado.—Los sombreros.—Las joyas.—Los perfumes.—El pañuelo.—La sombrilla.—El calzado.—El corsé.—Los vestidos.—Los bolsillos.—Los velitos.—Ropa interior.—Cinias y lazos.—El lujo.—Los colores.—El traje único.—Trajes de casa.—Trajes de Sport, de Teatro, de Fantasía.—Las creadoras de la moda, etc.

LA ELEGANCIA EN EL TRATO SOCIAL

Las cartas.—Las tarjetas.—Las visitas.—Las bodas.—Los bautismos.—Bailes.—Tés.—Pésames.—La conversación.—El salón.—Recibos en casa.—Los huéspedes.—Relaciones sociales.—Los paseos.—El Teatro.—Regalos.—Las comidas.—Presentaciones.—Relaciones familiares.—Juegos, Sports.—Estudios y lecturas, etc.

Mujer Bonita

BELLEZA FÍSICA

Preceptos higiénicos del tocador para la conservación de los cabellos.—Los ojos.—La nariz.—La boca.—El cutis.—Masaje.—Gimnasia.—Electricidad.—Régimen alimenticio.—El crecimiento.—La delgadez.—La obesidad.—Los baños.—Las manos.—El busto.—Las formas.—El pie.—Secretos para no envejecer.—Las arrugas.—Disminuto de los defectos.—Los lunares, etc.

Mujer de su Casa

EL HOGAR

El arte de amueblar.—Organización de la casa.—El salón.—El tocador.—El comedor.—La alcoba.—La despensa.—La cocina.—El despacho.—Flores.—Bordados.—Encajes.—Ropa blanca.—Costura y planchado, etc.

Mujer en General

LA MUJER CONTEMPORÁNEA

Sus derechos.—Las conquistas del sufragismo.—Lo que debe saber... La joven.—La esposa.—La madre.—La abuela.—La viuda.—La soltera.—La gran dama.—La señorita.—La funcionaria.—La artesana.—La aldeana.—La religiosa.—La sirvienta, etc.

SALA DE ARMAS

PASILLO CÓMICO EN UN ACTO. ORIGINAL DE

VITAL AZA

PERSONAJES

NICASIA. - ROSA. - DOÑA NICOLASA. - NICASIA. - BERMUDEZ. - DON SANDALIO
 POLITO. - EL MAESTRO. - DON MELITON. - RAFAEL. - PEPITO. - ANTONIO. - DON
 CECILIO. - JUAN

ACTO ÚNICO

Coración representa sala de armas. Primer término derecha una mampara. Segundo tér-
 mo izquierda una puerta con portier. Dos balcones en el foro. Banqueta corrida en toda la
 coración. Forillo de calle. Encima de las banquetas sables, floretes, caretas, guantes.

Maestro, Pepito, Rafael, Antonio y Juan. El Maestro y Pepito con peto de lección y care-
 Juan, con uniforme de botones. Rafael, con pantalón blanco y en mangas de camisa.
 onio, con traje de esgrima. El Maestro da lección a Antonio y Pepito a Rafael. Juan
 ia una empuñadura de un sable. La lección del Maestro y Antonio debe empezar un
 miento después que la de Pepito y Rafael.

P. — (A Rafael.) Romper. Romper. El pie izquierdo antes que el derecho. ¡Así!
 to! ¡A fondo! Muy bien. Marchar. ¡A fondo! ¡En guardia! Que haya más
 ia en el fondo. Esa pierna izquierda que empuje. Marchar. Muy bien. Una,
 Batir y golpe recto!... A tocar, a tocar. En guardia. ¡A fondo!

P. — Déjame descansar, que ya no puedo más.

P. — Bueno, descansen usted un ratito. (Rafael y Pepito se van al balcón.)

A. — (A Antonio.) Una, dos, a la cara. En guardia. Romper. Al brazo. En
 ia. Romper. Estocada. Quietos ahí. Esa punta del pie, esa punta del pie.
 al En guardia. ¡Bravo! Marchar. Quinta y a la cabeza. Ese brazo derecho
 e extienda. Perfectamente. En guardia. ¡Pepito!

P. — (Bajando.) Mande usted, tío.

A. — Ya te he dicho que no quiero que andes haciendo cucamonas a las ve-

is. Aquí estamos a lo que estamos. (A Antonio.) Marchar. Estocada. ¡Bravo!

to.) Esta sala es un templo del arte, del noble arte de la esgrima.

P. — Está bien, tío; pero yo...

A. — Tú debes dar ejemplo de formalidad. Si don Rafaelito quiere asomar-
 se asome, pero tú no debes separarte de aquí, atendiendo a tu obligación.

A. — Partir.

P. — (Me partió.)

A. — Corte a la cara. En guardia en seguida. ¡Bravo! Esa mano más alta.
 ada. Esas uñas abajo. En guardia. ¡Bravo!

B. — (Entrando.) ¡Señores!

A. — ¡Señor de Bermúdez! (A Antonio.) Con permiso de usted. (A Bermúdez,
 de la mano.) Tantos días sin venir por aquí...

B. — He estado de cacería. Toma, chiquito. (Dando el sombrero a Juan.)

A. — Usted siempre entregado a algún sport.

B. — ¡Siempre! Ya sabe usted cómo soy yo. ¡Hola, Pepito!

P. — Siempre a sus órdenes.

A. — Niño, (A Juan.) tráete la chaqueta del señor Bermúdez.

B. — No, déjala. Hoy trabajaré un poquito la mano nada más.

A. — Como usted guste. (Vase Juan con las prendas de Bermúdez.)

B. — Felices, pollo. (A Antonio.)

A. — Muy buenos días.

B. — (Que baja del balcón.) ¿Cómo sigue usted?

BERM.—¡Hola, Rafaelito! Bien, gracias. ¿Qué tal? ¿Se trabaja mucho?

RAF.—Regular. Yo me canso en seguida.

BERM.—¡Parece mentira! ¡A su edad! Aquí me tiene usted a mí, que a pesar de mis sesenta y dos años, soy capaz de tirar diez asaltos seguidos.

MAES.—Naturalezas como las de usted hay muy pocas, señor de Bermúdez.

BERM.—Gracias a la vida activa que hago. Así se conserva la salud y la energía.

RAF.—Como que parece usted un muchacho.

BERM.—Toque usted, toque usted este biceps. (El antebrazo)

RAF.—Es de hierro.

BERM.—Y vea usted estos muslos.

RAF.—¡Qué barbaridad! (Tocándole el muslo derecho.)

BERM.—Aquí no hay más que fibra muscular. Los pollos de ahora parecen ustedes de mantequilla. (Dándole un empujón, Pepito y Antonio se ríen.)

RAF.—Yo me fatigo muchísimo; pero como mamá se enpeña en que he de aprender a tirar las armas...

BERM.—Muy bien pensado.

RAF.—Dice que como soy tan linfático, no quiere que el día de mañana que tenga una cuestión y me peguen una bofetada, me quede con ella.

BERM.—Algo difícil es eso de no quedarse con la bofetada después de haberla recibido; pero, en fin, bueno es que aprenda esgrima y que la tome con afición.

RAF.—Afición, sí, señor, tengo mucha. En casa me paso muchos ratos haciendo fondos en el pasillo y dándoles botonazos a las muchachas! Ayer por poco sí le salto un ojo a la doncella.

BERM.—¡Qué atrocidad!

RAF.—Y los tiene preciosos. ¡Dos ojazos así! ¡Es una chiquilla de rechupete!

BERM.—Dé rechupete, ¿eh? De ese pueblo es de donde me gustan a mí las muchachas.

MAES.—¡Señor Bermúdez!

BERM.—¡Anda! No me conocen ustedes en ese *sport*! Conque, pollo, a ver cómo do tiramos juntos y me da usted unos botonazos.

RAF.—Sí. Fácilílo es eso. Lo que es como yo tirase la mitad que usted, no eran disgustos los que iba a dar en Madrid. A todo el que me fuera antipático, le desafiaba.

BERM.—Hombre, no tanto. Precisamente el manejo de las armas enseña a evitar las cuestiones personales. ¿No es verdad, maestro?

MAES.—Indudablemente. (Acercándose.) En las salas de armas se dulcifican los caracteres. Nada enseña tanto a ser prudente como el conocimiento del peligro. El buen esgrimidor no debe rehuir los lances, pero tampoco provocarlos.

RAF.—Pues a mí que no me digan, pero como yo fuera un Pini, me batía con medio Madrid. ¡Apenas habrá usted tenido desafíos en su vida! (A Bermúdez.)

BERM.—No. Nada más que uno afortunadamente, digo, desgraciadamente.

RAF.—¿Mató usted a su adversario?

BERM.—Sí, señor.

RAF.—¿De alguna estocada?

BERM.—No. De una apoplejía.

RAF.—¿Cómo? (Con extrañeza.)

ANT. PEP.—¿Eh?

BERM.—Una noche en el Casino tuvimos una cuestión por nada, por una jugada de tresillo. Le dije que no sabía tener las cartas en la mano. El hombre, por eso, me arrojó a la cara un cenicero de porcelana que al chocar en mi frente se hizo cincuenta pedazos. Aquello ya no tenía arreglo.

RAF.—¡Claro! Habiéndose hecho tantos pedazos...

BERM.—No es eso; digo que el asunto ya no tenía arreglo posible.

RAF.—¡Ah!

BERM.—Al día siguiente le mandé los padrinos. Fueron estos a verle cuando él acababa de almorzar, y fué tal la impresión que aquella visita le produjo a las pocas horas falleció víctima de una apoplejía fulminante.

¡Dios le haya perdonado! (Antonio se va al vestuario.)

—Desde entonces juré evitar en todo lo posible las cuesti

cambio he tenido que intervenir como padrino en muchas de ellas. Cuando
ra a usted algo, acuérdesese usted de mí. Esa es mi especialidad.

—Lo que desearía don Rafael es que le arreglara usted la cuestión de

M.—¿Qué cuestión?

—La de su novia. La señorita del segundo.

M.—¡Hola, hola! No sabía nada. ¿Será bonita... eh?

—Sí, señor, preciosa; y me quiere mucho; pero la madre es atroz. El otro
ba la escalera delante de mí, y apenas llegamos al portal, se volvió de
la buena señora y se vino derecha a mí, enarbolando la sombrilla para pe-
... Gracias a que yo llevaba bastón y pude parar el golpe en *tercera...* o en
no me acuerdo en qué, pero lo cierto es que le paré el golpe.

M.—Ventajas de conocer el manejo de las armas.

—Como que si no sé esgrima me pega un sombrillazo que me deshace la
s muy bestia, créame usted.

M.—¿De modo que no se hablan ustedes?

—Se hacen el amor desde el balcón.

M.—Pues mucho ojo al asomarse, porque con una madre así toda precau-
poca.

—¡Ya lo creo! El otro día me amenazó con tirarme un *cbónibus*.

M.—¿Un qué?

—¡Un tiesto!

M.—¡Caracoles!

—Si le digo a usted que es de lo que no hay.

M.—Vaya. Vamos a trabajar un poco. Pepito, dame mis chismes.

—En seguida, si señor. (Se lleva la levita y vuelve con el florete y el guante.)

—(Al Maestro.) Esta carta que ha traído un ordenanza. Dice que es urgente.

M.—Con permiso de usted. (Abre la carta y la lee.)

M.—Es usted muy dueño.

—(Saliendo con el florete y el guante del señor Bermúdez.) Aquí tiene usted.

M.—Venga. En cuanto cojo el florete parece que se me quitan veinte años
ta.

M.—Vaya. ¡Esta es otra!...

M.—¿Qué pasa? ¿Ocurre algo?

M.—El general Rodríguez que se empeña en que he de ir ahora mismo a
lección. Precisamente a la hora en que más necesito estar en la sala.

—Ya sabe usted, Maestro, que yo gozo enseñando a los discípulos. Por
ente, estando yo aquí puede usted marcharse tranquilo.

—Aprovecharé su ofrecimiento, ya que es usted tan amable. (A Juan.) El
el sombrero. (Vase Juan y vuelve en seguida.)

—Venga ese peto. (Poniéndose el peto.) ¡Ajajá! ¡Don Rafaelito!

—(Desde el balcón.) Voy.

—Ese niño va a coger una enfermedad en el balcón.

—No tema usted. Hay una Providencia para los enamorados.

—Vamos a ver al general. ¡Y qué torpe es el pobre señor! ¡Querrá us-
que cuantas veces le mando que tome la *parada en quinta*, siempre me
cuarta!

—¡Vamos, sí! Es un general que confunde la quinta con la reserva.

—Hasta luego.

—Vaya usted con Dios.

—Pepito, no olvides lo que tengo dicho.

—Descuide usted.

—Señor de Bermúdez, en usted confío. ¡Ya sabe usted que a mi me gus-
la sala haya formalidad, mucha formalidad!

—Vaya usted tranquilo. (Vase Juan.)

—Hasta después. (Vase por la primera derecha.)

—Conque niños, mucho ojo, ¿eh? Ya no hay aquí más maestro que yo.
r y basta de balconcito.

—Espere usted. Voy a decirle que me asomaré luego.

—¿Qué? ¿Está al balcón su novia de usted?

RAF.—Sí, señor. Su mamá ha salido de compras. Asígnese usted con disimulo.
BERM.—Pero ¿está usted seguro de que la mamá no anda por arriba?
RAF.—Está en la calle.
BERM.—Lo digo porque no me haría gracia que me soltara el *ebónibus*.
RAF.—No me la escame usted.
BERM.—(Después de mirar hacia arriba.) ¡Preciosa! ¡Ya lo creo que es preciosa!
RAF.—Gracias.
BERM.—(Mirando.) ¡Muy buenos días! ¡Monísima! ¡Bendita sea tu madre!
RAF.—(Pinchándole con el florete.) ¡Hombre! ¡Bendita no!
BERM.—¡Vaya unos ojos!
RAF.—¡Señor de Bermúdez!
BERM.—¡Tiene usted razón! El onceno no estorbar. A los pies de usted, preciosísima, zaragaterísima... ¡María Santísima!—(Entrando en escena.) Ande usted ande usted con ella. Tiene gusto el muchacho. Es una chiquilla encantadora. Ea Pepito. Vamos a trabajar el brazo. (Rafael ha vuelto al balcón.)
PEP.—A la disposición de usted. (Se ponen en guardia.)
Dichos, doña Nicolasa y don Sandalio. Rafael en el balcón del foro derecha.
NICOL.—¿Se puede? (Abriendo la mampara.)
BERM.—Una señora. Pase usted adelante.
NICOL.—Pasa, Sandalio. Tengan ustedes muy buenos días
BERM.—Señora...
SAND.—Felices.
NICOL.—¿El señor maestro de armas?
BERM.—Servidor de usted. Es decir, el maestro no está, pero yo hago sus veces.
NICOL.—Muy señor mío.
BERM.—Ustedes dirán lo que desean.
SAND.—Pues deseo...
NICOL.—¡Cállate!—Mire usted. El señor es mi marido.
BERM.—Tengo mucho gusto...
NICOL.—Y el pobre está delicado, muy delicado. Ha pasado un invierno horrible. Sobre todo en los cambios de tiempo se pone *atós*.
BERM.—Será reumático.
SAND.—Sí, señor, tengo...
NICOL.—¡Cállate!
SAND.—¡Bueno!
PEP.—¡Pobre señor! (Se retira al segundo término, riéndose.)
NICOL.—Mire usted; lo que tiene es que duerme mucho y come como un bultito y no hace ejersisio ninguno, y claro, con todos esos alimentos se le está criando mucha sangre, y luego, es natural, la sangre se le corrompe.
SAND.—(¡Si que se me corrompe!)
NICOL.—Usted no sabe los medicamentos que lleva tomados. Solo *con* pañuelo y *con* papel Tapsia y *con* papel Rigollot nos gastamos una fortuna. Con eso que lleva todo el cuerpo empapelado.
SAND.—Sí, señor; parezco una anunciadora.
NICOL.—Ahora tiene el mal en las piernas. Hay días que no puede mover la pierna.
SAND.—La derecha.
NICOL.—Es igual. ¿Qué más da la derecha que la izquierda? La cuestión es que así no podemos seguir. El mejor día va a tener que salir a la calle en un carrito como la Sibeles.
BERM.—Está bien señora, pero...
NICOL.—El otro día le vió mi sobrino, un chico médico que es una *notabilísima*. Hase curas maravillosas. Como que tiene una plasa por oposición en el Hospital de incurables. Pues bien, mi sobrino dise que éste tiene en los humores mucho seso de *ásido sulfúrico*.
SAND.—De ácido úrico, mujer.
NICOL.—¡Bueno, es igual!
BERM.—Casi igual.
NICOL.—Le ha dicho que nesecita haser ejersisio, mucho ejersisio, y por eso nos ha mandado venir aquí, a que ustedes le hagan trabajar y que sude mucho.

COL.—Dice bien, señora. El ejercicio de la esgrima es sumamente higiénico.
COL.—Ya lo oyes. (A Sandalio.)
RM.—Aquí me tiene usted a mí. ¿Cuántos años me echa usted?
COL.—Unos cincuenta.
RM.—Pues ya tengo sesenta y dos.
COL.—¡Qué *atrosidad!*
RM.—Aquí no hay tejido adiposo. No tengo más que fibra muscular. (Dándole palmada en el muslo derecho.) Toque usted aquí.
COL.—Pero hombre...
RM.—¡Ay! Usted perdone, señora. Yo no sé lo que es estar malo nunca. Y de lo debo a la esgrima.
COL.—Pues *esgriman* ustedes a este todo lo posible, porque ahora en la primavera es cuando más le conviene echar los humores. Por supuesto que este *Ma-
atros*. Hay unos cambios de *temperamento* imposibles.
RM.—¿Usted es catalana?
COL.—No, señor mallorquina. ¿Usted no ha estado en Mallorca?
RM.—No, señora. De Mallorca no conosco más que la sobreasada.
COL.—¿Le gustará a usted mucho?
RM.—Muchísimo.
COL.—Pues este no la puede ver. Todo lo de Mallorca se le indigesta.
SND.—¡Todo! (Se presenta Rafael que se retira del balcón.)
RM.—Señores...
COL.—(Sorprendida.) ¡Ay!
RM.—¿Qué es eso, señora?
COL.—Que creí que ese caballero estaba en calsonillos. (Rafael entra.)
RM.—No, señora, es el traje de sala.
SND.—Mira, Nicolassita. Una señora no está bien en estos sitios.
COL.—Bueno, hombre, bueno. Me iré a unas compras, A ver como hases toque te mande este señor. (Parese una persona muy distinguida; y ya ves que está con el ejercicio). Hágale usted trabajar, caballero, y por supuesto que muerta que no aprenda a manejar las armas. A mí no me gustaría tener un *espadista*.
RM.—Lo creo.
COL.—La cuestión es que se mueva, que estire esas piernas...
RM.—Descuide usted señora. Se lo pondremos a usted como nuevo.
COL.—Como nuevo es difisil. Me contento con que me lo dejen ustedes a meo. Vaya, selebro tanto... Nicolasa Verdaguer... de éste. Aquí serquita. del desengaño veintisino, segundo, tiene su casa y unos amigos.
RM.—Señora... Pablo Bermúdez, marqués de la Ensenada...
COL. SAND.—(¡Ah!) (Con admiración.)
RM.—Catorce principal.
COL. SAND.—(¡Ah!) (Desengañados.)
RM.—Servidor de usted.
COL.—Muy buenos días.
RM.—Vaya usted con Dios.
COL.—Hasta luego, Sandalio.
RM.—Adios, Nicolassita.
COL.—(Volviendo.) ¡Ah! Que sude, que sude mucho.
RM.—Sudará, señora, sudará.
COL.—Beso a ustedes las manos..(Vase primer término derecha.)
RM.—A los pies de usted. (Pepito la acompaña hasta la mampara.)
RM.—(¡Parricida!)
RM.—(¡Caracoles con la mallorquina!) Parece que tiene el genio vivo la se-
ñeh?
RM.—¡No lo sabe usted bien! ¡Es *atros!* ¿Usted es casado?
RM.—No, señor.
RM.—Choque usted. (Dándole la mano.) No se case usted nunca.
RM.—Hombre, a mi edad...
RM.—Esa tengo yo, y sin embargo no llevo más que un año de casado.
RM.—¿Nada más? ¿Están ustedes en la luna de miel?

SAND.—A esta edad ya no hay luna. Vivimos en perpetuo nublado. ¿A qué dirá usted que debo este matrimonio?

BERM.—¡Qué sé yo!

SAND.—Al partido conservador.

BERM.—¡Hombre!

SAND.—Sí, señor. Yo estaba muy tranquilo de oficial primero de Hacienda en Badajoz, y cuando Silvela subió al poder me trasladaron a Palma. Allí conoció a Nicolasa. Era dueña de un hotel magnífico.

BERM.—¿Con jardín?

SAND.—No, señor, con *restaurant*.

BERM.—¡Ah! ¡Vamos! Es fondista.

SAND.—Lo era. Al casarnos traspasamos la fonda y ahora vivimos de nuestros fondos.

BERM.—(¿Y qué me importarán a mí todas estas cosas?) ¡Ea! Vamos a tomar la primera lección. Vaya usted desnudándose.

SAND.—Bueno. (Empieza a desnudarse primer término izquierda.)

BERM.—¡Pepito! Trae un florete y un guante para este caballero.

PEP.—En seguida. (Coge un guante y un florete que habrá sobre las banquetas.)

SAND.—(¡Que a mi edad tenga yo que meterme en estos trotes!) (Se desnuda)

BERM.—Pero, ¿qué hace usted? (Riéndose.)

PEP.—(¡Já, já, já!)

SAND.—Como ha dicho usted que me desnudara...

BERM.—No; el pantalón no hace falta quitárselo.

SAND.—Como usted quiera. Yo ya estoy decidido a todo.

BERM.—(A don Sandallo.) Póngase usted ese guante.

SAND.—(Lo coge.) ¡Qué barbaridad! Esta es la muestra de una guantería.

BERM.—Ahí va el florete.

SAND.—Venga de ahí.

BERM.—Se coge de este modo, con el dedo pulgar apoyado en la empuñadura.

SAND.—¿Y este es el dedo pulgar? Nadie lo diría. ¿Así, eh? (Empuñándolo.)

BERM.—¡Perfectamente! (Pepito va al vestuario.)

SAND.—Bueno, ¿y ahora qué hago yo con esto?

BERM.—¿Usted no ha frecuentado nunca la sala de armas?

SAND.—¡En mi vida!

BERM.—¿De manera que no ha visto usted ningún asalto?

SAND.—Cuando estuvo Pini en Madrid presencié uno en el teatro.

BERM.—¿Le gustaría a usted?

SAND.—Mucho. Lo que no comprendí era una palabra que decían a cada momento.

BERM.—¿*Touché*?

SAND.—¡Justo! ¡*Touché*! ¿Qué quiere decir eso?

BERM.—Pues es cantar el golpe. Siempre que a uno le dan una estocada sablazo debe decir: ¡*Touché*!

SAND.—Pues es una palabra que no he oído nunca en la calle de Sevilla, y usted que allí se dan sablazos al cabo del día.

BERM.—¡Ea! Vamos a ver qué disposiciones presenta usted.

SAND.—Malísimas, de seguro.

BERM.—Primera posición. Fíjese usted en mí. Esta es la colocación. (Se coloca)

SAND.—¿Así? (Ridículamente.)

BERM.—¡No, por Dios! Más gallardía en la figura. Ese brazo derecho más firme. El botón del florete apuntando al cielo. ¡En guardia!

SAND.—¿Qué pasa? (Asustado.)

BERM.—Que se coloque usted así. Ahora va usted a caer a fondo de vez en guardia, se adelanta la pierna derecha, se sube el brazo izquierdo, tiende el derecho, se estira la pierna izquierda y se apoya el peso del cuerpo sobre la cadera del mismo lado. Vamos a ver.

SAND.—(Después de una pequeña pausa.) Haga usted el favor de repetírmelo que ya se me han olvidado todas esas cosas.

BERM.—Es esto. Fíjese usted. (Ejecuta correctamente todos los movimientos)

SAND.—Comprendido. Allá voy yo. Está usted con cuidado, porque no respon-
de no caerme de verdad. (Imita cómicamente todos los movimientos ejecutados.)

BERM.—¡Bravo! Venga esa pierna derecha.

SAND.—Ahí va. ¡Ay!

BERM.—¿Qué es eso?

SAND.—¡Acuérdese usted de que soy reumático.

BERM.—Quieto ahí. Apoye usted bien esa cadera. Esa cabecita... Esa cabeci-
¡Bravo! Ahora, ¡marchar!

SAND.—¿Qué? ¿Ya hemos concluido? (Incorporándose.)

BERM.—No, hombre, *marchar* es dar algunos pasos hacia adelante.

SAND.—¡Ahí! ¿Y en esta posición tengo que dar algunos pasos? ¡Quiá! Ni Cris-
tós de la cruz, ni yo paso de aquí.

BERM.—Si es muy sencillo. Adelante usted la pierna derecha.

SAND.—¿Más todavía? Mire usted que me estallan todas las articulaciones.

BERM.—Pues de eso se trata, de ponerlas flexibles.

SAND.—(Me mata, me mata este señor.)

BERM.—Un pasito. (Da el paso.) Muy bien. Meta usted la pierna izquierda.

SAND.—(La meteré, vaya si la meteré.)

BERM.—¡Así! ¡Admirable! *Marchar* otra vez.

SAND.—Sosténgame usted bien. (Da otro paso.)

BERM.—¡Perfectamente! ¿Lo ve usted? Si es sencillísimo.

SAND.—(¡A que resulta que tengo yo disposiciones para esto!)

BERM.—Quieto ahí.

SAND.—Las piernas me van a flaquear.

BERM.—¡Romper!

SAND.—¿Eh? (Asustado.)

BERM.—*Romper* es dar un paso atrás.

SAND.—(Pero hombre, ¿por qué no hablará con claridad?)

BERM.—¡Vamos! ¡No! Ahora empiece usted con la izquierda. Tampoco es eso.
estando muy mal estos pasos. Vamos a ver, vamos a ver. *Romper* otra vez. ¡Mag-
tito!... ¡A fondo! ¡Más fondo! ¡Más! Está usted regular de fondos.

SAND.—Lo preciso para vivir nada más.

BERM.—No es eso. Digo que es necesario que adelante usted más esa pierna.

Quieto ahora. (Aparece Pepito.) ¡Pepito!

PEP.—Mande usted.

BERM.—¿Qué te parece del discípulo?

PEP.—¡Admirable!

SAND.—Gracias. (Sigue a fondo.)

PEP.—(¡Parece un sapo!) (Riéndose.)

BERM.—¡Quieto! ¡Quieto en el fondo!

SAN.—(¡Me caigo! ¡Vaya si me caigo! (Vacilando. Salen Rafael y Antonio.)

BERM.—¿Qué? ¿Se van ustedes? (A Rafael y a Antonio.)

ANT.—Hasta mañana, señor de Bermúdez.

BERM.—Vaya usted con Dios. ¿Se va usted también, don Rafaelito?

RAF.—Sí, señor; pero yo volveré.

BERM.—Lo comprendo.

SAND.—(¡Que me caigo!) (Siempre a fondo y como perdiendo el equilibrio.)

RAF.—(A Bermúdez.) Ya está arriba la mamá y no es prudente asomarse al bal-
cón. Hasta después.

BERM.—Hasta luego.

RAF.—(A don Sandalio.) Beso a usted la mano.

SAND.—(¡Ya hay donde besar, ya!) (Indicando el guante.)

RAF.—Adiós, Pepito.

PEP.—¡Abur!

BERM.—¡Vayan ustedes con Dios! (Bermúdez y Pepito acompañan hasta la mampara.)

SAND.—(¡Que me caigo!... ¡Ya me caí!) (Se cae al suelo, quedando sentado.)

BERM.—(Volviéndose y viendo a don Sandalio.) ¡Pero, hombre!

PEP.—¡Já, já, já!

BERM.—¿Que ha sido eso?

SAND.—¡Que me he caído al fondo!

BERM.—Ea, levántese usted

SAND.—¡Quiá! Como ustedes no me levanten... Yo ya no puedo moverme.

BERM.—¡Vamos, arriba! (Le ayudan a levantarse.)

SAND.—¡Ay, ay!

BERM.—¿Qué pasa?

SAND.—Que tengo unas agujetas horribles.

BERM.—Naturalmente. El primer día se sienten algo; pero al segundo y tercero no se pueden sufrir.

SAND.—¿Si, eh?

BERM.—Hasta dentro de ocho días que ya estará usted como si tal cosa.

SAND.—Pues valiente semanita me espera. Pero vea usted, conozco que esto es sano. ¿No hablaba usted de romper? Pues ya he roto... a sudar.

BERM.—¡Pues claro! Si esto es muy higiénico. Vamos, vamos otro poquito,

SAND.—No, no por Dios. Déjeme usted descansar.

BERM.—Bien, como usted guste. (Va al segundo término y hace unos fondos.)

SAND.—¡Huy, qué agujetas más atroces! (Se sienta foro izquierda.)

MAN.—(Entrando.) Muy buenos días. (Muy triste.)

PEP.—¡Don Manolito! (Bermúdez continúa haciendo fondos.)

MAN.—Hola, Pepe.

PEP.—¿Qué trae usted por aquí al cabo de tanto tiempo?

MAN.—¡Una cosa muy grave! ¡Gravísima!

PEP.—¿Sí?

MAN.—¿Ese caballero, no es el señor Bermúdez?

PEP.—El mismo.

MAN.—Buenos días, señor de Bermúdez. (Acercándose.)

BERM.—(Volviéndose.) ¿Quién? Servidor... No recuerdo.

PEP.—Don Manuel Soto, que el año pasado venía algunas veces por la sala.

BERM.—¡Ah! ¡Sí! Ya me acuerdo. ¿Qué? ¿Reanuda usted las lecciones?

MAN.—Vengo a tomar una nada más. ¡Quizás sea la última. (Muy afligido.)

BERM.—¡Caramba!

MAN.—¿Dónde está el Maestro?

BERM.—Ha salido, pero aquí me tiene usted a mí. ¿Qué ocurre?

MAN.—¡Ay, señor de Bermúdez! ¡Ay, Pepito!

SAND.—¡Qué le pasa a este joven! (Acercándose.)

MAN.—¡Ay, caballero! (A don Sandalio.)

BERM.—¡Hable usted, hombre! ¿De qué se trata?

MAN.—De un duelo a sable con punta, junto a las tapias del cementerio de Este; mañana a las cinco de la madrugada... (Afligidísimo.)

SAND.—(¡Qué barbaridad! ¡Madrugar tanto para eso!)

BERM.—Tranquílcese usted.

MAN.—No puedo. He pasado una noche horrible.

BERM.—¿Y por qué ha sido eso... si es que se puede decir?

MAN.—Sí, señor. Verán ustedes lo que fué. Yo voy todas las noches a primer hora al café de Londres. Allí nos reunimos algunos compañeros de oficina y otras personas que se han ido agregando. Anoche hablábamos de la próxima corrida de Beneficencia. Yo soy muy aficionado a los toros, (Casi llorando.) ¡y ojalá no fuera! Se discutía si en la cuadrilla del *Algabeño* venían de picadores *Badila Agujetas*. Yo dije que venía *Badila*. Y don Melitón Bermejo, un señor a quien llaman el Argentino, y que siempre lleva la contraria a todo el mundo, contestó: «Usted no sabe lo que dice.»—«Pues mire usted—le repliqué de muy buena manera—; si me dan a elegir entre *Agujetas* y *Badila*, yo me quedo con *Badila*».

SAND.—Y yo con *agujetas*.

MAN.—Eso dijo él. Y añadió muy destemplado: «Usted no entiende una palabra de toros.»—«¡Más que usted!»—«¡Es usted un majadero!»—«Más que usted. Es decir, más es usted.»—Y el hombre entonces, cogiéndome de la solapa y levantando mucho la voz, me dijo; «No le quito a usted la cara, porque es usted mameluco.» Mire usted. (A Bermúdez.) Yo tolero que me llamen tonto y majadero, otras frases poco ofensivas; pero mameluco... Eso no se lo aguanto a nadie; que al oír aquella palabra se me arrebató la sangre, cogí una botella de agua, ¡zás!, se la tiré a la cabeza.

ERM.—¿Y le dió usted?

JAN.—No, señor; lo que hice fué romper un espejo. Se armó un gran escándalo en el café; nos marchamos unos por un lado y otros por otro, y a las dos horas Melitón me mandó los padrinos, nombré yo los míos, y después de haber pasado los cuatro varias entrevistas, acordaron que el duelo se verificase mañana.

ERM.—¡Qué atrocidad!

JAN.—Eso digo yo; pero...

ERM.—¿Y qué clase de persona es ese Bermejo?

JAN.—Pues un matón. Un hombre que todas las noches nos contaba sus fechorías. En la República Argentina ha tenido siete duelos y ha matado a cuatro señores. ¡Yo voy a ser el quinto! (Muy compungido.)

AND.—No; el quinto no matar.

JAN.—Pues me mata, créame usted. Yo, como ofendido, había dicho a mis padrinos que eligiesen la pistola... a muchos pasos; pero los representantes del otro lado que el ofendido es él.

ERM.—¡Indudablemente!

JAN.—¡Pero si me ha llamado mameyaco!

ERM.—No importa. Usted ha pasado a *vías de hecho*. «Si al recibir un insulto ofendido levantara la mano, perderá todos sus derechos, convirtiéndose en ofensor.» Así lo dice el Código del Duelo.

AND.—Yo creo que el único ofendido debe ser el dueño del café.

JAN.—Ya he prometido abonarle la rotura ¡si vivo! Pues si, como es posible, me ofenden en el terreno, se encargará del pago mi pobrecita mujer.

ERM.—¿Cómo? ¿Se ha casado usted?

JAN.—Sí, hace un año. ¡Y estamos ya de siete meses! (Llorando.)

ERM.—Vamos, hombre, no se aflija usted. ¿Usted tira algo?

JAN.—No he dado lección más que unos dos meses.

ERM.—¡Basta! Con dos o tres paradas seguras y una estocada de las mías, necesita usted más. Pepe, tráete mi chaqueta de ante y mi careta.

JAN.—Mire usted que él es un espadachín.

ERM.—No se achique usted, hombre.

JAN.—(Ojalá pudiera achicarme para que encontrara menos cuerpo donde me ofendiesen.)

AND.—No se achique usted.

ERM.—Aquí está. (Con la chaqueta, el sable y el guante.)

ERM.—Póngasela usted. (A Manolito, que se pone la chaqueta.)

JAN.—Ahí espera un caballero que pregunta por el Maestro.

ERM.—¿Quién es?

JAN.—Me ha dado esta tarjeta.

ERM.—A ver. (Lee.) «Melitón Bermejo.»

JAN.—¡El argentino! (Asustadísimo.)

ERM.—Me alegro.

JAN.—¡Escóndanme ustedes, por Dios!

ERM.—Quieto aquí.

JAN.—Pero...

ERM.—Acabe usted de vestirse, y póngase en seguida esa careta. Pepe, baja la persiana. (Manolito se pone la careta de sable. Pepe baja la persiana del balcón del foro.)

JAN.—¿Qué va usted a hacer?

ERM.—Ya lo veremos. Con esta media luz no hay medio de conocerle a usted.

JAN.—¿Es de veras?

AND.—Yo, si le viera a usted en la calle con esa careta, no le conocería; vería que sin ella, tampoco.

JAN.—¿Qué le digo?

ERM.—Ese caballero, ¿conoce al Maestro?

JAN.—Dice que no.

ERM.—¿Y le has dicho que no está?

JAN.—No, señor; porque como el Maestro no quiere que se diga nunca que no está en casa...

ERM.—Perfectamente. Conoceremos a ese matón de la República Argentina. ¡Que pase. (Vase Juan.)

MAN.—Pero...

BERM.—(A Manolito.) Usted no hable ni una palabra.

MAN.—¡Qué! Si estoy que no me salen las palabras del cuerpo.

BERM.—Y usted (A don Sandalio.) hágame el favor de retirarse un momento el vestuario. Ande usted, ande usted. (Empujándole.)

SAND.—(No; pues yo no me quedo sin ver lo que pasa.) (Asoma la cabeza.)

JUAN.—(Abriendo la mampara.) Pase usted. (Vase Juan.)

MEL.—Muy buenos días.

BERM.—Felices. (Manolito en segundo término se oculta tímidamente detrás de Pepe.)

MEL.—¿El maestro de armas?

BERM.—Servidor.

MEL.—Muy señor mío. Vengo a pedir a usted un favor.

BERM.—Usted dirá.

MEL.—Es asunto reservado.

BERM.—No tema usted. Los señores son ayudantes de la sala.

SAND.—(¡Qué cara tiene ese tío!) (Desde el portier.)

MEL.—Pues mañana tengo un duelo a sable.

BERM.—Me alegro mucho.

MAN.—(¡Pues no dice que se alegra!)

MEL.—¡A sable con punta!

BERM.—Muy bien. Las cosas se hacen de veras o no se hacen.

MFL.—Y deseo que usted me dé una lección de desafío, cueste lo que cueste.

MAN.—(¿Eh?)

BERM.—Espere. Ahora que recuerdo... ¿Usted se llama don Melitón Bermejo?

MEL.—Servidor.

BERM.—¿El argentino?

MEL.—¡Justo!

BERM.—He oído hablar muchísimo de usted como de uno de nuestros primeros tiradores de armas.

MEL.—Eso se dice por ahí. (Con pedantería.)

BERM.—Pues entonces poco es lo que yo podré enseñarle.

MEL.—Mire usted, maestro. El duelo de mañana es inevitable y ya no hay más remedio que confesar la verdad... Yo... me da vergüenza decirlo... Yo no he cogido un arma en mi vida.

MAN.—(¿Qué dice?)

BERM.—(¡Lo que yo me figuraba!) Pero, ¿es posible?

MEL.—Como se lo digo a usted.

BERM.—¿Luego no ha tenido usted ningún duelo en Buenos Aires?

MEL.—Ninguno. El de mañana será el primero.

MAN.—(¡Ay, qué pillo!) (Abrazando a Pepito.)

BERM.—Pues por Madrid se corre que ha matado usted a tres o cuatro.

MEL.—Son voces que hecho correr yo. He explotado el físico.

BERM.—(¡Ya te daré yo el físico!) ¿De modo que lo que usted desea es tomar la primera lección?

MEL.—Sí; señor.

SAND.—(¡Toma agujetas!) (Desde el portier.)

MEL.—Ya comprenderá usted que dada mi reputación sería bochornoso que mi adversario, que es cualquier cosa, me pegara una paliza.

MAN.—(¡Se la pego! ¡Vaya si se la pego!)

BERM.—Pues mire usted; mejor que una lección, que tendría sus dificultades es que teng austed un asalto, un simulacro de desafío con uno de los ayudantes.

MEL.—¡Perfectamente!

BERM.—Eso le acostumbrará a manejar el sable y a parar algunos golpes.

MEL.—Lo que usted disponga.

BERM.—Súbase usted el cuello de la americana. Venga un pañuelo. (Se lo da al cuello.) Pepe, una careta, un guante y un sable.

PEP.—Tome usted. (Dándose lo.)

BERM.—El señor tirará con usted. (Por Manolito.)

MEL.—Con mucho gusto.

MAN.—(¡No me ha conocido... no me ha conocido!) (Muy contento a Bermúdez.)

BERM.—(¡Claro!)

MAN.—(¡No es paliza la que yo le voy a dar!) (Don Melitón se ha puesto la careta.)

BERM.—¡Ea! Colóquense ustedes aquí. Manolito primer término derecha y don Melitón primer término izquierda.) Estamos en el terreno. Yo soy el juez de campo. Ven las puntas de los sables. (Las coge. Abre los brazos en cruz, y deja colocados a los dos a distancia.) ¡Adelante, señores! (Manolito avanza después de un amago de esto y se pega un sablazo en la cabeza. Don Sandalio, sacando la cabeza dice:—¡Touché!— Melitón se vuelve a mirar, y Manolito le pega un sablazo en la espalda. Don Melitón se vuelve hacia el primer término derecha; Manolito le persigue, y en la huida le da dos o tres golpes en la espalda. Cada sablazo va acompañado de la palabra ¡Touché! que dice don Sandalio, ocultándose en seguida. Manolito acorralla a don Melitón. Bermúdez se interpone entre ellos.)

MEL.—¡Bastal ¡Basta! Él señor es un maestro y no hay manera de defenderse. (Quita la careta.) ¡Menuda paliza me ha dado ese caballero!) Lo que yo quiero es que me enseñe usted (A Bermúdez.) algún golpe... de sorpresa...

BERM.—¿Golpe de sorpresa? Pues allá va. Quite usted la careta. (A Manolito, se la quita y se coloca en actitud fanfarrona.)

MEL.—¡Don Ma... Manolito! (Avergonzado, dejando caer al suelo la careta y el sable.)

MAN.—Sí, señor, yo. ¡El mamelúco!

MEL.—Pero...

BERM.—¿No quería usted una lección? Pues ya la ha recibido. Este joven es tirador de primera. Ya comprenderá usted que ese duelo es irrealizable.

MEL.—Eso he dicho yo... (Quitándose el guante.) Pues sí, precisamente don Melitón me ha sido siempre muy simpático...

MAN.—Sí, ¿eh?

MEL.—Pero este maldito carácter... ¡Nadal Esta noche salgo de Madrid.

BERM.—Muy bien pensado.

MEL.—Me voy con unos parientes que tengo en la provincia de Toledo, en Segorbe... (Pepito le da el sombrero.)

BERM.—Ningún pueblo más a propósito.

MEL.—¡Queden ustedes con Dios! (Al volverse da de narices contra la mampara.)

BERM.—¡Vaya usted enhorabuena!

MEL.—¡Qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza! (Abre la mampara y vase.)

MAN.—(Corriendo hasta la puerta.) Adiós... ¡Tembleque!

MAN.—¡Ay, señor de Bermúdez! ¡Permítame usted que le abraze! ¡Ay, Pepito!

AND.—(Desde el portier.) ¿Puedo salir ya?

BERM.—Sí, hombre, salga usted.

AND.—¡Que sea enhorabuena! (A Manolito.)

MAN.—¡Ay, caballero! (Al dirigirse con el sable, don Sandalio cree que va a pegarle.)

AND.—¡Cuidado!

MAN.—Muchas gracias. (Abrazándole.) ¡Ay que peso se me ha quitado de encima!

AND.—¡Lo creo! Estas caretas deben de pesar una atrocidad!...

MAN.—Y yo que temía... Pero ¿de veras cree usted que soy un tirador de primera? (A Bermúdez.)

BERM.—No, hijo; no lo tome usted en serio. No vaya usted ahora a echarse de valiente y nos resulte otro argentino. Mírese usted en ese espejo.

MAN.—No me hable usted de espejos que recuerdo el del café. Ese debía pasar don Melitón. Diré que le pasen la cuenta... Pero, ¡qué contento estoy! Voy a mi mujercita y contárselo a todo el mundo (Deja el sable y se pone el sombrero.)

AND.—¡Ay, señor de Bermúdez! ¡Ay, Pepito! ¡Ay, caballero! Ustedes lo pasen bien.

BERM.—Pero hombre...

MAN.—¿Qué?..

BERM.—Que se lleva usted mi chaqueta. (Don Sandalio y Pepito se ríen.)

MAN.—¡Ay, es verdad!... Usted perdona... Si no sé lo que me hago... Volveré por aquí. Reanudaré mis lecciones... Hasta mañana... Que ustedes sí... (Al abrir tropieza con doña Vicenta.) ¡Ay!

MAN.—¡Ay, señor de Bermúdez! ¡Ay, Pepito! ¡Ay, caballero! Ustedes lo pasen bien.

MAN.—¡Jesús!

BERM.—¿Quién?

MAN.—Usted dispense, señora...

MAN.—Vaya usted con Dios! (Vase Manolito.)

Bermúdez, don Sandalio, doña Vicenta, Rosa, don Cecilio y Nicasia
D.^a VIC.—Pasa, mujer, pasa. Con pagar lo que sea estamos al cabo de la calle. Adelante, don Cecilio. Entra, Nicasia. Muy buenos días.

BERM.—(¡Qué familia será esta?)

ROSA.—Felices.

CEC.—Servidor.

NIC.—Santos y buenos días.

BERM.—Pasen ustedes pasen ustedes. (Entran todos en escena.)

D.^a VIC.—Usted debe de ser el maestro de armas ¿verdad? (A Bermúdez.)

BERM.—Servidor de usted.

D.^a VIC.—Tengo mucho gusto... Beso a ustedes las manos. (A Sandalio.)

SAND.—A los pies de ustedes. (Que se ha puesto la careta de sable.)

D.^a VIC.—(A Rosa.) ¡Qué tipo! ¡Parece un buzo! (A don Cecilio que trae un violín confundido y a Nicasia que viene con un gran lío de ropa.) Siéntense ustedes allí. Ten cuidado, no arrugues eso. (A Nicasia que se sienta en la derecha. Don Cecilio en el foro.)

BERM.—¡Es bonita la muchacha! (A don Sandalio, indicando a Rosa.)

SAND.—(Con esta alambra todo lo veo cuadrulado.) (Se quita la careta.)

D.^a VIC.—(A Rosa.) Procura estar amable con el Maestro, a ver si nos salen gratis las lecciones.

SAND.—Sí que lo es. Y la criadita también. Esas paletas son mi debilidad.

D.^a VIC.—Pues, oiga usted, caballero... (A Bermúdez.) ¡Pero, Jesús! ¡Y qué ligeros andan ustedes de ropa.

SAND.—Es el traje de sala.

D.^a VIC.—Pues, hijo, más parece el de alcoba.

SAND.—(La verdad es que no está uno decoroso.) (Va al foro y se pone la chaqueta.)

D.^a VIC.—Yo no sé si usted nos conocerá. Somos artistas.

BERM.—No recuerdo...

D.^a VIC.—¿No va usted por Eslava?

BERM.—Alguna que otra vez.

D.^a VIC.—Pues ésta es la de Castaños, la Rosita Castaños.

ROSA.—Servidora de usted.

D.^a VIC.—Otra primera tiple.

BERM.—¿Usted es tiple también?

D.^a VIC.—¿Quién, yo? Vamos, hombre, no sea usted guasón. Buena estoy yo para hacer de tiple. Soy otra característica, y gracias.

BERM.—Como dice usted que esta señorita es otra tiple...

D.^a VIC.—Bueno, es otra, porque en el teatro hay varias... Pero crea usted que la que vale allí es esta, aunque la Empresa diga lo contrario.

ROSA.—No exageres, mujer.

D.^a VIC.—¿Lo ve usted? Esta cortedad de genio es lo que me desespera. En el teatro no se puede ser así. Por eso he decidido que viniéramos a pedirle a usted un favor.

BERM.—Usted dirá. (Don Sandalio se sienta al lado de Nicasia.)

D.^a VIC.—Cuéntaselo, mujer. Dile lo que pasa.

ROSA.—Pues mire usted, caballero. Uno de estos días vamos a estrenar una obra; una revista política.

D.^a VIC.—No sé lo que pasará, porque decimos cada cosa...

ROSA.—Se titula *El desarme europeo*.

D.^a VIC.—Ya ve usted que barbaridad.

ROSA.—Tomamos parte todas las primeras. Cada una representa una nación

D.^a VIC.—Y, es claro, el papel más bonito, que es el de Rusia, que debía haberlo ésta, se lo han dado a la Morales, una protegida del empresario.

ROSA.—Una tía sin vergüenza y que nos quiere tomar el pelo a los demás.

D.^a VIC.—No hace lo que ésta, que es toda una señorita.

BERM.—Ya veo, ya...

D.^a VIC.—Como que es de muy buena familia.

ROSA.—Ya lo creo. Mi tío, que es el señor, ha sido director de orquesta en Valladolid, aunque ahora está de segundo violín en el teatro.

D.^a VIC.—Y su papá, que ha venido a menos, ha estado en muy buena posición

ROSA.—¡Como que ha llegado a tener nueve coches!

BERM.—¡Hola.

D.^a Vic.—Era alquilador de carruajes.

BERM.—¡Ya!

ROSA.—Pues verá usted. En el cuadro séptimo de la obra hay un asunto de arrendar todas las naciones. El director de escena no entiende una palabra de esas cosas. La Morales y la Ruiz se batan admirablemente. Y por eso venimos a que haga usted el favor de ensayarnos.

BERM.—Con muchísimo gusto.

ROSA.—Tiramos las dos juntas. Esa hace de Turquía y yo de Grecia.

BERM.—¿Conque de griega? (A Rosa.) ¡Estará usted divina! Iré a verla a usted.

D.^a Vic.—No; si la va usted a ver ahora mismo.

BERM.—¿Sí?

D.^a Vic.—Sí; hemos traído los trajes para ensayar, porque con estas faldas...

BERM.—Lo celebro muchísimo. Pasen ustedes al vestuario. Por aquí.

D.^a Vic.—Nicasia, lleva eso allá adentro.

NICASIA.—Voy, señora. (¡Estese usted quieto, hombre!) (A don Sandalio, que ha estado a su lado tirándole pellizcos.)

SAND.—¡Qué carnes tan duras tienen estas paletas!

ROSA.—(A Bermúdez, con coquetería.) Enséñeme usted alguna postura bonita, ¿eh? que no sea más que para hacer rabiarse a la Morales... Que vea ella que yo no también quien se interese por mí.

BERM.—Descuide usted.

ROSA.—¡Pero qué simpático es este caballero! Hasta luego. Salgo en seguida. (A Nicasia. (Vase con Nicasia al vestuario.)

BERM.—¡Es monísima esa chiquilla!

D.^a Vic.—Pues si la oye usted cantar... Es la mejor tiple del teatro, créame usted. En el dúo conmigo está que da el opio.

BERM.—¿Pero usted canta?

D.^a Vic.—¿Yo? Ya lo creo. También doy el opio... en píldoras. Pero me parece por siete pesetas no van a contratar a la Patti. Vaya, hasta luego. Es cosa de momento. Ya sabe usted que los artistas de teatros por horas nos vestimos por. (Vase al vestuario.)

BERM.—Hasta luego, señora. (Don Sandalio coloca una careta en la banqueta de la puerta, coge un florete y empieza a hacer fondos y dar estocadas saltando cómicamente.)

Dichos, menos doña Vicenta; Rosa y Nicasia. Luego Juan.

BERM.—(¡La tiple es bonita, sí, señor! Y me parece que de corta de genio tiene tanto como de bien educada.) ¡Don Sandalio! ¡Eh, don Sandalio!

SAND.—Mándeme usted.

BERM.—Déjese usted de saltitos y vamos a trabajar las manos.

SAND.—Ya han trabajado, ya. Le he dado cada pellizco a la criadita...

BERM.—Sí, ¿eh?

SAND.—Soy *atrós*, como dice mi mujer.

BERM.—Tome usted estas pesas. Son ligeritas... Los ejercicios son los siguientes.

SAND.—Los conozco. De muchacho he trabajado mucho.

BERM.—Bueno, pues a sudar, a sudar.

SAND.—(Haciendo ejercicios con las pesas.) (Dice bien este señor. La tiple es muy buena... Y debe estar muy bien formada... Si yo me atreviera...) (Procura por todos los medios fisgar por entre las cortinas. Se pone en cuclillas para mirar por debajo, siempre haciendo ejercicios con las pesas.)

BERM.—(A don Cecilio.) Es muy simpática su sobrina de usted.

SAND.—Es un ángel la pobrecita.

BERM.—Y parece muy inocente.

SAND.—Es más buena que el pan. La Empresa no la estima en lo que vale, pero su pan se lo coma. Yo me callo, porque la necesidad me obliga. He ocupado varias posiciones; pero ahora... A falta de pan, buenas son tortas.

BERM.—¿Han almorzado ustedes?

SAND.—No, señor. Lo hacemos siempre después del ensayo. (Entra Juan en escena.)

BERM.—Pues hoy almorzaremos juntos.

CEC.—Como usted quiera.

BERM.—¡Juan!

JUAN.—Mande usted.

BERM.—Vete a casa y que no me esperen a almorzar

JUAN.—En seguida, sí, señor.

Dichos y Rafael.

RAF.—Aquí estoy de vuelta.

BERM.—Hola, Rafaelito.

JUAN.—Tome usted esta carta que ha dejado la criada de arriba. (Dando una carta a Rafael. Vase por la primera derecha.)

BERM.—¿Cartita de la novia, eh?

RAF.—Sí, señor. Será diciéndome dónde va esta noche. (Don Sandaño ha ido acercándose al portier del vestuario, haciendo ejercicios con las pesas, y al poner los brazos en cruz, entreaire intencionadamente el portier y mira.)

D.^a VIC.) (Dentro.) ¡Ay!

ROSA.)

TODOS.—¿Qué?

SAND.—Nada, nada, que he tropezado sin querer... (¡De primer orden!)

RAF.—¿Quién está ahí?

BERM.—Dos típles de zarzuela.

RAF.—Hombre, me alegro.

SAND.—La joven es preciosísima.

BERM.—No tanto como su novia de usted.

SAND.—¿El señor tiene novia?

BERM.—La señorita del segundo. Una chiquilla encantadora.

RAF.—Es favor.

SAND.—Sí, ¿eh?

BERM.—La infeliz se pasa la vida en el balcón.

RAF.—(¿Qué me dirá la pobrecita?) (Abre la carta.)

SAND.—(Veamos esa preciosidad.) (Deja las pesas, y se acerca al balcón del foro.)

RAF.—(Después de leer.) ¡Caracoles!

BERM.—¿Qué?

RAF.—Que me divierto si llego a asomarme: «Rafael de mi vida, no te asomes por Dios. Mamá no se separa del balcón.»

SAND.—(En el balcón, y después de mirar hacia arriba.) (No veo nada.)

RAF.—«Tiene la regadera llena de agua.»

SAND.—(Le cae encima un chorro de agua.) ¡Huy! (Entrando en la escena.)

TODOS.—¿Qué?

BERM.—¿Qué es eso?

SAND.—¡El diluvio!

TODOS.—¡Ja, ja, ja!

RAF.—Cosas de mamá. Ya me lo anunciaba mi novia. (Riéndose.)

SAND.—Podía usted habérmelo advertido.

RAF.—Ese chaparrón era para mí.

SAND.—Pues no debe usted una mojadura. (Me divierto si no llego a ponerme esta chaqueta.) (Se quita la chaqueta y se pone su chaleco y su levita.)

Dichos y Rosa vestida de griega (traje teatral.)

ROSA.—Aquí me tienen ustedes.

BERM.—¡Preciosa!

RAF.—¡Olé!

BERM.—¡Está usted preciosa!

CEC.—¿Verdad que está muy guapa? (A Bermúdez.)

BERM.—¡Ya lo creo! ¡Griega pura! Tiene usted la correcta línea de la arquitectura clásica de Corinto.

ROSA.—¡Andal! ¡Pues no está usted poco *finolis!*

Dichos y doña Vicenta vestida de turca (traje teatral) Nicasia

D.^a VIC.—Aquí está la sultana.

BERM.—¡Señora!

1ª Vic. —¿Qué les parezco a ustedes?

ERM. —¡Encantadora!

RF. —¡Preciosa!

ND. —¡Divina!

1ª Vic. —¡Guasones!

NSA. —Anda, Vicenta, vamos al duo.

1ª Vic. —Vamos a donde quieras.

NSA. —Tfo, empiece usted. Vengan unos sables. (Pepito les dá los sables.)

P. —Ahí van.

NSA. —(A Bermúdez.) Cantaremos el duo para llegar al momento del asalto.

ERM. —Venga de ahí.

NSA. —(Se prepara para tocar el violín.) Cuando ustedes quieran.

MÚSICA

NSA. Soy la nación que un día
fué emporio del saber.

1ª Vic. Pues yo soy la Turquía
y sé lo que hay que hacer.

NSA. Yo dominarte espero.

1ª Vic. Pues vamos a luchar.

NSA. Nos mira el mundo entero.

1ª Vic. ¡Te voy a reventar!

NSA. Yo soy la griega.

1ª Vic. Yo soy la turca.

NSA. Y a los compases

Dando unos pasos de mazurca.)

de una mazurca

¡Sí! ¡Sí!

crucemos los aceros

para luchar aquí.

Al término de la mazurca chocan los aceros, verificando los siguientes movimientos: corte —
—corte—segunda—quinta—corte—revés—corte y segunda. Terminados estos mo-
vimientos, Bermúdez y demás personajes dicen: «¡Bravo! ¡Bien!» Sigue la música.)

HABLADO

NSA. —(A Bermúdez.) ¿Verdad usted que es una mazurca preciosa?

ERM. —¡Ya lo creo!

NSA. —Se baila sola.

ERM. —No; sola no. Es de las que están pidiendo pareja.

NSA. —Pues ande usted. (Da el sable a Pepito.)

ERM. —Vamos allá. (Bailan.)

RF. —¿Sultana, quiere usted?

1ª Vic. —Sí, hijo, sí... (Bailan.)

ND. —Anda, chica, nosotros no hemos de ser menos. (Coge a Nicasia y baila con
Pepito baila solo.)

Dichos y el Maestro

NSA. —(Por la primera derecha.) ¿Eh? ¿Qué escándalo es este? (Se suspende el
Don Cecilio sigue tocando.)

P. —(¡Mi tfo!)

ERM. —(¡El Maestro!)

NSA. —¿Qué significa esto?

1ª Vic. —¿Quién es ese tfo? (A Bermúdez.)

ERM. —El tfo de aquel. (Por Pepito.)

NSA. —¡Cállese usted hombre! (Don Cecilio deja de tocar.) ¡Pero señor Ber-

ERM. —Oiga usted, Maestro. Las señoras son dos artistas que vienen a ensa-

NSA. —Pues me parece que no es esta la manera...

RF. —Pero, ¿qué le importa a este señor?

ERM. —Es el dueño de la sala. Yo no soy más que un sustituto.

NSA. —¡Ah! ¿Conque el señor es?... ¡Pues oiga usted, caballero!

NSA. —(¡No es fea la muchacha!)

ROSA.—Nosotras deseábamos tomar unas lecciones...

MAES.—Aquí no es posible.

ROSA.—Jesús, hombre, no se ponga usted así. (Con coquetería.)

MAES.—(Aparte a Rosa.) ¿Dónde vive usted?

ROSA.—(¿Para qué?)

MAES.—(Para ir a darle a usted las lecciones en su casa.)

ROSA.—(¿Sí, eh?) ¡Pero qué simpático es este caballero!

D.^a VIC.—(A Bermúdez.) ¿Ha visto usted qué muleta tiene la chiquilla?

BERM.—Señores, una proposición.

TODOS.—¿Qué?

BERM.—Les convido a ustedes a almorzar.

ROSA.—Muy bien pensado.

D.^a VIC.—Con muchísimo gusto. (Mucha animación.)

MAES.—Señor de Bermúdez, yo no puedo permitir...

BERM.—Tranquilícese usted, Maestro. No se trata de almorzar aquí. Iremos a los Viveros.

MAES.—Digo, que yo no puedo permitir... que lo pague usted solo. Lo pagaremos por mitades.

SAND.—No, señor; por terceras partes. Yo me voy con ustedes.

D.^a VIC.—¿También usted?

SAND.—Sí, señora. Lo que a mí me hace falta es mucho jaleíto.

Dichos y doña Nicolasa que va a abrir la mampara y se detiene al oír la voz de don Sandalio.

NICOL.—(¿Eh?) (Desde la puerta.)

ROSA.—¡Miren el vejete!

SAND.—Iremos a los Viveros. Yo me encargo del *Champagne*.

NICOL.—(¿Qué díse?)

BERM.—¿Y si se entera la señora?

SAND.—No me hable usted de mi señora. Estoy de ella hasta aquí.

NICOL.—(Entrando resuelta.) ¡Ah, pillito!

BERM.—¡Cataplum!

D.^a VIC.) ¿Eh? (Movimiento de sorpresa en todos los personajes.)

ROSA.

SAND.—(¡Santa Bárbara bendita!)

NICOL.—¡Ya te daré yo a ti Viveros, sinvergüensa!

MAES.—¡Señora!

SAND.—¡Nicolasita!

NICOL.—¡Ande usted para casa! (Le da un empuellón y le pega un sombrillazo en la beza.)

SAND.—¡Touché!

NICOL.—¡Ande usted! (Vase don Sandalio, empujado siempre por doña Nicolasa, que le sigue furiosa.)

Dichos, menos Sandalio y doña Nicolasa.

BERM.—¡Vayan benditos de Dios!

MAES.—¡Pues, señor! ¡Buena está hoy la sala de armas!

ROSA.—Tranquilícese usted, Maestro. Los únicos que pueden quejarse de la sala de armas son los señores, y nosotras nos encargamos de pedirles que se perdonen. (Al público.)

ROSA.

D.^a VIC.

Yo un aplauso pediría.

El público nos aprecia

y no nos lo negaría.

ROSA.

D.^a VIC.

Pues, ¡os lo pide la Grecial!

¡Y os lo ruega la Turquía!

TELON

¡SU SALUD PELIGRA! TERRIBLES MICROBIOS LE ACECHAN!

No espere Ud. a que las Autoridades le indiquen que el agua está contaminada, pues hasta entonces habrá bebido alguna cantidad; tenga por costumbre filtrar siempre el agua, aunque no venga completamente turbia. Para ello nada mejor que el Depurador Higiénico y Rápido "ARSO" que equivale a tener un manantial en casa.

De venta: Fábrica "ARSO"
CARDENAL CISNEROS, 28. - MADRID
BUJÍAS FILTRANTES PARA TODA CLASE DE FILTROS

HEMOS PUESTO YA A LA VENTA LAS DE LOS NUMEROS PUBLICADOS POR LA **NOVELA CORTA** DESDE EL 1.º DE ENERO AL 30 DE JUNIO DE 1917
PRECIO: 1,50 PTAS. A PROVINCIAS, CERTIFICADAS: 1,75 PTAS.

Los publicados por **La Novela TEATRAL**

- TA DE BLANCAS.—Felipe Trigo.
OBRINA DEL CURA.—C. Arniches.
MÍSTICO.—Santiago Rusiñol.
SE MIDIOSES.—Federico Oliver.
CACATÚAS.—Casero y G. Alvarez.
OBO.—Joaquín Dicenta.
MOTO, LA SAMARITANA.—Torres del no y Asenjo.
VERDUGO DE SEVILLA.—García Álvarez y Muñoz Seca.
OS SOMOS UNOS.—I. Benavente.
EY GALAOR.—F. Villaespesa.
ASA DE QUIROS.—C. Arniches.
AR XI.—Muñoz Seca, García Álvarez y Pérez Fernández.
IC DE ORO.—Paso y Abati.
REVIVIRSE.—Joaquín Dicenta.
A DE DIOS.—Arniches y García Álvarez.
ARDENAL.—I. Rivas y Reparaz.
OBRE VALBUENA.—Arniches y García Álvarez.
IMBRE QUE ASESINÓ.—Traducción de Antonio Palomero.
ESTRELLAS.—Carlos Arniches.
DRETES.—Carlos Arniches.
ÑORITA DE TREVELEZ.—Carlos Arniches.
FINA LA RUBIALES.—Torres del no y Asenjo.
HUMEYA.—Francisco Villaespesa.
ÑOR FEUDAL.—Joaquín Dicenta.
A TERNA VÍCTIMA.—Felipe Trigo.
SAMSON.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
Z DE CORIA.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.
OCONDA.—G. d'Annunzio. Traducción de Francisco Villaespesa.
LAVERA EN OTOÑO.—G. Marz Sierra.
RIMEN DE AYER.—Joaquín Dicenta.
STERIO DEL CUARTO AMARILLO.—Traducción de Gil Parrado.
FRANCOFF.—Vital Aza.
33 LA REBOTICA.—Vital Aza.
34 LA FRESCURA DE LAFUENTE.—García Álvarez y Muñoz Seca.
35 PRIMEROSE.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
36 CIENCIAS EXACTAS.—Vital Aza.
37 Doña María de Pañilla.—F. Villaespesa.
33 RAFFLES.—Traducción A. Palomero.
39 LA PRAVIANA.—Vital Aza.
40 EL GRAN TACAÑO.—Paso y Abati.
41 MIRAN POLINA.—Cristóbal de Castro.
42.—GENIO Y FIGURA.—Arniches, Abati-Paso y García Álvarez.
43 LA GÉNFUZA.—Carlos Arniches.
44 LA VIÉJECITA.—Miguel Echegaray.
45 PARADA Y FONDA.—Vital Aza.
46 LA ALEGRIA DE LA HUERTA.—Paso y García Álvarez.
47 PETIT-CAFÉ.—Tristán Bernard.
48 LOS NOVELEROS.—Edmond Rostand.
49 ELECTRA.—Benito Pérez Galdós.
50 TIQUIS MIQUIS.—Vital Aza.
51 EL ÚLTIMO BRAVO.—G. Alvarez y Muñoz Seca.
52 LA MARCHA DE CADIZ.—García Álvarez y Lucio.
53 DOÑA PERFECTA.—Benito Pérez Galdós.
54 LA HIZONA.—Godoy y Alarcón.
55 MIQUETTE Y SU MAMA.—Robert y Callvet.
53 LOS CUATRO ROBINSONS.—Muñoz Seca y García Álvarez.
57 LOS GEMELOS.—Tristán Bernard.
53 LA LOCA DE LA CASA.—B. Pérez Galdós.
59 GIGANTES Y CABEZUDOS.—Miguel Echegaray.
60 DANIEL.—Joaquín Dicenta.
61 EL CHICO DEL CAFETIN.—Torres del Alamo y Asenjo.
62 REALIDAD.—Benito Pérez Galdós.



HASTA EL GATO

reconoce instintivamente las admirables condiciones lumínicas de la lámpara de filamento

- - - metálico estirado irrompible - - -

OSRAM

Concesionario: León Ornstein, Madrid

NOVELA
CENTRAL



Pastor y Borrego

Juguete cómico en dos actos

GARCIA ALVAREZ y MUÑOZ SECA

Jovencos
1910.

ts.

ADÍA

FRINÉ

REVISTA FEMENINA POPULAR

INTERESA EXCEPCIONALMENTE A LA

Mujer Elegante

LA TOILETTE

El peinado.—Los sombreros.—Las joyas.—Los perfumes.—El pañuelo.—La sombrilla.—El calzado.—El corsé.—Los vestidos.—Los bolsillos.—Los velitos.—Ropa interior.—Cintas y lazos.—El lujo.—Los colores.—El traje único.—Trajes de casa.—Trajes de Sport, de Teatro, de Fantasía.—Las creadoras de la moda, etc.

LA ELEGANCIA EN EL TRATO SOCIAL

Las cartas.—Las tarjetas.—Las visitas.—Las bodas.—Los bautismos.—Bailes.—Tés.—Pésames.—La conversación.—El salón.—Recibos en casa.—Los huéspedes.—Relaciones sociales.—Los paseos.—El Teatro.—Regalos.—Las comidas.—Presentaciones.—Relaciones familiares.—Juegos, Sports.—Estudios y lecturas, etc.

Mujer Bonita

BELLEZA FÍSICA

Preceptos higiénicos del tocador, para la conservación de los cabellos.—Los ojos.—La nariz.—La boca.—El cutis.—Masaje.—Gimnasia.—Electricidad.—Régimen alimenticio.—El crecimiento.—La delgadez.—La obesidad.—Los baños.—Las manos.—El busto.—Las formas.—El pie.—Secretos para no envejecer.—Las arrugas.—Disimulo de los defectos.—Los lunares, etc.

Mujer de su Casa

EL HOGAR

El arte de amueblar.—Organización de la casa.—El salón.—El tocador.—El comedor.—La alcoba.—La despensa.—La cocina.—El despacho.—Flores.—Bordados.—Encajes.—Ropa blanca.—Costura y planchado, etc.

Mujer en General

LA MUJER CONTEMPORÁNEA

Sus derechos.—Las conquistas del sufragismo.—Lo que debe saber.—La joven.—La esposa.—La madre.—La abuela.—La viuda.—La soltera.—La gran dama.—La señorita.—La funcionaria.—La artesana.—La aldeana.—La religiosa.—La sirvienta, etc.



Pastor y Borrego

JUQUETE CÓMICO EN DOS ACTOS DIVIDIDOS EN CUATRO CUADROS

original de

Enrique García Alvarez y Pedro Muñoz Seca

PERSONAJES

A.
ATA.
NIA.
NICA.
TEA.
A.
EYO.
FÓN

JESUS.
LEON.
CÉSAR.
PEÑA.
PEROJO.
GOMEZ.
ZAMBRANO.
RODULFO.

PELAEZ.
MARCIAL.
MASSINI.
MACIAS.
BAUTISTA.
BAEZA.
RAMON

ACTO PRIMERO

uerto de calle o plaza. En el lateral derecha un clásico y típico aguaducho y ante él
apar de mesitas, con sus asientos correspondientes. Es de día. La acción en Madrid.
Eca actual.

entarse el telón, están en escena Dorotea, una buena moza, Zambrano, Rodulfo y Pe-
a. Dorotea es la dueña del aguaducho; Zambrano, es un tío como de cuarenta años.
nicero de los barrios bajos, en traje de gala; sentado ante la primera mesita de la de-
na, lee un periódico. Rodulfo y Peláez, dos hombres de mediana edad y bien porta-
sentados ante la otra mesita, conversan animadamente entre sorbo y sorbo de cer-
ta.)

Co.—Te digo que es un hombre imposible. Me juró por la salvación eterna de

su santa madre y por la vida de un hijo que tiene con una tía y una prima en Do-
Hermanas que ayer me remitiría sin falta, las seiscientas veinticinco pesetas. Creo
que después de esperarle cinco años, Job a mi lado es un frenético.

PEL.—Incurable.

ROD.—Bueno, pues ayer he recibido en unión de una peseta, el siguiente con-
tinenal. (Saca una carta y lee.) «Entrañable Rodulfo: Estoy bajo el peso de uno de
los dolores más lacerantes que pueden padecerse en este asteroide, vulgo tierra.
No puedo cumplir los dos bárbaros juramentos que le hice en el Monopol. Veo
el alma de mi santa madre en medio de espantosas llamas y contemplo a mi vásta-
go querido al borde de la meningitis. Ahí va una peseta por si puedo aliviar en al-
go estas dos hecatombes. Abra su víscera cardiaca al noble sentimiento de la
compasión y perdone a este suyísimo idólatra, Q. E. L., P. Pastor.» ¿Eh? ¿Qué
te parece?

PEL.—Escucha. ¿Qué quiere decir Q. E. L.?

ROD.—Que está loco: me lo dice aquí en una llamada. Como comprenderás es-
to es un timo.

PEL.—Yo que tú daba parte.

ROD.—¿Pero cómo voy a dar parte de una peseta?

PEL.—Lo que no comprendo es cómo te dejaste sacar esas seiscientas veinti-
cinco pesetas, sabiendo como sabes que ese Pastor es un sinvergüenza.

ROD.—Qué quieres: es un hombre que comienza a hablarte y te embauca. Me
propuso un negocio de paraguas, que yo me dije, esto va a ser un diluvio de pe-
rros, porque se trataba de unos paraguas que en cuanto les caían cuatro gotas se
abrían solos.

PEL.—¡Atiza!

ROD.—Y podían expenderse a una cincuenta.

PEL.—¡Menudo negocio!

ROD.—Bueno, pues me encandiló, apoquino la luz para materiales, él me deja
un violín Stradivarius en prenda, y a los quince días recibo la primera remesa de
artefactos contra la lluvia. Los examino, y como no veía el mecanismo por ninguna
parte, le escribo diciendo, ¿estos paraguas, por donde se abren? Y me contesta:
esos paraguas se abren por la tela, que es muy mala.

PEL.—¡Chavó que tío!

ROD.—Como podrás imaginar, me atufé y dudando ya de que el violín fuese un
Stradivarius, me fui a casa de un prestamista inteligente en instrumentos, se lo
mostré le dije... «seiscientas pesetas» y para que oyera sus voces me puse a to-
car el violín.

PEL.—¿Qué te contestó él?

ROD.—Pues una paradoja: que estaba tocando el violón, que aquello no valía
arriba de catorce reales y que si quería por él treinta céntimos. Vamos, pa des-
plomarse.

PEL.—Los hay frescos.

ROD.—Lo que toca este Pastor apaga un incendio con un suspiro.

PEL.—Pues a ese Pastor le deja con chichonera un tal Borrego que yo conoz-
co. ¡Señores, que lábia de hombre! ¡Con decirte que a mí, que no tengo un real
me sacó dos mil reales para la construcción de una dama-juana, que él llamaba
dama juana cantora!

ROD.—Me dejas frío; tú, ¿y qué era eso?

PEL.—Pues una vasija para alcoholes, que le quitabas el tapón y tenía un me-
canismo que principiaba a cantar: «Tápame, tápame, tápame...»

ROD.—¡Rediez!

PEL.—Bueno, el día que me lo encontré y me dijo que no había podido con-
truir la dama-juana, porque como la música era tan bonita, en cuanto principia-
ba a sonar saltaba el cristal... por poco le ahogo.

ROD.—¡Hay cada pillolo!...

PEL.—Bueno, tú, que ya habrá bajao don Napoleón a la oficina. Vamos.

- o. — ¿Pagas tú o pago yo?
- o. — Hombre, no quiero ser te gravoso: paga tú.
- o. — Te lo preguntaba porque si decías que pagara yo, te iba a replicar que go dinero.
- o. — Está bien. (Llamando.) ¡Joven!
- o. — ¡Va!
- o. — (Volviendo la hoja del periódico.) A ver qué dice la guerra. Aquí está. (Le Desde Servia; Servios helados... ¿eh? Será servios helados. (Dorotea se a Rodulfo y Peláez, este le da una moneda y Dorotea vuelve al kiosko en busca de En este momento entra en escena por la izquierda, Pompeyo, ilustre héroe de esta ste Pompeyo es un hombre de cuarenta y cinco años, medianamente trajeado. Gasta ga barba y conduce un enorme canasto lleno de estatuillas de yeso.
- o. — Vendo barato. Estupendas reproducciones de las más notables escultu- Partenón. El Apolo de Belvedere, la Diana de Versailles. Arte, elegancia, na.
- o. — (Sin mirarlo.) No queremos nada.
- o. — Bustos de Wagner, Listz y Rossini que están hablando.
- o. — No se canse usted.
- o. — Abadía de Wesminster, cementerio de Gónova, atrio de Pisa, pòrtico oles, y... ¡espárrago, Rodulfo! (Se vuelve de espaldas para no ser visto por
- o. — (A Dorotea que le entrega unos perros.) Toma, para tí.
- o. — Muchas gracias.
- o. — Hasta mañana.
- o. — Vayan ustedes con Dios. (Se van por la izquierda Rodulfo y Peláez.)
- o. — (Viéndoles irse.) Y el otro es Peláez; si me reconocen liquido por d'errir- cándose a Zambrano.) Vendo barato. Estupendas reproducciones de las más s esculturas del Partenón.
- o. — Retírese y no moleste.
- o. — Caray, Zambrano. El cielo me lo envía. (Coloca el canasto sobre la mesa ada. Llamando a Dorotea.) ¡Pchs! *
- o. — (Acercándose.) ¿Qué va a ser?
- o. — ¿Qué hay?
- o. — Vermout, coteles, sidra, cerveza y gascosa.
- o. — Digo que, qué cuentas.
- o. — Pitorreito, ¿eh?
- o. — Tráeme media del Gaitero, que siempre ameniza.
- o. — En seguida.
- o. — (Llamando en voz baja.) Zambrano (Zambrano mira a su alrededor y continúa
- o. — ¿Quién es usted?
- o. — (Quitándose la barba postiza.) Un primo de León Tolstoy.
- o. — ¡Borrogo!
- o. — No grites, que me comprometes.
- o. — Ven acá, hombre. (Pompeyo se guarda la barba en el bolsillo y se sienta junto con barba postiza y vendiendo esculturas?
- o. — Hay que agarrarse a una tachuela al rojo, que mira que es difícil.
- o. — (Con el servicio en la mano y buscando a Pompeyo.) Ya volverá: se ha dejado stablecimiento. (Acercándose a Pompeyo.) ¿Qué va a ser?
- o. — Ya le he dicho que media del Gaitero.
- o. — (Sirviéndole.) Usted dispense, (¿Será Frégoli?) (Se retira al kiosko.)
- o. — Bueno, chico, me has dejao a quince bajo cero.
- o. — (Bebiendo.) A tu salud.
- o. — ¿Me quieres decir qué significa esa barba y ese canasto?
- o. — Pues el canasto, las esculturas, y la barba significa que no tengo dos

ZAM.—Lo de siempre.

POM.—Me encontré a Ramoncillo Mas, que se dedica a vender esto con el apellido de Massini, me metió en el negocio, asegurándome que cada escultura dejaría cuarenta y cinco céntimos limpios y yo dije: arreando.

ZAM.—¿Y te dejan eso efectivamente?

POM.—Me han reventado, porque hay días que ando diez kilómetros y no voy do ni una cazadora.

ZAM.—¿Cómo una cazadora?

POM.—Una Diana. Bueno, me he llegado a convencer que todo esto es música. Wagner, Listz, Apolo... música. Las Dianas, música.

ZAM.—Pero escucha, ¿y lo de la barba?

POM.—Lo de la barba merece capítulo aparte. (Bebiendo.) A tu salud.

ZAM.—Que aproveche.

POM.—Pues lo de la barba, querido Zambrano, es como si dijéramos una cotilla de malla que me preserva de una de estacazos que no tienes idea. He abusado de la cándida confianza de más de cuatro amigos, y hay por ahí diez o doce prójimos que abrigan la jocosidad de dar una pateadura a Borrego.

ZAM.—¡Atiza!

POM.—Y otros diez o doce que sueñan con patear a Pastor.

ZAM.—¿A qué Pastor?

POM.—O séase Borrego.

ZAM.—¿Pero qué dices?

POM.—Pues digo que para unos soy Pastor y para otros Borrego. ¡Oh! Si llevase el mismo apellido para todos, sería horrible. De este otro modo, cuando una víctima de Borrego habla con una víctima de Pastor, hay aquello de ¡bah! ese Pastor es un santo, una torrija al lado de un tal Borrego que yo conozco, y así, mientras unos me pelan... otros me dan jabón.

ZAM.—Eres único... ¿Cómo quieres que te llame?

POM.—Pompeyó, que es mi nombre de pila.

ZAM.—Pero vamos a ver, ¿tu no eras agente de una compañía de seguros contra incendios?

POM.—Sí, pero los incendios dejan muy poco. Ahora represento a una compañía portuguesa de seguros contra el robo.

ZAM.—¡Qué raro!

POM.—Una compañía muy seria; se llama: «O terror de los sinvergonzas».

ZAM.—Bueno, tú acabas en un pedestal.

POM.—Pues si tú supieras la martingala de que me valgo para hacer los seguros, de admiración me pagabas esta sidra.

ZAM.—Pagada: estás en mi mesa. Cuenta, que me tienes en brasas.

POM.—Con tu permiso. (Llamando.) Camarera; doble Aguila. Esto del G... también es música. (Dorotea le sirve lo pedido.) Pues verás. Me presento en una casa de buen aspecto, reclamo la presencia del dueño, comparece y usando de estocada elocuencia persuasiva que me es proverbial, le propongo el seguro en cuestión. Que acepta, pues, un reconocimiento verdaderamente facultativo. Que me dice lo siento mucho, pero... ¡Catapúm!... Caigo en sus brazos como herido por un cartucho y con esta carita que no me negarás que es cadavérica... (Hace un gesto)

ZAM.—¡Reféretro, qué fisonomía! Bueno, ¿y qué pasa?

POM.—Pues pasa que el caballero se chupa un susto espantoso; llama a la familia, me acomodan sobre un sofá, una «chaise-longue» o una cama, que se dan los dos; todo el mundo se asusta, se sobresalta, se aturde, yo descanso una hora, que no es mucho y por fin suspiro, me estremezco, parpadeo, abro los ojos, dejo rebalar dos lágrimas cocodrilescas y digo compungido a los que me rodean... Debilidad... una debilidad que me consume. La reunión se entenece y viene un consorcio, vienen dos o tres copitas de Málaga. Yo repito mi agradecimiento, repito que es debilidad, repito el Málaga y entre sorbo y sorbo les coloco una página folletinesca de mi vida. Una noche tenebrosa; un silbido, un balcón que se abre, tres en

carados que entran y el robo, la miseria; el delirio. Apoyo la conveniencia de jurarse contra los ladrones y salgo de allí, con el cuerpo reposado, el estómago caliente y una nueva póliza en el bolsillo.

LAM.—Eres más grande que el Océano Pacífico.

POM.—Lo que tengo es una imaginación que sonriete de Dumas padre y conñate de risa de Dumas hijo. Claro que estas cosas suelen tener sus quiebras te digo que estoy amenazado de muerte, no te engaño.

LAM.—¡Caray, tii!

POM.—Hay en Madrid un mediquito que ha jurado tacharme del censo y lo veo das horas mojando la pluma.

LAM.—¿Quién es?

POM.—Un tal don Camilo Peña, médico de una casa de Socorro y especialista corrientes eléctricas.

LAM.—Pues ese es muy bruto, Pompeyo.

POM.—Brutísimo y me preocupa. Bueno, la que le he jugado ha sido volcanes. Bien sabe Dios que fué por hacerle caso, pero ha sido volcanesca.

LAM.—¿Qué fué, di?

POM.—Pues nada, que yo, como sé algo de electricidad, entré en su casa de yante y a los pocos días de estar en su clínica, me llama y me dice: Lobo—bue-esto de Lobo es un apellido que yo suelo usar en algunas ocasiones.

LAM.—Comprendido; continúa.

POM.—Pues va y me dice: «Lobo, pase usted al gabinete de electricidad y sí- la corriente a un caballero que hay allí; yo tengo que llegarme a San Carlos.» etro y me encuentro con Requejo, un punto que el Polo a su lado es una ca- para tifoidea; hola, Pastor, hola, Requejo, qué cuentas, qué haces... total, que dice, ¿qué te parecería si nos lleváramos todo este instrumental y lo puliéra-? A tus órdenes, le dije yo, y ocurrido y ejecutado.

LAM.—¡Qué barbaridad!

POM.—Excuso decirte; llegó Peña, puso el grito en el cielo y habló de mandar- te presidio, pero yo le puse cuatro letras diciéndole: «Como usted me encargó te siguiera la corriente, puede usted dar gracias a Dios que no se le ocurriera rse el mobiliario, porque por mí se lleva hasta el estuco.»

LAM.—Bueno, el que escriba tu historia se hace de oro.

POM.—¡Bah!

LAM.—Escucha, ¿y tu sobrino?

POM.—Me ha salido rana; ni lo veo ni lo entiendo. Resulta que está bien colo- y que va a casarse con una muchacha rica.

LAM.—¿Quién es ella?

POM.—¡Anda, pues si yo lo supiera, menuda vida me estaría yo dando a costa i futura familia! ¡Pero ya lo sabré y ya caeré en la casa! Hay más días que aniza. (Siguen hablando. Por la derecha, entran en escena, Marcial, guardia de Orden o, muy poco marcial, y Baeza, agente de policía.)

LAR.—Dicen que suele venir por aquí algunas tardes, de modo que con un poco ciencia... ¡Mi madre!

BAEZA.—¿Dónde?

LAR.—Aquí tiene el canasto de las estatuas.

BAEZA.—Ya es nuestro.

LAR.—Bueno, ¿pero dónde está el pájaro?

BAEZA.—Preguntaremos. (Se acerca a Pompeyo.) Ustedes perdonen; soy agente licia.

POM.—¡Oh!

BAEZA.—¿El tío que vende estas estatuas, uno con barba larga y negra?

POM.—Ah, sí. ¿Cómo se llama?... ¡Pintado! No hace dos minutos que estaba a mesa tomando un bock de cerveza y de pronto, dijo: Caray, las cuatro: a pierdo el tren, me voy al mediodía, y salió, escapado. Yo le dije a éste, ca-

ramba con Pintado. ¿pues no se va a las cuatro y dice que se va al mediodía?
¿Verdad?

ZAM.—Si. (¡Señores, qué skatin de hielo!)

BAEZA.—Pues nos hemos caído.

MAR.—A mí se me ocurre un raciocinio; ¿cómo es posible que se haiga marchao dejando acá toda esa yesería?

POM.—¡Bah! No lo conoce usted, dos mil quinientos uno. (Por el guardia, el cual lleva dicho número.)

ZAM.—¿Y qué ha hecho ese sinvergüenza?

MAR.—Nada, que con eso de la estatuaria ha timado a un sin fin de gente.

POM.—¡Hola!

MAR.—Si, señor, y un caballero ha presentado la correspondiente denuncia.

POM.—Cuando yo te dije, Zambrano...

MAR.—Figúrese usted que rifaba a dos cincuenta la papeleta de un magnífico grupo escultórico, representando una hermosísima dama sentada en regio carro del cual tiran uncidas dos majestades de la selva. Y luego se ha puesto claro que lo que rifaba era la fuente de la Cibeles.

POM.—¡Zambrano! (Zambrano no sabe dónde mirar.) ¿Pero tú oyes, Zambrano?

ZAM.—¡Déjame, hombre! Los hay que acatarran.

BAEZA.—¡Y que no podamos atrapar a ese granuja! Como desconocemos su domicilio...

MAR.—Nos trae de cabeza; por su culpa llevamos tres días con hoy haciendo titeres.

POM.—¿Que llevan ustedes tres días haciendo titeres? Pues yo tengo una pista.

MAR.—¿Una pista?

POM.—Para que caiga en el lazo.

BAEZA.—Hombre, nos haría usted el mayor de los favores.

POM.—Oído.

ZAM.—(¡Señores, qué asombro!)

POM.—Yo no sé donde vive Pintado, pero sé dónde vive su amigo Massini, que es quien le proporciona esa cacharrería. De manera que se me ocurre esta idea Sherlojólmica. Aquí este simpático mantenedor del orden toma ese canasto que debe pesar lo suyo, y acompañado del celoso detective que me escucha, se planta en casa de Massini, hasta cuyo portal yo tendré un verdadero gusto en acompañarles. Suben al quinto piso, entregan el susodicho canasto y aguardan tranquilamente la llegada de esa urraca tempanesca.

MAR.—Es usted un padre nuestro.

POM.—¡Ave María, señores!

BAEZA.—Pues no hay más que hablar.

POM.—Eso; guardia, coja usted ese canasto.

MAR.—Ayúdeme usted, señor Baeza. (Entre Marcial y Baeza colocan bien las fincas.)

ZAM.—(Aparte a Pompeyo.) (¿Pero qué intentas?)

POM.—Hombre, que me lleven el canasto, porque, chico, pesa que desvencija.

ZAM.—No tienes par.

POM.—Pues verás ahora. (A Baeza.) Tendré una verdadera satisfacción en cooperar al castigo de ese granuja, porque esos sinvergüenzas que hacen rifas apócrifas desprestigian a los que nos vemos en la imperiosa necesidad de ganarnos un mendrugo de pan rifando honradamente cosas de verdadero valor. Hace un mes que llevo trescientas papeletas de rifa de un solitario divino y no he podido colocar más que tres o cuatro, y cuidado que el precio es una vergüenza.

MAR.—¿A cómo las vende?

POM.—A una veinticinco. Un solitario buenísimo; cuantas personas le han visto me han dicho: amigo Becerra, ¿cómo rifa usted a tan bajo precio un solitario tan bueno?

ELENA.—Pues bien, desde que me case, Napoleón no ha dejado de tener celo de él ni un solo día.

ANT.—¿Es posible?

ELENA.—Unos celos otelianos, horrible, y ahora con motivo sin duda de la agudísima neurastenia que padece, estos celos se han recrudecido de tal modo que no te exagero, mi vida es el más cruento de los calvarios.

ANT.—¡Pobre Elena!

ELENA.—Si callo, es que pienso en él; si hablo y río, es que me aturdo para olvidar su imagen.

ANT.—¡Jesús!

ELENA.—Desde hace quince días sostiene que del Campo está en Madrid, y como él no le conoce personalmente, todas las personas se le antojan del Campo. ¡Horrible, querida mía! Ayer vino a verme Felipe Flores, mi primo, y mira si estará obcecado que creyó que era Flores del Campo... y por poco le da un jabón.

ANT.—Sí que estás divertida.

ELENA.—Me vuelvo loca buscando un ardid para disipar sus dudas, sus celos, y no lo hallo. (Ruido de voces dentro.) Nuestras hijas; disimulemos. (Limpia sus ojos. Por la segunda puerta de la derecha entran en escena Clarita, hija de doña Elena, y Domíca, hija de Antonia.)

CLAR.—Pues celebro que te hayan gustado.

DOM.—Hemos estado viendo los regalos. Son todos lindísimos. Sobre todo ese anillo de los cuatro solitarios es una preciosidad.

ELENA.—Anda, Antonia, otra pastita.

ANT.—No, Elena, he comido mucho y me da miedo.

ELENA.—A ver este coco.

ANT.—Me da muchísimo miedo.

ELENA.—¿Y tú, Dominica?

DOM.—Ay, no señora. He tomado dos pitisues, un hojaldrado y un mil y pico de hojas y no me cabe más.

ELENA.—Como quieras, mujer.

CLAR.—¿Y por qué no ha venido María Antonia?

ANT.—Porque no sale a la calle.

ELENA.—Esperando, ¿eh?

ANT.—Esperando. ¡Está más tonta! Se le ha metido en la cabeza que va a un niño.

ELENA.—¡Jesús!

DOM.—Y Domingo está en la misma creencia.

ANT.—Domingo está que destila almíbares.

CLAR.—¿Y cómo piensa llamar al primogénito?

ANT.—Domingo, como su padre. Diles otra cosa y has reñido con ellos para siempre. Como que los dos están locos pensando en el Domingo que viene.

ELENA.—¿Pues qué va a pasar?

CLAR.—Hablan de la criatura, mamá,

ELENA.—¡Ah! sí. A veces tengo la cabeza...

ANT.—¿Y cuándo piden la mano de Clarita?

ELENA.—El día primero.

ANT.—¿De modo que dentro de poco serás la señora de la Sierra?

DOM.—(A Clara.) ¿Y quién te pide?

CLAR.—Un amigo de León.

ANT.—¿Pero León no tiene parientes?

ELENA.—Carece de familia y eso nos ha movido a compasión. Tenía un hijo, tal don Toribio de la Sierra, pero afortunadamente murió hace tiempo. Digo afortunadamente, porque de vivir don Toribio, no hubiésemos aceptado las pretensiones de Leoncito. Aquel hombre, según dicen, era un completo sinvergüenza. Yo el que no era posible emparentar. (Por la puerta de la izquierda entra en escena don Jesús, un señor como de cuarenta años, bien parecido y mejor trajeado.)

JESÚS.—Hola, buenas tardes.

LAR.—Hola, tío Jesús.

LENA.—Ven con Dios, hombre. (Presentándole.) La señora de Pinto, su hija... hermano. (Saludos.)

LAR.—¿Has visto a papá, tío Jesús?

JESÚS.—He estado un momento en el despacho, pero hay allí un pelma queriendo hacer un seguro y no he querido que me dé a mí también la tabarra.

LENA.—No has debido dejar solo a Napoleón; ya sabes lo irascible que está continuo por causa de la dichosa neurastenia y si ese caballero se pone pesado, paz de tirarle la prensa.

JESÚS.—Poco daño le hará.

LENA.—Digo la prensa de copiar.

JESÚS.—Ah, entonces le hace cisco.

AP.—(Dentro, gritando.) ¡Elena!... ¡Clara!... ¡Severa!...

LENA.—¿Eh?

LAR.—¿Qué pasará?

AP.—(Como antes.) ¡Ramón!... ¡Elena!... ¡Clarita!...

LENA.—Corre, Clarita.

LAR.—Sí. (Mutis por la izquierda.)

LENA.—Con el permiso de ustedes. (Mutis.) ¡Ay!, le debe haber dado la neurastenia.

NT.—¿Qué ocurrirá?

JESÚS.—¡Nada; neurastenia!

AP.—(Como antes.) ¡Jesús!... ¡Ramón!...

JESÚS.—¡Atiza! Ustedes perdonen. (Mutis.)

OM.—Mamá, aquí debe pasar algo gordo.

LAR.—(Entrando.) ¡Ay, perdonadnos!

NT.—¿Qué sucede?

LAR.—A un caballero que estaba hablando con papá y que le ha dado un accidente. (Llama a voces por la primera puerta de la derecha.) ¡Ramón! ¡Ramón! ¡Venga al despacho! (Haciendo mutis por la izquierda.) Vuelvo en seguida.

NT.—Pues sí que es un contratiempo. Corra, corra usted. (Ramón, criado de la señora, atraviesa la escena de derecha a izquierda.)

OM.—Qué apuro.

NT.—Mira, voy a llevar a María Antonia unas pastas.

OM.—¡Mamá!

NT.—Diez o doce nada más. ¡Como son de casa de Martincho!

OM.—Sí que es una explicación. (Doña Antonia llena el bolso de pastas.)

AP.—(Dentro.) Por aquí, pasarle por aquí.

LENA.—(Dentro.) Sí, a la chaise-longue del gabinete.

NT.—¿Pero nos van a traer al accidentado?

OM.—Sí que es un espectaculito. (Entran en escena por la izquierda, primero Elena, luego Napoleón, Jesús y Ramón, que traen como pueden el exánime cuerpo de Pomponio.)

LENA.—Espacio.

NT.—¡Pobre señor!

LAR.—¡Y está rígido!

AP.—Vamos a tenderle en la chaise-longue.

JESÚS.—¡Ajajá! (Lo acuestan en la chaise-longue.) ¡Vaya un tío pesado!

AP.—No lo sabes tú muy bien.

JESÚS.—Quítele las botas, Ramón; le daremos unos pediluvios por si se trata de un ataque congestivo. (Ramón obedece y le quita las botas.) Tú, Napoleón, desabróchale el cuello. (Napoleón lo hace.)

AP.—Hay que avisar al médico de la casa de Socorro.

LENA.—Anda, Clarita, dí a Severa que corra a buscarle.

JESÚS.—Y tráete una manta de paso.

CLAR.—En seguida. (Vase por la segunda derecha.)

JESUS.—Espera: voy a tirarle con todas mis fuerzas del dedo del corazón por si es un ataque cardíaco. (Lo hace.)

POM.—¡Qué bruto!

ELENA.—¡Pobrecillo!

DOM.—¿Sabes a quién se da un aire, mamá? A aquel que hace dos meses vendió unas papeletas de la rifa de un loro...

ANT.—Es verdad.

ELENA.—¡Ah! ¡Sí!

ANT.—Por cierto que les tocó a las de Ramírez y tuvieron que malvendérselo al rifante, porque el indigno del loro las ponía en ridículo: se pasaba las horas gritando: «Aquí me matan de hambre.»

ELENA.—Pero cuánto tardan en traer esas mantas. Voy yo en un salto. (Mueve por la derecha.)

NAP.—Este hombre no vuelve y ese médico va a tardar dos horas. Anda, Ramón: vuela a la Casa de Socorro y tráetelo en un coche.

RAM.—Sí, señor. (Se va por la izquierda.)

JESUS.—Napoleón, frótale las piernas, mientras esta señora y yo le levantamos los brazos. ¿Sería usted tan amable, señora?

ANT.—Con mucho gusto. (Deja el bolso sobre la mesa y ayuda a don Jesús.)

JESUS.—¿No tienes un frasco de sales?

DOM.—Voy a ver si tiene Clarita. (Se va por la derecha.)

JESUS.—Si no hay sales, éter o algo fuerte.

ANT.—Ahí en mi bolso tengo unas hojas de una planta india de aroma tan penetrante, que no se conoce nada más fuerte. Las llevo por mi Dominica, que es la personificación del histerismo. Espere usted.

JESUS.—No se moleste usted. (Toma el bolso y lo abre.) No, veo las hojas, aquí no hay más que unas pastas.

ANT.—(¡Dios mío!) Busque, busque, entre las pastas deben estar las hojas. Están envueltas en un papel de plomo.

JESUS.—En efecto: estas deben ser.

ANT.—Justamente. (Desenvuelve las hojas, las huele y cae desvanecido en una silla, don Napoleón, doña Antonia y Dominica que entran en este momento, acuden a socorrerle.) ¡Ay!

NAP.—¿Qué es eso?

ANT.—¡Dios mío!

DOM.—¡Ay!

NAP.—¡Jesús! ¡Jesús!...

POM.—(Incorporándose.) (Caray; pues si me dan a oler eso, con la debilidad que tengo me la he buscado.)

ANT.—(A Jesús.) ¡Caballero!

JESUS.—(Estornudando.) ¡Attchís!

NAP.—¡Jesús!

JESUS.—(Abriendo los ojos.) Gracias, muchas gracias. (A Antonia.) Pero, señora ¿qué he olido yo que he creído morirme?

POM.—(Menudo rato me espera.)

ANT.—Es que tendrá usted el estómago cargado; cuando se tiene el estómago vacío produce el efecto contrario.

POM.—(Menos mal.)

ELENA.—Aquí están las mantas, traigo dos grandes de lana y esta otra mantilla por si acaso.

NAP.—¿Has traído la almohada?

ELENA.—No. Le pondremos esta mantilla a la cabeza.

POM.—(Voy a parecer una maja.)

ELENA.—Ayudadme. (Entre todos le colocan una manta a guisa de almohada y le tapa con las otras dos.)

NAP.—Remétele bien para que reaccione.

ANT.—(Con las hojas en la mano.) A ver ahora. (Se las aplica a la nariz.)

POM.—(Maldita sea tu corazón.)

ELENA.—No se inmuta. Dejémosle tranquilo. Bueno, ¿y cómo ha sido? (Antonia da las hojas.)

NAP.—Pues nada, que este hombre entró en mi despacho diciéndome que venía a verme de parte de un tal Garrido, me dijo que se llamaba Montes y comenzó a hablarme del Tempranillo, de los Siete niños de Ecija y del Pernal; yo pensé: me merecería suscribir a una novela por entregas, cuando de pronto se descuelga proponiéndome un seguro contra el robo en la Compañía «O terror de os sinvergon».

ELENA.—¡Qué raro!

NAP.—Bueno, me molestó, me levanté súbito y dispuesto a poner fin a la conferencia le dije seriamente tendiéndole la mano: «He tenido mucho gusto...» Y como que me la oprime hasta hacerme daño, que palidece y que cae sobre mí balbuceando un ¡Ay, mi madre!, que me dejó frío.

ELENA.—¡Dios santo!

ANT.—¡Qué apuro!

NAP.—Figúrese usted, y yo solo en el despacho, porque Rodulfo y Palémez habían salido a pagar a la gente.

DOM.—¡Qué espanto!

JESÚS.—Pues lo que acabas de contarnos corrobora mis sospechas, Napoleón.

POM.—(¡Caray!)

JESÚS.—Su aspecto famélico, su traje en desuso, el mezquino negocio que te proponía... No cabe duda. Ese desmayo no es más que un poco de debilidad orgánica. Hambre, querido Napoleón.

NAP.—Puede que no te equivoques.

ELENA.—Miradle; abre la boca.

JESÚS.—¿No lo dije? Un hambre espantosa.

ELENA.—¡Pobrecillo! Voy a decir que le preparen algún refrigerio, un consome, un bisté y alguna compota. Que vea que ha caído entre personas de buen corazón.

NAP.—Sí.

ELENA.—Dios mío, que vuelva. (Vase.)

POM.—(Ya lo creo que vuelvo; en cuanto que vea el bisté.) (Forman grupo los demás y hablan.) (Caramba, y qué manera de sudar; parece que me han echado encima un chubesqui. Comenzaré a dar señales de vida. Gruñe y se estremece.)

JESÚS.—¿Eh?

NAP.—Se ha movido. (Se acercan a él.)

ELENA.—Está como un tomate.

NAP.—Dentro de cinco minutos tenemos hombre. (Por la primera puerta de la derecha aparecen Clarita y León. Este es un muchacho como de veinticinco años, muy elegante.)

LEÓN.—Me dejas atontado, qué cosa tan desagradable. (Saludando.) Señores. Clarita, doña Antonia! ¿Qué tal, Dominica? ¿Y usted, don Jesús?

JESÚS.—Bien, Leoncito, gracias.

LEÓN.—(A Jesús.) Ya me ha contado Clarita lo ocurrido y lo califico de muy desagradable.

JESÚS.—Desagradabilísimo.

LEÓN.—El sólo relato de ataque tan insólito me ha puesto nervioso, nerviosísimo.

CLAR.—Pobre hombre; míralo, está ahí.

LEÓN.—¿A ver? (Se acerca, ve a Pompeyo y tiene que sujetarle don Napoleón para que no caiga.) Rebote...

CLAR.—(Asustada.) ¡León!

JESÚS.—¡Muchacho!

NAP.—¿Qué te pasa?

LEÓN.—Nada, los nervios, la impresión, venía nerviosísimo, y al ver a mi
digo, a... (¡Bueno, lo acogoto!)

CLAR.—Pero...

LEÓN.—¡Señores!

POM.—(¡Este va a meter la pata!)

LEÓN.—Señores, tengo que revelar a ustedes una cosa que yo la califico de
terrible:

CLAR.—¿Eh?

LEÓN.—De espantosa.

NAP.—Me asustas, León.

LEÓN.—Ese hombre que está ahí tumbado, privado y arropado, es el granuja
más grande que ha visto la luz...

ANT.—¿Es posible?

LEÓN.—Tan grande, que el Atlántico a su lado, es una gárgara.

POM.—(¡Qué ladrón!)

LEÓN.—(A Napoleón.) ¿A que le ha querido vender a usted papeletas para la rifa
de una pianola?

NAP.—No,

LEÓN.—Menos mal, porque esa pianola no toca nunca. Entonces ha venido a
proponerle la venta de bufandas en la Siberia.

NAP.—Tampoco; me propuso un seguro contra el robo.

LEÓN.—Eso es novísimo. Bueno, tiene una imaginación peligrosa.

CLAR.—¿Pero tú le conoces?

LEÓN.—Sí, y cuando ese hombre vuelva a la vida, yo me juego el todo por el
todo, pero aquí habrá una tragedia de Esquilo.

JESUS.—¡León!

CLAR.—¡Leoncito!

LEÓN.—¡De Esquilo! A mí no me toma nadie el pelo.

POM.—(Este León es una fiera.)

NAP.—¿Pero, por qué dices?...

ELENA.—(Entrando.) Napoleón, el médico. Ha llegado el médico.

NAP.—(Acercándose a la puerta de la izquierda.) En efecto. (Hablando hacia el lateral.)
Por aquí, tenga la bondad. (Entran en escena Peña y Marcial, el guardia del cuadro an-
terior.)

PEÑA.—Para servir a usted.

POM.—(¿Esa voz?)

PEÑA.—Perdonen la presencia del guardia, pero está ordenado que en estos
casos...

NAP.—¡No faltaría más!

PEÑA.—¿Dónde está el atacado?

ELENA.—Aquí, reconózcale usted.

PEÑA.—(Acercándose a Pompeyo y reconociéndole.) (¡Recáncamo, Lobo!)

POM.—(¡Mi madre, Peña!)

PEÑA.—(¡Ya era hora!)

POM.—(¡Este tío me mata!)

PEÑA.—Vamos a ver; vamos a ver. Fuera mantas. (Le quita las mantas.)

ELENA.—Está sudando como un pollo. ¿No?

PEÑA.—No importa. Quitémosle la americana. (Se la quitan.) Un instante de si-
lencio. (Le ausculta, dándole para ello golpes en el pecho y en el abdomen.) (Este sinver-
güenza no tiene nada.) (Le toma el pulso.) (Por lo visto, se vale ahora de esta estrat-
agema...) (Dando por terminado el reconocimiento.) (Bueno; te has caído.) Señores, he
terminado.

ELENA.—¿Le ha reconocido usted bien?

PEÑA.—En cuanto le ví.

NAP.—¿Y qué?

PEÑA.—Señores, la ciencia nada tiene que hacer en este caso.

ELENA.—¿Cómo?

ESÚS.—¿Eh?

ELENA.—Este hombre ha muerto.

ELENA.—¡Ay! ¡Que soy cardíaca!, ¡que soy cardíaca!

CLARA.—¡Mamá! Ven; vámonos. (Llevándose la.)

ANTONIO.—Sí; vámonos.

ANTONIO.—¡Ay, qué miedo! (Se van por la derecha Antonia, Elena, Dominica y Clara.)

ANTONIO.—¡Muerto! ¡Gracias a Dios!

ANTONIO.—(Ya dije que este tío me mataba.)

ANTONIO.—¡Qué compromiso!

ESÚS.—¿Y qué hacemos?

ELENA.—Nada. Yo enviaré dos camilleros para que lo lleven al depósito de cadáveres. (Pompeyo lanza, horrorizado, una especie de ronquido. Todos brincan del susto.)

ELENA.—No se asusten ustedes, son gases.

CLARA.—(Mirando a Pompeyo por encima de la «chaise longue».) ¡Recasco! Este tío es un vergüenza de Becerra, el que nos engañó esta tarde. ¡Bien muerto estás. ¡La-

ANTONIO.—(¡Atiza!)

ELENA.—(A Napoleón.) Estén ustedes tranquilos, yo certificaré que la muerte ha sido natural. Ahora se lo llevarán al depósito y dentro de media hora le estarán haciendo la autopsia. (Pompeyo se cae de la «chaise longue».)

ESÚS.—¡Que se cae! (Jesús y León le suspenden y colocan de nuevo en la «chaise longue».)

ANTONIO.—No hay duda; ha fallecido.

ESÚS.—Tiene el sudor frío de la muerte.

ANTONIO.—Y se le ve la herradura.

EVANGELINA.—(Criada de la casa, entra por la última puerta de la derecha, con una bandeja y un plato.) Señorito, aquí está el bisté para ese caballero.

ANTONIO.—Llévatelo, el pobre acaba de morir.

EVANGELINA.—¡Ay! (Se le cae el plato del bifeck.)

ANTONIO.—(¡Qué lástima de bisté!) (Severa lo recoge y se va por donde vino.)

ELENA.—(Encendiendo un cigarro.) Qué susto se ha llevado la pobrecilla. En camosotros, los médicos, estamos tan familiarizados, con la muerte, que no nos da la menor emoción. (Dándole unos cuantos cachetes a Pompeyo.) ¡Ah, muerte, ¡tel... (Se separa de él.)

ANTONIO.—(Si no estuvieran aquí León y el guardia, resucitaba y le daba el primer golpe.)

ANTONIO.—(Saliendo por la izquierda, seguido de Peláez.) ¡Qué barbaridad!

EVANGELINA.—¡Qué espanto!

ANTONIO.—Acaba de decirnos Ramón...

ESÚS.—¡Horrible!

EVANGELINA.—¿Pero es cierto lo de la muerte?

ANTONIO.—Ciertísimo; ahí están sus restos.

ANTONIO.—¡Qué enormidad!

EVANGELINA.—¡Qué brutalidad! (Se acerca a Pompeyo.)

ANTONIO.—¡Pastor!!

EVANGELINA.—¡¡Borrego!!

ANTONIO.—¿Eh?

ANTONIO.—¿Pero qué dice usted?

ANTONIO.—Tenía que morir así este sinvergüenza.

EVANGELINA.—Este ladrón.

ANTONIO.—¿Pero le conocen ustedes?

ANTONIO.—Buscándole estaba yo para pegarle un tiro.

EVANGELINA.—Y yo para patearle.

ELENA.—¿Pero no se apellida Lobo?

CLARA.—No, señor; Becerra.

ROD.—Qué Becerra, hombre: Pastor

PEL.—Quita, hombre; Borrego.

PEÑA.—Ya no se llama más que cadáver. Señores, lamento la desgracia y ya saben dónde me tienen. ¡Ah! Conviene que abran el balcón, por si sobreviene una descomposición rápida.

JESÚS.—Sí, señor. (Lo abre.)

NAP.—León, acompaña al doctor.

LEÓN.—Por aquí, doctor. (Se van por la izquierda Peña, León y Marcial.)

NAP.—Jesús, mira a ver si Elena se ha impresionado mucho con esta desgracia. Yo voy al despacho y vuelvo en seguida. (Mutis de Napoleón por la izquierda.) Jesús por la derecha.)

POM.—¡Qué frío! Estoy pasando desde la zona tórrida hasta el Polo Norte.

ROD.—Bueno, me gustaría que resucitara para darle así en el vacío...

PEL.—Anda, hombre, resucita, que te la vas a ganar. ¡Maldita sea!...

ROD.—En fin, *requies can in pace*.

PEL.—*Glorian tuam*. Vamos a trabajar. Un pillo menos.

ROD.—Un cocido más. (Se van por la izquierda. Al quedar la escena sola se incorpora Pompeyo, se sienta, mira cautelosamente en todas direcciones y respira a sus anchas.)

POM.—El infierno de Dante es un cuento baturro comparado con esta tragedia sofocliana, de la que soy protagonista. Porque hay que fijarse: si resucito me asesinan, y si no resucito me hacen la autopsia. Y luego hablan de los logaritmos. A Pitágoras, que en paz descanse, le presento yo este teorema y acaba por con fesarme que es un cerrojo. Claro, que otro cualquiera estaría a estas horas con camisa de fuerza y riendo sardónicamente, pero yo, que a filósofo no me ha ganado Platón, voy a comer de estas pastas, a libar de estos licores y voy de paso dejar esculpida esta frase: «Satanás, no te lleves a Pompeyo al infierno, porque lo enfrias.» (Come y bebe.) Lo que son las coincidencias. Venir a parar a casa de la novia de mi sobrino, donde tengo tan buenos amigos, y asistirme el doctor Peña que es otro amigo. ¡Qué corazón de hombre!... Yo he conocido corazones duros pero como este corazón de Peña... (Tumbándose de nuevo.) ¡Cáscaras! Oigo pasos (Entra Ramón, el criado, coge las botas de Pompeyo y la bandeja de las pastas y hace mutis.) ¡Resiberia! Me ha limpiado el comedero y se ha llevado mis botas. Claro, muy truhán se habrá dicho: ¡para lo que tiene que andar ese hombre!... Bueno, hay que idear un plan de fuga. (Acostándose de nuevo.) Gente viene. (Por la puerta la izquierda aparece León, misteriosamente. Mira a todos lados y cierra la puerta.)

LEÓN.—Puesto que, gracias a Dios ha muerto, ocultaré que era mi tío, pero tengo que registrarle, por si lleva algún documento que descubra su verdadero nombre y me comprometa. (Toma la americana de Pompeyo.)

POM.—¿Qué hace? (Le mira con disimulo.)

LEÓN.—(Saca del bolsillo de la americana muchos papeles y los va examinando.) Yecto de un ferrocarril vía estrecha por la Gran Vía... Mil acciones a quinienta pesetas...» (Sonríe León.) De estas buenas acciones tendrá muchas,

POM.—¡Las mil!

LEÓN.—(Por otro papel.) «Se rifa un solitario divino...» ¡Bah! «Se vende un hotel en Leganés; en el manicomio darán razón.» Mi tío estaba loco. (Desdoblando un papel y leyendo.) «Suscripción a favor de un bizarro coronel retirado, herido en Jatlapa, Méjico. El conde de Bermeja, treinta céntimos.» Le daría los treinta céntimos para quitárselo de encima.

POM.—(Naturalmente.)

LEÓN.—«Manuel Fernández, Pez, uno», nada. (Leyendo una tarjeta.) «Pompeyo Pastor, representante de la fábrica de pastas finas para sopas «El primer plato. Bueno, este hombre hacía de todo. (Leyendo otra tarjeta.) Nada, no hay nada que comprometa. ¿A ver? (Vuelve a registrar y saca una moneda de diez céntimos.) Un penique grande.

POM.—(Ladrando.) ¡Guau, guau!

LEÓN.—(Saltando en seco.) ¡Mi madre!

POM.—(Incorporándose.) ¡No, tu tío!

LEON.—(Más muerto que vivo.) ¡Ay!

POM.—¡Sinvergüenza!

LEON.—(Sin querer dar crédito a lo que ve.) ¡Pero... usted... vivo! ¡Mi tío... mi
co tío vivo! ¡El tío!

POM.—Sí; el tío vivo, pero anda, que tú menudo columpio estás hecho!

LEON.—¡Tío Toribio!

POM.—¡Sinvergüenza!

LEON.—(Amenazador.) ¿Pero qué farsa es esta? ¿Qué se propone usted? ¿Cómo
ando muerto ha vuelto a la vida? ¿A qué ha venido usted aquí? ¿A compromete-
me? ¿A deshacer mi boda?

POM.—No me preguntes tantas cosas, porque me aturdes, hijo.

LEON.—(Furioso.) Pues bien, ¡no, no! (Toma un cuchillo de postre que ha quedado en
plato sobre la mesita.) No me compromete usted. Han dicho que está usted muerto;
médico ha certificado su defunción; puedo matarle a usted impunemente, mis-
me. (Le amenaza.)

POM.—¡León, por Dios, deja ese cuchillo de postre y empecemos por el prin-
o!

LEON.—¡Silencio, canalla! ¡Baje usted la voz!

POM.—¡Pues baja tú el cuchillo, porras!

LEON.—En esta casa sabían que mi tío Toribio de la Sierra era un timador, un
alla.

POM.—Me ofendes, León.

LEON.—Yo dije que había usted muerto; es preciso que ignoren que usted
e.

POM.—Lo ignorarán; hace tiempo que no empleo mi verdadero nombre. Pierde
dado. Yo haré lo que tú mandes, lo que tú ordenes, pero, caray, depón esa ac-
de. León, me das miedo.

LEON.—¡Si alguien viniese! Tiéndase usted en esa chaise-longue. (Obedece Pom-
o.) Así (Arrodillándose a su lado.) y ahora, escuche usted.

POM.—Dí; pero cálmate, Leoncito; todo tiene arreglo en este mundo.

LEON.—Si no quiere usted morir a mis manos, obedézcame.

POM.—Ciegamente.

LEON.—(En voz baja.) Yo procuraré alejar de aquí a la gente y cuando no haya
nie salta usted por ese balcón; como es piso bajo, le será fácil.

POM.—Oye, que no tengo botas.

LEON.—¡Silencio!

POM.—Bueno, hombre.

LEON.—Mientras haya gente aquí, continuará usted haciéndose el muerto. Le
en ello la vida.

POM.—Escucha.

LEON.—Silencio, repito.

POM.—Por la memoria de tu madre, dame quince pesetas para unas botas, que
más se las ha llevado el criado.

LEON.—Ni un céntimo.

POM.—Por lo menos dame la perra gorda esa que te has guardado...

LEON.—(Notando que se abre la puerta.) ¡Silencio, o le estrangulo!

CLAR.—(Asomándose por la segunda puerta de la derecha.) León.

LEON.—(Sin volver la cara.) ¡Mi novia!

CLAR.—¿Qué hace?

LEON.—(Rezando.) Padre nuestro, que estás en los cielos...

CLAR.—Qué buenísimo es; está rezando por el difunto. Le dejaré en tan santa
cipación. (Vase cerrando la puerta.)

LEON.—Gloria al Padre, al Hijo...

POM.—(Bajo, dándole con el pie.) No te canses, que ya se ha marchado.

LEON.—Pues este es el momento.

POM.—¡Calla! (Entra Ramón por la segunda puerta de la derecha. Trae muy lindas las botas de Pompeyo.)

LEON.—Padre nuestro, que estás en los cielos...

RAM.—(Por las botas.) La señora tiene razón, siquiera que lo amortajen con las botas limpias. El señorito León le está rezando. A nadie se le había ocurrido. Hay que ser piadosos. (Deja las botas junto a la «chaise-longue», se arrodilla y reza.) Padre nuestro, que estás en los cielos...

LEON.—(Se levanta santiguándose.) Bueno, ya has rezado bastante; retírate.

RAM.—Pobrecillo; el que haya sido un sinvergüenza, no quita...

LEON.—Bien, bien; puede marcharse.

RAM.—Sí, señor. No somos nadie. Hace un instante vivo, y dentro de una hora en rajas como el salchichón. (Se va por la derecha, último término.)

LEON.—¡Pronto! ¡A la calle!

POM.—Espera que me ponga las botas.

LEON.—En la calle se las pondrá usted. A lo mejor viene alguien, y si le ven con las botas puestas...

POM.—Tienes razón.

LEON.—Huya usted, yo voy a entretener a la familia. (Se va por la segunda puerta de la derecha.)

POM.—(Cage las botas y se acerca al balcón.) ¿Estará la calle expedita? Porque me ve alguien saltar.. Atiza, una pareja. (Vuelve a mirar.) Y ella es guapísima. Pues cualquiera salta ahora; me ven con las botas en la mano, me toman por un ladrón... (Soltando las botas y corriendo a la «chaise-longue».) Alguien viene. (Se tumba.) Pompeyo, a la «chaise-longue».

ELENA.—(Seguida de Jesús, por la segunda puerta de la derecha.) Pasa, Jesús.

JESUS.—Me pones en cuidado, Elena.

ELENA.—Aquí no nos oye nadie.

JESUS.—Pero ese misterio...

ELENA.—Jesús, creo que me he salvado para siempre.

JESUS.—Habla.

ELENA.—Dios me perdone esta superchería, pero ese desgraciado puede devolvernos a todos la tranquilidad.

JESUS.—No te comprendo, Elena.

ELENA.—Voy a llamar a Napoleón y voy a decirle: Napoleón, ese hombre que vino a proponerte un seguro no es Montes, como te dijo, es Adolfo del Campo.

POM.—(¡Caray!)

JESUS.—Elena.

ELENA.—De este modo, viéndole muerto, terminarán sus celos, y esta casa será un emporio de paz y alegría.

JESUS.—Sí, la idea no es mala; pero ¿lo creerá? A este hombre le han llamado unos Lobo y otros Borrego y otros Pastor.

ELENA.—Le juraré que es falso; que este Borrego, que este Lobo, que este Pastor son del Campo.

POM.—(Esta señora me va a meter en un lío.)

ELENA.—Mira. (Saca un retrato.)

JESUS.—¿Qué es eso?

ELENA.—Un retrato mío antiquísimo. Escribe en él, desfigurando la letra lo que voy a dictarte.

POM.—¿No lo dije?

JESUS.—(Disponiéndose a escribir.) Lo hago por salvarte: dicta.

ELENA.—(Dictando.) Mujer infame: aunque me has dejado por ese imbécil de Napoleón, y tuviste la avilantez de decirme que no me habías querido jamás, yo sigo adorándote. Tú me odias y yo te idolatro, Adolfo.

POM.—(Me van a dar pocas.)

ELENA.—Ahora colócaselo en el bolsillo de la americana. Yo voy a llamar a Napoleón. (Hace mutis por la segunda derecha.)

SUS.—(Guardando el retrato en la americana de Pompeyo.) Bueno, yo creo que tú vas al depósito, y si vas es para que te echen en un brasero, porque Napoleón te cisco; no quiero presenciar la cremación. (Se va por la derecha.)

M.—Señores, no hay derecho. Se me están arreglando las cosas de una manera que no doy dos reales por la víscera más importante de mi cuerpo. Aquí hay que se antes que venga ese tío que es Napoleón y Otelo en una pieza. (Se acerca a él.)

ON.—(Por la derecha.) ¿Pero está usted aquí todavía?

M.—¡Caray, qué susto me has dado!

ON.—Váyase o lo mato.

M.—Pero, hombre; si es que hay gente al pie del balcón.

ON.—¡Mal haya sea!

M.—Mira, vete a la calle, y cuando no haya nadie, me silbas.

ON.—Pero...

M.—Deprisa, porque me amenaza un grave peligro. Corre.

ON.—Corro. (Vase por la izquierda.)

M.—Vaya una faenita la del retrato. Bueno, si salgo de esta y me encuentro en el fondo del mar Adriático, estaré más tranquilo que en esta «chaigne». Tenía razón Zambrano: el que escriba mi historia se hace de oro. ¡Calle hace el muerto.)

ELENA.—Pasa, Napoleón (Entrando por la puerta de la izquierda.) y no te excites

P.—¿Pero le he tenido cerca de mí, cuando aún vivía, y mis manos no han sido fin a su existencia?

ELENA.—Napoleón, la muerte sólo toca a Dios.

P.—(¡Señores, qué cómica!)

P.—¿Y estás segura de que es él?

ELENA.—Le reconocí desde el primer momento, y para evitarte un crimen, ca-
secreto; ahora que ya está muerto, no me importa repetírtelo: ese miserable
Adolfo del Campo.

P.—¡Ah, ladrón, canalla!...

ELENA.—Buscó sin duda el pretexto del seguro para acercarse a mí, pero Dios
Dios es infinito.

P.—(Esta tía es la Dusse.)

P.—Dudo aún, acaso te engañes... Espera, quizá lleve algún documento que
te su personalidad.

ELENA.—¿Es que no me crees? ¡Napoleón!

P.—Sí, deseo creerte, pero aquí le han llamado Borrego, Pastor y... (Regis-
trando las ropas de Pompeyo.)

ELENA.—Estoy segurísima; puedo jurártelo.

P.—Veamos. Papeles... (A Elena.) Son papeles... Cartas... son cartas. (Sa-
lta el retrato.) ¡Ah!... ¡Cielos!... ¡Mira!

ELENA.—¡Oh! ¡Un retrato mío! ¡Gran Dios!

P.—(¡Qué Dusse; la Sara Bernárd!)

P.—(Leyendo la dedicatoria.) ¡Oh! ¡Elena... Elena... Amor mío, perdóname!
so un insensato, un loco!

ELENA.—¡Napoleón!

P.—(Zamarreando a Pompeyo.) ¡Miserable! ¿Por qué no resucitas para que pue-
ncarte la vida poco a poco? (Silbido dentro.)

P.—(El momento es como para levantarse.)

P.—¡Elena mía! (La abraza. Nuevo silbido.)

P.—(Como si aplaudieras.)

P.—¿Ves cómo no me engañaba cuando te decía que Adolfo del Campo es
Madrid? Tenía la certeza de ello.

ELENA.—¿Pero cómo lo sabías?

P.—Ya puedo decírtelo: porque hace dos semanas la casa La Puerta y Com-
de Buenos Aires. me envió para él treinta y cinco mil pesetas.

ELENA.—(¡Dios mío!)

POM.—(¡Mi abuela, qué ocasión!)

ELENA.—(He metido la pata.)

ROD.—(Por la izquierda.) Ahí están los camilleros que vienen por ese hombre.

NAP.—Que pasen. Vámonos, Elena; no quiero presenciar esta escena desagradable.

ELENA.—Sí, vámonos. (¡Perdóname, Borrego!)

ROD.—¡Que Dios te perdone, Pastor!

NAP.—Al fin y al cabo te perdono, del Campo.

ROD.—¿También del Campo? (Mutis de Napoleón y Elena. Entran en escena Pompeyo y Gómez, camilleros.)

PER.—Buenas tardes.

GOM.—¿Es este el difunto?

ROD.—Este es. (Silban dentro.)

POM.—(Ahora voy.)

PER.—¿Cómo se llamaba este caballero?

ROD.—Como ustedes gusten.

GOM.—¿Eh?

ROD.—Que no lo sé con certeza.

PER.—Bueno; hala, tú.

POM.—(Sin botas, ni americana, ni sombrero...)

GOM.—¡Andando! (Le suspenden entre los dos.)

ROD.—¡Pobre hombre; después de todo, me da lástima! (Los dos camilleros conduciendo a Pompeyo, inician el mutis por la izquierda. Dentro se escucha un silbido.)

POM.—(Ahora sí que voy!) (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Telón corto de calle. En el foro, puerta de una taberna. Sobre la puerta, el siguiente letrero: «El Delirio de Noé». Vinos y cervezas. Es de día.

(Al levantarse el telón están conversando de pie, contra la puerta de la tasca, Bautista el barbero y Massini, un tipo algo achulado.)

BAUT.—Pues, como lo oyes, querido Massini; con hoy lleva tres días sin poder pisar los pies por aquí, lo cual que me extraña, porque me audeuda siete cincuenta.

MAS.—Ese me huye el bulto, pero donde le encuentre le hago natillas.

BAUT.—Hazle otra cosa, porque si le haces natillas, rebaña.

MAS.—Valiente sinvergüenza.

BAUT.—¿Pero también se ha atrevido contigo el tal Borrego?

MAS.—¿Y con quién no? Figúrate, querido Bautista, que hace medio mes viéndolo yo a ese fresco con un bostezar que se le desencajaban las mandíbulas.

currió meterle en mi negocio de las estatuas y le dí para que me las expendiera docena de ellas, amen Jesús de un grupo de las tres Gracias que era un libro. Bueno, pues se me eclipsó el hombre diez días hace, y esta tarde se me entan en casa un agente y un guardia conduciendo el canasto de la estatuaría fiéndome que iban a esperar a un tal ese de Tortosa, que se había permitido la Cibeles.

AUT.—¡Caray!

AS.—Comprendí que se trataba de alguna jugarreta de Pompeyo, recuento figuras y noto que me falta un Apolo, una María Antonieta, un Pío Nono, dos papas más y una Venus de Mediccs.

AUT.—¿Qué me dices?

AS.—Lo que oyes.

AUT.—Digo que ¿qué Médices era?

AS.—Un papa florentino.

AUT.—Ya.

AS.—Bueno: pues me alboroto, insulto al guardia y al agente, y con estatuas o, fuimos a parar a la Comi.

AUT.—Gachó.

AS.—El comisario me interroga, me toma la filiación y me dice: «Puede usted narse», y yo que necesitaba entregar a un cliente un grupo de las Tres Gracias y un Apolo de Belvedere, le interrogo. ¿Puedo llevarme las figuras? Y va y te ce que quedaban allí como prueba de convicción.

AUT.—¡Atiza!

AS.—Pero yo que soy un longui, voy a guisa de cobeo y reparto unos puros onces me dieron las gracias.

AUT.—Lo de cajón.

AS.—Quiero decir que me dieron las Gracias y el Apolo, pero las demás es se han quedado en la Comi. Nada, que ese sinvergüenza me ha metido en, amen Jesús de robarme, y donde me lo encuentre lo pateo. (Continúan hablando en voz baja. Por la izquierda entran en escena Perojo y Gómez, conduciendo una de camillas cubierta de lona blanca que sirven para el transporte de heridos. Vienen canos.)

ER.—(Leyendo el letrero de la tasca.) Oye, tú: ¿hacemos alto? Porque esto es «El p».

OM.—Como quieras. (Dejan la camilla en el suelo.)

ER.—Te lo digo porque dan aquí un vino que ingieres un litro, y como si hubes hecho poléas; las arrobas se te convierten en gramos...

OM.—¿Es verdad eso?

ER.—No te digo más sino que hace un mes pasamos por aquí transportando pano de cola, García, Rodríguez, Montoya y el que habla, que soy yo; entrenos tomemos dos frascos, carguemos de nuevo con el instrumento, y cuando un nos preguntaba ¿qué lleváis ahí?, contestábamos nosotros: una flauta.

OM.—Pues pa luego es tarde, Perojo; vamos al gimnasio, a bien que el diño nos lo va a criticar. Hola, señor Bautista. (Entran en la taberna.)

AUT.—¡Hola, buena gente!

AS.—En fin, voy a ver si me tropiezo con el canalla de Borrego. (Viendo la ma.) ¡Rediez! Debe ser algún enfermo.

AUT.—No; los camilleros son del depósito, el que va ahí dentro va apañao. Lo es la vida, Massini: ese gachó ayer tan fresco, y hoy más fresco todavía.

AS.—¿Será hombre o mujer. Voy a ver. (Mira por una mirilla que tendrá la ca-

AUT.—¿Qué es?

AS.—Está boca abajo.

AUT.—Requiescat in pace.

AS.—Bueno, ahí te quedas.

AUT.—Hasta luego y buena suerte.

MAS.—Daría doscientas pesetas por tenerle a dos pasos. Adiós. (Bautista en la taberna. Massini al pasar junto a la camilla se descubre y dice gravemente.) Que D te perdono como te perdono yo. (Vase por la izquierda.)

POM.—(Asomando la cabeza por la mirilla.) Para el que te crea. Ahora que el saldo no me lo hace más fino el señor duque de Tamames. (Suena dentro la bocina de un automóvil.) ¡Caray! Ahí viene un auto. Y estos brutos me han dejado en medio del arroyo. (Llamando con voz atiplada.) ¡Camilleros!... ¡Camilleros!... Se ha parado, menos mal. Bueno, no hay duda. Ha llegado el momento de la resurrección. Pero ¿dónde voy yo sin botas y en mangas de camisa? No hay más remedio. La casa está desierta. Pompeyo, al arroyo. (Sale de la camilla y hace mutis por la izquierda. Instante de pausa, y vuelve a entrar en escena conducido por Macías, guardia de Orden público.)

MAC.—No sea usted loco y vuélvase a la camilla.

POM.—Mire usted, guardia, que usted desconoce...

MAC.—Ustedes los enfermos tienen una falsa idea de los hospitales; no quieren ir a ellos, pero luego se alegran.

POM.—Es que, mire usted, yo...

MAC.—Vuélvase a la camilla y no objete.

POM.—Es que tengo que decirle...

MAC.—Mire que llamo a los camilleros.

POM.—¡No! Eso no. No quiero comprometerles... Tengo el exantemático y menudo susto se iban a llevar.

MAC.—¡Rediez! Encámillese o tiro de la hoja.

POM.—Sí, señor; en seguida.—(Metiéndose de nuevo en la camilla.) Pues se está complicando la fuga.

MAC.—Estos enfermos de contagio son de cuidado. Vigilaré. (Se va por la izquierda.)

LEÓN.—(Entrando en escena, ocultando un paquete bajo la americana.) ¡Aquí está... ¡Por fin!... (Asomándose a la taberna.) Los camilleros están libando. Esta es la ocasión. (Acercándose a la camilla con gran disimulo.) Seamos cauto. (De espaldas a la camilla.) ¡Tío Toribio!

POM.—¿Quién?

LEÓN.—Soy yo; prudencia.

POM.—¿Cómo Prudencia?

LEÓN.—Digo prudencia, como podía decir precaución...

POM.—(Asomando la cabeza.) ¡Leoncito!

LEÓN.—Le he seguido a usted desde la casa de don Napoleón y le he comprado unas zapatillas. (Se las da.) Póngase las y huya.

POM.—Eres mi Providencia, pero ya podías haberme comprado unas botas.

LEÓN.—Y si vuelve usted a poner los pies en casa de mi novia, le asesino.

POM.—Pierde cuidado.

LEÓN.—Vamos, huya.

POM.—Sí.

LEÓN.—Quieto; aguarde usted. Hay un guardia en la esquina.

POM.—¿No te has fijado en el número?

LEÓN.—No se distingue.

POM.—Digo en el número de las zapatillas; yo calzo un cuarenta y dos y has traído un treinta y nueve.

LEÓN.—El guardia no se va.

POM.—Me está vigilando: escucha...

LEÓN.—¿Qué?

POM.—Da la vuelta a la esquina y pide socorro para que el guardia se vaya pueda yo salir.

LEÓN.—Es que...

POM.—Hazlo, porque si yo me veo en el depósito, me muero del susto.

LEÓN.—Sea; pero que yo no le vuelva a ver en mi vida.

- o.—Bueno, hombre, bueno. (Vase León por la derecha.) ¡Caramba! Estas zapa-
o me entran, y como tengo este ojo de gallo tan enorme, me molesta una
ad. Claro que ahora tengo que tener mucho ojo, pero no tanto.
- n.—(Desde dentro.) ¡Socorro!... ¡Socorro!...
- e.—(Atravesando la escena de izquierda a derecha.) ¡Válgame Dios! ¡Me ha to-
suerte un distrito!... (Mutis.)
- n.—(Dentro.) ¡Socorro!...
- o.—(Saliendo de la taberna.) ¿Qué pasa? (Entra otra vez en la taberna.)
- o.—Vaya, ha llegado la mía; ahora o nunca. (Se tira de la camilla y hace mutis
quierda. Salen de la taberna Perojo y Gómez, un poco más alegres de la cuenta.)
- o.—(Cantando.) Adiós, Ninón... Usted lo pase bien, Ninón...
- o.—Escucha tú... Parejo... Perijo... Perujo... como te apellides.
- o.—Perojo.
- o.—Vamos a cargar, que se nos va a echar la noche encima.
- o.—La noche encima... Con esto que hemós bebido no te importe, podemos
o. Verás ahora qué diferencia de fuerza.
- o.—Pues hala.
- o.—Guarda a que encienda. (Se dispone a encender un cigarro.)
- o.—(Que salió con los camilleros de la taberna.) ¿Qué era, guardia?
- o.—(Que sale por la derecha.) Nada, uno que llamaba a su señora que se deno-
ocorro.
- o.—Ya podía haberla llamao por el apellido.
- o.—Eso le dije yo, pero resulta que el apellido es Piedad, que viene a ser
so.
- o.—(Disponiéndose a cargar con la camilla.) ¡A una!... (Le suspenden.)
- o.—¡Recorcho!
- o.—¿Eh? ¿Estás viendo?
- o.—Esto no pesa na.
- o.—¿No te lo dije? Es que este vino da una fuerza, que ahora mismo un lu-
o de greco-romana a tu lao es... un flan.
- o.—(Haciendo flexiones con la camilla.) Es un asombro...
- o.—(A Perojo, por la camilla.) El pájaro queria irse.
- o.—¿Qué pájaro?
- o.—El que está ahí dentro.
- o.—El que... (Ríe burlón.) ¿Oyes esto, Gómez?
- o.—¿Qué dice aquí el distinguido?...
- o.—Que el que va aquí dentro quiere irse.
- o.—¡Pobre exantemático, le van a levantar un dolor de cabeza como para
- o.—(Riendo.) ¡La ha pescao de visión!
- o.—¡Arrea!
- o.—Vamos. (Inician el mutis, dando un balanceo a la camilla más que regular.)
o. Ninón... Usted lo pase bien, Ninón... (Vanse.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

La misma decoración y muebles que en el cuadro segundo del primer acto.
(Al levantarse el telón es casi de noche. La escena está a media luz, el balcón del foro continúa abierto, no se ven por ninguna parte las botas ni la americana de Pompeyo. Están en escena Elena y Clarita. Elena toma una taza de tila.)

ELENA.—Enciende la luz, hija mía; esta semi-oscuridad me conturba.

CLAR.—(Obedece.) Vamos, mamaita, tranquilízate por Dios.

ELENA.—No puedo, hija, no puedo.

CLAR.—Bébetela esa taza de tila.

ELENA.—Estoy nerviosísima; como soy tan cardíaca, me siento completamente descentrada.

CLAR.—Pero mamaita, por Dios. ¿No se han llevado ya a ese hombre? ¿Qué temores te asaltan?

ELENA.—Son puerilidades, hija mía, pero siempre me ha ocurrido lo mismo. Cuando murió tu pobre tío Juan José, le estuve viendo durante tres años como si estoy viendo a tí ahora.

CLAR.—¡Jesús!

ELENA.—No te exagero. Estaba en casa y Juan José. Iba a la Iglesia y Juan José. Iba al teatro y Juan José. Además, en esta ocasión se me ha metido en la cabeza que ese pobre desgraciado no padecía más que un ataque cataléptico, que pueden inhumarle vivo y me horrorizo, Clarita, me horrorizo.

CLAR.—¡Jesús! Mamá, qué cosas se te ocurren.

JESUS.—(Por la izquierda.) ¡Hola!

ELENA.—(¡Gracias a Dios!) Mira Clarita, déjanos solos un momento, tengo que hablar reservadamente con tu tío.

CLAR.—Sí. (Aparte a Jesús.) A ver si usted la tranquiliza; está de lo más nerviosa.

JESUS.—Pierde cuidado. (Vase Clara por la segunda derecha.)

ELENA.—(Con marcada angustia.) ¡Qué! ¿Has visto a ese hombre?

JESUS.—No.

ELENA.—¡Dios mío!

JESUS.—No está en Madrid.

ELENA.—¡Virgen de las Angustias!

JESUS.—Llegué a la portería, pregunté por don Adolfo del Campo y me refirió al portero que don Adolfo estaba de caza con varios amigos en una finca denominada «La Gloria»... sí, dijo la Gloria... y que ignoraba cuándo volvería.

ELENA.—¡Qué compromiso, qué apuro! Si ese hombre vuelve a Madrid y presenta a cobrar las treinta y cinco mil pesetas... Figúrate, Jesús. ¡Mi farsa descubierta!... Qué creará Napoleón de mí.

JESUS.—Pero mujer, sabiendo que del Campo estaba en España, ¿cómo te atreves a decir eso?

ELENA.—Yo no sabía nada; le suponía en Buenos Aires, Jesús. ¡Estoy perdida! ¡Perdida!

JESUS.—Vamos, cálmate; aquí estoy yo: cuenta conmigo. Vigilaré su caso cuando regrese de esa cacería, le entregaré las treinta y cinco mil pesetas, que tenga que venir aquí para nada. Yo veré cómo me las arreglo.

ENA. — ¡Gracias! No sé cómo podré pagarte este favor. Estoy que me ahogo en esta taza; figúrate, con lo carísima que soy.

US. — Ea, pues calma; cálmate, Elena.

ENA. — Pides un imposible. Desde que se llevaron el cuerpo de ese infeliz, no más que pensar que no está muerto, que ha sido epilepsia, catalepsia, que va a levantarse aquí para darnos las gracias y mira. (Dándole la mano.) Bajo cero.

US. — ¡Mujer, por Dios! ¿Pero estás loca? ¿No oíste al médico certificar su condición? Vamos, Elena; ese hombre está más muerto que los Reyes Católicos.

ENA. — ¡Qué sé yo! Si no fuera abusar, te pediría otro nuevo favor, Jesús!

US. — Pídemelo lo que quieras.

ENA. — ¿Por qué no te llegas al depósito, para ver por tí mismo?...

US. — Sí, mujer, sí; me llegaré al depósito. Ahora mismo; pierde cuidado.

ENA. — ¡Qué bueno eres, Jesús!

US. — Nada; ahora iré, pero vete de aquí, sin duda es esta habitación la que te fantasea de esta manera.

ENA. — Acaso tengas razón.

US. — Anda, anda...

ENA. — ¿Vendrás a decirme?...

US. — Te lo prometo; sí. Dentro de un rato estaré de vuelta.

ENA. — Gracias, muchas gracias. (Mutis por la segunda derecha.)

US. — ¡Pobrecilla! Dudar de que ese hombre está a la diestra de Dios Padre, a la izquierda de que ahora es de noche. Yo le toqué y era un témpano; pero claro, lo que a la pobre le sucede es para hacer dudar a un espárrago. Yo me voy al Casinero y dentro de veinte minutos vengo y la digo que lo he visto en la mesa de la sección hecho pedazos. (Haciendo mutis por la izquierda.) ¡Lo que traen los cesantes al salir se cruza con Severa, que viene acompañada de César del Campo. Saluda a éste con una inclinación de cabeza y se va.)

ENA. — ¿A quién anuncio, caballero?

US. — A don César del Campo.

ENA. — Haga el favor de tomar asiento.

US. — Muchas gracias. (Vase Severa por la primera derecha.) No sé si al oír mi nombre querrá entrevistarse conmigo, porque, según me dijo Adolfo, con la noticia, se le han recrudecido los celos. Y creo que además de neurasténico es bastante bruto. Ya veremos. Me molestaría muchísimo salir de aquí sin las treinta mil pesetas.

ENA. — (Por la primera derecha.) ¡Qué visita más violenta, a qué vendrá este hombre, caballero?

US. — ¿El señor Coronel?

ENA. — Para servir a usted.

US. — Yo soy César del Campo.

ENA. — Muy señor mío. Tome usted asiento.

US. — Muchas gracias. (Se sienta.)

ENA. — Usted dirá.

US. — Supongo que habrá usted recibido de Buenos Aires, un giro a favor de mi hermano Adolfo.

ENA. — Sí, señor; de la casa La Puerta y Compañía.

US. — ¿Cuándo ha girado La Puerta?

ENA. — Hace quince días.

US. — Perfectamente. Pues bien, mi señor hermano, por razones que usted me explicará, no puede presentarse en esta casa a cobrar esa cantidad y ha delegado a mí para hacerla efectiva; traigo todos los oportunos justificantes.

ENA. — Está bien, caballero. (¿Y cómo le digo yo a este hombre que su hermano está muerto?) ¿Hace mucho tiempo que no ve usted a su hermano?

US. — Hace ocho días, está de caza con unos amigos en una finca próxima a la finca Ajara... En una quinta...

NAP.—(Este hombre no sabe nada.)

CÉSAR.—Yo tengo necesidad de ausentarme mañana y me precisa esa
tidad.

NAP.—Caballero, lo siento mucho, pero le voy a dar a usted un golpe e-
toso.

CÉSAR.—(Levantándose.) ¡Cáscaras!

NAP.—¿Usted sabe dónde está su hermano?

CÉSAR.—Le digo a usted que sí; en la Gloria.

NAP.—Entonces ha recibido usted ya el golpe.

CÉSAR.—¿Eh? (Este tío tiene cuarenta y décimas.)

NAP.—Pero como le vi esa corbata salmón...

CÉSAR.—¿Qué tendrá que ver la corbata...

NAP.—Pensé y usted perdone: este señor no sabe una palabra de nada.

CÉSAR.—(Picado.) Le advierto a usted, que soy catedrático de griego.

NAP.—Mi enhorabuena, pero yo me refería a lo de su hermano que en la gloria
siga.

CÉSAR.—Hasta el lunes nada más, porque tiene que asistir a un banquete.

NAP.—¿A un banquete? (Este hombre no sabe nada.) Caballero, vuelvo a insistir
tir en lo del golpe.

CÉSAR.—Y dale.

NAP.—Porque me parece que usted ignora la triste suerte de su hermano.

CÉSAR.—¿Eh? ¿Qué dice usted?

NAP.—Su hermano Adolfo ha estado en esta casa hoy mismo...

CÉSAR.—¿En esta casa?

NAP.—Y... no se alarme usted... (Se lo diré poco a poco.) ¡Ha salido... muerto

CÉSAR.—¡Mi hermano!... ¡Muerto!! (Se sienta abatido en la «chaise longue».)

NAP.—Le dió un ataque, un vahido, no sé qué y falleció en esa misma chaise
longue.

CÉSAR.—¡Dios mío! (Se levanta horrorizado.)

NAP.—De aquí le han llevado al depósito judicial.

CÉSAR.—¡Qué horror! ¡Adolfo! ¡Hermano mío! (Llora.)

NAP.—Comprendo su atribulación y me duele haberle comunicado tan triste
nueva.

CÉSAR.—¡Pobre hermano mío! Corro al depósito a verlo por última vez.

NAP.—Señor del Campo, la muerte todo lo borra; deploro su dolor cual si fue
se mío.

CÉSAR.—Señor Coronel, su compañía me es muy grata pero tengo un triste deber
que cumplir. Corro al depósito.

NAP.—Corra; lo comprendo.

CÉSAR.—(Haciendo mutis por la izquierda secándose las lágrimas.) ¡Pobre Adolfo! ¡Pobre
hermano mío!

ELENA.—(Por la derecha.) ¿Qué ocurre, Napoleón? ¿Quién es ese hombre que se
llorando?

NAP.—Un hermano de Adolfo del Campo. (Elena se queda de una pieza.) Aunque
le he comunicado la noticia con todo género de precauciones, el pobre va al depó-
sito judicial transido de pena.

ELENA.—(Dejándose caer en la «chaise-longue» y medio desfallecida.) ¡Ay, Dios mío!
(Levantándose súbito y como si viera aún en la «chaise-longue» el rígido cuerpo de Napoleón
yo.) ¡E!

NAP.—¡Elena! ¡Elena! ¿Pero qué es esto? ¡Elena!

LEON.—(Por la puerta de la izquierda.) ¿Eh? ¿Qué sucede, don Napoleón?

NAP.—Elena que se ha puesto mala. Ayúdame.

LEON.—Doña Elena, señora.

ELENA.—(Reponiéndose.) Nada; no es nada.

LEON.—Pero ¿qué ha sido?

NAP.—Que ha estado aquí César del Campo, un hermano de ese hombre

o en nuestros brazos, como aquel que dice. Elena le ha visto llorar y se ha
ionado.

ON.—Dice usted que un hermano de mi... vaya, de ese que ha muerto aquí...
Y lloraba? No es posible.

P.—Es una historia que tú desconoces. León; ese hombre que ha fallado
había Adolfo del Campo.

ON.—(¡Bueno! ¡El delirio!)

P.—Voy a decir que te hagan una taza de tila.

ANA.—Gracias, Napoleón.

P.—¿Estás tranquila?

ANA.—Sí.

P.—Bien, te dejo con Leoncito y vuelvo con don Zacarías a quien he dejado
en el salón de billar.

ANA.—Sí; vete tranquilo; ya estoy bien.

P.—Hasta ahora. (Vase por la puerta de la derecha.)

ON.—(¡Adolfo del Campo!) Pero oiga usted, doña Elena, ¿quién ha dicho que
ese hombre se llamaba del Campo?

ANA.—Mira, hijo, no me preguntes porque estoy ya que no asunto. Con lo
quisísima que soy y estos continuos sobresaltos...

ON.—(Bueno, mi tío es inconmensurable.)

US.—(Por la puerta de la izquierda.) Ya estoy aquí.

ANA.—Jesús.

US.—Adiós, Leoncito. (A Elena.) Puedes estar completamente tranquila, Ele-
na, elango del depósito judicial.

ON.—(¡Atiza!)

ANA.—¿Y qué?

US.—Ya habían llevado a ese hombre.

ON.—(¡No pudo escapar! El susto que habrá pasado el infeliz.)

US.—Chica, horrible.

ON.—¿Eh?

US.—Le he visto hacer la autopsia.

ON.—(Dejándose caer en la «chaise-longue».) ¡Ay!

ANA.—¡León!

US.—¡Muchacho!

ON.—¡Ay!

US.—Pero hombre!

ON.—¡Qué horror! (¡Pobre tío Toribio!) ¿Y dice usted que ha visto?...

US.—No me lo recuerdes; de lo más macabro. Le abrieron... le sacaron las

ON.—(¡Lo han matado!)

US.—Completamente muerto: tranquilízate.

ANA.—Sí, pero eso no resuelve nada.

US.—¿Eh?

ANA.—Sucede otra cosa más terrible aún. Un hermano de Adolfo...

ON.—(Por la segunda derecha.) Mamá, en el comedor tienes la tila.

ANA.—Voy. Ven, Jesús, tenemos que hablar. (Haciendo mutis por la derecha.)
¡Cosa horrible!

US.—¿Otra? Pues señor, vamos a terminar todos cardiacos. (Mutis.)

ON.—Pero Leoncito, ¿qué pasa aquí que anda todo el mundo de cabeza?

ON.—(Preocupadísimo.) Es que suceden cosas, a lo mejor, que le erizan el ca-
lvo.

ON.—Pero nosotros sólo tenemos que pensar en nuestro cariño. ¿verdad?

ON.—Sí, en nuestro cariño. (¡Pobre tío Toribio!)

ON.—Ahora que estamos solos puedo decirte; algunas veces dudo y me
to, ¿habrá muerto el amor de mi Leoncito?

ON.—(Distraído y preocupado.) ¿Qué dices?

CLAR.—Que si ha muerto.

LEON.—(Horrorizado.) ¡Y le han hecho la autopsia!

CLAR.—¡Pero León!

LEON.—Don Jesús lo acaba de decir.

CLAR.—¿Pero a quién te refieres?

LEON.—Al difunto.

CLAR.—Es que yo te hablaba de nuestro cariño.

LEON.—Ah, sí; te quiero, te quiero. (Pobre tío Toribio.)

CLAR.—Anda, ven; vamos a ver cómo sigue mamá.

LEON.—Sí. (Autopsiado. ¡Ahora sí que no cabe la menor duda! (Se van por la segunda derecha. Un momento de pausa y Pompeyo penetra sigilosamente por el balcón.)

POM.—Nadie... nadie en este mundo se atrevería a venir aquí. Pero vengo porque necesito recuperar mis botas y mi americana, rescatar mis documentos ¡qué demonio! ver si saco algo como Adolfo del Campo, ya que tengo el secreto de la superchería de doña Elena y sé lo de las treinta y cinco mil beatas. Menudo susto se va a llevar esta gente. (Buscando.) La cazadora no está y esto es un conflicto. Y a las botas les ocurre lo que a la cazadora y son dos conflictos. Decididamente tengo mala pata, porque si hoy en vez de ser hoy, fuera la víspera de Reyes, por lo menos las botas me las hubiera encontrado en el balcón. ¡Caray! Alguien viene. Me ocultaré (Se oculta tras la hoja de madera del balcón.)

LEON.—(Por la derecha muy preocupado.) No se me borra de la imaginación la trágica muerte de mi pobre tío. ¡Autopsiarle vivo! ¡Dejarle sin tripas! Y resulta, por lo que he podido colegir, que había hecho un favor a doña Elena. Eso le reconocía a mis ojos. He sido muy injusto con él. ¡Pobre tío Toribio! ¡Ni siquiera había comprado unas botas. Haberse ido al otro mundo con unas zapatillas, y estruchas!... ¡Qué horror! (Se sienta en la «chaise-longue».)

POM.—A este no importa que le hable porque sabe que estoy vivo. Además puede servirme para anunciar a los demás... (Sentándose a su lado.) Leoncito.

LEON.—(Horrorizado.) ¡¡Ah!!

POM.—¡No grites!

LEON.—¡Usted!... ¡Vivo!

POM.—Vamos, hombre, no digas tonterías.

LEON.—Pero ¿con qué tripas viene usted?

POM.—Con unas tripitas que... ya ya.

LEON.—¿Pero no le han hecho a usted la autopsia?

POM.—¿A mí?

LEON.—Sí; acaba de decirnos don Jesús... que ha visto a usted...

POM.—Ríete de eso.

LEON.—Pero...

POM.—Mira Leoncito, tú eres una cándida paloma de la Plaza de San Marco de Venecia, y yo voy a ponerte al corriente de algo que tú no sabes. Yo soy Adolfo del Campo. Yo puedo hacer en esta casa algo grande, algo noble. ¡No me tires así! Algo noble. Puedo sembrar en esta familia el bien y la concordia; te juro. Busca a tu suegra, dile al oído que el Adolfo del Campo que ella necesita está aquí, que no padecía más que un ataque cataléptico; que cuando me llevaban en la camilla, volví en la camilla y que estoy aquí para ofrecerle mis respetos; ¡merme a sus órdenes y darle las más expresivas gracias.

LEON.—Pero...

POM.—Ve, que no te pesará. ¡Ah! Y prepárala bien, que es cardíaca. Bueno de paso, búscame mis botas y mi americana; las necesito.

LEON.—Lo haré, si señor; pero si de todo esto resulta algo que me comprometa, le levantaré la tapa de los sesos; lo juro. (Mutis por segundo término derecha.)

POM.—¡No jures en vano, hombre! Gracias a mi querido sobrino, esta complotación que he planeado en zapatillas me va a salir a pedir de boca. Bueno, ¿y qué habrá dicho ese majadero de don Jesús que me habían hecho la autopsia?

omita macabra que me hace menos gracia que el que me nieguen dos pesetas de caballo sientu; ocultémonos nuevamente. (Se oculta como antes.)

ENA.—(Entrando con León.) ¡Ay, pero es posible, León! No, no puede ser.

ON.—Sí, señora.

ENA.—Pero si mi hermano Jesús le vió sobre la mesa de disección...

ON.—Yo creo que don Jesús, en vez de ir al depósito judicial, estuvo en una sala de cinematógrafo.

ENA.—¡Dios mío! Pero ¿dónde está?

ON.—Se habrá ocultado para evitar la primera impresión. Allá veo sus zapatos. Salga usted, caballero.

ENA.—(Saliendo.) A sus pies, señora. (Se arroja a sus pies.)

ENA.—¡Ay! Sí; es él. ¡Dios mío! ¡Y ahora me encuentro con dos Adolfos del Campo!

ENA.—Querido pollo: necesito conversar a solas con esta virtuosísima dama. Tú, pues, los vocablos. Ocúpese de la devolución de mis prendas.

ENA.—Sí, León; te lo suplico.

ON.—(Haciendo mutis por la derecha.) El Desierto de Sahara es una perra gorda que vive al lado de mi tío. (Mutis.)

ENA.—Caballero, yo le ruego que perdone la superchería de que le he hecho creer.

ENA.—Señora, usted puede superchearme cuanto guste.

ENA.—Hice mal, lo comprendo.

ENA.—Hizo usted bien, señora. Usted buscaba una paz octaviánica para su propia tranquilidad y deseaba exterminar en su marido el áspid venenoso de los celos, que como usted sabe es muy inquieto. (Mejor no lo diría Chopenjuaguer.)

ENA.—Tiene usted razón; ese era mi objeto.

ENA.—Pues bien, señora; voy a consumir el sacrificio.

ENA.—No comprendo.

ENA.—Yo, como Adolfo del Campo, voy a disipar por completo los celos de don Adolfo del Campo.

ENA.—¿Se atreverá usted a hacer esa comedia?

ENA.—Yo hago una comedia y una zarzuela en tres actos por servir a una dama.

ENA.—¡Gracias! ¡Cómo podré pagarle!...

ENA.—A una dama se debe un caballero; pero, en fin, si se pone usted así, yo le daré pesetas me enajena de alegría.

ENA.—(Confusa.) Es poco...

ENA.—Pues añada lo que guste.

ENA.—Digo que es poco correcto... Vamos, que me da fatiga entregarle dinero.

ENA.—¡Bah!

ENA.—Acaso sea mejor un objeto...

ENA.—Muy bien; me da lo mismo; pero nada de bisutería, que no lo toman.

ENA.—Vaya, usted prefiere dinero.

ENA.—Sí, señora; las cosas claras y el chocolate con picatostes.

ENA.—Pues aguarde un instante; vuelvo en seguida.

ENA.—Señora, soy su esclavo. (Vase Elena por la segunda derecha.) Bueno, a esas señoras de abolengo ilustre, noble corazón y trato exquisito, da gusto el hacer un favor. Corresponden con una esplendidez que le abochornan a uno. Sus señoras no hay quien me las quite. Luego veremos cómo le saco a don Napoleón pesetas pesetillas que me adeuda.

ENA.—(Por la derecha.) Aquí tiene usted su americana y sus botas.

ENA.—Trae; créa que no las volvería a ver. (Se pone la americana.)

ENA.—Acabo de ver a doña Elena así como muy contenta.

ENA.—¿No te lo dije? Pues ahora necesito que me hagas un nuevo favor, que me hagas un nuevo favor.

ENA.

LEON.—¿Eh?

POM.—Busca a don Napoleón y prepárale de igual manera que hiciste a doña Elena. Adolfo del Campo vive, la catalepsia, la vuelta, está ahí; en fin, sabes. Va en ello la felicidad de tu futura suegra.

LEON.—Bien; voy. No entiendo una palabra de esto, pero voy. Ya usted me explicará algún día.

POM.—Sí, hombre, pero ahora no hagas cábalas, porque acabarías con un meningitis.

LEON.—Voy. (Vase por la derecha.)

POM.—(Viéndole ir.) Cómo se ha amansado este León.

ELENA.—(Por la segunda derecha.) Aquí tiene usted, caballero. (Le da un sobre y dentro de él un billete de mil pesetas.)

POM.—(Tomando el sobre.) Señora, mil quinientas gracias, y me quedo con su permiso, voy a ver los grabados de los billetes, que me son tan descoidados como la capital de Rumania. Y vuelvo a repetirle las mil quinientas. (Sacar un billete del sobre.) (Pues no son más que mil; la plancha es de las de ovación.) (El billete.) Seré cambiabile.

ELENA.—¡Caballero!

POM.—No, no lo dudo, ni puedo dudar de su honradez; pero aquí, donde se significan hasta los calamares, tiene uno que tomar sus medidas.

ELENA.—Ahora, espero de su amabilidad que me explique cuáles son sus proyectos.

POM.—Nada más justo. Hablaré a don Napoleón como yo sé hacerlo; le diré a don Napoleón que Elena no es Elena, sino Santa Elena, y le prometeré solemnemente marchar de nuevo a Buenos Aires y no volver a España aunque me abran Director general del Tesoro.

ELENA.—Gracias, caballero; deberé a usted mi felicidad.

POM.—Si fuese necesario emplearía medios aún más contundentes que el acabo de ofrecer a su alta consideración. Tengo recursos para todo.

ELENA.—(Por la primera derecha.) Ahora mismo vendrá don Napoleón.

LEON.—¿También se ha valido usted de Leoncito?

POM.—Este joven, tratándose de la felicidad de usted, llega, como yo, al sacrificio.

ELENA.—Gracias, León.

POM.—(A León.) ¿Qué ha sucedido?

LEON.—Pues que entré en la sala de billar donde estaba jugando a carambola con un amigo, le llamé aparte y ¡zás! se lo conté todo rápidamente.

POM.—¿Y qué dijo?

LEON.—Soltó un taco, se puso lívido, se pasó la mano por la frente, se me quitó un dedo y soltó dos tacos más.

POM.—Pero ¿con cuántos tacos juega su esposo de usted?

ELENA.—Con uno de Malaca.

POM.—Adelante.

LEON.—Luego comenzó a gritar... ¡vivo! ¡vivo! Por cierto que el otro que estaba pensando una carambola, objetó: «No me metas prisa, que es muy difícil.» Y, por último, me dijo don Napoleón. ¡Está bien! Cuando acabe las carambolas que me faltan, iré a entendérmelas con ese hombre.

POM.—(Escamado.) ¿Dijo a entendérmelas con ese hombre?

LEON.—Sí, señor, y comenzó a dar tiza como si fuera a destapar una botella.

POM.—¡Atiza!

ELENA.—Por Dios, caballero, serenidad, mucha serenidad. Napoleón es brusco y vehemente, pero es bueno en el fondo. No vacile y sálveme.

POM.—Seré estoico como una esfinge. Pueden marcharse. Confíe en mí.

ELENA.—Vamos, León. (¡Dios le tenga de su mano!)

LEON.—(Aparte a Pompeyo.) ¡Tío Toribio!...

POM.—¡Toribio de la Sierra ha muerto! (Hacen mutis por la segunda derecha.)

Bueno, el tío es de cuidado; bruto, celoso y Napoleón; pero con peores in-
ones los he toreado yo. Vendrá como para leerme un epigrama; pero, en fin,
y a lo mío y Cristo con todos. (Viendo entrar a Napoleón con un tacó en la mano.)
e la tiza!

AP.—(Descajado y livido.) ¡Sí, era cierto! ¡Vivo!

DM.—Vivo y agradecidísimo a las atenciones de que he sido objeto en ésta

AP.—¡Vivo! ¡Ira del!... ¡Malhaya mi!...

DM.—Suéltelos.

AP.—¿Qué?

DM.—Digo que suelte esos dos tacos, el de Malaca y ese otro de malhaya
que tengo curiosidad por saber a qué se refiere.

AP.—Caballero, no admito burlas de nadie, y menos de la persona a quien más
fino en este mundo.

DM.—¡Me abomináis!

AP.—Sí, le odio, le odio, porque fué usted el primero que vertió en los oídos
ena las primeras palabras de amor.

DM.—Sí, fueron de amor porque yo la idolatraba, porque ella era el imán de
la, porque hubiera dado por una sonrisa suya, no ya un mundo, como don
vivo Adolfo, etcétera, sino todo un sistema de planetas radiantes.

AP.—(Con fiereza.) ¡Aaah! ¡Basta!

DM.—(¡Caray, qué repente!)

AP.—Uno de los dos está de más.

DM.—Servidor de usted, que no hace nada.

AP.—Deseo batirme con usted, pero pronto, a pistola, a cuatro pasos, cañón
o, una cargada y otra descargada.

DM.—Acepto; la cargada para mí.

AP.—No admito chacotas!

DM.—Pero antes precisa que liquidemos; señor Coronel, me adeuda usted
ra y cinco mil pesetas. Cuando hay deudas no se puede acudir al terreno del
esto, señor Coronel, es general.

AP.—(Sublime.) Tendré el gusto de arrojarle ahora mismo a la cara esos bi-

DM.—Métalos usted en un sobre para que no se desparramen. (Mutis Napoleón
primera derecha.) Bueno; después que me entregue los pápiros, se va a batir
oxígeno de la atmósfera, porque lo que es conmigo...

CSAR.—(Por la izquierda, de muy mal talante.) Buenas noches.

DM.—Para servir a usted. (¿Quién será? También trae una carita...)

CSAR.—Me han dicho que estaba aquí el señor Coronel.

DM.—No tardará.

CSAR.—Juro por Dios vivo que ha de oirme. Conmigo no se juega como con
mpo.

DM.—¿Qué le sucede a usted, caballero?

CSAR.—Que he sido objeto en esta casa de una broma funeraria que no estoy
sto a tolerar.

DM.—¿Funeraria?

CSAR.—Sí, señor, funeraria. Me dijo el señor Coronel que a mi hermano se lo
llevado muerto al depósito de cadáveres.

DM.—¡Retumba! ¿Cómo se llama su hermano?

CSAR.—Adolfo del Campo.

DM.—¡Recíprés! (Se sienta sin fuerzas.)

CSAR.—¿Eh? ¿Qué le ocurre?

DM.—Nada, un ligero mareo. De manera que ha ido usted al Depósito ju-

CSAR.—Sí, señor, y allí no hay cadáver ninguno.

DM.—(Los camilleros andarán locos buscándome.)

CÉSAR.—Este don Napoleón Coronel es un sinvergüenza.

POM.—(Este tío me lo estropea todo.)

CÉSAR.—Un sinvergüenza y un mal nacido.

POM.—El mal nacido lo es usted. Debe usted tener consideración con un pobre neurasténico cuyo cerebro no rige.

CÉSAR.—¡Caballero, esas palabras!...

POM.—Son las del médico de cabecera.

CÉSAR.—Me refiero a su insulto. ¿Quién es usted?

POM.—Un primo del señor Coronel, que vela por su honor.

CÉSAR.—Pues bien, ahí va mi tarjeta. (Se la da.)

POM.—Y ahí va la mía, caballero. (Saca una tarjeta del bolsillo y lee.) (Faustino Cabo Palomares. No tengo otra.) (Se la da.)

CÉSAR.—(Leyendo la tarjeta.) Cref que sería usted Coronel.

POM.—No, señor; soy Cabo nada más.

CÉSAR.—Perfectamente; recibirá usted mis padrinos.

POM.—Los aguardaré con impaciencia; pero hágame el favor de retirarse ahora mismo, o no respondo de lo que pase aquí.

CÉSAR.—Sí, me voy.

POM.—(Casi empujándole.) ¡Pero, pronto, pronto!

CÉSAR.—(Haciendo mutis.) ¡Caracoles, qué genio! (Vase.)

POM.—(Respirando a sus anchas.) ¡Gracias a Dios! ¡Hay recursos para todo!

NAP.—(Por donde se fué. Trae un sobre con billetes.) Aquí tiene usted su dinero. Sa-
dada esta cuenta, sólo me resta que yo le arranque la vida.

POM.—(Contando los billetes.) Uno, dos, tres, cuatro... no es que desconfie, cabal-
llero; cinco, seis, siete...

CÉSAR.—(Entrando de nuevo con la tarjeta que le dió Pompeyo en la mano.) En est
tarjeta no constan las señas...

POM.—(¡La erupción del Vesubio!)

NAP.—(¡El hermano!)

POM.—(Tomando la tarjeta.) Bueno, las pondré; espérate un poco, (Escribe.)

CÉSAR.—(¡Me tutea!)

NAP.—(A Cesar.) Señor del Campo, debo a usted una satisfacción y voy a dá-
sela en el acto.

CÉSAR.—(Muy enérgico.) A mí no tiene usted que darme explicaciones. Usted e
un pobre desequilibrado y, por lo tanto, un irresponsable.

NAP.—¿Qué dice? ¡Caballero!

POM.—(Dándole la tarjeta y acompañándole hasta la puerta.) Ahí están las seña
pronto, fuera, a la calle.

NAP.—(A Pompeyo.) Es que me ha dicho...

POM.—(A Napoleón.) Aquí quedo yo. (A César.) Vete.

CÉSAR.—(Pero ¿por qué me llamará de tú? (A Pompeyo.) Mañana a las ocho.

POM.—No faltaré.

NAP.—(A Pompeyo.) ¡Señor del Campo!

CÉSAR.—(Ya en la puerta.) ¿Eh?

NAP.—(A Cesar.) Es a su hermano.

CÉSAR.—(Por Napoleón.) Está para que lo encierren en una jaula. (Vase.)

NAP.—(A Pompeyo, con ira.) ¡Señor del Campo! Mañana a las ocho no irá usted
ver a su hermano, porque a las siete habrá cortado yo el hilo de su existencia.

POM.—(Tras un suspiro.) Puede usted jurarlo, señor coronel, porque yo maña
me dejaré matar.

NAP.—¿Eh?

POM.—(Enfático, sublime.) Si el proyectil de su pistola no me atraviesa el cor-
zón, la bala de la mía acabará con esta vida miserable.

NAP.—Pero eso es un suicidio.

POM.—¡Sí, un suicidio; pero mi resolución es irrevocable! Debo morir, que
morir y moriré.

AP. — ¡Señor del Campo!
OM. — ¡Moriré! Pero antes de fallecer deseo hacer una confesión (Tétrico.) Señor Coronel... es un condenado, un moribundo, el que le suplica llame usted a su casa.

AP. — ¿Eh?
OM. — Al borde del sepulcro, ni el más villano miente. Llame usted a su esposa. Va en ello la tranquilidad de usted.

AP. — ¡Sea! (¿Qué le irá a decir?) (Se acerca a la segunda puerta de la derecha y llama.) ¡Elena! ¡Elena!

OM. — (Voy a hacer una escena que si doña Elena es agradecida, apoquina las cosas que me faltan.)

AP. — ¡Elena!
SUS. — (Por la segunda derecha.) ¿Qué sucede?

AP. — No es a tí a quien llamo.
OM. — Me hacen falta testigos, don Napoleón.

SUS. — (Viendo a Pompeyo.) ¡Borrego! ¡Menuda plancha! Yo que dije que le haría hacer la autopsia.)

ELENA. — (Por la segunda puerta de la derecha, seguida de Clara y León.) ¿Me llaman?

AP. — Sí, pasa.

CLARA. — (A Elena.) Mamá, serenidad.

LEÓN. — (Esto tiene más interés que el conde de Montecristo.)

ELENA. — (Estoy temblando.)

AP. — Elena, escucha. (A Pompeyo.) Caballero, puede usted hacer su confesión?

SUS. — (Va a decir que no es Adolfo del Campo y esto va a ser un segundo artiliz.)

OM. — (Grandioso y conmovidísimo.) ¡Elena!... Cuatro años de burlas, desprecios y calumnias me hicieron odiar la vida. Por no verte y matarte, huí a Buenos Aires; pero en mi corazón llevaba un huracán y en mi mente un remolino, y a los veintidós años emigré a Méjico, porque con aquel remolino y aquel huracán no podía estar en Buenos Aires. Pero tampoco en Méjico hallé lenitivo a mis dolores: ni en Tampico, y tampoco; desesperado, volví a España para acabar con tu existencia y con la mía; pero al verme en tu casa, Elena, al pensar que te tenía cerca de mí ya lo viste, creí fallecer. Pues bien, todo acabó, Elena; voy a morir. Te suplico... pero deseo escuchar de tus labios esas mismas palabras: la palabra perdón. (Cae de rodillas.)

ELENA. — Sí, Adolfo; te perdono.

AP. — (Conmovido.) ¡Elena! (Se levanta Pompeyo.)

ELENA. — ¡Napoleón!

OM. — (¡Me da las quinientas!)

AP. — (A Pompeyo.) Caballero, veo en usted un martir; queda roto el duelo.

SUS. — (Enjugándose una lágrima.) ¡Ay de mí!

LEÓN. — (Entusiasmado.) ¡Mi tío es un monumento.)

OM. — (A Napoleón.) Mañana repartiré esas treinta y cinco mil pesetas entre los alrededores... (Todos se miran asombrados.) y en cuanto pueda reunir dos mil pesetas más, partiré para el centro de Africa. No quiero que nadie sepa cómo y cuándo muero, para evitar remordimientos.

AP. — Puede usted irse pasado mañana. Yo le daré a usted esa cantidad. (Se va hacia la izquierda por la primera derecha.)

OM. — (Compungido.) ¡Qué grande es Napoleón!

SUS. — (A Pompeyo.) ¿Pero es que se va usted a llevar esas treinta y cinco mil pesetas?

AP. — ¡Qué abuso!

SUS. — ¿No comprende usted que mañana tengo yo que entregárselas al señor Coronel para evitar una catástrofe?

POM.—Usted es rico.

ELENA.—Déjale, Jesús; más vale mi tranquilidad.

CLAR.—Dice bien mamá.

POM.—¡Claro! La señora es cardiaca, y los disgustos...

LEON.—(A Pompeyo.) ¿Pero de verdad se va usted al centro de Africa?

POM.—Me quedaré en Tanger para poner un cinematógrafo.

NAP.—(Entrando por donde se fué.) Señor del Campo... (Dándole dos billetes de mil pesetas.) Acéptelos usted como de un amigo cariñoso.

POM.—(Secándose las lágrimas.) No le guardo a usted rencor. ¡Estos son mis brazos!

NAP.—¡Sí! (Se abrazan.)

POM.—Señores, muy buenas noches. (Cogiendo del suelo las botas.) Con el permiso de ustedes. Ahora sí que me voy a poner las botas. (En la puerta.) ¡Soy tan grande que la creación del mundo! ¡Elena! ¡Hasta nunca! (Se va llorando.)

TELON



¡SU SALUD PELIGRA!

TERRIBLES MICROBIOS LE ACEGHAN!

No espere Ud. a que las Autoridades le indiquen que el agua está contaminada, pues hasta entonces habrá bebido alguna cantidad; tenga por costumbre filtrar siempre el agua, aunque no venga completamente turbia. Para ello nada mejor que el Depurador Higiénico y Rápido "ARSO" que equivale a tener un manantial en casa.

De venta: Fábrica "ARSO"
CARDENAL CISNEROS, 28. - MADRID

BUJÍAS FILTRANTES PARA TODA CLASE DE FILTROS

APAS

HEMOS PUESTO YA A LA VENTA LAS DE LOS NUMEROS PUBLICADOS POR LA **NOVELA CORTA** DESDE EL 1.º DE ENERO AL 30 DE JUNIO DE 1917
PRECIO: 1,50 PTAS. A PROVINCIAS, CERTIFICADAS: 1,75 PTAS

Numeros publicados por **La Novela TEATRAL**

TRATA DE BLANCAS.—Felipe Trigo.

LA SOBRINA DEL CURA.—C. Arniches.

EL MÍSTICO.—Santiago Rusiñol.

LOS SEMIDIÓSES.—Federico Oliver.

LAS CACATÚAS.—Casero y G. Alvarez.

EL LOBO.—Joaquín Dicenta.

CHARITO, LA SAMARITANA.—Torres del Álamo y Asenjo.

EL VERDUGO DE SEVILLA.—

García Alvarez y Muñoz Seca.

TODOS SOMOS UNOS.—J. Benavente.

EL REY GALAOR.—F. Villaespesa.

LA CASA DE QUIROS.—C. Arniches.

PÚCAR XXI.—Muñoz Seca, García Alvarez y Pérez Fernández.

EL RÍO DE ORO.—Paso y Abati.

SOBREVIVIRSE.—Joaquín Dicenta.

ALMA DE DIOS.—Arniches y García Alvarez.

EL CARDENAL.—L. Rivas y Reparaz

EL POBRE VALBUENA.—Arniches y García Alvarez.

EL HOMBRE QUE ASESINÓ.—Traducción de Antonio Palomero.

LAS ESTRELLAS.—Carlos Arniches.

DOLORETAS.—Carlos Arniches.

LA SEÑORITA DE TREVELEZ.—

Carlos Arniches.

SER FINA LA RUBIALES.—Torres del Álamo y Asenjo.

SABEN-HÚMEYA.—Francisco Villaespesa.

EL SEÑOR FEUDAL.—Joaquín Dicenta.

LA ETERNA VÍCTIMA.—Felipe Trigo.

IMMY SAMSON.—Traducción de José Ignacio de Alberti.

LÓPEZ DE CORIA.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.

LA GIOCONDA.—G. d'Annunzio. Traducción de Francisco Villaespesa.

PRIMAVERA EN OTOÑO.—G. Martínez Sierra.

EL CRIMEN DE AYER.—Joaquín Dicenta

EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO.—Traducción de Gil Parrado.

PRANCFORT.—Vital Aza.

33 LA REBOTICA.—Vital Aza.

34 LA FRESCURA DE LAFUENTE.—

García Alvarez y Muñoz Seca.

35 PRIMEROSE.— Traducción de José, Ignacio de Alberti.

36 CIENCIAS EXACTAS.—Vital Aza.

37 Doña María de Padilla.—F. Villaespesa.

38 RAFFLES.—Traducción A. Palomero

39 LA PRAVIANA.—Vital Aza.

40 EL GRAN TACAÑO.—Paso y Abati.

41 MIRANJOLINA.—Cristobal de Castro.

42.—GENIO Y FIGURA.—Arniches, Abati.

Paso y García Alvarez.

43 LA GENTUZA.—Carlos Arniches.

44 LA VIEJECITA.—Miguel Echegaray.

45 PARADA Y FONDA.—Vital Aza.

46 LA ALEGRIA DE LA HUERTA.—Paso y García Alvarez.

47 PETIT-CAFÉ.—Tristán Bernard.

48 LOS NOV ELEROS.—Edmond Rostand

49 ELECTRA.—Benito Pérez Galdós.

50 TIQUIS MIQUIS.—Vital Aza

51 EL ULTIMO BRAVO.—G. Alvarez y Muñoz Seca.

52 LA MARCHA DE CADIZ.—García Alvarez y Lucio.

53 DOÑA PERFECTA.—Benito Pérez Galdós.

54 LA TIZONA.—Godoy y Alarcón.

55 MIQUETTE Y SU MAMA.—Robert y Callvet.

56 LOS CUATRO ROBINSONES.—Muñoz Seca y García Alvarez.

57 LOS GEMELOS.—Tristán Bernard.

58 LA LOCA DE LA CASA.—B. Pérez Galdós.

59 GIGANTES Y CABEZUDOS.—Miguel Echegaray.

60 DANIEL.—Joaquín Dicenta.

61 ELCHICO DEL CAFÉ FIN.—Torres del Álamo y Asenjo.

62 REALIDAD.—Benito Pérez Galdós.

63 LA SALA DE ARMAS.—Vital Aza.

64 PASTOR Y BORREGO.—García Alvarez y Muñoz Seca.

64
OSRAM



¿Se casaría usted con una mujer de poca salud y despilfarrada? ¿Elegiría usted para su alumbrado una lámpara de escasa solidez y mucho consumo?

CREEMOS QUE NO

La lámpara OSRAM reúne, aparte de su solidez y luz blanca, el menor consumo de corriente de todas las conocidas. Todo el mundo lo dice: La lámpara Osram gasta poco y luce mucho.

Oficinas y PRENSA POPULAR propietaria de La Novela Corta, La Novela Teatral y F. Taileres de Antonio Palomino, núm. 1, y Calvo Asensio, núm. 3. ---MADRID

DE CASTILLA
en tres actos
La espesa

LA NOVELA
TEATRAL

AMÍREZ



10 cts.

Jover
1918.

LA NOVELA TEATRAL

D rector: José de Urqu

Complemento de la Novela Corta

RELACIÓN DE OBRAS PUBLICADAS
 POR
LA NOVELA TEATRAL

Obras dramáticas

Trata de blancas.—La sobrina del cura.—El místico.—
 Los semidioses.—El Lobo.—Charito, la Samaritana.—
 Sobrevivirse.—El cardenal.—El hombre que asesinó.—
 Doloretas.—La señorita de Trevez.—El señor feudal.—
 La eterna víctima.—La Gioconda.—Primavera en otoño.
 —El crimen de ayer.—Primerose.—Mirandolina.—Los
 noveleros.—Electra.—Doña Perfecta.—La loca de la ca-
 sa.—Daniel.—Realidad.—Jimmy Sanson.—El misterio del
 cuartito amarillo.—Raifles.

Obras cómicas

Las cacatúas.—El verdugo de Sevilla.—Todos somos
 unos.—La casa de Quirós.—Fúcar XXI.—El río de oro.
 —El pobre Valviena.—Serafina, la Rubiales.—Lope de
 Coria.—Francfort.—La rebótica.—La frescura de Lafuen-
 te.—Ciencias exactas.—La Praviana.—El gran tacaño.—
 Genio y figura.—La gentuza.—Parada y Fonda.—Petit-
 Café.—Tiquis Miquis.—El último Bravo.—Miquette y su
 mamá.—Los cuatro Robinsones.—Los gemelos.—El chi-
 co del cafetín.—La sala de armas.—Pastor y Borrego.

Obras poéticas

El rey Galaor.—Aben-Humeya.—Doña María de Padilla.
 —La Tizona.—La leona de Castilla.

Zarzuelas

Alma de Dios.—Las estrellas.—La viejecita.—La alegría
 de la huerta.—La marcha de Cádiz.—Gigantes y cabezudos.

La leona de Castilla

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO

original de

FRANCISCO VILLAESPESA

PERSONAJES

DOÑA MARÍA DE PACHECO.
DON JUAN PEDRO PEREZ DE
VILLAMANZAN.
DON JUAN DE PADILLA.

EL ARCEDIANO.
SOSA
LOPE DE SANABRIA.
MARQUES DE VILLENA.

RAMIRO.
LUDOVICO DE CHAVRES.
UN BALLESTERO.
DON SANCHO.
DON GARCIA.

Alferraces, pajes, escuderos, séculos de Imperiales, comuneros, gentes de armas, nobles, pueblo, etc

ACTO PRIMERO

Escena del homenaje en una vieja fortaleza de Toledo. A la izquierda, en primer término, una gran puerta, y en el segundo, otra más pequeña. A la derecha, un Cristo de talla en una hornacina, iluminado por dos lámparas de plata. En el último término, un ventanal gótico. Entre el Cristo y el ventanal, un sitial tallado, cuyo alto respaldo se recurva en forma de baldequino.

Fondo, un enorme arco que da a la explanada de las almenas, y a ambos lados, en el pequeño espacio que queda de muro, dos antiguos retratos de caballeros armados de punta en blanco, en cuyos mantos se destaca la cruz roja de Santiago.

Escabeles, sillones, corales. Viejos tapices penden de los fuertes muros, y una cornisa de nogal tallado, con relieves dorados de follajes y flores, sostiene la amplia bóveda artesonada.

En el hueco del arco del fondo se ven las almenas, y allá a lo lejos, el agreste panorama de los montes de Toledo.

Es la media tarde. Un sol primaveral parece envolverlo todo en su gloria de oro.

Doña María de Pacheco y el Marqués de Villena.

Conversando cerca de la primera puerta a la izquierda. El ballestero, con la ballesta al hombro, vigilante, en las almenas del fondo.

DOÑA MARÍA

Respondiendo al ceremonioso saludo del Marqués.

¡Marqués de Villena!

VILLENA

¡Sobrina!

DOÑA MARÍA

¿A qué debo vuestra presencia honre

esta torre de Toledo?
¿Qué buscáis en mi morada?

VILLENA

Sobrina, la paz del reino,
perturbada por los bandos
de esos locos comuneros,
que rebeldes a su rey
estas tierras han revuelto
con motines y algaradas,
más propias de bandoleros
que de nobles fijosdalgos...

DOÑA MARÍA

(Atajándole con severidad.)

¡Hablad de ellos con respeto,
que al combate les conduce
Juan de Padilla, mi dueño;
y si a su rey son traidores,
son leales a su pueblo!

VILLENNA

(Contrariado.)

¡Comprendo, doña María,
que no vamos a entendernos
cuando comenzáis hablando
un lenguaje tan soberbio!

(Pequeña pausa. Se acerca a ella cambian-
do de tono, con la voz insinuante.)

¡Pensad que soy sangre vuestra,
y en vuestro provecho vengo!

DOÑA MARÍA

Y ¿qué queréis?

VILLENNA

Vos podéis

poner a estas luchas término
devolviéndole a Castilla
la paz que perdió hace tiempo.

DOÑA MARÍA

Mas, ¿cómo? Decid, Villena...

VILLENNA

¿Cómo ha de ser?... ¡Persuadiendo
a vuestro esposo a que deje
los peligros de ese puesto,
que sólo han de conducirle
al cadalso o al destierro!

¡Que se depongan las armas!

Mas vos, antes, dad ejemplo,
entregando al rey las llaves
de la ciudad de Toledo,
que rendida la cabeza
ya se irá rindiendo el resto!

DOÑA MARÍA

(Sin poder refrenar su indignación.)

¿Y cómo vos, un Villena,
la mejor sangre del reino,
tal infamia me aconseja?

(Villena va a hablar.)

¡Callad, que escuchar no quiero
de labios que son tan nobles
tan infamantes consejos!

¿Queréis que la paz renazca?

Pues aconsejad primero
a Carlos, que de Castilla
cumpla y respete los fueros,
pues mientras no los respete
por rey no lo acataremos!

VILLENNA

¡Pensando así, a la ruina
de Castilla vais derechos!

DOÑA MARÍA

(Con altivez.)

¡Antes que vivir esclavos,
marqués, libres moriremos!

(Pequeña pausa.)

VILLENNA

(Persuasivo.)

Será inútil sacrificio...

¿Qué conseguiréis con eso?

¡Que se derrame más sangre
cuando tan poca tenemos!

¡Que haya más campos estériles
teniendo ya tantos yermos!
Escuchad. Cercada estáis
por el más brillante ejército
que en sus limpios cristales
las aguas del Tajo vieron.

No esperéis ningún socorro,
que nadie puede traéroslo;
y será más duro el trato
cuanto dure más el cerco.

Recibid al emisario
de Adriano con respeto,
y la ciudad entregadle;
que si la entregáis, prometo
que habrá perdón para todos
y se olvidarán los yerros...

Y si precisáis rehenes,
yo mismo en rehén me ofrezco!

DOÑA MARÍA

(Con firmeza.)

¡No atiendo vuestras razones,
que nosotros no queremos
más perdón ni más rehenes
que nuestros antiguos fueros!
¡Y en tanto no queden salvos,
no se rendirá Toledo!

VILLENNA

¡Sois firme!

DOÑA MARÍA

¡Soy castellana!

Y lo mismo que el acero
que en nuestras forjas se temple,
ni me curvo, ni me quiebro!

VILLENNA

(Disponiéndose a salir.)

¡Reflexionad lo que os digo!
Yo al campo imperial regreso.
Vendré con los emisarios,
y para entonces, espero,
que después de meditados
atenderéis mis consejos.

(Saluda cortesmente.)

¡Que el Señor os ilumine!

DOÑA MARÍA

(Acompañándole hasta la primera puerta
de la izquierda.)

¡Que a vos os alumbre el cielo!

(Salen mientras aparecen por la explanada
don Juan de Padilla y Lope de Sanabria.)

(Se detienen cautelosamente en el centro
de la escena, como espionando la salida de doña
María.)

DON JUAN

(Con volubilidad infantil.)

Ya se fué mi madre.
Hasta la escalera
acompaña al noble
marqués de Villena.
¡Ven acá, buen Lope,
que antes que ella vuelva

ante el altar del San Pedro,
con las armas de mi padre
no me armásteis caballero,
para lidiar por Castilla
con las huestes de Toledo?
Al son de las roncadas trompas
todos a la lid partieron,
mientras que yo, en este estrado,
con vuestras damas me quedo,
para sostener un huso
o abrir un libro de rezos,
cuando mejor sostuviera
en el combate, un acero!
¡Dejadme, madre, que parta
donde me impulsa mi anhelo:
a triunfar por vuestras leyes
o morir por nuestros fueros,
que los que son bien nacidos
sólo viven combatiendo!

DOÑA MARÍA

(Mirando con orgullo maternal a su hijo, y acariciándole la revuelta melena.)

¡Modera tus fieros ímpetus,
que para todo habrá tiempo!
Cachorríco de león,
las garras aún no os crecieron,
¡y ya ruijs de impaciencia
porque os deje, libre y suelto,
sacudir vuestras melenas
en las luchas del desierto!
¡Aguilucho que aún no tiene
alas firmes para el vuelo,
debe vivir en el nido
bajo el amparo materno!

DON JUAN

(Lastimado por las palabras de su madre.)

¿Pensáis que valor me falta?

DOÑA MARÍA

Rapaz, cómo he de creerlo
siendo sangre de Padilla
y a más mi sangre teniendo,
que es cual tener en las venas
en lugar de sangre, fuego?
¡Cómo he de pensar que pueda
conocer siquiera el miedo,
quien se nutrió en mis entrañas
y se alimentó en mi seno!

(Dulcificando la voz en un arranque de ternura.)

¡Pero aún el bozo, hijo mío
sobre tus labios no ha puesto
las sombras de la naciente
virilidad de su vello!

DON JUAN

(Alzándose fieramente.)

¡Porque imberbe me veáis
no os moféis de mí desnudo,
que si tengo imberbe el labio
tengo ya barbado el pecho!

DOÑA MARÍA

(Atrayéndole de nuevo a su lado.)

¡Cuando en estas duras guerras
que esforzados sostenemos
no queden hombres que lidien
por la libertad del reino,
entonces, antes que uncirnos
al yugo del extranjero,
los niños y las mujeres
por Castilla moriremos!
Y yo seré la primera,
cuando llegue ese momento,
que ciña a tu sien el casco
y entregue a tu mano el hierro
que antes que tu vida, es
la libertad de tu pueblo!
Mas en tanto que tu padre
y sus bravos comeneros,
se arman, combaten y triunfan
por nuestros gloriosos fueros,

(Abrazándole con ternura con la voz trémula de lágrimas.)

¡para qué exponer tu vida,
si sabes que si la pierdo
habrán perdido mis ojos
todas las luces del cielo!

(Permanecen un instante abrazados. De súbito resuena, bajo las almenas, el clamor de las trompas de guerra. Todos atienden al estruendo cada vez más cercano.)

¿Pero qué algazara es esa?

(El Balletero se inclina a mirar desde las almenas.)

BALLESTERO

(En voz alta.)

En la falda de ese cerro,
junto a la margen del río
escaramuzan los nuestros.

(Don Juan se desprende de los brazos maternos y corre a las almenas. En todas las manos queda suspensa la labor.)

DON JUAN

(Desde las almenas.)

Contemplad, señora madre,
aquel gentil caballero,
que a los nuestros arremete
cabalgando un potro negro
y armado de punta en blanco
como si fuese a un torneo.
(Doña María de Pacheco se acerca a las almenas, y apoyada en la columna del baluarte central, contempla el campo. Las damas abandonan su tarea, y también, bajo el arco, siguen ansiosamente las peripecias del combate.)

¡Mirad con qué bizarría,
con qué juvenil denuedo,
al empuje de su brazo
se abre paso entre los nuestros!
La visera echada trae;

acho azul sobre el yelmo,
ños sobre el escudo
la banda roja al pecho!
(Pequeña pausa. La ansiedad aumenta.)
nuestras gentes retroceden
obardes!—hacia Toledo,
cada golpe de lanza
ombre derriba al suelo!
odos huyen a su paso...
ando un grito terrible y cubriéndose el
o con las manos.)
aldición!... El caballero
a quitado el glorioso
ón de los comuneros,
n él torna a su campo
ndo su gloria al viento!
ndo al Ballestero inmóvil con la ba-
al hombro y arrebatándose la con fie-

ara qué sirve en tus manos
llestas, Ballestero?
tiende en un gesto heroico, entre el
de los almenas, disponiéndose a dis-

DOÑA MARIA

(Corriendo a su lado.)

qué haces, hijo?

DON JUAN

oir la voz materna, gritándole al ca-

¡Por Castilla!

Castilla y por sus fueros!
para la ballesta. Momento de ansiedad
que solo se escucha el palpitante de todos
razones. Don Juan se vuelve a su ma-
on el rostro desencajado, y los ojos lla-
e de furor.)

la ballesta no hizo blanco:

os pies del caballero,

mecida de rabia

da quedó en el suelo!

al hayan la suerte mía

lébil brazo que tengo!

elve a observar arrojando violentamea-

la ballesta.)

caballero vé, madre!

otro ha parado en seco,

ándose en los estribos,

nira en son de reto,

que si se mofara

s brazos inexpertos!

(Golpeándose fieramente las sienes.)

al haya quien erró el golpe!

DOÑA MARIA

na la ballesta y se vuelve al Balles-

Yrás como yo no yerro!

eto, presto otra ballesta!

Ballestero se la da. Doña María apo-

ya el arma en el hueco de las almenas gri-
tando con voz de trueno.)

¡Por Padilla y por Toledo!

(Todos se agolpan al disparo y un grito de
júbilo los estremece.)

DON JUAN

(Como un ebrio.)

¡Bravo golpe!... ¡La ballesta

se le ha clavado en el pecho,

y del arzón se desploma,

mal herido, el caballero!

(Volviéndose hacia su madre y cubriendo
le las manos de besos.)

¡Benditas, madre, estas manos

que prodigio tal hicieron!

(Se vuelve de nuevo a las almenas.)

Los nuestros tornan... Lo alzan,

y entre cuatro, prisionero,

por la puerta de esta torre

lo conducen a Toledo.

DOÑA MARIA

(Al Ballestero.)

Que le suban a esta estancia

mis gentes, sin perder tiempo,

que aquí curarán mis manos

la misma herida que abrieron.

(Sale el Ballestero por la explanada.)

¡Doncellas de mi linaje;

en el más rico aposento

de este alcazar soberano

id y preparad su lecho.

Para vendar sus heridas

rasgad vuestros propios velos,

que honor que hacemos a un huésped

nos lo centuplica el cielo!

(Las damas se marchan por la segunda

puerta de la izquierda. Doña María se apro-

xima al Cristo de la hornacina y le besa pia-

dosamente las llagas de las plantas.)

Todos menos el Ballestero

DON JUAN

(Acercándose a su madre.)

¡Bendita seáis madre,

pues gracias a vuestro esfuerzo

los imperiales no hollarán

la bandera de Toledo!

DOÑA MARIA

¡Id, hijo, que de mi sangre

sois el único renuevo,

a ofrecer al enemigo

rendido, vuestros respetos!

Y que todas nuestras gentes,

damas, pajes y escuderos,

le rindan sus homenajes,

que aunque es nuestro prisionero,

por su valor bien merece

honras y costosos...

DON JUAN

¡Descuidad, señora madre,
que recibidle sabremos
y honrarle como merecen
su nobleza y su devuenedo,
pues los que llevan mi nombre
siempre son y siempre fueron
con el vencido, corteses,
con el vencedor, soberbios!

(Se inclina y besando gentilmente las manos de su madre, sale por la primera puerta de la izquierda.)

Doña María, so^ña

DOÑA MARÍA

(Clavando los ojos en el Cristo de la hornacina.)

¡Gracias!... ¡Toda mi existencia,
Señor, desde este momento
como víctima expiatoria
la sacrifico a mi pueblo!
¡Señor, Señor, no abandones
a esta raza de leones
que por todas partes fué,
en vos fija la mirada,
difundiendo vuestra fe
y esparciendo vuestra luz,
en una mano la espada
y en la otra mano la cruz!
¡Castilla, matrona huraña
que ante nadie se ha rendido,
que eres como regio nido
de aguiluchos, escondido
en el corazón de España!
¡Castilla, madre Castilla,
tierra de orgullo y fiereza;
indomable fortaleza
con fervores de capilla,
donde el pueblo mientras reza,
de tu santo altar, al pie,
afila la espada, que
en su ambicionar profundo
quiere conquistar el mundo
para imponerle su fe;
y para que desplegado
ondule sobre la tierra,
por los vientos agitado,
el crepúsculo morado
de tu estandarte de guerra!...
¡Presta a los hijos, Señor,
de los padres el vigor
para poder defender
la libertad de Castilla!
Y si vencida se humilla
¡dale a esta debil mujer
fortaleza en su sufrir
para poderla vengar!...
¡Alientos para matar

o valor para morir!

(Aparece en la primera puerta de la izquierda don Juan de Padilla seguido de pajes y escuderos que sostienen a don Pedro de Guzmán.)

Doña María de Pacheco, don Juan de Padilla, don Pedro Pérez de Guzmán, balleneros, pajes y escuderos.

DON JUAN

(A su madre.)

¡Aquí tenéis al herido!

(Penetra don Pedro Pérez de Guzmán sostenido por cuatro escuderos con el manto, y el peto ensangrentados. Un paje le conduce el yelmo y el escudo.)

DON PEDRO

(Al ver a doña María se desprende de los que le sostienen, y haciendo un violento esfuerzo se inclina ante ella.)

Al rendirme prisionero,
rendir, señora, he querido
a vuestras plantas mi acero;
porque sólo ¡vive Dios!
rendir pudiera su brío
un acero como el mío
a una dama como vos!...

(Le rinde penosa y cortésmente la espada.)

DOÑA MARÍA

(Levantando la espada.)

¡Galán que con tal bravura
combatió en esta jornada,
bien merece que la espada
le ciña yo a la cintura!

(Se la devuelve. Reparando de pronto en la palidez del herido, y como pesados de su olvido.)

Mas vuestra herida...

DON PEDRO

Derecho

el astil, señora, fué
a clavárseme en el pecho...
Y no es extraño, porque
queriendo en su compasión
dar fin a mis agonías,
todas las heridas mías
van buscando el corazón!

DOÑA MARÍA

Vuestro nombre...

DON PEDRO

(Condolido, con la voz desfalleciente.)

¡Vano afán!

¡Tan duro cambio he sufrido
que no habéis reconocido
a don Pedro de Guzmán?

(Alza la frente y contempla con fijeza a doña María.)

DOÑA MARÍA

profundamente conmovida por la sorpresa.)
¿Cómo imaginar que a veros
así, quien desde aquesta
e, con una ballesta
trió sin conoceros!
aciendo un esfuerzo inaudito para soste-
de pie, como si las fuerzas le abando-
n por momentos.)

DON PEDRO

¿Cómo dudar ¡ay de mí!
calada la visera
ostro desconociera
¿no me conoce así?...
¿mi desesperación
no he de extrañar que fuese
ostro dardo el que me hiriese
cerca del corazón,
¿siempre, desde los días
de vuestra niñez, lejanos,
¿si las heridas mías
abrieron vuestras manos!
¿el desploma desmayado sobre un sitial.
¿pajes y los escuderos acuden a soste-
nerlo.)

DOÑA MARÍA

¿los suyos, indicándoles la segunda puer-
ta izquierda.)
¿el resto, mis gentes, llevadle
¿a cámara de honor;
¿y a su herida y tratadle
¿que a vuestro señor!
¿los pajes y los escuderos se llevan al he-
bor la segunda puerta de la izquierda.
¿María permanece un instante apoyada
¿brazal del sillón señorial, ensimismada
¿te, como si un amargo presentimiento
¿lebreciera su alma.)

María de Pacheco y don Juan de Pa-
a.

DON JUAN

(Acercándose a su madre.)

¿me conocéis?

DOÑA MARÍA

¡Desde niños!

¿os, como dos hermanos,
¿os encantados cármens
¿Alhambra nos criamos.

DON JUAN

¿conmovido por la tristeza de la voz ma-
¿la estrecha entre sus brazos.)
¿os ¿qué os pasa, madre mía?
¿qué tembláis en mis brazos?
¿¿za cariñosamente la frente de su madre
¿contempla los ojos, bañados en llanto.)
¿¿qué tenéis?... Decídmelo
¿pena os causa ese llanto
¿de vuestros ojos rueda

hasta escaldarme los labios?

(La besa los ojos. Doña María se alza co-
mo agobiada por un presagio funesto.)

DOÑA MARÍA

(Lentamente.)

Pienso en todos los peligros
de los que están guerreando;
en que en las sombras, la Muerte,
afilada y lanza sus dardos,
y alguno alcanzar pudiera
a tu padre...

DON JUAN

Sin ciudades

por mi padre estad, señora,
que el hierro mejor templado
y más firme, de pavura
saltará, roto en pedazos,
antes de herir, madre mía,
un corazón tan bizarro.

DOÑA MARÍA

Mas si vencido cayese...

DON JUAN

(Con fiera.)

¿Vencido decís?... ¡Calláos,
que el suponerle vencido
es tanto como ultrajarlo,
pues siempre fué la victoria
cautiva de su caballo!
Y en Medina, en Talavera
sus férreos cascos hollaron
de las huestes imperiales
el pendón ensangrentado.

DOÑA MARÍA

Nadie en la suerte confie,
porque el destino voltarío,
más pronto abate y derrumba
lo que levantó más alto.

DON JUAN

¿Pues cñieme una armadura,
pon un acero en mi mano,
que si él peligrá en la liza,
yo quiero estar a su lado,
para si triunfa, abrazadle,
y si es vencido, vengarle!

(Volviendo a abrazar a su madre.)

Mas, enjugad esas lágrimas,
que al contemplaros llorando,
¡vive Dios! que a mis pupilas
se agolpa también el llanto.

DOÑA MARÍA

¡Al cielo gracias le doy
porque, piadoso, me ha dado
un hijo que honra a su padre
con valer su padre tanto!

(Quedan un momento abrazados.)

Dichos y Lope de Sanabria.

LOPE

(Desde la primera puerta de la izquierda.)
Vuestro asentimiento esperan

para entrar los enviados
que del campo imperial manda
el Cardenal Adriano.

DOÑA MARÍA

(Prócurando dominar su emoción.)

Condúcelos a esta estancia...

(Lope se inclina y sale. Doña María se esfuerza en ocultar las huellas de su emoción.)

¡Animo, corazón, ánimo!

¡Altivez, alza la frente!

¡Orgullo, seca mi llanto,
que a las damas que Castilla
sangre y fortaleza ha dado,
no deben mirarla nunca
sus enemigos llorando!

(Se rehace y queda al lado de su hijo, junto al sillón señorial, con la actitud de una reina que va a recibir un homenaje. Por la puerta primera de la izquierda, precedidos de Lope y dos escuderos, aparecen los delegados imperiales, Ludovico de Chevres y el marqués de Villena, seguidos de su séquito. Los soldados de Toledo ocupan el fondo de la escena. Los imperiales traen cruces blancas sobre los mantos, y los comuneros una cruz roja al pecho. Ludovico de Chevres vestirá un rico traje a la moda flamenca, que realzará sobre el pecho el Collar del Toisón de Oro.)

Dichos; Ludovico de Chevres, el marqués de Villena, séquito de imperiales, pajes, escuderos y gente de armas.

LUDOVICO

(Avanzando altaneramente y haciendo una pequeña inclinación ante dona María.)

¡En nombre del Cardenal Adriano, mi señor, que es por el Emperador gobernador general de estos reinos, os concedo gracia, si antes de tres días cesáis vuestras rebeldías y nos entregáis Toledo!

DOÑA MARÍA

(Rompiendo con acento seguro la expectación general.)

Vuestra intimación es vana y es vano vuestro rigor, que en la tierra castellana no manda el Emperador. En este pueblo leal nadie acatará su ley.

LUDOVICO

¡También de Castilla es rey quien ciña el manto imperial!

DOÑA MARÍA

¡Mas, para los comuneros que, con su soberbia humilla,

no es monarca de Castilla quien no respeta sus fueros; porque aquí no toleramos que los reyes nos den leyes, sino que acatan los reyes las que nosotros les damos!

VILLENA

Le juramos nuestro rey en las Cortes...

DOÑA MARÍA

Y él juró

también cumplir nuestra ley. ¡Y ved cómo la cumplió! ¡Dando en este reino entrada, contra todos nuestros fueros a esa Corte desalmada de ambiciosos extranjeros, que como botín de guerra, nuestro honor escarniendo aún se siguen repartiendo las riquezas de esta tierra! Y no tan sólo el monarca nuestra libertad destruye, sino que en Coruña embarca, como pirata que huye en las sombras del misterio para ocultar su tesoro, ¡a comprar con nuestro oro la púrpura del Imperio!

(Volviéndose a Villena)

¿Quién habló de juramentos? ¡Si él al viento lanzó el suyo, también nuestro fiero orgullo el suyo lanza a los vientos! ¡Y hoy este pueblo bravío no acata más que a su ley, pues viendo el trono vacío a sí mismo se ungió rey! Vuestro perdón rechazamos, que a nuestras leyes, leales nuestras ayudas ajustamos. ¡Volved con los imperiales; y decid que esta ciudad dispuesta está a perecer primero que esclava ver de nuevo su libertad; porque antes de sufrir las afrentas de un tirano, sabe el pueblo castellano, honrado y libre morir!

(Un murmullo de aprobación recorre las filelas de los comuneros. Doña María de Pichaco les impone silencio con un noble gesto.)

LUDOVICO

(Con insolencia.)

¡Pagaréis vuestra imprudencia! ¡Y puesto que no queréis rendiros, del rey, clemencia, toledanos, no esperéis! ¡Despreciadsteis su piedad;

hora, del Emperador
usticiero rigor
ará vuestra ciudad!
mensaje habéis oído;
declaro, en nombre de él,
a nadie dará cuartel.

DOÑA MARÍA

(Fieramente.)

¿quién cuartel ha pedido?
oye un rumor confuso del pueblo que
cerca. Los imperiales echan mano a sus
das. Todos los rostros reflejan la más
anda ansiedad.)

VILLENA

¿mas qué pasa?

DOÑA MARÍA

Esos rumores...

DON JUAN

(Asomándose al ventanal.)

allando, de rabia ciega
ebe al alcázar llega,
lo al aire sus clamores.
ltre todos, el primero,
pasado de dolor,
e Sosa, el escudero
i padre y tu señor.
odos se vuelven hacia la explanada de
menas por donde se acerca el tumulto.
el arco del fondo, penetra Sosa, pálido,
roso y jadeante, seguido de hombres y
es que gritan y gesticulan. Los balles-
detienen a la plebe bajo el arco central.)

Dichos, Sosa y gente del pueblo.

SOSA

(Yendo de rodillas a los pies de doña

hora, temblad de espanto!

(Todos le cercan.)

DOÑA MARÍA

¿qué pasa?... ¡Habla por Dios!

SOSA

(Estallando en sollozos.)

¿cómo corre mi llanto!

Comprended el resto vos!

DOÑA MARÍA

(Dando un grito supremo de ansiedad.)

¡esposo!... ¿Qué ha sucedido?

Sosa no se atreve a hablar; Doña María
anta, sacudiéndole fuertemente por el

ua de plomo! ¿Hablarás?

SOSA

(Balbuciente de emoción.)

¡Villalar ha caído

¡no alzarse jamás!

U grito de dolor estremece las filas de
cuneros.)

DOÑA MARÍA

¡Ha muerto!

(Doña María rompe en sollozos, vacila y se
abraza estrechamente a su hijo.)

¡Pobre hijo mío!

DON JUAN

(Severamente, señalando a los imperiales
que habrán permanecido agrupados en acti-
tud expectante, cerca de la puerta primera
de la izquierda.)

¡Vuestra aflicción nos humilla!

Señora, ¿dónde está el brío
de la mujer de Padilla?

DOÑA MARÍA

(Orgullosa del arranque filial, alzándose
terrible y recta como una amenaza.)

¡Mi don Juan, tienes razón!

Desde hoy, vengarle será
la única fuerza que hará
latir nuestro corazón!

(Volviéndose al escudero.)

Cuenta Sosa.

SOSA

¡Qué decir,

sino que a traición, vendido,
al ver nuestra gente huir
en Villalar, cayó herido
de su corcel en el lodo
de un profundo cenagal,
luchando él solo con todo
el ejército imperial!

Allí su espada rindió;
y al verle ya sin espada,
Juan de Ulloa le cruzó
la faz de una cuchillada!

DOÑA MARÍA

(Cubriéndose el rostro con las manos.)

¡Ah!... ¡Cobarde!

DON JUAN

(Llameantes de furor los ojos.)

¡Madre mía,

déjame al campo marchar,
que al de Ulloa-haré pagar
bien cara su felonía!

DOÑA MARÍA

(De nuevo volviéndose a Sosa.)

¿Y allí acabó?...

SOSA

¡A Dios pluguiera

que allí su vida acabara,
porque a lo menos, siquiera
la muerte no le afrentara!

DOÑA MARÍA

¿Más afrentas?

SOSA

Prisionero

a la villa fué llevado;
y sin haberle juzgado
como cumple a un caballero
a los imperiales pluguiera

su cabeza hacer rodar,
bajo el hacha del verdugo,
en el mismo Villalar!

DOÑA MARIA

(Después de una pausa, haciendo un esfuerzo inaudito para recuperar su entereza.)

¡Ay, castellanos, llorad,
que el hacha que lo ha inmolado,
también ha decapitado
nuestra antigua libertad!

(Con un enérgico ademán contiene el clamor de las turbas e indica a Sosa que prosiga.)

SOSA

Hasta la enemiga suerte
a sus pies cayó rendida,
¡que si heroica fué su vida
más heroica fué su muerte!
La envidia calló su encono;
como quien fué sucumbió,
¡y hasta al cadalso subió
como si escalase un trono!
Al llegar su última hora
me dió este pliego...

(Saca del pecho un pergamino sellado lo besa y se lo entrega a doña María.)

¡Mirad,

y en él hallaréis, señora,
su postrera voluntad!

DOÑA MARIA

(Tomando el pliego y leyéndolo con voz profundamente conmovida, pero firme, en medio del silencio y la expectación de todos.)

«¡Por bienaventurado me tuviera,
bendiciendo lo amargo de mi suerte,
si el corazón, señora, no sintiera
mucho más vuestra pena que mi muerte!»

¡Aunque de muchos ha de ser plañida,
esta muerte de tal modo me ha honrado,
que bendigo al Señor que así me ha
dado

brindándome tal muerte, tanta vida!
Yo quisiera tener más tiempo para
escribiros palabras de consuelo;
mas aunque me lo dieran, lo rehusara
que ya la palma del martirio anhelo.
¡Llorad vuestra desdicha y no mi muerte!

porque es mi muerte, esposa, tan honrada

que en una eterna vida se convierte
y no debe por nadie ser llorada!
Mi alma, pues nada más tengo que daros.

¡Vos seña

haced con ella cuanto os plazca, ahora
que si mucho os amó más ha de amaros.

No puedo proseguir.. A vuestro aliento

¡qué de cosas tan íntimas dijera!...
Mas, ya el verdugo con el hacha al hombro

en el dintel de la prisión espera...
Aquí hago punto, porque el vulgo osa

no piense, en su voraz maledicencia,
que he alargado esta carta demasiado
para alargar con ella mi existencial.
¡Adiós, señora, adiós, en otra orilla
nuestro amor hallará nuevo remanso..
¡Y aquí quedo esperando la cuchilla
de vuestra soledad y mi descanso!

(Una conmoción profunda agita a todos. Algunas pupilas se llenan de lágrimas. Las damas sollozan.)

VILLENA

(Adelantándose hacia doña María, sinceramente afectado por su dolor.)

Yo también, doña María,
lloro vuestro duelo ahora,
que no en balde sois, señora,
sangre de la sangre mía.
Para evitar nuevos males
y amenguar vuestro sufrir,
doblegaos y rendir
Toledo a los imperiales.

DOÑA MARIA

(Alzándose sobre todos, como enloquecido de dolor y de ira.)

¿Qué dice?... ¿Ois toledanos,
sin afrentaros, tal mengua,
y con vuestras propias manos
no le arrancásteis la lengua
como ejemplo miserable
de ignominia y de baldón,
para el labio que nos hable
siquiera de rendición?

¿Habrá algún alma en Castilla
que ose de paces hablar,
y no muera por vengar
la memoria de Padilla?
El, bajo el hacha cayó
por defender nuestra ley...
¡Guerra juremos al rey
que en verdugo se trocó!

(Dirigiéndose hacia el Cristo de la cruz, y colocando las manos sobre su cabeza de su hijo.)

¡Yo, colocando las manos
en la frente de su hijo,
con el pensamiento fijo
en su sombra, toledanos:
por la Santa Cruz erguida
en el solitario altar.

a costa de mi vida.
uerte juro vengar!
(Dirigiéndose a los comuneros.)
urais vosotros?
VOCES

amos!
(Todos juran sobre sus espadas.)
SOSA
enganza para Padilla!

DOÑA MARIA
(Volviéndose a los imperiales.)
ed la respuesta que os damos,
eleros de Castilla!
nad al campo a decir
estro Gobernador
nunca se ha de rendir
do al Emperador!
d gracias a la suerte,
para vengar su muerte
veros mal por mal,
arrados, a pedazos,
s arrojo, a bombardazos,
mpamiento imperial.

os comuneros intentan atacar a los im-
es, pero doña María de Pacheco se in-
ne, deteniéndoles con un soberbio ade-

SOSA
ledo, regía matrona,
vas a hacer sin Padilla?
LOPE
urrió el leon de Castilla!

DOÑA MARIA
ero aun queda su leona,
filando en su aflicción
ra dura y cruel
morir como él
ngar a su león!

VILLENA
(Disponiéndose a salir, a doña Maria)
de nuestros lazos reniego!

LUDOVICO
(A doña María.)

¡Jamás esperaréis favor!
(Doña María les señala a los imperiales la
puerta. Estos van desfilando.)

DOÑA MARIA
¡Guerra, guerra a sangre y fuego!
SOSA
(A los comuneros, señalándoles el grupo
que forman doña María y su hijo.)

¡Respetemos su dolor!
(Todos se inclinan y van saliendo por la
explanada del fondo. Entretanto doña María
permanece serena apoyada en el hombro de
su hijo. La tarde empieza a palidecer en las
sombras del crepúsculo. La luz de las lámpa-
ras se hace más intensa.)

Doña Maria de Pacheco y don Juan de Pa-
dilla.

DON JUAN
(Al verse solo, alzando fieramente la ca-
beza y extendiendo el brazo.)
¡Venganza padre!

(Viendo la actitud dolorosa de su madre,
que al verse sola, no puede refrenar su emo-
ción.)

¡Quién lo había de pensar!
(Estalla en sollozos.)

DOÑA MARIA
(Estrechándole contra su seno en un llan-
to convulsivo.)

¡Sí, hijo mío!... ¡Ahora llóra,
que ya podemos llorar!

(Los dos, sollozando, caen de rodillas al
pie del Cristo. Se abrazan estrechamente
ahogados en sollozos, mientras desciende po-
co a poco el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

ma decoración del acto anterior. Es de noche. La escena estará iluminada por las lám-
s de la hornacina y algunas antorchas enclavadas en los muros.

el Arcediano, el Balletero y solda-

lzarse el telón Sosa conversa con los
os bajo el arco del fondo.)

SOSA
Asegurad el portillo
y vigiad las almenas,
no vayan los imperiales,

a conseguir por la astucia
lo que no logran por fuerza.

(Salen los soldados por la explanada de las
almenas. Sosa se vuelve al centro de la es-
cena.)

ARCEDIANO

¡Duro es el cerco!

SOSA

¡Y tan duro,

que si Dios no lo remedia
hará a Toledo famosa
si ya famosa no fuera!
Ha seis meses que sus muros
expugnan, baten y asedian
las huestes más numerosas
que acampar el Tajo viera
entre los huertos frondosos
de sus fértiles riberas.

BALLESTERO

¿Y no nos vendrán socorros?

SOSA

¡Sólo de la Providencia,
que desde que, traicionados
de Villalar en las ciénagas,
al pie de los imperiales,
cayeron nuestras banderas,
las ciudades de Castilla,
ya por grado, ya por fuerza,
una a una, fueron todas
rindiendo sus fortalezas!...
Tan sólo, altiva, Toledo
a los imperiales reta...
¡y será libre Castilla
mientras Toledo no muera!

ARCEDIANO

(Lentamente, con profunda intención, como
para escudriñar los pensamientos de Sosa.)

Mas ya su valor decae,
que la plebe anda revuelta
porque la peste y el hambre
hacen más estrago en ella,
que cañones y bombardas
en sus cimientos de piedra.

SOSA

La plebe no tiene culpa,
sino los que la aconsejan,
los que, cual Judas, la venden
y en oro su sangre truecan.
Mas ¡ay! si doña María
de esas intrigas se entera,
ha de hacer tal escarmiento
que asombro del mundo sea!

ARCEDIANO

(Mirando fijamente á Sosa.)

¡Ella causa estos disturbios,
porque a Toledo avergüenza
que una mujer la gobierne,
cual si en su seno no hubiera
claros varones capaces
de girarla en esta empresa!

¡Para los hombres, la espada,
para la mujer, la rueca!...

SOSA

(Amenazante.)

¿Qué osáis decir?

ARCEDIANO

(Cambiando de tono y en son de disculpa.)

¡Lo que dicen

a veces en las plazuelas!...
Repito lo que murmuran,
que yo he dado tales pruebas
de lealtad a tu señora,
que eluden toda sospecha.
Y, ¡por mi patrón Santiago
que mi lealtad no me pesa,
porque en Castilla no hay hombre
que en valor y en entereza,
en tan graves circunstancias
pueda competir con ella!

SOSA

(Con entusiasmo.)

¡Donde el peligro es más grande,
donde es más dura la brega,
allí su pecho indefenso
a las espadas presenta,
piadosa como una santa
y altiva como una reina!

¡Toda el alma de Castilla,
brava, indómita y soberbia,
parece que en los arcanos
de su corazón encierra!

¡Para sustentar la plebe
y proseguir estas guerras,
malbarató sus tesoros,
las vajillas de su mesa,
las sortijas de sus dedos,
y los collares de perlas,
de diamantes y topacios
que sobre sus senos eran
como aljófar de rocío
brillando entre rosas frescas!

(Resuenan las ánimas. Todos se santiguan.)

ARCEDIANO

Mas, escucha... ya las ánimas
en la Catedral resuenan.
¡Ve y avisa a tu señora
que tengo que hablar con ella!

SOSA

Tendréis que aguardar un poco,
porque rezando en la iglesia
de Santo Tomás se halla
con sus pajes y sus dueñas.
(Se inclina, besa la mano al Arce...
sale por la primera puerta de la izquierda.)

El Arcediano y el Ballestero.

ARCEDIANO

(Acercándose cautelosamente al Ballestero.)

después de haber escudriñado con la vista
la estancia.)

A don Pedro de Guzmán
este saber mi encargo?

BALLESTERO

(media voz señalando la segunda puerta
a la izquierda.)

está, señor, vuestro aviso
en esa estancia esperando.

ARCEDIANO

¿Cómo sigue de su herida?

BALLESTERO

gracias a tantos cuidados
no en servirle y honrarle
Pacheco ha prodigado,
bueno está, que hoy a Sosa,
no tener tan firme el brazo
no grimir con gran maestría,
en golpe le ha desarmado.

ARCEDIANO

después avísale, Rodrigo,
tanto que con él hablo,
no, no nos sorprendan;
es tan importante el caso,
una indiscreción podría
ocurrirnos al cadalso.

BALLESTERO

¿mandad a vuestro albedrío,
¿en mí tenéis un esclavo!

ARCEDIANO

no te pesará servirme.
estas revueltas salgo
obispo de Toledo,
no me ofreció don Carlos
no emiaré tus servicios
no aré subir tan alto,
no a de ser el Ballestero
no a de los hidalgos!

Ballestero entra en la segunda puerta
a la izquierda y al momento aparece en el
don Pedro Pérez de Guzmán. El caba-
vanza lentamente, y mientras el Ar-
cediano se inclina para saludarle, el Balles-
tero se va a ocupar su puesto en las
sillas.)

don Pedro Pérez de Guzmán, el Arcediano.
Ballestero.

ARCEDIANO

(Saludando.)

don Pedro, al cielo bendigo!
en esta ocasión me ha dado
a conocer
Ballestero, dechado
de virtud, cuyo renombre
ya va pregonando
que eterno perdure
en bronce y en el mármol!

DON PEDRO

(Inclinándose cortesmente.)

¿Qué tenéis que platicarme
cuando con tanto recato
me llamáis?

ARCEDIANO

Tengo, don Pedro,
que entregar a vuestras manos
ese pliego que os envía
el cardenal Adriano.

(Saca un pliego del seno y se lo entrega.)
Leedle, y después de leerle,
como es natural, rasgadlo.

DON PEDRO

(Después de leer el pliego a la luz de la
lámpara de la hornacina.)

Aquí el cardenal me ordena
que en servicio de don Carlos,
nuestro rey, que el cielo guarde,
acate vuestros mandatos.

(Rasga el pliego y después se vuelve y
contempla fijamente al Arcediano.)
¿Quién sois, cuando así me obligan
a servirlos y acatarlos,
siendo tan noble mi sangre
y mi linaje tan alto,
que mis mayores tuvieron
reyes moros por vasallos?

ARCEDIANO

(Humildemente.)

Señor, de la Santa Iglesia
Catedral, soy Arcediano,
y aunque entre rebeldes vivo
y por comunero paso,
no puedo olvidar que al rey
mi juramento he prestado;
¡que olvidar sus juramentos
no es digno de un buen cristiano!
A los imperiales sirvo
y por su causa trabajo,
promoviendo entre la plebe
algaradas y rebatos,
y sembrando la discordia
entre jefes y soldados.

¿Que le falta pan al pueblo?
Pues el motivo es bien claro...
Por medio de mis secuaces
correr las voces yo hago
que es culpa de la Pacheco,
que a bajo precio ha comprado
todo el trigo de Castilla
para venderlo más caro.

¿Que alguno muere de peste?
¡Pues es un castigo santo
que a Toledo Dios envía
por haberse rebelado
contra su señor, y andar
con los franceses en tratos
para entregarles el reino
que a los infieles ganamos!

Y así, todo se revuelve...
Y esper que si su amparo
como hasta aquí, no me niega
nuestro buen patrón Santiago,
muy en breve, entre repiques
de campanas, y entre aplausos,
en nuestra sagrada Sede
veréis entrar bajo palio,
por la puerta del Perdón
al cardenal Adriano.

DON PEDRO

¿Pero no teméis que antes,
de vuestro juego enterados,
os hagan los comuneros,
reverencia, más pedazos
que padrenuestros habéis?
en este mundo rezado?

ARCEDIANO

¡Antes de poner, don Pedro,
en entredicho mis actos,
dudarán de Juan Padilla,
con haber Padilla dado
en pro de los comuneros
la cabeza en el cadalso,
que yo sé tirar la piedra
y esconder después la mano!

DON PEDRO

¡Vive Dios, que sois terrible!

ARCEDIANO

A veces, señor, debajo
de la piel de un corderillo
hay un león disfrazado.

DON PEDRO

Mas ¿en qué puedo servirlos?
Decid, señor Arcediano.

ARCEDIANO

A entregar estoy dispuesto
la ciudad. Mas para el caso
necesito del concurso
de un capitán esforzado
que al frente nuestro se ponga.
¡Y en vos, don Pedro, he pensado!

DON PEDRO

Mas, ved que estoy prisionero...

ARCEDIANO

(Riendo maliciosamente.)

¿Vos prisionero? ¡Ni el pájaro
está más libre en el aire
que vos en este palacio!

DON PEDRO

¡Es cierto... Mas mi palabra
me tiene más obligado,
que a todo buen caballero
si estima su honor en algo,
le pesan más sus palabras
que los grillos más pesados!

ARCEDIANO

Mas, suponed que estáis libre...

DON PEDRO

¿Qué voy a hacer?

ARCEDIANO

Yo me encargo

de que se alborote el pueblo,
y cuando esté alborotado,
del Emperador en nombre,
de Toledo apoderaos,
encerrando a la Pacheco
presa en su propio palacio.

DON PEDRO

(Sin poder reprimir su indignación.)

¡Callad, callad tal vileza!
¿Mi honor descendió tan bajo
que a ser me autoriza dueño
de quien debo ser esclavo?
¡En defensa de mi rey
ya con mi sangre he regado
las áureas playas de Nápoles
y los campos castellanos,
y España entera conoce
la pujanza de mi brazo!
¡Mas, cometer tal infamia
no puede quien ha heredado
la lealtad de los Guzmanes,
y ostenta sobre su manto
como una herida gloriosa
la roja cruz de Santiago!

ARCEDIANO

Nuevas riquezas y honores
el rey pudiera brindaros.

DON PEDRO

(Insinuando.)

(Con alt.)

¡Todo el oro de la tierra
no vale lo que yo valgo;
ni en el mundo honor existe
ni tan grande ni tan alto
como el que me da el escudo
que, aquí, sobre el pecho traigo!

ARCEDIANO

(Dejando caer con intención las pa...

¡Bien se conoce que andáis
de la dama enamorado!

DON PEDRO

(Herido en lo más hondo y vivo
álma.)

¿Qué decís?

ARCEDIANO

(Retrocediendo rastreramente ante
tud violenta de don Pedro, y querien
sus palabras un tono ambiguo de chiste y
ironía.)

¡Murmuraciones
y cuentos del populacho!...
¡Yo nunca les presté crédito,
porque nunca he sospechado
que al par se pudiera ser
carcelero y apesado!

DON PEDRO

(Haciendo un esfuerzo terrible para reir
nar la ira que le enciende.)

Vive Dios, que si no fuera
respeto de esos hábitos,
figura la osadía
vuestra lengua, mi mano!
¡Dadle gracias al cielo,
no es poco lo que hago,
evitar lo que he oído
haberlos castigado!
Se vuelve despectivamente la espalda, y
por la segunda puerta de la izquierda. El
Arcediano le sigue con la vista, inmóvil en
fondo de la escena, sin atreverse a dar un
paso.)

El arcediano, solo

ARCEDIANO

(Después de desaparecer don Pedro.)
¡Mal tino!... En su corazón
el cielo no hizo blanco!

(Sonriendo levemente.)

¡Se me se el punto vulnerable
de dirigir mis dardos,
¡Vive Dios! que he de verlo
caer a mis pies sangrando!
Se queda de pronto inmóvil, con el entre-
carrugado, como si madurase un plan.
¿Qué alza triunfalmente la cabeza, y una
sonrisa alegría centellea en él.)
¡No ha sido inútil la escena,
que mi plan he trazado,
¡hay nada que destruya
los planes que yo me trazo.

¡Esta vez, doña María,
¡vuestro honor cayó en mis manos;

¡y ellas no ha de salir
deshecho a pedazos,
¡que a Castilla entera
de mofa y escarnio!

¡Y pronto sobre la plata
de estos mis cabellos blancos,
¡con su oro y sus gemas
¡necieron soñando,
¡mitra arzobispal
¡y á de lucir el fasto!

¡Y andando hacia la primera puerta de la iz-
quierda.)

¡Mas aquí llega la dama.
¡Altad, buen Arcediano,
¡plumas de paloma
¡y tras garras de milano!

¡Cielve a adquirir su expresión beatífica,
¡y tras por la primera puerta de la izquier-
da aparecen doña María y don Juan de Pa-
redados de dos pajes con antorchas
¡y pañados de Sosa, Lope, damas, pajes
y escuderos.)

Doña María de Pacheco, el arcediano, don
Juan de Padilla, Sosa, Lope, damas, pajes
y escuderos.)

ARCEDIANO

(Inclinándose humildemente ante doña Ma-
ría.)

¡Que el cielo guarde, señora,
y alargue vuestra existencia!

DOÑA MARIA

¿Aqué debo en esta hora,
que honreis con vuestra presencia,
Arcediano, mi mansión?

ARCEDIANO

Hablaros, señora, quiero...

DOÑA MARIA

Hablad, pues... Pero primero
¡dadme vuestra bendición!

(El Arcediano la bendice; después, a una
invitación de doña María, se sienta en el
primer término de la derecha. Las damas lo
hacen sobre los arcones de fondo. Sosa, los
pajes y los escuderos permanecen de pie ba-
jo el arco que da a las almenas, mientras
don Juan conversa en voz baja con Lope en
el ángulo de la izquierda.)

ARCEDIANO

¡Es serio y grave el asunto!

DOÑA MARIA

¡Vuestra actitud me sorprende!
¿Tan grave es?

ARCEDIANO

Hasta el punto
que de él Toledo depende.

DOÑA MARIA

(Con ansiedad)

¡Mas, ¿qué es ello?

ARCEDIANO

En puridad,
que el pueblo se va cansando
de luchar, y anda pensando
en entregar la ciudad.

DOÑA MARIA

(En un ímpetu irrefrenable de ira, clavan-
do sus ojos en los del Arcediano.)

¡Y habrá quien a tal se atreva!...
¡Y quien a decirlo acuda
a quien por Toledo lleva
estas tocas de viuda!

ARCEDIANO

(Queriendo tranquilizarla.)

Estudiad la situación
con calma, y si así lo hacéis,
señora, comprenderéis
que el pueblo tiene razón,
pues en seis meses de asedios,
de dura y tenaz batalla,
¡agotó todos los medios

y hambriento y pobre se halla.

DOÑA MARIA

¡Tan veleidosa ha de ser
la plebe, que habrá ¡Dios mío!
de olvidar hoy lo que ayer
defendió con tanto brío,
para rendir la ciudad
a las plantas del tirano,
bajo cuya férrea mano
murió nuestra libertad!...
¡No es posible!... Yo no puedo
dar crédito a lo que oí,
que antes de rendir Toledo
tendrán que rendirme a mí!

ARCEDIANO

Su propia miseria abona
del pueblo las veleidades,
porque el hambre no razona
de fueros ni libertades.

DOÑA MARIA

(En un arranque de indomable fiereza.)

¿Y vos osareis también
defender su cobardía?

ARCEDIANO

(Con humildad.)

Perdonad, doña María,
si no me he explicado bien.
Mi franqueza no os irrite.
No hablo yo... Mi voz ha oído
el eco fiel que repite
lo que a los demás ha aído.
Yo soy vuestro amigo viejo,
y siempre, señora, he estado
en las juntas del Concejo
mi lealtad a vuestro lado.
Y hoy esa misma lealtad,
de cuya virtud dudáis,
aquí me impulsa a que oigáis
por mis labios la verdad.
Hay que mirar cara a cara
lo crítico de la hora,
y encontrar recursos, para
que no se rinda, señora,
Toledo a los imperiales.

DOÑA MARIA

En su defensa he gastado
hacienda, renta y caudales:
y en sus manos he dejado
mis derechos de alcabalas.
¡Y ahora, mi hijo y yo, nos vemos
sin más joyas ni más galas
que las que puestas tenemos!

ARCEDIANO

En cambio, más de un señor
hay, cuyo lujo se atreve
a insultar con su esplendor
las miserias de la plebe.

(Pequeña pausa. Doña María permanece
un instante pensativa, con la cabeza en
las manos.)

Todo lo tengo pensado,
y hay medios...

DOÑA MARIA

Para calmar

la agitación popular,
¿qué medios habéis hallado?

ARCEDIANO

Hay uno, según yo creo.

DOÑA MARIA

(Alzando de nuevo la cabeza con profunda
ansiedad.)

¿Cuál es?

ARCEDIANO

(Sin dar importancia a lo que dice)

Pues dar rienda suelta
a la popular revuelta
para que acabe en saqueo.

DOÑA MARIA

(Alzándose fieramente)

¿Qué os atrevéis a decir?
¡En cobardes bandoleros
así queréis convertir
a mis bravos comuneros!
¿Vos, un siervo del Señor,
tal me aconsejáis ahora?

ARCEDIANO

(Tranquilamente)

Entre dos males, señora,
se elige siempre el menor.
Con calma vos medita
en el problema, que es este:
de una parte la ciudad
invadida por la peste
y por el hambre acosada.
De otra parte esos señores
que indecisos o traidores,
ni nos sirven ni dan nada.
Yo en tal problema no veo,
ni encuentro más solución
que rendirnos o el saqueo...
¡A vos dejo la elección!

DOÑA MARIA

(Después de honda lucha interior)

¡Grave asunto!

ARCEDIANO

¡Si lo es!

Y por ello os aconsejo
que lo penséis, y después
resolváis en el Concejo.

(Con voz insinuante)

Aceptad mi solución,
y con ella a un tiempo dad
un ejemplo a la ciudad
y al pueblo satisfacción.

(Inclinándose cortésmente)

Dadme a besar vuestra mano.
Me voy...

DOÑA MARIA

Con el cielo id.

(Volviéndose a los suyos)

Parad a nuestro Arcediano!

ARCEDIANO

Mi bendición recibid!

La bendice y sale precedido de pajes con
orchas, y seguido de Sosa, Lope, damas
scuderos. Don Juan y doña María le acom-
pan hasta la puerta.)

La María de Pacheco y don Juan de Pa-
lla.

DOÑA MARÍA

Reparando en la actitud fiera y sombría de
ajo y acercándose a él.)

¿Qué honda desesperación
cora tu corazón?

¿El aullido de qué hiena
sea encrespado tu melena,
¿porrico de león?

¿Qué angustia dura y fatal
ó tu vuelo triunfal,

¿el uchu castellano,
¿libre y más soberano

¿el aguilucho imperial?
¿Qué mueve a tu dicha guerra?
¿Qué piensas, hijo mío?

DON JUAN

(Con acento duro y la faz sombría.)

¿En que es inútil el brío
en mi corazón se encierra;

¿que nadie, en esta tierra
tu orgullo me prestó,

¿desdichado nació,
¿aún existen, madre,

¿perdugos de mi padre
viviendo en el mundo yo!

¿Cuando su memoria evoco
¿triste fin recuerdo,

¿¿bía me vuelve loco,
¿coraje me muerdo

¿¿os que valen tan poco
¿incapaces de elevar

¿¿combate la lanza,
¿no tuvieron pujanza

¿¿aturdir y espantar
¿¿ando con su venganza!

DOÑA MARÍA

(Atrayéndole.)

¿¿esperanzade Castilla,
¿¿de mis brazos humilla

¿¿lizez de tu quebranto!
¿¿, y verás cómo brilla

¿¿sonrisa entre mi llanto!
¿¿nsando en lo que en tí fío,

¿¿aquel amor sagrado
¿¿gan pronto, por ser mío,

¿¿erto en sangre ha finado,
¿¿bar lloro y sonrío!

¿¿ércate más a mi,

y da a mis labios la miel
de tus besos, porque si
mis llantos son para él,
mi sonrisa es para tí.

(Estrechándole contra su corazón.)

¿Sien sus brazos aprisiona
esta frente altiva y fiera
que la juventud corona,
se convierte la leona
en una blanca cordera!

(Acariciando su frente.)

¿Tus bucles acariciando
poco a poco, su fiereza
va en ternura transformando,
que siempre rugiendo empieza
para terminar llorando!

(Estalla en llanto.)

DON JUAN

(Desprendiéndose de los brazos maternos.)

¿No lloréis más, por favor,
porque el llanto de dolor
que por vuestra faz descende
en vez de apagar, enciende,
aviva más mi terror!

En vez de tanto gemir,
dadme un escudo, una lanza,
algo con que pueda herir,
y dejadme al campo ir
a realizar mi venganza;
que si no logro vengar
la sangre de vuestro esposo
seré indigno de llevar
el apellido glorioso
del héroe de Villalar!

DOÑA MARÍA

(Estremecida de espanto.)

¿Qué dices, hijo, qué dices?
¿Dejarme sola, don Juan,
como un árbol sin raíces,
en medio del huracán!...

En la lucha fratricida,
¿cómo consentir podré
que expongas también tu vida?
¿Castilla está bien servida!
¿Le dí mi esposo!... ¿Que pida
mi sangre, y se la dará!...
¿Todo por ella perdí!...
Sólo perderte no quiero.

¿Tú no!... ¿Qué me importa a mí
que se pierda el reino entero
con tal de tenerte a tí?

(Reparando de pronto en el Cristo de la
hornacina.)

Aquí, a tu padre, guardar
juré tu vida...

DON JUAN

(Con intrépida fiereza.)

¡Y el hijo
al pie de este mismo altar
y ante el mismo Crucifijo,

su muerte juró vengar!

DOÑA MARÍA

¡Aquí una madre, de pie,
ante el pueblo que la oyó,
guardar tu vida juró!

DON JUAN

¡Ante el mismo pueblo, yo
vengar mi padre juré!

DOÑA MARÍA

(En un arranque de desesperación, esta-
llando en sollozos y echándole los brazos al
cuello.)

¡Pues da mi pena al olvido;
ue y ármate caballero,
y espoleando tu overo,
cumple lo que has prometido;
mas ¡ay! con el mismo acero
con que vengues, denodado,
las aïrentas de tu padre,
antes habrás traspasado
el corazón de tu madre!

(Quedan un instante abrazados al pie de la
hornacina. Por la puerta de la izquierda, del
primer término, aparecen Sosa y Lope, que
se detienen en el umbral de la puerta, pro-
fundamente emocionados.)

Dichos, Sosa y Lope.

SOSA

(Contemplándolos desde el dintel, y dete-
niendo a Lope.)

¡Si mi señor desde el cielo
los pudiese contemplar,
las lágrimas de sus ojos
iban a formar un mar!

(Al rumor de los pasos, don Juan se des-
prende de los brazos maternos.)

DOÑA MARÍA

(Volviéndose, sorprendida, y haciendo un
terrible esfuerzo para serenarse.)

¿Quién es?

SOSA

Soy yo, mi señora.

(Inclinándose.)

DOÑA MARÍA

(Con la voz aún conmovida, queriendo ale-
jarle de su lado.)

Ve a mi cámara, que allá,
del estado de Toledo
tenemos largo que hablar.

(Volviéndose a su hijo.)

Adiós, mi hijo, y olvida
tus penas, porque ya habrá
tiempo para tu venganza
y para todo lugar.
Recógete pronto al lecho,
que es hora de reposar.

DON JUAN

(Inclinándose)

Vuestra bendición, mi madre.

DOÑA MARÍA

¡Que Dios te ampare, don Juan!
(Sale con Sosa por la segunda puerta de la
izquierda.)

Don Juan de Padilla y Lope.

DON JUAN

(Misteriosamente, después de haber acor-
pañado a su madre hasta la puerta y obser-
vando un momento desde el umbral.)

Buen Lope, ¿ensillaste el potro?

LOPE

Señor, ensillado está,
relinchando de impaciencia
al pie de ese ventanal.

DON JUAN

¿Y las armas?

LOPE

En el patio,
bruñidas y prontas ya.

DON JUAN

Mas los guardias del portillo...

LOPE

¡Por ellos tranquilo estad,
que conozco el santo y seña
y nos dejarán pasar!
Mas si sabe vuestra madre
la andanza...

DON JUAN

¡La ignorará
hasta que vuelva triunfante
su altiva frente a besar!

¡Desde que supe que andaba
Juan de Ulloa, en el real
de las huestes imperiales,
mi corazón no halla paz,
que la venganza y el odio
no le dejan reposar!

En vano buscó en la noche
un lecho y un cabezal,

pues apenas llega el sueño
mis párpados a besar,
cuando la paterna sombra
surge de la oscuridad
y murmura en mis oídos

con voz que me hace temblar.

«—¡Aquel que al sueño se rinde
sin sus agravios vengar,
no es digno de tener sangre
del héroe de Villalar!

¿No ves esta cuchillada
roja, que cruza, don Juan,
como rúbrica infamante,
de parte a parte mi faz?

¡La mano de Juan de Ulloa

¡Mírame, cuando ya
errabado del caballo
en medio de un cenagal,
estrozado el yelmo y rota
la lanza de añechar,
la espada y mi guante había
perdido al bando imperial!—
¡Yo a la sombra paterna,
para que repose en paz,
la mano que le ultrajara
se jurado cercenar...
¡Yo lo que el labio ha jurado
mi brazo lo cumplirá!

LOPE

Mas ved que vos sois un niño,
el de Ulloa es hombre tal,
que goza en Castilla fama
de esforzado capitán.

DON JUAN

¡Cuanto más fuerte el contrario
mayor el triunfo será!

LOPE

¡Moriréis en la contienda!...

DON JUAN

¡Manchado mi honor está,
si no logro la mancha
que lo deslustra borrar,
mi propia existencia, Lope,
será una ignominia más!...
Descuélgame aquesa espada...

(Señalando a una que hay en la panoplia
que adorna como un exvoto la hornacina.)

LOPE

(Descolgándola.)

¡Tanto pesa, que será
un milagro que la puedan
vuestras manos sustentar!

DON JUAN

(Empuñando el acero.)

¡Toledanos, a los gritos
de ¡Santiago y Libertad!

¡El hijo de Juan Padilla
a su padre va a vengar!

(Mirando a la puerta por donde salió su madre.)

Descansa en tu lecho, madre,
que mañana al despertar,
la mano que te ha ultrajado
serás a tus pies sangrar!

(Arrodillándose ante el Cristo.)

Señor, bendice este brazo
que animoso va a vengar

la sangre de Castilla
herramada en Villalar!

(Sale rápidamente por el foro, seguldo de Lope. La escena queda un instante sola.)

Doña María de Pacheco y don Pedro Pérez
de Guzmán, que aparecen conversando por
la última puerta de la izquierda.

DOÑA MARÍA

(Con solicitud.)

¿Os causa daño vuestra herida?

DON PEDRO

¿Cómo sentir, señora, el daño,
si la ha vendado vuestra toca
y la han curado vuestras manos?

(Pequeña pausa.)

DOÑA MARÍA

(Queriendo romper aquel silencio angustioso.)

¡Gallardamente combatisteis!

DON PEDRO

¿Y cómo no lidiar gallardo
el que desprecia la existencia
porque la muerte va buscando?

(Un nuevo silencio vuelve a pesar sobre sus corazones.)

DOÑA MARÍA

(Como recordando.)

Cuando en la Alhambra, entre las flores,
[res,

de regios cármenes jugábamos,
¡ay! ¡quién pensara que algún día
os viera entrar ensangrentado,
como rendido prisionero,
por el umbral de mi palacio!

DON PEDRO

(Vivamente, con acento doloroso.)

¿Cuándo dejó de ser mi vida
esclava vuestra, si al miraros,
en las mazmorras de esos ojos
quedó mi espíritu apresado?

(Pequeña pausa de evocación y de quietud.)

DOÑA MARÍA

¿Os acordáis? ¡Un medio día
jugando solos en el patio
que llaman de los Arrayanes,
queriendo yo espantar un pájaro
que desgranaba sus canciones
entre las flores de un naranjo,
con una piedra, sin quererlo,
herí de pronto vuestros labios!...

¡Después, desde estos almenares,
sin que pudiera sospecharlo,
con el astil de una saeta
bañé de sangre vuestro manto!...

DON PEDRO

¡Sin querer, todas mis heridas
las abren siempre vuestras manos!

DOÑA MARÍA

¡Mas recordad también que ellas
las que os abrieron os cerraron!...

DON PEDRO

(Con todo el fuego de su pasión desesperada.)

¡Pero hay, señora, acaso alguna que en mi interior está sangrando, y esa cerrarla no han podido vuestras piedades ni los años!
¡La misma Muerte no la cura, pues como sangra en lo más santo del alma y es el alma eterna, poder no tiene para tanto!

DOÑA MARÍA

(Severamente.)

¡Herida es esa, caballero, para la cual no existen bálsamos!
¡Rogad a Dios que os los conceda, porque Dios sólo puede dároslos!

DON PEDRO

(Después de un corto silencio, bajando tristemente la cabeza, con la voz rota de emoción.)

¿Para qué hablásteis de Granada y de las horas que pasamos juntos, soñando en los jardines de aquel Alcázar encantado?
¿Por qué evocar al que de pronto ciego, señora, se ha quedado sin la luz y el sol que en otros tiempos a sus pupilas deslumbraron?

(Acercándose más a ella.)

¿Os acordáis, doña María?
Hace ya más de veinte años, y aún me parece que la escena están mis ojos contemplando...
Tras larga ausencia, en la que anduvo con las banderas de Gonzalo de Córdoba, por las feraces tierras de Italia, guerreando, lleno de gloria regresaba sobre su potro jerezano al paraíso de Granada un caballero enamorado...
¡Con qué placer sus ojos vieron, entre el incendio del ocaso, brillar las torres de la Alhambra sobre los cármenes del Darro!

--¡Tras las moriscas celosías de un ajimez de oro y de mármol, me esperarán aquellos ojos que mis tinieblas alumbraron!...

—dijo el doncel... Y de impaciencia y de ternura palpitando, hundió los férreos acicates en los ijares del caballo, que estremecido hasta las crines veloz, sorbiéndose el espacio, tendido entró por Puerta Elvira, lanzando chispas bajo el casco. La gente al verle se decía:
—¡Ved qué jinete tan bizarro!—

Y él, orgulloso, murmuraba, la crín del potro acariciando:
—¡Vuela, corcel, que allá me esperan rotos en miel aquellos labios que por la cruz de aquesta espada amor eterno me juraron!—
Casi en la cuesta de Gomeles sintió el estruendo limpio y claro de las campanas de la Alhambra, que estaban todas repicando.
—¿Por qué repican con tal brío?— dijo, su potro reifrenando...

Y alguien repuso:—¿No conoce las novedades el hidalgo?
¡La hija del conde de Tendilla esta mañana se ha casado con el más noble caballero que en sus cristales miró el Tajo!—
¡Quiso estallarle la armadura; quedóse mudo, inmóvil, pálido, y por la noche de su alma cruzó la sombra del espanto!...
¡Y de Granada para siempre salió, sintiendo entre sus labios arder el fuego del infierno en el acibar de su llanto!...

(Bajando la voz y mirando fijamente a doña María.)

¿Conocéis vos, doña María, a ese galán enamorado?

DOÑA MARÍA

(Después de una breve pausa, alzando serenamente la frente y con la voz firme, aunque un poco emocionada.)

¡Aunque le conociera, y con el alma entera sintiese su dolor, lo callaría, que si basta la nube más ligera para empañar el sol del medio día, un recuerdo inocente, la más leve sonrisa, una mirada pueden también nublar eternamente el límpido cristal de un alma honrada!

DON PEDRO

(Protestando caballerescamente)

¡Mi señora!...

DOÑA MARÍA

¡Olvidemos

aquel sueño, Guzmán, que hemos soñado

y en nuestros corazones sepultemos para siempre, el recuerdo del pasado!

¡Recobrad vuestro temple valeroso, y trocad ese afecto que os humilla por un amor más grande y generoso: el amor infinito de Castilla!

¡De esa austera e indómita matrona que prodigando al oro sus desdenes, ha forjado con hierro su corona para que dure más sobre sus sienes!

Ayer fué fuerte, ubérrima y altiva
como su propia tierra... ¡Y vedla ahora
al destronada emperatriz cautiva
que entre sus hierros su grandeza llo-
ra!...
Contemplad destruídas sus ciuda-
des,

frentado su honor, rotos sus fueros,
holladas sus antiguas libertades
por la planta de impuros extranjeros,
que sedientos de honores y tesoros,
huyendo en nuestra sangre su cuchilla
se entraron por las puertas de Castilla
como si fueran, Guzmán, tierra de mo-
ros.

De la opulenta y pródiga Medina
del Campo, los escombros humeantes;
de Burgos, los suplicios infamantes;
de tantos pueblos la sangrienta ruina;
de gloria estéril, y el taller deshecho...
tantas insolencias y desmanes,
cómo no han despertado en vuestro
pecho
el antiguo valor de los Guzmanes?

DOÑA MARIA
(Enardecido por las palabras de doña Ma-
ría.)

¡Qué mal me conocéis, doña María!
¡Yo tuviese ahora
alguien por quien luchar, ¿creéis, seño-
ra,

que en contra de mi patria lucharía?
¡Castellano nací, y amo la tierra
que regaron con sangre mis abuelos
de mis muertos la ceniza encierra;
pero al campo enemigo, en esta guerra
se arrastraron las ansias de mis celos!
Hubo un hombre en la tierra, a quien
odiaba

tan tan ciego furor, con sed tan loca,
que para el frenesí que me abrasaba
de la sangre de sus venas poca...
¡El con los comuneros militaba;
yo, para poder con más vehemencia
deciar mis ciegos odios infernales,
oyendo la voz de la conciencia,
me alisté en las banderas imperiales!

DOÑA MARIA
(Con gesto desesperado.)
¡No pronunciad su nombre!... ¡Os lo
suplica
mi corazón!

DON PEDRO
El odio se ha apagado...
Cuanto toca la Muerte, santifica,
hoy es su nombre para mí sagrado!
¡Os fuisteis la culpable!... ¡Mas ahora
que el odio se extinguió, brindaros quie-
ro
para seguir luchando, el fuerte acero

que humilde rindo a vuestros pies, se-
ñora!

(Rinde cortésmente la espada mientras es-
talla un clamor confuso bajo las almenas.
Los dos vuelven bajo el arco a observar. La
luz de la una platea la noche.)

Dichos. Sosa, Lope, damas, pajes y solda-
dos.

DOÑA MARIA
¡Escuchad!
DON PEDRO
(Observando desde las almenas)

En confusa gritería
la soldadesca enfurecida corre
hasta los altos muros de esta torre.
VOCES
(Fuera.)

¡Al arma!... ¡Al arma!
(Aparece Lope en la explanada seguido de
Sosa y soldados.)

DON PEDRO
¡Ved!
LOPE
(Gritando desde las almenas.)
¡Doña María!

(Penetra en la estancia. Doña María corre
a su encuentro. La soldadesca se agolpa ba-
jo el arco mientras las damas aparecen páli-
das y asustadas en los umbrales de las puer-
tas de la izquierda.)

¡Perdonadme, señora!
DOÑA MARIA
Di ¿qué tienes
que jadeante y demudado vienes?

LOPE
(Con la voz ahogada por los sollozos, es-
trechando las manos de doña María.)
¡Perdonad el dolor con que os aflijo!
Yo intenté a sus proyectos rebelarme...
Más él fué terco y consiguió arrastrar-
me.

DOÑA MARIA
(Con profunda ansiedad.)
Mas, ¿quien, di, te arrastró?
LOPE
¿Quién? ¡Vuestro hijo!
DOÑA MARIA
¿Mi don Juan?

LOPE
Animoso y altanero
a vengar a su padre y vuestro esposo
al campo fué, mas al cruzar el foso,
cayó en una emboscada prisionero!
(Doña María lanza un grito y se cubre el
rostro con las manos.)
¡Luchó como un león!... ¡Si hubiérais
visto

saltar al bravo empuje de su lanza,
yelmos, cotas y escudos, ¡vive Cristo!
que os hubiese espantado su pujanza!

DOÑA MARIA

(Como si le desgarrasen las últimas fibras
de las entrañas, tendiendo los brazos al
cielo.)

¡Madre de Dios, divina nazarena,
sólo el agudo diente de esta pena
faitaba entre la angustia de mis ma-
[les,

y entre tantos dolores ulcerados,
para también, cual Vos, llevar clava-
[dos
sobre ni corazón, siete puñales!

(De súbito se yergue, como poseída de un
vértigo destructor, dirigiéndose a los solda-
dos que se agoipan bajo el arco del fondo.)
¡Dad a la noche un resplandor de ace-
[ros

y volad a salvarle, comuneros
que sois defensa y gloria de Casti-
[lla

(Sollozando de súbito, como si su corazón
fuese a estallar.)

¡Atended los sollozos de una ma-
[dre!

¿O dejareis que el hijo de Padilla
caiga también como cayó su padre?

(Su garganta se ha hinchado y todo su
cuerpo se estremece de angustia. La súplica
se hace lágrimas en sus ojos.)

¡Es mi hijo!... ¡Por darle un solo he-
[so,
por escuchar su acento nuevamente...
por alisar los rizos de su frente

y abrazarle otra vez... Por todo eso,
pedid cuanto queráis!... Mil arcas de
[na

de oro, riquezas y poder sin cuento,
y la última sangre de mis venas
y el último suspiro de mi aliento!

DON PEDRO

(Avanzando resueltamente, después de ha-
ber arrebatado de las manos del porta-ensa-
ñas el pendón de los Comuneros.)

¡Señora, a vuestros pies está misue
[te

Y vengo, ativo, a reclamar la gloria
de llevar esta enseña a la victoria,
o, entre sus pliegues, encontrar
[inert

(Extendiendo el brazo hacia el alta

¡Por el glorioso escudo de mi ban
[d

por la fe de ese santo Crucifijo,
os juro libentar a vuestro hijo
o perder la existencia en la dema
[d

Y si en la lucha ensangrentada mu
[r

moriré siempre fiel a este oriflama,
como debe morir un caballero:
¡por mi Dios, por mi Patria y por mi d
[in

(Se inclina ante doña María y desapare
con los soldados por la Explanada, mientr
la Pacheco se abraza, para no desplomars
a la columna del arco del fondo, cercada
sus dueñas y damas.)

TELON

ACTO TERCERO

La antigua plaza de la Catedral de Toledo. Al fondo, la famosa Puerta del Perdón. Al ab
se las hojas principales de esta puerta se verá parte de la nave central del Templo. A
izquierda, los soportales de Conejo, separados por una estrecha calleja de los fuer
muros de la Torre de la Catedral. A la derecha, en el primer término. los soportales
una hosteria, y en el último la desembocadura de una calle. En todo perdura ese a
grave y austero de las viejas plazas castellanas. Empleza a amancer.

Sosa, Ramiro. Lope, soldado 1.º y soldados
(Conversando y bebiendo en la puerta de
la hosteria.)

SOSA

(A Ramiro.)

¡Dinos un nuevo romance!

RAMIRO

¡Venga vino y escuchad
el del hijo de Padilla!

(Dándoles de beb

LOPE

¡Viva Padilla!

(Los soldados grit

RAMIRO

(Imponiendo silencio.)

¡Callad,

con atención oídme
que voy a comenzar!
(Los soldados forman un corro en torno de
miro. Este, después de apurar la bota que
entregó el soldado primero, temple un vie-
lud y a sus sonos empieza a recitar.)

(El hijo de Juan Padilla
entro de la Catedral,
y los Santos Evangelios
cayó a su padre vengar!
armado de punta en blanco,
balgando en su alazán,
Toledo se ha salido,
mino de Villalar!
atrás de una celosía,
contemplanle pasar,
a doncella le dice,
ñada en llanto la faz:
¿Dónde vas, Juan de Padilla,
n bizarro y tan galán,
apenas pueden tus manos
férrea lanza empuñar?—
Padilla le responde:

¡Mi padre voy a vengar,
rque de valor me sobra
que me falta de edad!—
¡Vuélvete Juan de Padilla
regazo maternal,
e son tantos los contrarios,
e la muerte te han de dar!—
¡Si en mi corazón la muerte
lanza logra astillar,
bré morir como ha muerto
héroe de Villalar!—

¡Padilla responde;
su voz tiembla al hablar,
e la rabia que le ahoga
le deja respirar!
espoleando su potro
lando suelta al rendal,
tre una nube de polvo
rdiose en un olivar...
los ojos de su madre
le han vuelto a contemplar,
e herido por seis lanzadas,
os pies de su alazán,
ra pasto de los cuervos
edó en el campo imperial!

Momento de silenciosa emoción. Ramiro
a el laud en manos de un soldado.)

LOPE

¡Pobre madre! ¡De su pena
cielos tengan piedad!

SOSA

¡Con las tocas desgarradas,
shecha en llanto la faz,
mo la Virgen María

en el Jueves Santo, va
preguntando por su hijo
de puerta en puerta, y es tal
la amargura de su acento
y la angustia de su afán,
que ningún labio se atreve
a decirle la verdad!

RAMIRO

¿Y no lograsteis, buen Sosa
el cadáver rescatar?

SOSA

¡En vano al campo salimos
con don Pedro de Guzmán,
el más noble caballero
y más bravo capitán
que los campos de Castilla
han sentido cabalgar,
y en vano, rotos los cercos
del campamento imperial,
nuestros bravos se cansaron
de herir y de acuchillar,
que sin él, tintos en sangre,
tuvimos que regresar,
para aplacar los tumultos
que devoran la ciudad!

LOPE

¡Pues yo pienso que la plebe
razón tuvo al saquear
los palacios de esos nobles
que derrochan su caudal
en licenciosos festines,
mientras el pueblo, sin pan,
va sembrando de cadáveres
las calles de la ciudad!...
¡La misma doña María
la razón al pueblo da!

RAMIRO

¡Pues dar la razón al pueblo
es lo mismo que entregar
Toledo a los imperiales
que los nobles no querrán
ayudarla, y sin su ayuda,
Toledo se rendirá!

LOPE

Ya no hay nobles .. De Castilla
la nobleza, ¿dónde está?
cuando así deja que muera
nuestra antigua libertad?

RAMIRO

Dime, y el pueblo, ¿que ha hecho
por defenderla? ¡Robar
a mansalva, en las ciudades,
y en las batallas tirar
las armas, para huir delante
del ejército imperial?

LOPE

¿Quién al par que al pueblo, osa
estas canas ultrajar?

RAMIRO

¡Quien lleva al cinto esta espada!

LOPE

¡Pues desnúdala, y verás
cómo esa espada en tus manos
su acero trueca en cristal!

(Tiran de las espadas. Al ir a acometerse
se interpone Sosa.)

SOSA

(Con energía.)

¿Acaso los enemigos
alzaron el cerco ya,
cuando vuestra propia sangre
así queréis derramar?
¡Presto, al cinto los aceros!

LOPE

(Tornando la espada al cinto.)

¡Hagase tu voluntad,
ya que de doña María
ostentas la autoridad,
y desacatarte fuera
su poder desacatar!

(Todos le imitan.)

SOSA

¡Comuneros, para siempre
las rencillas olvidad,
y por esas esculturas
que adornan la Catedral,

(Señalando las que ornar la fachada del
templo.)

jurad sólo por Castilla
vuestra sangre derramar!

(Todos extienden las espadas y juran.)

LOPE

¡Todos contigo juramos!

SOSA

¡Lope, vete a vigilar
con tus gentes a Toledo,
que aun cuando tranquilo está,
pueden volver las revueltas;
pues la plebe es como el mar,
y basta el soplo del viento
para volverla a encrespar!

(Lope, seguido de los soldados, desaparece
por la calle de la izquierda, mientras que
por los soportales del Concejo aparece el Ar-
cediano.)

Arcediano, Sosa y Ramiro.

SOSA

(Inclinándose.)

¡Salud, señor Arcediano!

ARCEDIANO

¡Buen Sosa, el cielo os proteja!
¿Y tu señora?

SOSA

Rezando
con sus damas en la iglesia.

ARCEDIANO

(Sonriendo.)

¡Bien resultó la jugada!

SOSA

A mí, arcediano, me pesa,
que prestar alas y alientos
a la popular licencia,
es cual si a un barril de pólvora
se le aplicase una mecha.
¡Mirad lo que ha sucedido!
¡Aún los escombros humean
de tanta rica morada,
de tanta noble vivienda,
como después del saqueo
la plebe tiró por tierra,
a leales y a traidores
tratando de igual manera,
que los ojos no distinguen
cuando la rabia los ciega!

ARCEDIANO

¡Fué justicia de la plebe!...

SOSA

Mas la plebe siempre trueca
en puñales las espadas
y las antorchas en teas,
que en el robo y el pillaje
sus instintos se despiertan,
y ¡ay de quien despierte, osado,
los instintos de la fiera!
¡Hoy, después de tanta ruina,
Toledo está más vuelta;
porque nobles y villanos
las armas con furia aprestan,
para vengar sus ultrajes
y castigar sus afrentas!

ARCEDIANO

¡Si el consejo salió malo,
la intención ha sido buena!
Mas el remedio de ahora,
que Dios me lo tome en cuenta,
si no da la paz al pueblo
afianzando la nobleza!

SOSA

Mas temo...

ARCEDIANO

¡Vanos escrúpulos
que asaitan vuestra conciencia!
¿De qué le sirven, buen Sosa,
al Cabildo sus riquezas?
Cristo nació en un pesebre
y practicó la pobreza...
¡Su vida es espejo donde
debe mirarse su Iglesia!

SOSA

Mas si el Cabildo a entregarnos
esos tesoros se niega...

ARCEDIANO

¡Si no los dieran de grado,
los tomaremos por fuerza!

SOSA

Mas, ¿será doña María
capaz de hacer tal ofensa?

a religión?

ARCEDIANO

¡Buen Sosa,

¡dad freno a vuestra lengua!

¡Yo mismo le he aconsejado

¡a obedecer esa providencia.

¡Pero cómo, siendo quien soy,

¡no sabiendo quién es ella,

¡no he aconsejado esa acción

¡que hasta no la creyera?

¡No hay delito en mi consejo,

¡si me recaiga la pena!

SOSA

Perdón, señor Arcediano!

¡Si vos me dais licencia

¡y a congrega mi tropa,

¡que la hora se acerca

¡al Concejo, y es prudente

¡que se eviten por si hubiera

¡algún disturbio.

ARCEDIANO

¡Que el cielo

¡saque en bien de esta empresa!

Sosa se va por la izquierda. Ramiro se

aproxima al Arcediano.)

El Arcediano, Ramiro.

ARCEDIANO

¿Qué tal cumpliste mi encargo?

RAMIRO

¡Por calles y por plazuelas

¡se habla de otra cosa,

¡y la plebe anda revuelta,

¡que los buenos cristianos

¡no pueden tal mengua.

ARCEDIANO

¿Tus hombres?...

RAMIRO

¡Estad tranquilo,

¡cuando el caso suceda

¡y oiga la voz de ¡viva el rey!

¡Serán a abrir las puertas

¡de las huestes imperiales

¡prevenidas se encuentran,

¡y otras yo con los más fieles,

¡Sosa y Lope las fuerzas

¡de los limos o acuchillamos;

¡y ¡la Pacheco queda

¡delegada a nuestro arbitrio

¡sin amparo y sin defensa!

ARCEDIANO

¿Y don Pedro de Guzmán?

RAMIRO

¡Desde antes que amaneciera

emboscados, varios hombres,

¡por esas calles le acechan.

¡y será la primer víctima

de la popular revuelta.

ARCEDIANO

(Sin poder refrenar su alegría.)

¡Ramiro, mitrado soy,

¡si salgo bien de esta empresa,

¡que si rendimos Toledo

¡verás como el rey me premia

¡con la mitra más gloriosa

¡que existe sobre la tierra;

¡pues ser mitrado en Toledo

¡en Castilla tanto pesa,

¡como en Roma ser Pontífice

¡con ser Padre de la Iglesia!

RAMIRO

¿Mas si nuestro plan fracasa?

ARCEDIANO

¡Habrás que tener paciencia,

¡y seguiré de Arcediano

¡en tanto que Dios lo quiera!

(Resuena la campana del Concejo, algunos

nobles señores van apareciendo por la calle

de la izquierda.)

Mas, silencio. Del Concejo

¡ya la campana resuena,

¡y a la sesión de la junta

¡algunos señores llegan.

Voy a darles la noticia.

¡Tú ve a dar el santo y seña

¡para que empiece el rebato,

¡que aquí, vigilante, queda

¡mi ambición, prontas las garras

¡y con las fauces abiertas,

¡que ya de vivir cansóse

¡bajo su piel de cordera!

(Sale Ramiro por la callejuela, mientras el

Arcediano se aproxima al grupo de caballe-

ros.)

Arcediano, don Sancho, don García y grupo

de señores.

DON SANCHE

(Inclinándose.)

Que os bendiga el señor, noble Arce-

diano,

¡honra y prez de la iglesia toledana!

ARCEDIANO

¡Que os proteja su gracia soberana,

¡orgullo y gloria del solar hispano!

(Todos le rodean con respeto.)

¿Dónde tan de mañana vais, señores?

CABALLERO 1.º

Al Concejo primero, y luego a misa.

¿Sabéis vos para qué se nos precisa en la junta?

ARCEDIANO

(Con misterio, contempládoles fijamente para conocer la impresión que causan sus palabras.)

¡No sé!... Vagos rumores llegaron hasta mí, mas son tan graves que creerlos no puedo. Se decía...

(Bajando la voz. Todos le cercan.)

Que intentaba arrancar doña María al Cabildo las llaves de los férreos arcones seculares con arabescos de marfil y oro, donde encierra la Iglesia su tesoro, para aplacar las iras populares!

DON SANCHO

¡Callad, noble Arcediano! ¿Quién se atreve tal sacrilegio a proponer? ¿No ha har-

[tado

su codicia la plebe con tantas casas como ha saqueado?

ARCEDIANO

(Dejando caer las palabras con falsa humildad.)

Mi labio nada cierto os asegura... ¡Sólo es un eco que repite, quedo, lo que en voz firme y alta se murmura por las calles y plazas de Toledo!

DON SANCHO

¡Mas, aunque cierto fuera, su empeño será vano, que sacrilegio tal no consintiera el pueblo toledano, que antes que comunero es buen cristiano,

[tiano,

y a su sagrada religión venera!

ARCEDIANO

¡Primero que entregar esos caudales, a la codicia de doña María, yo mismo, a los ejércitos reales las llaves de Toledo entregaría?

DON GARCIA

Mas tiene la Pacheco valimiento en el Concejo...

ARCEDIANO

¡No tened cuidado!

Todos sabéis que he sido su sustento, y en los peligros, peligré a su lado, creyendo que ella era el amparo más firme de Castilla... Mas defender a esa mujer, hoy fuera ultrajar la memoria de Padilla.

DON GARCIA

¿Qué decís?...

DON SANCHO

¿Serán ciertos los rumores que hace correr la plebe alborotada? ¿A un amor criminal ha dado entrada en su pecho? Decid...

ARCEDIANO

¡Nobles señores, como nada sé, no digo nada!

DON SANCHO

Se habla de que Guzmán...

ARCEDIANO

¡Siervo de Cristo sólo sé oír y perdonar!...

(Viendo aparecer a don Pedro de Guzmán bajo los soportales, y dirigiéndose al Concejo.)

DON GARCIA

¿Mas ella

ARCEDIANO

¡Quedad con Dios! ¡El hábito que ciega mis ojos y mis labios sella!

(Desaparece bajo los arcos)

Don Sancho, don García, señores, y don Pedro Pérez de Guzmán,

DON GARCIA

¡No es posible creer tal villanía! ¡Quién pudiera pensar que, bajo el

de su vivez, liviana ocultaría tanta impudicia y desenfreno tanto

CABALLERO

¡Aún caliente la sangre del marido y ya, dando al olvido el respeto que debe a sus mayores ávido el labio, y palpitante el pecho buscar anhela quien comparta el lecho que tumba debió ser de sus amores

DON PEDRO

(Apareciendo de repente ante ellos después de haber oído el anterior diálogo)

¡Cobardes sois y vuestro labio

¿A tal punto el honor ha descendido en la tierra del Cid, que impunemente ultrajar a una dama habéis oído, sin que se alzara, al escuchar tal

entre todos vosotros, una mano para arrancar la envilecida lengua que así deshonor el nombre castellano?

DON SANCHO

(Echando mano a la espada)

Esas palabras...

DON PEDRO

(Imponiéndose con su actitud al grupo, que retrocediendo hasta los soportales.)

¡Si aún os resta brío,

todos juntos mi valor arroja
ante guante, en señal de desafío!...

Quien tenga corazón, que lo recoja!

(Se quita el guante y lo tira en medio del grupo.)

Y en campo abierto o en lugar ce-
rrado,

pie, a caballo, con lanzón o acero,

como estoy yo, o acompañado,

onde y cómo le plazca, allí le espero!

Venid a combatir uno por uno:

si solo, ninguno

se atreva a abandonar este recinto,

venid todos, que a todos juntos reta

una mano que el acero al puño aprieta,

porque quiere escapársele del cinto

para afrentar y herir vuestro semblan-
[te!]

(Tira la espada. Los nobles retroceden más,
que ninguno se incline a recoger el guan-

te. Doña María, que habrá salido de la igle-

ra, seguida de su dama y sus pajes durante
relación anterior, se aproxima lentamente
al grupo.)

¿Mas no lo recogéis? ¿Tembláis de
[miedo?]

una mano, decid, no hay en Toledo

un audaz se atreva a recoger mi guan-
te? [te?]

Dichos: doña María, pajes y damas

DOÑA MARÍA

(Avanzando magestuosamente en medio de
expectación general.)

Queda una mano aun que lo recoja,
vos lo entregue en señal de corte-

[sfa]

ira crispada y de vergüenza roja...
esa mano, Guzmán, vedla: es la

[mía!]

(Se inclina, recoge el guante y con un ges-
to de sobria cortesía se lo devuelve altiva-

mente y se encara con los caballeros.)
¡Nobles señores; mi Consejo os ha-

[ma!]

curad a la junta, y frente a frente
ante Dios y de los hombres nuevamen-

[te]

proclamad la deshonra de esta dama
ante en vosotros magnánima se escu-

[da,
por vosotros para siempre viste
te ropaje desolado y triste

y estas oscuras tocas de viuda!

(Con la voz profundamente conmovi-
da.)

¡Yo fui feliz! ¡Tuve un esposo aman-

[te,
de honor tan alto y condición tan bra-

[va,
que la voz de la Fama susurrante
el León de Castilla le llamaba!...

¡Y un hijo varonil y generoso,
que por el temple de su alma fiera

digno cachorro de su padre era!

¡Y hoy me encuentro sin hijo y sin es-
[poso]

de los hombres y Dios desamparada,
perdida de la vida en los desiertos,

en esta negra toca amortajada,
sin tener más consuelo que mis muer-

[tos!]

Cubrió mi cuerpo la más fina seda,
fulguraban diamantes en mi toca...

¡y hoy me encuentro tan pobre, que no
[queda]

ni un pedazo de pan para mi boca!
(Con altivez.)

¡Todo en servicio vuestro he consumi-
[do!]

¡Y ved, señores, si mi suerte es dura
que, por los que hoy me ultrajan, he

[perdido]

mi dicha, mi riqueza y mi hermosura!
¡Id al Concejo, y decid delante

de Dios que me está oyendo, y de Cas-
[tilla]

que nos mira y nos juzga en este ins-
[tante,

que habéis visto a la esposa de Pa-
[dilla]

entregada a los brazos de su amante,
(Les vuelve despectivamente la espalda,

mientras los caballeros con la frente baja,
como avergonzados de su infamia, desapare-

cen bajo los arcos de los soportales. Los pa-
jes y las damas les siguen a una señal de do-
ña María.)

Don Pedro de Guzmán y doña María

DON PEDRO

(Profundamente conmovido.)

¡Un alma cual la vuestra, mi seño-
[ra,

bien vale un reino entero!

DOÑA MARIA

¡Vos ahora,

escuchadme!

DON PEDRO

¡Tranquilo me someto

a vuestras decisiones!

DOÑA MARIA

Si arrogante
mi orgullo ha recogido vuestro guan-
[te
es que también acepta vuestro reto.

DON PEDRO

¿Qué decís?

DOÑA MARIA

Que probar también ansío
no el temple y el vigor de vuestro bra-
[zo
sino del alma generosa el brío...
iy a vuestra alma a combatir empla-
[zo!

DON PEDRO

¡Pedid señora, que probaros quiero
que si en servicio vuestro lo desnudo,
no habrá yelmo o broquel peto ni escu-
[do
que resista los golpes de mi acero!

¡Cuanto os plazca, pedid! ¡Mi vida en-
[tera!
¡Más mi vida es bien poco, por ser
mía,

para servir de rodrigón siquiera
a dama como vos, doña María!
¿Qué exigís de mi fe?

DOÑA MARIA

¡Tan solo os pido,
en nombre de mi honor immaculado
que me deis al olvido.
y que huyáis para siempre de mi lado!

DON PEDRO

¡Si tal acción, señora, cometiera,
por mi santo patrón, que indigno fue-
[ra

de mi nombre glorioso y de mi fama,
y aun de ceñir este triunfante acero,
que nunca fué, señora, caballero
quien en la lucha abandonó a su da-
[ma!

¡Vendida estáis!

DOÑA MARIA

¡Lo sé, pero no quiero
que digan los que infame me han ven-
[dido,
que yo también, cobarde o fementida,
mi decoro y mi fe dando al olvido,
vendí mi honra por salvar mi vida!

(Don Pedro inclina la cabeza. Doña María
se le aproxima lentamente con la voz velada
por la emoción.)

Oídme... Poseéis un generoso
corazón que es espejo de hidalguía,
y un nombre tan ilustre y tan glorio-
[so

que el más noble Monarca envidiaría
La princesa de estirpe más preclara
al pie de los altares, sin desdoro,
como aquel que su plata trueca en o-
la sortija nupcial con vos trocará.

¡Altivas, orgullosas y altaneras
sobre cien torreones almenados,
resplandecen al sol vuestras bander-
que miraron los siglos asombrados
desplegar sus armiños triunfadores,
de la tierra por todos los confines,
en medio de acerados resplandores
y entre un bélico estruendo de ch-
[r

Triunfaréis del dolor; sois libre y fu

Y yo, cerrada para amar la boca,
sólo espero los besos de la muerte;
y en la existencia soy como una loc
que de la noche oscura en los des

horribles gritos de amargura lanza
escarbando en las tumbas de sus mi

para aguzar en ella su venganza!
¡Si de véras, Guzmán, me habeis a

que el sacrificio vuestro amor corc
Marchad, que entre nosotros se in

la sombra de un fantasma ensang
[ta

¡En su recuerdo fúnebre se abisma
mi corazón... Y su memoria amada
de todos, y aun de vos y aun de mi

la sabré conservar immaculada!

DON PEDRO

¿Dónde, señora, iré? ¡La vida e

para esta eterna angustia silencios
que nada calma porque nada esper
será mucho más triste que su fosa!
¿Dónde podré encontrar un lenitivo
si en mi celosa adoración advierto
que él está vivo en vos estando m

y yo estoy muerto en vos, estand

(Queda un momento con la cabeza
las manos, como abatido por honda des-
ración. Después se yergue de nuevo e
arranque de amor infinito.)

¡Mas, no, no puede ser! ¡No me c

que rompa para siempre estas c

de rosas! ¡A mis ojos no neguéis
la luz! ¡Para que quiero mis almen
¿De qué sirven al alma entristecida

porcel y mi espada triunfadora,
por vos en las luchas de la vida
he de triunfar ni he de morir, seño-
[ra?
(Con la voz suplicante.)
¡Dadme aquí! ¡Si el verme os causa
[agravios,
si voz os molesta a vuestro oído
seguiré, sin despegar los labios,
miraros jamás, sin hacer ruido;
so un vago fantasma, cual la som-
[bra

un silencioso y enlutado paje
sostiene el cairel de vuestro traje
de los terciopelos de la alfombra!

DOÑA MARIA

¡Pedro, alzad. ¡Si acaso precisara
fiar el honor esta viuda,
os seño, Guzmán, lo confiara!
s. aceptar no puedo vuestra ayuda,
que en vez de ampararme, me infla-
[mara.

¡Gaid lejos de mí vuestro sendero,
es inútil, Guzmán, vuestra quere-
[lla,
s yo aferrada a mi altivez, prefiero
ir con honra que vivir sin ella!
así si acaso caigo en la jornada
del encono o la traición herida,
s digna mi muerte de mi vida,
s si honrada viví, moriré honrada!

DON PEDRO

omo quien da el último adiós a la espe-
a, vencido por la actitud noble y severa
ña María.)
uestra voz para siempre me destie-
[rra
paraíso que soñé mi anhelo!
s de vos, ¿quién me dará consuelo?

DOÑA MARIA

uestra conciencia, aquí, sobre la
[tierra
bondad de Dios, allá en el cielo!

DON PEDRO

espués de un momento de vacilación,
el que realiza el más grande sacrificio
tierra.
bedeceros el deber me ordena!
vuestro lado partiré, señora,
quir arrastrando esta cadena
diente de hierro me devora
razón! En mi camino oscuro
s volveré a hallar vuestra miradal
(Sacando la espada.)
la pureza de mi honor, lo juro
e la cruz triunfante de esta espada,
nútil ya sin vos para la gloria,
tes de profanarla en la pelea

por otra causa que por vos no sea,
la rompo a vuestras plantas, en memo-
[ria
de mi amor y mi eterna desventura!
(La rompe, sollozando, por la empuñadura.)
Era, fuera de vos, todo el tesoro
que me quedaba ya... ¡Ved! ¡Sobre el
[oro

de su rica y gloriosa empuñadura,
cayó la única lágrima, vertida
por estos ojos que, al perderlos, pierden
todo el fuego y las luces de la vida!

(Se la presenta como un don.)

¡Para que vuestros ojos me recuerden,
guardadla ahora, que de vos me alejo
para siempre, pues livido de espanto,
crucificada en esa cruz, os dejo
toda mi vida transformada en llanto!

DOÑA MARIA

(Guardando el puño de la espada, y hacien-
do esfuerzos inauditos para refrenar su emo-
ción.)

También en esta lucha habéis venci-
[do,
y vuestro temple reconozco ahora...
¡Que alumbre vuestro paso a Dios le
[pido!

(Le da a besar la mano. Después se dirige
al Concejo.)

¡Adiós, don Pedro! ¡Adiós!

DON PEDRO

(Voz de un agonizante.)

¡Adiós, señora!

(Doña María desaparece por los soporta-
les del Concejo.)

El Arcediano, Ramiro, don Sancho y tres sol-
dados.

(Al desaparecer don Pedro por la calleja de
la derecha, salen cautelosamente de los sopor-
tales de la hostería Ramiro y los tres sol-
dados.)

RAMIRO

(Señalando la dirección de don Pedro.)

¡Seguid todos sus pasos con cautela,
y en esas calles, al menor descuido,
atacarle los tres, y darle muerte!
¡Mas cuidado, que el hidalgo tiene bríos!

(Los tres hacen un signo afirmativo, y des-
aparecen por la calleja de la derecha, con la
mano en la empuñadura de sus espadas. Ra-
miro se dirige hacia la izquierda; mas se de-
tiene al ver salir del Concejo al Arcediano
conversando con don Sancho.)

ARCEDIANO

¡No puedo consentir tal sacrilegio!
De cuanto ocurre avisaré al Cabildo.

que antes que comunero, soy, don San-
[cho,
humilde siervo de la fe de Cristo,
y primero es mi alma... ¿Qué me impor-
[tan

libertades, franquicias, señoríos
y tanto fuero humano, si mi alma
se pierde por los siglos de los siglos?

DON SANCHO

¡Tolérar no podemos tal escándalo!

ARCEDIANO

¡Gracias a Dios, estamos prevenidos,
y antes que nazca el sol, sobre esas to-
[rres
ha de flotar al viento, como un símbolo
de paz, sobre la gloria de los cielos,
el águila imperial de Carlos Quinto!

DON SANCHO

Estoy a vuestro lado, y para todo,
arcediano, podéis contar conmigo.

ARCEDIANO

Pues que empiece el rebato. Vos, don
[Sancho,
juntad los vuestros, y al sonar el grito
de la revuelta, acudiréis, armados,
a defender los fueros del Cabildo.
¡Que allá, en el cielo, Dios, y aquí don
[Carlos,
sabrán recompensar vuestros servicios!

DON SANCHO

¡Que nuestras armas triunfen en la
[lucha!

ARCEDIANO

¡Que Dios nos favorezca con su auxi-
[lio!

(Don Sancho y Ramiro salen por la iz-
quierda.)

El Arcediano, solo.

ARCEDIANO

¡Si tuviese valor!... Naturaleza,
¡por qué, madrastra infame, no le has
[dado

al alma brio, al brazo fortaleza
y al corazón un ánimo esforzado?
¡Entonces, a la clara luz del día,
blandiendo mi lanzón o mi tizona,
la mitra episcopal conquistaría
como un rey que conquista su corona!
¡Mas no puedo quejarme! ¡Has sido hue-
[na,

porque diste a mi alma, juntamente,
el furor cauteloso de la hiena
y la astucia sutil de la serpiente!
¡La cabeza me juega en la partida!...

¡Animo, corazón, y ahuyenta el miedo
que bien vale la mitra de Toledo
jugarse, a un golpe del azar, la vida
(Penetra en el templo)

Doña María de Pacheco, Sosa, damas, pa-
caballero 2.º, hombres de armas y go-
del pueblo.)

(Resuena la campana del Concejo, y
rece doña María, precedida de un porte-
seña con la bandera de las Comunidades.
dos heraldos con las armas de la ciudad
siguen damas, pajes y algunos señores.
las calles de la izquierda asoman grupos
gentes del pueblo.)

DOÑA MARÍA

(Deteniéndose a la puerta del tem-
plo)

¡Si hay culpa, mi Señor, en esta
[pr

sobre mi frente caiga tu castigo!

(Indicando las grandes puertas del tem-
plo)

¡Abrid en par en par todas las p-

que si no es el rey mismo,
es Castilla quien pisa los umbrales
de ese piadoso y místico recinto!

(Se abren de par en par las puertas
del templo. Entra doña María, guiada
del porta-enseña, los heraldos, la
mas, los pajes y algunos hombres de a-
rmas. El pueblo ha invadido la escena.)

Caballero 1.º, ídem 2.º, pueblo y señores

DON GARCIA

¡Dios ha de castigar el sacrilegio!

NOBLE 2.º

¡Perdónanos, Dios mío!

PUEBLO

¡No queremos las joyas de la Iglesia!
¡No aceptamos los bienes del Cabildo!
¡Preferimos morir a ser ladrones!
¡Perdónanos, Dios mío!

Dichos: doña María, el Arcediano, dan-
tes y el Cabildo.)

(Resuena el lejano y pesado doble
de las campanas de la Catedral, y tumultuos-
mente la gente va saliendo del templo. Aparece
doña María, livida, desencajada, con las joyas
del Cabildo aún entre las manos, lanza
al templo por el Cabildo en pleno, con
alzada.)

da, en busca del clamor que se acerca. Doña María permanece como anonadada al lado del cadáver del Arcediano. Sosa aparece por la calle de la izquierda, con la espada desnuda.

Dichos y Sosa.

SOSA

¡Salváos, mi señora, estáis vendida!

DOÑA MARIA

Como quien despierta de un sueño.

¡A mí los toledanos!... ¡A los mu-
[ros!...

SOSA

¡Por el portillo huid, doña María!

VOCES

¡España por don Carlos!... ¡Viva F
[pu]

DOÑA MARIA

Huye por la derecha, mientras desciende el telón.

¡A morir por los fueros de Castill

TELON



EPURADOR HIGIÉNICO Y RÁPIDO

“ A R S O ”

ARDENAL CISNEROS, 28. - MADRID

Subasta de muebles y objetos

Miércoles y Sábados de 7 a 8 y media

Se admiten muebles.—Entrada libre.

: : Muebles desde una peseta : :

PLAZA DE SANTA ANA, 10, 1.

Toda la correspondencia debe dirigirse a

PRENSA POPULAR

Apartado 498 - Calvo Asensio, 3 - Madrid

La Novela **CORTA**

Después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, para complementar su apostolado de vulgarización literaria va a rendir un tributo a la

MEMORIA

los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada una de ellas una sola obra en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

Larra.—Espronceda.—Patricio de la Escosura.—Martínez de la Rosa.—Enrique Gil.—Fernández y González.—Ortega y Frías.—Hartzenbusch.—Gerrudis G. Avellaneda.—Pastor Díaz.—Alguales de Izco.—Navarrete.—Pérez Escrich.—Pilar Sinués.

NOVELA HISÓRICA

Patxot.—Cánovas.—Vicetto.—Balaquer.—Navarro Villoslada.—Amos de Escalante.—Castelar.

NOVELA NATURALISTA

Bernán Caballero.—Miguel de los Santos Alvarez.—El Solitario.—Mesonero Romanos.—Pereda.—Valera.—Clarín.—Selgas.—Alarcón.—Arturo Reyes.

También rendiremos un homenaje a la memoria de los grandes escritores y poetas que escribieron narraciones en prosa.

POETAS

Gorrilla.—Trueba.—Becquer.—Carolina Coronado.

ESCRITORES

Canivet.—Silverio Lanza.—Taboada.—Eusebio Blasco.—Alejandro Sawa.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, es grandes novelas extractadas irán precedidas de breves biografías literarias expresamente para esta revista por la C. de Pardo Bazán, Román Marín, Azorín, M. Bueno y C. de Castro. Los números **HOMENAJE**, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

FRINE

REVISTA FEMENINA POPULAR
EL PRÓXIMO JUEVES

LOS MATRIMONIOS

SUMARIO

Ceremonial que regula las relaciones entre novios.—Canastilla.—Fiesta y regalos

El matrimonio.—La petición de matrimonio.—Los dichos.—La comida de desposorios.—Los regalos.—La corbille.—El contrato.—La firma del contrato.—Matinees de contratos.—Formas del matrimonio y requisitos que preceden el mismo.—Esponsales.—Proclamas.—Licencia y consejos familiares.—Capacidad de los contrayentes.—Impedimentos.—Celebración del matrimonio.—Régimen económico del matrimonio.—Sociedad legal de gananciales.—De la dote.—Bienes parafernales.—Salida para la iglesia.—La ceremonia nupcial.—Comida.—El lunch.—El traje de matrimonio.—Segundas nupcias.—Casamientos tardíos.—Bodas de plata y oro.—Matrimonio mixto.—Matrimonios israelitas.—Interior de la casa.—El mobiliario.—Consejos a las recién casadas.

15 cents.



**¿LA SUPRESION DEL GAS ES UN CONFLICTO?
¡NO, SEÑOR!**

Existiendo las admirables lámparas de filamento metálico estirado e irrompible OSRAM, beneficia el alumbrado público, sustituyendo el mal oliente gas por una luz blanca, fija y económica en el consumo

Concesionario: León Orastein, Madrid

LA NOVELA
TEATRAL

20 cts.

M. MORENO

Juar
1918.

Clarines
en dos actos
Morez
tero



LA NOVELA TEATRALComplemento de la *Novela Corta*

Director: José de Urqu

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar pero cuya autorización ya nos ha sido oficialmente otorgada.

Galdós.

Electra.—Doña Perfecta.—La loca de la casa.—Realidad.—La de San Quintín.*

Dicenta.

El Lobo.—Sobrevivirse.—El crimen de ayer.—El señor feudal.—Daniel.—Aurora.*—Luciano.*

Quintero.

El Patio.*—Doña Clarines.—La escondida senda.*—El niño prodigio.*

Arniches.

La sobrina del cura.—La casa de Quirós.—Las estrellas.—Dolores.—La señorita de Trevez.—La gentuza.

Arniches-G.^a Alvarez.

El terrible Pérez.*—El cuarteto Pons.*—El Príncipe Casto.*—El Método Górriz.*—Mi papá.*—Gente menuda.*—El fresco de Goya.*—El pollo Tejada.*—El perro chico.*—Alma de Dios.—El pobre Valbuena.

Alvarez-Muñoz Seca.

El verdugo de Sevilla.—Fúcar XXI.—La frescura de Lafuente.—El último Bravo.—Los cuatro Robinsones.—Pastor y Borrego.—Trampay cartón.*

Paso y Abatl.

La Divina Providencia.*—El gran ta-caño.—El río de oro.—El infierno.*—Los perros de presa.*—El Paraíso.*

--La mar salada.*--La bendición de Dios.*--El asombro de Damasco.—El tren rápido.*--El velón de Lucerna.*--Nieves de la Sierra.*--La alegría del vivir.*

Villaespesa.

El rey Galaor.—Aben-Humeya.—La Gioconda.—Doña María de Padilla.—La leona de Castilla.—El Halconero.*

Vital Aza.

Francfort.—La rebotica.—Ciencia exactas.—La Praviania.—Parada Fonda.—Tiquis Miquis.—La sala de armas.

Comedias.

Trata de blancos.—El místico.—Los semidiosos.—Las cacatúas.—Charito, la Samaritana.—Todos somos unos.—El cardenal.—El hombre que asesinó.—Serafina.—Rubiales.—La eterna víctima.—Jirmy Samson.—Lopez de Coria.—Primavera en otoño.—El mister del cuarto amarillo.—Primerose.—Raffles.—Mirandolina.—Genio y gura.—Petit-Café.—Los noveleros.—La Tizona.—Miquette y su mamá.—Los gemelos.—El chico del café

Zarzuelas

La viejecita.—La alegría de la hue-ta.—La marcha de Cádiz.—Gigantes y cabezudos.—La Corte de Faraón.*—La Tempranica.*—El dúo de la Africana.*

(*) Las obras señaladas con asteriscos es que en breve serán publicadas.

Doña Clarines

COMEDIA EN DOS ACTOS, ORIGINAL DE LOS SEÑORES

Serafín y Joaquín Alvarez Quintero

PERSONAJES

DOÑA CLARINES. - MARCELA. - TATA. - DARIA. - MIGUEL. - DON BASILIO. - LUJAN. - ESCOPETA. - CRISPIN.

ACTO PRIMERO

Estancia preferida de doña Clarines en el piso principal de su casa de Guadalema, ciudad castellana. A la derecha del actor, primer término, la puerta de las habitaciones de la señora. Inmediata a esa puerta, de frente al público, vetusta galería de cristales, con zócalo de madera tallada, que da al jardín, y la cual, avanzando hasta el medio de la escena, cierra en ángulo recto con la pared del foro.—Una puerta a la izquierda del actor y al foro otra. Lo mismo estas dos que la de las habitaciones de doña Clarines son de cristales y tienen mediopuntos.—En el suelo, que es de losas encarnadas, y en primer término de la izquierda, una mirilla de madera para ver desde arriba la gente que llega al portal, y cerca de ella, también en el suelo, una argolla atada al extremo del cordel que sirve para abrir el portón sin tener que bajar escaleras.—Muebles antiguos, pero ricos y bien cuidados. Algunos retratos al óleo, de familia, decoran las paredes.—Es de noche. Una lámpara que fué primero de petróleo, luego de gas y ahora es de luz eléctrica, alumbrá la estancia. La luz de la luna platea las copas de los árboles del jardín, que asoman tras los cristales de la galería.—La escena está sola. Dentro, lejos, en el piso bajo, oye ladrar a Leal, el perro de doña Clarines, anunciando que alguien llega a la puerta. Por la del foro aparece Tata, vieja desdentada y ruínosa, pero activa y despierta, pies y manos de doña Clarines y su admiradora incondicional.

TATA.—¡Calla, Leal, calla! Con este perro no hemos menester campanilla. ¡Caya ya, escandaloso! (Calla el perro. Tata se asoma a la mirilla.) ¿Quién es? ¡Ah! Don Basilio con el amigote que esperábamos. Haga el Señor que no tengamos toros y niñas con el tal amigote. (Tira del cordel para abrir. Sale Escopeta por la puerta de la derecha. Escopeta es un mozo andaluz, criado reciente de la casa. En la mano trae una botella de la bótica, llena de agua al parecer.)

Esc.—Pos, señó, güeno está. Oiga usté, Tata.

TATA.—¿Qué hay con Tata?

Esc.—Las señoras de Cuadalema, ¿son tales como doña Clarines?

TATA.—¡Qué disparate! Lo que quisieran las señoras de Guadalema era saber descalzar. ¡Aaaaah! ¡Doña Clarines! Doña Clarines no hay más que una...

Esc. — Más vale. Porque si no, era cosa de pitá otra vez pa mi tierra y d'ija a Guadalema y a toa Castiya na más que pa veni cuando hubiera festejos.

TATA. — ¿Pues?

Esc. — ¿Er criaio que estuvo en la casa antes que yo, duró mucho ar servicio de la señora?

TATA. — Seis días escasamente. Era muy casquivano y muy gandul.

Esc. — ¿Y er de antes?

TATA. — El de antes no duró sino tres. Aquél era muy poquita cosa. Se asustaba de todo.

Esc. — ¡Es que se asusta el Si Campeadó! ¿Usté sabe los mandaos que esta señora quié que uno le yeve a to er mundo?

TATA. — ¿No he de saberlo? ¡Aaaaah! Y que o se dicen las razones como ella las da, ce por be, o por la puerta se va a la calle. ¡Es mucha señora!

Esc. — ¿Pos sabe usté lo que se me ocurre? Que en lugá de un criaio debia tené un piquete de infantería.

TATA. — Poco murmurar, ¿eh!

Esc. — No es murmurá, señora; es que ahora me ha mandao que me yegue a la botica con esta boteyita que traje pa la señorita Marsela, y que le diga al boticario: «De parte de doña Clarines, que no es esto lo que eya ha pedío: que agua de poso ya tiene eya bastante en su casa, y que se vaya usté a robá a Despeñapetros.»

TATA. — (Riéndose.) ¡Aaaaah! Oyéndola estoy.

Esc. — ¡Y yo estoy oyendo ar boticario!

TATA. — Pues así lo ha de decir usted si no quiere perder la casa.

Esc. — ¿No le daría iguá por escrito?

TATA. — Ande, ande a su obligación, y déjese de más discursos.

Esc. — ¿Qué se le va a hasé? Vamos a que me tire un mortero er tio ese. Pe fuera no verlo. (Se marcha por la puerta del foro, hacia la izquierda, canturreando y con toneándose.)

TATA. — ¡Ay! Muy zaragatero eres tú para hacer los huesos duros en esta casa. (Por la misma puerta que se ha ido Escopeta salen don Basilio y Luján. Don Basilio, hermano de doña Clarines, es un señor de ojos vivos y cabeza inquieta, señal de poco peso. Viste con desaliño. Luján, antiguo amigo suyo, es un hombre de pesqui, un tanto socarrón y de espíritu reposado y tranquilo. Viene en traza de haber caminado a caballo unas leguas. La edad uno y otro anda alrededor del medio siglo.)

D. BA. — Pasa, Isidoro.

Luj. — Buenas noches.

TATA. — Buenas las tenga usted, señor mío.

D. BA. — ¿Y mi hermana, Tata?

TATA. — También son ganas de preguntar lo que sabe usted de memoria; en sus habitaciones.

D. BA. — (A Luján.) ¿Quieres verla?

Luj. — Si no ha de servirle de molestia, con mucho gusto. (Mirando un cuadro) ¿Este retrato, es de tu padre?

D. BA. — Sí; ese es papá. Papá recién casado. Como yo le conocí mucho de púés, no puedo apreciar si se parece. ¡Jel! (A Tata, mientras Luján ve los otros cuadros y observa el jardín.) Bueno, tú, llégate y dile a doña Clarines que aquí está ya mirando el señor Luján, que desea saludarla.

TATA. — (Bajo a don Basilio.) ¡Va a soltar una descarga de fusilería!

D. BA. — (Lo mismo a Tata.) ¡Ya lo sé! ¡Pero si no es ahora será luego más tarde!

TATA. — Ah, bien, bien. Por mí no ha de quedar. — Con permiso, buen caballero. (Vase por la puerta de la derecha.)

Luj.—¿Quién es esta vieja escamona?

D. BA.—¡Tata! La tradición, como quien dice. Nos ha visto nacer a todos. Ya la infeliz no es más que una de tantas ruinas en este viejo caserón de los Olivenzas. ¡Pobre caserón! Por mucho que lo cuido, lo revoco y lo aderezo, se viene abajo como la familia.

Luj.—¡Pues tú no te conservas mal!

D. BA.—¿Y me lo dices tú, que estás hecho un pollo?

Luj.—Si lo estoy, sí. Para la edad que tengo... Pero eso no quita... Desde que resolví que nada me importase nada, en vista de que lo contrario me afectaba al lagado, marchó como unas perlas.

D. BA.—Es verdad. Quince años hacía que no te echaba la vista encima, y, lo que es en lo exterior, apenas si han dejado huellas.

Luj.—Me las arranca mi mujer.

D. BA.—¡Ah, carape! Secretos del hogar.

Luj.—Sí. Tú, en cambio, te las tiñes. Ya lo he visto.

D. BA.—Secretos del tocador.

Luj.—¡Secreto a voces!

D. BA.—Chico, hay que defenderse. No me resigno a la vejez de la cabeza, cuando tengo el corazón entrado en quintas. Pero siéntate, galopín.

Luj.—(Obedeciéndolo.) Cansadillo estoy. Mi caballero tiene un trotecillo que desbarata. En mal hora se le ocurrió a don Rodrigo ponerse neurasténico, y a su familia llamarme a mí a consulta. Me he vuelto poltrón. No me gusta salir de mi casa.

D. BA.—¿Y querías irte a parar a un fonducho? ¡Ca, hombre, cá! Los días que estés en Guadalema, en mi casa vives.

Luj.—Dios te lo pague. La comida de las fondas me aterra. Las camas me espantan. Sobre todo en cuanto empieza mayo. En fin, que te agradezco muy de veras tu hospitalidad.

D. BA.—No se hable más de ello. ¿Qué tal te va en ese poblacho?

Luj.—Tan bien como en otra parte cualquiera. Todo está en todo. Estoy decidido a vivir a gusto.

D. BA.—¿Te quedan gajes, además de la titular?

Luj.—No faltan. El pueblo es rico, la gente no es de la peor... me quieren...

D. BA.—¿Hay muchos enfermos?

Luj.—Muchos; pero los voy matando a casi todos.

D. BA.—¿Entonces, cómo te quieren tanto?

Luj.—Porque elijo bien. ¿A quién no le sobra un pariente?

D. BA.—¡Ja, ja, ja! Veo que también conservas aquellas tus salidas chuscas de nozo. (Reparando en Tata que se acerca.) Ahora verás.

Luj.—¿Cómo?

D. BA.—Que ahora verás. (Sale Tata.)

TATA.—Aquí estoy ya de vuelta. (Encarándose con Luján.) Bueno, señor: es cosmumbre de la señora que sus servidores demos los recados a todas las personas de la misma forma que ella los dá.

Luj.—Bien. Me parece muy bien.

D. BA.—¿Tú le has dicho?...

TATA.—Yo le he dicho que había llegado y que tenía gusto de saludarla su amigo de usted el forastero.

D. BA.—¿Y qué te ha contestado ella?

TATA.—Que díme con quien andas, te diré quién eres. Que está en el oratorio, que no sale porque no quiere ver visiones. Y que mañana con la luz del sol ten-

drá usted mejor vista. Con permiso. (Se va por la puerta del toro hacia la derecha. Lujan mira fijamente, un poco estupefacto, sin dar crédito a lo que oye. Don Basilio traga alguna saliva. Pausa.)

Luj. — ¿Qué es esto, Basilio?

D. BA. — Isidoro, abrázame.

Luj. — Basilio, ¿qué es esto?

D. BA. — Abrázame, Isidoro.

Luj. — ¿Por qué no?

D. BA. — Eres el rigor de las desdichas.

Luj. — En los cuarenta y nueve años que tengo, no me ha ocurrido cosa igual ¿Quieres explicarme?...

D. BA. — ¡Ay, querido Isidoro! No solo has venido a Guadalema a que te fría la sangre la familia de don Rodrigo, sino a cumplir al lado mío, en el caserón de las Olivenzas, un alto deber profesional.

Luj. — ¡Carape! como dices tú.

D. BA. — Mi hermana Clarines... (Barrenándose con un dedo la sien.) Mi hermana Clarines ha perdido el juicio.

Luj. — ¿Qué me cuentas? .

D. BA. — Lo que oyes, Isidoro; lo que oyes. Sufrió en una edad crítica de su vida, una conmoción moral extraordinaria, espantosa.

Luj. — Algo recuerdo que me escribiste...

D. BA. — Pues de aquella fecha arranca el mal. La sonrisa se fué de sus labios, se le pusieron blancos los cabellos, su carácter se desquició, se envenenó su espíritu, dió en mil manías y aberraciones, y un día tras otro, para no cansarte, ha llegado a tal punto, que creo un deber de conciencia, ya que estás aquí, consultar el caso contigo.

Luj. — ¡Diablo, diablo!

D. BA. — ¿Comprendes ahora que me tiña las canas?

Luj. — Hombre, no; comprendo que te salgan. Que te las tiñas no lo comprendo francamente.

D. BA. — Bien, bien, no divaguemos. Esta desgracia que yo te anuncio con el temor de que tu ciencia pueda llevarme a la certidumbre, es una verdad axiomática en toda Guadalema: «Doña Clarines está loca; doña Clarines está como un cencerro; que la aten; que la encierren...» Este es el rumor público: esto es lo que oyes dondequiera que de ella se habla.

Luj. — ¿Qué vida lleva ella?

D. BA. — La más extraña que puedes imaginarte. O en sus habitaciones misteriosamente encerrada—¡ni a mí me deja entrar!—y haciendo no sabemos qué, sentada en este butacón, devorando las horas en silencio. Si habla, es para reñir y desatinar; si alguien viene a verla, seguro está que ella no lo insulte y lo haga salir a espeta-perros por las escaleras. A excepción de Tata, la vieja, que desde niña la conoce y la quiere, no hay criado alguno que pueda resistirla ocho días seguidos. Ninguno pára en esta casa. ¡Y cuidado que se les paga con largueza! ¡Puede ninguno pára! Todos se van jurando y perjorando que es loca.

Luj. — ¿Y quién le administra sus bienes? ¿Quién lleva el cargo de su hacienda?

D. BA. — ¡Ella misma! Y este es mi gran temor, Lujanito. Yo creo que nos está arruinando. Y digo *nos*, porque, claro es, yo... desde que... por los azares de mi vida, me quedé sin blanca de lo mío, vivo naturalmente al lado de ella. Figúrate si su ruina me interesará como cosa propia.

Luj. — Ya, ya me lo figuro. ¿Es pródiga tu hermana?

D. BA. — A quien le pide, jamás le da un céntimo: me consta de un modo indudable.

table. Pero temporadas hay en que su mano no se cansa de dar dinero; que no parece sino que tiene el prurito de quedarse con el día y la noche.

Luj.—Pues eso ya es más serio.

D. BA.—¿Crees que no lo sé? ¡Si yo no hago un sueño de dos horas! Porque es que nos va el bienestar, la tranquilidad de la vida, en estos años en que se empieza a bajar la cuesta... Te digo que hay para no dormir.

Luj.—Ciertamente.

D. BA.—Y aún queda el rabo por desollar, amigo Isidoro.

Luj.—¿Sí? ¿Cuál es el rabo?

D. BA.—Mi hermano Juan, viudo con una hija de diez y ocho años, ha muerto en Madrid hace tres meses.

Luj.—¿Que ha muerto Juan?

D. BA.—Hace tres meses murió el pobre. ¿Extrañarás no verme de luto?

Luj.—¡Sí!

D. BA.—¡Cosas de Clarines! ¡Dice que el luto es una vanidad del dolor y que no se pone luto por nadie!

Luj.—¿Y tú piensas lo mismo que ella?

D. BA.—¿Yo qué he de pensar?

Luj.—¿Entonces cómo no vas de negro?

D. BA.—¡Por no hacer más patente su chifladura!... ¡Y porque no me da una peseta para el traje!...

Luj.—Ya.

D. BA.—Pero concluyamos con mi cuento. Mi hermano Juan—Dios lo tenga en su gloria—, ha hecho al morir el disparate—asóbrate, Isidoro—de confiarle su hija y sus bienes a esta desventurada doña Clarines. ¿Qué tal? ¿Debo yo permanecer ocioso? ¿Eh? Mi responsabilidad moral ante los hechos, es enorme. El pobre Juan seguramente desconocía el estado de perturbación de nuestra hermana. No es deber mío ponerme al lado de esa niña?

Luj.—Claro.

D. BA.—¿Verdad que sí? Por eso, ya que la Providencia te envía, me atrevo a aplicarte que observes detenidamente, concienzudamente, científicamente, a la infeliz Clarines, y si por desgracia tú confirmas mis secretos temores... algo hará que hacer, ¿no te parece? ¡Algo habrá que hacer!... Yo hablaría con mi sobrieta, que es muy razonable... y... ¡qué carape! de acuerdo contigo le buscaríamos el caso la mejor solución. Así como así, mi vida es un tanto aburridilla y el administrar los cuatro cuartos de la muchacha me serviría de entretenimiento. ¿Qué me dices tú?

Luj.—(Con gran sorna.) Yo, querido Basilio, hace ya tiempo que procuro no darme a las cosas sino sólo el valor que tienen. Determinar qué valor tienen es lo primero. Hay que vivir en la realidad de la vida.

D. BA.—Quiere eso significar...

Luj.—Quiere esto significar que acepto la delicada comisión que me encomiendan, y que empiezo a atar cabos desde este momento.

D. BA.—Pero ¿lo tomarás con interés?

Luj.—Con todo el interés que merece. Declarándote que, para mí, pocas cosas gran ya tener ninguno. Porque es un hecho, Basilio amigo: el planeta se enfría, este tinglado va a durar poco.

D. BA.—Sí, pero... ¿A qué viene?...

Luj.—Viene...

D. BA.—Calla ahora. (Por la puerta de la izquierda salen los ojos de Marcela, y luego Marcela, la sobrina de doña Clarines. Viste de negro. Su hablar es comedido y prudente.)

MAR.—Buenas noches.

D. BA.—Aquí la tienes. Esta es Marcelita. Mi amigo Luján.

MAR.—Ya, ya me he figurado... Tanto gusto... Acabo de darle los últimos toques a su alcoba de usted.

LUJ.—Mil gracias. No podía yo sospechar que manos tan lindas...

MAR.—Calle usted, por Dios.

D. BA.—Chico, eres el mismo de antaño. Este perillán es muy galante.

LUJ.—¡Bah!

MAR.—Cualquiera falta que usted note allá, cualquier cosa que necesite, me lo dice a mí.

D. BA.—Si, mejor es: porque si se lo dices a Tata, Tata va con el cuento a doña Clarines y tenemos grésca.

MAR.—Eso, no; a doña Clarines no hace falta que le digan las cosas para saberlas ella. Tiene un poder de adivinación que a mí me da susto.

D. BA.—(A Luján.) ¿Eh?

MAR.—Es natural, después de todo; en soledad constante, no pára de discurrir aquella cabeza, y alambicando alambicando, siempre va a dar con la verdad. ¿Usted ha entrado a saludarla?

LUJ.—Ha habido un pequeño inconveniente.

MAR.—Pues a estas horas, sin haberlo visto, esté usted seguro de que sabe doña Clarines cómo es usted.

D. BA.—Te advierto, Marcelita, que ha dicho que no lo recibe porque no quiere ver visiones.

MAR.—¿Sí?

LUJ.—Así mismo.

MAR.—Sus cosas... Usted me dispense... yo no sabía... Si yo adivinara como ella...

LUJ.—No le preocupe a usted. Me importa poco parecerle visión a la tía, si a la sobrina no se lo parezco.

MAR.—A la sobrina de ninguna manera.

LUJ.—Entonces... Sobre que doña Clarines fundó su juicio en el antiquísimo proverbio de «Dime con quién andas, te diré quién eres...»

MAR.—¡Ja, ja, ja!

D. BA.—Total, que la visión soy yo. Ven a tu alcoba, cepíllate un poco, y vamos a dar una vuelta por la ciudad. La noche convida. ¿Tú ya no vuelves a casa de don Rodrigo?

LUJ.—Hasta mañana, no.

MAR.—¿Qué es lo que tiene ese caballero?

LUJ.—¡Ganas de fastidiarme a mí!

MAR.—Todo sea por Dios.

LUJ.—Conque estoy a tus órdenes incondicionales. Y no se diga a las de usted, Marcela.

MAR.—Muchas gracias.

D. BA.—Anda, anda, mediquillo. (Se van por la puerta de la izquierda los dos camaradas.)

MAR.—Es muy simpático este señor. Y parece que tiene más seso que el tío Crispín. Poco se necesita... (Llegan por la puerta del foro, precedidos de Tata, Daria, Crispín, mozo y moza naturales de Cogollo del Llano, pueblo lindante con Guadalema. Daria es boba, y lo será doble cuando el agua la purifique. Parece asombrada. Crispín no sólo parece, sino que lo está y ni a tres tirones entra en la estancia. Queda vagando por el pasillo del foro, y acecha cautelosamente los momentos en que, sin ser visto, puede echar un ojeada a la escena. Cuando lo ven huye como un conejo.)

TATA.—Entrad aquí.

DAR.—Buenas noches.

MAR.—Buenas noches.

TATA.—Es la criada nueva. Hija de una parienta mía. Veremos si nos sirve. Voy a avisarle a la señora. (Se va por la puerta de la derecha.)

MAR.—¿Quién viene con usted?

DAR.—Crispín, mi hermano. (Las primeras palabras de Daría, su aliento entrecortado, revelan que está tan asustada como Crispín, sino que ella no ha tenido más remedio que entrar. Pesa sobre ambos la temerosa leyenda de doña Clarines.)

MAR.—Dígale usted que entre.

DAR.—No entra, no.

MAR.—¿Por qué?

DAR.—Porque no entra.

MAR.—Dígaselo usted.

DAR.—Se lo diré; pero no entra. (Crispín, que lo ha oído todo, no parece en diez metros a la redonda. Daría va a la puerta del foro y desde allí le habla.) ¡Crispín! La señorita, que entres.—No entra.

MAR.—Bueno; déjelo usted. ¿De qué pueblo son ustedes?

DAR.—De Cogollo del Llano, para servir a usted.

MAR.—Aquí está la señora. (Crispín, que andaba a la vista, a este anuncio desaparece nuevamente. Pausa. Sale por la puerta de sus habitaciones doña Clarines. La sigue Tata. Doña Clarines es una señora de buen porte y poderosa simpatía. Aunque no pasa de los cuarenta y cinco años, sus cabellos son blancos como la plata. Viste con gran originalidad, con gusto personalísimo, dentro de una graciosa sencillez. Se expresa en tono campechano y noble a la par; enérgico, sin sombra alguna de afectación.)

D.^a CLA.—Buenas noches.

DAR.—Buenas noches.

D.^a CLA.—(A Tata.) Muy joven es.

TATA.—Más vale.

D.^a CLA.—Está visto que no he de parar de domar potritos. (Se sienta en su butaca. Ladra Leal.) ¿Quién es, ahora?

TATA.—¡Calla, condenado! Vamos a ver. (Se asoma a la mirilla.) ¿Quién es?—Un

pobre.

D.^a CLA.—¿Es viejo?

TATA.—No, señora, que es mozo.

D.^a CLA.—Pues que trabaje.

TATA.—¡Que trabaje usted, hermano! (Cierra la mirilla de un golpe fuerte, sobresalando a Daría aún más de lo que está.) ¡Que bien trabajo yo con mis setenta a las esbaldas! (Se va por la puerta de la izquierda.)

D.^a CLA.—Acérquese usted. (Daría no se da por entendida.) Que se acerque usted; no me oye?

DAR.—(A Marcela.) ¿Es a mí?

MAR.—A usted, sí; a usted. Acérquese a la señora. (Daría se acerca a doña Clarines.)

D.^a CLA.—¿Cómo se llama usted?

DAR.—Daría, para servir a usted.

D.^a CLA.—¿Daría qué? (Daría mira a Marcela con angustia.)

MAR.—Dígale su apellido.

D.^a CLA.—Calla tú. ¿Daría qué? ¿No lo sabe? (Crispín, asomando la cara pegada al quicio de la puerta del foro sin ser visto por nadie, se empeña en decirle a Daría con la fuerza del gesto el apellido de la familia. Daría, tras una vacilación momentánea, echa a andar hacia la misma puerta y se marcha por ella.) ¿Adónde va?

DAR.—(Volviendo al sitio donde estaba.) Romillo; para servir a usted.

D.^a CLA.—¿A quién le ha preguntado? ¿Quién anda ahí fuera?

DAR.—Crispín, para servir a usted.

D.^a CLA.—¿Crispín? ¿Y quién es Crispín?

DAR.—Mi hermano.

D.^a CLA.—Pues que entre su hermano.

DAR.—No entra, no, señora.

D.^a CLA.—¿Cómo que no entra?

MAR.—No entra, no.

D.^a CLA.—¿Y por qué no ha de entrar? Yo lo mando.

DAR.—(Desde la puerta del foro.) ¡Crispín! ¡La señora te manda entrar! (Pausa.)
Dice que no que no con la cabeza.

MAR.—Y no entra, no; es el segundo intento.

D.^a CLA.—¿Pues a qué ha venido Crispín?

DAR.—A acompañarme.

D.^a CLA.—¡Bah! ¿Qué edad tiene usted? (Daría titubea atribulada y echa a andar de nuevo hacia el foro. A la voz de doña Clarines se detiene.) ¡Sin preguntárselo a Crispín! ¡Tampoco lo sabe! ¿Pero usted no sabe nada?

DAR.—Nada; para servir a usted.

D.^a CLA.—Casi lo prefiero. Entre no saber nada y saber poco y mal, mejor es la ignorancia absoluta. Así la podré moldear a mi gusto, aunque sea a coscorrones.

DAR.—Sí, señora.

D.^a CLA.—¿Tiene usted novio?

DAR.—Aquí no: en el pueblo. Pero lo puedo dejar, si quiere la señora

D.^a CLA.—¿Yo? ¡Dios me libre!

DAR.—No me tira mucho.

D.^a CLA.—Allá usted. En no distrayéndola de sus obligaciones... Mire usted, que se vaya Crispín o que entre; pero que no esté como una sombra chinesca por el corredor. Por más que, aguarde un poco, y se irá usted también con él. ¿Cuánto tiempo hace que no se lava usted?

DAR.—¿La cara?

D.^a CLA.—No; usted de arriba abajo.

DAR.—¡Uh!...

MAR.—Como no sabe la edad que tiene...

D.^a CLA.—Pues en mi casa la limpieza es la primera condición que exijo.

DAR.—Sí, señora.

D.^a CLA.—Y la segunda, trabajar mucho y bien, que para eso las pago a ustedes mejor que nadie.

DAR.—Sí, señora. Yo haré todo lo que sea menester.

D.^a CLA.—No le queda a usted otro recurso. De lo contrario, en la calle sopla un aire muy fresco. Las puertas de mi casa son mucho más anchas para salir que para entrar. —Marcela, acompaña a esta mujer allá dentro, que suelta un tufillo de algarrobas que marea.

DAR.—Sí, señora.

D.^a CLA.—Y vuelve enseguida que tenemos que hablar.

DAR.—¿Manda algo más la señora?

D.^a CLA.—Nada, nada. Que se vaya usted con la señorita.

DAR.—Sí, señora. Servidora de la señora.

MAR.—Venga usted.

DAR.—Sí, señora.

MAR.—Por aquí.

DAR.—Sí, señora. (Entra Marcela por la puerta del foro, hacia la izquierda, Daría

sigue mirando a todas partes azoradísima, Crispín cruza en seguida por el pasillo como una exhalación, detrás de Daría.)

D.^a CLA.—¡Jesús me valga! ¿Y esta es la flor de Cogollo del Llano? ¡Alabado sea Dios! (Sale Tata por la izquierda.)

TATA.—¿Qué tal le ha parecido la moza?

D.^a CLA.—Cerril del todo; pero si tiene buena voluntad...

TATA.—¡Aaaaah! Como salga a la madre... No es porque sea mi prima... pero es mujer que levanta una casa en vilo. Por esa puerta no cabe a entrar el marido que tiene, y cuando se resiste a trabajar le da unas palizas que lo balda.

D.^a CLA.—Eso me gusta. (Vuelve Escopeta por la puerta del foro, canturreando como se marchó.)

Esc. «Hise un oyito en la arena,
sepurté mi pensamiento...»

D.^a CLA.—¡Escopeta!

Esc.—Dispense la señora. No sabía que estaba usted aquí.

D.^a CLA.—¿Fué usted a la botica?

Esc.—De ayí vengo.

D.^a CLA.—¿Y qué?

Esc.—Pos que le sorté ar boticario la rosíá

D.^a CLA.—¿Qué le dijo usted?

Esc.—Lo mismito que usted me encargó. Como si lo yevara impreso. Le dije, digo... le dije. «De parte de mi señora doña Clarines, que no es esto lo que eya ha pedío; que agua der poso ya tiene eya bastante en su casa, y que se vaya usted a robá a Despeñaperros.» ¿No era así?

D.^a CLA.—Así era. ¿El contestó algo?

Esc.—(Rascándose la cabeza.) Contestó, contestó. ¿No había e contestá?

D.^a CLA.—¿Qué contestó? (Escopeta vuelve a rascarse la cabeza, y trata de hablar y se contiene ante la dificultad de decirle a doña Clarines la desvergüenza que le ha contestado el boticario. La señora se da cuenta de ello y lo libra del compromiso.) Bien está. Toda la vida ha sido un mala lengua ese boticario.

TATA.—¡Aaaaah! Siempre habla el que tiene por qué callar.

Esc.—¿No se le ofrece a usted otra cosa?

D.^a CLA.—Que se acueste usted.

Esc.—Como las bala.

D.^a CLA.—Escuche usted.

Esc.—Señora.

D.^a CLA.—Antes de acostarse asómese usted al postigo y dígale al sereno que ya tengo la seguridad de que es él mismo quien por las tapias de la huerta me roba las frutas.

Esc.—¿Ar sereno?

D.^a CLA.—Al sereno, sí.

Esc.—¿Y eso na más?

D.^a CLA.—Nada más. Vaya usted con Dios.

Esc.—Güenas noches. ¡To será que no duerma en mí cama! (Márchase decidido por donde llegó.)

D.^a CLA.—Parece listo este Escopeta.

TATA.—Sí, señora; pero muy así... muy movido él. Es hijo del que ha tomado ahora la cantina de la estación. También andaluz. Les durará poco la cantina.

D.^a CLA.—¿Por qué?

TATA.—Porque se la van a beber entre el padre y el hijo. Mire usted, señora; yo no lo puedo remediar, no me hacen gracia los andaluces. Quizás que a los andaluces les suceda lo mismo conmigo.

D.^a CLA.—Quizás. (Vuelve Marcela.)

MAR.—Tía...

D.^a CLA.—Espérate un momento.

TATA.—¿Estorbo?

D.^a CLA.—Sí.

TATA.—Me lo había maliciado. ¿Qué vamos a comer mañana.

D.^a CLA.—Lo que hoy.

TATA.—Y hoy lo que ayer.

D.^a CLA.—Y siempre lo que a mí se me antoje.

TATA.—Si no lo digo en son de crítica.

D.^a CLA.—Cuando lo dejo a tu elección no pones más que cebollas rellenas...

TATA.—La cebolla es muy estomacal.

D.^a CLA.—¿Quieres no replicarme, Tata? Todo este preguntar ahora qué se ha de guisar, es entretenerme para oler lo que aquí se guisa.

TATA.—¡Dios de Dios! ¡Pero cómo adivina usted las intenciones! ¡Aaaaah! (Vase por la puerta del foro, hacia la izquierda.)

MAR.—¡Qué graciosa es Tata! ¡Y qué buena!

D.^a CLA.—¿Buena? La única persona de quien yo me fío en este mundo. Siéntate, que vamos a echar un parrafito.

MAR.—¿Un parrafito?

D.^a CLA.—Sí. Siéntate.

MAR.—Me pone usted en cuidado. ¿Qué novedad hay?

D.^a CLA.—Novedad... ninguna.

MAR.—Pues usted dirá.

D.^o CLA.—Desde que tu padre murió, llevas a mi lado muy cerca de tres meses, y siempre que hemos tratado en nuestros coloquios de un sentimiento muy natural a la edad en que tú te hallas—aunque se da en todas las edades, porque hay mucha vieja sinvergüenza y pindonga—, me has dicho que no tienes novio. Es esto verdad?

MAR.—Sí, señora; cuando se lo he dicho a usted así...

D.^a CLA.—Está bien. Sales en lo hipócrita a tu madre, y a tu padre en la falta de seso.

MAR.—Tía Clarines...

D.^a CLA.—¡Tía Jinojo! Ten en cuenta que estás en un callejón sin salida.

MAR.—¿Piensa usted decir mentira para sacar verdad?

D.^a CLA.—Al contrario: pienso decir verdad para sacar mentira. Ya sabes que a mí no se me ocultan las cosas.

MAR.—Pues esta vez fallaron sus adivinaciones.

D.^a CLA.—¿Insistes en tu negativa? Testaruda como doña Sara, tu abuela materna, que se tragó un carrete, y hasta que no la abrieron en canal lo estuvo negando.

MAR.—¿Pero en qué se funda usted para creer que yo le miento?

D.^a CLA.—En que sé a ciencia cierta que tienes novio.

MAR.—¡Tía!

D.^a CLA.—¡Chist! Mira: desde que viniste, raro es el día que no pasas dos horas en la casa de enfrente, so pretexto de que la niña de la casa es amiga tuya a partir de una larga temporada que estuvo en Madrid.

MAR.—Así es la verdad.

D.^a CLA.—No es así la verdad. La niña de enfrente, empacha a los tres días de hablar con ella; por sí sola carece de atractivos para tanto trato. Pero en cambio tiene una tía, hermana de su madre, que siempre se distinguió grandemente en un oficio que elogiaba mucho don Quijote.

MAR.—No la entiendo a usted.

D.^a CLA.—Celebro tu candor. Esas afinaciones de la tía—sigo sobre la pista—eran para mí un dato de bastante importancia. Una mañana, de sobremesa, dije yo esta frase, que se puede esculpir: «No hay un solo hombre que tenga corazón.» Y tú saltaste, como si te hubiera picado una avispa: «¡Hay de todo!» ¿Hola? ¿Hay de todo? ¿Esta cree que hay de todo? —pensé yo entre mí—. ¿Conque opinamos que hay de todo?

MAR.—Sí, señora; yo creo que hay de todo. Sin tener novio, me parece que se puede opinar que hay de todo.

D.^a CLA.—Indudable: se puede opinar. Pero cuando seguramente se opina es teniéndolo. Las mujeres no defienden nunca a los hombres: defienden a un hombre nada más.

MAR.—Cuando usted lo dice... Más sabe usted de eso que yo.

D.^a CLA.—De eso y de cuanto hay que saber, monicaca. Otro día, amaneciste con un catarro que no se te entendía lo que hablabas, y yo me opuse a que pasaras ahí enfrente. La rabieta que te dió, de esas silenciosas, de no cruzar la palabra con nadie ni por educación, no se la toma ninguna muchacha más que a cuenta del novio. Ya bajas la vista.

MAR.—No...

D.^a CLA.—Sí. El domingo pasado se prolongó la visita más de la costumbre... y viniste muy colorada y con un dedo manchado de tinta. (Marcela se mira disimuladamente la mano derecha.) De la mano derecha, sí. Yo te pregunté: ¿Qué traes, chiquilla? ¿Qué sofoco es ese? ¿Cómo has tardado tanto? «Porque... porque he estado jugando a la pelota»—me respondiste—. ¡Ah, caramba! Esta niña se mancha la mano de tinta, jugando a la pelota. ¡Y la pelota, que aún está en el tejado, era una carta de tres pliegos! (Marcela compunge el semblante.) Nó; no empiecen ahora los puchereros y las lagrimitas. Me has engañado como yo no merezco. Tienes un novio como un castillo, le escribes ahí enfrente, y ahí enfrente recibes sus cartas, que vienen a nombre de doña Sebastiana, la tía de tu amiga. Son las únicas cartas de amor que ha recibido esa tarasca en el siglo y medio que lleva a cuestas.

MAR.—Perdóneme usted, tía. Quiero mucho a mi novio y temí que usted se opusiera a las relaciones.

D.^a CLA.—¿Es algún bandolero?

MAR.—No, señora; por Dios... Si es más bueno... más bueno es...

D.^a CLA.—¿Entonces por qué había de oponerme?

MAR.—Como tiene usted ese genio tan raro...

D.^a CLA.—¿También tú? Yo nunca me aparto de lo justo; y las rarezas de mi genio consisten en que le digo las verdades al lucero del alba. ¿Conocía tu padre estos amores?

MAR.—No, señora; tampoco.

D.^a CLA.—Pues de tu padre no te ocultarías por mal genio. Alguna maca tendrá el señorito. ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

MAR.—Miguel.

D.^a CLA.—¿Miguel qué? (Marcela calla.) ¿Miguel qué? ¿Estás como Daría? ¿Necesitas preguntárselo a Crispín?

MAR.—¡Qué cosas tiene usted! Confíe usted, tía, en que yo no había de ponerme en relaciones con quien no mereciera mi cariño. Es un muchacho como hay pocos; para mí como no hay ninguno. Es arquitecto; trabaja mucho; tiene un gran porvenir. Cuando murió mi padre, nuestras relaciones no habían hecho más que empezar... ¡y si viera usted qué consuelos tan delicados debo a su cariño; qué alientos me dió para calmar mi pena; para seguir la vida tan sola!... Lo quiero mucho, mucho; más que a nadie. Y ya verá usted cómo él lo merece.

D.^a CLA.—Bien está. Basta de inocente palabrería. Tú eres muy niña para juzgar a ningún hombre. Cada «te quiero» de ellos es un veneno que nos parece miel, por la pérfida dulzura de esas dos palabras.

MAR.—No me asusta usted; estoy muy segura.

D.^a CLA.—Eres una mócosa. Pero tan segura como estás tú necesito estar yo.

MAR.—El... acaso venga a Guadalema.

D.^a CLA.—(Rápidamente.) Si no es que ya ha venido.

MAR.—(Sorprendida.) No, señora.

D.^a CLA.—Cualquiera fía en tus negativas. Pero en fin, haya venido o no, cuando venga, vendrá a verte a esta casa. Tus visitas ahí enfrente se han concluido. Se quedó doña Sebastiana sin novio. Por mi parte, con oírlo un par de veces nada más, lo diseco. Y si como barrunto es un zascandil...

MAR.—¿Un zascandil?...

D.^a CLA.—Muy cerca ha de andarle el hombre que conociendo quién soy para tí, cómo vives conmigo, se oculta de mí y se vale de tapujos y tercerías. Limpio no juega.

MAR.—¡Tía Clarines!

D.^a CLA.—No hablemos más del particular. Si el señorito no me entra por el ojo derecho, prepara media docena de pañuelos para llorarle tres o cuatro días. Más no ha de durarte la congoja de la separación, ya que probablemente se tratará de una chiquillada.

MAR.—Todo lo compone usted a su gusto...

D.^a CLA.—Punto final. (Silencio.)

MAR.—(Mirando hacia la puerta de la izquierda.) Aquí salen el tío Basilio y ese señor amigo suyo.

D.^a CLA.—Tal para cual.

MAR.—¿Conoce usted a ese señor?

D.^a CLA.—No; pero cuando es amigote de mi hermano... No piénsen hacerles la tertulia. Buenas noches. (Se levanta para marcharse.)

MAR.—Buenas noches, tía. Hasta mañana, si Dios quiere. (Va a besarla.)

D.^a CLA.—(Deteniéndola.) Menos besuqueo y más respeto. (Salen en esto don Basilio y Luján. Marcela queda pensativa y disgustada.)

D. BA.—¡Clarines! ¡Clarines!

D.^a CLA.—¿Eh?

Luj.—Buenas noches, señora.

D. CA.—(Presentándolos.) Mi hermana Clarines... Mi amigo Isidoro Luján.

Luj.—Tengo mucho gusto...

D.^a CLA.—Yo celebraré que lo pase usted bien en mi casa los días que esté en ella.

Luj.—¡Oh! Seguramente.

D.^a CLA.—Pronto lo ha dicho usted. (Don Basilio le hace señas de inteligencia a Luján ahora y en adelante.)

Luj.—Señora...

D.^a CLA.—¿Ha venido usted a Guadalema a ver si se muere don Rodrigo?

Luj.—No, señora; no es caso grave. No es más que una gaita para la familia.

D.^a CLA.—Se perdía bien poca cosa si se muriera. Es un solterón egoísta, que ha vivido siempre de chupar la sangre de los pobres. Los sobrinos están deseando que dé un estallido. La prueba es que todos los médicos les parecen pocos. Pero, bien, eso allá usted con su conciencia. Si la tiene, porque en la carrera de usted la conciencia anda por las nubes. Fortuna que yo gozo de una salud inalterable. No padezco más que ataques de sentido común.

Luj.—(Estupefacto.) Hem...

D. CLA.—Se van ustedes de paseo, ¿verdad?

D. BA.—Me lo llevo por ahí un ratillo.

Luj.—Ya lo oye usted.

D.^a CLA.—Bien. La puerta de mi casa se cierra a las once para todo el mundo. El que a las once no esté aquí duerme en un banco de la Plaza Mayor. (La estupefacción de Luján se acentúa.) Hay más. Si se viene a las diez y media, y se viene borracho, es como si se viniera fresco después de las once; en la calle se duerme también.

D. BA.—Clarines, por... por amor de Dios; alguna vez piensa lo que dices.

D.^a CLA.—No pienso nunca lo que digo; y bueno es que lo sepa usted, caballero... Cuanto digo lo digo porque me nace en el corazón; y como antes de llegar a la cabeza pasa por la boca, se me sale siempre sin pensarlo. Buenas noches.

Luj.—A los pies de usted. (Entrase don Clarines por la puerta de la derecha. Luján y don Basilio se miran sin palabras largo tiempo.)

MAR.—Esta noche tiene para todos. ¡Ay, Dios mío!

D. BA.—Abrázame, Isidoro.

Luj.—Calla, hombre, calla.

D. BA.—¿Está esa mujer en sus cabales? ¿Eh? Con franqueza. ¿Está en sus cabales?

Luj.—Con franqueza; lo que es juzgándola por impresión... está como una cabra. (Baja la voz al decir esto.)

D. BA.—No; no te recates de Marcela... Calcula tú la pobre, ¡la tiene que aguantar noche y día!

Luj.—Y la cuestión es que, a poco que se mediten sus palabras, se ve que en rigor no ha dicho nada que sea absurdo. Porque, ¿qué es lo que ha dicho, después de todo? Que don Rodrigo es un chupa-sangre. Eso nos consta, desgraciadamente. Que los sobrinos están deseando que se muera. No lo sé; pero es muy humano. Que cada día traen un médico para conseguirlo. Sí... es un sistema que suele dar resultados muy satisfactorios. Que si los médicos no tenemos conciencia, que si ella goza de salud excelente, que si sólo padece de ataques de sentido común... Nada de esto es desatinado, en ley de Dios.

D. BA.—(Nervioso.) Pero, hombre, Isidoro; no me digas. ¿Y la manera de... de...? Es la primera vez que te habla, y... ¡Vamos, que soltarte que la puerta de esta casa se cierra a las once!... ¡Carape!

Luj.—Ahí tienes una cosa que, lejos de haberme molestado, la encuentro muy bien. No he podido conseguirla en mi casa, pero la encuentro bien. Ahora, aquello de que si a las diez y media se llega borracho... ¿Tú bebes? ¿Tú te recoges borracho algunas noches?

D. BA.—¡Nunca! ¡Que te lo diga esta! ¡Eso es una pata de gallo! ¡Cuando se enreda la madeja y tomo cuatro copas de más... vengo siempre por la mañana!

Luj.—¿Ah, sí?

D. BA.—¡Naturalmente, hombre! Anda, vámonos a la calle, que tenemos tela cortada para largo.

Luj.—Presumo que sí. (A Marcela.) Marcelita, muy buenas noches.

MAR.—(Saliendo de la abstracción en que se hallaba.) Qué, ¿se marchan ustedes?

Luj.—Sí; pero a las once menos cinco minutos estaremos de vuelta. Yo me ciño a los estatutos.

MAR.—Hace usted bien. Hasta mañana.

Luj.—Hasta mañana.

MAR.—Adiós, tío.

D. BA.—Adiós, pequeña. Y no te apures tú mientras viva tu tío Carape. ¡Qué Carape! (Se va con Luján por la puerta del foro, hacia la izquierda.)

MAR.—¡Que no me apure, dice!... ¿Qué sabe él? ¡Para no apurarse es la situación! Y habrá que echar por la calle de en medio, y decir la verdad. Miguel y yo, ¿por qué razón no hemos de querernos? (Sale por la puerta de la izquierda Daría, llena de inquietud.)

DAR.—¡Señorita! ¡Señorita!

MAR.—¡Otra que te pego! ¿Qué pasa?

DAR.—Que se me ha olvidado preguntarle a usted a qué hora tengo que levantarme.

MAR.—Con las gallinas. La señora se levanta a las seis... Ya te llamara Tata descuida tú.

DAR.—Es que me había dicho Crispín que la señora llamaba a los criados con una trompeta.

MAR.—Eso es en los cuarteles. Aquí no.

DAR.—Ya, Crispín, desde que lo han tallado, no oye más que trompetas. Diga usted, señorita.

MAR.—¿Qué?

DAR.—¿Antes de acostarme, debo entrar a besar la mano a la señora?

MAR.—Entra, y te da una bofetada que te tira de espaldas.

DAR.—¿Sí, verdad?

MAR.—Lo que has de hacer es meterte en la cama ahora mismo sin que te sienta nadie.

DAR.—En seguida, señorita. Hasta mañana, si Dios quiere, señorita.

MAR.—Adiós.

DAR.—(Vacilando entre las dos puertas.) ¿Por dónde voy mejor a mi cuarto?

MAR.—(Señalando a la del foro.) Por ahí todo seguido, darás con la escalera al momento.

DAR.—Sí; porque al venir para acá me perdí, ¿sabe la señorita?, y me metí en una habitación con los muebles con fundas blancas, por la que no quisiera volver a pasar hasta verla de día. Buenas noches. (Se marcha.)

MAR.—Vete con Dios, mujer. (Vuelve Tata por la puerta de la izquierda.)

TATA.—¿Con quién hablabas?

MAR.—Con Daría, que no vé de miedo.

TATA.—Ya se le irá pasando. A todas le pintan esta casa como un presidio... ¿Se acostó la señora?

MAR.—Se fué a su cuarto, al menos.

TATA.—¿Y qué tienes tú? ¿Ha habido regañina?

MAR.—Sí, Tata, sí; la ha habido. Y dura.

TATA.—¡Aaaaah! ¿Qué carácter? ¡Es un acero! Si como nació con faldas nace con pantalones, hubiera sido emperador. (Rompe a llorar Marcela.) ¿Qué es eso, nena? ¿Por qué lloras?

MAR.—Estoy muy triste. Se ha ido muy enfadada la tía. Fui a darle un beso y me detuvo.

TATA.—Algo malo habrás hecho tú, porque ella es la justicia misma.

MAR.—No, señora; yo no he hecho nada malo. Ocultarle una cosa que podría ser motivo de disgusto, no creo yo que sea mala acción.

TATA.—¿Motivo de disgusto para la señora? A ver, a ver... ¿Qué es ello, nena? Dímelo a mí, por si yo puedo valerte de algo. ¿Lo ha descubierto ya la tía?

MAR.—No del todo. Me ha hecho confesarle... pero yo he callado... he callado mucho... Venga usted, Tata; ampáreme usted; aconséjeme usted.

TATA.—¡Malo será que no haya unos calzones de por medio!

MAR.—Un hombre hay.

TATA.—¡Anda con Dios! ¿Tienes novio, eh?

MAR.—¡Naturalmente!

TATA.—¡Sópleme usted en el ojo, que me ha entrado aire!

MAR.—Un novio, Tata, que me quiere más...

TATA.—¡Aaaaah!

MAR.—¡Más bueno!... ¡más noble!... Y yo lo quiero... ¡vamos! No sabe usted cómo yo lo quiero.

TATA.—¡Aaaaah!

MAR.—Ahora que he estado lejos de él, he visto que mi vida es la suya. Paso que daba, paso que me parecía inspirado por él. ¡Lo que charlamos él y yo a tantas leguas de distancia! Algunas veces me ha sorprendido doña Clarines por el jardín, y me ha dicho: «¡Chiquilla, ¿estás hablando sola?» «Sí, tía.» Y la engañaba. No estaba hablando sola: hablaba con él.

TATA.—¡Aaaaah!

MAR.—Si él no me quisiera mi vida valdría mucho menos: desde que él me quiere vivo más. Y si me dijeran que para vivir a su lado tendría que dar los ojos, los ojos daría; que yo sé que, sin ver, siempre encontraría su mano que me guiasse. ¿Comprende usted cuánto lo quiero?

TATA.—Comprendo la regañina de la tía. ¿Y es de Madrid por ventura ese lazarrillo?

MAR.—De Madrid. Pero está en Guadalema ya.

TATA.—¿En Guadalema? ¿Y cuándo ha venido?

MAR.—Esta mañana.

TATA.—¿Lo sabe doña Clarines?

MAR.—Lo sospecha; no lo sabe de cierto. Ni sabe tampoco que esta noche voy a hablar con él.

TATA.—¿Esta noche? ¿Dónde?

MAR.—Abajo, en el jardín. Por la verja.

TATA.—No; eso no; por la verja no. Aquí no se hace nada sin que ella lo consienta, y yo sé que eso no lo consentiría. ¡Buena íbamos a armarla! ¡Santo Dios!

MAR.—Tata, si no es más que esta noche. Si él ha venido a Guadalema para hablar con mi tía; pero antes es preciso que los dos hablemos... Es un caso éste... son unas circunstancias... Para que usted lo comprenda de una vez, le diré el nombre de mi novio: Miguel Aguilar.

TATA.—¿Miguel Aguilar?

MAR.—Hijo de don Guillermo Aguilar.

TATA.—(Espantada.) ¡Animas benditas del Purgatorio! ¿Qué me dices nena?

MAR.—¿Ve usted, Tata, qué misterios tiene la vida? ¿Por qué he venido yo a parar a la única casa donde el nombre de Miguel Aguilar lleva consigo un recuerdo tan doloroso?

TATA.—¡Aaaaah! ¡Cuando doña Clarines se entere!... ¡Qué turbamulta! ¡Dios de Dios! ¡Remover al cabo de los años aquellas memorias!... ¡Don Guillermo Aguilar... el padre del... ¡Aaaaah! ¡El Señor nos coja confesados!

MAR.—¿Cree usted que no perdonará doña Clarines?

TATA.—¡A ese hombre, nunca!

MAR.—¿Pero tan grave fué?...

TATA.—¡Tan grave, dices!... (Con pasión.) Los cabellos de la señora eran negros como el ébano mismo, y en un año se tornaron blancos como ahora los ves. ¡Don Guillermo Aguilar! ¡En mal hora vino a Guadalema. ¡Maldita sea su casta!

MAR.—Su casta, no, Tata.

TATA.—¡Bueno; su estampa! ¡Igual me da! (Enardeciéndose y exaltándose por momentos.) ¡Condenado hombre!... ¡Ladrón de corazones! ¡Pillo! ¡que mató en mi señora la alegría de siempre! ¡Para esas muertes no hay horcas ni justicia, pero debiera haberlas!

MAR.—¡No grite usted; no se entere la tía!

TATA.—Tentada estoy de ir a despertarla y contárselo todo. ¡El don Guillermo! ¡el don Guillermo! ¡Menos dones y más buenas acciones! En Guadalema se presentó, y fué el rey. Venía de Madrid. Entonces decir aquí de Madrid era poco menos que decir de los Chirlos Mirlos. Tenía buena presencia y mucho señorío postizo en los movimientos y en las palabras. De calle se llevaba a la gente. ¡Ladrón! La nena, tu tía, porque nena era en aquel tiempo, se prendó de él... ¡Y de qué manera se prendó! No veía con más luz que la de los ojos azules de aquel hombre. Le entregó su corazón y su alma de paloma; le entregó su vida. En este jardín se hablaban por las noches, sin otros testigos que yo... y Clavel, un perro que él traía. ¡Bien me acuerdo... y se me cuajan los ojos de lágrimas! Si aquello hubiera acabado como empezó... ¡qué gloria del mundo!... No sería así doña Clarines.

MAR.—¿Dice usted que se veían en el jardín?

TATA.—En el jardín. ¡Qué discurrir el suyo por entre los árboles, cogidos de la mano! ¡Qué esquivar unas veces, por juego, los sitios donde la luna daba, y qué buscar la luna otras veces, por juego también! ¡Qué taparse las bocas de pronto, para atajar la risa, no los descubriera! ¡Qué despedidas allá en la verja, de cada vez más largas, sin encontrar nunca la última palabra que habían de decirse! ¡Aaaaa! Cuántas veces tuve yo que llegarme a ellos y advertirles: «Que empieza a clarear.»

MAR.—Me ha hecho usted llorar, Tata.

TATA.—El caso no es para reír, ciertamente. Pues escucha: una noche de aquellas duró la despedida más tiempo. Cantaban las alondras cuando él se fué. «Hasta mañana» —le dijo—. Yo lo oí. Y no volvió más.

MAR.—¡Jesús!

TATA.—¡Esa fué su hazaña!

MAR.—¡Qué espanto!

TATA.—A la noche siguiente, cuando le esperábamos como todas, vimos llegar a la verja al pobre Clavel. Venía solo. No quiso seguir a su amo. ¡Qué lección! ¿Te parece? Aquí se quedó desde entonces. Cuando murió, lo enterré yo en el mismo jardín, allá junto a la tapia. (Silencio.) De lo que la nena sufrió nada he de decirte. No podría. Tú, que tanto quieres, y que la ves a ella, imagínalo. A la muerte estuvo. Y el mismo cambio que se hizo en sus cabellos, se hizo en su corazón. Es otra; otra.

MAR.—¡Dios mío! No sé qué pensar... Me estremece cuanto usted me ha dicho... ¡Pobre señora! Pero yo estoy segura, Tata...

TATA.—¡Segura estaba ella!

MAR.—No, Tata, no; éste no es como aquél; éste es el mío. Y éste no miente; éste no engaña... ¡pero esta noche más que nunca necesito oírlo! ¿Vendrá usted conmigo al jardín?

TATA.—No, nena; no bajes al jardín...

MAR.—¿Por qué no, Tata? Usted, que fué buena entonces, séalo ahora. ¡Esta noche necesito oírlo! (En este momento sale doña Clarines de sus habitaciones. La impresión que su presencia les hace a Tata y a Marcela es grande.)

D.^a CLA.—Aquí las dos.

MAR.—¡Ah!

TATA.—¡Señora!

D.^a CLA.—Y las dos con llanto en los ojos. No me engañaron mis pensamientos.

TATA.—(Desconcertada.) Creíamos que la señora estaba recogida ya...

D.^a CLA.—Lo sé: pero desde mi cuarto ví que esta luz permanecía encendida y pensé sin equivocarme. (Habla con firmeza mirando fijamente a las dos y como si en la

ción de ellas hallara evidenciado lo que imagina.) Allí están mi sobrina y Tata y
han del novio de Marcela; y Marcela le propone a Tata algo a que Tata se re-
que; porque al decir Marcela el nombre de su novio, tembló... (A Marcela que in-
hablar.) Y esto es por algo, que sabré sin que tú me lo cuentes. Pero, en fin,
noche ha terminado toda conspiración. Podéis recogeros. (Impidiendo toda res-
sta.) Sin decir palabra. Buenas noches.

MAR.—Hasta mañana, tía.

TATA.—Hasta mañana, si Dios quiere. (Marcela se va por la puerta de la izquierda,
ata por la del foro, mirándola sobrecogidas.)

D.^a CLA.—(Reflexivamente.) ¿Por qué tembló al decir el nombre?... (Queda pensa-
.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es por la mañana.

Clarines con velo a la cabeza, dispuesta para salir a la calle, está sentada. Don Basilio
pasea.

D. BA.—¿Vas a salir?

D.^a CLA.—¿No lo ves?

D. BA.—(Observando si están enteramente solos.) Pues... antes...

D.^a CLA.—Ah, si (Saca de su portamonedas un duro y se lo da a su hermano.) Toma.

D. BA.—(Afectando un sentimiento de dignidad herida.) No puedo. ¡No puedo acos-
brarme!

D.^a CLA.—¿Cómo?

D. BA.—¡No puedo acostumbrarme! ¡Un Olivenza, un descendiente del señor
Torre de Olivenza, viviendo asalariado por su hermana! ¡No puedo acostum-
arme! Me quemara la mano esta moneda.

D.^a CLA.—Pues suéltala.

D. BA.—(Susprando después de mirar a doña Clarines y de guardarse el duro.) ¡Ay,
ay!

D.^a CLA.—Si el descendiente de los Olivenzas no hubiese despilfarrado la ha-
da que le legaron sus mayores, emborrachándose cuanto ha podido con todo
é de gentuza, otro gallo le cantaría.

D. BA.—¡Un duro diario! ¡Ni siquiera el paquete de los treinta duros al mes!
duro diario! No hay manera de especular; compréndelo, Clarines.

D.^a CLA.—Empecé dándote los treinta reunidos el día primero de cada mes, y
a cinco ya no tenías un céntimo. Tuya es la culpa de haber venido a parar a
situación que encuentras bochornosa. (Sale Luján por la puerta de la izquierda.
sombbrero.)

D. BA.—(Dirigiéndose a él.) ¡Ay, Isidoro; compadece a tu pobre amigo!

D.^a CLA.—¿Pues?

D.^a CLA.—Cualquier cosa dirá ese badulaque. (Se va don Basilio por la puerta foro, hacia la derecha, como hombre que no puede con sus desventuras; y no sin amenazar a doña Clarines con un ademán que ella no ve.)

Luj.—Será mejor compadecerla a usted; ¿no, doña Clarines?

D.^a CLA.—¿Y a mí por qué ha de tenerme usted compasión?

Luj.—Creí... Extraño verla en plan de salir a la calle. No se la concibe a usted sinó entre estas paredes.

D.^a CLA.—Si lo dice usted porque quiere que yo le diga dónde voy a ir, no importa que usted lo sepa.

Luj.—Je...

D.^a CLA.—Todos los meses del año, tal día como hoy, acostumbro ir con Tata a las casas de algunos pobres a darles la limosna que puedo. Es gente que la cesita y que no la pide. Tiene el pudor de su desgracia. Por eso voy yo a visitarlos.

Luj.—Ya.

D.^a CLA.—Aguardo a Tata, que por lo visto se está emperejilando como si fuera ramos a un baile. A la vejez, viruelas. ¿Y usted, va a ver a don Rodrigo?

Luj.—Todavía es temprano. ¿Le molesta a usted mi compañía?

D.^a CLA.—Ahora, no.

Luj.—Pues aprovechemos el momento.

D.^a CLA.—Siéntese usted.

Luj.—Muchas gracias. (Lo hace.) He de marchar de Guadalema mañana o pasado, y antes de marchar yo quisiera... Como sus costumbres de usted son tan singulares... ¿Usted me autoriza para que les haga un regalo a sus criados, que están sirviendo a maravilla?

D.^a CLA.—¡Pues no faltaba más! ¡Ya lo creo!

Luj.—¿Me autoriza usted?

D.^a CLA.—Sí, señor.

Luj.—Ahí tiene usted lo que son las cosas: he tomado tantas precauciones meroso de que fuera usted a ponerme como los trapos.

D.^a CLA.—No había por qué. Cuando le pongo de hoja de peréjil es si usted sin darles nada.

Luj.—¿Sí, verdad?

D.^a CLA.—Y ellos conmigo, naturalmente.

Luj.—Je...

D.^a CLA.—Y vamos a ver, señor Luján; ahora que estamos solos, ¿qué tal le va usted el encargo que le confié mi hermano Basilio al llegar a esta casa?

Luj.—¿A mí?

D.^a CLA.—A usted.

Luj.—¿A mí, señora?

D.^a CLA.—A usted, señor. Y si no hemos de reñir de buenas a primera finja. Mi hermano Basilio le encargó a usted que me observara, porque creo que yo estoy para que me encierren. O dice que lo cree.

Luj.—Es cierto. Ya ve usted que no finjo. Pero, señora mía, conociendo a Basilio, jamás pude tomar al pie de la letra semejante disparatón.

D.^a CLA.—Disparatón, no. Es moneda corriente en Guadalema. Y manía vieja en mi hermano, que hasta me ha escrito algunos anónimos a cuenta de mí. Así es que me ref de verdad el día que me habló de hospedarlo a usted en esta casa.

Luj.—Ahora comprendo el recibimiento que usted me hizo.

D.^a CLA.—Hubiera sido igual de todas maneras. Los huéspedes me enojan si los trae el borrachín de Basilio, mucho más. Todos salen hablando mal de mí, pero no tiene gracia que yo encima les dé una cama limpia y bien de comer.

LUI.—(Turbado.) Verdaderamente... eso no tiene gracia.

D.^a CLA.—Lo que sí le debo advertir es que, a poco de hablar con usted, comprendí que su amistad con mi hermano era cosa de azar y no de analogía de caracteres. Lo considero a usted persona bastante más seria que Basilio.

LUI.—Señora...

D.^a CLA.—Ya sé que hay quien tiene la seriedad del burro; pero, sin duda, no halla usted en ese caso.

LUI.—¡A mí me parece que no!

D.^a CLA.—Noto, en cambio de ello, en su carácter, una cualidad que me subleque yo no puedo resistir.

LUI.—¿Sabe usted que me está usted poniendo bueno?

D.^a CLA.—Y ya que va usted a marcharse pronto, no se me ha de quedar entre el pecho y espalda.

LUI.—¿Qué cualidad es esa, señora?

D.^a CLA.—Esa frialdad constante, esa indiferencia, esa burla solapada, esa renuencia de la voluntad a entrar en lo grave de las cosas. Yo no he visto nada más apático.

LUI.—¡Ay, mi señora doña Clarines! Yo tampoco quiero que eso se quede sin respuesta. Usted tiene temple de acero, y no por ello debe exígnoslo a los demás. Yo un tiempo lo tuve: y fui apasionado, y vehemente, y generoso, y terco, y orgulloso, y noble, y espontáneo, y entré en lo grave de las cosas, como usted dice, sólo donde latía la verdad, respiraba a gusto; y me embarqué, como el poeta, dando cantar el amor, y la libertad, y la gloria... y me pasó que aún tengo, también como el poeta,

la ropa en la playa tendida a secar.

eso, mientras se seca y la recojo, que va para largo, en el pueblo en que vivo lo más escondido de mi huerto, he plantado ese árbol que sólo plantan en la playa a los hombres tan sabios como yo. Quién dice que es árbol de egoístas, quién de escépticos, quién de filósofos, quién de qué sé yo qué. Nada me importa el árbol: el árbol crece que es una bendición de Dios; con mi trabajo lo riego yo por día. A mí ya me da sombra; a mi mujer flores para mi mesa... y para los niños en que ella cree. El fruto lo cogerán mis hijos. Puede usted y puede el mundo juzgarme como les dé la gana.

D.^a CLA.—Yo mal, por de contado. (Se levanta y va hacia la puerta del foro.)

LUI.—Es que usted no pasa por movimiento mal hecho y yo sí. No soy ni quierer el brazo de Astea. Allá cada cual con la joroba que Dios le puso en las espaldas. (Sale Marcela por la puerta del foro y se encamina hacia la de la izquierda, por donde se va después del breve diálogo que sigue.)

D.^a CLA.—¿De dónde vienes tú?

MAR.—Del jardín, tía. ¿Quiere usted algo?

D.^a CLA.—(Mirándola atentamente.) Ahora, nada. Luego contestaremos a una carta que he recibido de doña Sebastiana, tu gran protectora.

MAR.—Pues hasta luego. (Se va.)

D.^a CLA.—(A Luján.) ¿Por qué vino el hablar de estas cosas?

LUI.—Porque usted empezó a establecer la diferencia entre su hermano y yo.

D.^a CLA.—Ah, sí.

LUI.—Basilio no habrá sembrado nada, ¿verdad?

D.^a CLA.—¿Qué ha de sembrar eso? Ha despilfarrado lo que sembraron para él.

LUI.—Pues ¿y su herencia? ¿Y sus propiedades?

D.^a CLA.—Todo está en mi mano. El lo ha ido vendiendo para sus francachelas y sus vicios... y el dinero que recibía lo daba yo sin que él lo supiera.

Luj.—¡Ah, caramba! ¿Pero ya lo sabe?

D.^a CLA.—Ya, sí.

Luj.—¡Por eso dice entonces, con gran frescura, que le ha triplicado a usted capital!

D.^a CLA.—No quería yo que fincas que fueron el recreo de mis padres cayere en poder de gentes extrañas mientras yo estuviera de pie. Algo hubo, sin embargo, que no pude evitar, y que me costó una gran amargura. Tenía mi padre un ballejo, inútil ya por sus muchos años, pero muy querido y estimado por él, vegetaba allá en el Molino. Pues bien: mi hermano Basilio, que tiene la mala conciencia de los majaderos, se lo malvendió a unos gitanos. Y el pobre an fué a morir en la plaza de toros de Guadalema. Cuando yo me enteré de esta guenza y de este dolor, llamé a Basilio y le pregunté por el caballo que fué nuestro padre. Vaciló un segundo en responderme, y le pegué una bofetada le eché tres muelas fuera de la boca. ¿Hice bien?

Luj.—Sin género de duda.

D.^a CLA.— ¡Pues ya ve usted por dónde me da a mí la vena de local!

Luj.—Ya; ya lo veo. (Llega Tata por la puerta del foro hecha un brazo de mar. V agitatísima.)

D.^a CLA.—¡Alabado sea Dios, mujer! ¿Vamos a los Juegos Florales?

TATA.—No, señora; no vamos a los Juegos Florales. Me esperaba el regalo. Pero si me voy sin más ni más y no dejo arregladas las cosas, luego faltan, incomoda usted conmigo. Que tires para arriba que tires para abajo, Tata ha pagar siempre. ¡Más harta estoy! Mire usted, señor don Isidoro...

D.^a CLA.—No díertes, y vámonos a la calle.

TATA.—Sí, sí, no díertes. Como que pensará usted que me he llevado las ras muertas delante del espejo poniéndome lazos y perifollos. (A Luján.) Lo que pasa aquí, señor mío, es que con este entrar y salir de criados—que no hay que dure quince días—, ha de servir Tata por todos ellos mientras no aprenda los gustos de acá. Y ahora tengo dos que van a condenarme. La una, la D. que es para un repente si Dios fuere servido. ¡Qué miedo tiene siempre la mata! (Remedándola.) «Diga usted: ¿limpio los grifos de la fuente? Diga usted: ¿limpia la bola de la escalera? Diga usted...» ¡Jesús! ¡Que no te vamos a matar, hija alma! ¡Yo no sé qué va a sucederle a esa chica si no pierde el miedo! ¡Ave María!

D.^a CLA.—Cállate, Tata; vamos ya.

TATA.—No puedo, señora. Déjeme usted este desahogo. Pues ¿y el andante, que no sabe más que tomar posturas? (Remedando también a Escopeta.) «Oiga usted, paisana. Paisana, escuche usted. Paisana, la yave der despacho. Paisana, se va a ganar un soplamocos con tanto paisana. Porque me lo dice por boca; ¡Pues más gracia tenemos las de aquí, y no la cacareamos tanto!... De manera que no es lo malo, ¿usted me comprende?, lo que tengo que hacer, sino lo que tengo que enseñar. Tata, aquí; Tata, allá; Tata, acullá; ¡y a todo ha de estar Tata!

D.^a CLA.—Pues ahora a lo que estás es a seguirme a mí. Ya has charlado bastante. Hasta luego, señor Luján.

Luj.—Hasta luego, señora.

TATA.—«¡Paisana!... ¡Paisana!...» ¡Ya le daré yo a ese paisanaje! (Doña Luján se va por la puerta del foro, hacia la izquierda, y Tata la sigue. Luján se queda hablando con Escopeta. Don Basilio sale por donde se marchó y lo sorprende.)

Luj.—En mi vida he visto una casa más extraordinaria. ¡Lo que se va a hacer con esa mujer cuando yo le cuente!...

D. BA.—¿Te estás haciendo cruces?

Luj.—Sí, por cierto.

D. PA.—¿Es que has hablado con mi hermana?

Luj.—Un poco.

D. BA.—Yo escurri el bulto, ya lo viste. Y qué, ¿crees que es cosa perdida?

Luj.—(Siguiéndole el humor.) ¡Ah, sí; cosa perdida!

D. BA.—¿Ves tú? ¿Ves tú? Y me dicen a mí... (Entusiasmándose.) Lo que yo deo... Porque yo... Porque tú... Porque yo podría darte detalles infinitos de las vagancias de Clarines para ayudar tu labor científica... ¡Pero soy tan frágil memoria! Se me olvida todo; se me va la cabeza...

Luj.—Pues déjala ir.

D. BA.—¿Como? Oye, y si yo... A ver qué opinas de esto.

Luj.—Tú dirás.

D. BA.—Si yo, que estoy observando a mi hermana constantemente, apuntara a aquello que a ti te pudiera servir ¿eh? todas sus rarezas... ¿eh? todas sus... ¿Qué opinas?

Luj.—Que has tenido una inspiración. (Disponiéndose a irse.) No dejes de ha-

D. BA.—¡Quita allá! Si para mí es la cosa más fácil... Verás tú. (Mostrándole un cuadernito que saca del bolsillo.) En este cuaderno, donde no escribo más que co-

Luj.—¿Coplas?

D. BA.—Coplas, coplas.

Luj.—¿Tuyas?

D. BA.—Mías, sí.

Luj.—(Sorprendidísimo.) Ah, pero ¿tú haces coplas?

D. BA.—¿Ahora te desayunas?

Luj.—(Cogiéndole el cuaderno.) A ver...

D. BA.—Chico, para desalogar mi corazón. Como Espronceda cantó a Te-

Luj.—(Lee.)

«Muchacha que estás cantando...»

D. BA.—Ah, esa la hice ayer tarde. Trae acá. (Recoge el cuaderno y le lee la copla amigo, explicándosela verso por verso.)

«Muchacha que estás cantando...»

«Era verdad, había una muchacha cantando...»

«En la ventana de enfrente...»

«Que es donde estaba ella. Me asomé a mi balcón, la ví, y se me ocurrió eso.»

«No te asomes demasiado...»

«Porque hizo un movimiento hacia fuera, ¿sabes?...»

«Que te hará daño el relente...»

«Aquí al relente le doy una intención picaresca, porque estaba el novio en la...

Luj.—Ya lo he comprendido.

D. BA.—¿Te gusta?

Luj.—El cantar y las acotaciones.

D. BA.—Je... Bueno; pues digo yo que en este mismo cuadernito, para que no toque a ella, como quien escribe una copla, puedo yo anotar, a fin de auxiliar todas las chifladuras de Clarines.

Luj.—Y así no estarán solas.

D. BA.—¿Qué?

Luj.—Que estarán con las coplas tuyas. Y te dejo, que me esperan allá. Hasta más. (Vase por la puerta del foro, hacia la izquierda.)

D. BA.—Anda con Dios. Le ha caído bien la idea. Le ha caído bien. Le ha caído bien. (Frotándose las manos.) ¡Ah, doña Clarines, doña Clarines!... ¿Qué iba yo a

hacer ahora? (Mirando a lo lejos del jardín, por los cristales de la galería.) ¡Oh! ¡El héroe! ¡Ya está ahí el héroe! Apenas las ha visto alejarse... ¡Es listo el hijo de don Guilmo! (Haciéndole señas.) Voy; voy allá. ¡Ah, doña Clarines, doña Clarines!... Casa dos puertas, mala de guardar. (Vase por la puerta del foro, hacia la derecha. Queda la cena sola un momento. Oyese ladrar a Leal y sale Daría por la puerta de la izquierda, a tadísima.)

DAR.—¿Quién será ahora? Temblando estaba yo a que llegara alguien. ¡Mi dicho Tata que no abra la puerta! ¡Jesús! ¡Ojalá sea un pobre, que con decirle «done usted por Dios», se sale del paso! (Asomándose a la mirilla.) ¿Quién es? ¿Quié es? ¡No veo a nadie! ¿Quién es? ¡Nadie! ¡No es nadie! (Cierra la mirilla.) ¿Pues el ladró el perro? (Va a irse.) ¡Lo que me alegro yo de que no sea nadie! (Vuelve a drar Leal.) ¿Otra vez? ¡Dios mío! (Asomándose a la mirilla de nuevo.) ¿Quién es? ¿Q es? ¡Nadie! (Aparece don Basilio por donde se fué, con cierto recelo.)

D. BA.—¿Qué haces aquí, Daría?

DAR.—¡Señorito! ¡Estoy pasando un susto!...

D. BA.—¿Por qué?

DAR.—¡Porque ha ladrado el perro dos veces... y yo no veo a nadie en el tal!

D. BA.—Sí; le ocurre mucho. A lo mejor sueña que entra alguien... Vete dentro.

DAR.—Sí, señorito.

D. BA.—Oye. A la señorita Marcela, que estará en su cuarto, dile que v acá, que la llamo yo.

DAR.—Bueno, señorito. (Vase por la puerta de la izquierda. Don Basilio se acer la del foro y hace pasar a Miguel, que esperaba oculto. Miguel es un muchacho de no expresiva fisonomía. Su hablar es resuelto y vehemente. Viste con sencillez.)

D. BA.—Pase usted, Miguel.

MIG.—Muchas gracias.

D. BA.—Era la chica, que andaba por aquí. Había ladrado el perro y vino quien era. Este perro, apenas olfatea gente extraña...

MIG.—Ya lo sé, ya. ¿Y Marcela?

D. BA.—Al momento sale.

MIG.—¡Lo que yo le agradezco a usted, señor don Basilio, que nos facilit ta entrevistal

D. BA.—Agradézcaselo usted a la casualidad de que mi hermana y Tata yan salido hoy. Si no, hubiera sido cosa imposible.

MIG.—Sí; pero a no contar con usted...

D. BA.—Es que ya le dije a usted anoche que en mí tienen usted y Mar un aliado. Yo siempre estoy al lado de los débiles. Mire usted, amigo Migue cuestión tiene dos aspectos.

MIG.—¿Dos aspectos?

D. BA.—Uno moral y otro económico. En el moral ni entro ni salgo. Si us se quieren, harán, como en los cuentos de chicos, nieblas de las montañas. en el aspecto económico creo que tengo el deber de intervenir.

MIG.—No comprendo.

D. BA.—Mi hermana está loca. *Vox populi, vox Dei*. La fortuna de esa n encuentra en sus manos. ¿Usted está tranquilo? ¿Está usted tranquilo? ¡P yo... no estoy tranquilo! Yo, no estoy tranquilo. Yo, no estoy tranquilo. ¿E engañarlo a usted? Mientras más amigos, más claros. Yo, no estoy tranquilo ted está tranquilo?

MIG.—Francamente... me empieza usted a intranquilizar.

D. BA.—Ahí se le fué la burra a su futuro suegro de usted, que en paz d

Se le fué? No lo discutamos. ¡Se le fué! Lo de Clarines no es de ahora. ¡Qué papel! Clarines tiene los cascos a la jineta hace mucho tiempo. ¿No estaba yo tan hermano suyo como ella?

MIG.—¡Clarín!

DO. BA.—Sobre que, a mayor abundamiento, yo, querido Miguel, tengo grandes ganancias financieras. Siempre he especulado con éxito brillante. A la propia Clarines le he triplicado el capital.

MIG.—¿Ah, sí?

DO. BA.—Sí, señor. Hoy cuenta ella con un sin fin de propiedades que no tendrían de ser por mí.

MIG.—¿Héla?

DO. BA.—Como usted lo oye. Aquí está ya Marcela. Pónganse ustedes de acuerdo en seguidita. No me gasten la pólvora en salvas. Y en la terracilla por la que hemos pasado lo espero a usted filosóficamente.

MIG.—¿Cómo expresarle mi gratitud, señor don Basilio?

DO. BA.—¡De ninguna manera! Es un deber mío, ¡que carapel! (Vase por la puerta de la derecha. Sale Marcela por la puerta de la izquierda. Al ver a Miguel corre ansiosa de estrecharle las manos.)

MIG.—¡Miguel!

MIG.—¡Marcela!

MIG.—¡Ya era hora!

MIG.—¿Qué tienes?

MIG.—¡El contento de verte aquí! ¿Y el tío?

MIG.—Ahí fuera, esperándome.

MIG.—¡Qué bueno! ¿Verdad?

MIG.—Tan bueno, que por él estoy a tu lado.

MIG.—Hemos de hablar mucho en poco tiempo.

MIG.—Sí.

MIG.—¡Dos días sin verte ni escribirtel!

MIG.—Hasta el amanecer te esperé anteanoche en la verja.

MIG.—No pude bajar. Me sorprendió mi tía. ¡Si vieras! ¡Qué disgusto! Tata contaba unas historias... ¿Me quieres tú mucho, Miguel?

MIG.—¿Y me lo preguntas, Marcela?

MIG.—Verdad. No me hagas caso.

MIG.—¿Sabe ya la tía?...

MIG.—No.

MIG.—¿Por qué no se lo has dicho?

MIG.—¡Ay, Miguel! No me atrevo.

MIG.—¿Por qué no?

MIG.—Porque estoy llena de temores.

MIG.—Pues hay que rechazarlos, niña. ¿Qué ley humana nos obliga a recoger el sembrado por otros?

MIG.—Ninguna, pero ya estás viendo que es así.

MIG.—No lo será más tiempo. Resuelto estoy.

MIG.—¿A qué Miguel?

MIG.—A presentarme a esta señora; a decirle mi nombre si tú no se lo dices; a hacerla de que serás mía.

MIG.—¿Con quién vendrás?

MIG.—Yo solo.

MIG.—¿Tú solo?

MIG.—¿Qué remedio, si nadie se aventura a acompañarme? ¿si las insolencias de Clarines ponen una valla entre la sociedad y yo?

MAR.—¡Ay Dios mío!

MIG.—Vendré yo solo: mi mejor compañía es este cariño que me une a tí.

MAR.—Que es muy grande, ¿verdad?

MIG.—Si el corazón de esa señora se estremece de odio al oír mi nombre sé que el tuyo se estremece de amor.

MAR.—Sí.

MIG.—Vendré, vendré. No estoy dispuesto a consentir este secuestro tu esta tortura de los dos, este acechar las ocasiones para hablarnos traicionamente. ¿Qué hicimos tú y yo que mereciera este castigo?

MAR.—¡Esa es mi pregunta! ¡De día y de noche es esa mi constante pregunta!

MIG.—Pues la respuesta de ella no está más que en tu corazón y en el de Guadalema entera dice que doña Clarines es rencorosa, es loca. ¿Y qué? ¿Tú quieres? Guadalema entera cree que yo saldré de esta casa escarnecido y agonzado. ¿Y qué? ¿Tú me quieres? Guadalema entera afirma que al eco sólo de nombre temblarán las paredes viejas de este caserón solitario. ¿Y qué? ¿Tú quieres? Pues si tú me quieres, todo lo demás es cosa sin fuerza ni sentido.

MAR.—Sí, Miguel, sí. Ahí está la única verdad: en que tú me quieres, en que te quiero yo. Necesitaba oírte decir así, ahora más que nunca.

MIG.—También lo sé; también lo he leído en tus ojos. Tu corazón no resaca tranquilo en el aire que llena esta casa, que no es aire de primavera. Las historias de Tata la vieja te han hecho temblar...

MAR.—¡Miguel!

MIG.—Pues aquellas historias pasaron, y yo no he de juzgarlas al lado tu. Pero sí quiero que sepas que el amor no tiene en el mundo dos historias iguales para que puedas confiar en que esta nuestra no ha de parecerse a la que a tí te dao miedo. ¿Me crees?

MAR.—Te creo, sí.

MIG.—Pues si me crees, no llores.

MAR.—Lloro porque te creo.

MIG.—Yo haré pronto porque me creas y rías a la vez. Adiós.

MAR.—¿Te vas ya?

MIG.—Sí; no quiero comprometer en modo alguno a este señor tan bondadoso. Pero cuando vuelva doña Clarines volveré yo.

MAR.—¿Sí?

MIG.—Sí. Hoy acaba este suplicio intolerable; no lo dudes.

MAR.—Por Dios, Miguel...

MIG.—Por Dios, Marcela... ¿Es que quieres que siga?

MAR.—No.

MIG.—Pues ffa en mí.

MAR.—Yo no sé qué decirte. Me abandono a tu voluntad. Haz tú lo que quieras.

MIG.—Yo no quiero más que lo que ha de devolver a tu corazón la calma perdida, y a tu voz la alegría que siempre tuvo para mis oídos. Adiós.

MAR.—Adiós. ¿Hasta luego?

MIG.—Hasta luego. (Vase por la puerta del foro hacia la derecha.)

MAR.—¡Cómo me quiere! Voy a verlo salir. (Asómase a los cristales de la galería mira con interés al jardín. Pausa. Ladra Leal. Poco después sale Daría por la puerta izquierda.)

MAR.—Otra vez el perro. ¿Estará también soñando ahora? (Abre la mirilla, mira a Marcela despidiendo a Miguel con la mano.) ¿Quién es? No, ahora no está soñando la señora.

MAR.—(Sobresaltada.) ¿La señora?

MAR.—(Asustada con el susto de Marcela.) La señora, sí. ¿Qué pasa?

MAR.—Nada, mujer.

MAR.—¡Ah! Creí...

MAR.—Abrela. Sin duda la ha sucedido algo.

MAR.—¿Sí, eh? (Tira del cordel para abrir y se va por la puerta de la izquierda, diciendo: Pues no seré yo quien se lo pregunte!

MAR.—(Intrigada.) Es imposible. Ha vuelto muy pronto. No ha podido dar toda la cosa. (Llega rápidamente don Basilio por la puerta del foro y se dirige con gran misterio a su sobrina.)

D. BA.—¡Por un pelo!

MAR.—¿Cómo?

D. BA.—¡Por un pelo! Entrando ellas por la puerta grande, saliendo por la otra. ¡Por un pelo!

MAR.—Pero, ¿es verdad tío que ha vuelto más pronto que nunca?

D. BA.—¡Dónde va a parar! ¡A saber si esto ha sido una trampa de ella! ¡Es larga!...

MAR.—¡Silencio, que viene!

D. BA.—¡Ah! (Pasea silbando.)

MAR.—Ha amanecido muy buen día, ¿verdad, tío Basilio?

D. BA.—Muy buen día.

MAR.—No podemos quejarnos del tiempo.

D. BA.—Ciertamente, no podemos quejarnos del tiempo. (Sale doña Clarines por la puerta del foro. La sigue Tata.)

D.^a CLA.—Pues va a llover.

MAR.—¿Cree usted que va a llover? ¿Vuelve usted por eso?

D. BA.—¿Te duele el tobillo?

D.^a CLA.—No; pero cuando se está murmurando de una persona y se habla del tiempo porque ella llega, casi siempre llueve.

D. BA.—¡Y truenal! ¡Qué carape! ¡La manía de que a todas horas hemos de murmurar de tí!

D.^a CLA.—Como los dos tenéis el deber de hablar bien, por eso estoy segura que habláis mal. (Obedeciendo a un presentimiento.) ¿Quién estaba aquí? (Sensación. Sa.)

D. BA.—Nadie.

D.^a CLA.—¿Nadie?

MAR.—El tío y yo.

D. BA.—Y quitándote el pellejo, según has advertido. (Entre dientes.)

«Cosas tenedes el Cid
que farán hablar las piedras.»

(Doña Clarines, que viene de mal temple, se quita el velo y se lo da a Tata, en unión del tamonedas.)

D.^a CLA.—Tata.

TATA.—Señora.

D.^a CLA.—Lleva esto a mi tocador.

TATA.—Sí, señora. (Entra por la puerta de la derecha.)

D.^a CLA.—Marcela.

MAR.—Tía.

D.^a CLA.—Toma pluma y papel, que voy a contestarle a la señora de ahí enfrente.

MAR.—¿Ahora?

D.^a CLA.—Ahora, sí. En la única casa a que he ido me han puesto del hueco necesario. (Don Basilio saca el cuaderno de sus cantares y afila la punta de un lapicero)

MAR.—Pues usted dirá. (Siéntase ante una mesita escritorio, y va escribiendo lo que la señora le dicta. A cada instante hace gestos de protesta y disgusto.)

D.^a CLA.—(Dictando.) «Señora doña Sebastiana Reguero, Muy señora mía: le pido esta carta llamándole a usted señora dos veces, porque de alguna manera he de empezarla; no porque crea que usted lo es, ni lo ha sido en su vida.» (Don Basilio, apenas oye la primera andanada de la carta, silba inconscientemente, y se va alejando por la puerta de la izquierda, dispuesto a anotarla en el cuadernito. En seguida vuelve.)

MAR.—¡Tía Clarines!

D.^a CLA.—Pon lo que yo te mande, y no te asustes por tan poco.

MAR.—Tenga usted en cuenta...

D.^a CLA.—¡Chist! «Quiere usted saber, y me lo pregunta en una carta ridícula llena de impertinencias y de haches, por qué mi sobrina no va desde hace dos días a su casa, como antes iba. Voy a satisfacer su curiosidad en el acto, y con me lo ortografía, desde luego.» Tú verás, niña, cómo escribes.

MAR.—(Suspirando.) ¡Ay!

D.^a CLA.—«Mi sobrina no ha vuelto a su casa, porque nada bueno puede aprender ahí.» (Don Basilio sacude los dedos y va a irse otra vez, pero se detiene.) «Ha protegido usted, a espaldas mías, los amores de ella con su novio; lo cual, en castellano, tiene un nombre sonoro y rotundo. En medio de él puede usted encontrar perfectamente una de esas haches que con tanta liberalidad prodiga.» (Vuelve Don Basilio: esta vez por la puerta del foro.) ¿Pero qué entrar y salir trae ese ratero?

MAR.—No sé, tía, no sé.

D.^a CLA.—«Aquí daría yo fin a la presente, si hoy no hubiera sabido por casualidad quién es el novio de mi sobrina.»

MAR.—(Estremeciéndose y dejando de escribir.) ¿Eh?

D.^a CLA.—(Dictándole con gran energía.) «... si hoy no hubiera sabido por casualidad quién es el novio de mi sobrina.»

MAR.—Pero ¿usted ha sabido?...

D.^a CLA.—Escribe tú.

MAR.—(Repitiendo la frase mientras escribe.) «... quién es el novio de mi sobrina.» (Don Basilio, que se ha puesto muy serio al oír esta revelación, se guarda el cuaderno y se sienta en un rinconcito a reflexionar.)

D.^a CLA.—«Pero como he sabido esto, debo añadirle a usted que sus manejos en este caso no revelan solamente liviandad hipócrita, sino maldad muy grande.» (Durante las frases anteriores pasa Tata, prestando oído a doña Clarines, y deteniéndose por el deber natural, desde la puerta de la derecha a la del foro.) Tata.

TATA.—Señora.

D.^a CLA.—¿Quieres preguntarme si estorbabas para contestarte que sí?

TATA.—Señora, no he hecho más que atravesar de un lado a otro. No sé dónde había de irme.

D.^a CLA.—Chitón, y dile a Escopeta que venga.

TATA.—Si está en casa; porque es muy volandero. (Se va refunfuñando.)

MAR.—¿Algo más, tía?

D.^a CLA.—Nada más. Déjame firmar. (Se sienta a ello.) Así: mi nombre y mis apellidos. Yo no escribo anónimos, como algunos traidorzuelos de chicha y naipes. (Marcela mira a don Basilio y éste no sabe dónde meterse. Doña Clarines guarda el pliego en un sobre y escribe en él la dirección.) ¿Qué te ocurre, Basilio?

D. BA.—¿A mí? ¡Nada! ¿Qué me ha de ocurrir? ¡Nada!

D.^a CLA.—(Levantándose.) Lista. Ahora, sobrina, mira tú si tienes alguna otra que ocultarme.

MAR.—Yo, tía... (Llega Escopeta por la puerta del foro.)

Esc.—Señora.

D.^a CLA.—Escopeta, lleve usted esta carta ahí enfrente.

Esc.—(Leyendo el sobre.) Señora doña Sebastiana Reguero. Ya sé. ¿Na más quearla?

D.^a CLA.—Nada más.

Esc.—¿Espero la respuesta?

D.^a CLA.—No.

Esc.—¿Ni tengo que desí ninguna cosita?

D.^a CLA.—Ninguna.

Esc.—¡Vaya por Dios! Me iba yo áfisionando... ¿Y poné yo argo de mi coña?

D.^a CLA.—¿Cómo de su cosecha? ¡Dios lo libre a usted! Aquí no se dice ni más menos que lo que yo mando decir. ¡Medrados estaríamos! (Entrase en sus habitaciones.)

Esc.—¡Me tocó la china esta vez! No hay más que aguantarse. (A Tata, que sale la puerta de la izquierda y cruza hacia la de la derecha, llena de curiosidad.) ¡Paisana! entre usted, paisana! ¡Miste que hay rayos en la armófera, paisana!

TATA.—(Volviéndose a él.) ¡Oiga usted... *militar*: para ser yo paisana de usted, dria que haber nacido en una lata de sardinas! ¡Chúpate esa y vuelve por otra! (Se.)

Esc.—¡Es graciosa esta vieja! (Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda, cantando.)

¿Quién me ha de entender a mí?

MAR.—(Cuando se queda sola con don Basilio.) Tío.

D. BA.—¿Qué quieres?

MAR.—Miguel va a venir.

D. BA.—Me lo ha dicho.

MAR.—Pues esté usted abajo, y cuando llegue entérela usted de todo esto.

D. BA.—Eso... y oro molido que me pidas, ¡qué carape! Yo te quiero más que a ella, aunque me llames el tío Carape. ¡Qué carape!

MAR.—Ande usted, ande usted.

D. BA.—Descuida en mí, tontuela. (Don Basilio echa a correr por la puerta del foro hacia la derecha, y Marcela va a entrar en las habitaciones de doña Clarines, a tiempo que ellas sale Tata.)

TATA.—¿Adónde vas, nena?

MAR.—A ver a mi tía, Tata.

TATA.—Pues no está el horno para bollos.

MAR.—Tanto me or.

TATA.—¿Ah, mejor?

MAR.—Sí. Cuando llegue mi novio, que va a venir ahora, avisenos usted.

TATA.—¿Que va a venir tu novio?

MAR.—Que va a venir, sí; con el tío Basilio. ¡Ojalá hubiera venido antes! (Vase la puerta de la derecha.)

TATA.—(Santiguándose repetidas veces.)

«¡Santa Bárbara bendita
que en el cielo estás escrita
con papel y agua bendita,
en el árbol de la Cruz,
Padre nuestro, amén Jesús!»

(Sale Luán por la puerta del foro y sorprende a Tata en su invocación.)

LUJ.—Pero, señor, ¿qué sucede aquí?

TATA.—¡Ay, señor Luján!

LUJ.—Al llegar yo, salía Escopeta con una carta que me dice que es un explivo; ahora bajaba el otro las escaleras rodándolas materialmente; usted se san gua... ¿Qué es esto?

TATA.—¡Ay, señor Luján! ¡Prepare usted el tambor, que hoy tenemos títere

LUJ.—¿Cómo que tenemos títeres? Explíquese usted, Tata.

TATA.—Doña Clarines lo sabe ya todo!

LUJ.—¿Todo?

TATA.—¡Todo! ¡De lo más grave se ha enterado en la primera casa donde entramos a dar la limosna! Se lo dijeron sin querer hacerle mal ninguno, al contrario. Pero al oírlo se quedó blanca como la misma nieve, aunque hizo por disimular. Y al salir de allí fué y me dijo: «Tata, vámonos a casa.» Y acá volvimos a chistar. Nunca hasta hoy se ha dejado de dar la limosna completa.

LUJ.—¿Y Marcelita?

TATA.—Con ella está ahora mismo. Parece ser que como ya no hay tapujos que valgan, el novio va a venir a verla. ¡Qué *turbanulta*! ¡Milagro será que la señora no se meta esta tarde en el confesonario!

LUJ.—¿Qué dice usted? ¿En el confesonario?

TATA.—Sí, señor; la señora tiene en su alcoba un confesonario, que fué de un abuelo suyo medio santo o medio profeta, y siempre que se ve en algún caso de conciencia que es grave, en él se mete y se está allí las horas y las horas.

LUJ.—¡Costumbre más original! Voy de asombro en asombro en esta san casa.

TATA.—Ello vino de que doña Clarines le descubrió una maca gorda al cura que la confesaba, y se la plantó con pelos y señales. El buen señor se incomodó tanto y más cuanto, y la señora entonces mandó limpiar y barnizar ese mueble antiguo, y en él se mete las veces que le digo a usted. Y cuando sale, señor Luján, ¡aaaaah!... son de oírse las *másimas* y las sentencias que echa por su boca. ¡Ni que el mismo Dios se las dijera al oído!

LUJ.—Le aseguro a usted, Tata, que cada vez admiro más a esta buena señora.

TATA.—¡Aaaaaah!

LUJ.—Ya tenemos ahí a nuestro hombre.

TATA.—¿Viene por el jardín? (Asomándose a los cristales.) ¡Aaaaa!

LUJ.—Yo aquí estorbo, Tata. Dígame usted a don Basilio que en su despacho estoy. (Vase por la puerta de la izquierda.)

TATA.—Y Dios sea con todos, señor. Vamos a anunciar que está aquí el señor rito. ¡Santa María de la Cabeza! (Entrase por la puerta de la derecha, haciendo gestos de tribulación. Por la del foro llegan Miguel y don Basilio.)

MIG.—Otra vez aquí. A fe que no sospechaba volver tan pronto.

D. BA.—Ni yo que usted volviera. Pero, ya lo ve usted; con esta hermana mía no es posible atar dos cuartos de cominos.

MIG.—¿Marcela está con ella, quizás?

D. BA.—No sé... Es lo probable. Ahora lo veremos. ¡Ah! Una cosa que me quiero que se me olvide: ¡no se le vaya a escurrir a usted, por Dios, que ha estado aquí hace un rato!

MIG.—Pierda usted cuidado, señor.

D. BA.—Nada más fácil. Comprenda usted con qué intención podré yo advertirle...

MIG.—Sí, sí...

D. BA.—Le veo a usted muy nervioso.

FIG.—Mucho, no; un poco. (Sale Tata por donde se fué.)

BA.—A tiempo llegas, Tata.

TATA.—Santos y buenos días.

FIG.—Buenos días.

TATA.—La señora viene en seguida a hablar con usted. (A don Basilio.) El señor le espera a usted en su despacho.

BA.—¿A mí?

TATA.—A usted.

BA.—Ah, pues voy allá. Esto es importante. Hasta luego, querido Miguel.

FIG.—Adiós, don Basilio. (Vase éste por la puerta de la izquierda, examinando el rmito de las coplas. Miguel, con aire preocupado, va de aquí para allá, mirando distraí- estancia. Tata lo observa melancólicamente. Pausa.)

TATA.—(Muy para sí.) Es verlo... es verlo... (Esforzándose para hablar.) ¿No se sient- ted?

FIG.—Gracias. No estoy cansado. (Nueva pausa.) ¿Lleva usted mucho tiempo a señora?

TATA.—Mucho tiempo. Con el pelo negro la conocí, y hoy lo tiene más blanco el mío. Yo sé más que nadie de esta casa. Dispense, caballero; pero no puedo lo sin llorar... Con permiso. (Vase conteniendo el llanto por la puerta de la de-)

FIG.—(Impresionado.) Es indudable, despierto aquí un pasado muy doloroso... into de esta vieja es revelador. (Nueva pausa.) Ya viene. (Sale por la puerta de echa Marcela, seguida de doña Clarines. Esta, al mirar a Miguel, no puede reprimir un onimiento de asombro, vivamente herida en su recuerdo.)

MAR.—Mi tía...

FIG.—Señora...

D.^a CLA.—(Adelantándose a la presentación que va a hacer Marcela.) No me digas su pre: se quien es. Vete tu. (Vase Marcela por la puerta de la izquierda.)

FIG.—Señora, puesto que ya sabe usted quien soy...

D.^a CLA.—¡Oh! Sin ningún antecedente lo hubiera sabido con solo verlo... lo declara mi turbación, que impedir no he podido... No la extrañe usted porque presencia ha hecho pasar por mi memoria una ráfaga del dolor que destrozó mi ... (Se sienta y le invita con el ademán a hacer lo mismo.) ¡Pasó! Pasó ya. Hay al- ás fuerte que la mujer más fuerte. Siéntese usted, si gusta.

FIG.—(Obedeciendo.) Mil gracias.

D.^a CLA.—El esfuerzo de voluntad que necesito para olvidarme de quien es us- es mayor de lo que yo creía; pero debo hacerlo, y lo hago. Tranquilícese. Ya os usted mas ante mí que el hombre que quiere a Marcela, ni yo soy más ahora u a persona a cuyo amparo vive. ¿Se sorprende usted?

FIG.—¿Por qué negarlo? Sí, señora. Era lo primero que venía dispuesto a pe- a usted como gracia, y es lo primero que usted me concede sin pedirlo.

D.^a CLA.—Otra cosa no sería justa.

Mio.—Tal creo. Siempre he pensado que si para toda culpa hay castigo, tam- hay perdón.

D.^a CLA.—¿Y quién le ha dicho a usted que yo perdono?

FIG.—¿No es perdonar esto?

D.^a CLA.—Nunca. Yo no perdono nunca: si acaso, olvido, o separo unas cosas tras, como ahora he hecho. El perdón no está en mis costumbres. Creo que amoral. Por él viven y medran todos los malvados. Así se lo dije un día al se- obispo, y no ha vuelto más por mi casa. Ya volverá cuando me necesite. ¿Tam- le sorprende a usted que yo no perdone?

Mio.—También, sí, señora.

D.^a CLA.—Pero, ¿a usted tengo algo que perdonarle?

MIG.—A mí, nada. No habié por mí al hablar de perdón.

D.^a CLA.—Pues de usted solo hemos de hablar aquí. Lo pasado a que usted quiere referirse, no lo borrará más que la muerte. Y yo no he de morirme en ningún tiempo. Deseo vivir mucho. La muerte nos iguala a todos, y siempre me parecerá pronto para ser yo igual a otras personas. ¿Entiende usted?

MIG.—Entiendo.

D.^a CLA.—Volvamos a usted.

MIG.—Sí, señora. Ya le habrá contado Marcela...

D.^a CLA.—Sí, señor. Y no le he creído una palabra.

MIG.—¿Por qué?

D.^a CLA.—Porque lleva tres meses en mi casa, y me ha estado engañando tres meses. ¿Se le figura a usted poca razón para no creerla?

MIG.—Es que si Marcela ha ocultado ha sido por un motivo muy explicable.

D.^a CLA.—Muy explicable para usted que no me conocía. Ella ha debido currir de otro modo.

MIG.—Es tan niña...

D.^a CLA.—No es tan niña cuando quiere a un hombre.

MIG.—Declare que ella sola me ha contenido para dar este paso antes.

D.^a CLA.—Peor que peor. ¿Y es cierto que nadie ha querido presentarlo a usted en mi casa?

MIG.—Es cierto.

D.^a CLA.—¿Sabe usted por qué?

MIG.—Señora..

D.^a CLA.—Dígame lo que sepa. Yo no tiemblo ante la verdad como la gente porque siempre la llevo en los labios.

MIG.—Guadalema toda cree que usted me arrojaría sin oírme por las escaleras de su casa.

D.^a CLA.—¡Gran sentido moral el de Guadalema!

MIG.—Guadalema entera cree que doña Clarines..

D.^a CLA.—Siga usted.

MIG.—Cree que doña Clarines...

D.^a CLA.—¿Es loca, no?

MIG.—Justamente. Yo también digo la verdad.

D.^a CLA.—Dispense usted: la he dicho yo. Usted no se atrevía. Fama de gozo, sí, señor. Y muy bien ganada. Y la conservaré mientras viva. ¿No con usted cuál es mi locura? Pues llamarle al que roba ladrón, y al que miente, embustero, y al que huye, cobarde, y al que engaña a una mujer, villano. Esta es mi cura. Todos los locos tenemos una gran manía, y a mí me dió por aprender a conciencia el idioma. ¿Qué le parece a usted?

MIG.—Que yo por de pronto me felicito de esa gran manía. Tiemble ante verdades de usted quien lleve sombras en la conciencia. Yo, siendo quien soy como soy, la oigo a usted tranquilo. Califíqueme usted como merezca,

D.^a CLA.—Es claro que lo haré. No había usted de ser la excepción.

MIG.—Vea usted que no soy más que un hombre que estudia y trabaja y está enamorado de Marcela.

D.^a CLA.—Eso no le toca a usted decirlo, sino a mí averiguarlo.

MIG.—Se lo he dicho a usted para que cuando lo averigüe se convenza de que yo no miento.

D.^a CLA.—Y yo le pido a Dios que así sea. Si lo que quiere usted es la verdad de Marcela...

MIG.—Sí; eso quiero.

D.^a CLA.—Yo también. Y siendo así, en lo mejor del camino hemos de encontrarlos.

MIG.—Y pronto, muy pronto.

D.^a CLA.—Tal vez. No le quito a usted la esperanza. Pero ni me abandono ni confío; porque yo mejor que nadie sé que la traición se esconde bajo las palabras más bellas.

MIG.—Señora, dejemos de hablar de mí para hablar de usted. A despecho de lo que no puede menos de herirme, yo no convengo con todos en llamar locura a lo que, para mí al menos, es cordura y bondad. Mis ideas cambian a medida que digo a usted, y a cada paso hallo mayor distancia entre el falso rumor callejero que escucho de su boca. No es doña Clarines la que tengo enfrente, aquella que me pintaron en las casas de Guadalema. Y pienso que mientras ellos ahora como comentan con malsana fruición esta entrevista nuestra, suponiéndola a usted capaz de todo insulto para mi persona, usted es tan generosa que prescinde de lo que fué... y me juzga con serenidad y nobleza.

D.^a CLA.—¡Ay, Guillermo!

MIG.—Miguel.

D.^a CLA.—(Con amargura.) Miguel, es verdad. Si yo no perdono a quien ultraja, ¿vos aún condono a quien no tiene culpa.

MIG.—No toquemos más esa herida. Hablemos ahora de Marcela.

D.^a CLA.—¿Para qué? Va usted a decirme de ella lo que ella me dice de usted.

MIG.—¿Qué le dice de mí?

D.^a CLA.—Que es bueno, y que es bueno, y que es bueno.

MIG.—¿Y usted lo duda?

D.^a CLA.—(Con emoción.) ¿Su madre de usted, vive?

MIG.—Sí, señora.

D.^a CLA.—¿Y es muy buena?

MIG.—Muy buena es.

D.^a CLA.—Ya. ¿Conoce a Marcela?

MIG.—La conoce y la quiere, y goza en verme tan enamorado.

D.^a CLA.—¿Pero lo está usted mucho?

MIG.—Mucho. Sueño para ella una ventura tan grande, que no quepa en el mundo. Conocí yo a Marcela cuando empezaba mi corazón a alborear al amor y a la vida. No he querido a otra mujer que a ella, ni ella ha querido a más hombre que a mí. No sé qué horas nos tendrá reservadas la vida; pero yo no las deseo ni me concibo más felices que estas horas en que ella y yo, tejiendo ilusiones, llegamos hasta los días que vendrán y los forjamos tan dichosos como los que vivimos. Nuestro charlar es a veces de niños; a veces de locos... No sé... Si gozo, goza; si llora, llora; si ríe, si llora, lloro; si canta, canto... Parecemos dos y somos uno...

D.^a CLA.—(Con dolorosa angustia.) Silencio.

MIG.—¿Qué?

D.^a CLA.—Silencio. Despiertan su voz y sus palabras en mis oídos un eco lejano, que no quiero volver a oír. Perdóneme, y llame a Marcela.

MIG.—¿A Marcela?

D.^a CLA.—Sí. Que venga con usted.

MIG.—Siento, señora, que mis palabras de cariño...

D.^a CLA.—Porque son de usted, y son de cariño, no quiero volverlas a oír. Llame usted a Marcela.

MIG.—Voy por ella, voy. Respeto su dolor, señora... Su bondad me conmueve... Lloro y tiemblo de gratitud. ¡Esperaba de su boca palabras tan distintas!... Me aseguro a usted que nunca tendrá que arrepentirse de esta bondad con que me trata. Voy por Marcela ya. (Vase por la puerta de la izquierda. Pausa.)

D.^a CLA.—(Mirando al cielo.) ¡Gracias, Señor, que me diste la entereza que necesitaba para ser justa! (Salen juntos a poco Marcela y Miguel.)

MAR.—Tía.

D.^a CLA.—Ven acá.

MAR.—¡Qué bien ha hecho Miguel en venir a verla!

D.^a CLA.—Tan mal como tú hiciste en engañarme.

MAR.—Es que ya sabe usted que yo temía...

D.^a CLA.—Temías, porque mentías. La mentira es siempre cobarde. Miguel lo ha sido, y ahora se alegra de ello; porque ha visto al acercarse a mí que las cosas no son como las gentes quieren que sean, sino como son.

MIG.—Así es. Y en vano será desfigurarlas.

D.^a CLA.—Mal me conocen los que creen que yo soy capaz de llevar mi orgullo hasta el extremo de hacer con tu vida y con tu amor lo mismo que hicieron conmigo. ¡Dígalo usted así a los cuatro vientos por toda Guadalema! Y ahora, en secreto, para que no salga de los tres que aquí estamos... oídme a mí... que quiero que seáis muy dichosos. (Entra en sus habitaciones conteniendo las lágrimas.)

MAR.—¿Ves, Miguel, como es buena?

MIG.—Es buena, sí, para mí más que para nadie. (Sale Luján por la puerta de izquierda. Lo sigue don Basilio.)

LUJ.—¿Y doña Clarines?

MAR.—Ya se fué.

MIG.—Y con los ojos llenos de lágrimas, por cierto.

LUJ.—¿Vió usted nunca más extraña mujer?

MIG.—Nunca. De todos aquí, el más sorprendido soy yo. (Por la puerta de la derecha vuelve a salir TATA.)

TATA.—(Entre lágrimas.) Años hace que no llora como está llorando!... ¡Aaaa!

D. BA.—¿Qué os dije yo? ¡Siempre pita por donde no se la espera! ¿Es loca o no es loca?

TATA.—¿Qué ha de ser loca, charlatán?

D. BA.—¡Tata!

TATA.—¡El loco, y el zascandil, y el botarate, y el borracho, es usted! ¡Tata Carapel!

D. BA.—¡Che, che, che, que tus canas tienen un límite!

TATA.—¡Sí, señor; pero no será el de teñirlas, que es el que han tenido las otras! ¡Decir que es loca mi señora!

D. BA.—¿Qué te parece?

LUJ.—Que tiene razón Tata.

D. BA.—¿Tu quoque?

LUJ.—Si es loca o no doña Clarines, pregúntaselo a éstos. (Por los novios, que cuchichean en un rincón, y que al oírlo atienden a sus palabras.) No es loca, no. Es que vivimos respirando mentira, cogidos todos en una red de farsa o de disimulo, y cuando se nos da la verdad, siempre la verdad, sólo la verdad, acaba por parecer locura.

MIG.—Es cierto; la verdad parece locura. Como también es cierto que ahora estamos contentos todos, porque del odio ha triunfado el amor, y de la pasión la justicia.

DEPURADOR HIGIÉNICO Y RÁPIDO

“ A R S O ”

ORDENAL CISNEROS, 28. - MADRID

Alta de muebles y objetos

Miércoles y Sábados de 7 a 8 y media

Se admite en muebles.—Entrada libre.

Muebles desde una peseta : :

CALLE DE SANTA ANA, 10, 1.º

La correspondencia dirijase al Administrador de

PRENSA POPULAR

Apartado 498 - Calvo Asensio, 3 - Madrid

NO SE ACEPTA EL PAGO EN SELLOS

Novela CORTA

Después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, para complementar su apostolado de divulgación literaria va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada una de ellas una sola obra en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

Lara.—Espronceda.—Patricio de la Posada.—Martínez de la Rosa.—Enrique Gil.—Fernández y González.—Cega y Frías.—Hartzembusch.—Gerdil G. Avellaneda.—Pastor Díaz.—Guals de Izco.—Navarrete.—Pérez Escrich.—Pilar Sinués.

NOVELA HISÓRICA

Patxot.—Cánovas.—Vicetto.—Balaguer.—Navarro Villoslada.—Amos de Escalante.—Castelar.

NOVELA NATURALISTA

Enán Caballero.—Miguel de los Santos Alvarez.—El Solitario.—Mesonero Romanos.—Pereda.—Valera.—Clarín.—Algas.—Alarcón.—Arturo Reyes.

En rendiremos un homenaje a la memoria de los grandes escritores y poetas que escribieron narraciones en prosa.

POETAS

Zorrilla.—Trueba.—Becquer.—Carolina Coronado.

ESCRITORES

Quivert.—Ilverio Lanza.—Taboada.—Eusebio Blasco.—Alejandro Sawa.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas grandes novelas extractadas irán precedidas de abundantes literarias escritas expresamente para esta revista por la C. de Pardo Bazán, Rosalía de Marín, Azorín, M. Bueno y C. de Castro. En los números **HOMENAJE**, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los otros corrientes de nuestros actuales colaboradores.

FRINE

REVISTA FEMENINA CULTURAL

EL PRÓXIMO JUEVES

LA MODA DE AGUERO DO CON EL TIPO

SUMARIO

La posición social y las condiciones de cada una.

I: Elegancia y belleza. — El chic y la fascinación.—Ideal femenino.—II: Los cambios de la moda.—Sus variaciones.—Su divulgación.—El arte de los modistos.—III: Arte de saber vestirse.—La individualidad en la toilette.—Originalidad y propiedad.—IV: Elección de toilette.—La forma.—Los colores.—Teoría de los colores.—V: Importancia del peinado.—Los sombreros y los velillos.—Reglas para su elección.—VI: Accesorios de toilette.—Calzado.—Pañuelos.—Guantes y manguitos.—Sombrillas, abanicos y bolsillos.—Las pieles y las plumas,

15 cénts.



ES EL ARTEFACTO

molesto que amenaza a usted constantemente con el uso de lámparas de mala calidad. Los lentes y gafas jamás hacen sus víctimas en consumidores de las admirables lámparas de filamento metálico estirado e irrompible

OSRAM

CONCESIONARIO: LEON ORNSTEIN, Mariana Pineda. 5.—MADRID

NOVELA
DRA



10 cts.

LUIS DE LLANO

OCHE DE REYES

Novela en un acto

Los Arniches

815

LA NOVELA TEATRAL

Director: José de Urqu

Complemento de la Novela Corta

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar pero cuya autorización ya nos ha sido oficialmente otorgada.

Galdós.

Electra.—Doña Perfecta.—La loca de la casa.—Realidad.—La de San Quintín.*

Díconto.

El Lobo.—Sobrevivirse.—El crimen de ayer.—El señor feudal.—Daniel.—Aurora.*—Luciano.*

Quintero.

El Patio.*—Doña Clarines.—La escondida senda.*—El niño prodigio.*

Arniches.

La sobrina del cura.—La casa de Quirós.—Las estrellas.—Dolores.—La señorita de Trevez.—La gentuza.

Arniches-G.^a Alvarez.

El terrible Pérez.*—El cuarto Pons.*—El Príncipe Cásto.*—El Método Górritz.*—Mi papá.*—Gente menuda.*—El fresco de Goya.*—El pollo Tejada.*—El perro chico.*—Alma de Dios.—El pobre Valbuena.

Alvarez-Muñoz Seca.

El verdugo de Sevilla.—Fúcar XXI.—La frescura de Lafuente.—El último Bravo.—Los cuatro Robinsones.—Pastor y Borrego.—Trampa y cartón*

Villaseca.

El rey Galaor.—Aben-Humeya.—La Gioconda.—Doña María de Padilla.—Laleona de Castilla.—El Halconero.*

Abatl - Paso.

La Divina Providencia.*—El gratacaño.—El río de oro.—El infierno.*—Los perros de presa.—El Paraíso.*—La mar salada.*—La bendición de Dios.*—El asombro de Damasco.*—El tren rápido.*—El velón de Lucena.*—Nieves de la Sierra.*—La alegría del vivir.*

Vital Aza.

Francfort.—La rebotica.—Ciencias exactas.—La Praviana.—Parada Fonda.—Tiquis Miquis.—La sala de armas.

Comedias.

Trata de blancas.—El místico.—Los semidioses.—Las cacatúas.—Charito, la Samaritana.—Todos somos unos.—El cardenal.—El hombre que asesinó.—Serafina.—Rubiales.—La eterna víctima.—Jimmy Samson.—Lopez de Coria.—Primavera en otoño.—El misterio del cuarto amarillo.—Primerose.—Raffles.—Mirandolina.—Genio y gura.—Peñi-Café.—Los noveleros.—La Tizona.—Miquette y su mamá.—Los gemelos.—El chico del café

Zarzuelas.

La viejecita.—La alegría de la huerfana.—La marcha de Cádiz.—Gigantes y cabezudos.—La Corte de Francia.*—La Tempranica.*—El día de la Africana.*

(*) Las obras señaladas con asteriscos serán en breve publicadas.

La Noche de Reyes

ZARZUELA EN UN ACTO, DIVIDIDO EN CUATRO CUADROS

original de

CARLOS ARNICHES

Musica de José Serrano.

PERSONAJES

CIA.	MOZA 2.ª	MATEO.
TANA.	IDEM 3.ª	HILARIO.
ISANTA.	UNA VIEJA.	UN LEÑADOR.
CELIPA.	ANDRES.	MOZO 1.º
GELIA.	TIO SILDO.	IDEM 2.º
ÑA CESÁRIA.	SABINO.	UN MUCHACHO (que no ha- bla.)
IRICIA.	CANIJAS.	UN NIÑO DE CUATRO AÑOS
MOZA 1.ª	CIEMPORROS.	

Mozos y mozas.

La acción en un pueblo de la sierra del Guadarrama. - Epoca actual.

CUADRO PRIMERO

Decoración: Extensa pradería al pie mismo de una sierra. Limitan por la izquierda el término de los prados altos peñascales, a los que bordean chopos y jaras. Varios senderos bajan por este lado en rampa hacia la escena. En los laterales derecha, segundo término, se alza, con su fachada dando frente al público, una pobre casucha de adobes, con una pequeña chimenea en el tejado, por la que a su tiempo sale humo del hogar encendido. La desvencijada puertecilla de esta casa es practicable. Al lado de la puerta se ve un banco formado por dos piedras toscas. Una tapia construida con pedruscos limita la parte posterior de la casa, indicando un corralillo. En los laterales izquierda, y al abrigo de un gran peñascal, se ve un chozo de pastores. Es la tarde de un día brumoso de la otoñada. Al fondo, un arroyuelo baja entre las peñas.

Sildo, Ciemporros, Hilario y Mateo. Son pastores. Visten el traje que se usa para este oficio en la sierra castellana. Al levantarse el telón aparece el tío Sildo, que es un viejillo, sentado como los otros, al rededor de una sartén, comiendo un rancho. Más lejos se verá un tripode que sostiene una cadena de la que pende un gran perol, y debajo unas brasas que todavía arden y humean próximas a extinguirse. Suenan, a alguna distancia,

los cencerillos de las ovejas de rebañes que pastorean próximos. De vez en cuando se escuchan lejanos los ladridos de los perros de ganado. Una templada luz envuelve el cuadro en un tinte de dulce poesía.

CIEM.—(Comiendo.) ¡Me caso en Ciemporroros!... ¡Qué *humao* saliole el guiso, tío Sildo!

SIL.—(Con voz cascada y tonillo cadencioso.) ¡Come y calla, garzón, que tóo esté güeno, lo que Dios nos *dea*!

MAT.—¡A fuer de mí, que no vide zagal de más reniego pa comer!

HIL.—¡Y la cuenta es que se lleva medio rancho en ca *dedá*!

CIEM.—(A Hilario y Mateo.) Pero, ¿qué *mermurais*, ladinos?... ¡si no he comío ni pa alentar! (Con la boca muy llena.)

SIL.—(Sonriendo.) ¡No que no! Tienes una boquita—como un anillo.—Que te ca be una rosca—y un panecillo—, ¡que íce la copla!

HIL. Y MAT.—¡Ja, ja!... (Riendo.)

HIL.—Güena es esa! (Se escucha el sonar insistente y próximo de un cencerillo.)

CIEM.—(Levantándose con presteza y poniendo una piedra en la honda.) ¡Aeeep! (Va hacia el segundo término izquierda como espantando una cabra.) ¡Horra!... ¡La cabra, la cabraaa!... (Dispara la piedra.) ¡Mala piel! (Vuelve a comer.)

SIL.—¿A cuala cabra tiraste?

CIEM.—¡A la horra, que está hartuña y me desmanda el rebaño!

HIL.—(Dejando de comer y limpiándose la boca en el dorso de la mano.) Y ahora tío Sildo, venga una adivinanza pa remate.

MAT.—U cuente usté una conseja de las que sabe.

CIEM.—¡Adivinanza, adivinanza, que la de *trasantier* gustóme!

SIL.—¡Vaya por ello! A ver si dáis con el *conque* de lo que *senifica* esta:

Yo soy un güen mozo
valiente y bizarro;
tengo doce mozas
para mi regalo:
toas van en coche
y gastan sus cuartos
toas tienen medias
pero no zapatos.—¿Qué será?

HIL.—(Pensando.) ¡Uy, qué *deficill*!

MAT.—(Pensando.) No barrunto.

CIEM.—Yo no sé lo que será, pero si toas *tién* medias no es cosa de este pueblo.

SIL.—¡El reló y las horas, zagales!

HIL.—¡De cierto que sí!

MAT.—¡Güena es!

CIEM.—Pos ahora voy a ponervos yo una. Andivina *andibinanza*:—Tamañ como una cazuela—tiene alas y no vuela—. ¿Qué es?

SIL.—¡El sombrero!

CIEM.—¡Me caso en Ciemporroros! Este agtielo romancero tóo lo endevina y ¡sabe.

SIL.—¡Oy, Dios! Pos si me *hubiás* conocido años *alueñe*, ¿qué dijérades? No hubiera en tóa la sierra e Gredos garzón de tel pró pal improviso e coplas y romances. Yo se cosas muchas, zagal, que maestros son los años. Yo sé las horas en la noche por el *roar* de las estrellas; yo sé que vientos traen la nieve y qué nubes o agua de la *otoñá*; yo se *ande* se coge la flor del poleón y la sanguinaria que quit el daño d'hartura, y en qué remansos nace el trebol de cuatr'hojas que da el beneficio. ¡Yo se consejas y romances; historias de princesas en luengas tierra *encantias* y coplas pa galanes con rimpuestas de mozas!... ¡Y aún, aún bebo el vino sin *tresnudar* y me gusta el holgorio! Y t'avía, t'avía cuando miro una zagalo

polida me se encandilan los ojueios, y me ricuerdo de aquella *seguirilla*, que
ice...

Una vieja revieja
dijo al pan duro.
Si te pillara en sopas
yo te aseguro...

endo.) ¡Je, je!...

CIEM.—¡Está güeno, está güeno el agüetele!

HIL.—¡Arriscadillo está!

MAT.—Vaya... ¡a güena pró! (A Hilario.) ¡Hilario, ámonos pa el hato! (Vanse foro
uerda Mateo e Hilario.)

HIL.—Guas tardes.

SIL.—*Irvos* con Dios, *mochachos*.

CIEM.—(Se levantan.) Y diga osté, tío Sildo: osté que lo sabe tóo, ¿qué copla po-
a yo cantale a la Crisanta, pa que me quisíés más que a Canijas, que tamién
ida rezongando?

SIL.—(Que al levantarse habrá cogido un mazo de esparto y un trozo de sogá para se-
r haciéndola durante el resto de la escena.) Pos cántalé una que yo se y que a mí
mpre m'ha proveído:

Por mi puerta pesaste
y estornudistes;
sólo estaba yo entonces.
¿por qué no entristes?

CIEM.—¡Me caso en Ciemporros, qué bonita es! Me la tengo que depreñ-

SIL.—Oye galán; ¿pero t'avía dura el enfurrúño con Canijas?

CIEM.—¡Como que ayer, porque me vió hablando con la Crisanta, tiróme una
dra! Gracias que me dió en la caeza no más, que síme da en el sombrero, ocho
es tiraos! ¡Pero de que yo coja a ese zagal le esgüaldramillo!... ¡Que miste el
ondro! (Le enseña la cabeza.)

Dichos y Canijas.

CAN.—(Asomándose con precaución por detrás de la casa de la derecha.) Ciemporros.

SIL.—¡Uy, Canijas!

CIEM.—(Furioso.) ¡Mistelo! (Disponiéndose a tirarle una piedra.) ¡Maldita siá tu cas-
ladrón!...

CAN.—(Volviendo a asomarse.) ¡Tío Sildo, sujéteme osté a ese *anemal*, hombre!

CIEM.—¡Largo d'aquí, u te doy un cantazo que te esbarato!

SIL.—(A Ciemporros.) ¡Sosiégate, garzón!

CAN.—¡Oye, estate quieto; que es que vengo de bien a bien a decite una cosa
me s'ha ocurrió pal arreglo e lo de la Crisanta!

SIL.—Amos a oílo. Avanza, zagal. (Sale Canijas temeroso.)

CIEM.—(Con ira.) ¿Qué quiés decime? ¡Presto!

CAN.—Pues quería decite que la Crisanta es una...

CIEM.—(Amenazándole.) ¿Una qué?

CAN.—Que la Crisanta es una... y nosotros semos dos. Y he pensao que lo pri-
ro que hay que hacer es decile que la queremos.

SIL.—¡Ah! ¿Pero no se lo habéis dicho?

CIEM.—¡Toma, po si se lo hubíamos dicho no había custión!

CAN.—Nos dió vergüenza. Por eso digo que debemos hablala a la par y que
ogite de entrambos; que dice que yo, pues yo; que dice que tú, pues yo...

CIEM.—¡Maldita siá!... (Amenazándole.)

CAN.—(Huyendo.) ¡Si no me dejás acabar!... Pues yo me voy.

SIL.—Eso es *ponese* en razón.

CIEM.—Hecho. Pero me tiés que dar la ventaja del afeitao, porque como tú eres más rebajuelo tiés mejor planta.

CAN.—¿Y cuándo l'hablamos?

SIL.—¡Callaise! ¡Ni a conjuro! (Mirando hacia la izquierda.)

LOS DOS.—¿Qué es?

SIL.—¡Ella que viene! ¡La Crisanta!

CIEM.—¡Oy, mi Dios! (Yendo a mirar.) ¡Es verdá!

CAN.—¡Ella es!

CIEM.—(A Canijas.) Oye, escomienza a hablarle tú, que eres más palabrero...

CAN.—No, yo no; que así de que la veo me *imociono*... y me da un ronquido...

CIEM.—Pos ámonos, y en otro rato... (Quieren irse.)

SIL.—(Deteniéndolos.) No; agora, agora, y asina seré yo juez de la querella.

CIEM.—(Mirando.) ¡Ya *estay*! (Se arregla la ropa.)

CAN.—¡Místela, qué divina!... ¡Arrrrj! (Le falta aire para respirar.) ¡Ya me dió! ¡Qué devina es!

CIEM.—¡Misté qué cara e capullo *trempano*!

CAN.—Más bonita... ¡arrrrj!... ¡no se pinta!

SIL.—¡Callaise!... ¡*Serenedá*!

Dichos y Crisanta. Viene por la rampa de la izquierda, con dos cántaras de leche. Es una zagalona recia y fea como un diantre. De anchas cejas, chata, boca grande, mirar hosco; ceñudo y con andares patizambos o desgarbados.

CIEM.—(Al verla venir.) ¡Qué andares tiene!

CAN.—(Encantado.) ¡Qué mirar tan dulce!

SIL.—¡Señores, cómo cega el amor! Pa ésta se hizo la copla.

Ven a *verme* po las noches
cuando la luna se va,
que caras como la tuya
pierden con la *claredá*.

(Baja Crisanta. Los dos se colocan a ambos lados de la moza, emocionadísimos, sin poder hablar. Ella los mira alternativamente, con extrañeza.)

CIEM.—(Sin poder romper.) Gua... gua...

CAN.—Cri... ¡arrrrj! Cri... Cri...

CIEM.—Gnas tardes.

CAN.—(Cariñosamente.) Crisanta...

CRÍ.—(Lanzando un gruñido de enojo y desprecio.) ¡U, ú, ú, ú!

CIEM.—¡Tié una voz más dulce que el pío e la *golundrina*!

CAN.—Cri... Cri... Crisanta... Ese y yo, estamos pa... ¡arrrrj! pa desollarnos

CRÍ.—¿Y a mí qué? (Con estúpido desprecio.)

CIEM.—Que tú... tu querer es el causante. Güel... güelveto pa ese. Güelveto pa mí, y dinos cuáló t'hace más el avío. ¿Cuá... ¡arrrrj cuáló?

CRÍ.—(Gruñendo y queriendo ir hacia la casa.) ¡Amos, amos, amos!

CIEM.—(Conteniéndola.) Aguanta unas miajas... ¿Es ese y soy yo el de tu *priferencia*?

CAN.—¡Contesta!

CRÍ.—Vaya, vaya, vaya... ¡Dejaine en paz!

CIEM.—¿Pero contestas u no?

CRÍ.—¡No me da la gana! (Con rabia.)

CIEM.—(Amenazándola.) ¡Hombre, la daba así! ¿Estás viendo?... ¡Vete con galarterías a una *zinahoria*!

CAN.—¡Pero oye, lucero, no seas *anema*!

CRÍ.—¡Que juega alante u vos corro a cantazos, vaya, que no quieo dolores caeza!

LOS DOS.—(Poniéndose delante.) ¡Pos tiés que elegir!

CRÍ.—(Deja las cántaras y cogiendo luego una piedra.) ¿Sí? ¡Mialhaya síá!... Pues éis elección. (Les amenaza.)

CIEM.—(Huyendo por rampa izquierda.) ¡Corre, que tira! ¡Que tira!

CAN.—¡Mi madre, qué piedra! (Huye también por el mismo sitio.)

CRÍ.—(Tirándoles la piedra.) ¡Toma elección! ¡Pintureros! ¡Granujas!

SIL.—¡Pero muchacha!

CRÍ.—(Furiosa.) ¡A mí con gaitas! ¡Tá güeno! ¡Dita síá! (Amenazadora, se dirige a ir la puerta de su casa.)

SIL.—¡Pos esto paice otra cosa, pero ha sío quearse con los dos!

CRÍ.—¡Pos estamos güenas de desgustos y quebrantos pa estas *niñerías!*

SIL.—¿Pos qué vos pusa, mujer?

CRÍ.—¿Que qué mos pesa? ¡Dita síá! Ahí llega mi tía Tana que se lo contará a él tío, que quié que usté, como presona e saber, l'aconseje.

SIL.—¡Algo de Andresillo, de seguro!

CRÍ.—¡De mi primo, sí señor!... ¡Ese mozo! ¡¡¡Dita síá!!!

Dichos y tía Tana.

TANA.—(Sale por la derecha.) Mete la burra en el corral, Crisanta.

CRÍ.—Va. Deme usté la cesta. (La coge.)

TANA.—Y haz lumbre.

CRÍ.—Tá bien. (Mutis por detrás de la casa, y a poco vuelve y entra en ella.)

SIL.—¿Y d'ande güeno se viene, Tana?

TANA.—*D'ahí*, de Villarejo, de *vendé* dos pollos. Y mi alegre e verte, que tenía habláte.

SIL.—Ya me lo dijo la Crisanta. ¿Y qué es ello?

TANA.—(Con tristeza.) ¡Penas y quebrantos, Sildo!... ¿Qué quiés que seañ!

SIL.—¿A la cuenta de Andresillo?

TANA.—Andresillo, que anda *escarriao*, que no es quien era pa su madre. En mí miraba, bien lo sabes; pos hoy ni caso me hace. Y ni valen palabras ni conse-
ño, ni vale cosa denguna en atajándole su gusto. ¡Un mal querer me lo ha puesto
a. ¡Bendita síá de Dios la que me roba su cariño!...

SIL.—¿De móo y manera que sus amorios con la Lucía?...

TANA.—Van en creciente. Y él, que era retozón como un corderuelo, hoy es
ño y callao. Ni come, ni sosiega, ni tié aliento pal trabajo. Siempre tras la Lu-
aguniao y celoso. Y una que tié mundo y sabe lo que los años anseñan, me
yo que mi Andrés anúa en pasos de desgracia, Sildo.

SIL.—¡Mujer, si la moza le quiere!...

TANA.—¡Qué le ha de querer! ¡Pos ese es mi duelo! La Lucía no quiere a mi
Andrés, porque está enamorado de Sabino el pañero, años hace, ya lo sabes.

SIL.—¡Pero aquello acabóse!

TANA.—En apariencia na más. Ella y Sabino son dos genios muy parecios, pun-
tosos y duros. El, dende el último regaño, la hace penar de desvío cortejando a
os mozas; y ella, por no ser menos, atrapó a mi Andrés, y con falsas promesas
lo engaña, haciendo del corazón de esa creatura cimbel, del otro cariño, que
el que a ella le atormenta.

SIL.—¡Dios, qué maldad! Pos si asina es, no va descaminao tu sobresalto, que
an querer torció nunca le vide güen remate.

TANA.—Y menos con una creatura tan extremosa como mi hijo, que ya le co-
tes: cuando aborrece, es a muerte; cuando quiere, es ceguera. Siempre adoró
la Lucía; callóse mientras violó con otro. De que la pensó libre fuese a ella
cho la abeja al romero, y puso en su querer el alma toda. La hora del desenga-
barrunto que ha de ser negra pa todos. Por eso te hablo, Sildo.

SIL.—¿Y qué quiés de mí?

TANA.—Pues que cojas a mi Andrés antes y con antes, y con tu experiéncia y.

saber le hagas los cargos. Dile que no ciegue, dile que es engaño, dile que apague su sé en fuente más clara.

SIL.—Así he de hacelo; pero ya sabes, Tana: ciego pintan al amor, sordo le pintaría yo así mismo, que nunca le vide escuchar más voces que las suyas. Mila gro será si Andrés me atiende. ¿Y aonde está el mozo?

TANA.—No sé. Lo que hizo hoy me sobresalta.

SIL.—¿Qué hizo?

TANA.—Pos antes de clarear esta mañana, levantóse de puntillas, salió sin decir palabra y no ha güelto entoavía. ¡Nunca hizo tal!

SIL.—¡Demontre e mochachos!

TANA.—¡Calla, sí! (Yendo a mirar al foro izquierda.) Sí, es mi Andrés, él viene...

SIL.—Pcs descuida, que agora le hablo...

TANA.—No... no es ocasión... Que no viene solo.

SIL.—Entonces aluego.

TANA.—Sí... tan y mientras vamos al ordeño, y a la güelta será.

SIL.—Vamos...

TANA.—(Acercándose a la casa.) Crisanta, trae las cántaras.

CRI.—Aquí están. (Sale con tres cántaras.)

TANA.—Amos po aquí... (A Silo.) Luego... luego.

SIL.—¡Demontre e mochachos! ¡Demontre e mochachos! (Estas últimas palabras dice haciendo el mutis los tres por la primera izquierda.)

Andrés, Ciemporros y Canijas. Salen por la rampa de la izquierda; primero Ciemporros, luego Canijas y detrás Andrés, que viene envuelto en su manta y trae escondido debajo de él algo que oculta muy cuidadosamente. Los tres salen con andar quedo y hablando en voz baja.

CAN.—(En voz baja.) ¿Pero ande te metiste *demóngano*, que no te se vió en tó el día?

AND.—En Pradollano.

CIEM.—(Que bajó el primero, va hacia la casa y dice al fin.) Naidie. Bajar. (Bajan Andrés y Canijas.)

CAN.—Oye, ¿y a qué fuiste tan lejos?

AND.—¿Que a qué fui? Pues fui por ella, Canijas, fui por ella!

CAN.—¿Por cuál?

AND.—¡Y ya la traigo! (Radiante de alegría.)

CIEM.—¿Pero qué traes? (Con creciente sorpresa.)

AND.—¡Anhelos, agunías, suores m'ha costao! ¡Pero aquí está... aquí... ¡Pa r Lucía; pa ella!... ¡Más reluciente que el mesmo sol!... ¡Con una moña verde y en carná que priva! (Sacando de debajo de la manta con aire triunfal una guitarra nueva.) ¡Mira! ¡Mira!

CIEM.—(Asombrado.) ¡Me caso en Ciemporros!

CAN.—¡La guitarra!

AND.—¡Mi guitarra! ¡La que ella quería que me comprase!

CAN.—¡Dios, qué remaja!... ¡A ver! (Hace vibrar una cuerda.)

AND.—(Apagando el sonido.) ¡Chist! ¡Que me la destemplas!

CAN.—¡Suena como un órgano!

AND.—¡Mejor!

CIEM.—¡De que te la vea el barbero rompe la suya!

AND.—(Mirando su guitarra.) ¡Ya está aquí! ¡Ya logréla! ¡Paecióme que nunca lloraría, pero tóo lo alcanza un querer firme! ¿Y lo veis ahora? ¿Veis por qué yo otros ibais de ronda y yo quieto en casa? ¿Veis por qué holgábais y yo trebaja que trebaja? ¿Veis por qué sus ibais al copeo los sábados a la noche y yo agua para beber? ¡Pos era pa esto! (Enarbolando la guitarra.) Céntimo a céntimo, perrilla a perrilla, sin fumar ni beber, guardá que guarda, cuatro durejos ajunté... ¡que cuestan su dinero! ¡Pero aquí está! Porque ella me lo dijo hace tiempo: «Cómprate una guitarra, Andrés.» ¡Era su gusto, y su gusto ha sío mi afán! ¿Y la ves bien, Ciemp

os? ¿La ves, Canijas? Pos esa guitarra es como mi querer, ¡sólo pa la Lucía!
antes que sonar pa otra, a peazos *hais* de vela!

CIEM.—(Admirado.) ¡Cómo quiés a esa moza, repeine!

AND.—¡Oy, Dios, si la quiero!... ¡No es pa decilo! ¡Y cuántas noches, cuántas, rebufaño en la cama, escuché con envidia el guitarrero lejano de las rondas, y las coplas que echábais a las mozas, pero yo quieto allí, diciendo: ¡ya vendrá la mía!, ¡y mientras, cavilando, cavilando coplas para ella.

CAN.—(Admirado.) ¿Tú?

AND.—¡Yo!... ¡Pa debajo e su ventana! ¡Pa cuando tuviese mi guitarra!... ¡Y las hice de *mi flor*, no creas! Que si quiés mucho, mucho a una mujer, y estás solo, y es la noche y piensas en ella, la soledá es compañía, la noche es pura luz y los pensamientos te salen como canciones, ¡túos se puén cantar!

CIEM.—¡Anda, éste!

AND.—¡Vais a velol ¡Ascuchar qué copla le hice! ¡D'aquí salieron! (Señalando el corazón.)

MÚSICA

AND.—(Fingiendo que rasguea en su guitarra)

La noche que yo vea
brillar la luna clara
y cante mis quereres
al pie de tu ventana,
será pa mí esa noche
la noche del amor,
y nunca, nunca, serrana mía
he de olvidarlo yo.

¡Má bonita!

¡Más lo es ella!

Y tú la cantas mú bien.

¡Es que canto, y al cantarla
me acuerdo de su querér!

A ver la otra.

Vais a oíla.

Vereis que bien me salió
¡Tié más fuego y más terneza
y más brio y más calor,
Cállate, no grites tanto,
no se vayan a enterar.

Tiés razón.

Pues cid la otra copla
que voy a cantar.

(Volviendo a rasguear en su guitarra.)

Tu cuerpo huele a flores,
tu voz a arroyo suena,
a flores de los valles
y a arroyo de la sierra.

Si nubes te ocultaran
del sol alguna vez,
el sol, que es bueno, las rompería
para volverte a ver.

HABLADO

CAN.—¡Repeine, que majas son!

AND.—¿T'han gustao?

CAN.—¡Una *sinfinidá*. Porque yo también las hago, pero me salen más d
risa...

AND.—¿Tú?

CAN.—Míá la que le hice la semana antipasá a la mujer del sacristán; y le gu
tó mucho: «—Si tu esposo y el mío—van a Ontañares—y compran cuatro bueyes
vuelven tres pares.»

AND.—(Riendo.) ¡No *sias* animal, hombre!

CAN.—No, delicás no son, pero son de *chufía*.

AND.—Pos esta noche hay que *estrená* la guitarra.

CAN.—¡Y remojala!

CIEM.—¿Y la Lucía no sabe que l'has compraó?

AND.—No he querido decíselo pa sorprendela... ¡Esta noche la oirá!

CIEM.—¡Así mesmo! (Pensativo.) Y yo digo una cosa, Andresillo (Titubea y se r
ca la cabeza como quien no sabe por donde seguir.) Aunque sea mal dicha. ¿Y est
amoríos con la Lucía no te *trairán* un quebranto con Sabino el pañero?... Lo di
al tanto de lo que se murmura por pueblo; ya lo sabes... que icen que ella, toav
con el otro... En fin, y que tú...

CAN.—Eso es verdá.

AND.—¡Amos, hombre, no m'hableis de eso, que me haceis de reir! ¡Envidia
¿Si ella no me quiere, a qué decímelo? ¿Le puse un puñal al pecho?... ¡Pos ento
ces... ni Sabino ni el mundo entero me la quitan! Ella alentó mi corazón... ¡ell
¡Y vió que es grande, mú grande! No lo iba a alentá pa estrozarlo después... p
que si así fuese... (Va enronqueciendo y temblando su voz.) ya sus digo, sus digo ¡q
cosas tan grandes como este querer que yo le tengo, cuando se vienen al sue
hacen mucho estrago! (Haciendo una rápida transición.) ¡Pero no hablemos de es
hombre... que me quitáis la alegría y me!...

CIEM.—Es que las hay de mu falsárias, no creas.

CAN.—¿Que si las hav? ¡Ahí liés a la hija e la tía Garrona, que me dijo q
fuese a Rondale que me daría el sí... y me dió con una olla en metá e la caeza!

AND.—¡Pero ella no, Canijas; ella no es de esas! ¡Esa cara morena como el tu
go retostao y esos ojos grandones, no engañan, no! (Ciemporros y Canijas a hurta
llas de Andrés, hacen un gesto de duda.)

Dichos y Lucía

MÚSICA

LUC.—(Cantando dentro y lejos.)

Parece mi serrana,
cuando va aprisa
pajarita de nieve
que anda y no pisa.

AND.—(Hablando sobre la música con alegría.) ¡Mira! ¡Oyela!

CIEM.—(Yendo a mirar hacia la derecha.) ¡Ella es! Y hacia aquí viene.

AND.—Vendrá del molino. Voy a escondé la guitarra. (La cubre con la manta y
deja sobre el banco de piedra que hay al lado de la casa.)

CAN.—Güeno, pues nosotros sus dejamos que habléis a gozo. El que se va
estorba.

AND.—Y ya sabéis: así que se haga noche, en la taerna del Chano.

CIEM.—De que encerremos el ganao allí nos tienes.

CAN.—No tardes.

AND.—¡Quiá, hombre! (Se marchan Ciemporros y Canijas por la rampa de la
quierda.)

CIEM.—(Dentro y dando voces como para poner en movimiento el rebaño.) ¡Yala.
¡Oep!... ¡La cabra! ¡Riá chota!... (Suenan los trallazos de las hondas. Vuelve a oirse

as de una hermita. La chimenea de la casa vierte su columna de humo en el aire apacible de n atardecer tranquilo de la sierra. Sale Lucía que ha venido por el foro derecha. Trae un equeño saco de harlna que deja sobre una peña al lado del chozo.)

AND.—¡Mi Lucía! (Corre hacia ella mirándola embelesado.)

LUC.—(Sonriendo.)

¡Qué tonto Andrés!
Quien te mirara se pensaría
que por lo menos hace tres años
que no me ves.

¡Sol de mi día!

AND.

LUC.—

¿Pero que dices

¡Si ya anochece!

AND.

¡No es noche no!

Siempre, alma mía, que vuelvo a verte,

¡pa mí que sale de nuevo el sol!

LUC.

AND.

¡Jesús las cosas que se te ocurren!

¡Sí, muchas cosas,

y las que callo porque mis labios

nunca supieron decir las bien,

¡Si yo decir pudiera

las cosas que aquí siento,

te gustarían

como manojo e flores

y te sabrían

como panal de miel

(Suenan las campanas l...)

¿Qué escuchas?

Las campanas

LUC.

AND.

LUC.

AND.

Déjalas.

¡Qué tristes sonos dan!

¡El día que te llame mía,

qué alegres y contentas sonarán!

(Se escuchan ya lejos las esquilas del rebaño.)

¡Qué lejos el rebaño va ya!

LUC.

AND.

Déjalo tóo, mi gloria,

y piensa en mí no más.

LUC.

El son de las esquilas

tristezas da.

¿Me quieres?

AND.

LUC.

Oye, escucha...

Casi no se oyen ya.

¡Para quererse, qué hora tan dulce!

¡Todo en la sierra habla de amor y paz!

AND.—(Que ha ido acercándose a ella, amorosamente, le coge las manos.)

¿Verdá, Lucía?

Verdá.

LUC.

AND.

LUC.

¿Me quieres?

¡Sí!

HABLADO

AND.—(En tono apasionado.) ¿Me quieres mucho?

LUC.—Mucho.

AND.—¿Más que quisiste a nadie?

LUC.—¡Claro que más!

AND.—(Con temor y emoción.) ¿Más que quisiste a Sabino?

LUC.—(Muy contrariada.) Mira, no hablemos de eso. Siemore estás con las mis-

mas, Andrés, y no me gusta. A ese no sé cómo le quise. Lo pasao, pasao; déjalo (Transición. Con alegría.) Y dime tú, ¿aónde t'has metío, que no te se vió dende ayer

AND.—¿Que ande me he metío?... ¿Quieres que te lo diga?

LUC.—¡Claro que sí!

AND.—Pues que he ido a Pradollano... que tenía un asuntillo. ¡Por tu culpa ha sido!

LUC.—(Con asombro.) ¿Por mi culpa?

AND.—Sí. (Yo no me resisto.) No quería decírtelo, pero, en fin. (¡Cómo se va a alegrar!) Pues he ido... ¡He ido a comprarme lo que tú querías!

LUC.—(Sorprendida.) ¿Lo que yo quería?

AND.—¡Sí! ¡Y ahí la tienes! (Señalando el sitio donde está la guitarra.)

LUC.—¿Ahí?... ¿Pero de qué me estás hablando?

AND.—(Sonriendo.) ¿Que de qué te estoy hablando?... ¿Qué me digiste tú una tarde, hace cuatro meses, que me comprase? ¡Recuerda!

LUC.—¿Yo?... ¿Que te comprases?... Nada.

AND.—(Sorprendido, dolorosamente.) ¿Cómo nada?... ¿Pero es de veras que te s'ha olvidao?

LUC.—¡Hombre, hazme memoria!... Así al pronto...

AND.—(Con desaliento.) ¡Anda! ¡Y yo que creí que te acordabas y que te ibas alegrar.

LUC.—¿Pero qué es?... ¿Qué te dije? ¿De qué tarde hablas?

AND.—(Con tristeza.) ¿De qué tarde?... Pos de una en que fuimos juntos a lo lagares. Volvimos a casa al trasponer el sol, y pa alentar una miaja nos rezagamo en el puente de Tornelos; tú te sentaste en un rodrigón y yo me tumbé en la juquera, orilla tuya. Te dí dcs florecillas mimbrales, amarillas como el oro, te las puse en el pelo y te relucían en él como estrellas en el negror de la noche. A mí me s'ha olvidao ná. Pos allí fué; hablando al hablar, como tú hablas, me dijiste «¿Por qué no te compras una guitarra, Andrés? No t'has mala voz, y en una rondanarías lo tuyo.» No se habló más. Dende aquella tarde tenía yo el anhelo clava en el corazón... ¡y ya lo alcancé! Quise darte una alegría y no te la dí porque tú no te acordabas. ¡Y ya ves como semos algunos: de lo que vosotras olvidáis es de lo que vivimos!

LUC.—(Pretendiendo animar a Andrés con su vivacidad.) ¡Amos, hombre, no sea tonto! Sí... sí... Si ya me acuerdo, ya... ¡A ver!... ¡a ver la guitarra!

AND.—(Dándosela.) ¡Mírala!

LUC.—¡Uy, qué preciosa! ¡Qué rebonita! ¡Y ya sé qué tarde dices!... Fué a día siguiente del que regañé con Sabino. ¿No?

AND.—¡Ese mismo!

LUC.—¿Ves?... Y aquella tarde me cogiste una rosa que me se cayó del pecho ¿verdá?

AND.—(Saca de la faja una rosa seca envuelta en un papelillo.) Esta.

LUC.—(Riendo.) ¡Anda! ¿Aún? ¿Pero hombre, ¿por qué guardas eso?

AND.—(Sonriendo tristemente.) ¡Que no me gusta tirar ná!

LUC.—Trae. (Coge la rosa y la tira lejos.)

AND.—(Asombrado.) ¡Oye!

LUC.—Déjala. Ven esta noche, me echas una copla, estrenas la guitarra y t'haré una rosa que ha abierto hoy mismo; ¿hace? (Aparece por el foro derecha Sabino el pañero. Trae del diestro un caballoje cargado con piezas de diversas telas. Se para y e cucha.)

AND.—¡Lucía! ¡Bendita seas! ¡Allí iré!... ¡A tu ventana!

LUC.—¡A estrenar la guitarra!

AND.—A estrenar esta guitarra que sólo ha de cantar tu hermosura y mi querer... ¡Sobre ella te lo juro!

Dichos y Sabino.

SAB.—(Adelanta con sonrisa burlona.) Güenas tardes.

LUC.—(Con sorpresa y terror.) ¡Él!

AND.—(Con contrariedad y sorpresa.) ¡El pañero!

SAB.—(Sonriendo.) ¿Se estorba?

AND.—Nunca.

SAB.—¿Me haces el favor de un trago de vino, Andrés?

AND.—Siempre.

SAB.—Por lo que sea.

AND.—Por ná.

SAB.—Vengo de lejos y traigo sed.

AND.—Aguarda. (Entra en la casa.)

SAB.—(Acercándose cautelosamente a Lucía y en voz baja.) Sus he estao oyendo.

LUC.—(Con ira.) Aparta o le llamo.

SAB.—Lucía, créeme; acabemos de una. Ni yo sin tí ni tú sin mí. No peleemos más. Que no vaya ese hombre esta noche al pie de tu ventana. Será mejor pa los pes.

LUC.—(Secamente.) Irá.

SAB.—Bueno, pues óyelo: si va, la primera copla de esa guitarra la voy a cantar yo. (Señalando la guitarra que ha quedado sobre el banco de piedra.)

LUC.—¡Mentiral!

SAB.—(Jurando.) ¡Por estas cruces! Silencio.

AND.—(Saliendo con un jarro.) Ahí va el vino.

SAB.—Gracias. (Lo bebe.) ¿Se debe algo?

AND.—Una buena voluntá; na más.

SAB.—Quedar con Dios, galanes. (Vase foro izquierda.)

AND.—Vé con el. (Reparando en Lucía, que queda cabizbaja y con semblante de pesadumbre.) Lucía... Lucía, ¿qué tienes? ¿Te quedaste amarillal? ¿Te dijo algo ese hombre?... ¡Dimel!

LUC.—¡No, nada!

AND.—¡Dimelo!

LUC.—Nada; de veras. ¡Y aunque me hubiese dicho! (Con pasión.) ¿Tú me quieres, Andrés?

AND.—¡Mucho!

LUC.—¿Mucho?

AND.—¡No sé cuánto! Más no podría. ¿Pero por qué me preguntas eso ahora?

LUC.—¿Irás esta noche?

AND.—¿Y cómo no?

LUC.—¿Al pie de mi ventana?

AND.—¡Allí mesmo!

LUC.—Pues te aguardaré... Me marcho ya, que se hace tarde.

AND.—¿Te acompaño?

LUC.—No hace falta. Voy por el atajo en un vuelo. Hasta luego. (Coge el saco.) Tendré cortá la rosa.

AND.—¡No he de tardar pór ella! (Lucía vase por la rampa izquierda, volviéndose a mirar a Andrés.)

LUC.—(Lejos, antes de desaparecer.) ¡Adiós!

AND.—¡Adiós! (Sube a lo alto de la rampa a verla marchar.)

Andrés; tía Tana, tío Sildo y Crisanta salen por primer término derecha. Esta última con dos cántaros de leche.

TANA.—(Asomándose y viendo a Andrés que no advierte su presencia, le dice a Sildo.) ¡Míalo, ahí está.

CRI.—¡Dita sí!

SIL.—Güena ocasión es.

TANA.—¡Hazle bien las reflexiones, Sildo, por la Virgen!

SIL.—Déjame lo a mí. Voy a hablarle.

CRI.—¡Duro, duro!

SIL.—Silencio. (Alto a Andrés, que se vuelve sorprendido.) ¡Hola, Andresillo!

AND.—¡Hola! (Baja de la rampa.) Güenas tardes, madre.

TANA.—(Con amargura.) ¡Pero hijo, tóo el santo día sin paecer! ¿Te parece bien?

AND.—(Sonriendo.) Quehaceres.

CRI.—(Con rabia.) ¡Y con una guitarra! ¡La compró al remate! ¡Si no me valiera se la rompía!

SIL.—Pos hombre, mi alegre e verte, que tenemos d'hablar los dos...

AND.—¿Hablar?... ¿Ahora?

SIL.—Ahora, y al tanto de cosas que son mú graves, Andrés, ¡pero mú graves!

AND.—¿Pues ustê dirá? (Como hablando consigo mismo.) (¿Le habrá dicho ese hombre algo contra mí?)

SIL.—Tú ya sabes lo que te estimo, y sabes así mesmo que a la juventú un consejo a güen hora no le está malo.

AND.—Sí, señor, sí. (Deben ser las siete y media.)

SIL.—Que tú no eres quien eras pa tu madre ni pa ningún, cosa es sabida.

AND.—(Ya estará) esos aguardando.)

SIL.—¡Y ya sabemos lo que es un querer, señor!

AND.—Güeno, pues hasta otro rato, que tengo una meaja e prisá. (Va a coger la manta y la guitarra.)

SIL.—(Asonibrado al ver la poca atención del mozo.) ¡Oye, tú, que estaba diciéndo que ya sabemos lo que es un querer!

AND.—Ya lo he oído, ya. Conque temprano vuelvo. Con Dios, madre. (Vase deprisa rampa izquierda.)

SIL.—(Con ironía, dirigiéndose a Tana.) ¿Que ya sabemos lo que es un querer?... ¡Pues no lo sabemos!

TANA.—(Con amargura.) ¡Pero, hijo!

SIL.—Pues no lo sabemos, Tana; porque un querer es eso, ¡irse aonde le lleva uno el corazón a güena u a mala parte! Y con los consejos, ¡migas! ¡Ahí lo tienes!

TANA.—(Sentándose con desaliento en el banquillo de piedra de la puerta de su casa.) ¡Probe hijo!

CRI.—(Con rabia.) ¡Dita siá!

SIL.—(Con amargura.) ¡Ahí lo tienes, Tana, ahí lo tienes! (Telón de cuadro.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Al levantarse el telón de cuadro, después de un corto preliudio, aparece una plaza pequeña de estructura irregular, de un pueblo castellano de la sierra. Las casas son bajas y de pobre aspecto. En el primer término izquierda se ve la de Lucía, cuya puerta es practicable. Sobre la puerta habrá una pequeña ventana con dos o tres tientos de flores. Es de noche. La luz de la luna ilumina poéticamente la parte de la plaza en que se alza esta vivienda dejando en una misteriosa penumbra las rinconadas y las estrechas callejuelas que dan paso a la escena.

Sabino y Rogelia. Al levantarse el telón aparecen Sabino y Rogelia (una moza del pueblo que lleva un cántaro de agua apoyado en la cadera) hablando.

SAB.—(Suplicante.) Anda, Rogelia. No seas niña... llégate.

ROG.—Que te digo que no, Sabino.

SAB.—Mujer, hazme ese favor; llégate ahí (Señalando la casa.), en cá la Lucía, y illa que salga un momento. Quieo hablarle dos palabras na más.

ROG.—Que no voy. No quío mezclarne en estos asuntos.

SAB.—¿Pues no estaba aquí contigo cuando yo vine?

ROG.—Aquí estaba, y de que te vió allegar metióse corriendo en su casa.

SAB.—¡Esa moza busca una perdición y la va a lograr! ¿Y qué te decía?

ROG.—¡Na, tontunas!... Que no quie na contigo.

SAB.—¡Mentira!

ROG.—Que esta noche viene Andrés a estrenar su guitarra...

SAB.—¡Peor pa él si viene!

ROG.—¡Y qué sé yo cuántas cosas más! Después de tóo tié razón. ¡Tú te lo as ganao... que bien la has hecho sufrir con otras mozas! .

SAB.—¡Bueno, pues por eso! ¡Ahora quiero que se acabe tóo!

ROG.—Sí... a *güen* hora, de que la ves a ella en otros amoríos! ¡Así seis los ombres!

SAB.—Güeno, ¿la llamas u no?

ROG.—Que no, te he dicho.

SAB.—Bien. Pos mira: le dices una cosa de mi parte. Le dices que venía a güenas a acabalo tóo de bien a bien; y que ya que no pué ser lo acabaré guapamente. No se ríe denguna moza de Sabino el pañero! Y le añides, que la guitarra de Andrés va a tener mal estreno. Tengo a mi gente prepará. Esos galanes va a hacer mala ronda... ¡por mi salú! Ahora tú, que eres amiga suya, si quieres lo callas, sí, se lo *aviertes*. Tú verás. A tú conciencia. Yo, más que decir no tengo. *Guas* nohes, Rogelia. (Vase por la última calle de la izquierda.)

Rogelia y Lucía.

LUC.—(Al marcharse Sabino sale recatadamente de su casa hasta asomarse con precaución a la esquina por donde el mozo ha desaparecido, dando a entender con su actitud que ha ido cuanto éste ha dicho. Con cara de feroz satisfacción.) ¡Así!

ROG.—¿Lo oiste?

LUC.—¡Todo! (Volviendo hacia el sitio por donde se fué Sabino.) ¡Así!... ¡Sufre! Sufre, como yo he sufrido. Porque créeme, Rogelia, ese ir y venir y esa altanería y esas amenazas... ¡son celos... celos, como los que a mi me hizo pasar desgarráronme el alma!

ROG.—¡Te advierto que ese hombre me da miedo, Lucía!

LUC.—¿Miedo?... ¡No hagas caso! ¡Cuando me paseó las mozas por la puerta e asa y yo me remordía de pena, entonces a reirse de mí! Pero allega esta noche, porque soy yo la que espero a uno, bravatas y amenazas, ¿eh? No le hagas caso Rogelia, déjalo... ¡déjalo que sufra!

ROG.—¡Pero oye, Lucía, por Dios... que a tí también te ciegan los rencores! entre tú y Sabino güeno está todo; pero piensa que por vengar tus celos cometes a otro hombre que no es causante de na.

LUC.—No le comprometo... Yo, hoy estoy libre.

ROG.—Sí, pero no quieres a Andrés.

LUC.—Porque no puedo querer a ninguno.

ROG.—¡Porque quiés a Sabino entoavía!... ¡Confíésalo!

LUC.—(Con amargura.) ¡Pues si no le *hubiá* querido!... ¡Pues si él hubiese sido a mí, como yo pa él, sumisa y esclava, no *hubiá* hecho lo que hice, que se que hie mal!... ¡Engañar a otro! Pero me cegó la ira y no ví na... na, más que vengarme, Rogelia, vengarme de ese hombre!

ROG.—Pues por eso te lo digo... Tu estás alocá, Lucía, pero eres buena. Créeme, aun estás a tiempo: evita que esta noche sea una noche de duelo pa tus... (Se oye muy lejano el rasgueo de las guitarras de una ronda.)

LUC.—(Imponiendo silencio a Rogelia.) ¡Calla! ¿Oyes? ¿Oyes?

ROG.—¡Las guitarras!

LUC.—¡Ellos vienen!

Rog.—Pos mira, güena ocasión: aguardas aquí... llamas a Andrés aparte y le dices la verda... que no le quieres, que fué una ceguera... y que te perdona... y que se vaya!...

Luc.—No... eso no; ¡no tengo valor!

Rog.—Créeme, Lucía. . (Se oyen las guitarras más cerca.)

Luc.—¡No... no me atrevo!... ¡Decirle eso ahora, cuando viene lleno de alegría con sus amigos a estrenar su guitarra!... ¡No, no puedo... no puedo!

Rog.—¡Pronto, decidete... están cerca!...

Luc.—Lo que hice fué una infamia... ¡Lo comprendo!... ¡Pero ahora no... no tengo valor! (Entra en su casa.)

Rog.—¡Ay, ojalá no te pesel (Vase foro izquierda. Se escucha lejos todavía la voz de un mozo que canta.)

MÚSICA

Mozo.

Esta noche mi guitarra
va a sonar en este barrio.
Ei que se meta con ella
lleva palos pa un sombrero.

(Cesa un momento el guitarreo.)

Sabino, mozo 1.^o y 2.^o y seis o siete más. Los mozos 1.^o y 2.^o llevan guitarras: los otros mantas y éstacas y alguno una bota de vino. Salen por el foro izquierda, cautelosamente.)

SAB.—(Saliendo delante de los suyos.) Ya llegan. ¡Salir con cuidiao!

MOZO 1.—(Que se asoma a la esquina de la derecha.) ¡Ya están ahí!

MOZO 2.—Les vide entrar con Andrés en la taerna del Chano.

SAB.—¿Cuántos van?

MOZO 2.—Cuatro u cinco.

SAB.—Mejor. Y ya sabeis lo que sus he dicho.

MOZO 1.—No tengas cuidiao; en cuanto que mandes, les cae la nube... (Elar diendo la estaca.)

SAB.—Vosotros, primero me dejais a mí con Andrés, que ya veremos... Y ahora a *escondenos* aquí... a la sombra de esta calleja... y silencio. (Se ocultan todos e la calleja primera derecha.)

Andrés, Ciemporros, Canijas y dos mozos. Antes de aparecer vuelve a oirse el guitarreo úña copla que viene cantando un mozo.

Mozó.

Por la calle abajo viene
una guitarra de plata,
y la primava diciendo
una morena me mata.

AND.—(Al salir, imponiéndoles silencio a todos.) ¡Chist! Callaise... callaise tóos... que ya estamos. (Salen.)

CIEM.—¡Me caso en Ciemporros! ¡Ja, ja!... (Riendo.) ¡Anda, este... pos no est temblando!

TODOS.—(Riendo.) ¡Ja, ja!...

AND.—¡Hombres, es que... (Emocionado.) es que... soñé muchas noches en est que había de allegar, y ahora que allega y que estoy ya bajo e su ventana... amo que... que se me seca la garganta!...

CIEM.—¡Los *niervos*!

CAN.—(Ofreciendo una bota.) ¡Pos echa un *traguejo*!

CIEM.—¿Quiés que de primeras le cante una copleja pa animarte!

AND.—¡Amos, caíla!

CIEM.—Pos hala hombre, duro tú... ¡anemo!

CAN.—¡Venga d'ahí, no tengas miedo!

AND.—(Preparándose.) Güeno, allá va... veremos como sale... (Se acerca seguido los otros hasta colocarse debajo de la ventana de la casa de Lucía.)

LOS OTROS.—¡Duro!

MÚSICA

AND.—(Cantando.)

El día que yo vea
brillar la luna clara
y cante...

Dichós, Sabino, mozos 1.º y 2.º y los demás

HABLADO

SAB.—(Interrumpiendo la copla de Andrés.) Guas noches, galanas!

AND.—(Sorprendido. Dejando de cantar.) ¡Sabino!

CIEM.—¡Anda, morena, el pañero!

CAN.—¡El pañerito!

SAB.—(A los suyos.) Salid, muchachos, que son amigos. (Salen los de Sabino.)

AND.—Amigos semos. ¿Y a qué se viene por acá?

LOS QUE SALEN.—Guas noches.

AND.—¿Y por que se le da el alto a mi ronda, si pué saberse?

MOZO 1.º.—(A Andrés.) Primero se contesta al saludo, tú.

AND.—¡Dios te guarde, hombre!

CIEM.—¡Picajosa viene la noche!

CAN.—¡Me paice, me paice!... (Requiriendo la estaca.)

SAB.—Pos na, que nos han dicho que estrenabas guitarra

AND.—Sí, la estreno. ¿Y qué?

SAB.—Pos que eso hay que remojalo ahora.

AND.—No me aparto de la costumbre, pero ahora no. Aluego esperáis en la cerca y se festeja.

SAB.—Oye, (Fijándose en la guitarra.) y parece güena pieza...

AND.—En otras manos, quizás.

SAB.—(Acercándose.) ¿Se pué ver? (Andrés duda.)

CIEM.—(No se la dejes.)

SAB.—No tengas miedo... (Se rie.)

AND.—(Con altanería y avanzando hacia Sabino.) ¿Miedo, de qué.

SAB.—Es pa vela na más. ¡Palabra de hombre!

AND.—Si es pa vela na más... toma. (Le da la guitarra.)

SAB.—(Mirándola.) ¡Maja la llevas! (La rasguea.)

MOZOS.—¡A ver! ¡A ver! (Al acercarse a mirar la guitarra lo hacen en forma tal, que terponiéndose entre Andrés y Sabino los distancian, quedando el primero a la derecha y pando el segundo a la izquierda con el propósito de enseñar la guitarra a sus amigos.)

SAB.—Suena, suena... Voy a probala. (Se dispone a tocarla.)

AND.—(Con viveza.) Oye, tú, Sabino, eso no. Trae acá.

SAB.—(Riendo.) ¡Quita, tonto! Una copleja na más. Se la echamos a la Lucía, me cae cerca.

LOS DE SABINO.—¡ESO! ¡ESO! (Se ponen por medio, impidiendo a Andrés y a los suyos pasar hasta Sabino, que se acerca bajo la ventana de Lucía, y con voz fuerte y vibrante canta dentro los otros luchan.)

AND.—(Forcejeando por llegar hasta Sabino.) ¡Mi guitarra! ¡Trae mi guitarra, Sabino! ¡Soltarme!

SAB.—(Cantando.)

Un mozo viene a rondarte,
del mozo y de tí me río...

AND.—¡Ladrón! ¡Trae mi guitarra! ¡Apartarse! (Luchando por desasirse de los que le sujetan.)

CIEM.—¡No te lo *icial*!

SAB.—(Cantando.)

...que el mozo y tú valéis menos
que la tierra que yo piso.

AND.—(Frenético.) ¡Ladrón!... ¡Traicionero!... ¡Maldita sea tu vida!

SAB.—(Con rabia.) ¡Y óyelo, güen mozo! ¡Ni pa mí sirve tu brio ni pa esa mujer tu guitarra, porque mirala, (La rompe, golpeándola contra el suelo.) ¡a peazos!

AND.—(Desprendiéndose, en un tremendo esfuerzo, de los que le sujetan.) ¡Mi guitarra ¡Te parto el corazón!... ¡Defiéndete! (Se abalanza a él y luchan. Intentan separarlos. Se forma un grupo en que todos pelean con confusión terrible y gritos feroces.)

CIEM.—(Hecho una fiera y repartiendo estacazos.) ¡Gallinas! ¡Cobardes! ¡Leña en ellos! (Ruedan algunos por el suelo a los golpes de Ciemporros, y luchando va el grupo hacia el foro. Al llegar allí, se detienen y retroceden algunos con espanto.)

SAB.—(Lanzando un grito agudísimo de dolor.) ¡Ay!... ¡Me han herido!... (Andrés y los suyos huyen foro derecha.)

LOS DE SABINO.—¡Asesino! ¡Matarlo! (Corren tras ellos.)

MOZO 1.º—(Sosteniendo a Sabino y con desesperación, al verse solo con el herido) ¡Socorro!

VOCES.—(Ya lejos.) ¡Cogerlo! ¡Matarlo! ¡Asesino!

MOZO 1.º—(A Sabino, que, apoyado contra la pared y con las manos en el pecho, se esfuerza por sostenerse.) ¡Sabino! ¡Sabino! ¡Sabino!...

SAB.—(Desfalleciendo.) ¡Socorrerme! ¡pronto!... ¡Llévame... llévame!

VOCES.—(Más lejanas.) ¡A ese! ¡Al asesino! ¡Cogerlo!

SAB.—¡Ay, no!... ¡no puedo más! Llévame, ¡me muero! (Queda Sabino apoyado contra la pared, sujeto por el Mozo 1.º que lo sostiene. En el suelo, ante ellos, la guitarra rota, una bota de vino, una manta y dos o tres estacas rotas. Cae rápidamente el telón.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Telón corto de campo. A la parte izquierda del telón se ve entera la fachada de un molino harinero de los movidos por el agua. La puerta del molino, practicable. Es la caída de la tarde.

Tío Sildo, Ciemporros, tía Celipa, señá Cesária, Mauricio, Mozas 1.ª, 2.ª y 3.ª; luego, Crisanta. El tío Sildo, envuelto en su capa astrosa y remendada, de paño pardo, y teniendo en

tre sus manos su vieja cayada de pastor, está sentado en un peñasco a la derecha, rodeado de las Mozas 1.^a, 2.^a y 3.^a, que, sentadas en el suelo, escuchan embobadas la conseja que el viejo les cuenta en voz baja. La tía Celipa y Ciemporros acaban de arreglar los sacos con que han cargado una borriquilla, delante de la puerta del molino. Se escucha el sordo ruido del molino en movimiento.)

CIEM.—(A la tía Celipa.) ¡Ya tié usted los tres sacos!

CEL.—(Atando la carga.) ¡Guarda, que amarre!

CIEM.—No se quejará usted de la molienda, tía Celipa.

CEL.—¡*T'uste day!* ¡Si cogimos una miseria ogaño!

CIEM.—¡Pos es la quinta carga!

CEL.—¡Fues al mienos candial!... ¡Pero tóó centeno, ya lo vistel! (Queda amarrando la carga. Salen Mauricia y seña Cesária. La primera viene cargada con un saco.)

CES.—¡*Guas* tardes, Ciemporros!

CIEM.—Tardías allegáis vosotras... ¡Mía éstas a qué hora!

MAU.—Amos, hombre; después que venemos dende tan lejos... (Deja el saco en el suelo.)

CES.—¡Anda, regañón! ¡Muélenos esta miaja!

CIEM.—¡Que no, que voy a pará el rodezno!

MAU.—¡Anda, hombre, que son unos granajos en junto!

CIEM.—¡Por vida el... (Gritando.) ¡Crisantal! ¡Crisantal!

CRI.—(Saliendo llena de harina. Con tono desabrido y uraño.) ¿Qué quiés, hombre? Vase Celipa con la burra.)

CIEM.—¡No pares, que trae este poco la seña Cesária!

CRI.—¡Amos, amos, amos!... ¡Podiais habé venío antes!

CES.—¡No seas hurona, mujer!

CIEM.—Pasar, que yo sus lo moleré... Ande...

CRI.—¡Te *cals* de güenazo! (Entran en el molino Mauricia, Ciemporros, Cesária y Crisantal.)

MOZA 1.^a—(Al tío Sildo.) ¡Pero qué remajo es el cuento!

MOZA 2.^a—¿Y se casó el príncipe con la zagala?

SIL.—¡Se casó! ¡Ya sus dije endenantes que era tonto e remate!

MOZA 3.^a—¿Y qué hizo el pastor desdeñaó?

SIL.—Pos el zagal fuése oteando con el rebaño la tarde mesma e la boda, paóse al pie de un cañar, y cortando una caña verde, hizo con su navaja un silbo del cañuto más fino y compuso una trova sacá de su caeza, pa *ila* a cantar toas las noches al pie del castillo llorando desdenes... Yo la sé... Mi agüela me la enseñó y con el silbo la canto.

MOZAS.—¡Pos, ande, ande!

MOZA 1.^a—¡Cántela usted!

SIL.—Voy a cantala. ¡La trova del pastor! ¡A ver si me ricuerdo.

MÚSICA

NL.

Las avecillas
de la montaña
dicen cantando cerca
de mi cabaña:
No llores, pastor,
si te abandonó la ingrata
despreciando tu dolor,
tendrá en el castillo
cintillos de perlas
y ajorcas de plata,
pero no tendrá tu amor.
No llores, pastor,
que se fué como una esclava
a servir a su señor.

Y olvidada ahora
entre plata y oro,
ella gime y llora
y morirá de dolor.
¡Pobre castellana,
que cuando se muera
lejos del pastor,
en la tierra que la guarde
no tendrá ninguna flor!
¡En la tierra que la guarde
no tendrá ninguna flor!

MOZAS.

HABLADO

MOZAS.—¡Mu bonitat ¡Mu bonita!

SIL.—¡Pos si os plació, no olvidéis lo que anseña, que es güen donaire firmeza de amor, zagalas! (Ciemporro sale del molino con Mauricia y Cesária.)

CIEM.—¡Estáis servidas!

CES.—¡Dios te lo pague, hombre!

CIEM.—¡Y caminar deprisa, que va a caer nieve.

SIL.—Eso barrunta el recalmo del aire.

MOZA 1.^a—¿Vais al pueblo, Mauricia?

MAU.—¡Allá vamos!

CRI.—(Que sale también.) Yo voy con ellas hasta cá Cerilo, por una meaja de aceite.

CIEM.—Güeno. No tardes.

MOZA 1.^a—¡Pos vamos juntas toas! (Cogen los mozos dos sacos que habrá a la puerta del molino.)

CES.—Guas tardes, Ciemporros y la compañía.

CIEM.—¡Ir con Dios! (Mutis todos por la derecha.)

SIL.—¡Adiós, palomas!

Tío Sildo y Ciemporros.

CIEM.—(A Sildo.) Pero, ¿qué hace usted tan acobijao, tío Sildo?

SIL.—Pos na, asperando, asperando como tóo lo que se seca... que el cierzo me lleve.

CIEM.—¡Amos, agüelo, no siá usted triston! ¿Qué hizo usted de aquel arrisco y d'aquel remozo?

SIL.—¡Ya lo ves... perdelo! Tóo se acaba, zagal.

CIEM.—Pa mí, que a usted lo acabaron las penas más que el tiempo.

SIL.—¡No escarrias, no!

CIEM.—¡Pa mí que dende la esgracia del probe Andrés que no es usted el mesmo, tío Sildo!

SIL.—¡La esgracia de Andrés!... Negros días fueron aquéllos, garzón!

CIEM.—¿Se ricuerda usted?

SIL.—Como si fués ahora mesmo. Mira, han pasao seis años y toavía tengo aquí drento, con su mesma luz, la tarde aquella en que los ceviles se llevaron a An dresillo, carretera alante, amarrao como un Cristo.

CIEM.—¡Tonto fué en perderse por tal moza!

SIL.—¡Tonto, no; desgraciao!... que no es lo mesmo.

CIEM.—¡Tonto; porque aluego, ya lo vió usted y lo vimos tóos. Andrés, a la cár cel. Sentenciaron la vista causa y seis años de presirio. Y ellos, pos el pañero no pudo la muerte con él y sanó al remate, y la Lucía, con el pío de meterse en su casa a curalo, pòs, lo que tenía que pasar: hicieron las paces y al año ya estabán casaos!

bandoná, y sobre su conciencia pesa la muerte e la pobre Tana... y el que un hombre de bien se vea por sus falsías arrastrando caenas...

CIEM.—Y yo, ¿sabe usted cuáles son mis temores, tío Sildo?

SIL.—¿Cuáles?

CIEM.—El día, que ya está cerca, en que Andrés salga del presidio y vuelva al pueblo a vengarse, como nos juró en una carta.

SIL.—¡Déjalo!... que justicia pura haría el mozo; que acción más negra que la que juraron, no hay naide que la cuenta, zagal. ¡Burlao, escarnecío, hiciéronle perder joventú, cariños, libertad, y aluego, zagal, sobre los peazos de aquel corazón destrozao, de aquel corazón güeno como la gracia del cielo... ¡a querese y a besase! Por vida e mis años, que viejo y crestiano soy y tremo e coraje, pensando que si yo fués el mozo, a mis manos finara sin perdón ni misericordia quien tal me hiciese!

CIEM.—¡Como tenela, sí que tiene usted razón!... Pero Andresillo tuvo gran culpa en no creerme, que ya se lo decía yo: «¡Deja a la Lucía, que esas mozas tan majestosas traen más duelos que un pedrisco!...» En cambio, miste mi ejemplo; yo me casé con la Crisanta y tóos me *chufaban* de fea que era. Y fea sí que es; pero me ha hecho el avío. ¡Mejor que otras! Trebaja que se las pela; gasta el dinero con pedazo y me quiere que brama como una corza en cuanto me ve. ¿Qué es chata?... ¡Tiene!... De día, con el trajín del molino, llena de harina de pies a cabeza, pos apenas se le nota la chatura; y de noche... pos ya sabe usted lo que alumbra un andil, y pa lo poco que se ve, ¡qué más dan las narices! Y ahí lo tiene usted. ¡Güena moza no tengo, güena mujer, sí!

SIL.—¡Tiene razón!

CIEM.—Siempre lo pensé. Las mujeres hermosas y las armas de fuego, pa los amigos. Si las necesito se las empresto, y de dispararse, que se le disparen a tiro.

SIL.—¡Mucho... mucho que sí! ¡Si Andrés hubiá hecho lo mesmo!

Dichos y Canijas por la izquierda

CAN.—(Dentro.) ¡Ciemporros! (Llamando.) ¡Ciemporros!

CIEM.—¿Quién llama? (Va a mirar.)

SIL.—Paece que conozco la voz,

CIEM.—(Admirado.) ¡Anda!... ¡Si es Canijas! ¿A qué me llamará ese, si no me sabía dende que me casé con la Crisanta?

SIL.—De cierto. Algo grave tiene que ser.

CAN.—(Mas cerca.) ¡Ciemporros!

CIEM.—(Contestando.) ¡Acá! (Se levanta Sildo.)

CAN.—(Saliendo agitado y tembloroso y rendido.) ¡Dios, qué ahogo!... ¡Daime agua!...

CIEM.—¿Qué te pasa?

SIL.—¿Tú po aquí?

CAN.—¡Dejaime alentar!

CIEM.—¿Qué te sucede?

CAN.—¿Te chocará que yo venga?

CIEM.—¡Hombre, no tién que ver unas cosas pa otras!

CAN.—¡Pos no te choque... no te choque... que se van ustés a atontolar de les diga lo que es!

SIL.—¿Pasa algo?

CAN.—¡Más que algo!

CIEM.—¿Grave?

CAN.—¡Gravisímo!

CIEM.—¡Habla, hombre!

CAN.—He volao pa venir. Hay que remedialó u sucede una esgracia gorda...

SIL.—¡Habla, repéine!

CAN.—Que vengo e la ceudá...

SIL.—¿Y qué?

CAN. — ¡Pos que esta mañana, esta mañana he visto en ella a Andrés!...

SIL. — ¡Jesús! (Asombradísimo.)

CIEM. — ¿A Andrés?... ¿Qué dices? (Estupefacto.)

CAN. — ¡Que le he visto!

SIL. — ¡No pue ser, zagal!

CAN. — ¡Como que he hablao con él!

CIEM. — ¿Tú?... ¿Con Andrés?

SIL. — ¡Si le faltaban unos meses pa cumplir!

CAN. — ¡Se los perdonaron en endulto!... ¡Y como está!... ¡Dios!

CIEM. — ¿Cómo?

CAN. — ¡No es el mesmo!... ¡No le conocerían! ¡Amarillo, enjuto! ¡Su mirar no es aquel mirar alegre! ¡Lleva el dolor en la cara!

SIL. — ¿Y qué te dijo?

CAN. — De que le vide, me dió una cosa que fui y le abracé y no podía hablarle, y él tampoco a mi. ¡Me apretujó y se le caía un lagrimón tamaño! — ¡Estás libre! — le dijo al remate—. ¡Libre! — me dijo él—. ¡Esta ya la cumplí, Canijas, pero mañana me voy al pueblo... después... volveré al presirio!... ¡Cállate por lo que más quieras y no digas que m'has visto!... — Y no habló más... Marchóse. ¡Cárcúlate las intenciones que trae!

SIL. — ¡No, no hay que dejarlo!

CIEM. — ¡Bien hicistes en avisarme, Canijas!

CAN. — Sé la ley que te tienes... y dije: yo se lo digo a ese!

SIL. — ¿Y qué hacemos?

CIEM. — No perder minuto. Quitá'le de una nueva perdición. ¡Si allega al pueblo mata a esa mujer!... ¿Y te dijo que mañana venía?

CAN. — ¡Mañana!

CIEM. — ¡Pos hala!... Nosotros a la ceudá esta noche, de posá en posá hasta encontrarlo! ¿Me acompañas?

CAN. — ¡Ande sea!...

CIEM. — ¿Trajiste el caballo?

CAN. — ¡Ahí lo dejé atao!

CIEM. — Amos en él. Usté se lo cuenta tóo a la Crisanta, cuando güelva. (Va a la puerta del molino y coge el sombrero y la manta.) ¡Mañana traíré aquí a Andrés!ilo!

SIL. — ¡Sí!... ¡tráelo!... ¡tráelo!...

CIEM. — ¡Debajo e la tierra lo busco!

Los dos. — ¡Hasta mañana! (Vanse izquierda.)

SIL. — ¡Que Dios vos guíe!... ¡Probe Andrés! (Mirando al cielo.) ¡Ya se hizo de noche!... ¡Y esta es la noche e Reyes!... ¡Noche d'alegría!... ¡Mala pa los tristes! ¡Escomienza a nevar!... ¡Probe Andrés!... ¡Probe Andrés! (Entra en el molino y cierra. Ha oscurecido. Sigue nevando.)

MÚSICA

Andrés

Empieza la orquesta a recordar la canción de la guitarra del cuadro primero. Sale Andrés sigilosamente, embozado en su manta, por la derecha. Se acerca al molino, se detiene en la puerta, escucha un momento, se separa y vuelve a acercarse, dudando entre si llamar o no. Por fin se aleja rápidamente, desapareciendo por donde vino. Sigue la orquesta.

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

veras de un pueblo. Desde el centro del foro hasta los primeros términos de la izquierda, una hilera de casas pobres y mal alineadas forman una calle, que bordea una carretera. La casa del primer término, algo mejor que las demás, tiene dos fachadas. En la que da frente a la escena habrá una puerta practicable, a la que dan acceso dos escaloncillos de piedra; y en la que da al público, una ventana de ancho alfeizar, cerrada con vidrieras y colocada a metro y medio de altura del suelo. A la derecha del escenario empieza el campo, y en el mismo lado y hacia el foro terminan las veredas (una practicable) de un cerro peñascoso. Es de noche. Una noche fría y oscura. Cae la nieve cernida e insistente que ha blanqueado el paisaje.

Un leñador y una vieja. Mozas y mozos (dentro)

MÚSICA

Se hace la mutación sobre un nocturno pianísimo aparece la escena desierta y silenciosa, bajo su capa de nieve. A poco, se oye lejano, el sonar de panderas y zambombas, y voces alegres, que entonan un villancico.)

MOZAS Y MOZOS.—(Dentro, cantando.)

Ya llegan los reyes
por el encinar
Melchor va delante
después va Gaspar,
y detrás de todos
viene Baltasar

Hacia el portal de Belén
los Reyes Magos caminan;
la nieve borra las sendas
la estrella sirve de guía.

HABLADO

Leñador, seguido de la vieja, que cubre su cabeza con la saya, bajan por la vereda del cerro. El leñador, al bajar, descarga el haz, fatigoso y cansado, y se sacude la nieve. La vieja trae un corderillo en brazos.)

LEÑ.— ¡Va una nohcecita e Reyes!

VIEJA.— ¡Condenada está!

LEÑ.— ¡Y Mateo en el ható! ¡Mala peste, si no le hace el lobo una avería esta che!

VIEJA.— ¡U se *hela* la creatura, que es lo pior!

LEÑ.—¡Pa ello está el temporall!

VEJA.—¡Carga otra vez y amos, que falta poco!

LEÑ.—¡Y de verdad que estoy arrecio! (Vuelve a cargar con la leña y desaparecen por el foro izquierda.)

Tía Celipa y Lucía. Vienen arrebujadas en sus mantones, calle abajo. Tía Celipa lleva en la mano un farolillo encendido. Lucía trae en sus brazos, abrigándolo con su mantón, a su hijo, un niño de cuatro a cinco años.

CEL.—¿Y el niño?

LUC.—(Mirándolo.) Viene dormío.

CEL.—¿Pero cómo lo sacaste con esta noche, mujer?

LUC.—Por no dejarlo solo. Fui a cenar en cá mi padre, por ver si allí tenían noticia de Sabino.

CEL.—¿Y qué?

LUC.—Ni barrunto siquiera. Andará por ahí, como siempre, gastándose en ja ranas el dinero e sus tratos, y mientras ni un minuto le queda pa preguntar una mala vez qué es de su hijo y de mí, qué es de nosotros, ¡abandonaos en esta tris teza y en esta soledad!

CEL.—¡Pacencia, mujer!

LUC.—¡Ay, si no fuera por este ángel!

CEL.—Mal hombre lograste. ¡Pero al cabo a naide pués culpar!

LUC.—¡A mi estrella mala!

CEL.—A la juventú loca, que es como el agua del torrentón, que por ir *and* quiere tóo lo salta. En cambio, *el otro* bien de cariño te tenía!... ¡Probe Andrés!

LUC.—Tía Celipa, mis trebajos y mis penas déjemelos usté pa mí sola, que har to tiempo me *quea* pa llorarlos.

CEL.—Bien dices, hija. Trae la llave y abriré, que tú no acertarás con e chico.

LUC.—¡Tome usté! (Le da la llave. Celipa abre la puerta de la casa primera.) ¡Y gra cias por acompañame!

CEL.—¡Quita, mujer! ¿Te iba a dejar venir sola en esta *escuridá* de noche?.. A descansar, hija. Trae que le bese. (Besa al niño.) ¡Probe angelico!

LUC.—Hasta mañana, tía Celipa! (Entra en la casa y cierra. La tía Celipa se va por l izquierda de la calle, segundo término.)

Mozos y Mozas, que cantan dentro. Luego Lucía y el Niño en la ventana.

MÚSICA

MOZOS Y MOZAS

Hacia el portal de Belé
los Reyes Magos caminan;
la nieve borra las sèndas,
pero la estrella los guía.

HABLADO

LUC.—(Asomándose a la ventana con el niño.) Sí, hijo mío, es que van tóos cantand a esperar a los Reyes; ¿oyes?... ¡Vaya si vienen; ya estarán allegando! ¡Y un ange lico les va diciendo ande viven los niños buenos pa que le llenen los zapaticos d golosinas y cosas ricas!... ¡Mira, aquí vamos a dejar los tuyos!... (Deja unos zap atitos en el alfeizar.) Y ahora, a dormir, que el lobo ahulla en el barranco, ¿oyes?... ¡A dormir, vida mía! ¡A cerrar y a dormir!... (Cierra la ventana.)

Andrés. Sale por el último término derecha, embozado en su manta, con paso receloso. A salir mira a todos lados y se detiene ante la casa de Lucía.

ANDR.—¡Esta!... ¡Esta es la casa! ¡Aquí vivía él; aquí viven los dos!... ¡A ojo ciegos hubíá llegao! Y es que muchas, muchas noches, en la *escuridá* de mi cal!

zo, he visto este camino alumbrado por llamarás de calentura!... Pa esto sólo, llegar hasta aquí, quería la *liberta*... ¿Pa qué si nó? ¡Ya la tengo y ya he venido a estamos cerca, Lucía! (Pausa.) ¡Sí, al remate ha llegao mi hora! La hora que guardé contando los minutos uno a uno, en días que no acaban nunca de largos tristes! Saldré—decía yo—, y en cuanto salga, ¡allí... sin torcerme ni desviarme, allí! ¡A matarla! ¡A matarla donde la encuentre! ¡Aunque sea en sus brazos!... En sus brazos! ¡Ojalá! (Con profunda amargura.) ¡En sus brazos!... ¡La rabia y el dolor me ahogan!... ¡Y a mí mismo me destrozaría en estas ansias de muerte que se consumen cuando pienso que no es la venganza la que me trae aquí! ¡No, Andrés, no vale engañarse!... ¡No es la venganza! (Pausa.) Ni mi pobre guitarra, rota como mi vida antes de su primera canción; ni mi triste casucha, desmoroná y sola como la encuentro; ni mi madre, muerta como la lloro, ni mi juventud sin alegría, dízas que no me movieran contra tí... ¡No es la venganza, no! ¡Es el querer! ¡Este querer maldito que aún vive en mí, aún vive en mí, y que quiere tu vida, no porque eres mía, sino pa que no seas suya! (Pausa. Con ira reconcentrada y luego con furia eciente va exaltándose hasta el desvarío frenético.) ¡Ella! ¡Mi afán y mi sueño, mi deseo mi alegría!... ¿Ella pa otro? ¡No!... Pa otro, mientras yo estuviese entre hierros y paredes; ¡ahora estoy libre! ¡Lo juré y voy a cumplirlo! ¡Ella en otros brazos!... ¿Quizás ahora?... ¡No, ni un minuto más! (Tentándose la ropa como un loco.) ¡Mi navaja! Aquí... pronto... pronto!... (Husmeando como una fiera al rededor de la casa, se acerca a la puerta.) ¡No, por la puerta no! ¡Quizás no pudiera hacerla saltar ni con tanta rabia que me ahoga! (Dobla el ángulo de la casa y se detiene ante la ventana, por cuyos cristales empañados sale la débil claridad de una luz escasa.) ¡Por aquí, sí; por esta ventana!... De un golpe romperé los cristales. Entraré como un ladrón... ¡Como a entró en mi alma!... ¡Arriba!... ¡Pronto, Andrés!... ¡Pronto!... (Con la navaja puesta en la mano y poniendo el pie en un zócalo de piedra que bordea la pared, hace un esfuerzo y llega hasta el alfeizar de la ventana. De pronto da un grito ahogado.) ¡Ah!... ¿sús!... ¡Santo Dios!... ¿Qué esto? (Vuelve a mirar.) ¡Los zapatitos de uno niño trocede.) ¡De un niño!... ¡Sí!...

MÚSICA

Mozos y MOZAS.—(Dentro y muy lejos.)

Hacia el portal de Belén
los Reyes Magos caminan,
la nieve borra las sendas,
la estrella sirve de guía.

AND.—(Atendiendo.) ¡Sí!... ¡Esta es la noche, la noche de Reyes!... ¡Los zapatitos de un niño!... ¡De su hijo quizás!... (Con profunda amargura.) ¡Su hijo!...

LUC.—(Cantando dentro pianísimo.)

A los niños que duermen
Dios les bendice,
y a las madres que velan
Dios las asiste.
Ea, la nana,
duerme, lucerito
de la mañana.

AND.—(Que apoyado en la esquina de la casa oye, con emoción intensa, el cantar de Lucía.) ¡Ella!... ¡Su voz!... ¡La voz adorada que me hacía temblar de encanto!... ¡Duerme a su hijo!... ¡A un niño!... ¡A un niño que sueña ahora en que a esa ventana va de venir los reyes a dejar colmada su alegría, como yo lo, soñé en noches largas al calor de otros brazos perdidos pa siempre! (Llora, tembloroso y conmovido.) ¡Madre, sí!... ¡Tú hiciste esto!... ¡Tú, que también velas por mí en esta noche oscura y desamparo!...

LUC.—(Cantando dentro.)

Ea, la nana,
duerme, lucerito
de la mañana.

AND.—(Con profundo desaliento.) ¡Ay, yo no sé qué angustia y que desmayo me da esa voz!... ¡Tarde llegaste, Andrés!... ¡No, no puedo matarla!... ¡Por donde un niño espera su alegría no entra la muerte! (Con resolución y amargura.) ¡Ea, sí, lejos!... ¡Lejos de aquí!... ¡Adiós, Lucía, adiós pa siempre!... Y tú, pobre creatura, duerme tranquilo, y mañana, cuando despiertes, rie de gozo al buscar tus zapatos, porque mira el regalo que te dejan los Reyes... (Deja la navaja abierta sobre los zapatos.) ¡La vida de tu madre! (Vase llorando, con paso incierto, como un loco, sendero arriba.)

LUC.—Dentro. Cantando pianísimo.)

Pajarito que cantas
en la laguna,
no despiertes al niño
que está en la cuna.
Ea, la nana,
duérmete, lucerito
de la mañana.
(Va cayendo pausadamente el telón.)

FIN DE LA ZARZUELA



EPURADOR HIGIÉNICO Y RÁPIDO

“ A R S O ”

CARDENAL CISNEROS, 28. - MADRID

Juan Angel Sánchez-Guzmán

Cosechero exportador de
vinagres puros de vino.

Podegas en Yebes-Toledo

La correspondencia dirijase al Administrador de

PRENSA POPULAR

Apartado 498 - Calvo Asensio, 3 - Madrid

NO SE ACEPTA EL PAGO EN SELLOS

La Novela **CORTA**

Después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, para complementar su apostolado de divulgación literaria va a rendir un tributo a la

MEMORIA

Los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada una de ellos una sola obra en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

Barra.—Espronceda.—Patricio de la Escosura.—Martínez de la Rosa.—Enrique Gil.—Fernández y González.—Ortega y Frias.—Hartzenbusch.—Gerudis G. Avellaneda.—Pastor Díaz.—Iguals de Izco.—Navarrete.—Pérez Escrich.—Pilar Sínúés.

NOVELA HISÓRICA

Patx.—Cánovas.—Viceto.—Balaer.—Navarro Villoslada.—Amos de Escalante.—Castelar.

NOVELA NATURALISTA

Ernán Caballero.—Miguel de los Santos Alvarez.—El Solitario.—Mesonero Romanos.—Pereda.—Valera.—Clarín.—Selgas.—Alarcón.—Arturo Reyes. También rendiremos un homenaje a la memoria de los grandes escritores y poetas que escribieron narraciones en prosa.

POETAS

Arrilla.—Trueba.—Becquer.—Carolina Coronado.

ESCRITORES

Univet.—Silverio Lanza.—Taboada.—Eusebio Blasco.—Alejandro Sawa.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas grandes novelas extractadas serán precedidas de aclaraciones y semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por la C. de Pardo Bazán, Rostiza Marín, Azorín, M. Bueno y C. de Castro

Los artículos HOMINAJE, serán extractados y se publicarán en forma de los artículos de los escritores actuales más importantes.

FRINE

REVISTA FEMENINA CULTURAL

EL PRÓXIMO JUEVES

LA BELLEZA DE LAS MANOS

SUMARIO

Su encanto.—Cuidados necesarios.—Blancura.—Suavidad. Las uñas.—Modo de conservarlas y embellecerlas.

La belleza de la mano.—La mano debe ser bonita.—Consejos de Lina Cavallieri.—Remedios de las imperfecciones.—Limpieza de las manos.—Manos morenas.—Manos gruesas.—Cuidados de las manos.—Para tener la mano linda.—Para el sudor de las manos.—Contra los males del frío.—Para tener las manos calientes y que no se pongan encarnadas.—Grietas en las manos.—Los sabañones.—Contra el entumecimiento de los dedos.—Para limpiar las manos muy sucias.—Quemaduras.—Arañazos de afilerazos y espinas.—Mordeduras.—Picaduras de insectos.—Cortaduras.—Varios consejos.—Las uñas.—La «toilette» de las uñas.—El lenguaje de las uñas.

15 cénts.



Si yo
fuese rey por
algún milagro,
tendría en mi Palacio
lámparas OSRAM

CONCESIONARIO: **LEÓN ORNSTEIN - MADRID**

MARIANA PINEDA, 5

LA NOVELA
TEATRAL

CADETES
LA REINA

que en un acto

de *San Moyrón*

10. cts.

PO LUNA



LA NOVELA TEATRAL

Director: José de Urquía

Complemento de la Novela Corta

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar pero cuya autorización **ya nos ha sido oficialmente otorgada**

Galdós.

Electra.—Doña Perfecta.—La loca de la casa.—Realidad.—La de San Quintín.*

Dicenta.

El Lobo.—Sobrevivirse.—El crimen de ayer.—El señor feudal.—Daniel.—Aurora.*—Luciano.*

Quintero.

El Patio.*—Doña Clarines.—La escondida senda.*—El niño prodigio.*

Arniches.

La sobrina del cura.—La casa de Quirós.—Las estrellas.—Dolorettes.—La señorita de Trevez.—La gentuza.

Arniches-G.^a Alvarez.

El terrible Pérez.*—El cuarteto Pons.*—El Príncipe Casto.*—El Método Górritz.*—Mi papá.*—Gente menuda.*—El fresco de Goya.*—El pollo Tejada.*—El perro chico.*—Alma de Dios.—El pobre Valbuena.

Alvarez-Muñoz Seca.

El verdugo de Sevilla.—Fúcar XXI.—La frescura de Lafuente.—El último Bravo.—Los cuatro Robinsones.—Pastor y Borrego.—Trampay cartón*

Villaespesa.

El rey Galaor.—Aben-Humeya.—La Gioconda.—Doña María de Padilla.—Laleona de Castilla.—El Halconero.*

Abatl - Paso.

La Divina Providencia.*—El gratacaño.—El río de oro.—El infierno.*—Los perros de presa.—El Paraíso.*—La mar salada.*—La bendición de Dios.*—El asombro de Damasco.*—El tren rápido.*—El velón de Lucena.*—Nieves de la Sierra.*—La alegría del vivir.*

Vital Aza.

Francfort.—La rebotica.—Ciencia exactas.—La Praviana.—Parada Fonda.—Tiquis Miquis.—La sala de armas.

Comedias.

Trata de blancas.—El místico.—Los semidioses.—Las cacatúas.—Charito, la Samaritana.—Todos somos unos.—El cardenal.—El hombre que asesinó.—Serafina.—Rubiales.—La eterna víctima.—Jimmy Samson.—Lopez de Coria.—Primavera en otoño.—El misterio del cuarto amarillo.—Primerose.—Raffles.—Mirandolina.—Genio y figura.—Petit-Café.—Los noveleros.—La Tizona.—Miquette y su mamá.—Los gemelos.—El chico del café

Zarzuelas.

La viejecita.—La alegría de la huefá.—La marcha de Cádiz.—Gigantes y cabezudos.—La Corte de Faraón.*—La Tempranica.*—El duque de la Africana.*

(*) Las obras señaladas con asteriscos serán en breve publicadas

Los cadetes de la Reina

ZARZUELA EN UN ACTO DIVIDIDO EN DOS CUADROS

original de

Julían Moyrón

Música de PABLO LUNA.

PERSONAJES

BERMINIA.
LISA.
ROSA.
ALDEANA.
CADETE 1.º
EM 2.º
EM 3.º

CADETE 4.º
CARLOS.
HELIOORO.
PRESIDENTE.
MINISTRO DE LA GUERRA.
IDEM DE HACIENDA.
IDEM DE INSTRUCCION.

MINISTRO DE CULTOS
IDEM DE COMERCIO.
CAPITAN.
ALDEANO 1.º
IDEM 2.º
UN CRIADO.

Heraldos, cadetes, damas, cortesanos, diplomáticos, aldeanos, coro general y acompañamiento

La acción en un país imaginario. - Epoca actual.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

terre a todo foro. Al fondo, palacio, lo más artístico posible, con gran escalinata de mármol que avanza hasta la tercera caja. Rematan el barandal dos figuras que sostienen caprichosos aparatos de luz. La escalera tiene amplia plataforma de mármol. Una puerta grande en el centro y una pequeña a cada lado de aquélla, dan entrada al palacio, que se ve a través de una plantación exhuberante. El aspecto ha de ser lindo: una impresión poética más que señorial. Mucha luz. A la derecha figura estar la entrada del jardín, que se supone muy distante, dadas las dimensiones de éste. En primer término izquierda un pequeño banco de piedra con respaldo y brazo; tiene adornos y el escudo real. Todas las entradas y salidas de este cuadro han de hacerse por la derecha o foro, según indique el diálogo. La acción da principios en las primeras horas de una tarde primaveral. Detalles a juicio del pintor.

ESCENA PRIMERA

X Ep. 1.ª. Introducción. (B. y S. 1.ª)

MÚSICA

levantarse el telón aparecen tres Trompeteros en el extremo izquierda de la plataforma y tres Heraldos en el de la derecha. Al empezar la marcha, después de los toques de llama-

da, salen por la derecha, primeros términos, Heliodoro, Aldeanas y Aldeanos, quedando replegados en el mismo lado. Se abre la puerta grande del palacio, la cual está aforada por forillo de patio y galerías de cristales, y van saliendo ocho Alabarderos (señoras); otros ocho Alabarderos (señoras), color distinto de traje, que bajan llegando hasta primer término, y partiendo por mitades, o sea en dos filas, que es como avanzan, quedan por mitades una sección tras otra a cada lado de la gradería. Cuatro Damas y cuatro Cadetes (segundas partes), que quedan en dos filas cubriendo los escalones una frente a otra, de jando calle en el centro e intercalando Dama y Cadete. Dos Reyes de Armas, con su mazas al hombro, que quedan en el primer escalón (contando desde escena); Presidente; Ministros, exceptuando el de la Guerra, que bajan a ocupar el primer término izquierda tras ellos cuatro Gentiles-hombres (caballeros de Coro) y un Oficial, ayudante; Carlos, capitán de los Cadetes, que queda en lo alto de la gradería, y, por último, cuatro Criado de librea (señoras), que quedan custodiando en fila la puerta de Palacio. En este desfile han de coincidir los últimos acordes de la marcha con el cuadro que forman los personajes que efectúan la salida. Menos los militares todos se descubren.

CAR.

Honrados ciudadanos,
súbditos de estos reinos,
regidos por la gracia
y voluntad de Dios,
por la sin par princesa,
Herminia de Tolosa,
legítima heredera
del rey Agamenon;
Cumplido el breve plazo
que su capricho impone
y muerto el favorito
que con su amor honró,
Herminia la princesa,
la de los bellos ojos,
hoy a su noble pueblo
dirige este pregón.

(Desdobra un pliego y lee.)

«Amor es mi divisa.
Reinar en amor quiero.
Mi vida sea amores.
Morir quiero de amor.
Mujer soy, más que reina
que manda en sus vasallos.
Mi reino no es un pueblo;
mi reino es la pasión.»

(Grandes murmullos de descontento en el pueblo.)

PRE.

Que callen esos ruines;
que calle el populacho
y escuche de su reina
la autorizada voz.

CAR.

Los labios enmudezcan,
y escuchen silenciosos.
Cuando los reyes hablan
por ellos habla Dios.

(Bajan hasta primer término; todos guardan silencio y prosigue la lectura.)

«Mi favorito ha muerto.
¿Lloráis? Pues no lloradle.
Mi favorito era
y no le lloro yo.

Mintió que me adoraba;
fingió por miedo amores;
por vanidad, mentiras;
perdióle su ambición.
Muerto está; y si su suerte
por hechiceras artes
volviera a este mundo,
lo juro por quien soy
que otra muerte le diera,
y ciento, si volviese
a recobrar cien vidas;
su crimen fué mayor.»
Y dice al pie: «Deseo
que al muerto favorito
un favorito herede
sus glorias y mi amor;
y sepan mis vasallos
que a partir de esta fecha
buscaré favorito
que herede al que murió.»

Todos.
CAR.
TODOS.
CAR.
Todos.

¡Oh, qué gran honor!
La Reina es quien habla.
Su vasallo soy.
Es ley su capricho.
Que cumpliré yo.
Es un buen vasallo
quien al rey sirvió.
¡Oh, gran señora!
¡Oh, reina ejemplar!
¡Honor! ¡Honor! (Saluda inclinándose.)

Comienza el desfile para entrar en Palacio en la forma siguiente: Carlos, Presidente, Ministros, Gentiles-hombres y Oficial, Damas y Cadetes, Reyes de armas, Criados de librea y secciones de escolta; la puerta se cierra tras los últimos, coincidiendo el mutis total con las últimas notas de las trompetas; los que las tocan y los Heraldos hacen mutis por ambos laterales, quedando en escena Heliodoro y los Aldeanos de ambos sexos, que avanzan al centro murmurando.)

¡Otro favorito,
y ya lleva doce!
¡Nuestra real princesa
insaciable es!
Sólo un mes le dura
cada favorito,
y otro nuevo elige
a final de mes.
Tan mortal capricho
no puede seguir.
¡Qué va a ser del pueblo!
¡Qué va a ser de mí!
Aunque sólo sea
por conservación,
se impone que hagamos
la revolución.
¡Chitón!
¡Chitón!
¡¡La revolución!!

HABLADO

ALD.^a.—¡Muera la tirana! (Muy bajito.)

TODOS.—¡¡Muera!!

HEL.—Y si no se muere va a ver que matarla, porque esto de consumir un hombre por mes es un abuso.

ALD. 1.^o.—Pero ¿qué hará con ellos para consumirlos tan pronto?

HEL.—¡Locuras! ¡Yo he presenciado aquí cosas inenarrables! Claro, como era el primer jardinero de palacio...

ALD. 1.^o.—¿Y por qué te inarchaste?

HEL.—Porque se enamoró de mí la señorita Rosa y a todo trance quería casarse conmigo!

ALD.^a.—¡Una dama de Honor de las más antiguas!

HEL.—¡Antiquísima! ¡Como que ya lo era en los tiempos de la abuela de nuestra actual soberana. Pues bien; la señorita Rosa, en uno de esos momentos... con idenciales, me dijo que la Reina, al llegar el último día de mes, manda cortar la cabeza a todos sus favoritos. (Murmulos.) Y además me he enterado que la soberana, en vista de que no encuentra entré sus cortesanos un hombre como el que ella desea, piensa elegir favorito entre los hombres del pueblo. (Murmulos generales.)

ALD. 1.^o.—¿Entre nosotros?

HEL.—Por eso nos han leído ese pregoncito, que dicho en confianza, es escandaloso.

ALD. 1.^o.—Eso no se puede consentir. ¡Muera la tirana!

HEL.—Si; pero ya sabéis que respeta a los hombres casados.

ALD. 1.^o.—Pues a casarnos todos y que se fastidie. (Muestras de regocijo en ellas.)

HEL.—Eso es: casaros, casaros.

ALD. 1.^o.—¿Y tú?

HEL.—¡Demonio! ¡Es verdad, que yo también soy soltero!

ALD.^a.—¡Y guapo!

HEL.—Eso me decía la señorita Rosa cuando me sorprendía en las faenas del riego; pero ¡quía!

ALD.^a.—Fijarse en la boca: ¡qué boca!

HEL.—La boca es un piñoncito; la boca es de mi madre.

ALD.^a.—Pues, ¿y los movimientos?

HEL.—Los movimientos son de mi padre. Pero, ¿soy tan hermoso?

ALD.^a.—¡Irresistiblemente hermoso!

HEL.—De manera, que según vosotros, la reina...

ALD.^a.—Seguro; en cuanto te vea te nombra favorito.

HEL.—Eso no se puede consentir. Este es el momento de que gritemos todos muy fuerte: (Muy bajo.) ¡Muera la tirana!

TODOS.—(En voz baja.) ¡Muera!

HEL.—¡Viva la revolución!

TODOS.—¡Viva!

MÚSICA

TODOS.—(Menos Heliodoro, haciendo mutis por donde salieron.)

Tan mortal capricho
no puede seguir,
etc., etc.

ESCENA II

Heliodoro. Después Rosa por la puertecilla fondo derecha

HABLADO

HEL.—En cuanto la reina se fije en tí, Heliodoro, cae privada en tus brazos delante de toda la Corte. Ahora que, para estos casos, digo yo que se valdrá del gentil-hombre de servicio, a quien le dirá:—«Os confío el honor de que me busquéis al hermoso Heliodoro y me lo traigáis a la mayor brevedad. Advirtiéndooos en cuanto llegue, oigáis lo que oigáis, ni entréis ni dejéis entrar a nadie en sus habitaciones.» Y aquella noche un gentil-hombre velaría mi sueño. Bueno, mi sueño precisamente, no; pero me velaría un gentil-hombre. ¡Y qué noche! ¡Que chel! Quien la iba a pasar mal era él... pero la reina y yo... Ahora que cuando ensos que al mes le retuerce a uno el pescuezo, se me pone carne de gallina y... mos, que no. Yo me caso con cualquiera que pueda ponerme el dote que existe en las leyes, con la primera que se me presente, con...

ROSA.—(Apareciendo y bajando a su lado.) ¡Oh, caballero Heliodoro! ¡Que encuentro más feliz y más inesperado!

HEL.—(¡La señorita Rosa! ¡Es que me huele! Digo: ¿será providencial este encuentro?)

ROSA.—No; no me miréis así. ¿Por qué sois tan hermoso?

HEL.—Cosas de la Naturaleza, que con unos se prodiga y en cambio con otros... (¡Ni a propósito se fabrica una vieja más fea!)

ROSA.—¡Estáis tan fresco!

HEL.—(¡Puede que, vista con detenimiento, cambie!)

ROSA.—(¡Por fin! ¡Está pensando como declararse!) No os atormentéis, de cualquier modo; mi corazón os adivina.

HEL.—¿Me permitís? (Cogiéndola de una mano la hace girar sobre sí misma, mientras la examina a su capricho, colocándola por fin en una postura ridícula.) ¡Cambia! ¡Ya lo o que cambia!...)

MÚSICA

¡No tiene arreglo, es horrorosa! Decididamente prefiero el gentil-hombre con sus consecuencias.) (Entretanto Rosa deja la postura en que se hallaba y coquetea, con movimientos propios de mujer vieja y ridícula, esperando que Heliodoro se declare; pero vista de su indecisión, exclama con voz entrecortada.)

SA. ¡Helio!...

SA. ¡Rosa!

SA. ¡Como mariposa yo quiero libar!

Caprichosa.

(Pues lo que es conmigo creo que no liba más.)

Mira.

Miro.

Oye mi suspiro, tímido doncel.

Vete.

Vete.

(Búscate un cadete,
o si es poco, un coronel.)

ROSA.

Desde chiquitita
yo te adiviné.

HEL.

(¡Pues no vengo al mundo
si tal cosa sé!)

ROSA.

No hay en la corte
otro más galán.

HEL.

(¡Me fastidiaron,
me reventaron
con mi hermosura mis Papás!)

ROSA.

Pon junto a mi oído
tu boca de miel.

(Adoptando una postura ridícula y para que la hable y quedando sesgada para no verle.)

¡No vayas a hacerme
cosquillas, cruél!
Ponla más cerquita;
qué emoción me da.

HEL.

(Yo me marchó, que no puedo
aguantarla más:
Anda y que te alivies ¡carraaah!)

(Indeciso, inicia el mutis y vuelve.)

HABLADO CON MUSICA

ROSA.—Está pensando.

HEL.—(¡Estoy pensando qué le diría yo que la molestara más! Pero, no; lo mejor es dejarla ahí sola haciendo el ridículo.) (Sigilosamente hace mutis segunda derecha.)

ROSA.—(Sin darse cuenta que está sola.) ¡Ya viene! ¡Me lo dice el corazón, que adivina! (Volviéndose muy cariñosa, poco a poco.) ¡Helio! ¡Helio! (Viendo que no está.) ¡Eh! ¡Cómo! ¡Ah, todo lo comprendo, buen caballero! No pudo resistir mi belleza y huye por no mancillar mi honor. (Dirigiendo la palabra hacia el sitio por donde se fue el mutis.) Pero no temas, caballero Heliodoro; todos mis encantos femeninos te guardo para tí con doble llave y en arcón de plata. Tomad. (Tirándole un beso e iniciando el mutis por la misma puerta que salió.) ¡Cómo corre! ¡Cuán caballero es! ¡No lo coge por no sonrojarme! ¡Ay! ¡Volved y abrid pronto el arcón, gentil mancebo! Tomad... Tomad... (Dos besos más y hace mutis, terminando la música.)

ESCENA III

El Presidente y los ministros de Hacienda, Instrucción, Cultos y Comercio, por la puertecilla izquierda de Palacio. En seguida el ministro de la Guerra, por la primera derecha. Se discutiendo acaloradamente y al entrar el de la Guerra, bajan a escena.

HABLADO

PRES.—¡Estoy encantado de la armonía que reina en todos nuestros Consejos (En tono de hombre convencido y no haciendo caso nunca de las protestas de sus compañeros de Ministerio.)

M. HAC.—Yo insisto en presentar mi dimisión.

M. CUL.—Y yo.

M. INS.—Yo he presentado la mía con carácter irrevocable.

M. GUER.—(Saliendo apresuradamente.) Señores, siento que haya terminado el Consejo, pues venía dispuesto a no desempeñar ni por un momento más la cartera de Guerra. (Murmullos de aprobación en sus compañeros.)

PRES.—¡Silencio! ¡Silencio! Conozco eso de las dimisiones; todos nos hemos retirado con carácter irrevocable y hemos vuelto con el mismo carácter. (Protestas.) Decía, señores, que reina la más inquebrantable armonía en este ministerio y que el Presidente dispone, por unanimidad, de la confianza de todos sus ministros.

M. GUER.—(En son de protesta.) ¡Pido la palabra!

M. INS.—(idem.) Y yo.

M. HAC.—(idem.) Yo quisiera hacer una objeción.

PRES.—Aquí no hace nadie objeciones, ni habla nadie más que yo. Agradezco, señores, la confianza ilimitada que habéis puesto en mí. (Nuevas protestas; el Presidente sigue sin inmutarse.) ¡Gracias! ¡Gracias!

M. GUER.—Pero...

PRES.—Y ahora, señores, una pregunta: ¿Nosotros somos monárquicos? (Pausa. Todos callan.) Bien. ¿Creéis, por lo tanto, que debemos fenecer con el régimen, si nuestra soberana continúa con su incomprensible manía de sacrificar cada mes un nuevo favorito? (Pausa.) Muy bien. Porque nosotros somos monárquicos, pero si se estableciera una nueva forma de Gobierno...

M. GUER.—La República, por ejemplo...

PRES.—Yo creo que...

TODOS.—Nosotros nos deberíamos a la República.

PRES.—¡Perfectamente bien!... Pero ahora, en la Monarquía, no puede menos de enorgullecirme el inquebrantable espíritu de adhesión que este ministerio siente por la Corona...

M. HAC.—Y por Su Majestad.

TODOS.—(Descubriéndose, menos el de Guerra, que como es natural, saluda militarmente.) Cuya vida guarde Dios muchos años. (Se cubren.)

M. GUER.—(Confidencialmente.) Ahora que, convengamos que esa pobre mujer, va al suicidio.

PRES.—¡Yo no la entiendo! Mi larga experiencia en el conocimiento del corazón femenino—¡pues he conocido tantos!—se estrella ante esta mujer incomprensible. ¿Qué quiere? ¿Qué se propone? Yo la estudio, la observo y cada día estoy más incierto en mi opinión. ¿Quién es la reina? ¡No lo sé! ¡No la entiendo! ¡Señores, no sé quién es la reina!

ESCENA IV

Dichos y Carlos, que momentos antes sale por la puertecilla de la izquierda y desde la plataforma, oye las últimas frases.

CAR. Yo sé quién es la reina, Presidente.
Y sé quién es la reina, porque un día,
por capricho, quizá por simpatía,
lízome de sus penas confidente.

Baja a escena y queda en el centro de los seis.)

Como vos, Presidente, la estudiaba
y como vos tampoco la entendía.
La fecha no la sé, sé que fué un día
que una gran fiesta en su palacio daba.
Su severo salón la noche aquella
un lindo guarda-jovas parecía.

¡Bien la corte lució! ¡Nadie diría
que en el joyero aquel faltaba ella!
A la reina busqué — ya he confesado
que cual vos, Presidente, la estudiaba; —
cuando andando al azar, ví que me hallaba
del baile en el salón más apartado.

¡Absorto me quedé! ¡Lo que observaba
un mundo de secretos descubría;
mientras toda una corte allá reía,
la reina de esa corte allí lloraba.

PRES. ¿Lloraba? ¡Vive Dios, quién lo creyera!

CAR. Lloraba, Presidente, no fingía.

PRES. Perdonad, capitán: yo suponía
que mónstruo tal ni corazón tuviera.

CAR. ¡Si es toda corazón! ¡Si es toda amores!

¡Si es su alma entera toda sentimiento!

Mas ¡vive Dios! me callo, pues presiento
que a comprenderla no alcancéis, señores.

Yo se de mí que quise destronarla
y que cual vos un mónstruo la creía;

la hablé, la conocí y desde aquel día

no tuve más remedio que adorarla.

¡Ah!

¡Vamos!

¡Comprendido!

PRES.

M. GUER.

M. HAC.

PRES.

Terminad,

la reina decís que es...

CAR.

Una mujer

que solo vino al mundo a padecer

terrible e incurable enfermedad.

Que se llama...

PRES.

CAR.

PRES.

CAR.

PRES.

CAR.

No se. (Vacilando.)

¡Es particular!

Yo la yamo....

Sed breve; es un consejo.

Vos no la entenderéis, pues ya sois viejo
algunos la llamamos sed de amar.

MÚSICA

Es el pecado más horrible

hacer llorar a una mujer.

Es ofenderlas de cobardes

y es adorarlas un deber.

Si nuestra reina siente amor,

su amor debemos respetar

y de su sueño encantador

no la debemos despertar

porque es una mujer.

Mariposa es la reina gentil;

volando va de flor en flor.

¡Pues ese vuelo es lo peor!

Le ha prestado sus alas Abril,

para ir en busca del amor.

¡Nuestro papel es superior!

Mariposa será a no dudar

más la podríamos llamar mejor...

¡La vida diera por ganar su amor!

TODOS.

CAR.

TODOS.

CAR.

TODOS.

CAR.

TODOS.

No nos deja jamás reposar.
Y habéis pensado en dimitir
¡En eso no hay ni que pensar!

CAR.

A una mujer cuando ama mucho
su amor debemos perdonar.
No censuréis a las mujeres,
pues nunca fué pecado amar.
¡Si las pedimos el placer
y es nuestro sueño encantador,
el defenderlas es deber
y no hacer burla de su honor.
si pecan por amor!

Mariposa es la reina gentil,
etc., etc.

TODOS.

O dimitir o transigir.
¡Sin el poder! ¡No puede ser!
¡Capitán, por favor! ¡Capitán!
nunca os fieis de una mujer!

HABLADO

PRES.

CAR.

La reina en fin...

Más que reina; es mujer
¡Ni es cruel, ni es sangrienta, ni es tirana
es la niña que al verse soberana,
abusa sin saberlo del poder!
Es la hembra que lleva de guerreros
su sangre ardiente y avasalladora.
Esclava, a veces: otras, gran señora.
Esa es la reina Herminia, caballeros.

ESCENA V

Dichos. Se abre la puerta central de palacio de par en par y aparece un oficial. Luego tercera derecha Heliodoro.)

OFICIAL.—(Anunciando.) Señores, Su Majestad. (Se retira.)

MIN.—¡La reina!!

PRE.—Quizá llegue para oír la petición de los cadetes, que pretenden dar un nuevo emblema a su bandera. (Suben todos a esperarla a la misma puerta; Carlos vase último término derecha.)

HEL.—(Saliendo.) Pero, ¡Dios mío!, ¿cómo he llegado aquí? ¿A qué he venido aquí? ¿Quién me ha traído aquí? Desde que me dijeron que la reina piensa elegir favorito entre las clases populares, ni como, ni duermo, ni vivo, ni... Veo en todas partes al gentilhomme vela que te vela. A la reina loca por mí. ¡Me veo en palacio mangoneando todo! ¡Me veo en la cámara regia! Me veo... ¡en la cárcel si me descubren! (Asustado se esconde por el jardín en la derecha.)

ESCENA VI

Presidente, Ministros, Herminia, Rosa, reyes de armas, alabarderos, damas, caballeros, militares, Carlos, cadetes de la reina (señoras) y criados, todos puerta central de palacio. Al final Heliodoro.

(A su tiempo sale una sección de Alabarderos, que se coloca al pie de la escalinata; Herminia, a quien reciben presidente y ministros y todos juntos, seguidos de Rosa, bajan a escena; Herminia se sienta en el banco de la izquierda y los demás a la derecha de ella, hasta el fondo. Tras Herminia vienen los dos reyes de armas, que se colocan en el sitio del primer número; detrás damas, caballeros de la corte y oficiales, que ocupan todo el lateral derecha (tres términos); después la otra sección de alabarderos, que queda en la plataforma, cuatro a cada lado de la puerta y por los cuatro criados (señoras) en la misma puerta.)

PRE. Y MIN.—(A Herminia mientras bajan.)

¡Encanto de la corte!
¡Graciosa soberana!
¡martirio de los hombres
y envidia de las damas!
De vuestra gran belleza,
elogio hacfa yo;
llegásteis y el elogio
es pálido ante vos.

TODOS.

Sonreid, Majestad,
y nuestro homenaje recibid.
Sonreid sin cesar,
vuestro pueblo quiere
no veros llorar.
¡Reid y soñad, Majestad!

CAR.—(Sale último término derecha, llega frente a Herminia y saluda.)

Soberana encantadora;
Vuestra guardia que os adora
solicita una gracia, gran señora:
Hay un lema en su bandera
y cambiarlo ahora quisieran
los cadetes
por un lema que dijera lo que sienten.

HER.

¿Y ese lema es?...

CAR.

Señora:
ese lema es de amor;
que cuando un hombre ama, *adole de*
sabe morir mejor.

(Dirigiéndose hacia el fondo derecha (meseta del palacio) por donde salen dieciséis cadetes (señoras) y bajando de a cuatro por la gradería, avanzan a gusto del director de escena.)

Avancen ya
en formación.

Los cadetes, señora,
por vos sabrán morir.
Los cadetes, señora,
no se saben rendir.
Por eso un lema quieren
que diga su valor.

¡Firmes!

Nuestro lema es de amor.

«Por mis amores!»
ese es el lema fiel
que ansiamos ostentar
para triunfar.

«Por mis amores.»
Porque solo el amor
es lo que da valor
al pelear.

«Por mis amores.»
dirá cuando al luchar
con ronco redoblar
llame el tambor.

Y así, queremos
tener por lema
cuando luchemos

«Por mis amores.»
Al peligro sonreid

así,

pues al peligro hay que burlar
Sin temor, riendo sin cesar,
a morir
los cadetes irán, majestad.

«Por mis amores.»
Ese es el lema fiel,
etc., etc.

(Por mis amores
sufriendo viviré
y a nadie le hablaré
de mis dolores.

Por ella muero,
muero de amores.)

Lleve ese lema
nuestra bandera;

«Por mis amores.»
Ese es el lema
que deseamos.

«Por mis amores.»

Quedan frente a Herminia y saludan

(Poniéndose en pie.)

Cadetes de la reina;
no acepto el lema, no.

¿A qué ostentar amores
en donde no hay amor?

(El lema no apadrina
porque es lema de amor.

Los cadetes se repliegan al fondo en dos filas

El lema de mi vida
será solo el dolor.

No me ama, pues no acierta
mi amor a descubrir.

¡Malditas ilusiones
que así me hacéis sufrir!

Una reina no puede querer
porque todo la impide soñar.
Nadie piensa que es una mujer

Palabra de Euzkadi y Coro. (En 3 y 4)

Pues son los liposoms de una reina que ama?

que a la vida solo vino a amar.

Una reina no puede sentir
la alegría que dá una pasión.

Una reina no puede vivir
si por su desgracia tiene corazón. *mas que tortura*

Feliz la mujer
que inspira un querer
que enciende un amor ideal
siempre fiel.

Feliz si al fin logró

(1) amores inspirar,

(1) deseos encender
y con gran pasión
vivir por su ideal.

TODOS.

Una reina no debe querer
porque es grave peligro soñar,
pues es reina antes que mujer *una reina no es mujer*
y en el trono es expuesto el amar.

CA^o

(Una reina cuando ama es mujer
que su sueño pensó realizar.)

LOS DEMÁS

Esclava de su nación
una reina debe ser,
aunque amor es el placer
y el reinar es el dolor.

CAR.

Cadetes de la reina
el lema no aceptó.
Una hermosa soberana;
no fia en nuestro amor.

Que sea nuestro lema *Llevemos por bandera*
siempre nuestro valor. *fi en el corazón.*

Cadetes de la reina,
firmes en formación!

(Forman y evolucionan, ante Herminia, que ha vuelto a sentarse, haciendo mutis último término derecha del jardín: el último Carlos.)

(¡Por mis amores
sufriendo viviré,
etc., etc.)

HABLADO

HER.—(Fijándose en Heliodoro, que azorado no sabe cómo ocultarse.) «Qué es aquello que se mueve en el jardín?»

HEL.—(Estoy perdido.)

HER.—¡Un bicho!

HEL.—¡Me llama bicho! ¡Lo que hace la distancia!

PRES.—Dejad; sea lo que fuere, aquí lo traeré ensartado con mi espada. (Avanza y luego vacila.) Pero id vos, general, que yo no quiero ensuciarme. (Avanza el Ministro de la Guerra hacia Heliodoro.)

HEL.—(Presentándose, muerto de miedo.) ¡Aquí voy a estar yo! ¿Para que se va a molestar vuestra excelencia? ¡Yo me iré con mucho gusto antes de que me ensarte!

TODOS.—¡Un villano!

ROSA.—¡Mi Heliodoro! ¡Cuánto me ama!

PRES.—Prendedle, (Avanzan dos oficiales del ejército y se retiran a la orden de Herminia.)

HER.—Dejadle

PRES.—(¡No coincidimos nunca la reina y yo!)

HEL.—Muy agradecido, señora. Buenas tardes; que sigan vuestras mercedes tan
enos. (Trata de alejarse.)

HER.—Espera. (Avanzando un poco.)

HEL.—(Muerto de miedo.) (¡Cómo me mira!)

HER.—Acércate, amigo mío.

HEL.—(¡Adiós!)

ROSA.—(¡Me lo irá a robar!)

HER.—Qué es eso: ¿tiembles?

HEL.—Sí; digo, no... digo... Pero no es de miedo. (¡Es de una cosa que se le
rece mucho!)

HER.—Acércate más.

HEL.—(Obedeciendo.) (¡Para qué he venido yo aquí, Dios mío!)

HER.—¿Para qué has venido a mis jardines?

HEL.—Eso digo yo, señora: que para qué habré venido. (¡No me quita ojo! ¡Me
rece que me puedo despedir de la cabeza!)

HER.—¿Eres joven?

HEL.—(¡Uy!) (Tratando de desilusionarla.) Quiá, no señora. Además, que soy muy
sgarbadote y muy mal formado. Al fin, como hijo de campesinos, está uno he
de cualquier manera.

HER.—¡Simpático, sí eres!

HEL.—(¡Ya está!) Así, a primera vista, puede; pero a la media hora de tratar-
me hago intolerable. Un ogro, un verdadero ogro.

PRES.—(A Herminia.) Es franco, ¿eh?

HER.—Es cierto; y esa franqueza me enamora.

HEL.—Que la... (¡Perdido sin remedio!)

HER.—¿Y cómo te llamas?

ROSA.—(Interviniendo.) El caballero Heliodoro; ya sabéis, señora: el... mi...

HER.—Silencio. (A Heliodoro.) Pues bien, amigo mío: la reina perdona tu atrevi-
mento, para que veas que no es tan mala como dicen. Te doy la libertad, Mas no
olvides de la reina, que ella tampoco se olvida de sus buenos súbditos. (Al Pre-
sidente, sin dejar de mirar a Heliodoro.) ¿Sabéis, Presidente, que me parece que ya he
contrado favorito?

X 910 05 Final. 1.ª

MÚSICA

cen mutis por Palacio el Presidente, llevando a su derecha de la mano a Herminia; detrás
nistros, Damas, Caballeros y Oficiales, Reyes de armas, criados, y por último, las dos sec-
es de escolta, cerrándose la puerta de Palacio. Continúa la música.)

ESCENA VII

odoro y Rosa. Luego presidente y ministros de la Guerra e instrucción. Después Carlos
r último todos los ministros.

HABLADO CON MUSICA

HEL.—¿Por qué me habéis hecho tan hermoso, Señor?... (¡Y a esta vieja tan
) (Viendo a Rosa.)

ROSA.—¡Ay, amor mío! Y yo, que ya te veía con la llave en la mano abriendo
rcón.

HEL.—No podría, señorita Rosa: estoy muy nervioso. Eso del favoritismo, va-
que no

ROSA.—No temas, yo pondré en juego toda mi astucia de mujer enamorada y serás mío.

HEL.—¡Lo veo todo muy negro!

ROSA.—¡No delires! A pesar de todo, seré tuya.

HEL.—¡No delires!

ROSA.—Mas calla, que alguien se acerca. (Ya es mío.) Ven. (Le conduce al banco de la izquierda y ambos se sientan; ella le enamora y él no piensa más que en su situación si es favorito.)

PRE.—(Sale por la puertecilla izquierda de palacio acompañado por los ministros de Guerra e Instrucción, y bajando la escalinata, vanse derecha segundo término, dialoga mientras la pasada.) Por lo que yo he podido adivinar, creo que el agraciado—léameosle así—es ese imbécil que ha poco sorprendimos en los jardines.

M. GUER.—¡Heliodoro! (Desaparecen.)

HEL.—(¡Ay de mí!)

CAR.—(Saliendo tercera derecha.) ¡Me muero de impaciencia! ¿A quién nombrar favorito? (Queda observando el palacio.)

ROSA.—¡Oh, reina cruel, si al fin separas dos corazones que se aman, que se para mi su primer beso. (Besa a Heliodoro, que queda estupefacto.)

CAR.—(Acudiendo al ruido.) ¡Demonio!

ROSA.—(Saliendo al encuentro.) ¡Qué vergüenza! ¡Qué pensaréis de mi, señor capitán!... ¡Ay!... ¡Ay! (Besa a Carlos y cae en seguida en sus brazos, fingiendo un desmayo.) ¡Hay días afortunados!

CAR.—¡Cómo!... ¡Señorita!... ¡Señora!... ¡Vive Dios, qué vieja más fea! ¡Si a quien me viera, bonito papel!

PRE.—(Vuelve a salir con los dos ministros, coincidiendo con la del resto del ministerio que lo efectúa por la puertecilla izquierda del palacio.) Os digo que eran besos. ¡Si lo conoceré yo! (Acercándose.) ¡Diablo, pero si es el capitán!

CAR.—(Sincerándose.) Señores, que yo no...

PRE.—Y mirad, mirad a quien abraza; a la señorita Rosa. (Todos ríen mientras Carlos trata inútilmente de hacer volver en sí a Rosa, Carlos por todos los medios indica que no es él el que abraza, sino ella.)

CANTADO

PRE. } Mariposa es la dama gentil;
MIN. } volando va de flor en flor.

CAR.—Señores, que yo vine y...

PRE. } Le ha prestado sus alas Abril,
MIN. } para ir en busca del amor.

CAR.—Señores, que yo pasaba y esta vieja... (Grandes risas. Cuadro. Carlos trata inútilmente de librarse de Rosa, que sigue fingiendo el desmayo; Presidente y ministros mofan de la conquista y Heliodoro implora a Dios no ser nombrado favorito.—Telón de cuadro.)

INTERMEDIO.—MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

in de palacio a todo foro. A la derecha, tupido bosque; plantación muy quebrada, para que se oculten y salgan figuras. A la izquierda, terraza, que sale del palacio, sostenida por columnas rematadas con barandilla y figuras, para que tras ella se oculte un personaje. En primer término escalera ancha, de piedra, que da acceso a ella. Puerta en primer término, que da entrada al palacio, y otra que comunica la terraza con el mismo. El edificio, que ocupa el costado izquierdo, se pierde en línea recta con el arbolado del fondo, dando paso en tercer término, que termina la terraza. Contrasta la profusa iluminación del palacio con la oscuridad de todo el jardín. Al pie de la terraza un pequeño banco de piedra, sin ningún adorno. A su tiempo amanece, hasta ser día claro. Detalles a juicio del autor.

ESCENA PRIMERA

MÚSICA

ante la cual salen por distintos términos de la derecha, y por parejas, cuatro cadetes enarmando a otras tantas damas, y hacen mutis por último término izquierda, oyéndose dentro al finalizar el número y en los últimos sitios indicados en la partitura, diferentes besos de amor.

ESCENA II

Presidente, segundo término derecha; traje de chaquet. Luego, fondo izquierda, Luisa: dama de la corte.

SIGUE LA MÚSICA

Cuando impaciente la Corte toda,
pide reformas en el Estado,
yo, que soy hombre muy a la moda,
busco aventuras eramorado.
Sé que me expongo, pero he venido
porque es la niña muy hechicera.
¡Ah! que salimos conque he perdido
las ilusiones y la cartera?

Luisa, y al ver al Presidente, se vuelve de espaldas, ruborosa.)

¡Ah!
¡Ella!

Al verla tan linda,
qué emoción siento en mí.

LUISA.

¡Cielos!

Yo estoy asustada
y nerviosa y mareada.

¿Para qué vine yo aquí?

¡Ay de mí!

¿Para qué vine aquí?

PRE.

¡Luisa!

¡Niña encantadora!

Ven aquí junto a mí.

(Intenta abrazarla.)

LUISA.

Quieto.

Yo soy una niña
inocente y candorosa,
¿qué queréis vos de mí?
por favor, decid ya.

PRE.

¿Por qué me citáis aquí?

~~Dicen que~~ es un travieso *Amor*

que a las mujeres

hace dichosas

el niño Amor,

y es en tu boca un beso

lo que a una rosa

sin vida el Sol.

LUISA.

Callad, señor,
que abusáis de mi candor.

PRE.—(Intenta abrazarla)

y ella esquiva el abrazo.)

Mira, niña deliciosa,

el amor, es besar.

Dicen todas las mujeres

que en amores, los placeres

lo peor siempre fué el empezar.

(La abraza.)

LUISA.

¡Ay, por Dios!

qué manera de abrazar!

PRE.

Siempre, en cuestión de amores

el besar, es amor.

LUISA.

Ved que yo ya tengo miedo.

Resistir no puedo más.

¡Ay, callad, por favor,

que no sé si podré

resistir al amor.

PRE.

Yo tu esclavo seré.

(Dan una vuelta por la escena, ella ruborosa alejándose y él persiguiéndola, hasta que abrazan y vanse primera derecha.)

Ven aquí junto a mí

y verás que el amor

es soñar, es vivir.

LUISA.

¡Ay, dejadme, señor,

que no sé si podré

resistir al amor. (Mutis.)

ESCENA III

Herminia y Rosa en la terraza. Luego Carlos segunda derecha.

ROSA.—¿Sabéis, señora, que se comenta por la corte vuestra incertidumbre en nombramiento del nuevo favorito?

HER.—¿Y qué le importa a la corte si el favorito ha de ser para mí?

ROSA.—Eso mismo pensaba yo, señora. Y ahora, si Vuestra Majestad me lo permitiera, quisiera pedirle una gracia.

HER.—Habla.

ROSA.—Que al fin, como se murmura, pensais honrar al caballero Heliodoro en el nombramiento de favorito...

HER.—(Mirando hacia la derecha de la escena.)

¡Ah! ¡¡Eh!! ¡Vete, por favor!

sa saluda y entra en Palacio.)

¡Vacila! ¡Vuelve! ¡¡Qué loco!

¡Por fin! Viene poco a poco

pensativo. ¡Eso es amor.

oculta tras una de las figuras.)

CAR.—(Sale pensativo y atraviesa la escena para hacer mutis fondo izquierda.)

No, no; la duda es peor.

¡Todo a la duda prefiero!

¿Yo la quiero o no la quiero?

¿Esto es deseo o amor?

Es que yo siento por mí

algo que ni decir puedo.

HER.—¡Amor!

CAR.—(Deteniéndose al oír la voz y no ver a nadie.) ¿Y dudo?

HER.—¡Por miedo!

CAR.—(Haciendo mutis rápido en busca del interlocutor.) ¡Miedo! ¿Quién? ¿Yo mie-

(Vase.)

HER.—Sí (Entra en Palacio.)

ESCENA IV

Heliodoro y Aldeanos (tres o cuatro nada más), por los términos últimos de la derecha.

HEL.—(Resistiéndose a los que le conducen a viva fuerza.) ¡Que no quiero! ¡Que no da la gana! ¡Que esto es llevarme a la horca! ¿No tenemos ya todo preparado para la revolución?

ALD. 1.º—¿De modo que dices que las dos?...

HEL.—(Gimoteando.) Las dos perdidas por mí; pero completamente perdidas. ¡Es vergüenza como está la corte!

ALD. 1.º—¡No llores!

HEL.—No: si es que es muy triste morir de lo que yo me muero. Porque el se muere de una enfermedad, ya sabemos todos que las enfermedades son malas. Pero que me mate la hermosura... ¡la hermosura!... una cosa tan rica!

ALD. 1.º—Lo mejor es hacer lo que habíamos pensado, y si no se consigue, ir a la revolución. Conque entrega el memorial, y cuando vea lo que la diten la seguridad que no te nombrará favorito.

ALD. 2.º—¿Pero qué la dice?

HEL.—Pues... bueno; lo bastante para que no me nombre.

ALD. 1.º—Ten ánimos, que ya sabes que todo el pueblo está contigo.

HEL.—Sí; pero ahora me quedo yo solo.

ALD. 1.º—Valor.

ALD. 2.º—Buena suerte.

ALD. 1.º—Todo un pueblo vela por tí. (Vanse por donde salieron.)

HEL.—Yo creo que cuando lea esto, me nombra cualquier cosa menos favorito. Leyendo el documento que saca en la mano mientras inicia el mutis hacia el fondo izquierdo.) «Y siéndome doloroso hacer la confesión de esta falta de que adolezco...»

ESCENA V

Heliodoro y Carlos

CAR.—(Saliendo fondo izquierda.) ¿Quién va?

HEL.—(Retrocediendo asustado.) ¡Me fusilan!

CAR.—(No he logrado saber quién era; pero sí; ¡era ella! Esa voz...) ¿Sordos? ¿Quién va? (Avanzando.)

HEL.—Yo, capitán, que soy el hombre más desgraciado de la tierra. ¿Veis hermoso que soy? Pues soy tan desgraciado como hermoso. ¡Figuraos si se desgraciado!

CAR.—¿Qué dices, imbécil?

HEL.—Nada, que la reina y yo... Vamos, que élla...

CAR.—(Indignado por los celos.) ¡Cómo! ¿Qué has dicho?

HEL.—¡Sopla! ¿Qué habré yo dicho?

CAR.—Cómo te atreves a suponer que la reina...

HEL.—Ha sido ella la que se ha atrevido. ¡Como que ya sabe lo que se lleva por supuesto, que aquí entre nosotros, hoy me miró de un modo, que... vamo daba vergüenza.

CAR.—Pero, ¿has visto a la reina?

HEL.—Veréis, capitán. Me encontraba yo muy preocupado con eso de la elección de nuevo favorito, —porque dicho sea con modestia, se me puede mirar a cara—cuando, anda que te ayudas, sin darme cuenta, me veo en los jardines del palacio, en el momento que llega la soberana. El miedo me impidió echar a correr y el miedo sin duda me obligó a hacer una graciosísima postura que por lo visto subyugó a la reina.—«¿Quién es ese mancebo tan gallardo?»—dice: yo me achi prouro torcer las piernas para perder mi gracia natural. ¿Comprendéis?

CAR.—Sí, sí, comprendo; continúa.

HEL.—«Que se me acerque ese hombre tan hermoso»—exclama de pronto Majestad. Yo me acerco, andando lo peor posible.—«Que me mire el gallardo doncel»—dice dulcemente al tenerme muy cerquita. Yo, que estaba viendo la cara se me venía encima, prouro mirarla muy mal; pero, claro: como le sale bien uno todo con esta cara, se conoce que me resulto una mirada de esas que... ¡estoy teniendo que me mande al gentil-hombre de un momento a otro!

CAR.—(Furioso.) Mientes.

HEL.—Pero, ¿no me creéis?

CAR.—¡Naturalmente!

HEL.—Pues creedme.

CAR.—Es que si te crevera, te atravesaría ahora mismo con mi espada.

HEL.—Ah, no; entonces no me creais. (Carlos pasea nervioso por la parte del lado y Heliodoro, temeroso, va esquivando su encuentro.)

ESCENA VI

nos, Herminia y un criado, de librea. Salen del palacio y hablan, en la terraza, sin ser vistos por los de escena.

HER.—Tú cumples lo que te he encargado y cuidado que se te escape una pa-
ra. Y dándole la carta, le dices en voz baja: «Es orden de la reina.» (Baja el cria-
a escena.) Los celos, siempre fueron denunciadores del amor.

CRIADO.—(Al pie de la escalera.) ¿Quién es el caballero Heliodoro?

CAR.—(Avanzando.) ¡Eh!... ¡Cómo! ¿Qué decís?

HEL.—Yo; pero no... (Muerto de miedo se apoya en Carlos que le rechaza.)

CAR.—¡Debe ser este imbécil!

CRIADO.—¿Sois vos?

HEL.—Sí, señor, yo soy ese imbécil; digo, ese caballero.

HER.—(Oculta.) ¡Se muere de miedo!

CAR.—(¡Quizás no sea de la reina!)

CRIADO.—Pues tomad esta carta.

HEL.—(Avanzando hacia él y cogiéndola.) ¡Dios mío, lo que pesa.

CRIADO.—«Es orden de la reina.» (Saluda y subiendo la escalera vuelve a entrar en
lacio, después de saludar a Herminia.)

HEL.—¡¡Ay!! (Déja caer la carta y la pisotea.)

CAR.—¡De ella! ¡Maldición! ¿Qué hacéis, desdichado? (Se lanza sobre él y dando
un empellón se apodera de la carta. Empieza a clarear.)

MÚSICA

9. Dios de la Carta.

Pobre carta, que así te han dejado
esas manos al suelo caer:
dime a mí los secretos que guardas,
pues yo sólo te puedo entender.
¡Ay, Dios mío! Decid, caballero,
¿es la reina quien firma?, decí.
Eso creo. (Abre la carta.)

Pues adiós cabeza;
ya me puedo despedir de tí.

¿Que dirá?

¡Ay de mí!

Venga ya.

Lo que ponga decid.
(Leyendo para sí.)

¡Vive Dios!

Si me deja el despecho y la rabia,
¡por mi honor que tu suerte es demás!

Toma y lee. (Le entrega la carta.)

(Tembloroso.) ¿Qué dice?

¿Qué dice?

¡Lo que tú no podías soñar!

¿Es sin duda que no soy su tipo?

¿Que algún otro le ha gustado más?

Voy a ver (Lee.) ¡Santo Dios, que le gusto;

¡pues es cosa de felicitar!

Lee aquí.

Sí; ya, ya.

- CAR.
HEL. ¡Qué pasión!
- ¡Ay, de mí!
- CAR. ¡Ay, de mí! ¿Qué dirá
cuando se pone así?
¡Qué feliz, si ese amor
lo sintiera por mí!
- HER. (Siempre oculta en la terraza.)
Ya sin duda mi carta ha leído.
En sus celos descubro mi amor.
- HEL. Leed ya, Capitán, que es sabido
que a un mal, siempre siguió otro mayor.
(Le entrega la carta.)
- CAR. Ya soy feliz
con su cariño,
(¡Pobre de mí!)
- (Leyendo.)
«Si es de amor entendido el que lee
y adivina en las frases de amor;
si no duda y en amores cree
y es un hombre valiente y de honor,
esta noche en Palacio, una dama
en secreto con él quiere hablar.
Ella es joven y linda y se llama...
En amores, hay que adivinar.»
- HEL. ¿Qué conmigo va a hablar en secreto?
¿Que esté solo esta noche yo aquí?
¡En seguida!
- CAR. (Trata de huir por la derecha.)
(Conteniéndole.)
¡Estais loco! Aquí quieto
y escuchadme, que aún no concluí.
- HEL.
CAR. «Pienso ahorcarle, si falta a la cita.»
¿Faltar yo, señora? ¡Yo que he de faltar!
«Si es un torpe, aunque venga, no quita
que le imponga un castigo ejemplar.
«Si por ser malicioso, quisiera
entender lo que escrito no está,
le ahorcaré.»
- HEL.
CAR. Sí lo entiendo. ¡Qué fiera!
- HEL. Leed vos.
(Lee.) «Le ahorcaré.» ¡Me ahorcará!
Mas sin firma, una carta, es sabido
que de carta pierde su valor.
Es que hay firma, ¿no la habéis leído?
¡Nó!
- CAR.
HEL.
CAR. Mirad: «Quien vive de amor.»

HABLADO

CAR.—Comprendo que la alegría os haya trastornado, hasta el punto de creer que teniais miedo. Cuando se es tan afortunado que se alcanzan los amores de una reina tan hermosa, ni hay corazón más que para amarla, ni más cabeza que para pensar en ella.

HEL.—(Muy compungido.) En esta ocasión, capitán, la cabeza no sirve precisamente para pensar es un estorbo que le quitan a uno.

CAR.—Caballero; ¡qué feliz sois a morir por ella, después de haberla amado.

HEL.—¡Ah, sí; felicísimo; atroz.

CAR.—Qué momento más sublime en el que la digáis: «Herminia, muero por tí; pero, amor mío, tu último capricho, pero no te olvidaré ni después de muerto.»

HEL.—(¡Sopla!)

HER.—(¡Gracias, Dios mío; así soñé mi único amor!)

CAR.—Cuando os llegue ese instante...

HEL.—¿Cuál? El instante sublime ese de... (Señalando el dogal al cuello.)

CAR.—Sí.

HEL.—(¡Pues antes ciegos que tal veas!)

CAR.—Pensad que hay un hombre que muere de celos y compadecedle con toda alma.

HEL.—(¡Lo que es en aquel instante, si llega, voy a estar yo para compadecer de nadie. ¡Mira si se pudiera cambiar!)

CAR.—(Hacia el Palacio, hablando con un ser supuesto.) Y vos, señora, no olvidéis: grande es mi amor y que el amor no perdona burlas. Será mi venganza tan grande como él. (A Heliodoro.) ¡Recibid mi más sincera felicitación!... (Desesperado viene a pasear por entre los árboles.)

HEL.—(Aparte.) Gracias; pero el instante divino, ese, lo aguardas tú. Ha llegado momento, Heliodoro. En cuanto vean la carta, estalla la revolución. Señora, a cabeza, no forma parte de vuestra colección. Lo siento mucho, señora, pero sois mi tipo. ¡Hombre, me alegraría que me hubiese oído! (Vase contoneando, por la derecha.)

ESCENA VII

Herminia y Carlos.

HER.—(Bajando a escena.) Pues te he oído, imbécil, y te castigaré como mereces.

CAR.—(¡Ella!) (Se oculta tras un árbol.)

HER.—(Para sí misma.) Y vos, capitán, vengaos; ¡que sea terrible vuestra venganza!... ¿Me habré equivocado otra vez. Dios mío? ¿Será un cobarde el capitán, que tiemble como todos? ¡Que soy sangrienta!, ¡que soy tirana! Pues, qué: ¿si todas las mujeres pudieran matar cuando su amante las engaña, no matarían? ¡Oh!, debí matarlos! ¡Qué cobardes! ¡Creyeron mi leyenda! ¡¡Como si yo me alimentaba de sangre de villanos!! Y él, qué torpe: no comprender que a él iba dirigido lo cuanto en mi carta decía.

CAR.—(¡A mí!... ¡Era a mí!)

HER.—Sólo los celos disculparían... Pero, no; no es valiente para el amor. Dios mío, Dios mío, qué desgraciada soy! Corona que así me robas el amor: ¡maldita sea!... (Se sienta en el banco sin ver a Carlos.)

XIX^o 10. Dico final. Rey y...
MÚSICA

CAR.

Tu torpeza bien mereces
¡vive el cielo! Capitán,
que ese Sol que tanto adoras
para tí, no brille más.

HER.

No me quiere noblemente;
sólo busca su ambición.
El callarse, es cobardía
cuando sufre el corazón.

CAR.—(Después de vacilar en acercarse.)

La rígida etiqueta

yo debo despreciar.
Jamás fué cortesano
quien es buen militar.

(Se acerca a Herminia decidido.)

Reina mía, escúchame.

HER.

(Levantándose airada.)

¿Quién se atreve a hablarme así?

CAR.

Dame muerte si pequé,
pues solo vivo por tí.

HER.

Semejante impertinencia
de un vasallo no tolero.

CAR.

Castigadme, reina mía;

mas mi delito... es quererlos.

HER.

(Disimulando su alegría.)

(¡Por fin habló su amor!)

(Con coquetería.)

Y decidme, Capitán,
si buscáis en mis amores
mis amores nada más.

No será la vanidad

que os seduzca, como a otros,
para conmigo reinar.

CAR.

Señora no comprendo
a qué tales palabras.

Suplico me escuchéis con atención
la historia de un amor tan desgraciado
que solo para vos tiene emoción.

Era un pobre Capitán
que puso todo su amor

en mujer tan ideal

que hasta el mismo Sol
ciego de pasión,

le pedía celos.

Pobre loco que no vió

la altivez de esa mujer

tan banal y tan cruel,

que jamás miró

ni por compasión,

al pobre soldado.

Sospechó un día su amor

y ese pobre Capitán

¿sabéis lo que consiguió?

Aprender solo a llorar.

Pero noble el Capitán

el castigo perdonó

pues si le enseñó a llorar

un día quizás

le podrá enseñar

lo que son amores.

HER.

¡Pobre Capitán!

CAR.

¿Y de quién se enamoró?

Era reina la mujer

y esa reina fuisteis vos.

(Gozosa.)

Por fin escucho tu voz que dice
lo que gozosa mi alma soñó. *esta reina*
Por fin tus ojos amantes miran,
y en tus miradas leo tu amor. *no*
Celosa estaba porque te quiero;
celosa estaba de tu querer;
si es que me quieres, ya soy dichosa,
ya no soy reina, ya soy mujer.
Fué tu corona carga pesada; *ya tengo soy.*
dura cadena del corazón.
Fué la culpable de mi silencio;
fué la culpable de mi dolor.
Pero ahora, aprende como una reina
deja su trono por un amor.
¿Qué es lo que intentas?

Ser siempre tuya.
¿Ser siempre mía?

Mira y verás. *que es lo que dices?*

(Se dirigen hacia la derecha después de haberse abrazado amorosamente.)

Un cetro hay vacante; se dá una corona,
vagos, ambiciosos, vuestro Sol lució.
Una pobre reina, su trono abandona:
el trono es el mío; la reina, soy yo.
Ahí quedan mis sedas, palacios, brillantes,
la lucida corte, lujo, vanidad;
mas si algún incauto acepta, vea antes
que a los reyes, nadie dice la verdad.
¡Oh, pueblo; mañana sabrás mi locura
que del mundo entero asombro ha de ser.
¡Te dejo y contigo quedó mi amargura!
Ya no soy tu reina; solo soy mujer.

Ya, mi Herminia, reina eres de mi vida y de mi honor. *¡Oh! ¡Mi*
Si dejaste la corona
de besos te haré otra yo.

Los dos inician el mutis fondo izquierda, desapareciendo con el final del numero..

LOS DOS.—Tierno y bello despertar del amor que yo soñé...

HER.—Ya no llores, Capitán...

CAR.—Que el día llegó de poder saber lo que son amores.

HER.—Al fin conseguí lo que ansiaba yo. Vivir sólo para amar...

CAR.—Tierno y bello despertar...

LOS DOS.—Del amor que yo soñé. (Mutis.)

XGP 10. bis Final. no
ESCENA ULTIMA

Los ministros por la puerta del palacio, primera izquierda; Presidente, segunda derecha,
oficial fondo izquierda y Herminia con Carlos dentro.

HABLADO SOBRE LA MÚSICA

M. GUER.—(Saliendo seguido de los demás.) ¡Oh, no es posible! ¿Y el presidente?
cadle, amigos míos.

PRE.—(Salieno.) Que sucede, general?

M. GUER.—Pero, ¿no sabéis? Se dice que la reina... que Carlos, el capitán de la escolta...

PRE.—¿Qué?

OFICIAL.—(Sale precipitadamente con un pliego en la mano.) Presidente, de la reina lo entrega y vase por donde vino.)

PRE.—(Leyendo.)

«Si sois buen ciudadano;
si al pueblo en que nacisteis
servís con lealtad,
os vuelvo a vuestra mano
el trono que me disteis;
con él, la libertad.
El pueblo sin saberlo,
libertades pedía;
su grito yo entendí.
Si yo no pude hacerlo
—mi historia lo impedía—
hacedlo vos por mí.
De amores, yo moría;
soñaba en mis amores,
moría de pesar
y amor, me dijo un día
oyendo mis dolores,
que un rey, no puede amar.
Desde aquel mismo día
juré, si al fin hallaba
la dicha que soñé:
que el trono dejaría.
Hallé lo que soñaba:
cumplí lo que juré.»
¡Que deja la corona!
¿No os habréis confundido?
¿Es cierto lo que oí?
La deja y abandona
el pueblo en que ha nacido;
bien claro lo leí.

M. COM.

M. GUER.

PRE.

(Lec.)

«Mi sacrificio; un día
juzgaréis noblemente.
Mi ejemplo aprovechad.
¡Adiós, la patria mía!
¡Adiós, mi Presidente!
¡¡Salud y libertad!!»

(Forman cuadro todos, figurando ver cómo se alejan Herminia y Carlos que cantan dentro.)

Tierno y bello despertar
del amor que yo soñé,
etc., etc.

(A su tiempo va cayendo lentamente y al final rápido el telón.)

DEPURADOR HIGIÉNICO Y RÁPIDO

‘ G A R S O ‘

CARDENAL CISNEROS, 28. - MADRID

San Angel Sánchez-Guzmán

Cosechero exportador de
vinagres puros de vino.

Udegas en Yepes-Toledo

La correspondencia dirijase al Administrador de

PRENSA POPULAR

Apartado 498 - Calvo Asensio, 3 - Madrid

NO SE ACEPTA EL PAGO EN SELLOS

Novela CORTA

Después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, para complementar su apostolado de divulgación literaria, va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada una de ellos una sola obra en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

Arra.—Espronceda—Patricio de la Cueva—Martínez de la Rosa.—Enrique Gil.—Fernández y González.—Tegay y Frías.—Harizembusch.—Gerdás G. Avelanedá.—Pastor Díaz.—Guals de Izco.—Navarrete.—Pérez Escrich.—Pilar sinués.

NOVELA HISÓRICA

Patxot.—Cánovas.—Vicceto.—Balarín.—Navarro Viloslada.—Amos de Escalante.—C stellar.

NOVELA NATURALISTA

Ignán Caballero.—Miguel de los Santos Álvarez.—El Volitor o—Mesonero Romanos.—Pereda.—Valera.—Clarín.—Selvas.—Alarcón.—Arturo Reyes. También rendiremos un homenaje a la memoria de nuestros grandes escritores y poetas.

POETAS

Arrilla.—Trueba.—Becquer.—Carolina Coronado.

ESCRITORES

Arrieta.—Barral.—Lanza.—Taboada.—Musebio Blasco.—Alejandro Sawa. Hacer más eficaz nuestra obra cultural, esas grandes novelas extractadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por D. C. de Pardo Bazán, Rozas Marín, Azorín, M. Bueno y C. de Casiro

Los números HOMENAJE, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los corrientes de nuestros actuales colaboradores.

FRINE

REVISTA FEMENINA CULTURAL

EL PRÓXIMO JUEVES

LA BELLEZA

DE LA BOCA

SUMARIO

Los labios.—Modo de cuidarlos y embellecerlos.—Los dientes. Consejos y recetas.—La pureza del aliento.—La voz.

I: Los cuidados de la boca.—Su forma.—Los labios.—Las encías.—Los dientes.—El aliento.—La voz.—II: Cómo se deben pintar los labios.—III: Contra las grietas de los labios.—IV: Cómo curar las puas de los labios y de las encías.—V: Varias pequeñas recetas para la higiene de la boca.—VI: La lengua y las aftas.—VII: Limpieza de la boca.—VIII: Para destruir el sarro.—IX: Dolores de dientes y remedios.—X: Contra los flemones.—XI: Los buenos elixires dentíficos.—XII: Polvos y pastas dentíficas.—XIII: Para blanquear los dientes.—XIV: Fetidez del aliento.—XV: Cómo perfumar y purificar el aliento.—XVI: Gargarismos contra el aliento febril.—XVII: La voz.

15 cénts.



LA LAMPARA **OSRAM** ES, SIN
DISPUTA ALGUNA, LA MEJOR DE
FILAMENTO METÁLICO

CONCESIONARIO, **LE
ORNSTEIN**,
PINEDA, 5. - MADRID

NOVELA
DRAMATICAL



**AMOR DE
ARTISTAS**

Comedia en cuatro actos

Joaquín

Dicenta

ALINA BARCENA:

Tovar
1918.

20 cts.

LA NOVELA TEATRAL

Director: José de Urquía

Complemento de la Novela Corta

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar pero cuya autorización **ya nos ha sido oficialmente otorgada**

Galdós.

Electra.—Doña Perfecta.—La loca de la casa.—Realidad.—La de San Quintín.*—Sor Simona.

Dicenta.

El Lobo.—Sobrevivirse.—El crimen de ayer.—El señor feudal.—Daniel.—Juan José.—Aurora.*—Luciano.*

Quintero.

El Patio.*—Doña Clarines.—La escondida senda.*—El niño prodigio.*—Pepita Reyes.

Arniches.

La sobrina del cura.—La casa de Quirós.—Las estrellas.—Dolores.—La señorita de Trevezal.—La gentuza.—Noche de Reyes.

Arniches-G.^a Alvarez.

El terrible Pérez.*—El cuarteto Pons.*—El Príncipe Casto.*—El Mé todo Górritz.*—Mi papá.*—Gente menuda.*—El fresco de Goya.*—El polló Tejada.*—El perro chico.*—Al ma de Dios.—El pobre Valbuena.

Alvarez-Muñoz Seca.

El verdugo de Sevilla.—Fúcar XXI.—La frescura de Lafuente.—El último bravo.—Los cuatro Robinsones.—Pastor y Borrego.—Trampa y cartón*

Villaespesa.

El rey Galaor.—Aben-Humeya.—La Gioconda.—Doña María de Padilla.—La leona de Castilla.—El Halconero.*

Abatl - Paso.

La Divina Providencia.*—El gratacaño.—El río de oro.—El infierno.*—Los perros de presa.—El Paraíso.*—La mar salada.*—La bendición de Dios.*—El asombro de Damasco.*—El tren rápido.*—El velón de Lucena.*—Nieves de la Sierra.*—La alegría del vivir.*

Vital Aza.

Francfort.—La rebotica.—Ciencia exactas.—La Praviania.—Parada Fonda.—Tiquis Miquis.—La sala de armas.

Comedias.

Trata de blancas.—El místico.—Los semidioses.—Las cacatúas.—Charito, la Samaritana.— Todo somos unos.— El cardenal.— El hombre que asesinó.— Serafina, la Rubiales.— La eterna víctima.— Jimmy Samson.— Lopez de Coria.— Primavera en otoño.— El misterio del cuarto amarillo.— Primerose.— Raffles.— Mirandolina.— Genio y fígura.— Petit-Café.— Los noveleros.— La Tizona.— Miquette y su mamá.— Los gemelos.— El chico del cafetín.— El ama de la casa.

Zarzuelas.

La viejecita.— La alegría de la huer ta.— La marcha de Cádiz.— Gigantes y cabezudos.— La Corte de Farraón.*— La Tempranica.*— El duque de la Africana.*

(*) Las obras señaladas con asteriscos serán en breve publicadas.

Amor de artistas

COMEDIA EN CUATRO ACTOS, ORIGINAL DE

JOAQUÍN DICENTA

PERSONAJES

AMELIA. - TERESA. - PEPITA MARIN. - LA NUEVALOS. - LA PEÑAGRIS. - ANDREA. - EMILIO. - ANTONIO. - SANTIAGO, duque de Mariorfa. - GONZALEZ. - EL CONDE DE NUEVALOS. - PEÑAGRIS. - UN CRIADO. - OTRO. - PEDRO. - PERSONAJE 1.º - IDEM 2.º - IDEM 3.º - IDEM 4.º

La acción del primer acto en una finca situada en un pueblecillo de la costa cantábrica. Los tres últimos en Madrid y San Sebastián. Epoca actual.

ACTO PRIMERO

El teatro representa un salón de planta baja en un hotel situado a orillas del mar. Este se verá al fondo por una galería con balaustrada de mármol y columnas de mármol también. La galería estará adornada con macetones y tiestos de flores y amueblada con veladorcillos portátiles, sillas y butacas de mimbre. Dos puertas a la derecha. La de segundo término supone comunicar con la puerta principal del hotel. La de primer término, así como otras dos que habrá en el lateral izquierda, con las habitaciones de la casa. El mueblaje será elegante, artístico y lujoso a la vez. En el centro una mesita cuadrada. Detrás de la mesa un sillón y encima de ella una lámpara eléctrica con pantalla verde. Del techo penderá una bomba azul de luz eléctrica. En los cuatro ángulos de la habitación y también en el techo bombas eléctricas de cristal azul pálido como la del centro. En las dos paredes del fondo que encuadran la entrada de la galería, alzaránse grandes jardineras o jarrones desbordantes en flores naturales. También habrá jardineras o jarrones con flores entre las puertas laterales y macetones con diversas plantas en los ángulos del salón. Procúrese que las flores estén dispuestas y matizadas artísticamente, excepción hecha de una jardinera: la de la izquierda, que contendrá flores rojas y amarillas alternadas, única mente. La escena comienza en el crepúsculo de una tarde de Agosto. El sol se pondrá sobre el mar, desapareciendo del horizonte a poco de alzarse el telón. Al comenzar el acto aparecen en escena Andrea y Pedro. Andrea acabando de arreglar las flores de una jardinera. Pedro vuelto de espaldas al público como si contemplase la puesta del sol. Pedro vestirá traje de campesino y estará en mangas de camisa. Andrea traje negro y delantal blanco con pechero.

PED.—(Encarándose con el sol poniente que desaparece poco a poco del horizonte.) ¡Anda con Dios, hombre!... Y descansar, que bastante nos has *calentao* hoy.

AND.—Sí ha hecho calorcillo.

PED.—¡Calorcillo!... Ya se conoce que no ha *andao* usted por la *güerta*. Lumbre *chorriaba* el *condenao*. La sudor mía era *mesmamente* agua hirviendo.

AND.—¡Qué exageración!... ¡No ha sido para tanto!

PED.—¡Claro! Como *ustés* se pasan las horas de calor a la sombra y echándose aire con el abanico, dicen al anoecer, cuando salen a tomar la fresca: «No ha sido *pa* tanto.» Si tuvieran que aguantar el sol, como este prójimo, a cuerpo limpio y con el *azaón* por sombrilla, no hablarían así.

AND.—Vaya, Pedro, que no es usted tan desgraciado. De la señorita no tendrá queja.

PED.—No me quejo del ama. De quien yo me quejo es del sol. En invierno, que es cuando hace falta, o no se asoma, o no calienta, y en verano quece. Luego quieren que el mundo esté bien *arreglao*. No lo está el cielo, *ipa* que lo esté el mundo!... ¡En fin!... ¿Hacen falta más flores?

AND.—No.

PED.—¡*Cuidao*, si le gustan al ama! ¡Qué simpaticona es! ¡Y qué majencia y qué aquél tiene!... Si no fuese porque ella lo dice, cualquiera la tomaba por una ómica. *Paice* una señora.

AND.—Parece lo que es. No sea usted bestia.

PED.—No me gusta faltar a *naide*; pero, vamos, que yo me entiendo. Yo he visto cómicos en mi lugar que pára cinco leguas de aquí y no eran como la señora.

AND.—Tampoco su pueblo de usted será como la ciudad en cuyas afueras vivimos.
PED.—¡Qué va a ser!... *Tó* mi lugar cabe en esa *giuerta*. ¡De *mó* y manera que los cómicos son conforme al tamaño del pueblo *andé* hacen las junciones!... Haga usted cuenta que no he hablao. Ya me callo.

AND.—Es lo mejor que puede hacer. Recoja esa espuerta y la tierra que ha caído al suelo mientras arreglábamos las macetas, y váyase con Dios.

PED.—Está bien. (Se pone a recoger en la espuerta la tierra que habrá caído al suelo.)

PEP.—(Dentro.) No hace falta anunciarme. Soy de confianza. (Entra Pepita por la segunda puerta derecha.) ¡Hola, Andrea!

AND.—¡Hola, señorita Marín!

PEP.—¿Y doña Amelia?

AND.—Allá dentro se quedó con González.

PEP.—¡Valiente sinvergüenza! ¡Ya estará haciendo la rueda a doña Amelia para que le reparta un buen papel en el drama nuevo! He visto cómicos aduladores y con poca aprensión, ¡pero como ese!... Es un tío completo. Y luego partiendo siempre corazones con aquellos ojos de rana. ¡Qué asco!... (Mientras habla Pepita, Pedro acaba de recoger la tierra en la espuerta. Cuando aquella termina llega Pedro a la segunda puerta derecha, donde estará Andrea.)

PED.—(A Andrea por Pepita.) Pues ésta sí habla como los cómicos de mi pueblo. (Sale.)

AND.—¿Está usted a malas con González?

PEP.—¿Por qué es la pregunta?

AND.—Porque antes no le trataba usted así.

PEP.—¡Bah!... ¿Quién no tiene su hora mala en el mundo? Afortunadamente la mía pasó. No es que me arrepienta. El hombre tiene mucha gracia; pero, hija de mi corazón, que se la guarde. Si continuamos quince días más me quedo sin ropa que ponerme, y, lo que es peor, sin cuerpo donde poner la ropa.

AND.—(Haciendo ademán de sacudir.) ¿También?...

PEP.—Más que unos zorros.

AND.—Pues es una ganga el gracioso.

PEP.—(Mirando la escena y yendo de un lado a otro.) ¡Con cuánto gusto ha puesto doña Amelia el salón!... Es artista siempre. ¡Qué bien adornadas las jardineras! ¡Qué admirablemente casado el color de las flores!... ¡Y no digo nada cuando se haga noche y esas bombas azules ardan y la luz de la luna descubra el mar por entre los árboles del jardín!... Será una decoración poética.

AND.—Naturalmente; como para un poeta.

PEP.—¡Con eso y conquela obra del poeta resulte un mamarracho!...

AND.—No es de presumir.

PEP.—Es buen mozo el poeta.

AND.—Sí. (Con despego.)

PEP.—Ya le conocía. Me le presentaron antes de irnos a América; solo que no puse atención. ¿Quién iba a fijarse en él entonces? ¡Tan mal trajeado!... y primerizo.

AND.—Claro.

PEP.—Vaya, que está el salón precioso! Verdad es que a poco que se hiciera... El hotel es divino y el decorado...

AND.—Faltaría que no lo fuese con tres mil duros que cuesta su alquiler por la temporada.

PEP.—Es un pico.

AND.—Hace falta ser doña Amelia para pagar estas primadas.

PEP.—Ganándose el dinero a espuestas...

AND.—A espuestas lo gana; pero lo tira a carros.

PEP.—Por mucho que tire, con lo que se trajo de América!... Sólo de alhajas puede llenar un escaparate.

AND.—Al dinero échele usted un galgo. Las alhajas aún están quietecitas en los estuches, pero ya andarán, ya andarán. Es muy manirrota.

PEP.—Hace perfectamente. Empresarios ricos no han de faltarle, y admiradores dispuestos a arruinarse por ella, tampoco.

AND.—Todo acaba en el mundo.

PEP.—Aún está muy joven.

AND.—De cualquier manera, hace mal, señorita Marín. La juventud nasa: e

día en que pasa la juventud, las mujeres y las artistas pierden casi todo el valor.
El dinero siempre vale igual.

PEP.—(Como reflexionando.) ¡La vejez!... (Volviendo a su actitud despreocupada del principio.) ¡Bah!... Si pensase yo en mi vejez me moriría de repente.

AND.—(Por Amelia.) Bueno que gaste y triunfe; a ello le obligan su oficio, su posición en el teatro. Sólo que debía hacerlo con orden, con prudencia.

PEP.—¡No pide usted nada! Pedir a una artista orden y prudencia es pedirle nigos a un peral.

AND.—Por su bien lo hablo. Sentiría que andando el tiempo la tuviesen que enterrar de limosna. Por mí no lo haré; para la vejez no ha de faltarme.

PEP.—¡Qué va a faltarle a usted con el ama que tiene! (Con intención.)

AND.—¡Si viera usted de qué mal humor me ponen muchas veces sus cosas! Es tan estravagante que... Cualquiera diría que está loca.

PEP.—¿Loca?

AND.—De loca son las cosas tuyas. Para no ir más lejos: ya sabe usted que está aprendiendo *Cleopatra*.

PEP.—Sí.

AND.—Bueno. Répasando unos libros que hablan de esa señora... o lo que fue- se, leyó que Cleopatra bebía perlas disueltas en no sé qué menjurje. Pues, ni cor- ta ni perezosa, buscó el menjurje, desmontó las perlas, todas las perlas! de una pulsera, de un alfiler y de unos pendientes, las echó dentro de una copa, lo revol- vió todo con un punzón de oro y se bebió el medio aderezo. ¡Si esto no es estar loca, venga Dios y lo vea!

PEP.—¿Hizo eso? (Riendo a carcajadas.)

AND.—Como lo oye usted. ¡Y si aquello hubiese tenido buen gusto!... ¡Yo pro- bé tres o cuatro gotas que quedaron en el fondo del vaso!...

PEP.—¿Y?...

AND.—Una porquería, señorita Marín, ¡una porquería!

PEP.—(Riendo.) ¡Qué disparate!...

AND.—El mismo día que hizo ese disparate, no tuvimos dinero para pagar la cuenta del ultramarinos. Esta casa es así.

PEP.—Realmente el capricho es caro.

AND.—Más caros hay otros.

PEP.—¿Eh? (Con curiosidad. Aparece Amelia por la segunda izquierda seguida de González. Amelia vestirá con gusto y elegancia; con esa sencillez más costosa que todos los lujos.)

GONZ.—(Contemplando el salón de asombro.) ¡Admirable, doña Amelia, admirable!

AMEL.—Fíjese usted bien y diga si el poeta querido, el idolo de la temporada última, tiene mal santuario para dirigir su voz a los infelices mortales. (Riendo.)

Estoy insoportablemente campanuda. Es el sarampión de la tragedia que se me cube a la lengua y me hincha las palabras. Siempre que estudio una tragedia me ocurre lo propio; hablo y pienso con tornavoz. Si los dioses del Olimpo se ex- presaban como sus clásicos intérpretes; a mí no me conquistan. Prefiero el ha- blar de los hombres... cuando hablan cosas de mi gusto, naturalmente.

PEP.—¡Esto es un paraíso! (Por el salón.)

AMEL.—¡Ay, Pepita!... Perdona. Charla que charla no te había saludado aún. Fijándose en la jardinera que tiene las flores encarnadas y amarillas.) ¡Qué horror!... ¿De quién fué la ocurrencia? ¡Flores encarnadas y amarillas! ¡Los tan acreditados co- ores nacionales!... (A Andrea.) ¿Fué tuya la idea?

AND.—Señora...

AMEL.—Pero hija, ¿crees que Emilio Rojas es un ministro o un general para obscurarle con jardineras patrióticas? (Lleva y trae flores, mientras habla, de una jar- inera a otra hasta dejar arreglada la de la izquierda.) ¡Qué hubiera dicho Rojas! ¡Qué hubieran dicho las personas que aguardo! Me tomarían por una alcaldesa de pue- blo recibiendo al diputado del distrito. Vamos, ya se arregló. (A Pepita González.)

ustedes se quedarán a la lectura.

GONZ.—Como usted disponga.

PEP.—Tendré un verdadero placer. Me gustan mucho las lecturas.

GONZ.—Sobre todo cuando el autor es guapo.

PEP.—Nunca está de más. ¡Rojas es guapísimo!

AMEL.—Mejor todavía. Simpático, extraordinariamente simpático. Su conver-

AND.—Tampoco su pueblo de usted será como la ciudad en cuyas afueras vivimos.
PED.—¡Qué va a ser!... *Tó* mi lugar cabe en esa *giuerta*. ¡De *mó* y manera que los cómicos son conforme al tamaño del pueblo *ande* hacen las junciones!... Haga usted cuenta que no he hablao. Ya me callo.

AND.—Es lo mejor que puede hacer. Recoja esa espuerta y la tierra que ha caído al suelo mientras arreglábamos las macetas, y váyase con Dios.

PED.—Está bien. (Se pone a recoger en la espuerta la tierra que habrá caído al suelo.)

PEP.—(Dentro.) No hace falta anunciarme. Soy de confianza. (Entra Pepita por la segunda puerta derecha.) ¡Hola, Andrea!

AND.—¡Hola, señorita Marín!

PEP.—¿Y doña Amelia?

AND.—Allá dentro se quedó con González.

PEP.—¡Valiente sinvergüenza! ¡Ya estará haciendo la rueda a doña Amelia para que le reparta un buen papel en el drama nuevo! He visto cómicos aduladores y con poca aprensión, ¡pero como ese!... Es un tío completo. Y luego partiendo siempre corazones con aquellos ojos de rana. ¡Qué asco!... (Mientras habla Pepita, Pedro acaba de recoger la tierra en la espuerta. Cuando aquella termina llega Pedro a la segunda puerta derecha, donde estará Andrea.)

PED.—(A Andrea por Pepita.) Pues ésta sí habla como los cómicos de mi pueblo. (Sale.)

AND.—¿Está usted a malas con González?

PEP.—¿Por qué es la pregunta?

AND.—Porque antes no le trataba usted así.

PEP.—¡Bah!... ¿Quién no tiene su hora mala en el mundo? Afortunadamente la mía pasó. No es que me arrepienta. El hombre tiene mucha gracia; pero, hija de mi corazón, que se la guarde. Si continuamos quince días más me quedo sin ropa que ponerme, y, lo que es peor, sin cuerpo donde poner la ropa.

AND.—(Haciendo ademán de sacudir.) ¿También?...

PEP.—Más que unos zorros.

AND.—Pues es una ganga el gracioso.

PEP.—(Mirando la escena y yendo de un lado a otro.) ¡Con cuánto gusto ha puesto doña Amelia el salón!... Es artista siempre. ¡Qué bien adornadas las jardineras! ¡Qué admirablemente casado el color de las flores!... ¡Y no digo nada cuando se haga noche y esas bombas azules ardan y la luz de la luna descubra el mar por entre los árboles del jardín!... Será una decoración poética.

AND.—Naturalmente: como para un poeta.

PEP.—¡Con eso y conquie la obra del poeta resulte un mamarracho!...

AND.—No es de presuñir.

PEP.—Es buen mozo el poeta.

AND.—Sí. (Con despego.)

PEP.—Ya le conocía. Me le presentaron antes de irnos a América; solo que no puse atención. ¿Quién iba a fijarse en él entonces? ¡Tan mal trajeado!... y primerizo.

AND.—Claro.

PEP.—Vaya, que está el salón precioso! Verdad es que a poco que se hiciera... El hotel es divino y el decorado...

AND.—Faltaría que no lo fuese con tres mil duros que cuesta su alquiler por la temporada.

PEP.—Es un pico.

AND.—Hace falta ser doña Amelia para pagar estas primadas.

PEP.—Ganándose el dinero a espuestas...

AND.—A espuestas lo gana; pero lo tira a carros.

PEP.—Por mucho que tire, con lo que se trajo de América!... Sólo de alhajas puede llenar un escaparate.

AND.—Al dinero échele usted un galgo. Las alhajas aún están quietecitas en los estuches, pero ya andarán, ya andarán. Es muy manirrota.

PEP.—Hace perfectamente. Empresarios ricos no han de faltarle, y admiradores dispuestos a arruinarse por ella, tampoco.

AND.—Todo acaba en el mundo.

PEP.—Aún está muy joven.

AND.—De cualquier manera, hace mal, señorita Marín. La juventud nasa: e

día en que pasa la juventud, las mujeres y las artistas pierden casi todo el valor. El dinero siempre vale igual.

PEP.—(Como reflexionando.) ¡La vejez!... (Volviendo a su actitud despreocupada del principio.) ¡Bah!... Si pensase yo en mi vejez me moriría de repente.

AND.—(Por Amelia.) Bueno que gaste y triunfe; a ello le obligan su oficio, su posición en el teatro. Sólo que debía hacerlo con orden, con prudencia.

PEP.—¡No pide usted nada! Pedir a una artista orden y prudencia es pedirle tigos a un peral.

AND.—Por su bien lo hablo. Sentiría que andando el tiempo la tuviesen que enterrar de llimosna. Por mí no lo haré; para la vejez no ha de faltarme.

PEP.—¡Qué va a faltarle a usted con el ama que tiene! (Con intención.)

AND.—¡Si viera usted de qué mal humor me ponen muchas veces sus cosas! Es tan extravagante que... Cualquiera diría que está loca.

PEP.—¿Loca?

AND.—De loca son las cosas tuyas. Para no ir más lejos: ya sabe usted que está aprendiendo *Cleopatra*.

PEP.—Sí.

AND.—Bueno. Répasando unos libros que hablan de esa señora... o lo que fuese, leyó que Cleopatra bebía perlas disueltas en no sé qué menjurje. Pues, ni corta ni perezosa, buscó el menjurje, desmontó las perlas, ¡todas las perlas! de una pulsera, de un alfiler y de unos pendientes, las echó dentro de una copa, lo revolvió todo con un punzón de oro y se bebió el medio aderezo. ¡Si esto no es estar loca, venga Dios y lo vea!

PEP.—¿Hizo eso? (Riendo a carcajadas.)

AND.—Como lo oye usted. ¡Y si aquello hubiese tenido buen gusto!... ¡Yo probé tres o cuatro gotas que quedaron en el fondo del vaso!...

PEP.—¿Y?...

AND.—Una porquería, señorita Marín, ¡una porquería!

PEP.—(Riendo.) ¡Qué disparate!...

AND.—El mismo día que hizo ese disparate, no tuvimos dinero para pagar la cuenta del ultramarinos. Esta casa es así.

PEP.—Realmente el capricho es caro.

AND.—Más caros hay otros.

PEP.—¿Eh? (Con curiosidad. Aparece Amelia por la segunda izquierda seguida de González. Amelia vestirá con gusto y elegancia; con esa sencillez más costosa que todos los lujos.)

GONZ.—(Contemplando el salón de asombro.) ¡Admirable, doña Amelia, admirable!

AMEL.—Fíjese usted bien y diga si el poeta querido, el ídolo de la temporada última, tiene mal santuario para dirigir su voz a los infelices mortales. (Riendo.) Estoy insoportablemente campanuda. Es el sarampión de la tragedia que se me sube a la lengua y me hincha las palabras. Siempre que estudio una tragedia me ocurre lo propio; hablo y pienso con tornavoz. Si los dioses del Olimpio se expresaban como sus clásicos intérpretes; a mí no me conquistan. Prefiero el hablar de los hombres... cuando hablan cosas de mi gusto, naturalmente.

PEP.—¡Esto es un paraíso! (Por el salón.)

AMEL.—¡Ay, Pepita!... Perdona. Charla que charla no te había saludado aún. Fijándose en la jardinera que tiene las flores encarnadas y amarillas.) ¡Qué horror!... ¿De quién fué la ocurrencia? ¡Flores encarnadas y amarillas! ¡Los tan acreditados colores nacionales!... (A Andrea.) ¿Fué tuya la idea?

AND.—Señora...

AMEL.—Pero hija, ¿crees que Emilio Rojas es un ministro o un general para obsequiarle con jardineras patrióticas? (Lleva y trae flores, mientras habla, de una jardinera a otra hasta dejar arreglada la de la izquierda.) ¡Qué hubiera dicho Rojas! ¡Qué hubieran dicho las personas que aguardo! Me tomarían por una alcaldesa de pueblo recibiendo al diputado del distrito. Vamos, ya se arregló. (A Pepita González.) Ustedes se quedarán a la lectura.

GONZ.—Como usted disponga.

PEP.—Tendré un verdadero placer. Me gustan mucho las lecturas.

GONZ.—Sobre todo cuando el autor es guapo.

PEP.—Nunca está de más. ¡Rojas es guapísimo!

AMEL.—Mejor todavía. Simpático, extraordinariamente simpático. Su conver-

sación esclaviza; y es porque cuando echa fuera de la boca sus ideas y sus sentimientos, no habla con los labios: habla con el corazón, con el alma; los pone en cada palabra, en cada gesto, en cada mirar de sus ojos, en cada accionar de sus manos. Hubiera sido un gran actor.

GONZ.—Por de pronto es un gran perdido. No hay vicio que no tenga y no luzca; porque le gusta también lucirlos.

AMEL.—¿Eh? (Con disgusto.)

GONZ.—La mujer que tiene relaciones con él debe ser una mártir.

AMEL.—(Con acritud.) Muchos son o aparentan ser viciosos por no morir de amargura, de hastío, de soledad de alma. En cambio otros son viciosos por ruindad de instinto y de carácter. Sobre todo, González, no creo que es usted el llamado a hablar de los vicios ajenos. Con los suyos le sobra para cinco o seis conferencias.

PEP.—(Bajo a Andrea, por González.) ¡Que vuelva por otra!

GONZ.—Doña Amelia, yo...

AMEL.—Déjese de excusas: no hacen falta. Además, hoy no tengo ganas de reñir. Estoy contenta, ¡muy contenta!... Un poco nerviosa. La impaciencia de oír el drama, de conocer el papel que me toca representar. (A González.) Decía usted que la señora que tiene relaciones con él... Teresa...

PEP.—¿Qué?

AMEL.—Hoy la conoceré. Ha llegado de San Sebastián, donde veranea en una finca suya, a pasar unos días con la Peñagrís y con la Nuevalos, y vendrá con ellas. ¿Y qué? ¿Es guapa Teresa?

PEP.—¡Pchs!...

GONZ.—Encantadora.

AMEL.—¿Sí?

PEP.—Fea del todo no es.

AMEL.—(Mirándose a un espejo.) Y elegante, ¿es?

PEP.—Eso no se puede negar. ¡Muy elegante! Pertenece a una gran familia; se enamoró del poeta como una loca y lo echó todito a rodar. Ahora, como elegante lo es.

AMEL.—(Que no ha dejado de mirarse al espejo y de hacer gestos de disgusto mientras habla Pepita.) ¿Qué estaría yo pensando para ponerme este vestido? ¡Es cursi, horriblemente cursi! (Dirigiéndose a Andrea que se ocupa en terminar el arreglo del salón.) Ven; me ayudarás a buscar otro. Nada, que resulto una facha, ¡una completísima facha! (A Pepita y González.) Hasta ahora mismo. Espérenme aquí. (A Andrea.) ¿Conque tan guapa y tan elegante es esa... Teresa? (Salen Amelia y Andrea por la izquierda.)

GONZ.—¡Estamos bien con la señora!... Puede que por ocho duros quiera contratarme también los pensamientos. El mejor día la planto sin decir, quede usted con Dios. ¡Si pensará que es doña Precisa!

PEP.—¡Ya, ya!... ¡Gasta unos ramos!

GONZ.—¡Que los baje, hija, que los baje! Las comedias no las representa ella sola; si a ella la aplauden, a mí también: y si ella es la Carpio, yo soy González

PEP.—(Con tono de burla.) ¡González!

GONZ.—González. Enrique González. ¿Y qué? Te figuras que le sería fácil sustituirme. A mí no se me sustituye así como así.

PEP.—Hombre, te diré.

GONZ.—¿Qué vas a decirme?

PEP.—Que tengo completa la compañía.

GONZ.—No hagas chistes. El tonto fui yo por dedicarme a damas jóvenes.

PEP.—Por eso andas en características.

GONZ.—¡Pepa!

PEP.—No te incomodes. La llamaremos... madre noble ¡Y tan noble! Como que es condesa.

GONZ.—¡Qué poquísima vergüenza tienes!

PEP.—La que tu me has dejado; tanta como ropa; y me quedé en bata.

GONZ.—Ea, déjame en paz y vete a darle murga al que te ha repuesto el vestuario.

PEP.—Falta me hacía reponerlo.

GONZ.—Pues por eso y por otra porción de cosas, hemos hecho bien separán

lonos. Cuando los sacrificios son precisos, se hacen, aunque cueste trabajo hacerlos.

PEP.—(Con sorna.) A ti debe costarte mucho.

GONZ.—(Queriendo coger una mano a Pepita.) ¡Que tonta eres!

PEP.—(Dando un manotón en la mano de González.) Quita. (Entra por la segunda puerta derecha un criado, y detrás de él Antonio.)

CRiado.—(A Antonio.) Pase usted; voy a dar aviso a la señora. (Entra por la segunda.)

GONZ.—¡Don Antonio!... (Dirigiéndose a él.)

ANT.—¡Hola, amigo! (Reparando en Pepita.) ¡Calla! ¡Es Pepita!... Siento haber estorbado el coloquio. Sería un juicio de conciliación.

PEP.—Si no entra usted concluye como todos los juicios de conciliación: a tras-luzos.

ANT.—Cualquier camino es bueno para llega al fin. (Sale el criado por la segunda.)

CRiado.—La señora sale en seguida. (Vase por la segunda puerta derecha.)

PEP.—(A Antonio.) ¿Viene usted solo?

ANT.—Solo.

PEP.—Le esperaban con el señor Rojas.

ANT.—No; he salido a pintar después del almuerzo, y pinta que te pinta, me he estado sobre aquellas rocas hasta ponerse el sol. Supongo que no tardará.

GONZ.—¿Y son muchos los invitados?

ANT.—Los íntimos, nada más que los íntimos. Cuento usted: El duque de Martoria, opositor e íntimo del ama de esta casa; el conde de Nuevalos (A Pepita.) íntimo de usted; la condesa de Nuevalos, íntima de González; el marqués de Peñagrís, que intimará con la primer botella que tropiece... La que no va a tropezarse con ningún íntimo es la marquesita de Peñagrís; Amelia no trata con toreros. Tampoco tengo yo nada íntimo a la mano.

GONZ.—Se deja usted dos íntimos en la cartera. Teresa y el autor.

ANT.—Esos no son íntimos. Son un matrimonio que no ha ido a pedir a la iglesia sus bendiciones, por evitarse un viaje inútil. La iglesia prohíbe los matrimonios entre locos.

GONZ.—El si es loco. Ella, a creer lo que dicen es una santa.

ANT.—¿Quiere usted locura mayor que la santidad en este mundo de hombres?

(Entra Amelia por la izquierda vistiendo otro traje tan sencillo y artístico como el anterior.)

AMEL.—(A Antonio.) Salud maestro. Perdone que le haya hecho aburrirse aguardándome solo.

ANT.—Ni me he aburrido, ni estoy solo. (Señalando a Pepita y González.)

AMEL.—(Como si reparase en aquellos por primera vez.) ¡Ah, sí! ¡Qué distraída! (A Pepita y González.) Dispensen. (A Antonio.) Ante todo, maestro, nada de galanterías, como si hablase con la modelo; ¿qué tal me encuentra usted?

ANT.—Hermosísima, elegantísima, graciosísima y todos los *isimas* que quiera usted poner detrás.

AMEL.—(Con satisfacción de niña mimada.) ¡Qué peso me quita usted de encima!...

ANT.—¿Por qué?

AMEL.—Tonterías, preocupaciones... preocupaciones de mujer... de mujer vulgar, si usted quiere. Me han dicho que Teresa es muy guapa y muy elegante.

ANT.—¿Y teme usted ser vencida por ella?

AMEL.—¡Pchts!

ANT.—Deseche los temores. Entre usted y ella no hay punto de comparación.

AMEL.—¿Eso es ironía o requiebro?

ANT.—Las dos cosas tal vez.

AMEL.—¡Mala persona!... (Golpeanco afectuosamente la mano de Antonio.) Me han dicho que está loca por él; que se lo ha sacrificado todo, hasta su reputación, antes intachable. Una novela son los tales amores, a dar oídos a la gente.

ANT.—Una novela, sí, señora.

AMEL.—¿Romántica?

ANT.—Para quien no crea en la abnegación y en el sacrificio, romántica será.

AMEL.—(Volviendo la espalda a Pepita y González sin ocuparse de ellos para nada.) Cuento usted! ¡Cuento usted!... No imagine que esto es curiosidad. Se trata de un interés más grande: el que siente un artista por penetrar las intimidades de un artista. Quizá sea la actriz codiciosa de aplausos quien habla por mi boca

en este momento. Cuando se conocen a fondo el carácter, las pasiones, la vida entera de un autor, se interpretan mejor sus obras.

ANT.—Es posible.

GONZ.—(Bajo a Pepita.) Oye, aquí estamos de más. Para el caso que hacen de nosotros, nos podemos ir a la galería.

PEP.—(Levantándose.) Llevas razón.

GONZ.—Entonces, vamos; digo, si no temes que llegue tu conde y te sorprenda junto a mí y pida explicaciones.

PE.—¿Explicaciones?... ¿Desde cuándo tiene derecho a pedir las un viejo?

GONZ.—¡Pues cálcúlate tú una vieja! (Pepita y González se dirigen al fondo y desaparecen por la galería sin ser notados por Amelia y Antonio.)

AMEL.—El principio de esos amores no necesita usted contarlos.

ANT.—¿No?

AMEL.—Lo supongo. Ella le conoció el día de su éxito, de su gran éxito. Le vió sobre el escenario, aplaudido, ovacionado por el público, y...

ANT.—No, querida Amelia. Cuando Teresa se enamoró de Emilio era éste un desconocido, un pobre luchador... y un luchador pobre...

AMEL.—¿Fué antes?... (Sorprendida.)

ANT.—Antes.

AMEL.—Es raro.

ANT.—¡Y tan raro! Mujeres que después del triunfo ciñan el cuerpo del artista con guirnalda de carne, hay muchas, a montones, iba a decir a puntapiés. Mujeres que antes del triunfo comprendan las grandezas y los sufrimientos del artista y le abran sus brazos, hay muy pocas. Teresa fué una de esas pocas.

AMEL.—¡Ah!... ¡Ella le adivinó! (Pensativa.)

ANT.—Sí, le adivinó, le sostuvo en la lucha; fué su compañera, su amiga...

AMEL.—(Con cierto despecho.) ¡Cuánto la elogia usted!

ANT.—Más merece.

AMEL.—Tiene en usted un gran admirador.

ANT.—En mí y en todos aquellos que la tratan.

AMEL.—¿Sí?

ANT.—El que no la admira, la envidia; y la envidia no es, después de todo, más que la admiración enferma.

AMEL.—Y es para admirada. Por ella, y por ser la dueña de un artista tan eminente.

ANT.—Si Rojas no fuera artista, sería más envidiable la suerte de Teresa.

AMEL.—¿Por qué?

ANT.—¿Y usted me lo pregunta? Porque los artistas somos francamente insportables en la intimidad.

AMEL.—¡Muchas gracias!

ANT.—No hay de qué darlas. También me pongo en la cuenta para hacernos justicia en montón.

AMEL.—¿De modo que los artistas somos incapaces de alegrar la existencia de nadie?

ANT.—Alegramos la de todos. De ahí que no podamos alegrar la de uno solo.

AMEL.—(Riendo.) ¡Qué exageración!

ANT.—Ni soy exagerado, ni me gusta sermonear; mucho menos cuando me hablo junto a una mujer guapa; pero estoy en lo firme.

AMEL.—Vaya, hombre, ¡que no!

ANT.—Vaya, mujer, ¡que sí!... Alma, corazón, entendimiento, voluntad, cuanto vale en nosotros algo, se lo entregamos al público, al señor *Todos*. De él y para él vivimos. Para él, para ese señor *Todos*, falto de cédula personal e indeterminado de sexo, son las grandezas, las sublimidades, las exquisiteces de nuestro sér. ¡Pobre del amante con cédula y demás adminículos que se acerque a nosotros! Recogerá nuestras miserias y nuestros egoísmos y nuestras ruindades! ¡Pobre de él!... Más pobre si pretende ser el primero en nuestro amor. Menos pobre, pero pobre siempre, si se conforma con los desperdicios del otro, del señor *Todos*.

AMEL.—¡Antonio, por Dios!

ANT.—No hay por Dios que valga; y en lo que digo no hay censura tampoco, hay pena. La que siento yo de mí mismo, viéndome imposibilitado de ser dichoso.

de hacer dichoso a quien me ame sinceramente. Y basta de filosofías y de tristezas. La filosofía es empachosa; la tristeza, cursi.

AMEL.—Y usted loco.

ANT.—¿Yo?

AMEL.—A nadie más que a un loco se le puede ocurrir que los artistas, superiores al vulgo en corazón y en inteligencia, son incapaces de ser felices en amor, y de hacer feliz a quien les ame.

ANT.—¿Felices?... ¿Lo fué usted con alguno?

AMEL.—No. (Como rectificando.) Todavía no.

ANT.—Y usted, ¿ha hecho a alguno feliz? (Amelia, luego de mirar a Antonio, baja la cabeza sin responder.) Ese silencio es una respuesta.

AMEL.—O una requisa.

ANT.—De la cual sacaré usted las más dolorosas consecuencias. Los artistas somos como ciertas desgraciadas mujeres, carne para el deleite público.

AMEL.—¡No hable usted así!... Yo he soñado, soñaré siempre hasta mi última hora... de juventud con un amor grande, completo, capaz de todos los arrebatos y de todos los sacrificios; amor en que los amantes no se regatean nada, ni el alma, ni el cuerpo, ni los labios, ni el corazón; un amor... El amor, ¡ea! El amor tal como lo imagina esta personita que usted cree loca, y sólo es una extraviada que anda y anda buscando un nido que la fabricaron no sé dónde, y en el cual la espera no sé quién.

ANT.—¡Y tan loca como está usted!

AMEL.—¿Me juzga incapaz de inspirar y sentir un amor de esa especie?

ANT.—De inspirarlo, no, De sentirlo, sí.

AMEL.—¿Eh?

ANT.—Los artistas tropezamos algunas veces con seres que por nuestro amor nos lo sacrifican todo y nos lo sufren todo, ¡todo!, como si en lugar de amantes fuésemos hijos suyos, hijos pequeñitos, criaturas enfermas, a los cuales no se abandona, hagan lo que hagan, porque necesitan apoyo y porque sin ellos no se puede vivir.

AMEL.—Antonio...

ANT.—Sí; los artistas tropezamos con esos seres algunas veces, pocos, ¿eh?, los mártires no abundan; pero, en fin, existen. Dentro de poco hablará usted con uno.

AMEL.—Teresa.

ANT.—Mártir voluntaria de Emilio Rojas, artista eminente y calamidad eminente también.

AMEL.—Mal trata usted a su mejor amigo.

ANT.—¡Yo!... Como a hermano le quiero. Hablo de él lo mismo que hablaría de usted, de mí propio. Todos estamos cortados por un patrón. Todos somos en la vida íntima unas calamidades.

AMEL.—¡Vuelta!...

ANT.—¡Pero hija, si es verdad! Los más grandes arrebatos y sacrificios son pocos cuando se trata del objeto amado. Decía usted, hace unos minutos.

AMEL.—¿Decía mal?

ANT.—Decía usted admirablemente; así es el verdadero amor.

AMEL.—¡Entonces!...

ANT.—No niego que defina bien el amor. Sólo que de definirlo a sentirlo...

AMEL.—¿Qué?

ANT.—Vamos a cuentas con su definición. Dejo a una parte los delirios. ¿Sacrificaría usted por nadie su orgullo de actriz?, ¿su vanidad de comedianta?, ¿sus extravagancias e independencias de criatura excepcional que a nadie necesita y, por consiguiente, no se sujeta a nadie? ¿Dejaría usted de vivir en exhibición perixito en el mundo, un aplauso en la escena?

AMEL.—Antonio...

ANT.—No, y cien veces no. Acaso crea usted ahora de buena fe que lo haría. Pero cuando llegara el instante, ¡adiós sacrificio! No lo haría usted. ¿Por vanidad? De ninguna manera. Porque es artista; y a los artistas nos tocó nacer de este modo; porque así, para vivir del público y con el público y en público, nos ha tocado interior y exteriormente la santa madre Naturaleza.

AMEL.—(Riendo.) ¿También exteriormente?

ANT.—¿Qué duda hay? (Negativa en Amelia.) Fíjese usted en usted propia. Usted no es bonita; es hermosa, francamente decorativa, con todo el arrogante esplendor de sus líneas. Poniendo debajo el pedestal estaría completa la estatua. Su voz es vibrante, despótica, dominadora, porque ha de sonar en muchos oídos a la vez; sus facciones son correctísimas pero pronunciadas, hechas para verse y gozarse de lejos. (Amelia ríe.) No se ría usted. La Naturaleza supo lo que hizo construyéndola así, para ser la querida espiritual de las multitudes. Si la hubiese a usted construido para ser amante feliz de un solo hombre, la hubiera creado más menudita de facciones, más débil de voz, más recogida de figura; para estremecerse en un gabinete al contacto de un beso, no para electrizarse sobre la escena al choque de un aplauso. La Naturaleza es un gran escultor. Casi siempre da a sus estatuas de carne proporciones justas al sitio que deben ocupar en la vida.

AMEL.—(Riendo a carcajadas.) ¡Bueno! ¡bueno! Déjeme usted en paz con sus lecciones de escultura viviente. Lo que nos ocurre es que no encontramos quien nos comprenda.

ANT.—Otra música socorridísima. ¡No me comprenden! ¿Quién nos va a comprender si empezamos por no comprendernos nosotros?

AMEL.—¿Quién? Cualquiera que nos iguale en inteligencia, en sentimientos...

ANT.—¿Otro artista? No se le ocurra eso jamás. (Con seriedad e intención.) Pensarlo ya es un disparate. Hacerlo sería una locura que, sin labrar la dicha de usted, pudiera labrar la desgracia de otros.

AMEL.—¿Qué quiere decir?

ANT.—¿Yo?... Nada. (Breve pausa durante la cual Antonio y Amelia se miran frente a frente.) Rojas ha escrito a usted un hermoso papel.

AMEL.—Sí.

ANT.—Al menos a mí me lo parece.

AMEL.—El no puede hacer nada malo.

ANT.—En arte, no. Le pasa como a usted.

AMEL.—¿Otra pulla? (Se oye a distancia la bocina de un automóvil.)

ANT.—(Suena la bocina más cerca.) Ahí está el automóvil de sus convidados.

AMEL.—Sí, ellos deben de ser.

ANT.—Vienen en el automóvil de La Peñagrís.

AMEL.—Y Teresa con ellos. Salgamos en su busca. (Dirigiéndose a la derecha.)

ANT.—¿Tanta prisa tiene usted en ponerse frente a esa criatura?

AMEL.—¿Eh? (Confusa.)

ANT.—(Señalando la puerta derecha.) Satisfaga usted su capricho. Aquí está. (Entran por la segunda puerta derecha Teresa, la Condesa de Nuevalos, el Conde de Nuevalos, el Marqués de Peñagrís, la Marquesita de Peñagrís. Todos vestirán elegantes trajes de «sport». Teresa representará de veintiocho a treinta años. La Peñagrís, veinte. La Condesa de Nuevalos, cincuenta. El Conde de Nuevalos será un viejo de sesenta, muy retocado. El Marqués de Peñagrís, hombre de cincuenta (a ser posible, gordo y con la nariz muy encarnada.)

LA PEÑ.—(A Amelia.) ¡Hija, créif que no llegábamos! ¡Qué lata! A poco tenemos que venir a pie. En la mitad del camino se nos descompuso el jamelgo. ¡Teresa se ha llevado un susto!... A propósito, con la historia del automóvil olvidé la presentación. (A Amelia.) Teresa Garcerán. (A Teresa.) Amelia. No hay más que decir.

AMEL.—(A Teresa.) Ha sido usted muy buena aceptando mi invitación.

TER.—Torpe hubiera sido no aceptándola. Gracias a ella puedo tratar de cerca a quien admiré siempre de lejos.

AMEL.—Ustedes me honran visitando mi casa.

LA NUE.—Los honradós somos nosotros.

ANT.—No hay que exagerar.

LA NUE.—Estamos en casa de una gran artista, y la casa de una gran artista como usted, es palacio de reina.

PEÑ.—De reina absoluta, sin zaramojos constitucionales. ¡Uf! ¡Qué calor! (Dejándose caer en una butaca y mirando con ansia a todas partes.)

AMEL.—¿Quiere usted agua? (Peñagrís hace un ademán de repugnancia. Amelia toca al timbre.) ¿Un refresco? (Entra Andrea.)

PEÑ.—Un refresco vendrá admirablemente. (A Andrea.) Una copa de wisky, de cognac, cualquier cosa, por el estilo. (Sale Andrea.) ¡Oh, los artistas, los artistas!

NUE.—Son mi chifladura.

LA PEÑ.—Y la de tu mujer; y la de todos nosotros; porque yo también adoro el arte. (Entra Andrea, sirve a Peñagrís, y se retira.)

ANT.—Sobre todo el arte taurino.

LA PEÑ.—Dígame usted fuerte. Cuidado si resulta bien un matador, cuando está bien naturalmente y despliega el trapo y pasa el toro a dos dedos de los pitones. ¿Pues y cuando lía y se echa el estoque a la cara y se deja caer y la entierra toda en el morrillo?

ANT.—¡Entonces el delirio! (Teresa y Amelia hablan aparte: Peñagrís saborea con deleite el licor servido, y el Conde y la Condesa de Nuevalos dan señales de impaciencia.)

PEÑ.—Unas aficiones no estorban otras. (Llenando la copa.) Todo es compatible.

LA PEÑ.—Prueba de ello es que estoy deseando ver entrar a Rojas por esa puerta con el drama en la mano.

ANT.—Vamos, está usted, poco más o menos, como en la plaza antes de que se abra el toril.

LA PEÑ.—¡Guasa viva! ¿Para esto se nos ha adelantado usted?

AMEL.—No ha sido él solo. Antes que él llegaron Pepita y González.

LA NUE.—¿Sí? (La Condesa de Nuevalos hace un ademán de curiosidad.)

ANT.—Por la galería andan. Me parece que allá (Mirando.) en el fondo... No se distingue bien. Está muy oscuro.

AMEL.—Verdad. (Tocando al timbre. A Teresa.) ¿Cómo no ha venido Rojas con ustedes?

TER.—Creo que almorzaba con Martoria. Probablemente vendrán juntos.

AMEL.—¿Con Martoria? (Entra un criado por la derecha. Al criado.) Dé usted luz. (El criado lo hace con las lámparas del salón.) Encienda también la galería.

ANT.—(Adelantándose al criado.) ¡Eh! ¡Pepita! ¡González! ¡Vengan ustedes por acá! (El criado enciende la galería. El Conde y la Condesa, por un movimiento maquinal, se dirigen a ella. Luego se detienen, ella abanicándose, él dando vueltas a la leontina del reloj.)

TER.—(Mirando al salón.) ¡Cuánta flor!

AMEL.—¿Es usted aficionada?

TER.—No afición, cariño les tengo. Comprendo que es una ridiculez, pero cuando las cortan delante de mí siento impulsos de gritar: ¡ay! (Entran por el fondo González y Pepita.)

AMEL.—¿Dónde se habían metido ustedes?

GON.—Allá, viendo ponerse el sol y charla que te charla....

NUE.—(Bajo a Pepita.) Tú me explicarás.

PEP.—Se lo explicaré a tu mujer, si te parece más oportuno. Si no, mira, que se lo explique González, que está hablando con ella.

CRÍADO.—(Saliendo por la derecha.) El señor duque de Martoria.

AMEL.—¡Por fin! (Amelia se levanta y se dirige hacia la puerta de entrada donde aparecen Emilio y Martoria. El primero vestirá con artístico desaliño. El segundo con elegancia.)

AMEL.—¡Amigo, cómo se conoce lo bueno en lo que se hace desear!

MART.—Yo soy el culpable. Entretuve a Rojas más de lo justo en el Casino.

(Mirando a Amelia.) ¡Qué elegante! ¡Qué hermosa!

AMEL.—(Mirando a Emilio.) ¿De veras creen ustedes que lo estoy?

EMI.—¿Cómo no?

AMEL.—Vaya, habrá que aceptar la sentencia viniendo de tan buenos jueces.

(A Emilio.) ¿Supongo que eso estará listo?

EMI.—(Mostrando un rolo de papeles que lleva en la mano y entregandoselo a Amelia.)

Aquí lo tiene usted. ¡Ojalá lo considere digno de su incomparable talento!

AMEL.—(Riendo.) ¿No han enpezado los ensayos y ya me adula usted? Veremos lo que dice después del estreno.

EMI.—Lo que ahora. No, más; porque espero de usted el mayor y más queridos de mis triunfos.

AMEL.—¿Está usted seguro?... ¡Vanidoso!

MART.—(A Teresa.) Querida prima, dichosos los ojos que te ven. No andas por el mundo.

TER.—Por tu mundo, querrás decir.

AMEL.—Vaya, suspendamos las galanterías. Aquí está la obra y allí está el lector.

PEP.—Solo falta empezar.

AMEL.—Pues andando. (A Emilio.) Digo, si a usted no le molesta.

EMI.—¡A mí! A sus órdenes,

AMEL.—Vengan ustedes por acá, (La mesa.) y siéntense; sólo se permite aplaudir. (Encendiendo la lámpara. Todos se sientan excepción de Teresa, Amelia, Emilio y Antonio.)

ANT.—A lo menos en alta voz.

AMEL.—(A Emilio.) Usted aquí, enfrente del senado. Yo junto a usted. (Teresa se sienta con los demás. A Teresa.) No puedo ceder a usted mi puesto; hoy el autor es mío; me pertenece; no se lo cedo a nadie. (Con arrogancia. Abre el rollo de papeles y lo pone delante de Emilio, junto al cual se sienta mirándole de hito en hito. Teresa la contempla con desconfianza.—A Emilio.) Cuando usted guste.

EMI.—(Doblando la primera hoja.) *Sin nombre* (Como si leyera el título.)

ANT.—(Fijándose en el grupo que forman Emilio y Amelia.) Empieza la comedia.

ACTO SEGUNDO

El teatro representa el saloqucillo y cuarto de vestir de Amelia. Estará decorado con gran lujo y coquetería. En las paredes artísticos tapices y cuadros. El mueblaje elegante y sencillo. A la izquierda una puerta con amplias colgaduras, que da acceso al tocador de Amelia. Estas colgaduras se hallan corridas al enpezarse la representación. A la derecha una puerta que supone comunicar con el pasillo que conduce al escenario y a la sala. La escena es tará sola al alzarse el telón. Inmediatamente después aparecen, por la puerta de la derecha, Pepita y González. Vestirá este traje de etiqueta. Pepita de baile.

GONZ.—(Restregándose las manos con satisfacción.) ¡Al pelo!... ¡Esto marcha al pelo!... Dos actos dos exitazos. El tercero ya lo estás viendo; llegará a las nubes. Nada, que acertó Rojas.

PEP.—En todo.

GONZ.—(Con vanidad.) ¡No tendrá queja de la escenita que acabo de hacerle!

PEP.—Hombre, siquiera recuerda que la he representado contigo y dí: «La es cenita que acabamos de hacerle.»

GONZ.—Bien; se la hemos hecho. ¿Qué más dá? Tú y yo somos uno.

PEP.—Si no lo tomas a mal somos cuatro; como quien dice un rigodón. La comedia es preciosa.

GONZ.—¡Qué aplauso me han dado en el mutis!

PEP.—Nos han dado.

GONZ.—Nos han dado; ¡qué pesada te pones! Ahora venga el diluvio. Solo me quedan al final cuatro bocadillos.

PEP.—Diluvio habrá; de aplausos. Doña Amelia está colosal.

GONZ.—¡Cálculate!... Pelea por dos.

PEP.—Eso.

GONZ.—Si no ha sido todavía, será. Bastaba verlos durante los ensayos. ¡Qué apartes tan... apartaditos, muchachia!

PEP.—Pues mira, creo que ni él, ni ella hacen bien.

GONZ.—¿Por qué?

PEP.—Lo primero, porque son demasiada gente para aguantarse; lo segundo porque ella gasta como una descosida y Rojas es pobre; lo tercero... ¡Vaya, que es una infamia engañar a criatura tan buena como Teresa Garcerán!

GONZ.—¿Quien no engaña en el mundo?

PEP.—¡Pobre señora!... En el palco está lívida, nerviosa, botando en la silla a cada rumor, a cada aplauso que se escucha.

GONZ.—También es simple la mujer. (Entran por la derecha Amelia, Andrea y Emilio. La primera en traje de baile con un boá o abrigo sobre los hombros que, apenas en trada en su cuarto arrojará sobre una silla. Emilio vestirá traje oscuro de americana y sombre ro. Expresará con sus ademanes y gestos preocupación y temor. Andrea atraviesa la escena, y levantando la cortina de la izquierda entra en el tocador de Amelia.)

AMEL.—(Volviéndose hacia Emilio que ha quedado en la puerta de la derecha escuchando.) ¡Animo! (Cogiéndole por un brazo y trayéndole a primer término.) ¡Quítese usted en seguida esa cara de sentenciado a muerte!... ¿Aún tiene usted miedo?

EMI.—¡Espantoso!

GONZ.—No hay razón. La comedia está en casa. ¿Se ha fijado usted en mi *mutis*?

EMI.—Sí, sí, ¡admirable!, ha estado usted admirable. (A Pepita.) Y usted, admirable también. (A Amelia con pasión.) A usted... A usted, Amelia, ¿qué decirle?

AMEL.—¡No, por Dios, no me diga usted nada!... En las noches de estreno, los autores no dicen, fuera de lo que dicen en escena, más que tonterías. A los actores nos ocurre lo propio. Tenemos el entendimiento y el corazón en otra parte: en el escenario. Allí estamos; allí estoy yo ahora toda entera aguardando el instante de volver a verme con el público. Esta noche es nuestro; no tema usted. Le conozco. Cuando se entrega lo hace con candores de niño. También estoy nerviosa. ¡Mire usted! (Cogiendo con sus manos las de Emilio.) Pero mi temblor es de alegría, de satisfacción, de esperanza...

EMI.—El mío de susto.

PEP.—¡Hombre!...

EMI.—¡Ay!... Si el público supiera lo que sufre un autor la noche del estreno, no se silbaba una obra.

PEP.—Silbándose y todo no hay español sin comedia debajo del brazo. ¡Si no las silbaran!... ¡¡Pobres directores de compañía y pobres actores y pobre público también!!

EMI.—Es un rato horrible. Esto de escribir comedia será arte inferior, como creen algunos, pero el miedo que pasamos los autores es superlativo.

GONZ.—¿Y nosotros?

EMI.—Ustedes es distinto. Nosotros tenemos que aguardar cruzados de brazos, con pasividad desesperante. Ustedes no; ustedes salen al escenario, pelean con el público cuerpo a cuerpo. La lucha enardece.

AMEL.—Verdad. Yo temo al público antes de salir a escena. Después no. Cuando estamos frente a frente le desafío; aunque se irrite no me asusta. Sólo pienso, sólo quiero una cosa: domarle, esclavizarle, hacerle aplaudir. ¡Y esta noche vencemos en toda la línea! ¡Nunca tuve más ansia de vencer!

EMI.—¡Amelia!... (Avanza hacia ella con actitud apasionada. De pronto se detiene y vuelve hacia la puerta donde estará González.) ¿Eh? ¿Qué rumor es ese?... ¿Una protesta?..

GONZ.—(Riendo.) No, hombre, un aplauso. Tranquílese usted.

EMI.—(Luego de escuchar.) Sí; es un aplauso. ¡Un aplauso! (Respirando ancho.)

GONZ.—(Con envidia.) A Méndez.

AMEL.—(Con sinceridad.) ¡Está insuperable!

GONZ.—Su papel es una pera en dulce. Basta hablarlo. ¡Si tuviera las dificultades que el de usted!

EMI.—¡Otro aplauso!...

PEP.—¡Y los que han de venir!

EMI.—Tengo mucho miedo al final. (Entra Martoria por la derecha. Vestirá de frac.)

AMEL.—(Con orgullo y arrogancia artística.) ¿Olvida usted que el final es mío?

MART.—Entonces, éxito indiscutible.

AMEL.—(Tendiéndole la mano.) ¡Adulador!

MART.—Éxito, y de los que hacen época. (A Rojas.) El público entusiasmado. (A Amelia.) Cuando aparezca usted, el entusiasmo se convertirá en servidumbre, en adoración. (A Emilio.) Mi enhorabuena, amigo Rojas.

EMI.—(Estrechando nerviosamente la mano de Martoria.) El final... el final... Esperemos hasta el final.

PEP.—Voy a arreglarme un poco, que la escena mía se acerca. (Sale.)

GONZ.—Y yo al escenario. Tengo todavía una pasada. Cuatro o cinco palabras. En fin, se hará lo que se pueda. Hasta luego y tranquilidad completa, don Emilio. (Dando un golpecito cariñoso y casi protector en el hombro de Emilio. Sale.)

AMEL.—(A Martoria.) ¿Ha dejado usted el palco antes de concluirse la obra?

MART.—La conozco de varios ensayos y deseaba felicitarles. Además no hago falta. (A Emilio.) Hoy no hacen falta los amigos. (Emilio no lo oye, está distraído.)

AMEL.—(A Emilio.) ¡Dé usted las gracias, hombre!...

EMI.—(Maquinalmente.) Muchas gracias.

MART.—Mi ausencia es momentánea. Saldré al final, a tomar parte en la ovación, que va a ser estruendosa. (A Amelia.) ¡Qué arrogante, qué altiva, qué dominadora ha estado usted en la escena con Méndez!... ¡Qué bravas salían las frases por su boca y cómo chispeaban de cólera sus ojos, ahora dulces y hermosísimos siempre!... (A Emilio.) ¡Feliz usted que aunque sólo sea artísticamente tiene domi-

nio sobre ese corazón y sobre ese rostro y le hace pasar conforme a su gusto del amor al odio y de la alegría a la pena!... Envidia me causa. Diera cuanto poseo por lograr de Amelia lo que usted.

AMEL.—¿Lograrlo?... No es difícil.

MART.—¿No?

AMEL.—Escriba usted una comedia y está logrado.

MART.—Me faltan condiciones. Sí; es grande triunfo mover a voluntad los afectos de la mujer... artista; pero lo es mayor realizarlo con los de la mujer... mujer. ¿Verdad, Rojas? (A Rojas, que sigue en la puerta.)

EMI.—Indudablemente. ¡Va a empezar la escena entre Julia y Ernesto!...

AMEL.—(Picada.) Vaya usted a oirla. Está usted aquí como sobre ascuas. Vaya usted a oirla, que no me quedo sola. Martoria me acompañará.

EMI.—Sí voy, voy a escape. No podría vivir lejos del bastidor en estas últimas escenas. (Sale por la derecha.—Pausa durante la cual Amelia hace un gesto de despecho.)

MART.—¿Se ha molestado usted con Rojas?

AMEL.—¿Yo?

MART.—Y le sobran motivos. A una mujer como usted no debe dejársela nunca. Pronto empieza Emilio a ser ingrato.

AMEL.—¿Qué está usted diciendo?

MART.—Si yo mereciera de usted las distinciones que él merece no la dejaría sola por todas las comedias del mundo.

AMEL.—¿No?

MART.—No; porque la pondría sobre todo; porque todos los instantes me parecerían pocos para adorarla; porque por una mujer como usted se sacrifica todo, la fortuna, la vida, cuanto más y más una comedia. Mal ama quien antepone su vanidad al objeto amado.

AMEL.—¡Tiene usted razón! Así se debe querer cuando se quiere y... (Repetiéndose.) ¡Seré necia!... En primer lugar, Rojas solamente es mi amigo, nada más que mi amigo... Y aún siento más, fuera yo injusta incomodándome. ¿Enfadarme por lo que concluye de hacer? ¡Y esta noche! Ha hecho perfectamente.

MART.—No entiendo.

AMEL.—Es natural. Usted no es artista. Para Emilio esta noche no existe, no puede, no debe existir en el mundo más que una cosa, su comedia.

MART.—(Con desdén.) ¿Su comedia?

AMEL.—Sí, señor su comedia. Con ella juega su reputación, su talento, su aureola de autor insigne. En ella están la victoria sobre sus rivales, los aplausos del público. Los aplausos del público son para nosotros lo primero.

* MART.—¿Primero que el amor también?

AMEL.—También; porque en ellos; en esos aplausos conquistados, arrancados por fuerza, conseguidos a costa de nuestra sangre, de nuestra salud, de nuestra dicha muchas veces, está nuestra superioridad sobre las otras criaturas. ¿Usted se extraña de que Rojas me haya dejado por ir a escuchar su comedia?... ¿Dejarme por acudir al escenario, por tocar el éxito de cerca, por no perder un rumor, un átomo de gloria!... ¡Claro!... ¿Qué va a hacer! Si no lo hubiese hecho no sería artista. Yo lo dejaría todo, todo! (Con entusiasmo y sinceridad.)

* MART.—(Con desdén.) ¡Todo por eso!

AMEL.—Todo; porque eso es para nosotros el todo de todo. A no serlo, ¿cree usted que soportaríamos este vivir en continua batalla, esta inquietud, este recelo permanente de perder en una hora el puesto conquistado en años? Hizo bien marchándose con su comedia y dejándome. Si se hubiera quedado no sería digno de su éxito.

MART.—Perdone usted si la ofendí.

AMEL.—Ofenderme no, sorprenderme.

MART.—¿De qué?

AMEL.—De que un hombre con su entendimiento no se dé cuenta de estas cosas.

MART.—En cambio de otras me las doy.

AMEL.—¿De cuáles?

MART.—Del ingenio, de la hermosura, de la gracia de usted, que tienen sobre mí más imperio que las vanidades del éxito sobre Emilio.

AMEL.—Vanidad es también la suya.

MART.—¿La mía?

AMEL.—No otra cosa que vanidad fuera para usted mi posesión. Y vanidad por vanidad, más noble es la del artista que pretende rendir a un público, que la del hombre que quiere rendir a una mujer.

MART.—No me juzgue usted de ese modo.

AMEL.—Le juzgo como usted merece sin regatearle sus méritos.

MART.—¡Amelia! (Acercando su silla a la de Amelia.)

AMEL.—(Suena un timbre.) Me avisan. ¡Andrea! (Andrea entra en escena.)

AND.—¿Señorita?

AMEL.—¡Pronto!... ¡El abrigo!... ¡Los guantes!... (Andrea entra en el tocador y saca de él las prendas que ha pedido.—A Andrea.) ¡Date prisa, mujer! (A Martoria.) Esta es la escena... ¡la gran escena, amigo mío!... No deje usted de oírla. Rojas ha volcado en ella su inspiración. (Vuelve a sonar el timbre.) ¿Ve usted? lo que hablábamos. Dentro de unos segundos, cuando empiece la escena, se puede venir abajo el universo. No me enteraría. Vaya usted, vaya usted a verme. (Entra Antonio.)

ANT.—Eso va bien,

AMEL.—¿Abandona usted al autor?

ANT.—¡Si no me hace caso! ¿Para qué estar al lado suyo? A la sala no entro; tengo más miedo que él.

AMEL.—(Que ha terminado de ponerse los guantes.) ¡Andando!

ANT.—Buena suerte y valor.

AMEL.—Valor no falta, maestro. Suerte... (Con arrogancia y valentía.) ¡Bah! La suerte es compañera inseparable del valor. (Sale por la derecha seguida de Andrea.)

ANT.—¡Qué arrogante, qué gallarda va!

MART.—¡Encantadora!

ANT.—Distingamos. Yo hablo de la artista, usted de la mujer. (En broma.)

MART.—Yo por la mujer haría disparates.

ANT.—No lo dudo.

MART.—Dinero, peligros, rivalidades... ¿Qué no arriesgaría yo por ella?

ANT.—¡Sí, está usted muy metido!...

MART.—Hasta el cuello. ¡Me tiene loco! ¡Qué ojos!... ¡qué boca!... ¡qué garganta!... ¡qué!...

ANT.—No siga usted modelando, duque.

MART.—Y luego, por si su hermosura no bastara, es la actriz a la moda.

ANT.—Una hembra completa. De molde para llenar los dos grandes amores de usted: el amor de la belleza femenina, y... el amor propio.

MART.—Méendez...

ANT.—No quiero ofenderle. Le estimo muy de verdad y hay entre nosotros suficiente amistad para que hablemos claro.

MART.—Ciertamente.

ANT.—¿De modo que loco por Amelia?

MART.—De remate. Si exigiera mi fortuna, no dudaría en tirarla a sus pies.

ANT.—¿Si le pidiese a usted la existencia?...

MART.—La expondría sin vacilaciones... procurando defenderla lo mejor posible.

ANT.—¿Y si tuviera usted que jugar su prestigio, su nombre?

MART.—Eso no se arriesga mas que por una mujer; por la propia. No pienso casarme.

ANT.—¡Ya!

MART.—Amelia está hecha para enloquecer con su hermosura; para que uno pelee por ella contra todos y contra todo; para dejarse arruinar por un gesto, por un capricho suyo, con tal de decir al mundo: «Esta criatura deliciosa, de rostro divino, de cuerpo más divino que el rostro, esta mujer que seduce a los hombres con su figura y a los públicos con su genio, me pertenece; durará lo que dure, pero me pertenece. Si no soy su amo, soy su amante.» Por poder decir esto, estoy pronto, siempre, a poner mis caudales frente a la pluma de un usurero y mi corazón frente al hierro de un espadachín.

ANT.—¿Y si se arruinase usted o le mataran?

MART.—¿Si me arruinase o me mataran? Bien valdría ello la satisfacción de haberla poseído.

ANT.—Ese es usted. Tampoco Amelia se resignaría a perder la independencia aunque le pusieran sobre la cabeza todas las coronas del orbe.

MART.—¿No?

ANT.—Tiene ella corona mejor. La de artista. Esas coronas son de laurel y ni corren el peligro de empeñarse, porque las coronas de laurel no se admiten en las casas de préstamos, ni el de envilecerse en manos de herederos, porque esas coronas no se heredan.

MART.—Las nuestras, sí. No son bienes en propiedad; lo son en usufructo, por eso hay que cuidarlos.

ANT.—Vale usted más que lo que la gente supone.

MART.—De ahí que goce la estinación de usted.

ANT.—¿Y qué?... ¿Se hace camino?

MART.—Como los cangrejos. Priva Rojas.

ANT.—¿Usted cree?

MART.—Lo afirmo.

ANT.—En tal caso...

MART.—No pierdo la esperanza. Hoy es hoy... Mañana... Rojas tiene genio. Yo tengo mi fortuna y mi nombre. No me doy por vencido. Ella es caprichosa. Por dinero, materialmente por dinero, no se rendiría. Vale mucho para comprada. Pero, lo dije antes, es caprichosa y es independiente. Hay caprichos muy caros, y hay independencias también muy caras. Esperaré.

ANT.—Ojalá espere usted poco.

MART.—¿Habla así el amigo de Emilio?

ANT.—Precisamente porque lo soy.

MART.—¡Pobre Teresa!

ANT.—¿La compadece usted?

MART.—Es buena y noble. Merecedora de todos los respetos, aun después de su caída.

ANT.—Quizás lo sea más desde entonces.

MART.—Quizás. (Dirigiéndose a la derecha.) ¡Qué modo de aplaudir!.. (Entra Peñagrís.)

PEÑ.—¿A quién aplauden?

MART.—¡Buena está la pregunta! Al autor y a la actriz.

PEÑ.—Ah, sí, el estreno. ¿Y qué? ¿va bien?, ¿va bien?

MART.—¿No me dijiste en el Club que ibas a venir desde el primer acto? ¿De dónde sales?

PEÑ.—De la Viña P.

PEÑ.—¿Cómo?

PEÑ.—Verás... Yo venía; ¡Poco estimo a Rojas y a Amelia! Figúrate si vendría con gusto. De pronto, ¡paff! la Antonia que se da un pechugón conmigo frente al mismísimo escaparate. «¡Hola, tú!... ¿Dónde vas?» «Yo—dice ella—, a comer.» «Yo—digo yo—al teatro.» En el escaparate había unas ostras que estaban diciendo «emballadme». Conque va Antonia y me pregunta: «¿Me pagas unas ostras?» «Bueno»—respondo yo—. Aún era temprano. Total: que entramos en la Viña; que Antonia se comió tres docenas de ostras; que concluidas las ostras, quiso comer de todo; que yo, por no dejarla sola, y por no mirarla comer mano sobre mano, pedí una botella de cognac. Entre comer, beber y otras frioleras, se nos marchó el tiempo. Ya estoy en el teatro, y aplaudiré como el que más. ¡Así como así, tengo yo poca afición al arte!... ¡Oh, el arte!... ¡El arte!... ¡No me toquen ustedes al arte!

MART.—¡Bravo, chico! ¿Y tu hija?

PEÑ.—No lo sé. Calculo que estará en el teatro. ¿De modo que la comedia *super*?

ANT.—Acérquese y oirá los aplausos. (Escuchando.) Ahora suenan más apagados, pero más nutridos.

PEÑ.—Habrá caído el telón y empezará la apoteosis.

MART.—¡Y no he ido a ver a Amelia en la última escena!

ANT.—Voy, voy, quiero disfrutar el éxito de Emilio. (Sale por la derecha.)

MART.—Si ha debido terminar el acto. (Entran González y a seguida Pepita.)

GONZ.—¡Vaya una ovación! (Entra Pepita.)

PEP.—¡Cómo ha estado esa mujer!... No cabe más. Es una leona.

GONZ.—Van a salir hasta que amanezca. ¡Qué obra! ¡Qué actriz!

MART.—¿Y el público?

GONZ.—Loco. Vale decir que hemos puesto el alma. Vayan ustedes, vayan ustedes, que llegarán a tiempo. Hay ovación para media hora. Es un espectáculo imponente. ¡Los dos!... ¡Los dos! gritó el público después de la primera salida. Y allí están los dos, en el escenario; el telón sube que te sube y baja que te baja, entre aplausos, y Rojas y Amelia a punto de quedarse sordos. Vayan ustedes, vayan ustedes y verán.

MART.—(A Peñagrís.) ¿Vienes tú?

PER.—No faltaba otra cosa. Estamos en el palco en cuatro zancadas. ¡Hala! Aplaudiré como un alabardero. Ya lo saben Rojas y Amelia, soy incondicional, incondicional!... (Salen por la derecha Martoria y Peñagrís.)

GONZ.—¡Los dos!... ¡Los dos!... También el público es olvidadizo. Ya no se acuerda de mi *mutis*. En fin, que se atraquen de gloria. Méndez ha debido morirse al oír eso de ¡los dos! Me alegro. ¡Que se chincie! No es envidia, ¿eh? ¿Envidia yo? ¿Por qué? En mi género pongo el mingo.

PEP.—Ponte otra ropa, que has de trabajar en la pieza; también trabajo yo. (Se dirige a la puerta derecha; al llegar a ella vuelve.) Suben.

GONZ.—¿Quién?

PEP.—Ella y él; ¡los dos!

GONZ.—Pues largo. Querrán estar un momento solitos.

PEP.—¿Para qué?

GONZ.—Para repetir con más tranquilidad el abrazo que se dieron al caer el telón.

PEP.—Abrazo honrado, artístico...

GONZ.—Déjalo en artístico. (Se dirigen hacia la derecha. Andrea entra por ella.)

AND.—¡El delirio! Creí que no conclufan de salir. (González y Pepita salen de escena. Andrea se dirige al tocador y corre las cortinas, a tiempo que entran por la derecha Amelia y Emilio. Este, pálido, emocionado, ella apoyándose en el brazo de Emilio.)

AMEL.—¿Sigue el miedo?

EMI.—¡Miedo! Alegría infinita, inmensa. ¡Tengo el espíritu rendido! (Dejándose caer en una butaca.)

AMEL.—¡Y yo rotos los nervios! (Dejándose caer también en otra butaca al lado.)

EMI.—Déjeme usted darle una y mil veces gracias. (Cogiendo las manos de Amelia entre las suyas, con pasión de hombre y entusiasmo de artista.) ¡Ay, Amelia!... ¡Amelia!... Cuando soñé esta obra, cuando ví alzarse dentro de mi cerebro la hembra generosa y valiente en torno de la cual debía girar todo el drama, no llegué con mis sueños donde ha llegado usted con su inspiración.

AMEL.—¡Emilio!

EMI.—No es galantería, verdad es. Nunca he visto una alma y unos nervios vibrar tan intensa, tan hondamente. Nunca ví a nadie asimilarse el personaje de una ficción poética y hacerlo carne viva como lo ha hecho usted. Gestos, actitudes, entonación... Ha sido usted la realidad misma.

AMEL.—¿Cómo no? La realidad vive en el personaje y se lo hace a una vivir por entero. Estoy viviéndolo desde que me leyó usted el drama.

EMI.—¡Y yo!... ¡Yo pensé en usted al escribirlo! Usted guiaba mi pluma sobre las cuartillas. A cada párrafo concluído, la veía apoderarse de él para transformarlo en oleadas de sangre joven, en sacudidas de nervios sin domar, para transmitirlo a la gente con los mirares apasionados de sus ojos, con los ademanes altivos de su cuerpo, con los musicales acentos de su voz..., con usted toda entera puesta, por bondad de su espíritu, al servicio de mis pobres sueños de gloria.

AMEL.—Por bondad, no; porque el personaje ¿y a qué no decirselo a usted? el poeta que le dió forma, se me entraron en el corazón. A un tiempo se enseñorearon de mí las pasiones sentidas por ese personaje y las ansias sentidas por usted. Durante estos últimos días, yo no he sido yo, he sido *ella* y he sido, si no usted mismo, un reflejo de usted y de sus anhelos y esperanzas. Por eso, cuando cayó el telón, me dirigí a usted y le dije: ¡Hemos triunfado! ¡Hemos triunfado! ¡Qué hermoso abrazo el nuestro, de artistas, de compañeros que fueron juntos al combate y se saludan después de la victoria!...

EMI.—¿Sólo eso era su abrazo? ¿Sólo abrazaba la artista al artista? ¿Y la mujer al hombre?...

AMEL.—¡Emilio!...

EMI.—¿No había en aquel abrazo algo así como el resumen de nuestras conversaciones en voz baja, de nuestras confidencias? ¿Es sólo a la gran actriz a quien debo y ofrezco mi gloria?... No voy a hallar mujer a quien ofrecérsela.

AMEL.—¿Mujer? Dentro de poco entrará aquí Teresa.

EMI.—¡Teresa!... Sabe usted que no es con ella con quien deseo compartir este triunfo, todos mis triunfos: es con usted; ¿juntos lo alcanzamos?, ley de justicia, de amor será que también lo disfrutemos juntos.

AMEL.—¡Emilio! (Con apasionada confusión.)

EMI.—¡Contésteme usted! (Se escucha fuera rumor de pasos y de voces.)

AMEL.—Viene gente. Es el epílogo del éxito. (Hay coquetería.) ¡Hay que resignarse! (Entran por la puerta de la derecha Antonio, y a continuación de él Nuevalos.—Peñagrís y ocho o diez individuos; procúrese que esta escena dé idea del aspecto que ofrecen los saloncillos de teatros después de un éxito; unos abrazarán a Emilio, otros estrecharán su mano o la de Amelia.)

ANT.—¡Aquí están los héroes! Un abrazo. (A Emilio abrazándole con efusión.)

NUE.—(A Amelia.) ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Es usted una fiera!

PEÑ.—¡Qué obra!... Qué obra, ¿eh? (Dirigiéndose al personaje primero, un sietemesino muy peripuesto. Aparte.) ¿A tí, qué te parece?

PER. 1.º—Hombre, yo le aplaudido; pero hasta ver qué dicen mañana los periódicos, no tengo opinión.

ANT.—(Estrechando con efusión la mano de Amelia.) No la he visto a usted. Tenía miedo de estar en la sala. ¡Si querré a este hombre que he temblado por él, yo que casi nunca tiemblo por mí! De todos modos mi enhorabuena más cordial.

AMEL.—Muchas gracias, Antonio.

PEÑ.—(A Emilio.) ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Quién pudiera ser como usted que tiene la suerte de tropezar con esas ideas!

PER. 2.º—(Joven, vestido de americana, a personaje tercero, que viste frac.) Este señor cree que las ideas son como los premios de la lotería y que entran en sorteo.

PER. 3.º—La comedia es hermosa.

PER. 4.º—(Acercándose a los personajes segundo y tercero.) Sí, tiene mérito, mérito relativo, naturalmente. Hay que descontar la interpretación. El final es muy espinoso. ¡Luego el autor olvida lo que exige el culto de la escena!... ¡El carácter sagrado de la madre!... ¡Una madre siempre es una madre!

ANT.—(A Personaje segundo.) Y un necio, un necio. No tiene vuelta de hoja.

GONZ.—(Entra caracterizado de chulo. A Emilio, en torno del cual se habrá formado un grupo como en torno de Amelia.) ¿Dónde está... ¿Dónde está?... ¡Despampanante, don Emilio, despampanante! ¡Bravo, doña Amelia! Habrá que leer la prensa mañana. (Dirigiéndose hacia el personaje segundo.) ¿Le ha gustado a usted la interpretación?

PER. 2.º—¡Mucho!

GONZ.—De suerte que mañana el periódico...

PER. 2.º—No echaré en olvido su mutis.

GONZ.—Gracias, Hurtado, muchas gracias. (A Antonio, a quien se dirige después de despedirse del personaje segundo.) Es el primer crítico de España. (Aparecen La Peñagrís, La Nuevalos y Teresa. Algunos personajes se habrán retirado, otros entrarán saludando a Emilio, Amelia, al ver a las señoras, se levanta y se dirige a ellas.)

AMEL.—¡Adelante, señoras;

LA PEÑ.—(Abrazando y besando a Amelia.) ¡Olé, maestra! Eso es entrar corto y derecho. (Se dirige hacia Rojas mientras La Nuevalos saluda a Amelia. A Rojas.) ¡Superior! (Alargándole la mano.) Choque el hombre.

LA NUE.—(A Amelia. Mirando y remirando el vestido que lleva puesto.) ¡Elegantísima! ¡Elegantísima! ¿Quién le ha hecho a usted el traje?

AMEL.—¡Ah! ¿Es el traje lo que admirá usted? Me lo ha hecho mi modisto. (Se dirige a Teresa, que ha permanecido en un extremo de la sala, luego de saludar y ser saludada con la mano a Emilio y por Emilio.) ¿Qué hace usted ahí arrinconada? (Dándole la mano.) ¿Tiembra? Cierta que el rato no ha sido para menos.

TER.—(Emocionada.) No, no vuelvo más. (Sonriendo.) Por supuesto, siempre digo lo mismo, y después no me puedo quedar en casa. ¡Qué angustias desde que el telón se levanta hasta que cae por última vez! He ido siguiéndoles a ustedes palabra por palabra con los dedos clavados en la barandilla del palco. A cada rumor se hundían mis uñas en el terciopelo; a cada aplauso me ponía en pie. ¡Qué sufrir

sin tregua! Los guantes, mírcelos usted, rotos de morderlos. En fin, ¡ya triunfó!
AMEL.—Vamos, siéntense ustedes. Charlaremos mientras cambio de ropa. (En-
en el tocador.)

PER. 1.º—(A Emilio.) Repito mis plácemes. (Despidiéndose.)

PER. 2.º—(Idem.) Está usted seguro de que aun siendo, como somos, compañe-
ros de oficio es sincera mi felicitación.

EMI.—Vale usted mucho para envidioso. (Los personajes primero y segundo se retiran
acompañados del tercero y cuarto. Los otros personajes han ido saliendo durante el diálogo.)

LA NUE.—(A González.) ¡Qué gracioso... pero qué gracioso ha estado usted!

GONZ.—En la pieza tengo una escena que es la mar. ¿Saldrá usted al pú-
co?

LA NUE.—Indudablemente.

LA PEÑ.—(A Antonio.) ¿Qué papel hace González en la pieza?

ANT.—¿No lo ve usted? Un chulo.

LA PEÑ.—Si es necia mi pregunta. ¡No hay más que mirarle! Está muy en carác-
ter, muy propio.

GONZ.—Voy a empezar. (Sale.)

LA NUE.—(A su marido.) ¿Me acompañas al palco?

NUE.—Con mucho gusto. Hasta pronto. Vuelvo en seguida.

LA NUE.—Amelia, mis plácemes.

AMEL.—(Dentro.) Gracias, Carmen, gracias. (González ha salido ya por la derecha.)

PEÑ.—Salgo con ustedes. (A su hija.) Si quieres que te acompañe, ya sabes, en
cantaña estoy. (Vase.)

comenzar esta escena, la Peñagrís ha tomado asiento en el extremo opuesto al sitio
que Teresa ocupa en el saloncillo. Emilio, que ha estado hablando con Antonio, se dirige
donde está Teresa y toma asiento al lado suyo. Antonio lo hace junto a la Peñagrís.

TER.—(A Emilio.) Creí que no iban a dejarte solo. ¡Cuánta pesadez!...

EMI.—Hay que agradecerlo. Ellos son los que me hacen triunfar.

TER.—Debian ser más considerados y pensar que hay en este saloncito una
catura con mejor derecho que nadie para coger tus manos en las suyas y decir-
¡Qué feliz soy, Emilio!

EMI.—¡Como yo!... ¿Qué te ha parecido la comedia?

TER.—¿A mí?... ¿Pues no es tuya? (Siguen hablando.)

LA PEÑ.—(A Antonio.) ¡Sujetarme yo a un hombre!... ¡Como no morena!

ANT.—Moreno.

LA PEÑ.—Bien, hombre, es un decir. ¡Sujetarme! ¡Así que ustedes lo merecen!

TER.—¡Qué final tan hermoso!

ANT.—¿No lo merecemos?

LA PEÑ.—¡Ahí tiene usted a su amiguito! Valiente charrán. ¡Hacer lo que hace
Teresa! También Amelia se las trae. Eso no es ser buena.

ANT.—¿Es usted quien habla!

LA PEÑ.—Yo; no se extrañe usted; ahora no hablo, siento. Para sentir tengo
o diccionario.

ANT.—¡Eh! (Mirando a la Peñagrís con admirativa sorpresa.)

TER.—¿Me acompañarás?

EMI.—¡Imposible!... Me pertenezco a los amigos.

TER.—¡Los amigos! ¡Y a Amelia también!... Todos antes que yo! ¡Y esta noche!

EMI.—¡No seas niña!

LA PEÑ.—(A Antonio.) ¿No le parece a usted que estorbamos? (Por Teresa y Emi-
Se levanta y entreabre las cortinas del tocador.) Vaya, aquí me cuelo!

AMEL.—¡Adelante!

ANT.—(A Teresa y Emilio.) Voy a saludar a Méndez. (Sale por la puerta derecha.)

TER.—¡No me dejes ir sola!

EMI.—(Impaciente.) ¡Vuelta! Te repito que es imposible.

TER.—(Con celosa amargura.) Imposible, dejarla.

EMI.—¿Empiezas con tus celos ridículos? Amelia y yo nos tratamos con la in-
dud con que se tratan los artistas; no tengo con ella otro género de relaciones.
seas majadera, mujer! (Cariñosamente.) ¿Vas a dudar de mí?

TER.—(Con cariño.) ¡Emilio!... (Emilio y Teresa estarán de espaldas al tocador por en
las cortinas del cual asoma Amelia la cabeza y oyendo las palabras que siguen.)

EMI.—Terminaré lo antes posible y en seguida a tu casa.

TER.—¿Irá luego? (Con ansiedad.)

EMI.—¡Pues no faltaba más! (Amelia hace un gesto de despecho y se retira.)

AMEL.—(Dentro.) ¡Qué hombre tan simpático es Martoria! (Emilio al oír esto hace un gesto de ira y vuelve la cabeza hacia el tocador observado celosamente por Teresa.)

LA PEÑ.—(Dentro.) Y ciego por usted.

AMEL.—¡No será tanto! ¡Qué caballeroso! ¡que cortés! (Emilio sigue el diálogo.)

TER.—(A Emilio.) ¡Júrame que vendrás!

EMI.—(Con aspereza.) ¡Cuántas veces voy a jurarlo! (Entra Martoria por la derecha.)

MART.—(A Emilio.) No por ser la última es la menos entusiasta mi felicitación (A Teresa.) También tú la mereces. Y ese prodigio, ¿dónde está? (Amelia sale.)

AMEL.—¡Aquí, amigo mío!

MART.—¡Sublime! Todos los elogios valdrían poco.

AMEL.—No viniendo de usted.

TER.—(Levantándose. A la Peñagrís.) ¿Vamos? (Entra Antonio por la derecha.)

LA PEÑ.—Cuando gustes.

ANT.—¿Acompaño a ustedes?

LA PEÑ.—No hace falta. Nos espera papá.

TER.—(Con sequedad cortés.) Adiós, Amelia.

AMEL.—(Idem.) Adiós, Teresa. (A la Peñagrís.) Hasta siempre, diablillo.

LA PEÑ.—¿Diablillo?... Sí, eso soy; un diablillo insignificante, como si dijéramos un diablo raro. ¡Qué ganas tengo de ascender!...

ANT.—Es una golfilla eacantadora. (Salen por la derecha Teresa y la Peñagrís.)

AMEL.—(A Martoria.) ¿Qué le he parecido a usted en la última escena?

MART.—Perdóneme usted. Llegué tarde.

AMEL.—¡Ah, pecador! ¡Tenía yo gran empeño en que me la escuchase usted. (O) viene a escucharla mañana, o se concluyó la amistad.

MART.—¿Mañana?... Todos los días vendré yo. (Siguen hablando.)

EMI.—(Bajo a Antonio.) ¿Que le pasa?

ANT.—(Idem a Emilio.) Tú lo sabrás; los espolazos van contigo.

MART.—¿No es broma? ¿Quiere usted que venga?

AMEL.—Mientras la obra dure. Es la penitencia que le impongo.

ANT.—(A Martoria.) No habrá penitente mejor. (Hablan Martoria y Antonio.)

EMI.—(Bajo a Amelia.) ¿Por qué me tortura usted con tanta crueldad?

AMEL.—¿Yo?... ¿Qué hago?

EMI.—¡Y lo pregunta! ¡Y habla a Martoria como le ha hablado delante del hombre que cifra su existencia en el amor de usted.

AMEL.—Está soñando y cree que habla con Teresa. Despierte, hombre, ¡pierte, soy yo

EMI.—¿Teresa?

AMEL.—Ese es el amor suyo. Esa la que le espera luego.

EMI.—¿A mí?

AMEL.—Usted se lo ha ofrecido. Lo he escuchado yo.

EMI.—Un pretexto. Decir luego es muchas veces decir nunca. No iré.

AMEL.—Sería menester probarlo.

EMI.—¿Cómo? Ordene.

AMEL.—¿Cómo?... (Alto a todos.) Esta noche no hay te, señores. Estoy rendido, necesito retirarme pronto. Ustedes me dispensarán.

MART.—Dispensarla, no; obedecerla. (Inclinándose. Antonio y Emilio se levantan.)

EMI.—Amelia... (En actitud de despedida. Sale Andrea del tocador.)

AMEL.—(A Emilio.) No; usted no se vaya aún. Tengo que consultarle... a propósito de mi papel.

MART.—(Bajo.) ¡Ah! (Salen Martoria y Antonio por la derecha.)

EMI.—Amelia... (Con pasión.)

AMEL.—(A Andrea.) Avisa el carruaje. (Sale Andrea por la derecha.)

AMEL.—¿Conque irá luego?

EMI.—No; yo no puedo apartarme de usted. ¿Faltaba algo para unirnos? algo ha sido el aplauso del público envolviéndonos en una tempestad de gloria

AMEL.—¿No irá usted?

EMI.—No, Amelia, se lo juro; no iré; no quiero ir

AMEL.—Es que tampoco yo quiero que vaya, que comparta con nadie la victoria que hemos ganado juntos.

EMI.—No iré. ¡Sólo tuyo, Amelias!

AMEL.—¿Sólo?

EMI.—Solo y para tí sola.

AMEL.—(Avanzando hacia él y apoyando sus manos en los hombros de Emilio.) Entonces, rey y señor, dispón de tu esclava. (Deja caer la cabeza en el hombro de Emilio.)

ACTO TERCERO

El teatro representa una habitación central de un hotel, decorada con lujo. A la derecha, en primer término, una mesa escritorio. A la izquierda, en primer término un diván. El resto del mueblaje, apropiado a la decoración. Al fondo, una puerta grande que comunicará con un corredor visible. Una puertecilla de comunicación practicable a la derecha y otra a la izquierda. La escena en San Sebastián durante la temporada de verano. Al levantarse el telón aparece en escena un criado del hotel retirando de un veladorcito un servicio de té. Inmediatamente se abre la puertecilla de comunicación de la derecha, dando paso a Andrea.

AND.—¿Engancharon ya?

CRIADO.—Creo que sí.

AND.—Averígüelo usted y avise; la señora se está acabando de vestir.

CRIADO.—Ella seguida. (Se dirige hacia la puerta del fondo por la que entra Pepita.)

PEP.—Buenos días. ¿Está visible doña Amelia? (A Andrea.)

CRIADO.—Con permiso. (Sale por el fondo.)

AND.—Como visible si lo está. Ahora que haría usted mejor no viéndola.

PEP.—¿Corren malos vientos?

AND.—Tempestad.

PEP.—¿Dura lo de anoche?

AND.—Lo de anoche y lo de ayer y lo de anteayer y lo de hoy y lo que ocurrirá mañana. Nada, señorita Marín, se torció el carro y no hay quien lo enderece.

PEP.—¡Qué lástima!... ¡Tan bién como empezaron!...

AND.—Demasiado bien y demasiado pronto. Esos empiezos traen siempre malos fines. No será porque no se lo aconsejé. Sí, sí; buena estaba ella para avisos.

PEP.—¿Avisos? Como si llamasen a un muerto. ¡Menudos avisitos me han dado ni por causa de Enrique! ¡Que si quieres!... Cuando una se cuele, ¡cataplúm!... Cinco años llevo con Enrique. Todas las mañanas abro los ojos resuelta a discutir con él. Pues llega la noche y, créame usted, no concluyo... ¿De manera que continuaron la bronca después de la función?

AND.—El se fué al Casino y volvió a las cuatro, de perder y jugar según acostumbra. De lo suyo pierde, claro es.

PEP.—¡Todavía se queja doña Amelia!... Para perder, González junta los dos bolsos. ¿Conque volvió a las cuatro?

AND.—Con un humor de perros y... no es criticar, pero había cenado fuerte.

PEP.—¡Tendría que oír doña Amelia!

AND.—Fué regular.

PEP.—Siempre saldría Martoria a relucir.

AND.—Martoria por un lado y doña Teresa por otro.

PEP.—¿Teresa? ¡Bah, Teresa no le importa a Emilio Rojas un pimiento! El sólo quiere a doña Amelia.

AND.—Lo mismo que ella a él, de imaginación. Don Emilio está... ¿cómo le digo a usted?... *ennujerao* con la señora. A ella le pasa algo por el estilo. ¿De qué? (El corazón.) ¿De aquí? ¡Ni esto! (Mordiéndose la uña del pulgar.)

PEP.—Exagera usted.

AND.—Y desde que vinimos a hacer la temporada en San Sebastián, los días malos llueven. ¡Claro! Aquí, a seis kilómetros de la población, reside doña Teresa, lo mismo que todos los veranos, en la finca de su propiedad. Aquí está Marín *erre* que *erre*, y aquí está mi señora harta de cuestiones y de trampas.

PEP.—No mientes cosas tristes.

AND.—¿También anda usted mal?...

PEP.—Sí, hija de mi alma, sí. Al hombre le ha dado por el *treinta y cuarenta*.

AND.—¡Ah!

PEP.—No acierta una. De forma que no bastan sueldos... ni sobresueldos. ¡Muchos casinito!... ¡Todo el mundo pierde!... Volviendo a lo anterior. ¿Es que Reginald ha tratado de ver a Teresa? ¿Es que el duque?...

AND.—Hasta la presente, fidelidad completa. Pero (Señalando las puertas de derecha e izquierda.) mire usted, las comunicaciones interrumpidas.

PEP.—Momentáneamente; interrumpidas por el tiempo. Pronto volverá tener línea franca. (Se abre la puerta y entra por ella Amelia en traje de mañana.)

AMEL.—Felices. (Con displicencia. Se deja caer en el diván.)

AND.—Ya dije que engancharán.

AMEL.—Dí que desenganchen.

AND.—Corriente. (Sale Andrea por el fondo.)

PEP.—¿No sale usted?

AMEL.—No.

PEP.—En el *boulevard* he tropezado a La Peñagrís; me ha dicho que anoche quedó con usted en venir a buscarla.

AMEL.—Se irá por donde venga. No salgo. Tú si quieres puedes pasear todo lo que gustes. Ahí tienes mi coche.

PEP.—Es...

AMEL.—¿Lo haces por no ir sola? Busca una amiga que te acompañe. Para ir en coche siempre hay gente. (Se levanta y toca un timbre que habrá en la pared.)

PEP.—No es por eso. Anímese usted; venga. (Afectuosamente.)

AMEL.—Me duele la cabeza; estoy muy nerviosa. (Impaciente y malhumorada.) ¡Tengo ganas de salir, se acabó. (A Andrea que entra por el fondo.) El coche...

AND.—Dije que lo desengancharan.

AMEL.—Vuelve a decir que no lo desenganchen. (Sale Andrea por el fondo.)

PEP.—Déjese usted de niñerías. Venga a dar una vueltecita conmigo.

AMEL.—No, hija, no. Ve tú al camino de Zarauz a tomar el fresco o a la Cuchica a oír necedades. Yo para oírlas no necesito salir del hotel.

PEP.—Como usted quiera. (Entra Emilio por el fondo.)

AMEL.—Ve, Pepita, ve. Si encuentras a La Peñagrís, dile que se puede esperar el viaje.

EMI.—¿No paseas esta mañana?

AMEL.—No.

EMI.—¿Estás enferma?

AMEL.—Precisamente enferma... Sin ganas de salir. (A Pepita.) No pierdas tiempo. A divertirte. Feliz tú que lo puedes hacer. (Sale Pepita Por el fondo. Amelia y Emilio quedan sentados uno frente a otro sin hablar, ni mirarse.)

EMI.—Efectivamente, no te diviertes *ya* a mi lado. El tiempo aquel ha concluido.

AMEL.—No será por mi culpa.

EMI.—¿Por qué te complaces en hacer de esta vida nuestra un infierno?

AMEL.—¡Ah!... ¿Soy yo?... ¡Muchas gracias, hombre! No me quedaba más que decirte.

EMI.—Amelia...

AMEL.—¡Soy yo la culpable! ¡Sí, cuando uno empieza a cansarse de las cosas hay que buscar un medio cualquiera! Loca estuve para no adivinar el pago que iba a tener mi amor.

EMI.—Tu capricho, debes decir.

AMEL.—¿Mi capricho?

EMI.—Sólo capricho fué lo que sentiste por mí.

AMEL.—¡Capricho! ¡Y lo dice!... ¿Fué capricho vivir pendiente de tu boca de que me me hablaste por vez primera? ¿Fué capricho entrar en tus ambiciones de artista y consagrarme al triunfo tuyo más que al mío propio? ¿Ha sido por capricho por lo que he sufrido tus vicios y tus egoísmos y tus soberbias?

EMI.—¡Amelia!

AMEL.—Si no sabes ser amante, sé por lo menos agradecido; sé justo. Sé humilde y no inventes culpas en mí para justificar las que tú cometes.

EMI.—¿Yo?... ¿Culpas yo?

AMEL.—¡Afirmará que no las tiene!

EMI.—¿Dónde están, mujer? Dilas.

AMEL.—¡Capricho! Así lo fuera, y hubiese concluido de sufrir humillaciones...

mentos. ¡Capricho!... ¿Te atreves a decir eso en alta voz? Pronto has olvidado horas que precedieron a aquella hora que fué, según me jurabas entonces, la más absolutamente feliz de tu vida.

EMI.—Lo juré entonces y lo juraré siempre.

AMEL.—No, entonces. Entonces, mis palabras eran las que pronuncia el amor verdadero, mis acciones las de la mujer pronta a entregar al hombre adorado con el alma... ¡qué sé yo!... Yo era la sola criatura capaz de entenderte, de cometrarme contigo, de acompañarte en el triunfo y consolarte en la derrota...

EMI.—¡Oye!

AMEL.—Entonces era yo una amante sublime. Ahora soy una hembra capriosa. Qué mudanza tan radical, ¿eh?

EMI.—¿Me quieres escuchar?

AMEL.—Te prefiero cruel a falso. Si te has cansado de mí si deseas dejarme, me; pero no me insultes. (Llorando.)

EMI.—¡Dejarte!... ¿Qué es lo que hablas?... ¡Dejarte!... ¿Crees que podría? Con los martirios que me haces padecer te quiero, te necesito para mí solo, ¡solo!

AMEL.—¡Martirizarte yo!

EMI.—Martirizarme de un modo horrible.

AMEL.—¿Por qué?

EMI.—Porque no eres mía, completamente mía, porque no me perteneces por entero, porque te escapas con el pensamiento de mí.

AMEL.—¿Yo?

EMI.—No trates de negarlo. No, no eres mía, te escapas muchas veces de mí, has, hasta cuando te sujetan mis brazos.

AMEL.—¡Ese eres tú!

EMI.—Tú. Ahí tienes mi tormento ¡Pero dejarte yo, perderte, saber que no seré a poseerte más!... Eso nunca. ¡Dejarte! ¿Cómo voy a dejarte si hace un tiempo, cuando hablabas, todos los recuerdos de nuestros primeros días de amor se abían en mi alma y tu primer beso chasqueaba como una onda de voluptuosidad en mi cráneo, y tus caricias, todas tus caricias se confundían en una sola vaga de lumbre que abrasaba mi sangre y que electrizaba mis nervios? No, Amelia yo dejarte, ni tú dejarme; ¡Eso es imposible! ¿Verdad que es imposible? ¡ponde! (Cogiendo a Amelia por los brazos en un arranque de pasión invencible y carnal.)

AMEL.—¿Responderte? Si me hablaras siempre de este modo, ¿tendrías necesidad de preguntarme? (Lo mismo.)

EMI.—¿Verdad que tu amor es mío, que nada hay por encima de él?

AMEL.—¡Emilio!... ¿A qué tales preguntas?

EMI.—A que dudo, a que imagino—¡cruelles imaginaciones mías!—que mi casta pesa ya en el corazón.

AMEL.—¿Te pesa el mío a tí?

EMI.—Es del tuyo del que hablo. ¿Soy para tí el Emilio de antes? ¿No hay nada que me satisficiera, nadie que se asome a tu corazón para arrojarle de él?

AMEL.—¿Quién?... ¿Cuándo te he dado motivo a sospechar?...

EMI.—Martoria...

AMEL.—¡Ya salió a relucir!... Es ridículo tu empeño en darme celos con Martoria. Pude escogerle en lugar tuyo. No lo hice. Tus celos son absurdos.

EMI.—¿Absurdos?...

AMEL.—Absurdos. No tienes derecho a sentirlos. ¡Si fuese yo!

EMI.—¿Tú?... ¿De quién?

AMEL.—De Teresa, de esa criatura ideal, de esa enamorada Mecenas, de esa santa almanaque venusiano a quien recuerdas siempre que se suscita una cuestión.

EMI.—La he dejado por tí.

AMEL.—Donde se estuvo tantas veces a gusto, se puede volver una vez más.

EMI.—No he vuelto. En cambio Martoria te ve todos los días en un sitio o en otro. Menos mal que tú le acoges con una cortesía extremada.

AMEL.—Nada inconveniente me dice. No voy a ser grosera. ¿Pretendes que me encierres en un claustro y me separe de la gente yo que de ella vivo?

EMI.—Nada pretendo. Repito que Martoria está muy asiduo contigo y tú muy asidua con él.

AMEL.—Como con todos.

EMI.—Más. Al fin y a la postre lo merece. Grande de España y rico.

AMEL.—Lo mismo que Teresa con la ventaja de que todavía no es maritín.

EMI.—Deja a Teresa en paz. Das pruebas de muy mal gusto mofándote de ella.

AMEL.—¡Qué barbaridad!... ¡No toquemos a la santa que se ofende el señor!
Pues oye, si mis labios solo con nombrarla la ofenden, valdrá más que yo. Y co-
vale más que yo tú debes hacer una cosa.

EMI.—¿Cuál?

AMEL.—Dejarme y marcharte con ella.

EMI.—Quizá te conviniese.

AMEL.—¿A mí?

EMI.—De ese modo Martoria campo libre. Después de todo, llegaría en bu-
ocasión.

AMEL.—¿Qué insinúas?... ¡Bah! Es para reírse! Puede que me consideres ca-
de venderme.

EMI.—¡Amelia!...

AMEL.—Pruebas de ello he dado queriéndote. No creo que me hayan rendi-
tus caudales...

EMI.—Tienes razón; soy pobre.

AMEL.—Siéndolo te quise. Ello no es obstáculo para que me trates como a
que se ponen a precio. ¿Cuál te puse a tí? ¿Por qué he sido yo tuya?... No sup-
drás que lo fui porque tú eres un gran autor.

EMI.—Yo...

AMEL.—Por fortuna, ¡qué por fortuna! porque lo he ganado con mi enten-
miento no me hace falta nadie para seguir siendo quien soy. Me basto yo sola.
todos podrán decir lo mismo.

EMI.—Yo sí.

AMEL.—Bien. Por ese lado en paz. ¿Tienes algo más que añadir?

EMI.—Que te prohíbo el trato con Martoria.

AMEL.—¿A mí?

EMI.—A tí.

AMEL.—¡Estás demente! Ni por tí ni por nadie perderé yo mi libertad, mi de-
cho a vivir conforme me plazca, a tratar con quien me parezca, a ser absolu-
dueña de mi albedrío. No, y cien veces no. No lo pienses.

EMI.—No pienses tu que yo supeditaré mi condición de hombre y de artist-
los caprichos y veleidades tuyas. Sufra tus extravagancias y tus distraccio-
quien necesite glorias de reflejo para sostenerse o para lucir. Yo tengo la mía. (E-
ella me sobra para no padecer vergüenzas, ni soportar imposiciones. Ya lo sab-

AMEL.—También lo sabes tú.

EMI.—¡Y por esta mujer he dejado mi felicidad!

AMEL.—¡Su felicidad! Es decir, Teresa.

EMI.—Te probaré que no nací para juguete.

AMEL.—Y yo que no he nacido para esclava.

EMI.—Con ese nombre entre los labios me ofreciste tu primer beso.

AMEL.—Para ser esclava de tu amor; no de tu capricho y de tu orgullo.

EMI.—¡Y yo!...

AMEL.—Sí, hombre; ya se que has perdido por quererme, tu felicidad. ¡O-
desgracia! Yo que me consideraba más que suficiente para hacer feliz e cual-
ra. ¡Por lo visto me equivoqué!... ¡Bah! No pierdo la esperanza. Aún soy jov-

EMI.—(Con ira.) ¡Amelia! (Entra Andrea por el fondo.)

AND.—Doña Pepita y la marquesa de Peñagrís. (Se retira Andrea.)

AMEL.—(Dirigiéndose al fondo.) ¡Adelante, adelante!

EMI.—(Con sarcasmo.) Eso sí, como buena cómica lo eres. (Amelia se vuelve e-
si fuese a contestar; llega al fondo donde aparecen la Peñagrís y Pepita Marín.)

AMEL.—(A la Peñagrís.) ¿No dijo a usted Pepita?...

LA PEÑ.—Por ello, porque se halla usted indispuesta me he dado tanta p-
en venir. (Entra Antonio por el fondo.)

ANT.—A mí no me ha anunciado nadie. Me anunciaré yo: Antonio Mendez,
tor, primera medalla, caballero gran cruz de Isabel la Católica...

LA PEÑ.—Guasa viva y embuste perpétuo.

ANT.—En este momento se me ocurría llamar a usted preciosa.

LA PEÑ.—No se detenga; embustes así siempre se toman por verdades. ¡Hola, ¡así!...

EMI.—Susana... (Inclinándose.)

LA PEÑ.—(A Amelia.) Pues sí, me topé con Pepita...

PEP.—Hace un momento...

LA PEÑ.—Por ella supe que no está usted bien. ¡Cómo no venir! Envié a doña Mercedes al domicilio, me colé con esta en el coche de usted y aquí estoy, más tranquila, porque la cosa no parece grave. En la puerta del hotel se nos ha unido el pelmazo.

ANT.—Ustedes se han unido a mí. Yo venía en busca de estemozo. (Por Emilio.)

AMEL.—(A La Peñagrís.) Siéntense. (Lo hacen Amelia, Susana y Pepita.)

ANT.—(A Emilio.) Tú, ¿qué tal?

EMI.—Ya me despedía.

LA PEÑ.—¿Porque hemos entrado nosotras?

EMI.—No; mire usted, tenía el sombrero en la mano. Ando muy metido en el nuevo drama. Necesito concluirlo cuanto antes y me trae a mal traer. Todo tiempo resulta escaso. Es mi idea fija.

LA PEÑ.—Se nota. Y deben ser escenas tremebundas las que tiene usted entre nos... La cara lo dice... ¡Qué ceño!... ¡Qué mirar tan sombrío! Parece el moro Venecia.

EMI.—¡Siempre chistosa!

LA PEÑ.—¡Qué quiere usted!... La gente me ha dado ese oficio; no tengo más medio que ganarme el jornal.

PEP.—(A Amelia.) Hemos visto al duque también.

AMEL.—¿A Martoria? (Movimiento de despecho en Emilio.)

PEP.—Manifestó gran interés por saber de usted y nos encargó que la saludá-

mos.

EMI.—Es muy galante el duque. (Con despecho.)

AMEL.—Y tiene un gran talento, el de saber hacerse simpático.

EMI.—Yo, con el permiso de ustedes... Voy a ver si el aire libre me regala algunas ideas. Diré lo que hace un momento Susana. Hay que cumplir con el oficio.

ANT.—¿Quieres que te acompañe?

EMI.—No; prefiero ir solo. Ya sabes lo que son estas cosas.

ANT.—Tanto como lo sé.

EMI.—Servidor... (Sale por el fondo.)

AMEL.—(A La Peñagrís.) ¡Quédese usted a almorzar conmigo!

LA PEÑ.—No puedo. Tenemos convidados en casa. Estaré un poco y luego...

PEP.—Nos iremos juntas. Antes desearía pedir un favor a doña Amelia.

AMEL.—¿Cuál?

PEP.—Que me dejase usted algunos adornos de su joyero antiguo para la fiesta de esta noche. El mío vale poco; como hago de reina...

AMEL.—Con mucho gusto, hija... Entra, entra y escogerás; Salimos al instante.

PEP.—(Al llegar cerca de la puerta.) Usted me dispense... (A Amelia.)

AMEL.—Dispensarte. Al contrario; entremos pronto. Así me podré desahogar. ¡O lloro me muero! (Sale con Pepita por la puerta derecha.)

LA PEÑ.—Esto va cada vez peor. (Por Emilio y Amelia.)

ANT.—Era de presumir: dos locos en una misma jaula, concluyen destrozándose. Usted, no hay que hablar; lo mismo que ayer, libre, feliz, independiente...

LA PEÑ.—Y sin haberme abierto al cartaginés.

ANT.—¡Pobre del cartaginés que desembarcase! Es más difícil domar a usted, que a la España de aquellos tiempos.

LA PEÑ.—¡Quién sabel!... Dominada quizás me revolviere. Enamorada sería la sumisa de las colonias.

ANT.—(Riendo.) ¡Enamorarse usted!...

LA PEÑ.—Me juzga incapaz de ello.

ANT.—¡Ptchs!

LA PEÑ.—El amor es la religión de las mujeres; yo soy una mujer, muy mujer; tenga usted duda.

ANT.—¡Dios me libre!... Pero...

LA PEÑ.—¡Ahl!... Mi carácter. ¡Qué vamos a hacerle! Mi madre se murió cuan-

do vine yo al mundo; mi padre, por lo que toca a cuidarse de mi, muerto y pateonado. Mis institutrices... ¡Ptchs! Me crié como los indios de las Pampas, libertad. Soy una salvaje que sabe cuatro idiomas y tocar el piano.

ANT.—¡Es usted!...

LA PEÑ.—Una especie de marimacho, muy descarada en el lenguaje y en las exterioridades del vivir; una golfa platónica.

ANT.—No tanto, criatura.

LA PEÑ.—Sí. Sólo que esto no es más que la corteza. Raspándola un poco encuentra una buena muchacha.

ANT.—Tal he creído desde que la suerte me hizo tratar a usted con intimidación.

LA PEÑ.—Del mal el menos, hombre. Sentiría que me juzgase usted como vulgo.

ANT.—¿Formalmente?

LA PEÑ.—Entre mis muchos defectos no entra el de fingir.

ANT.—(Pensativo.) ¡Raspar la corteza!... ¡Entrar en ese corazoncito!...

LA PEÑ.—(También pensativa.) ¿Por qué no?

ANT.—Porque es difícil, y porque sería peligroso.

LA PEÑ.—Según.

ANT.—¿Sabe usted que nos ponemos serios?

LA PEÑ.—Ni usted ni yo solemos estarlo delante de la gente. Natural es que nos desquitemos.

ANT.—¡Si viera usted qué hombre tan extravagante soy yo! Tendría que ser extraordinaria la mujer que soportara mis rarezas y fuera a mi lado feliz. De lo que haya tenido siempre amores voladeros.

LA PEÑ.—Esto es casi una confesión.

ANT.—¡Qué demonio! ¡Alguna vez ha de confesarse uno! ¡Y con qué cura!

LA PEÑ.—De manga ancha. Pues confesión por confesión. Allá va la mía. El que se casara conmigo, ya sé que el matrimonio es una cosa ridícula, pero ¡vaya! me resigno a pasar sin ella; el que se casara conmigo, tras poder llevarme al altar satisfactoriamente con vestido blanco y adornos de azahares, podría, queriendo me un poco, tropezarse con su felicidad. Está usted seguro. Las golfas cuando enamoran resultan excelentes chicas.

ANT.—¿Sabe usted que nuestras confesiones van haciéndose interesantes?

LA PEÑ.—¿Sí?

ANT.—(Entre serio y jovial.) ¡Tendría que ver!... (Los dos se miran y rien. Entra la derecha Amelia y Pepita. Esta llevando un cofrecillo que dejará encima del velador.)

AMEL.—(A Pepita.) Sí, mujer, es mejor que te las lleves todas; para este drama no preciso ninguna. Escoge las que te hagan falta. Susana, perdón.

LA PEÑ.—De ninguna manera. Sólo vine por saber de usted. La he visto puedo retirarme tranquila. (Levantándose.)

AMEL.—¿Tan pronto?

LA PEÑ.—¡Qué remedio!... (Mirando a Antonio.) Alguna vez he de ser formidosa. Oficio de ama de casa, y tengo que prepararlo todo.

AMEL.—No la detengo. Pepita la acompaña a usted, ¿no?

PEP.—¡Ya lo creo!

AMEL.—(A Antonio.) ¿Y usted, aguarda a Emilio para almorzar con él?

ANT.—Es muy temprano. Daré convoy a estas jóvenes.

AMEL.—¡Cuidadito, maestro!

ANT.—¿Por qué?

AMEL.—Le veo a usted muy interesado por Susana. ¡Mirándolo bien, ella quien se debe poner en guardia.

ANT.—¿Y eso?

AMEL.—Usted es artista y, según propia declaración, los artistas somos aguantables.

LA PEÑ.—¡Bah! Tengo yo un carácter especialísimo. A prueba de todo. Ha de ser artista. (A Antonio.) Hala, maestro, deme usted el brazo. (Se dirigen al fondo.)

ANT.—¡Tendría que ver!... ¡Tendría que ver!... (Salen por el fondo.)

PEP.—(A Amelia.) ¿Sale usted después de almorzar?

AMEL.—(Tocando el timbre.) No estoy muy decidida. (Entra Andrea cuando han salido La Peñagrís y Antonio.)

AND.—¿Señora?

AMEL.—Lleva aquel cofrecillo al carruaje.

PEP.—No faltaría más: yo lo llevaré; no pesa nada. (Sale por el fondo Pepita.)

AMEL.—(A Andrea.) Dí que cuando sea hora me suban el almuerzo a mi cuarto.

AND.—¿No baja usted al comedor?

AMEL.—¿Para almorzar con Emilio? ¡En seguida! Le juro que las paga. (A Andrea.) Ve a lo que te he mandado. (Andrea sale.) ¡Qué se figura él! (Vuelve Andrea.)

AND.—El señor duque de Martoria. (Andrea cede el paso a Martoria y se retira.)

AMEL.—(Avanzando hacia Martoria.) ¿Usted, amigo mío?

MART.—Disculpeme si soy indiscreto. El interés por su salud justifica la indiscreción.

AMEL.—No merecía la pena de que se hubiese molestado. No tuvo importancia.

MART.—Siendo así, me congratulo de que haya existido. Ella me proporciona gusto de ver a usted antes que de costumbre.

AMEL.—¡Cuánta cortesía!

MART.—La sinceridad no necesita ser cortés.

AMEL.—A juzgar por el traje va usted de excursión.

MART.—Sí; una excursión a Biarritz en automóvil. Cosa de pocas horas. Lle-

allí, almorzar y volver.

AMEL.—¿Quiénes van?

MART.—La Nuevalos con su marido, el vizconde de Mendara y yo.

AMEL.—¡Delicioso paseo!

MART.—Algo falta para que lo sea del todo.

AMEL.—¿Qué?

MART.—Que lo hiciera usted con nosotros. La Nuevalos pensó en invitarla. Yo le hice desistir.

AMEL.—¿Usted?...

MART.—Contaba con su negativa. Formo parte de la excursión. Rojas no la oiera dejado venir.

AMEL.—¿El?

MART.—Sus celos. Celos injustificados, claro está, pero lógicos y disculpables.

AMEL.—Emilio...

MART.—Cualquiera en su puesto los tendría del aire. Hermosa como ninguna o como ninguna inteligente, ¿quién no siente celos de una mujer así? Justo es que sienta él, y natural que los demás hombres le tengamos envidia.

AMEL.—¿Rojas?...

MART.—No soy santo de su devoción. ¡Ojalá me odiase si fueran los motivos de referencias de usted! No, no le agradaría que viniese usted yendo yo.

AMEL.—¿Imagina usted que me tiene secuestrada? (Con despecho.)

MART.—No digo tanto. Pero él manda y hay que obedecerle.

AMEL.—Emilio no me impone obediencias ridículas. Ni yo la sufriría aunque fuera de imponérmelas.

MART.—¡Quién sabe!

AMEL.—Usted cree...

MART.—Creo que el amor puede mucho y modifica los caracteres, aun aquellos que se consideran indomables. Antes era usted la artista independiente, libre en sus acciones, una criatura aparte, que cumplía su voluntad conforme a sus deseos. Tenía usted derecho. Cuando se llega en arte a la altura que usted, se han subido muchos escalones por encima del vulgo y se puede vivir más firme y respirar más ancho.

AMEL.—Así vivo. (Con orgullo.)

MART.—Vivía.

AMEL.—¿Cómo?

MART.—Al presente, por el amor de Rojas, ha bajado usted bondadosamente los escalones y se ha hecho una mujercita de su casa.

AMEL.—(Picada.) ¿Habla usted seriamente?

MART.—Sí

AMEL.—¿Lo cree usted?

MART.—Lo cree todo el mundo. Yo más.

AMEL.—¿Usted?

MART.—Tan lo creo que antes no vacilara en invitarla seguro de que aceptaría. Hoy he influido para que no la inviten, seguro de que no la dejarían aceptar.

AMEL.—(Con soberbia arrogante.) Yo soy la de siempre. Ni Rojas me obliga a su esclava, ni he nacido para que me encadenen. Antes que de nadie soy mía.

MART.—¿Está usted segura?

AMEL.—¡Sí lo estoy!... ¿Necesita pruebas? Invíteme usted a la excursión.

MART.—¿Vendría?

AMEL.—Vaya por el automóvil y por sus amigos y vuelva a buscarme.

MART.—¿Realmente nos acompaña?

AMEL.—Sí, hombre, sí. Iré con ustedes en el automóvil, almorzaremos juntos pasaré tres o cuatro horas en Biarritz. ¿Qué hay en ello de particular?

MART.—Para mí una gran alegría; para los otros un gran gusto.

AMEL.—Pues vaya y vuelva pronto.

MART.—Y si Rojas...

AMEL.—¡Rojas! (Toca el timbre.) ¿No ha oído usted que les espero? (Aparece Andrea)

MART.—Hasta de aquí a un momento. (Sale por el fondo.)

AND.—¿Llamaba?

AMEL.—(Mirándose a un espejo.) Así voy bien. (A Andrea.) Sácame el guardapolvo, unos guantes del mismo color, una gorra y un velo blanco.

AND.—¿Sale?

AMEL.—Dentro de unos minutos, en automóvil, con Martoria y La Nuevalos su marido... y no sé quién más.

AND.—Señorita... (Abriendo la puerta derecha.)

AMEL.—¿Qué?

AND.—Usted perdone que me meta donde no me llaman. ¿Y si lo toma a indon Emilio?

AMEL.—Haz lo que te dicen. (Andrea entra en la habitación y Amelia sigue como hablando con ella.) Si lo toma a mal peor para él. ¡Conque la gente cree que soy esclava suya!... Mientras el señorito se divierte yo pasando plaza de amante cursi sometida. ¡Que no, va! Esto no puede ser. ¡Se acabó! (Sale Andrea.) ¿Está todo?

AND.—Señorita...

AMEL.—Ayúdame y cierra el pico a tus consejos. (Aparece Emilio en el fondo.)

AND.—Don Emilio. (Emilio repara en las prendas. Andrea sale fondo.)

EMI.—¿Al cabo has resuelto salir?

AMEL.—Sí.

EMI.—Perfectamente. Voy a mi cuarto a trabajar. No puedo entretenerme. Es casi seguro que almuerce allí. Te lo digo para que no me esperéis en el comedor. Si quieres subir cuando concluyas, en mi cuarto estaré escribiendo.

AMEL.—No pienso molestarte. Se trabaja solo mejor.

EMI.—Algunas veces. (Dirigiéndose hacia la derecha.)

AMEL.—Por eso y presumiendo que deseas trabajar sólo he aceptado una invitación y voy a almorzar fuera.

EMI.—(Deteniéndose.) ¿Dónde?

AMEL.—(Con indiferencia.) A Biarritz.

EMI.—¿Con quién?

AMEL.—(Igual que antes.) Con los de Nuevalos... y con Martoria.

EMI.—¡Con Martoria! ¿He oído bien o intentas burlarte de mí?

AMEL.—No me burlo y has oído admirablemente. Vino...

EMI.—¿Quién?

AMEL.—Martoria. Vino a invitarme en nombre de esos señores y en el suyo.

EMI.—Y tú...

AMEL.—Acepté.

EMI.—(Procurando dominar su enojo.) Has hecho mal. Te ruego que no vayas.

AMEL.—Siento no poder complacerte. Ya es tarde. He dicho que viniesen por mí. No voy a cometer la grosería de plantarlos.

EMI.—Excúsate con cualquier pretexto. Vuelvo a suplicarte que no vayas.

AMEL.—¿Por qué no he de ir?

EMI.—¡Y lo preguntas! (Sin poder dominarse.) Vaya, tienes empeño en que se desate mi lengua. ¿Porqué no irás? Porque va Martoria, tu pretendiente, el hombre a quien distingues en forma que comienza a ser ofensiva para mi decoro.

AMEL.—¡Emilio!... Estás loco y me estás injuriando.

EMI.—¿Loco?... Tal vez consigas voivérmelo tú. ¿Injuriarte?... ¿Desde cuando verdad es injuria?

AMEL.—Me trae sin cuidado que Martoria me pretenda o no me pretenda. Yo no he hecho nada, ni hago nada que ofenda tu decoro.

EMI.—(Con sarcasmo.) ¡Aún!... ¡Buen adversabio!... Es decir, todavía no. Sólo estás en el prólogo.

AMEL.—¡Emilio!

EMI.—Pues oye: Puedes dejarme de querer, has dejado ya, mejor dicho. Esto puedo yo evitarlo; lo que puedo evitar es que me pongas en ridículo, que me arnezcas con él delante de la gente: y lo evitaré. Mientras sigas al lado mío, haz lo que conviene a mi dignidad. Después, haz lo que se te antoje. ¡Qué importa!

AMEL.—¿No te importaría lo que hiciese después?... ¡En salvando tu orgullo, es lo demás indiferente! Sólo el orgullo habla por tu boca. El amor no ha dicho palabra.

EMI.—No es mi orgullo, mi decoro es el que se rebela. Y es mi amor también; un amor que no sufre, que no quiere que te corteje ese hombre a quien recibes, a quien acoges con amabilidad rayana en cariño; mi amor que apetece ser, que es dueño absoluto de tu cuerpo y de tu alma, y te exige que no vayas hoy de va ese hombre y que no vuelvas, en lo sucesivo, a cruzar la palabra con él.

AMEL.—¡Cuando digo que estás demente!... Aquí no se trata de tu amor; ya sé respetarlo. Aquí se trata de tu orgullo, de tu vanidad, de tu afán de convertir en cosa tuya, en instrumento de carne a quien su amo guarda bajo cerrojos, a echar mano de él cuando no hay con qué entretenerse.

EMI.—¡Amelia!

AMEL.—Ahí tienes lo que pretendes tú. Te equivocas. No lo conseguirás.

EMI.—Pues has de hacerlo.

AMEL.—No. Iré.

EMI.—¿Que irás?

AMEL.—Tu criada, sí; tu sierva, nunca.

EMI.—¡Mira lo que haces!

AMEL.—Lo que he dicho.

EMI.—¡Vamos! ¡Arráncate de una vez la careta!... Sé franca y declara que sí, que desees a ese hombre.

AMEL.—No tengo que declarar nada.

EMI.—Yo sí. Yo declaro que no vas con él.

AMEL.—¿Porque lo pides tú? (Con desprecio.)

EMI.—Porque yo lo mando. (Con fiereza.)

AMEL.—¡Mandar!... No nací yo para mandada. Déjame que pase.

EMI.—(Fuera de sí.) ¡Dejarte!... ¿No has oído que no quiero que vayas?

AMEL.—¿No has oído que iré?(Amenazando.)

EMI.—¡No! (Avanzando.) ¡Antes!... (Cogiéndola y sacudiéndola rudamente.)

AMEL.—(Con fiereza y bravura.) ¡Oh! ¡Me maltratas! ¡Maltratarme a mí!... ¡Tú!

EMI.—¡Calla... calla... porque la cólera me ciega y la cólera sabe matar! (Breve pausa durante la cual Amelia queda frente a Emilio en actitud desafiadora y éste medio to de espaldas a ella Aparece en la puerta Martoria, e inmediatamente de él. Antonio.)

MART.—(A Amelia) Cuando usted desponga. (Entra. Aparece Antonio, y entra también.)

EMI.—(Con actitud desafiadora.) Amelia no va con ustedes.

ANT.—¿Eh? (Dirigiéndose donde está Emilio.)

MART.—(Secamente.) Preguntaba a esta señora. A ella le toca responder.

EMI.—Respondo yo *aún* (Mirando a Amelia.) por ella y digo...

AMEL.—Dirá que en mi voluntad soy yo dueña.

EMI.—Digo que hace un instante ordené a esta... mujer que no saliera; que por darse a obedecerme, estuvo a punto de sufrir violencias que luego me hubiese rochado por tratarse de eso... de una mujer. ¡Sí algún hombre apoyara su neval!... (Avanzando amenazador hacia Martoria.)

AMEL.—¿Qué?

ANT.—¡Emilio!

MART.—¡Rojas!

EMI.—Si algún hombre apoyara su negativa y ese hombre fuera usted...

MART.—(Con fiera arrogancia.) Bastaría que ella lo deseara.

EMI.—¡En tal caso!... (Avanza hacia Martoria con los puños cerrados.)

ANT.—¡Emilio! (Conteniéndole.)

MART.—Le advierto que conmigo ciertas acciones no precisa realizarlas. (Indicando la sobra para todo.)

EMI.—Bien está. A sus órdenes.

MART.—(Luego de hacer a Emilio una ligera inclinación de cabeza.) A los pies de usted, Amelia. (Desde el fondo. Este final a la inspiración de los actores.—Telón rápido.)

ACTO CUARTO

La misma decoración del acto primero. Al levantarse el telón aparecen en escena el marqués de Peñagris sentado en una butaca delante de un velador, en el que habrá dos copas de una botella. Junto al velador un criado sirviendo la copa que está junto a los marqués.

PEÑ.—(A criado.) Para coronas tengo la mía de marqués. En las copas no hacen gracia. Llénala (El criado la llena.) ¡Ajajá!

CRIADO.—¿Desea algo más el señor marqués?

PEÑ.—Que no se lleve la botella. Déjala ahí encima por si tardan, que tardarán. Cuando las mujeres se ponen a charlar, no concluyen.

CRIADO.—(Dejando la botella.) A las órdenes de vuecencia. (El criado se dirige hacia el fondo por donde entra González. El criado cede el paso a González y sale por el fondo.)

GONZ.—¡Ni una palabra! ¡No hay nadie que sepa una palabra...

PEÑ.—¿De qué amigo?

GONZ.—Del duelo.

PEÑ.—¡Pues así que se sabe poco! Sabemos que son padrinos de Rojas, Antonio Méndez y Nuevalos; sabemos que lo son de Martoria, Fernando Lacalle Mendara; sabemos que el duelo se concertó anoche en condiciones graves, a pedrada, asaltos de cinco minutos, sin devolver el terreno perdido y a seguir hasta que quede fuera de combate uno de los dos; en resúmen, a muerte; sabemos eso y sabemos que el duelo se verificará o se estará verificando hoy por la mañana. ¿Qué más hay que saber?... ¿Quiere usted una copa? (Cogiendo la botella.)

GONZ.—Gracias, no. ¡Que más hay que saber? El sitio, la hora. ¡Una frioleja y doña Amelia que me lo encargó con tanto interés!...

PEÑ.—En estos lances es de rigor guardar el secreto.

GONZ.—Secreto relativo. Casi siempre existen cincuenta o sesenta personas que lo conocen y que se lo cuentan a los demás. Ahora no ocurre así. Padrinos, ahijados se volvieron mudos. Todos ignoran dónde y cuándo se baten; ¡todos hasta el gobernador.

PEÑ.—¡Vamos! (Bebiendo.)

GONZ.—Anoche se reunieron por última vez los padrinos, se concertó el duelo. A Rojas y a Martoria no les han visto el pelo. Lo único seguro es que padrinos y ahijados no se encuentran en San Sebastián. ¿Dónde pueden estar?

PEÑ.—En cualquier parte rompiéndose el alma. Probablemente al lado allá de la frontera.

GONZ.—Presume usted.

PEÑ.—Cogerían anoche un par de automóviles, ¡y ande la gasolina! ¡Promesas de enterarnos!

GONZ.—¡Con tal que no haya una desgracia! Rojas tiene mucha bravura, pero tira poco. Martoria es un gran tirador.

PEÑ.—Motivo para tranquilizarse. Los buenos tiradores llevan el arma donde quieren. Si ve en su contrario inferioridad, Martoria procurará herirle solamente. Es demasiado caballero para ser asesino.

GONZ.—¡Haga la suerte que usted no se equivoque.

PEÑ.—(Luego de llenar otra vez la copa.) ¿Amelia?...

GONZ.—Impresionada, nerviosísima, enferma. Ya ve usted, anoche fué preciso suspender la función; tuvo que guardar cama. Y hoy... ¡hoy estará!...

PEÑ.—Mi hija y la Nuevalos han venido a enterarse no sé si de su salud o de la escena que provocó el duelo. Ellas dicen que de la salud. Las he acompañado, como no es correcto colarse públicamente en la alcoba de las mujeres, estoy ac...

logando con esta botella. No debe ser grave a indisposición; las cuatro char-
por los codos.

GONZ.—Para ella el disgusto es tremendo. Aparte su interés por Rojas, el es-
dalo. Pepita ha pasado aquí la noche; me dijo esta mañana que doña Amelia no
da podido conciliar el sueño. Protesta que te protesta, llora que te llora...

PEÑ.—Si; lo de costumbre en las mujeres cuando ocurren estas trapatiestas.
pero las provocan y luego las rocían con lágrimas. (Llenándose otra vez la copa.)
¡Mítese usted! (Llenando la otra copa.)

GONZ.—Por no desairarle. (Bebe.) Con la polvareda que ha movido el suceso,
rérito de doña Amelia...

PEÑ.—Subirá. Un lance por su causa siempre realiza a una mujer como ella. Y
quiere uno de los dos... ¡el delirio! (Apurando la copa.) Ya salen. (Entran por la
ta de la derecha La Peñagrís, La Nuevalos y Pepita. Esta última sin sombrero.)

PEP.—(A González.) ¿Averiguaste?...

GONZ.—No.

PEP.—¿Qué haces ahí tan quieto? Corre, pregunta, revuelve el mundo. ¡Está
esperada!

PEÑ.—(A su hija.) ¿Qué tal sigue?

LA PEÑ.—¿No lo oíste? Desesperada.

LA NUEV.—Y dale en que se ha de vestir. No hace bien.

PEP.—Ya se lo dije yo. ¡Cualquiera la convence! Ha llamado a Andrea para que
ayude. (A González.) Pero, ¿no vas? ¡Anda a escape, hombre, y trae noticias!

GONZ.—Es viaje inútil. (Sale González por el fondo.)

LA NUEV.—(A Pepita.) Decía usted que después de la cuestión Rojas...

PEP.—Salió del hotel con don Antonio; un minuto después que Martoria y no
nos vuelto a verle.

LA PEÑ.—Nosotras no supimos nada hasta por la noche, cuando anunciaron que
pendían la función y...

LA NUEV.—¡Parece mentira que por cosas tan insignificantes se maten los hom-
s!...

LA PEÑ.—¡Bah! No todos son lo picajosillos que Rojas. Si lo fuesen... ¡que de
s íbamos a ver!...

PEP.—¡Decir que a estas horas puede estar muerto uno de los dos!

LA PEÑ.—No lo eche usted tan por lo trágico. Generalmente los duelistas son
no los malos matadores, pinchan en hueso.

PEP.—Sin embargo...

LA PEÑ.—Sí; lo de estos parece muy formal. (A la Nuevalos.) ¿Vienes?

LA NUE.—Sí.

LA PEÑ.—(A su padre.) Anda, tú. Adiós, Pepita. (Viendo que Pepita hace ademán
acompañarlas.) No se moleste en acompañarnos. (Salen por el fondo la Nuevalos, La
agrís y Peñagrís. Pepita se dirige hacia la puerta derecha, aparece Amelia.)

PEP.—¿Tras vestirse, deja usted su habitación y viene a esta sala? Es no que-
se bien.

AMEL.—En ningún sitio puedo estar. ¡Desde ayer vivo como loca!... ¡Esos dos
mbres matándose por mí, por mi culpa... porque yo he tenido la culpa. (Ademán
interrupción en Pepita.) ¡Yo!... No trates de decir lo contrario, la culpable soy
... ¿Y Emilio?... ¡Emilio!... ¿No sabes nada?... ¿González no ha averiguado
la? (Se dirige hacia el timbre que hay en la pared, Deteniéndose.) ¡Llamar! ¿A qué voy
amar?... A que me respondan lo de siempre: «No sé...» «No sé...» ¡Qué ira!...
do el mundo a oscuras, yo desesperada y esos dos hombres frente a frente.
ente a frente por mí! ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! (Rompe en sollozos.)

PEP.—Vamos, tranquilícese usted. No vale exagerar tampoco. Acaso el encuentro...

AMEL.—Ellos no van a un duelo de teatro. Tienen demasiado coraje para re-
sentar una farsa. Pelearán con furor, con odio... ¡No ves que los dos me
an!... ¡Yo no quería eso!... ¡Te juro que no quería eso!... ¡Qué mal hice, Pe-
... ¡Qué mal hice!...

PEP.—¿En qué hizo usted mal? ¿Qué crimen ha cometido usted? ¿Lo es admi-
una invitación y salir de paseo con amigos y amigas?... Rojas, con sus pícaros
os, lo echó todo a rodar.

AMEL.—¡Ay!...

PEP.—El verdadero culpable es Rojas queriendo privarla de cumplir aquellas atenciones imprescindibles en quien ocupa el lugar artístico de usted. ¿Que la corteje Martoria? Bueno. Porque la corteje, ¿va usted a tratarle a zapatazos? ¿nuestro mundo hay que transigir. Si cerrásemos la puerta del cuarto a todos los que nos enamoran, nos íbamos a quedar sin público. Rojas no viene de una ald para ignorar esto.

AMEL.—¿No es cierto que sí?

PEP.—¡Á ver! ¡Sólo que los hombres!... Ellos a lo que se les pone entre ceja y ceja y nosotras ¡cuidado!... No, usted no tiene culpa, la tiene él pretendiendo tener de usted una esclava.

AMEL.—Una esclava, sí. Haciendo lo que hice demostré que conservo mi independencia. ¿Verdad qué hice bien defendiéndola? ¿Verdad que no hubo en mí delito? ¿Verdad que no le di ningún pretexto serio para provocar la cuestión? ¿Verdad que yo no soy la culpable, que lo es él?... ¡Dí que sí, Pepita, dí que sí! Necesito escucharlo. ¡Necesito que me lo repitan una y cien veces, a ver si en fuerza de oírlo repetir esta conciencia mía lo cree y se cansa de atormentarme!...

PEP.—Lo diré y lo repetiré no cien veces, cien mil.

AMEL.—¡Calla!... La cobardía tras la culpa fuera indigna de mí. Ya que otra cosa debo tener lo que un delincuente cualquiera, valor. Soy responsable cuanto ocurra... De la muerte de uno de ellos, si uno de ellos llega a morir.

PEP.—¡Doña Amelia!...

AMEL.—Soy responsable. Lo son mi orgullo, mi arrogancia de criatura envidiosa que sólo se ocupa de sí y no respeta nada en los otros, porque se juzga ser superior, un Dios a quien los otros deben adorar de rodillas.

PEP.—Está usted muy excitada, muy nerviosa. Tenga un poco de calma.

AMEL.—Así soy yo; así es Emilio. ¡Así ha venido siendo esta vida nuestra: infierno en el que todo era pelea por dominarse el uno al otro; hasta las caricaturas un choque de egoísmos y de soberbias al término del cual él me pierde, y yo, viéndolo muerto, le pierdo para siempre también!

PEP.—No tanto.

AMEL.—¡Que no!... Si vence me abofeteará el alma con su triunfo; me arrojará su desprecio a la cara. Si vuelve herido, ¿cómo acercarme a él, sin que me rechace, sin que sea cada borbotón de sangre suya una ola de odio e ignominia que me salpique y que me aleje?... Si muere... ¡No quiero que muera él! ¡No quiero que muera ninguno de los dos! ¡Un cadáver en mi vida! ¡Qué horror!!

PEP.—No morirá Rojas, no morirá Martoria tampoco. Tenga usted confianza.

AMEL.—Aunque viva, no puedo, no quiero verle. ¡Verle!... Sólo seguir aquí en la casa; me es insupportable. Este sitio, donde ocurrió la escena, se desploma sobre mi espíritu. Los mismos criados, cuando se aproximan a mí, parece que se reconvierten con su obediencia silenciosa. Y no seguiré, no. Muerto o vivo, ¡falta valor para verle cruzar esa puerta. A medida que se acerca el instante, comprendo que sería imposible. (Dirigiéndose hacia la derecha.) ¡Andrea!

PEP.—¿Qué va usted a hacer? (Entra Andrea por la puerta derecha.)

AND.—¿Señora?

AMEL.—Nada, no. Luego te diré... Y tú, Pepita! vete... Estás rendida... ¡has dormido... (Con inconsciente nerviosidad.)

PEP.—Poco importa.

AMEL.—Márchate, si. Ya estoy más tranquila... Además, necesito quedarme sola... pensar... resolver... Si me ocurre algo, ya está Andrea.

PEP.—Como usted ordene. (Entra en la habitación de la derecha.)

AMEL.—Ni una noticia. ¡Qué martirio! ¡Qué terrible ansiedad! (Sale Pepita.)

PEP.—Vendré más tarde. Acaso haga falta...

AMEL.—(Acompañándola.) Descansa, hija, no te molestes. (Sale Pepita por el fondo.)

AMEL.—(Mirando un reloj que habrá sobre una mesa.) ¡Las doce!... ¿Habrá ocurrido alguna desgracia y me la ocultan? ¡Esta incertidumbre me destroza!

AND.—(Acercándose a ella con solicitud.) Señorita, está usted matándose.

AMEL.—¡Ojalá y muriese de una vez!

AND.—¡Vamos, señorita!

AMEL.—¿No oiste que deseo estar sola? ¡Me estorbas! ¡Déjame! (Amelia se sienta en una butaca. Pausa, después aparecen en el fondo, sin entrar, Teresa y un criado.)

CRÍADO.—Ya le he dicho a usted que no está.

TER.—No importa, esperaré; es necesario que le espere. Esperaré donde usted indique. (Amelia, al oír la voz, levanta la cabeza. Al reconocer a Teresa se levanta.)

AMEL.—¡Teresa!... (Alto.)

TER.—(Idem.) ¡Amelia! (El criado se retira. Teresa continúa sin entrar.)

AMEL.—¿Usted?

TER.—Yo.

AMEL.—¿Aquí?...

TER.—(Avanzando.) ¿Donde sino cuando su vida está en peligro? Aquí únicamente puedo encontrarle y esperarle. ¿Que no debí hacerlo? ¿Que pisoteo mi dignidad? ¿Se ofendo mi orgullo? Se trata de su vida. Su vida me importa mucho más que mi dignidad de dama y que mi soberbia de mujer. Mire usted si me importa, que me atreva a interrogarla. ¿Qué sabe usted de ese lance? ¿Qué ha sido de Emilio?

AMEL.—Lo ignoro.

TER.—¿Que lo ignora?

AMEL.—Sí, para martirio mío lo ignoro.

TER.—¿Que lo ignora?... Bien que lo ignore yo; pero usted, usted la causante del duelo, usted que ha puesto un hierro en las manos de esos dos hombres, ¿cómo puede ignorarlo?

AMEL.—¡Señora!...

TER.—¿Cómo no se arrojó en brazos de Emilio...—no para impedir que se bañara—no soy de las que llevan a un duelo al hombre adorado, pero no soy tampoco de las que le impiden acudir.

AMEL.—¡Teresa!

TER.—¿Cómo no se arrojó usted en los brazos suyos para conocer toda la verdad, y seguirle luego, y estar lo más cerca posible de él durante el peligro, y ser primera en auxiliarle herido o en llorarle muerto?

AMEL.—El dolor enloquece a usted.

TER.—Sí, loca estoy hablando como hablo. Usted después de provocar el lance de poner a Emilio frente a la espada de Martoria, no podía arrojarse en sus brazos, no podía seguirle; no puede auxiliarle herido, o rezarle muerto. El herido se acerca a su víctima, la huye. (Con desesperada ironía.)

AMEL.—Está usted insultándome y la prudencia tiene sus límites. (Con altanería.)

TER.—No, no quiero insultarla. Perdóneme si la ofendi. No he venido a eso. Vengo a saber de él, a esperarle a él!... En este momento no miro en usted la primera preferida; veo una mujer digna de compasión y vengo por si él tiene la desgracia de caer herido o muerto a ocupar el sitio que no puede usted ocupar.

AMEL.—(Con sarcasmo.) ¿Y usted sí?

TER.—Yo sí.

AMEL.—¿Usted?...

TER.—¿Por qué no? ¿Porque me dejó por usted? ¿Porque me ha abandonado?... ¿Está usted segura de que me ha abandonado? Hasta hoy, para usted y para él, he pasado horas de placer todas las suyas. Llega—sí, llega—la primera hora de dolor. En esa hora, ¿de quién se acordará Emilio? ¿De usted o de mí?

AMEL.—(Alto.) ¿Qué dice? ¿Qué dice que ni a contestarla me atrevo?...

TER.—Digo que en horas de placer y de exhibición y de triunfo usted puede verme más feliz que yo porque es más hermosa, y más inteligente y más atractiva para halagar las pasiones de un hombre como él. Yo soy una pobre mujer; una naturaleza insignificante; no tengo grandes éxitos que ofrecerle. Apenas si me queda hermosura que darle; pero en mi humildad y en mi insignificancia sé lo que no puede usted. Perdonar y sufrir.

AMEL.—Teresa...

TER.—Nosotras las mujeres que no sabemos comprender a los hombres superiores que nos favorecen con su amor, sabemos idolatrarles; y admirarles y respetarles, hasta en sus vicios y en sus pequeñeces. Hay en nosotras mucho de amor, ¡cómo no! pero hay mucho también de hermanas, de madres... Cuando la hora del dolor viene, son las madres las que mejor saben atenderlo y dulcificarlo. Por eso estoy aquí. No me haga la ofensa de suponer que he venido a reconquistar las gracias de un hombre. (Amelia ha ido siguiendo las palabras de Teresa con asombro.)

AMEL.—(En un arranque de sinceridad.) No la ofendo, la admiro, y me doy lástima.

TER.—Amelia...

AMEL.—Cierto. No somos nosotras, criaturas turbulentas que sentimos con imaginación y no con el alma, hechas para endulzar dolores. Hechas estamos para provocarlos.

TER.—¿Usted?...

AMEL.—¿Extraña que hable así? Hace usted mal. Concederme el derecho de ser noble.

TER.—Señora...

AMEL.—Sí, es cierto, desventuradamente es cierto. Nervios, sangre, sentido todo lo gastamos en la lucha por el éxito, por la gloria, y cuando bajamos a la realidad, bajamos destrozadas, rotas, sin alma; nuestra alma quedó allá, en el mundo de la ficción y del aplauso. ¡Feliz Emilio que ha encontrado en el alma hermosa de usted un alma con grandeza bastante para ser dos almas, la de usted y suya! Feliz él: yo no he poseído, yo no he encontrado una alma así. ¡Quizás no encuentre en el mundo! Compadézcame usted y ocupe el sitio que por fueros su amor sublime le corresponde. (Se dirige a la puerta izquierda y la abre.) Ahí es las habitaciones de Emilio. Entre usted, aguardele. Yo, suceda lo que suceda, he de volver a verle. (Teresa hace ademán de dirigirse a Amelia, esta la contiene con gesto y señala la puerta. Teresa entra. Amelia queda un instante mirando hacia ella.)

AMEL.—Sí. Ella es para él la vida entera. Yo... lo que él para mí, una locura que se desvanece... (Se dirige hacia la derecha.) ¡Andrea! (Entra Andrea por la derecha.)

AND.—¡Señorita!

AMEL.—Pronto, que me preparen un coche cerrado. (Andrea se dirige hacia el fondo, en el que aparece González como trastornado y pesaroso. Al ver a Amelia se dirige a ella.)

GONZ.—(Con misterio.) ¡Viene!

AND.—¿Quién?

GONZ.—¿Quién va a ser? Rojas. Ahí lo suben.

AND.—(Con susto.) ¿Muerto!

GONZ.—No, mujer, herido. Una herida profunda. Afortunadamente no es mortal.

AND.—(Con temor.) ¿Y la señorita?...

GONZ.—No digas nada aún. Conviene prepararla. (Entran por el fondo Emilio, Antonio y Nuevalos. Emilio, pálido y sosteniéndose en los hombros de Nuevalos y Antonio. Andrea sale por el fondo haciendo un gesto de dolor.)

ANT.—(A Nuevalos.) Así, poco a poco.

EMI.—¿A qué esas precauciones? (Con ironía.) Pierde cuidado; no me muevas.

ANT.—Ya lo sé; pero te callas y obedeces. Descansa en este sillón mientras yo preparo todo. (Antonio, ayudado por Nuevalos y González hacen sentarse a Emilio.)

NUE.—Con tiento.

ANT.—González, hágame usted el obsequio de demandar que recojan del carruaje las armas. (Sale González por el fondo.) Conde, hágame usted el obsequio de decir a esos curiosos que esperen abajo. (Sale Nuevalos por el fondo también.)

EMI.—Ha sido más diestro que yo. Ganó la partida completa. (Aparece Antonio con sombrero y un guardapolvo. Al ver a Emilio hace un ademán de sorpresa y espanto.)

AMEL.—¿Qué? (Avanzando.)

ANT.—(Hace una indicación de que la herida no es grave.)

AMEL.—¡Emilio! (Dirigiéndose hacia él.)

EMI.—(Rechazándola con el ademán.) ¡No te acerques!... Entre nosotros ha concluido todo. ¡No te acerques, mujer!

AMEL.—¡Emilio! (Avanza. Luego se detiene.) ¡Tienes razón! (Se dirige a la puerta del fondo.) ¡Adiós! (Se detiene en la puerta a tiempo que se abre la puerta de la izquierda dando paso a Teresa, que al ver a Emilio, queda en ella inmóvil, sin atreverse a avanzar.)

EMI.—¡Adiós!... No eres tú, mujer, lo que siento; es que contigo se aleja también lo que por tu causa perdí: el amor de la única mujer que ha sabido amar (Teresa ha ido avanzando y llega, conmovida al lado de Emilio. Este la ve.) ¡Teresa!

TER.—¡YO! (Arrodillándose a los pies de Emilio. Amelia hace un ademán en que se presan el amor y el sacrificio juntos y sale por el fondo en la forma que dicte su inspiración.)

EMI.—¡Teresa! (Dejando caer su cabeza en el hombro de Teresa.)

ANT.—¡Ánimo!... ¡Y a curar esa herida!

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡EUREKA!!

Buen humor, por la comodidad
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID



DEPURADOR HIGIÉNICO Y RÁPIDO

“ A R S O ”

CARDEÑAL CISNEROS, 28. - MADRID

La Novela **CORTA**

Después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, para complementar su apostolado de divulgación literaria va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada una de ellas una sola obra en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

Larra.—Espronceda.—Patricio de la Escosura.—Martínez de la Rosa.—Enrique Gil.—Fernández y González.—Ortega y Frias.—Hartzembusch.—Gertrudis G. Avellaneda.—Pastor Díaz.—Aiguals de Izco.—Navarrete.—Pérez Escrich.—Pilar Sínúés.

NOVELA HISTÓRICA

F. Patxot.—Cánovas.—Viceto.—Balaquer.—Navarro Villoslada.—Amos de Escalante.—Castelar.

NOVELA NATURALISTA

Fernán Caballero.—Miguel de los Santos Alvarez.—El solitario.—Mesonero Romanos.—Pereda.—Valera.—Clarín.—Selgas.—Alarcón.—Arturo Reyes.

También rendiremos un homenaje a la memoria de nuestros grandes escritores y poetas.

POETAS

Zorrilla.—Trueba.—Becquer.—Carolina Coronado.

ESCRITORES

Danivét.—Silverio Lanza.—Taboada.—Eusebio Blasco.—Alejandro Sawa.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, es- grandes novelas extractadas Irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por la C. de Pardo Bazán, Rodríguez Marín, Azorín, M. Bueno y C. de Casiro

Estos números **HOMBENAJE**, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

FRINE

REVISTA FEMENINA CULTURAL

EL PRÓXIMO JUEVES

LOS BAILES

SUMARIO

Invitaciones. - Bufettes. - Historia del baile. - Los bailes de figuras. - De Salón. - Bailes populares. - Descripciones pintorescas.

I: Reglas de sociedad que se observan en los bailes.—II: Historia del baile.—III: Continuación de la historia del baile.—IV: Bailes de España.—V: Bailes de figuras.—VI: Bailes blancos y rosas.—VII: Bailes de salón.—VIII: Bailes populares.—IX: Bailes de espectáculo.

15 cénts.

6
+
1918.
Si usted desea una
lámpara de mucha
luz y poco consu-
-mo, compre la -
OSRAM



de la sup
nrosi
el s
CONCESIONARIO **LEON**
ORNSTEIN. - MARIANA
PINEDA, 5. - MADRID

LA NOVELA
TEATRÁL

10 cts.

VENTURA de la VEGA

Tovar
1918.

TERRIBLE PÉREZ

Arzuela en un acto

de los señores Tovar y Garcia Alvarez



LA NOVELA TEATRAL

Director: José de Urqu

Complemento de la *Novela Corta*

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar pero cuya autorización **ya nos ha sido oficialmente otorgada**

Galdós.

Electra.—Doña Perfecta.—La loca de la casa.—Realidad.—La de San Quintín.*—Sor Simona.

Dicenta.

El Lobo.—Sobrevivirse.—El crimen de ayer.—El señor feudal.—Daniel.—Juan José.—Aurora.*—Luciano.*

Quintero.

El Patio.*—Doña Clarines.—La escondida senda.*—El niño prodigio.*—Pepita Reyes.

Arniches.

La sobrina del cura.—La casa de Quirós.—Las estrellas.—Dolores.—La señorita de Trevez.—La gentuza.—Noche de Reyes.

Arniches-G.^a Alvarez.

El terrible Pérez.*—El cuarteto Pons.*—El Príncipe Casto.*—El Método Górritz.*—Mi papá.*—Gente menuda.*—El fresco de Goya.*—El pollo Tejada.*—El perro chico.*—Alma de Dios.—El pobre Valbuena.

Alvarez-Muñoz Seca.

El verdugo de Sevilla.—Fúcar XXI.—La frescura de Lafuente.—El último Bravo.—Los cuatro Robinsones.—Pastor y Borrego.—Trampay cartón*

Villaespesa.

El rey Galaor.—Aben-Humeya.—La Gioconda.—Doña María de Padilla.—Laleona de Castilla.—El Halconero.*

Abatl - Paso.

La Divina Providencia.*—El gratacaño.—El río de oro.—El fierno.*—Los perros de presa.—El Paraíso.*—La mar salada.*—La bendición de Dios.*—El asombro de Damasco.*—El tren rápido.*—El velón de Lucena.*—Nieves de la Sierra.*—La alegría del vivir.*

Vital Aza.

Francfort.—La rebotica.—Ciencia exactas.—La Praviana.—Paradiso Fonda.—Tiquis Miquis.—La sardina de armas.

Comedias.

Trata de blancas.—El místico Los semidioses.—Las cacatúas Charito, la Samaritana.—Tocamos unos.—El cardenal.—hombre que asesinó.—Serafina.—Rubiales.—La eterna víctima.—Jimmy Samson.—Lopez de Coria Primavera en otoño.—El misterio del cuarto amarillo.—Primerose Raffles.—Mirandolina.—Genio y gura.—Petit-Café.—Los noveleros.—La Tizona.—Miquette y su marido.—Los gemelos.—El chico del café.—El ama de la casa.

Zarzuelas.

La viejecita.—La alegría de la huerta.—La marcha de Cádiz.—Gigantes y cabezudos.—La Corte de la raón.*—La Tempranica.*—El chico de la Africana.*

El Terrible Pérez

HUMORADA TRAGI-CÓMICO-LÍRICA EN UN ACTO Y CUATRO CUADROS

original de los señores

ARNICHES Y GARCIA ALVAREZ

Musica de Joaquin Valverde San Juany Torregrosa.

PERSONAJES

BELLA COCOTERO. - DOÑA TERESITA. - OFICIALA 1.ª - IDEM 2.ª - IDEM 3.ª - IDEM 4.ª
REZ. - CONCORDIO. - BENITEZ. - SATURNINO. - AMIGO 1.º - DON FIDEL. - DON BRAULIO
- UN POLLO CURSI. - AMIGO 2.º - UN CIEGO. - REVENDEDOR 1.º - POLLO 1.º -
IDEM 2.º - MARIANO. - CAMARERO 1.º - AMIGO 3.º - IDEM 4.º

La acción en Madrid. - Epoca actual.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Anterior de un establecimiento de sastrería. Al foro, en la parte derecha, un gran escaparate hasta el suelo con letrero que dice: «Sastrería» y lleno de piezas de tela colocadas simétricamente, y en ellas prendidas tarjetones que indican los precios, según es uso en estos establecimientos. Alrededor maniqués con trajes de marinero, y en el suelo, sobre tarimas y formando pendiente de espaldas al público, dos maniqués con abrigos de caballero; el que está más cerca de la puerta de entrada ha de ser un mackferland. Todos llevan colgados cartelones marcando diferentes precios. Al foro izquierda, la puerta de entrada al establecimiento con su puerta correspondiente que se abre hacia el interior. En las laterales derecha dos puertas practicables, entre ellas una estantería figurada con piezas de tela, y al lado un clavo con patrones, reglas, etc., etc. Delante una gran mesa de cortar y en el testero de abajo varias piezas de tela de diferentes colores y otras de las que se usan para forros. Entré el escaparate y la puerta de entrada una estantería corpórea con piezas de tela. Al lado de la puerta dos o tres maniqués con prendas de niño. En la parte izquierda de la escena una pequeña división hecha con un trasto en forma de biombo, pero con puerta con cortina encarnada que da paso al probador, en el cual hay espejo, perchero y sillas, en las cuales aparecen prendas de caballero a medio confeccionar. Convenientemente repartidas por la escena sillas de madera curvadas. En la mesa de cortar, centímetros de sastre, jaboncillo de señales, libro de medidas, tijeras grandes, tintero, plumas, etc., etc. Es de día.
Avantarse el telón aparecen don Braulio probando una americana al Pollo Cursi en el probador. Concordio detrás de la mesa recibiendo el trabajo a cinco pantalonerías y Saturnino arreglando piezas de tela en la estantería del centro. Al final un ciego.

MÚSICA

Esto es inaguantable
completamente,
me traéis un trabajo

tan indecente,
que yo me irrito
y os digo desde luego
que no lo admito.

PANT.

¿Pero qué tienen
los pantalones?
¿No ves presillas?
¿Faltan botones?
¿Y la cintura?
¿Tíes que decirnos algo
de la costura?

(Concordio sigue examinando la labor.)

BRAU.—(Al Pollo.)

¿Le gusta a usted de corta
como ha quedado?
Parece que hace un pico
por este lado.

POLLO.

SAT.—(A Concordio.)

¿Y los *cheviotes*?
Pues los puse ayer tarde
con los *tricotes*.

CONC.

(Tira con furia la costura encima de la mesa.)

PANT.

¡Chico! ¡Chico!
¡qué mal genio que gastas
para vivir!
Tú debes de tomar píldoras
del señor *Clin*.
Pero esto no es costura,
sí es un zis-zás.

CONC.

BRAU.—(Al Pollo.)

POLLO.

¿Quiere usted que metamos un dedo:
Es que tengo miedo.
no suba de atrás.

PANT.—(A Concordio que sale de detrás de la mesa y va a la estantería por pieza de tela.)

No te tomes, Concordio,
tanto disgusto,
que estamos deseando
de darte gusto,
pues yo dejo el trabajo
si un día encuentro
cosiendo pantalones
un hombre dentro.
¡Quién lo pescara!
¡Quién lo pillara!
¡Sinvergonzonas!
¿Queréis callar?
¡Quién lo pescara!
¡Quién lo pillara!
¡Arza, gandulas,
a trabajar!

CONC.

PANT.

CONC.

(Concordio vuelve a la mesa y empieza a repartir trabajo entre las pantalonerías. En este momento llega el ciego a la puerta, abre y dice con una voz lo más aguardentosa posible.)

CIEGO.

¡Ay, mamita del alma mía!

¡Ay, no sé lo que va a pasar!
¡Ay, mamita que está la España
sin que la sepan ni gobernar!

blado.) ¿Hay una limosnita para un pobrecito ciego de la vista?

CONC.—Viene usted engañao, amigo.

CIEGO.—¿Qué?

CONC.—Que el establecimiento de jaulas pá grillos está dos puertas más abajo.

CIEGO.—No se pitorree el joven, que algún día puede que se vea como yo...
yo yo no me veo.

BRAU.—Dale un perro chico y que ahueque.

CONC.—Toma, tú. (A Saturnino, que coge el perro chico y se lo da al ciego.)

SAT.—(Dándole la limosna.) ¡Hala, de verano!

CIEGO.—Dios se lo aumente, pollo, y le dé aquello que sea más de su comenen-
(Haciendo mutis foro izquierda.)

¡Ay, mamita del alma mía! etc., etc.

pantaloneras hacen mutis por el foro y entra el

HABLADO

terminar la música.)

BRAU.—Bueno, sí; ya lo veo. Estrecharla de los costados, alargarla la manga,
perla de sisa, subirla de hombros, bajarla de atrás y redondearla de adelante, y
lo demás no hay que tocarla.

POLO.—(Quitándose la americana de prueba y poniéndose la suya.) Perfectamente,
ido maestro, de acuerdo. Y respecto a detalles, ya lo sabe usted: hombreras
s, bolsillos a la derecha, mangas de cartera, espalda sin costura, forros de sa-
chaleco de dos filas, pantalón abotinado, ojal en la solapa y la nesga muy
cída, que eso me dice muy bien.

BRAU.—(¡Y todo eso para un traje de treinta y cinco pesetas!)

POLO.—(Poniéndose el sombrero.) Conque no se olvide nada, ¿eh?

BRAU.—Desctiude usted.

POLO.—(Dándole la mano.) Pues, querido maestro, *arre vuar*.

BRAU.—Arre... pollo. (¡El primer chaparrón me vengaré!)

POLO.—(Sale del probador tarareando.)

«Yo he sido pitillera,
maestra de labores...»

BRAU.—Lo creo.

POLO.—(Al pasar por delante de los dependientes.) Soy de ustedes. (Vase foro iz-
da.)

CONC.—Que usted siga... (Dirigiéndose a Saturnino.) A ese pollo lo he visto yo
en casa de *Turunié*.

Concordio, Saturnino y don Braullo

RAU.—(Saliendo del probador con la americana de prueba.) ¡Concordio!

CONC.—¡Mande usted!

RAU.—Entrega eso y que le pongan forro. (Tirando la americana encima de la
)

CONC.—¿Sarga?

RAU.—Percalina y un millón de gracias. (Muy enfadado.) ¿Cuándo acabarás de
der? (A Saturnino que está distraído.) ¿Y tú qué haces, Terranova?

ST.—Yo estaba...

RAU.—En *Babia*, como siempre. A ver si limpias los maniquís, que están de
p que chillan, ¡so gandul!

ST.—Voy voy. (Coge los zorros y sacude los maniquís.)

BRAU.—(A Concordio.) Y tú a ver s, me acabas ese chaleco

CONC.—(Enseñándole uno.) Estoy en los remates.

BRAU.—¡En los remates y debía haberse entregao ayer! ¡Valientes holgazanes! Vosotros, por lo visto, habéis tomao este establecimiento por una especie de *alegro verte bueno* de ropas hechas.

CONC.—¿Yo?

BRAU.—Tú y ese limpiatubos, sí señor. Y hemos acabao; si viene alguien en obrador estoy. ¡Pues señor, vaya una gentecita! (Vase segunda derecha.)

Concordio y Saturnino

SAT.—¡Chico, como está el principal!

CONC.—¡Está pa darlo en alquiler! (En este momento atraviesa don Fidel por el foro derecha a izquierda, Concordio mira por el escaparate y dice dirigiéndose a Saturnino) ¡Pero contra, qué veo! ¡Sí!

SAT.—¿Qué es?

CONC.—¡Anda, corre, asómate! ¿No es aquél el marido de doña Teresita?

SAT.—(Después de mirar por la puerta.) ¡Sí, es don Fidel!...

CONC.—¡Don Fidel! Pues la Providencia nos ayuda. (Sale de detrás de la mesa cogiendo de una mano a Saturnino, dándole gran importancia a lo que habla.) ¡Saturnino, acódate a llegar el momento *solene!*

SAT.—¿Qué, la subo ya?

CONC.—Sin perder un minuto.

SAT.—Venga.

CONC.—(Sacando una carta del bolsillo.) Toma. ¡Y por Dios, Saturnino, que si esta carta llega a manos de doña Teresita, es una panacea de amor; pero como la quería el marido era un rompecabezas.

SAT.—No tengas cuidado.

CONC.—¿Tú qué es lo que más aprecias en este mundo?

SAT.—El cabello.

CONC.—Pues júrame por esa melena castaña que antes de entregarle la carta a otra persona la deglutes.

SAT.—Te lo juro.

CONC.—Bueno, pues arrea. Y pa disimular, llévate estos pantalones a Rita. (Dándole unos.)

SAT.—Trae.

CONC.—¡Saturnino, por Dios!

SAT.—Descuida... (Vase foro derecha.)

Concordio.

CONC.—Y ahora sube, llama, le abre la Emeteria, le da la misiva, ésta se la trega a doña Teresita, que la lee ávida, la produce el efecto... que la produce dice que sí. Y con esto, he hecho al señor Pérez el más feliz de los mortales. Pero que estos amores no son cosa mía, yo *intrevengo* de segunda mano. Esa carta remite el señor Pérez—un parroquiano de aquí—por mi conducto a doña Teresita—la modista de ahí enfrente—favor que yo le hago por la amistad y por veinticinco pesetas que le profeso, digo, que me ha ofrecido, por tratarse de una cosa tan arriesgada; porque si esa carta llegase a manos del marido, con el que yo tiene, bajaba, y los residuos del señor Pérez y los míos tenían que llevarlos a la fosa común en un pulverizador. Gracias a que aquí hay *perspicacia*, y en este momento estará sola doña Teresita *embebecida* leyendo las frases de amor y...

Concordio y doña Teresita.

TER.—(Que ha venido foro derecha abriendo la puerta.) ¡Buenos días!

CONC.—(Aterrado.) ¡Demonio! ¡Doña Teresita! ¡Ella aquí!

TER.—¿Qué te sucede?

CONC.—Pero... ¿pero no está usted en su casa?

TER.—Ve a preguntar y verás como no.

CONC.—¡Cielos!

TER.—¿Estás solo?

CONC.—Sí... sí señora...

TER.—M'alegro tanto. Voy a ser corta. Dos palabras.

CONC.—Usted dirá.

TER.—Pus ná, que venga a hacerte un encarguito.

CONC.—¿Y qué es elio?

TER.—Pus que cuando venga el tío viejo ese que me está haciendo guiños deniace un mes, que le digas que estoy decidida, que sí, que su tipo me gusta mu-pa un pím, pám, púm.

CONC.—Doña Teresita...

TER.—Y le añades que soy una mujer casada, y que si lo que está haciendo oposiciones a una plaza de paliilero, l'ha ganao, porque mi marido tendrá el to, uno de estos días, de hacerle los *abujeros* que son del caso.

CONC.—Doña Teresita...

TER.—Y que pa viejos ya tengo unos zapatos. ¿Tú me entiendes?

CONC.—Pero doña Teresita, por Dios, que usted me la tomas a mí por otro.

TER.—Por otro sinvergüenza como él; no vas *errao*, aunque debías. Y por último en mi pueblo, a los que hacen tu papel, les llamamos de cuatro maneras: moles, indecentes, sinvergüenzas u *tercerolas*; escoge la que más te guste. (Hace s foro izquierda.)

CONC.—(Siguiéndola hasta que sale del establecimiento.) Pero ¡doña Teresita!...

¡doña Teresita!... doña Teresita!... (Bajando al proscenio.) Güeno, pues esa *chula* se pone en el balcón *Madame Therese* con una hache en la metá. ¡Míá que dame» con ese vocabulario! Y gracias que lo ha dicho con medias palabras. ¡O lo grave es que no estaba en casa y que Saturnino ha ido y!... ¿Pero qué otro pasó? (Sube a mirar hacia el foro derecha abriendo la puerta.) ¡Calle, el señor *z* viene, m'alegro! Y eso que no le digo nada hasta sacarle las veinticinco pes. Anda, ¡pero qué tío, y viene piropeando a una chula! No deja una!.. ¡y tie suerte!

Concordio, el señor Pérez, una chula que pasa.

PÉREZ.—(Foro derecha.) ¡Olé ya la sangrecita de mi cuerpo, serrana mía! ¡Bensea la... (En este momento, que coincide con la llegada a la puerta, la chula le dá una ada y desaparece. Concordio no ha cesado de envidiar la suerte que tiene Pérez para ujeres hasta este momento. Pérez entra en la tienda con la mano en el carrillo pero rade de felicidad.) ¿Has visto, Concordio? ¿Has visto que rubia?

CONC.—Y la he oído.

PÉREZ.—Es Milagros, le hija del hojalatero del catorce. Hace un mes que la o echao el fallo. Dentro de ocho días la verás rendida.

CONC.—Si las da tan fuertes, lo creo, porque la bofetá ha sido pa desvanecer ilusión.

PÉREZ.—¡Ay, querido sastre, cuán inconsciente y cuán fútil eres! ¡Qué mal cosa al bello sexo! ¡La mujer es como la cola, apreciable Concordio! Cuando es que empieza a estar en su punto.

CONC.—¡Pero cuidao que es usted terrible pa las mujeres, señor Pérez!

PÉREZ.—¿Y qué quieres que yo le haga? Fíjate: Tipo, impresión, cubierta a dos, amenidad en el texto, información telegráfica sin hilos, varios pasatiempos, pécabezas con juguete. Soy el A. B. C. de la seducción.

CONC.—Bueno, ¿pero esa pasión por las mujeres, cuándo le ha nacido a usted?

PÉREZ.—Nací con ella. Baste decir que mi primer piropeo fué para la comadropenas me recogió en sus brazos, la dije: ¿dónde podemos vernos a la noche, illo?

CONC.—¡Qué exagerao! (Se pone a cortar una prenda en la mesa.)

PÉREZ.—Pero, ¿dónde hay nada, querido *tailleur*, comparable a la mujer? ¿Por

qué naces?, por la mujer. ¿Por que surres, por la mujer. ¿Por qué ríes?, por la mujer. ¿Por qué estás con esas tijeras corta que corta?..

CONC.—Por catorce *riales*.

PEREZ.—¡Ah, la mujer, la mujer, la mujer!

CONC.—Pero, ¿la mujer de quién?

PEREZ.—La mujer, en globo; hablo en globo. La mujer, yo la tengo compa a un tranvía, que se toma a ciegas; lo mismo te puede llevar a Leganés que jarte en Pardiñas.

CONC.—Pues yo a la mujer la comparo a una báscula automática. Porque me arrimo a una que no me pese.

PEREZ.—(Dándole un cogotazo.) ¡Que no te pese! ¡Sedicioso!

Dichos, Benítez, que viene foro derecha y se detiene en la puerta.

BEN.—¡Pérez! (Asomándose.)

PEREZ.—¡Hola!, ¿eres tú, Benítez?, pasa, pasa. (Benítez entra y cierra.) E compañero de glorias y fatigas. (Presentándose a Concordio.) Especialidad en das recientes.

BEN.—(Saludando a Concordio.) Adiós, pollo.

PEREZ.—¿Qué traes?

BEN.—(Confidencialmente.) La Balbina y la Pepa, cosa hecha.

PEREZ.—¿De veras?

BEN.—Lo que oyes. Acabo de hablar con ellas y nos esperan esta tarde a la Florida pa irnos a los Viveros y que celebremos los cuatro un *metin* con v medio de chuletas y el vino que se calcule.

PEREZ.—¡Eres el demonio, Benítez! ¿Y a qué hora?

BEN.—No sé; eso voy a ver. Si han salido los maridos, bajará la Pepa a c me la hora en punto.

PEREZ.—Pues corre a escape y aquí te espero.

BEN.—No tengas cuidado.

CONC.—¿Y de qué se trata, de algún estropicio mujeriego?

PEREZ.—Pues de dos casaditas que así, a la simple vista, rutinarias; per miras al trasluz y que te diga Benítez.

BEN.—¡El marasmo, pollo!

CONC.—(¡Que par de alicánanos, rediez!)

PÉREZ.—¡Que no faltes, Benítez!

BEN.—Mi palabra. No te muevas de aquí, que vuelvo.

PÉREZ.—Adiós, Benítez.

BEN.—Conservarse, pollo. (Vase foro derecha.)

CONC.—Usted lo pase bien. (A Pérez.) Vaya un caña que debe estar este ¿eh?

PÉREZ.—¿Quién, Benítez? ¡Calla, hombre! ¡Pa juergas, impar! Ese tic empeña se va a la Castellana, sube al pedestal, convence a doña Isabel la C ca, la desmonta y se la lleva al café Habanero.

CONC.—¡Rediez!

PÉREZ.—Como que me ha dicho a mí que no lo ha hecho ya por respeto cerdote que la conduce.

CONC.—¡Vaya un raspa!

PÉREZ.—Ahora, que Benítez, comparao conmigo, es una lenteja. ¡Cuánd Benítez lo que hice yo el año pasao!

CONC.—¿Qué hizo usted?

PÉREZ.—¡Pásmate! En un día conquisté cinco casadas.

CONC.—¡Señores!

PÉREZ.—Señoras, hombre.

CONC.—No, si lo digo de *amiración*. ¡Señores, cinco!

PÉREZ.—La mujer de un americano, la de un torero, la de un capitán, la maestro de escuela y la de un baturro que vendía melocotones; esa pa post.

CONC.—¡Qué atrocidad!

PÉREZ.—Ahora... ahora sólo me falta una, la modista de ahí enfrente. Ésa, ésa mi delirio.

CONC.—¡Ah! A propósito, ya le he mandao la carta.

PÉREZ.—¿Con Saturnino?

CONC.—Sí, señor.

PÉREZ.—Pues como yo consiga que lea mi carta y pueda hablar esta noche con en el baile de máscaras, mañana jugaré a la taba con el corazón de esa pobre tima.

CONC.—¡Pa mí que a usted le ha sacao de pila don Juan Tenorio!

PÉREZ.—Y estoy bautizao en San Andrés de los Flamencos, conque pa qué teres más señas.

CONC.—(Viendo aparecer por foro derecha a la Bella Cocotero que se detiene un momento en el escaparate.) ¡Chists! ¡Silencio, repare usted!

PÉREZ.—(Contro, qué tipo! ¡La Cibeles en traje de calle! ¡Qué cara, qué cuer, qué curvas!

Dichos y la Bella Cocotero.

COC.—(Abre y entra.) Bueno día. (Cierra la puerta.)

PÉREZ.—¡Qué mujer! ¡Concordio, por tu salud, déjame enterderme con ella! Quitá el sombrero y se cuelga del cuello un centímetro.)

CONC.—¡Que pué bajar el principal!

PÉREZ.—No temas, déjame.

COC.—¿El prinicipá, me liase er favó?

PÉREZ.—El principal está a los pies de la belleza soberana que acabamos de ver el gusto de que haya penetrado en este establecimiento, donde el corte, economía...

CONC.—(Saliendo de detrás de la mesa.) Usted dirá lo que guste, señora, porque el ñor...

PÉREZ.—Corta y enmudece. (Concordio vuelve a su sitio.)

COC.—Pué yo ¿sabe? deseaba de su bondá...

PÉREZ.—Pero tome usted asiento, señora, y dispense usted que la ofrezca una la; no tenemos aquí el trono que merece ése... ése cuerpo soberano. Son de mara' curvada, pero muy decentitas.

COC.—Tanta gracia. ¡Qué amiable! (Se sienta.)

PÉREZ.—(Apoyándose en el respaldo de la silla por la parte del asiento y balanceándose avemente para que al final del párrafo se incline hasta casi tocar Pérez a la Bella Cocotero, edando en la silla montado a caballo frente a ella.) Y ahora usted tendrá la mercé de mostrar los pétalos de sus labios carmineos y explicar lo que anhela.

CONC.—(¡Este tío está largando un artículo de *Vida Galante!*)

COC.—Pué yo deseaba, ¿sabe? que me dijese, qué tricó, qué patén, qué chevió nen ustedes.

PÉREZ.—¿Que? (¡No he entendido una palabra!)

COC.—¿Qué sarga?

PÉREZ.—¿Que sarga quién?

COC.—¿Que qué sarga, qué chevió, qué tricó, qué paño tienen ustedes?

PÉREZ.—¡Ah, paño! ¿Que qué paño tenemos? ¡Ah, señora! Tenemos un inmensurrido en altas novedades, procedentes de las más acreditadas... (¡qué miratan dulce!) de las más acreditadas confiterías... digo, fábricas de Europa y extranjeras... (¡qué curvas!) Concordio, sácate el chevió. (Dándose mucha importancia.)

CONC.—¿Quiere la señora que le saquemos también patenes?

COC.—Saquen, saquen.

PÉREZ.—(Remedándola.) Saquen, saquen. (Acercando la silla y jugando con el centímetro.) (¡Pero qué embriagadora es esta mujer!) Y usted... ¿es andaluza, aunque a mal preguntado?

COC.—No señó, soy americana.

PEREZ.—¡Americana! (¡de dos filas!) ¡Ay, perdón, la he dado a usted con el centímetro!

COC.—No hay de qué.

PEREZ.—Oiga usted, ¡delirio! ¿Y nativa de dónde?

COC.—De Tampico, Méjico.

PEREZ.—¡Conque *tampicana*! Yo he tenido muchos años una americana, pero no tan bonita como usted.

COC.—¿De dónde era?

PEREZ.—De *Alpaca*.

COC.—¡*Alpaca*, no sé dónde está!

PEREZ.—Ni yo; se la dí a un sobrinito, se me quedó corta... cosas de fama. Y usted, lo que desea por lo visto, es escoger género para sorprender a su esposo con algún pantalón... o con una levita.

COC.—No señó, er traje e pa mí *mimita*.

PEREZ.—¡*Pa usté mimita*, carape!

COC.—Si señó, no le sorprenda, ¿sabe? Yo soy *chantés*: vengo de *Foli Be de Pari* de cantá y bailá *dansone* de mi tierra, ¿sabe? Y ahora estoy contratada en *Romea* y voy a cantá uno *cuplé* y necesito un traje de *smokin*.

PEREZ.—¡Calle, ahora que reparo! ¿Usted no es la bella Cocotero?

COC.—La misma, pa servirle. (Levantándose.)

CONC.—¡Anda diez, la Cocotero! (Saliendo de detrás de la mesa.)

PEREZ.—¡Rediez! (Sube las sillas a sus sitios.) ¡Pues poquitas veces que la te arrojado a usted el sombrero a las tablas! Entre la *Chelito* y usted he hecho con dos hongos!

CONC.—Y yo un *flesible*.

COC.—¡Tanta gracia!

PEREZ.—¡La bella Cocotero, ya lo creo!

COC.—Pues ya sabe mi *ojeto*. ¿Si quiere tomarme medida del traje, sabe?

CONC.—No sabe.

PEREZ.—Que te calles.

CONC.—Digo que eso de las medidas es cosa mía, ¿sabe usted?

PEREZ.—A esta señora la mide tu principal y tú enmudeces y apuntas.

COC.—Mejó será.

PEREZ.—(¡Yo me descorcho de deleite! ¿Con qué se tomará esto? (Pérez se pone a tomar las medidas y Concordio va a la mesa, abre el libro y se dispone a ir anotando.)

MÚSICA

(Durante este número, todas las medidas que se nombran las va tomando Pérez, casi sin tocar el centímetro, pero dándose mucha importancia, como el que sabe lo que está haciendo y cada vez más admirado de los encantos de la Cocotero. La medida de «tiro» se debe entender al público, que se supone, por la proporción de las otras.)

PEREZ. Si le parece a usted
podemos empezar.
Verá usted, hermosa niña,
qué contenta va a quedar.
COC. Dispuesta estoy, señó
y sepa su merecío
que si hace mi gustito volveré.

PÉREZ.—(A Concordio.)

Apunta, tú.

CONC.

¡Qué *sansfacción*!

PÉREZ.—(Disponiendo el centímetro.)

Comenzaremos por el pantalón.

(Se pone de rodillas.)

Le voy a usted a cortar un pantalón
que va a llamar de fijo la atención;
muy natural
que caiga así (Con naturalidad.)
y un si es no es estrecho por aquí.

(A Concordio, después de tomar medida por abajo.)

«Setenta y dos.»

«Cuarenta y tres.»

CONC.—(Apuntando.)

(¡Válgame Dios
qué bruto es!

¡Está haciéndolo todo del revés!)

PÉREZ.—(Levantándose y tomando medida.)

Ventiuno de cintura.

(¡Qué monería!)

Cadera ciento veinte.

(¡Anm, me la comía!)

(rodillándose.)

De tiro, ochenta y siete.

CONC.—(Acercándose.)

¡Qué disparate!

¿Pero qué tiro es es?

PÉREZ.—(Rechazándolo.)

(¡No me interrumpas!

¡El que te mate!)

COC.

¿Me medirá
bien su mersé?

PÉREZ.

No tenga usted cuidado, vuélvase usted.

(Cocotero se vuelve de espaldas al público.)

(¡Anda, Dios!

Por detrás

esta hurí me gusta mucho más!)

CONC.—(Al ver la admiración de Pérez.)

¿Pero hombre, dicta usted?

PÉREZ.—(Levantándose y tomando medida.)

De espalda, ciento diez.

CONC.

¡Qué *exorbitez!*

PÉREZ

Ahora el pie
saque usted

para ver el ancho que nos da:

(Cocotero se vuelve cara al público y enseña el pie.)

¡San Ramón!

¡Qué bien está de pie!

CONC.

¡San Trifón!

Lo mismo que *sentá*

PÉREZ

Aunque es una molestia para usted
de pecho la medida tomaré.

COC.

Qué esté bien *ajustao*.

PÉREZ

Setenta y tres pelao.

CONC.

(¡Pues vaya unas medidas que a *tomaao!*)

PÉREZ.

Ya verá usted
qué confección,

qué exactitud,
 qué precisión,
 qué bien *cortao*,
 qué *novedá*...
 CONC. (¡Qué *desahogão*,
 qué atrocidad!
 Coc. ¿Me dise el niño la verdad?
 CONC. ¡Anda el niño, y puede ser su abuelo!

—
 Coc. }
 PÉREZ. } ¡Es la verdad!
 CONC. } ¡Qué atrocidad!

HABLADO

CONC.—(Aproximándose con el centímetro y poniéndose de rodillas.) ¿Me permite que la *retifique*, siquiera el tiro?

PÉREZ.—(Dándole un empujón.) ¡Pero quitá, hombre! ¡Se ha empeñado éste con el tiro! (Concordio vase a la mesa y coloca varias piezas de tela encima, entre ellas un paño llamado de forros a cuadros grandes, preparándolas para ser examinadas por la Cocotero.)

COC.—¿Pero no basta?

PÉREZ.—Pues claro. Respecto a medidas están tomadas las necesarias.

COC.—¿Y para la prueba?

PÉREZ.—Para eso tendremos el gusto de pasarnos por su casa.

COC.—(Sacando del tarjetero una tarjeta y entregándosela.) Ahí van mis señas.

PÉREZ.—(Leyendo.) «Caballero de Gracia...» Iré yo. En cuanto al género (Aproximándose a la mesa con la Cocotero y cogiendo una pieza de tela a cuadros.) Acójese a usted que elija este.

CONC.—(¡Pero si este es de forros!)

PÉREZ.—Que elija este para los forros y para encima de los forros...

COC.—(Señalando uno.) Este me gusta, ¿sabé?

PÉREZ.—Bueno, pues este apártalo. (A Concordio. Mirando en el libro.) ¿A qué se ha olvidado! ¿Me permite usted que tome medida del brazo, qué?... (Le toma el brazo, y al llegar con el centímetro a la mano la da un beso.)

COC.—¡Caballero!

PÉREZ.—«Caballero de Gracia», no se me olvida.

COC.—¿Y presio, me dise?

PÉREZ.—¡Precio! ¿Precio tratándose de usted? Usted da lo que quiera... y como quiera...

CONC.—Oiga usted, poco a poco.

PÉREZ.—Pues eso la estoy diciendo; poco a poco da usted quince duros... veinte duros...

CONC.—Que no puede ser, que en veinte se pierde.

COC.—Usted *caya*.

PÉREZ.—No haga usted caso, acaba de llegar del pueblo.

COC.—Pue tanta gracia y usted siga bueno.

PÉREZ.—¡Adiós, querube!

CONC.—Señora, que no puede ser. (La acompaña Pérez hasta la puerta haciendo muchas reverencias y no permitiendo, a fuerza de patadas hacia atrás, que Concordio se aproxime.) ¡que en veinte se pierde!

COC.—Adiós. (Cierra la puerta y vase foro izquierda.)

CONC.—¡Que no puede ser, que en veinte se pierde, que en veinte se pierde!

PÉREZ.—¡Calla, loco!, ¿qué se va a perder? ¡Con una mujer así no se pierde nada! (Bajando al proscenio.)

CONC.—Y usted ha tomado las grandes medidas... pa la funda de un sofá.

PÉREZ.—Mañana vas tú y rectificas.

CONC. — ¡Calle usted por fin! (Reparando por el escaparate y dirigiéndose a la puerta abriéndola.)

PÉREZ. — ¿Qué pasa?

CONC. — Saturnino que viene.

PEREZ. — ¿Con la contestación de doña Teresita?

CONC. — No sé, no trae nada en la mano.

SAT. — (Entra corriendo pálido, demudado, jadeante, mirando hacia atrás y casi sin poder hablar, con el pelo cortado al rape.) ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Virgen Santal! ¡Ay, qué horror!

CONC. — ¡Pero contra, cómo vienes! ¿Qué te pasa? ¡Sin pelo! (Coge una silla y la aja al proscenio, en la cual se sienta Saturnino de medio lado y con muchas precauciones.)

PÉREZ. — Pero, por Dios, hijo, ¿qué ha sido? ¿Y la melena?

SAT. — ¡Ay, señor Pérez, me alegro que esté usted aquí! ¡Qué tragedia m'ha asao!

CONC. — ¡Pero habla, hombre!

PÉREZ. — ¿Se ha vuelto loca al leer mi carta?

SAT. — ¡Pior! ¡Verán ustedes lo que ha sido! Este me dió la carta para que la hubiera, y voy yo y la subo: allego a la puerta del cuarto, llamo, abre la Emeteria y voy y la digo: «Pa tu ama», y la doy la carta, y en esto, ¡pum! don Fidel, me venia de la calle, penetra y se apodera de la carta.

CONC. — ¡Rediez!

PEREZ. — ¡Canario! ¿pero qué dices? ¡El marido! ¡Don Fidel!

SAT. — El mismo. Rasga el sobre, se empapa del contenido, se sonríe, me coge un brazo, me saca a la calle, me lleva a una peluquería y le dice al maestro: ¡Pelen ustedes a este sujeto con el cero! Me quedé *marmorio*.

CONC. — ¡Qué horror!

PEREZ. — ¡Qué bestial!

SAT. — (Llorando.) ¿Y ustedes se recuerdan de aquella cabellera que yo tenía? Pues niren ustedes como me han dejado. (Enseñando la cabeza pelada.)

CONC. — ¡Señores!

PEREZ. — ¡Un melón!

SAT. — ¡Y menos mal que yo creí que me lo calaban! Salí d'allí *estarnudando* y dando ayes de pena agarrao del brazo por don Fidel, y nos introducimos en una barbería y va y compra una *regolber* de seis tiros y una navaja de lengua de vaca.

PEREZ. — ¡De lengua de vaca! ¡qué horror! Sigue.

SAT. — Me saca a la calle, me pone de espaldas, me pega una patá... donde se figurarán ustedes por la posición que ocupo, y me dice: «Vete y dile al señor Pérez que se decida por la Sacramental que más le guste, que ahora voy yo».

PEREZ. } (Aterrados.) ¡Canario!

CONC. } ¡María Santísima!

SAT. — Y me soltó, y yo me vine aquí sin saber por dónde venía, y aquí estoy sin pelo, sin gota de sangre y seguro de que esto que así a primera vista parece una sastrería, dentro de cinco minutos es una ensalá de escabeche.

CONC. — ¡Ay, señor Pérez, que somos muertos! ¡Que me he quedao hecho un granizo!

SAT. — ¡Va a ser un espanto! (Levantándose y subiendo a la puerta a observar si viene.)

PEREZ. — (Tratando de dar ánimos, pero muerto de miedo.) ¡Calma! ¡calma! La cosa no es... la cosa no es... darme un poco de agua.

CONC. — ¡Ay, que ese *regolber* es pa nosotros!

PEREZ. — ¡No asustarse, caramba! Eso son baladronadas de ese tfo... ¿Dónde está mi sombrero?... He peleado con maridos mucho peores y... ¿me hacéis el favor del sombrero? (Deseando irse.)

CONC. — (Dándole el sombrero que Pérez se pone maquinalmente.) ¡Dios mío, si viene!

SAT. — ¡Y yo sin pelo!

PEREZ.—¿Y dices que la lengua de vaca?

SAT.—Así de larga.

CONC.—¡Ay, señor Pérez, que nos hemos perdido!

PEREZ.—¡Yo sí que me voy a perder, pero ya me darán razón! ¡Mi sombrero, hombre, dame mi sombrero!

CONC.—¡Pero si lo tiene usted puesto! Huya usted.

PEREZ.—Y conste que si huyo no es por él.

CONC.—No; es por usted, ya me lo figuro.

PEREZ.—Y me voy, sí que me voy... pero no porque le tema... no porque (A Saturnino.) ¿Quieres hacer el favor de asomarte no sea que venga y tenga que matarlo en esta misma calle?

SAT.—(Asomándose.) No se le ve. Salga usted corriendo!

PEREZ.—¡Corriendo! Saldré pasito a paso y volveré. Esa mujer será mía.

CONC.—¡Corra usted, hombre!

PEREZ.—Pasito a paso. Pues no faltaba más. ¡Correr yo, para que digan que! (Al llegar a la puerta y convencerse que no hay nadie, echa a correr, viéndosele pasar por el escaparate como un gamo.)

CONC.—¡Vaya un pasito pue lleva!

SAT.—¡Sesenta kilómetros por hora!

CONC.—(Bajando a Saturnino cogido de la mano y dejándose la puerta abierta.) Y tú, pregunta el principal, le dices que yo soy inocente, y que tú no sabías lo que llevabas, que creías que era una factura.

SAT.—Sí, pero ¿y mi pelo?

CONC.—Date petróleo Gal y dentro de un mes verás qué felpudo.

Dichos y Pérez.

PEREZ.—(Vuelve corriendo, aterrorizado, lívido y jadeante.) *Un mackferland. Un mackferland*

SAT.—¡Usted otra vez!

CONC.—¡Cuerno! ¿Pero qué pasa?

PEREZ.—¡*Un mackferland*, por tu madre. (Todos corren de un lado a otro sin saber que hacer.)

CONC.—Pero...

PEREZ.—¡Eh! ¡Don Fidel que viene!

CONC.—¡Rediez!

SAT.—(Dándole el «mackferland» del maniquí que está al pie del escaparate y arrastrándolo por el suelo en la precipitación.) Tome usted.

CONC.—¿Pero qué va usted a hacer?

PEREZ.—¡Sálvame! Creo que me ha visto; no hay otro remedio. Mete eso dentro, pronto. (Se pone el «mackferland» y Saturnino mete el maniquí segunda derecha)

CONC.—Señor Pérez, que lo que va usted a hacer es muy arriesgado. Mejor que usted se esconda.

PEREZ.—Las narices, que lo registrará todo. Calla, así me salvo. Ponerme por el sitio. (Colocándose en el sitio del maniquí sobre la tarima.)

SAT.—Este. (Poniéndole un cartelón que dice: «Mackferland 90 pesetas» y pinchándolo)

PEREZ.—¡Ay, me has clavao!

CONC.—(Desde la puerta.) Ya está aquí.

PEREZ.—¡Disimulo, por Dios! (Poniéndose en la actitud de un maniquí.) Si salgo con bien, este *mackferland* para San Juan Nepomuceno.

SAT.—(Poniéndose detrás de la mesa y dirigiendo a Concordio.) Tú ponte a cortar, *ditaré*.

CONC.—(Corriendo a ponerse al lado de Saturnino.) ¡Silencio! (Se pone a trabajar. Aparece don Fidel foro derecha, dirigiéndose a entrar en la sastrería. Esta escena rapidísimo sin estarse quieto ni un segundo, yendo de un lado a otro.)

Dichos y Pérez

FIDEL.—¡Buenos días!

CONC. } ¡Buenos! (Durante esta escena y la siguiente, Pérez da muestras de inquietud y no se está quieto un momento.)

SAT. }
CONC.—(Viendo que don Fidel mira a todos lados.) ¡Qué mirada tan felina!

FIDEL.—¿No ha entrado aquí? ¿No se ha metido aquí? ¿No está aquí?

CONC.—¿A... a... a... a quién se refiere usted?

FIDEL.—¡No me importa! Aquí, fuera de aquí, en el quinto infierno, donde quiera que esté, a las cinco en punto lo habré diseado.

CONC.—(A Pérez.) ¡Por Dios que le tiembla a usted el *mackferland*!

FIDEL.—¿Está el principal?

CONC.—Sí... sí... sí señor, está arriba; pero... pero tome usted asiento.

FIDEL.—No me da la gana. (A Saturnino.) Avisale, pelón. (Se pasea por la tienda.)

SAT.—Voy enseguida. (¡Y encima se pitorrea!) (Vase segunda derecha.)

CONC.—Cuidado que hace un calorcito, ¿eh?

FIDEL.—Pues a tí te va a molestar poco este verano.

CONC.—¡Dios mío!

FIDEL.—Me lo da el corazón. (Da un palo con el bastón en la mesa y Concordio se estremece. Pérez al golpe se asusta y pierde el equilibrio, cayendo de bruces en el escaparate, recobrando en seguida su posición.)

CONC.—Estamos aquí cortando, ¿sabe usted?

FIDEL.—¡Cortando! Pues a eso mismo vengo yo precisamente, a cortar. (Pasea nerviosamente.)

PÉREZ.—(Volviendo la cabeza rápidamente.) ¿Ha sacao ya la lengua?

CONC.—Que se le mueve a usted el precio. ¡Quieto, por Dios!

Dichos, don Braulio y Saturnino segunda derecha.

BRAU.—¿Quién me busca?

SAT.—El señor.

FIDEL.—Para servirle.

BRAU.—¡Hola, don Fidel! ¿Usted por mi casa?

FIDEL.—Por su casa de usted, sí, señor; y dispuesto a cortar de raíz lo que está pasando.

BRAU.—¡Caramba, don Fidel! Pero ¿qué pasa? Siéntese usted y dígame lo que sea. (Se sienta cerca de la división, don Fidel de espaldas al escaparate.)

FIDEL.—Pues mire usted, don Braulio: hace ya días, bastantes días, que vengo observando con profundo disgusto que...

BRAU.—Dispense usted un momento. (Dirigiéndose a Concordio.) ¿Es esa la manera que tenéis de limpiar los maniqués? ¿No estás viendo ese *marckferlan* lleno de tierra y?... (Por el que tiene puesto Pérez.) ¡Maldita sea! ¡Si uno no estuviera en todo!

CONC.—Hasido que la... no he tenido tiempo.

BRAU.—En seguida, saca los zorros y sacude. (Concordio saca los zorros y empieza a sacudir suavemente a Pérez.) Siga usted, don Fidel.

FIDEL.—Pues el objeto de mi visita es manifestar a usted que entre su numerosa clientela hay un parroquiano...

BRAU.—Dispense usted un momento. (Viendo como sacude Concordio.) ¿Es esa la manera de sacudir un maniqué? ¿Lo mismo que el *espantamoscas*?

CONC.—Don Braulio... yo... por no deteriorar las prendas...

BRAU.—¡Por no deteriorar! Da fuerte o me levanto yo.

CONC.—(¡No hay remedio, señor Pérez!) (Le sacude unos zorrazos muy fuertes.)

PÉREZ.—¡Concordio, por tu salud, no me zurriagues de ese modo!

BRAU.—Siga usted.

FIDEL.—Pues bien, decía que entre su numerosa clientela se cuenta *el terrible*

Pérez, un viejo verde... (Concordio deja colgados los zorros en el hombro de Pérez y se coloca detrás de la mesa.)

BRAU.—¿Un tipo asqueroso que se las echa de conquistador de casadas?

FIDEL.—El mismo; sí, señor. Un bocón sinvergüenza que venía a mi tertulia de café donde nos reuníamos varios amigos, y nos contaba que si era el terror de los maridos, que si en un día conquistó a la mujer de un maestro de escuela, y de un americano, y de un torero, y de un aragonés, y de un capitán y otras gansadas de esa especie. Pues bien, ese tipo, ha tenido hoy la desgracia de enviar a mi mujer esta carta, con ayuda del sinvergonzón ese que tenemos el gusto de que nos oiga departir.

CONC.—(Con energía.) ¿Eso de sinvergonzón es por mí?

FIDEL.—(Con ira, levantándose; don Braulio trata de contenerle.) Sí, señor.

CONC.—(Saliendo de detrás de la mesa.) Pues eso me lo dice usted aquí...

FIDEL.—(Amenazador.) Y en todas partes.

CONC.—(Retrocediendo a su sitio.) Pues eso digo, que eso me lo dice usted aquí no me ofende, pero me lo dice usted en la calle y me pone usted en mal lugar, don Fidel.

FIDEL.—¡En el que usted se merece, mamarracho! ¡Pues no faltaba más! (Eleva la voz alta para que se enteren todos.) Por lo tanto, el señor Pérez es un cadáver insculpito y vengo a invitarle a usted a su entierro, que se verificará mañana y que si fragaremos por partes iguales, el capitán, el maestro de escuela, el aragonés, el americano, el torero y un servidor de usted.

PÉREZ.—¡Si me viera!

BRAU.—Hombre, yo creo...

FIDEL.—Nada, es cosa hecha. Ahora lea usted esa carta y dígame usted si tengo razón. (Entregándole la carta. Se sienta.)

Dichos y Benítez.

(Benítez sale foro derecha, se para delante del escaparate, mira con atención y al ver a Pérez, se echa a reír.)

PÉREZ.—(Aterrado al verlo.) ¡Dios mío, Benítez en el escaparate, me he perdido!

CONC.—(Aterrado.) ¡Anda, diez! ¡El seductor de Isabel la Católica! ¡Nos ha hecho la cusca!

BEN.—(Haciendo a Pérez señas exageradas para que salga.) ¡Sal, hombre! Pero, ¿qué haces ahí con los zorros? ¡Que salgas!

PÉREZ.—Decirle que calle, que me mata.

BEN.—¡La Balbina y la Pepa, pan comido! Ahí en el café las tengo aguardando, salte.

PÉREZ.—Pegarle un tiro. Benítez, vete. (Le tira los zorros que caen en el escaparate. Concordio y Saturnino le hacen señas para que se vaya.)

BEN.—Pero, ¿qué decís? No os entiendo. (Riéndose.) Oye, ¿de quién es el mackferland?

PÉREZ.—De tu abuela, ladrón. ¡Vete!

BEN.—Que estén esperando, vamos. (Haciendo señas de que salga.)

BRAU.—(Reparando en Benítez y en las señas que hace.) Pero, ¿qué es eso? ¿Quiénes es ese que está ahí, en el escaparate? (Levantándose y acercándose. Don Fidel hace señas propias.)

CONC.—(Tratando de disimular, mientras Benítez continúa con las señas.) Es... uno que pasaba... y se conoce que le ha gustado el traje de marinero.

BRAU.—(Viendo las señas.) ¿Qué?

BEN.—Es a ese; que salga.

BRAU.—¿Es a mí?

BEN.—¡Guasón! (Hace con la mano que no y señala a Pérez.)

FIDEL.—¡Parece que está loco! ¿Qué salga yo?

BEN.—(Haciendo burla.) ¡Aaaaaah! Ahora entro. (Desaparece del escaparate.)

BRAU.—¿A ver qué quiere?

PÉREZ.—¡El diluvio!

SAT.—¡Se acabó el panizo!
 CONC.—¡Hemos merao!
 BEN.—(Entrando.) Pero, ¿es que le ha dado a ese un accidente?
 BRAU.—¿A quién?
 BEN.—Nada, que no me quiere contestar y el tener mackferland no es para ponerse así con un amigo.
 BRAU.—Pero, ¿a quién se refiere usted?
 BEN.—¿Pues a quién me voy a referir? A ese del mackferland.
 BRAU.—Pero, hombre, por Dios, ¿está usted loco? ¡Pero si eso es un maniquí!
 BEN.—(Riendo.) Oye, ¿pues no dicen que eres un maniquí, Pérez? (Acercándose a él.)
 PEREZ.—(Tirándolo al suelo de una bofetada.) ¡Maldita sea tu estampa, ladrón!
 BEN.—¡Rediez!
 BRAU.—¡Era Pérez!
 FIDEL.—(Iracundo.) Era Pérez, lo rebano. ¡Canalla!
 CONC.—¡Por Dios!
 SAT.—¡Dios mío!
 PEREZ.—(Huye tirando lo que encuentra al paso, y pasa corriendo por el escaparate.) ¡Socorro! ¡que me mata!
 FIDEL.—(Siguiéndole, revólver en mano.) ¡Vas a morir!
 BRAU.—(Siguiéndole.) ¡Por Dios, don Fidel! (Benitez huye en el mismo sentido. Después de que han pasado por el escaparate, suena un tiro, Concordio y Saturnino dan un grito de espanto y telón rápido.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. Calle de Madrid.

Al hacerse la mutación y durante la música, oýense por la derecha voces y escándalo lejano, que se acerca progresivamente hasta llegar claro y distintamente al público. Oyense voces que gritan: «¡A ese!» «¡A ese!» Ladridos de perros y algarabía de chiquillos. Sale Pérez jadeante por la derecha, con el mackferland puesto y el cartelón del precio todavía prendido, sucio de barro y con la agitación natural de una carrera desenfrenada. Atraviesa la escena de derecha a izquierda, desapareciendo inmediatamente. Detrás de él y con espacio, salen dos guardias de Orden público con los sables desenvainados y corriendo, seguidos de un grupo de chiquillos, tropieza un guardia al salir y cae, cayendo al tropezar con él dos o tres chiquillos. Se levantan rápidamente y desaparecen. Tras ellos, varios hombres y algunas mujeres. Todos pasan corriendo y gritando: «¡A ese!» Cuando han desaparecido, que coincide con el final del número, salen corriendo también y dando voces, don Fidel empuñando un revólver y don Braulio tratando de sujetarlo.

FIDEL.—¡Asesino! ¡Ladrón! ¡Cogerlo!
 BRAU.—¡Por Dios, don Fidel! ¡Por Dios, deténgase usted! ¡No se comprometa por ese tipo!
 FIDEL.—(Riéndose.) ¡Quite usted, hombre, si estoy tranquilo! Por ahora he logrado mi objeto. El susto y la carrera son morrocotudos.
 BRAU.—¿Pero no le ha tirado usted con bala?
 FIDEL.—¡Quiá, no señor! Si lo que le he tirado ha sido un garbanzo de pega.
 ¡Cree usted que ese mamarracho vale la pena de que un hombre de bien se comprometa?

BRAU.—¡Hombre, yo como le he oído a usted hablar en la sastrería de aquel modo!...

FIDEL.—Pará que me oyesen los dependientes y se lo dijeran; porque mire usted, don Braulio, a ese sujeto que ha tratado de ponerme en ridículo inútilmente. debía yo haberle levantao la tapa de costumbre en semejantes casos, pero no me tiene cuenta, prefiero matarlo dé un susto, ¿y usted ha visto el que le acabo de dar?

BRAU.—Sí, señor.

FIDEL.—Pues no es nada para el que le preparo esta noche.

BRAU.—¿Otro susto?

FIDEL.—¡Horrible! Les he contado lo que me pasaba a cinco o seis amigos de buen humor de los que van al café, y le tenemos preparada una, que como Pérez caíga en el lazo y vaya al baile de esta noche, que es lo que queremos, allí pagará todo lo malo que ha hecho en su vida.

BRAU.—Muy bien hecho. ¿Y qué es, qué es?

FIDEL.—Es un plan muy vasto. Venga usted al baile esta noche, que va a pasar un buen rato.

BRAU.—¡Pues sí que iré, hombre! Y hasta tomaré parte en la combinación si quieren ustedes.

FIDEL.—Aceptado, vamos a la sastrería y le explicaré a usted la cosa.

BRAU.—Vamos allá.

FIDEL.—Y diga usted que con la broma que le preparamos, ese Tenorio con la ñas ha acabado hoy mismo de molestar a las mujeres honradas. Vamos. (Vanse de recha, Música y)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Telón corto, más largo, sin embargo, que el anterior, Representa una calle, uno de cuyos primeros edificios es un teatro con pórtico iluminado. La entrada del teatro practicable por el telón. En la cartelera, carteles con alegorías de Carnaval y letreros que dicen: «Baile de máscaras. Gran concurso de Comparsas.

Al levantarse el telón del cuadro anterior aparecen ante la puerta del teatro revendedores de pollos 1.º y 2.º, revendedor 1.º guardias de orden público y máscaras, que entran en el baile. Varios concurrentes. Sigue la música.

REVENDS.—(Voceando.) ¡Billetes! ¡Billetes *pal* baile! ¿Quién quí billetes? A su precio billetes. (Lo repiten constantemente, cuidando de no cansar. Se acercan algunos pollos y compran billetes. Las máscaras animan el cuadro con su ruido bullicioso.

REV. 1.º—(Al pollo 1.º) Hombre, Pollo, vaya usted a aquella calle de más arriba que la están adoquinando, y coja usted la vez.

POLLO 1.º—Poquito a poco con lo que se dice, ¿sabe usted?

REV. 1.º—¡Pues no me ofrece una peseta menos!

POLLO 1.º—¡Insolente!

POLLO 2.º—(Al 1.º) ¡Déjalo!

REV. 1.º—(Separándose.) ¡Billetes! ¡A su precio billetes!

POLLO 2.º—(Mirando primera derecha.) ¡Mira! ¡Mira qué comparsa viene!

POLLO 1.º—Son las modistas del principal de mi casa. Qué bonitas ván, ¿eh? Esa comparsa se titula *La Noche*.

POLLO 2.º—Hay cada oficiala que desvanece. Vamos adentro. (Entran en el teatro, después de adquirir billetes Todos los demás personajes van desapareciendo de escena)

Doña Teresita y sus oficiales (coro de señoras). Salen de dos en dos, ejecutando unas evoluciones para venir a quedar frente al público en fila.

CANTADO

TODAS.

Ya la luz del día
se hundió en Occidente.
Vamos avanzando
misteriosamente,
mientras de las sombras
el tupido tul
rápido se extiende
por el cielo azul.
Llega de la noche
la calma tranquila
que al reposo incita
y la soledad.
La luz de los astros
trémula titila
débil combatiendo
con la oscuridad.
Nuestro velo ampara
goces infinitos,
plácidos arrullos
de intenso placer.
Las pasiones duermen
ahogando sus gritos
y el largo silencio
las hace crecer.

—
Estrella que estás brillando,
alegra con tu fulgor.
las penas y las tristezas
que tengo yo por mi amor.
Atiende, por Dios, mis quejas,
ampárame por piedad
y dame con tu alegría
con tu alegría felicidad.

—
Luna serena,
clara y hermosa.
¡Cuántos secretos
debes saber!

—
Ya la luz del día
se hundió en Occidente.
Vamos avanzando
misteriosamente,
mientras de las sombras
el tupido tul,
rápido se extiende
por el cielo azul.

Entran en el baile.)

Perez y Concordio.

HABLADO

Salen por la primera derecha vestidos de Pierrot con trajes blancos con adornos azules. Pérez, sonriendo y Concordio tirándole de la capa.)

PEREZ.—¡Ellas, ellas son! Corre...

CONC.—Pero pare usted, hombre, pare usted y acabe de explicarme la cosa. ¿Cómo dice usted que ha sido?

PEREZ.—¿Qué cómo ha sido? Pues como tenía que ser. Que doña Teresita ha sucumbido.

CONC.—¿De manera que a pesar del *regolber* de don Fidel y de haber sacao la *lengua*, doña Teresita...

PEREZ.—Magnetizada por mis efluvios.

CONC.—¡Rediez! ¿Y qué le habrá gustao de usted?

PEREZ.—Yo estoy en que *la silueta*.

CONC.—Pues con *la silueta* de usted y un letrero debajo que dice: *Escocia*, los he visto yocolgaos en las tiendas de ultramarinos. Güeno, ¿y el momento de la revelación, cómo ha sido?

PEREZ.—Pues verás. Ya sabes que esta tarde...

CONC.—¡Ha corrido usted un peligro atroz!

PEREZ.—He córrido un peligro atroz y catorce o quince calles yéndome a los alcançes don Fidel con la navaja en la mano. Además me perseguían guardias y chiquillos, me ladraban los perros... Una mujer al verme el precio en la espalda ha dicho: *Tan viejo y 90 pesetas. ¡Qué caro!* Otras, en cambio, me decían: *¡Qué lástima que se le haga tarde!* Al fin gané mi casa, entro en el portal, cuando en esto siento que me coge del mackferlán una mano más blanca que el requesón de Miraflores y a prueba y me detiene. ¡Era una joven encantadora! Me da esta carta y desaparece cual gacela fugitiva. Cojo trémulo la misteriosa epístola y *ole*, digo huele. (Se acerca la carta a las narices.)

CONC.—Lilas blancas.

PEREZ.—Lilas.

CONC.—¡Me escama el olorcito!

PEREZ.—Y a mí, pero rasgué el sobre y empápate. (Leyendo a forma de telegrama.) «Mi desvío fingido.—A pesar de los pesares vaya usted al baile esta noche —Disfraz Pierrot.—Color blanco y azul.—Me acercaré.—Tu T.—10-2-03.»—Urrabo y comillas; este es el texto.

CONC.—¡Anda, diez! Pues no hay duda, es doña Teresita. Además, conozco la letra; es la suya.

PEREZ.—¡Pues claro! ¡Ella! ¡Ella que se rinde como tantas otras!

CONC.—¡Señor Pérez, el burlador de Sevilla comparao con usted, era un perro chico de mojama!

PEREZ.—Concordio, he vencido. Pasa, pasa y goza con mis triunfos, cortado agraciado.

CONC.—¡Adentro!

PEREZ.—¡Ah, oye! ¿tú llevas dinero?

CONC.—*Deciocho* pesetas.

PEREZ.—Trae, las juntaremos. (Concordio se las entrega.)

CONC.—¿Usted qué lleva?

PEREZ.—Pues... (Guardándose el dinero.) *Dieciocho* pesetas. Adentro. (Al llegar la puerta del teatro y haciendo un desplante.)

«Uno para enamorarlas,
otro para conseguir las
y una hora para olvidarlas.»
¿Qué es lo que decís, don Juan?
Don Luis, lo que oído habéis.

CONC.

PEREZ.

(Entran.)

CUADRO CUARTO

salón restaurant de un baile. Al foro puerta grande y practicable por donde se ve un «foyer» donde discurren infinidad de máscaras. En el foro derecha un mostrador con fiambres, platos, botellas, etc. En la segunda derecha una puerta practicable. Una pequeña parte de la izquierda de la escena está dividida por una especie de biombo con puerta y cortina de damasco encarnado formando un cuarto reservado en donde habrá una mesa grande, divanes, sillas, perchas, etc. En la segunda izquierda, puerta practicable que da naturalmente salida y acceso a este gabinete. En el restaurant, mesas, sillas, veladores con servicios diferentes. Tanto el salón como el reservado muy iluminado.

Al hacerse la mutación aparecen sentados grupos de máscaras con disfraces variados y algunos concurrentes que comiendo y bebiendo ocupan las mesas del restaurant. Mariano detrás del mostrador. El camarero 1.º y varios más discurren por el salón sirviendo. La Bella Cocotero con tres máscaras más vestidas con trajes caprichosos de marinero, ocupan una mesa de primer término con el Pollo 1.º y Pollo 2.º y varios caballeros.

MÚSICA

Coc.—(Bebiendo.)

Esta por mi niño.

HOMB. 1.º—(En otra mesa, ofreciendo una copa a su pareja.)

Vaya otra de Ojén.

HOMB. 2.º—(A otro, por la Cocotero.)

¡Esta americana
me estaría bien!

HOMB. 3.º—(En otra mesa.)

Oye, camarero,
no seas pesao;
te he dicho que traigas
otras dos de *Miau*.

HOMB. 4.º—(Llamando.)

¡Mozo!

HOMB. 1.º

¡Mozo!

(Mariano toca el timbre para que acudan los camareros.) †

TODOS.

El tiempo es un gorrión
gui-ri, gui-ri, gui-ri-gui,
gui-ri, gui-ri, gui-ri-gó.
Volando siempre va,
gui-ri, gui-ri, gui-ri-gui,
gui-ri, gui-ri, gui-ri-gó.
Por eso *tut le mon*,
gui-ri, gui-ri, gui-ri-gui,
gui-ri, gui-ri, gui-ri-gó,
se debe aprovechar
cuando haya una ocasión
para gozar
(Silban a compás de la música.)
Después del *restaurant*
iremos al salón,

que allí con loco afán
se alegra el corazón.

Que cante la Cocotero
y anime la reunión.

Coc.

Cantaré con gran gustito.
si acompañan la canción.

POLLO 1.º

Si usted quiere platanito,
yo la puedo acompañar.

Coc.

Muchas gracias, yo voy sola.
no me gusta incomodar.

Todos.

Venga ya. Venga ya.

(La Cocotero avanza al proscenio, todos prestan gran atención. Algunos de los que están en las últimas mesas se ponen de pie en las sillas para ver mejor, como asimismo avanzan varias de las máscaras que aparecen en la puerta del «foyer».)

I

Coc.

En lazo indisoluble mister John
se unió con una miss.

Todos.

Se unió con una miss.

Coc.

Causando extraordinaria admiración
la boda en su país.

Todos.

La boda en su país.

Coc.

Tuvieron mil regalos de un valor
que no se vió jamás.

Todos.

Que no se vió jamás.

Coc.

Pero el valor que demostró el inglés
uniéndose a la miss

fué mucho más, fué mucho más.

Todos.

Fué mucho más, fué mucho más.

Coc.

Porque la miss, antes de un mes,
con mister Liss, que era escocés,
se fué a París, yendo después
a Dax y Nice y Budapest
diciendo *bis* y estando un mes
entre París y Budapest
contando Nice; conque ya ves.

Coro.

¡Vaya una miss y vaya un mes!
Porque la miss, antes de un mes, etc., etc.

II

Coc.

La rica Ketti Grett se enamoró
del joven William Bul.

Todos.

Del joven...

Coc.

Sin reparar en que éste era *miló*
tan fino como un tul.

Todos.

Tan fino...

Coc.

Sedujo a la doncella el muy truhán
y a costa de la Grett.

Todos.

Y a costa...

Coc.

Se dió una vida propia del sultán
que rige en el Orán,

o en Marrasquet, o en Marrasquet.

Todos.

O en Marrasquet, o en Marrasquet.

Coc.

Como este Bul hay más de mil

CONC.—¿Podemos pasar al reservado?

CAM.—Sí, señor.

PEREZ—Adentro, niñas. (Entrando en el reservado.) ¡Alegria, bullicio y frenesí!
¡Viva el frenesí!

TODOS.—¡Viva!

CAM.—¿Y qué desean los señores?

CONC.—*Champagne*.

PEREZ—¿Queréis *Champagne*?

TODAS.—¡Sí! ¡Sí!

PEREZ—¿Y usted qué quiere, Teresita?

TER.—¡Ay, yo estoy muy nerviosa! Que me traigan un *bisté*.

PEREZ—Pero no te afectes, tonta.

CAM.—¿Y el *champagne* qué marca?

CONC.—(Pronunciando como se escribe.) *Veuve Clicotte Posardin, Gladiateur, Carte blanche, una butelle*.

CAM.—¿De cada clase?

CONC.—¡Mezclao.

OFIC. 2.^a—¿Hay leche merengada?

CAM.—No, señora.

OFIC. 2.^a—Pues entonces, huevos con tomate para mí.

OFIC. 3.^a—Yo jamón.

OFIC. 1.^a—A mí *antrecó*.

OFIC. 4.^a—Café con media, camarero.

CAM.—Bueno, bueno. (Vase al mostrador y vuelve a su tiempo con una botella de *Champagne* y copas.)

CONC.—(A las oficialas, que le rodean en la mesa, formando un grupo para dejar aparte a Pérez, que queda sentado en un diván al lado de doña Teresita.) Bueno, y vamos a ver, niñas, ¿cuál va a ser la primera que le va a dar un beso al chacho?

TODAS.—¡Yo, yo, yo!

CONC.—¿Y en qué carrillito?

OFIC. 1.^a—En este. (Le dá una gran bofetada.)

CONC.—Oye tú, que no es alquilao. (Va al foro y las oficialas le siguen alegremente.)

PEREZ.—(Loco de amor a Teresita.) Vamos, que no es porque esté usted delante, pero verme yo al lado de una diosa, con esos ojos, y esos brazos, y... ¡Te idolatro, si te idolatro, Teresa!

TER.—No me ffo. Conozco las picardías de usted. Sé lo de los cinco maridos. ¡Pobres víctima!

PEREZ—Teresita, disipa los recuerdos vagos de una existencia tumultuosa. Yo soy un vago, un vago recuerdo de lo que fui, porque te amo. Amame tu y a vivir.

CAM. 1.^o—(Entrando con el servicio.) El vino.

PEREZ—¡A vivir, digo a beber!

TODAS.—¡Bravo! ¡Bravo! (Rodeando la mesa, cada uno con su copa, y el camarero des-corcha el *Champagne*.) Escancia, Ciutti. (Llenan las copas.)

TER.—¡Que brinde Pérez!

TODOS.—¡Que brinde!

PEREZ.—(Subiéndose en la mesa.) Voy a brindar. Amigas mías,

OFIC. 1.^a—¿Qué?

CONC.—Calla.

PEREZ.—Brindo por el amor universal...

TODOS.—¡Bravo!

PEREZ.—Por el esparcimiento y la alegría...

TODOS.—¡Bravo!

PEREZ.—Brindo... por usía... ¡Viva el amor!

TODOS.—¡Viva!

PEREZ.—El amor... que es poesía... es luz... es luz... (Suena una palmada y queda el teatro a oscuras. Las mujeres huyen primera izquierda, dando chillidos estridentes y ensordecedores, mientras Pérez no hace más que repetir.) ¡Luz!... ¡Camarero, luz! ¡Camarero, luz!...

CONC.—¡Que nos hemos quedado a oscuras!...

PEREZ.—¡Luz... luz! (Se extingue el griterio de las mujeres, y al encenderse de nuevo a luz, aparecen sentados en la mesa los cuatro amigos; don Fídel y don Braulio; los cuatro primeros, uno de capitán, otro de maestro de escuela, otro de torero y otro de baturro; don Braulio de americano con traje blanco; todos aparecen blandiendo unas estacas descomunales. Pérez, que durante la oscuridad ha bajado de la mesa, al encontrarse con este cuadro da un grito de espanto y cae sentado en el diván y Concordio a su lado.)

PEREZ.—(Después de una pausa.) ¡Rediez! (Con terror.)

CONC.—¡Dios mío! (Con espanto.)

FIDEL.—¡Santas y buenas noches!

PEREZ.—¡Los maridos!

CONC.—¡Y yo sin chichonera!

PEREZ.—(Aterrado.) Concordio.

CONC.—(Con espanto y cogiéndole una mano.) ¡Señor Pérez, qué es esto!

PEREZ.—Esto, una mano...

CONC.—Ya lo sé; digo esto que tenemos delante.

PEREZ.—Una mano de palos que no va a tener fin. Señores: esto debe ser una broma que la... y francamente... nosotros, con permiso de ustedes, nos... (Intentan huir. Los seis levantan las estacas al mismo tiempo.) nos sentaremos, bueno; pero ustedes tendrán la bondad de decir...

LOS 6.—¿Qué has hecho de nuestras honras?

PEREZ.—Señores... yo... la verdad...

LOS 6.—¿Qué has hecho de nuestras honras?

CONC.—Pero, hombre, ¿quiere usted hacer el favor de decirles qué ha hecho de las honras?

PEREZ.—¡Pajaritas, mira éste!

FIDEL.—Siéntate y oye tu sentencia. (Pérez hace otro movimiento de huir, los seis levantan las estacas y se sientan.) Pérez, terrible Pérez, coco de los maridos; tus víctimas, constituidas en tribunal, te condenan a la pena de cuarenta y cinco estacazos, que te serán suministrados por la mano de tu cómplice Concordio Iturzaeta.

CONC.—¡Yo pegarle a un amigo!

PEREZ.—¡Señores, por Dios! (Hace un movimiento para avanzar y levantan las estacas.)

FIDEL.—¡Chist! Acérquese el pollo.

CONC.—¿Servidor?

FIDEL.—Él mismo. (Avanza Concordio.) Coja esta estaca (La que tiene en la mano.) y arréele los cuarenta y cinco consabidos al distinguido carcamal que nos escucha, en la inteligencia que si no lo cumple, le serán atizados a usted varios por la víctima número cinco.

AM. 2.^o—(De baturro.) Presente. (Empuña la estaca.)

PEREZ.—Señores, por Dios, que yo no he conquistado a nadie; que todo era mentira, que yo...

FIDEL.—Cúmplase la sentencia. Atice el pollo.

PEREZ.—(Al ver que Concordio levanta la estaca.) ¡Concordio, no me pegues, no hagas caso, que es una broma! (Sujetándole el brazo.)

CONC.—Pero señores, ¡por Dios! a un amigo.

AM. 2.^o—Atiza u t'arreo.

FIDEL.—Cúmplase. (El amigo 2.^o da un estacazo a Concordio quien al sentir el golpe, levanta su estaca para pegar a Pérez, sujetándole éste el brazo fuertemente para que no pueda pegar.)

PEREZ.—Concordio, por tu madre, no hagas caso, que es una broma.

CONC.—(Vacilado.) Señor Pérez, usted dispense, pero es muy pesada y yo...

FIDEL.—Insista el baturro. (El mismo juego.)

CONC.—(Ya decidido.) ¡Rediez, que dan de alma! Señor Pérez, usted disimule; ya sabe usted cuánto le quiero, pero... (Empieza a darle estacazos, mientras el Amigo 2.^o pega a los dos: corre por la escena Pérez huyendo breves instantes.)

PEREZ.—¡Socorro, favor! ¡Por Dios!

FIDEL.—¡Alto!

PEREZ.—(A Concordio.) ¡Alto, hombre, alto! (Concordio y el amigo segundo se d
tienen.) ¿No oyes?

FIDEL.—No, si digo que alto, que en la cabeza.

PEREZ.—(Al ver que levantan las estacas.) Perdón, perdón, don Fidel.

FIDEL.—Bueno, se suspende la sesión por cinco minutos.

Dichos, doña Teresita y Oficialas.

TER.—(Primera izquierda.) Dejadlo, dejadlo ya. Que yo le perdono.

PEREZ.—¡Ay, gracias, doña Teresita! Y usted, don Fidel, duerma usted tra
quilo, que yo le juro que no vuelvo a dirigirme en mi vida a ninguna mujer casada
y menos a su señora de usted.

FIDEL.—¿De veras?

PEREZ.—Palabra.

FIDEL.—Pues que le sirva de escarmiento esta lección y ahí va el indulto. (U
vuelve de espaldas y le da un puntapié.)

PEREZ.—(Quejándose.) ¡Rediez! Indulte usted a ese también. (Por Concordio.)

CONC.—(Huyendo.) ¡No, a mí que no me levanten el castigo!...

FIDEL.—¡Fuera, so mamarracho!

CONC.—¡Por Dios! (Risas generales. A Pérez.) ¡Y oiga usted, señor Pérez, a r
no me vuelva usted a meter en líos de estos!

PEREZ.—¡No temas, oh sastre; es el primer marido que me falla! Esta será la t
tima aventura de ¡El terrible Pérez!

(Al público.)

Y esta sencilla humorada
sin pretensiones ni nada.
aquí tiene fin, señores.
Indultad a los autores,
pero no de una patada.

(Música y)

TELÓN



VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡EUREKA!!

Buen humor, por la comodidad.
Economía por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID



DEPURADOR HIGIÉNICO Y RÁPIDO

“ ARSO ”

CARDENAL CISNEROS, 28. - MADRID

La Novela **CORTA**

Después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, para complementar su apostolado de divulgación literaria va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada una de ellos una sola obra en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

Larra.—Espronceda.—Patricio de la Escosura.—Martínez de la Rosa.—Enrique Gil.—Fernández y González.—Ortega y Frias.—Hartzembusch.—Gertrudis G. Avellaneda.—Pastor Díaz.—Aiguals de Izco.—Navarrete.—Pérez Escrich.—Pilar Sínues.

NOVELA HISTÓRICA

F. Patxot.—Cánovas.—Vicceto.—Balaquer.—Navarro Villoslada.—Amos de Escalante.—Castelar.

NOVELA NATURALISTA

Fernán Caballero.—Miguel de los Santos Alvarez.—El Solitario.—Mesonero Romanos.—Pereda.—Valera.—Clarín.—Selgas.—Alarcón.—Arturo Reyes.

También rendiremos un homenaje a la memoria de nuestros grandes escritores y poetas.

POETAS

Zorrilla.—Trueba.—Becquer.—Carolina Coronado.

ESCRITORES

Ganivet.—Silverio Lanza.—Taboada.—Eusebio Blasco.—Alejandro Sawa.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, es- grandes novelas extractadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por la C. de Pardo Bazán, Rodríguez Marín, Azorín, M. Bueno y C. de Castro

En estos números **HOMBENAJE**, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

FRINE

REVISTA FEMENINA CULTURAL

EL PRÓXIMO JUEVES

LAS JOYAS

SUMARIO

Su significación.—Su historia.—Joyas célebres.—Elección de joyas.—Alhajas que se deben llevar.—Las piedras preciosas.—Su significación y propiedades.

Joyas.—Significación de las joyas.—Historia de las joyas.—Joyas Nacionales.—La sortija.—Collares.—Aretes.—Brazaletes.—El «Pendentif».—Broches y alfileres.—Alhajas de la cabellera.—Alhajas exóticas.—Piedras de día y de noche.—Joyas falsas.—Para reconocer la autenticidad de un diamante.—Piedras preciosas.—El diamante.—Diversas clases de piedras.—Las perlas.—Coral, Ambar y Azabache.—Alhajas que se deben llevar.—Clasificación de las piedras.—Propiedades y virtudes de las piedras.—Piedras grabadas.—Elección de piedras.—Propiedades de las piedras.—Piedras que deben llevarse cada mes.—Lenguaje y supersticiones de las piedras.—Cuidados de las alhajas.

15 cénts.

LA
LÁMPARA

OSRAM



ES
LA MÁS
ECONÓMICA

TIBURCIO - 0

LUCE MUCHO Y GASTA POCO

CONCESIONARIO: LEÓN ORNSTEIN - MADRID.

NOVELA
DRAMATICA



EL PATIO
Comedia en dos actos
ALVAREZ QUINTERO

Tovar
1918

LA HARO

0 cts.

LA NOVELA TEATRAL

Director: José de Urquía

Complemento de la Novela Corta

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar, pero cuya autorización **ya nos ha sido oficialmente otorgada**.

Galdós.

Electra.—Doña Perfecta.—La loca de la casa.—Realidad.—La de San Quintín.*—Sor Simona.

Dicenta.

El Lobo.—Sobrevivirse.—El crimen de ayer.—El señor feudal.—Daniel.—Juan José.—Aurora.*—Luciano.*—Amor de artistas.

Quintero.

El Paño.—Doña Clarines.—La escondida senda.*—El niño prodigio.*—Pepita Reyes.

Arniches.

La sobrina del cura.—La casa de Quirós.—Las estrellas.—Dolores.—La señorita de Trevez.—La gentuza.—Noche de Reyes.

Arniches-G.^a Alvarez.

El terrible Pérez.*—El cuarteto Pons.*—El Príncipe Casto.*—El Método Górritz.*—Mi papá.*—Gente menuda.*—El fresco de Goya.*—El pollo Tejada.*—El perro chico.*—Alma de Dios.—El pobre Valbuena.

Alvarez-Muñoz Seca.

El verdugo de Sevilla.—Fúcar XXI.—La frescura de Lafuente.—El último Bravo.—Los cuatro Robinsones.—Pastor y Borrego.—Trampay cartón*

Villaespesa.

El rey Galaor.—Aben-Humeya.—La Gioconda.—Doña María de Padilla.—La leona de Castilla.—El Halconero.*—El Alcázar de las perlas.

Martínez Sierra.

Primavera en otoño.—El ama de la casa.

Abatl - Paso.

La Divina Providencia.*—El gran caño.—El río de oro.—El infierno.*—Los perros de presa.—El Paraíso.*—La mar salada.*—La bendición de Dios.*—El asombro de Damasco.*—El tren rápido.*—El valle de Lucena.*—Nieves de la Sierra.*—La alegría del vivir.*

Vital Aza.

Francfort.—La rebotica.—Ciencias exactas.—La Praviania.—Paradise Fonda.—Tiquis, Miquis.—La sala de armas.

Comedias.

Trata de blancas.—El místico.—Los semidioses.—Las cacatúas.—Charito, la Samaritana.—Tocamos unos.—El cardenal.—El hombre que asesinó.—Serafina, Rubiales.—La eterna víctima.—Jimmy Samson.—Lopez de Coria.—El misterio del cuarto amarillo.—Primerose.—Raffles.—Mirandolina.—Genio y figura.—Petit-Café.—Los noveleros.—La Tizona.—Mique y su mamá.—Los gemelos.—El chico del cafetín.

Zarzuelas.

La viejecita.—La alegría de la huerta.—La marcha de Cádiz.—Gigante cabezudos.—La Corte de Farol.—La Tempranica.*—El duo de Africana.*—Los cadetes de la reír.

EL PATIO

COMEDIA EN DOS ACTOS, ORIGINAL DE LOS SEÑORES

Serafín y Joaquín Alvarez Quintero

PERSONAJES

ARMEN.
DOÑA ROSA.
LORES..
ESTRILLA.
EPOSO.
EPITA.
BEVECITAS.
ATILDITA.
ONCHITA.

DOÑA VICENTA
LOLA.
PEPE ROMERO.
DON TOMAS.
DON CRISTINO.
CURRITO.
VERJELES.
DON APOLINAR
ALONSO.

DIEGO.
PLÁCIDO.
JUANITO. .
ROBERTO.
ANTONIO.
UN POBRE.
VENDEDOR DE GAFAS.
VENDEDOR DE DULCE.
EL TIO DE LOS PEJE-REYES

ACTO PRIMERO

Acto de la casa de don Tomás, en Sevilla. Corredores al foro y laterales, con columnas. A la izquierda del actor, en primer término, cancela pintada de oscuro, que da al zaguán. A la derecha, también en primer término, el nacimiento de la escalera principal, que es de marmol blanco; en segundo término, una puerta vidriera, con medio punto de cristales de colores. Otra puerta igual a esta a la izquierda del foro. A la derecha una ventana sin reja. Entre una y otra un piano abierto, sobre el cual hay un jarrón con flores, libros y papeles de música y dos o tres abanicos. Delante, un asiento giratorio de rejilla. Varias sillas y dos mecedoras. En el centro del patio un macetón con una planta grande, al cual rodean varias macetas con plantas más chicas. A los lados del piano y en otros huecos, maceteros de azulejos, también con plantas. A la izquierda de la cancela, el tirador para abrirla. Junto, un perchero. Delante de ella, a poca distancia, un biombo elegante de caña y tela fina de color claro. Suspendida del techo del corredor, y también delante de la cancela, una lámpara de cristal. Otro aparato de luz sujeto a la pared, entre la escalera y la puerta de la derecha. Las paredes blancas decoradas con fotografías de cuadros modernos. Zóca-

lo de azulejos árabes. Suelo de marmol blanco. Es de día. Luz muy igual, se supone que hay un toldo corrido.

Dolores, arrodillada a la izquierda del actor, sobre una almohadilla de cuero y con los brazos al aire, aljofifa:

DOL. --- (Cantando.)

Si er querè es glieno o maio
a un sabio le pregunté;
er sabio no había querío,
no me supo respondé.
¿Qué quieres de mí,
si hasta el agüita que bebo
te la tengo que pedí?

Canta Petriña también, desde dentro, hacia la puerta de la derecha

Empecé por capricho,
zeguí por tema,
continué por desvelo
y acabé en pena.
Y de esta zuerte,
les temo a los caprichos
más que a la muerte.

DOL. — Esa arrastrá Petriya no para en tó er día (Entra un pobre en el zaguán llana.) ¿Quién es?

POBRE. — ¡Alabado sea Dios!

DOL. — ¡Por siempre!... Un pobre.

POBRE. — Hermanita, ¿no hay una limosnita pa este probesito baldaíto que e esmayaito?

DOL. — Dios le socorra a usted, hermanito.

POBRE. — San José bendito se lo pagará, hermanita... Ande usted, aunque sea cachito e pan duro, pa una sardinita que me han dao aquí ar lao.

DOL. — Espérese usted. (Llamando.) ¡Petriya! ¡Tráete un piasito e pan... pa la sardina de este hombre! (Volviendo a cantar.)

Ven aquí, serrano,
siéntate a mi vera,
que te tengo que contá
la má de cositas glienas.

(Sale Petriña por la puerta de la derecha, con unos pedacitos de pan en el delantal.)

PET. — ¡Jozú con los pobres! No me dejan hacé una faena zeguía. (A Dolores) Oye, a éste ziempre le dan una zardina ahí junto.

DOL. — Se conose que han compraó una lata e conservas na más e pa é.

PET. — (Dándole el pan al pobre.) Tome usted, hermanito.

POBRE. — Dios se lo pague a usted y se lo aumente. (Besa el pan.) Con Dios, hermanita. (Vase.)

PET. — Cierre usted la puerta ar zali, que entra mucha caló.

DOL. — Ahora va ar 34, y la zardina se la hemos dao acá.

PET. — Escucha, Dolores, ¿a qué hora va a vení tu Esteban?

DOL. — Ya está ar caé.

PET. — ¿Zabe de zeguro zi ze va er zeñito Pepe?

DOL. — Ayé no lo sabía.

PET.—¿Y zi ze va er zeñito, ze va con é?

DOL.—Figúrate tú, como es moso suyo hase tanto tiempo...

PET.—Pos mía que te hará una gracia que ze lleve a tu novio...

DOL.—Esa es mi pena, porque como tome er tren... si te vide ya no me acuerdo.

PET.—Mujé, ¿tan poca ley va a tenerte?

DOL.—No, si la que no se acuerda soy yo. Me pasa eso, ¿sabes tú? Como no tenga a los novios elunte no los pueo queré.

PET.—(Bajando la voz.) Azina debía zé la zeñita Carmen; y no que está pazando as morás desde que la plantó el zeñito Pepe.

DOL.—(Bajando también la voz y levantándose.) Y que no le vale disimularlo, le saca la cara a la pobresita. Por supuesto que er zeñito Pepe, guisao con arró no agaba.

PET.—¿Tú zebes por lo que han reñio?

DOL.—Porque er se cansó de noviajo a los tres meses e relaciones. Y prinsipió a fartá a la ventana; y hoy no venía, mañana le echaba un embuste, y pasao e escribía disiéndole que se iba a comé con unos amigos... que luego resurtaban amigas, y al otro gervía mu enfadao pa que eya no le dijera na... y en fin, la de os los hombres cuando se les pone rompé con una.

PET.—Pos las relaciones las empezó mu encandilao.

DOL.—Y tanto. Como que no sabía apartarse un minuto de la casiya e la eria.

PET.—Ayí ze conocieron. ¿no?

DOL.—Cabalito. Er señorito es de Valencia. Vino aquí a Sevilla a pasá la Semana Santa, y vió a la señorita Carmen y le gustó más que toas las cofradías. Se fueo a la feria, se procuró conosimientos, lo trajo a la casa don Cristino... y entonces prinsipió a pasá fatigas.

PET.—¿Por qué, tú?

DOL.—Porque la señorita Carmen, que paez que to lo echa a guasa, tocante a queré es más formá que un número. Un mes anduvo er señorito detrás de eya. ¿Mística yo que hubieras tú visto entonses a ese charrán; asina se queó de dergao mostrándole el dedo chico de la mano derecha.), no podía comé más que fideos finos.

PET.—Razón tenía la zeñita Carmen pa no hacerle cazo.

DOL.—¿Sabes tú quién hizo que se arreglaran? Su tia.

PET.—¿La zeñita Roza?

DOL.—No pue viví más que componiendo noviajos; el aqué de toas las solteonas.

PET.—Pos mira, pue zé que lo arregle otra vé.

DOL.—Esas sí que están verdes. ¿No ves tú que la señorita Carmen está picá a su orguyo y que er señorito don Tomás tampoco quié ese noviajo ni a tres tiones?

PET.—¡Claro! Después de la mala partía der zeñito Pepe...

DOL.—A mí me da más pena, porque la señorita Carmen yegó a cobrarle cari... y aunque dise que no, yo sé que pasa mu malitos ratos por é.

PET.—¡Pobre zeñita Carmen! No quizea yo más que zé hombre, y zé señorito, no zé de la Argaba, pa zacularla e penas.

DOL.—Cáyate, que ahí viene.

PET.—Míala, qué bonita.

DOL.—Se le pue resá un Padrenuestro. (Por la escalera llega Carmen.)

CAR.—¿Quién era antes, tí?

DOL.—Er pobre de la sardina, señorita Carmen.

PET.—(Con demostraciones de admiración.) ¡Ay, zeñita Carmen!

CAR.—¿Qué te pasa?

PET.—¡Ay, qué reprecioza está usté hoy!

CAR.—¿Sí, eh? ¡Pues ya verás mañana!

PET.—Con formalidá. ¡Ay, qué rebién le zienta a uzté eze vestío!

DOL.—Es verdá que le sienta mu rebién.

CAR.—Cuando se casen ustedes, le regalo uno igual a cada una.

PET.—¡Déjeme usted que le dé un bezo, zefita Carmen!

CAR.—¡En eso estoy pensando! Con lo cochambrosa que estás.

DOL.—Como que se ha peleao con el jabón.

PET.—¡Mia qué grazioza! ¡En la cocina quiziea yo vertel!

CAR.—Y yo a ti, conque anda ligera.

PET.—Güeno. (A Dolores.) ¿Tú haz acabao ya con este cubo?

DOL.—Sí; pués llevártelo tó. (Petrilla recoge la almohadilla, la aljofifa y el cubo.)

CAR.—Pero ¿todavía estás aljofifando?

DOL.—No, señora; sino que han venío unos parientes de esta calamidad y me han puesto er patio perdió con las botas.

CAR.—Temprano han empezado las visitas...

PET.—(Cuando va a irse, en un nuevo arranque de admiración.) ¿Zabe usted lo que le digo, zeñita Carmen? Que zi la viera a usted azín, no ze iba de Zeviya.

CAR.—Vamos, esta chiquilla es tonta.

PET.—Zí, zí; me chupo er deo. (Vase por la puerta de la derecha.)

DOL.—Pos sí que tiene razón Petrilla, señorita Carmen; si la viera a usted asín...

CAR.—Bueno, pero como no me verá... Y sobre todo, ¿te importa a ti algo?

DOL.—¿No quié usted que me importe, señorita? Lo uno, porque es una picaresca día lo que ha hecho er señorito Pepe...

CAR.—Deja eso.

DOL.—Y lo otro, porque con ér se me va mi Esteban...

CAR.—Mejor. Así puede que te salga un novio con más cuerpo.

DOL.—Ave María, señorita; no es tan chico mi Esteban...

CAR.—No, media vara. Con el sombrero ancho parece un velador.

DOL.—Miste que tiene usted unas cosas...

CAR.—Oye, ¿y es verdad que duerme en un cajón de la cómoda, junto a la trillás del amo?

DOL.—Vaya, señorita Carmen... No se burle usted del infelí... Ya se ve, como er señorito Pepe tiene tan güen cuerpo...

CAR.—Algo bueno había de tener.

DOL.—Cuando yo digo...

CAR.—No digas nada: vete a arreglar tus cosas.

DOL.—Si estoy aquí aguardando a mi Esteban, que va a venir a desirme si es larga o no...

CAR.—Pues eso es importante.

DOL.—Como que yevamo tres días con el arma en un hilo, señorita: tan pronto nos vamos como nos queamos.

CAR.—¿Sí, eh?

DOL.—Dise mi Esteban que er señorito Pepe está *guiyao*. Saca la ropa der ropero y la mete en er baú como si fuera a irse; luego se pasea por er cuarto, la saca der baú y la güerve a meté en er ropero. Y asín to er santo día.

CAR.—Le habrán mandado que haga giinnasia.

DOL.—Sí: échelo usted a broma.

CAR.—Eso debías hacer tú, inocente... Al fin y al cabo, ¿qué vas a perder; ¡Media libra de novio!

DOL.—Vamos, le ha caído a usted en gracia la estatura. (Suena dentro, hacia la izquierda, un silbido intenso y prolongado.)

CAR.—En nombrando al ruín de Roma...

DOL.—Ahí está ya. (Va hacia la cancela.)

CAR.—Y que trae pulmones de persona mayor. (Sale doña Rosa por la puerta del foro, vestida de hábito del Carmen y con gafas de oro. Trae en la mano una canastilla de costura.)

D.^a Ro.—Oye, Dolores.

DOL.—(Deteniéndose.) ¿Qué quié usted, señorita?

D.^a Ro.—Dile a tu novio que para llamarte se ponga cejuela, como las guitarras.

DOL.—Güeno, se lo diré!

D.^a Ro.—¡Me ha asustado el demonio del hombre! (Suena otro silbido.)

CAR.—Y trae prisa.

D.^a Ro.—Corre, corre a verlo, no vaya a silbar otra vez. (Vase Dolores corriendo por la cancela, que deja entornada. Doña Rosa sentándose a coser en una silla baja.) Hija, o sabe una donde ponerse. ¡Qué calor hace hoy!

CAR.—(Sentándose al piano y jugueteando con las teclas, mientras habla con doña Rosa.) Calor de Agosto, tía Rosa.

D.^a Ro.—Es verdad: de mañana en ocho, San Lorenzo. (Pausa.) ¿Tú sabes quién está arriba con tu padre?

CAR.—Sí, Verjeles. Ya creo que se va. ¡Qué fastidio de pretendientes!

D.^a Ro.—No lo deja ni a sol ni a sombra. ¿Qué dices tú a eso?

CAR.—Que hoy al sol sí lo dejaría. ¡Ja, ja, ja! (Breve pausa. Un vendedor de dulces se asoma a la cancela.)

VEND.—(Gritando.) ¿Se quiere güen darse de sidra?

D.^a Ro.—No se quiere.

VEND.—No se puede. (Se va.)

D.^a Ro.—¿Digo, eh? ¡Pero qué descarado es ese tío! (Nueva pausa.) Pues para ti que tu padre...

CAR.—¿Qué?

D.^a Ro.—Digo que para mi que tu padre no hace bien en alentar a Verjeles... sabiendo que a ti no te gusta... y que puede que todavía el otro... ¿no?

CAR.—No, tía, no.

D.^a Ro.—(Sería el primer noviazgo que yo no arreglara.) ¿Y por qué no, vamos a ver? Desde que tengo uso de razón he visto que todos los novios riñen para hacer las paces... Luego se pelean otra vez, si a mano viene, pero las primeras paces no faltan nunca.

CAR.—(Dejando el piano y sentándose junto a su tía.) Pues ahora faltarán, tía Rosa. (Con firmeza.) Ni él quiere hacerlas ni yo tampoco.

D.^a Ro.—El sí quiere.

CAR.—¡Qué ha de querer, por Dios! Parece mentira que usted que dice que conoce el mundo... Pepe llegó a Sevilla a divertirse, a pasar una temporada alegre y de fiestas... Y lo que él se diría: para que no me falte nada necesito una novia... ¿Cual? La primera que pase.

D.^a Ro.—Y pasaste tú. Estaba escrito.

CAR.—Pero tachado luego. Se acabó la temporada de fiestas... y ahí te quedas, niña. Ahora ríe, llora o haz lo que más coraje te dé. Yo no tengo corazón y me voy tan fresco; si tú lo tienes, que lo dudo, porque ¿cómo has de tener tu lo que a mí me falta? sufre un poco, echa unas lagrimitas que eso es muy sano, y ya te pasará la rabieta... No estoy por que me amanezca más charlando en la ventana contigo... Aquellas cosas que yo te decía como si me salieran del alma, son mentira; mentira también las excusas para disculpar mi tardanza en ir a verte; entira los pretextos para dejarte pronto... Todo mi cariño es mentira; ¿lo sera tuyo? ¡Me tiene sin cuidado! Adiós: ahí te quedas. (Se levanta)

D.^a Ro.—Eso debía yo decirte; adiós, ahí te quedas... ¡Que torbellino! ¡qué manera de desbarrar!

CAR.—Pero, ¿no es esa la historia, tía?

D.^a Ro.—Según y conforme, mujer.

CAR.—La prueba es que dicen que se va a su tierra... Buen viaje.

D.^a Ro.—¿Qué se ha de ir, muchacha? Si creo que lleva un mes haciendo y deshaciendo mundos... Le ha ganado a Dios que no hizo más que uno y tuvo que escansar el domingo...

CAR.—Se habrá impuesto esa penitencia.

D.^a Ro.—¿Y si yo te dijera que Pepe está arrepentido de lo que ha hecho?

CAR.—No lo creería.

D.^a Ro.—¿Con que nó? Se conoce que no lo has visto como yo, pasar de noche, ya muy tarde, por delante de casa; llegar a la reja donde hablaban ustedes; ponerse a escuchar; seguir andando; desandar lo andando...

CAR.—¿Y hasta ahora no se le ha ocurrido a usted decírmelo?

D.^a Ro.—¿Para qué atormentarte? Es más; la última noche que lo ví, tuvo la paciencia de besar uno por uno todos los hierros de la ventana... ¡que son veintitantos!

CAR.—Si lo llevo a saber a tiempo les doy pintura a prima noche.

D.^a Ro.—¡Qué mala idea!

CAR.—(Riéndose) ¿Y no cortó una ramita de yerba buena para la sopa del día siguiente?

D.^a Ro.—(Lo mismo) ¡Anda! Y una de perejil, y se la puso en la solapa. No sé cómo lo echas a broma.

CAR.—Lo que yo no sé cómo usted quiere que vuelva a tomarlo en serio. (Se aparta de su tía y se sienta a la izquierda en una mecedora.)

D.^a Ro.—Calla, que bajan ahí Verjeles y tu padre.

(En efecto, así es. Por la escalera llegan don Tomás y Verjeles.)

D. To.—¡A ver si aquí en el patio se respira un poco! (Pasea agitado con demostraciones de mucho calor, abanicándose y secándose con el pañuelo constantemente el sudor del cuello y de la cabeza.)

VER.—¡Y tanto como se respira! ¡Este patio es un paraíso!

CAR.—Sí, señor; encantado.

VER.—(Cada vez más bella... y más *sugestiva*.)

D. To.—¡Uf!... ¡arriba es morirse!

D.^a Ro.—Siéntese usted, Verjeles.

VER.—No puedo, señora. Con tanto dolor me veo obligado a trocar este delirante paraje por la calurosa vivienda del señor Morrillo, mi amigo y dueño.

CAR.—¿Quién, ese tan gordo? ¡Ja, ja, ja! ¡Mire usted que al diablo se le ocurre irse a estas horas a ver a un señor gordo!...

D.^a Ro.—¡Niña!

D. To.—¡Dice muy bien! ¿Tú sabes el calor que despiden ahora los gordos? ¡Uf, qué fatigal... Tres amigos muy gordos tengo yo, y he reñido con ellos hasta el invierno. Y son personas excelentes, bien educadas, instruidas, de amenísima conversación... ¡pero que me resultan tres estufas!

VER.—Siempre tan propenso a la hipérbole.

D. To.—Es claro, usted, como no suda... Pero yo... Tóqueme usted aquí verá usted cómo estoy. (Presentándole un costado a Verjeles y haciendo que lo palpe, mismo ahora que en lo sucesivo.)

VER.—No, si ya...

D. To.—Tóqueme usted, hombre...

VER.—Sí, en efecto...

D. To.—Pues esto no es nada; mire usted por la espalda... Tóqueme usted tóqueme usted...

D.^a Ro.—Tomás, no seas pesado.

D. To.—¿Pesado? Tócame tú...

CAR.—Ay, papá...

D.^a Ro.—Vamos, quita.

D. To.—¡Uf! ¡Qué barbaridad! Y con una pulga desde el lunes... (Rascándose) Nada, que ha tomado la tierra y no hay quien la eche. Ya se ve; tiene casa, con da, horas de recreo... ¡Pica, hija, pica! Verá usted, Verjeles, verá usted como me ha puesto el pecho de ronchas.

CAR.—Papá, por Dios...

D. To.—¡Míralo tú!... Parece la fachada vieja del Ayuntamiento. ¡Oh, qué hermosa de verano! ¿No es verdad, Verjeles? Las noches... la luna... el aire huerto orea... ¡Mucho, mucho! ¡Vamos, hombre, hasta la vergüenza se pierde este tiempo; para que usted se entere!

VER.—Y en invierno también.

D.^a Ro.—¡Toma! y hay quien no la tiene en las cuatro estaciones.

D. To.—Señor no es eso; es que acabamos de ver a la gorda de ahí entrar en camisa. (Doña Rosa y Carmen sueltan la carcajada.)

D.^a Ro.—¡Qué cosas dices, hombre!

D. To. — Ah, ¿no lo creen ustedes? Verjeles, ¿no es verdad?... Pero, señor, no se ponga usted colorado... ¡Ni que fuera usted el que andaba en paños menores!

VER. — ¡También es gana de que se lo figuren a uno en calzoncillos!) Hoy está usted diabólico, don Tomás. Me retiro.

CAR. — Está tremendo. Y usted toma tan en serio todo lo que dice...

VER. — ¿En serio? ¡Qué disparate! Yo no tomo en serio más que una cosa en este mundo.

CAR. — Sí; las citas del señor gordo.

VER. — Carmencita...

CAR. — La prueba es que nos deja usted y se va a verlo.

D.ª Ro. — Eso está más claro que el agua.

VER. — ¿Usted también? Vaya, hoy no tengo aquí más que enemigos.

D. To. — Bueno, pues del enemigo el consejo. Deje usted a Morrillo, váyase usted a su casa, póngase usted en calzones blancos...

VER. — ¡Y dale!

D. To. — Tiéndase a la larga, eche una buena siesta...

VER. — Si, sí, y a la vida ideal que la parta un rayo... (Despidiéndose.) Doña Rosa... (A Carmen.) Rosa... a secas.

CAR. — ¡Huy, a secas!

VER. — ¡Qué mala es usted! Don Tomás... (Le coge una mano entre las suyas.)

D. To. — Adiós, amigo, adiós.

VER. — No me olvide usted.

D. To. — Pierda usted cuidado. Pero no me pase usted la mano por agua.

VER. — ¿Cómo? (¡Qué grosería!) A los pies de ustedes... (¡Parece mentira que de un escarabajo haya salido una mariposa!) (Vase por la cancela.)

D. To. — ¡Caray, qué cataplasma de hombre! Se pega más que un parche poroso. Ya le temo tanto como a Currito. ¡Y mira que Currito!...

CAR. — Pues tú tienes la culpa, papá. (Se levanta de la mecedora en que estaba y se sienta en otra junto a Doña Rosa.)

D.ª Ro. — Si no le dieras alas...

D. To. — ¡Che, che, che, che! Me opongo a toda discusión. Verjeles me ha quitado media hora de siesta y no estoy por perder más tiempo. (Déjase caer en la mecedora que ocupaba Carmen.) ¡Ah, qué ganitas tenía de cogerla hoy!

D.ª Ro. — ¿Vas a dormir ya?

D. To. — ¿Cómo ya, si hace tres noches que no pego los ojos? Entre el calor y los mosquitos... ¡Otra delicia del verano! Todas las noches se me cuela uno dentro del mosquitero. No marra. Y es el mismo; lo conozco en la voz. Para mí que tiene una puerta secreta.

CAR. — Yo también llevo dos o tres noches desvelada.

D. To. — Poca conversación, ¿eh? que quiero dormir. (Se balancea en la mecedora y Carmen también. Pausa. Aparecen tras la cancela Alonso y Diego.)

ALON. — (A voz en grito.) ¡Petraaa! (Todos se estremecen.)

D. To. — ¡Maldito sea el demonio! ¿Una visita de la Algabea?

CAR. — Con seguridad.

D.ª Ro. — Y es la cuarta de hoy.

D. To. — Hombre, pues que señale Petra un día de recepción.

ALON. — (Como antes.) ¡Petraaa!

D. To. — (Imitándolo.) ¡Va vaaa!

CAR. — ¡Qué voz más agradable tiene! (Sale Petrilla por la puerta de la derecha muy corrida y va a abrir la cancela.)

PET. — Es mi hermaniyo Alonso, zeñito Tomás.

CAR. — Hija, pues lévalo a casa del afinador.

D.ª Ro. — No quedarse ahí a la puerta, ¿eh? Entrar en la cocina. (Entran en el patio Alonso y Diego. Alonso sigue a Petrilla, que va hacia la cocina, y se detiene a saludar a los señoritos: Diego, que viste uniforme de soldado de infantería, se queda detrás del fondo.)

ALON. — Tengan ustedes mu güenas tardes.

CAR. — Buenas tardes.

- ALON.—Me alegro de verlos a ustés tan güenos
D. To.—Gracias.
ALON.—¿Están ustés güenos?
D. To.—¿Pues hombre, ¿no acaba usted de decirme que se alegra?...
ALON.—¿Como está usted, don Tomás?
D. To.—¿Yo? Deseando dormirne, hijo de mi alma.
PET.—(Impaciente.) Vente, Alonziyo.
ALON.—Ya a la zeñita Carmen y a la zeñita Roza las veo tan güenas...
D.^a Ro.—Sí; vamos tirando.
ALON.—¿Zigue usted güena, doña Roza?
D. To.—¿Otra vez?
ALON.—Ya a don Tomás y a la zeñita Carmen los veo tan güenos...
CAR.—Sí, hombre, todos bien.
ALON.—¿Y usted está güena, zeñita Carmen?
D. To.—(¿Querrá un certificado del médico?)
ALON.—Ya a la zeñita Rosa y a don Tomás...
CAR.—Sí, los ve usted tan buenos...
D.^a Ro.—Andar, andar a la cocina.
ALON.—(A Petra) Oye, tío, que entre eze.
D. To.—¿Cómo ese? Pero ¿viene otro?
ALON.—¡Dieguiyo!
DIE.—¡Eh!
ALON.—¡Entra!
PET.—Ez un paizano... que es melitá...
DIE.—¿Dan ustés zu perinizo?
D. To.—¡Adelante, hombre! ¡Y dejadme dormir con cien mil de a caballo!
DIE.—(Presentándose) Tengan ustés mu güenas tardes. Me alegro de verlos a
ustés tan güenos...
D. To.—(¡Adiós! ¡Trae el mismo estilo!)
DIE.—¿La familia güena?
D.^a Ro.—Sí señor, sí.
DIE.—¿Y por caza?
CAR.—¿Por qué casa?
D. To.—¡Anda! Pues si le objetas, no acaba en un mes.
PET.—¿Queréis venirze?
ALON.—Mujer, déjalo que zalude.
DIE.—¿Tienen ustés argo que mandá a zu zervidó?
D.^a Ro.—Nada, nada, que se vayan ustedes.
DIE.—Pos que no haiga ninguna novedá.
ALON.—Me alegro de verlos a ustés tan güenos.
DIE.—Expreziones.
(Entran en la cocina con Petra.)
CAR.—Y luego dirán que no son finos en la Algaba,
D. To.—¡Jesús que desesperación! Basta que uno quiera dormir...
(Un vendedor de gafas grita desde la cancela con voz gangosa y grave y acento ca
talán):
VEN.—Gafas de cristal de roca.
D. To.—(Fuera de sí) ¡Vaya usted a paseo!
VEN.—(Imperturbable) Quevedos baratos.
D. To.—¡No se quiere nada!
VEN.—Anteojos, lentes...
D. To.—¡Pero hombre!
VEN.—Gemelos de teatro...
D. To.—(Levantándose desesperado y yendo a la cancela) ¿Cómo se le va a decir
usted que vemos todos bien?
VEN.—Usted perdone. (Vase)
D. To.—¡Que *tostón* de tío! ¡Voy a poner un guardia civil detrás de la
puerta!

CAR.—Papá, no es para tanto...

D.^a Ro.—El pobre señor tiene que ganarse la vida.

D. To.—¡Que se muera! (Soplando fuerte) ¡Yo ya estoy loco de calor! (Llamando
v sentándose) ¡Petra! ¡Uf! ¡cómo sudo! ¡Petra!

D.^a Ro.—¿A qué la llamas, hombre?

(Sale Petra)

D. To.—¡Tráeme una talla de agua hasta arriba!

(Vase Petra.)

CAR.—¿Más agua, papá?

D.^a Ro.—Tomás, por Dios, que luego sudas doble...

D. To.—¡Pero si estoy seco, señor! ¡Si estoy abrasado! (Vuelve Petrilla con una
talla de agua que le dá a don Tomás) Trae acá, Petrilla... (Después de beber un poco) ¡Qué
rica está! (Continúa bebiendo largo rato)

D.^a Ro.—Vas a criar ranas en el estómago.

D. To.—(Mientras bebe) Mejor.

CAR.—Papá, me da fatiga verte.

D. To.—(Con satisfacción) ¡Ay!... Ten ahí... (Le devuelve la talla a Petrilla y ésta
se va.)

CAR.—¿Te la has bebido toda?

D. To.—¡Toda! Y ahora es peor, lo verán ustedes.

D.^a Ro.—Ya te lo dije.

D. To.—¡Míralo! ¡Ya estoy sudando a chorros! En fin, con tal de quedarme
dormido... ¡Uf! No puedo aguantar ni la americana. (Se la quita y la tira lejos.)

CAR.—La verdad es que hoy hace un día de calor...

D.^a Ro.—Estamos aclimatándonos para el Purgatorio.

D. To.—Callarse ya.

D.^a Ro.—Ya nos callamos, a ver si callas tú. (Don Tomás y Carmen tratan de dor-
mirse. Pausa.)

D. To.—¡Qué sietecita más hermosa voy a echar hoy!

CAR.—¡Jesús!

D.^a Ro.—(Cabeceando.) Me parece que yo también la entrego. (Pausa. Los tres se
van quedando dormidos. Hablan entre dientes, a media voz y sin abrir los ojos.)

CAR.—(Tosiendo levemente.) Ejem, ejem...

D. To.—No tosas, hija.

D.^a Ro.—¡Qué fastidioso te pones, Tomás! (Nueva pausa.)

D. To.—Rosa, Rosa...

D.^a Ro.—Qué.

D. To.—¿Estás ya dormida?

D.^a Ro.—Sí.

D. To.—Mujer, me extraña mucho la respuesta.

D.^a Ro.—Hijo, pues más me extraña a mí la pregunta... (Pausa.)

D. To.—Carmen.

CAR.—¿Qué, papá?

D. To.—Si te duermes antes que yo me lo avisas, para que no haya luego dis-
cusiones.

CAR.—Bueno. (Pausa.)

D. To.—(Dándose una bofetada de repente.) ¡Ladrón! Condenados mosquitos... (Se
le sale del pie una zapatilla. Pausa.)

D.^a Ro.—(A Carmen, despabilándose un poco.) Oye, no vayas a soñar en alta voz
con Pepe Romero, como ayer. (Advirtiendo que no la oye y tornando a dormir.) A la
otra puerta. (Pausa larga. Se oye en la calle, un poco lejos, el pregón lento y cadencioso
del tío de los Peje-reyes.)

Tío.—¡Y... qué... vivos... los... peje... reyes!

D.^a Ro.—Las cuatro.

Tío.—(Algo más lejos.) ¡Pe... je... re... yes... y... qué... vi... vos!... (Don Tomás
empieza a roncar. Poco después llega Carrito a la cancela y llama. Al sentir el timbre se des-
piertan los tres sobresaltados y se miran con estupor. Petrilla sale a abrir.)

D. To.—¡Por vida del diablo!

CAR.—¿Será visita?

D. To.—Mujer, por Dios, ¿a estas horas?

CUR.—(A Petrilla, que le abre la cancela.) ¿Están los zeñores?

CAR. D.^a Ro. y D. To.—(Llevándose las manos a la cabeza.) ¡Currito!

PER.—Zí, zeñó; paze usted. (Pasa Currito, y mientras deja en el perchero el sombrero y el bastón, Carmen, doña Rosa y don Tomás se arreglan precipitadamente maldiciendo de él Petrilla se va.

D. To.—(Buscando y poniéndose su americana y la babucha que se le salió. ¡Mal rayo lo parta!

CAR.—¡Ay, qué sinapismo de niño!

D.^a Ro.—¡Mire usted que es mucha jaquécá!

D. To.—¡Lástima de tabardillo pintado!

CAR.—¡Antipático!

D.^a Ro.—¡Burro! (Al presentarse Currito cambia la decoración bruscamente y lo reciben con cara de Pascuas.)

D. To.—¡Currito!

D.^a Ro.—¡Tanto bueno por aquí!...

CAR.—¡Dichosos los ojos!...

CUR.—(Un poco cortado.) Buenas noch... digo días, ¡tardes! ¿Como zigue usted doña Roza?

D.^a Ro.—Bien, ¿y tú hijo?

CUR.—Yo bien, gracias, ¿y usted, don Tomás?

D. To.—¡Tan famoso! (Y dormido por dentro y por fuera.)

CUR.—¿Y usted, Carmencita?

CAR.—Perfectamente, Curro

D.^a Ro.—¿No te sientas?

D. To.—¡Ya lo creo que se sienta; mujer! (¡Lo que no hará será levantarse e mucho tiempo!)

CUR.—(Sentándose junto a Carmen.) Con permizo de ustedes. (Está la niña ho que tira de *espartas*. Como pueda, me *arranco*.)

CAR.—Vaya, vaya con Currito.

D.^a Ro.—¿Qué hay, Currito?

D. To.—¿Qué lo trae a usted por aquí, Currito?

CAR.—Ya lo echábamos a usted muy de menos, Currito.

D. To.—¡Mucho! Sobre todo hoy. No hace dos minutos que estábamos dicien do: pero, hombre, ¿qué hará Currito que no viene? ¿Verdad, tú?

CUR.—Por lo visto ustedes no zaben que he estado fuera.

CAR.—Ni una palabra.

D.^a Ro.—Y, ¿para qué has vuelto, hijo mío?

CUR.—¿Eh?

D.^a Ro.—Con el calor que hace en esta Sevilla.

D. To.—Llevamos un verano horrible... Si sigue así yo no llevo a la caída de la hoja. (Invitándolo a que le toque la espalda.) Mire usted, mire usted como estoy.

CUR.—Pues no me lo explico... en este patio tan hermoso... ¡En la calle qui ziera yo verlo a usted.

D. To.—(¡Toma! y yo a tí, ¡asesino!) (Se sienta en la mecedora en que estaba.)

CAR.—(¡Ay, me pesa cada pápaño una arroba!)

CUR.—¿Usted ziempre ha zentido mucho el calor, verdad don Tomás?

D. To.—¡Muchísimo! El calor... y sus naturales consecuencias...

CUR.—¿Y a usted, doña Roza, qué le gusta más, el verano o el invierno?

D.^a Ro.—El invierno. Se sale poco de casa... No hay que hacer visitas...

CUR.—A Carmencita, le agrada más el verano.

D. To.—(Pero ¿para esto ha salido un hombre de la fonda a todo sol y ha veni do a despertar al prójimo?)

CUR.—¿Qué dice usted a ezo, Carmencita?

CAR.—Que el verano me parecería adorable si no hubiese moscas...

CUR.—Pues yo a las moscas no les temo.

D. To.—(Como dándole mucha importancia al caso.) ¡Caramba, hombre!

CUR.—A las pulgas, zí.

D. To.—(Si pudiera yo soltarte la que tengo abonada...)

D.^a Ro.—(A Carmen.) (Que te duermes, niña: úntate saliva en las orejas.)

CAR.—(Obedeciéndola con disimulo y despabilándose.) ¿Y qué tal le ha ido a usted por el pueblo, Currito?

D.^a Ro.—No le habrá ido muy bien cuando ha vuelto tan pronto...

CUR.—Es que hay cozas aquí que tiran de uno.

D. To.—¡Hola, hola!

CAR.—¿Esas tenemos?

CUR.—(Zi no estúvieran delante los viejos, me *arrancaba*)

D.^a Ro.—Pues a nosotros nos habían dicho que te habían enganchado una de allí.

CUR.—¡En zeguida! No me *enrucho* yo tan fácilmente.

CAR.—¿Que no se *enrucha* usted? ¿Y qué es *enruchar* Currito?

CUR.—¡Como que no lo zabe usted mejor que yo!

CAR.—¡Yo qué he de saber eso!

CUR.—¡Guazona!

D.^a Ro.—(¡Se anima el hombre! (A Carmen) ¡Niña, no le des cuerda.)

D. To.—(Desperzándose un poco y como quien no pregunta nada) ¿Qué hora será ya?

D.^a Ro.—Lo menos son las cinco.

CUR.—¡Ca! A las cinco tengo yo queirme. (Mirando su reloj) No zon más que las cuatro y cuarto.

D.^a Ro.—¡Jesús!

D. To.—(¡Ea! ¡Pues ya sabemos del mal que hemos de morir!)

CAR.—(Yo voy a poner una escoba detrás de la puerta.)

(Pausa. Don Tomás, Carmen y doña Rosa, hacen esfuerzos para no dormirse)

CUR.—(Queriendo reanimar la conversación) Bueno, bueno, bueno...

D. To.—¡Je!

CUR.—Añoche estuve en el teatro.

D. To.—¡Je!

D.^a Ro.—(A Carmen) (Ya no sale tu padre del ¡je! hasta que se vaya)

CAR.—(A doña Rosa) (Y hace bien; hay que apelar a los monosílabos)

CUR.—Pues zí; es buena compañía.

D. To.—¡Je!

CUR.—Y me gustó mucho la obra...

D.^a Ro.—¿Sí?

CUR.—Zi. Y ezo que tuve que pagar revendedores... ¡Je, je!... Tiene, tiene gracia... Verán ustedes. Primero zale uno y luego zale otro... y cree que el otro z otro... ¡Je, je! Ze arma un lío muy gracioso, y al final ze cazan y ze descubre to... ¿Ustedes no han ido?

D. To.—No.

CUR.—¿Todavía no?

D. To.—No.

CUR.—Pero ¿irán ustedes?

D. To.—¡Je!

(Pausa)

CUR.—Carmencita ze ha quedado dormida.

D.^a Ro.—Sí.

CUR.—No ez extraño...

D. To.—¡Qué ha de ser extraño!

CUR.—Con el calor que hace y la...

D. To.—Sí.

CUR.—Porque está pezadillo el día...

D. To.—Sí.

(Doña Rosa hinca el pico, don Tomás lucha en vano contra el sueño y Currito, contagiado también, arrastra lánguidamente la conversación hasta que se queda cuajado)

CUR.—Doña Roza zigue el ejemplo de Carmen..

D. To. — ¡Je!

CUR. — Y usted también tiene ojillos de zueño...

D. To. — No.

CUR. — Como es la hora de la ziesta...

D. To. — ¡Je!

CUR. — ¿Ustedes duermen ziesta?

D. To. — Si nos dejan, si...

CUR. — ¡Je!

D. To. — Lo que tiene que no nos dejan...

CUR. — ¡Je!

D. To. — ¡Je! (Pausa. Los cuatro duermen. De pronto don Tomás abre un ojo, ve a Currito dormido, se indigna y se levanta y llama a doña Rosa en voz baja.) Rosa... Rosa...

D.^a Ro. — (Despertando.) ¿Qué quieres?

D. To. — (Señalando a Currito.) Mujer, ¿tú no ves esto?

D.^a Ro. — ¡Se ha dormido! ¡Qué poca vergüenza, señor!

D. To. — (Llamando a Carmen lo mismo.) Carmen... Carmen...

CAR. — (Despertando.) ¿Qué ocurre?

D. To. — ¡Mira!

CAR. — ¡Digo! ¿Le parece a usted?

D. To. — (Amenazándolo con los puños cerrados.) ¡Maldito sea!...

CAR. — Ahora verás tú. A dormir que se vaya a su casa. (Se levanta, se sienta a piano y toca fuerte unas escalas.)

CUR. — (Despertándose sobresaltado.) ¡Eh! ¿Quién toca?

D.^a Ro. — Esta. Pero no te preocupes.

D. To. — Siga, siga usted.

CUR. — (Levantándose corrido.) No... no... me voy ya... porque... porque ze están ustedes durmiendo... y yo también.

D. To. — (¡Gracias a Dios!)

CAR. — Hay aquí tan pocas distracciones...

CUR. — (¡Me la zortó!) (Despidiéndose.) Pues... doña Roza...

D.^a Ro. — Adiós, hijo mío; que descansas.

CUR. — Don Tomás...

D. To. — Adiós, pimpollo. (¡Me parece mentira que te largas!)

CUR. — Carmencita... Hasta luego; vendré a la noche...

CAR. — Ya más despabilao, ¿no?

CUR. — ¡Je, je! (Bajo a Carmen.) Tengo que hablar con usted a zolas.

CAR. — (¡Pues era lo único que me faltaba!)

D.^a Ro. — Acompáñalo a la cancela, Tomás.

D. To. — (Obedeciendo.) Descuida, mujer. Eso es cuenta mía.

CUR. — No ze moleste, no. (Coge su bastón y un sombrero que no es el suyo.)

D. To. — Me parece que se lleva usted mi sombrero...

CUR. — Hombre, es verdad. (Cambiándolo.) El mío ez este. Usted perdone el *ca lambur*.

D. To. — Adiós, buen mozo.

CUR. — Con Dios. (Se va por la cancela. Viene de la calle Dolores, que habla primer desde dentro.)

DOL. — No sierre usté, señorito don Tomás. (Sale por la cancela y la deja entornada.)

D. To. — ¿Que hacías tú en la calle? (Volviendo al lado de Carmen y doña Rosa se guiño de Dolores.) ¿Han visto ustedes en su vida un paso por el estilo?

DOL. — (Muy afligida.) Er señorito Pepe Romero viene ahí.

CAR. — ¿Qué?

D. To. — ¿Otro? Pero hombre, ¿es que la humanidad tiene empeño en que yo no duerma?

DOL. — Viene a despedirse; creo que se va mañana.

D.^a Ro. — (Levantándose.) ¿Que se va?

DOL. — (¡Me deja sin novio!)

D. To. — ¡Pues que se despida de su abuela! ¡Se acabó! ¡Yo no quiero verlo!

(Vase reiaufañando por la escalera.)

CAR. — ¡Ni yo tampoco!

D.^a Ro. — ¡Muchacha!

CAR. — Déjeme usted, tía. (Vase por la puerta del foro.)

D.^a Ro. — Se van los dos... ¿Qué dirá el otro al verme sola?... Después de todo, puede que no lo sienta. (Pepe Romero llega a la cancela y llama.)

Dol. — (En voz baja.) Er señorito es.

D.^a Ro. — Abre y vete, Dolores.

Dol. — (Acercándose a la cancela primero, y yéndose después por la puerta de la derecha.) Empuje usted, señorito; no está serrao. (Escuchando me queo detrás e la puerta.)

D.^a Ro. — (Impulsando violentamente una de las mecedoras y sentándose al lado en una silla.) Que conozca que se acaba de ir.

PEPE. — ¡Mi amiga doña Rosa!

D.^a Ro. — ¡Pepe! ¿Cómo tú por aquí, perdido?

PEPE. — ¿Y Carmen? (Reparando en el movimiento de la mecedora.) ¿Estaba en esta mecedora?

D.^a Ro. — ¿Te importa a ti algo Carmen?

PEPE. — Cuando le pregunto a usted por oíla... cuando vengo...

D.^a Ro. — Sí, sí... Pero siéntate, hombre. (Pepe se sienta en la mecedora.) Y dime, ¿a qué debemos el honor?... Yo estaba por mandar que repicaran gordo. Por lo menos que Petrilla arme ruido con el almirez.

PEPE. — ¡Ja, ja! Veo que gana usted en buen humor con los años.

D.^a Ro. — Vaya, hombre, te ha faltado tiempo para llamarme vieja. Bueno, bueno; yo me vengaré.

PEPE. — Tiene que ser muy pronto.

D.^a Ro. — ¿Pronto?

PEPE. — Sí, señora; porque vengo de despedida

D.^a Ro. — ¿Adónde te vas?

PEPE. — A Valencia.

D.^a Ro. — ¿Cuándo?

PEPE. — Mañana.

D.^a Ro. — Pues si te vas mañana a Valencia, ¿a qué vienes aquí? ¿No has podido despedirte de otra manera?

PEPE. — Despedirme, sí; pero como yo vengo a algo más...

D.^a Ro. — ¿Tú?

PEPE. — Sí, señora; vengo a saber si vuelvo muy pronto o si me marcho para siempre.

D.^a Ro. — Y qué serio lo dices, hombre. Cualquiera que no te conociese... te creería.

PEPE. — ¿Usted no?

D.^a Ro. — Yo no. Pero explícate: ¿cuál es tu plan, de quién depende en esta cosa?...

PEPE. — ¿Quiere usted que le regale el oído?

D.^a Ro. — ¿De mí, quizás?

PEPE. — De usted... y de Carmen.

D.^a Ro. — ¿Ahora estamos en eso?

PEPE. — Por Dios, doña Rosa, sáqueme usted de dudas... ¿Se acuerda alguna vez de mí?

D.^a Ro. — Muchas. Pero es para ponerte como un trapo. Por supuesto, yo creo que está benévola.

PEPE. — Cierto; mi conducta... Pero, en fin, con tal que se acuerde...

D.^a Ro. — Sí, aunque te llame perro judío... Lo que dice Verjeles:

Ya que así me miráis, miradme al menos...

La verdad es que te has portado como un gitano. Y ahora lo menos pretenderás...

PEPE.—Hablar con ella... que me escuche...

D.^a Ro.—¡Hipocritón!

PEPE.—No, doña Rosa; crea usted que soy sincero. Es que no puedo más es que me abruma esta carga de remordimientos, de añilerazos... ¡Cuidado que hace falta ser bruto para reñir con Carmen.

D.^a Ro.—Muy bruto; en eso estaba yo.

PEPE.—¡Mucho más de lo que usted se figura!

D.^a Ro.—Es que yo me figuro mucho.

PEPE.—Mire usted, señora; yo he sido toda mi vida un botarate, palabra de honor.

D.^a Ro.—Veo que hoy te has levantado conociéndote.

PEPE.—He tenido novias por capricho, por pasar las horas... a veces por fastidiar a un pretendiente que me era antipático... por molestar a una mamá que no podía tragarme, y las he dejado como la cosa más natural del mundo... como se deja el paraguas para coger el bastón cuando ya no llueve. Eso hice con Carmen ¿Quiere usted más lealtad en mí? Pero ahora me encuentro con que ella es otra cosa.

D.^a Ro.—Sí, lo que es un paraguas no ha sido nunca.

PEPE.—Con que la dejé sin deber dejarla; con que la quiero olvidar y me acuerdo de ella a todas horas; con que estoy loco, con que no duermo; con que no voy... Y a todo esto mi padre me manda llamar desde Valencia por un telegrama que arde en un candil... Y yo no me voy sin pedirle a Carmen que me perdona (Exaltándose.) ¡Y si no me perdona me doy un tiro, y a ella dos, y tres al papá, y usted seis!

D.^a Ro.—¡Jesús; hijo! Como vienes de despedida, vienes de tiros... largos.

PEPE.—Bueno; déjese usted de bromas.

D.^a Ro.—Ah, pero ¿eso de los tiros va en serio?

PEPE.—Casi, casi. Yo necesito hablar con Carmen esta noche.

D.^a Ro.—Pues ven y habla.

PEPE.—No se haga usted la sorda... Ayúdeme usted...

D.^a Ro.—No debía, porque no me gusta meterme en ciertos asuntos... Sin embargo, basta que se trate de mi sobrina, para que yo...

PEPE.—Dios se lo pague a usted.

D.^a Ro.—Acude esta noche a la reja a eso de la una.

PEPE.—¿Saldrá Carmen?

D.^a Ro.—Si no sale ella, saldré yo.

PEPE.—Ya comprenderá usted que no me da lo mismo.

D.^a Ro.—¿Y qué vamos a hacerle? Suponte que no la convenzo...

PEPE.—¡Por Dios, doña Rosa!...

D.^a Ro.—No; y si no habeis de hacer las paces, más vale que no salga a reja.

PEPE.—Lo que es como salga, las hacemos. Me verá humilde, noble, francoserio, leal, decidido a todo... Yo soy hombre que se lleva un cura debajo del brazo... y nos casa allí!

D.^a Ro.—¡Qué loco!

PEPE.—(Levantándose y abrazándola.) ¡Ah, tía!—porque usted ya es mi tía—¡me devuelve usted la tranquilidad! ¿A la una, eh? ¡Esto ya es vivir!

D.^a Ro.—(Levantándose también.) Baja la voz; que no se entere nadie. No quiere que se entere nadie.

PEPE.—Ni yo tampoco. Nadie. (Sale Dolores por la puerta de la derecha y se encamina a la escalera, por donde luego se va mirando de reojo a Pepe. Trae en la mano una copia con alhucema, humeando.)

D.^a Ro.—¡Pero qué manía tienes tú de sahumerios a todas horas! ¿Adónde vas con eso?

DOL.—Arriba, señorita; que ha hecho *Napoleón* una de las tuyas...

D.^a Ro.—Sí, para quien te crea... (Lo que tú quieres es ver si pescas algo. Aguarda un momento. (A Pepe en voz baja.) Oye.

PEPE.—Que.

D.^a Ro. — Tú, pase lo que pase, ¿te irás mañana?

PEPE. — Creo que sí.

D.^a Ro. — ¿Quieres despedirte de mi hermano Tomás?

PEPE. — ¡Desde luego! Todo lo que sea suavizar asperezas...

D.^a Ro. — Me parece muy bien. (A Dolores.) Dile a mi hermano que baje, que el señorito Pepe quiere despedirse de él.

DOL. — ¡(Na, que se las guiya; que me deja er mi perro sin mi Esteban!) (Sube)

D.^a Ro. — Y tú espera un poco que ahora salgo.

PEPE. — ¿Adónde va usted?

D.^a Ro. — También es mucha curiosidad...

PEPE. — Usted perdone.

D.^a Ro. — (A ver qué hace esa pobre muchacha...) (Vase por la puerta del foro)

(Sale Petrilla por la puerta de la derecha con una botella en la mano, y se va por la cancela, dejándola entornada. Hasta que se va no le quita ojo a Pepe).

PEPE. — Las criadas me miran como una cosa rara... Se conoce que les sorprende mi presencia aquí... Y la verdad es que hubiera sido una estupidez—¡la mayoría de todas!—marcharme sin decir una palabra... sin intentar siquiera... ¡Qué contento estoy!... En este patio... que es el suyo... donde he entrado tantas veces como un animal... Sí, porque yo hasta ahora no he visto bien lo bonito que es este patio... ¡Cuidado que es bonito de veras!... ¡Y qué alegre!... ¡y qué limpio!... ¡y qué fresco!... (Suspirando) ¡Ay!... Hombre, el piano abierto... El mismo de la casilla de la feria... Si este hablara... (Distraído pone una mano sobre las teclas y suenan) ¡Cáscaras! ¡que me pareció que iba a hablar! (Se acerca a ver los papeles que hay en el atril.) ¡Qué gracia tiene! El vals que tocaba para darme a entender que iba a las *Delicias* sin su padre... (Coje un abanico que hay sobre el piano) Este abanico es suyo... no hay más que verlo... (Se hace aire con él.) ¡Qué aire tan rico!... La verdad es que me estoy volviendo un poco poeta... (De pronto deja de hacerse aire y principia a pasar una por una las varillas del abanico hasta que lo cierra del todo) ¡Bah! ¡qué tontería! ¿Pues no dice el abanico que no me quiere? (Lo deja).

(Vuelve doña Rosa)

D.^a Ro. — Mira, Pepe, ahora mismo tomas el tren y te vas a Valencia.

PEPE. — (Alarmado) ¡Señora!

D.^a Ro. — Es inútil cuanto se haga. He visto a Carmen... No quiere oírte, ni verte, ni entenderte.

PEPE. — Pero ¿usted le ha dicho que yo...?

D.^a Ro. — Inútil, inútil todo. Ah, y lo que es con la salidita a la reja no sueñes.

PEPE. — Entonces, ¿qué vamos a hacer?

D.^a Ro. — Ven luego a la tertulia... y ya veremos.

PEPE. — ¿Cómo he de venir, doña Rosa, con la gente que aquí se reúne? El mocón de Verjeles, el animal de Currito...

D.^a Ro. — Pues hijo, no vengas... Yo no puedo hacer más.

PEPE. — Dice usted bien; vendré... ¿qué remedio? Y si no consigo hablar con ella esta noche, le escribiré a mi padre que me he roto el bautismo y que me es imposible ponerme en marcha... Se acabó. Conque hasta la noche.

D.^a Ro. — ¿Te vas sin ver a mi hermano? Ahí baja ya...

PEPE. — ¿Y para qué, si he de volver luego? Lo saludaré, sin embargo.

(Por la escalera llega don Tomás, despeinado y con un lado de la cara muy rojo. Se conoce que dormía como un bendito y que lo acaban de despertar.)

D. To. — ¡La despedidita de Dios!... Me ha cogido en lo mejor del sueño...

PEPE. — ¡Mi señor don Tomás! ¿cómo vamos?

D. To. — Así... medianamente... ¿Y usted? (Va a darle la mano y se la lleva a una pierna antes de que Pepe la estreche.) ¡Ay! Usted perdone; se me ha dormido esta pierna...

PEPE. — ¡Como que vienes tú dormido de arriba abajo!

D.^a Ro. — Hazte una cruz con saliva en la babucha.

D. To. — ¡Qué cruz ni qué!... (A Pepe.) ¡Conque a Manila?

D.^a Ro. — ¡A Valencia, hombre!

D. Ro.—Digo, a Valencia... (Estornudando.) ¡Ah, chís!... Ya lo he pillado..
¡Ah... chís!...

PEPE.—¡Jesús!

D. To.—Otra hermosura de esta época... ¡Ah... chís!... Cojo los catarros a
vuelo... ¡Ah... chís!...

D.^a Ro.—¡Vaya por Dios!

D. To.—¡Ah... chís!... Así hasta nueve. Es una fatalidad... ¡Ah... chís!..
Seis.

PEPE.—¡Pero, hombre!...

D. To.—¡Ah... chís!... Siete. Hasta nueve, ya digo. ¡Ah... chís!...

D.^a Ro.—Ocho.

PEPE.—¡Me está poniendo más nervioso que estaba!

D. To.—¡Ah... chís!... ¡Y nueve! ¡El último es atroz!

D.^a Ro.—¡Qué fastidio!

D. To.—(Dándole la mano a Pepe.) Bueno, pues... ya sabe usted dónde nos deja

PEPE.—No, si a despedirme volveré luego.

D. To.—(Estupefacto.) ¿Cómo luego?

PEPE.—A la noche... a la tertulia...

D. To.—(Furioso.) (Entonces ¿a qué porra me han despertado a mí.)

PEPE.—(Despidiéndose.) Adiós, doña Rosa... (Con sonrisa muy acentuada.) Don To
más...

D. To.—(Fingiendo una sonrisa semejante.) Adiós... (¿Qué hago, lo ahogo?)

PEPE.—Hasta la vista. (Vase. Momentos antes de irse Pepe sale Petrilla por la cancela
la y baja Dolores.)

PET.—(¡Ze va er mu mala zangre!)

DOL.—(¡Se fué er mardito!)

D. To.—(A Dolores, hecho un energúmeno.) ¡Tú!, ¿por qué me has llamado?

DOL.—La señorita Rosa me lo mandó.

D. To.—(Dando una vuelta y encarándose con su hermana.) ¿Tú?

D.^a Ro.—Déjame ahora... Está tu hija llorando a lágrima viva... (Vase muy aprisa
por la puerta del foro.)

D. To.—¿Mi hija?

DOL.—¿La señorita Carmen?

PET.—¡Probe zeñita Carmen!

D. To.—¿Y por ese pirata? ¡Bribón, mala persona!

DOL.—¡Ande usté y que se vaya con viento fresco!

D. To.—¿Qué viento fresco? ¡Con más calor que nunca!

PET.—¡Ajolá ze le pierda er baú!

DOL.—¡Ajolá escarrile!

D. To.—¡Yo no le deseo más sino que se case con una gorda! (Corriendo hacia
a puerta del foro.) ¡Pobrecita mía! (Petrilla y Dolores se miran consternadas.)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de noche. Las luces del patio encendidas. Luz también en el zaguán y en la escalera. La cancela está abierta durante todo el acto. Don Tomás y Verjeles juegan al ajedrez en primer término de la derecha del actor. Junto a ellos, en segundo término, cuchichean, doña Vicenta y Conchita. Más allá Plácido y Reposo bostezan y se aburreñ, el uno viendo un periódico ilustrado y la otra haciendo una labor de aguja. A derecha e izquierda del piano dos parejas formadas por Antonio y Lola y Pepita y Juanito, charlan por los codos. En particular, Antonio y Lola están como hipnotizados mutuamente. Don Apolinar lee un periódico taurino de pie junto a la cancela. Don Cristino, Currito y Roberto van de aquí para allá. Doña Rosa no aparece en escena. Hombres y mujeres visten bien. Ningún detalle cursi. A telón corrido se canta y se baila con acompañamiento de piano y castañuelas, la siguiente seguidilla:

Me dijiste veleta
por lo mutable:
si yo soy la veleta
tú eres el aire.
Que la veleta,
si el aire no la mueve
siempre está quieta.

Se oyen algunos «¡olé!» y muchas palmas a la terminación de la copla y entonces se levanta el telón. Carmen y Nievitas aparecen en medio del patio, como si acabasen de bailar. Matildita sentada al piano.

CAR.—(Quitándose las castañuelas de los dedos.) Se acabó: ya no bailo más

NEV.—(Lo mismo.) Ni yo tampoco.

D. CRIS.—¿Digo, eh? Ahora que se iba animando esto.

CAR.—¿Quién es el ama de estos palillos?

MAT.—Yo. Déjalos aquí sobre el piano. (Carmen lo hace.)

NEV.—Toma tú los tuyos, Conchita. (Se los da y se sienta a su lado)

CON.—(A doña Vicenta.) Guardátelos, mamá.

D. CRIS.—Pues nos dejan ustedes con la miel en los labios.

ROB.—(A Carmen.) ¿Quiere usted que bailemos los dos?

CAR.—(Sentándose a la izquierda, en primer término.) Ay, no, Roberto; si estoy cansadísima... Baile usted con Matilde.

MAT.—Entonces ¿quién va a tocar el piano?

ROB.—Dice usted muy bien. Bailaré con Concha.

CON.—(En tono de burla.) Tendrás que quitarte el chaqué.

ROB.—Espantárame a mí que no se hablara del chaqué.

NEV.—La verdad que es un poquillo largo.

CAR.—¡Parece una casulla! (Todos se rien.)

MAT.—(Pasando al lado de Conchita y sentándose.) ¿Le ha costado a usted mucho Roberto?

ROB.—Ya, ya está armada.

D. CRIS.—¡Lo trae como ventilador! (Nuevas risas.)

CUR.—¡Valiente *pitoreo!*

CAR.—Y hay que agradecersele. Yo, cuando pasa por mi lado, siento un fresquito...

D. TO.—Sí, sí, fresco esta noche... No se mueve una paja... ¡Maldito sea el calor!

(Currito se dedica a rondar a Carmen, sin atreverse a sentarse junto a ella, y con pensando el modo de entrar en conversación. Verjeles lo mira con recelo de cuando en cuando).

VER.—(A don Tomás) Usted juega.

D. TO.—(A Verjeles) Jaque al rey. Rey y reina, amigo mío. Lo he reventado usted.

VER.—¡Diablo! es verdad... ¿Y qué hago yo ahora?

ROB.—(Por meterse en todo) Llevar el rey a la negra; no hay otra salida. A este blanco no puede ir; y jugando lo que yo le digo a usted pierde don Tomás un caballo, porque...

D. TO.—¿Quiere usted callar? Si voy a jugar contra toda la tertulia...

D. APO.—(Con voz campanuda y tono solemne) ¡Caramba, caramba! (Leyendo) El cuarto saltó la barrera frente al uno...» ¡Demonio, demonio! (Continúa leyendo entre dientes.)

CUR.—(Pues, señor, eze Verjeles no me quita ojo).

NIE.—Oiga usted, don Cristino.

MAT.—¡Don Cristino!

CON.—¡Don Cristino!

D. CRIS.—(Acercándose a ellas.) Manden al viejo las rositas de Jericó. ¡Ay, que veinte añitos me están haciendo falta!

NIE.—¿Veinte más, don Cristino?

D. CRIS.—No, hija de mi alma; cuarenta menos. (¡Vaya un *saracatepeque* el de esta chispa!) (Por el pecho.)

NIE.—¿Cómo ha dicho usted que es el tango de moda?

D. CRIS.—¿Cuál? ¿el de la «capucha y vente»?

CON.—Sí.

D. CRIS.—Hacedme un huequecito. (Se coloca entre ellas.)

MAT.—Vamos a ver, vamos a ver.

CON.—Mamá, no te duermas; ya verás que bonito es ese tango.

D. CRIS.—Y que lo canto yo como los ángeles.

NIE.—Vamos allá.

(Sale doña Rosa por la puerta del foro y se detiene a oír a don Cristino.)

D. CRIS.—(Cantando a media voz)

Si alguna vez tú riñeras
por causa mía
con toa tu gente...

¡Gracioso!

Por los ojos de tu cara
coge la capucha y vente...

¡Gracioso!

Tú eres la tonta inocente,
tú eres la tonta perdía,
que por estar con tu gente
no estás a la vera mía.

¡Los hombres!

D.^a RO.—¡Qué mal lo hace usted, don Cristino!

D. CRIS.—¡Señoral

NE.—Lo que lo canta es al pelo.

MAT.—Muy requetebién; diga usted que sí.

D. CRIS.—(Tomándole la cara) ¡Gracias, pimpollo!

D.^a VIC.—Pues yo le encuentro mucha guasa al tango ese. Tangos los de Cádiz.

ROB.—Para tango bonito aquel que dice:

(Cantando)

Jerez de la Frontera
tuya es la fama...

D. CRIS.—(Huyendo.) ¡Hombre, por Dios, si eso es más viejo que el cocido de apas y garbanizos!

ROB.—Bueno, pero...

D. CRIS.—Nada, no le dé usted vueltas.

ROB.—¡Qué famoso es este don Cristino! (Don Cristino se pone a hablar con doña Rosa, refiriéndose a Carmen. Roberto se queda en el grupo formado por las muchachas y doña Vicenta, donde se habla por los codos y se ríe sin cesar.)

D. AYO.—¡Caramba, caramba! (Leyendo.) «Lo alcanzó al rematar un quite...» Demonio, demonio! «La herida es de pronóstico reservado...» ¡Mala cosa, *Lehuguita*, mala cosa!... (Sigue leyendo.)

D.^a VIC.—(En voz baja.) ¿Se han fijado ustedes en Carmen?

NE.—Algo le ocurre.

MAT.—Está muy triste y muy parada.

CON.—Parece otra.

ROB.—Yo les contaré a ustedes...

VER.—(Que no cesa de volver la cabeza para mirar a Carmen.) (¿Habla con ella ese animal de Curro?)

D. TO.—Conste que me he comido este alfil con mi caballo, ¿eh? (¡Un salto de medio tablero! Para que te embobes.)

CUR.—(Yo me *arranco* ahora mismo.) (A Carmen.) La encuentro a usted ojeroza...

CAR.—¿Sí? ¿Y qué?

CUR.—Nada; que la encuentro a usted ojeroza...

CAR.—Bueno.

CUR.—O... ojeroza... (Sin saber qué decir.) Y... y... la... (Pues, zeñor, me *ataigo* en habiendo gente. Me *arrancaré* cuando esté zola.)

D. CRIS.—(A doña Rosa.) Descuide usted y déjelo a mi cargo.

D.^a RO.—En usted confío. Yo lo que quiero es que se arreglen.

D. CRIS.—Eso queremos todos.

PEP.—(Riñendo con Juanito.) ¡No, no y no!

JUA.—¿Vuelta a lo mismo?

PEP.—Y me echaron a mí la culpa en tu casa de que te dieran calabazas en rancés.

JUA.—¿Quién te ha dicho eso?

PEP.—Un pajarito que me lo cuenta todo. Y tu padre se ponía: «Tiene la culpa quella muñeca.» ¡Y a mí no me llama tu padre muñeca!

JUA.—Con mi padre no te tienes tú que meter.

PEP.—Que no se meta tu padre conmigo.

JUA.—Té estás volviendo muy tonta.

PEP.—Más tonto eres tú.

JUA.—Por eso me quieres.

PEP.—¿Yo a tí? Quitate de mi vista.

JUA.—Pues hemos concluido!

PEP.—¡Pero para siempre!

JUA.—¡Para siempre! (Se vuelven bruscamente la espalda.)

D.^a RO.—¿Qué es eso? ¿Empezamos ya? (Acercándose a Juanito y a Pepita.)

JUA.—Déjenos usted, doña Rosa.

D.^a RO.—(Agarrando por una oreja a Juanito.) Ven acá tú... A hacer las paces ahomismo, pipiolos.

JUA.—Es que ésta...

PEP.—Es que éste...

D.^a Ro.—¡Chis, a callar! ¡Vaya con los niños!... (Juanito y Pepita al principio ac miran siquiera; luego comienzan a mirarse de reojo y acaban por hablarse y por entender Currito y don Cristino se reunen y hacen comentarios. Doña Rosa se va al lado de Carme ¿Qué te pasa, mujer?

CAR.—Nada, tía; que no tengo ganas de hablar...

D.^a Ro.—Pues a ver si pones otra cara, que parece que te has tragado el n librito. Vete allí con las niñas. (Carmen se levanta.) Y siento que no tengas ganas hablar...

CAR.—¿Por qué?

D.^a Ro.—Porque a nadie le gusta hablar sin ganas... y como luego tienes q hablar conmigo...

CAR.—¿Otra vez?

D.^a Ro.—Otra vez. No te muevas de aquí aunque se vayan todos.

CAR.—¡Qué tontería!

D.^a Ro.—Bueno; pero tú no te muevas. (Va de un grupo a otro, y en todos se tiene y charla un momento.)

CAR.—(Dirigiéndose al grupo de muchachas.) ¿De qué se ríen ustedes tanto?

NIE.—De tonterías... Oye... (Siguen cuchicheando y riéndose.)

D. Apo.—¡Caramba, caramba! (Leyendo.) «Tres estocadas, tres orejas...» E es el camino. ¡Bien, muy bien, me parece muy bien! (Continúa leyendo.)

D. To.—(A grandes gritos.) ¡Mate!, ¡mate!

D.^a Ro.—¡Ay, Tomás, que me has asustado!

VER.—¿En dónde está el mate, señor? Con poner aquí el rey...

D. To.—Es verdad; no había yo visto esta casilla... ¡Demonio, qué mal me sentado el gazpacho! No, y es que cargué la mano en el pepino...

VER.—(Mirando a Carmen.) ¡Ay! ¡Gracias a Dios que no estoy de espaldas bien que adoro!...)

D. CRIS.—(A Currito.) Fijese usted, fijese usted en aquellos dos. (Por Antonio Lola.) No tienen nada que ver con nadie. Hace seis días que están en relaciones. Ya pueden tocar a su lado un organillo, que no lo notan.

CUR.—¡Je, je! ¡Qué don Cristino!

D. CRIS.—(Señalando a Plácido y a Reposo.) Mire usted, en cambio, aquellos otr Diez y seis años de novios llevan...

CUR.—Ya, ya lo zé.

D. CRIS.—Vamos a acercarnos; verá usted qué conversación más animada. hacen.)

PLÁ.—(Conteniendo un bostezo mientras habla y bostezando al fin.) Ayer compré collar para el perro...

REP.—(Lo mismo.) ¿Sí?

PLÁ.—Sí.

REP.—¿Te ha costado mucho?

PLÁ.—Siete reales.

REP.—Es barato.

PLÁ.—Sí.

REP.—¿Tiene cascabel?

PLÁ.—Sí.

REP.—Me alegro.

PLÁ.—¿Por qué?

REP.—Porque sí.

PLÁ.—Ya, vamos.

REP. y PLÁ.—¡Aaaaaah!

CUR.—(Bajo a don Cristino.) ¡Ay, qué collera!

D. CRIS.—Bueno; pues así toda la noche. Espérese usted un momento; ve usted...

REP.—(Como antes.) ¿Te he dicho que están adoquinando mi calle?

PLÁ.—No.

REP.—Pues sí. El trozo de casa.

PLA.—Falta le hacía.

REP.—¡Ya lo creo!

PLA.—Como ahora vive allí un concejal...

REP.—Me alegro.

PLA.—Y yo.

REP. y PLA.—¡Aaaaaah! (Currito y don Cristino se apartan riendo.)

D. CRIS.—(Bostezando también como si se hubiese contagiado.) Parece que se van a comer, ¿verdad?

CUR.—Y puede que ze coman.

D. CRIS.—¡Calcule usted! ¡Diez y seis años abriendo el apetito!...

CUR.—¡Je! (Sale Dolores por la cancela y se va por la puerta de la derecha, después de hablar un instante con don Cristino.)

D. CRIS.—Oye, Dolores.

DOL.—¿Qué quiere usted?

D. CRIS.—Me han dicho que se vá tu novio

DOL.—Vaya con Dios.

D. CRIS.—Bueno: ya sabes que yo soy siempre el mismo.

DOL.—Pues peó pa usted: debía usted variá y sardría ganando.

D. CRIS.—Con tal que tú me quieras...

DOL.—¡Ay, qué grasioso!

D. CRIS.—Graciosa tú, terrón de sal...

DOL.—(Yéndose.) ¡Ér pendón der viejo, y es más feo que un sombrero de jipapa!

CUR.—Ziempre está usted ocurrente, don Cristino. Yo me *atarugo* a escape.

D. CRIS.—Es de nacimiento. Mi madre me contaba que yo le decía flores al na de cría... (Bajando la voz.) Esta noche la que me trae vuelto loco es Nieves.

CUR.—Como que hay que mirarla despacio.

D. CRIS.—¡Cuidado que anda bien de *bulle bulle!*

CUR.—¡Je, je! ¡Pues para mí que las caderas zon postizas!

D. CRIS.—¡Vamos; hombre, quite usted de ahí!

CUR.—Que zí, don Cristino; fijese usted bien.

D. CRIS.—¡Quía! Yo se lo diré a usted luego...

(Carmen, después de detenerse unos momentos con Plácido y Reposo y con Juanito y Pe-
ta, vuelve a sentarse donde estaba.)

D. TO.—¡Canario, me vuelve usted tarumba con tanto mirar a todas partes!

VER.—(¡Qué suplicio el de adorar al santo por la peana!)

D. TO.—Y a propósito, hombre. Estoy tocando el violón.

VER.—¿Hay novedad alguna?

D. TO.—(Con gran misterio.) ¡Gran noticia! Pepe Romero se va mañana a su
rra.

VER.—(Poniendo las manos loco de alegría, sobre el tablero y deshaciendo el juego.)

¿Qué me dice usted, don Tomás? *

D. TO.—¡Hombre, hombre! ¡No sea usted fullero! ¡El juego era mío!

VER.—Como a usted se le antoje... Después de nueva tan agradable... (Suspi-
do con íntimo gozo.) ¡Ay! ¡En el tranvía de mi felicidad acabá de entrar un via-
ro!

D. TO.—(¡Qué cursi es este hombre!) (Levantándose.) Vaya, se acabó: no puedo
tar más tiempo sentado.

ROB.—¿Ganó usted?

D. TO.—¡Como siempre! ¿Quién se viene conmigo al jardinillo?

D. APO.—Este cura, mi señor don Tomás. Vámonos.

D. CRIS.—(A doña Rosa.) (Creo que ha llegado el momento.)

D.^a RO.—(A don Cristino.) (Sí).

D. CRIS.—Señoras, señoritas y señoritos; yo propongo que demos una vuelta
r la plaza como anteanoche.

NE.—¡Aprobado!

ROB.—¡Magnífico!

MAT.—¡Admirable!

CUR.—Me parece muy bien.

VER.—Y a mí de perlas.

ROB.—(Echando sus cuentas consternado.) (Se me van las cuatro pesetas en higo chumbos.)

D. CRIS.—Pues no hay que perder tiempo,
(Se levantan todos menos Carmen, Antonio y Lola.)

CON.—Vamos, mañana.

D. CRIS.—(A Carmen.) ¿Vienes tú también pinientilla.

CAR.—No; yo me quedo.

CUR.—(¡Mejor para mí!)

VER.—(Su tristeza mal disimulada me hace temer que no le importo un rubano.)

D. CRIS.—(Dándole un pellizco.) ¡Alegra esa cara, tontuela!

CAR.—¡Ay, don Cristino!...

D. TO.—Pero, hombre, que siempre has de andar pellizcando...

D. CRIS.—Mira el otro por donde sale... ¡Si la he conocido así! (Indicando medida de estatura.)

D. TO.—¡Bueno; pero ahora está así! (Indicando la estatura de Carmen.) Vamo don Apolinar, vámonos nosotros.

D. APO.—Vamos (Se van por la puerta de la derecha. Don Cristino se entromete en grupo de las muchachas, las pellizca, bromeando y riéndose, y las empuja hacia la cancela. Doña Rosa invita a irse a las parejas enamoradas.)

D.^a RO.—Ustedes, tortolitos, a seguir arrullándose en la calle.

PLÁ.—(Sin dejar los bostezos.) Anda...

REP.—(Lo mismo.) Anda...

PEP.—Mira que vamos a reñir otra vez.

D.^a RO.—Dejad eso ahora.

D. CRIS.—¡A la calle, a la calle!

VER.—(Yo voy a meditar a solas mi línea de conducta.) (Vase disimuladamente por la puerta del foro.)

ROB.—¿Vamos, niñas?

NEV.—Carmen, ¿no vienes?

CAR.—No, no estoy buena...

MAT.—Vaya por Dios, mujer.

CAR.—Divertirse.

NEV.—(Aquí hay gato encerrado.) (Se van todos por la cancela charlando animadamente.)

D. CRIS.—(Señalando a Antonio y a Lola, que continúan sentados como si nada tu con ellos.) ¡Eh! ¿Y aquellos dos? ¡Jóvenes, que nos vamos a dar una vuelta!

D.^a RO.—Andar, andar... (Se levantan y se encaminan hacia la escalera, primero después hacia la cancela sin quitarse ojo y sin dejar de hablarse.)

D. CRIS.—¡Eh! ¡Que no es por ahí! (A doña Rosa.) ¿Usted no ve eso? Nada, y va sin sombrero el hombre...

CUR.—(Cogiendo del perchero un sombrero de paja.) Ezte ez el zuyo. Yo ze daré.

D. CRIS.—Aguarde usted un momento, Currito. (Hablando bajo con doña Rosa muy rápidamente.) ¿Dónde está Pepe?

D.^a RO.—En la callejuela, arrancándose los pelos del bigote.

D. CRIS.—Voy a buscarlo. Usted queda en avisarnos por la ventana cuán debe entrar.

D.^a RO.—Cabalito.

D. CRIS.—Pues que sea pronto.

D.^a RO.—Lo más pronto posible.

D. CRIS.—(Uniéndose a Currito en la Cancela.) ¿Vámonos, Currito?

CUR.—Vámonos.

D. CRIS.—¿Qué iba yo a decirle a usted?... (Deteniéndose un instante.) ¡Ah! caigo... Que tenía yo razón.

CUR.—¿Cómo?

D. CRIS.—(Bajando la voz.) ¡Que no son postizas!

CUR.—¡Ja, ja, ja! (Se van riéndose.)

D.^a RO.—(A Carmen.) Espérame tu aquí. Voy a ver qué hacen los del jardínillo, ay que atar bien todos los cabos.) (Vase muy aprisa por la puerta de la derecha.)

CAR.—Pero qué conspiraciones y qué enredos trama mi tia, y qué empeño tienen hablarme de lo que yo no quiero hablar... Es capaz de revolver Roma con Santiago con tal que nos veamos Pepe y yo. Si ella supiese lo que me atormenta, seguro no lo intentaba. Pero ni presume siquiera el sacrificio que me costaría verlo y oirlo después de lo pasado... Hablar con él... ¿Para qué si no lo perdono? Me dolió tanto el primer desengaño, que me dá mucho miedo del segundo... La sima resistencia que halló el primero en mi cariño hallarian ahora sus palabras... él cree otra cosa, ¡buen chasco va a llevarse! No cedo, no, no cedo. (Vuelve por cancela Currito.)

CUR.—(Ni de encargo encuentro una ocasión como esta.)

CAR.—(Estremeciéndose al oír pasos.) (¿Quién es?)

CUR.—(Acercándose a Carmen y poniéndosele inmediatamente detrás.) (Zeguramente me aguarda.)

CAR.—(¿Pues no estoy temblando?... Si parece mentira...)

CUR.—(¡Mira que zi me dijera que zi!...)

CAR.—(Pero ¿quién será?)

CUR.—(Nada, que me arranco.) ¿Da usted zu permizo?

CAR.—(Levantándose muy sorprendida.) ¡Jesús, hijo, que me ha asustado usted!

CUR.—¿Es de veras?

CAR.—¿Qué hacía usted ahí detrás?

CUR.—(Riéndose.) Verle a usted los pelitos del cogote...

CAR.—(Soltando la risa.) ¡Ave María, qué entretenimiento!

CUR.—¡Como que zon preciosos!

CAR.—Muchas gracias en nombre de los pelitos. Siéntese usted... (Así habrá un estorbe.) (Se sientan los dos a la derecha.)

CUR.—(¡Qué fina!)

CAR.—(Primera vez que es oportuno este animal.) (Pausa. Carmen se sonríe. Curo no sabe cómo tomar la embocadura.)

CUR.—La encuentro a usted ojeroza.

CAR.—Sí; eso ya me lo dijo usted antes.

CUR.—¿Antes? No me acuerdo...

CAR.—Yo sí; me hizo mucha impresión la frase.

CUR.—¡Guazona!

CAR.—(¡Vaya! ¡Este viene decidido a todo!) (Pausa.) ¿Cuándo llegó usted de su pueblo, Currito?

CUR.—Ayer.

CAR.—¿Ayer?

CUR.—Ayer de mañana, zi zeñora.

CAR.—Y qué ¿se ha divertido usted mucho?

CUR.—Azí, azí...

CAR.—¿Lo menos ha estado usted un mes?

CUR.—Un mes y un día.

CAR.—Vamos, como las condenas de los presos.

CUR.—¡Guazona!

CAR.—(¡Y dale!) ¿Piensa usted volver este verano?

CUR.—Es posible que vaya a una boda.

CAR.—¿Quién se casa allí?

CUR.—Manólitita Crespo.

CAR.—Ah, sí; la conozco. ¿Es muy amiga de usted?

CUR.—Psch... regular de amiga.

CAR.—Lo pregunto, porque iba a decir que me parece un poquito esposa!

CUR.—Algo, algo.

CAR.—¿Y quién es el novio?

CUR.—Zu primo Arturo.

CAR.—¿Uno que es tuerto?

CUR.—Ya no; ze ha puesto un ojo de cristal.

CAR.—Eso es otra cosa. Ella tuvo antes otro novio, ¿verdad?

CUR.—(Muy turbado.) Zí, zeñora... (¡Verá usted zi lo zabe.) ¿Usted lo conoc

CAR.—De oídas.

CUR.—(¡Respiro!)

CAR.—No sé de él más que lo que me escribió una amiga.

CUR.—(Alarmado.) ¿Y qué le escribió a usted, puede zaberze?

CAR.—(A ver qué cara pone.) Nada; que Manolita había entrado en relacio
con el niño más bruto de su pueblo.

CUR.—(Muy enojado.) ¿Zí? ¡Pues que me dispenze zu amiguita de usted, p
ezo es ganas de hablar!

CAR.—¿Por qué?

CUR.—Porque... ¡porque cualquiera zabe cuál ez el más bruto de mi pue
(Sale doña Rosa por la puerta de la derecha.)

D.^a Ro.—(Aquellos dos están muy apenados porque no pueden jugar al tro
llo... Avisaré al galán... (Al ir hacia la puerta del foro ve a Currito.) ¿Eh? ¿Qué es es
(Deteniéndose.) ¿Le parece a usted el muy pollino?... Voy a plantarle la boleta
mediatamente.) (Acércase de pronto a Currito fingiendo alteración.) ¡Currol (Currito
Carmen se asustan y se levantan.)

CAR.—¡Ay!

CUR.—¡Zeñora!

D.^a Ro.—¿Has visto a Verjeles?

CUR.—¿Cuándo?

D.^a Ro.—¡Después que se marcharon todos.

CUR.—No.

D.^a Ro.—¿Ni has hablado con él?

CUR.—¡Zí no lo he visto!

D.^a Ro.—Pues te anda buscando... En el jardinillo me parece que está...
ver si me lo pescan.) Entró aquí lívido, descompuesto... Algo le pasa indudal
mente.

CUR.—¿Zí?

D.^a Ro.—Sí; corre, corre a buscarlo. Con nosotras no guardes cumplido.
Eilo ha de ser para algo muy gordo.

CUR.—(¡Cuerno! ¿Zí andará la niña esta en el ajo?) Voy, voy... Dice us
que cree que en el jardinillo, ¿eh?... Con permizo de ustedes... (A eze tío voy
a tener que darle dos *mascás*.) (Vase a escape por la puerta de la derecha.)

CAR.—Pero, tía...

D.^a Ro.—Déjame tú a mi. que yo me entiendo. (Vase tras Currito. Sale Verje
por la puerta del foro.)

VER.—(Meditando mi linea de conducta me ha parecido escuchar mi nomb
(Se fija en Carmen.) ¡Ah, ella sola! ¿Habrá salido de sus labios?... No es posible
contrar ocasión más *calva*. (Acercándose.) Carmencita.

CAR.—¿Usted aquí, Verjeles?

VER.—¿Dónde mejor?

CAR.—Siéntese usted, si gusta.

VER.—Ya lo creo... (Se sientan los dos a la izquierda.) ¡Qué alegre sonrisa!...
un amanecer de primavera...

CAR.—(Pues no sabes tú que va a anochecer muy prontito.) (Vuelve doña F
por donde se fué.)

D.^a Ro.—(¡Ajajá! Me lo coge para el tresillo, como yo esperaba. Ya no
sueltan en dos horas. Le avisaremos al apuesto doncel.) (Al ir hacia el foro repar
Verjeles que habla entusiasmado con Carmen y se queda clavada. De pronto, como obs
ciendo a una idea repentina, se acerca a ellos dando muestras de agitación y grita: ¡V
jeles!

VER.—(Levantándose alarmado.) ¡Señora mial

CAR.—(Levantándose también.) (¿Otra vez?)

D.^a Ro.—¿Ha visto usted a Currito?

VER.—Antes lo ví.

D.^a Ro.—Digo ahora.

VER.—Ahora veía cosa bien distinta...

D.^a Ro.—Détese usted de flores.

VER.—¿Puede qué ocurre?

D.^a Ro.—Que lo anda buscando a usted.

VER.—¿A mí? ¡Pues a mí el que me busca me encuentra!

D.^a Ro.—No, pues él no le ha encontrado a usted todavía... Aquí estuvo hace
co. Venía lívido, descompuesto... A la calle se fué echando chispas. Algo le
sa; no le quepa a usted duda.

VER.—¿Y dice usted que preguntaba por mí?

D.^a Ro.—¡Como que a eso vino!

VER.—Pues ustedes sabrán perdonarme... porque presumo que se trata de
yo muy serio.

D.^a Ro.—Muy serio. Vaya usted, vaya usted...

VER.—¿Dice usted que se fué a la calle?

D.^a Ro.—A la calle, justo.

VER.—Lo encontraré en seguida.

D.^a Ro.—¡En seguida!

CAR.—¡Camino llevas!

VER.—Hasta luego, señoras mías... (¿Si andaremos a cincarazos por esos
os?) (Vase por la cancela como alma que lleva el diablo.)

CAR.—Pero, por los clavos de Cristo, ría; ¿a qué conduce todo esto?

D.^a Ro.—Tú te callas. Oye, y si viene ahora otro por el estilo, le dices que lo
peran estos dos en las *Delicias Viejas*... Y aguárdame aquí. (Vase precipitadamente
la puerta del foro.)

CAR.—No me cabe duda; entre don Cristino y mi tía tratan de favorecer la en-
vista de Pepe conmigo. Bien claro está el juego... ¡Qué obstinación... y qué ton-
ta! (Pausa.) Pero, ¿será capaz de venir a hablarme? Y yo, ¿debo oírlo?... No,
de ningún modo... Y por si acaso... (Va hacia la escalera a tiempo que llega Pepe
la cancela, la ve y la llama.)

PEPE.—Carmen...

CAR.—(Deteniéndose.) ¡Jesús!

PEPE.—Carmen... no se vaya usted. Yo se lo suplico.

CAR.—(Muy sorprendida.) ¡Se ha quitado la barba!

PEPE.—¿Quiere usted que hablemos un momento?

CAR.—¿Que hablemos?... Yo no tengo nada que hablar con usted.

PEPE.—Yo, en cambio, tengo mucho. Hablaré yo solo. ¿Me oirá usted?

CAR.—No respondo de mi paciencia.

PEPE.—Procuraré molestar a usted muy poco tiempo...

CAR.—Entonces... ya que esto parece inevitable... (Se sienta.) Después de todo,
¿qué más da? Me haré la ilusión de que llega hasta mí el ruido de la fuente del
dijillo.

PEPE.—(Sentándose también.) ¡Ojalá le parezcan a usted tan gratas mis palabras!

CAR.—Si lo digo por el caso que voy a hacerles... tonto...

PEPE.—(¡Empieza por llamarme tonto!...) (Pausa larga.) Carmen... Carmen...

CAR.—No me he dormido, no...

PEPE.—(¡Sigue tan burlona la fierecilla esta!) ¿Sabes a lo que vengo?

CAR.—Sí; lo he leído en los periódicos de hoy.

PEPE.—Los periódicos no han dicho nada, pero tú lo sabes.

CAR.—Entonces, ¿a qué me lo preguntas?

PEPE.—Necesito explicarte... Me llama mi familia a Valencia, y no quiero ni
doirme sin explicarte...

CAR.—¿Explicarme qué?

PEPE.—Mi conducta contigo.

CAR.—Puedes ahorrarte la explicación: la sé de memoria.

PEPE.—¿Ves tú? Me juzgas por hechos que... así a primera vista... Pero no es

eso, no; yo te diré... yo te diré... Mira: desde la última noche que acudí a tu ventana...

CAR.—¿Por qué no tomas la historia desde la primera?

PEPE.—¿Quieres tú?

CAR.—Desde que celebraste con tus amigos tu triunfo; desde que le dijiste alguno de ellos: «¡Buen hallazgo de feria! ¡Ya tengo novia para toda la temporada!...»

PEPE.—¿Yo? ¿Pero tú me supones capaz?...

CAR.—¿De decir eso?

PEPE.—Sí.

CAR.—Te supongo capaz de pensarlo y de hacerlo...

PEPE.—Por Dios, no me ofendas, que no soy tan malo como presumes, ni t necio como te han dicho. Ese chisme ruin habrá salido del caletre de algun dioso de mi fortuna... de alguno que llamó a tu reja un día y otro día... y se f con dolor en los nudillos, sin lograr que se asomara a los cristales tu carita sa da. ¿No es esto verosímil? ¿Quién te asegura que he sido yo el autor de la fras

CAR.—Tu proceder me lo asegura.

PEPE.—¡Qué cruel eres conmigo!

CAR.—Para corresponderte en todo hasta última hora.

PEPE.—(Levantándose con vehemencia.) ¿Qué dices?

CAR.—Nada.

PEPE.—Sí, sí; no lo niegues, ya que no has podido refrenar esa acusación he de amargura que se te ha subido a los labios... Tienes razón, tienes razón: ¿a q voy a disimularlo más tiempo? Confieso que te he hecho objeto de la crueld más grande... Y el que tú me acuses así, el que así lo comprendas, me causa un timo consuelo, porque me prueba que aún vive en tu corazón el recuerdo queri de aquellas noches en que supimos encerrar toda la dicha de la tierra en el mar de flores de tu ventana.

CAR.—(En tono de burla.) Suena bien, suena bien el surtidor de la fuente del j dinillo...

PEPE.—Carmen, no te burles... Oyeme, que te estoy abriendo mi alma... no he venido aquí a discutir si soy o no culpable, como haría quien quisiese n nos, ni si merezco o no merezco tu perdón. He venido a decirte que, a pesar lo pasado, te quiero más que nunca. Hecha esta declaración sincera y noble, te suplico que me creas. No dejes que me vaya de aquí sin una sombra de esp ranza... Piensa que acaso, y sin acaso, si me voy así... me iré para siempre. no es verdad que es muy triste que tú y yo nos separemos para siempre?

CAR.—(Levantándose.) Basta ya. He sido muy débil al concederte esta entrev ta. No tengo yo la culpa... Palabras ya sabía yo que no habían de faltarte, porq tu cariño de siempre no ha sido más que palabras y palabras que por fortuna llevó el viento. Es todo inútil, como ves. No te creo; no puedo creerte.

PEPE.—¿Pero es posible que dudes de la sinceridad con que te hablo?

CAR.—¿Pero es posible que no dudes?

PEPE.—No te ofrezco pruebas de mi cariño, porque yo imagino que ningun hay mejor que esta confesión que te he hecho.

CAR.—Pues ya ves que no basta.

PEPE.—¿No será eso obstinación caprichosa?

CAR.—Sea lo que sea no basta.

PEPE.—¿Es decir, que el mal no tiene remedio?

CAR.—No lo tiene.

PEPE.—¿Que dejas que me vaya?

CAR.—Sí.

PEPE.—¿Que ya no me quieres? (Carmen niega con la cabeza.) Dilo con los bios.

CAR.—No.

PEPE.—Calla, no lo repitas. Tú crees que merezco este castigo; yo te juro q no. En fin, sea... Acabó el idilio de Sevilla... (Pausa.) No olvides que te he sup cado...

CAR.—Descuida; no lo olvidaré.

PEPE.—Que he hecho cuanto he podido porque se realizaran nuestros sueños un día...

CAR.—Ya, ya.

PEPE.—Que eres tú la que...

CAR.—Sí, hombre, sí. No me olvido de nada. ¡Si vieras qué memoria tengo!

PEPE.—Pues adiós.

CAR.—Adiós.

PEPE.—(Resistiéndose a irse.) Si alguna vez vas a Valencia...

CAR.—Es difícil.

PEPE.—Bien está. Despideme de tu padre.

CAR.—Bueno.

PEPE.—Y de tu tía...

CAR.—Bueno.

PEPE.—Díles que no he podido detenerme...

CAR.—Bueno; se lo diré.

PEPE.—¿No me das la mano?

CAR.—(Tendiéndosela sin mirarlo.) Sí.

PEPE.—(Estrechándole la mano con emoción.) Al menos seguiremos siendo ami-

os. . .
CAR.—¿Amigos...? Bien.

PEPE.—¿Nada más?

CAR.—Nada más.

PEPE.—¡Qué tristeza!

CAR.—(Conmoviéndose) ¿Tristeza? ¿Por qué?

PEPE.—¿Qué tienes?

CAR.—(Reponiéndose y alejando su mano.) Nada. Suelta.

PEPE.—Adiós, entonces. (Vase.)

CAR.—Adiós. (Pausa. Corre a la cancela para cerciorarse de que Pepe se ha ido y examina con pena: ¡Se fué! (Con despecho.) ¡Se fué!

(Por la puerta de la derecha llega Dolores y se acerca a Carmen con solicitud.)

DOL.—¿Qué es eso señorita? ¿Ha reñido usted der to con er señorito?

CAR.—¡Déjame en paz!

DOL.—Le arvierto a usted que debe usted alegrarse; tan retepiyo es el amo como moso. A mi Esteban lo he puesto como un reverendo guñapo, en cuanto he sa-
o que han compraio ya los billetes pa irse mañana. ¡Le parese a usted?

CAR.—¿Cómo te voy a decir que me dejes?

DOL.—Asín son tos los hombres. Er mejó debía serví de ferpúo pa limpiarnos
sotras los pies. Por supuesto que pa que mi Esteban no se figure que se me in-
orta un grano de arpiste, ya me he arreglao con ese de la tienda de montañés de
esquina, que me había pedío la conversasión, y que está conmigo desde hace un
es más fino que un dentista. Usted lo conoserá; uno rubio, güen moso, de Cádi é,
on er pelo enrisao, que le disen *Arrope*...

CAR.—¿Pero tú te figuras que estoy yo para que me hables de *Arrope*? ¡Ve-

ya!
DOL.—Pos mire usted, señorita, es mu güen muchacho; mantiene a su madre, a
a güielo, que está impedío, a un tío carná, hermano de su padre, y ha juntao pa
brá de quintas a su hermaniyo er chico.

CAR.—¿Quieres irte, mujer?

DOL.—Es que si usted no fuera tonta...

DAR.—¡Que te vayas te digo!

COL.—Güeno, no se enfade usted, señorita Carmen. (Yéndose por la escalera.
Será infel) la pobre? Con su cara y mi genio... ¡traía yo a tos los sevyanos de
roniya!

(Sale por la puerta del foro doña Rosa.)

D.^a RO.—Niña, ¿estás sola?

CAR.—(Nerviosa y descompuesta.) ¿Sola? No.

D.^a RO.—¿Cómo que no? (Mirando a todas partes.) Pues ¿con quién estás?

CAR.—Con usted, tía.

D.^a Ro.—Mira qué gracia. Se conoce que hay buen humor, ¿eh?

CAR.—Sí. Muy bueno,

D.^a Ro.—¿Y Pepe?

CAR.—Se fué.

D.^a Ro.—(Muy sorprendida.) ¿Que se fué?

CAR.—Sí, señora; que se fué, que se fué, que se fué.

D.^a Ro.—Bueno, hija, bueno. (Remedándola.) Vaya con Dios, vaya con Dios, vaya con Dios.

CAR.—Eso falta ahora; que se divierta usted conmigo.

D.^a Ro.—Es que te pones de una manera...

CAR.—Mejor, mejor y mejor. Y le suplico a usted que no me venga con paños calientes. Esto se ha concluido, se ha concluido y se ha concluido.

D.^a Ro.—¡Ea, pues se ha concluido! (Hace que se va y vuelve.)

CAR.—Tía.

D.^a Ro.—(¡Pues no se ha concluido!) ¿Qué quieres?

CAR.—Que la conozco a usted, que la conozco a usted, que la conozco a usted.

D.^a Ro.—Pero, hija, ¿qué manía te ha dado de hacer *tres ediciones* de todas las frases?

CAR.—No se me vaya usted por la tangente. Ya usted sabe lo que quiero decirle. Cuidadito como vuelva usted a insistir...

D.^a Ro.—¿Yo? Dios me libre. Puedes estar tranquila.

CAR.—Sí; porque sería usted muy capaz de llamar a Pepe de nuevo.

D.^a Ro.—Vamos, mujer, no digas disparates...

CAR.—Es que aunque lo llamase usted sería inútil.

D.^a Ro.—Es que no lo llamo.

CAR.—No me da a mí la gana de que se vaya a figurar que es cosa mía.

D.^a Ro.—Pero ¿no te estoy diciendo que no lo llamo?... ¿Quieres que te jure? Bastantes quebraderos de cabeza me ha costado ya. Y mira, hablando a plata: después de todo, me alegro de esta solución. Así se hace tu gusto. Me motivas tú que yo para conocerlo, y cuando tú aseguras que es un tarabana...

CAR.—A buena hora me da usted la razón.

D.^a Ro.—Más vale tarde que nunca, hija... Voy a ver si tu padre quiere algo y en seguidita la cama será conmigo.

CAR.—¿Va usted a acostarse?

D.^a Ro.—¡Ya lo creo!

CAR.—¿Será usted capaz?

D.^a Ro.—¡Pues no qué no!

CAR.—Me parece muy bien.

D.^a Ro.—Lo celebro mucho, así dormiré más tranquila.

CAR.—¡Tía, tía, tía!

D.^a Ro.—¿Vuelta a lo mismo?

CAR.—¡Parece mentira que me trate usted tan mal, con el dolor de cabeza que tengo!

D.^a Ro.—En cuanto te quedes sola se te quita.

CAR.—Tiene usted razón, porque más vale estar sola...

D.^a Ro.—Eso: que mal acompañada.

CAR.—¡Tía, tía, tía!

D.^a Ro.—¡Sobrina, sobrina, sobrina! ¡Que te alivies, que te alivies, que te alivies! ¡Me tienes hasta el moño, hasta el moño, hasta el moño! (Vase rápidamente por la puerta de la derecha. Llega don Cristino por la cancela, dado a los diablos.)

D. CRIS.—Pero vamos a ver, ¿qué es esto?

CAR.—¿Usted ahora?

D. CRIS.—Pues ¿qué creías? ¿Que yo me iba a quedar con los brazos cruzados ante una picardía semejante? ¿Tú te figuras que se juega así con los hombres?

CAR.—Ah, ¿pero viene usted a defenderlo?

D. CRIS.—¡Naturalmente! ¡Y a llamarte a tí tonta de capirote! ¡El demonio de pelusa está!... ¡Lo que tú tienes son muchos muñecos en el piso alto! ¡Yo no sé de esas ilusiones que has llegado a hacerte con ese cuerpo de alfiler de cabeza negra, esa cara de ochavo, y esa nariz que parece un pestiño!

CAR.—¡Yo sí que no sé lo que usted se ha imaginado que soy yo para tratar de esa manera! ¿Quién le da a usted vela en este entierro? Si soy fea o bonita a usted le parezco a usted esto o lo otro, se lo ha debido usted callar. ¿Le he dicho a usted alguna vez que me parece un palillero?

D. CRIS.—¿Cómo un palillero? ¡Niña, niña, más respeto a mis canas!

CAR.—¡Y si usted y mi tía y el otro y el de más allá se han propuesto volverme a la tía, se equivocan de medio a medio! ¡Pues no faltaba más! ¡Tengo ya la cabeza como un bombón! ¡No me diga usted una palabra siquiera, porque no lo escucho! ¡Don Cristino trata de hablar! ¡Que se calle usted, don Cristino, que estoy muy nerviosa! ¿No está usted viendo que estoy muy nerviosa? (Afligiéndose.) Mire usted que es mucha pensión... que ha de hacer una lo que quieran todos... Y la que lo echado a perder es mi tía, mi tía, mi tía, mi tía... (Encarándose otra vez con don Cristino.) ¿Cómo le voy a decir a usted que se calle? (Don Cristino huye de ella.) ¡No quiero oír a nadie, ni ver a nadie, ni entender a nadie!... ¿Quiere usted dejarme en paz, hombre de Dios? ¡Déjeme usted en paz, déjeme usted en paz, déjeme usted en paz! ¡Ay qué sinapismo de viejo, que charla más que un sacamuelas! (Vase estampando, lloriqueando, por la puerta del foro. Por la derecha vuelve doña Rosa.)

D.^a Ro.—¡Don Cristino!

D. CRIS.—¡Doña Rosa!

D.^a Ro.—¿Y Carmencita?

D. CRIS.—¿Carmencita? ¡Buena la ha hecho usted!

D.^a Ro.—¿Yo?

D. CRIS.—Usted.

D.^a Ro.—¡Ay, qué gracia!

D. CRIS.—¿Gracia? ¡Yo no me río!

D.^a Ro.—Ah, pues no deje usted de mirarse al espejo.

D. CRIS.—¡Señora! ¿Tengo yo monos en la cara?

D.^a Ro.—¿Qué más mono que usted?

D. CRIS.—¿Sí? ¡Pues no le parecí a usted tan feo cuando le hice el amor en la cama, que si no está allí aquel teniente de lanceros, me parece que hay *chanchullo*, señora mía! Y bastante le habrá pesado a usted luego que la deslumbrara el brillo del uniforme.

D.^a Ro.—¡Vamos, quítese usted de mi vista, espantapájaros!

D. CRIS.—No será sin decirle a usted que su sobrina se ha portado muy mal con mi amigo.

D.^a Ro.—Como su amigo de usted se ha portado tan bien con ella...

D. CRIS.—Vaya, no desbarre usted, mi respetable señora.

D.^a Ro.—Poco a poco. El que desbarra, mi respetable señor...

D. CRIS.—La que desbarra...

D.^a Ro.—El que desbarra...

D. CRIS.—¿Pero usted cree que tiene más talento que nadie?

D.^a Ro.—¡Aviada estaba yo si no tuviese un poco más que usted!

D. CRIS.—Le suplico a usted que no olvide que estoy hablando con una dama.

D.^a Ro.—Yo creo que eso quien no debe olvidarlo es usted.

D. CRIS.—¿Yo?

D.^a Ro.—¡Usted!... ¡cara de pipa!

D. CRIS.—¿Como cara de pipa? (Sale don Tomás por la puerta de la derecha llevándose las manos al estómago y con muy mal humor.)

D. To.—¿Se puede saber qué le han echado hoy al gazpacho?

D. CRIS.—¡El otro!

D. To.—¿Qué es eso del otro? ¿Pasa algo aquí?

D. CRIS.—¡Nada! Tu hermana...

D. To.—Mi hermana, ¿qué?

D.^a Ro.—Don Cristino...

D. To. — Don Cristino, ¿qué?

D. CRIS. — Tu hija...

D. To. — Mi hija, ¿qué?

D.^a Ro. — Lo de siempre: Pepe Romero.

D. To. — (Furioso.) Pero ¡porra! ¿queréis hablarme claro?

D.^a Ro. — ¿No te digo que lo de siempre?

D. To. — ¡Ah! ¿Se trata de nuevos enjuagues? ¡Por vida de... ¿Cuándo vas hacerme caso, hermana de mis culpas? ¿Aún no estás persuadida de que ese pol es un matutero?

D. CRIS. — ¡Tomás, mira lo que hablas! ¡Le has dado una bofetada moral a persona de mi amigo!

D. To. — Pues como te descuides te doy a ti otra. Y la tuya no va a ser más.

D. CRIS. — ¡Mira lo que dices!

D. To. — Digo... digo... digo que desde que nos trajiste aquí a ese príncipe r so no tenemos un momento de tranquilidad, ni se habla más que de él a todas h ras. Y Pepe para arriba, y Pepe para abajo, y Pepe en la sopa, y Pepe en la be za, y Pepe... ¡Y ya me hace daño a mí tanto Pepe! ¡Ay! (Llevándose las manos al tómag.) ¡Y tanto pepinol Porque para mí que el pepino es el que tiene la culpa esto...

D. CRIS. — Lo que yo te aseguro...

D. To. — ¡No quiero oír nada!

D. CRIS. — ¡Lo oírás, mal que te pese! Quiero que conste que si yo presen aquí a ese muchacho fué por instigaciones de tu hermana...

D.^a Ro. — ¡Poco a poco!

D. CRIS. — ¡Déjeme usted acabar! Y si ahora toma el tren y se larga a Vale cia...

D. To. — Si ahora toma el tren y se larga a Valencia—hablemos claro—tú te drás un verdadero disgusto...

D. CRIS. — ¡Sí, señor!

D. To. — Porque se te acaba el filón de las cenitas en Eritaña, que todo se, sat

D. CRIS. — ¡Tomás! ¿por quién me tomas?

D. To. — ¡Por un viejo chulo! Mira éste...

D.^a Ro. — ¡Muy bien dicho!

D. CRIS. — ¡Señoral!

D. To. — Si no lo fueras no te irías una noche sí y otra no a beber manzani con cuatro flamencos tristes y cuatro pindongas.

D. CRIS. — Tomás!

D. To. — ¡Cristinol!

D. CRIS. — ¡O te cañas o digo lo de la calle del Espejo!

D. To. — ¡Dilo y te salto un ojo! (Quedan mirándose en actitud amenazadora. S Carmen por la puerta del foro tranquila y risueña.)

CAR. — ¿Qué pasa aquí? Desde la ventana del gabinete se oyen las voces... ¿Q es ello, tía?

D.^a Ro. — ¡Vaya usted enhoramala!

CAR. — ¿Qué es ello, don Cristino?

D. CRIS. — ¡Vaya usted mucho con Dios!

CAR. — (Acercándose a don Tomás con zalamería.) ¿Me lo dices tú papaflo? (Don C tino y doña Rosa se sientan y no cesan de mirarlos y de mirarse llenos de asombro, a med que oyen lo que se dicen padre e hija.)

D. To. — Ven a mis brazos, hija de mi alma... No hagas caso de ese par de tantiguas...

CAR. — Ya sé yo que tú eres el único que a mí me quiere...

D.^a Ro. — ¿Le parece a usted?

D. CRIS. — ¡Bueno va!

D. To. — Sigue tú siempre mis consejos, hija mía, y déjate de historias...

CAR. — Pues ¿qué consejos he de seguir más que los tuyos?...

D. To. — ¡Bendita seas! Vales un imperio. Tú no sabes la pelotera que he te do con esas dos visiones.

CAR.—No te enfades con ellos, papá... Ya ves tú como yo no les digo nada...

D. To.—Ni yo tampoco; desde ahora los desprecio. En teniéndote a tí, lucerito, ¿qué más quiero yo en este mundo? Digo, ¿eh? ¡Lo que se quería llevar ese becco!

CAR.—¿Qué bellaco, papá?

D. To.—¡Ese... de la tierra del arroz!

CAR.—¿Cuál?

D. To.—¡Pepe Romero!

CAR.—Papá, papá, por Dios... No te pongas así... ¿Te parece Pepe Romero bellaco? Yo creo que tú lo miras con pasión...

D. To.—¿Eh?

CAR.—Es lo malo que tiene fiarse de hablillas... juzgar a las personas con ligereza... Pepe es más bueno de lo que parece, papá... Yo te lo aseguro... Lo que me, que tú no lo comprendes... porque como apenas has hablado con él... y él ha echo cosas... así... un poquillo raras... es claro que no lo comprendes... Pero es muy bueno... no te quepa duda...

D. CRIS y D.ª RO.—(Riéndose a más y mejor.) ¡Ja, ja, ja!

D. To.—¿Cómo, cómo, cómo?... Déjate de zalamerías y habla claro. (A doña Rosa y a don Cristino.) ¿Me hacen ustedes el favor de no reírse? (A Carmen.) Tú, cabeza de chorlito, explica eso.

CAR.—Si te vas a enfadar también...

D. To.—¡Ahora me toca a mí (Otra vez a los viejos.) ¡Porra! ¡Me están ustedes oliendo nervioso con su risa!

CAR.—Lo que ha pasado es bien sencillo. (La escuchan todos con interés y curiosidad. Doña Rosa y don Cristino manifiestan al mismo tiempo viva alegría. Don Tomás la mayor sorpresa y alguna inquietud.) Me fui al gabinete con la cabeza loca... sofocadísima... me asomé a la ventana para que me diese un poco el fresco de la noche... Y, las cosas que dispone Dios, pegadito a la ventana estaba él... ¡Si vieras que pena me tró al verlo allí... tan solo... tan mustio! Inmediatamente sentí unas ganas muy grandes de perdonarlo... El... no pudo... ni quiso contenerse... principió a hablar a hablar y a hablar... Y yo, figúrate, ¿qué habla de hacer más que escucharlo?... me fué imposible apartarme de la ventana... Luego se cambiaron los papeles y era la que hablaba y él quien oía... Y ahora, por último, hablábamos los dos a un mismo tiempo Y nada más,

D. To.—¡Ah! ¿nada más? ¡Pues hija mía, si te parece poco!...

D.ª RO y D. CRIS.—(Volviendo a la risa.) ¡Ja, ja, ja!

D. To.—En resumidas cuentas: ¡que has hecho las paces con ese bribón!

CAR.—No te sofoques, papáito.

D. To.—¡Basta de papaitos y de carantoñas!

D.ª RO.—(Levantándose) ¿Lo estás viendo, Tomás de mis culpas?

D. To.—¡No quiero ver nada! ¡Ni a tí, ni a éste, ni a nadie!

D.ª RO.—Descuida: ya me voy.

D. CRIS.—Y yo también. (Se levanta.)

D.ª RO.—(Yéndose por la puerta del foro.) (A decirle al otro que venga.)

D. CRIS.—(Yéndose por la cancela sin dejar de reírse.) (A correr la voz por la tercia.)

CAR.—Tú te quedas, ¿verdad, papá?

D. To.—¡Yo, no! ¡Yo me subo a la azotea con los palomos, únicos seres que me dan disgustos! (Estaban, el novio de Dolores, silba en la calle con los bríos de siempre.)

CAR.—Pero ¿te vas enfadado conmigo?

D. To.—¡Contigo, con tu tía, con el viejo ese, conmigo mismo, con media humanidad! ¡Uf, qué sofocación! ¡En el verano no pueden pasar más que desastres! ropezando al subir la escalera.) Tropezó, hijo, a ver si te revientas de una vez... (ase refunfuñando.) ¡Maldita sea mi estampa!

CAR.—(Tratando de detenerlo.) Papá... pero papá... Escucha un momento... Nada, inútil. Cuando se pone así... (Baja Dolores muy aprisa.)

DOL.—¡Ay, señorita Carmen! ¡Cómo va er señorito don Tomás escaleras arri-

ba! ¿Es porque se ha arreglado usted con el señorito Pepe? Si ¿verdá? No sabe usted lo que yo me alegro... Y ahí está mi Esteban... Y de seguro viene al oló... Y no arreglaremos también nosotros... (Corriendo hacia la cancela.) ¡Josú, Josú! ¡Va a tener que ve la cara de *Arropel*! (A Pepe Romero, con quien se cruza en la cancela al marcharse.) ¡Ande usted pa dentro, que tiene usted más suerte que un durse!

PEPE.—(Riéndose.) ¡Ja, ja, ja!

CAR.—¡Demonio de muchacha!

PEPE.—Pero oye, ¿qué me ha dicho tu tía, que tu padre se ha puesto furioso?

CAR.—No te preocupes. Se le pasará en cuanto entre el invierno.

PEPE.—(Suspirando.) ¡Ay! Me parece mentira que vuelva a verme aquí, en tu casa, en tu patio, al lado tuyo, en paz y contentos los dos. (Hablan muy entusiasmados en voz baja. Simultáneamente aparecen Currito por la puerta de la derecha y por la cancela Verjeles.)

CUR.—A ver zi conzigo *arrancarme*.

VER.—A ver si llego en mejor coyuntura. (Ambos se quedan perplejos al ver el grupo que forman Carmen y Pepe, y avanzan poco a poco con gran sigilo en dirección contraria sin quitarle ojo a la amante pareja.)

CAR.—(Cariñosamente.) ¡Trapalón!

PEPE.—¿Trapalón? Pero ¿no me crees?

CAR.—Si no te creyera, ¿estaríamos así?

PEPE.—Es que me vuelve loco la idea de que pueda quedar en tu pensamiento una sombra de duda.

CAR.—Mírame bien y te convencerás de que no queda. (Pepe la mira fijamente los ojos durante el breve diálogo de Currito y Verjeles.)

CUR.—(Tropezando con Verjeles y en voz baja.) ¡Hombre!, ¿va usted ciego?

VER.—(También en voz baja.) ¿Y usted, cómo va?

CUR.—A propózito, ¿qué quería usted conmigo?

VER.—¿Y usted conmigo?

CUR.—¿Yo?, ¡nada!

VER.—Pues yo ¡menos! (Se ha acobardado.)

CUR.—(Ze ha echao pa atrás.) (Siguen su sigilosa marcha sin dejar de mirar a los enamorados y sin ser vistos por éstos.)

PEPE.—Tienes razón, no queda.

CAR.—Te creo, te oigo hablar y te creo; te miro, y te creo... Pero si me equivoco al verte y al oírte y ahora también me estás engañando, no me lo digas nunca... y sígueme engañando así toda la vida.

PEPE.—(Estrechándole las manos con pasión.) ¡Toda la vida así! (Vuelven a charlar en voz baja.)

CUR.—(Yéndose por la cancela.) ¡(Por algo la encontraba yo ojerozal!

VER.—(Yéndose por la puerta de la derecha.) ¡(En el tranvía de mis desdichas acabé de poner el «completo»!)

CAR.—(Al público.)

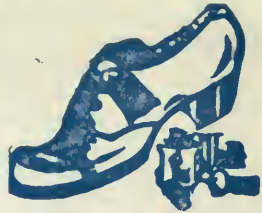
Ya veís que nada hay mejor
que un patio de Andalucía
para borrar en un día
desavenencias de amor.
Si alguna sufriendo está
celos, agravio o desvío,
yo le ofrezco el patio mío...
con permiso de papá.

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡EUREKA!!

Buen humor, por la comodidad.
Economía por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID



DEPURADOR HIGIÉNICO Y RÁPIDO

“ ARSO ”

CARDENAL CISNEROS, 28. - MADRID

La Novela **CORTA**

Después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, para complementar su apostolado de vulgarización literaria va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada una de ellas una sola obra en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

Larra.—Espronceda.—Patricio de la Escosura.—Martínez de la Rosa.—Enrique Gil.—Fernández y González.—Ortega y Frias.—Hartzembusch.—Gertrudis G. Avellaneda.—Pastor Díaz.—Aiguales de Izco.—Navarrete.—Pérez Escrich.—Pilar sinués.

NOVELA HISTÓRICA

F. Patxot.—Cánovas.—Vicceto.—Balaguer.—Navarro Villoslada.—Amos de Escalante.—Castelar.

NOVELA NATURALISTA

Fernán Caballero.—Miguel de los Santos Alvarez.—El solitario.—Mesonero Romanos.—Pereda.—Valera.—Clarín.—Selgas. Alarcón.—Arturo Reyes.

También rendiremos un homenaje a la memoria de nuestros grandes escritores y poetas.

POETAS

Zorrilla.—Trueba.—Becquer.—Carolina Coronado.

ESCRITORES

Ganivet.—Silverio Lanza.—Taboada.—Eusebio Blasco.—Alejandro Sawa.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas grandes novelas extraídas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por la C. de Pardo Bazán, Rodríguez Marín, Azorín, M. Bueno y C. de Castro

En los números HOMENAJE, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

FRINE

REVISTA FEMENINA CULTURAL

EL PRÓXIMO JUEVES

LAS ROPAS

SUMARIO

En conservación.—Lavado y planchado.—Pieles, guantes, velos, tulces, sedas, terciopelos, etc., etc.

Las ropas y su conservación.—Lavado de la ropa.—Planchado de la ropa.—Modo de limpiar y conservar telas y efectos delicados.—Limpieza de las telas de lana.—Limpieza de velos; blondas, guantes, etc.—Organización de la servidumbre.

15 cénta.



La lámpara **OSRAM** tiene fama universal por su poco consumo, larga duración y luz blanca y agradable.

CONCESIONARIO:

LEÓN ORNSTEIN

MARIANA PINEDA, 5. — MADRID.

NOVELLA
TEATRAL

OPRANICA
la en un acto
N ROMEA

O RODRIGUEZ

10 cts.

T. J. J.
1914.



LA NOVELA A TEATRAL

Complemento de la Novela Corta

Director: José de Urqu

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar pero cuya autorización **ya nos ha sido oficialmente otorgada.**

Galdós.

Electra.—Doña Perfecta.—La loca de la casa.—Realidad.—La de San Quintín.*—Sor Simona.

Dicenta.

El Lobo.—Sobrevivirse.—El crimen de ayer.—El señor feudal.—Daniel.—Juan José.—Aurora.*—Luciano.*—Amor de artistas.

Quintero.

El Patio.—Doña Clarines.—La escondida senda.*—El niño prodigio.*—Pepita Reyes.

Arniches.

La sobrina del cura.—La casa de Quirós.—Las estrellas.—Dolores.—La señorita de Trevez.—La gentuza.—Noche de Reyes.

Arniches-G.ª Alvarez.

El terrible Pérez.—El cuárfeto Pons.*—El Príncipe Casto.*—El Método Górritz.*—Mi papá.*—Gente menuda.*—El fresco de Goya.*—El pollo Tejada.*—El perro chico.*—Alma de Dios.—El pobre Valbuena.

Alvarez-Muñoz Seca.

El verdugo de Sevilla.—Fúcar XXI.—La frescura de Lafuente.—El último Bravo.—Los cuatro Robinsones.—PastoryBorrego.—Trampay cartón*

Villaseca.

El rey Galaor.—Aben-Humeya.—La Gioconda.—Doña María de Padilla.—Laleona de Castilla.—El Halconero.*—El Alcázar de las perlas.

Martínez Sierra.

Primavera en otoño.—El ama de la casa.

Abatl - Paso.

La Divina Providencia.*—El gran caño.—El río de oro.—El infierno.—Los perros de presa.—El Paraiso.—La mar salada.*—La bendición de Dios.*—El asombro de Damasco.*—El tren rápido.*—El veló de Lucena.*—Nieves de la Sierra.*—La alegría del vivir.*

Vital Aza.

Frankfort.—La rebotica.—Ciencia exactas.—La Praviana.—Parada Fonda.—Tiquis Miquis.—La sala de armas.

Comedias.

Trata de blancas.—El místico.—Los semidioses.—Las cacatúas.—Charito, la Samaritana.—Todos somos unos.—El cardenal.—El hombre que asesinó.—Serafina, la Rubiales.—La eterna víctima.—Jimmy Samson.—Lopez de Coria.—El misterio del cuarto amarillo.—Primerose.—Raffles.—Mirandolina.—Genio y figura.—Petit-Café.—Los noveleros.—La Tizona.—Miquette y su mamá.—Los gemelos.—El chico del cafetín.

Zarzuelas.

La viejecita.—La alegría de la huerta.—La marcha de Cádiz.—Gigantes y cabezudos.—La Corte de Faraón.*—La Tempranica.—El duo de la Africana.*—Los cadetes de la reina.

(*) Las obras señaladas con asteriscos serán en breve publicadas.

LA TEMPRANICA

ZARZUELA EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS

original de

Julian Romea

Música de PERSONAJES J. Jiménez.

MARIA, LA TEMPRANICA. - GRABIÉ. - SULÚ. - LA MORONDA. - PASTORA. - LA CONDESA. - DON LUIS, conde de Santa Fé. - MIGUEL, EL LOBITO. - DON MARIANO. - MISTER JAMES. - EL ZEÑO CHANO. - DON RAMÓN. - CURRO. - ZALEA. - PILIN. - JUAN. - UN GITANO

Cazadores, ojeadores, gitanos, señoritas y caballeros, guardas de monte.

La acción en Granada y sus cercanías en 189...

ACTO ÚNICO CUADRO PRIMERO

Una explanada en la sierra cercana a Granada. A la izquierda, en segundo término, fachada de un cortijo y casa de cazadores, en cuyo centro está la puerta de entrada. Continúa formando escuadra con la dicha fachada otro cuerpo de edificio que llega hasta el proscenio. Este trasto tiene una ventana a una altura que no puede ser dominado sino subiéndose en el banco de fábrica que hay debajo adosado al muro. Otros bancos del mismo género a los lados de la puerta. Foro derecha, camino estrecho, por el que se llega a la casa. Rocas y maleza al fondo. Es de noche. Se percibe el resplandor de la luna, que se pone a poco, haciéndose noche oscura.

Al levantarse el telón sale de la casa el Curro, que hace sonar su bocina, a la que responden dentro otras. Van apareciendo por distintos lados don Luis, Mr. James, don Mariano, don Ramón y coro de ojeadores y guardas, todos en trajes de caza. Después dos guardas de monte con escopeta y bandolera, llevando los conejos y perdices que han cazado y dos o tres perros atados. Los criados entran en la casa.

MÚSICA

CORO. — (Dentro.)

La caza ya se esconde,
la luz del día huyó,
espera al nuevo día,
descansa, cazador.
La cena nos aguarda
y el lecho pronto está.
El cuerpo fatigado
reposo pide ya.

MAR. — (En escena.)

Gran jornada.

RAM.

Buenos tiros.

LUIS.

No sé ha dado el día mal.

JAMES

Mocho suerte. Muchos piezas.

TOTOS

No hay placer como el cazar.

Salir de mañana,
marchar hacia el monte
las armas al hombro,
los perros detrás.

Pisando malezas
y arroyos saltando
buscar el abrigo
de algún matorral.
Llegar a un buen puesto
montar el gatillo;
si el perro se pone,
prestar atención;
hacer puntería
con pulso seguro.
¡Ya sale la pieza!
¡La pieza cayó!

Y siguiendo la jornada,
dando ojeos sin cesar,
caza buena y abundante,
no cansarse de cobrar.
Buen almuerzo a medio día,
rico vino, agua mejor.
Ya las fuerzas se reponen.
Ya está listo el cazador.
La caza ya se esconde.
la luz del día huyó,
etc. etc.

HABLADO

LUIS. — Bueno, muchachos, idos a descansar a los lugares de abajo, donde tenéis buena cena. A dormir y a prepararse para los ojeos de mañana, que serán los últimos, porque nos volvemos a Granada por la noche.

UNO.—Gracias, mi amo. (Vase solo.)

LUIS.—¡Abur! (Llamando.) ¡Curro!

CURRO.—(Saliendo.) ¡Zeñorico!

LUIS.—Lleváos adentro esos arreos. (Entregan las armas, morrales, etc., que Curro y los guardas entran en la casa.)

RAM.—Conque, don Mariano... Bolo, ¿eh?... ¡Qué vergüenza! (Todos rien.)

MAR.—Zeñore... zeñore... no reirse. Yo tengo demostrado ya que mato más que ustedes. Zoy fizcal de la Audiencia.

LUIS.—¿Y qué?

MAR.—¿Cómo y qué? ¡Pues no llevo ya muerta mucha gente!

RAM.—Sí, pero conejos...

MAR.—Ya zaben uztedes que con los humildes zoy zienpre compazivo.

LUIS.—El que es un gran tirador es nuestro ingeniero.

JAMES.—¡Oh! ¡Mucho favor! Yo tiene buena suerte. (Con acento.)

LUIS.—Mister James (Pronunciando Vems.), como todo el que vale, es muy modesto; pero nos ha dejado atrás a todos; no ha errado un tiro.

JAMES.—*Zenk yon.*

MAR.—¿Qué ha dicho ózté?

JAMES.—Gracias.

MAR.—¡Ah! Bueno; creí que era una coza mala.

RAM.—¡Qué gracia tiene este fizcal!

MAR.—¡Lo que tiene el fizcal ez un hambre que ze pela!

JAMES.—Y yo apitito también: mucho camino todo el día.

LUIS.—Pues esa enfermedad se cura pronto. ¡A ver, Curriño!

CURRO.—(Saliendo.) Mandosté.

LUIS.—Que se presente la Moronda inmediatamente.

CURRO.—De zeguía. (Entra en la casa.)

JAMES.—¿Quién es Morronda?

LUIS.—Es la mujer de Curro, nuestra gran cocinera. La Moronda es un mote.

MAR.—Un título del reino.

Dichos, Moronda.

MOR.—Dios guarde a osté.

LUIS.—¡Hola, Morondita!

MAR.—¡Olé! ¡Vivan las rosas de Mayo!

MOR.—Pos ascuchosté, don Mariano. Lo he sfo, aunque hace un ratico que me he zecao. Ya me voy esponjando... como osté.

TODOS.—¡Bien dicho, toma castaña!

MAR.—Me conformo porque lo dice una dama.

MOR.—Oigasté, yo no zoy ezo. Zoy Candela Martínez, y nacía en ?er monte, con que ya ve usté. Y no ze metasté conmigo porque yo no me queo cayá. Conque ¿qué quería ózté, zeñorico?

LUIS.—Vamos a ver, ¿qué nos vas a dar de cenar?

MAR.—Eso, eso; venga er menú... Yo también hablo el inglés, ¿eh, mister?

JAMES.—Moy bien.

MOR.—Pos verán óstés. Ahorica mesmo eché el arroz, qué va a ser lo prime rico. Yeva arnejas, que me zubieron esta tarde de Graná. Unas cortás de jamón de Trevezal y pimientos, más sabrosos y durses que una armiba. De zeguía un cordero azao con patafas, que van óstés a zalí toos diciendo ¡bee!... ¿Eh, y ezo?

MAR.—Eza, eza es mucha franqueza.

MOR.—Po er que lo tome a malas, que no coma.

MAR.—Bien; perdona. Otra cosa.

MOR.—De zeguía, un bacalao-enjamonao que no lo come mejó e rey de Ez paña.

MAR.—Eso es una gran verdad. Los reyes no comen bacalao.

MOR.—¿No? ¡Mia tú qué cürziles!... Aluego unos pollos con tomate; aluego perdices estofás, aluego...

MAR.—Sí; *aluego* reventamos todos y *aluego* la mando a usté ahorcar, apreciando la premeditación, alevosía (Todos rien.) y nocturnidad.

MOR.—Ea, ya zacó usted sus textos en latín. Zeñorico don Luis, no lo traiga uste más, que la ha tomao conmigo.

LUIS.—No tengas cuidado que aquí estoy yo y seremos dos contra él.

MOR.—Ezo, ezo, a la justicia prenden.

LUIS.—Ahora lo que te encargo es que esté todo a punto, porque esta fiesta es para obsequiar a este caballero.

MOR.—¿A cuál?

LUIS.—(Por James.) A este señor que es un célebre ingeniero inglés. Viene a montar mi gran fábrica de azúcar de remolacha y queremos obsequiarle como se merece.

MOR.—Po, oigasté, musjú. Va usté a ve cosa güena, se va usté a jartá.

JAMES.—¿Qué dice?

MOR.—(Gritándole.) Que va usté a jartarse.

MAR.—¡Pero señora, si no es sordol!

JAMES.—(Riendo.) Bueno, bueno, gracias...

MOR.—Conque hasta luego.

MAR.—Adiós, Morondita.

TODOS.—¡Abur!

MOR.—Prepará eso *estógamo*, y dispensá si he fartao. (Vase.)

Dichos menos la Moronda, luego Curro

LUIS.—Es un gran tipo.

MAR.—Yo la hago rabiari por oír sus dicharachos.

JAMES.—Es simpática.

MAR.—¡Oh! ya verá usté, ya verá usté que ejemplares tan pintorescos hay entre estos indígenas.

RAM.—Es cierto,

LUIS.—Un día de estos vamos a llevar a mister James a dar un paseo por el Albaicín.

MAR.—Y al barrio de los greñíos.

RAM.—Y a las cuevas de los gitanos

LUIS.—Hay allí escenas dignas de un cuadro de Velázquez.

JAMES.—¡Oh! yo gran curioso de costumbres. He leído mucho Andalucía; deseo escuchar canciones, bailes, y muchas cosas. (Se oye cantar dentro a Grabié una seguidilla.)

MAR.—¿No hablaba usted de canciones? Por ahí va un canario de monte.

LUIS.—¡Curro! (Llamando.)

CURRO.—(Saliendo.) ¡Mandosté!

LUIS.—Llama a ese chiquillo que va cantando y tráelo aquí.

MAR.—Hombre, sí; así entretendremos el hambre.

CURRO.—(Desaparece por detrás de la casa.) ¡Chiquillo!... que vengas... ¿eh?... Pa argo será, saborío. Ven, hombre, que no te van a jase ná... Güeno, sí; átalo ahí en esa ensina.

LUIS.—Estos mentecatos se asustan de la gente.

JAMES.—Es comprendido... siempre a la montaña...

MAR.—Quía es que son desconfiados y marrulleros.

Dichos, Curro y Grabié.

CURRO.—(Entra, trayendo cogido a Grabié.) Aquí está mil hombres. (Vase.)

MAR.—Ven acá, gachosito, que te vamos a endicá la fila. (Sentándose en el banco que hace esquina.)

GRAB.—Güenas noches.

JAMES.—Es jovensito mucho.

MAR.—¿Tú quién eres?

GRAB.—Po... po yo zoy Grabié.

MAR.—Bueno, ¿y qué haces a estas horas por aquí?

GRAB.—Po... po vengo de poné liga a eza mata de ahí arriba pa cazar lo pájaro por la mañana.

MAR.—¿Y caen muchos?

GRAB.—Antié no cogí ná má e dó; ayé na, y hoy ná. (Don Luis le mira con gran atención.)

MAR.—¿Y adónde vas ahora?

GRAB.—Po... a mi rancho.

MAR.—¿Y cuál es tu rancho?

GRAB.—Y... y ¿osté é er jué?...

MAR.—¿Qué dices, chiquiyo?

GRAB.—Como preguntasté tanto, po eso. Y zi arguna malita lengua me ha publicao, yo no he hecho na malo, místela: zi miento que me castigue un debé.

MAR.—No, hombre, no. Queremos solamente saber de qué rancho eres; por curiosidad nada más.

GRAB.—Po zoy der rancho der zeñó Chano, que é jerrero, y e mi pare y de la Tempranica y Pilín.

LUIS.—¡Ya decía yo que conocía esa cara!

GRAB.—¡Don Lui... que no l'habia conosío!... ¡Ay, zi é don Lui!... ¡E don Lui!...

MAR.—¡Hombrel, por lo visto es un amigo. (Se levanta.)

LUIS.—Sí, nos conocemos hace tiempo.

GRAB.—Zí zeñó; y tóos lo queremos muncho; y mi hermana má.

LUIS.—Calla, muchacho.

GRAB.—Po poquita duca pasó mi María cuantito osté ze marchó. Ze queó má fina que una cañastuca, y decían que iba pa távira. Má zuspairo jechó de su cuerpo que lo fueye de la fragua; y zus ojos yoraban, yoraban, que uno era er Darro y otro er Gení.

LUIS.—Vamos, ¿te quieres callar?

MAR.—No, que siga, que siga...

RAM.—Aquí hay aventura, Luisito.

JAMES.—Interesante mucho.

LUIS.—Pero señores...

MAR.—Cuenta, cuenta, Grabié...

GRAB.—Y ze queó má trizte que un gorrión embragao; y mi pare le endiñaba candela... y mi mare le cantaba...

«Tempranica m'ha zalío
como la fló del armendro...»

porque dijo que la mosita no puen queré de chavaliya. Po aluego ya no yoraba; y ze queó ma zeria que un civil. Y le jablaban y no desía ná; y azín ze pazó jasta que comensó a rompé y dijo que ya lo había orvidao tóo, y tomó otro queré con Migué er Lobito, que é un moso güeno y tiene parné, y la camela mucho y ella a é... y na má.

LUIS.—¡Ah!, ¿tiene un novio? Pues me alegre con toda mi alma.

MAR.—Vaya, vaya... ¿conque esas tenemos, don Luis?

RAM.—¿Conque hay novela?

LUIS.—¡Qué tontería!

MAR.—¡Que la cuente!

LUIS.—¡Hombre, por Dios!

JAMES.—Cuenta usted, por favó.

LUIS.—Vaya, vaya; dejémonos de tontunas. Canta, Gabrielillo; canta, que para eso te hemos llamado. Alegra el monte con tus canciones y echa aquel bailecillo que me hacía tanta gracia. Ya verán ustedes, ya verá usted, James, qué salado es el chiquillo.

MAR.—Bueno; pero en la mesa lo cuenta usted.

RAM.—Sí; no se escapa.

LUIS.—Bien, bien; ya hablaremos. Anda, Gabriel.

GRAB.—Po en cuantito zepa mi Tempranica que está ozté aquí...

LUIS.—Pero como no lo sabrá...

GRAB.—Es que yo...

LUIS.—Es que tú te vas a callar.

GRAB.—Zi me va a conocé la alegría en la cara.

LUIS.—Pues que no te la vea.

GRAB.—¿Y quié usted que me merque una careta pa andá por el rancho?

MAR.—¡Ea!, venga ese cante y te ganas un duro.

GRAB.—¿Un duro? Po jagan ostés parmitas sordas, que me ví a bailá más que la tarántula. (Se sientan mientras Grabié canta.)

GRAB.

La tarántula e un bicho mu malo,
no se mata con piera ni palo;
que juye y ze mete
por tós los rincones
y zon mu malinas
zus picazonas.

¡Ay mare!, no zé que ^{pa m'} _{cor} ^{zo},
que ãyé pazé po la era
y ha precipiaito a entrame
er má de la temblaera.

Zerá que a mí me ha picao
la tarántula dañina,
y estoy toítico enfermao
por zu zangre tan endina.

¡Ze coman los mengues,
mardita la araña
que tié en la barriga
pintá una guitarra!
Bailando ze cura

tan jondo doló...
¡Mardita la araña
que a mí me picó!

No le temo a los rayos ni bala,
ni le temo a otra cosa más mala.

Que me hizo mi pare
más guapo que er gayo;
pero a ese bichito
lo parta un rayo.

¡Ay, mare! Yo estoy malito,
me está entrando unos suores
que m'han dejaito zeco
y comió de picores.

Zerá q'a mí ma picao
la tarántula dañina,
y por eso m'ha quedado
más dergao que una zardina.
¡Ze coman los mengues
mardita la araña! etc., etc.

HABLADO

TODOS.—¡Bien! ¡Bravo!

MAR.—¡Ole los chiquiyos con gracia! ¡Toma, por barbián (Le da dinero.)

RAM.—Vaya para zapatos. (Idem.)

JAMES.—El mi dinero también. (Idem.)

GRAB.—Dió ze lo pague, zeñorico, y la vingé de la Angustia le aumente el lo-
ben y le quite la jambre; y jaga un debé que eze garlochí tan juncá no ze vea nun-
ca ajogao de duquita ni pena.

MAR.—¡Adiós, hombre... y memorias a la Tempranica!

RAM.—Y ar zeñó Chano.

JAMES.—Y mochos gorriones a las ligas.

GRAB.—¡Con Dió, zeñorico! (Don Luis le detiene y en voz baja le dice.)

LUIS.—Toma. (Le da dinero.) Y no digas a tu hermana que me has visto.

GRAB.—Pero don Lui...

LUIS.—Si no, te vas a acordar de mí.

GRAB.—¡Güeno, güeno! ¡No ze enfae ozté! Premita un debé que zu zuerte zea
güena; que lo jagan-obispo, u generá, u argo mu grande, y ze vea ozté en la glo-
ria. ¡Con Dió! (Vase.)

LUIS.—¡Gracias, hombre!... ¡Adiós!... ¡Maldito encuentro!
Dichos menos Grabié.

MAR.—Bien, amigo don Luis.

RAM.—¿Conque un amor oculto, eh?

MAR.—¡A estas horas... y a estas alturas!

JAMES.—Debe ser bonito esto.

LUIS.—Pues no tiene nada de particular.

MAR.—¡Vaya si tiene! Un conde y una gitaniña...

RAM.—El conde de Santa Fe y la Tempranica. Novela por entregas...

MAR.—De Enrique Pérez Escrich.

LUIS.—¡Vaya, señores, se acabó! Voy a contárselo a ustedes, para que vean
que aquí no hay nada que no sea muy natural.

MAR.—¡Venga, venga!

RAM.—Oigamos. Vaya un cigarró. (Ofreciendo su petaca. Fuman.)

LUIS.—Pues verán ustedes. Hace un año andaba yo por estas cercanías de Gra-
nada, donde saben ustedes que tengo varias posesiones. Iba una tarde a caballo
desde el cortijo de la Alamedilla al de Torrenueva, y al cruzar un barranco tropie-
za el jaco, se cae y da conmigo en tierra, causándome una pequeña herida y una
conmoción que me dejó sin sentido.

MAR.—Espere usted. Ya adivino lo demás. Pasan unas horas, abre usted los

ojos y se encuentra en un rico palacio, sobre un mullido lecho, rodeado de personas extrañas y poniéndole sinapismos una divina joven, cuyas miradas se le ciararon en el corazón. Se continuará. (Todos se ríen.)

LUIS.—Pues sí, señor; algo de eso hay.

MAR.—¿Lo ven ustedes?

LUIS.—Sí; salvo que el palacio era una miserable casuca; el mullido lecho unos puñados de paja; y la divina joven una chiquilla de color de ladrillo que no tenía de divina más que una carilla alegre y dieciocho años.

MAR.—¿Ve usted cómo había algo?...

LUIS.—Y muy natural. Unas pobres gentes que encuenzan a un hombre lastimado y le prestan auxilio. Lo novelesco viene ahora, y de eso tengo yo la culpa.

RAM.—Vamos, ya irá saliendo. Siga, siga.

LUIS.—Aunque podía continuar mi viaje, tuve otra idea. No dí aviso a nadie por no alarmar a mi familia ni a mi mujer, mi novia entonces, pues sabían que yo andaba por estos vericuetos y no volvería a Granada en diez o doce días. Aficionado a todo lo popular y pintoresco, me ocurrió la idea de conocer la vida de aquella gente y determiné quedarme allí unos días. Excuso decir a ustedes que no me resigné a partir sin miseria, y que me gasté unos cuartos en procurarme relativa comodidad. Les dije que no me encontraba en disposición de continuar mi camino, que era un labrador algo acomodado de un pueblo distante; y como el huésped no era molesto, sino al contrario, muy productivo, les pareció de perlas mi resolución.

MAR.—¡Ya lo creo!

RAM.—¡Cuándo pillarían otra breva como esa!

LUIS.—Yo noté que la chiquilla me tomó ley desde el primer momento y que aquella afición aumentaba de hora en hora. A mí... la verdad... me gustaba aquello... Soy hombre... tengo mi poquito de vanidad... en fin, que me dejé querer y hasta le cobré cierto cariño; porque la muchacha es negrucha, eso sí, pero bonita y airosa como pocas dentro del tipo de su raza. Ya empezó a ponerse la cosa tan seria, que tomé el partido de cortar por lo sano, y un día me despedí de ellos, les di unas cuantas monedas y los dejé. Mi Tempranica lloró sin consuelo, me acompañó un buen trecho de camino, me declaró su pasión, dijo que nunca me olvidaría, que la llevara conmigo y...

MAR.—¿Y qué más?... (Con malicia.)

LUIS.—Y nada más.

MAR.—¿Nada... nada más?

LUIS.—Nada más, don Mariano. Ya sabe usted que he sido siempre caballero y juicioso.

MAR.—Sí, hombre, sí... pero yo!.. ¡Qué demonio! yo...

LUIS.—Usted hubiera hecho lo mismo. Conque ya está satisfecha su curiosidad y vamos a comer, que ya debe estar todo listo. ¡Curro! (Llamando.)

RAM.—Bien, don Luis, bien. Es una aventurilla muy interesante.

JAMES.—Moy español.

CURRO.—(Saliendo.) ¡Zañorito!...

LUIS.—¿Cómo anda esa comida?

CURRO.—A avizá venía yo. Cuando ostés quieran.

LUIS.—Pues a la mesa.

TODOS.—Andando.

MAR.—(Con música de «Los Hugonotes.»)

¡A mesa!

¡A mesa!

¡Trán, tán, trán, tán, tra-la-la!

(Entran todos cantando y bromeando.)

Maria la Tempranica y Gabríel.

(Queda la escena sola unos momentos, durante los cuales se oye dentro de la casa el bullicio y algazara de los cazadores. Oyese también el ruido de los cubiertos, vasos, etc. A través de las ventanas se percibe la luz de la habitación. Sale Gabríel con precaución por el fondo izquierda, llega de puntillas hasta la puerta. Luego va al banco que hay bajo la ventana, sube y observa lo que ocurre dentro

MARÍA.—(Bajo) ¡Gabriel!

GRAB.—(Idem.) ¡María!

MARÍA.—¿Está ahí?

GRAB.—¡Zí!

MARÍA.—¡A velo! (Corriendo hacia el banco.)

GRAB.—Espera.

MARÍA.—¡Abájate, mardesío!

GRAB.—¡Zi e que ahora no eztá!

MARÍA.—¿Za dío?

GRAB.—Ze menea mucho eza gente.

MARÍA.—¡Vaya por Dío!

GRAB.—Ya ze zientan.

MARÍA.—Abájate.

GRAB.—Zube aquí, a mi vera.

MARÍA.—Zi no lo vi a ve bien.

GRAB.—Zi, ven.

MARÍA.—¡Zi e que quieo velo yo zola!... ¡yo zola!

GRAB.—¡Míralo ayí!

MARÍA.—¿Cuá e? ¿Aqué zin pelo?

GRAB.—No, chiquiya; ma pa acá.

MARÍA.—Eze tampoco é... (Empuja a Grabié.)

GRAB.—No arrempuje.

MARÍA.—¡Ay! ¡Pare mío Jesús! ¿Ande está eze hombre?

GRAB.—Ma pa acá.

MARÍA.—(Gritando sin poder contenerse.) ¡Ay! ¡Ya lo veo ya lo veo!... ¡Zí, zí!... Zon zus ojos que se clavan... ¡Zu riza que jace alegrá er sentío! ¡Zu boca... nío palabriyas durses que jieren en er pecho con mucho angel... (Bajando del banco y on resolución.) Yámalo. Grabié.

GRAB.—Chiquiya, ¿estás loca?

MARÍA.—¡Yámalo!

GRAB.—Si me dijo que no te dijera ná!

MARÍA.—O lo yama o entro yo.

GRAB.—¡Malos mengues me yeven!... ¿Pa qué te habré trafo? ¿No dijiste que velo na má? Vámono.

MARÍA.—Yo no me voy.

GRAB.—Chiquiya, tú va a prevaricá. (Bajando del banco.)

MARÍA.—Mira, tú entra y dises...

GRAB.—¿Qué?...

MARÍA.—Tú entra...

GRAB.—Yo entro y me tiran un plato.

MARÍA.—Entra y dises: on Luí, que está ahí mi bato y quiere darle una rasón.

GRAB.—Ezo é, y aluego...

MARÍA.—Aluego no te apure. Yo lo arreglaré tó.

GRAB.—Güeno; va tú a ve.

MARÍA.—Pero azín, con jechura... ¿eh?... Va é zolo.

GRAB.—Va tú a ve.

MARÍA.—Espacha; mardesío. (Lo empuja.)

GRAB.—Va tú a ve... (Entra en la casa.)

MARÍA.—¡Zí... que zarga... que zarga! Y azín que zarga le diré... ¿qué le digo? que zi me quiere... ¡No, no; me va a deci que no; y zi me dice que no... yo no quiero que me lo diga. ¿Entonses qué...? entonses... que yo lo quiero a é... Ezo. Que yo lo había orvidao pero... no; ezo tampoco; que lo tenía dormío en lo jondo má jondo der pecho... y que al verlo ha zentío un fuego mu grande que me quemá toíta el arma; que los yunque los tengo metíos en er corazón según los gorpes que ziento... Y é... ¿qué me va a respondé?... Me dirá aqueyas cozas tan bonitas que yo no la comprendía; pero que zonaban muy durses y más-presiosas que toas las músicas der sielo... Pero... ¿y si se ha orvidao de aquello? Un año ha pasao y no ha guertó ¡Virgen mía! ¿Qué me paza a mí? Quiero... y no quiero y... ¡Várgame un debé der sielo! ¿Qué he jecho yó? (Se cubre la cara con las manos.)

GRAB.—(Saliendo de la casa con don Luis.) ¡Místela!

LUIS.—¡Ya me lo figuraba! ¿No te dije que no la dijeras nada? ¡Pillo! ¡Tunante!

GRAB.—¿Zi me lo conoció en los zacals.

LUIS.—¡La lengua sí que te voy a sacar yo! (Grabié se marcha.) ¡Maria!

MARIA.—(¡Ay! ¡Jozú! ¡Aqui está...)

LUIS.—¡Maria! ¿Por qué has venido?

MARIA.—¡Luis!... ¡Don Luis!... Por...

LUIS.—¿Por qué?...

MARIA.—Po... po ahora no puedo menti: por verlo.

LUIS.—¿A mí? Pues ya me ves. ¿Quieres algo de mí? ¿Necesitas algo?

MARIA.—Muncho.

LUIS.—¿Cuánto?

MARIA.—No; dineros no.

LUIS.—¿Pues qué?

MARIA.—Ya se lo he dicho a osté. Verlo.

LUIS.—¿Y eso es mucho?

MARIA.—Pa mí... ezo e tó er mundo, ezo e er cielo, ezo zí...

LUIS.—Vaya, vaya. Maria tranquilízate. Ya me ha dicho tu hermano que tienes un novio rico, yo me alegro. Cuando te cases te haré un regalo de boda.

MARIA.—No; no me jase farta.

LUIS.—¿Por qué?

MARIA.—Porque... porque hoy lo despacho.

LUIS.—¡Muchacha! ¿Qué dices?

MÚSICA

MARIA

Yo no ze al verte

qué m'ha pazaó,

que toita el arma

ze m'ha alegráo.

Ya güervo a hablarte,

ya estoy loquita.

Ya no m'ha aparto

de tu verita.

Y no me digas, Luis,

no me digas que no,

porque entonces, chiquiyo.

me muero de dolor.

LUIS

Calma, calma, Temprana,

y escucha por favor

los consejos leales

que voy a darte yo.

MARIA

Si es pa decirme

que no te quiera,

ya pues jecharte

pa otra vereá.

Tú m'has querío,

me lo has júrao,

y en tus palabras

me he confíao.

Na más con una lisió

me enseñastes a querer

no me enseñes a orvidá,

que no lo quiero aprendé.

LUIS

Pero criatura,

¿tú por qué me quieres.

si al dejarte dije

que era para siempre?

Yo no te he mentido;

¿qué es lo que deseas?

MARIA

¿Que por qué te quiero?

¡Ni lo sé siquiera!

Te quiero... porque eres güeno

porque tienes noble el alma;

te quiero... porque a quererte

me yevaron tus palabras.

Ni sé lo qué siento,

ni sé qué me pasa.

ni yo se er motivo,

ni yo sé la causa.

Te quiero por lo que dice

esa copla que se canta.

¡Te quiero porque me sale

de los rincones del alma!

¡Te quiero porque me sale

der jondo de mis entrañas!

LUIS

¡Tempranica, Tempranica,

niña de mi-corazón!

echa un poco de agua al fuego

de esa indómata pasión,

Vé que tienes pocos años

y aún no empiezas a vivir.

tiempo tienes, Tempranica,

de querer y de sufrir.

MARIA

¡Várgame un debé der sielo;

yo que me llegué a pensá

que na má que con queré

toíto se puede lográ!

Han llenao tus palabrica

de peniya er corasón.

¡Ya robaste mi alegría!

¡Ya mataste mi ilusión!

LUIS

No llores muchacha,

por Dios te lo pido;

¡juro que siempre
seremos amigos.

MARIA

Eso que tu pies
no lo armito yo.
Aguantarme... sí.
¡Conformarme... no!

LUIS

Vete, María,
no vuelvas más;
piensa que pronto
te has de casar,
y que ese mozo
que aguarda allí,
con su cariño
te hará feliz.

MARIA

Yo voy a dirmte;
no güervo má;
y aunque muy pronto
hablado.)

Bueno... lo que tú quieras... lo que tú quieras... (Este final se une sin interrupción
alogo que continúa.)

HABLADO

MARIA.—Una coza zóla me va a decí.

LUIS.—Di lo que sea y pronto, que mis amigos esperan.

MARIA.—Tú... ¿quién eres?

LUIS.—Púes... ya lo sabes. Un labrador... un cualquiera... ¿Qué te importa?

MARIA.—Pero... ¿eres persona fina?

LUIS.—Mujer... creo que sí.

MARIA.—¿Y no pué zé nunca mío?

LUIS.—Vamos, criatura, sé juiciosa. ¿No quieres a tu novio? ¿No es bueno
tí?

MARIA.—Es pan d'azúca. Es un mozo barí. Es güeno como una onza... Pero
¡tí te yevate mi corasón!

LUIS.—Vaya, pues te lo devuelvo y no hablemos más.

MARIA.—¿De mó y manera... que.. ¡ata nunca?...

LUIS.—Sí, Temprana, sí; esto ha concluído. No llores, que tú serás feliz.

MARIA.—¡Feli... feli!... Zí, tíe razón... Ya no lloro... ¿Lo vé?... Pero... dime
te acordarás de mí.

LUIS.—¡Oh! Eso de seguro.

MARIA.—Pos no te pio má. Pero no me güerva a ve, porque si te veo, me re-

os, don Mariano, James y don Ramón; luego Grabié. Salen de la casa con las servilletas
cuello, cautelosamente, como para sorprender a don Luis.

MAR.—¡Arto aquí a la justisia!

RAM.—¡Todos presos!

JAMES.—¡Osté sorprendido, señor!

MAR.—¡A ver! ¿Qué pasa aquí?

LUIS.—Nada, señores; no pasa nada. Esta muchacha y sus padres somos anti-
s amigos. Ha sabido que estaba yo por aquí, y venía a saludarme. ¿No es eso,
ía?

MARIA.—Ezo e. ¿Y qué fué, que z'habéis quedao ustedes los trez tan paraos y
taicos? ¿Ez que no habéis vizto nunca una mujé? Pos mirarme bien, que no
fea.

MAR.—(Alumbrando con un velón.) ¡Niña, eres er sol! Pero hay que alumbrarte
er candil!

MARIA.—Po alumbrósté, que tiene osté buena planta pa faró.

RAM.—¡Olé! ¡Olé! ¡Bien dicho! ¡Vaya una niña con gracia! ¡Vivan las flamen-
con ángel y con!...

me he de casar,
solita quedo,
porque sin tí,
naide en er mundo
me hará feliz.

¡Ya se acaba en este mundo
la alegría para mí!

LUIS

¡Ya se acaba en este mundo
tus penas y tu sufrir!

Vete, María,
no vuelvas más.

MARIA

Ya voy a dirme.
no güervo más.
Solita queo,
porque sin tí,
naide en er mundo
me hará feliz...

MARÍA.—¡Eh!... ¡Parosté eza máquina, zeñó, que nos va a piyá escudinos! ¡Jaleó m'ha zalío el hombre!... Guardosté eza alegría pa cuando lo jagan obip que tié osté carita e zanto. Mirosté a este gachó (Por James.) que parece a nuest Pare Jesú der Zilencio. Abre los cliso y mira y está cayaíto. Ezo e un homb juncá. Conque, zeñore; Dios los bendiga y los libre de una malita hora. Zalú, don Luis! ¡Que no z'orvie osté de los amigos güenos! Zepa osté que acá no le orvid reinos nunca... ¡nunca en jamás!

MAR.—¡Ay, ay, ay!... Ahora ajustaremos cuentas, don Luisito... (Empieza música.)

LUIS.—Bueno, bueno. A la mesa. Ea, Tempranica, recuerdos a todos, y has la vista.

MAR.—¡Adiós, serrana! (Entran en la casa.)

MARÍA.—Con Dió, caballeros... ¡Con Dió, don Luis!... (Expresiva.)

MAR.—Vamos, que está la mesa sola.

RAM.—¡Adiós, niña!

MARÍA.—¡Don Luis, con Dió! (Dice esto muy conmovida. Grabié sale y la coga de brazo. Los cazadores han entrado en la casa y se oyen sus risas y algazara. Música en la cuesta. María queda como clavada en su sitio. Solloza y concluye por llorar. Grabié tira ella hasta que desaparecen, siempre mirando ella hacia la casa.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Un rancho de gitanos en lo alto de la sierra; segundo término derecha, un cobertizo con tejadillo, bajo el cual está la fragua y el yunque. Una especie de cercado mal hecho con púdras y ladrillos encierra la escena desde el segundo término al proscenio. En el centro tiene este cercado un espacio vacío, que es la entrada al recinto. De esta entrada por un camino en cuesta descendente, por el que suben los personajes a escena. En el telón de fondo se ve Sierra Elvira con sus cumbres nevadas. Delante se ve a lo lejos Granada a vista de pájaro. Es el caer de una tarde del mes de Septiembre.

La Tempranica dando a los fuelles de la fragua. El señor Chano trabajando en el yunque haciendo clavos, ayudado por Grabié, que mete y saca el hierro del fuego, y por Piliú, niño de seis años. Trozos de hierro, herramientas, espuelas de clavos, etc., bajo el cobertizo. A la izquierda, primer término, un grupo de gitanas, de las cuales una es la Salú, madre de la Tempranica, y la Pastora, mujer de Zalea. Salú hace media. Pastora teje los nimbres de un canastillo. Otra peina un chiquillo de seis años. Otra está cosiendo. Dos chiquillos pequeños patean entre las faldas de las mujeres que están sentadas en el suelo. Zalea y Juan escuchan un borriquito escuálido. Un gitano viejo duerme un chiquillo de pañales. Si es posible, debe haber un perro y dos o tres gallinas. Sobre la cerca unas cuantas jaulas de pájaros, y en el suelo, arrimada a la tapia, otra jaula grande de caña con un gallo de pelea. Al levantarse el telón empiezan a llegar varios gitanos de ambos sexos, que quedan en escena durante el número musical.

MÚSICA

TODOS

A trabajá con fatigas
 ar mundo habemos venío:
 pa sufrir ducas tan grandes
 más valía no habé nasío.
 Duro, duro trabajando
 ta vida se ha de ganá.
 ¡Regaico con suores,
 qué amarguico sabe er pan!
 Es la vía perra
 un estarivé,
 ande to er que cuefa
 rabiando se ve.
 Un divé lo manda
 y azín tié que zé;
 es la vía perra
 un estarivé.

CHAN.

En cuantico er día azoma
 junto ar yunque estoy de pie,
 ablandando el duro jierro
 y jechando hasta la jíe.

MARIA

Tempranica me yaman,
 quizá lo sea;
 no pa las alegrías,
 sí pa las peñas.

CHAN.

Venga ese jierro,
 ¿Qué hace, Grabié?...

GRAB.

Zopla, Temprana...
 Va voy con é...

CHANO

Y osté, so piyo,
trabaje osté.

PILIN

Zoi chiquetico,
¿qué ví a jacé?

MARIA

Zuzpiros de mi pecho
la iragua encienden,
que pueden mi zuzpiros
má que los fueye.

¡Qué fatiguitas, pare,
qué fatiguitas!

¡Cuando una quiere tanto
no ser quería!

Tempranica me yaman,
quizá lo sea:

no pa las alegrías,
sí pa las penas.

SALÚ

Quince oviyo grande
yevo gastao ya,
y aún no he conseguido
ar talón yegá,
eztas zon fregatas
de ezas de la mar.
¡Vaya unos pinreles
que tié Sebastián!

PAST.

anasto, con er canasto!
anasto! ¡Que hase sudál
anasto! ¡Vaya a los mengues!
anastos! ¡Yo no puó má!

VIEJO

A la nana, nanita,

mi niño duerme
con el ojito abierto
como las liebres.
Este niño chiquito
no tiene cuna;
su pare es carpintero,
que le haga una.

ZALEA Y JUAN

Triqui-tri
triqui-trá
etc., etc.

ZALEA

Vaya un borriquito,
no lo hay ma juncá;
picos por alante,
flores por atrás;
y un «viva mi amo»
que le vi a pintá...
¿Ande le ponemos
er lebrero, Juan?

PILIN

En er triqui-triqui,
triqui-triqui-tra.

CORO

A trabajá con faitigas
ar mundo habemos venfo!
etc., etc.

Ya sale la luna,
ya ze pone er zó,
deja ya er trabajao
pol'amor de Dió.
Ya la lu se juye,
ya er día acabó,
ya zale la luna,
ya ze pone er zó.

HABLADO

SALU.—¡Chano!

CHAN.—¡Zalú!

SALU.—Escucha.

CHAN.—¿Qué quieres?

SALU.—¿Mo vamo a morí de jambre?

CHAN.—¿Hay pa engañarla?

SALU.—Hay.

CHAN.—Po... ¡ay, ay, ayl... venga lo que haiga.

PAST.—¡Zalea!

ZALEA.—¡Pastora!

PAST.—¿Tú has escuchao?

ZALEA.—Yo no, pero el estógamo sí, que me da ca tronío... que m'atonta.

PAST.—Po arsa ya a jañipeá.

GRAB.—Mare, ¿hoy hay conejo?

SALU.—Hoy hay papas en su propia zangre, y un tiro meyiso pa ca uno.

GRAB.—Pos er tiro pa un pobre. Vengan las papas.

PILIN.—¿Y hay vino?

PAST.—¡Vino er diluvio y no te ajogaste, mardesfo!

ZALEA.—¡Ea, Juan! Ya está mi niño ma fresco que un rábano. Míalo que bien
lao.

JUAN.—No zē distingue po er pelo zi esto e una criatura o e una rana.

ZALEA.—Pero bonito zi que ha queao.

JUAN.—Ezo zí, ¡está pa chillalo!

MIG.—¡Dios guarde a la gente güena!

SALU.—¡Migué!

CHAN.—¡Hola, Lobito!

ZALEA Y PAST.—¡Güenas tardes!

CHAN.—¿Qué trae un hombre?

MIG.—¿Pero es que habéis ustedes tomao el trabajo por melesina?

CHAN.—Ya acabamo...

MIG.—¡María!

MARIA.—(Acercándose.) ¿Qué queréis?

MIG.—Zentrañita mía, ¿qué te dije ayé?

MARIA.—La ma.de coza.

MIG.—Zí; pero la primera y más prencipal, que hoy va a ze día e fiesta; que va a habé aquí una garata que van a bailá jasta lo gayo; que tú va a se mía y yo no me meresco ma; y tú no te mereces menos; sino que nos mueramos tos de gusto y alegría; que quisiea jasé pa ti der monte un palasio; de mi persona un rey; de toas las mujeres tus esclavas... y de toos los hombres puchinelas pa jacete rei y yevate la cola.

MARIA.—¡Gracias!

CHAN.—¡Hombre. Migué!... Arrepara que yo zoy zu pare...

MIG.—Osté zería er menistro pa corré con tó; y zonzi *la caracaba*, y a llamá a toa la gente y a armá aquí un terrimoto de gracia y alegría. ¿No e eze también tu gusto, Tempranica de mis ojos?

MARIA.—Zí.

MIG.—¿Qué tienes?

MARIA.—¡Na!

SALU.—Po amo a comé.

CHAN.—Vaino p'ayá. (Vanse todos.)

MIG.—Dirse ustedes, que yo voy a praticá con esta do palabrica.

MARIA.—Aluego iré yo.

GRAB.—Yo cuantico coma ví a mis pájaros... ¡Migué! ¿quiés tú una coza güena?

MIG.—Amo a vela.

GRAB.—Mía qué jirguero cogí er domingo. (Enseñando una jaulita.)

MIG.—Sí que está bonito. ¿Cuánto quíe po é?

GRAB.—¿Va a comprármelo?

MIG.—Según me pías.

GRAB.—Po... po do perrica na ma...

MIG.—Chiquiyo, po ese dinero merco yo un potro.

GRAB.—¿Pintao en un papé?

MIG.—¡Viva la gracia! Ea, ven acá. Guárdate er bicho y toma un duro.

GRAB.—¡Puñales!... ¡Otro!

MIG.—¿Otro?

GRAB.—Este y el de don... (Tempranica le hace señas que calle.)

Don... Don, guilindín, guilindón;
repiquen a gloria que la doce son;
guilindín, guilindón.

Y los churumbele ze bailen ar zon.

(¡Mardita zea er gayo; que zoy un guazón!

Guilin dín
guilin dón;
guilin dín.)
guilin dón.

MIG.—¡Cuidado que tiene ange este chorré!... (Váse Grabié cantando y tratando de disimular su yerro.)

Maria la Tempranica y Miguel

MIG.—¿Qué tienes tú?

MARIA.—Ya te he dicho que na.

MIG.—Tú estás mu pará y ma seria que un jué,

MARIA.—Po no me paza nafta malo.

MIG.—¿Quizá que no t'alegra que ví a zé tuyo de por vía?

MARIA.—¡Migué, qué coza tienel

MIG.—¿No te he entregao las yaves de este garlochí tan puro? ¿No e tuyo todo lo que queré y tosto mi cuerpo? ¿No son tuyos los tres cabayos que tengo y los cinco reales que yevo ahorraos en dos años? ¿qué más quieres? Queré no pueo date á, que má no tengo. ¿Quiés mi vida? Dime que m'ajorque y verás que pronto esy guindando de un arbo pa date gusto. Pie tu po esa boca, que manque zea un iposible lo que me pías, er resueyo ha de fartarle a tu Migué zi no lo conzigue.

MARIA.—Mo me hables azin, chiquiyo, que no zoy fantezioza ni derzigente. Yo quiero y estoy contenta con mi zuerte. Eres güeno y no te mereces un mal pa... Zi argün penzamiento malo me tomara er zentio, haría milagro po arrancalo.

MIG.—Pero... ¿lo has tenío?

MARIA.—No, Migué; ni lo tendré; ezo... ¡te lo juro! (Aparte.) Es mu güeno; yo debo quererlo.)

MIG.—Po entonse, serrana mía, alevanta esos sacáis. Mirame con fatiga y ayea con tu vista al corasón, verá qué contento está. Pienza en la gloria que mo guarda y arza ya a ponete jecha un zó con tos los adornos que tenga, pa que ze ueran de envidia los ángeles der sielo. ¡Arsa que aquí t'aspera tu Migué jecho armiba.

MARIA.—Voy, Migué, voy... Hasta luego. (Véndose.) ¡Yo debo quererlo, si; es uy bueno!

Miguel; a poco don Luis, don Mariano, James y don Ramón

MIG.—(Con alegría.) ¡Jozú... Jozú... y Jozú!... No me cambio yo ahora... ¿por qué? Ni por er mesmo Padre Zanto de Roma... Eza flu tempranica va a zefa. Eza mocita juncá va a está siempre a mi vera... ¿Y tú te mereces tanto Miqueliyo?... Feo... feo der tó no erez. ¡Pero cuidao que eya «e merece un rey!... ¡Eal! ¿qué quieo yo má? ¡A ve zi hay en er mundo un hombre má feli!

LUIS.—Buenas tardes.

MIG.—¡Hola! unos forasteros...

LUIS.—Usted dispense, amigo; nos han dicho que agui había una fragua y esos señores y yo, que somos muy curiosos, queríamos verla funcionar.

MIG.—Zí zeñó, fragua hay, místela aqui; pero está apagá: de mó y manera que za función z'ha conclúo.

MAR.—¡Qué lástima!

MIG.—Pero va a habé otra función más mejó entoavía y yo les convío zi quien e canela fina.

MAR.—¡Hombre, hombre, sí que queremos!

LUIS.—¿Y qué función es esa?

MIG.—Po na má que una juerga divina, con cante, baile y el disloque.

RAM.—¡Caramba, qué suerte!

JAMES.—Buena fortuna tenemos.

LUIS.—¿Y con qué motivo se da esa tiesta?

MIG.—Osté carcule, zeñó. Tengo una novia má fresca que las rosas y más orse que el caramelo, y zu pare me ha dao er permizo antié pa que zea mía. Yo uieo dar envidia a tó er mundo y he dispuesto un jaleo pa hoy. Ayé no pudo zé orque eztuve tó er día en Graná mercando unos cabayo. Dentro e ná vendrá aqui pa la gente y ostés, que han llegao a tan güena hora, me van a jacé er favó de omá una caña a la salú de la novia.

LUIS.—Con mucho gusto.

MAR.—Y a la del novio, que es un hombre rumboso y simpático por la muestra.

RAM.—¿Eh, señor James? Esto es mejor aún de lo que buscábamos.

JAMES.—Yo muy contento.

LUIS.—¿Y es joven?

MIG.—Veinte años tiene.

MAR.—¡Vaya un reconstituyente para un enfermo!

RAM.—Y bonita... por supuesto.

MIG.—¿Bonita?... ¿Osté ha visto la Vinge de la Angustia?... Po, cazi, cazi yega a eya.

LUIS.—¿Y cómo se llama?

MIG.—Maria, pero acá la llamos tóos la Tempranica. (Pausa. Todos se miran marcosamente. Don Luis queda inmóvil y serio.) ¿Qué fué? ¿No les ha gustao er nombre?

MAR.—Sí... sí... la Tempranica... ¡Muy bonito!

RAM.—¡Graciosísimo! ¡Ya lo creó!

MIG.—Ya no debe de tardar. (Se aparta un poco a ver si vienen.)

LUIS.—(Aparte a los otros.) Vámonos, señores...

RAM.—¡Nada de eso!

MAR.—¡Ahora menos que nunca!... ¡Pues si este va a ser el capítulo más interesante de la novela!

LUIS.—Señores... que la cosa puede acabar mal.

MAR.—¡Bah! ¿Quién piensa en eso?

LUIS.—Por favor... yo ruego a ustedes...

MIG.—Aquí viene la gente.

LUIS.—(¡Maldito contratiempo! ¿Cómo no lo calculé?)

Dichos, Chano, Salú, Pastora, Zalea, Piliñ, Juan, gitanos y gitanas, coro general con guitarras, panderos y palillos. Un gitano trae una cesta con botellas de vino blanco y vasos. Durante los primeros compases van saliendo a escena todos. El Coro saca unos bancos que coloca formando un cuadro, que ocupa el centro de la escena. Cerca del proscenio, a la derecha, tres sillas de anea, que ocupan Miguel, Salú y Chano. Proscenio izquierdo otra, que ocupa don Luis. Este, antes de sentarse, saluda a Chano, Salú y besa a Piliñ.

MÚSICA

CORO

¡Ea! ¡Ea!...

Vayan peniya afuera
que hoy es er día
de matá las penas.

Se romandiña
una niña morena
con un mosito
d'asúca y canela.

Hoy va a sé día
de buya y de fiesta.

¡Ea, ea!

¡Vayan peniya afuera!

Salí, chiquiya, salí,
salí, chiquiya, a cantá,
que ya viene
esa mosita juncá.

¡Ole ya!

Salí, chiquiya, salí,
que ya viene

esa rosita de Abril.

¡Ea, ea!

MARÍA

(Sale por la segunda izquierda y se dirige a donde está Miguel.)

Sierras de Granada,
llanos de la vega:
hoy me parece
que hay más alegría
en llanos y sierra;
porque un moso güeno,
flamenco y honrao
su corasonsito
a mí me ha entregao.

¡Ay!

¡No creía que tan pronto
este día hubiea yegao!

(Al volverse hacia la izquierda ve de pronto a don Luis y canta aparte.)

¡Várgame la Vinge!

¿Qué es lo que yo he visto?

¡Ese hombre me quiere!

¡Por verme ha venío!

¡Ay, amante, amantito,
amante, amante!

¡Las pestañas me estorban
para mirarte!

Al compás de tus ojos

yevo los míos;

si los abres, los abro;

si miras, miro. (Vanse los cazadores.)

A la mar, por ser honda,

se van los ríos,

y detrás de tus ojos

se van los míos.

(María se sienta en la silla que ocupó don Luis y queda pensativa.)

CORO

Venga un tanguito nuevo
venga, chiquiyas;
vengan parmas y vino,
venga alegría.

Que me gustan las mosas
le re le

que mueven con gracia
sintura y pinreles.

¡Ay, le rele!

Yo traigo jazmines,
mosqueta y claveles.

Vale mi niña má,

ta-ra rán,

por ser del Albaicín,

ti-ri-rín,

que toas las señoritas

que se pasean

por el Zacatín.

Zacatín, Zacatín, Zacatín,

...tín embustero,
... aunque yevan la cota en la cara,
... las cursiilonas
... las de viento.
... a y toma!
... na y dale!

que están en la sierra
las güenas buñales.
¡Arsa y dale!
¡Dale y toma
que tienes la cara
yenita de aroma.

HABLADO

Grabié por el foro y se acerca a la Tempranica, y mientras el Coro hebe en el fondo en lo siguiente.)

GRAB.—¡María!

MARIA.—¿Qué?

GRAB.—¿Tú zabé una coza?

MARIA.—¿Cual?

GRAB.—Que he visto a don Luí.

MARIA.—¡Zí! Ha estao aquí... ha venío a verme... ¡me quiere! (Alegre.)

GRAB.—No, chiquiya... a revé... Yo estaba agachao en una piedra y lo escuché. Ze reían de tí... y don Luí é un marqué... ¡y eztá cazaol!

MARIA.—(Con ira.) ¿Qué?... ¿qué has dicho?...

GRAB.—¡Que eztá cazaol! ¡Es un mal ange! Y mañana se van a Graná,

MARIA.—¿De otra?... ¿El de otra?... ¡No, ezo no! ¡Otra mujé, no!... Grabié... mañana a la noche vienes connigo.

GRAB.—¿Aonde?...

MARIA.—A Graná. (Miguel se acerca a la Tempranica con una caña.)

MIG.—¡María!...

MARIA.—(A Grabié.) (Cáyate.)

MIG.—Toma una caña, mujé... (Continúa el baile y la música. María y Grabié se retiran al fondo.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Armen de don Luis en Granada. Fachada de la casa al fondo izquierda. La escena es un jardín elegante y bien cuidado. Del fondo derecha hasta el pros cenio del mismo lado una calle de arbustos (rosales, etc.) que termina en primera caja en un cenador bien cubierto de yedras y plantas de modo que oculten bien el interior. Por las ventanas abiertas del edificio se ven las habitaciones iluminadas. En el jardín ha y algunos faroles de papel grandes y bñitos, colgados de los árboles. La verja de salida se supone al fondo derecha. Es de noche.

Don Luis, la Condesa, Mister James, don Mariano, don Ramón, señoritas y caballeros. Al levantarse el telón, varias parejas bailan dentro la casa. Luego salen a escena. La Condesa, conduciendo un elegante cochecito con capota, dentro del cual se supone que duerme su hijo, niño de un año. Conduce el cochecito hasta dejarlo junto al cenador.

MAR.—¡Ea, jóvenes! Basta de juerga, que son las nueve.

COND.—Déjelos usted.

MAR.—No, Lolita, no; la fiesta ha sido larga y ustedes tendrán ganas de descansar.

COND.—Nada de eso, don Mariano, su compañía no cansa nunca.

JAMES.—Muy espiritual, preciosa y amable condesa, pero don Luis conviene mirar, que a la mañana debemos ir tempranito a la fábrica.

LUIS.—¡Oh! Hay tiempo.

MAR.—Nada, nada, quédense tranquilos en su casita, que ya echaremos otro yo de alegría más adelante. ¿No es verdad, señores?

UNOS.—Sí, sf.

OTROS.—Ciertamente.

MARIA.—Ea, pues hasta mañana.

RAM.—A los pies de usted, Lolita.

COND.—Adiós, señores.

MAR.—Déjeme usté dar un beso al heredero.

RAM.—Qué lo va usted a despartar...

COND.—No importa.

MAR.—(Acercándose al coche.) Adiós, señor conde. No yore uzia mucho, que ze

lo yevará er bú... ¡Qué reteresioso es!... (Besándole.) La carita de su mamá, que es un encanto.

LUIS.—¡Miren el fiscal! ¡Cómo requiere a mi mujer en mis barbas!

MAR.—No hay cuidado, amigo don Luis. Yo ya me voy dezojando... como me dijo la Moronda. (Todos ríen y forman un grupo algo hacia el fondo izquierda en actitud de despedirse. Los Condes atienden a todos.)

Dichos, María la Tempranica y Grabié. Estos dos vienen por la calle de arbustos cautelosamente y llegan al cenador.

GRAB.—¿Ande vamo, María?

MARÍA.—¡Déjame!

GRAB.—¡Chiquiya! ¿Pa qué mo habemo colao aquí?

MARÍA.—¿Pa qué?... No lo sé... ¡Pa jasé algo malo!

GRAB.—¡Criatura, no me pierda!

MARÍA.—No; de otra mujé, no!

GRAB.—Ayí viene.

MARÍA.—Ahora verá. (Queriendo lanzarse al encuentro de don Luis, que llega hasta el cochecillo.)

GRAB.—(Sujetándola.) ¡María!

LUIS.—Si; está dormido mi hijo. Saldremos a despedirlos hasta la verja.

MARÍA.—¡Zu hijo!...

GRAB.—Ahí está metfo; en eze carrito.

LUIS.—Mira, Lola, mira tu nene, qué bonito está dormido.

COND.—¿A ver? (Acercándose.)

MARÍA.—¡Eya! ¡Jezú, qué preciosa é! (Contemplándola con respeto y admiración vacila y se lleva las manos a la frente.)

GRAB.—¡Chiquiya!... ¡Zi é una Vinge der Carme...

MARÍA.—¡Qué blanquita é!... ¡Y yo... que negra zoy a la vera zuya!

COND.—Ya vamos, señores; perdonen ustedes.

MARÍA.—¡Ah, madrequita buena! Eso no es pecado. (Vanse todos hacia el foro y desaparecen por la derecha.)

María la Tempranica y Grabié; a poco la Condesa y don Luis.

MARÍA.—¡Grabié!...

GRAB.—¿Qué?

MARÍA.—¡Yo m'ajogo! ¡Ya z'acabó tó!

GRAB.—María... vámonos de aquí...

MARÍA.—Aspera... (Sale rápida del cenador, y luego se acerca al cochecillo.)

GRAB.—¿Qué va a jacé?

MARÍA.—Toma, niño. (Besándole.) Tú me has quitao de zé vengativa.

GRAB.—Ven pa cá, que vienen...

MARÍA.—¡Ay, Grabié; qué miseria semo nozotro junto a tó esto!

GRAB.—¡Chiquiya! Vamo pa caza. Zi Migué... z'entera... ¿qué va jacé er precito que tanto te quiere?...

MARÍA.—Zi, niño, zi... Vámos junto a Migué... eze e de mi iguá... pa eze eze eze... Ezte e ya pa mí un muerto... ¡Ay!... Pero déjame zuzpirá por é... ¡la u... vé!... (Desaparecen por donde entraron en escena.)

LUIS.—Lolilla... a descansar. Coge el cochecito y vamos a acostar al nene, y decir a Antonio que cierre la verja.

COND.—¡Luis mío, qué feliz soy! (Echian a andar hacia la casa.)

MARÍA.—(Cantando dentro.)

Tempranica me yaman
quizá lo sea,
no pa las alegrías,
sí pa las penas.

LUIS.—(¡Dios mío! La Tempranica.)

COND.—Oye, Luis, qué bien canta esa chiquilla! Parece que llora... ¡Pobre mi chacha!

LUIS.—¡Sí! ¡Pobre muchacha! (Entran. A poco sale Grabié con una piedra en la mano. Desde el cenador la tira con fuerza a uno de los balcones y echa a correr. Antes del fuerte de la orquesta mucho ruido de cristales rotos. Cuidese bien este efecto.)

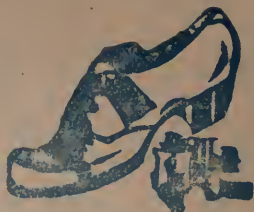
TELON

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.
Economía por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID



Los filtros para agua "ARSO" son los más económicos y los que más rinden. Se sirven buenas sueltas para todos los sistemas de filtros a precios reducidos. De venta:

Casa "ARSO", Madrid
CARDENAL CISNEROS, NUM. 28

PARA AUMENTAR DE PESO
tonificarse nervios y músculos
y adquirir buen apetito, tome el

HIPODERMOL

La Novela CORTA

Después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, para complementar su apostolado de divulgación literaria va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada una de ellas una sola obra en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

Larra.—Espronceda.—Patricio de la Escosura.—Martínez de la Rosa.—Enrique Gil.—Fernández y González.—Ortega y Frias.—Hartzembusch.—Gertrudis G. Avellaneda.—Pastor Diaz.—Aiguals de Izco.—Navarrete.—Pérez Escrich.—Pilar Sínúes.

NOVELA HISTÓRICA

F. Patxot.—Cánovas.—Vicceto.—Balaquer.—Navarro Villoslada.—Amos de Escalante.—Castelar.

NOVELA NATURALISTA

Fernán Caballero.—Miguel de los Santos Alvarez.—El Solitario.—Mesonero Romanos.—Pereda.—Valera.—Clarín.—Selgas.—Alarcón.—Arturo Reyes.

También rendiremos un homenaje a la memoria de nuestros grandes escritores y poetas.

POETAS

Zorrilla.—Trueba.—Becquer.—Carolina Coronado.

ESCRITORES

Ganivet.—Silverio Lanza.—Taboada.—Eusebio Blasco.—Alejandro Sawa.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, es- grandes novelas extractadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por la C. de Pardo Bazán, Rodríguez Marín, Azorín, M. Bueno y C. de Castro

Estos números HOMENAJE, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

FRINE

REVISTA FEMENINA CULTURAL

EL PRÓXIMO JUEVES

MODO DE ORDENAR LA CASA :

SUMARIO

Su orientación.—Distribución.—Manera de amueblarla y saber conservar los muebles, etc.

I: La casa-habitación. - Condiciones de salubridad que han de tenerse en cuenta para su elección. - II: Distribución de las habitaciones. - Necesidad de atender a la higiene. - Prescripciones generales. - Dependencias más importantes. - Dormitorios. - III: La cocina. - Condiciones que debe reunir. - Modo de amueblarla. - Cuidados que exige. - IV: La batería de cocina. - Ventajas e inconvenientes de los utensilios de hierro, barro, cobre, porcelana, etc. - Objetos necesarios. - V: El fregadero. - Limpieza de la vajilla y la batería de cocina. - Desinfección de las habitaciones, ropas, etc. - VI: Modo de limpiar muebles y habitaciones. - Limpieza de los entarimados. - Conservación de las alfombras. - Cuidados que exigen los muebles de diferentes clases. - Limpieza de espejos, dorados, plateras, or, plata y otros metales.

Osram

Luce mucho y gasta poco

por lo que resulta en la

práctica la lámpara

más barata.



CONCESIONARIO:

León Ornstein

MARIANA PINEDA, 5
MADRID

Oficinas y Taileres de **Prensa Popular** propietaria de **La Novela Corta**, **La Novela Teatral** y **Friné**.
Antonio Palomino, núm. 1, y Calvo Asensio, núm. 3. ---MADRID.

LA NOVELA
TEATRAL

CARMEN CREHUET

20 cts.

**RAMPA Y
ARTÓN**

cómico en dos actos

**ÑOZ SECA Y
REZ FERNÁNDEZ**

Tovar
1918.

LA NOVELA TEATRAL

Director: José de Urqu

Complemento de la Novela Corta

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar pero cuya autorización **ya nos ha sido oficialmente otorgada:**

Galdós.

Electra.—Doña Perfecta.—La loca de la casa.—Realidad.—La de San Quintín.*—Sor Simona.

Dicenta.

El Lobo.—Sobrevivirse.—El crimen de ayer.—El señor feudal.—Daniel.—Juan José.—Aurora.*—Luciano.*—Amor de artistas.

Quintero.

El Patio.—Doña Clarines.—La escondida senda.*—El niño prodigio.*—Pepita Reyes.

Arniches.

La sobrina del cura.—La casa de Quirós.—Las estrellas.—Dolores.—La señorita de Trevez.—La gentuza.—Noche de Reyes.

Arniches-G.^a Alvarez.

El terrible Pérez.—El cuarteto Pons.*—El Príncipe Casto.*—El Método Górritz.*—Mi papá.*—Gente menuda.*—El fresco de Goya.*—El pollo Tejada.*—El perro chico.*—Al ma de Dios.—El pobre Valbuena.

Alvarez-Muñoz Seca.

El verdugo de Sevilla.—Fúcar XXI.—La frescura de Lafuente.—El último Bravo.—Los cuatro Robinsones.—Pastor y Borrego.—Trampa y cartón

Villaspesa.

El rey Galaor.—Aben-Humeya.—La Gioconda.—Doña María de Padilla.—Laleona de Castilla.—El Halconero.*—El Alcázar de las perlas.

Martínez Sierra.

Primavera en otoño.—El ama de la casa.

Abatl - Paso.

La Divina Providencia.*—El gran caño.—El río de oro.—El infierno.—Los perros de presa.—El Paraíso.—La mar salada.*—La bendición de Dios.*—El asombro de Damasco.*—El tren rápido.*—El veló de Lucena.*—Nieves de la Sierra.*—La alegría del vivir.*

Vital Aza.

Francfort.—La rebotica.—Ciencia exactas.—La Praviana.—Parada Fonda.—Tiquis Miquis.—La sala de armas.

Comedias.

Trata de blancas.—El místico.—Los semidioses.—Las cacatúas.—Charito, la Samaritana.— Todo somos unos.— El cardenal.— El hombre que asesinó.— Serafina, la Rubiales.— La eterna víctima.— Jimmy Samson.— Lopez de Coria.— El misterio del cuarto amarillo.— Primerose.— Raffles.— Mirandolina.— Genio y figura.— Petit-Café.— Los noveleros.— La Tizona.— Miquet y su mamá.— Los gemelos.— El chico del cafetín.

Zarzuolas.

La viejecita.— La alegría de la huerfana.— La marcha de Cádiz.— Gigantes cabezudos.— La Corte de Faraón.— La Tempranica.— El duo de la Africana.*— Los cadetes de la reina

(*) Las obras señaladas con asteriscos serán en breve publicadas.

Trampa y cartón

JUJUETE CÓMICO EN DOS ACTOS ORIGINAL DE

Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández

PERSONAJES

FLORA. - JESUSA. - DARÍA. - TULA. - DON CALIXTO. - DON MOISÉS. - DON PONCIANO.
DON BRAULLIO. - PIÑOL. - MARTIN. - LEÓN. - DON FRANCISCO. - TIMOTEO. - JUANITO
- JACINTO. - RAMIRO. - DON NARCISO. - CARBONERO. - PANADERO.

ACTO PRIMERO

Habitación pobremente amueblada en casa de don Calixto Redondo. Una puerta en cada lateral y una ventana en el fondo. Cerca de la ventana una mesa y sobre ella recado de escribir y algunos planos con figuras geométricas. El mueblaje revela restos de pasada grandeza. Son las doce de una buena y fresca mañana de Diciembre en Madrid.

Al levantarse el telón está en escena Flora, hija de don Calixto; cose sentada a una modesta camilla.

Flora y Daría

Entra por la puerta de la izquierda, que es la de la calle, entra Daría, portera de la casa y andaluza gracias a Dios.

DAR. — Güenos y frescos días, señita Flora.

FLO. — Hola, Daría; sí que hace fresquillo, sí.

DAR. — Señita, ¡fresquillo yama usté a un regimiento de purmonías a cabayo que s'ha desbocao hoy por Madrid? ¡Compañerita, en mi portería no se puede estar! ¡Aqueyo es er Polo! Na, que no me climato yo a Madrid: no me climato y no me climato. Y lo mismo le sucede a Titta Ruffo.

FLO. — ¿A quien?

DAR. — Güeno; ar gato que me traje de Seviya. Ayí lo tiene usté en er canasto de la ropa liao entre los trapos, que paese un deo malo y con er rabo puesto por la pata.

FLO. — ¿Y qué hay de nuevo, Daría?

DAR. — Cáteme usté aquí en busca de su padre. ¿Está?

FLO. — Para usted sí está, pero roncando. Se acostó anoche muy tarde. Estuvo en el Real, y luego se pasó ahí dos horas, dándole vueltas a su invento.

DAR. — ¿Qué está inventando ahora?

FLO. — Un para-caídas.

DAR. — ¿Un aparato para caerse?

FLO. — Para caerse bien. Ahí lo tiene dibujado.

DAR. — ¡Y que personas de tantísimo cerebro se vean tan arrollaos! Pero mienta su padre de usté no pierda el habla y conserve su buen humor...

FLO. — Eso es verdad, para dar largas a los acreedores, no hay otro.

DAR. — En eso don Calixto es el amo. Y cuidado: que suben algunos con unas cosas... Pero ya se sabe, a los dos minutos salen hasta riyéndose. Yo al principio creía que cobraban.

FLO. — ¡Cobrar! Hoy tenemos por todo capital veinte céntimos; lo que ganó el Real.

DAR. — ¿En el Real?

FLO. — ¿No le he dicho a usted que trabaja en el Real? Anoche cantaron *Tan-*

...
DAR. — ¿Pero su padre canta?

FLO.—No, mujer; es comparsa; salió de peregrino.

DAR.—¡Ah, ya! De romero, como disen en mi tierra. Con el hábito, er báculo y la calabasita...

FLO.—Una cosa así.

DAR.—¡Toma! Ahora me explico yo lo de las conchas.

FLO.—¿Qué?

DAR.—Que anoche sobre la una, llamó don Calixto en mi cuarto, y me dió dos docenas de conchas de esas que se usan pa servir esa especie de pomá que llaman bichamel, y me encargó que se las vendiese hoy tempranito en cualquier pescadería. Aquí tiene usted lo que me han dado por ellas.

FLO.—¡Una peseta!

DAR.—Diga usted, señita, ¿es verdad que se ha puesto usted en relaciones con e estudiante del sotabanco? Me lo ha dicho el amigo de su padre de usted, ese que viene toas las tardes, el abogado...

FLO.—¡Ah, sí, don Moisés!

DAR.—¡Otro! Otro que debe tené telarañas en la garganta. No ve los garbanzos ni en arreplano...

FLO.—¡El hombre!...

DAR.—La verdá es, señita, que se reune aquí una tertulia que... vamos, no e este entresuelo la Casa de la Monea.

FLO.—Y que lo diga usted!

DAR.—En fin, me voy a mi garita. Hoy es sábado, día de ingleses, y voy a ve si puedo pararles a ustedes algunos gorpes. (Suenan unos golpecitos en la puerta. Estos no hay ya quien los pare. ¿Quién será?)

FLO.—Dios los traiga de su mano. ¿Quién?

MOI.—(Dentro.) ¡España!

FLO.—(Muy contenta.) Es don Moisés.

DAR.—El de las telarañas. (Abre y entra don Moisés.)

Dichos y don Moisés; luego León.

(Este don Moisés, es un hombre y un águila, todo en una pieza. Frisa en los cincuenta y lle va con aire resuelto y hasta elegante, su derrotadísima indumentaria. Habla y acciona como debió hacerlo Demóstenes. Como hace frío, trae cerrada hasta muy arriba su ligera americana, con un grueso imperdible.

MOI.—Buenos días, Florita: para servir a usted, señora.

DAR.—Buenos días.

FLO.—¿Qué tal, don Moisés?

MOI.—(Muy contento.) ¿Qué tal, eh? ¿Tú me ves la cara y tú me preguntas qué tal? ¡¡Florita! Hay fisonomías que hablan, que expresan, fijate y comprende que estoy mejor que bien, que estoy magnífica, estupenda, apocalípticamente bien. Todo me sonríe. Todo lo veo hermoso. Todo me lo finjo bello. Tú no eres Florita, tú eres una niña pagana. Usted no es la portera; usted es una danzarina rusa flexible como el junco, de pies ágiles y cuerpo descoyuntado. Usted es un pífano e vuelto en una densa espiral de humo que se levanta al cielo.

DAR.—(Se queda mirándole estupefacta por no haber entendido una palabra y dice p todo potaje.) Quearse con Dios. (Vase.)

FLO.—Cuénteme usted, hombre; ¿por qué viene usted tan contento?

MOI.—Espérate que me quite el abrigo. (Se quita el imperdible y se desabrocha americana.) Florita, la vida es un arcano; el mundo es una paradoja, y la Humanidad es una tontería. ¿Y tu padre?

FLO.—Otra tontería, si usted quiere.

MOI.—Digo, que dónde está tu padre.

FLO.—Durmiendo.

MOI.—No le despiertes. El sueño es estado de gracia. Mientras el espir duerme, el cuerpo no protesta, no mortifica, no exige; el cuerpo se chincha.

FLO.—Bueno, pero ¿qué le pasa a usted?

MOI.—Mirame y compréndelo. Soy feliz. No me cambio ahora ni por la Clito. Enfundo mi hoja, rompo mi péñola, y me marchó de Madrid.

FLO.—¿Eh?

MOI.—A Méxxico.

FLO.—A...

Moi.—¡Admirame, a Méjico! (Entra León.)

LEÓN.—¿Que se va usted a Méjico, don Moisés?

Moi.—Querido León; simpático y noble León. Un abrazo.

LEÓN.—¿Pero es posible, Flora?

Moi.—¿Posible? ¡Evidente! Esta noche salgo para Barcelona y mañana embarco en el «Dante», un buque italiano de tres palos, que es una especie de Babilonia de flota y que marea.

LEÓN.—¿Pero y cómo?

Moi.—Una historia. La labor de diez años. Un accionista de la compañía náutica a quien yo tenía frito a pinchazos de a tres pesetas me ha proporcionado un pasaje de ida, para que no vuelva.

LEÓN.—¿Pero qué piensa usted hacer en Méjico, don Moisés?

Moi.—Yo, nada; ni siquiera pienso desembarcar, esperaré a que me desembarquen si quieren. Pero durante la ida... ¡cómo! ¡Como me voy a poner, Florita! ¡Cómo! ¡Con lo que se come en los barcos!, ¡y en segunda! ¡Y barco italiano! ¡Marrones!

LEÓN.—Bueno, don Moisés, no divague usted, que estoy en ayunas.

FLO.—Voy a despertar a papá. El notición lo merece. (Se va.)

LEÓN.—Se va a morir de envidia don Calixto cuando se entere.

Moi.—¿Envidia? ¿Envidia en Calixto? Envidia en mi maestro? Usted no conoce Calixto Redondo, amigo mío. Calixto no puede envidiar a nadie, y mucho menos ni, ¡pobre átono! Calixto es la más grande mentalidad de nuestro siglo.

LEÓN.—Como mecánico.

Moi.—¡Como hombre! Calixto posee todas las ciencias; no trabaja y vive; debe lo paga. ¡Es un genio! En otro siglo hubiera sido un Balboa, un Colón, un Cortés, un Almagro. Pero ha nacido en el siglo de los Gallos, y en estos tiempos no prospera el genio. Viviera hoy el propio Almagro, y al verlo junto al Gallo, tendríamos que exclamar: ¡Ved al Gallo triunfante, ved a Almagro indigente! ¡Qué o el Gallo! ¡Qué lejos Almagro de la prosperidad!

LEÓN.—¡Regular, hombre!

Moi.—¡¡Calixto!! Joven, aprenda usted de él. ¡Pasma! Es altivo con el humilde, es sencillo con el poderoso; es catalán con los catalanes.

LEÓN.—Veo que le admira usted.

Moi.—¡Le adoro, León! Su verbo flúido, cálido, arrulla, entusiasmo: tiene la energía de un Maura y la música celestial de un Melquíades.

FLO.—(Saliendo.) Ya viene papá, se ha puesto contentísimo al saber la noticia.

Moi.—¿Ve usted, joven? Se ha puesto contentísimo. ¡¡Es un corazón de novato!!

FLO.—(A León.) ¿Y usted hoy no estudia?

LEÓN.—No puedo. Es sábado, y los sábados prefiero alejarme de mi cuarto para evitar encuentros desagradables.

Moi.—¿Deudas?

LEÓN.—Sí, señor.

Moi.—Pues muy mal procedimiento, querido amigo. Yo hacía lo propio, y él, genio, ¡Calixto! hubo de decirme... Estas son sus palabras: «El acreedor es como el toro, Moisés, y del toro no hay que huir porque corre más que nosotros y alcanza; hay que quebrarle, engañarle con el trapo; castigarle para que se asuste, y una vez cuadrado... tirarse y pedirle más dinero.» Esta es su doctrina.

LEÓN.—Bueno; yo prefiero subirme a un árbol.

Moi.—Usted es carne de acreedor, pollo.

LEÓN.—Aquí está ya papá.

Moi.—¡Guardia, formad!

LEÓN.—¡Jesús!

Moi.—¡Paso al rey!

FLO.—¡De la trampa!

Moi.—De la trampa, ¡pero el rey!

Dichos y don Calixto.

CAL.—(Sale por la derecha.) ¡Un abrazo, querido Moisés!

Moi.—Uno, no; ciento.

CAL.—¡Enhorabuena! ¡Buenos días, vecino! (A Leon.)

CAL.—¡Conque a Méjico, eh, a Méjico! (El gran Calixto, hombre de cincuenta años y de cara extremadamente simpática, viene con una «toilette» verdaderamente estrambótica. Calza unas zapatillas rojas de fieltro, toca su cabeza con un gorro casi egipcio y se abriga con una especie de sotana con esclavinas de un color pardo. Es el hábito de peregrino de «Tannhäuser», que «distraídamente» se trajo a su casa la noche anterior. Por cierto que en la parte de la esclavina que corresponde a la espalda ha dejado, sin duda, por descuido, una magnífica concha.)

MOI.—Chico, estás verdaderamente fantástico con ese indumento.

FLO.—¿De dónde has sacado eso; papáito.

CAL.—¡Os asombráis de todo. Pues apenas si tiene años esta bata.

LEÓN.—¿Es bata?

CAL.—Sí; está un poco pasada... pasada de moda. Cuando me casé, la pobre Concha se empeñó en que me la hiciera y desde entonces la conservo. La uso muy poco, ¡trae a mi memoria tan tristes recuerdos!... Siempre que me la pongo para rece que tengo a la pobre Concha delante. (Se vuelve de espaldas como para ocultar una lágrima y enseña la concha que lleva cosida a la espalda.)

MOI.—Pues chico, la tienes detrás.

CAL.—¿Eh? (Comprendiendo.) ¡Ah, ya! (Arrancándosela de un tirón.) ¡Si! (Con la mayor frescura.) Es que las quité anoche en la portería y por lo visto... no la hubo de haber visto... (A Flora.) Escucha, ¿te ha dado algo Daría?

FLORA.—¿Quién?

CAL.—Daría, la portera.

FLORA.—Una peseta.

CAL.—Poco es. Yo creí que Daría te daría algo más. Si sé que iban a dar tan poco por las conchas no se las quito. Vestían muy bien. (Sonriendo a Moisés y a León e indicándoles el hábito.) Del Real.

MOI.—¡Ah!

CAL.—Hicimos anoche *Tannhäuser*. Al salir llovía a cántaros, parecía la calle una alberca y me dije: bueno; por si hay que hacer el galápagos me llevaré la conchas.

MOI.—¡Es un coloso!

CAL.—No creas que me remuerde la conciencia; es mucha explotación la de aquella empresa. En la Princesa da gusto; tenemos una Princesa que da una peseta; pero tenemos todo un Real y no da más que veinte céntimos. Y en ópera como *Tannhäuser* menos mal; pero en *Aida*, que cuando no cargo con el bue Apis, tengo que arrastrar del animal de Radamés... está muy mal pagada la concha.

FLORA.—Menos mal que tú cobras.

CAL.—¿Lo dices por el hábito?

FLORA.—Por el hábito que tienes de traerte lo que puedes.

CAL.—¡Mujer, quien te oyera!...

FLORA.—La otra noche trajo esa zalea.

CAL.—¡Claro! Hice de Nibelungo en *El oro del Rhin*, estuve toda la noche en la zalea a cuestras perfectamente abrigado y no iba a quitármela al salir a la calle para pillar un lumbago o una pleuresía.

MOI.—(Entusiasmado a León.) ¿Vé usted qué hombre?

LEÓN.—Se cuida; sí señor.

CAL.—En fin; hablemos de tu viaje. De manera que a Méjico y en el *Dante* que hace más escalas que la Barrientos... Bueno; no hay quien te quite cuarenta días paradisiacos.

MOI.—¿Cuarenta?

CAL.—Cuarenta.

MOI.—Figúrate, estoy que deliro de emoción. Calixto; puedes creerme ¡Parto feliz! ¡Parto feliz!

CAL.—Y la cuarentena que te espera.

MOI.—Faraónica, baltasariana, heliogabálica.

CAL.—Embarcas en Barcelona...

MOI.—Me voy esta noche en el correo.

CAL.—Vete en el exprés: yo te indicaré como y te diré también el procedimiento de comer en el tren sin la molestia de pagar la comida. Luego hablaremos.

MOI.—¡Qué grande eres, Calixto!

LEÓN.—Oiga usted, don Calixto, ¿cómo lleva usted su invento?

CAL.—A pedir de boca. Es el «abecé» de la mecánica. El huevo de Colón. (To uno de sus planos.) Vean ustedes. Hay una fuerza impulsiva, el peso del cadente y una fuerza de resistencia, el triángulo contrarrestante u opositorio. Aquí es: Hipotenusa; K Y-T-2-4 y 6. Catetos: A-B-C-1 3 y 5 y la diagonal, O-P. Son resistencias que se complementan; ¿Que por un impulso del cadente me falta la hipotenusa? pues B-T-A... ¿Que me faltan los dos catetos? pues 2-K-T., a cada uno. ¿Que me falta todo el triángulo? pues me queda una última resistencia: P-A-T.

MOI.—Que es lo más seguro.

CAL.—Bueno; esto no tiene más que un objeto: sacarle un par de paraguas a un niño para hacer el experimento. No sabes lo que me ilusiona tener un paraguas.

FLO.—Oiga usted, don Moisés, ¿no tiene usted miedo a marearse?

MOI.—No, Florita; a mí el mar no me marea.

CAL.—A este es el hambre el que la marea la mar. (Suenan unos golpes en la puerta de la izquierda.)

FLO.—Han llamado.

MOI.—Sí.

CAL.—Algún hijo del... Albión, por no decir otra cosa más gráfica.

LEÓN.—¿Abro?

CAL.—Despacio, pollo: la puerta, como la misa; al tercer toque. Puede ser un equivocado y hay que concederle tiempo para la rectificación. Abrigarse. (Se dirige a la ventana del fondo.)

FLO.—¿Qué vas a hacer, papá?

CAL.—Ventilar.

FLO.—Con el frío que hace...

CAL.—Precisamente por eso. Si el inglés es friolero... entra; la puerta abierta la ventana abierta, la corriente traidora... se enfría, estornuda... ¡No para!

MOI.—¡Qué hombre!

LEÓN.—La verdad es que, teniendo tantas deudas, no sé cómo vive usted en el tresuelo... ¡Está el cuarto tan a la mano!...

CAL.—Todo está previsto, joven Imprevisor; usted no sabe lo que es un acreedor cuando sube cien escalones y no cobra.

LEÓN.—¡Llega ahogado, hombre!

CAL.—Pues por eso; se sienta, descansa, se desahoga y hay que temer al desahogo natural de un inglés.

MOI.—Es un genio. (Vuelven a llamar a la puerta.)

CAL.—No es un equivocado. Insiste.

FLO.—¿Abro?

CAL.—Abre. Los golpes me han parecido amistosos. Quitaros de la corriente. (Para abrir la puerta.)

Dichos y Jacinto.

Jacinto, chico como de quince años, aprendiz de zapatero, que trae un par de botas de papel en la mano.

JAC.—Buenos días.

CAL.—Hola, muchacho; pasa, cierra y cúbrete.

JAC.—¡Anda la osa! ¡Si no me he descubierto!

CAL.—(Remedándole.) ¡Anda la osa, si ha sido una indirecta!

JAC.—Su señoría dispense. (Se quita la gorra.)

CAL.—(A los demás.) El chico es ameno y misceláneo, ¿eh?

JAC.—¡Se vive!

CAL.—¿Qué traes?

JAC.—(¡Rediez, la Siberia!) Las botas.

MOI.—¡Botas nuevas! ¡Se atreve a encargarse botas nuevas!

CAL.—¡Hombre, mis botas! Trae. ¡Ya sonó la hora!

JAC.—Disculpe el señor, faltan unos cuartos.

CAL.—Eres listo.

JAC.—¡A ver qué Soriano va a hacer uno! Figúrese su excelencia que soy el encargao de llevar el género a casa de los tramposos, sin que esto sea señalar...

CAL.—Bueno, bueno; vengán.

JAC.—(Ocultando las botas y largándole la cuenta.) Tome usted.

CAL.—¿Qué es esto?

JAC.—El *vermú*, u séase la cuenta. El maestro, que no es más que un acémila que no ha tenido roce con personas pudientes, me ha dicho que no le deje el calza do si no lo paga, y yo lo traslado a usía para los efectos oportunos, etc., etc.

CAL.—(Este niño es el niño prodigio.) (Coge la cuenta y la deja sobre la mesa.)

MOI.—(A León.) Le ha fallado la combinación.

CAL.—Prudente y previsor es tu maestro. Veo que es un zapatero que toma sus medidas, si, señor; pero no se ocultará a tu claro juicio que sin probármelas no debo satisfacer su importe; podrían no estarme bien.

JAC.—Si es para probárselas... (Le da las botas. Don Calixto las examina, hace gestos de complacencia y se las pone.)

CAL.—Vamos a ver. Cierra la ventana, Florita.

JAC.—Sí, que hay aquí un fresco...

CAL.—Tres.

JAC.—¿Eh?

CAL.—Tres bajo cero. (Flora cierra la ventana.)

MOI.—(A León.) Ahora se las prueba, dice que le aprietan, las devuelve y queda como el propio Salomón.

CAL.—(Con las botas puestas.) Hombre, es verdaderamente raro; esta (Por una bota.) me está muy bien, pero esta otra...

JAC.—¿Apreta?

CAL.—Apreta un horror.

JAC.—Con meterla en la horma...

CAL.—(Quitándose una de las botas.) Sí, toma, que la metan en la horma. Di a tu superior jerárquico... ¿tú sabes?

JAC.—Chino sé yo. No le digo más.

CAL.—Pues le dices que el martes me pasaré por allí, recogeré la bota y le abonaré la facturita. Que no se moleste en mandármela; yo mismo iré.

JAC.—(Recogiendo la bota.) Está muy bien.

CAL.—Pollo sabio, que te dejas aquí la cuenta. (Se la da.)

JAC.—Se estima. Pero venía sin firmar. No es más que un papel mojado (Recogiéndola.) ¡Rediez, sí que es un papel mojado! (La sacude y vase hacia la puerta.)

CAL.—Adiós, hombre, adiós.

JAC.—(Haciendo mutis.) ¡Como no se queda más que con una... (Se va.)

Dichos, menòs Jacinto.

CAL.—Florita, acércame la bota que dejó ayer el otro zapatero. (Florita hace mutis por la derecha y sale a poco con otra bota nueva de charol.) Chico; es el gran sistema.

MOI.—¡Cómo!... Pero te vales de...

CAL.—¡Naturalmente, hombre! Es de un resultado sorprendente. El zapatero que conserva una bota tiene fe en el deudor, mientras el deudor no se queda cojo y espera. (Con las botas puestas.) ¡Me ha reventado este zapatero!

FLO.—¿Por que, papá?

CAL.—¡Nunca hacen las cosas a gusto de uno! Una bota es de horma inglesa y la otra de horma americana. (Suenan unos golpes en la puerta de la izquierda.) ¿Eh? ¡Demonio! (Nervioso, inmutado, abre rápidamente la ventana.)

FLO.—¿Qué es eso, papá?

CAL.—Nada, nada...

LEON.—¿Se ha inmutado usted?

CAL.—No, no...

MOI.—¿Tiemblas, Calixto? ¡Tú!!

CAL.—(Bajando la voz y en melodrama.) ¡¡Sí, tiemblo!! Esos golpes, Florita, son suyos, ¡suyos!!

FLO.—(Aterrada.) ¡Don Ponciano!

CAL.—Sí.

FLO.—¡Dios mío!

MOI.—Calma, Calixto, calma.

LEÓN.—¿Quién es don Ponciano?

CAL.—El único acreedor a quien yo no domino. ¡El único! Un tío que no reconoce otro imperio que el de la fuerza, ni otra ley que la de sus puños, un hombre fiera! (Suenan dos golpes horribles.) ¡Fiera!!

MOI.—¿Un inglés?...

CAL.—Sí; pero un inglés que boxea.

MOI.—¿Tan terrible es, Calixto?

CAL.—Mientras él no pierde la esperanza del cobro y habla de la deuda... es un inglés como otro cualquiera; pero cuando viene a treinta atmósferas y te mira amaleónicamente, y se frota las manos, y te dice con una sonrisa de hervíboro: ¡yo no vengo a hablar de dinero, hoy vengo a conversar con el amigo... no pidas de Santos Oleos, porque llegan tarde.

MOI.—¡Diantre, cuando tú le temes!... ¿Le debes mucho?

CAL.—Cinco mil... (Dos golpes tremendos.) ¡¡Porras! (Bajando la voz.) Cinco mil petas. (Sigilosamente se acerca a la puerta de la izquierda y aplica el oído. En el mismo instante nuevos golpes le hacen saltar en seco.) No, no es.

LEÓN.—Menos mal.

CAL.—Es don Braulio el casero.

LEÓN.—(Apuradísimo.) ¡Abrete tierra! Y yo que he venido huyendo de él.

CAL.—Abre, Flora.

LEÓN.—No, por Dios.

CAL.—No tema usted, joven. Está usted en mi casa. (Flora abre la puerta y entra don Braulio, que es un viejo más serio que un retrato al carbón.)

Dichos y don Braulio

BRU.—Buenos días.

FLOR.—Buenos días.

CAL.—¡Querido don Braulio! ¿Cómo le va? (Medio le abraza.)

BRU.—(Advirtiendo la presencia de León.) ¡Hola, está aquí don León Delgado! Lo llebro. Mataré así dos pájaros de un tiro; ¡dos pájaros de cuenta!

CAL.—(Dándole palmaditas cariñosas.) ¡Ja, ja! ¡De cuenta! Usted siempre alegre y con un chiste en los labios. Siempre de buen humor.

BRU.—¡No, no! De buen humor no. Todo lo contrario.

CAL.—¡Ja, ja!... Todo lo contrario y se ríe.

BRU.—¿Que me río? ¡Señores que río! No es posible reír. Pues bueno vengo para reír. Acabo de tener una, con la del bajo, la señora Oliva, la cacharrera, y me río yo.

CAL.—¿Ve usted como se ríe?

BRU.—Usted me entiende. ¡Esto es ya demasiado! Se han creído los inquilinos que esta casa es del dominio público. Todo el mundo está aquí atrasado. Mañana comienzan los desahucios.

CAL.—¡Vamos, don Braulio, un poco de paciencia!

BRU.—¡Qué paciencia, ni qué joroba! Me están ustedes amargando la existencia. Me paso los días pensando en esta dichosa casa; que si éste, que si el otro, arriba León, que abajo la Oliva...

CAL.—¡La farruca!

BRU.—¡La joroba! (Don Moisés ríe a carcajadas.) ¿Eh?

CAL.—(Presentándole.) Don Moisés Gil, Catedrático de Física que me ha ayudado a descubrir la Redondina. (Se saludan con una inclinación de cabeza.)

BRU.—¿Eh?... ¿La qué?...

CAL.—La Redondina o la Calixtina, porque dudo como llamarla. Precisamente entrar usted explicaba en qué consiste mi invento.

BRU.—Bueno, mire usted, yo... a lo mío. Necesito que me fijen ustedes de aquí al martes...

CAL.—Un momento. Siéntese. (Le quita el sombrero que conservaba puesto.) No se levante, yo se lo colgaré en la percha. (Don Braulio, atónito, deja hacer.) Siéntese. (Sienta frente a la traidora ventana.) ¡Aquí, ajajá!

BRU.—Es que está esto que pela. (Se levanta.)

CAL.—¿Fírfó aquí? Señores ¡fírfó aquí!

Moi.—¡Hombre!

CAL.—Es usted la única persona que lo dice. ¡Con lo bien orientada que está la casa y lo espeso de sus muros que refractan, refractan... Siéntese, es un momento. (Don Braulio se sienta.) Pues sí, amigo mío; como os iba diciendo: era lógico admitir que existiendo substancias que no dan paso a la luz y que no conducen la electricidad, debía también existir una substancia que aislase de la gravedad. Y ese es mi descubrimiento, la substancia aisladora de la gravedad; la Redondina.

Moi.—(¡Qué imaginación!)

CAL.—La Redondina, interpuesta entre el centro de la tierra y un cuerpo cualquiera, priva a éste de su peso. Yo envuelvo a este tintero con una capa de Redondina, lo dejo en el aire, y en el aire se queda. No pesa, no cae.

BRAU.—(Estornudando.) ¡Demonio! (Se levanta, cierra la ventana y vuelve a sentarse.)

CAL.—(Se constipó) Y he aquí lo práctico de mi invento. Construyo un poliedro de grandes dimensiones y con muchas caras. Encierro en él muebles y viveres, le abro una ventana en cada faceta, me meto dentro, cierro las ventanas, y el poliedro, libre de la acción atractiva terrestre, se separa de la tierra y flota por los ámbitos como un planeta artificial. Que quiero ir a Marte, pues abro la ventana que mira a Marte, (Abre la ventana.) me asomo a la ventana, Marte me atrae y... ¡a Marte!

BRAU.—Se estrella usted, porque la acción atractiva crece conforme disminuye la distancia y se estrella usted en Marte.

LEON.—Pues sí que es un viaje.

Moi.—(¡l o ha callado!)

CAL.—¿Y los frenos? Me quito de la ventana que mira a Marte, la cierro, abro la del lado opuesto, me atraen otros planetas, disminuye la velocidad y me poso en Marte blandamente como una mariposa.

Moi.—¡Qué deleite!

BRAU.—Pero.

CAL.—Para nosotros, amigo don Braulio, no hay ya límites; no hay abismos.

Moi.—Visitaremos la luna.

CAL.—¡Ya lo creo! Y estudiaremos la marcha, el movimiento de los astros, cómo se mueven las cabrillas, cómo giran las Marias, cómo rota la Osa mayor; bueno, la Osa no rota, anda, ¡anda la Osa! Ya lo dijo Flammarión.

Moi.—Iremos a Júpiter.

CAL.—Construiremos un Palace en Neptuno.

LEON.—Invernaremos en Venus...

CAL.—Y veranearemos en Mercurio...

BRAU.—(Estornudando de nuevo y levantándose.) Bueno; yo dejo a ustedes. De manera que quedamos en que me pagarán ustedes en Martes.

CAL.—O en la Osa mayor, amigo don Braulio; para mí ya no hay distancias. ¡El mundo es mío!

BRAU.—Pues volveré el Martes. Hasta el Martes.

CAL.—Hasta el Martes.

BRAU.—Voy a continuar la visita por los cuartos.

FLO.—Vaya usted con Dios. (Vase dejando la puerta abierta.)

Moi.—(Abrazando a don Calixto.) ¡Calixto, eres sublime!

LEON.—(Lo mismo.) ¡Gracias, don Calixto! ¿Cuándo pagaré a usted este favor?

CAL.—¡Quién sabe, hombre, quién sabe! (Los tres en estrecho abrazo no ven que entra Piñol, catalán con cara de sacristán y ademanos de fraile humilde. Es una malva; viene enfadado, pero no puede dejar de ser una malva. Es un suave, Dios nos libre de ellos. Amen.)

Don Calixto, don Moisés, León, Flora y Piñol.

FLO.—¡Papá, ¡Piñol!

CAL.—¿Eh?

FLO.—El sastre.

PIÑ.—(Con marcado acento catalán.) Buenos días.

CAL.—(Acercándose a él, muy contento, alargándole la mano y hablándole también con acento catalán.) ¡Querido paisano! ¡Dichosos los dos ojos!... ¿Que tal, hombre, que

PIÑ.—Músicas no, porque no estoy para musiquitas. Menos cobeo... y más pe-
etas. Me paga usted o de aquí mismo voy al Juzgado.

CAL.—¿Eh? ¿Cómo? Pero querido Piñol, ¿voy a pagarle a usted dos veces?

PIÑ.—¿Eh?

CAL.—¡Si el lunes le mandé a usted el dinero con mi dependiente!

PIÑ.—¡Falso!

CAL.—¡Claro!

PIÑ.—¡Y tan claro!

CAL.—No; digo que claro ¡claro, el lunes!

PIÑ.—¿Con el dependiente? ¡Diguili qui vingui!

CAL.—(A León después de mirarle severamente.) ¿Qué dices tú a eso?

LEON.—(Perplejo.) ¿Yo?

CAL.—¿Qué has hecho con el dinero, muchacho?

LEON.—¿Eh? Pero...

CAL.—Tú estabas delante, Florita; tú lo viste, Moisés. Le dí cincuenta duros
para don Matías y cuarenta y nueve pesetas para Piñol.

MOI.—Sí, hombre, sí; hasta se lo escribiste en un papel. ¡El lunes!

CAL.—¿Qué has hecho con esas pesetas?

MOI.—¡Contesta!

LEON.—¡Ah! ¿Pero alude usted a... lo del lunes? Pues usted es el que debe
contestar, don Moisés.

MOI.—¿Yo?

LEON.—Me pidió usted diez duros diciéndome que me los devolvería por la no-
che; yo me dije, lo mismo da a Piñol cobrar a las tres que a las ocho... y usted no
me ha devuelto el dinero, ahora que me acuerdo.

MOI.—¡Caramba, hombre! Tienes razón. ¿Pero por qué no me lo has recorda-
do? (A Piñol.) Sí, hombre, espere usted... no, no tengo aquí dinero; vaya usted a
brarlos esta misma noche. ¿Tienes ahí un papel, Calixto?

CAL.—No.

PIÑ.—¿Sirve este trozo? (Por un papel de su cartera.)

MOI.—Sobra. (Sentándose a la mesa.) ¿Su nombre de usted?

PIÑ.—Elias. (Don Moisés, escribe.)

FLO.—(Aparte.) ¡Dios mío! ¿Cuál será más embustero de los tres?

MOI.—Tome usted. (Leyendo.) «Querido Mariano: entrega a don Elias Piñol
cuenta pesetas que le adeudo, Moisés Gil.» Aquí están las señas de nuestro es-
tablecimiento. Pez, uno.

PIÑ.—Ha puesto usted cincuenta pesetas y no son más que cuarenta y nueve.

MOI.—¡Es verdad! ¿No habrá por ahí otro papel? Porque si tacho o raspo le
van a poner a usted dificultades...

CAL.—Que te de el amigo Piñol una peseta y es lo mismo.

PIÑ.—Tiene usted razón. Tome. (Le da una peseta a don Moisés.)

MOI.—Estamos en paz todos.

LEON.—Quía, no señor; a mí me debe usted una peseta; yo le dí cincuenta,

MOI.—Es verdad; sí, toma. (A Piñol.) Vaya de ocho a nueve.

BRAU.—Sí, señor. Vaya, buenas tardes.

CAL.—Adiós; Piñol.

LEON.—Vaya usted con Dios, Piñol. (Vase Piñol.)

CAL.—(Abalanzándose sobre León.) Tú, niño, esa peseta...

LEON.—¿La... quiere usted?

CAL.—¡Con delirio! Trae. Tú, Florita. Yo creo que con dos veinte podremos
ver opíparamente.

FLO.—¡Ya lo creo! Venga esa peseta. Bajaré a la compra en un salto. (Toma
pequeño cesto.) ¡Ya estoy de vuelta!

MOI.—¡Florita! ¡Vegetales no! (León despide a Florita con un suspiro.) ¡Eh, ensi-
mado amigo!

LEON.—¿Qué?

MOI.—¿Qué opina usted de un paseito por la Bombi con su correspondiente
mo de sol?

LEON.—¡Hombre, me parece muy bien!

CAL.—¡Id vosotros. Yo no puedo salir.

MOI.—¿Esperas a don Ponciano?

CAL.—¡No me lo nombres!

LEON.—Oiga usted, don Moisés. Antes del paseito quiere usted subir a mi cuarto?

MOI.—¿A palo seco?

LEON.—No, señor, voy a regalarle a usted un cuadro, unas monedas falsas y unos brillantes *ful* para que los *pula* en Méjico.

MOI.—«En el tomar no hay engaño» «más vale un toma que dos te daré.» ¡Vamos arriba! (A Calixto.) ¿A las doce se come aquí, verdad?

CAL.—¡Sí, cuando se come, se come a las doce, para no perder la bendición del Papa!

MOI.—Hasta luego.

LEON.—Hasta las doce.

CAL.—Id con Dios. (Tomando las zapatillas que hay junto a la mesa.) Quitaré esto de enmedio porque si viene el que pretendió vendérmelas se las va a querer llevar. (Hace mutis por la derecha. Mientras don Moisés ha estado abrochándose su abrigo.)

MOI.—(Abre la puerta de la izquierda y se topa con don Ponciano.) Pase usted, caballero. (Entra don Ponciano.)

PON.—Muchas gracias.

MOI.—A sus órdenes.

PON.—¿No está el señor Redondo?

MOI.—Sí, señor, ahora saldrá. Con su permiso...

PON.—Sí, señor.

MOI.—Buenas tardes.

LEON.—Buenas tardes.

PON.—Para servir a ustedes. (Mutis de don Moisés y León.)

Don Calixto y don Ponciano.

(Don Ponciano, al verse solo, mira a su alrededor, como experimentando una sensación desagradable, y al ver abierta la ventana del fondo, se dirige a ella y la cierra. En este momento entra don Calixto en escena.)

CAL.—(Más muerto que vivo y apoyándose en el bastidor de la puerta para no caer desfallecido.) ¡¡Don Ponciano!! (Este don Ponciano es un señor de unos cuarenta años, de facciones muy duras, de gesto agrío, de voz destemplada, de mirada agresiva, de musculatura fuerte. Viste bien, sin elegancia, pero bien.) ¡Y cerrando la ventana!! ¡He fallecido!

PON.—(Advirtiendo la presencia de don Calixto.) ¡Amigo Redondo!

CAL.—(Tembloroso y palpitante, como dicen en «Bohemios».) Don Pon... Pon...

Pon...

PON.—¡Hombre, no se asuste usted, que no me como a nadie!

CAL.—Es que salía sin... y como... como... ¿cómo está usted, don Ponciano?

PON.—Muy bien, muchas gracias, ¿y por acá?

CAL.—Bien, bien; Florita ha salido hace un instante; pero voy a llamarla, y... siéntese; voy a llamarla, vuelvo, espéreme usted sentado. (Se dispone a tomar la puerta.)

PON.—No, no; mejor hablaremos a solas.

CAL.—(Siempre miedosísimo.) Como usted quiera.

PON.—Sí, hombre, sí.

CAL.—Sí... sí... ¡sí...éntese usted! (Se sienta don Ponciano.)

PON.—He corrido medio Madrid buscándole a usted.

CAL.—¡Caramba!

PON.—Porque necesitaba hablarle.

CAL.—¡Hombre!...

PON.—No de dinero.

CAL.—(Casi muertó.) ¿Eh?

PON.—Hoy no vengo en plan de acreedor. (Se frota las manos.) Hoy vengo a conversar con el amigo.

CAL.—¡Ay! ¿Dónde me dará la primera? ¡Y yo aquí solo!...

PON.—Vamos a ver. (Rápidamente se mete una mano en el bolsillo del gabán.)

CAL.—(Parapetándose tras la mesa.) ¡¡Yal!

CAL.—Sí, señor; Juan, Juanillo. (Algo más tranquilo.) ¡Guapo chico! ¡Buen cerebro!

PON.—No sé si usted sabrá que está en Méjico; en Manzanilla.

CAL.—Sí, lo sé; en Méjico; ya lo creo, ¡en Manzanilla!

PON.—Está allí muy bien.

CAL.—Hombre, cuánto me alegro... ¡Juanito!

PON.—Entró de cajero en los Altos Hornos de don José María Duro.

CAL.—¡Hola!

PON.—Mi hijo, en una de sus primeras cartas, describiéndome al señor Duro, me decía que era una estampa a usted.

CAL.—¡Parecidos que hay!...

PON.—De manera que al recibir ayer carta de mi hijo y al leer hoy en los periódicos que el señor Duro ha muerto, que es oriundo de España y que su segundo apellido es Redondo, me he dicho: ¿Si será pariente de don Calixto Redondo?

CAL.—José María Duro... sí... no; porque en la familia de los Redondos... ¡ya está! Para ser pariente mío, ¡claro! ¡Si! Si es Duro tiene que ser Redondo. Pero, ¿es Pepe el que se ha muerto? ¿El pobre Pepe? Traiga usted, hombre, traiga usted. (Arrebatándole el periódico.) ¡El pobre Pepe!

PON.—(Indicándole una columna del periódico.) Aquí, entre los seis cupones.

CAL.—(Leyendo.) «Habiendo fallecido en Manzanilla (Méjico) el opulento español don José María Duro y Redondo, sin herederos en dicha República, se avisa a sus parientes para que asistan a la apertura de su testamento, que tendrá lugar el día 4 de Enero próximo en el domicilio que fué del finado.» ¡Pobre Pepe! (Leyendo.) «Este anuncio se inserta en los periódicos españoles, por ser expresa voluntad del finado.» (Enjugándose una lágrima.) ¡Pobre primo Pepe!

PON.—Pero ¿es primo de usted?

CAL.—Y de usted, sí, señor; digo, dispense; no sé lo que digo. ¡Y sin otro pariente que yo!

PON.—¿Usted sabe lo que está diciendo, don Calixto? ¡Ese hombre deja una fortuna! ¿Usted sabe lo que dice?

CAL.—Yo no, ¿y usted? Digo, sí, sí... ¡Pepe!

PON.—Aquí tengo una carta de mi hijo... (Busca en su cartera.)

CAL.—(No puede ser primo mío, porque la única hermana de mi padre casó con tal Paco Meneses... Pero, en fin, en último recurso puedo decir que me equivoqué, y creí que el Duro este era Meneses... ¡Nada! A mí este Duro me vale más de cinco pesetas.)

PON.—Aquí está, vea usted. (Enseñando una carta.) La fortuna que deja don José María asciende a unos cuatro millones de pesetas, mal contados.

CAL.—¡Cuatro millones y mal contados! ¡Pobre Pepe! Tan rico, tan joven y morir solo, sin que una mano amiga le contara... ¡Ay, sus últimos minutos! (Se enmudece.)

PON.—Vaya, don Calixto. El muerto al hoyo y... ¿Era hijo de una tía de usted?

CAL.—Sí; de la tía Mercedes, la única hermaná de mi padre. ¡Qué desgracia! Fué la pobre! Casó con el pobre tío Pepe, tuvo un hijo, ¡este pobre Pepe!... y murió. El tío Pepe Duro era ingeniero, tenía una fábrica, le explotó una caldera y sólo se encontraron aquí y allá trozos de su cuerpo. ¡Qué tragedia! ¡Minutos antes había estado yo hablando con él. Cuando ví hecho cuartos al pobre Duro, ¡perdió el sentido. Lo mató su carácter. Era un hombre tímido, calmo, más llegaba a tiempo a ninguna parte. A mi pobre tía, que era tan fuguilla, le quemaba la sangre. Siempre estaba: ¡Por Dios, Duro! ¡Duro, aviva! ¡Duro, levántate! ¡Duro, que es tarde! ¡Pobre Pepe!... Bueno, don Ponciano, yo necesito que me preste usted cien pesetas para poner ahora mismo un cablegrama.

PON.—De ninguna manera. Yo lo haré. Cablegrafiaré a Juanito diciendo que me entregue el personal de la casa que salimos mañana para Méjico.

CAL.—Pero...

PON.—Por dinero no se preocupe usted. Veo un medio de cobrarme y de asegurar el porvenir de Juanito, porque me figuro que usted no será ingrato con nosotros. Juanito hará carrera, ¿eh?

CAL.—Sí, pero comprenda usted que a mi edad cruzar el charco...

PON. — ¡Calle usted, hombre! (Busca en la cartera.)

CAL. — ¡Me va a dar dinero!

PON. — No hay más remedio que ir. Al fin y al cabo usted es el primo.

CAL. — ¡Cómo le digo que el primo es él!

PON. — Usted me adeuda cinco mil pesetas.

CAL. — Sí, sí, señor.

PON. — ¿Qué cantidad necesita usted?

CAL. — Pues... sin otras cinco mil no me muevo de mi casa, don Ponciano.

PON. — Sea.

CAL. — ¿Me las va usted a dar?

PON. — Mediante recibo... (Escribe.)

CAL. — (¿A que tengo que ir a Méjico? No; a mí este tío no me mata en Méjico. Durante la travesía, le cojo y ¡paf! al mar.)

PON. — No crea usted que soy hombre que se ahoga en poca agua.

CAL. — ¡Ya, ya!

PON. — Firme usted.

CAL. — (Leyendo.) ¿Cincuenta mil? ¡¡Don Ponciano!!

PON. — El dinero vale según las circunstancias, amigo don Calixto.

CAL. — (Firmando.) ¡Para lo que vas a cobrar!

PON. — Tome usted. (Le entrega cinco pápiros de a mil.)

CAL. — (Tembloroso, emocionado.) ¡Cinco mil pesetas! ¡Qué veleidosa es la fortuna! ¡Pobre Pepe! (Yo no voy a Méjico.) Bueno, pues... luego nos veremos en la estación.

PON. — No, señor.

CAL. — ¿Eh?

PON. — Yo no me separo de usted.

CAL. — ¿Eh? ¿Qué? (¿A que tengo que ir a Méjico?)

PON. — Puesto que hemos de marchar esta noche, si quiere usted salir para hacer algunas compras...

CAL. — Hombre, sí, aguarde usted, vuelvo enseguida.

PON. — No; esperaremos a Florita y nos iremos juntos.

CAL. — Eso; tomaremos dos coches, uno para usted y...

PON. — No, hombre; ¡juntos!

CAL. — ¡Mejor! ¡Muy bien! (Yo me escapo, no se como pero escapo.) ¡Nada! ¡Perfectamente!

PON. — ¡Claro, hombre! Se le equipa usted. Le convido a comer. Damos un paseito... ¡Y a la estación!

CAL. — ¡Bravo! ¡Este don Ponciano tan amable como siempre!

PON. — ¡Y ahora más que nunca! ¡Es usted millonario! ¡Un millonario! (Echándole cariñosamente los brazos al cuello como si fuera a estrangularle.) ¡Amigo ya le llegó a usted la hora!

(En este momento entra en escena Florita y al ver aquel cuadro cree que don Ponciano está asesinando a don Calixto.)

FLO. — ¡Papá, papá! ¡Ay, socorro! (Asomándose a la puerta.) ¡Socorro! (Gritando con toda su alma.) ¡Socorro!

CAL. — No te asustes, mira, somos ricos, ha muerto tu tío Pepe. ¡Vámonos!

FLO. — ¿Pepe?

CAL. — ¡Pepe!! Tu tío Pepe.

PON. — Sí; Florita, sí; ¡ricos! ¡ricos!

CAL. — ¡Ricos! ¡Hay que vestirse, hay que equiparse!

Dichos, Daría, Moisés, León, y Don Braullo.

Entran estos personajes alborotadamente en escena

DAR. — ¡Ay, ay, ay!...

MOI. — ¿Qué pasa?

BRAU. — ¿Fuego?

LEON. — ¡Florita, Florita!

PON. — Nada, señores. Un caso imprevisto. Ha muerto...

CAL. — ¡Ha muerto el tío Pepe en Méjico! ¡Soy rico!

PON. — Este es su heredero universal. ¡Millonario!

DAR.—¿Eh? ¡Ay, don Calixto! Voy a avisar una murga. ¡Esto requiere murga!

CAL.—¡Señora, por Dios!

DAR.—Uy, en cuanto se lo diga al panadero y al carbonero y... ¡Viva don Calixto! (Vase.)

MOI.—Pero ¿es verdad? Pero ¿en Méjico, Calixtillo? ¿Y vienes a Méjico?

PON.—No lo dude. Esta misma noche salimos para Barcelona. (Quedan hablando a Ponciano, Calixto y Moisés.)

LEON.—Florita. (Muy triste.) ¿Y tú también te vas?

FLO.—Sí, ¡Ya lo creo!

LEON.—¡Y me abandonas!

FLO.—Nos escribiremos.

LEON.—Sí, pero tú rica y yo pobre, no nos casaremos.

FLO.—Si que nos casaremos, el estudiante pobre y la niña millonaria... ¡Uy! Como en las novelas!

LEON.—¡Ay, Florita!

MOI.—¿Cómo el charco? ¡El charco! ¡Cruzar el charco es una bagalela pre-stórica! ¡A Méjico, Calixto! ¿Quién dijo miedo? ¡Vas conmigo! ¡Vamos a heredar! ¡Ora, don Calixto, don Ponciano, Moisés, León, don Braulio, el Carbonero, el Panadero el lechero, Daría.

¡Oye dentro una murga que toca un pasodoble, y entran en escena, siguiendo a Daría, los últimos personajes.

CAL.—¡Ya está la murga! ¡Lo que faltaba!

FLO.—¡Qué algarabía!

CAL.—Deme un duro, don Ponciano (Don Ponciano se lo dá.) Toma, Moisés, da un duro a esos artistas para que se callen.

MOI.—Dámelo en pesetas, les parecerá más. (Don Calixto le dá cinco pesetas.) Oj-usted, Daría, (Lleándola aparte.) Dé usted esta peseta a esos artistas para que callen.

DAR.—Sí, señor. (Hace mutis.)

MOI.—(No creo que valga más de cuatro reales ese conocido pasodoble.)

PON.—Bueno; arreglen ustedes el equipaje; no hay tiempo que perder. (Cesa tocar la murga.)

CAL.—Sí, sí, ahora... Anda, Florita; saca las maletas.

FLO.—Voy. (Mutis por la derecha.)

CARB.—Que conste, don Calixto, que nos alegramos del suceso, lo cual que nombre de estos... digo... que...

CAL.—Sí, sí; gracias, muchas gracias...

CARB.—Yo creo que... esos piquillos...

CAL.—No puedo ahora ocuparme de vosotros; tengo que arreglar mi equipaje. ¡Ora cierto que... ¡Demonio! Voy en un salto ahí a la esquina a comprar.

PON.—Vamos. (Se dispone a acompañarle.)

CAL.—Digo, no; creí que... ¡(Que tengo que ir a Méjico!)

BRAU.—Bueno; antes de que ustedes se marchen...

CAL.—Sí; a Moisés le he dejado trescientas pesetas...

MOI.—(A don Braulio.) Liquidado; mañana a las doce tendré el gusto de recoger los recibos.

CARB.—Nosotros quisiéramos también...

CAL.—Toma, Moisés. (Dándole unos billetes.) Encárgate de liquidar también con esta gente.

MOI.—Como tú quieras, Calixto. (A los acreedores.) Ténganme preparadas las pesetas y mañana de doce a una vendré a quitar de enmedio esos piquillos.

CARB.—Muy bien, señorito.

LEON.—(Aparte a Moisés.) Pero, ¿no se va usted esta tarde?

MOI.—¡Claro, hombre! Este es un negocio... (A los acreedores.) Hagan el favor de marcharse; el señor (Por don Calixto.) desea estar solo.

CARB.—¡Ea! Salud y buen viaje.

LOS DEMÁS.—Lo mismo digo. Salud. (Vanse.)

BRAU.—(Abrazando a don Calixto.) ¡Don Calixto! Que sea enhorabuena y hasta la vuelta, porque usted volverá.

CAL.—¡Quién sabe! Soy ya viejo y cualquier golpe... (Mirando a don Ponciano Nadie sabe a los golpes a que está uno expuesto.)

BRAU.—¡Animos! Despidame de Florita. (A Moisés.) ¡Hasta mañana! (A León) ¡Hasta el martes! (Vase.)

FLO.—Aquí están las maletas.

LEON.—(Tristemente.) ¡Las maletas!

MOI.—¡Qué alegría! ¡A Méjico! ¡Todos a Méjico!

LEON.—¡Todos no! (Con tristeza.)

FLO.—La verdad es que esto parece un sueño; saltar de la pobreza a la opulencia.

MOI.—¡La vida! ¡Viva la vida!

CAL.—(¡Y que se lo han creído! ¡Yo no les digo la verdad, serían capaces de no acompañarme!) (Vuelve a sonar la murga.) ¿Otra vez? Aguardarme; voy a callar los por la fuerza. (Intenta salir.)

PON.—(Enérgicamente.) De aquí no se sale más que para ir a la estación. ¡Pronto! ¡El equipaje! (Don Calixto se deja caer en una silla.)

FLO.—Ayúdenme ustedes. (Moisés y León ayudan a Florita a meter paquetes en las maletas.)

CAL.—(Hay que ir a Méjico, de esta no me libra ni la Calixtina. ¡Y allí me matan!... (Levantándose súbitamente.) Pero, ¿qué es esto? ¿Cobardía? ¿Amilanamiento? ¿Yo? ¡No!! ¡A Méjico! ¡Pronto! ¡El equipaje! ¡A Méjico! ¡Yo sabré demostrar que a mi lado Hernán Cortés no fué más que un héroe de opereta! ¡¡Vamos!! (Telón)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón amueblado con exquisito gusto. Una puerta en el fondo, puerta amplia, como de entrada a un elegante hall. Dos puertas a la derecha y una a la izquierda primer término; en el segundo término de esta lateral una ventana con vistas al campo. En el muro de la derecha de la puerta de entrada, un gran retrato de Wagner, pintado al óleo.

Timoteo y Juanito

Timoteo, mayordomo de la casa, frisa en los sesenta años. Juanito, hijo de don Ponciano es muy joven. El mayordomo, asomado a la ventana, mira con unos gemelos. Todos los personajes de este acto, menos los ya conocidos en el primero y Juanito, hablan con marcado acento americano.

JUA.—¿Viene alguien más, Timoteo?

TIM.—Nadie más; señor, un caballero bastante raro viene montado en un camello y acaba de apearse a la puerta.

JUA.—¿Ya? ¿Y aguardas a decirme ahora? ¡Voy a recibirlos!

TIM.—¡Ay, mire, mire, el señor del camello, trae agujetas!

JUA.—¡Claro, hombre! ¡Veinticinco kilómetros en camello!

TIM.—¿Qué se hace, señor?

JUA.—(Arreglándose el traje.) Ya resolveremos, aligerá, deja ya los gemelos hombre.

TIM.—¿Y qué hacemos de ese camello?

JUA.—Acaba, hombre, ya lo veremos.

TIM.—¡Es gracioso! ¡Un camello, señor!

JUA.—(Llevándose a su interlocutor a empellones por el foro.) ¡Una bomba! ¡Vivo! Floria, Tula, Don Calixto, don Ponciano, don Moisés, Timoteo, Ramiro, Juanito y criados

TIM.—Por aquí, señor, por aquí. (Pasan todos; delante don Calixto.)

CAL.—Muchas gracias. (Estamos en la boca del lobo.)

FLO.—¡Pero cuanto lujo!

MOI.—Asiático, Florita, Constantinópolis.

TIM.—Esto no es nada, linda señorita, ya verá, ya verá.

CAL.—Sí; ya verá la paliza que nos van a dar.

RAM.—(A Timoteo.) Oiga usted, Palisa.

CAL.—¿Eh?

RAM.—Es al mayor como.

CAL.—¡Ah! ¿Se llama... Paliza?

TIM.—No, señó, mi amito, me llamo Timoteo Meana, pero me han puestito ese nombre porque la gente del país sacude linda teña y me han pegado muchas palizas.

MOI.—¡Demonio!

CAL.—¡Hola! de modo...

TIM.—En Mansanilla, señó, hay muchas personas finas y de viso; que son in-
os bravos, y lo perjudican a uno, señó.

CAL.—(Yo me voy ahora mismito de aquí.)

RAM.—Bueno; instalen ustedes a estos señores.

FLO.—Sí, necesito arreglarme un poco.

MOI.—Y yo. ¿Hay baño?

TIM.—Y ducha, nii amito.

MOI.—¡Hombre y ducha! Me place. Prepáremelo.

TULA.—(Esta Tula es una criadita más simpática que las pesetas.) ¿Qué perfume de-
a el señor?

MOI.—¡Perfume! ¡Hay perfume! Pues Crema Simón. ¡Ah! Me figuro que po-
án proporcionarme un traje, porque este mío... está algo manido.

TULA.—En seguida, señor. (Vase Tula por la derecha segundo término.)

MOI.—(¡Estoy en el corazón de Jauja!)

CAL.—(Por el retrato de Wagner.) (¿De quién será este retrato?)

TIM.—¿Deseñtan los amitos instalarse en alto o en bajo?

CAL.—¡Bajo, bajo siempre! Una habitación con ventana al jardín, para que en
momento dado se pueda... bueno, se pueda tener aire sano.

TULA.—Entonces tendrán los señores que ocupar este ala, porque el otro ala
or la izquierda.) está ocupada por los otros parientes de mi finado amo don José.

CAL.—(Lívido.) ¿Eh?

PON.—¿Otros parientes?

CAL.—No... no me explico... porque mi primo no tiene...

TIM.—Son los señores González Sevillano.

CAL.—¡Ah, ya! Sí, hombre; bueno... La cosa está clara.

PON.—¡Quiál! Usted me dijo que el señor Duro no tenía más parientes que
ted.

CAL.—¡Claro, hombre! Es que... estos señores González Sevillano, son... ¡pa-
rentes ilegítimos! Son hijos de doña María Sevillano. ¡Y de mi tío!... Mi tío no
s dió su apellido, y claro que... son ilegítimos porque no pueden negar que son
villanos. ¡Pobre tío Pepel! Bueno, vámonos, hay que descansar un poco; estoy
ólido.

PON.—Lo del descanso me figuro que lo dejará usted para más tarde. Recuer-
e que hoy vence el plazo fijado y que a las tres será la lectura del testamento.

RAM.—Dentro de una hora.

CAL.—¿Tan pronto? Yo creo que esa lectura podrá aplazarse para otro día.

RAM.—Imposible, señor. El alto personal y las autoridades están invitados a
lectura.

CAL.—¡Ah! Asistirán el alto personal y las autoridades...

RAM.—Sí, señor.

CAL.—¡Ya! Entonces... (Me majan.)

RAM.—Si el señor caballero desea pasar a sus habitaciones...

CAL.—Sí; muchas gracias. (¿Quién será ese tío del retrato? Si me preguntan
e van a poner en un brete.)

TULA.—(Por la segunda puerta de la derecha. A don Moisés.) El señor tiene prepara-
cuanto desea.

MOI.—Vamos. (¡Una ducha!... ¡Yo duchándome en Méjico! (Saludando.) ¿Seño-
s? Hasta luego, Calixtillo; adiós, Florucha. Soy con ustedes *ipso facto*. (Mutis
r la segunda puerta de la derecha seguido de Tula.)

FLO.—¡Que nos traigan el equipaje! Y que me sirvan fiambres y una copa de
erez!

TIM.—No me dilato tantito. (Mutis por el fondo.)

FLO.—¿Vamos, papá? (Mutis.)

CAL.—Sí; yo tampoco me dilato. (Mirando de nuevo el retrato.) ¿Quién será este tío? (Saluda severamente a Ramiro con una pronunciada reverencia. A don Ponciano y Juanito.) Hasta luego, amigos.

RAM.—Avisaré al notario. (Mutis por el fondo.)

CAL.—(Haciendo mutis por la primera derecha.) ¡Se me ha pegado el movimiento del camello!

Ponciano y Juanito.

PON.—(Muy contento.) ¡Abrázame, Juanito! (Se abrazan.) ¡Has hecho tu carrera! ¡Son nuestros, los tengo en el bolsillo!

JUA.—¿Te deben?

PON.—¡Cincuenta mil pesetas! ¡Cincuenta por diez!

JUA.—No creas que yo he perdido mi tiempo; he sabido ganarme la voluntad de los otros parientes.

PON.—Escucha. ¿Qué casta de pájaros son?

JUA.—Dos infelices.

PON.—Convendría que yo conociera a esos otros herederos.

JUA.—En el jardín estarán: suelen pasear a estas horas.

PON.—Pues nos haremos los encontradizos, y...

JUA.—Sí; por aquí. (Muy contento.) ¡Qué vista tienes, padre!

PON.—¡No, que tú! (Vanse por el fondo.)

Tula y Timoteo

TULA.—(Por la segunda puerta de la derecha. Al ver a Timoteo que sale por la puerta del fondo y conduce en una bandeja unos fiambres y una copa de vino.) Oiga usted, Palisa.

TIM.—¿Eh?

TULA.—¿Para quién es eso?

TIM.—Para la recién llegada.

TULA.—Yo se lo entraré.

TIM.—¿Por qué?

TULA.—Porque ese señor, el del traje roto, quiere que después de la ducha, den masajes. Dice que está acostumbrado a eso.

TIM.—Toma. (Le da el servicio.) Le daremos masaje. Creo que nos ha caído que hacer, Tula. (Mutis por la segunda puerta por la derecha. Tula hace mutis por la primera puerta de dicho lateral.)

Jesusa y Martín

Este Martín es un señor campanudo que huele a rancio hidalgo arruinado, con ribetes de Pabilllos. Parece un tipo sacado del Marcos de Obregón o de alguna novela clásica. Se le primero Martín con grandes precauciones y luego Jesusa con más precauciones que él.

JES.—¿Qué hacemos, Martín?

MAR.—Prazga el cielo que no la pringues a la última hora, Jesusa. ¡Válanse Dios y en cuan poca agua te anegas!

JES.—Mira, Martín, hálbame a lo llano y vamos a cuentas. ¿Qué pintamos aquí? ¿Qué pito tocamos?

MAR.—Calma, mujer, calma.

JES.—Ya estamos cogiendo el petate y a Méjico; hemos comido aquí un mes que era nuestro objeto, y como han llegado los verdaderos dueños de todo, vámonos... ¡Martín, por Dios, vámonos!

MAR.—No, en mis días. Una huída no es de pechos hidalgos, y el de don Martín lo es donde los hubiere. Asistiremos a la lectura del testamento y cuando veamos que en él no se nos nombra, viertes una lágrima tú; perdono la ingratitud yo; efermas tú; pido hospitalidad yo... y comemos un mes más tu y yo. Lo que si parece oportuno es evitar el encuentro con los verdaderos parientes: no se nada del difunto y no quiero tirarme una plancha.

JES.—Como la que hicimos con el retrato. (Por el cuadro del fondo.)

MAR.—Muy disculpable, Jesusa. Afirmé que era un pariente. ¡Cómo iba yo figurarme que ese retrato era de Wagner! Pero bien viste mujer que sostuve la afirmación y a estas horas cree Palisa que Ricardo Wagner es tío abuelo nuestro. Dichos, Flora, don Calixto, Timoteo, que se va enseguida. Por la derecha primer término aparecen, Tula, Flora, don Calixto y Timoteo.

TIM.—Daré ahora mismito las órdenes. mi amo.

CAL.—(Entrando én escena.) Sí; un coche con seis caballos y que aguarde en el cochado. (A Jesusa y Martín.) Para servir a ustedes. (Jesusa y Martín contestan con genuflexión)

TIM.—(A Jesusa.) Estos son los otros parientes del señor que han llegado hace un día; es decir, parientes del señor y de ustedes. (Vase por la segunda puerta de la derecha.)

MAR.—(Sonriendo.) Sí. (Quedan en una pieza.)

CAL.—¡Claro! (Mirando a Martín.) (Este es el que me echa a mí el lazo.)

MAR.—¡Maldito encuentro!

CAL.—Nos hemos caído. (Los dos se miran como para romper a hablar y los dos se quedan en silencio. Gran pausa.)

MAR.—Puesto que no hay quien medie en nuestra presentación y el parentesco excusa ciertas etiquetas...

CAL.—Claro, como...

MAR.—(Estrechándole fuertemente la mano.) Martín González Sevillano y Duro de las Pampas.

CAL.—Calixto Redondo e Igual, de las Vistillas.

MAR.—Siéntese.

CAL.—Usted primero.

MAR.—(A Jesusa.) Siéntate, Jesusa. (Se sientan.)

CAL.—(A Florita.) Siéntate, Florita. (Se sientan.)

MAR.—(No sé qué decir.)

CAL.—(¡De qué hablo yo!) (Sacudiéndose la ropa.) ¡Estamos perdidos! De manera que usted es pariente del pobre Pepe, por... por usted mismo.

MAR.—Sí, señor; por mí mismo. Lo de González Sevillano es un apellido común. Yo soy primo por Duro.

CAL.—Yo por Redondo. Su madre y mi padre eran Redondos.

MAR.—¡Ya! Entonces nosotros no nos tocamos nada.

CAL.—Nada; absolutamente nada.

MAR.—Ya ves, Jesusa; no nos tocamos nada.

CAL.—(No se me ocurre nada.) (Pausa.)

FLO.—¿De quién es ese retrato, papá? (Por el del fondo.)

CAL.—¿Cuál? ¡Ah!... ¡Sí! (¡Ya la pingó la niña!)

FLO.—¿Le conoces tú?

CAL.—Sí, mujer. (¡Cállate!)

MAR.—Es un buen retrato, ¿verdad?

CAL.—Un buen retrato. Está muy bien.

JES.—Es el mismo.

CAL.—Evidente. (¡Claro! el mismo tiene que ser.)

MAR.—Está hablando.

CAL.—(¿Quién será ese tío? Tiene cara de pastelero.)

MAR.—¡Qué genio el suyo!

CAL.—¡Ah! ¡Sí! ¡Qué genio!

MAR.—A mí sus producciones hanme deleitado. Es un sabor...

CAL.—¡Riquísimo!... Un sabor... ¡ah!

JES.—Una exquisitez.

CAL.—(¿No lo dije? ¡Pastelero!)

MAR.—Su nombre ha sido proclamado por las trompas de la fama.

CAL.—¡Las trompas! (Me parece que de las trompas vamos a pasar a las trompas; porque yo no me callo.) ¡Un genio!...

MAR.—¡El supremo arte! ¿Conocerá usted *Tanhaüser*, eh?

CAL.—Oye. (A Flora.) ¡Que si conozco *Tanhaüser*!

MAR.—En *Tanhaüser* es donde hay que verlo.

CAL.—(¿Si saldrá también de peregrino el tío este?)

MAR.—¡Peregrino! ¡Peregrino!

CAL.—¡Demonio!

MAR.—¡Peregrino ingenio!

CAL.—¡Oh! ¡Ah! (¿Pero quién eres?) (Al retrato.)

MAR.—Y luego... es una habilidad... Me gusta ver cómo hace un violín; cómo hace un violoncello, cómo hace un friscorno.

CAL.—(¡Recorno, ya sé lo que es!)

MAR.—¿Y una viola? ¡Cómo la hace!

CAL.—Pues si le vieran ustedes hacer una guitarra.

MAR.—No hay otro instrumentando.

JES.—Ni componiendo.

CAL.—Como que deja las cosas como nuevas.

MAR.—El pobre difunto sentía por él una gran admiración.

CAL.—¡Pobre Pepe!

MAR.—¡Pobre Pepe María! (Sale Timoteo por la segunda puerta derecha.)

TIM.—(Le ha hechito la boquita un fraile a este señor caballero.)

CAL.—(A Timoteo.) Oíga. (A Martín.) Con permiso de ustedes...

MAR.—Es usted muy dueño.

CAL.—(Aparte a Timoteo.) ¿De quién es ese retrato? (Por el cuadro del fondo.)

TIM.—De un tal Wagner, músico, pianista.

CAL.—¡Ya!

TIM.—Pariente de ese señor... y del amo.

CAL.—Muchas gracias. Puede seguir su camino. No se dilate. (Vase Timoteo por el fondo.) ¡Wagner! Pues me he colado. Y es pariente... Tengo que darme por enterado.)

JES.—(Vámonos, antes de que se hable de asuntos de familia.)

MAR.—(Acato tu sano juicio.) Señores; nosotros vamos a nuestro acostumbrado paseito por el jardín. (Se levanta.)

FLO.—Y que es un jardín muy hermoso.

JES.—Bellísimo.

CAL.—(Por el retrato.) Si el pariente hubiera tenido un jardín así... ¿eh? La luz los trinos, el murmullo de los arroyuelos, las cantipelas de las fuentes, la armonía del... ¿eh? del... la armonía del... ¿eh?

MAR.—¡Sí, sí!

CAL.—¡Qué cosas hubiera hecho!

JES.—¡Pobre Pepe!

CAL.—Me refiero a Ricardo.

MAR.—¡Ah, hablaba usted de Ricardo!

FLO.—¿Qué Ricardo?

CAL.—Wagner, mujer; Ricardo Wagner. El tío Ricardo Wagner. (Martín y Jesusa se miran asombrados.) ¡El pobre tío Ricardo!

MAR.—En fin; he tenido tantísimo gusto...

CAL.—Lo mismo digo. ¿Señora? (A Jesusa.)

MAR.—Señorita... Hasta luego.

FLO.—Hasta luego.

CAL.—(Viéndoles marchar.) Son dos almas de Dios. ¡Si yo pudiera darles un sa blazo antes de marcharme!... (Martín y Jesusa hacen mutis por el foro, escandalizado de que resulte cierto lo del parentesco con Wagner.)

Don Calixto y Flora; luego entra Moisés.

FLO.—¡Qué matrimonio tan simpático, papá!

CAL.—(Sentándose.) (Un coche con seis caballos... lo que daría yo ahora por estar en Vallecas: nada más que en Vallecas. (Simulando que arrea los caballos.) ¡Arre! ¡hip! ¡hip! En media hora, en la Puerta del Sol. ¡Y de noche! Porque ahora en Madrid es de noche. ¡Heraldool! ¡Corres! ¡Qué feliz es... la lechuzca! ¡Quién fuera le chuzca!... (Haciendo ademán de volar.) ¡Uhhhh!... ¡En dos horitas, en la mismísima ve leta de la Equitativa... y sin don Ponciano!)

FLO.—Escucha, papá; ¿de verdad somos parientes de Wagner?

CAL.—¡Florita!

FLO.—¿Qué?

CAL.—(En tono melodramático.) ¡Florita!

FLO.—¡Ay, qué cara pones!

CAL.—¡Fíjate bien, porque peor me la van a poner. (Cogiéndola de la mano.) Soy un imbécil. No me repliques. Soy un imbécil. Ha llegado el momento de gritar; sálvese el que pueda! Voy a abrirte mi pecho.

Moi.—(Por el segundo término de la derecha, ricamente vestido a la mejicana y cantando alegremente.)

Naci en un bosque de cocoteros
una mañana del mes de Abril...

FLO.—¡Jesús!

CAL.—¿Conque en un cocoterito, eh? Naciste en un cocoterito... ¡Pues te has ido del nido!

MOI.—¿Yo? Después de una ducha perfumada y de un masaje faraónico; y con la fiñez de traje fototípico!...

CAL.—¡Fototípico! Pues van a perder una fototipia los coleccionistas, si no has lo que voy a decir. He mandado enganchar los seis cocheros más ligeros, o caballos, en el coche menos pesado, porque es necesario huir de aquí antes que lleguen el alto personal y las autoridades.

MOI.—¿Huir?

FLO.—Pero papá...

CAL.—Sí, huir. El señor Duro y Redondo, que en gloria esté, no es pariente mío. Mi tía Mercedes Redondo no se casó con ningún Duro. A mí no me toca nada de Wagner; a mí no me toca ninguno de estos Duros. Y como todo ello se ha de averiguar en la lectura del testamento, no podemos asistir a la apertura.

FLO.—¡Dios mío!

MOI.—(Indignado.) ¡Calixto! Por primera vez en tu vida has cometido una acción fea.

CAL.—¿Eh?

MOI.—¡Comprometer a dos seres inocentes, como tu hija y yo!... Pero bueno; ¿figuro que esta broma...

CAL.—¿Broma? Aquí hay tíos que por cinco pesos mal pesados, matan a un hombre, y yo no quiero que don Ponciano, se gaste quince pesos. ¡A España! ¡qué hay dinero! (Saca una cartera.)

MOI.—¿Eh?

CAL.—Es la de don Ponciano, se le cayó y... ¡a Madrid!

FLO.—Bueno; pero cómo...

CAL.—Muy sencillo... ¡Daremos un paseito por el jardín... el coche nos aguarda, montamos en él... y ¡Dios sobre todo!

MOI.—Me someto. Vamos.

CAL.—Vámonos (A Flora.) Anda, vamos. (A Moisés.) Tú, vamos... (Viendo a don Ponciano que con Juanita, Ramiro, Martín y Jesusa entran por el fondo.) ¡Vamos, querido Moisés, que parece que te han quitado diez años de encima!

Dichos, Jesusa, don Ponciano, Martín, Ramiro y Juanito

PON.—¡Caramba, amigo! (A don Moisés.) ¡Si parece que va usted a tirar el lazo!

MOI.—Sí... sí...

MAR.—(A Jesusa.) ¡Otro pariente! ¡Brotan como la hierba! (Por Moisés.)

CAL.—(¡Cercado!) (A Martín.) ¡Qué paseito tan corto!

MAR.—¡Muy corto, sí, señor, muy corto!

FLO.—Vámonos, papá. (Tirando de él.)

CAL.—¡Je! La niña... la niña que quiere conocer... en fin, iré... vamos a...

PON.—Me uno a ustedes.

CAL.—Vamos, por más que... lo dejaremos para luego

MOI.—(Aparte a don Calixto.) Es necesario huir...

CAL.—¿Cómo?

MOI.—Es preciso que no se lea el testamento: impídelo.

JES.—(A Martín.) ¡Si la lectura del testamento pudiera aplazarse!...

MAR.—No veo el medio, Jesusa.

PON.—(A don Calixto, que habla aparte con don Moisés y con Flora.) Necesito que me meta usted ascender a mi hijo,

CAL.—Sí, sí; pero crea usted, amigo don Ponciano, tengo un vago y triste pre-sentimiento.

PON.—¿Eh?

CAL.—Ahora lo estaba comunicando a mi hija; ha sido un repente, una corazonada. Creo que no hay herencia para mí.

PON.—Pero ¿no es usted primo hermano del difunto?

CAL.—Creo que sí.

PON.—¿Cree usted que sí? ¿No tiene usted seguridad?

CAL.—Hombre, seguridad...

PON.—Amigo don Calixto; vamos a salir muy pronto de dudas y de deudas. Es usted heredero, esta es mi mano; pero si no es usted heredero y me la ha jugado de puño... ¡este es mi puño!

CAL.—Hombre, amigo don Ponciano.

PON.—Yo me cobro en dinero o en sangre, pero yo me cobro. (Consultando el reloj.) ¡Tres minutos faltan! (Se separa de don Calixto y se une al grupo que forman María Jesús, Juanito y Ramiro.)

CAL.—¡Y se cobra, Moisés!

MOI.—¡No hay derecho, Calixto! Estás hipotecando nuestras vidas; las vidas de dos seres inocentes.

MAR.—(A don Ponciano.) Hombre, podría suceder que el testador no se huble acordado de mí o que nuestra comunidad de apellidos fuera simple coincidencia.

PON.—Lo sentiría por usted. (Se separa de ellos y se pone a hablar con su hijo Juanito, cerca de la mesa, donde cuando se indique, dará un porrazo, como remate de su fúda conversación airada. De este golpe se asusta don Calixto.)

MAR.—¿Qué hacemos?

JES.—Habla con don Calixto, lígale al alma; exponle tu verdadera situación (Quedan hablando.)

CAL.—(A Moisés.) Sí; eso es lo mejor. Ahora mismo. Se impone la verdad. ¡Sabré llegarles al corazón. (Da don Ponciano el golpe.)

RAM.—(Desde el fondo.) El señor Notario, el señor Jefe político y los invitados piden permiso para pasar.

CAL.—¡Un momento! Deseo hablar con estos señores un momento (Por María Jesús.) Suplico que nos dejen solos dos minutos. (Hacen mutis por el fondo Ramón Ponciano, Juanito y Timoteo.)

JES.—La Providencia nos auxilia, Martín.

MAR.—Es cierto; veo la mano de Dios, Jesús.

Plora, Jesús, don Calixto, don Martín y Moisés.

MAR.—¡Amigo don Calisto!...

CAL.—Querido don Martín. Estoy en el más grave de los compromisos, en más apurada de las situaciones, en el más duro de los trances.

MAR.—No comprendo...

CAL.—Voy a dar a usted una sorpresa y una alegría, porque para usted es revelación supone una alegría: yo no soy heredero.

MAR. y JES.—¿Eh?

CAL.—Yo no soy heredero. Aquí no hay más heredero que usted.

MAR.—¡Jesús!!

JES.—¡Martín!!

CAL.—Yo soy un impostor, un desgraciado, un pobre hombre acosado por necesidad. ¡La vida, don Martín, la vida! He llegado hasta aquí rodando. Me voy acosado por don Ponciano: ¡leí ¡seis millones! Ví Duro y Redondo. Yo Redondo en el abismo a mis pies... ¡rodé! A ustedes me entrego; perdón, no por mí, por los que son inocentes.

MAR.—Nos ha fastidiado usted, hombre. ¡Sí que hay que ser fresco! ¡Engañado de esa manera! En buen compromiso nos ha puesto usted, hombre de Dios. (A Jesús.) Porque ¿me quieres tú decir qué hacemos nosotros ahora?

JES.—Hay que impedir a todo trance que ese testamento se lea, Martín.

MAR.—¡Claro, mujer! Menuda farándola íbamos a banar todos si se ve... ¡Vamos, hombre! (A Calixto.) Lo estrangulaba a usted.

CAL.—Reflexione usted que esta noticia debe de alegrarle. Antes pensaba usted que había de partir conmigo...

MAR.—Cuando lo estoy pensando es ahora.

CAL.—¿Eh?

MAR.—Tenemos que huir a la carrera.

CAL.—¿Usted? ¿Cómo? ¿Pero y la herencia?...

MAR.—Qué herencia ni qué joroba. Si yo tampoco soy pariente, ni Cristo (lo fundó. Yo he comido aquí un mes y esperaba que usted, como legítimo heredero, me echara ahora una mano.

CAL.—(Conteniéndose.) No le echo a usted esa mano al cuello porque me repugnan las tarántulas.

MAR.— ¡Don Calixto!

CAL.— ¡Don Camueso! ¡Y usted me ha llamado a mí fresco! ¡Usted es un alpiستا sin bufanda ni vergüenza!

MAR.— ¡Esas palabras!

MOI.— Calma, señores; no estantos ahora para floleos.

MAR.— Jesús, Tula, don Calixto, don Moisés, don Martín, don Ponciano, Juanito, Timoteo, Ramiro, don Francisco (Notario), don Narciso (Alcalde) y varias personas más. El Notario es un viejecillo con «toda la cara de un loro».

RAM.—(Por el fondo, seguido de los demás.) Perdonen ustedes, pero ha llegado la hora marcada y es preciso cumplir con la voluntad del testador.

CAL.— No; no se molesten. De común acuerdo hemos convenido los herederos aplazar la lectura del documentito hasta mañana a esta misma hora.

FRAN.— Imposible, señores. Nuestro deber es cumplir sin dilaciones lo que pade todos nosotros es sagrado precepto. (Quedan en una pieza.)

RAM.—(Presentando ceremoniosamente.) Los presuntos herederos... el señor Notario... el señor Jefe político... el alto personal de la casa... (Grandes reverencias.)

CAL.—(Aparte a Martín.) ¡Aquí nos majan!

MAR.— ¡Está obstruida la puerta!

MOI.—(Aparte a Calixto.) ¡Yo soy inocente!

RAM.— Tomien asiento, el Notario se sienta ante la mesa entre Ramiro y el Alcalde. Los otros forman grupo Timoteo, Tula y algún otro servidor de la casa. A la izquierda, y los acusados que aguardan temerosos la lectura de la más terrible sentencia, toman asiento Moisés, don Calixto, don Martín, Jesús y Flora. Tras ellos don Ponciano y Juanito. De la puerta del fondo el alto personal de la casa y algunos obreros.)

CAL.—(Por Martín.) ¡Pensar que por este tío sinvergüenza!...

MAR.—(A Calixto.) ¡Lo mataba a usted!

MOI.— ¿Qué hacemos?

CAL.— Hay que entretenerlos a ver si se cansan.

FRAN.—(De pie, gravemente.) Señores.

FLO.— ¡Dios mío!

JES.— ¡La hecatombe!

FRAN.— Don José María Duro y Redondo, escribió de su puño y letra en la cuarta de este sobre que encierra sus últimas voluntades, una disposición por la que vosotros conocida y cuyo cumplimiento aquí nos congrega.

CAL.— Muy bien, muy bien.

FRAN.— En este momento, hora marcada por el testador para que se exteriorice su última voluntad, procedo a rasgar el sobre. (Lo hace.)

CAL.—(Muy apurado a Martín.) ¡Hable usted!

MAR.—(Apuadísimo.) ¡No se me ocurre nada!

CAL.—(A don Moisés.) ¡Dí algo, Moisés; aunque sea en camelo.

MOI.— Primero, tú.

CAL.—(¡Allá voy!) (Poniéndose de pie.) Una palabra. (Gran expectación.) ¡Me mandan Señor is y señores... (Con voz queda.) Alto personal...

UNA VOZ.— ¡Más alto!

CAL.— Más alto personal de esta casa. Distinguidas autoridades de Manzani... (Yo me siento.) Yo me siento obligado a decir algo que únicamente en este momento me es permitido decir. (Con vuelos oratorios.) Yo quiero ensalzar el recuerdo de ese... (En camelo.) procer val con tu sí ente rin son lustre familia... Antes de saber si se ha servido o no nombrarme su heredero.

MOI.— ¡Es el rey del camelo!

CAL.— Puede que no se haya acordado de mí; seguramente no se ha acordado de mí; tengo la evidencia; pero eso no obsta para que yo ensalce sus méritos y ensalce al mismo tiempo la cordial, la hidalga hospitalidad, la... (En camelo.) celsa y noble como niega crude sumo de los patricios... de los patricios... nata flor de enma forma de la ilustre república Mejicana. (Gestos de aprobación y murmullos.) ¡Muy bien! ¡Muy bien!) Don José María Duro, vino a Manzani, cuando Manzani era una laguna sin desecar; una vega encharcada. Vino Duño; vino de Jerez

de la Frontera, su pueblo natal, y vino generoso, emprendedor, dispuesto a más titánica de las luchas; acaso vino Quijote. Vosotros hallasteis en él el espíritu que os faltaba, os pusisteis a su lado, le disteis carta blanca. y él con vuestra ayuda desecó las lagunas de Manzanilla y ha convertido en oasis la que solamente era... (En camelo.) cosino, punto, endenorte para franca indudable... putrefacto de la tierra.

PON.—(A Juanitó.) ¿Qué ha dicho?

MOI.—(A Calixto.) ¿Qué has dicho?

CAL.—(A Moisés.) No sé.

MOI.—(Alto.) ¡Bravo!

CAL.—Yo espero que alguno de vosotros deje oír su voz en este acto enaltecido las virtudes cívicas del finado y que el señor Alcalde nos cuente, nos relate minuciosamente cuanto hizo día por día nuestro ilustre pariente, cuya vida guardase Dios muchos años, o mejor dicho, cuya alma goza de la dicha inefable de la gloria que a todos deseo. (Me ha resultado un panegírico.) (Se sienta.)

MOI.—Muy bien. Un discurso redondo.

MAR.—Muy bien, sí, señor.

NAR.—(Levantándose.) Señores, yo...

FRAN.—Suplico al señor jefe político que sea breve, porque tengo ineludibles ocupaciones.

CAL.—(Nos va a fastidiar esta cacatúa de notario.)

NAR.—Sólo tengo que decir que como llevo poco tiempo en Manzanilla, sé de finado lo que ustedes, poco más o menos.

CAL.—(¡Nos ha reventado!)

FRAN.—(Leyendo.) Este es mi testamento.

MOI.—(Levantándose.) Pido la palabra.

FRAN.—¿Para qué?

MOI.—(Gimiendo.) Para pronunciar conmovido una oración necrológica.

FRAN.—Después que se lea el testamento.

CAL.—No, hombre, antes.

PON.—Don Calixto, que estamos aquí perdiendo el tiempo.

FRAN.—Señores, yo lo siento muchísimo, pero tengo que hacer.

MAR.—Lo siento a mi vez, pero también deseo hacer uso de la palabra.

FRAN.—(Leyendo.) Este es mi testamento.

CAL.—Un momento, señor. (Se levanta, se acerca a la mesa y habla con el Notario gesticulando mucho.)

PON.—(A Flora.) ¿Me quiere usted decir que pasa?

FLOR.—(A don Ponciano apuradísima.) ¡Por Dios, don Ponciano, sálvenos usted. Nosotros le pagaremos a usted como podamos pero le pagaremos a usted. No se lea usted cruel con nosotros.

PON.—¿Eh? ¿Pero qué sucede?

FLOR.—¡Que mi padre... no es heredero, ni primo, ni nada! ¡Que aquí no hay seguridad personal! ¡Que peligran vuestras vidas! ¡Sálvenos usted!

PON.—(Como un energúmeno.) ¡¡Bomba!! Yo también quiero hablar.

MOI.—¡Pido la palabra!

FRAN.—(Aporreando la mesa.) Esto no es un mitin; aquí no habla nadie.

PON.—¡Yo, sí! (Por don Calixto.) Ese señor es un canalla, no es pariente de finado; me ha estafado y viene a Méjico a divertirse con ustedes. (Revuelo general.)

CAL.—¡Falso!

PON.—¡Que se lea el testamento!

VOCES.—Sí; que se lea; que se lea.

MAR.—Que se lea, y si tal denuncia se comprueba, no quede sin castigo tanta infamia.

CAL.—(Asombrado.) ¡Señores, qué tío!

FRAN.—¡Silencio!

FLOR.—¡Dios mío!

MOI.—(A Calixto.) ¡Eres un miserable!

PON.—(A Calixto.) ¡He de ser yo mismo su verdugo! ¡Canalla!

CAL.—(De pie, cruzado de brazos y desafiando a todos.) ¡No tiemblo! Calixto Redondo es grande y sabrá morir con la sonrisa en los labios.

FRAN.—(Leyendo.) «Este es mi testamento.»

CAL.—(¡Y el mío! Creo en Dios Padre todo poderoso...)

FRAN.—Declaro llamarme José María Duro y Redondo, y ser hijo legítimo de don Nicasio Duro y Castañeda y de doña María de las Mercedes Redondo y Buitrago...»

CAL.—¡Dios mío! ¡¡¡Mi tía!!!

MAR.—¿Eh?

FLOR.—¡¡Papá!!

PON.—¡Demonio!

FRAN.—(Leyendo.) «Viuda ésta de don Casimiro Meneses.»

CAL.—¡¡Mi tía!! ¡¡Mi tía!! (Como loco.) ¡¡Moisés!! ¡¡Florita!! (Adelantándose.) Señores, aquí tengo documentos que atestiguan que esa señora era hermana de mi madre...

FRAN.—Luego señor...

CAL.—(Volviéndose a su sitio y como loco.) ¡Ay!... ¡Ay!

FRAN.—(Leyendo.) «Declaro no tener otros parientes que los descendientes de don Calixto Redondo y Buitrago, hermano de mi madre...»

CAL.—¡Eso! ¡Mi padre!

FRAN.—(Leyendo.) Casado con doña Flora Igual de Cádiz.

CAL.—¡Mi madre!

FRAN.—Cuyo paradero desconozco.

CAL.—¡Ay, mi madre! ¡Yo rico! ¡Yo poderoso! ¡Y de verdad!

MOI.—¡Calixto!

CAL.—(Mirándole severamente.) ¡Calla!

PON.—Pedone usted, amigo don Calixto, si...

CAL.—¡Silencio!

MAR.—(A Calixto, por don Ponciano.) Ahora se viene con agachaditas...

CAL.—(A Martín.) Cállese usted o le mando arrojar por una ventana.

FRAN.—Señores, ¿se puede leer?

CAL.—(Ya en millonario.) Procure usted ser breve. Conocido ya el punto más interesante, sólo debe ya manifestarnos a cuanto asciende la herencia.

FRAN.—(Leyendo.) «Con arreglo al inventario adjunto declaro poseer seis millones de pesos oro...» (Don Calixto que muy erguido escuchaba la lectura cae desfallecido en brazos de don Moisés y de don Ponciano.)

FLO.—¡Papá!

MOI.—¡Calixto! (Gran revuelo.)

MAR.—Un poco de agua; pronto. (A Jesusa.) ¡Vamos!

JES.—¡Vamos! (Aprovechando el revuelo, Martín y Jesusa se escapan y hacen mutis por el fondo.)

PON.—Tráiganle aquí; ayúdame, Juanito. (A Flora.) ¡Un abanico! (A don Moisés.) ¡Ay! (Flora y don Moisés se separan de don Calixto. Don Ponciano y Juanito transportan don Calixto a una silla en primer término; entre tanto don Ponciano le quita del bolsillo la cartera y se la guarda.) Ya, ya le va pasando.

MOI.—Nada; no es nada. (A todos.) Pueden ustedes retirarse. (A don Francisco.) Luego el señor Redondo presentará a usted los documentos que justifican su personalidad para tomar posesión de la herencia. (Saludos. A Timoteo y demás criados.) Les llamaré si hace falta. (Mutis.)

Flora, don Calixto, don Moisés, don Ponciano y Juanito

FLO.—Ya parece que abre los ojos.

MOI.—La verdad es que... es para morir, Florita. ¡Seis millones de pesos oro!

JUA.—(Aparte a don Ponciano.) Nos hemos caído, padre, no te supiste contener y...

PON.—No te importe; haremos negocio. Le he robado la cartera y con ella sus documentos de identidad; mira. (Se la enseña.) ¡Demonio! Pero si esta es la mía. (Registrándose.) ¡Y la tenía él! (Buscando en la cartera.) ¡Nos ha timado, Juanito! ¡No está el documento! ¡Su documento! ¡Mis cincuenta mil pesetas!

MOI.—¡Calixto! ¿Me oyes? Soy Moisés.

FLO.—¡Papá! Soy yo... Flora, tu hija. (No responde.)

MOI.—Calixto. ¿Me oyes?... Son seis millones de pesos oro.

CAL.—(Incorporándose.) ¿No ha sido un sueño, Florita?

FLO.—(Muy melosa.) No, papá; eres rico, riquísimo.

CAL.—(Por el inesperado piropo.) Gracias, hija mía. (Advirtiendo la presencia de don Ponciano y de Juanito.) ¿Esa gente aquí? ¡A ver, que comparezca mi servidumbre! (Hace sonar un timbre.)

MOI.—¡Es un señor! (Contemplándole admirado.)

Dichos, Timoteo y Ramiro

PON.—Me adeuda usted cincuenta mil pesetas, don Calixto.

CAL.—Venga el documento.

PON.—(Sacando la cartera.) Por lo visto... distraidamente lo he roto.

CAL.—(Viendo la cartera en poder de don Ponciano.) ¡Hola, con que usted!... ¡Buen hombre, bien! (A Ramiro que sale por el fondo con Timoteo.) Que den a esos dos hombres primero cuatro palos, después diez mil pesetas y que el coche que está enganchado de orden mía, los conduzca... lejos de aquí. Aquí no tienen nada que hacer.

RAM.—En el coche que había enganchado... han huído don Martín y doña Juana Susa.

CAL.—¡Ah!, bien, muy bien. Lo siento; era un matrimonio muy simpático. Entonces que monten a cada uno en un caballo y que den otros cuatro palos a cada caballo. ¿No querían ustedes hacer carrera? Pues carreras de caballos.

RAM.—Está muy bien. (A don Ponciano y Juanito.) Cuando ustedes gusten

PON.—(A don Calixto.) ¡Arrieros somos, don Calixto!

CAL.—¡Eramos!

PON.—Algún día nos volveremos a encontrar.

CAL.—¡Puede! (Mutis de don Ponciano, Juanito y Ramiro.)

TIM.—¿Quiérite el señor algo más?

CAL.—Quierito estar solo. (Vase Timoteo.)

MOI.—¡Calixto!... ¡Calixto!

CAL.—¡Rico! ¡Millionario! ¡Todo esto es mío!

MOI.—¡Todo esto es nuestro! (Con las manos sobre el pecho.) ¡Nuestro!

CAL.—(Separándole las manos.) ¡No, no; mío, mío! ¡¡Mío!!

MOI.—¡Bravo, Calixto! Has conquistado Méjico. Eres un Hernán Cortés. Y sólo te falta quemar las naves.

CAL.—Yo no quemaré las naves, pero lo que es el camello... ¡lo quemo!... ¡lo quemo!

(Al público.)

Señores, ¡qué alegría!

Seis millones de pesos ¡casi nada!

Pero no seis millones, mil daría

por conseguir tan solo una palmada.

(Telón.)

FIN DEL JUGUETE

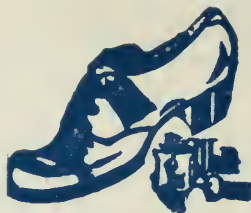


VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.
Economía por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID



PARA AUMENTAR DE PESO

tonificarse nervios y músculos
y adquirir buen apellido, tome el

HIPODERMOL

Los filtros para agua "ARSO" son los más económicos y los que más rinden. Se sirven bueltas para todos los sistemas de filtros a precios reducidos. De venta:

Casa "ARSO", - Madrid

ORDENAL CISNEROS, NÚM. 28

la Novela CORTA

Después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, para complementar su apostolado de divulgación literaria va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada una de ellas una sola obra en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

Arra.—Espronceda.—Patricio de la Escosura.—Martínez de la Rosa.—Enrique Gil.—Fernández y González.—Ortega y Frias.—Hartzembusch.—Gertrudis G. Avellaneda.—Pastor Díaz.—Iguals de Izco.—Navarrete.—Pérez Escrich.—Pilar Sinués.

NOVELA HISTÓRICA

Patxot.—Cánovas.—Viceto.—Baler.—Navarro Villoslada.—Amos de Escalante.—Castelar.

NOVELA NATURALISTA

Bernán Caballero.—Miguel de los Santos Alvarez.—El Solitario.—Mesonero Romanos.—Pereda.—Valera.—Clarín.—Selgas.—Alarcón.—Arturo Reyes.

También rendiremos un homenaje a la memoria de nuestros grandes escritores y poetas.

POETAS

Orriola.—Trueba.—Becquer.—Carolina Coronado.

ESCRITORES

Canivet.—Silverio Lanza.—Taboada.—Eusebio Blasco.—Alejandro Sawa.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas grandes novelas extractadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por la C. de Pardo Bazán, Roderic Marín, Azorín, M. Bueno y C. de Castro

Los números HOMENAJE, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

FRINE

REVISTA FEMENINA CULTURAL

EL PRÓXIMO JUEVES

LOS PEINADOS

SUMARIO

Su historia. - Arte de elegir peinados.- Cuidados que exige.

I: La cabellera.—II: Historia del peinado.—III: Elección de peinado.—IV: Preparación de los cabellos.—V: Consejos útiles para el peinados.—VI: Los postizos.

15 cénts.



¿ Como puedes leer de noche, sin gafas abuelita
¡ Hija mia !, porque he tenido la precaución, de
comprar lámparas

OSRAM.

CONCESIONARIO:

MARIANA PINEDA,

LEÓN ORNSTEIN

MADRID

NOVELA
DRAMATICAL



LA CORTE
DE FARAÓN

Opereta bíblica en un acto

PERRIN Y
PALACIOS

RO SERRANO

0 cts.

Lacort
1918.

LA NOVELA TEATRAL

Director: José de Urquía

Complemento de la Novela Corta

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar, pero cuya autorización **ya nos ha sido oficialmente otorgada.**

OBRAS PUBLICADAS

- 1 TRATA DE BLANCAS.—Felipe Trigo.
- 2 LA SOBRINA DEL CURA.—C. Arniches.
- 3 **EL MÍSTICO.**—Santiago Rusiñol.
- 4 LOS SEMIDIVOS.—Federico Oliver.
- 5 LAS CACATUAS.—Casas y G. Alvarez.
- 6 EL LOBO.—Joaquín Dicenta.
- 7 CHARITO, LA SAMARITANA.—Torres del Alamo y Asenjo.
- 8 **EL VERDUGO DE SEVILLA**—García Alvarez y Muñoz Seca.
- 9 TODOS SOMOS UNOS.—J. Benavente.
- 10 EL REY GALAOR.—F. Villaseca.
- 11 LA CASA DE QUIRÓS.—C. Arniches.
- 12 P. CAR XXI.—Muñoz Seca, García Alvarez y Pérez Fernández.
- 13 **EL RIO DE OKO.**—Paso y Abati.
- 14 SOBREVIVIR.—Joaquín Dicenta.
- 15 A MAMA DE DIOS.—Arniches y García Alvarez.
- 16 **EL CARDENAL.**—L. Rivas y Reparaz.
- 17 EL POBRE VALBUENA.—Arniches y García Alvarez.
- 18 EL HOMBRE QUE ASESINÓ.—Traducción de Antonio Palomero.
- 19 LAS ESTRELLAS.—Carlos Arniches.
- 20 DOLORES.—Carlos Arniches.
- 21 **LA SIIÑORITA DE TREVEZ.**—Carlos Arniches.
- 22 SERAFINA LA RUBIALA.—Torres del Alamo y Asenjo.
- 23 ABEN-HUMEYA.—Francisco Villaseca.
- 24 EL SEÑOR FEUDAL.—Joaquín Dicenta.
- 25 **LA ETERNA VICTIMA.**—Felipe Trigo.
- 26 JIMMY SAMSON.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
- 27 LÓPEZ DE CORIA.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 28 LA GIOCONDA.—G. d'Annunzio. Traducción de Francisco Villaseca.
- 29 **PALMAVERA EN OTÓN.**—Martinez Sierra.
- 30 EL CRIMEN DE AYER.—Joaquín Dicenta.
- 31 EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO.—Traducción de Gil Parrado.
- 32 FRANCOR.—Vital Aza.
- 33 LA REBOTICA.—Vital Aza.
- 34 **LA FRESURA DE LAPUENTE.**—García Alvarez y Muñoz Seca.
- 35 PRIMEROSE.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
- 36 CIENCIAS EXACTAS.—Vital Aza.
- 37 Doña María de Padilla.—F. Villaseca.
- 38 **RAFFLES.**—Traducción A. Palomero.
- 39 LA PRAVIANA.—Vital Aza.
- 40 EL GRAN TACAÑO.—Paso y Abati.
- 41 MIRANDOLINA.—Cristóbal de Castro.
- 42 **GENIO Y FIGURA.**—Arniches, Abati, Paso y García Alvarez.
- 43 LA GENTUZA.—Carlos Arniches.
- 44 LA VI JECITA.—Miguel Echegaray.
- 45 PARADA Y FONDA.—Vital Aza.
- 46 LA ALEGRÍA DE LA HUERTA.—Paso y García Alvarez.
- 47 **PEIT-CAIÉ.**—Tristán Bernard.
- 48 LOS NOVELEROS.—Edmundo Rosland.
- 49 **ELECTRA.**—Benito Pérez Galdós.
- 50 TIQUIS MIQUIS.—Vital Aza.
- 51 **EL ULTIMO BRAVO.**—G. Alvarez y Muñoz Seca.
- 52 LA MACHA DE CADIZ.—García Alvarez y Lucio.
- 53 **DOÑA PERFECTA.**—Benito Pérez Galdós.
- 54 LA T. ZONA.—Godoy y Ala cón.
- 55 MIQUETTE Y SU MAMA.—Robert y Calivel.
- 56 **LOS CUATRO ROBINSONES.**—Muñoz Seca y García Alvarez.
- 57 LOS GEMELOS.—Tristán Bernard.
- 58 **LA LOCA DE LA CASA.**—B. Pérez Galdós.
- 59 GIGANTES Y CABEZUDOS.—Miguel Echegaray.
- 60 **DANIEL.**—Joaquín Dicenta.
- 61 EL CHILO DEL CAFETIN.—Torres del Alamo y Asenjo.
- 62 **REALIDAD.**—Benito Pérez Galdós.
- 63 LA SALA DE ARMAS.—Vital Aza.
- 64 **PASTOR Y BORREGO.**—García Alvarez y Muñoz Seca.
- 65 LA LEONA DE CASTILLA.—Francisco Villaseca.
- 66 **DOÑA CLARINES.**—Alvarez Quintero.
- 67 LA NOCHE DE REYES.—Carlos Arniches.
- 68 LOS CADETES DE LA REINA.—Joaquín Movrón.
- 69 **AMOR DE ARTISTAS.**—Joaquín Dicenta.
- 70 **EL TERRIBLE PEREZ.**—Arniches y García Alvarez.
- 71 **EL PATIO.**—Alvarez Quintero.
- 72 LA TEMPRANICA.—Julien Rober.
- 73 **TRAMPA Y CARTON.**—Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 74 **LA COYOTE DE FARAON.**—Perrin y Palacios.

OBRAS POR PUBLICAR

a de San Quintín.—Luciano.—La escondida señor.—El niño prodigio.—El cuarteto Ponce.
 El Príncipe Casto.—El Método Górriz.—Mi papa.—Ciente menuta.—El pescue de Goya.—El perro
 Tejada.—El perro chico.—El Halconero.—La Divina Providencia.—El infante.—Los perros de presa.—
 El Paraiso.—La mar salada.—La bendición de Dios.—El asombro de Damasco.—El tres ráto.—
 El velón de Lucena.—Nieves de la Sierra.—La alegría del vivir.—El uño de la Africana.

La Corte de Faraón

OPERETA BÍBLICA EN UN ACTO DIVIDIDO EN CINCO CUADROS

original de

Guillermo Perrín y Miguel de Palacios
Música de VICENTE LIEO.

PERSONAJES

LOTA.
LA REINA
RAQUEL.
RA.
SUL.
SEL.

TA.
EL GRAN FARAON.
JOSE.
EL GENERAL PUTIFAR.
EL COPERO DE S. M.
EL GRAN SACERDOTE.

ISMAEL.
SELHA.
SETI.
SALECH.
AMON.

Ismaellias, esclavas egipcias, coperos, esclavas sirias, visiones, guerreros, sacerdotes, sacerdotisas de Isis, pueblo egipcio, trompetas, comparsas y coro general.

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

IRITORNA VINCITORI

Gran plaza pública de Menfis, engalanada para una gran fiesta. Edificios característicos de la época. A la derecha del actor, tribuna egipcia con dosel para los reyes. Sillones, alfombras, etc. A la izquierda, entrada y fachada de un templo egipcio. Al fondo, y a lo lejos, obeliscos, estatuas, esfinges, etc., y en último término las Pirámides. Libres las cajas y parte del fondo. Luz rojiza de la tarde.

Al levantarse el telón aparecen Faraón y la Reina sentados bajo el dosel de la tribuna. Dos Esclavas egipcias les espantan las moscas con abanicos de plumas de colores. Cuatro soldados egipcios (hombres) dan guardia de honor a la tribuna regia. El Copero de su majestad al pie del trono. Frente a la tribuna, delante del templo y llenando la escena, pueblo egipcio. Hombres y mujeres con diversos y característicos trajes.

MÚSICA

CORO.

¡Victoria! ¡Victoria!
para el triunfador
que a Siria de Menfis
las armas llevó.

¡Victoria! ¡Victoria!
laureles y honor
y Osiris proteja
al gran Faraón.

FAR.
Gracias, amado pueblo,
los vitores guardad,
hasta que a Menfis llegue
el bravo general.

CORO.
¡Putifar, Putifar!
¡Gloria a Putifar!

FAR.
COP.
¡Gloria a Putifar!
El gran Sacerdote
ya viene hacia aquí,
del templo de Isis
dejadle salir.

CORO.—(Arrodillaos.)

¡Isis, Isis! ¡Diosa,
da tu protección
al pueblo de Egipto
y a su Faraón!

(Empieza a salir la comitiva del templo. Sacerdotes, Lota, Raquel, Esclavas y Sacerdotisas.)

SAC.
La casta doncella
más pura que el Loto
que a orillas del Nilo
ofrece su flor,
el templo abandona
y espera inocente
del bélico esposo
los besos de amor.

REINA.—(A Lota.)

Compañera vas a ser
del valiente Putifar,
que triunfante
en cien batallas
ahora a Menfis
va a llegar.

CORO.
¡Putifar! ¡Putifar!
¡Gloria a Putifar!

LOTA.
De Tebas soy yo,
en Tebas nací.
La Virgen de Tebas
me llaman a mí.

CORO.
Virgen es,
Virgen es;
cuando en Tebas lo dicen
es que en Tebas lo deben saber.

LOTA.
En el templo de Isis
purificada,
por las aguas del Nilo
fresca y bañada.
Ya veis que a la doncella
de pura frente;
no le falta nada
absolutamente.

RAQ.
Del noble guerrero
la esposa serás;
tu esclava primero,

TODOS.

plácemes te da.
Del noble guerrero
la esposa serás,
el pueblo de Egipto

TODOS 4.

plácemes te da.
En el templo de Isis
purificada,
por las aguas del Nilo
fresca y bañada.

UNO. (Hablado.)

¡Viva Putifar!

(Suenan dentro las trompetas de las tropas que regresan.)

¡¡¡Viva!!!

TODO

Ya de las trompetas
escúchase el son.
Ya llega el caudillo
siempre vencedor.

SAC.

TODOS

¡Ritorna vincitor!
¡Ritorna vincitor!
¡Victoria, victoria
para el vencedor,
que a Siria de Menfis
las armas llevó!

(Aparecen guerreros con lanzas, trompetas, estandartes y banderas. Palanquin con el botín de guerra. Esclavas nubias, Palanquin de Putifar, Selhá, Seti, esclavos y guerreros.)

¡Victoria, victoria,
laureles y honor,
y Osiris proteja
al gran Faraón!

FAR.

Mis brazos te reciben
valiente Putifar.

PUT.

¡Salud, oh, soberanos,
salud en general!

TODOS.

¡Salud, salud!

REINA.

al héroe de la guerra y la virtud!

Esposa te concedo
en premio a tu valor.
Hermosa es la doncella,
tesoro de candor.

PUT.

SELHÁ.

SETI.

SELHÁ Y SETI.

PUT.

¡Horror!

¡Horror!

¡Horror!

Está para doncellas el señor.
Herido vengo de la campaña,
para casarme no estoy muy bien,
pero lo ordena mi soberana,
y pues lo manda me casaré.
Aquí está la doncella.

SAC.

LOTA.

PUT.

¡Señor!

¡Qué hermosa es!

Maldita la saeta...

¡Y a dónde a darle fué!

El templo nos espera.

Al templo sin tardar;

después de que te cases

te voy a coronar.

SELHÁ Y SETI.

SAC.

FAR.

(Márchanse todos al templo, quedándose solos en escena Selhá y Seti.)

Selhá y Seti.

HABLADO

SETI. Selhá, ¿qué dices a esto?
SELHÁ. Seti, ¿qué quieres que diga?
SETI. ¡Qué lástima de doncella,
SELHA. ¡Pobrecita!
SETI. ¡Pobrecita!

SELHÁ. Pero, ¿cómo Putifar,
teniendo tan grave herida...
después de la operación...
se casa con esa niña?
SETI. Selhá que yo no lo entiendo
SELHÁ. Esto, Seti, no se explica.
SETI. Quizá aguarde de los dioses
un milagro.

SELHA. Es intinita
de los dioses la grandeza.
Su poder nos maravilla.
Corta en el campo un rosal,
y si de dejarle cuidas
una o dos yemas, pues crece
y el milagro se realiza
de verle en la primavera
cuajado de rosas lindas
y de capullos hermosos:
pero hay cosas en la vida
que se cortan y no salen
aunque los dioses lo digan.

SETI. (Yendo al foro.)
¿Pero quien yega? Silencio.
(Ruido por el fondo.)

SELHÁ. Unos cuantos ismaelitas.
Dichos, Ismael acompañado de dos ismaelitas y José por el fondo
ISM. ¡Salud, egipcios!

SELHÁ }
SETI } ¡Salud!
JOSÉ } Salud, y muy buenos días
SELHÁ } ¿A dónde váis?
ISM. } Al mercado.

SETI. A vender...
ISM. ¿Qué mercancía?

SETI. (Señalando a José.)
Está de venta este hebreo.
Nos lo vendió su familia.
JOSÉ. Mis hermanitos que son
la peor granjería
de toda Mesopotamia.
Yo no sé si por envidia
de ser más guapo que ellos,
o porque todas las chicas
me miraban al pasar
de modo que me comían,
aunque yo no las miraba
porque bajaba la vista,
porque soy *Casto* de mí...
me hicieron mil perrerías
porque le dije a mi padre

lo que los tunos hacían,
 que era atracarse de frutas
 siempre que a los campos iban,
 y porque en otra ocasión
 le referí lo que había
 soñado la noche antes,
 que fué que, atando gavillas,
 las suyas se doblegaban
 levantándose la mía...
 me cogieron, me llevaron,
 me dieron una paliza,
 y después, en *cueritatis*,
 que cualquiera se constipa,
 me echaron a una cisterna.
 Pasaron los ismaelitas
 y me vendieron, lo mismo
 que si fuera una gallina,
 por veinte *siclos*, que son,
 mal contados y de prisa
 pues ciento cincuenta y siete
 reales vellón en castilla,
 ¡Pobre mancebo!

SELHA
 SETI
 ISM.

(A Ismael.) ¿Es muy caro?
 Queremos darle salida.
 Por treinta *siclos* se vende,
 ¿Soy hombre o soy baratija?
 Para nosotros no es.
 Mas quizás le convendría
 al general Putifar,
 como pinche de cocina.
 Bueno, pues haré de pinche
 que eso ni corta ni pincha.
 Se oye rumor en el templo.
 Ya sale la comitiva.

JOSÉ
 SELHÁ

JOSÉ

SELHÁ
 SETI

Dichos y por su orden el Faraón y la Reina, Putifar y Lota, esclavas y Raquel copero
 y el Gran sacerdote; sacerdotisas, guerreros y pueblo

MÚSICA

TODOS

Ya la ceremonia
 terminada está
 Ya tiene señora
 el Gran Putifar.

FAR.

¡Bien venido,
 bien casado

REINA,

y que sea para bien.

PUT.

¡Que los dioses te concedan
 larga luna y mucha miel!

LOTA.

¡Señor!

REINA.

Excelsa Reina,

SAC.

mil gracias.

No hay de qué.

TODOS.

Osiris dé a la esposa
 lo que haya menester.

CORO.

Osiris dé a la esposa
 lo que haya menester.

COP.

Señor, marchemos.

FAR.

Marchemos pues.

TODOS.

Que los dioses les concedan

larga luna y mucha miel.
(Se van todos menos Lota y Putifar.)

PUT.

Salve, Lota.
Salve, Lota, pura y bella
flor galana,
flor galana de mi hogar.

Tú serás la reina
de mis amores,
mi bien serás.

LOTA

Salve, Lota, pura y bella
flor galana de mi hogar.
Noble esposo, bravo y fuerte
yo tu esposa fiel seré.
Yo seré la hiedra amante
que tu tronco abrazaré.
(Salen Selhá y Seti.)

SELHA.

PUT.

¡Señor!
¿Por qué me llamas
en esta situación?
Porque aquí se ha presentado
un negocio de ocasión.

SELHA.

Unos ismaelitas
venden a un hebreo.

SETI.

SELHA.

SETI.

SELHA.

PUT.

Tiene buena pinta.
Y además no es feo.
Lo dan muy barato
Y una ganga es.
Pues venga y otro esclavo
tendrá mi mujer.

(Salen con José los ismaelitas, Raquel y las esclavas.)

SELHA

SETI

JOSE.

LOTA.

Este es el esclavo

Muy buenas, señoras.

El joven que vimos
en paños menores.

El de la cisterna.

El mismo, Raquel.

¡Es él!

¡Es él!

No hay duda que es él.

Hecho el trato. Me conviene.

Este esclavo es para tí.

Gracias mil, Raquel, amiga,
porque otra vez le ví.

¿Cuál es tu nombre?

José me llamo.

Pues bueno, Pepe,

yo soy tu amo.

Esclavas, llevadla

y con suaves perfumes de oriente
perfumadla.

Tú, José, con las esclavas.

¡Qué vergüenza, yo no sé
entre tantas, tú tan casto,

qué te va a pasar, José!

Te aguarda, mi señora,

la cámara nupcial,

no buscarte irá el esposo

JOSE.

RAQ.

que tus brazos buscará.
(Mutis Lota, Raquel, José y esclavas.)

PUT.
SELHA.
SETI.
PUT.
SELHA.
SETI.

¡Qué situación!

Difícil es.

¡Qué va a decir!

Figúrate.

Temblando estás,
noble señor.

PUT.

Decís verdad,
temblando estoy.

nas no soy un gallina.

Lo dijo mi valor.

SETI.

Pero eres otra cosa

SELHA.

mucho peor.

RAQ. —(Dentro.)

Te aguarda mi señora,
la cámara nupcial,
y a buscarte irá el esposo
que tus brazos buscará.

(Telón lento.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

LA CAPA DE JOSÉ

Antecámara nupcial en el palacio del general Putifar. Puertas laterales y todo el fondo abierto figurando una terraza que da sobre las orillas del río Nilo, en cuyas aguas riela la luna. Vegetación frondosa. En la estancia muebles de la época, riquísimos. Pielles, armas, tapices, pebeteros, etc.

Aparece Lota con traje blanco egipcio, sencillo, pero algo provocativo. Se halla echada a la derecha sobre un estrado, con pieles y almohadones. Cuatro esclavas abanicándola. Otras encendiendo los pebeteros. Otras tocando arpas pequeñas. Raquel pulsando también el arpa. Esclavas egipcias bailando en el centro de la escena al compás de los cantos de Raquel. Luego José, Ra Sel y Ta, viudas egipcias.

MUSICA

RAQ.

La luz de la luna
se quiebra en el Nilo.
El Íbis sagrado
los aires cruzó.
Azul brilla el cielo,
la flor dió su aroma,
la brisa murmura
canciones de amor.

ESCLAVAS. }
RAQ.)

Danzad, hijas del Nilo,
danzad al dulce son
del arpa que acompaña
de amores la canción.

JOSÉ.

Tres viudas de Tebas
quieren penetrar.

LOTA—(Como recitando.)

Franca está la puerta,
pueden pasar.

RAQ.

Siempre que en Egipto
casa una doncella,
vienen tres viudas
a explicarle a ella
las obligaciones
que deben tener
en el matrimonio
marido y mujer.

VIUDAS (Saliendo.)

Salud a la doncella
hermosa como el día,
Que Anubis te proteja
y Osiris te bendiga.

Al pasar de soltera a casada
necesitas de preparación;
óyenos, porque somos viudas
y sabemos nuestra obligación.

Es muy duro
y molesto, yo te lo aseguro,
y muy pronto,
y muy pronto lo vas a saber;
el derecho, el derecho,
el derecho que tiene el marido
sobre su mujer.

Al marido después de la boda,
nada, nada se debe negar,
pues con él en la casa entra toda
pero toda su autoridad.

Y aunque llanto,
aunque llanto al principio te cueste,
que él te trate,
que él te trate con mucha dureza,
si le sabes seguir la corriente,
pues al fin bajará la cabeza.

Sé hacendosa,
primorosa,
dale gusto
siempre cariñosa.

Muévete
para qué
lo que pida
dispuesto ya esté.

Cuidalo,
mímalo,
no le digas a nada
que no.

Y con estas ligeras nociones
de moral que te damos aquí,
tú verás cómo te las compones
para hacer a tu esposo feliz.

TODAS (Menos Lota.)

Se hacendosa,
primorosa,
dale gusto
siempre cariñosa.
Muévete

para que
lo que pida
dispuesto ya esté.

VIUDAS.

Cuidalo,
mímalo,
no le digas a nada
que no.

LOTA.
VIUDAS.

¿No?
No.

HABLADO

LOTA (Levantándose.) Seguiré vuestros consejos
que no he de olvidarlos nunca:
RA. La práctica enseña mucho
y nada se nos oculta,
pues del matrimonio somos
tres veterañias viudas.
SEL. Verás cómo el matrimonio
no es ninguna ciencia infusa.
LOTA. Pues yo de él tengo formada
una idea tan oscura,
que todos mis pensamientos
son misterios y son dudas.
TA. Es porque ahora ves el cielo
lleno de nubes y brumas
y no puedes ver sus astros
de refulgente hermosura.
RA. Mas ya verás las estrellas
en cuanto salga la luna
y rompa el ténue celaje
que el cielo de amor te oculta
y una vez roto, verás
que todo es luz y ventura.
RAQ. ¡Cómo saben! ¡Qué bien hablan
¡Qué experiencia tan profunda!
LOTA ¿Vosotras lo sabéis todo?
LAS TRES Pero todo
LOTA Ya segura
miro mi felicidad.
RA. ¡Que el Ibis te dé una luna
de miel eterna
SEL. ¡Que Osiris
haga no se canse nunca
tu esposo!
TA. ¡Que el Dios sagrado
os dé fuerzas en la lucha
de la vida!
PUT. (Dentro.) ¡Pepe!
LOT. (Asustada.) ¿Quién?
RAQ. Es tu esposo que te busca.
Dichos. Putifar y José
RA. Y armado de todas armas,
PUT. (A las viudas.)
¿Quiénes soís?
RA. Las tres viudas
de' costumbre, General.
PUT. (Aparte.)
Me partieron.

LAS TRES

Que su ayuda
te den los dioses. (Saludan y vándose.)

PUT.
RAQ.

¡Adios!
Envidiamos tu ventura.
(Vase con las esclavas.)

Lota, Putifar y José

PUT.
LOTA
PUT.
JOSÉ

Dulce Lota... ¡Esposa mía!
Putifar...
¡Mi bien!
(Aparte.) ¡Caramba!
(Alto.)
¿Necesita algo el señor?
Desármame.

PUT.
JOSÉ
PUT.
JOSÉ
PUT.

¿Yo?
¿Qué tardas?
Pensé que no iba conmigo.
Que me quites estas armas.
(Aparte.)

JOSÉ

Allá voy...
(Le quita las armas, etc.)

LOTA

¡Qué prisa trae!
(Al fondo.)
Ya la luna se levanta,
pronto romperé el celaje
su puro rayo de plata.
Ya está, ¿me retiro?

JOSÉ
PUT.
JOSÉ
PUT.
JOSÉ

Claro
¿Vas a tomar algo?
Nada
Bueno. Pues muy buenas noches...
Que ustedes descansen

PUT.

Gracias.

(Saluda José y vase.)

Lota y Putifar

LOTA

(Pausa. Sentándose en el estrado.)
¡Hermosa noche!

PUT
LOTA
PUT.

(De pie y paseándose.) ¡Magnífica!
No hace ni calor ni nada.
(Aparte.)

LOTA
PUT

¿Con qué entretengo yo a ésta
hasta que toquen diana?
¿No te sientas, Putifar?
El que venció en cien batallas
sobre su potro de guerra
y a pié, cuando le faltaba...
no necesita sentarse.
Un guerrero no se cansa.

LOTA

Que eres fuerte y vigoroso
tu gallardía declara.

PUT.

Mis conquistas bien lo dicen,
bien lo pregona mi fama.
¿Conquistas de amor?

LOTA.
PUT.

De guerra.
Te contaré mis hazañas
que son muchas.

LOTA

Como gustes.
Pero no serán muy largas.

- PUT. ¿No es verdad?
 LOTA.—(Como resignada.) Nb. Regulares.
 PUT. Entonces bueno. (Se escama.)
 Yo en la Siria por asalto
 sólo no más con mi lanza,
 entré en una ciudadela
 donde estaban encerradas
 mil doncellas muy hermosas.
 Los hombres que las guardaban
 eran muchos, pero pronto
 a mi empuje y mi arrogancia
 cayeron.
 LOTA. ¿Y las doncellas?
 PUT. Me las traje para casa,
 las bañaron en el Nilo
 y las hice mis esclavas.
 Unas cuantas regalé,
 me quedé con otras cuantas,
 y aunque soy duro en la guerra
 soy muy blando con las damas.
 Quedé como un caballero
 en aquellas circunstancias.
 Pero ven, ven a mi lado.
 LOTA. Voy. (Se sienta.)
 PUT. ¿No me miras?
 LOTA. Estaba
 PUT. recordando lo que hice
 allá en la Mesopotamia.
 LOTA. Tú no haces más que contarme
 hazañas y más hazañas
 y mi corazón espera
 de tí amorosas palabras.
 PUT. ¿Palabras dices?... Pues oye...
 Mi corazón y mi espada,
 mis laureles y mi nombre
 todo lo pongo a tus plantas.
 LOTA. Lo poco que tengo... es tuyo
 PUT.—(Aparte.) No será tan poco...
 Vaya.
 Aquí la conversación
 es lo que hace menos falta...
 Y ese Selhá, que no viene...
 y Seti que no me llama,
 y estoy haciendo un papel...
 LOTA.—(Muy carinosa.)
 ¿Qué te ocurre?... ¿Qué te pasa?
 ¿Te pones malo?... ¿Qué tienes?
 ¡Mujer!... Que no tengo nada,
 ¿cómo lo voy a decir?
 PUT. ¡Putifar!...
 LOTA. ¿Qué?
 PUT. No me amas.
 LOTA. Yo no sé qué noto en tí.
 No arde en tus ojos la llama
 del amor... Tú no me quieres.

PUT. ¡No me digas eso... calla.
 ¿Que no te quiero?... ¿Por qué?
 ¡Sí que te quiero, mi alma!
 Y dice que no la quiero...
 ¿No he de quererte... serrana?
 Así le gustas, así
 a tu esposa enamorada.

LOTA.
 (Ciñéndole con los brazos.)

PUT. ¡Dioses, haced un milagro!
 (Suenan dentro clarines tocando diana.)

LOTA. ¿Cómo?

PUT.—(Separándose de Lota rápidamente y levantándose.)
 ¡Por fin! ¡La diana! (Empieza a clarear.)

LOTA. ¿Qué es eso, mi bien querido?

PUT. Son las tropas que me llaman.
 Tengo que partir, mi bien,
 dispensa si te hago falta.
 Lo siento... pero me marcho.

LOTA. ¡No te vayas!... ¡No te vayas!...

PUT. ¡No hay más remedio!... Me voy
 me lo ordena la ordenanza.
 Dichos, Selhá y Seti.

SELHA. ¡Señor!... Tu caballo espera.

SETI. ¡Señor!... Tus tropas te aguardan.

PUT. ¿Lo ves? Me están esperando

LOTA. (Cae sobre los almohadones del estrado.)
 ;Y yo estoy desesperada!
 (A Selhá y Seti.)
 ¡Maldita aquella saeta!
 ¡Tiró a dar el que tiraba! (Vase Putifar.)
 ¡Bonita noche de bodas!
 ¡Era cosa descontada! (Vanse los dos.)
 Ya amanece, y por Oriente
 se tiñe el cielo de grana.
 Nunca pensé que la aurora
 me cogiese levantada.
 Lota y José

JOSE. Fué al campamento el señor
 y me mandó que viniera,
 y compañía te hiciera
 porque no pases temor
 estando sola.

LOTA. José,
 pues lo mandó mi marido
 y a acompañarme has venido
 pues entreténme.

JOSE. ¿Con qué?

LOTA. ¿Con unos cuentos?... Por cientos,
 los sabé José, señora.

JOSE. No quiero cuentos ahora;
 todos me vienen con cuentos.
 Pues la señora dirá
 cómo quiere entretenerse;
 sobre qué quiere que verse
 lo que hablemos.

LOTA. Ven acá,

JOSE. Siéntate, José, a mi lado.
 Pero...

LOTA. Yo te lo permito.
JOSE. ¿Y si viene el señorito?
LOTA. No viene, si está ocupado.
JOSE. (Sentándose.)
Bueno, pues ya estoy aquí.
LOTA. Más cerca.
JOSE. ¡Dios de Israel!

LOTA. Yo con mi esclava Raquel
hace tiempo que te vi.
JOSE. ¿En dónde?

LOTA. Pues en Harán...
De una cisterna salías.
JOSE. ¡Ay!... Entonces me verías
vistiendo el traje de Adán.
LOTA. ¡Qué vergüenza!

LOTA. A mí me dió
también en aquel instante
porque me fijé bastante,
mas luego se me pasó.
JOSE. Claro.

LOTA. Y dí, joven hebreo,
aunque esté mal preguntado,
¿eres muy enamorado?
JOSE. ¿Yo, señora?... Eso es muy feo.
LOTA. ¡Qué tontería!... ¿Por qué?...
JOSE. Ruborizándome estás...
porque no sé si sabrás
que soy el casto José.

MUSICA

JOSE. Yo soy el casto, yo soy el casto,
yo soy el casto, casto José,
pastor he sido y entre rebaños
desde pequeño pastoreé.
LOTA. ¿Y en la montaña como en el prado
no turbó nunca tu soledad
ni un pensamiento de enamorado
que te dijera debes amar?

JOSE. Yo tocaba la flauta
y el caramillo
y a mi lado triscaban
los cabritillos.
No pensaba en amores
por ser pecado
y además porque estaba
muy ocupado
en que no se me fuera
ni un corderito
y no se me perdiera
el pobrecito.

LOTA. Qué inocencia tan hermosa,
no se encuentra un hombre así;
un mancebo tan honesto
yo quisiera para mí.

JOSE. ¿Para tí?
LOTA. ¡Para mí!
Porque yo, como tú, soy así.
Ven, José.

Ven acá.
Qué es amor
yo te voy a explicar.
Porque creo
que el amor debe ser cosa rica.
¡Ay! ¡Hebreo!
debe ser un bichito que pica.
Un bichito que da un hormigueo
sin saber en el sitio en que está
y que enciende en el alma un deseo
que fatigas de muerte nos dá.

José.

Yo no sé
qué será,
de estas cosas
estoy en la a.
Por favor,
sí, señor.
No te acerques
porque hace calor.

LOTA.

Déjame que te diga dulces palabras.
Déjame que te cina con dulces lazos.
Déjame que en tus ojos mis ojos mire
y de amor la cadena formen mis brazos.

José.

Déjame por Osiris, porque me azoras,
déjame por el Ibis y por Anubis,
el amor que me pides en vano imploras.
Déjame y no me hagas entrar por *avis*.

LOTA.

Ven, José,
quiero yo.

José.

No me cojas la capa,
que no.

LOTA.

Ven José,
ven acá.

que la flor misteriosa del Loto
para tí será.

José.

Quítate,
déjame,
no me cojas la capa
otra vez.

LOTA.

¡Pepito!
¡Chitito!

José.

Déjame, déjame, déjame,
¿Por qué?

LOTA.

José.

Porque yo soy el casto, yo soy el casto,
yo soy el casto, casto José.

HABLADO

LOTA.

¿Cómo tu pecho desdenea
esta amorosa pasión?
O no tienes corazón
o será de bronce o peña.
Y como guapa es muy guapa.

José (Aparte)

LOTA (Tirándole de la capa.)

José.

¿Qué es lo que dices, José?
Pues digo, señora... que
no me tires de la capa.

LOTA.

José.

Si es que detenerte quiero.
¿De veras?... Ya lo entendí.

(Medio mutis.)

Vuelvo...

OTA. (Agarrándose a la capa.)

José, ven aquí,
porque si te vas me muero.
¡Suelta!

OSÉ.

OTA.

¡No! ¡No he de soltar.
¡Que no!

OSÉ.

OTA.

OSÉ.

¡Que sí!

¡Que no!

Quita

Dando la vuelta y abandonando la capa en manos de Lota.)

Ahí te queda la capita...

¡Socorro! (Sale corriendo.)

OTA (Con la capa en sus manos.)

¡Me he de vengar!

¡Esclavos!... ¡A mí, favor!...

Lota, Selhá, Seti, Raquel y cuatro Esclavos.

ETI. }

ELHÁ. }

AQ.

OTA

¡Señora!

¿Qué ha sucedido?

Que aquí, un esclavo atrevido
atentó contra mi honor.

Con el infame luché,
pero el infame se escapa
dejándome aquí su capa.

(Mostrándola a todos.)

¡Oh!... ¡La capa de José!

Sí... prendedle sin tardar
y que pague con la vida.

¡Pronto! Lo manda ofendida
la mujer de Putifar.

(Toma una actitud de figura bíblica. Música. Cuadro y

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

DE CAPA CAIDA

Estancia regia del palacio de Faraón. En el fondo de esta estancia un hueco en medio punto y cuadrilongo, donde va un lecho de la época cubierto con tapices y pieles. A ambos lados de este hueco dos grandes pebeteros egipcios. El lecho estará sobre una grada de un peldaño. Esta grada la cubrirá un rico tapiz que baja hasta el centro de la escena. En los dos ángulos del fondo de esta decoración, dos estatuas egipcias de mármol negro. A la derecha gran ventanal, que se supone da a los jardines de palacio, por donde entrará luz del día que contrastará con la artificial de una lámpara egipcia que pende del techo de la estancia. A la izquierda, dos grandes puertas practicables. Todos los detalles arquitectónicos y de mobiliario a gusto del pintor.

Faraón, tendido en el lecho, y a su lado de pie escanciándole en una copa, con una ánfora la reina. Sobre el tapiz del centro y en actitudes artísticas mujeres con trajes egipcio de hombre. Coperos del Rey con ánforas y vasos.

MÚSICA

REINA

Bebe, bebe, mi señor,
del rico vino de Antila
bebe y reposa que ya
amanece el nuevo día.

COP

Bebe el vino sabroso
vino rico y dorado
que en tus regios lagares
pisó el esclavo.

REINA

Si quieres mi dueño
que arrullen tu sueño
de Ninive bella
canciones de amor
hermosas mujeres
que brindan placeres.
vendrán a cantarte
su dulce canción.

Sul (mujer), Salech, Amón y Coro de Señoras. Visten trajes de bohemios babilónicos.
Llevan unos panderos triangulares con campanillas.

SUL.

SALECH.

AMON.

BOHEMIOS.)

De Ninive, do reina Sardanápalo,
venimos hoy aquí,
y al son de sus canciones melancólicas
cruzamos el país,
al aire resonando nuestros címbalos
a Menfis la inmortal,
llegamos los cantores babilónicos
tras largo caminar.

Andando,

llevando

doquier

nuestra canción.

Cantando,

danzando,

moviendo

el tin tan tón.

SUL.

Una canción babilónica
voy a cantar.

CORO.

Toda la grey faraónica
te va a escuchar.

SUL

Son las mujeres de Babilonia
las más ardientes que el amor crea,
tienen el alma samaritana,
son por su fuego de Galilea.
Cuando suspiran voluptuosas
el babilonio muere de amor,
y cuando cantan ponen sus besos
en cada nota de su canción.

Ay, Ba... Ay, Ba...

Ay, Babilonio que marea.

Ay, va... Ay, va...

Ay, vámonos pronto a Judea,

Ay, va... Ay, va...

TODOS.

SUL.—(Suspiro.)

¡Ay!

Vámonos allá.

Como las hembras de Babilonia

no hay otras hembras tan incitantes,
arde en sus ojos de amor la llama,
buscan sus labios besos amantes;
como palmeras que el viento agita
doblán si danzan sus cuerpos bellos
dando en sus giros al aire ardiente
la negra seda de sus cabellos.

Ay, Ba... Ay, Ba...
etc., etc.

HABLADO

REINA. Basta. Callad, babilónicos,
que el Faraón se ha dormido.
SALFCH. Mi reina... pues que los Dioses
le den un sueño tranquilo,
aunque habiendo visto a estas
el tin tan ton... yo imagino
que va a soñar el monarca,
y va a dar cada respingo
en el lecho, que ya ya.
AMON. Siempre nos pasa lo mismo:
nos ve un monarca y se duerme.
SUL. De gusto, no de aburrido.
SALUCIL. Faraona!.. Osiris te guarde.
Niñas... Vamos despacito,
de puntillas, para no
despertar al rey egipcio.
Semíramis, diez y siete,
Babilonia. A tu servicio.

Vanse de puntillas con música piano en la orquesta por la segunda izquierda.)

REINA.—(A los Coperos.)

Dejadme sola.

Vanse los Coperos por la segunda.)

El Faraón y la Reina.

REINA.—(Mirando al Faraón dormido.)

¡Qué hombre!

¡Siempre borracho perdido!
¡Siempre durmiendo! ¡Por qué
me unieron a su destino,
para vivir sin amor,
sin halago y sin cariño!

José y Lota, y a poco José por la lateral primera izquierda conducido por Selhá y Seti.

LOTA. ¡Justicial! ¡Favor!

REINA. ¿Qué es esto,

Lota?

LOTA. Amparo necesito.

¡Ay, gran señora!

REINA. Más bajo
que duerme allí mi marido.

LOTA. ¡Perdón!

REINA. ¿Dime qué te pasa? •

LOTA. Señora!.. Un esclavo indigno
pretendió...

JOSE. (Saltando.) Falso, ¡mentira!

REINA. Que es mentira yo lo digo.

(Viendo a José.)

¡Hermoso mancebo!

JOSE. Sí.

FAR. Que es mentira, lo repito.
(Despertándose y bajando del lecho.)
¡Por los cuernos del Buey Apis!
¿Quién despierta al Rey de Egipto?

JOSE. (¡Caracoles!... Faraón.)
REINA. Señor!... Aquí Lota vino
a pedir justicia.

FAR. Habla.
JOSE. Quien va a hablar muy clarito
soy yo.

SELHA. ¡Silencio!
SETI. ¡Silencio!
FAR. ¿Quién es este jovencillo?
LOTA. El que estando yo en mi estancia
sola, porque a mi marido
le llamaron los clarines...
para hacer el ejercicio,
entró...

FAR. ¿Pero Putifar
en esos momentos críticos
de la noche de la boda
caso a los clarines hizo?
En tal caso, ni se oye
la trompeta del Juicio.
Pues se marchó al primer toque.
FAR. Prosigue. (¡Valiente primo!)
LOTA. Entró en mi estancia este esclavo
y pretendió...

FAR. Comprendido.
LOTA. Y me quedé con su capa
para probar su delito.
JOSE. Se quedó, porque tiraba.
FAR. Basta; que en este litigio,
pues la ofendida es mujer,
también el juez determino
que lo sea. Tú, mi Reina,
escogerás el castigo.
Tengo dolor de cabeza
de los vapores del vino
y me voy a los jardines
a ver si a solas dormito.
TODOS. ¡Gran señor! (Saludando.)
FAR. (¡Qué Putifar,
irse a hacer el ejercicio!)
(Vase segunda izquierda.)

REINA. (Mirando a José.)
LOTA. ¡Qué hermosa presencia tiene!
JOSE. ¡Que juzgues a este atrevido
te demando, gran señora!
REINA. (Aparte.)
(¡Qué querrán hacer conmigo!)
(A Selhá y Seti.)
Soltadle.

SELHA. }
SETI. } Ya está.
REINA. }
SELHA. } Salid.
(Saludando.)
¡Señora!

Con tu permiso.

(Vanse primera izquierda.)

La Reina, Lota y José

MÚSICA

Para juzgar
y sentenciar
quiero saber
lo que pasó,
precisa, pues
reproducir
lo que en tu estancia
sucedió.

Yo estaba muy triste
y llorosa estaba,
porque sin saberlo,
algo me faltaba.
Yo entré a distraerla
y ella me miró,
yo bajé los ojos
y ella se acercó.

Y al tener
junto a ti
a una hermosa
mirándote así
sentiste un no sé qué,
tan dulce sensación,
que hiciste con los brazos
lo mismo que yo. (Le abraza.)

¡Ay, señora,
no, señora.
qué manera
de apretar!

Pues, señor, aquí son todas
como la de Putifar.

Me parece, gran señora,
que esto va a acabar muy mal.
Es que si no me entero bien
no puedo sentenciar.

Comprendo ya vuestro interés,
pero eso es abusar.

Me estoy temiendo yo que aquí
me ocurre algún percance a mí
y que mi decantada castidad
se perderá.

Ven aquí, quiero yo.
No desdénen mi amor.
Soy la Reina y lo mando.
Pero él es mi esclavo.

Por Dios,

si no quise con una
¿cómo he de atreverme con dos?

Ven aquí. Mirame,
no te sientas tan casto, José.

Mis brazos te darán
Al fin conseguirán.
Caricias y calor.
Que muera de rubor.
Ven junto a mí.

EL Pobre de mí!
 ELLAS Los dos así.
 EL Las dos aquí.
 ELLAS Gocemos de mí.
 EL Al fin me sacan el color
 ELLAS Eterno amor.
 EL Un eterno amor.
 ELLAS Esto es un horror.
 EL Podemos disfrutar.
 ELLAS Yo creo que no salgo bien
 EL Mibien que es el placer mayor
 EL Con eso del amor.

HABLADO

LOTA. Yo he venido a que lo juzgues.
 REINA Pues mira, yo le perdono.
 LOTA. ¿De veras?
 REINA Y tan de veras.
 LOTA ¿Sabes que me dan antojos
 de perderte aquí el respeto
 y de señalarte el rostro?
 REINA Putifara, cállate
 que me dan náuseas y todo
 y si dejo de ser reina
 y desciendo de mi trono
 te va a pesar.
 LOTA ¡A mí, Menfis!
 JOSÉ Se van a arrancar el moño
 ¡Nobles egipcias, por Isis,
 por Anubis!... ¡por el toro
 sagrado... qué vais a hacer!
 Señoras... poquito a poco...
 siquiera por las Pirámides
 un poquito de decoro,
 REINA. Vaya, se acabó. A José
 a mi servicio lo tomo.
 LOTA. Ni más, ni menos... ¿Te enteras?
 A ese le compró mi esposo
 para que a mí me sirviera.
 REINA (Cogiendo a José.) ¡Ven por él!
 JOSÉ ¡Ay qué sofoco!
 LOTA (El mismo juego.) Este es mío y *retemío*.
 REINA. ¡Generala!...
 LOTA. ¡Reina!
 JOSÉ. Corro
 y salto por la ventana
 porque si no, no respondo.
 (Va hacia el ventanal y le detiene.)
 REINA. No te tires.
 LOTA. No te tires.
 (Tirándole de las vestiduras.)
 JOSÉ. ¡Ay!.. ¡Que me lo rompen todo!

MUTACIÓN

CUADRO CUARTO

LOS SUEÑOS DE FARAÓN

dines del palacio del Faraón. Toda la frondosidad que debieron tener aquellos lugares. En primer término izquierda un fragmento de la fachada del palacio, con el gran ventanal señalado a la derecha del anterior cuadro. Debajo de este ventanal, un banco rústico cubierto con pieles. Estatuas, flores, etc., etc. En el fondo floresta y dos árboles corpulentos que entrelazan sus ramas y forman un arco. Todo este fondo se transparenta a su tiempo y se descorrerá las gasas que lo forman para el cuadro que se indicará.

hacerse la mutación, aparece el Faraón dormido sobre el banco rústico y a su lado, en el suelo, el Copero de S. M., también dormido. José baja por el ventanal de la fachada y viene a caer a los pies del Faraón.

OSÉ (Al caer.) Si no me tiro, me comen.
 AR. (Despertando.) ¿Qué es esto?
 OSÉ. ¡Jehová me valga!

OP. (Despertando.) El Faraón. El esclavo.
 AR. ¡Cuando tranquilo soñaba despertarme!

OSÉ. Mi perdón,
 señor, demandó a tus plantas.
 AR. ¿Te ha perdonado la reina?
 OSÉ. Sí, señor. Es muy magnánima.
 AR. Sí. (Al Copero.)

OSÉ. ¿Qué sueños tan extraños
 ha poco me atormentaban;
 explicármelos no puedo,
 que no tengo ciencia tanta
 para interpretarlos.

OP. Mira;
 pues a este esclavo nos mandan
 los Dioses. A mí hace poco,
 cuando estuvo en la antecámara
 detenido, me explicó
 lo que en la noche pasada
 hube soñado.

AR. ¿Qué dices?
 OSÉ. El cielo me dió esa gracia
 Desde que era pequenito
 acertijos y charadas
 y ensueños, son para mí
 cosas corrientes y claras.
 También soy algo profeta
 y ducho en las artes mágicas.
 y es porque mis facultades
 todas las conservo intactas,
 porque como yo soy casto,
 un casto no se desgasta.
 AR. Pues escucha mis ensueños
 OSÉ. y explicámelos.

Pues habla.

MUSICA

FAR. Vi entre sueños tres mujeres
con extrañas vestiduras
que agitando así las manos
adoptaban mil posturas.
De cintura para abajo
todo, todo lo movían
y enseñaban muchas cosas
de cintura para arriba.
Era un encanto verlas bailar,
nunca en mis reinos ví cosa igual.

JOSE. Ya sé lo que dices,
mira si eso fué.

(Se abre la floresta del fondo y aparecen tres visiones. Mujeres con trajes modernos y dispuesta para un garrotín.)

FAR. Por Anubis, Por Osiris
eso es lo que yo soñé.

COP. Renilo, ¡qué asombro,
qué barbaridad!

FAR. ¡Vaya unas señoras,
COP. } qué ricas están!

JOSE. Esas tres mujeres.
que miras allí,
bailarán en lo futuro
el movido garrotín.

(Bailan las mujeres.,)

Quando te miro el cogote
y el nacimiento del pelo,
se me sube, se me sube y se me baja
la sangre por todo el cuerpo.

TODOS. Quando te miro el cogote
y el nacimiento del pelo,
se me sube, se me sube y se me baja
la sangre por todo el cuerpo.

JOSE. ¿Qué te quieres apostar,
que te quieres apostar
a que tengo yo una cosa,
que no tienes ni tendrás?

TODOS. ¿Qué te quieres apostar,
etc., etc.

(Bailan todos,)

HABLADO

FAR. ¿Quién eres, joven hebreo,
que das interpretación
a mis sueños? ¿Dí quien eres?
El hijo de un tal Jacob.

JOSE. ¿En qué te ocupas?

FAR. En nada.

JOSÉ. Muy bonita profesión.

COP. Pero es un sabio.

FAR. Mil gracias.

JOSE. Y premiarle quiero yo.

FAR. Dichos, Putifar, la Reina, Lota, Selha y Seti.

PUT. ¿Dónde está ese vil esclavo?

LOTA. Allí le tienes, señor.

FAR. ¿Qué es esto?

REINA.
PUT.—(A la Reina.)

¡Señor!... Escucha.

Con permiso, Faraón,
¿sabes lo que este mancebo
hacer en mi casa osó?
Lo que osó, todo lo sé.
Mas mi esposa su perdón
le ha dado.

Pues yo, el marido,
le daré castigo atroz.
De marido no presumas...
que el hombre que abandonó
a su esposa en la primera
entrevista del amor,
no tiene nada de hombre.
Se ha enterado.

Se enteró.
Lo sabe.

Preciosa Lota,
quise darle esta lección
para ver si así se enmienda.
Quiéralo Anubis.

Y yo
que soy casto, ¿cómo quedo?
Rechazo la acusación.
Basta. ¡Que le den la capa
que en la refriega perdió!
Y si todos los maridos
cumplieran su obligación,
no pasaran estas cosas.
Muy bien dicho.

Si, señor.
Y ahora mis brazos te esperan,
hijo ilustre de Jacob.
Te nombro virrey de Egipto
¡Virrey! (Postrándose todos.)
¡Gracias, Faraón!
Si por adivino y casto
me otorgan tan alto honor,
cuando en amore señoras,
¿dónde voy a llegar yo?
¡Saludadle (Todos saludan.)

Muchas gracias.
Mi mano a besar te doy.
(Cuando quieras puedes verme.)
Pues la veo, sí, señor.
Te perdono. (Y ya hablaremos.)
Yo... le doy... conversación.

(Pasando al lado de José ceremoniosamente.)
El Buey Apis nos espera.
Vamos al templo del dios,
A consagrar al virrey.
Llegó mi consagración.

DELHÁ,
SETI.
PUT.

PAR. (A Lota.)

LOTA.
JOSÉ.

PAR.

REINA.
LOTA.
PAR.

TODOS,
JOSÉ,

PAR.
JOSE.

REINA. (Pasando al lado de José ceremoniosamente.)

JOSÉ.

LOTA.

JOSÉ.

PAR. (Cogiendo a Putifar.)

PUT.

COP.

JOSÉ.

(Oscuro y

CUADRO QUINTO

EL BUEY APIS

Se borra todo el fondo de la decoración anterior y aparece la entrada al templo del Buey Apis. Sobre una escalinata está colocado el Buey de oro. Rodean la entrada del templo Guerreros, Esclavos, Sacerdotisas. A cada lado del Buey y cogiéndole cada uno de un cuerno Putifar y Faraón. José de rodillas entre Lota y la Reina que le acarician, Gran Sacerdote, Copero, etc. Cuadro artístico a gusto de los directores de escena.

HABLADO DENTRO DE LA MÚSICA

- FAR. Que el cuerno que estoy tocando
te dé honores y abundancia.
- PUT. Que este otro cuerno que toco
muy poderoso te haga.
- SAC. Y de mis manos recibe
la noble insignia sagrada.
(Dándole un báculo dorado.)
¡Gloria al virrey!
- COP.
PUT. ¡Gloria!
¡Gloria!
- TODOS
FAR. El Buey te saluda.
(Saluda con la cabeza el Buey, movido
por Putifar y Faraón.)
- JOSÉ ¡Gracias!
¡Qué honor para mi familia!
¡Cuando se enteren en casa!...
(Bailan las Esclavas, mientras todos cantan.)
- TODOS ¡Gloria, gloria
a nuestro gran virrey!
Honremos al Apis,
honremos al Buey;
¡gloria al Buey!
- (Se ponen todos ante el Buey sagrado. Las
Esclavas caen a los pies de José y termi-
nada la ceremonia va cayendo el telón
lentamente.)



VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.
Economía por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID



Los filtros para agua "ARSO" son los más económicos y los que más rinden. Se sirven en bueltas para todos los sistemas de filtros a precios reducidos. De venta:

En casa "ARSO," - Madrid
ARDENAL CISNEROS. NÚM. 28

PARA AUMENTAR DE PESO

tonificarse nervios y músculos
y adquirir buen apetito, tome el

HIPODERMOL

La Novela CORTA

Después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, para complementar su apostolado de divulgación literaria, va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada una de ellas una sola obra en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

Alfaro.—Espronceda.—Patricio de la Escosura.—Martínez de la Rosa.—Enrique Gil.—Fernández y González.—Ortega y Frias.—Hartzenbusch.—Gertrudis G. Avellaneda.—Pastor Díaz.—Iguales de Izco.—Navarrete.—Pérez Escrich.—Pilar Sinués.

NOVELA HISTÓRICA

F. Patxot.—Cánovas.—Viceto.—Balaguer.—Navarro Villoslada.—Amos de Escalante.—Castelar.

NOVELA NATURALISTA

Bernán Caballero.—Miguel de los Santos Alvarez.—El Solitario.—Mesonero Romanos.—Pereda.—Valera.—Clarín.—Selgas.—Alarcón.—Arturo Reyes.

Además tendremos un homenaje a la memoria de nuestros grandes escritores y poetas.

POETAS

Corrillo.—Trueba.—Bequer.—Carolina Coronado.

ESCRITORES

Canivet.—Silverio Lanza.—Taboada.—Eusebio Blasco.—Alejandro Sawa.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, es- grandes novelas extractadas serán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por la C. de Pardo Bazán, Riquelme Marín, Azorín, M. Bueno y C. de Castro

Los números HOMENAJE, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

FRINE

REVISTA FEMENINA CULTURAL

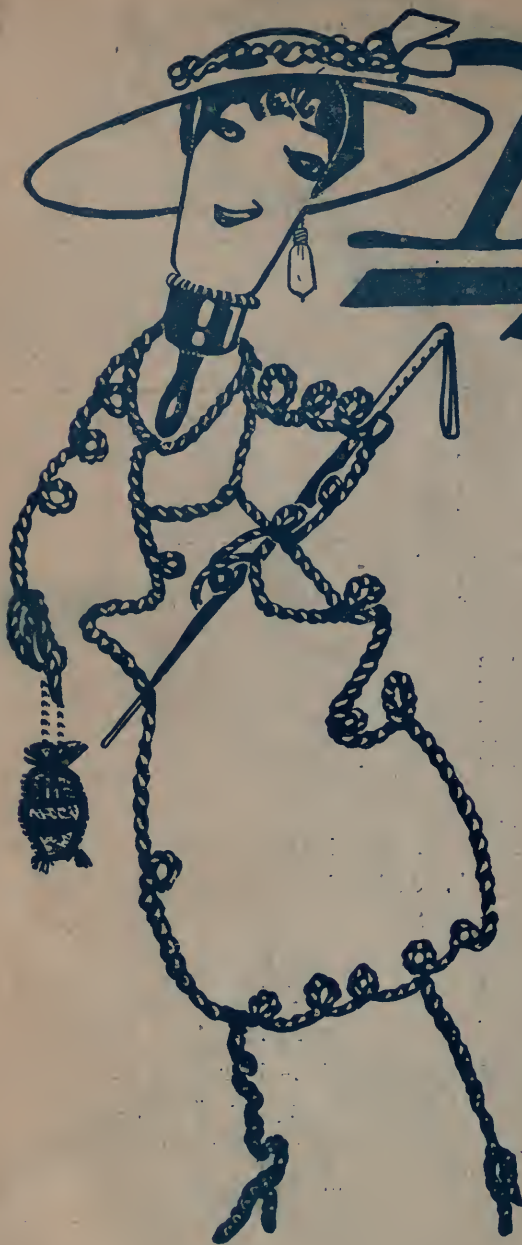
EL PRÓXIMO JUEVES

EDUCACIÓN DE LAS JÓVENES

SUMARIO

Educación para el hogar.—Las escuelas de menaje.—Su importancia. Su historia.—Papel moralizador que están llamadas a ejercer.—La educación de la mujer.—Cultura de la belleza en la infancia.—Cultura del espíritu.—La mujer en las artes, las carreras y los oficios.—Estudio de la mujer moderna y sus facultades.—La condición social de la mujer con relación al amor.—Importancia de la libertad, la igualdad y la justicia para ser felices.

10 cént.



Toda

pretenden igualarla:

UNAS

por su duración.

OTRAS

por su economía.

AQUELLAS

por su luz brillante.

JAMÁS

podrá conseguirlo ninguna.

La lámpara

OSRAM

ha sido, es y será siempre

la reina de las lámparas

de filamento metálico estirado

y e irrompible :: :: ::

Concesionario.

LEON ORNSTEIN, MADRID

LA NOVELA
TEATRAL



CONSUELO HIDALGO

20 cts.

Tovar
1918

escondida senda

Comedia en dos actos

ALVAREZ
QUINTERO

LA NOVELA TEATRAL

Director: José de Urquía

Complemento de la Novela Corta

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar, pero cuya autorización *ya nos ha sido oficialmente otorgada.*

OBRAS PUBLICADAS

- 1 TRATA DE BLANCAS.—Felipe Trigo.
- 2 LA SOBRINA DEL CURA.—C. Arniches.
- 3 **EL MISTICO**.—Santiago Rusiñol.
- 4 LOS SEMIDIOSES.—Ferdinco Oliver.
- 5 LAS CACATÚAS.—Castro y G. Alvarez.
- 6 EL LOBO.—Joaquín Dicenta.
- 7 CHARITO, LA SAMARITANA.—Torres del Alamo y Asenjo
- 8 **EL VENDUGO DE SEVILLA**.—García Alvarez y Muñoz Seca.
- 9 TODOS SOMOS UNOS.—J. Benavente.
- 10 EL REY GALAOR.—F. Villae-pesa.
- 11 LA CASA DE QUIRÓS.—C. Arniches.
- 12 F. CAR XXI.—Muñoz Seca, García Alvarez y Pérez Fernández.
- 13 **EL RÍO DE OKO**.—Paso y Abati.
- 14 SOBREVIVIRSE.—Joaquín Dicenta
- 15 ALMA DE DIOS.—Arniches y García Alvarez.
- 16 **EL CARDENAL**.—L. Rivas y Reparaz.
- 17 EL POBRE VALBUENA.—Arniches y García Alvarez.
- 18 EL HOMBRE QUE ASESINÓ.—Traducción de Antonio Palomero.
- 19 LAS ESTRÉLIZAS.—Carlos Arniches.
- 20 DOLORES.—Carlos Arniches.
- 21 **LA SEÑORITA DE TREVELEZ**.—Carlos Arniches.
- 22 SERAFINA LA RUBIALES.—Torres del Alamo y Asenjo.
- 23 ABEN-HUMEYA.—Francisco Villae-pesa.
- 24 EL SEÑOR FEUDAL.—Joaquín Dicenta.
- 25 **LA ETERNA VÍCTIMA**.—Felipe Trigo.
- 26 JIMMY SAMSON.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
- 27 LÓPEZ DE COBIA.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 28 LA GIOCONDA.—G. d'Annunzio. Traducción de Francisco Villae-pesa.
- 29 **PRIMAVERA EN OTOÑO**.—Martínez Sierra.
- 30 EL CRIMEN DE AYER.—Joaquín Dicenta.
- 31 EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO.—Traducción de Gil Parrado.
- 32 FRANCORTE.—Vital Aza.
- 33 LA FOTOGRAFÍA.—Vital Aza.
- 34 **LA FRESQUERA DE LA FUENTE**.—García Alvarez y Muñoz Seca.
- 35 PRIMEROSE.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
- 36 CIENCIAS EXACTAS.—Vital Aza
- 37 Doña María de Padilla.—F. Villae-pesa.
- 38 **RAFFLES**.—Traducción A. Palomero.
- 39 LA PRAVIANA.—Vital Aza.
- 40 EL GRAN TACANO.—Paso y Abati.
- 41 MIRANDOLINA.—Cristóbal de Castro.
- 42 **GENIO Y FIGURA**.—Arniches, Abati, Paso y García Alvarez.
- 43 LA GENTILZA.—Carlos Arniches.
- 44 LA VIJECITA.—Miguel Echeagaray.
- 45 PARADA Y FONDA.—Vital Aza.
- 46 LA ALEGRIA DE LA HUERTA.—Paso y García Alvarez.
- 47 **PETIT-CAFÉ**.—Tristán Bernard.
- 48 LOS NOVELEROS.—Edmond Rostand.
- 49 **ELECTRA**.—Benito Pérez Galdós.
- 50 TIGUIS MIQUIS.—Vital Aza.
- 51 **EL ÚLTIMO BRAVO**.—G. Alvarez y Muñoz Seca.
- 52 LA MACHA DE CADIZ.—García Alvarez y Lucio.
- 53 **DOÑA PERFECTA**.—Benito Pérez Galdós.
- 54 LA TIZONA.—Godoy y Alacón.
- 55 MIQUETTE Y SU MAMA.—Robert y Callwell.
- 56 **LOS CUATRO ROBINSONES**.—Muñoz Seca y García Alvarez.
- 57 LOS GEMELOS.—Tristán Bernard.
- 58 **LA LOCA DE LA CASA**.—L. Pérez Galdós.
- 59 GIGANTES Y CABEZUDOS.—Miguel Echeagaray.
- 60 **DANIIL**.—Joaquín Dicenta.
- 61 EL CHICO DEL CAFÉ TIN.—Torres del Alamo y Asenjo.
- 62 **REALIDAD**.—Benito Pérez Galdós.
- 63 LA SALA DE ARMAS.—Vital Aza.
- 64 **PASTOR Y BORRACHO**.—García Alvarez y Muñoz Seca.
- 65 LA LEONA DE CASTILLA.—Francisco Villae-pesa.
- 66 **DOÑA CLARINES**.—Alvarez Quintero.
- 67 LA NOCHE DE REYES.—Carlos Arniches
- 68 LOS CADETES DE LA REINA.—Julían Moyrón.
- 69 **AMOR DE ARTISTAS**.—Joaquín Dicenta.
- 70 EL TERRIBLE PEREZ.—Arniches y García Alvarez.
- 71 **EL PATIO**.—Alvarez Quintero.
- 72 LA TEMPRANICA.—Julían Romeo.
- 73 **TRAMPA Y CARTON**.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 74 LA CORTE DE FARAON.—Perrín y Palacios.
- 75 **LA ESCONDIDA SENDA**.—Alvarez Quintero.

OBRAS POR PUBLICAR

La de San Quintín.—Luciano.—El niño prodigio.—El cuarteto Pons.—El Príncipe Castro.—Método Górriz.—Mi papa.—ente munda.—El fresco de Goya.—El pollo Tejada.—El perro ch.—El Halconero.—La Dama Prudencia.—El infante.—Los perros de presa.—La afso.—La merlada.—La bendición de Dios.—El asombro de Damasco.—El tren rápido.—El velón de Lucio.—Ves de la Sierra.—La alegría uel vivir.—El duo de la Africana.

La escondida senda

COMEDIA EN DOS ACTOS ORIGINAL DE LOS SEÑORES

Serafín y Joaquín Alvarez Quintero

PERSONAJES

MARIA LUZ.
DOÑA ANICETA
JULIANA.
OLIMPIA.

VICENTA.
ROSITA.
EMILIO.
DON LAUREANO.

DON MANUEL.
RICARDO.
ACUÑA.
BENJAMIN.
EL CARTERO.

ACTO PRIMERO

Salita de entrada en la casita de campo de don Laureano Peñaflo, situada en Valle Sereno, al Norte de España. Tres puertas de diferentes proporciones las tres: una a cada lado y otra a la derecha del foro. Junto a ésta, y ocupando casi por entero la pared, un gran mirador de cristales. A través de ellos se descubre en parte el jardín de la casita, y a lo lejos se ven las montañas cubiertas de verdura. Pocos muebles, de caña y de mimbre todos ellos. Un perchero. En el mirador, persianas verdes, recogidas. En las paredes, pintadas de un solo color, de tono suave, algunos cuadros de escenas campestres. Es al medio día.

Doña Aniceta y Juliana colocan sobre una mesita un servicio de café para dos personas. Doña Aniceta es la suegra del dueño de la casa. Lleva el manejo de ella, en su opinión de un modo irreprochable. Juliana es la criada de confianza. Se va a casar muy pronto, cosa que no esperaba nunca, y tiene ciertas pretensiones.

D.^a ANIC.—Ayer, agua de castañas, y hoy, tinta china. ¡Cuándo te quedas en el justo medio!

JUL.—Cuando usted me enseñe a hacer café. ¿No ve usted que no lo he hecho nunca?

D.^a ANIC.—Mal se conoce, si lo has hecho. Avisa a don Manuel y al señor.

JUL.—¿En dónde están?

D.^a ANIC.—En el jardín. ¿O es que quieres que yo les avise? No puedo con las remolonas. ¡Ay! ¡Había que verme a mí a tu edad!

JUL.—Pues si yo llego a la de usted, puede ser que no gruñe tanto.

D.^a ANIC.—¿Cómo se entiende?

JUL.—(Asomándose al jardín por la puerta del foro y llamando.) ¡Señor! Ya está el café servido. (Espera a que lleguen y pasen don Laureano y don Manuel.)

D.^a ANIC.—Vamos a zurcir medias y calcetines. Estos nietos míos tienen un pico en cada pie. (Se sienta junto al mirador a hacerlo. Coge un calcetín y asoma un dedo por la punta.) ¿Eh, que tal? ¡Eche usted tarea! Consecuencias del andar por el campo y de las alpargatas. (Salen por la puerta del foro don Laureano y don Manuel.)

D. LAUR.—Pasa, hombre, pasa; déjate de cumplidos.

D. MAN.—Chico, la costumbre. Dispensa.

JUL.—Aquí está el servicio completo. (A don Manuel con mucho agrado.) No le he puesto a usted el azúcar, porque ayer no ví si lo toma dulce o amargo. Lo que si he procurado es que esté cargadito; como le oí decir que le gustaba.

D. MAN.—Muchas gracias, mujer.

D.^a ANIC.—Anda, anda a tu obligación y no charles tanto.

JUL.—¡Jesús! Hasta luego. (Le hace un mohín a la vieja y un gesto de afabilidad a don Manuel, y se va por la puerta de la derecha.)

D.^a ANIC.—Si el hablar fuera pecado, al infierno iba esa.

D. LAUR.—¡Je! (Don Manuel y don Laureano se han sentado a tomar su café. Ambos camaradas pasan ya de los cincuenta años. Don Laureano es un hombre bonachón, calmoso; de aspecto saludable. Don Manuel es un infeliz, nerviosillo e inquieto. El uno viene de camisa floja, sombrero de campo y algaratas; el otro viste con traje de americana corriente y gorra.)

D. MAN.—¡Ay, doña Aniceta! ¡Qué bien viven ustedes! ¡Qué bien se está aquí! ¡Qué hermoso es esto!

D. LAUR.—Ya, ya te irás enterando. Aún no has empezado a tomarle el gusto. Si llegaste ayer por la mañana, ¿qué sabes tú dónde has caído? Ya verás, ya verás. Manuel, esto es la gloria.

D. MAN. *¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido!...*

D. LAUR. *¡Y sigue la escondida
senda por donde han ido!...*

D. MAN. *¡Los muchos sabios!...*

D. LAUR.—Los pocos sabios, hombre.

D. MAN.—¿Son muchos o pocos?

D. LAUR.—Pocos, pocos. Los sabios son pocos.

D.^a ANIC.—Y los tontos muchos.

D. MAN. *¡Los pocos! sabios que en el mundo han sido!*

D. LAUR.—¡Qué contento estoy! Me has dado con venir el alegrón más grande de mi vida.

D.^a ANIC.—Si es verdad; puede usted creerlo. Soñaba este hombre con tenerlo a usted aquí siquiera quince días.

D. LAUR.—Como que no es pasión de propietario, Manuel: no es porque yo haya hecho aquí mi retiro; pero te aseguro que no hay en todo el Norte de España, ni lugar como éste, de Valle Sereno, ni casita como mi casita, con ser tan modesta.

D. MAN.—A decir verdad, de todo cuanto yo conozco, y he viajado mucho por estas provincias, nada he visto más pintoresco.

D.^a ANIC.—Es una bendición de Dios.

D. MAN.—¡Dice usted que soñaba su yerno con que yo viniera!... Yo sí que soñaba con este par de meses aquí, en medio del campo; junto a un amigo de toda la vida, probado mil veces, hasta pidiéndole dinero, que es la piedra toque; lejos de Madrid, aquella Babel, aquella gran charca, capaz de envenenar con su aliento a los hombres más puros.

D. LAUR.—Mucha, mucha verdad.

D.^a ANIC.—Cuéntemelo usted a mí: allí se me enredó mi marido—Dios tenga en su gloria—con una... con una... a quien Dios no tenga en su gloria. no por rencor, ¿eh?, sino porque sé que en seguida vuelve a buscar a mi marido.

D. LAUR.—Mamá suegra, por Dios, ¿celos de ultratumba? Yo no he vis

nada más gracioso. Y a tí ¿qué te pasa, que te has quedado de pronto serio como un poste?

D. MAN.—(Mirando alternativamente al yerno y a la suegra.) ¡Ay! Voy a abrirles a ustedes mi pecho.

D. LAUR.—Me alarmas, tú. ¿Es que tienes algún pesar?

D. MAN.—Uno, que me llega muy hondo.

D. LAUR.—¿Hola? (Bajo, aparte.) ¿Te la ha pegado la Remedios?

D. MAN.—(Lo mismo.) ¡No, hombre! ¿Ni cómo iba yo a contar delante de tu suegra?...

D.^a ANIC.—Le advierto a usted que yo no me asusto de nada.

D. MAN.—¿Se ha enterado usted?

D.^a ANIC.—Sí, señor; tengo un oído muy fino.

D. LAUR.—Sigue, sigue tú.

D. MAN.—Laureano: señora: lo que tanto me preocupa es muy serio. Ustedes conocieron ayer a mi sobrino Emilio.

D.^a ANIC.—Tuvimos ese gusto.

D. MAN.—Si yo me hubiera casado alguna vez, y hubiera tenido un hijo varón, no lo querría tanto como a él lo quiero. Es hijo de una hermana mía muy desgraciada; vive conmigo desde que era así; yo lo he criado; yo le he dado carrera; yo lo he enseñado a trabajar, yo lo he hecho hombre... Mi bufete será para él cuando yo me canse... Es mi debilidad, mi único cariño, en una palabra.

D. LAUR.—Y él adora en tí; ya lo he podido ver.

D. MAN.—Ciertamente; me quiere y me respeta mucho. Pues bien: este muchacho, listo, guapo, de excelentes condiciones morales, con un gran porvenir en la vida, adolece de un defecto gravísimo: el de poner su corazón, que es de lo más sensible que he visto nunca, al alcance de cualquier mujer que lo mire los veces con los ojos tiernos. Hasta ahora, mal que bien, había escapado con la fortuna de las muchas aventuras galantes en que se ha metido; pero ¡ay! al fin al postre, como les ocurre a todos estos mariposones volanderos, le han echado la zancadilla, y ha venido a caer en lo más malo: en mitad del barro de la calle.

D. LAUR.—¿Pues?

D. MAN.—¡Se me ha enamorado neciamente de una mujerzuela!

D. LAUR.—(Bajo como antes.) ¿De tu amiga?

D. MAN.—(Lo mismo.) ¡No seas majadero!

D.^a ANIC.—¡Qué cosas preguntas, Laureano!

D. MAN.—¿También ha oído usted eso, señora?

D.^a ANIC.—Yo lo oigo todo: tengo esa desgracia.

D. LAUR.—Sigue.

D. MAN.—Esa mujerzuela juega con él, con su corazón y con su bolsillo. Y que es más grave todavía; con su dignidad. Le saca cuanto dinero quiere, trastorna, no le deja vivir... ¡y lo engaña! Me consta que lo engaña.

D. LAUR.—¡Ave María Purísima!

D.^a ANIC.—¡Las hay... las hay!... Yo no sé en qué piensa el Gobierno.

D. MAN.—Lo peor de todo es que él lo sabe, y le falta voluntad para romper con ella. Horrible, horrible. Yo he visto a mi sobrino llorar y decirme que puede olvidarla. Un espanto. Por eso, querido Laureano, cuando una vez me ofreciste ahora tu casita del Valle para pasar en ella unos días, con la cordialidad que indudablemente ejerzo sobre él, le dije: «Prepara tus cosas que vamos al campo.» «¿Al campo? ¿Mucho tiempo?» «¡El que a mí me se anto-» Y obedeció como un doctrino. ¡Quiera Dios que esta vida tranquila, esta

paz bienhechora, estos aires puros, lo alivien, lo curen, y me lo devuelvan tal cual era!

D. LAUR.—¡Oh! Ten la seguridad absoluta. No hay medicina como la naturaleza para todos los males. Ella cura el cuerpo... y el alma. Mira: cuando se murió mi mujer—es otra cosa, vamos; pero al tin de un dolor se trata.—yo no hallé consuelo y reposo más que aquí. Mi pedacito de jardín, mi trozo de huerta, estos aires; estos panoramas... Nada, chico; aquí sólo me sentía bien.

D.^a ANIC.—Verdaderamente.

D. LAUR.—Tú lo has de ver; Emilio será otro hombre dentro de ocho días.

D. MAN.—¡Ay, Laureano! ¡Dios te oiga! Me anima la esperanza, ¿sabes? porque si hay algún enamorado del campo, ese soy yo. Ni a ti te cedo el primer puesto.

D. LAUR.—¡Je!

D. MAN.—Y eso que tú bien predicas con el ejemplo el culto que le tienes. ¡Lo menos pasas aquí la mitad del año!

D. LAUR.—En invierno, voy y vengo a Madrid; pero desde Mayo hasta Octubre, aquí vivo. Mis hijos, Olimpia y Ricardo se desesperan. Por eso, así que entra más el verano, los mando a San Sebastián con su tío Gregorio, para que allí se bañen a la moda y se distraigan.

D.^a ANIC.—Es natural: son jóvenes: les gusta llevar otra vida... Pongámonos en su pellejo.

(En la puerta del foro aparece la gentil figura de Vicenta, linda vendedora de pescado. Trae una banasta a la cabeza, y viste pobremente. La falda le llega al tobillo, y usa media negra y alpargata blanca. Habla el castellano con graciosa dificultad. Las eses en su boca cortan como navajas barberas.)

Vic.—¿Hay permiso?

D.^a ANIC.—¿Quién? Ah, Vicenta. Pasa.

Vic.—Buenas tardes.

D. LAUR.—Buenas tardes.

D. MAN.—(Principiando a ver los encantos de Valle Sereno.) Buenas tardes.

Vic.—Llamé por la cosina; no respondieron. Dispensen:

D.^a ANIC.—Siempre estará aquella marmota escribiéndole al novio. (Se levanta.) Ven por aquí.

Vic.—Con permiso.

D.^a ANIC.—¿Qué pescado traes a estas horas?

Vic.—Corrocones traigo, señorita. Y agujas también traigo,

D.^a ANIC.—¿Y sardinas, no?

Vic.—Sardinas no pescaron, señorita. Mañana pescarán.

D.^a ANIC.—(A don Manuel.) ¿Le gustan a usted los corrocones?

D. MAN.—(Atribuyendo a los corrocones el mismo sabor que a la pescadora.) No es lo que son corrocones; pero apuesto cualquier cosa a que me van a gustar... los corrocones.

D.^a ANIC.—Es pescado bastante sabroso.

D. MAN.—¡Cuando le digo a usted!...

D.^a ANIC.—Ven conmigo, Vicenta.

Vic.—Sí, señorita. Con permiso. (Doña Aniceta se va por la puerta de la derecha y Vicenta la sigue contoneando el cuerpo.)

D. MAN.—(Cogiéndose el labio inferior.) ¿De manera que tú te pasas aquí seis meses del año?

D. LAUR.—¿Lo dices por la pescadorcita, eh? ¡Tunante! (Por la puerta de la izquierda sale Ricardo como disparado del interior.)

D. MAN.—¡Hola, pollo!

Ric.—¿No estaba aquí Vicenta?

D. LAUR.—¿Qué te parece?

D. MAN.—Estaba, estaba, pero ya voló a la cocina, señor don Ricardito.

D. LAUR.—Como que este no sale de su cuarto en todo el día leyendo libros y novelas; pero apenas oye una voz de mujer ya lo tienes aquí.

D. MAN.—Hombre, eso no debes censurárselo.

Ric.—Don Manuel, hágame usted cargo de las cosas. Hace ya un mes que estamos en Valle Sereno; y el campo es muy hermoso... ¡muy hermoso!... todo lo que quiera papá, pero se aburre uno como una almeja en estas soledades. ¿Usted cree que es posible vivir bien tres y cuatro días sin hablar con una muchacha?

D. MAN.—Es bastante desagradable por lo menos.

Ric.—¡Para mí es la muerte! Mire usted: yo, en Madrid, compro los pitillos en un estanco donde hay una estanquera muy guapa—ya metidita en carnes, pero muy guapa—; la cerveza, la copa de coñac, el café, todo eso, lo tomo en una cervecería servida por camareras, y naturalmente me siento en el rincón de la más bonita; me viste un sastre que prueba la ropa junto al taller donde están las oficialas—¡ay, qué oficialas tiene!—me calza un zapatero con una hija...—¡hay qué hija tiene mi zapatero!—voy al teatro a ver las caras bonitas del escenario y de la sala... En fin, don Manuel, estoy perdido entre hombre solos. ¿Le sorprende a usted ahora que cuando sienta aquí una voz femenina salga de mi cuarto como una flecha?

D. MAN.—No, señor, no; y hace usted al pelo... Y haces al pelo.—Yo voy a hablarle a este de tu.

D. LAUR.—¡Claro, hombre!

Ric.—¡Pues no faltaba más!

D. LAUR.—Cualquiera que lo oiga, pensará que estamos en un desierto. Se queja de vicio. En la casita de las malvalocas, que tanto te ha gustado, vive una muchacha como unas perlas.

Ric.—Ah, sí; María Luz Sevilla. Pero no hay manera de hallarla nunca a tiro. Anda siempre del valle al monte; del monte al llano... No se cansa de andar; se mete por los atajos más peligrosos; trepa por las pendientes más difíciles; salta arroyos cubiertos por la maleza... ¡qué se yo! Imposible seguirla, don Manuel. Además, ¿para qué seguirla? En Madrid tiene un novio con las barbas hasta la cintura.

D. MAN.—¡Ja, ja, ja! Ya pareció el defecto grande!

Ric.—Y descartada esa, pare usted de contar. Aquí no viene alma viviente o menos hasta entrado julio...

D. MAN.—Pues ya poco te queda, hombre. Total, un mes escaso. Ten calma. Estás en el mejor terreno. Mientras te gusten las mujeres así por docenas, en la gloria. El día que te guste una sola, agárrate.

Ric.—¿Cómo que me agarre? ¿A dónde?

D. MAN.—A la barquilla de un globo que no sea cautivo. A ver si caes en la mar que te tiene más cuenta.

D. LAUR.—¡Je! Aquí vuelve la de los corrocones. (En efecto; sale Vicenta por donde se marchó. El calor de la cocina la ha puesto más guapa.)

Vic.—Hasta mañana, pues.

Ric.—¡Adiós, Vicenta!

Vic.—Hasta mañana, pues, señorito.

Ric.—Oye.

Vic.—Mande usted, señorito.

Ric.—¿Dónde vas tan de prisa?

Vic.—De prisa no voy, no. Voy a repartir.

Ric.—¿Qué nos has traído: chipirones?

Vic.—No, señorito; chipirones no.

Ric.—¡Pero, mujer, sabiendo que yo sueño con ellos!

Vic.—No han pescado, señorito. Ya pescarán. Si no hoy, mañana; este mes, el otro... Ya pescarán, ya.

Ric.—Me da el corazón que hasta que yo no flete un barquito y me vaya mar adentro a pescar en tu compañía, no vamos a comer chipirones.

Vic.—Se marearía, pues, el señorito.

Ric.—¡No aseguro yo que no me marease, pues!

Vic.—Bromear ya bromea, ya.

Ric.—No es broma, no; en serio te lo digo.

Vic.—Sí, en serio. sí. Hasta mañana, pues.

Ric.—Adiós, lucero.

D. MAN.—Adiós, pimpollo.

Ric.—(A don Manuel.) ¡Una tontería! Deme usted a mí a elegir entre esa chiquilla y la higuera que le encanta a papá, y ya verá usted qué pronto me voy con la chiquilla y dejo a mi papá en la higuera. ¡Hasta luego!

D. MAN.—¡Ja, ja, ja! (Vase Ricardo por la puerta de la izquierda.)

D. LAUR.—(A su amigo, picarescamente.) Los pocos años; el afán de separar las cosas. No sabe él que lo mejor es la chiquilla... y la higuera.

D. MAN.—Ya lo aprenderá.

D. LAUR.—(Concibiendo de repente un plan de recreo.) ¡Qué! ¿Nos vamos a ver los conejitos? Los tengo aquí muy cerca; apenas pasaremos sol.

D. MAN.—¡Aunque tuviéramos que atravesar el Sahara!

D. LAUR.—Dices bien; ¡sí aquí no hay que hacer otra cosa! Ver cómo pintan los tomates; ver cómo maduran las peras; ver cómo corren los conejos; ver cómo vuelan los palomos...

D. MAN.—¡Pues a ello, a ello!

D. LAUR.—Aguarda. Voy a buscarte el sombrero que te ofrecí. (Entrase por la puerta de la izquierda.)

D. MAN.—¡Ay, qué delicia de vida! Creo que lo vamos a pasar a pedir de boca. (Mirando hacia el jardín.) ¡Oiga! Allí viene mi señor sobrino, en guisa de hombre pensativo, además. Todo sea por Dios. Tiempo al tiempo. (Sale Juliana por la puerta de la derecha a recoger el servicio de café.)

JUL.—¿Estaba bueno el café, señor?

D. MAN.—¡Estaba inmejorable!

JUL.—¿Es ese el punto que le agrada? Ya lo sé para todos los días. ¿Y el pescado, cómo lo prefiere? Porque lo puedo guisar con tomate, lo puedo cocer para aliñarlo, lo puedo freír... Como más le guste al señor.

D. MAN.—A tu iniciativa lo dejo. Yo tengo buen diente.

JUL.—Gracias por el favor. Ya procuraré que me sople la musa. Servidora de usted. (Se va por donde vino, sonriéndole.)

D. MAN.—¡Qué amable es esta fámula! Da gusto. (Llega Emilio por la puerta del foro con cara de pocos amigos. Viste de americana y sombrero flexible.) Hola. ¿Dónde vienes?

EMI.—(Sentándose con abatimiento.) ¡Qué sé yo! De vagar por ahí, aburrido. ¿Es muy hermoso todo esto, verdad?

D. MAN.—¡Pero muy hermoso! No te burles.

EMI.—Lo que hace es un calor que mareo.

D. MAN.—¿Que hace calor, dices?

EMI.—Sudo como un pato. Usted dirá si estamos bajo cero.

D. MAN.—¡Válgate Dios, hombre, válgate Dios! (Pausa.)

EMI.—Tío Manuel.

D. MAN.—¿Qué hay con tío Manuel? Lo primero que quiere el tío Manuel es no verte mustio.

EMI.—Pues vámonos esta misma tarde.

D. MAN.—¡Jesús, qué desatino!

EMI.—Desatino ¿por qué? Desatino es haber venido, y usted perdone.

D. MAN.—¡Qué equivocado estás, Emilio!

EMI.—Sí, sí; a un hombre que lo que necesita es distraerse, olvidar, lo mete usted en un campo solo, para que por fuerza haya de pensar en su desventura.

D. MAN.—Te diré, te diré... Aquí también hay distracciones... Lo que tiene que hemos llegado ayer. Aún no hemos tomado la tierra. Eres impaciente, impresionable. Te imaginas a lo mejor que toda la vida está en un día, en una hora. Calma, hombre, calma.

EMI.—Mucha voy a necesitar si se obstina usted en que nos quedemos.

D. MAN.—¡Ni que te hubiera encerrado en una cárcel.

EMI.—Para mí tanto monta. Yo no sé apreciar, no siento como usted lo que se llama la poesía de estos campos. No me interesan: no me atraen. Lo mismo se me dan llanos que montañas, manzanos que ciruelos, que salga el sol o que se ponga. Además, su amigo de usted, el amo de la casa, es pesadísimo.

D. MAN.—¿Quieres callar?

EMI.—Bajaré la voz; pesadísimo. Cree que sus conejos son un prodigio de a naturaleza y que su higuera es un monumento nacional. ¡Pesadísimo!—no quite una sílaba.

D. MAN.—Te repito que calles.

EMI.—¿Y la niña? ¡Ay, qué niña de mis pecados! No me deja ni a sol ni a sombra, contándome siempre majaderías y chiquilladas de colegio!

D. MAN.—Bah, bah, estás empecatado. Te saqué del cieno en que te revolvas, y la misma contrariedad que experimentas te lleva a desbarrar así. Pero, yelo bien: seguiremos aquí Junio y Julio y si nos vamos a otra parte, no será ciertamente a Madrid. A menos que por perder todas tus buenas cualidades, ayas perdido ya también la obediencia y el cariño a tu tío.

EMI.—Eso, ya he probado que no, con solo estar aquí como estoy, Pero no sea usted conmigo demasiado cruel; no apriete usted mucho los tornillos... que no me haga una locura, aunque luego me pese. Bien sabe usted el dolor porque estoy pasando. Hay en mi alma desencanto y vergüenza... pero hay pasión por encima de todo.

D. MAN.—¡Pasión!...

EMI.—Pasión, sí. ¿Cómo se ha de llamar a esto, que despierto y dormido no me deja un pensamiento libre? ¡Ay, tío! No emprendo por estos campos un camino, que no se me antoje que pueda ser vereda que me lleve a su lado.

D. MAN.—¿Para ver cómo te engaña otra vez?

EMI.—Para estar allí. Para verla.

D. MAN.—Bien, Emilio, bien. Por este camino sí que no hemos de seguir tú y yo. Si necesitas hablar con alguien de esa mujer, habla con los árboles y con las fuentes; conmigo, no. Y doblemos la hoja.

EMI.—Sea como usted quiera. No hablemos más. (Vuelve don Laureano con un sembrero de campo para su amigo.)

D. LAUR.—Oye, Manuel; ¿tú no has visto nunca un conejo enamorando a una coneja?

D. MAN.—Nunca.

D. LAUR.—Pues te vas a reir. Toma este pavelo. ¿Qué hay, Emilio? ¿Qué dices?—porque yo voy también a apearle el tratamiento a este

D. MAN.—Es natural.

D. LAUR.—¿Qué hay?

EMI.—Nada; he dado por ahí una vuelta.

D. MAN.—¿No me está esto un poquillo grande, tú?

D. LAUR.—¡No, hombre! ¿Vas a presumir en el campo?

D. MAN.—Eso sí.

(Suena la bocina de una bicicleta, que se acerca a la casa a más andar.)

D. LAUR.—¡Adiós! ¡Ahí viene Acuña!

D. MAN.—¿Quién?

D. LAUR.—Acuña, aquel pelmazo que pasó ayer aquí la tarde.

D. MAN.—¡Ah, ya. ¿Qué casta de pájaro es?

D. LAUR.—Ni él mismo te sabría contestar. Es un ser anónimo. Yo lo que sé es que tiene casa en el pueblo y se ha creído que vive en la mía. Por más que en todas las del contorno se quejan de lo mismo.

D. MAN.—¡Ja, ja, ja! A mí esos tipos me divierten mucho.

D. LAUR.—Y a mí también. Pero vámonos por el corralillo.

D. MAN.—Vamos por donde digas.

D. LAUR.—Emilio, ¿no nos acompañas?

EMI.—¿A ver enamorarse los conejos? No, señor. Estoy algo cansado.

D. LAUR.—Como usted... como tú quieras. Esa es otra de las ventajas de esta vida. ¡Libertad individual! Anda, Manolo.

D. MAN.—Vamos. (Entran los dos por la puerta de la derecha.)

EMI.—(Resignándose.) Pues, señor, con menos motivo hay algunos santos en el cielo. (Coge un libro de sobre la mesita y lee en él distraído.) «Alimentación económica del conejo. Cuidados que deben prodigarse a la coneja durante su embarazo...» ¡Vamos, hombre! (Tira el libro, coge otro y lee en la cubierta.) «Para el campo. Versos escogidos.» (Fijándose en una de las páginas, al azar.)

*Cerca del Tajo, en soledad amena,
de verdes sauces hay una espesura,
toda de hiedra revestida y llena...*

(Sale por la puerta del foro el Cartero. Es un muchacho del país vestido pobremente. Usa boina. Sujeta al hombro por una correa trae una cartera muy vieja y abultada y algunas postales v cartas en la mano. Habla por el estilo de Vicenta.)

CART.—Buenas tardes.

EMI.—Buenas tardes.

CART.—El correo, señorito.

EMI.—(Levantándose con interés.) ¡Hombre, el correo!

CART.—(Separando cartas y tarjetas, que deja sobre la mesita.) Una, dos, tres, cuatro... ¿Don Manuel Mendosa es aquí también?

EMI.—Aquí es.

CART.—Son seis, entonses.

EMI.—¿No trae nada para don Emilio Medina?

CART.—Nada, señorito. Son seis. Hasta mañana.

EMI.—Oiga.

CART.—Mande, señorito.

EMI.—Don Emilio Medina soy yo. Carta o tarjeta que llegue a nombre mío, no se la dé usted a nadie más que a mí. ¿El reparto es a estas horas todos los días?

CART.—Sí, señorito.

EMI.—Pues yo andaré al cuidado.

CART.—Bien, señorito.

EMI.—Vaya usted con Dios.

CART.—Hasta mañana, señorito. (Márchase por donde salió, no sin saludar a Acuña, que llega.) Páselo bien, señor Acuña.

ACU.—¡Adiós, *Chirimiri!* ¡Que me debes una botella de sidra!

EMI.—(Este aquí por si faltaba algo. Pues no tengo humor de palique.) (Vuelve a sentarse y a leer. Acuña viene en traje de ciclista un poco adán. Se cuela de rondón y deja la bicicleta a un lado.)

ACU.—¡Hola, hola! ¿Nos aburrimos?

EMI.—¿Quién? ¡Ah! Buenas tardes, señor Acuña.

ACU.—¿Cómo señor Acuña? ¡No me mate usted, hombre! ¿Va usted a andar en el campo con señor Acuña? ¡Acuña a secas, y está bien! ¿Qué leemos?

EMI.—Cualquier cosa, por distraerme.

ACU.—No tiene usted la culpa, sino quien se trae libros a pleno campo. Suelte usted ese libro, hombre de Dios. Los libros están buenos allá en las bibliotecas. Al campo se viene a otra cosa: a pisar verde, a respirar verde... y a comer verde, si me apura usted mucho. ¡Ja, ja, ja! ¿Y Ricardillo? (Emilio sigue leyendo sin hacerle caso.) ¿Y Ricardillo? ¡Caramba, qué interesante es eso! (Convencido de que Emilio no lo atiende poco ni mucho, se fija en la correspondencia.) ¡Hombre, postalitas! A mí me gusta esta moda de las postales, porque sin faltar a la educación, se entera uno de lo que no le importa. Que es una ventaja. (Leyendo en una postal que ha cogido.) «María.» ¿María, María?... ¿Quién será esta María? «Amiga Olimpia»... Es una amiga de Olimpia. «Eres una ingrata.» ¡Jel! Las mujeres siempre quejándose. «Probablemente veranearemos en Robledales, como el año pasado.» ¡Ah! Ya sé quién es. «Te prometo pasar contigo muchas horas, sobre todo si os deja este año en paz el cataplasma de Acuña.»

EMI.—¡Es una ventaja de las postales!

ACU.—¡Sí, señor! ¿Usted cree que yo me pico por esto? En Madrid, tal vez; pero aquí en el campo todo se tolera bienamente. Sin contar con que medio mundo ha dado en llamarme cataplasma.

EMI.—¿En el campo?

ACU.—¡Y en Madrid! Voy a ver si está Ricardillo.

EMI.—¿Para que se lo llame a usted también?

ACU.—¡Es posible, es posible!... ¡Así quiero que me trate usted en el campo! (Vase por la puerta de la izquierda dando voces.) ¡Ricardo! ¡Ricardillo!

EMI.—¡Delicioso retiro es este a que me ha traído mi señor tío! Hay cariños que matan. (Mirando hacia la puerta de la derecha y levantándose.) ¡Bueno va! La niña de la casa ahora. (Sale Olimpia, en efecto. Es una muchacha muy mona, como de quince años, que no le puede molestar a nadie más que a Emilio, por el humor que tiene.)

OLIM.—¿Otra vez solo? ¡Pero que siempre ha de estar usted solo!

EMI.—Psche.

OLIM.—Pues usted hablaba con alguien.

EMI.—Con Acuña.

OLIM.—Ahí tiene usted: más vale estar solo... (Reparando en las cartas.) ¿Ha venido el correo?

EMI.—Hace poco llegó.

OLIM.—¿Ha recibido usted alguna noticia interesante?

EMI.—Ninguna. Nadie se ha acordado de mí.

OLIM.—No es tiempo todavía. En cambio, mire usted yo: cuatro postales engo. De mis amigas de Madrid. Me escribo con todas. ¿Qué va a hacer una

en esta soledad si no les escribe a las amigas? Aburrirse. Para su tío de usted hay dos cartas.

EMI.—Ya lo sé, ya.

OLIM.—Han venido siguiéndole los pasos. ¿Y para usted ninguna?

EMI.—Ya le he dicho a usted que ninguna.

OLIM.—(Mirándolo maliciosamente.) Je. Con permiso.

EMI.—Usted lo tiene.

OLIM.—(Leyendo y comentando las postales.) ¡Hombre, me alegro! Mariquita Pérez se ha arreglado por fin con su primo. No hacen buena pareja.

EMI.—¿Y por eso se alegra usted?

OLIM.—No, señor; me alegro porque ella está enamoradísima. Pero usted calcule: Mariquita no levanta una vara del suelo y él es tan largo que tiene que dormir en tres dobles... ¿Por qué será que a los altos les gustan las chicas, y a los chicos las altas, y a las gordas los flacos, y a los flacos las gordas? ¿Por qué será?

EMI.—La verdad es que no he pensado sobre el asunto.

OLIM.—¡Demonio! Esto sí que lo esperaba yo. Emilia Ruiz...

EMI.—¿Se ha arreglado con otro pollito?

OLIM.—Al revés, se ha desarreglado con el que tenía. Estaba visto, ¿eh? No congeniaban. Ella es muy flemática y él muy nervioso... ¡Imagine usted! ¿Por qué les gustarán a los nerviosos las flemáticas y a las calmosas los fuquillas?

EMI.—Tampoco he meditado sobre el particular. ¿Y usted, no se arregla con nadie?

OLIM.—Precisamente esta otra postal es de Juanito Alfaro, un chico que bebe los vientos por mí. Y un gran partido. Mi abuela dice que es para aceptarlo con los ojos cerrados.

EMI.—¿Y dice bien la abuela?

OLIM.—Sí, señor, porque con los ojos abiertos no hay quien cargue con él.

EMI.—¿Es feo quizás?

OLIM.—Horrible. El labio inferior es una almohadilla de viaje. Pero si no es ese será otro. En buena hora lo diga, tengo mucho partido. Y sin amores no se puede vivir. ¿Verdad?

EMI.—Verdad. (Preséntase María Luz en la puerta del foro. Viste traje sencillo, sombrero de campo y alpargatas. Trae una sombrilla. Sus ademanes son resueltos y vivos; su charla ardiente y espontánea; su cuerpo gracioso y gentil; su cara, puesta en e compromiso de no echar a perder todo esto, lo salva a maravilla.)

M. LUZ.—Aquí estoy yo

OLIM.—(Levantándose a recibirla.) ¡María Luz! ¿Tú sola?

M. LUZ.—Yo sola. Por tí vengo. (Fijándose en Emilio.) Digo, si es posible.

Buenas tardes.

EMI.—Buenas tardes.

OLIM.—Los presentaré a ustedes.

M. LUZ.—No hace falta: este señor y yo nos conocemos.

EMI.—¿Que nos conocemos? Pudiera ser; pero yo creo que hasta ahora no he tenido el gusto...

M. LUZ.—Es usted muy desmemoriado, y usted dispense la franqueza. ¿No recuerda usted... en la boda de María Galán...?

EMI.—(Sin caer.) ¡Ah!... sí... sí...

M. LUZ.—Pone usted una cara diciendo que sí, que se ve a la legua que no. En el momento en que nos presentaron estaba yo con Charito Miranda, y llegó usted y me ofreció un sorbete.

EMI.—¡Ahora sí que recuerdo!... Es cierto, es cierto... Perdóneme usted: había olvidado...

M. Luz.—Yo no, como usted ve.

EMI.—(Un tanto engreído.) ¿Usted no?

M. Luz.—No, señor; porque me hizo daño el sorbete. (Se ríen los tres. Ricardo, al sentir la voz de María Luz, vuelve a salir lo mismo que antes.)

RIC.—¡Vecina de mi alma!

M. Luz.—(Remedándolo.) ¡Vecino de mi corazón! ¡Vengan esos cinco!

RIC.—¡Como si quiere usted los diez!

M. Luz.—Con cinco bien apretados, basta y sobra.

RIC.—¿Qué es eso? ¿Viene usted señalada?

M. Luz.—¿Señalada?

RIC.—¿Quién le ha arañado a usted en esa nariz indescriptible?

M. Luz.—¡Qué guasón! Una zarzamora. Pero no le guardo rencor ninguno.

OLIM.—Bueno, ¿y a qué debemos el honor de que hayas venido? ¿Mando reparar?

M. Luz.—No, no mandes. He venido porque tengo muchas ganas de andar un rato y no encuentro con quien. Rosita, mi donceila, que es mi compañera de expediciones, como sabes, ha bajado al pueblo por azúcar. Para mí a ver al novio. Bueno; por azúcar. Con mi tía no es posible contar ni para ir a los maizales de frente a casa. Mi tío está durmiendo la siesta desde las dos, y es hombre que lleva a los tribunales al que lo despierte, Total: que como no me acompañen ustedes, me quedo sin paseo.

RIC.—¡En seguida vamos a consentir semejante infamia!

M. Luz.—¡Infamia! Muy bien dicho. No esperaba yo menos de usted. Ande por su sombrero. Y tú, por de contado, Olimpia; con Ricardo solo no voy.

OLIM.—¿Y usted, Emilio, no quiere ser de la partida?

M. Luz.—Sí querrá, ¿por qué no?

EMI.—Con franqueza... hoy prefiero quedarme.

OLIM.—¿Prefiere quedarse?

EMI.—Agradezco mucho la invitación pero estoy cansadísimo. Le ruego a usted que no tome a desaire que no vaya.

M. Luz.—Cállese usted, criatura. ¿Quién habla de desaires aquí? Aquí se vive a la pata la llana, como dice Acuña que mete la suya en todas partes.

RIC.—¡A propósito de cañonazos!

M. Luz.—¿Qué ocurre?

RIC.—¡Que está en mi habitación!

M. Luz.—¿Quién?

RIC.—¡Acuña; ese de la pata la llana!

M. Luz.—¡Animas benditas! ¡Que no se nos pegue, por Dios vivo!

RIC.—Eso es lo que me temo. Pero ya procuraré sacudirme la mosca. Vámonos a escape.

M. Luz.—Olimpia, date prisa.

OLIM.—Ya estoy aquí. (Ricardo se va por la puerta de la izquierda y Olimpia por la de la derecha.)

EMI.—Por lo visto el tal señor Acuña, es temible.

M. Luz.—¡Temible! ¿No le conoce usted?

EMI.—Sí, señora.

M. Luz.—Entonces, ¿como lo pregunta?

EMI.—¡Ja, ja, ja! (Pausa. María Luz espera inútilmente a que Emilio hable, y al cabo rompe ella.)

M. Luz.—¿Usted llegó ayer, es verdad?

EMI.—Ayer por la mañana?

M. LUZ.—¿Había usted venido alguna vez a Valle Sereno.

EMI.—Nunca.

LUZ.—¿Y le agrada a usted?

EMI.—Todavía...

LUZ.—¿Cómo todavía? ¿Pues hay más que llegar, y desde el pueblo aquí venir todo el camino con la boca abierta? ¿O es que venía usted dormido en el coche?

EMI.—No tal: que venía bien despierto.

M. LUZ.—Pues entonces no me lo explico.

EMI.—¿Es usted muy entusiasta de estos campos?

M. LUZ.—Mucho; muchísimo. Con decirle a usted que paso aquí gran parte del año, y tengo en Madrid a mis padres y a mis hermanas, y a mis amigas... y a mí novio.

EMI.—Sí que es entusiasmo y afición.

M. LUZ.—Como que a mí se me figura que ya soy... no sé como decirlo... una cosa más de Valle Sereno. Algunas veces creo que voy a echar raíces en la tierra y que voy a acabar por dar flores... o por dar fruto.

EMI.—Sería cosa de ver.

M. LUZ.—¿Ha visitado usted la Ermita?

EMI.—No.

M. LUZ.—A la Ermita pienso llevar a esos. He descubierto un atajo para subir allá que es sorprendente.

EMI.—¿Sí?

M. LUZ.—Se va en diez minutos y por la carretera hay cerca de una hora de camino. Pero no es lo bueno lo que se acorta, sino lo pintoresco y accidentado de cada palmo de terreno. Hay que saltar dos o tres regatos; hay que trepar por unos escalones muy pinos llenos de zarzamora; hay que pasar por una gruta oscura como boca de lobo, que despide un olor penetrante, extraño, no se sabe a qué, pero a algo muy rico; y se llega a un sitio poco después, en que para abrirse camino es menester ir separando las madre selvas con las manos.

EMI.—Bonito será. Ya lo veré algún día.

M. LUZ.—¿Y la cañada grande, no la ha visto aún?

EMI.—Aun no.

M. LUZ.—¿Y al pueblo, no ha bajado?

EMI.—Tampoco.

M. LUZ.—¿De manera que no ha visto el mar?

EMI.—No, señora. Si llegué ayer...

M. LUZ.—¿Ni siquiera ha ido usted a lo que llamamos la Floresta, a dos pasos de aquí, salvando el arroyo?

EMI.—No sé, no sé... Puede que haya ido, pero no sé.

M. LUZ.—No ha ido usted de seguro. Es inconfundible. Solo el olor de las magnolias le mantendría el recuerdo. Tantas hay, que puede usted coger hasta que se le canse el brazo. Yo, cuando voy allá, siempre vuelvo a mi casa con una carga de ellas.

EMI.—Pues, efectivamente, por las señas no he ido. Como llegué ayer...

M. LUZ.—¡Caramba! es que parece que no ha llegado usted todavía. No se ha movido usted de casa, o ha salido de ella con los ojos cerrados.

EMI.—Ni una cosa ni otra. He salido poco... y ese poco de mala gana. Y ya que es usted tan ingénua conmigo, le confesaré, aun a trueque que me consi-

dere un alma de cántaro, que nunca ha sido espectáculo de mi predilección este de la madre naturaleza. No entiendo, no percibo, no llega a mí ese lenguaje sin palabras de las altas cumbres, de los valles hondos, de los bosques espesos, y de las fuentes cristalinas. Reconozco toda la vulgaridad de mi alma, pero ni lo entiendo ni me interesa. No me da más que sueño.

M. LUZ.—¡Vaya por Dios! ¡Qué desgracia más grande!

EMI.—¿Tanto como desgracia? ¿por qué?

M. LUZ.—Porque si está usted mucho tiempo en Valle Sereno, va usted a acabar por ahorcarse de un castaño de Indias.

EMI.—No me dará tan fuerte. Aparte de que ya he comenzado a ver en Valle Sereno verdaderos y positivos encantos.

M. LUZ.—(A Olimpia, que sale por donde se fué, con sombrilla y sombrero de campo.) Olimpia, este señor me está hablando de tí.

OLIM.—¿De mí? ¿Bien o mal?

EMI.—Siempre bien; pero ahora hablábamos de otra cosa.

RIC.—(Saliendo aprisa, ya dispuesto a marchar.) Le he dado una botella de cerveza y se la va a beber entera. Vámonos, antes que la acabe y nos coja.

M. LUZ.—Vámonos, sí. (A Emilio.) ¿No se anima usted?

EMI.—No. Mil gracias. Otro día prometo acompañarlos.

M. LUZ.—Usted se lo pierde.

EMI.—Es verdad.

M. LUZ.—Pues en marcha.

OLIM.—En marcha.

RIC.—Hasta luego.

EMI.—Hasta luego.

OLIM.—(Ya en la puerta del foro, señalando hacia la derecha.) ¿Por aquí?

M. LUZ.—(Señalando hacia la izquierda.) No; por aquí. Echaremos por la vereda de los chopos. (A Emilio antes de irse.) Oiga usted, Emilio: una precaución.

EMI.—Usted dirá.

M. LUZ.—Si Acuña le pregunta a usted si sabe de nosotros, contéstele que hemos ido al Castillo Viejo.

EMI.—¿Al Castillo Viejo?

M. LUZ.—Sí, señor; está a cuatro leguas de la Ermita, que es a donde vamos. (Sueltan todos la risa, y se van Ricardo y las muchachas, animadamente.)

EMI.—(Suspirando y sentándose muy abatido.) ¡Ay!... (Sale Juliana por la puerta de la derecha, de mantón. Al ver a Emilio se detiene.)

JUL.—A propósito, señorito; me alegro de encontrarlo a usted. Voy al pueblo, ¿tiene usted algo que encargarme?

EMI.—No, nada; muchas gracias.

JUL.—Méndeme con libertad, señorito. Tabaco, sellos, lacre, cerillas... Lo que se le apetezca.

EMI.—Si es que no necesito nada...

JUL.—Un periódico de Madrid...

EMI.—No.

JUL.—Una baraja para hacer solitarios...

EMI.—No, señora, no.

JUL.—Lo que usted guste. Una servidora va por papel secante. Y usted dirá: para qué necesita la cocinera papel secante? Pues es porque le escribo a mi abuelo todos los días, y si seco las cartas al fogón, se abarquillan todas y se ponen de un color que no le gusta a Paco. Y una ¿a qué está? A darle gusto a Paco. También voy por papel rayado, porque las falsillas me bailan mucho. Y en papel liso no sé escribir, ¿comprende el señorito? Me salen todos los renglones

cuesta arriba, y Paco tiene que leerlos guiñando un ojo! porque si no, dice que le marea. Y usted dirá: ¿a qué me cuenta a mí esta mujer todo esto?

EMI.—Yo no digo nada absolutamente.

JUL.—En el campo hay que hablar de todo, aunque sean tonterías... Ea, quédese usted con Dios, señorito. ¿Sabe usted que en el pueblo hay billar?

EMI.—No lo sabía.

JUL.—Se lo advierto, por si alguna vez está usted aburrido y quiere distraerse. Como lo veo tan mustio... Buenas tardes. (Vase por la puerta del foro.)

EMI.—Adiós. (Sale Acuña por la puerta de la izquierda.)

ACU.—¿A dónde va esa?

EMI.—¿Quién?

ACU.—Esa.

EMI.—¡Qué sé yo!

ACU.—¿Y Ricardillo?

EMI.—Con su hermana y con otra muchacha salió a dar un paseo.

ACU.—¿Sin avisarme?

EMI.—¡Claro!

ACU.—¿Cómo claro?

EMI.—¿Le han avisado a usted? No. ¡Pues está bien claro que no no le han avisado!

ACU.—¿Y a dónde han ido, usted no sabe?

EMI.—Dijeron que al Castillo Viejo.

ACU.—¿Al Castillo Viejo? Sí, sí... ¡Pero esa gente cree que yo acabo de llegar de las Batuecas!

EMI.—Eso dijeron, señor Acuña.

ACU.—Lo dirían para que usted me lo dijese a mí. ¡Si no lo dudo! ¿No ve usted que no es la primera vez que me he visto solo con mi bicicleta en el Castillo Viejo? Pero ¡anda! que los voy a perseguir como ratones. Por malos amigos. Ahora mismo me planto en un vuelo en el Cerrillo de la Cruz. Desde allí se domina todo el contorno: aunque vayan arrastrándose como las lagartijas, los veo. Y en cuanto los vea ¡zas! tomo la recta y no hay escape. ¡Qué empeño tienen en que no meriende con ellos! ¡Abur! (Echa mano a la bicicleta y se va escapado por la puerta del foro. La bocina suena varias veces, alejándose.)

EMI.—¿Hubiera escrito Fray de León *La vida del campo* si llega a conocer a este hombre? (Doña Aniceta sale por la puerta de la derecha con unas tijeras de jardín.)

D.^a ANIC.—¿Cómo es esto? ¿Usted aquí, Emilio? Creí que se habría usted marchado con los chicos a dar un paseo.

EMI.—No...

D.^a ANIC.—Mire usted que aquí, como no se salga y se entre, no hay diversión ninguna.

EMI.—Ya, ya...

D.^a ANIC.—¿Está usted malo?

EMI.—No, señora; cansado nada más.

D.^a ANIC.—¿Quiere usted asomarse al jardín?

EMI.—Ahora iré.

D.^a ANIC.—Yo voy a podar una enredadera... La faena no es cosa mayor pero en fin...

EMI.—Ahora iré.

D.^a ANIC.—Por mí no se violente... ¿Ha visto usted las malvalocas del corral?

EMI.—No.

D.^a ANIC.—¿Quiere usted verlas?

EMI.—Luego.

D.^a ANIC.—¿Por qué no sube usted un rato al mirador alto? Desde él se divisa hasta un pedacito del mar.

EMI.—Ya subí esta mañana.

D.^a ANIC.—Pues aquí fuera estoy. Cualquier cosa que se le ocurra...

EMI.—Muchas gracias.

D.^a ANIC.—Se lo digo porque nos han dejado solos.

EMI.—Sí, señora, sí.

D.^a ANIC.—Hasta luego. (Se va al jardín, mirando compasivamente a Emilio.)

EMI.—Hasta luego. (Pausa.) ¡Ay, Valle Sereno, Valle Sereno... lugar apacible y tranquilo, paraíso encantado para todos los que en tí viven... yo te cambiaría ahora mismo por un calabozo... donde estuviera una mujer!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

Doña Aniceta y Olimpia están sentadas. Don Laureano está asomado a la puerta del foro, aspirando el aire fresco de la tarde.

D. LAUR.—¡Ah!... ¡Qué hermosura!, ¡qué aire más rico! ¡Ah!... ¡Ah!...

OLIM.—Papá, parece que te han recetado inhalaciones.

D. LAUR.—Estas me las receto yo. Y así me va, que no me parte un rayo.

¡Ah!... ¡Si es una bendición del cielo! ¿Hay cosa como aspirar el aire después de la lluvia? ¡Ah!... ¡Ah!...

D.^a ANIC.—Y que ha llovido, si Dios tenía qué... ¡Jesús! Se desplomaba el cielo.

OLIM.—Falta hacía, que el calorcito iba apretando ya.

D.^a ANIC.—El agua sí hacía falta, pero no los relámpagos ni los truenos. Ave María, qué modo de asustarla a una! El Señor nos coja confesados.

D. LAUR.—A tiempo está usted de prepararse; porque esta repetirá mañana la misma hora.

D.^a ANIC.—Vaya una diversión.

D. LAUR.

*Y entre las nubes mueve
su carro Dios, ligero y reluciente;
horrible son conmueve,
relumbra fuego ardiente,
treme la tierra, humíllase la gente...*

OLIM.—Papá, ¿te has dedicado a cómico?

D. LAUR.—Lo que estoy es contento, muy contento. ¿Y Manuel? ¿Dónde se metido Manuel?

D.^a ANIC.—Hombre, deja en paz a Manuel.

OLIM.—En el cenador del jardín creo que lo he visto.

D. LAUR.—¡Ah, granuja! ¡Me huye!

OLIM.—Pues claro, papá; si lo traes de cabeza.

D. LAUR.—¿De cabeza?

D.^a ANIC.—Va a acabar por aborrecerte. Un mes hace que vino de Madrid, y yo creo que no se habrá visto solo un instante. Cuando no te lo llevas al conejar, te lo llevas al gallinero; cuando no, a ver cómo maduran los higos. ¿Tú crees que a todo el mundo le interesan esas cosas lo mismo que a tí?

D. LAUR.—A todo el mundo, no; pero a Manuel, soy capaz de jurarlo. Ya se conoce que no lo ha visto usted como yo embobado ante los conejos, y ante las gallinas, y ante los palomos. Sobre todo ante los conejos: se extasia mirándolos. Ha llegado a quererlos como si fueran nietos suyos. ¡Si muchos van ya a comer a su misma mano!

D.^a ANIC.—Con todo, hombre, con todo; déjalo en libertad alguna vez. (Llega por el foro Rosita, la doncella de María Luz.)

Ros.—¿Se puede pasar?

D.^a ANIC.—Pasa, mujer, pasa.

Ros.—¿Cómo están ustedes?

D. LAUR.—Bien, ¿y tú?

Ros.—Bien, muchas gracias; para servirles.

D.^a ANIC.—¿Qué te trae?

Ros.—La señorita María Luz me manda a preguntarles a los señores si prepara la merienda o si se deja la excursión en vista de la lluvia.

D.^a ANIC.—¡Pues claro que se deja!

Ros.—Ay, pues lo va a sentir, porque a ella la veía yo muy decidida.

D.^a ANIC.—Como que le falta un tornillo. Dile que he dicho yo que le falta un tornillo. ¡Después de la tormenta que ha descargado, buenos se habrán puesto los caminos para andar por ahí!

Ros.—Yo se lo diré.

OLIM.—Y dile de mi parte que se venga a pasar la tarde conmigo.

D.^a ANIC.—Eso sí; como vivimos cerca y ella a nada le teme, que venga si gusta. Mi nieta no se mueve de aquí.

Ros.—Perfectamente. De esto la que sale ganando soy yo; porque necesito bajar al pueblo a comprar unas cosas...

OLIM.—Ya, ya. (Sale Ricardo por la puerta de la izquierda, al olor, como de costumbre.)

Ric.—Dios te guarde, Rosita.

Ros.—Buenas tardes, señorito Ricardo.

D. LAUR.—¡Jel Espantárame a mí que tú no salieras...

Ros.—¿Cómo sigue usted?

Ric.—Bien, ¿y tú, simpática?

Ros.—Bien; para servirle.

Ric.—¿Estás aquí hace mucho tiempo?

Ros.—Acabo de llegar.

Ric.—Ya decía yo que mi oído no me habría engañado. En el buen oído salgo a mi abuela.

D.^a ANIC.—Nada más que en el buen oído, ¡granuja!

Ric.—Oye: ¿por qué te has puesto hoy a la derecha ese lunar que tenías a la izquierda?

Ros.—(Entre agradecida y ruborosa.) ¡El señorito!...

Ric.—¿Cuando lo rías?

Ros.—¡El señorito!...

D.^a ANIC.—Mira, no la entretengas que tiene que ir al pueblo por no sé qué.

OLIM.—Por azúcar, ¿verdad?

ROS.—¡La señorita!... Vaya, hasta luego o hasta mañana.

OLIM.—¡Que no deje de venir tu señorita!

RIC.—¡Adiós mujer! ¡Y cuidadito con el azúcar del pueblo!

OLIM.—¡El señorito!... (Se marcha por el foro.)

D. LAUR.—Es simpática esa muchacha.

RIC.—Y muy lista.

OLIM.—¡Pues tiene un novio de lo más bruto!... Me da compasión de ella. ¿Por qué será que a los brutos les gustan las listas y a los listos las tontas?

RIC.—No siempre ocurre eso. La prueba la tienes en tí misma. Tú, eres tonta y sin embargo le gustas a Juanito Alfaro, que es tonto también.

OLIM.—Da esa casualidad. Pero hay un caso peor todavía; el del tonto que las echa de listo, y lo engaña una tonta retonta, como le ha pasado a quien me sé.

RIC.—¡Ja, ja, ja! Escucha: ¿he oído que va a venir María Luz?

OLIM.—Sí.

RIC.—Me alegro de saberlo, para no salir de mi cuarto.

D.^a ANIC.—¿Por qué?

RIC.—Abuela, porque pega la hebra con Emilio, y no nos hace caso a los demás. Y me aburro.

D. ANIC.—Es verdad, que los veo muy entusiasmados. Olimpia, ¿tú sabes si ella ha reñido con el de Madrid?

OLIM.—¡Cualquiera sabe eso! Mire usted que habla María Luz, y que es tonta. Pues de todo habla menos del novio. Es una reserva desesperante.

RIC.—Allá ellos. (Vuélvese a su cuarto canturreando una música alegre.)

OLIM.—Ese dice «allá ellos». Pero, ¿es que a las amigas no nos interesa?... ¿es si no nos comunicamos esas cosas, ¿para qué somos amigas? Ya ve usted: ahora mismo voy yo a contestar ocho postales, todas de noviazgos. Pero ahomismo, no llegue María Luz y se me junten con las de mañana. (Vase por la puerta de la derecha, canturreando también.)

D.^a ANIC.—¡Diablo de chiquilla! ¡Qué enredadora es y qué pizpireta! (A don Juanita que se ha abstraído completamente.) ¿En qué piensas tú?

D. LAUR.—¿Eh?

D.^a ANIC.—¿En qué piensas tú?

D. LAUR.—En que tengo un conejo con mal de orejas, y no hay vaselina boba en la botica.

D.^a ANIC.—¡Estamos frescos! ¡Por dónde se descuelga ahora!... Vamos, ¡vamos! ¡el que no anda loco, va camino. (Entrase por la puerta de la izquierda.)

D. LAUR.—Si, si, locura. Pues si no me ocupo yo de ello, ¿quién se ha de ocupar (Encaminase hacia la derecha a tiempo que sale Emilio por la puerta del foro.) ¿Por el hombre, ¿y tu tío?

EMI.—No sé de él... Hoy no lo he visto apenas. Juraría que anda por el jardín.

D. LAUR.—Es su encanto el jardín. Por supuesto, su encanto es el jardín y no el contorno. Está pasando una temporada deliciosa. Yo creo que estoy más contento y más joven de lo que gozo contemplándolo a él.

EMI.—Sí que parece muy contento. Y se explica: como allá en Madrid tiene un quebradero de cabeza, y aquí vive casi sin pensar en aquello, en compañía de usted, a quien quiere como a un hermano, y en esta delicia de Valle Seco, que es imponderable.

D. LAUR.—Es claro, si; todo eso es verdad y a mí me llega a lo más vivo; pero, en rigor, lo que más alegría y satisface a Manuel, es verte a ti satisfecho y alegre.

EMI.—No digo que no, don Laureano. Y en verdad que lo estoy. Creo que no necesito hacer juramento; me sale a la cara.

D. LAUR.—¡Qué triunfo el mío! Se lo pronostiqué a Manuel, cuando en reserva me contó que venías por no desobedecerlo y dado a los demonios.

EMI.—Sí, señor; así era. Lo declaro ya con lealtad y franqueza campesinas.

D. LAUR.—¡Muy bien dicho! ¡Lealtad y franqueza campesinas! ¡Aquí no usamos de eufemismos ni de tiquis miquis! Lo que se siente, se habla, lo que se tiene se dá; lo que se quiere se pide. ¡Dame un cigarro.

EMI.—Ahí va. Pues, sí, señor, sí; cuando entré en esta casa, me figuré que entraba en un presidio.

D. LAUR.—¡Je!

EMI.—Encontré oscuro y feo el sitio donde está edificada; la encontré ridícula toda ella, desde el jardín al palomar.

D. LAUR.—¡Je!

EMI.—Me molestó usted, su hija, Ricardo, me molestó doña Aniceta, la criada...

D. LAUR.—Esas seguirán molestándote por mucho que varíes.

EMI.—¡Quite usted, por Dios! Si no hay dos personas más agradables en el mundo.

D. LAUR.—Chico, chico; no sospeché que el milagro de Valle Sereno se extendiera a tanto.

EMI.—Esas son pequeñeces. El milagro ha sido grande, don Laureano. No lo dude usted.

D. LAUR.—¡Si no lo dudo un punto! ¡Si lo oigo y te miro cayéndome la baba, muchacho! ¿Tú ves a un padre muy padrazo a quien le ponderan unos y otros las buenas prendas de su chico, lo guapo que es su chico, lo listo que es su chico y lo travieso que es su chico?... Pues como escucha ese padre esas lindezas escucho yo lo que me hablas ahora. La alegría me inunda interiormente, me estremece todo, me turba... hasta lágrimas me trae a los ojos. Esta casita, Emilio, la he hecho yo con el trabajo de toda mi vida; la quiero como si fuera cosa de mis entrañas... Ven acá, ven acá, cuéntame pormenores, cuéntame detalles de cómo empezó a serenarse tu ánimo... de cómo te fué cautivando este paisaje y esta vida. Cuéntame, cuéntame...

EMI.—Le diré a usted; ello ha sido de una manera insensible, lenta, sosegada, tranquila... Yo no podría precisar dónde ni como empezó el cambio, ni si lo determinó esto o aquello... ¡Quien lo sabe! Mi voluntad ha ido viéndose sometida a un influjo saludable, beneficioso... No he recibido en este o en aquel momento la impresión fuerte y conmovedora que produce, por ejemplo, la presencia de una mujer bonita, capaz en un minuto solo de trocar la vida de un hombre. No ha sido eso, no... Más bien se ha ido abriendo mi corazón a las palabras sabias, reposadas, persuasivas de un amigo, de un gran amigo, superior a mí en años, en experiencia, en bondad... en todo. ¿Me comprende usted?

D. LAUR.—De sobra, de sobra. La mujer enloquece, arrebatada... ¡Dios sabe donde irá uno a parar! Pero el amigo aconseja, insinúa, convence... Está bien, está bien... Dame una cerjilla.

EMI.—Hay, sin embargo, don Laureano, entre mis primeras impresiones, una acaso más viva y penetrante que todas las demás... Fué a los pocos días de hallarme aquí.

D. LAUR.—Cuenta, cuenta.

EMI.—Había yo pasado la noche febril, inquieto, imaginando cien locuras... con esa exaltación enfermiza que da el insomnio. Cuando ya no pude más salté de la cama, me arrojé de cualquier manera y abrí la ventana de mi cuarto, para respirar otro aire. Era casi al amanecer. En el cielo quedaban ya pintadas estrellas, que atrajeron toda mi atención, y una por una fui viéndolas empequeñecerse, debilitarse, huir... Una luz mucho más fuerte que la de ellas, se asomaba por el horizonte lejano pintando y alegrando el cielo y la tierra, se vencía, las borraba... Si yo hubiera sido poeta, habría encontrado una singular relación entre lo que empezaba a pasar en mi espíritu y lo que mis ojos veían. Poeta o no, me sentí conmovido. Nada dije; nada escribí; pero me eché a llorar.

D. LAUR.—¡Oh! Eso debieran hacer algunos poetas: echarse a llorar y no escribir. O escribir y echarse a llorar al leer lo que han escrito. (Se ríen los dos.)

EMI.—Yo nunca había visto amanecer. Y si lo había visto, no me había dado cuenta de ello. Recuerdo que varias tardes después, hablándole del caso a María Luz, me dijo: «No es extraño que no haya usted visto amanecer, porque en Madrid se pone el sol, pero no amanece.» ¡Y es verdad! Yo he vivido siempre en Madrid, y no he visto amanecer nunca. ¡Y me ha cogido algunas veces el amanecer en la calle! Pero no lo he visto.

D. LAUR.—Es mucha María Luz. ¡Qué atractivo tiene y qué inteligencia!

EMI.—¡Y qué ojos, don Laureano, qué ojos!

D. LAUR.—¡Je!

EMI.—Aquí ha sido y es mi constante guía. Ya sabe usted que cada lunes y cada martes andamos de excursión. ¡Cómo conoce esto! ¡Y qué habilidad tiene para mostrar la belleza esencial de cada rincón, de cada sitio, de cada cosa! A mí—le soy a usted franco—me seduce oírlo.

D. LAUR.—¿Sí, eh? Ya lo hemos advertido todos. Pero ándate con tiento, me creo que hay moros en la costa.

EMI.—Mientras no sean cristianos...

D. LAUR.—En eso no quiero meterme. Yo con verte esa cara, y verte ese ánimo, y oírte lo que te oigo decir, estoy como chiquillo con zapatos nuevos. Pero demás son vaivenes de la vida, nubes que pasan... Que pasen, que pasen siempre, aunque sea con rayos y con truenos, pero que pasen y dejen el camino lozano y brillante como ahora. (Vuélvese hacia el jardín para enseñarle el camino, en el momento en que se asoma por la puerta María Luz.) ¡Mira qué cosa más bonita!

M. LUZ.—¿Es a mí?

EMI.—¡Oh! María Luz.

D. LAUR.—No, no es a usted; porque si hubiera sido a usted, habría sido la mejor más espléndida. Y este le habría añadido algo.

EMI.—¿Cómo no?

M. LUZ.—Vamos a ver, ¿qué me ha dicho mi chica?, ¿que se han acobardado ustedes con la tormenta y ya no tenemos excursión?

EMI.—Para mí es esta la primera noticia.

D. LAUR.—Ha sido una orden a rajatabla de la abuela.

M. LUZ.—Que por cierto me ha mandado a decir que me falta un tornillo.

EMI.—Será lo único que le falte a usted.

M. LUZ.—¡Ay, Dios mío! ¡Cuántas flores brotan con la lluvia!

EMI.—Con lluvia o sin ella, a su paso de usted brotan siempre.

M. LUZ.—¡Jesús!

D. LAUR.—¿No le decía yo a usted que este añadiría algo?

M. LUZ.—En vista de ello, intentaré echar por tierra la orden de reclusión de la abuela y nos marcharemos un rato por ahí... a seguir escuchando piropos.

D. LAUR.—Me temo que lleva usted el pleito perdido.

M. LUZ.—Pues sería una lástima quedarnos. ¡Si ahora está el campo más hermoso que nunca! Y esta humedad no le hace daño a nadie. Desde mi casa he venido yo sacudiendo los árboles para que me cayera el agua encima.

D. LAUR.—¡Je!

EMI.—Lo creo; pero no se lo cuente a la abuela.

M. LUZ.—Buen cuidado tendré.

D. LAUR.—Dígale usted, en cambio, que usted, que se cartea con el sol, sabe que esta tarde ya no llueve.

M. LUZ.—¿Le añade usted algo a esa frase, Emilio?

EMI.—No: Le ha salido tan redonda a don Laureano, que temo estropearla. (Se ríen los tres.)

M. LUZ.—Voy a ver a Olimpia. (Entrase por la puerta de la derecha.)

EMI.—Tiene esta mujer para mí el principal encanto de las mujeres: belleza y salud.

D. LAUR.—Sí; si fuese pálida y ojerosa, tendría para tí el principal atractivo del sexo: palidez y ojeras. Voy conociendo el temperamento, amigo mío!

EMI.—¡Me confunde usted con su hijo Ricardo!

D. LAUR.—No, no te confundo, perillán; sé quién eres. Anda, vámonos con tu tío.

EMI.—¿Con mi tío?

D. LAUR.—Les haremos una visita a los conejos.

EMI.—Ustedes; porque yo esperaré a las chicas.

D. LAUR.—Anda, anda. ¡Manuel! ¡Manuel! (Se va por la puerta del foro con Emilio, que malditas las ganas que tiene de separarse de allí. Queda la escena sola un momento. Por la puerta de la izquierda sale don Manuel, huyendo de la quema.)

D. MAN.—No, no, no, no; los conejos no los veo más; no te hagas ilusiones. Eso me lo he jurado. Conejos al amanecer, conejos al medio día, conejos por la tarde, conejos por la noche... ¡Son ya muchos conejos para un hombre solo! (Sale Juliana por la puerta de la derecha.)

JUL.—Señor.

D. MAN.—(Sin verla ni oirla.) Que si nacen con los ojos cerrados; que si no los abren hasta los nueve días; que si no echan el pelo hasta los cuatro o cinco; que si zanahorias, que si lechugas, que si tronchos de col... ¿A mí qué jinajo me importa? ¡No veo más los conejos!

JUL.—Señor.

D. MAN.—¿Eh? Ah, Juliana.

JUL.—¿Qué le sucede a usted?

D. MAN.—¡Que voy a acabar por menear las orejas y arrugar el hocico cuando sienta pasos!

JUL.—¿Está usted de broma?

D. MAN.—¡Sí! ¿A tí que te trae?

JUL.—Con el permiso de usted, quisiera hacerle una pregunta.

D. MAN.—¿Una nada más?

JUL.—¡Je! El señor me va conociendo.

D. MAN.—Pregunta lo que quieras.

JUL.—¿Cómo le gusta a usted más el conejo: en caldereta o con arroz?

D. MAN.—¡De cualquier manera menos vivo! Tú elige.

JUL.—Muchas gracias por la confianza. Yo lo pondré para que se chupe los dedos

D. MAN.—No lo dudo un instante.

JUL.—Escúcheme otra cosa...—Y bajo la voz porque la señora oye crecer yerba—. El estofado de ayer no lo guisé yo; era una porquería. Se empeñó guisarlo doña Aniceta, que no sabe de eso... y así salió ello.

D. MAN.—¡Bah! ¿Qué más quieres?

JUL.—Pues... si no molesto demasiado...

D. MAN.—Dí.

JUL.—Aquí le traigo la notita.

D. MAN.—¿Qué notita?

JUL.—La que me pidió usted tocante al destino que le va usted a dar a mi

aco.

D. MAN.—No; que le voy a dar, no; que veré si me es posible darle...

JUL.—Usted es persona muy *influyente*...

D. MAN.—No tan *influyente* como tú crees... Però, en fin, haré lo posible...
ame acá la notita.

JUL.—Le daré primero una audición, por si no la entiende. (Lee con emoción una de unos juegos florales.) «Francisco Gil Conejo...»

D. MAN.—¡No lo coloco!

JUL.—(Asustadísima.) ¿Qué?

D. MAN.—Nade, nada; sigue.

JUL.—Ah, ya. (Continúa la lectura.) «... natural de Almadén del Azogue, de cincuenta y cuatro años, soltero por ahora, buenos ojos, desea colocación en lo que le convenga, y en primer lugar le salga, no siendo de cobrador del tranvía, por lo que de palabra se dirá. Sabe leer, sabe de cuentas y sabe escribir con las dos manos. Buena conducta, no fuma, no bebe, saca su cédula cuando le corresponde y va a votar todas las veces que hace falta. Señales personales en Madrid, Co-
e. 25.»

D. MAN.—¿Acaba ahí?

JUL.—Sí, señor: aquí acaba. ¿Bastará con esto?

D. MAN.—Y aun sobra. Ya se ve que es un ciudadano ejemplar. Procuraré colocarlo.

JUL.—Dios se lo pagará, don Manuel; que estoy yo aquí pasando penas, por este de la ausencia no es para mi temperamento.

D. MAN.—Bien, bien...

JUL.—Le habrá chocado a usted lo del tranvía que dice la nota.

D. MAN.—No he parado mientes.

JUL.—Pues yo le explicaré a usted lo que hay.

D. MAN.—¡Si no lo necesito!

JUL.—Es para que no se figure que se trata de nada feo. Mi Paco estuvo en los tranvías *cangrejos* todo un verano, pero...—a mí no me ciega el cariño.—La estatura no es cosa mayor, y resulta que no alcanza a la correa del timbre cuando quiere apearse algún viajero. Y le hacen mala sangre las cuchufletas a eso da lugar. ¡Porque por diez céntimos no hay derecho a reirse de nadie! no quiero exponerlo a un disgusto.

D. MAN.—Bien, bien, ya estoy en ello.

JUL.—Tocante a que sabe escribir con las dos manos, que también le habrá chocado a usted...

D. MAN.—Sí por cierto. ¿Qué significa eso?

JUL.—Que sabe escribir en maquinilla.

D. MAN.—¡Ah! ¡Cualquiera cae!

JUL.—¿Lo hará usted con interés, señor?

D. MAN.—Descuida.

JUL.—¡Mire usted que me va la boda!

D. MAN.—¡Te digo que descuides!

JUL.—Ea, pues no canso más. Muchísimas gracias, don Manuel. Aquí viene el señorito Emilio; le voy a preguntar también una cosa.

D. MAN.—¡Vamos allá!

JUL.—(A Emilio, que en efecto, sale por la puerta del foro.) Señorito Emilio; ¿el arroz con leche ¿le gusta a usted con la canela molida nada más o con alguna astillitas entre medio?

EMI.—Me da lo mismo.

JUL.—Entonces yo acertaré con su gusto. Esta tarde lo comerán. Y encárguele usted a su señor tío que no me olvide. Y muchas gracias. Sin faltar: al señorito se da un aire en los ojos.

EMI.—¿Quién?

JUL.—Mi TÍO. Ya digo: sin faltar. (Váse por donde salió, sonriéndosele.)

D. MAN.—(Encarándose con Emilio cuando se va Juliána.) ¡Chico, qué morsergal!

EMI.—¿Sobre la comida de hoy?

D. MAN.—¿Qué sobre la comida? ¡Sobre su Paco! ¡Un novio que tiene que debe de caber en una fresquera! ¡Y está empeñada en que yo le busque un destino! ¡Vamos, hombre! ¡Era lo único que me faltaba!

EMI.—¿Cómo, cómo es eso? ¿Qué dice usted? ¿Es que tiene algún motivo de disgusto? A ver, a ver... Porque ese lenguaje; ese resuello...

D. MAN.—Emilio de mi vida, ya no puedo más. He venido disimulando por tí; pero te aseguro que no puedo más. ¡No puedo más! ¡Me llega la bilis hasta la raíz del pelo... por arriba! ¡No puedo más!

EMI.—(Sorprendido, pero sin concederle importancia al desahogo.) Baje usted voz.

D. MAN.—¡No me da la gana! ¡Que se enteren! ¡Si te digo que no puedo más!

EMI.—Pero, tío; me deja usted con la boca abierta. ¿No está usted encantado con esta familia y en este sitio, como ya por suerte lo estoy yo?

D. MAN.—¿Que tú estás encantado? ¿No hablas con ironía?

EMI.—No, señor; hablo con entera sinceridad.

D. MAN.—¡Vaya! Se conoce que por obra de tu encantamiento no sientes las picadas de las pulgas.

EMI.—¿De las pulgas? Pero, ¿aquí hay pulgas?

D. MAN.—¿Que si hay pulgas? ¡Hasta en el almanaque! ¡Si el reloj se ha parado porque no le dejan andar!

EMI.—¡Ja, ja, ja!

D. MAN.—No te rías.

EMI.—¿No he de reírme, tío, si parece usted un chico de diez años algunas veces? ¿Cuándo han sido las pulgas un motivo serio para estar rabioso en ninguna parte?

D. MAN.—¡Las pulgas, y los mosquitos, y las moscas, y los perros, y las lagartijas, y las vacas! ¡Ahí es nada: las vacas! ¡Ni por casualidad salgo a un camino una vez que no me embistan tres o cuatro! La otra tarde tuve que correr como un galgo huyendo de una. ¡Jinojo! ¿He venido yo aquí a solazarme o a torear?

EMI.—Calle usted, calle usted, que don Laureano anda en su busca, y si se entera de esto va usted a amargarle la vida.

D. MAN.—¡Pues que se fastidie! ¡Bastante me la amarga él a mí!

EMI.—¡Tío! Usted no está bueno. Lo desconozco a usted completamente

D. MAN.—¡Me desconoces... me desconoces!...

EMIL.—Un pobre señor que no tiene más pío que hacerle a usted agradable la temporada; que sueña con distraerlo y agasajarlo...

D. MAN.—¡Que me gana todas las noches al tresillo!

EMIL.—Pero, tío, si juega usted muy mal.

D. MAN.—¡Juego mejor que él y que tú! Pero no es eso; es que cuando se me un huésped; en buená cortesía se le debe dejar ganar alguna noche.

EMIL.—¡Entre amigos de la niñez!...

D. MAN.—¡Entre amigos de todas las edades!

EMIL.—Vamos, tío, no desbarre usted por amor de Dios... ¡Pobre don Laureano!

D. MAN.—¡Pobre don Laureano! ¡Laureano es el hombre más pesado que ha rido madre!

EMIL.—No... es afectuoso... es solcítico...

D. MAN.—¡Es plúmbeo!

EMIL.—¿Plúmbeo?

D. MAN.—¡De plomo! ¡Claro! Tú como te largas con las muchachas y apenas tienes que aguántarlo... Pero vamos a ver, ¿cuántas veces has visto los ojos?

EMIL.—Dos o tres veces... no soy aficionado.

D. MAN.—¡Ah! Dos otras veces. ¡Lo que yo a diario! ¿Cuántas veces has to ponerse el sol?

EMIL.—No las he contado... Si me coge por ahí la puesta, la veo...

D. MAN.—¡Ah! Si te coge por allí...

EMIL.—Es un espectáculo admirable siempre.

D. MAN.—Ya te daría yo a tí admiración si te obligaran a verlo todas las des. ¡Y no lo veo dos veces al día porque no se pone más que una! ¡Afortunadamente!

EMIL.—¿Todas las tardes dice usted?

D. MAN.—¡Todas las tardes, hijo mío! ¡A ver si hay rayo verde o no hay yo verde, no me escapo una sola! ¡Algunas veces he pedido un rayito de alquier color que lo hiciera cisco!

EMIL.—¡Qué disparate!

D. MAN.—No es disparate, no; ponte en mi lugar. Es que se colman las medidas del más paciente. ¡Son ya muchos conejos a todas horas, y muchos palobos por la mañana, y muchas puestas por las tardes... y muchos codillos por las noches!

EMIL.—Tío, pues ahora le hablo a usted completamente en serio. Porque yo me aquí a remolque; renegando del campo, y de mi estrella y casi de usted. Pero usted vino satisfecho, ansioso de verse en estos valles, en esta soledad, ¿para usted era un paraíso... ¿Qué cambio es este?

D. MAN.—¡Pero si no hay tal soledad! ¡Si eso me ha resultado que es fantasma de los poetas! A lo mejor te crees que estás solo en medio del campo... porque necesitas estar solo!... y ves de pronto que hay una pareja que te observa desde un maizal. ¡Hombre! ¿Qué soledad es esa? Sin contar con Acuña, que está como Dios en todas partes.

EMIL.—Bah, bah, bah...

D. MAN.—Sí, bah, bah... Añade a todo eso lo que en rigor vale más que nada y que constituye en esta ocasión el mayor de los desencantos.

EMIL.—¿Eh?

D. MAN.—Como suena; el mayor de los desencantos. Porque no sé si atribuirlo a que todo esto de la poesía de la Naturaleza es una pura farsa, o a la

vulgaridad de mi ser; pero el hecho es que ni los valles, ni las montañas, ni los arroyos, ni la mar, me elevan el ánimo.

EMI.—¡Tío!

D. MAN.—Nada; no me elevan el ánimo. ¿A qué voy a decir una cosa por otra? ¡No me elevan el ánimo! Desde que estoy aquí no se me ocurren más que bellaqueñas.

EMI.—¡Ja, ja, ja!

D. MAN.—Para que te convenzas: a mi edad, a mis años, he caído en la más ridícula de las tentaciones; he querido seducir a Vicentita, ja la pescadorcilla

EMI.—¡Señor don Manuel!

D. MAN.—Nada, nada, no me duelen prendas; como te lo cuento. ¡Y le hablé de ponerle un pisito en la calle de la Berengena! ¿Es esto elevación del ánimo ¡Naranjas de la China!

EMI.—¡Pero veo que está usted irremisiblemente perdido!

D. MAN.—Hasta tal punto eso es así, y tales ganas tengo de escapar a esta perdición; tan asado estoy a la parrilla, tan desesperado me veo, que sin reparar ya ni en tí ni en la Osa Mayor—que también me la enseña Laureano todas las noches—, le he escrito una carta... (Bajando cómicamente la voz.)—bueno pero de esto no quiero que se entere ni el aire—le he escrito a Pizarroso...

EMI.—(En voz tan baja como el tío.) ¿A quién?

D. MAN.—A Pizarroso...

D.^a ANIC.—(Apareciendo por la puerta de la izquierda.) ¿Ese Pizarroso es un que fué ministro del Tribunal de Cuentas?

EMI.—¿Eh?

D. MAN.—Pero, señora, ¿es usted la telegrafía sin hilos?

D.^a ANIC.—¿No hablaban ustedes de Pizarroso?

D. MAN.—Sí; pero a éste no lo conoce usted. Es un empleado a mis órdenes.

D.^a ANIC.—El que yo digo era un señor muy serio.

D. MAN.—No; pues este otro es muy bromista. ¿Verdad, Emilio?

EMI.—Muy bromista. Siempre está de chanza y de humor.

D.^a ANIC.—Ya. Voy a darle un vistazo a la cocina. ¡Ah! No tome usted cuenta el flan del almuerzo de hoy. Ha sido una verdadera porquería. Esa Juliana cree que hace el dulce como las monjas, y vive en un error muy grande. Ha estado incomible, una verdadera porquería. Mañana haré yo un flan y verá usted la diferencia. Cosa de enjuagarse la boca con el flan... Usted lo ha de ver; usted lo ha de ver... (Se va por la puerta de la derecha.)

D. MAN.—Esta es otra; con la competencia culinaria entre ama y criada, y lo ves: no comemos más que porquerías.

EMI.—Bueno, tío; ¿que me iba usted a decir de Pizarroso?

D. MAN.—¡Ah! Verás. (En voz baja de nuevo y tomando todo género de precauciones.) Te iba a decir de Pizarroso que le he mandado que me ponga desde Madrid un telegrama con este refresco: «Catástrofe inminente. Sociedad en peligro. Junta el lunes. Ineludible su presencia. No hay apelación. Lo espero si falta. Pizarroso. ¿Qué tal? ¿Me iré a Madrid o no me iré?

EMI.—¡Ja, ja, ja! ¡Lo que se habrá reído Pizarroso! (Sale don Laureano por la puerta del foro.)

D. LAUR.—Pero, Manuel, ¿estamos jugando al escondite?

D. MAN.—¡Anda con Dios!

D. LAUR.—¿Qué hacéis aquí metidos, bobos?

EMI.—Diciéndole estaba yo a mi tío que usted lo buscaba. Y la conversación que hemos tenido antes.

D. LAUR.—¡Ah, sí! ¿No es verdad que es otro tu sobrino, Manuel? (A Emilio.) Oye, ¿te pesaste al salir de Madrid?

D. MAN.—No, hombre, no; ¿te pesaste tú? ¡Nosotros no pesamos más que equipaje!

D. LAUR.—¡Je! ¡El equipaje, dice! ¡Tu tío siempre como unas sonajas!

D. MAN.—¡Siempre! ¡Yo soy así!

D. LAUR.—Anda, vámonos a dar un paseo; que tenemos una tarde muy fresca. Y de recogida pasaremos por el conejar.

D. MAN.—¿Eh?

EMI.—¿No le han hecho ustedes hoy ninguna visita?

D. LAUR.—Esta mañana fui yo solo, porque a éste se le pegaron las sábadas. Es un dormilón.

D. MAN.—¡Un gallo es lo que yo no soy!

D. LAUR.—Pero está entusiasmadísimo con aquella familia.

EMI.—Ya me lo han contado.

D. LAUR.—Le he inculcado la afición, el amor al conejo. Te advierto, Emilio, que el conejo acaba por hacerse querer. Es inteligente, es gracioso... Yo encuentro gran semejanza al ser humano.

D. MAN.—¡En el nombre del Padre!

D. LAUR.—No es la primera vez que me lo oyes, no sé qué te sorprende. Pero te lo demostraré minuciosamente en nuestro paseo. De algo hemos de hablar. Y no con fantasías, sino con datos preciosos de un tratado de cunicicultura que me sé de memoria. Anda, vámonos.

D. MAN.—(Resignándose, acaso por última vez.) ¡Vámonos, hombre, vámonos!

D. LAUR.—Empieza tú porque el conejo puede tener todas las enfermedades del hombre. ¡Todas! Bueno, casi todas. Al conejo le puede dar una pulmonía, como a tí; le puede dar una congestión, como a tí!

D. MAN.—¡Toma, también le pueden dar un tiro, como a tí!

D. LAUR.—¡Je! ¡Qué buen humor de hombre! ¡Siempre con las mismas salidas! (Vase por el jardín.)

D. MAN.—(Rápidamente a Emilio, volviéndose atrás un momento.) Al conejar no voy; si hace falta lo tiro por un barranco. ¡No voy!

D. LAUR.—(Dentro.) ¡Manuel!

D. MAN.—¡Ya, hombre, ya! (Márchase con su amigo.)

EMI.—En efecto, está mi tío Manuel que echa las muelas. ¡Y yo que lo sustituya en plena Jauja! (Salen por la puerta de la derecha Olimpia y María Luz.)

OLIM.—Nada, hija; quien manda, manda, y cartuchera en el cañón.

EMI.—¿Qué ocurre?

M. LUZ.—Lo que ya sabíamos. Doña Aniceta no deja salir a Olimpia, y ha sido inútil toda mi elocuencia.

EMI.—Desgracias mayores pueden caer sobre nosotros.

M. LUZ.—Pues hay que idear alguna cosa para pasar la tarde.

OLIM.—Algo para reírnos.

BENJ.—(Dentro, con voz atiplada y ridícula.) ¿Se puede?

EMI.—¿Eh?

BENJ.—¿Se puede?

OLIM.—Adelante quien sea. (Aparece en la puerta del foro Benjamín, que en vano preguntaría que es sacristán de nacimiento. En la mano trae un telegrama cerrado y un paquete de velas.)

BENJ.—Santas y buenas tardes nos dé Dios.

M. LUZ.—Buenas tardes.

OLIM.—Buenas tardes.

EMI.—Buenas tardes.

M. LUZ.—(A los otros.) (Ya no hay que inventar nada para reirse.)

BENJ.—Tengo a gran dicha saludar a ustedes.

EMI.—Muchísimas gracias. (Las muchachas no pueden hablar conteniendo la risa y Emilio puede a duras penas.)

BENJ.—Yo soy el sacristán nuevo de la Ermita.

EMI.—Por muchos años.

BENJ.—Y he bajado al pueblo a comprar unas velas, y me he encontrado a Bernúdez el telegrafista, que es amigo mío, y que venía para acá con este despacho, y me ha rogado que lo trajera yo, porque él tiene a su mujer con el mal de San Vito, y se hallaba muy desasosegada en aquel momento. (Sueltan la carcajada María Luz y Olimpia, y Emilio después.) El caso no es de risa, pero comprendo que excite la hilaridad.

EMI.—Sí, señor; sí, señor... ¿Para quién es el telegrama?

BENJ.—Para don Manuel Mendoza. Aquí dice Mendoza, pero debe de ser equivocación.

M. LUZ.—¡Claro!

EMI.—Es equivocación, justamente... Deme usted... firmaré el recibo...

BENJ.—Tome, señor mío. Me complace mucho haber prestado este servicio urgente, y desde luego me ofrezco para cualquier cosa que se ocurra; porquoyo... (Sale Ricardo por la puerta de la izquierda, con tal impetu que asusta a Benjamín y le corta el hilo. Se explica el impetu de Ricardo, porque al oír la voz del sacristán supuso que le pertenecería a alguna tipte más o menos ligera. Las muchachas y Emilio traían en vano de ocultar su risa ante el nuevo aspecto de la situación.) ¿Eh?

RIC.—(Sin poder contenerse.) ¡Vamos, hombre!

BENJ.—Buenas tardes.

RIC.—Buenas tardes.

EMI.—Este señor nos ha hecho la merced de traernos este telegrama para mi tío... (Se lo guarda.)

RIC.—Sí...

EMI.—(Aparte a Ricardo.) (¿Quién te creíste que era?)

RIC.—(Lo mismo a Emilio.) (¡Qué sé yo! Una cupletista, una máscara... ¡Todo menos un sacristán!) (A Benjamín, con mal modo.) Que usted siga bueno. (Vase de estampía por donde salió.)

BENJ.—¿Cómo dice?

EMI.—Que usted siga bueno.

BENJ.—Ah, muchas gracias. Igual deseo a todos los presentes. Felices tardes. Y que siga, que siga el buen humor. (Vase a otra parte a hacer reír, despedido con nuevas carcajadas de todos.)

M. LUZ.—¡Ay, Jesús! He llorado de risa con ese hombre.

OLIM.—¡Qué lance, Dios mío! ¡Cuidado con la salida de Ricardo!

EMI.—¡Ah! Notable de veras. ¡Lo menos creyó que iba a encontrarse aquí a la Imperio!

OLIM.—(Asomándose al mirador.) Allá va, todo presuroso. ¡Anda, morena! Se ha metido en un charco. A ver si se constipa y enronquece un poco, que falta le hace.

M. LUZ.—¡Ja, ja, ja! (Se sienta.) A mí me han cansado las risas. ¿Querrá usted creerlo?

EMI.—¡Si me han cansado a mí también! No me reía de tan buena gana hacía mucho tiempo. (Se sienta cerca de ella.)

M. LUZ.—Ya ve usted, y queríamos irnos. No se sabe dónde está la fortuna

EMI.—No se sabe. (Olimpia, desde el mirador, observa con interés el grupo de María Luz y Emilio.)

M. LUZ.—Mi empeño en salir era porque el campo está delicioso. Sopla un viento tan sano... ¿No le gusta a usted el olor de la tierra después de la lluvia?

EMI.—Mucho. Lo aspiro siempre con deseo. Y me gustan también estas nubes que descargan de pronto, y se van abriendo paso al sol y dejando la tierra fresca y alegre.

M. LUZ.—¿Le gustan?

EMI.—Sí. Recuerdan el enojo pasajero de una mujer, que principia llorando y acaba por reír entre lágrimas.

M. LUZ.—Es cierto. (A Olimpia, que con admirable discreción se encamina hacia la derecha, sin quitarles ojo.) ¿A dónde vas, Olimpia?

OLIM.—(Maliciosamente.) A contarle a mi abuela lo del sacristán, que le va a hacer muchísima gracia. (Entrase por la puerta de la derecha.)

EMI.—(Riéndose.) ¡Qué chiquilla! Es saladísima de veras.

M. LUZ.—Muy salada. Discurre menos que un mosquito.

EMI.—A mí me divierte su charla, que cuando quiere ser maliciosa es ingénua, y cuando quiere ser ingénua es maliciosa.

M. LUZ.—¿Y esa muletilla que tiene sobre los gustos en los amores? ¿Por qué será que a los chatos les gustan las narigudas y a los narigudos las chatas?

EMI.—¡Ja, ja, ja! Es muy original. Le aseguro a usted que para mí Olimpia es un atractivo más de Valle Sereno.

M. LUZ.—¿Uno más Emilio? Advierto complacida que poquito a poco se ha reconciliado usted enteramente con este Valle Sereno, que cuando llegó le aburría y le enfadaba.

EMI.—Gracias principalmente, a usted.

M. LUZ.—¿Gracias a mí le aburría y le enfadaba?

EMI.—Todo lo contrario; gracias a usted he ido apreciando, comprendiendo, disfrutando el atractivo y el encanto de estos lugares.

M. LUZ.—No niego mi influencia en que lo haya usted logrado más pronto; pero créame que si usted hubiera sido ciego, de nada le habría servido el lazaro. Quiero decir que esta gran belleza del campo, o se sabe ver, y en ese caso enamora y cautiva el alma, o no se sabe ver, y hasta y desespera. Para quien no la entiende todas las horas son iguales... todos los caminos son lo mismo... En cambio, para quien tiene el secreto, ¡qué maravillosa variedad! No hay un momento igual a otro, ni hay un camino que no tiene a cruzarlo. ¿No es cierto, Emilio?

EMI.—Ciertísimo. Usted no miente nunca. Yo algunas veces pienso: «Tal vez por esto me es a mí esa mujer tan simpática».

M. LUZ.—¿Es que no trataba usted más que con embusteras?

EMI.—Se conoce. El resultado es, sea de ello lo que fuere, que usted me atrae de una manera tal...

M. LUZ.—Cuidadito con la baranda.

EMI.—¿Cómo?

M. LUZ.—Siga usted.

EMI.—Que usted me atrae de una manera tal, que casi he llegado a no pensar más que en usted, ni a querer hablar más que con usted, ni a desear otro momento que el momento de verla a usted. Cuando salgo por esos campos solitarios, y de improviso en mi camino la encuentro, no se expresar la alegría que me causa. Es algo infantil, algo muy sincero; yo diría que muy luminoso... No sé... ¿Qué significa esto, María Luz?

M. Luz.—Pues es bien claro; que va usted solo... y que de pronto tiene con quien charlar. Ni más ni menos. Ya me hago yo cargo de que la aparición de Acuña no le produciría a usted el mismo efecto; pero no hay más que esto que le digo, salvando la diferencia que existe entre Acuña y yo. A Acuña, por ejemplo, no le debe usted más que tabarras, y a mí me debe usted un poquito de gratitud.

EMI.—¿De gratitud?

M. Luz.—Así se llama ese sentimiento.

EMI.—¿Y un poquito?

M. Luz.—O un pocazo.

EMI.—¡Toda la que quepa en mi alma!

M. Luz.—¡Toda la que usted guste!

EMI.—Yo entré en Valle Sereno, lleno de amargura, entristecido; abrumado por un dolor que imaginaba que sería eterno. Todos los hombres, a poco que hayamos vivido, sentimos alguna vez la vanidad de un gran dolor, superior en nuestro concepto, al que sea capaz de sentir otro hombre cualquiera. Ese gran dolor ha ido calmándose, disipándose; como desprendiéndose lentamente del corazón. Mi espíritu, hora por hora, va recobrando su pérdida tranquilizada su equilibrio. Mi voluntad vuelve a ser mía. Voy sintiéndome sereno, fuerte dichoso... Todo esto se lo debo a usted.

M. Luz.—¿A mí, criatura?

EMI.—A usted.

M. Luz.—No lo crea usted, Emilio. No es a mí a quien usted le debe todo eso. Es a esta vida campesina, llena de sosiego y de paz, que temple la alma de los hombres que como usted son buenos. Se lo debe usted a los amaneceres en este Valle Sereno, risueños y alegres; a los aires puros de la mañana, en el mar o en el monte; a los paseos sin rumbo, ni en los paseos ni en la imaginación, abierta el alma a lo que le brindan los ojos, a la charla amiga, bajo los árboles sombríos: a los últimos rayos del sol, distintos cada tarde; a los múltiples colores del cielo; a la primera estrellita que asoma en él cuando llega la noche; al pío de un pajarito sonando solo en el silencio de los campos; a las noches claras; a las noches de estrellas; al sol que sale después de la tormenta... y que a usted le recuerda las paces hechas con una mujer... A todo eso le debe usted su dicha presente; no a mí. Ya sabe usted que yo siempre digo la verdad.

EMI.—En este caso...

M. Luz.—En este caso más que en ningún otro. Usted se convencerá con el tiempo. Rodarán los días, se irá usted a Madrid nuevamente, libre ya de la carga de sus tristezas, tornará a la lucha y a las pasiones, y cuando alguna vez el dolor vuelva a herirle... ¡qué poco se acordará de mí! ¡Y cómo suspirará, sin embargo, por estos campos siempre verdes, y por estos aires, y por esta vida!...

EMI.—¿Y de usted no he de acordarme entonces?

M. Luz.—En todo caso como se acuerda uno de una mariposa que le pasó ante los ojos un día, y a la que le atribuye supersticiosamente todo lo bueno que en aquel día le haya de pasar.

EMI.—¿Y si yo le dijera a usted, María Luz?...

M. Luz.—¿Y si yo le pidiera a usted que no me lo dijese?...

EMI.—¿Por qué?

M. Luz.—Porque va usted a cometer la primera tontería gorda de la temporada.

EMI.—¿Usted qué sabe?

M. LUZ.—¿No he de saberlo, hombre? Por poco observadora que yo sea, he visto bien claro que es usted un corazón inflamable y una cabeza inquieta. ¿Va usted a espetarme ahora que está enamorado de mí. Y yo, que sé muy bien que no hay tal amor, ni falta, voy a verme en el duro caso de darle usted unas calabazas como para usted solo. Y con las calabazas a cuestras, ¡a ver qué hace usted aquí el resto de la temporada! ¡Aguar todas las excursiones que nos queden!

EMIL.—Le suplico a usted, María Luz, que no eche esto a broma.

M. LUZ.—Si lo tomo en serio va a ser peor. ¿No lo comprende usted?

EMIL.—Pues aunque lo sea, le suplico a usted que no lo eche a broma.

M. LUZ.—Pues oiga usted en serio. ¿Qué idea tiene usted de mí? ¿No le consta a usted que yo quiero a un hombre, que tengo novio?

EMIL.—¿Que tiene usted novio?

M. LUZ.—¿Y se sorprende usted? Yo misma se lo he dicho ya varias veces...

EMIL.—Bueno; pero así... sin insistir en ello; de pasada.

M. LUZ.—Pues ¿qué quería usted? ¿Que se lo hubiera dicho en papel de ayeseta, o con un tamborilero y un bando? Pero, en fin, si no lo había creído, créalo firmemente: me quiere un hombre y yo le quiero a él. Estamos enamorados el uno del otro. Enamorados ¿lo oye usted? no así... con ganas de paliar. Es hijo de una familia que fué rica... y hoy está cuesta abajo, muy cuesta abajo. Esto, que es una desgracia, me ha unido más a él, naturalmente. Si no lo quisiera, habría seguido el parecer de mis padres, de mis hermanos, de mis amigas... y lo hubiera dejado solo con su ruína. Pero lo quiero, ¿sabe usted? lo quiero. El me quiere lo mismo y trabaja. Dios dirá. Cuando voy a Madrid, tantas personas me rodean vuelven al mismo tema: «Que eso es cosa perdida; que no levantará cabeza; que a dónde voy con ese hombre; que la sociedad; que la familia; que lo deje, que lo deje...» Pero vengo a Valle Sereno, y los árboles meciendo sus copas, y los arroyos saltando entre las peñas, y el aire frío acariciando mi frente, y el sol escondiéndose detrás de las montañas por las tardes, para pedirme cuentas de mi cariño al amanecer del otro día, me dicen incansablemente que lo espere, que le dé ánimos, que lo siga queriendo... Por eso, Emilio, como me halaga más que lo que allí me predicán lo que aquí me acuerdo, paso la mayor parte del año en Valle Sereno. (Pausa.) ¿Se ha convenido usted ya de que tengo novio?

EMIL.—Sí por cierto.

M. LUZ.—¿Y de que se iba usted a ganar unas calabazas morrocotudas?

EMIL.—Me he convencido de algo más.

M. LUZ.—¿De qué?

EMIL.—De que me las hubiera merecido. Y de otra cosa: de que los hombres nos merecemos a las mujeres.

M. LUZ.—Le diré a usted: mi novio a mí, sí. Pero tiene usted razón; por regla general son ustedes muy ligeros, muy casquivanos. El cariño en ustedes, cuando lo hay, jamás lleva las raíces tan hondas.

EMIL.—¿Se olvidará usted de mi impertinencia de esta tarde?

M. LUZ.—¿Quién habla de eso ya? Y usted, ¿se olvidará del proyecto de las calabazas que le he leído?

EMIL.—Procuraré olvidarme, ¡qué remedio!

M. LUZ.—Pues entonces... hasta mañana. Me marcho.

EMIL.—Hasta mañana.

M. LUZ.—Mañana iremos donde la lluvia no ha querido que vayamos hoy.

EMIL.—Iremos.

M. Luz.—Y... le voy a ser a usted franca; yo... màs tranquila que hasta aquí. Porque de algunos días a esta parte había notado en usted una verbosidad... un fuego.,.

EMIL.—Sí; tales, que me ha tenido usted que decir varias veces: «Cuidadito con la baranda.»

M. Luz.—Eso. Conque adiós. Hasta mañana, Emilio.

EMIL.—Hasta mañana, María Luz.

M. Luz.—No; pero si ha de quedarse usted con esa cara no me voy.

EMIL.—Mucho mejor si no se va usted.

M. Luz.—Muchas gracias; pero necesito irme ya.

EMIL.—¿Pues qué cara quiere usted dejarme?

M. Luz.—La que me encontré cuando vine: complacida y risueña...

EMIL.—Es que entonces no habíamos hablado de lo que hemos hablado.

M. Luz.—Es que yo quiero que esta charla nuestra pase por nosotros como las nubes de esta tarde han pasado por allá fuera; entristeciendo el campo un momento, pero alegrándolo después. ¿Entendido?

EMIL.—Entendido.

M. Luz.—Nuestra amistad ha de ser más fuerte, más sincera, desde este eve tormentilla. ¿No?

EMIL.—Sí.

M. Luz.—Pues lo dicho, ponga usted otra cara.

EMIL.—Si no tengo más que esta.

M. Luz.—Pues riase usted con esa que tiene.

EMIL.—¿Para qué he de reirme?

M. Luz.—Para que yo me marche tranquila. Ríase usted, hombre. ¿Ya no le hago a usted gracia? Ríase usted.

EMIL.—Ya me río; ya está usted satisfecha.

M. Luz.—Eso es otra cosa. Ahora sí que me voy. Hasta mañana.

EMIL.—Hasta mañana.

M. Luz.—Adiós. (Vase por el jardín. Emilio la contempla.)

EMIL.—¡Adorable mujer!... ¡Qué lección me ha dado esta tarde! (Vuelve Olimpia por la puerta de la derecha.)

OLIM.—Pero, ¿se ha ido ya María Luz?

EMIL.—Acaba de irse. Contemplándola estaba yo.

OLIM.—¡Qué cosas tiene! No se despide casi nunca. Pero, ¡mire usted que es simpática!

EMIL.—Muy simpática.

OLIM.—Rarilla de genio, ¿verdad? Pero buena, ¿verdad?

EMIL.—Verdad.

OLIM.—¡Qué lástima que tenga novio! ¿verdad?

EMIL.—Verdad.

OLIM.—¿Usted lo sabía?

EMIL.—Sí.

OLIM.—Pues nadie lo hubiera creído al verlo a usted tan... tan... tan tardán tan...

EMIL.—Pues lo sabía. Lo que no sabía era que María Luz lo quisiera como yo quiere. Bien es verdad que para comprender un cariño así, y aun para sentirlo, hay que hacer con el corazón lo que María Luz ha hecho con el suyo: sacarlo del pecho, y que lo oreen y lo purifiquen y lo fortalezcan los aires del campo y del mar.

OLIM.—¡Qué solemne! ¡Jesús! Siempre que habla usted con María Luz un

an rato, acaban ustedes por las nubes. (Por la puerta del foro salen don Manuel y don Laureano.)

D. MAN.—Emilio, ¿qué telegrama es ese de que me ha hablado María Luz?

EMI.—No sé, tío; no lo he querido abrir. ¿Teme usted quizás algo desagradable?

D. MAN.—No las tengo todas conmigo. ¿Quieres ver si es de Pizarroso?

EMI.—Voy a verlo. (Saca el telegrama y lo abre.)

D. LAUR.—Me ponéis en cuidado.

OLIM.—Y a mí.

EMI.—De Pizarroso es.

D. MAN.—¡Ay! ¿Qué dice? ¿Qué dice ese hombre?

EMI.—Escuche usted. (Como si leyera el telegrama. A don Manuel, a medida que oye, se le va demudando el semblante.) «Tranquilidad completa. No hay novedad alguna. Esté confiado. Puede quedarse ahí cuanto tiempo guste. Enhorabuena.—Pizarroso.»

D. MAN.—(Sin poder contenerse.) ¡Lo mato!

D. LAUR.—¿Eh?

D. MAN.—No; nada.

D. LAUR.—(Abrazándolo.) Chico, me alegro, porque me he llevado el gran esto.

OLIM.—Y yo también.

D. MAN.—(Echando chispas por los ojos.) Pero trae acá, tú, trae acá. ¿El telegrama dice eso?

EMI.—No, señor.

D. MAN.—¡Ah!

EMI.—Eso querría yo que dijera; pero dice una cosa bien distinta.

D. MAN.—¡Ah!

D. LAUR.—¿Cómo?

OLIM.—¿Qué?

EMI.—(Leyendo.) «Catástrofe inminente. Sociedad en peligro.»

D. MAN.—(Maquinalmente.) Junta el lunes.

EMI.—«Junta el lunes.» Cabal.

D. MAN.—Sí, si es que todos los lunes hay junta.

EMI.—«Ineludible su presencia. No hay apelación. Lo espero sin falta.—Pizarroso.»

D. MAN.—Eso sí; ese es el que yo estaba aguardando. ¡Maldita sea mi suerte! ¡Hay corazonadas en el mundo!

OLIM.—¡Qué contratiempo!

D. LAUR.—¡Pero esto es un rayo, Manuel!

EMI.—¡Qué lástima! ¡Usted que se encontraba tan a gusto!

OLIM.—¿Pero no volverá?

D. LAUR.—¿Cómo que nó? De aquí no sale sin prometerlo.

OLIM.—¿Y usted se va también, Emilio?

D. MAN.—No, no; ¡Emilio de ninguna manera! ¿Por qué he de ser yo tan oísta que lo arranque de esta felicidad?

OLIM.—¿Y no habría forma de ocultar que usted ha recibido el telegrama?

D. LAUR.—En todo caso... Pero, no, no... Comprendo que eso no puede

D. MAN.—Imposible. Es gravísima la situación. Son muchos intereses penes de mí. Y que hay que conocer a Pizarroso, y que fijarse en el telegrama que me ha puesto. (Lo lee recargando las tintas.) «Catástrofe inminente. Sociedad en peligro.» Una Sociedad industrial de que soy director: «Sociedad en

peligro. Junta el lunes.» ¡El lunes, y hoy es sábado! «Ineludible su presencia. No hay apelación. Lo espero sin falta.--Pizarroso.»

D. LAUR.—Aprieta, aprieta Pizarroso.

D. MAN.—(¡Como que se jugaba el destino!)

D.^a ANIC.—(Saliendo por la puerta derecha como si le hubiera oído el pensamiento) ¿Qué dice usted?

D. MAN.—Nada, doña Aniceta. ¿Qué he de decir yo? Lo dice todo este telegrama. Entérese usted.

D.^a ANIC.—Ya lo he oído.

D. MAN.—¡Adiós mis delicias del Valle Sereno; adiós mis madrugones ideales, con este buen amigo de la niñez; adiós mis conejitos amados; adiós mis perros y mis vacas; adiós mis puestecitas de sol; adiós mis partiditas de tresillo!... ¡Ay!

EMI.—Tío, principio y fin quieren las cosas. No se acongoje ni entristezca más de lo justo. Usted proméтанos volver si puede, y usted volverá.

D. LAUR.—¡Claro que volverá! ¿Verdad que volverás, Manolillo?

D. MAN.—¡Sí!

EMI.—Y sobre todo, ¿cuál fué su principal idea al venir a Valle Sereno? ¿No fué la de buscar para mí la salud del cuerpo y la del alma? Pues váyase tranquilo a Madrid, que una y otra las voy recobrando, y aquí me quedo yo dichoso y contento unos días más, por estar entre quien estoy... y por seguir respirando los aires puros de estos cerros y de estos valles, cuyo misterio he penetrado y cuya belleza ha sido mi mejor medicina. Váyase, váyase el tío satisfecho a aquel bullicio de la corte, que aquí queda el sobrino saboreando su placer la vida del campo, la descansada vida...

*la del que huye el mundanal ruido
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido.*

FIN DE LA COMEDIA



VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.
Economía por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID



PARA AUMENTAR DE PESO

tonificarse nervios y músculos
y adquirir buen apetito, tome el

HIPODERMOL

Filtros para agua "ARSO" son los más económicos y los que más rinden. Se sirven bueltas para todos los sistemas de filtros a precios reducidos. De venta:

Casa "ARSO," - Madrid

ORDENAL CISNEROS, NÚM. 28

la Novela CORTA

Después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, para complementar su apostolado de divulgación literaria va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada una de ellas una sola obra en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

Espronceda.—Patricio de la Escosura.—Martínez de la Rosa.—Enrique Gil.—Fernández y González.—Ortega y Frias.—Hartzenbusch.—Gerudis G. Avellaneda.—Pastor Díaz.—Iguals de Izco.—Navarrete.—Pérez

Esrich.—Pilar Sinués.

NOVELA HISTÓRICA

Patricio.—Cánovas.—Viceto.—Balazuer.—Navarro Villoslada.—Amos de Escalante.—Castelar.

NOVELA NATURALISTA

Fernán Caballero.—Miguel de los Santos Álvarez.—El solitario.—Mesonero Romanos.—Pereda.—Valera.—Clarín.—Selgas.—Alarcón.—Arturo Reyes.

También rendiremos un homenaje a la memoria de nuestros grandes escritores y poetas.

POETAS

Gorrilla.—Trueba.—Becquer.—Carolina Coronado.

ESCRITORES

Canivet.—Silverio Lanza.—Taboada.—Eusebio Blasco.—Alejandro Sawa.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, es- grandes novelas extractadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por la C. de Pardo Bazán, Rodríguez Marín, Azorín, M. Bueno y C. de Castro

Los números HONORAJE, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

FRINE

REVISTA FEMENINA CULTURAL

EL PRÓXIMO JUEVES

LAS VISITAS

SUMARIO

Leyes que las regulan.—Diversas clases de visitas.—Saludos.—Presentaciones.

Las visitas.—Saludos.—Maneras de saludar.—Cuando y como debe darse la mano.—Presentaciones.—Los ademanes.—Visitas de cumplido.—Visitas de pésame.—Visitas de boda.—Visitas después de un baile o una soirée.—Visitas de gracias.—Visitas de digestión o de sobremesa.—Visitas de despedida y de regreso.—Visitas de enfermo.—Visitas de nacimiento.—Visitas de caridad.

15 cénts.



**ES MUY
FACIL**

asegurar teóricamente que una lámpara de filamento metálico es la mejor y la que menos consume.

ES MUY DIFICIL

probarlo en la práctica con testimonios técnicos y de particulares, como únicamente puede demostrarlo la lámpara

OSRAM

NOVELA
DRAMATICA

DE LAS BRETÓN

cts.



EL DUO DE LA AFRICANA
Zarzuela en un acto
Miguel Echegaray

Stremo

LA NOVELA TEATRAL

Director: José de Urquía

Complemento de la Novela Corta

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar, pero cuya autorización **ya nos ha sido oficialmente otorgada.**

OBRAS PUBLICADAS

- 1 TRATA DE BLANCAS.—Felipe Trigo.
- 2 LA SOBRINA DEL CURA.—C. Arniches.
- 3 **EL MISTICO.**—Santiago Rusñol.
- 4 LOS SEMIDIÓSES.—Federico Oliver.
- 5 LAS CACATUAS.—Casero y G. Alvarez.
- 6 EL LOBO.—Joaquín Dicenta.
- 7 CHARIFO, LA SAMARITANA.—Torres del Alamo y Asenjo
- 8 **EL VERDUGO DE SEVILLA.**—García Alvarez y Muñoz Seca.
- 9 TODOS SOMOS UNOS.—J. Benavente.
- 10 EL REY GALAOR.—F. VillaeSPA.
- 11 LA CASA DE QUIRÓS.—C. Arniches.
- 12 F CAR XXI.—Muñoz Seca, García Alvarez y Pérez Fernández.
- 13 **EL RIO DE OKO.**—Paso y Abati.
- 14 SOBREVIVIRSE.—Joaquín Dicenta.
- 15 ALMA DE DIOS.—Arniches y García Alvarez.
- 16 **EL CARDENAL.**—L. Rivas y Reparaz.
- 17 EL POBRE VALBUENA.—Arniches y García Alvarez.
- 18 EL HOMBRE QUE ASESINÓ.—Traducción de Antonio Palomero.
- 19 LAS ESTRELLAS.—Carlos Arniches.
- 20 DOLOR.—FES.—Carlos Arniches.
- 21 **LA SEÑORITA DE TREVELEZ.**—Carlos Arniches.
- 22 SERAFINA LA RUBIALES.—Torres del Alamo y Asenjo.
- 23 ABEN-HUMEYA.—Francisco VillaeSPA.
- 24 EL SEÑOR FEUDAL.—Joaquín Dicenta.
- 25 **LA ETERNA VICTIMA.**—Felipe Trigo.
- 26 JIMMY SAMSON.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
- 27 LÓPEZ DE CORIA.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 28 LA GIOCONDA.—G. d'Annunzio. Traducción de Francisco VillaeSPA.
- 29 **PRIMAVERA EN OTOÑO.**—Martinez Sierra.
- 30 EL CRIMEN DE AYER.—Joaquín Dicenta.
- 31 EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO.—Traducción de Gil Parrado.
- 32 FRANCFORT.—Vital Aza.
- 33 LA REBOTICA.—Vital Aza.
- 34 **LA FRESCURA DE LA FUENTE.**—García Alvarez y Muñoz Seca.
- 35 PRIMEROSE.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
- 36 CIENCIAS EXACTAS.—Vital Aza.
- 37 Doña María de Padilla.—F. VillaeSPA.
- 38 **RAFFLES.**—Traducción de A. Palomero.
- 39 LA PRAVIANA.—Vital Aza.
- 40 EL GRAN TACANO.—Paso y Abati.
- 41 MIRANDOLINA.—Cristobal de Castro.
- 42 **GENIO Y FIGURA.**—Arniches, Abati Paso y García Alvarez.
- 43 LA GENTUZA.—Carlos Arniches.
- 44 LA VIJECITA.—Miguel Echegaray.
- 45 PARADA Y FONDA.—Vital Aza.
- 46 LA ALEGRIA DE LA HUERTA.—Paso y García Alvarez.
- 47 PETIT-CAFÉ.—Tristán Bernard.
- 48 LOS NOVELEROS.—Edmundo Roslan.
- 49 **ELECTRA.**—Benito Pérez Galdós.
- 50 TIQUIS MIQUIS.—Vital Aza.
- 51 **EL ÚLTIMO BRAVO.**—G. Alvarez Muñoz Seca.
- 52 LA MARCHA DE CADIZ.—García Alvarez y Lucio.
- 53 **DOÑA PERFECTA.**—Benito Pérez Galdós.
- 54 LA TIZONA.—Godoy y Alarcón.
- 55 MIQUETTE Y SU MAMA.—Robert Callivet.
- 56 **LOS CUATRO ROBINSONES.**—Muñoz Seca y García Alvarez.
- 57 LOS GEMELOS.—Tristán Bernard.
- 58 **LA LOCA DE LA CASA.**—B. Pérez Galdós.
- 59 GIGANTES Y CABEZUDOS.—Miguel Echegaray.
- 60 **DANIEL.**—Joaquín Dicenta.
- 61 EL CHICO DEL CAFETIN.—Torres del Alamo y Asenjo.
- 62 **REALIDAD.**—Benito Pérez Galdós.
- 63 LA SALA DE ARMAS.—Vital Aza.
- 64 **PASTOR Y BORREGO.**—García Alvarez y Muñoz Seca.
- 65 LA LEONA DE CASTILLA.—Francisco VillaeSPA.
- 66 **DOÑA CLARINES.**—Alvarez Quintero.
- 67 LA NOCHE DE REYES.—Carlos Arniches.
- 68 LOS CADEFES DE LA REINA.—Julio Moyrón.
- 69 **AMOR DE ARTISTAS.**—Joaquín Dicenta.
- 70 EL TERRIBLE PEREZ.—Arniches y García Alvarez.
- 71 **EL PATIO.**—Alvarez Quintero.
- 72 LA TEMPRANICA.—Julian Romea.
- 73 **TRAMPA Y CARTON.**—Muñoz Seca Pérez Fernández.
- 74 LA CORTE DE FARAON.—Perrín y Pajacios.
- 75 **LA ESCONDIDA SENDA.**—Alvarez Quintero.

OBRAS POR PUBLICAR

en breve

EL NIÑO JUDIO

zarzuela en dos actos original de **GARCÍA ALVAREZ** y **PASO** estrenada recientemente con extraordinario éxito.

EL DÚO DE LA AFRICANA

ZARZUEL^A EN UN ACTO Y TRES CUADROS, ORIGINAL DE

Miguel Echegaray

Música de

PERSONAJES

M. F. Caballero.

LA ANTONELLI. - AMINA. - DOÑA SERAFINA. - QUERUBINI. - GIUSSEPINI. - EL BAJO. - PÉREZ. - UN INSPECTOR. - Coro general.

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Salón de ensayar de un teatro. Un piano, bancos y sillas.

Pérez y Coro de señoras; después, entra el Coro de caballeros.

MÚSICA

(El Coro de señoras por la izquierda.)

CORO

Buenos días, Inocente; buenos días tenga usted.

PÉREZ

¿Cómo estais?

CORO

Perfectamente,

muchas gracias.

PÉREZ

No hay de qué

Venís muy tarde; yo me acaloro que aún está el coro sin ensayar.

Si el empresario llega y lo sabe, algo muy grave nos va a pasar.

CORO

Perdone usted.

Oiga, y la causa le contaré.

Comí a las siete, pero he comido de mala gana.

Sali del teatro a la una dada de la mañana.

Junto a la puerta del escenario me halló un amigo

que pretendía, como otras veces, cenar conmigo.

Si a usted le ofrecen

copa, café

y una tostada,

¿qué hiciera usted?

Sali de Fornos; y en el Casino dieron las cuatro.

¿Cómo a las once, don Inocente, venir al teatro?

Ay! ¡Qué delicia! ¡Lo que he dormido!

¡Lo que he soñado!

Soñé esta noche, entre otras cosas, que me he casado.

¡Ay! Estos sueños, ¡qué flojedad, y qué pereza me suelen dar!

PÉREZ

Pues, ojo, que a otra, ya no os admito más memoriales.

Os cuesta el sueño y el amiguito - cuarenta reales.

(Hay que reñirlas sin remisión; pero las pobres tienen razón.)

(Coro de caballeros por la izquierda.)

Buenos días, Inocente, buenos días tenga usted.

PÉREZ

¿Cómo están?

CABALLEROS

Perfectamente;

muchas gracias.

PÉREZ

No hay de qué.

(Vienen al proscenio.)

CABALLEROS

Juana, Pepa, Rita, Rosa, Celestina, Sinforosa, vuelve el rostro, mírame.

SEÑORAS

Pepe, Antonio, Roque, Lino,

Sinforoso, Celestino,

no te acerques, déjame,

Norma hicimos anoche;

somos vestales;

alejarnos debemos

de los mortales.

Cuidamos entre todas

fuego sagrado.

No me apagues el fuego

que es un pecado.

CABALLEROS

El ser sacerdotisa

no te alborotes;

Yo te adoro, y anoche

fui sacerdote.
No son matar el fuego
mis intenciones.
Para ese fuego traigo
yo unos carbones.

PÉREZ

¡Ay! ¡Qué de bulla estamos
por la mañana!
Señores, a los coros
de *La Africana*.

ELLAS

¡Déjame ya!

PÉREZ

¡A ensayar!

Pérez, Querubini y Coro

HABLADO
QUERUBINI

(Por la izquierda.)

Buon giorno, Pérez.

PÉREZ

Félices.

(¡El empresario! ¡Qué cara
de pocos amigos trae!)

QUERUBINI

¿Qué? ¿Non c'è nessuno?

PÉREZ

Hoy vardan

un poquito.

QUERUBINI

¡Maledetti!

La una del giorno.

PÉREZ

Sí; dada.

QUERUBINI

La una del giorno, é si deve
ensayare *La Africana*,
cinque atti, ¿non c'è tempo?
Sí; saranno tutt in cama
ancora, dorme que dorme,
tutti roncando, a la pata
suelta.

PÉREZ

El coro ya ha venido,
y sus órdenes aguarda.

QUERUBINI

¡Il córo! ¡Córo imbécile!
¡Cóme atsona é cóme canta!
¡Qué cuarto atto! ¡Qué salvaggi!
¡Qué prova, mio Dío! Chama
al coro.

PÉREZ

(¡Qué genio!) ¡Coro
de salvajes! (Llamando.)

UNO

¡Que nos llaman!

(El coro de caballeros viene al proscenio.)

QUERUBINI

Signori, nel quarto atto
ha veramente importanza
il coro. Siete salvaggi.

¿capite? Salvaggi... salva,
saiva...

PÉREZ

Sí, salvajes.

QUERUBINI

Eco.

Il povre Vasco di Gama
ha paura, vi suplica,
é vi prega, e vi domanda
perdón; é voi dite: «no»
ma voy lo dite con rabia.
¿Per qué? Perche sey salvaggi,
perche un salvaggi si arranca
il capello, morda, grita,
é con la sua voce ladra;
ma voy dite: «no» tranquilli,
senza moversi, con cara
di risa, é con le due mani
sempre dentro de la tasca,
del bol... bol...

PÉREZ

Bolsillo.

QUERUBINI

Ecco

Ma un salvaggi, per la Santa
Madonna, non ha bolsillo
perche ande fuera di casa
sin pantaloni. Pensate
in questo, é andate. Chiama
le donnine.

(Sale el Coro de Caballeros por la izquierda)

PÉREZ

¿A las señoras?

¡Coro de virgenes!...

Vaya,

se han vuelto sordas. ¡De virgenes!...

UNA

Pero, ¿es a nosotras?

PÉREZ

¡Anda!

¡Pues claro!

UNA

¡Como el librete
de otra manera nos llana!...

QUERUBINI

Nel teatro tutto é
convencionale, mia cara.
(El coro de señoras viene al proscenio.)
Ascoltate. Nel quarto atto
ha veramente importanza
il coro. Voi siete vérgine.
La vérgine e pura, casta,
tutta candore e modestia;
quando guarda, sempre guarda
al suelo, é ha le due mani
sempre l'una sopra l'altra
in questa forma. ¿Perché?
Perche e una vérgine candida;
ma voi cantate este coro
guardando tutta la sala

con gli occhi molti aperti.
e le brachi en ja... ja...

PEREZ

Jarras,

QUERUBINI

Ecco. Questo e *La Gran Via*,
ma questo no e *L'Africana*.

Pensate in questo e andate.

(Sono artiste di camama.)

Quella morenuccia e

veramente gua... gua...

PEREZ

Guapa.

(Sale el Coro de señoras por la derecha.)

QUERUBINI

Va bene. Si canta male,
molto male; ma si gana
denaro, molti quatrini.

Peri sera buona intrata.

Tremile trenta peseta

e una perra. Si guadaña

denaro. E una compañía

questa di ópera barata,

di verano. E mia esposa

la tiple, una sevillana

bellina, Antonia Jiménez.

Yo la chiamo nei programa,

nel cartello, la Antonelli

come il cardenale. Brava.

¡Prima donna! ¡E mia esposa!

Non la pago; e la impresaria.

La contrato e mia figlia.

Non lo pago. ¡Figlia amata!

Il caricato e mi tío.

Non lo pago. ¡C'e confianza!

Il coro non e pariente

mío; ma come canta

molto male, non lo pago.

Il tenore... e una estatua

di biscuit; piccolo, piccolo...

ma, ¡qué voce, qué garganta!

¡E un tenore *gratuito*.

Non canta per la villana

moneta, per il metale

vile; per la gloria canta.

Canta per amor al arte.

E escapato de sua casa,

e escapato de sua madre,

e andato a buscarmi a Italia

per cantar al lato mío

Puritani e la *Sonámbula*

¡Mío Dio! ¡Un tenore gratis!

Non lo pago. Non si paga

quì a nadie. Per me tutto;

il Querubini de Parma,

impresario, direttore,

baritono... ¡Bella intrata!

¡Tre mile trenta peseta

e una perra! Per mè, hasta.

Le tre mile franchi al Banco:

le trenta peseta a casa
per mangiare o per bere;
la perra per una caja
di fósfori. E una compañía
questa di ópera barata.

Dicho; Pérez, por la derecha.

PEREZ

¡Señor Querubini!...

QUERUBINI

¿Qué?

PEREZ

Para el cuarto acto hace falta
decoración.

QUERUBINI

¿Cómo, cómo?

PEREZ

Es necesario pintarla.

QUERUBINI

¿Pintare? ¿Non c'e un giardino?

PEREZ

Sí que hay jardín.

QUERUBINI

Ecco, basta.

PEREZ

Pero el jardín representa
la calle de las estatuas
del Retiro.

QUERUBINI

Ma ¿ché importa?

PEREZ

El Retiro no está en Asia.
Aquella vegetación
hermosa...

QUERUBINI

Non sa botánica
il público. Questo e un público
di verano; gente ignara.

PEREZ

Pero ¿y las estatuas?

QUERUBINI

Sono
esfinges. Sopra las tablas
e tutto convenzionale.

PEREZ

Está bien. ¡Ah! Me olvidaba...
Pide el sastre cien pesetas...

QUERUBINI

¡Centi peseta!

PEREZ

Por cada
traje de obispo.

QUERUBINI

¿De obispi?

Allora in questa *Africana*
non c'e obispi.

PEREZ

¿Y el Concilio?

QUERUBINI

Non c'e Concilio ni nata.

PEREZ

Bien, bien.

QUERUBINI

Nel Teatro Reale

que si paga la butaca
tre duri puo presentarsi
obispi, ma in temporata
di verano, a due peseti,
imposible. C'e abastanza
qui con cuatro sacristani,
que sono cuatro sotanas.

PEREZ

Mas *Los cuatro sacristanes*
es una obra celebrada
de Vega.

QUERUBINI

¿Qui e questo Vega?

PEREZ

Un hombre de mucha fama.

QUERUBINI

¿Un tenore? Andate, andate.

PEREZ

Voy.

QUERUBINI

Gli obispi per il Papa.

(Sale Pérez por la derecha.)

Querubini; Amina, por la izquierda.)

AMINA

¡Patre mio!...

QUERUBINI

¿Vieni sola?

AMINA

Vengo senza la madrastra.

QUERUBINI

Chíamala matre.

AMINA

Non posso.

Non la amo e non mi ama.

¿Non c'e il tenore?

QUERUBINI

Non c'e.

AMINA

Cóme tarda.

QUERUBINI

Sempre tarda

AMINA

¡Ah! ¡Cóme he cantato ieri!

¡Ah! ¡Qué Marta!

QUERUBINI

(Cantado.) ¡Marta... Marta!

AMINA

¡Ah! ¡Come un angelo!

QUERUBINI

¡Gratis!

Como un angelo, mía cara.
Canta per amor al arte.

AMINA

No; per amor a la mamma,
a tua esposa.

QUERUBINI

Taci, taci.

¡Una bugia, una infamia!

AMINA

¡Ah, patre! Io non dovrei
dírtelo, ma sono pazza.

QUERUBINI

¿E perché lo dichi tutti
i giorno de la semana?

AMINA

Per acostumbrarti. Vieni
a parlare in mía stanza
soli.

QUERUBINI

¡Ah! la gelosía,
cóme mi morde nel ánima.

AMINA

E bella, ma non é buona.

QUERUBINI

¿Sará vero? ¿Sará falsa?

¿Costará caro il cantare

barato? ¡Ah! Sventurata,

¿sai qualche cosa?

AMINA

Ho veduto.

QUERUBINI

¿Hay veduto? Vieni e parla. (Salen.)

La Antonelli, Giussepini y el coro

MÚSICA

GIUSSEPINI

(Por la derecha, con el coro de señoras.)

Amigas mías y compañeros;
celebro mucho volver a veros.

ANTONELLI

(Por la derecha con el coro de caballeros.)

¡Oh, compañeros y amigas mías!

Saludo a todos. Muy buenos días.

ELLOS

Para nosotros es un honor
ver a la tiple, ver al tenor.

ELLAS

Qué resalada, qué coquetona,
y qué elegante la prima donna!

ELLOS

pero ¿no habéis visto (Bajo.)
qué disimulado?

Ella por la izquierda
y él por otro lado.

ELLAS

Pero ¿no habéis visto
qué disimulada?

Entra y no le mira
ni le dice nada.

GIUSSEPINI!

Signora Antonelli... (Saludando.)

ANTONELLI

Signor Giussepini... (idem.)

CORO

No se dan la mano.

¿Si serán pillini?

ANTONELLI

Yo soy la tiple, yo sov Lucía...

CORO

Tú eres la misma del otro día.

ANTONELLI

Yo hago de Saffo, de Margarita...

CORO

Y es del tenore la favorita.

ANTONELLI

Soy una tiple; pero ligera.

CORO

¡Ay! Eso pronto lo ve cualquiera.

ANTONELLI

Mas también canto *Norma* y *Otelo*.

CORO

Es porque quiere lucir el pelo.

GIUSSEPINI

Soy el tenore; canto italiano.

CORO

Y si es preciso, canta en la mano.

GIUSSEPINI

Soy el *Otelo*, soy un celoso.

CORO

Tú eres un pillo muy paligroso.

GIUSSEPINI

Me gusta *Marta*, me gusta *Norma*...

CORO

Siendo mujeres, él se conforma.

GIUSSEPINI

Pero me gusta más la *Traviata*,

CORO

Eso se llama meter la pata.

ANTONELLI

Pero aunque canto

Fausto y *Gioconda*...

GIUSSEPINI

Aunque el bel canto
fué mí pasión...

ANTONELLI

soy andaluza

soy sevillana.

GIUSSEPINI

Yo soy baturro,

soy de Aragón.

ANTONELLI

Yo he nacido muy chiquita

y nací muy avispada,

y nací muy graciosa,

y nací muy desgraciada.

No sé ni donde he nacido,

si en una o si en otra orilla,

Sevilla dice que en Triana,

Triana dice que en Sevilla.

No tengo pare,

no tengo mare,

ni quien me quiera,

ni quien me ampare.

¡Ay, de mí!

Que desgraciada vivi

hasta que te conocí.

GIUSSEPINI

¡Ay, de mí!

Qué desgraciada vivió
hasta que me conoció.

CORO

¡Ay, de mí!
que desgraciada vivió
hasta que le conoció.

ANTONELLI

El puente tiene seis ojos;
yo tengo dos solamente,
y echan mis ojos más agua,
que los ojitos del puente.

Granada para belleza;

Sevilla para jipíos,

para mirar con tristeza

y amor, los ojitos míos.

No tengo pare, etc.

¡Ay, de mí!, etc.

GIUSSEPINI

¡Ay, de mí!,

CORO

¡Ay, de mí!, etc.

Qué desgraciada vivió

hasta que le conoció.

Dichos y Querubini; Amina por la izquierda.

HABLADO

QUERUBINI

¿Ma cosa e questa? ¡Qué strépito,
qué gritti! ¿Questo e un teatro
di opera italiana, o e
un café cantante? ¡Oh, escándalo!

ANTONELLI

Vamos, hombre, no te enfades.

Parece que estás cantando

Il Furioso. Somos todos

españoles, no italianos,

ya lo sabes, aunque todos

dedicados al bel canto,

y a todos nos enamora

recordar de vez en cuando

las canciones de la tierra

que tienen tan dulce encanto.

¿En dónde me has conocido?

¿Fué en Venecia, fué en Milano,

o fué en Sevilla? En Sevilla

un día del mes de Mayo,

en la calle de las Sierpes...

¡Ay! Serpentón que enroscado

a mi cuerpo desde entonces

no me dejas dar un paso.

Yo estaba tras una reja

aprisionada en un marco

de rosas y margaritas,

de claveles y geráneos...

Tu pasaste y te quedaste

mirándome con un palmo

de boca abierta; y yo a tí

con los clisos entornados.

Pero tú no me digiste:

«Lucía, Linda, io t'amo.»

Tú gritaste: «Olé, tu mare,

viva tu gracia. Yo mato
a tu pare, si el ladrón
se opone a que nos queramos.»

QUERUBINI

¡Eco, il ladrone del padre,
viva tu madre e tuo garbo!
¡E vero!

ANTONELLI

Yo te he seguido
y te di mi blanca mano,
y por tí canto *El Barbero*,
la *Sonámbula* y el *Fausto*
todo lo que no me gusta;
pero deja que en mis ratos
de ocio y de expansión, recuerde
las canciones de allá abajo,
y que alguna vez me arranque
por lo jondo y por lo alto,
y me dé dos pataditas
o tres, si es que llega el caso.

QUERUBINI

¡Oh! Sí; perdonami e dami
dos pataditas.

ANTONELLI

¡Gitano!

QUERUBINI

¡Carina!...

ANTONELLI

¡Cómie sei buonol

QUERUBINI

(Yo amo molto il denaro;
ma amo piu la mia donna
que e bellina come un ángel
e si e vero que il tenore
mi tradisce... ¡Per Dio santo!...
¡Non canta piu! Ma e un tenore
gratis.)

GIUSSEPINI

(Bajo a la Antonelli.) Escandalizamos
esta noche. Espero el dúo
con verdadero entusiasmo,
africana de mi vida.

ANTONELLI

(¡Ay, Dios mío! ¡Qué pesado!)

AMINA

Patre... la mira. (Bajo.)

QUERUBINI

¡La mira!

AMINA

E la parla basso. (Bajo.)

QUERUBINI

¡Basso!

AMINA

E la mamma ride. (Bajo.)

QUERUBINI

¡Ride!

(¡Oh! ¡La gelosia! Vado
a vedere.) (Se acerca a Giussepini.)

GIUSSEPINI

¡Oh! ¡Querubini,

amico del alma!...

QUERUBINI

¡Oh! Caro...

¿Perché parlate così?

GIUSSEPINI

¿Cómo hablo yo?

QUERUBINI

Piano, piano.

GIUSSEPINI

Tengo muy mal la garganta,
se me irrita en el verano,
y la voz es un tesoro
y es preciso no gastarlo.
Ayer noche rocé un *do*
y cogí un *mi* por milagro,
y un *fa* casi se me fué...
El *sol* me hace mucho daño.
¡Ay, Querubini! La gola...
(Tocándose la garganta.)

QUERUBINI

Taci, taci. (¡Sono pazzo!

¡Poverino e inocente!)

(Vuelve a Amina.)

Vedi il tenor parla basso
per la gola.

AMINA

¿E perché ride
la mamma? Sempre a suo lato.
¡Ser piu tonto que una mata
de habi!

QUERUBINI

¡Ah! Tu sei un Yago.

Lasciami. (La gelosia
mi morde.) (Amina sale.)

Dichos, menos Amina.

GIUSSEPINI

¿Qué? ¿No ensayamos?

QUERUBINI

¡Súbito!

GIUSSEPINI

Quiero pasar

(Siempre a media voz.)

el dúo del cuarto acto.
Estoy muy poco seguro;
tengo timidez, no ataco
las notas con valentía
y estoy temiendo un fiasco.

QUERUBINI

¿Qué fiasco? Maestro: il dúo.
(A Pérez.)

PÉREZ

¡Signora Antonelli!...

QUERUBINI

¡Andiamo!

(La Antonelli y Giussepini empiezan a cantar
el dúo del cuarto acto de «La Africana».
Giussepini, dice la frase «Oh, mia Selika», y
la concluye dando un abrazo desesperado a
la Antonelli. Risas del Coro.)

QUERUBINI

(Levantándose escamado.)

Un momento. Non é questo.

Avete dato un abbraccio poco artistico, brutale.

ANTONELLI

(¡Jesús, y cómo ha apretao!

QUERUBINI

Il teatro non é sempre la verita. Nel teatro basta un abbraccio elegante, leggiero...

ANTONELLI

(Se ha aprovechao.)

QUERUBINI

Guardate. Sono il tenore. Con due dite de la mano (Va indicando con la acción lo que dice.)

destra io toco il corpo, lo toco senza tocarlo, questo é una fórmula: é poi con due dite de la mano sinistra io prendo un dito de la mano destra, é canto senza sofocarmi. Andate é probate. Cominciamo.

(Vuelven a empezar el dúo. Dice la frase «¡Oh mia Selikal» y la abraza con más furia que antes. Querubini da un salto en la silla.)

QUERUBINI

Ma, per Dío... non cosi. ¡Abbracciate come un náufrago que prende un leño nel mare!

GIUSSEPINI

¡Querubini, el fuego sacro de la inspiración.

QUERUBINI

(Il fuoco...)

il fuoco...)

GIUSSEPINI

Yo soy esclavo del arte.

QUERUBINI

Ma la morale...

¿Son io un santo de palo? Son il marito; il marito é qui. ¡Tu dei respetarlo!

GIUSSEPINI

Yo no puedo dar un sí natural, si no me agarro a la tiple.

QUERUBINI

Pues lo date artificiale, ¡qué diávolo! é non mi achuchate piu la mia esposa. Non c'e ensayo, non c'e prova, ¡Tutti a casa! (Furioso.)

ANTONELLI

¡Ay! estás desatinao.

¡Jesú, que desaborto te pones y que antipático! ¡Celosillo! Si eres tú el único que yo guardo aquí, muy dentro, con siete cerrojos y tres candados para que no te me vayas.

QUERUBINI

¡Indechente questo Vasco! Canta gratis; ma lo gratis hago de egli un pizzicatto. (Sale la Antonelli y Querubini.)

GIUSSEPINI

La donna e móbile, qual piuma al vento, muta d' acento e di pensieri. (Sale.)

CORO

MÚSICA

ELLAS

Se marcha furioso y desesperado, porque el tenorino se le ha propasado.

ELLOS

Y el otro, cantando, se marcha diciendo: lo que es esta breva ya se está cayendo.

ELLAS

Si el pobre supiera...

ELLOS

¿Qué sabes, acaba?

ELLAS

¡Si alguno nos oye!

ELLOS

¡Se fueron de aquí!

¿Qué sabes tú, qué sabes, di?

ELLAS

¿Prometes callarlo?

ELLOS

No dudes de mí.

Empieza ya.

ELLAS

Ven, pues, aquí.

(Todos al proscenio.)

Se asegura que la tiple y el tenor, ya en Sevilla se miraban con amor.

Y que en Cádiz y en Valencia y en Palermo y en Florencia todo el mundo lo notó.

ELLOS

¡Todo el mundo lo notó!

ELLAS

Que en el Fausto se entusiasman sin querer, y un escándalo una noche

puede haber;
 pues alerta ya el marido
 y de celos encendido,
 dividirle quiere a él.
 Junto al cuarto de la tiple,
 la otra noche oí decir:
 «¡Silencio, prudencia,
 aparta de aquí!»
 Y otra voz que no es la de ella,
 contestaba con pasión:
 «¡Escucha, bien mío,
 atiende, por Dios!»

ELLOS
 ¿Será verdad?

ELLAS
 Sí que lo es.

ELLOS
 Cuento será.

ELLAS
 Yo lo escuché.

(Observan si los oyen y vuelven al proscenio)

También oí
 aunque estaba muy violenta..

ELLOS
 ¡Habla! ¡Dilo! ¡Cuenta!
 ELLAS

Allí lo oí,
 y pensé morir de risa.

ELLOS
 Sigue! ¡Pronto! ¡A prisa!
 ELLAS

Pues lo que oí...
 todas juntas lo escuchamos.

ELLOS
 ¡Dale! ¡Bueno! ¡Vamos!
 ELLAS

Pues lo que oí
 no lo puedo yo decir.

ELLOS
 ¡Ja, ja, ja, ja!

ELLAS
 ¡Ay! ¡Querubini.
 esto va malo:
 no escapas de esta:
 ¡pobre empresario!

ELLOS
 ¡Ja, ja, ja, ja!

ELLAS
 Será el final...

(Les habian al oído. Exclamación de asombro.)

TODOS
 ¡Lo que puede sucederte
 no lo quiero ni pensar!
 ¡Por Dios, callad;
 chito, chito, chito!
 ¡Por Dios, chist,
 no se vayan a enterar!
 Lo que aquí va a pasar
 no lo quiero ni pensar.

CUADRO SEGUNDO

Telón corto. El cuarto de Querubini. Dos
 puertas al fondo cubiertas con cortinas.
 El Bajo y Amina. Amina, perseguida por el
 Bajo, entra por la izquierda. Ambos ves-
 tidos con los trajes de «La Africana»; él
 con el de gran sacerdote de Brahma y
 ella con el de Inés.

HABLADO
 BAJO

Amina; por Dios, no huyas
 ¿Me tienes miedo?

AMINA
 Lasciátemi.

Rispetate il camerino
 del direttore, di mio padre.
 Questo nomo lo detesto.
 Cossi brutto e cossi grande.
 Questo signore e mia sombra.

BAJO
 Tu sombra porque me atraes.
 Amina; te quiero mucho.

AMINA
 ¡Ah! ¡Que voce sepulcrale!...
 Di becherro. Se mi sembra
 que canta questo animale
 li ofizzio de difuntí.

BAJO
 ¡Amina!

AMINA
 Non mi secate.

BAJO
 ¡Amina, te quiero mucho!

AMINA
 Me ataca i nervi. ¡Parlami
 di amor vestito cosi
 di sacerdote!

BAJO
 Me atraes.
 Tú me querrás algún día,
 ¿no es cierto, Amina?

AMINA
 ¡Giammai!

BAJO
 ¿Serás mi esposa?

AMINA
 Mai piu,
 ¿la esposa di un elefante?

BAJO
 No me insultes.

AMINA
 ¡Preferisco
 morire vérgine e mártire!

BAJO
 ¡Tú serás mía!

AMINA
 Non voglio.

BAJO
 ¿No? ¡Por la fuerza!

AMINA

¡Ah, brigante!

BAJO

(riendo los brazos.)

¡En a mis brazos.

AMINA

¡Socorso!

Socorso!

BAJO

¡Silencio!... ¡callate!

(Los y Querubini, por el fondo de la izquierda, vestido de Nelusco.

QUERUBINI

¿Qué cosa c'e?

BAJO

No pasa nada.

AMINA

¿Est' uomo.

QUERUBINI

¿Qué cosa fai

mió camerino?

BAJO

Nada.

QUERUBINI

(Agora, va in altra parte.

(El Bajo por el proscenio de la derecha)

AMINA

¿Este basso, patre mío,

¿no noia. Sempre pisándomi

los onni. E innamorato

de mí; ad ogni instante

me taca a la mía virtud.

QUERUBINI

¿A la tua virtud?...

AMINA

Cabale,

¿Incomencible. Saró

esta como mía madre.

BAJO

¿Como tua madre, così.

¡Ah! Se sapessi que in Nápoli,

¿me e escapata con un

capitano di gendarmi...)

AMINA

¿No amo questo oso.

¿No un alto, ¿non lo sai?

QUERUBINI

¿No lo so.

AMINA

Amo il tenore.

QUERUBINI

¿Ah! ¡Q'imbroglio così grande

esto! Il basso a la contralto

¿me con amore infame;

¿el contralto ama il tenore;

¿el tenore, que un pillastre,

¿me a la tiple; mía moglie

¿me si cadde o non cadde

¿me il tenore; mía figlia

¿me iste al basso cantante,

ma a tenore non resiste,
que con il tenore e frágile,
ed io lo pago tutto
come esposito e come patre,
e sono disonorato
qui per le cuatro costati.)

AMINA

¡Ah, patre! Fammí felice.

QUERUBINI

¿E come, mía figlia?

AMINA

¿Cásami

con il tenore!

QUERUBINI

E una idea,

lo ti caso e tú ti parti
con lui. E una soluzzione.
Aspetta. Vado a probare
fortuna.

AMINA

¡Oh! ¡Si!

QUERUBINI

¡Giussepini

(Llamando desde la puerta del fondo.)

¡vieni! Tú ascóltame e taci.

Dichos, Giussepini, por la derecha del fondo,
con el traje de Vasco de Gama.

GIUSSEPINI

Mi querido director,

¿me llama usted?

AMINA

(¡Qu' elegante!)

¡Qué bello! E una porselana
di Sévres per colocarli
nella rinconera, in casa.)

GIUSSEPINI

¿Qué sucede?

QUERUBINI

Ho da parlarti.

GIUSSEPINI

(Hablando a media voz.)

Siempre a las órdenes yo

de mí director amable.

QUERUBINI

(A Amina.)

Parla basso per la gola.

AMINA

E inocente como un pájari.

QUERUBINI

Vieni, Giussepini.

GIUSSEPINI

(Se acerca.)

¡Vengo!

AMINA

(¡Mi da rubore mirare!)

QUERUBINI

¿Hay tú veduto mía figlia?

GIUSSEPINI

Una niña interesante.

QUERUBINI

¡Quéla boca!

GIUSSEPINI
Es una rosa.
QUERUBINI
¡Quégli occhi!
GIUSSEPINI
Dos luminares.
QUERUBINI
Il nasso...
GIUSSEPINI
Es un naso griego.
QUERUBINI
La barba...
GIUSSEPINI
No hay dos iguales.
¡La barba de una barbiana!
QUERUBINI
¡Tú sí que sei un barbiana!
¿L'hai veduto bene?
GIUSSEPINI
Sí.
QUERUBINI
Tú aspetta qüi; e tú lasciami.
(Sale Amina por la izquierda.)
Querubini y Giussepini.
QUERUBINI
Giussepini; ¿tú voi essere felice?
GIUSSEPINI
Sí; mas no es fácil.
QUERUBINI
Casa mía figlia.
GIUSSEPINI
¿Tu hija?
QUERUBINI
Ella é pura come gli ángel.
MÚSICA
QUERUBINI
Casa mía figlia. E una bambina interesante, graziosa é fina. Non gasta niente, tú bien lo sapi, é va vestita con cuatro trapi. Non proba apena gli macarroni, perche ella vive degli ilusioni. Sempre ha connigo bona contrata. Infine é buona, bella é barata.
QUERUBINI
Yo no he nacido para casado, porque estoy siempre muy delicado. Adoro el arte, cantar me halaga, y el matrimonio la voz apaga; y entre caricias y asiduidades, se pierden todas las facultades. Amo la escena, y ese es mi puesto. Yo quiero siempre vivir honesto.
QUERUBINI
(¡Ah, frippone!
Non ha forza per casarsi questo tfo.
¡Ah, canaglia

maledetto!
Egli ha forza per un lio.)
GIUSSEPINI
(¡Ah! ¡Qué largo!
¡qué cuñito!
¿Quién lo pudo sospechar?
Con la niña impertinente me quería emparejar.)
QUERUBINI
Non ho detto niente.
GIUSSEPINI
(Somos dos tunantes.)
QUERUBINI
Tan amici siamo...
GIUSSEPINI
Como fuimos antes.
QUERUBINI
Per tu bien lo dico.
GIUSSEPINI
Por mi bien, es claro.
QUERUBINI
¡Giussepini amico!
GIUSSEPINI
¡Querubini caro! (Abrazándose.)
QUERUBINI
(¡Ah! Non quiero la mía figlia; é mía donna, ya lo sé. Il lugare di casarti, que me case io per té.)
GIUSSEPINI
(Si es Antonia la que quiero, y si no me desprecio, si con ella se ha casado, ¿para qué casarme yo?)
QUERUBINI
Non ho detto niente
GIUSSEPINI
(Somos dos tunantes.)
QUERUBINI
Tan amici siamo...
GIUSSEPINI
Como fuimos antes.
QUERUBINI
Per tu bien lo dico.
GIUSSEPINI
Por mi bien, es claro.
(Abrazándose.)
QUERUBINI
¡Giussepini amico!

GIUSEPINI

¡Querubini caro!

(No me la das.)

QUERUBINI

(No me la das.)

GIUSEPINI

(Si eres tú pícaro,
yo lo soy más.)

QUERUBINI

(Ti ammazzaré.)

GIUSEPINI

(Te la daré.)

QUERUBINI

(Sempre in ridicolo
sono per te.)

GIUSEPINI

(¡Pobre de tí!)

QUERUBINI

(¡Pobre de tí!)

GIUSEPINI

(¡Eres muy cándido
tú para mí!

¡Qué mascarón!

¡qué fué está!)

QUERUBINI

(Il traditor
la paguará.)

GIUSEPINI

mpre amigos. (¡Inocente!)

QUERUBINI

mpre hermanos. (Sei un vil.)

GIUSEPINI

mpre unidos. (¡Pobrecito!)

LOS DOS

razándose.)

¡Siempre así!

QUERUBINI

(¡Morto serás!)

GIUSEPINI

(No me la das.)

LOS DOS

(Si eres tú pícaro,
yo lo soy más.)

QUERUBINI

(¡Pobre de tí!)

GIUSEPINI

(¡Pobre de tí!)

LOS DOS

(¡Eres muy cándido
tú para mí!)

QUERUBINI

¡Mío diletto!

GIUSEPINI

¡Caro amico!

QUERUBINI

¡Sempre uniti!

GIUSEPINI

¡Siempre así!

QUERUBINI

(¡Ah canaglia

malandrín!

CIUSEPINI

(¡Ah, bendito

Querubín!)

LOS DOS

(Abrazándose.)

¡Ah!

siempre así.

HABLADO

QUERUBINI

¡Non parliamo piu di questo.
Ascoltami. Voglio darti
un consiglio.

GIUSEPINI

A mí me manda

mi director,

QUERUBINI

¡Tante grazie!

Pensa a me cantando el dúo.

Esta noche ho un ataqui
di nervi o son mal disposto,
e il dúo va a acabar male.

GIUSEPINI

Lo cantaré a dos centímetros
de la triple.

QUERUBINI

Ponli quatri.

PEREZ

(Por el fondo.)

¡Señor Querubini!...

QUERUBINI

Vado

(¡Ah! ¡Se non cantara gratis!...

(Querubini sale por el fondo de la derecha.)
Giusepini, la Antonelli con el traje de Selika
por el proscenio izquierda.)

ANTONELLI

¿No está aquí mi marido?

GIUSEPINI

Ya le han llamado.

Ahora canta en escena.

Si él se ha marchado

yo aquí me quedo.

Por fin estamos solos.

ANTONELLI

¡Jesús, qué miedo!

GIUSEPINI

Ya sé que no le tienes,
que eso no reza
contigo, que te han hecho,
cual fortaleza,
más de granito.

ANTONELLI

Pero, estando a tu lado,
me debilito.

GIUSEPINI

Tú no eres africana
ni eres Selika,
eres una andaluza
graciosa y rica

que sal derrama.

ANTONELLI

Vaya, hoy está de queda
Vasco de Gama.

GIUSEPINI

Yo vivía en mi pueblo,
y era un salvaje;
mas te ví en el teatro
con ese traje,
que ya maldigo,
y, dejando a mi madre,
me fuí contigo.

Canto aprendí en Italia;
dí el «do» de pecho;
porque te han hecho tiple,
tenor me han hecho,
mal y de prisa,
y si tú fueras monja
cantara misa.

Tú, a este pobre baturro
le has cepillado.

Aun estoy algo tosco,
¿no lo has notado?

ANTONELLI

¡Jesús, qué pilló!
Hijo, no me confundas!
con un cepillo.

GIUSEPINI

Yo mato a Querubini
por ser tu esposo. ¡
Tengo, Antonia, un deseo,
ciego, espantoso,
desesperado,
de darle ese disgusto...
de que te he hablado.
Ven a mi fortaleza,
duro granito.

ANTONELLI

Me asustas. A tu lado
me debilito.

GIUSEPINI

Pues, no asustare.
El sexo *débil* debe
debilitarse.

MÚSICA

ANTONELLI

Comprende lo grave
de mi situación,
y escúchame, Vasco,
y ten compasión.

Tranquila he vivido,
y honrada y dichosa;
mas, ¡ay! que has venido
y estoy muy nerviosa.

¡Estoy trastornada!
perdí la chabeta.
Pepito te llamo
cantando *El Profeta*.

Márchate ya.
Mamá te llora;

vé con mamá.

GIUSEPINI

Africana gitana
nacida muy cerca
del puente Triana,
¿por qué te vi yo,
y por qué tu mirada
que amores decía,
clavada en la mía,
por qué me engañó?

ANTONELLI

¡Ay! baturro fogoso,
nacido muy cerca
del Ebro famoso,
¿por qué te vi yo,
y por qué tu cariño
de noche y de día
con loca osadía
por qué me siguió?

GIUSEPINI

Africana gitana
nacida muy cerca
del Puente Triana,
si yo te seguí,
es que, al verte, la muerte,
temiendo no verte
muy hondo y muy dentro
del alma sentí.

ANTONELLI

¡Ay! baturro fogoso
nacido muy cerca
del Ebro famoso,
no sigas ya más,
que pierdes el tiempo
conmigo, alma mía;
y al fin algún día
te arrepentirás.

No debo escucharte;
no insistas, por Dios.
Tu pueblo te llama.

GIUSEPINI

Nos llama a los dos.

ANTONELLI

Llorando, que partas
te pido esta vez.

GIUSEPINI

Si quieres que parta,
contigo ha de ser.

ANTONELLI

¿Huir yo contigo?

No sueñes así.

GIUSEPINI

Verás qué dichosos
seremos allí.

GIUSEPINI

No cantes más *La Africana*.
Vente conmigo a Aragón,
y allí la jota, que es gloria,
nos cantaremos los dos.
Vente conmigo y no sientas

Guzmán y Portocarrero
Calatrava y Capetillo,
viuda de Lanuza.

QUERUBINI

¡Ah!

SERAFINA

Yo soy. Deme usted mi hijo
que por él vengo dispuesta
a todo.

QUERUBINI

Ma ¿qui é suo figlo?
lo non so.

SERAFINA

El que me ha robado,
el que ha desaparecido
de mi casa hace diez meses,
mi pobre Pepe.

QUERUBINI

(¡Gran Dío!

¡E la matre del tenore!)

¡Ay, desventurado hijo!

SERAFINA

Le busqué por toda España;
pero en balde. ¡Los suspiros,
las lágrimas que me cuesta!...
Ayer, por fin, los amigos
de casa, con toda clase
de precauciones, me han dicho:
el desventurado Pepe
por pueblos y por caminos
anda cantando con una
compañía de bandidos.

QUERUBINI

¿Cóme banditi?

SERAFINA

Ahora está

en Madrid.

QUERUBINI

¿Yo un bandito?

SERAFINA

Corrí al tren como una loca,
subí a un coche, y he venido
echando chispas y fuego
por mis ojos encendidos;
y, de horror, traje de punta
los pelos todo el camino.
Desde la estación aquí.

Mi lijo... mi Pepe... ahora mismo

QUERUBINI

¡Va a cantare!

SERAFINA

Ya no canta

Entro por él y lo impido.
Me aleja mi educación
de escándalos y bullicios;
mas si mi carácter vence,
no sé qué haré.

QUERUBINI

Un momentino.

(El teatro pieno!... ¡Tre mila

peseta!... ¡Qué compromiso!)

SERAFINA

¡El divirtiéndose a la gente
sobre inmundo tablادillo!
¡El afeitado y peinado
con pelucas y postizos!
¡El, don José de Lanuza
de Guzmán y de los Ríos,
Espinosa, Calatrava,
Tres Torres y Siete Picos!
¡Entre cómicos, la flor
y la nata, y lo escogido
de toda la aristocracia
de Belchite y su distrito!
¡Deshonrado en un cartel
encarnado y amarillo
que dice en letras gigantes:
«¡Giuseppeini!» ¡Un hijo mío!
¡Mi Pepe acabado en mí
como un clown de cualquier circo!
¡El que cuenta con orgullo
señores de horca y cuchillo
entre sus antepasados,
y un infante y veinticinco
condes, duques y marqueses
y un abuelo suyo obispo
de Zaragoza! ¿Comprende
mi vergüenza, señor mío?
¡Un grande, un noble cantando!

QUERUBINI

¡Oh! Io non poso capirlo.
In Italia tutti quanti
van sonando l'organillo
per la calle, sono principi.

SERAFINA

Las mujeres; el maldito
amor. Tras una sirena
se marchó. Todos me han dicho:
está con la tiple.

QUERUBINI

(¡Gía

si sabe en Belchite, joh, Dío!)

SERAFINA

Y el marido lo consiente,
porque es un tío el marido
y un sinvergüenza.

QUERUBINI

¡Io! ¿Cóme?

SERAFINA

Conque venga mi Pepito.

QUERUBINI

Ma lasciate acabar.

SERAFINA

No.

QUERUBINI

Un atto...

SERAFINA

No.

QUERUBINI

Un momentino.

SERAFINA

da, o me le trae usted
ntro por él. Le doy cinco
utos.

QUERUBINI

Ma il teatro pieno...
mille peseta...

SERAFINA

¡Oh, indigno
cachifile! Ahí van.

Ma un portamonedas y le da dinero.

QUERUBINI

¡Sí, tre ..
pgetti.

SERAFINA

No canta mi hijo.

QUERUBINI

no. (Tre mille peseta
e mille nel bolsillo
l'intrata, fan sei mille.
ta, canta.)

AMINA

(Del foro de la derecha.)

Patre mio...

¡Mio!

QUERUBINI

(¡Vade a vedere!)

¡Esta qui. E un gran pericolo
¡Vade a Amína.)

¡Esta donna. Non la laschi
¡Tire del camerino.

¡Mio... la gelosia!..

¡Moglie... la madre... il figlio...

¡Teatro pieno... tre mille

peseta... ¡Qué olla de grillos!

Amína, doña Serafina y el Bajo.

AMINA

¡¿Qui e questa signora?)

BAJO

(Del proscenio de la derecha.)

Amína!

¡¿Qué cuerpo tan bonito!

AMINA

¡Vado vedere il dúo.)

SERAFINA

¡Voy a buscar a mi hijo.)

BAJO

¡Voy a darla un abrazo!

Bajo abre los brazos y se dirige a Amína.

Amína da un grito, baja la cabeza y es-

ta. El Bajo se lanza a los brazos de doña

Amína.)

SERAFINA

¡Mús! ¡Un histrión indigno!

¡En no he pisado la escena

¡Y se atreven conmigo!

¡Voy a ir por el proscenio de la izquierda.)

CUADRO TERCERO

El escenario durante la representación del cuarto acto de «La Africanas». El telón levantado. Al fondo se ve la sala y el público que oye la ópera.

Giussepini y la Antonelli en escena. Entre bastidores Querubini. Después Pérez, un Inspector de Policía, el Coro de vírgenes y el de salvajes. La Antonelli y Giussepini cantan el dúo de espaldas al verdadero público y de frente al público figurado. El tenor dice la frase «¡Oh, mia Selika!» y la abraza con entusiasmo muchas veces. Querubini, entre bastidores, se asoma furioso.

QUERUBINI

(Ma non si abbraccia così.

¡Piú forte ancora!)

(Sale a escena.)

¡Lo mao!

(Se lanza sobre Giussepini y le coge por la garganta.)

PEREZ

¡Abajo el telón!

(Cae el telón del falso teatro. Entran los coros con los trajes de la ópera.)

UNAS

¡Favor!

OTRAS

¡Que sa matan!

ANTONELLI

¡Separarlos.

(Entre todos separan a los combatientes. Los vestidos de indios sujetan a Querubini, los que lo están de sacerdotes a Giussepini; en medio Selika se cubre la cara con las manos la rodean las bailarinas y las Vírgenes. Todos inmóviles un momento formando cuadro. Entra un Inspector de policía con traje de paisano y bastón.)

INSPECTOR

¡Alto aquí a la autoridad!

GIUSEPINI

(¡Qué bruto!)

INSPECTOR

¡Este es un escándalo
público!

QUERUBINI

¿Y qué?

INSPECTOR

Se suspende

la función. Usted andando,

a la cárcel, y el dinero

se devuelve.

QUERUBINI

¡No; il dinaro

no, carino mio! (¡Tre mille
peseta!) Si alza il sipario
e si acaba *La Africanas*.

(Rumor del público.)

PÉREZ
El público está gritando!
INSPECTOR
¡Usted a la cárcel!

QUERUBINI
Si: dopo.

PÉREZ
¡Fuera ya del escenario!
A! dúo.

QUERUBINI
A cantare il dúo.
ANTONELLI
(¡Ay! Pero, ¡que susto!)
QUERUBINI
¡Cántalo,
má cántalo bene!

GIUSEPINI
¡Cómo!
¡Si me ha apretado ese bárbaro
de una manera el gazzate
que no respiro!

PÉREZ
¡Ea, vamos!
(Se levanta el telón. Salen todos de escena
atropellándose. Grita el público. El inspector
aturdido, se queda en escena dando vueltas.
Dos coristas le sacan en brazos.)
Giusepini y la Antonelli en escena. Después
doña Serafina, Querubini, Amina, el bajo,
el inspector y el coro general. Vuelven a
cantar el dúo y a decir la frase ¡Oh, mia
Selika! de la cual no se deben pasar nun-
ca, doña Serafina entra de repente en es-
cena, corre a su hijo y le abraza.)

SERAFINA
¡Hijo mío de mi vida!
GIUSEPINI

SERAFINA
¡Tú aquí cantando!

EL PÚBLICO
¡Fuera!.., ¡Que baile!
SERAFINA
¡Tú aquí

vestido de mamarracho!

ANTONELLI
¡Señora!

GIUSUPINI
¡Váyase usted!

QUERUBINI
(Gritando.)
¡Abajo el telone, abajo!
(Baja el telón. Entran todos.)

SERAFINA
Digo que no canta más.
Yo soy su madre, yo mando.
No me pude contener.
Te vi, me lancé a tus brazos...
¡Yo ante el público! Y me han dicho:
«¡Que baile!» ¡Si serán bárbaros!

QUERUBINI
¡Gran Dio! ¡A la Serafina!
di Lanuza e di Guzmano!

INSPECTOR
¡A la cárcel todo el mundo,
y se suspende el teatro
y se devuelve el dinero!

QUERUBINI
No: il denaro no.

INSPECTOR
Al despacho
a recibir el importe.

QUERUBINI
¡Mia signora, per Dio Santo,
lasciate finir!

GIUSEPINI
Si: deja
que acabe. Después me marcho
contigo.

SERAFINA
Después.
QUERUBINI
Per sempre.

GIUSEPINI
¡Para siempre! No te engaño.

ANTONELLI
¡Ah! ¡Para siempre!
(Cae desmayada en brazos de Pérez.)

PÉREZ
¡Demonio!
AMINA
¡Per sempre!

BAJO
Al fin en mis brazos.
(Cae desmayada en brazos del Bajo.)

QUERUBINI
¡Arriba el telone! ¡Arriba
tutto il mondo! Presto. Vasco,
portate al letto nupziale
a mia moglie.

INSPECTOR
Ha habido escándalo.

QUERUBINI
¡A la cárcel!
Si, si, dopo.

Presto al finale del atto.
(Salen doña Serafina, el Inspector, Amina
Querubini. Se colocan los demás como en
final del cuarto acto de «La Africana». Se
za el telón del teatro figurado. A la derecha
del espectador real los sacerdotes; a la izquierda
los indios: delante de los Sacerdotes las
Virgenes, Las bailarinas, en dos filas de
espaldas al verdadero público. Dos llevan a
la mado a Selika, dos a Vasco de Gama; p
san por debajo de unas gasas que extiende
las demás. Entre bastidores el Inspector, q
quiere llevarse a Querubini, y este tira de S
rafinas. Ulltimas notas del cuarto acto y cae
verdadero telón.)

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.
Economía por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID



Los filtros para agua "ARSO" son los más económicos y los que más rinden. Se sirven buculas para todos los sistemas de filtros a los reducidos. De venta:

sa "ARSO", - Madrid -
ORDENAL CISNEROS, NÚM. 28

PARA AUMENTAR DE PESO
tonificarse nervios y músculos
y adquirir buen apetito, tome el

HIPODERMOL

la Novela CORTA

Después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, para complementar su apostolado de divulgación literaria va a rendir un tributo a la

MEMORIA

Los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada una de ellas una sola obra en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

Espronceda.—Patricio de la Escosura.—Martínez de la Rosa.—Enrique Gil.—Fernández y González.—Irigaray y Frías.—Hartzembusch.—Gerudis G. Avellaneda.—Pastor Díaz.—Iguales de Izco.—Navarrete.—Pérez Escrich.—Pilar Sinués.

NOVELA HISTÓRICA

Patxot.—Cánovas.—Viceto.—Balazuer.—Navarro Villoslada.—Amos de Escalante.—Castelar.

NOVELA NATURALISTA

Gernán Caballero.—Miguel de los Santos Alvarez.—El Solitario.—Mesonero Romanos.—Pereda.—Valera.—Clarín.—Selgas.—Alarcón.—Arturo Reyes. También haremos un homenaje a la memoria de nuestros grandes escritores y poetas.

POETAS

Gorrilla.—Trueba.—Becquer.—Carolina Coronado.

ESCRITORES

Univert.—Silverio Lanza.—Taboada.—Eusebio Blasco.—Alejandro Sawa.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, es- tando las novelas extractadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por la C. de Pardo Bazán, Rodríguez Marín, Azorín, M. Bueno y C. de Castro

Los números HOMENAJE, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

FRINE

REVISTA FEMENINA CULTURAL

EL PRÓXIMO JUEVES

LA BELLEZA DEL PIE

SUMARIO

La elegancia del pie - Cuidados que necesita. - La media y el calzado.-Particularidades notables.

Elegancia del pie.—Cuidados diarios del pie.—Los baños de pies.—Las uñas.—Los uñeros.—Los callos.—Durezas.—Juanetes y ojos de gallo.—Contra la inflamación de los pies.—Para combatir el frío en los pies.—La transpiración de los pies.—Las ampollas.—Lo que significa nuestro pie.—La pierna.—Cómo proteger la pierna.—Cuidados especiales de la pierna.—Las rodillas.—Las ligas.—Las varices.—Las medias.—El calzado.—Cuidados del calzado.—Cuadro de calzado necesario a una dama elegante.—Historia del calzado.

15 cénts.



btendréis mínimo consum



olidez absoluta ante las sobretensione



esistencia a la ruptura superior



gradable luz siempre blanc



erced todo a la lámpara Osra



NO OLVIDEIS JAMAS

que la lámpara OSRAM luce mucho y gasta poco

CONCESIONARIO:

MARIANA PINEDA, 3

LEON ORNSTEIN

MADRID

LA NOVELA
TEATRAL



AURORA
Drama en tres actos
QUÍN DICENTA

20 cts.

OLA VALENCIA

1911

LA NOVELA TEATRAL

Director: José de Urquía

Complemento de la Novela Corta

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar pero cuya autorización *ya nos ha sido oficialmente otorgada*

OBRAS PUBLICADAS

- | | |
|---|--|
| 1 TRATA DE BLANCAS.—Felipe Trigo. | 40 EL GRAN TACANO.—Paso y Abati. |
| 2 LA SOBRINA DEL CURA.—C. Arniches. | 41 MIRANDOLINA.—Cristobal de Castro. |
| 3 EL MISTICO .—Santiago Rusiñol. | 42 GENIO Y FIGURA .—Arniches, Abati. |
| 4 LOS SEMIDIOSES.—Federico Oliver. | Paso y García Alvarez. |
| 5 LAS CACATUAS.—Casero y G. Alvarez. | 43 LA GENTUZA.—Carlos Arniches. |
| 6 EL LOBO.—Joaquín Dicenta. | 44 LA VIJECIJA.—Miguel Echegaray. |
| 7 CHARITO, LA SAMARITANA.—Torres del Alamo y Asenjo | 45 PARADA y FONDA.—Vital Aza. |
| 8 EL VERDUGO DE SEVILLA .—García Alvarez y Muñoz Seca. | 46 LA ALEGRIA DE LA HUERTA.—Paso y García Alvarez. |
| 9 TODOS SOMOS UNOS.—J. Benavente. | 47 PETIT-CAFÉ .—Tristán Bernard. |
| 10 EL REY GALAOR.—F. Villaespesa. | 48 LOS NOVELEROS.—Edmond Rostand. |
| 11 LA CASA DE QUIRÓS.—C. Arniches. | 49 ELECTRA .—Benito Pérez Galdós. |
| 12 F CAR XXI.—Muñoz Seca, García Alvarez y Pérez Fernández. | 50 TIQUIS MIQUIS.—Vital Aza. |
| 13 EL RÍO DE OKO .—Paso y Abati. | 51 EL ÚLTIMO BRAVO .—G. Alvarez y Muñoz Seca. |
| 14 SOBREVIVIRSE.—Joaquín Dicenta. | 52 LA MARCHA DE CÁDIZ.—García Alvarez y Lucio. |
| 15 ALMA DE DIOS.—Arniches y García Alvarez. | 53 DOÑA PERFECTA .—B. Pérez Galdós. |
| 16 EL CARDENAL .—L. Rivas y Reparaz. | 54 LA TIZONA.—Godoy y Alarcón. |
| 17 EL POBRE VALBUENA.—Arniches y García Alvarez. | 55 MIQUETTE y SU MAMA.—Robert Callivet. |
| 18 EL HOMBRE QUE ASESINÓ.—Traducción de Antonio Palomero. | 56 LOS CUATRO ROBINSONES .—Muñoz Seca y García Alvarez. |
| 19 LAS ESTRELLAS.—Carlos Arniches. | 57 LOS GEMELOS.—Tristán Bernard. |
| 20 DOLORÉTES.—Carlos Arniches. | 58 LA LOCA DE LA CASA .—B. Pérez Galdós. |
| 21 LA SEÑORITA DE TREVELEZ .—Carlos Arniches. | 59 GIGANTES y CABEZUDOS.—Miguel Echegaray. |
| 22 SERAFINA LA RUBIALES.—Torres del Alamo y Asenjo. | 60 DANIEL .—Joaquín Dicenta. |
| 23 ABEN-HUMEYA.—Francisco Villaespesa. | 61 EL CHICO DEL CAFETIN.—Torres del Alamo y Asenjo. |
| 24 EL SEÑOR FEUDAL.—Joaquín Dicenta. | 62 REALIDAD .—Benito Pérez Galdós. |
| 25 LA ETERNA VÍCTIMA .—Felipe Trigo. | 63 LA SALA DE ARMAS.—Vital Aza. |
| 26 JIMMY SAMSON.—Traducción de José Ignacio de Alberti. | 64 PASTOR y BORREGO .—García Alvarez y Muñoz Seca. |
| 27 LÓPEZ DE CORIA.—Muñoz Seca y Pérez Fernández. | 65 LA LEONA DE CASTILLA.—Francisco Villaespesa. |
| 28 LA GIOCONDA.—G. d'Annunzio. Traducción de Francisco Villaespesa. | 66 DOÑA CLARINES .—Alvarez Quintero. |
| 29 PRIMAVERA EN OTOÑO .—Martínez Sierra. | 67 LA NOCHE DE REYES.—Carlos Arniches. |
| 30 EL CRIMEN DE AYER.—Joaquín Dicenta. | 68 LOS CADETES DE LA REINA.—Julia Moyrón. |
| 31 EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO.—Traducción de Gil Parrado. | 69 AMOR DE ARTISTAS .—J. Dicenta. |
| 32 FRANCFORT.—Vital Aza. | 70 EL TERRIBLE PEREZ.—Arniches y García Alvarez. |
| 33 LA REBOTICA.—Vital Aza. | 71 EL PATIO .—Alvarez Quintero. |
| 34 LA FRESCURA DE LA FUENTE .—García Alvarez y Muñoz Seca. | 72 LA TEMPRANICA.—Julian Romea. |
| 35 PRIMEROSE.—Traducción de José Ignacio de Alberti. | 73 TRAMPA y CARTON .—Muñoz Seca y Pérez Fernández. |
| 36 CIENCIAS EXACTAS.—Vital Aza. | 74 LA CORTE DE FARAON.—Perrin y Pielacios. |
| 37 Doña María de Padilla.—F. Villaespesa. | 75 LA ESCONDIDA SENDA .—Alvarez Quintero. |
| 38 RAFFLES .—Traducción A. Palomero. | 76 EL DUO DE LA AFRICANA.—Miguel Echegaray. |
| 39 LA PRAVIANA.—Vital Aza. | 77 AURORA .—Joaquín Dicenta. |

OBRAS POR PUBLICAR

en breve

EL NIÑO JUDIC

zarzuela en dos actos original de **GARCÍA ALVAREZ y PASO** estrenada recientemente con extraordinario éxito.

AURORA

DRAMA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

Joaquín Dicenta

PERSONAJES

AURORA.
MATILDE.
DOÑA REMEDIOS.

PETRA.
MANUEL.
ENRIQUE.

DON AMBROSIO.
DON HOMOBONO.
EL DOCTOR RAMIREZ.

ACTO PRIMERO

El teatro representa el despacho destinado a Manuel, en el hotel donde viven Remedios, su hija Matilde y don Ambrosio, hermano de Remedios. Puerta al fondo cubierta por amplia colgadura de terciopelo rojo. A un lado y otro de esta puerta, armarios de cristales. Uno de ellos estará lleno de libros primorosamente encuadernados; el otro ostentará sobre sus estantes múltiples y brillantes aparatos quirúrgicos. A la izquierda, en primer término, un balcón; en segundo una puertecita que supone comunica con el gabinete de reconocimientos. Delante del balcón habrá una mesa-ministro, y un sillón de cuero de Córdoba. Encima de la mesa todos los utensilios «de ritual»: gran tintero, prensapapeles, toma-notas, termómetros, lámpara eléctrica, etc., etc. En el lateral derecha, ocupando el centro del mismo, una puerta que supone comunicar con las restantes habitaciones de la casa. Esta puerta, así como la de la izquierda y el balcón del mismo lateral, ostentará cortinajes, iguales en color, a los de la puerta del fondo. En las paredes libres, cuadros y retratos al óleo. Uno de estos retratos representará un viejo en traje de general, con el pecho lleno de cruces y bandas. El mueblaje de la habitación será, exceptuando un «puff» de terciopelo rojo, que ocupará el centro del despacho, de nogal y cuero. Encima del «puff», habrá un busto de Hipócrates, y en los ángulos de la decoración, que será cerrada, bustos de hombres célebres colocados sobre repisas de nogal. Del techo y perpendicular al «puff», penderá una lámpara eléctrica de cuatro brazos. La escena comienza al mediar la mañana. Al levantarse el telón aparecen en escena «Remedios», sentada en un diván, que ocupará el primer término izquierda de la escena, el «Doctor Ramirez» que estará sentado al lado de Remedios y Matilde en pie, figurando examinar el mueblaje.

MAT.—¡Vamos!... ¡No tendrá queja del despacho! (Dirigiéndose donde están Remedios y Ramirez.)

REM.—¡Faltaría que la tuviese habiéndolo arreglado yo bajo la dirección técnica del ilustre doctor Ramirez, de este querido amigo de mi juventud, ¡de esta ilustre panacea de mi vejez! (Con tono jocosos.)

DOC.—¡Y qué juventud la suya, Remedios!... ¡Cuidado si era usted hermosa y encantadora y codiciable y...

REM.—No tanto... (Con coquetería.)

DOC.—Lo es usted aún; ¡pero entonces!... Muchas veces entré a visitarla como médico y salí de su habitación en clase de enfermo. ¡Qué recuerdos! ¿eh?... ¡Ay miga de mi alma!...

REM.—¡Ay, doctor! (Con resignación picaresca.) No evoque usted cosas pasadas, cacardillos de vanidad y coquetería; mundanos delirios que abominé *por siempre más*, al convencerme de que sólo en Dios, reside la suprema ventura. (Con hipotesia.)

DOC.—Sí, señora, sí. (Con sorna.) Ha cambiado usted mucho de tres o cuatro años a esta parte. Entre Dios y el reuma nos la tienen a usted secuestrada.

MAT.—Indudablemente. Y eso que, si mamá quisiera, aun podría darme padrastrero.

DOC.—Si hace falta uno, aquí estoy yo.

REM.—(Con satisfacción.) ¡Este Ramirez!... (Con afectada seriedad.) Vaya, vaya, cupémosen en el despacho de mi sobrino. ¿Verdad que resulta precioso?

MAT.—Admirable.

Doc.—¡Cuánto dinero va a meter tu presunto marido en estos cajones! (Golpeando los de la mesa del despacho. A Matilde.)

MAT.—(Con mal disimulada ansiedad.) ¿Cree usted que sí?

REM.—De seguro.

Doc.—No te quepa duda. Aparte de su ciencia, posee la más infalible condición para ganar dinero a esportones.

MAT.—¿Cuál?

Doc.—(Con sarcasmo.) No necesitarlo.

MAT.—Eso..

Doc.—(Interrumpiendo.) Me parece que con dos millones de pesetas que os entregará don Homobono el día de la boda, no os moriréis de hambre.

REM.—Sin embargo, Manuel, usted lo sabe, quiere trabajar en su profesión; y hace perfectamente. Por mucho dinero que haya, nunca está de más.

MAT.—Di otra cosa: que está siempre de menos.

AMB.—No obstante, con la renta de esos millones y lo que Manuel gane, podrás divertirme a tu antojo. Van a llamarnos la pareja feliz.

MAT.—¡La pareja feliz! (Como preocupada.)

REM.—¡A ver!... Lo mismo decía tu pobre tío, el general difunto. (Señalando el retrato de la derecha.) Por eso encargó en el testamento, a su mandatario y herederos, que os entregasen a ti y a Manuel, si os casábais, esos cuatrocientos mil duros. Pensaba en todo aquel caudillo.

Doc.—Sí, señora; en todo. Gracias a él podemos decir que los norteamericanos sólo poseen la mitad de nuestras colonias.

MAT.—¿Por qué?

Doc.—Porque la otra mitad se la trajo él a España. Era un patriota.

REM.—(Semiofendida.) ¡Ramírez!

MAT.—Hizo perfectamente.

Doc.—Sobre todo para la comunidad de monjas que administra don Homobono.

REM.—Las monjas...

Doc.—(A Matilde.) Excepción hecha de la suma que recibiréis cuando os casen, han heredado todos los ahorros de aquel aprovechado y católico capitán.

MAT.—Pero...

Doc.—El general era muy precavido y se precavó también para el viaje eterno, girando un millón de duros al Paraíso. Así no le habrán puesto dificultades.

REM.—Fué un santo.

Doc.—Y Manuel y tú seréis dichosos, muy dichosos.

REM.—Eso espero.

Doc.—¡Vaya!... Ricos, jóvenes, Manuel con talento, con hermosura tú, ¿que más necesitáis?... Para tus comodidades este hotel; para sus ganancias este despacho. Visitas de cortesía y visitas de enfermo no faltarán. Con el dinero que dejen las segundas, podéis sufragar el gasto que hagan las primeras.

REM.—No obstante...

MAT.—Por mucho que sepa Manuel, mientras se acredita...

Doc.—Dale ya por acreditado. Un coche a la puerta, una casa magnífica, un despacho como este... y veinte mil duros de renta, acreditan a un médico antes que todas las curas y todos los diplomas del orbe.

REM.—¡Qué tontería! (Riendo.)

Doc.—Es el Evangelio. Los enfermos y las alondras se parecen mucho. Hay que cazarlos con espejuelo.

REM.—¡Ah, pícaro!

Doc.—(A Matilde.) ¡De modo que dentro de un par de meses, esposa de tu primo... del viajero que hoy esperamos.

MAT.—Sí señor.

Doc.—¡Desventurado Enrique! (Con lástima cómica.)

MAT.—¡Enrique! (Confusa.)

REM.—(Al doctor.) ¿Pero usted cree que Matilde ha tomado eso en serio? Ni Enrique tampoco. Galanterías, tontunas de jóvenes. Ni él ni ésta recuerdan ya semejante cosa... Y las horas pasan y esa maldita... ¿He dicho maldita?... ¡Jesús, Dios me perdone!... La costurera entretenida por allá dentro y sin venir a terminar el arreglo de estas colgadas. (Toca un timbre que habrá sobre la mesa del despacho.)

Doc.—(Bajo a Matilde.) De modo que ¿a Enrique carpetazo? (Con ironía.)

MAT.—(Con sequedad.) Ya oyó usted a mamá. (Entra Petra por la puerta derecha.)

PET.—¿Señora?

REM.—¿Y la costurera?

PET.—Aquí viene. (Entra Aurora por la puerta lateral derecha llevando entre las manos un fío de flecos encarnados. Vestirá traje oscuro de lana y delantal blanco.)

REM.—(A Aurora.) Hija, ¿usted cree que se la paga para no trabajar?

AUR.—(Con humildad.) Señora, trabajando estaba. Había que unir los flecos y siéndolos estuve hasta ahora.

REM.—Bien, bien. De todos modos, y para una cosa tan sencilla, es mucho tardar. No hubiera tardado tanto yo.

PET.—(Aparte a Aurora.) ¡Ella!... El otro día tardó hora y media en pegar la anga de una blusa... y la pegó al revés.

REM.—(A Petra.) ¿Qué haces ahí de conversación con Aurora? ¿Terminaste ya tarea?

PET.—No, señora,

REM.—¿Qué aguardas entonces? (A Ramírez, que hojea un libro.) Como usted es en casa, me permito reñir a esta gente.

Doc.—Por mí no hay que reprimirse; desahóguese usted...

REM.—Son insufribles. (Petra, que se dirige al fondo llega cerca de Matilde.)

MAT.—(Bajo a Petra.) ¿Ha venido Enrique?

PET.—(Bajo a Matilde.) No.

MAT.—(Idem a Petra.) En cuanto llegue avísame sin que nadie se entere. (Petra ce un ademán afirmativo y sale por el fondo.)

REM.—(Al doctor.) Lo repito: insufribles.

Doc.—(Con sorna.) ¡Paciencia!... Dios aconseja tener mucha.

REM.—Se conoce que Dios no necesita lidiar con criadas y con costureras. (A Aurora.) ¿Qué haces ahí mano sobre mano?

AUR.—Esperando que me manden ustedes.

REM.—Deja eso en una silla. (Los flecos.) entra en aquel cuarto. (El de la izquierda) y haz un dobladillo por abajo a la cortina del balcón. (A Matilde.) Arrastra mu-

cho. (A Aurora.) Cuando termines, vuelves aquí y acabas de arreglar los flecos.

AUR.—Está bien, señora. (Sale Aurora a tiempo que entra Mariano.)

MAR.—(Desde el fondo.) Don Homobono y el señor.

Doc.—¡Cómo! ¿Ya había salido de casa su hermano de usted? (A Remedios.)

REM.—Sí.

MAT.—¡Vamos, son puntuales!

REM.—Tienen ustedes tiempo sobrado para ir a la estación en busca de Manuel. (Entran por el fondo don Ambrosio y don Homobono. Mariano que sostiene las colgaduras se inclina ante ellos y sale.)

AMB.—(A Remedios.) ¡Hola, hermana! (A Matilde y al doctor.) Felices.

REM.—(Acercándose a Remedios.) ¡Mi señora doña Remedios! (A Matilde dándole un picotito cariñoso en la cara.) ¿Y tú, Matildita? Muchos recuerdos me han dado las flores para ti. (A Remedios.) Y para usted.

REM.—¡Siempre tan cariñosas!

HOM.—(Por Matilde.) Y con esta no hay que decir. ¡Claro! (A Remedios.) Son sus maestras, quienes con el auxilio de usted, la educaron, (A Matilde.) las que han hecho de tí lo que eres; una mujer instruída, hacendosa, modesta y buena católica, y es lo principal.

REM.—No hay otras como ellas. Son...

HOM.—(Interrumpiendo.) Unos ángeles, señora, unos ángeles...

AMB.—Indiscutiblemente.

HOM.—¿Y cómo les va con mi recomendada?

REM.—¿Con Aurora?

HOM.—Sí.

MAT.—No se porta mal.

HOM.—La junta de señoras a quienes sirvo de agente en sus obras de caridad, me gran interés por ella: es muy dócil, y puede prestar en casa de usted excelentes servicios. (Aparte.) Sobre todo a mí.

REM.—En los dos días que lleva de costurera en casa, no tenemos queja.

DOC.—(A Ambrosio.) Y tú ¿cómo tan madrugador, hombre?

AMB.—Por culpa de un pleito que me trae a mal traer. Tengo que tallarlo cuanto antes y estoy preocupado, ¡muy preocupado!

MAT.—¡Pobre tío!

HOM.—(A don Ambrosio.) Asunto intrincado ¿eh?

DOC.—¿Difícil?

AMB.—Difícil por sí, no; pero el ministro tira de un lado, la marquesa de Altorra, esa influyente y hermosísima dama de otro, y no sé a qué carta que darne.

DOC.—¡Vaya!... (Con ironía.)

AMB.—Te digo que es una gran contrariedad. De una parte el ministro... esa mujer de otra... ¡Qué ministro más exigente y qué mujer tan guapa.

DOC.—De suerte que te hallas entre la política y la hermosura. ¡Infeliz Ambrosio! Son esos, dos escollos terribles ante los cuales naufraga con gran frecuencia la justicia.

HOM.—¡La justicia es siempre la justicia!

DOC.—Naturalmente. Y una mujer guapa, una mujer guapa; y un ministro, un ministro.

REM.—De todas maneras, indisponerse con los ministros es mala cosa. Acuérdate de los traslados que sufriste a causa de aquel personaje.

AMB.—¡Vaya si me acuerdo!

DOC.—Mira, Ambrosio; a tu edad, y en lo compatible con la justicia, debes optar por el ministro. Como magistrado aún puedes ascender; como hombre ya perteneces a la clases pasivas.

HOM.—¡Qué Ramírez este!

AMB.—Dejémonos de bromas.

MAT.—(Impaciente.) De lo que deben dejarse es de charlar tanto, para que no se pase la hora y se encuentre solo Manuel en la estación.

AMB.—No te apures, mujer. Casi tanto como tú, deseamos nosotros verle. To dos le hemos conocido pequeño y, cual más, cual menos, educado.

HOM.—La estación no está lejos.

MAT.—Sí, pero...

DOC.—¿Tienes mucha prisa en ver a Manuel?

REM.—Naturalmente.

MAT.—Yo...

HOM.—No te avergüences. La honestidad y la religión no están peleadas con el cariño. Dios no es egoísta. Con tal de que se le admire por sí y se le respete en las personas de sus ministros, disculpa las pasiones humanas; sobre todo cuando estas pasiones son honradas como la tuya. (Golpeando cariñosamente la mejilla de Matilde.) Tener novio y quererle no es un pecado. (Aparte.) ¡Qué cutis más suave tiene esta chiquilla!

DOC.—¡Qué ha de ser pecado! Y más tratándose de un novio como tu primo quien, a más de su corazón, trae la fortuna en su bolsillo; es decir, en el bolsillo de don Homobono.

HOM.—Fortuna que yo os entregaré con muchísimo gusto el día de la boda cumpliendo los deseos de ese ilustre varón, gloria de la patria y ejemplo de cristianas virtudes. Sí, señorita, tendrán ustedes esos miles de duros. Deseando es hoy dárseles.

REM.—¡Oh, don Homobono!... (Con gratitud.)

HOM.—¡Señora, por Dios! Se trata del cumplimiento de un deber. El testamento es terminante: «Como no tengo herederos forzosos, lego todos mis bienes a la comunidad, etc., encargando y rogando a mi mandatario y herederos, que si mis sobrinos Matilde y Manuel llegan a contraer matrimonio entre sí, les entregue el día de su boda...»

MAT.—(Impaciente.) ¡Vayan ustedes a la estación, que se hace tarde! (Aparte.) ¡Enrique sin venir!

DOC.—(A todos.) Sí, vamos. (A Matilde.) Vamos en seguida. Te lo traeremos a galope de mis dos caballos; un galope tranquilo. Los caballos de los médicos no tienen costumbre de galopar. Van casi siempre al paso, como los de las funerarias.

AMB.—Este hombre se burla de todo, hasta de su oficio.

Doc.—No ves que lo trato con confianza.

HOM.—(A Remedios.) A propósito de Manuel: me han dicho que es hombre a la moderna, de ideas... de esas ideas revolucionarias, opuestas a los mandatos de la Iglesia y la sana moral.

REM.—(Precipitadamente.) ¡No lo crea usted! Manuel sólo se ocupa de su carrera y de sus libretos.

AMB.—Y de Matilde, por quien cada día muestra afecto mayor.

HOM.—Me habrán engañado; y me alegro. Sería lástima que parte de un caudal amasado por hombre tan piadoso como el difunto, cayera en manos de un impio.

REM.—Le han engañado a usted; Manuel, en las cartas que dirige a Matilde, habla algunas veces de cosas que ni ésta ni yo comprendemos; pero se refiere a sus estudios, a sus proyectos. De la religión y de la Iglesia nunca dijo palabra.

HOM.—Más vale así.

MAT.—(A don Homobono.) No piense usted en ello y vayan a buscarle.

AMB.—¡Andando!

HOM.—¡Hasta después! (Salen don Homobono, el doctor Ramírez y don Ambrosio.)

MAT.—¡Ayl! ¡Gracias a Dios!

MAT.—¡Qué quisoso es el hombre! ¡Bastante le importará que Manuel sea o no sea religioso!

REM.—¡Matilde!...

MAT.—No es eso lo que le importa a él. Lo que le importa es soltar el dinero, la herencia para disfrutar de la cual he de casarme con mi primo.

REM.—¡Qué cosas dices! Pensar así de don Homobono.

MAT.—Como gustes.

REM.—Por supuesto, lleva razón. Ignoro si Manuel cree en Dios o no cree, pues sus cartas son muy extravagantes.

MAT.—Sí. (Distraída.)

REM.—Fué un disparate dejarle marchar al extranjero. ¿A qué fué?... A tomar una indigestión de sabiduría: ¡como si para ser un buen médico hiciese tanta falta viajar! Lo que hace falta son visitas. ¡Sabe Dios cómo se habrá vuelto en estos cinco años! En fin, lo importante es que os caséis y que os entreguen el dinero.

MAT.—Como que sin dinero ni se puede vivir, ni gozar, ni tener éxitos en el mundo.

REM.—Y que nuestra bolsa anda poco abundante. Sostenemos un tren superior de nuestros recursos; todo son ahogos...

MAT.—No temas. Antes se hará la boda que llegues al fondo de tu caja.

REM.—Y cuanto antes serás feliz; porque tú quieres a Manuel.

MAT.—(Con displicencia.) Sí.

REM.—¡Indudablemente! Aquello de Enrique...

MAT.—¡Enrique!

REM.—No es que yo presuma... Ya sé que eres juiciosa y que por un capricho te niña no ibas a matar tu porvenir. Enrique es pobre; nosotros sólo contamos con un modestísimo pasar...

MAT.—¡Mamá, yo!...

REM.—Por tí no habrá obstáculos, lo sé. Como no los ponga tu primo.

MAT.—(Sorprendida.) ¡Manuel! (Con orgullo.) ¡Poner obstáculos Manuel! (Pasando por delante de un espejo y mirándose.) ¿Valgo yo tan poco?... Manuel está enamorado de mí: todas sus cartas lo demuestran. Antes de marcharse me adoraba... ¿No seguirá adorándome cuando me vuelva a ver? ¿He perdido tanto?

REM.—¿Tú perder, hija mía?

MAT.—¡Entonces!... Anda, mamá, vamos a arreglarnos un poco. (Entra Aurora por la izquierda.)

AUR.—(A Remedios.) Ya está eso, señora.

REM.—Pues empieza con las cortinas. (Toca el timbre que está encima de la mesa-espacho.) Y daros prisa para que esté concluido antes que venga el señorito. (Entra Petra por el fondo.)

PET.—¿Llamaban ustedes?

REM.—Ayuda a ésta. (Por Aurora. Salen Remedios y Matilde por la derecha.)

PET.—(Aparte.) ¡A éstal... ¡A éstal... ¡Como si no tuviese una nombre!... Pero qué es lo que se habrán figurao de nosotras esas?

AUR.—No te enfades; así está hecho el mundo. Cada uno nace en él pa una cosa: ellas pa ser felices; nosotras pa pasar trabajos.

PET.—¡Pa ser felices!... Así como así, ¡io merecen!... Sobre todo *estas*; la niña y la mamá!

AUR.—(Trabajando.) ¡Mujer! (En son de protesta.)

PET.—Deja la labor, chica. Si no está dentro de media hora, estará dentro de una. No te atosigues: lo mismo han de agradecértelo y de pagártelo.

AUR.—(Suspirando su labor.) ¡Ay! (Suspirando.)

PET.—¿Por qué suspiras? ¿Estás de hocico con tu novio?

AUR.—(Con tristeza.) ¡Mi novio!

PET.—O lo que sea. Algo hay que tener. Mía que si después de pasarse una encerrá en casa quince días, trajinando como una mula, y aguantando pelmas, tuviese una que salir sola a paseo, y divertirse sola, avía estaba una!

AUR.—(Con amargura y como hablando consigo misma.) ¡Sola!

PET.—Y este es otro cantar. En toas las casas aonde entras a servir te dicen las señoras: «Le participo a usted que a mí no me gustan los novios ni los trapicheos.» ¡Mía que no gustarles!... Serán los de las otras, porque los suyos... ¡camaraita si les gustan!... y por ristras como los ajos.

AUR.—¡Ay! (Suspirando.)

PET.—¿Otro, ay?... ¿Te duele algo, muchacha?

AUR.—El corazón me duele.

PET.—¿De qué?

AUR.—De pensar que nacimos muy desdichadas.

PET.—(Sorprendida.) ¡Desdichás!

AUR.—Sí.

PET.—¡Bah!... No me tengo por desdichá yo. Cierito que sufro los malos humores y las impertinencias de mis amos; pero también me divierto con sus líos y me aprovecho de ellos; y tontera de este, gatuperio del otro, y propina de aquél, no lo paso mai.

AUR.—Si con eso tienes bastante...

PET.—Con eso, y con otra porción de cosas. ¡Poquito me divierto yo en las casas aonde sirvo, marque no haya señoritos jóvenes!

AUR.—¡Divertirte!

PET.—¡La mar! Los señores se burlan y se ríen de nosotros siempre. ¡Buenos primos están! Nosotros sí que podemos burlarnos y reirnos de ellos.

AUR.—¿Nosotros?

PET.—Sí, mujer; ¿qué saben ellos de sus criaos? Lo que sus criaos les quieren decir. ¿Qué sabemos nosotros de ellos? Pues tóo; sus secretos y sus trampas y sus inominias y sus ruindaes. Calcula quién puede reirse mejor. Si los criaos escribiéramos como esos de los libros ¡cuántas novelas haríamos con la verdad!...

AUR.—¡Petra!

PET.—Yo no me quejo.

AUR.—Y yo sé que es menester conformarse con la suerte que le toca a una; y me conformo y me doy por contenta cuando encuentro dónde ganarlo, como ahora que, gracias a don Homobono, he entrao aquí a coser.

PET.—¡Entonces!

AUR.—Pero hay momentos en que tomaría carrera y me rompería la cabeza contra las paredes.

PET.—¿Y eso?

AUR.—Ha sido muy perra mi vida. (Con desesperación.) ¡Muy perra!... Créelo.

PET.—Como la mía: como la de toas las probes.

AUR.—No; más, Petra, más.

PET.—¿Más? Ya te comprendo, ea. Tú has recibido un desengaño gordo en los siete años que hace que no nos vemos.

AUR.—¡Dios mío!

PET.—No jipes, no te recomas por dentro. Desahógate, mujer. Digo, si te doy confianza para ello.

AUR.—¿No has de dárme la? Juntas nos criamos: en el mismo barrio nacimos...

PET.—Y de la misma hambre hemos partido la ración. Malos tiempos eran aquellos.

AUR.—¿Te acuerdas?

PET.—¡Si me acuerdo pregunta!

AUR.—Descalzas, vestidas de andrajos; solas en medio de la calle desde pequeñas. Solas y sin calor de nadie; ni aún el del nuestros padres, ni el del sol. Nuestros padres en la obra o en la fábrica; el sol sin acercarse nunca a nosotras porque la calle era tan estrecha que no lo dejaba pasar, y nosotras... Nosotras a la merced de Dios, haciendo juguetes con la basura del arroyo.

PET.—Y así en toa la semana.

AUR.—Menos el sábado que era peor aún; porque el sábado nuestros padres se emborrachaban y se gastaban el jornal juntos y volvían a casa con el mismo mal humor, y el mismo mal vino y a la misma hora.

PET.—(Interrumpiendo.) Y a la misma hora, en punto, les atizaban a nuestras madres la misma tanda de cachetes. Tu padre y el mío se parecían una atrocidad. Pa' mí que eran dos gemelos de incónito. Los domingos era mejor.

AUR.—Si se había trabajado durante la semana. Si no, eran un día de hambre más.

PET.—Es nuestro sino: trabajar o andar con el apetito a inorrás. Diez años tenemos cuando entramos tío y yo en la fábrica.

AUR.—(Con odio.) ¡La fábrica! ¡Maldita sea! ¡Cuánto la odio!... En ella quedaron los dos únicos regalos buenos que Dios me hizo; mi niñez y mi honra.

PET.—¡Ay! (Con tristeza y escepticismo.)

AUR.—La primera vez que entré en la fábrica lo hice volviendo la cabeza pa' mirar la calle, donde quedaban otras niñas, disfrutando del aire, del sol, mientras yo iba a sufrir el humo de los fósforos y la humedad negra del taller; otras niñas que jugaban a la luz mientras yo trabajaba a la sombra. Cuando salí por última vez de la fábrica lo hice bajando la cabeza y cerrando los ojos, pa' no ver a las otras mozas, a las que de niñas me contemplaban con orgullo porque eran más feaces que yo y de jóvenes podían mirarme con desprecio porque eran más honrás. ¡Ay Dios mío!... ¡Dios mío!... (Sollozando.)

PET.—Vamos, mujer, vamos.

AUR.—¡Y aquel hombre! ¡Aquel hombre!... (Con rencor, con desesperación.) ¡Bien aprovechó de mi ignorancia!... Era el amo, ¡el amo!, el que desde pequeña mandaba en mi voluntad y en mi cuerpo! Tan acostumbrada estaba a obedecerle, que hasta pa' deshonrarme le obedecí.

PET.—¡El tío canalla!

AUR.—Muy canalla. ¡Mucho! Yo había cumplido entonces catorce años. ¡Qué bía yo!... ¿Eres niña? ¿Aún no te has enterao de nada, ni de lo que es vivir y gozar tan siquiera? Pues duro, a la fábrica, a ganarte el pan, a sacarte un salario, porque es preciso, porque el salario de los padres no basta para tóo; a obedecer al amo, que es quien dispone de tu jornal y de tu comida; quien puede echarte de la fábrica a puntapiés y hacer que revientes de hambre en medio del arroyo. El amo es tu Dios: dispone de tí, manda en tí... Esta idea es la que le meten a una a los sesos, y una, claro, a cumplir con el amo, a sudar pa' él, a trabajar pa' él, a hacerse tiras la carne y polvo los huesos por él. ¡Qué remedio! Es la obligación. Si el sudor te ahoga y el fósforo te asfixia, y el trabajo te mata, y tu carne se mepe a cachos, y tus huesos se parten a crujiós, ¡no importa! Aguántate que pa' tóo te pagan. Y si no basta eso, si el amo necesita tu carne pa' diversión como la necesita pa' su enriquecimiento, a dársela también; ¡por algo mantienes a tus hermanos y a tus padres, y a tí! por algo te da una peseta de jornal ¡tóos los días!... ¡Si tienes lo que aprendí yo: lo que me enseñaban mis compañeras. ¡Ahí lo tienes! como me enseñaban esto, y me decían esto, y no sabía, ni veía otra cosa que esto, ¿qué iba a hacer yo, Petra? Lo que hice; lo que él quiso. ¡Qué afortunadas son las obreras feas! ¡A esas no les piden más que trabajo! (Rompe en sollozos.)

PET.—¡Vaya, vaya no te acongojes! Lo que no tié remedio a la espalda.

AUR.—Después, lo de siempre; como una es un estorbo pa' el amo, a la calle: a la calle fui.

PET.—Y claro, tus padres te pusieron de vuelta y media y te echaron las cosas encima cuando te quedastes sin jornal. Eso es lo que sucede.

AUR.—Al poco tiempo, ya lo sabes, mi padre se cayó del andamio y se estrelló contra las piedras, mi madre murió cinco meses después y nosotros, los hijos, los hermanos, echamos cada uno por su lao, a buscárnoslas, a no volver quizá a ver-

vos en el mundo, como los pájaros pequeños cuando un tiro mata a los grandes. ¡Sola me quedé yo! ¡Sola!... ¿Por qué no me morí el mismo día que mi madre! ¡Me hubiese ahorrao tantos sufrimientos y tantas vergüenzas!

PET.—¡Chica! (Tratando de consolarla.)

AUR.—Un día me encontré sin trabajo y caí enferma y me llevaron al hospital... ¡En el hospital conocí a Manuel! (Con pasión.)

PET.—¡A Manuel! (Con asombro cómico.)

AUR.—Sí, a Manuel. ¿Por qué me miras así como si desearas alguna cosa?

PET.—Pues pa que me presentes a Manuel, porque no tengo el honor de tratarle

AUR.—Estaba en mi sala de practicante. Casi un chiquillo; veintitún años. ¡Se condujo tan bien conmigo, me tuvo tantas atenciones mientras duró mi enfermedad!... Era tan cariñoso, tan simpático...

PET.—Que te enamoraste de él y él de tí.

AUR.—Sí Petra. Le quise como no había querido nunca, como no querré más. Manuel me resultaba un hombre distinto de los otros. Me parecía un Dios; y eso fué, en aquel año de felicidades, mi Dios... ¡Le debo tanto! Me enseñó a leer, a escribir, más que eso todavía, a ser buena: a lo que no me había enseñao nadie.

PET.—Eso...

AUR.—Y ¿sabes tú, Petra? A medida que iba aprendiendo lo que él me enseñaba; a medida que iba siendo otra criatura, le quería más, y sentía más vergüenza, y más odio contra el pasao, y más asco de mí.

PET.—¿Por qué?

AUR.—Porque ese pasao nos separaba; porque él no podía querer, con querer duradero, a una desdicháa como yo; porque él necesitaba otra mujer que le diese lo que yo no podía darle. Esa es la mujer que él merecía, la que merece, la que tendrá.

PET.—Pero Aurora...

AUR.—¿Comprendes ahora mi desesperación? Yo hubiera querido ser esa otra mujer y llegar a Manuel como llegará la otra, sin llevar en la carne las caricias de ningún hombre y en la conciencia, el recuerdo de ninguna infamia... ¡Ah! ¿por qué no le conocí antes? ¿Porqué no vino a mi encuentro aquel día maldito? ¿Por qué no estuvo en la puerta de la fábrica cuando yo llegué a ella y me cogió por un brazo y me llevó con él... ¿Quién más dichosa entonces?.. No fué así: vino tarde: reconoció en mí, lo que había sobrao a los otros... No: yo no era pa él: por eso admití resigná el momento de la separación.

PET.—¿Os separásteis?

AUR.—¿Qué íbamos a hacer? Era preciso. Ni el podía sacrificarse por una mujer como yo, ni yo permitir que lo hiciera. Nos separamos. Al poco tiempo él marchó fuera de Madrid, yo continué trabajando y sufriendo. Era justo; no le merecía. Que Dios le pague el bien que me ha hecho.

PET.—¿A tí?... ¡Bien a tí!

AUR.—¿No te dije que me enseñó a ser buena?

PET.—¡Si no estás loca te falta el canto de una perra chica! Pues por eso, porque te has vuelto buena no debió dejarte. Más vale la que aprende a ser mala y se vuelve buena que la que aprendiendo a ser buena se hace mala. Por supuesto esas tienen más suerte.

AUR.—¡Quién sabe!

PET.—Cualquiera. Pregúntaselo a la señorita Matilde. Ahí está la moza preparándose a recibir al que viene a casarse con ella y entendiéndose con Enrique.

AUR.—No murmures. Eso no puede ser, Petra.

PET.—¡Que no! Como viniste anteaer, no has tenido ocasión de fijarte.

AUR.—Vaya, vaya, déjame concluir la tarea. (Aurora se arrodilla delante del balcón y empieza a coser la colgadura, en forma que la mesa la oculte por completo a los ojos de los que entren por la puerta de la derecha. Entra Matilde por la puerta de la derecha.)

MAT.—(A Petra.) ¿Aún no vino Enrique?

PET.—No, señorita.

MAT.—¡Parece mentira que tarde tanto. ¡Y hoy... hoy!... (Entra Enrique.)

PET.—(A Matilde.) Aquí está don Enrique.

MAT.—(Dirigiéndose hacia Enrique.) ¡Por fin!... (Sale Petra. Enrique rodea con un brazo la cintura de Matilde, acción que es vista por Aurora.)

ENR.—He tardado mucho ¿verdad?

MAT.—En ascuas me tenías.

AUR.—(Haciendo un ademán de sorpresa grande al ver el abrazo de Matilde y Enrique.) Eh! (Aparte.) (Enrique coge entre sus manos una de las de Matilde y conduce a ésta al puff, donde toman asiento los dos, volviendo la espalda a Aurora.)

MAT.—(A Enrique.) Temía que vinieses tarde. No vernos, no hablarnos antes de llegar él. (Aurora seguirá toda la escena con atención creciente, interrumpiendo su labor para manifestar con sus gestos la impresión de vergüenza y asco que el diálogo entablado entre Matilde y Enrique le produce. Escena durante la cual deben reflejarse en el rostro de aquella obrera envilecida por la miseria y por el abandono, pero honrada de condición y leal de carácter, múltiples sentimientos, entre los cuales predominarán dos: el de irse encontrando superior poco a poco a los dos miserables que tiene enfrente, y el del asombro y la repugnancia que maldades, de las que ella no es capaz, le producen.)

ENR.—Vernos sí; porque verte constituye la felicidad mía; pero hablarnos... ¿De qué, y a qué? Cuanto podíamos hablar lo hemos hablado anoche.

MAT.—Es que yo...

ENR.—Lo inevitable no se discute.

MAT.—Enrique...

ENR.—Si yo siguiera los impulsos de mi corazón, de mi ser entero, que no halla, que no podrá hallar en el mundo criatura como ésta cuya sangre arde junto a mí, te diría: No te cases, renuncia a Manuel, seamos el uno del otro para siempre, sin obstáculos, sin mortificaciones de ninguna clase; gocemos a la luz del día o que en el misterio gozamos hoy.

MAT.—¿Eso dirías? (Con pasión.)

ENR.—Con toda mi alma. ¿Pero y luego?

MAT.—¡Luego! (Con tristeza.)

ENR.—¿Lo ves? Tú misma contestas con ese luego. Tú también comprendes cono yo, que la boda con Manuel es inevitable.

MAT.—¡Ay! (Suspirando.)

ENR.—(Cogiendo las manos de Matilde y oprimiéndolas entre las suyas.) Deshecha tu boda con Manuel, adiós fortuna; adiós caudales y señoríos de riqueza y de lujo. Adiós porvenir tuyo; adiós porvenir mío también.

MAT.—¡Cómo!

ENR.—Yo soy pobre. Tú necesitas riquezas para ser dichosa; yo las necesito para imponerme a las gentes, para dominarlas. Ni tú ni yo podemos renunciar a nuestras ambiciones; seríamos muy desgraciados. En cambio, si tú te casas con Manuel, si yo logro encontrar la fortuna que busco... la que hallaré...

MAT.—Enrique...

ENR.—La hallaré, sí.

MAT.—¿Y yo?

ENR.—¡Paro mí no existe, no existirá nunca más que una mujer en el mundo!

AUR.—¡Qué infames! (Se levanta indignada y sin poderse contener, produciendo un ruido que hace volver la cabeza a Matilde y Enrique.)

ENR.—¡Gente! (Sorprendido.)

MAT.—¡Aurora! (Reparando en Aurora.) ¿Estabas ahí? (Con intranquilidad.)

AUR.—No; acabo de entrar en este momento. (Entra Remedios por la derecha.)

REM.—(Procurando disimular su contrariedad a Enrique.) ¿Usted por aquí?

ENR.—¿Cómo iba a faltar sabiendo que llegaba hoy a esta casa mi antiguo compañero de estudios? Deseando estoy saludarle.

REM.—(A Aurora.) ¿Acabaste?

AUR.—Sí.

REM.—Vete con Petra al comedor y ayúdala a poner la mesa. Ya no deben tardar. (Sale Aurora por la derecha.) Un almuerzo de familia. (Con intención.) Si quiere usted quedarse...

ENR.—De ningún modo; me están aguardando en el ministerio a la una en punto. Así es que en cuanto salude a Manuel... (Entra Petra precipitadamente por el fondo.)

PET.—¡Señora! ¡Señorita!... ¡Ya llegó el viajero. Acaba de apearse del coche qué guapo!

MAT.—(Bajo a Enrique.) ¿De modo que es preciso?

ENR.—(Bajo a Matilde.) Preciso

REM.—(A Matilde.) Niña, ¿qué haces así como un poste?... Vamos a buscar a Manuel, a salir a su encuentro. (A Petra.) Tú, avisa a Aurora y preparad el lavabo, el baño... todo lo que haga falta.

PET.—(Asomándose a la puerta derecha.) ¡Aurora! (Llamando.)

REM.—(A Matilde.) Anda, niña, anda. (Entra Aurora por la derecha.)

AUR.—(A Petra.) ¿Qué?

(Petra habla bajo con Aurora. Aurora y Petra se dirigen hacia la izquierda, Remedios y Matilde hacia el fondo. En este momento entra Manuel. Detrás de éste Mariano, que llevará en las manos una maleta y un portamantas. Aurora y Petra quedan a la izquierda contemplando a Manuel que sin reparar en ellas se dirige al sitio donde están Remedios y Matilde. La actitud de Aurora al ver a Manuel será de asombro, de dolor y alegría a un tiempo.)

AUR.—(Viendo a Manuel.) ¡Qué! (Vacilante y apoyándose en la mesa del despacho.)

MAN.—(Dirigiéndose a Matilde y Remedios.) ¡Tía! ¡Matilde! (Cogiendo entre sus manos las de Matilde.) ¡Así! ¡Que pueda mirarte de cerca! ¡Estás hermosísima!

MAT.—Manuel...

AUR.—(Aparte.) ¡Manuel! ¡Y es a éste, ¡a mi Manuel! al que esos miserables quieren engañar! (Con desesperación.)

PET.—(Pajo a Aurora.) ¿Qué tienes? Pareces una muerta... se te saltan las lágrimas...

AUR.—¡Yo!... ¡Qué tengo yo!... ¡Nada! Vamos a cumplir nuestra obligación. (Sale por la puerta de la izquierda seguida de Petra.)

MAN.—(Reparando en Enrique) ¡Caballero!... ¡Calla, si es Enrique!... ¡Perdóname, chico! (Abrazándole.) (Entran por el fondo el doctor Ramirez, don Ambrosio y don Homobono, a tiempo que aparece por la izquierda Mariano y se retira por la izquierda.)

AMB.—Manuel anda más deprisa que nosotros. (A Remedios.)

MAN.—(A Enrique.) ¿Conque bien?

ENR.—Admirablemente. Y ya—sólo me detuve para ello—ya que te he dado la bienvenida, me despido de tí.

MAN.—¡Tan pronto!

ENR.—Asuntos urgentísimos. Nos veremos después. Matilde... Remedios... Señores... (Enrique saluda y sale por el fondo.)

DOC.—(Bajo a don Homobono.) Como en los cambios de ministerio. Enrique ha dado posesión al ministro entrante.

HOM.—No se burle usted de él. La resignación es una gran virtud. (Con ironía.)

AMB.—(A Matilde.) Ya le tienes aquí.

MAN.—Sí, Matilde, aquí estoy; aquí tienes al sabio, como me llamabas irónicamente en tus cartas; a ese hombre que ha querido estudiar mucho y quiere valer mucho para hacerse digno de tu belleza, de tu bondad y de tu cariño.

MAT.—Gracias.

REM.—¡Manuel! (Con satisfacción y cariño.)

AMB.—¡Bravo, chico, bravo!

HOM.—¡Picarón! Cinco añitos por esos mundos de Dios, es decir, del diablo, porque Inglaterra y Alemania son protestantes; y Francia peor todavía, porque es republicana. ¡Lástima que esos pueblos estén por sus costumbres y por sus creencias fuera de nuestra santa religión y lástima que los jóvenes vayan a ellas con achaque de aprender ciencia!

MAN.—¡Qué remedio, don Homobono! En la España católica la enseñan pocos, y a esos pocos o no les hacen caso o les dejan morir de hambre en un rincón.

HOM.—¿Eh? (Con mal gesto.)

MAN.—Además, poco importa que sean católicos o protestantes los pueblos donde la ciencia vive y se dignifica y adelanta.

HOM.—¿Cómo?

MAN.—La ciencia se cuida poco de religiones. Sólo tiene una: La verdad. Como sólo tiene dos enemigos irreconciliables: el fanatismo y la intolerancia.

HOM.—¡Eso!...

DOC.—(A Ambrosio aparte.) El muchacho se explica.

AMB.—(Al Doctor.) Demasiado.

REM.—(A Manuel.) Pero hijo...

MAN.—Sí, señora, sí. La ciencia, el arte, todas las grandes manifestaciones intelectuales, necesitan aire, expansión... Para ellas no puede, no debe haber

otras barreras que las naturales, las que el juicio ataca y el trabajo destruye; no las que se crean al amparo de cobardes egoísmos y de tradiciones ridículas. Por eso, en los países de donde vengo yo, la ciencia y el arte producen, conquistan y se engrandecen a beneficio de la humanidad; por eso en el nuestro agonizan y andan con paso de tortuga. No; nuestro atraso no es culpa propia, lo es de esas intolerancias, de esos fanatismos que, prometiéndonos dichas en el cielo, nos embrutecen en la tierra y acabarían por destruirnos, por matarnos, si se les dejase; pero no haya cuidado, no les dejaremos; hay muchos como yo, muchos dispuestos a combatir sin tregua, para que el suelo donde hemos nacido no se transforme en una momia geográfica. (Con entusiasmo y sin reparar en el asombro y mal gesto de todos.)

HOM.—(Levantándose.) ¡Esto es inaguantable! (Se dirige hacia el fondo.)

MAT.—¿Dónde va usted?

HOM.—Al jardín, a respirar el aire un poco; esta atmósfera me ahoga. (Bajo cuando llega junto a Remedios.) ¿No se lo decía yo a usted? De la cáscara amarga. No serás tú quien te lleves los millones del general. (Por Manuel. Sale por el fondo.)

MAN.—Pero, ¿por qué se va?

DOC.—¡Qué sé yo!

AMB.—Sin duda por no discutir tus ideas.

REM.—Don Homobono es muy religioso.

MAT.—Tal vez se haya ofendido.

MAN.—(Sorprendido.) ¡Ofenderse! ¿Con qué motivo? Sea religioso don Homobono cuanto le venga en gusto; nada más respetable que la conciencia de los demás; cada cual puede creer aquello que le plazca, tener la religión que le plazca.

DOC.—Conformes.

MAN.—Lo que no es posible es que, con pretexto de religión, se trate de esclavizar la ciencia, de poner mordazas al entendimiento, de inmovilizar las sociedades. Eso he dicho yo, no otra cosa.

AMB.—Sí; pero te expresas con tal vehemencia que...

MAN.—Con la vehemencia de una convicción firme.

REM.—No obstante...

MAN.—Si don Homobono no se hubiera marchado, si me hubiese dejado concluir, estaría conforme conmigo.

MAT.—¿Contigo?...

MAN.—¡Claro! El, servidor humilde, amante fervoroso de Cristo, ha de estar conforme con quien, como yo, procura por la verdad y por el bien y por la justicia.

AMB.—Eso lo respetamos todos.

MAT.—Naturalmente.

REM.—Indudablemente.

DOC.—Indiscutiblemente.

MAN.—¡Pues entonces!... Sí; la verdad, el bien, la justicia. La verdad; la inteligencia de cada uno esforzándose en descubrir verdades, pequeñas, relativas, si ustedes quieren, pero que una a una, cada una de por sí, vayan formando como escalones múltiples por los cuales se llegue a la verdad absoluta, suprema. El bien, no el bien particular, el común, el que, siendo igual para todas las criaturas, acabara por hacerlas felices: eso quiero yo; y quiero también el triunfo de la justicia, de la justicia justa, entendámonos, de la que está escrita en las conciencias más que en los libros, de la que no puede dispensarse a capricho de jueces venales, ganados por la influencia o por el oro o por la belleza; la justicia cuyos fundamentos...

AMB.—Voy en busca de don Homobono. (Con mal humor.)

MAN.—¡Tío!

AMB.—El hombre está solo, aburriéndose en el jardín.

MAN.—¿He molestado a usted también? (Con sinceridad.)

AMB.—De ninguna manera. (Procurando reprimirse. Con ira.) ¡Estamos frescos con el mozo! (Sale por el fondo.)

MAT.—(A Manuel.) ¡Ea! déjate de discursos y dime lo que te parece el despacho.

MAN.—(Mirando el despacho distraidamente.) Muy bien. (Se acerca al armario de aparatos quirúrgicos y lo abre.) Los instrumentos son de primer orden.

DOC.—No falta requisito. Ya ves: armario biblioteca, comodidades..

REM.—La mesa es de nogal: a la última moda.

MAT.—La sillería de cuero de Córdoba. Mira. (Enseñando el despacho a Manuel.) Calefacción por gas... lámpara eléctrica de seis brazos...

MAN.—(Distraído.) Bien, bien... ¿Y el laboratorio? (A todos.)

REM.—(Sorprendida.) ¿El laboratorio?

MAT.—El...

MAN.—El laboratorio. ¿De qué se sorprenden ustedes? Mi cuarto de trabajo, de estudio. El gabinete donde pasaré horas y horas, la vida entera, si es preciso, para arrancarle a la ciencia una palabra más, aunque sea una sílaba.

DOC.—(Contrariado.) El laboratorio...

MAN.—Naturalmente. Me es imprescindible. Amo mi profesión: tengo propósito de dedicarle todo mi esfuerzo cerebral. No; no pienso hacer de ella, sola y exclusivamente, oficio lucrativo, eso es lo de menos. No crean ustedes que voy a ser como ciertos médicos que, con cuatro fórmulas y cuatro farsas y un coche propio y un despacho magnífico, procuran su medro personal y embaucan tontos y alucinan imbéciles y conquistan necios. No, mis aspiraciones son más altas, más serias.

DOC.—(Aparte.) Me parece que ha llegado el momento de ir a reunirme con don Homobono y con don Ambrosio. (Alto a Remedios.) ¿Y ese almuerzo, Remedios?

REM.—Ya debían haber avisado.

DOC.—En tal caso voy por los prófugos. (Se dirige al fondo y sale por él.)

REM.—Y yo a meter prisa a los criados. (Se dirige a la derecha.)

MAN.—¿Y mi laboratorio?

REM.—(Con mal humor.) Ese le pones tú a tu gusto. (Aparte.) Ni un elogio por el despacho. (Mirando el retrato.) ¡Valiente yerno me has regalado, general! (Sale.)

MAN.—(Dirigiéndose a Matilde.) Sí, Matilde. Mis proyectos son grandes. Sólo con grandes proyectos y con grandes esperanzas de realizarlos me hubiese atrevido a pretender la posesión tuya.

MAT.—¡Manuel!

MAN.—Sí; te amo, te amaba antes de separarnos. Con la ausencia ha crecido este amor.

MAT.—¡Manuel, por Dios, yo no merezco!...

MAN.—(Estrechando cariñosamente las manos de Matilde.) ¡Que no mereces!... Todo. De ahí que me haya esforzado en valer mucho; y valgo mucho, disculpa mi inmodestia, pero contigo quiero ser inmodesto. ¿Permites que lo sea? (Con dulzura.)

MAT.—¡No lo he de permitir!

MAN.—Pues oye. Tengo ideas grandes, muy grandes. Ya te las diré una por una. La ciencia será mi acicate; tú mi aliado.

MAT.—¡Yo!...

MAN.—¡Qué deliciosa nuestra vida futura! Lejos del mundo, apartados de sus estúpidas vanidades y de sus fútiles placeres: el uno para el otro y los dos para una felicidad sola. ¡Venturoso hogar en el que nosotros cimentemos en el apartamiento, en el trabajo y en la honradez!

MAT.—(Con creciente contrariedad.) Sí... sí... (Procurando dominarse; toca el timbre.)

MAN.—(Sorprendido.) ¿Qué haces?

MAT.—¿No lo ves?

MAN.—¿Llamas?

MAT.—Te has olvidado de que aquellos señores nos aguardan para almorzar. Tendrás que arreglarte. (Manuel hace un gesto de desagrado y se vuelve de espaldas a la puerta de la derecha por donde entra Aurora.)

MAT.—(A Aurora.) Mira si está todo dispuesto en el cuarto del señorito. Hasta luego, Manuel. (Aurora pasa en forma que queda detrás de Manuel cuando éste se vuelva.)

MAN.—Pero...

MAT.—Adiós...

MAN.—¡Ella también me deja!... ¡Todos me dejan!... ¿Por qué? ¿Qué he hecho yo? (Se vuelve hacia donde está Aurora, que lo contempla con amor y tristeza.)

AUR.—(Bajo.) ¡Pobre Manuel!

MAN.—(Fijándose en Aurora.) ¡Cómo!... ¿Será posible?... ¡Qué posible, seguro!...

Es Aurora. (Dirigiéndose a ella.) Aurora, ¿eres tú?

AUR.—(Con tristeza.) Yo soy, señorito Manuel. (Sale por la izquierda.)

MAN.—¡Aurora! (En actitud de meditación y de recuerdo. Telón.)

ACTO SEGUNDO

El teatro representa la habitación central de la parte baja del hotel indicado en el acto primero. Al fondo una galería de cristales que comunica con el jardín, algunos de cuyos árboles se verán tras de la vidriera. Una puerta grande de dos hojas que habrá en el fondo, comunica con esta galería. A la derecha dos puertas, que suponen unir con el salón las habitaciones donde residen Remedios, don Ambrosio y Matilde. A la izquierda otras dos puertas; la del primer término comunica con el despacho y dormitorio de Manuel; la del segundo, con el cuarto donde se supondrá que éste ha establecido su laboratorio. A la derecha, en primer término, un diván bajo, de respaldo ancho y corto. Entre las dos puertas de la izquierda, una chimenea; entre las dos de la derecha, un mueble escritorio, sobre el cual habrá recado de escribir. Al levantarse el telón aparecen en escena, sentados sobre el diván, Remedios y Ambrosio.

REM.—Te aseguro que si no fuese porque estamos entre la espada y la pared, sería Manuel el que se casase con Matilde. Cada día me es más antipático el nombre.

AMB.—Insoportable; de todo punto insoportable.

REM.—No abre la boca, que no lo haga para mortificar a alguno de nosotros o alguna de las cosas que merecen nuestro respeto.

AMB.—Dilo; porque no es otra su ocupación desde hace una semana. El día de su llegada, durante el almuerzo, me faltó poco para tirarle un plato a la cabeza.

REM.—¡Y a mí!

AMB.—Estos jóvenes de hoy creen que el mundo puede volverse del revés con la misma facilidad que los calcetines.

REM.—Algunas veces me parece que Manuel está loco.

AMB.—¡Loco! No caerá esa ganga. A los locos se les encierra.

REM.—¡Pobre Matilde!

AMB.—No hay duda que se va a divertir.

REM.—Afortunadamente, Matilde no se deja dominar así como así. En ésta, como en otra porción de cosas, saca mi carácter.

AMB.—Creo que te forjas ilusiones. El tal Manolito tiene mucho genio. No se dejará imponer fácilmente.

REM.—¡Bah!... Peor genio gastaban otros, y sus mujeres les han vuelto mansos.

AMB.—Verdad. Pero convengamos en que Manuel es imposible.

REM.—Atroz. Pero sólo tenemos un remedio. Hay que apenar con él, o quearse por puertas. Y menos mal que hace unos días, desde el siguiente a su llegada, anda muy ocupado con la instalación del laboratorio, y apenas si lo vemos más horas que a las de comer y almorzar.

AMB.—Con ellas tiene bastante para ponernos de mal humor a todos. ¡Dichosos los que no viven en la casa!... Esos con dejar de venir están del otro lado. Ya lo hacen.

REM.—Ambrosio...

AMB.—Por de pronto, Enrique no ha vuelto.

REM.—Enrique tiene sus motivos. La situación suya es muy difícil...

AMB.—Convengo en que a Enrique le asisten motivos especiales para alejarse de nosotros. ¿Y a los demás? Ramírez...

REM.—En el laboratorio está con Manuel.

AMB.—Don Homobono...

REM.—Por don Homobono llevas razón. Desde que Manuel le soltó aquella rociada, muestra una actitud que... Vaya, hablando con toda claridad, me parece que a don Homobono le vendría de perlas que, por las inconveniencias de Manuel, se frustrase la boda.

AMB.—¿A qué cuento?

REM.—¡Pareces tonto, hombre! Si la boda se deshace, ¿quién se queda con el dinero?

AMB.—¡Mujer!... No seas mal pensada. Don Homobono es sujeto excelente; incapaz de caer en tales propósitos. Además, nos quiere mucho y le conviene estar bien con nosotros. Hoy mismo ha de traerme una nota referente a un pleito de sus administradas, pleito en cuya tramitación intervengo yo.

REM.—Sin embargo de eso, no hay que fiarse mucho. (Aparece don Homobono.)

HOM.—(Desde el fondo.) ¿Estorbo?

REM.—¡Estorbar usted, queridísimo amigo!... ¡Al contrario! Echándole estábamos de menos y temerosos de que estuviese usted ofendido.

HOM.—(Con sencillo asombro.) ¡Yo!..

AMB.—Las imprudencias de Mantel.

HOM.—(Con ingénuu expresión.) ¡Ofenderme yo, señora mía! Nunca me ofendo. Jamás guardo rencor a nadie. Mis creencias y mis sentimientos, educados en esas creencias, lo impiden.

REM.—(A Ambrosio.) ¡Es un santo!

HOM.—No, señora; nunca me ofendo con mis prójimos. Menos había de ofenderme con Manuel.

AMB.—Ya se lo decía yo a Remedios.

HOM.—No es culpa suya. Tiénela el pícaro tiempo en que vivimos. Deplorable resulta que las diabólicas ideas del siglo hayan penetrado en la conciencia de ese joven, nacido en el seno de una familia tan irreprochable como la de ustedes. Malo sería que se aprovechase, en servicio del mal, una inteligencia que todos querríamos ver empleada en servicio de Dios.

AMB.—Sí. Sería gran pena.

HOM.—Pero no hay que apurarse tanto. Aún no se halla Manuel absolutamente perdido.

REM.—Igual pienso yo.

HOM.—Ustedes con sus consejos, Matilde con la persuasiva influencia del cariño, yo propio, que algún valimiento he de tener con él, procuraremos arrancarle de la mala senda devolviéndole al buen camino, al que no debió abandonar nunca. Volverá, es de suponer que volverá, y... ¡arrepentidos quiere el cielo!

REM.—El Señor le oiga a usted.

HOM.—¿Y qué tal, qué tal se conduce Manolito desde que no le veo?

AMB.—Haga usted cuenta que lo mismo.

REM.—(Con impaciencia.) ¡Ambrosio!

AMB.—¿Por qué no decirlo, si es cierto? Peor que cuando llegó aquí; tronando contra lo existente; jurando y perjurando que es necesario renovarlo, cambiarlo, rehacerlo todo. ¡El delirio!

REM.—Cosas de muchachos.

HOM.—Sí, sí; pero por lo visto el mal tiene raíces hondas. La mayor parte de los amigos, de los compañeros, de los maestros e ídolos de Manuel, son unos ateos, unos revolucionarios rabiosos. ¡Calculen ustedes dónde irá con semejantes compañías!

AMB. Al infierno... Y no hablemos nada de Matilde.

REM.—(Queriendo interrumpirle.) Matilde...

AMB.—Ese inventor de microbios nuevos y de sociedades novísimas, quiere convertirla en su esclava, hacerla vivir lejos del mundo, moliéndole ingredientes, sin duda, mientras él la muele a ella a fastidios, a disgustos y a aburrimientos.

REM.—Pero, hermano mío...

AMB.—(Con impaciencia y con enojo.) No; Matilde no puede amar a un tipo de esas condiciones. Será una víctima con él.

HOM.—Ahí tiene usted una cosa más grave que todo lo anterior.

REM.—¿Eh?

HOM.—Aparte de que un sujeto, minado por tan perniciosas ideas, puede inculcarlas en la conciencia de Matilde, haciendo a ésta perder, por terrenas felicidades, la felicidad celestial, si ella no le ama, y, por no amarle, se hace infeliz. la boda significaría un peligro para ella y acaso un crimen para quienes le aconsejen y la permitan.

REM.—¡Cómol! (Con creciente disgusto.)

HOM.—La paridad de sentimientos precisa para la ventura doméstica; sin cariño verdadero, profundo, no hay dicha posible en los matrimonios, y un mal matrimonio sólo puede acarrear desventuras. Si Matilde no quiere a Manuel, si no ha de ser dichosa...

REM.—¿Qué?

HOM.—No debe casarse.

REM.—¡Eso! ¡Y que las monjas carguen con todo! (En un arranque de despecho.)

HOM.—(Levantándose.) ¡Remedios!

AMB.—(Aparte.) ¡Caracoles! Me parece que mi hermana tiene razón.

REM.—(Dominándose.) Sí, señor, que se lo llevaran todo, antes que fuese infeliz mi Matilde. Mejor estaría ese dinero en manos de aquellas queridísimas madres que en las de un hombre y una mujer unidos ante Dios, sin sentir un afecto verdad. Ahí tiene usted lo que yo pienso. No me guían en este asunto intereses bastardos.

HOM.—(Aparte.) ¡Te veo!

REM.—Sólo que, y esta es mi desesperación, Matilde está enamorada de Manuel, ¡muy enamorada! ¿Cómo me opongo yo a lo que ella considera su dicha?

HOM.—Eso de ningún modo. (Breve pausa. A Ambrosio.) Y dígame usted, don Ambrosio, ¿cómo anda el pleito de las madres? ¿Tenemos esperanzas?

AMB.—Seguridades, no esperanzas, amigo mío; muchos pasos ha habido que dar, pero al fin...

HOM.—La razón y la justicia están de su parte. Por eso pleiteamos. Sentimos gran respeto hacia la justicia y sus intérpretes, para demandarle fallos opuestos a su noble misión.

AMB.—Ya lo sé. Pues están ustedes de enhorabuena. Digo ustedes, porque como usted lleva un tanto por ciento en los negocios de aquella casa...

HOM.—Eso es lo de menos; no trabajo por lucro; trabajo por servir a Dios en las personas de sus hijas más predilectas.

REM.—¡Quién lo duda!

AMB.—¿Y qué, me trae usted la nota? Conviene llevarla esta tarde.

HOM.—No la he hecho.

AMB.—Hágala usted aquí. En aquel escritorio. (El situado entre las dos puertas.) hay papel y tintero.

REM.—(A Ambrosio.) Nosotros iremos a dar una vuelta por el jardín con objeto de no distraerle a usted. (Aparte a Ambrosio.) Necesito hablarte.

HOM.—Si no me distraen.

REM.—Nada, nada. Ahí le dejamos a usted solito. Le esperamos en el jardín. (Sale por el foro con don Ambrosio.)

HOM.—(Dirigiéndose hacia el escritorio.) Anda, que no serás tú (Por Remedios.) quien pueda conmigo. (Entra Aurora por la primera puerta derecha.)

HOM.—(Reparando en Aurora.) Felices, Aurora.

AUR.—(Con tristeza.) Felices serán para usted, don Homobono.

HOM.—(Como fijándose en la tristeza de Aurora.) ¿Qué te pasa, mujer? Estás pálido tienes encendidos los ojos, así como si hubieses llorado mucho.

AUR.—(Con angustia.) Mucho he llorado, sí, señor.

HOM.—(Como sorprendido.) ¿Por qué?

AUR.—¿Por qué? ¿Y usted me lo pregunta? ¡Usted que me ha hecho entrar en esta casa! ¿Por qué me trajo a ella?

HOM.—No te entiendo.

AUR.—¡Que no me entiende!... He sufrido tanto en esta vida, he derramado tantas lágrimas y me he impuesto tantas penitencias por culpas que otros me obligaron a cometer, que me creía que tóo lo malo había acabao, que no iba a sufrir dolores, nuevos, que los antiguos eran bastantes pa colmar la medida. (Con desesperada ironía.)

HOM.—Pero...

AUR.—¡Eso creía yo! ¡Seré imbecil! ¡Como si el que nace pa padecer tuviera descanso! ¡Como si cuando las penas le agarran a una por el cuello dejasen de apretar! ¡Cómo si el dolor cuando dice «allá voy», se cansase de dar puñaladas! Obró usted malamente con traerme aquí. ¡Muy malamente! (Con angustia.)

HOM.—¿Yo? (Como si no comprendiese.) No te comprendo, mujer explícate.

AUR.—¿No está Manuel en esta casa? ¿Qué más explicaciones quiere usted?

HOM.—(Como si no entendiese.) Manuel...

AUR.—(Con desesperación y energía.) Sí, Manuel; mi Manuel; el que fué mi Manuel, y mi alegría, y mi cariño y mi tóo. ¡Ese! (Con pasión.)

HOM.—Aurora...

AUR.—(Interrumpiéndole.) ¡Ese! Pero ¿a qué decirle a usted nada, y contarle nada si usted lo sabe tan bien como yo?

HOM.—Cree que ignoraba...

AUR.—¡Qué iba a ignorar, si usted y las señoras que me protegen, primero de hacer cosa por mí, quisieron enterarse de tóo, y me rebañaron el corazón y la memoria pa sacarme el payaso entero!... Mucho les debo á ustedes, muchos bienes me han hecho, pero trayéndome a esta casa, me han producido un mal mayor que tóos esos bienes juntos.

HOM.—De modo que Manuel... el sobrino de doña Remedios, el novio de Matilde es... ¡Calla!... Tienés razón! (Con hipócrita sencillez.) Perdona, hija, perdona. Me había olvidado de ese incidente. Ahora caigo en que le nombraste y... No extrañes mi olvido: doy tan poca importancia a las miserias de los hombres... Lo siento, de veras que lo siento... Y qué, ¿le viste?... ¿Has hablado con él?

AUR.—Sí.

HOM.—Y él...

AUR.—El es tan bueno, no, más bueno que nunca.

HOM.—Mostraría disgusto al verte.

AUR.—(Sorprendida,) ¡Disgusto! (Con sencilla y noble expresión,) Al contrario, alegría. Con su bondad de siempre me tendió la mano, ofreciéndome, lo que puede ofrecermelo, lo que yo no me hubiera atrevido a pedirle, su protección y su amistad.

HOM.—¿Y tú?... Supongo que no habrá cruzado por tu imaginación el propósito de renovar antiguas quimeras.

AUR.—(Con dignidad,) ¿Por quién me toma usted? ¿Qué ha pensao usted del querer mio? No; yo sé que Manuel no pué ser pa mí! Si lo supe, si renuncié a mi felicidad cuando estaba a su lao, cuando aún tenía el calor de sus caricias en mi sangre, ¿cómo no iba a hacerlo ahora cuando ya le juzgaba perdido pa siempre?

HOM.—Entonces, habiéndote conducido así, debes estar tranquila.

AUR.—(Con amargura) ¡Tranquila!

HOM.—Como debes continuar sacrificándote y borrar de tu alma la imagen de Manuel.

AUR.—(Con energía,) Sacrificarme, sí. ¿Borrar su imagen, arrojar de mis entrañas su querer? Eso, no señor; ¡nunca!

HOM.—¿Nunca?

AUR.—Nunca; ya está dicho. Ni lo haré, ni hay quien me lo pueda exigir.

HOM.—Dios lo exige.

AUR.—¿Dios? (Con energía.) No es verdad. ¡Que va a pedir Dios eso! Dios ha formao mi corazón. Ha permitido que Manuel sea mi dueño, no sé si después o a la misma parte que Dios. Pues si Dios ha hecho eso, si ha permitido eso, podrá exigir que me sacrifique; ya lo hago. ¡Pedirme que le olvide, que le eche de mi alma! Dios sabe que eso no es posible. ¿Cómo lo va a pedir?

HOM.—No olvidándole sufrirás más.

AUR.—¿Y qué me importa?

HOM.—Pero...

AUR.—¿Usted cree que mi padecer de ahora, es por mí? No. Entonces me conformaría como antes.

HOM.—¿Y hoy? (Mostrando la satisfacción que le produce la actitud de Aurora.)

AUR.—Antes sufría por mí sola. Hoy sufro por lo que van a hacerle sufrir.

HOM.—¿A Manuel?

AUR.—(Con apasionada desesperación,) ¡Quieren engañarle, deshonrarle!

HOM.—(Como sorprendido,) ¿Qué dices?

AUR.—La verdad. Esa Matilde, esa señorita ¡esa infame!... Sí, señor, no me mire usted, ¡esa infame! no quiere a mi Manuel, quiere a otro; a otro de quien ha sido ya, de quien sigue siendo, de quien seguirá siendo después de casada. De Manuel no apetece más que la herencia; y con tal de lograrla no le importa perder a un hombre en este mundo y perder la gloria en el otro.

HOM.—Pero ¿qué hablas muchacha? Eso no es posible.

AUR.—¡Qué no es posible! Lo he oído yo. Se lo he oído a ella y a Enrique.

HOM.—¡Matilde! ¡Enrique!... Sí... Algo me habían dicho, pero no le he prestado crédito.

AUR.—Créalo usted. ¡Se lo juro por estas cruces!

HOM.—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Qué horror!

AUR.—Y el hombre por quien daría yo la gloria, va a ser desdichao sabiéndolo

... ¡Y yo lo voy a consentir!... Consintiéndolo sería tan mala como los otros. Manuel; no lograrán lo que se proponen, no lo lograrán. ¡Te digo que no lo harán!

HOM.—¿Qué intentas?

AUR.—¡Evitar esa infamia! Hablar con Matilde, con Manuel si es preciso. ¿Debo hacer otra cosa? ¿No es esto lo justo? ¿No es lo honroso?

HOM.—Tú...

AUR.—Yo, sí. Aconséjeme usted. Usted se trata con personas más sabias y más buenas que yo. Usted vive más cerca de Dios, que esta pobre mujer. ¿Verdad que no oponerme a que Manuel sea desgraciado? Vamos; usted que es religioso, usted que sabe tanto de cosas de conciencia, contésteme. ¿Cuál es mi obligación?

HOM.—Yo...

AUR.—Usted, sí. Pero ¡qué digo! ¡contestarme! ¡ayudarme!

HOM.—¡Ayudarte!... Tanto como ayudarte... Claro que siendo como lo pintas. Pero la culpa, si existiera, tú eres quien la sabe, tú quien lo has visto; yo no nada, no he visto nada, no puedo mezclarle, por consiguiente, en nada. Eso es cosa tuya. Este género de cuestiones no admiten consejo; se resuelve por iniciativa particular. Haz lo que juzgues más conveniente; y para tí el pecado, si es que hay pecado, y la gloria si hay gloria.

AUR.—Corriente. Pa mi sola. ¡Si no me acobardol... ¿Cómo he de acobardarme... ¡Se trata de él!...

HOM.—Sobre todo nada de escándalo. Ni para evitar un mal debe recurrirse al escándalo.

AUR.—¡Ni pa evitar un mal! ¿Qué mayor escándalo que el mal mismo?

HOM.—Silencio. Ahí viene Matilde. (Se dirige al escritorio. Entra Matilde.)

MAT.—¡Don Homobono! (Manifestando gran cariño.)

HOM.—(Lo mismo.) ¡Hola, Matildita! (Cogiendo entre las suyas la mano de Matilde.)

AUR.—(Aparte.) ¿Y este hombre puede tratarla con cariño?

MAT.—(A Homobono.) ¿Cómo tan solo?

HOM.—Terminando una nota que debo entregar a tu tío. (Escribe.) Ea... ya está. Ya está después. Volveré a despedirme.

MAT.—¡Siempre tan amable!

HOM.—(Por Aurora. Aparte.) Decididamente fué una gran idea traerla aquí. (Váase.)

AUR.—(Aparte.) Ahora nosotras dos. (Matilde se dirige hacia la izquierda. Aurora se propone.) ¿Dónde va usted, señorita Matilde? (Con sarcasmo.)

MAT.—(Sorprendida.) ¿Yo? (Con altanería.) ¿Qué te importa y quién te autoriza a preguntarme?

AUR.—Cuando le pregunté me importará. (Con firmeza.)

MAT.—(Sorprendida por el tono de Aurora.) ¡Eh!

AUR.—¿Quién me autoriza a preguntarle? Un poco de paciencia. Ya lo sabrá.

MAT.—(Con enojo.) ¿Qué tono es ese? (Con desprecio.) Esta muchacha se ha vueloca. (Andando hacia la izquierda. Con imperio.) ¡Déjame pasar!

AUR.—(Con enérgica calma.) Aguárdese usted, señorita. Le interesa a usted nuestra conversación tanto no, más que a mí.

MAT.—Pero...

AUR.—Tenga usted un poco de calma; nos conviene. Aunque sea usted... todo eso es, y yo lo que soy, es necesario que la que vale más de nosotras se resigne a tener una conversación con la que vale menos.

MAT.—(Cada vez más sorprendida.) ¿Qué dices?

AUR.—¿Iba usted a las habitaciones de Manuel?

MAT.—¿De Manuel? (Con irritación y sorpresa.) ¡Así, Manuel a secas!

AUR.—(Sin hacerle caso.) Iba usted a las habitaciones de su prometido, del hombre que está enamorado de usted.

MAT.—¡Aurora! (Con enojo.)

AUR.—Sí, a verle iba, a meterle por los ojos toa su hermosura, porque usted es guapa, eso sí; a decirle cosas de querer; a seguir engatusándole pa la boda. Es pare el paso, no entre; no pierda el tiempo; no piense en la boda con Manuel, porque la boda no se hará.

MAT.—¿No? (Con sorpresa irónica.)

AUR.—No.

MAT.—¿Y por qué motivo? Me has puesto en curiosidad de saberlo (Con sarcasmo.)

AUR.—(Con ironía.) ¡Por que motivo! (Con energía y decisión.) Porque no quiero y porque usted va a renunciar a ella; porque yo, consintiéndola, sería criminal, y ¡ted no renunciándola sería infame.

MAT.—(Con sorpresa e ira.) ¡Infame! ¿Pero has dicho infame? (Con indignación.)

AUR.—Sí, infame; más infame de lo que es usted ya.

MAT.—(Con rabia.) ¡Cómo! ¡A mí! ¡Insultarme a mí tu! ¡A tu ama! (Se dirige hacia el timbre que habrá sobre el escritorio de la izquierda.)

AUR.—(Interponiéndose.) ¿Dónde va usted?

MAT.—A llamar; a que te cojan por un brazo y te echen a la calle, ¡insolent

AUR.—(Con sarcasmo.) ¿Llamar? No se atreverá usted.

MAT.—¿Que no? (Deteniéndose.)

AUR.—Ande usted, llame, que vengan todos, todos. Manuel el primero. Yo ¡petiré delante de todos que es usted una infame, y que engaña miserablemente quien va a tomar por marido porque es usted la amante de Enrique. (Prociérese que Matilde vuelva hacer intención de llamar poco antes de decir Aurora «es usted la amante Enrique». Al oír esta frase Matilde, quedará con la mano suspendida en el aire.)

MAT.—(Con espanto.) ¡Oh!

AUR.—(Con sarcasmo.) Ande usted, llame. No me opongo. Atrévase. (Gozando con el espanto de Matilde.) Ya ve usted cómo no se atreve.

MAT.—(Con frase entrecortada.) Tú... que tú dirás...

AUR.—La verdad. Que usted es amante de Enrique.

MAT.—(Con angustia.) ¡Falso!... ¡Eso es calunnial!

AUR.—¡Calunnial! Lo he visto, lo he oído yo.

MAT.—(Con asombro.) ¡Tú!

AUR.—(Señalando la primer puerta de la izquierda.) Allí, en aquel cuarto, allí os convocásteis pa perderle.

MAT.—¡Tú viste!... (Con terror.)

AUR.—¡Todo! No dije antes que ¡¡Todo! Pero ¿ustedes no contaban con Dios?

MAT.—Oye.

AUR.—(Interrumpiéndole.) Dios protege siempre al honrao contra el malo. Pa e hizo los ángeles. Sólo que algunas veces los ángeles están muy distantes, no tienen lugar de acudir, y Dios se vale de cualquiera; de una desdichá, de una perdida de una pobre mujer del pueblo. Eso ha hecho ahora.

MAT.—¿Y tú?... (Con ansiedad.)

AUR.—Yo impediré la traición de ustedes. Pa eso estoy aquí.

MAT.—(Desesperada.) ¡No! ¡Tú no harás eso! ¡callarás! (Como queriendo persuadir a Aurora.) ¡Soy rica, seré más rica todavía cuando me case con Manuel!...

AUR.—¿Quiere usted comprarme? (Con ironía.) Yo no soy de los que se venden (Con altivez.) No. Ni vendo el querer como usted, ni la conciencia como su amante.

MAT.—¡Qué desesperación! (Con angustia, con ira a Aurora.) Pero, ¿a tí que te interesa? ¿Qué interés tienes por ese hombre?

AUR.—El mayor de todos. Quererte y quererte con toda mi alma.

MAT.—(Sorprendida.) ¡Tú!... ¿Tú amas a Manuel?

AUR.—(Con arrogancia.) Yo, sí, yo.

MAT.—¿Hablas de veras? ¿Una mujer de tu condición se ha atrevido a poner los ojos en él?...

AUR.—¿Que te extraña? ¿No los has puesto tú?

MAT.—(Con ira.) ¿Me tuteas?

AUR.—¿No me tuteas a mí tú?

MAT.—(Con rabia.) ¡Esto es demasiado!

AUR.—(Con sarcasmo.) ¡Demasiado!... Muy poco pa lo que vas a oír.

MAT.—¡Aurora!

AUR.—Sí, le quiero; le quise; puse en él estos ojos; sólo que yo le quiero esperar que él pueda quererme; y tú finges quererle, con la esperanza de ser rico yo puse los ojos en él pa adorarle, tú pa deshonrarle; yo pa hacerle con mi cariño un paraíso, tú pa hacerle con tus maldades un infierno. ¡Calcula si hay diferencia entre nosotras dos.

MAT.—Basta.

AUR.—No. Es preciso que renuncies a esa boda.

MAT.—¿Porque lo pides tú?

AUR.—Porque Manuel no puede ser tuyo. ¡Si no puée ser mío porque he perdido la honra del cuerpo ¿cómo va a ser pa tí que perdistes la honra del cuerpo y la del alma!

MAT.—¿Renunciar a Manuel! ¡Nunca! ¿Lo entiendes? ¡Nunca!

AUR.—Mira que si te empeñas, si no me haces caso, Manuel lo sabrá todo. (Con tono de amenaza.)

MAT.—¿Y piensas que Manuel va a escucharte? ¿Que sin más ni más dará crédito a los cuentos de su antigua querida?

AUR.—(Sorprendida.) ¿Eh?

MAT.—No; Manuel se negará a creerte. Pedirá pruebas.

AUR.—¿Pruebas?...

MAT.—Tú no podrás dárselas, porque no las tienes. Y Manuel no fiará en tí, fiará en mí, porque me ama y a tí te desprecia. ¿Comprendes?(Con rencor y audacia.)

AUR.—(Confundida.) ¡Oh!

MAT.—¿Comprendes?... Pues si comprendes, ten cuidado, desiste de una lucha en la que llevas la peor parte.

AUR.—¡Desistir!... ¡Aceptar en silencio la desventura de Manuel!... (Con pasión y energía.) ¡¡Nunca!! Veremos quien vence de las dos.

MAT.—¡Lo veremos, Aurora!

AUR.—Lo veremos, Matilde. (Aurora y Matilde se contemplan un instante en actitud de reto; luego sale Aurora por la segunda puerta derecha.)

MAT.—¡Lo veremos! (Con tono de duda.) ¡Ay! La actitud de esa mujer me da miedo. Puede causarnos mucho daño. (Con inquietud ansiosa.) Hay que resolver algo, inventar algo... (Con desesperación.) ¿Quién puede ayudarme?... (Con alegría.) ¡Enrique; sí... Enrique!... Es preciso avisarle. (Se sienta frente al escritorio y escribe precipitadamente. Después mete la carta en un sobre que deja en blanco.) ¡Ya está! (Se dirige hacia la primera puerta derecha.) Ahora... (En este momento aparecen don Homobono, don Ambrosio y Remedios en el fondo. Don Homobono un poco antes para ver la acción de Matilde cuando oculta la carta.)

AMB.—(Dentro.) ¡Excelente día de primavera!

MAT.—(Al oírles y ver a Homobono, Aparte.) ¡Qué contrariedad! (Oculta precipitadamente la carta en el bolsillo del vestido.)

HOM.—(Reparando en la acción de Matilde, Aparte.) (Cartita tenemos, Aurora ha oído las hostilidades. (Restregándose las manos con satisfacción.)

MAT.—(Dirigiéndose al grupo formado por los tres personajes, que quedará en el fondo. Con aparente jovialidad.) Pronto se dió la vuelta.

HOM.—(Con amabilidad extremada.) ¡Qué remedio, hija mía! Los aires de Abril son muy fríos para los viejos. (A Remedios.) Hablo de mí y de don Ambrosio.

AMB.—Además, tenemos que salir.

REM.—Y nosotras arreglarnos para el paseo. Ya mandé enganchar. (Entran por la primera puerta de la izquierda el doctor Ramírez y Manuel sin reparar en el grupo formado por Matilde, doña Remedios y don Ambrosio, que queda en el fondo. Manuel vestirá una blusa blanca de dril, las mangas de la blusa dobladas por encima de la muñeca, las manos ensas de carbón y mostrará el desaliño propio a un hombre entregado al trabajo.)

MAN.—(A Ramírez.) ¿Qué le parece mi laboratorio?

RAM.—¡Admirable!

MAT.—(A Remedios.) Es Manuel.

REM.—¡Qué facha!

AMB.—No le falta más que una tea para resultar por fuera lo que por dentro: un descamisado. (Manuel se vuelve y ve a Matilde, Remedios, don Ambrosio y don Homobono.)

MAN.—¡Pues si está aquí toda la familia! (Acercándose hacia ellos, al mismo tiempo que los otros se dirigen donde está Manuel.)

MAT.—Ya era hora que nos viésemos desde el almuerzo.

MAN.—¡El pícaro trabajo! Mira si te querré que llamo pícaro, porque me separa de ti, a mi amigo mejor. (Reparando en el traje de Matilde, Mirándola con amor.) ¡Qué elegante! Hechicera estás. Un poco pálida, pero hechicera. ¡Ven aquí! (Cogiendo cariñosamente a Matilde por las mangas de su vestido.)

MAT.—(Con impaciencia.) ¡Quita (Rechazándole.) ¿No ves que tienes sucias las manos y vas a mancharme el vestido?

MAN.—¿Qué importa si manchándotelo me proporciono y te proporciono, crec que te lo proporciono, un momento de felicidad? Vestidos hay muchos; los momentos de felicidad, por muchos que sean, parecen pocos. Un vestido sucio se renueva, un momento de felicidad que se pierde perdido queda para siempre. (Con melancólica ternura.)

MAT.—(Procurando dominar su inquietud.) Manuel...

REM.—(Riendo.) Qué poético estás.

MAN.—(Jovialmente.) Pues ¿qué se figura usted, que por dedicarme a la ciencia no dejen espacio libre en mi pensamiento a la poesía?... ¡Error! La poesía y la ciencia son hermanas, mi querida suegra en proyecto. Un hombre de ciencia es un poeta que busca la verdad; un poeta, un hombre de ciencia que la presente; en el fondo iguales: dos gemelos que vuelan alto, porque la naturaleza ha tenido el buen gusto de ponerles alas en la frente.

HOM.—Contento y satisfecho estás.

MAN.—¡Contentísimo!... Ramírez, dígame usted si tengo motivos para estarlo.

RAM.—Como chico en feria anda por su laboratorio. ¿No han entrado ustedes en él?

MAT.—Yo sí.

AMB.—Nosotros todavía no.

MAN.—¡Un antro, don Homobono; un antro de aquellos que nos describen los cronistas de la Edad Media! Hornillos, retortas, alambiques, bicharracos metidos en alcohol... Faltan los signos cabalísticos y sobra la instalación de luz eléctrica para que parezca el asilo de un brujo.

RAM.—Como a ti te faltan cuatro adarmes de neurosis para estar loco rematado y un gorro puntiagudo para resultar un alquimista.

AMB.—Cualquier cosa parecerá este.

HOM.—Un alquimista. Es decir, uno de aquellos heréticos buscadores de la piedra filosofal a quienes la Iglesia tostaba a fuego lento sin curarse de conjuros y adivinaciones.

MAN.—(En son de broma.) Vaya, ¡que si viviéramos en aquellos tiempos no me escapaba yo tampoco! ¿Verdad, mi querido don Homobono?

HOM.—Tú...

MAN.—Y que no saldría de esta habitación sin ser condenado. ¡Digo! A la derecha mi tío Ambrosio, el brazo civil; a la izquierda don Homobono, el brazo eclesiástico. ¡Estupendos chicharrones harían ustedes con mi cuerpo! Afortunadamente aquello acabó.

HOM.—¡Desgraciadamente!

MAT.—¡No empecemos!

MAN.—Descuida. Hoy no tengo gana de discusiones. Repito que estoy muy contento. Tú queriéndome mucho y mi laboratorio marchando; porque marcha ya. Hasta trabajé en él un poco. Gusto de ver funcionar los aparatos exclusivamente. Así estoy de tizne.

AMB.—¿Conque ya se ha trabajado?

MAN.—(A Ramírez.) ¡Y cómo resistía el condenado animalejo! (A Matilde.) Un microbio, una fiercecilla microscópica que, juntamente con millones y millones de compañeros suyos, cultiva la nobilísima tarea de asesinar al género humano.

RAM.—¡Sí que resistía el tunante!

HOM.—(Con ironía.) Los malos gérmenes resisten mucho.

MAN.—(En el mismo tono.) Mucho, don Homobono, tiene usted razón. Los malos gérmenes son muy difíciles de combatir, lo mismo en el cuerpo humano, que en el social.

HOM.—No hay forma de acabar con ellos.

MAN.—Sí la hay. Cuesta, costará un trabajo enorme conseguirlo, pero al fin y a la postre, podremos con ellos.

AMB.—(Burlándose.) ¿Ustedes?

MAN.—Nosotros, sí señor; mis compañeros y yo desde nuestro sitio; los demás hombres de energía y de fe, desde el suyo.

HOM.—Ilusiones de la juventud.

MAN.—Realízales de la experiencia. Aquel microbio, aquel homicida imperceptible, era muy rebelde para morir. Salamandra diminuta, muy diminuta, vivía en medio de una atmósfera abrasada como en el mejor de los mundos posibles; echáyo combustible al hornillo, aumentaba poderosamente los grados de calor, y mi adversario, terco que terco, sin darse por vencido, burlándose de mí con los respaldos de su cuerpecillo negruzco, desafiándome con sus sacudidas nerviosas, insultándome con su terrible vitalidad; sólo que yo era más terco que él todavía y aumentaba el calor un grado y otro, y otro... y por fin, el microbio se condesperadamente, estiróse después y quedó tiesecillo, inmóvil: había muerto yo pude más que él. ¿Sabe usted por qué, don Homobono? Porque, en aquel momento, yo representaba la salud, es decir, el bien, y él representaba la peste, es decir, el mal. En estas luchas el triunfo definitivo corresponde al bien. (Durante estas frases de Manuel todos se miran haciendo unos gestos de disgusto, y otros de no entender.)

Matilde manifestará una gran impaciencia y el doctor Ramírez sonreirá escépticamente.
Doc.—¡Bravo, cliclo! Con esas facultades oratorias bien aprovechadas, te veo listo antes de cuatro meses.

MAN.—¡También usted se burla! Bueno que lo hagan otros; (A Matilde.) otros, es, no hablo de tí. ¡Pero usted, un hombre de ciencia!...

Doc.—La práctica de la vida me ha enseñado otra ciencia más ventajosa.

MAN.—¿Cuál?

Doc.—Saber vivir: la más importante de todas. ¿No es cierto, amigos míos?

HOM.—Al menos es muy necesaria. De todas suertes (A Manuel.) te felicito. Vay mucho, eres un enemigo terrible para tus adversarios.

MAN.—Y tengo confianza en el éxito. Juro a usted que si por algo aprecio y valoro la fortuna que nos ha dejado el general, es porque con ella, puesta al servicio de mis aspiraciones, facilitaré obstáculos.

HOM.—(Aparte.) Por eso no te la daremos.

AMB.—(Mirando el reloj. A don Homobono.) ¿Qué? ¿Vamos a ultimar el asunto?

HOM.—A sus órdenes.

Doc.—Yo salgo con ustedes. A más ver, Manolito. (Despidiéndose, don Homobono, don Ambrosio y Ramírez, salen por el fondo.)

REM.—Y nosotras a colocarnos los sombreros y a dar un paseito por ahí, aunque se haga tarde. (Remedios se dirige a la primera puerta de la derecha y sale por ella. Matilde va a seguirla.)

MAT.—(Con impaciencia.) ¡Creí que no acababan! (Matilde llega a la primera puerta y Manuel la detiene cariñosamente por el brazo.)

MAN.—(Deteniendo a Matilde.) No, Matilde; ¡tú no te vayas! Espera un poco. (Con amante.)

MAT.—(Aparte.) ¡Qué martirio! (Durante toda la escena que sigue, Matilde demuestra impaciencia propia a la situación de temor y de intranquilidad en que se halla.)

MAN.—(Conduciendo a Matilde a una de las butacas, haciéndola sentar y sentándose él a su lado.) Así quiero tenerte; a mi lado. Sola conmigo. Lejos de esos que se burlan de mí. (Coge entre sus manos una de Matilde. Esta la retira.) ¿Por qué huyes?... (La coge de la mano.) ¿Te disgusta que estemos juntos? ¿Que hablemos con libertad?

MAT.—¡Qué idea! Soy muy dichosa cuando me hallo cerca de tí. Sólo... que me quedo aquí aguarda. Como la tengo que acompañar...

MAN.—(Con mal humor.) ¡El paseo!

MAT.—Sabes que mamá no lo pierde. Además, si no estamos reunidos, tú tienes la culpa.

MAN.—(Sorprendido.) ¿Yo, Matilde?

MAT.—Claro, ¡si te hubieras arreglado y hubieras venido con nosotras!...

MAN.—(Contrariado.) Tienes razón.

MAT.—Por si esto no bastase para disgustarme, esta noche vas a esa conferencia. (Levantándose.)

MAN.—No me dejes aún; espérate. (Haciéndola sentar de nuevo.) Mi ausencia de esta noche es inevitable. Por lo que respecta al paseo, estás en lo firme. ¡Dispen... Tenía un deseo tan grande de ver terminada la instalación del laboratorio...

MAT.—Que me has dejado a mí.

MAN.—¡Dejarte! Jamás has estado más dentro de mi alma que allí. Es mi cuar-

to de estudio, el sitio donde trabajaré al lado tuyo, ¡vida mía! el arranque de nuestra existencia futura. Será una simpleza, pero al ver terminada la instalación del laboratorio, no he tenido más que un deseo: entrar contigo en él. ¿Sabes para qué? Para ofrecértelo, para que lo visitáramos el uno del brazo del otro; para que nos prometiésemos amor sin límites y completa felicidad entre aquellas cuatro paredes, que son el altar de mi entendimiento, como tú eres el altar de mi corazón. ¡Gúrate que con tal propósito había pensado que suprimieras esta tarde el paseo!

MAT.—¡Qué niño eres, Manuel! ¿Piensas que mamá lo consentiría? Aun no tenemos casados para que nos dejen en casa solos. Además; cualquier hora, cualquier instante, son buenos para prometerse cariño. (Tratando de levantarse.)

MAN.—(Deteniéndola.) No es eso. ¡No es eso! Yo hubiera deseado que estuvieramos allí juntos, solos, para explicarte delante de aquellos aparatos, de aquellos libros, de mis armas de combatiente, mis proyectos, mis ambiciones, mis afanes, mis recelos y mis esperanzas. Hubiese querido enseñarte algo que no conozco bien; el hombre que hay dentro de mí, el luchador intelectual, el que aspira a grandes triunfos y más triunfos, para arrojarlos a tus pies y decirte: «Otros hombres te ofrecerían galas, adornos, esplendores mundanos, miserias cubiertas de oro y perlas, satisfacciones y dichas de talco; yo no; yo aquí, en este humildísimo recinto que fortalecerá el trabajo y que embellecerá el amor, te ofrezco algo más grandioso, más perenne, más duradero; un afecto sin trabas, una inteligencia sin cobardía, una ambición noble, que no quiere detenerse hasta ganar un nombre de que puedas mostrarte orgullosa. Llega dentro de mí, compenétrate con las ideas como yo he compenetrado con los sentimientos, y marchemos unidos a la conquista de la ventura y de la fama!». Eso te hubiese dicho yo. (Reparando en Matilde que dura todo el parlamento de Manuel se ha mostrado impaciente y distraída.) Pero, ¿qué te pasa? (Con sorpresa. Con amargura.) ¿No me oyes?

MAT.—(Procurando contenerse.) Sí, Manuel... Te oigo... Te he oído con verdadero gusto.

MAN.—(Sorprendido y triste.) ¿Así me contestas? ¿Es que no me entiendes, Matilde? (Con amargo recelo.)

MAT.—Manuel... perdóname. No me hagas caso. No sé lo que me digo... Estoy todo el día tan contrariada, tan nerviosa...

MAN.—(Con interés.) Cierto. Tus manos arden.

MAT.—No, no es nada; nervios; nada más que nervios. El aire del paseo pondrá bien. (Entra Petra con un sombrero y unos guantes en la mano.)

PET.—Señorita: la señora que aquí tiene usted el sombrero y los guantes.

MAT.—¿Ves? (A Manuel.) Ya nos mete prisa mamá.

PET.—En seguida sale.

MAT.—(Llegando frente a la chimenea encima de la cual habrá un espejo.) Pon esas cosas. (A Petra bajo.) No te vayas. (Comienza a ponerse el sombrero delante del espejo.)

MAN.—(A Matilde.) Si te encuentras mal no debes salir.

MAT.—No te preocupes. De veras, no es cosa de cuidado. (Termina de ponerse el sombrero. Entra doña Remedios por la primera puerta derecha con sombrero puesto.)

REM.—(A Matilde.) ¿Estás lista?

MAT.—A tu disposición.

REM.—(A Manuel.) ¿Conque tú no vienes?

MAN.—No, señora. Tendría que vestirme y se les haría a ustedes tarde. (Entra Mariano por el fondo.)

MAR.—El coche. (Se retira por donde entró.)

REM.—Vamos.

PET.—(Aparte.) ¿Qué me querrá esta niña? (Viendo que Matilde se separa de la chimenea haciéndole señas de que espere allí.)

MAT.—(A Manuel.) Hasta luego. (Sin coger los guantes que estarán sobre la chimenea.)

MAN.—Adiós.

REM.—Adiós, sobrino.

MAN.—Tome usted el brazo. Las acompañaré hasta el carruaje.

REM.—Muchas gracias. Ve tú delante, niña. (Matilde pasa delante de Manuel y se dirige con ellos al fondo. Cuando todos llegan a este, Matilde hace como si recordara alguna cosa.)

MAT.—¡Ay, qué cabeza!... ¡Pues no se me olvidaban los guantes! Sigán ustedes; en seguida voy. (Salen por el fondo Remedios y Manuel.)

Matilde observa un instante hacia el fondo para cerciorarse de que Manuel y Remedios no ven y sigue su camino. Luego se dirige donde está Petra, y al llegar junto a ella saca precipitadamente la carta que ocultó en el bolsillo.)

MAT.—(A Petra, enseñándole la carta.) Sin que nadie se entere. ¡Entiendes! Esta carta al señorito Enrique. ¡Al casino, a escape!

PET.—Descuide *usté*.

MAT.—No olvides que es urgente. (Coge los guantes que están sobre la chimenea y sale por el fondo.)

PET.—Y ahora a decirle cuatro palabritas dulces al otro. ¡Viva el desahogo y vive el lol!... (Entra Aurora por la segunda puerta derecha.)

(Petra que se dirige hacia la segunda puerta derecha tropieza con Aurora.)

AUR.—(A Petra.) ¿Dónde vas tan *aprtsa*?

PET.—(Enseñándole la carta.) A quitarle trabajo al cartero del interior.

AUR.—(Con indiferencia.) Una carta.

PET.—De la señorita Matilde *pa su novio*.

AUR.—¿Pa Manuel?

PET.—No seas estúpida. Manuel es el novio oficial; la carta va *pa el otro*, *pa el novio efetivo* mujer.

AUR.—(Aurora con ansiedad.) ¿Pa Enrique? ¡Trae! Necesito ver esa carta.

PET.—Esta carta...

AUR.—Sí; ¡tráela! ¿No comprendes que leyendo, sabiendo lo que dice esa carta puedo salvar a Manuel, probarle que le engañan? ¿No sabes que Manuel, ese Manuel a quien Enrique y Matilde quieren deshonar, es mi Manuel?

PET.—¿El tuyo?

AUR.—El mío, ¡El que no será de ella! Porque tú, mi amiga de siempre, mi hermana casi, no vas a permitir que le hagan daño y que yo muera de desesperación. Trae esa carta! ¡Tráela, Petra! ¿Quieres que te la pida con los brazos en cruz?

PET.—No hace falta tanto, mujer. Tratándose de tí, y de hacer un bien a tu hombre, ¿voy a dudar yo? Además, ¿qué miramientos merece una moza como Matilde? ¡Poco antipáticas me son la hija y la madre! ¿Qué pué ocurrir? ¿Que se enteren y me pongan en la del rey? Regaño más y garbanzo menos, lo mismo tendré en otra casa. Toma. (Entrega la carta a Aurora.)

AUR.—(Cogiendo la carta con ansiedad y mirando el sobre.) El sobre no tiene dirección; está en blanco.

PET.—¡Pensarás que la niña es tonta! El sobre en blanco y la letra de dentro *lesfigurá*, y sin firma ninguna. He llevao muchas de esa casta. Así, aunque la carta se pierda o la cojan, no se sabe pa quién, ni de quién es. Estas señoritas gastan más conchas que los galápagos.

AUR.—(Abriendo la carta y leyendo alto mientras Petra escucha.) «Esta noche, a las diez, donde siempre; en el jardín, junto al kiosco. El sale. Mientras los otros están dentro de casa, iré yo allí. Dejaré abierta la puerta escusada. No tienes más que empujar, como siempre. Urge que nos veamos.» Tiene razón; no lleva firma.

PET.—¿Qué le ocurre a Matilde pa tantas precipitaciones?

AUR.—Ya lo sabrás luego. Ahora es ocasión de otra cosa. Ahora... (Se dirige al escritorio, coge un sobre, mete en él la carta de Matilde y cierra el sobre.) Esto es, otro sobre. (Dando la carta a Petra.) Ten la carta y llévala en seguida.

PET.—Corriente. (Sale Petra por la segunda puerta derecha.)

AUR.—(Con actitud de triunfo.) ¿No pedías pruebas, Matilde? Ya las tengo. ¡Ah, sí! (Entra Manuel por el fondo en actitud meditabunda y triste y llega hasta el primer término sin reparar en Aurora, que habrá quedado junto a la segunda puerta derecha.)

MAN.—(Aparte.) ¡Matilde! (Con amargura.) ¡Tampoco Matilde! (Con desesperación.) ¿Y si ella no me comprende, ¿qué va a ser de nuestro porvenir? ¿Qué va a ser de mí dicha? ¡Porque mi dicha es ella! (Con pasión. Se deja caer en una de las butacas y oculta el rostro entre las manos, mientras Aurora le contempla con tristeza y amor.)

AUR.—(Acercándose a Manuel.) Señorito Manuel...

MAN.—(Levanta la cabeza y ve a Aurora.) Aurora. Acércate. ¿Por qué me llamas señorito Manuel?

AUR.—Yo...

MAN.—No; tú no debes llamarme así. Llámame Manuel como siempre, como antes.
AUR.—¡Como antes!

MAN.—Lo mismo. Puede haber concluído entre nosotros, por obra del tiempo y de las circunstancias, de hechos que ni tú ni yo conseguiríamos volver atrás, ¡pasión, el lazo carnal que nos unía; pero restan la confianza y el afecto. Si no somos dos amantes, somos dos amigos fieles, dos hermanos. Los hermanos ni se llaman señorito, ni se hablan de usted. Hablémonos de tu.

AUR.—¡Manuel!...

MAN.—¡Pobre Aurora! ¡Pobre de mí acaso!...

AUR.—¿De tí! ¿Qué te ocurre? ¿Qué tienes?

MAN.—Lo más horrible que le puede ocurrir a un hombre lleno de fe, de esperanzas y de ilusiones; ver rota su fe, heridas sus ilusiones y sus esperanzas a punto de desvanecerse... ¡No ser comprendido! ¡No ser comprendido ni por aquello que uno lleva dentro del corazón!... ¡Qué tortura más grande!...

AUR.—Manuel!...

MAN.—¡Y ella!... Tampoco ella!... No; ¡si no debe ser verdad! Si sólo al imaginar que ella no me comprende, me hace pedazos el cráneo.

AUR.—¡Ella!

MAN.—¡Perdona!... Acaso te ofenden mis palabras.

AUR.—¡Ofenderme! ¿Por qué? Lo nuestro concluyó hace ya muchos años!...

MAN.—¡No ser comprendido!... ¡No ser comprendido! Tantos días preparándome para la lucha, tantos años de constante y ruda labor! Tantas horas de vigilia de esfuerzos, para intentar el asalto del porvenir! Y cuando vengo aquí, seguro del triunfo, ¿qué encuentro? ¿Amor? Amor, sí, el amor corriente, el vulgar, el que se traduce en sonrisas, en suspiros, en palabras dulces, en pensamientos rutinarios, en esperanzas baladíes; ese; no el amor verdadero, el grande, el que resulta más que aproximación, compenetración, justaposición de dos seres; el que cre siempre y comprende siempre, porque cuando no comprende, adivina, y cuando no adivina admira y respeta! Ahí tienes lo que buscaba yo, lo que temo no hallar... y si no lo encuentro, ¡qué tristeza tan espantosa para mí alma!... (Con desesperación.)

AUR.—(Con cariño.) ¡Vamos Manuel! Tú no debes acobardarte. Un hombre que vale lo que tú, sale adelante con lo que desea aunque esté solo, aunque no lo acompañe nadie.

MAN.—¡Solo! ¡No!... Repito que es imposible! Me obceco, soy injusto con ella

AUR.—¡Ella!

MAN.—¡También lo dudas tú! ¡También crees que no me comprende!

AUR.—¡Si fuera eso solo!

MAN.—¡Qué dices!

AUR.—La verdad. No puedo, no debo mentir. Tratándose de otro no lo haría tratándose de tí ¿como voy a hacerlo?... No, no es posible que esos miserables escarnezcan a un hombre tan honrado como tú!

MAN.—¡Eh!

AUR.—Matilde no te comprende; pero esto es poco. Matilde no te quiere; es poco aún; ¡Matilde te engaña!

MAN.—¡Cómo!... ¡Qué!... ¿Qué dijiste, Aurora?

AUR.—Te engaña.

MAN.—¡Oh!

AUR.—Te engaña, porque no apetece más que el dinero, te engaña porque tiene un amante. (Manuel al oír estas frases, se dirige a Aurora en actitud amenazadora.)

MAN.—¡Mentira! ¡Mentira!... ¡Eso no es verdad!... ¡No es verdad!... ¡La calumnias!...

AUR.—¡Yol!...

MAN.—¡Tú, si, tül... Lo que has dicho es falso. Una calumnia, lo repito.

AUR.—¡Manuel!

MAN.—Sí, la calumnias. Ya veo clara tu intención. Aún piensas en mí; aun quieres ganarme para tí.

AUR.—¡Manuel! ¡Manuel!

MAN.—Lo quieres, Y como Matilde te estorba, pretendes deshacerte de ella y recoges todo el cieno que amasaste en el arroyo cuando moza, para arrojarlo sobre ella y aplicarme a mí el alma!

AUR.— ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Y tú supones?... ¡Qué horror, virgen santa, qué horror! ¡Trato de salvarle y me insulta; procuro por su felicidad y me dá en cara con mi vergonzosa pasao! ¡Yo no merezco eso, Manuel! ¡No, no lo merezco!

MAN.— ¡Dí que mientes, mujer! ¡Dilo pronto; dilo y te perdono! ¡Acaba de decirlo!

AUR.— ¡No miento! Te engaña. Tiene un amante: ¡Enrique!

MAN.— ¡Oh!

AUR.— Sé que te hago daño, mucho daño. Arrancar un querer del pecho es muy doloroso. Pero la herida que te hago yo, puede curarse; curará. La que ellos van causarte es de muerte.

MAN.— ¡Enrique! ¡Matilde!... No; ¡si no te creo! ¡Si la adoro como voy a creer! ¿Quieres que te crea? Dame una prueba; una que no admita vacilaciones; que no permita dudas... ¿Tienes esa prueba? No; no la tienes. ¿Verdad que no la tienes?

AUR.— La tengo.

MAN.— ¡Venga!

AUR.— He hablao con Matilde pa exigirle que no se casara contigo. Ella, teniendo lo que pueda intentar yo, ha escrito a Enrique para ponerse de acuerdo con él. A las diez están citáos en el jardín. «Donde siempre, junto al kiosko». Ve al jardín, óyelos; y luego de oírlos, si te he mentido, mátame.

MAN.— ¡Conque ellos!...

AUR.— He cumplido mi obligación. Ahora, adiós Manuel. ¡Adiós pá en jamás de tu vida!

MAN.— ¡No! No te irás.

AUR.— ¡Manuel!

MAN.— ¡No te irás! Si has mentido eres una criatura vil, merecedora de todos los castigos, de todas las afrentas. Si has dicho verdad, me has salvado, me libras de una muerte, mil veces peor que la de mi cuerpo, la de mi alma. Si has hecho eso mereces gratitud, alabanza y admiración.

AUR.— ¡Ay!

MAN.— Pues bien, si es para el premio, para el premio: si es para el castigo, para el castigo. Para una cosa o para otra tienes que esperar. ¡Espera, Aurora! Espera!...

ACTO TERCERO

El teatro representa el Jardín del hotel. Al fondo la fachada trasera y entrada de éste. La puerta de entrada del hotel será practicable, conduciendo a ella tres o cuatro escalones de piedra. Esta puerta será de cristales, por los cuales, así como por los de las ventanas se verán luces encendidas. A la derecha, en primer término, en lo que remedará tapia, una puertecita practicable que estará cerrada con un cerrojo al comienzo de la representación. A la izquierda, en segundo término, un kiosko chino al que dará acceso una pendiente enfrontada con el público. En el resto de la decoración, árboles, cuadros de flores, etc., etc. La luz de la luna iluminará el jardín al comenzar la escena, ocultándose cuando lo indiquen las anotaciones y volviendo a salir cuando se marque. Al levantarse el telón aparecen en primer término, a la derecha, sentados en sillas rísticas y teniendo delante mesitas portátiles de madera, Matilde, Remedios y Ramírez. En segundo término, a la izquierda, habrá una mesa, portátil también, pero más grande que las anteriores.

REM.— No puede ser más agradable la temperatura.

DOC.— Se conoce que Mayo está impaciente por llegar, y le mete a Abril de contrabando, sus deliciosas noches.

MAT.— Pues bendito sea el contrabandista que nos permite tomar el café en el jardín.

DOC.— Y la luna que nos deja ver tu hermosísima cara.

MAT.— ¡Qué galante!

DOC.— Y que esta noche disfruto yo solito el espectáculo de esa cara; digo solito, porque Ambrosio se fija poco en ellas cuando son caras de la familia, por supuesto.

AMB.— ¡Hombre!

DOC.— Por lo que hace a Manuel, como se va de conferencia...

AMB.— Y que no la pierde por nada.

REM.—¡Cuando no la plerde por su novia...

DOC.—¡Tonto, más que tonto! Dejar una mujer tan bonita por un programa químico. Cualquiera día a su edad, ¡qué digo á su edad, a la que tengo hoy, dejo yo una muchacha guapa por una disertación científica. No hay mejor reactivo que unos ojos como éstos. (Señalando los de Matilde.)

MAT.—Gracias a que Manuel está vistiéndose en su cuarto. Si no, duelo seguro. (En tono jovial.)

DOC.—(Lo mismo.) ¡Ya lo creo que nos batiríamos! ¡A receta limpia!

AMB.—Es el arma que los médicos manejan mejor. (Con el mismo tono.)

DOC.—(Riendo.) Como vosotros el garrote. Cuestión de costumbre.

AMB.—Y a propósito de Manuel. Ha estado hecho un santo durante la comida. ¡Como que no ha hablado apenas, que es su sistema único para no mortificar a nadie.

REM.—¡Calla! Pues es verdad que ha estado muy serio.

MAT.—Muy preocupado, nervioso... impaciente. ¿Qué le ocurrirá?

RAM.—La conferencia, hija, la conferencia. Los sabios jóvenes toman esas cosas muy en serio.

REM.—Don Homobono se retrasa. ¿Si no irá a venir?

AMB.—¡En seguida falta don Homobono a su partido de tresillo!

DOC.—Antes faltará a misa.

REM.—Cierto que hoy hemos comido más temprano.

MAT.—Manuel tiene que salir a las nueve.

HOM.—Tomando la fresca, ¿eh?

REM.—Sí, pero la tomaremos con alguna cosita más, como de costumbre. ¡Mariano!

MAR.—Señora.

REM.—Que le ayude a usted Petra a traer el café y los licores. (Vase Mariano por el fondo.)

HOM.—¡Buen programa! Usted me dará una tacita de café y yo luego le daré a usted codillo.

REM.—¡O lo otro!

HOM.—¡Qué!

RAM.—¡Darle codillo a don Homobono! Resulta casi imposible. Es muy seguro.

HOM.—Sí, señor; sí, señor. (Entran Petra y Mariano por el fondo con dos bandejas, servicio de café, botellas de licores, copas y vasos.)

MAT.—Ya está aquí el café. (Petra pone en la mesa de la izquierda el servicio, ayudada por Mariano.)

AMB.—Sólo falta tomarlo.

MAT.—Y que yo se los sirva a ustedes. (Matilde se dirige a la mesa de la izquierda, donde estará Petra. Mariano se ocupará en poner copas y vasos de agua en la mesita.)

DOC.—Miel sobre hojuelas.

MAT.—¿La misma cantidad de azúcar? (A todos.)

HOM.—¡Por supuesto!

MAT.—(Mientras sirve el café ayudada por Petra. A Petra.) ¿Conque le viste a él?

(Bajo.)

PET.—(Lo mismo.) Sí, señora. (Matilde se dirige a la derecha con dos tazas de café en la mano; una que pone delante de su madre y otra delante de don Homobono.)

HOM.—Muchas gracias, hija. (Matilde vuelve a la mesa de la izquierda.)

MAT.—(Mientras sirve otras tazas, bajo a Petra.) ¿En persona?

PET.—(Bajo.) En persona. (Matilde vuelve a la derecha con dos tazas de café que coloca frente a Ramírez y don Ambrosio.)

MAT.—Estas para ustedes.

DOC.—¡Lástima que te lleves las manos!

MAT.—(Volviendo a la mesa de la izquierda y bajo a Petra.) ¿Y te dijo?

PET.—Ya lo sabe usted. Contéstala a tu señorita que se hará como manda. (Aparte.) Qué despacio va el tiempo. (Sirviéndose el café.)

HOM.—(Apurando un sorbo de café.) ¡Excelente!

DOC.—(Haciendo lo mismo.) ¡Magnífico! (Mariano habrá ido sirviendo los licores durante este diálogo. Aparece Manuel en la puerta del foro. Vestirá levita y llevará un abrigo de entretiempo al brazo y un sombrero de copa en la mano.)

MAT.—¡Ahora el mío! (Al ver a Manuel.) Es decir, el tuyo y el mío. (Sirviendo otra y dirigiéndose a Manuel con las dos tazas en la mano.)

MAN.—Gracias. Buenas noches, don Homobono. (Manuel, después de saludar a Homobono, se sienta frente a una mesita desocupada, donde pone las dos tazas Matilde, andándose luego al lado de Manuel.)

REM.—(A Petra y Mariano.) Pueden ustedes retirarse. (Salen Petra y Mariano por el o.)

REM.—(A Manuel.) ¿De modo que esta noche nos dejas?

MAN.—¡Qué remedio! (La actitud de Manuel durante la escena será de preocupación y mismamiento.)

DOC.—¿Conque Avendaño, el famoso químico, va a explicaros su descubrimiento?

MAN.—Sí.

HOM.—Gran noche te espera!

AMB.—¡Un descubrimiento nada menos! (Con burlona ironía.)

MAN.—Un descubrimiento, sí, señor; un descubrimiento que va a enseñarnos la nueva verdad. ¡La verdad! (Como respondiendo a sus angustias interiores.) ¡Cuántas luchas, cuántos dolores supone casi siempre encontrarla!

DOC.—Avendaño ha trabajado mucho.

AMB.—Para inventar un nuevo explosivo.

HOM.—Otro medio de destrucción.

REM.—Que los enemigos de la sociedad aprovecharán seguramente contra

MAT.—¡Pues es delicioso el descubrimiento!

MAN.—No hay que apurarse. Todos esos explosivos son fuerzas; fuerzas salidas al principio, por eso se emplean en servicio del mal. Ya domaremos, ya citaremos esas fuerzas para que se empleen en servicio del bien. Lo importante que existan y que las vayamos conociendo. (Volviendo a su actitud de antes. ¡Ay! ¡Una la cabeza sobre el pecho.)

MAT.—(Extrañada de la actitud de Manuel.) ¿Qué tienes? Estás así como triste, preocupado... ¡Tan alegre como te dejé cuando nos fuimos de paseo!

MAN.—Acaso por eso, porque estaba entonces muy alegre, estoy como estoy. Grandes excitaciones, depresiones grandes. (Hace una pausa y apura la taza de café levantándose.) Vaya, llegó el momento de dejarles.

MAT.—¿Tan pronto?

MAN.—Tengo mucho interés en lo que voy a escuchar esta noche.

REM.—¿Te vas?

MAN.—Sí.

REM.—Espérate. Que enganchen el carruaje.

MAN.—¡De ninguna manera! Está cerca. Voy mejor a pie.

REM.—Como gustes.

MAN.—(A Ramírez.) ¿Usted no viene?

DOC.—No; prefiero el tresillo. Ya me enterarán mañana los periódicos. La obra de Avendaño es poco entretenida. Figúrense ustedes, es tartamudo...

MAN.—(Despidiéndose.) En tal caso, adiós.

MAT.—¿A qué hora vuelves?

MAN.—A las doce próximamente,

MAT.—(Aparte a Manuel.) No vayas a entretenerte, y vengas después que éstos hayan ido y cuando estemos acostadas nosotras.

MAN.—(Con intención.) Descuida, Matilde. Llegaré a tiempo. (Sale Manuel por el o.)

AMB.—(A don Homobono.) ¡Un nuevo explosivo!

DOC.—¡Y formidable! Como no se equivoque Avendaño, con una pequeñísima cantidad, metida en un tubo de acero, se puede hacer saltar esta casa.

AMB.—¡Caracoles! (En este momento se debilita la luz de la luna.)

HOM.—El café se ha acabado, y esas condenadas nubecillas se empeñan en taparnos la luna.

REM.—Hable usted sin rodeos y diga que está rabiando por jugar su tresillo. Vengan cuando quieran ustedes. (A Mariano, que durante la escena anterior habrá quedado en pie en el último término.) Ven con Petra y llevaros esto. (Sale Mariano por el o.)

fondo. Levantándose dice a don Homobono.) ¡Darme coaillo! Yo sí que voy a dársele usted.

HOM.—¡Puede! (Con ironía. Salen Petra y Mariano, quienes durante el diálogo irán cogiendo tazas y vasos, no dejando encima de la mesa grande más que las cafeteras. En otras bandejas se llevarán los vasos y las tazas. También entrarán las mesitas portátiles en el hotel. Ofreciendo el brazo a Remedios.) ¿Andando?

REM.—(Cogiéndose del brazo de don Homobono.) ¡Andando! (Se dirigen al fondo.)

DOC.—(A Matilde ofreciéndole el brazo también.) ¿Y tú?

MAT.—(Cogiéndose al brazo de Ramírez.) Yo les veré jugar un ratito, y luego meteré en mi cuarto a escribir unas cartas. Estoy muy atrasada en mi correspondencia con las compañeras de colegio. (Salen por el fondo Matilde, Remedios, Ramírez y don Homobono y don Ambrosio.)

PET.—(Entrando a Mariano.) Tú coges esas dos mesitas que quedan y adentro de ellas, mientras yo acabo de limpiar esto. (La mesa grande. Mariano coge las mesitas y entra en el hotel. La luz de la luna brillará a intervalos, ocultándose, volviendo a aparecer, etc.)

PET.—(Limpiando la mesa.) ¡Ajaja! Ya está limpia la mesa. (Cogiendo el servicio de café que ha quedado encima de ésta.) Ahora, a la cocina a bostezar, hasta que a la gente le entren las ganas de acostarse. Les entrarán tarde; ¡claro! como ellos madrugan... (Petra se dirige hacia el hotel con la bandeja en la mano. En este momento sale del hotel Aurora con la mantilla echada sobre los hombros y se dirige hacia el kiosco tropezando con Petra en el camino.)

AUR.—(Aparte.) ¡Por fin va a convencerse de que no le engaño! ¡Por fin voy salvarte, Manuel! (Sigue su camino y se encuentra con Petra.)

PET.—(Sorprendida.) ¡Aurora!

AUR.—(Contrariada.) ¡Tú!

PET.—Acabo de limpiar la mesa y llevo dentro este servicio. Tú, camino de casa, ¿verdad?

AUR.—(Con turbación.) Ya lo ves.

PET.—¡Quién pudiera imitarte! ¡Una noche entera pa una sola! Tú puedes dfrutarlas; yo... malo sería que pudiese; pa nosotros, pa los criaos, las noches libres *significan desacomóo* y *desacomóo, significan hambre*.

AUR.—(Impacienta.) Anda, vete dentro. (Tratando de explicar su prisa porque se va a Petra.) Puedes hacer falta... Acaso te llamen... Además, yo tengo mucha prisa. Voy de compras...

PET.—Mujer, no seas *súpita*. Que llamen hasta que se les caiga la campanilla. ¡Ni qué me importa! Y tú no te atosigues. Los comercios no se cierran hasta las diez.

AUR.—(Como respondiendo a su pensamiento.) ¡Las diez!

PET.—Dime, ¿le contaste a Manuel?...

AUR.—(Llena de confusión y con impaciencia.) No, todavía no.

PET.—Mal hecho. Yo se lo hubiese *contao en seguida*, pa que los hubiese cogido esta noche y les hubiese dao: a él, dos *trompás*; y a ella, dos *patás* donde me sé.

AUR.—Ya tendrán su castigo. Adiós. (Haciendo ademán de irse.)

PET.—Adiós, chica, adiós. Ni que tuvieses azogue en el cuerpo. Que descansas y hasta mañana.

AUR.—Hasta mañana, Petra. (Petra se dirige hacia el hotel, y Aurora pasa por delante del kiosco, y se encamina a la puerta izquierda del muro del hotel, donde se detiene sin ser vista de Petra, esperando.)

AUR.—¡Creí que no se iba! (Se dirige hacia la derecha.) Ya estará esperando Manuel. (Como con temor y recelo.) ¿Por qué dudo? ¿Por qué tengo miedo de hacer lo que hago? (Breve pausa. Con decisión.) ¿Miedo yo? Lo que hago es un bien. ¡Es bien! ¡Adelante entonces! (Aurora se dirige a la puertecilla de la derecha, no sin mirar antes si alguien la ve. Cuando llega a la puerta se detiene, escucha de momento inclinada hacia ella, y luego descubre el cerrojo con mucha precaución. La puerta se abre y aparece en ella Manuel. La luz de la luna habrá desaparecido completamente.)

MAN.—(A Aurora.) ¿Eres tú? (Bajo.)

AUR.—(En el mismo tono.) Yo, Manuel. (Manuel vuelve a correr el cerrojo con las mismas precauciones que empleó Aurora para descorrerlo, y se dirige hacia Aurora, que habiendo retrocedido unos pasos.)

MAN.—(Vuelto de espaldas a la puerta y sin separarse de ella aún.) ¡La verdad! ¡Toda verdad! Eso necesito, aunque la verdad me asesine. (Manuel coge a Aurora por la mano y se dirige con ella despacio hacia la izquierda del kiosko. Mirando el kiosko y sus alrededores.) Aquí. ¿No es eso? Aquí es donde van a reunirse, a entenderse. Aquí. Donde siempre!... ¡Donde siempre!... Donde... Siempre... Dos palabras ¿eh? Dos palabras vulgares. Pues estas dos palabras, las escribe una mujer sobre un pedacillo de papel blanco. Escribe una... otra luego; se juntan las dos, y matan la ventura de un hombre... (Con amarga desesperación.)

AUR.—¡Manuel!

MAN.—(Segue sin oírla.) *Donde siempre.* Es decir, en el sitio escogido por ellos para satisfacer sus pasiones, para hacer escarnio de mi credulidad, para verderla cruelmente. Y esto una hora, un momento después acaso, de haberme ella jurado amor con una sonrisa, y él amistad con un cariñoso apretón de manos!

AUR.—Oye...

MAN.—Ya oigo; ya te oigo. Figúrate si oiré bien, que estoy repitiendo uno por uno los gritos que lanza mi dolor.

AUR.—¡Dios mío! ¿Por qué me has obligado a hacerle sufrir?...

MAN.—¡Sufrir!... No te arrepientas. Si lo que dijiste es verdad, bien has hecho haciéndolo. Era tu deber. ¿Pero es verdad? ¿No has mentido?... Mira, si me hubieras mentido, si me dijeras «he mentido», no sólo te perdonaría, ¡perdonarte es poco!, caería a tus pies, me abrazaría a tus rodillas para darte gracias, para gritarte que todo el daño que me habías causado, valía con creces la felicidad que me proporcionabas. ¡He mentido! ¡He mentido! ¡Si tú pudieras decirme esto!

AUR.—¡Qué más quisiera yo sino podértelo decir! (Con ternura y grandeza.)

MAN.—(Con desesperación.) ¡No lo dice!... ¡No lo dice, porque no lo puede decir! ¡Porque no ha mentido! ¡No! ¡Tú no mientes! ¡Los que mienten son ellos! ¡Ella! ¡Ella! Dios grande, naturaleza todopoderosa, ¿por qué sois tan crueles, por qué permitís que el mal se disfraze con un cuerpo hermoso, que la iniquidad se culte tras un rostro lleno de inocencia y la traición se esconde en el brillo apasionado de unos ojos serenos? ¡Ella! ¡Matilde! ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Se deja caer con desesperación en un sofá de mimbres que habrá junto al kiosko.)

AUR.—(Acercándose a él y luego de contemplarle con angustia un momento.) Si yo te dije, si yo te conté la verdad fué...

MAN.—(Interrumpiéndola.) ¡No te sinceres! ¿No oyes que hiciste bien? Tampoco te preocupes por mi tormento.

AUR.—¡Que no!

MAN.—Era necesario sufrirlo antes o sufrirlo después. (Brevisima pausa.) Como enfermo en el momento de la amputación, grito y me desespero; pero la acepto, porque es precisa, porque es inevitable. El miembro gangrenado tiene que arrancarse de la carne viva, para que no la contamine y destruya. La carne viva tiembla al verse delante del cuchillo; los nervios se insurreccionan y palpitan medrosamente. Brilla el cuchillo junto a la carne desgarrando arterias y músculos... El enfermo abre los ojos, ve el miembro podrido separado del tronco y llora, porque es algo suyo, que le abandona para siempre; llora, pero después sonríe y da las gracias al cirujano, porque acaba de salvarle la vida. ¡Gracias, Aurora, muchas gracias! (Con dolor y ternura.)

AUR.—No hice lo que me hiciera pa que tú me dieras las gracias. Me salió de aquí dentro. (Señalando el corazón.) Ni tan siquiera lo pensé. Bueno o malo de aquí dentro salió.

MAN.—Bueno fué. (Suenan a lo lejos diez campanadas. Manuel y Aurora las oyen en silencio como si por lo bajo fueran contándolas una a una.)

AUR.—¡Las diez!

MAN.—La hora. (Con alegría dolorosa.) ¡Van a cesar las dudas! Por triste, por horrible que sea la verdad, el espíritu se ensancha cuando va a encontrarse cara a cara con ella.

(La luna, que como se dijo antes, se ha ocultado al comienzo de esta escena, aparece en el instante en que se abre la puerta del hotel y se muestra en ella Matilde, que antes de abandonarla permanece un instante inmóvil.)

AUR.—(Viendo desde el sitio que ocupan Manuel y ella, que no estará alumbrado por la luz de la luna, la figura de Matilde.) ¡Ella!

MAN.—¡Ella, sí! (A Aurora.) ¡Silencio! (Cogiéndola de la mano y conduciéndola hacia el kiosko.) Tú, ahí dentro. Necesito estar solo con ella. (Aurora, empujada por Manuel, entra en el kiosko. Matilde descende por la escalera poco a poco y Manuel se oculta tras el tronco de un árbol. Matilde mira recelosamente a todas partes, y luego se dirige con resolución hacia la puertecilla de la derecha. Manuel la sigue con precaución y lentitud. En el momento en que Matilde va a descerrar el cerrojo, Manuel que ha llegado junto a ella lo tiene su mano. Matilde vuelve sorprendida y aterrada. La luna habrá desaparecido en el momento en que Matilde ha llegado al pie de la escalera.)

MAT.—(Con terror.) ¡Manuel! (Reconociéndole.)

MAN.—¡Qué puntual has sido, mujer! (Con sarcasmo doloroso.)

MAT.—(Tratando de huir.) ¡Manuel!

MAN.—(Sujetándola fuertemente por la muñeca.) ¡No te impacientes! No tengas tanta prisa en abrir. Aun no habrá venido. (Descorre el cerrojo, entreabre la puerta y hace acercarse a ella a Matilde.) ¿Ves? Nadie todavía. Está tranquila, ya vendrá. (Abre de par en par la puerta.) Cuando venga, franca tiene la entrada. ¡Que entre! (Conduce a Matilde al primer término centro.) Y mientras llega él, hablemos nosotros.

MAT.—¡Oh! (Con desesperación.)

MAN.—¿Cómo has podido ser tan infame conmigo?

MAT.—¡Manuel! (Aterrada.)

MAN.—No tiembles. ¿Imaginas que voy a matarte? (Con ironía decorosa.) No. Se mata a otras mujeres, cuyos extravíos o cuyos crímenes puedan redimirse con sangre. Se mata a las que la pasión empuja, y el vértigo de esa misma pasión, enloquece; a las que deshonran a un hombre por criminal, pero por arrebatado impuro. A ti, llevada al engaño por el egoísmo y por la codicia, matarte, sería hacererte mucho honor. Eres tan ruin, que ni siquiera tienes derecho a que te maten.

MAT.—¡Déjame, Manuel, déjame! (Procurando alejarse)

MAN.—(Impidiéndoselo.) ¡Déjarte! ¿No oyes que necesitamos hablar? Hablar yo y tú y él; los tres. Los burladores y el burlado. Pues, ¿qué suponías? ¿Que mi dolor y vuestra vileza iban a pasar en silencio? ¡No, mujer, no! Responde. ¿Por qué has sido tan infame conmigo? Si no me querías, ¿por qué no detuviste en mis labios la primera palabra de amor, y en mi pecho el primer latido de esperanza? Si amabas a otro, ¿por qué fingiste amarme? Si eras de otro, ¿por qué me jurabas ser mía? Si sigues, si pensabas seguir siendo de otro, ¿cómo has tenido valor para hacerme promesa de esposa? Si esto era cierto, ¿cómo ibas a tener la cínica audacia de arrodillarte al pie de un altar y ofrecerme ante Dios, en la casa, en el templo, en el santuario de ese Dios que veneras, vamos, que dices que veneras, un cuerpo impuro y una conciencia vil?

MAT.—¡Calla, calla!

MAN.—No; si quiero seguir preguntándote, para que me contestes, para que halles dentro de tí, algo que te disculpe a tus propios ojos; algo que no te haga parecer tan infame, algo que convierta el amor que tuve en lástima, y no en asco que es lo que ahora me inspiras.

MAT.—¡Manuel!

MAN.—¡No lo hallas! ¿Ves como no lo hallas? ¿Ves como ni lástima puedo tenerte?... ¡Y sólo para satisfacer vuestra codicia miserable de unos montones de oro, sólo por eso, ibais a destruir la existencia de un hombre de bien! ¡Parece mentira que en vientres de mujer, haya sitio para engendrar monstruos así!

MAT.—¡Basta!

MAN.—Cuando pienso vuestro delito, me entran ganas de aplastarte contra la tierra. (Con ira.)

MAT.—¡Perdón!

MAN.—¡Qué hubiera sido de mí sin Aurora!

MAT.—¡Ella! ¡Conque fué ella; esa criatura del arroyo!... (Con ira.)

MAN.—No la insultes. ¿No ves que tú no puedes insultar a nadie?

MAT.—¡Oh! (Con rabia.)

MAN.—Tú, tendrías que arrodillarte, que humillarte delante de ella, delante de cualquier ser honrado, como te humillas ¡cómo vas a humillarte delante de mí! (Sacudiendo enérgicamente a Matilde y haciéndola caer a sus pies. Aurora, que ha aparecido en la puerta del kiosko pocos momentos antes, se dirige a Manuel y aparta con sus manos aquella con que Manuel sujeta a Matilde en el suelo.)

AUR.—(Suplicando.) ¡No, Manuel, no la maltrates; compadécete! (En este momento parece, en la puertecilla que Manuel dejó abierta, Enrique, que al ver el grupo formado Manuel y Matilde, se dirige hacia éste con actitud amenazadora.)

ENR.—¿Cómo, Matilde! ¡Y él la ultraja! (Matilde, a quien ya habrá soltado Manuel, al oír la voz de Enrique, vuelve la cabeza, se levanta precipitadamente y se dirige hacia éste.)

MAN.—¡Ampárame, Enrique! (Queda al lado de Enrique.)

ENR.—¡Ampárote! Sí; no tengas miedo. Contra este hombre, contra todos, te apoyo yo. (Se adelanta hacia Manuel con arrogancia y decisión.)

MAN.—(Con sarcasmo.) Vamos, tienes una condición noble: el valor. No esperas tanto.

MAT.—(A Enrique, por Aurora.) Esa mujer le ha dicho.

MAN.—¡Todo!

ENR.—¿Eh?

MAN.—Más claro. Que estoy al cabo de vuestro inicuo proceder; que he venido aquí para sorprenderos; que acabo de llamar a esta mujer, infame, y que ahora lo llamo a tí. (Con energía.)

ENR.—¿A mí!

MAN.—Es el dictado que mereces. Por eso te lo doy. (Manuel y Enrique avanzan poco uno hacia otro. Aurora trata de detener a Manuel. Matilde a Enrique.)

MAT.—¡Enrique!

AUR.—¡Manuel!

ENR.—Y me darás también una reparación, sosteniendo ante la boca de una pistola o ante la punta de una espada el insulto.

MAN.—¡Yo! ¡Batirme yo contigo! ¡Ja, ja, ja! (Con risa despreciativa y cruel.) ¡Qué no eres, Enrique!

ENR.—¿Cómo!

MAN.—¡Batirme yo, el ultrajado, la víctima de vuestras ruindades; ponerme ante de tí, del villano, del criminal, empuñando un arma cualquiera, para que seas diestro en esgrima como en crímenes, selles mis labios con la muerte y hables mi cadáver una losa para cubrir vuestro repugnante secreto!... ¿Eso es lo que me pides? ¡No lo tendrás!

ENR.—¿No?

MAN.—No; se baten los iguales; los que en el combate arriesgan lo mismo. Nosotros no somos iguales. ¡Cómo vamos a serlo! Se baten caballero contra caballero, ¿verdad? Pues yo no puedo batirme contigo. Tú no eres un caballero; eres un canalla!

ENR.—¡Oh! ¡Pues reparación has de darme! No quieres de un modo, será de otro. (Avanza hacia Manuel en actitud amenazadora.)

MAT.—(Queriendo detenerle.) No, Enrique, no.

ENR.—¡Suelta! (Desasisténdose de ella.)

AUR.—¡No, esto no es posible!

ENR.—No quieres dárme la como se usa entre los hombres de nuestra clase, me daré de otra forma. (Avanzando.) Cuerpo a cuerpo, arrancando con estas manos la lengua que me insulta.

MAN.—¡Prueba!

AUR.—No. ¡Socorro! ¡Socorro! (Dirigiéndose hacia la puerta del hotel, Enrique le toma la mano para abofetear a Manuel; éste le sujeta con fuerza el brazo, le coge por el hombro y lo empuja hasta dejarlo caer contra el banco que hay inmediato al kiosko.)

MAN.—(Luchando.) ¡No puedes! ¡No podrás! La Naturaleza me ha hecho más fuerte que a tí, miserable. (Lo deja caer encima del banco. En este momento aparecen en el fondo Remedios, Homobono, Ambrosio y Ramírez. Ramírez, al ver la escena, se dirige precipitadamente hacia Enrique, en el momento que éste se levanta.)

ENR.—(Alzándose del banco en actitud descompuesta a Manuel.) ¡Tu vida!

RAM.—Enrique, silencio. No provoque usted el escándalo. Venga usted. (Saca a la fuerza Enrique, que se resiste, por la puertecilla del jardín. Matilde se deja caer en una silla y oculta el rostro entre las manos. En este momento llegan al primer término Remedios, Homobono y Ambrosio.)

HOM.—(Protándose las manos con satisfacción. Aparte.) ¡Triunfé!

REM.—(Poniéndose al lado de Matilde.) ¡Hija mía! ¿Qué es esto?

AMB.—¿Qué ha ocurrido aquí?

MAN.—Pregúnteselo usted a Matilde, que oculta el rostro. Pregúnteselo hombre que acaba de salir, a su cómplice. ¡Que conteste ella! ¿No contes ¡Cuánto valor para el crimen! ¡Cuánta cobardía para confesarlo!

AUR.—¡Basta por Dios! ¡calla!

MAN.—¡Callar cuando están aquí todos los que, en una forma o en otra, pretendían mi sacrificio y mi envilecimiento! ¡Callar! ¡No! Hablar alto, muy alto, p lanzarles al rostro su torpeza y mi indignación.

AMB.—¡Estás ultrajando a tu familia!

MAN.—¡Mi familia!... ¡Vosotros mi familia! No, vosotros no podéis ser mi familia; no lo sois.

AMB.—¡Manuel!...

MAN.—¿Qué importa que llevemos la misma sangre, si no llevamos la misma alma? Entre vosotros he nacido, verdad. ¿Y eso qué? Se nace donde la suerte quiere, de la familia que la suerte dispone; pero esa cuna y esa familia, son obra azar. No hay obligación de respetarlos cuando no son acreedores al respeto. ¡No podéis ser mi familia; no lo sois, lo repito. ¿Cómo han de serlo los que pretenden matar mi inteligencia con sus burlas; esclavizar mis ideas a sus egoísmos; martirizar mi espíritu con todo género de humillaciones y manchar mi nombre con la más horrible de las afrentas! Eso queríais vosotros de mí; eso es lo que hubierais conseguido, si esta mujer, (Aurora.) esta criatura, no hubiese llegado a tiempo a salvarme. (A Aurora.) No bajes la cabeza, que la bajen ellos; tú debes levantarla muy alta. Levántala. Míralos cara a cara. ¡Así!... ¿Ves cómo son ellos los que ¡Jan los ojos?

AMB.—¡Ella!

MAN.—(A Aurora.) ¡Y yo te abandoné por estúpidos convencionalismos sociales! Y yo te dejé sola, sola como antes, y con un desengaño más en el corazón! Yo te abandoné, mujer generosa y leal!

AMB.—¡Manuel!

MAN.—¡Abandonarte! ¿Por qué causa? ¿Qué culpa tienes tú de que la ignorancia y la miseria, y el abandono y el ejemplo, te cercasen y te empujaron como todos los tuyos? La culpa es de los que os abandonan, y os empujan, y os hacen caer. Yo debí tenderte la mano, ayudarte, regenerarte. ¡Y no lo hice, y te de cobardemente, despreciando todo lo bueno que hay en tí, para ir en busca de esa gente! Te dejé por ellos. Tú pagas mi abandono salvándome. ¡Perdóname!

AMB.—¡Basta! Sal inmediatamente de aquí.

MAN.—Sí, saldré. Voy a salir inmediatamente; con ella.

AMB.—¡Con ella!

MAN.—¡Con ella! Porque con ella puedo dirigirme hacia el porvenir; porque en ella aún hay sentimientos de dignidad, de justicia, de amor; sentimientos aún pervertidos, descuidados acaso. No importa, yo los despertaré. En ella, aún hay vida, y donde hay vida puede haber salud. En vosotros, no; vosotros no podéis acompañarme; los muertos no andan, y vosotros sois muertos sin enterrar.

AUR.—Manuel...

MAN.—Quedáos ahí solos; pudríais ahí solos con vuestras pequeñeces y vuestros crímenes. (A Aurora.) Ven tú. (Cogiéndola por la mano y acercándola a él.) En mi sangre joven, sentimientos puros, conciencia virgen; en mí hay inteligencia y voluntad. ¡Ven, Aurora! (Atrayéndola hacia sí.) Más cerca, más cerca aquí. Siempre juntos. De nosotros puede brotar algo fecundo. Deja a esos. (Se dirige hacia la derecha sosteniendo a Aurora con un brazo, mientras las demás permanecen inmóviles y sin atreverse a mirarlos.) Vamos a hacer humanidad nueva.

TELÓN

FIN DE LA OBRA

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.
Economía por la duración.
Elegancia, por la novedad.



Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID

Los filtros para agua "ARSO" son los más económicos y los que más rinden. Se sirven buzueltas para todos los sistemas de filtros a precios reducidos.

De venta: **Casa "ARSO", - Madrid**

ORDENAL CISNEROS, NÚM. 28

PARA AUMENTAR DE PESO

tonificarse nervios y músculos
y adquirir buen apetito, tome el

HIPODERMOL

La Novela **CORTA**

Después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más esclarecidos, para complementar su apostolado de divulgación literaria va a rendir un tributo a la **MEMORIA**

Los más lustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada una de ellas una sola obra en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:
NOVELA ROMÁNTICA

Barra.—Espronceda.—Patricio de la Escosura.—Martínez de la Rosa.—Errique Gil.—Fernández y González.—Riega y Frías.—Hartzembusch.—Gerardo G. Avellaneda.—Pastor Díaz.—Guals de Izco.—Navarrete.—Pérez Escrich.—Pilar Sinués.
NOVELA HISTÓRICA

Patxot.—Cánovas.—Vicceto.—Balaer.—Navarro Villoslada.—Amos de Escalante.—Castelar.
NOVELA NATURALISTA

Bernán Caballero.—Miguel de los Santos Alvarez.—El Solitario.—Mesonero Romanos.—Pereda.—Valera.—Clarín.—Selgas.—Alarcón.—Arturo Reyes.

¡También rendiremos un homenaje a la memoria de nuestros grandes escritores y poetas.

POETAS

Borrilla.—Trueba.—Becquer.—Carolina Coronado.
ESCRITORES

Univet.—Silverio Lanza.—Taboada.—Eusebio Blasco.—Alejandro Sawa.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, esdras grandes novelas extractadas serán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por la C. de Pardo Bazán, Rosa de Marín, Azorín, M. Bueno y C. de Castro

Estos números HOMENAJE, serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

FRINE

REVISTA FEMENINA CULTURAL

EL PRÓXIMO JUEVES

ARTE DE LA CORRESPONDENCIA

SUMARIO

Reglas para saber escribir con elegancia. - Timbres, blasones, tratamientos, abreviaturas, encabezamientos, etc.-Consejos acerca del papel, sobres, tinta y demás auxiliares de la escritura. - Modelos prácticos de cartas y documentos.

La correspondencia.—El papel.—De la tinta.—La fecha.—Membretes.—Armas y divisas.—Coronas.—Encabezamientos.—Tratamientos.—El estilo.—La escritura.—Manera de escribir.—Final de la carta.—La firma.—Las posdatas.—Los sobres.—La dirección.—Cartas a los parientes y amigos.—Cartas de etiqueta.—Felicitaciones.—Imitaciones.—Cartas de aviso.—Varios asuntos.—Recomendaciones.—Peticiones.—Cartas de amor.—Contestaciones.—Cartas de pésame.—Cartas comerciales.—Modelos de documentos usuales.—Tarjetas postales ilustradas.—Abreviaturas.

15 cénts.

DIME LO QUE
GASTAS.....



..Y TE DIRE
LA LÁMPARA
QUE USAS



*Si el consumo de flúor
es insignificante, es
plea en su alumbrado
la lámpara de filamen
metálico*

OSRAM

*Si excesivo, con poca luz y am
rillante, ó no conoce la lámpa
OSRAM ó descuida sus interes*

CONCESIONARIO:

LEON ORNSTEIN

MARIANA PINEDA, 5

MADRID

Oficinas y Talleres de **PRENSA POPULAR** propietaria de **La Novela Corta**, **La Novela Teatral** y **Fris**
Antonio Palomino, núm. 1, y Calvo Asensio, núm. 5. ---MADR.

NOVELA
CENTRAL

MECHEGARAY

Mercedes Spin

EL FRESCO DE GOYA

Sainete en un acto

Arniches, G. Alvarez,
Dominguez y Valverde

10 cts.



LA NOVELA TEATRAL Director: José de Urquía

Complemento de la Novela Corta

Estimulados por el extraordinario éxito que han obtenido nuestras Revistas LA NOVELA CORTA, LA NOVELA TEATRAL y FRINÉ, vamos a lanzar a la publicidad un nuevo semanario de carácter infantil popular, titulado,

B E B É

el cual, tanto por sus maravillosas ilustraciones en SEIS COLORES, dibujadas por nuestros más ilustres artistas, como por la exquisita selección de su texto,—cuentos fantásticos interesantísimos, emocionantes narraciones detectivescas, historietas cómicas preciosísimas, etc. etc.—será el semanario preferido por el público infantil.

B E B ÉMARAVILLOSA REVISTA INFANTIL
APARECERÁ EN BREVE

El fresco de Goya

SAINETE LÍRICO EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS

original de los señores

Arniches, García Alvarez, Domínguez y Valverde

Música de Joaquín Valverde de San Juan.

PERSONAJES
ANILITA.-JULIA.-LA DE LA RUMBA.-CONCHA.-UNA CANTAORA.-SEÑA RITA.-LA ESCUALA.-CARMEN.-PEPITA.-INVITADA 1.ª-IDEM 2.ª-IDEM 3.ª-PACO GOYA.-EL O TIRRIAS.-SEÑOR BALDOMERO.-SARGENTO VELILLA.-DON MELITÓN.-SAR-ENTO BELLIDO.-FLORENTINO.-CABO NOV ALES.-UN CAMARERO.-ISIDORO.-DA-ASO.-BRAULIO EL SALCHICHERO.-ESCORIAZA.-TRENZALES.-JULIO.-ANTONIO GABRIEL.-ARTURO.-EMILIO.-UN ACOMODADOR.-Coro general.

La escena en Madrid. Epoca actual.

ACTO ÚNICO CUADRO PRIMERO

Trabaja en un taller de una sastrería militar, modesta. Dos balcones al foro. Dos puertas en el lateral derecha y una en el izquierda, segundo término. Mesa grande de cortar a la derecha, con piezas de telas, reglas, jaboncillos, centímetros, tijeras, etc. En el rincón del fondo mesa pequeña con botija y vasos de agua. A la izquierda, máquina de coser, y más al centro una mesa pequeña con útiles propios del oficio. Entre los dos balcones, que están abiertos, percha grande de madera, con prendas de uniforme de varias clases y armas, unas terminadas y otras sin terminar. Sillas repartidas por la escena, sobre una de ellas un metro de madera. Sillas bajas alrededor de la mesa de trabajo. Es de día.

Julia, Concha, Carmen, Pepita, Isidoro y el sargento Velilla

Se levanta el telón aparece el señor Isidoro en mangas de camisa, trabajando en la mesa de cortar; Julia, Concha y Carmen, sentadas alrededor de la mesa pequeña, trabajando en diferentes prendas; Pepita, de espaldas al lateral derecha, cosiendo a la máquina unos pantalones; y Velilla, sargento de infantería, en traje de primera puesta con gorro, de pie en el centro de la escena. Este último está contando un cuento y las muchachas han suspendido el trabajo y le escuchan embobadas.

VEL.—(Como siguiendo el cuento.) Y en esto va el novio y al irse a embarcar para América, arrasao en lágrimas, le dise a la novia con voz entrecortada por los sollozos...

JULIA.—Callarse, callarse, que este cuento tiene un interés horrible.

CONC.—Siga usted, siga usted.

VEL.—Pues el novio, bebiéndose tarmente sus lágrimas como os desía, va y dise a la novia:—«Micaela: séme fiel, seme *costante* y no te me cases—en el caso de que yo no vuerva más—hasta que esta sortija que me quito der dedo verva a aparesé ante tu vista.» Y va y se quita una sortija que yevaba y la arroja a la mar.

PEP.—¡Vaya un cuento bonito!

CAR.—Cállate; que siga, que siga.

VEL.—Pasarón sinco años; la novia no vorvió a saber der novio, en vista de lo cual resolvió casarse. Pero héteme aquí que er día der casamiento, cuando estaban en pleno banquete de boda, de pronto, ¡tras!, er novio primitivo que se presenta como yovido der sielo y va y le dise a la ingrata en tono *esaltado*: «Traisionera; ¿cómo no me has esperado? ¿Cómo te casas sin que haya presidido el aníyo arrojado a la mar?» Y en este momento solemne, cuando la novia iba a romper en yanto, va er padrino, abre un besugo que tenían de escondido... y ¿qué diréis que encontraron en el interior de aquer pescado?

LAS CUATRO.—¡El anillo!

VEL.—¡Una raspa asín de gorda!

ISID.—(Riendo.) ¡Ja, ja, ja!

JULIA.—¡Vaya una gansada!

CONC.—¡Qué mala pata!

VEL.—¿No os ha gustao?

CAR.—¿Ande usted y que lo tiñan de lila, hombre.

PEP.—¿Y pa esto nos tiene usted un cuarto de hora sin trabajar?

JULIA.—¿También es usted de su pueblo!

VEL.—(A Julia.) Amos, no te enfades conmigo, chiquilla, que eres más agradable que *mir* pesetas. (La pone la mano en el hombro.) Y que *coste* que yo...

JULIA.—Bueno, haga usted el favor, que no me gusta meterme en política.

VEL.—(Con extrañeza.) ¿Cómo en política?

JULIA.—(Separándole la mano del hombro.) ¿Que no me da la gana apoyar a lo liberales; ¿lo que usted más claro?

VEL.—¡*Miá* que eres *reansionaria*!

ISID.—Bueno, Velilla, ¿y no le sería a usted lo mismo irse a dar un paseo ahora que se ha levantao el fresco? Lo digo, porque está usted entreteniendo a las chicas y tenemos la mar de prisa.

VEL.—Hombre, por perderle a usted de vista, me iría; pero el caso es que estoy esperando al sargento Bellido y al cabo Novales, que nos hemos sitao aquí

ISID.—¡Ah! ¿para los capotes nuevos?

VEL.—Pues claro, hombre

ISID.—Entonces, déjeme usted a las chicas, que tienen que acabar una prenda, y hay que recoger dentro de diez minutos.

VEL.—¿! dentro de diez minutos? ¿Y eso, tanta prisa?

ISID.—¡Ah! Pues porque hoy se toma los dichos mi sobrina Paula.

VEL.—¿Hoy?

ISID.—A las once.

VEL.—¡Caramba! ¡No creí yo que er novio ese hincase tan pronto la *ciervia*! ¿Cuánto tiempo han tenido relacione?

JULIA.—Cuatro meses na más. ¡Eso es hacer las cosas bien!

VEL.—Y ella estará contenta, ¿eh? (Pepita hace mutis por la izquierda.)

CONC.—Como que el novio es guapísimo: usted verá.

CAR.—Que tenga suerte es lo que hace falta.

JULIA.—Eso de las bodas es como los décimos de la lotería: antes del sorteo tóos los novios puén ser el premio gordo; pero pasa la extracción y casi ninguno toca.

VEL.—¿Que casi ninguno toca? ¿Por qué no me juegas? Animate, que soy de tres pesetas.

CONC.—(Riendo.) ¡De tres pesetas!

JULIA.—Hijo, pa poca salud más vale morirse.

VEL.—¿Y cómo se yama er novio de la Paulita, señor Isidoro?

ISID.—Paco Goya.

VEL.—¿Y es buena persona?

ISID.—¿Dónde pise un caballero, él. Hombre algo maduro, pero guapo, rubo y simpático, si los hay.

VEL.—(Refiriéndose al dinero.) ¿Y de *aca*?

ISID.—No se morirán de hambre. Es el propietario de ese *cine* tan bonito que han hecho ahí abajo: *El molinete Palás*.

VEL.—Su hermano de usted y su cuñada estarán...

ISID.—¡Uy!... ¡locos! Figúrese usted: la única hija, casarla en cuatro meses y tan divinamente, usted verá.

VEL.—Pues que sea enhorabuena.

ISID.—Se la admito a usted porque la quiero a la Paulita como una hija.

VEL.—Y que la chiquiya lo vilté.

JULIA.—Y la suerte de las criaturas, que es el todo.

Dichos y Pepita, que vuelve a salir por la izquierda.

PEP.—(Que trae una carta en la mano, al señor Isidoro.) Señor Isidoro, un chico que ha traído esta carta para usted. (Se la entrega, coge la máquina y la coloca pegada a la pared y delante una silla.)

ISID.—(Con extrañeza.) ¿Una carta para mí?

CONC.—¿Será una declaración de amor?

JULIA.—A ver si el señor Isidoro nos resulta ahora un *Don Juan*, *Don Juan*, yo lo imploro.

ISID.—¿Quién se acordará del santo de mi nombre? ¡Me choca! (Rompe el sobre.) Con permiso. (Se pone a leer junto al balcón.)

VEL.—Usted es muy dueño.

ISID.—(Con gestos de terrible sorpresa, que van en aumento durante toda la lectura.) ¡Porra!... ¡Caramba!... Pero ¿qué es esto? ¡Mi madre! (Avanzando al proscenio y a las oficiales que dejan la costura y se levantan; rodeándole.) Dar... dar... darme agua, hacer el favor. (Tembloroso y convulso apenas puede hablar de la emoción.)

JULIA.—(Asustada.) Pero ¿qué le pasa a usted, señor Isidoro?

VEL.—¿Qué es eso?

CONC., CAR. Y PEP.—¿Qué es?

ISID.—No; nada, nada. (Lee otra vez.) ¡Repeine! ¡Ah! ¡Vaya, voy; ya lo creo que voy! (A las chicas.) Darne la americana. (La traen, que está con las demás prendas que se citan sobre una silla y le ayudan a ponérsela. Isidoro no suelta la carta.)

CON.—Pero ¿qué és?

ISID.—No; nada, nada. (Vuelve a leer.) Pero Dios mío, ¡si no es posible! ¡Si esto!... Darne el hongo. (Se lo dan; lee.) ¡Ah, no!... ¡esto es criminal!... ¡esto es monstruoso!... (Poniéndose el sombrero y siguiendo en su lectura.) ¡Esto no me cabe a mí en la cabeza!

JULIA.—Pues es el de usted.

ISID.—Sin embargo, hay que ir. Quiero verlo, cerciorarme. ¡Ah!... pero yo tengo la culpa: yo solo. Darne un palo.

CON.—(Dándole el bastón.) Tome usted.

ISID.—Dios mío, que yo no lo vea, porque sería espantoso, sería horrible. (Casi llorando.)

VEL.—Pero ¿se pué saber que le pasa a usted?

JULIA.—Pero ¿qué carta es esa, señor Isidoro?

ISID.—No, nada, nada. Ya lo diré. Hasta ahora. Si preguntan por mí, que vuelvo.

CAR.—Pero...

ISID.—Ya lo diré, hasta ahora. (Va hacia la puerta.) Hacerme tita pa cuando vuelva. ¡Horrible! ¡Espantoso! Ya lo diré. Hasta ahora. (Vase izquierda.)

VEL.—(Despidiéndole.) Hasta ahora. (A las chicas.) Hasta ahora no ha dicho una palabra.

PEP.—¿Pero ¿qué le ha pasao a ese hombre?

JULIA.—¿Qué le dirán en esa carta? (Se asoma al balcón.)

VEL.—¡Ah!... ¡Ya sé! ¡Ahora caigo! Venid.

LAS CUATRO.—(Viniendo y rodeándole con mucho interes.) ¿Qué?

VEL.—¿Sabéis lo que he calculao yo de tóo esto?

LAS CUATRO.—¿Qué?

VEL.—Que no le ha dao la gana decirnos lo que era!

JULIA.—¡Hombre, bueno!

CON.—¡Hijo, también tié usted una patita!

VEL.—¡Concha, Carmen, Pepita, sargento Velilla y el sargento Bellido y el cabo Novales por la izquierda. Visten como su compañero.

BELL.—(Entrando.) ¡Salú, buena gente!

VEL.—¡Gracias a Dios! Creí que no veníais.

NOV.—¿Y qué disen los pimpoyitos más resalao de la sastrería militar más creditá de la España pintoresca?

JULIA.—Pues dicen que no se cómo se van ustedes a tomar medida de los potes.

BELL.—¿Y eso?

VEL.—Pues porque el maestro, como su hija se le toma hoy los dichos, ando muy ocupao, y su hermano, el señor Isidro, se acaba de marchar a no sé qué asunto.

NOV.—Lo hemos saludao en el portal.

BELL.—¿Y qué se hace?

JULIA.—Pues como no quieran ustedes que les tomemos medida nosotras...

VEL.—¿Os atreveríais?

JULIA.—Yo por mí, sí.

CON.—Y yo; y si acaso luego el maestro, que *retifique*.

CAR.—Es una idea. ¿Quiéren ustedes?

VEL.—¡Por mí, encantao de la vida!

BELL.—¡Qué mayor gusto que los angelitos der sielo nos tomen las medidas!

Nov.—¡Van a salir tres prendas de toda gala! Arsa ya.

JULIA.—(A Concha y Carmen.) Tomar los metros. (Cogiéndolos de la mesa grande y entregándose los.) Tú, apunta, Pepita.

PEP.—(Tras la mesa de cortar disponiéndose a hacerlo.) Venga.

MÚSICA

(Los movimientos de este número, deben ser uniformes en las tres parejas.)

ELLOS
Haga usted el favor
maseta de rositas
de hacer una prenda
de las más bonitas.
Ya que el figurín
es encantador,
ponga usted cuidao;
haga usted el favor.

ELLAS
Yo voy a cortar
para ese cuerpecito,
una prenda que
va a ser un modelito.
Puede usted vivir
con tranquilidad.
Y ahora, acérquese;
tenga la bondad.

(Tomando medida de pecho, espalda y largo.)

Cuarenta y seis.
Cincuenta y seis.
Ciento seis.

ELLOS
¡Olé por las manitas que tenéis!
(Queriendo abrazarlas.)

ELLAS
(Retirándose.)

No, no, no.
¡Ay, no se vaya usted a propasar!

No, no, no.
¡Mire usted que no vale exagerar!

ELLOS
No, no, no.
No ha sido molestarla mi intención.

No, no, no.
Però es que se me enciende el corazón,
al ver esa carita
lo mismo que un coral,
y esos ojitos negros
que son como un puñal.
Ven aquí, morucha; ven
que estando junto a ti,
me encuentro yo muy bien.

ELLAS
Vamos a ver si puede el militar
su fuego contener,
que pueden criticar.

ELLOS
Si esa cara no hago yo
que esté juntito a mí,
aquí hay un Watérlóo.
pues yo te juro a ti, que sin piedad,
me pego yo tres tiros en la sien.

ELLAS (Burlándose.)
Tralalalalalá.
No, no, no.

No quiero que sucumba usted por mí.
ELLOS
No, no, no.

Si cuando yo te he visto sucumbí.
Ven, ven, ven.

Ven, negra de mis ojos; ven acá.
Ven, ven, ven.

(Intentan abrazarlas y ellas se escurren por debajo pasando al otro lado.)

ELLAS
Tralalalalá.
¡Y que no tenga usted novedá!

HABLADO

BELL.—¡Mu bien!

VEL.—Bueno; ¿y estas prendas, cuándo se prueban?

CONC.—Ya se les avisará.

Nov.—(Abrazando a su pareja.) ¿Y estas otras prendas?

JULIA.—(Rechazándole.) Sentamos muy mal, joven.

BELL.—¡Sentáis mejor que er bicarbonato!

VEL.—¿No os da vergüenza, ver que la Paulita se casa y vosotras?..

JULIA.—(Mirando hacia la derecha.) Hombre, apropósito; ahí sale. Ya preparada para ir a tomarse los dichos.

CONC.—¡Y qué guapa que viene!

BELL.—*Miá* los padres; reventando de orgullo salen.

Nov.—Hay que darles la enhorabuena.

VEL.—(Yendo a recibirles.) ¡Señor Baldo!

Dichos, Baldomero, Rita, Paula, Dámaso, tres invitadas y tres invitados por la derecha

BALD.—(Saliendo y dando la mano a los hombres.) ¡Señores, salú!

BELL.—¡Que sea enhorabuena, señor Bado!

BALD.—Gracias, señores; muchas gracias.

Nov.—Y venga osté acá que le limpie la baba, señá Rita. (Van saliendo los invitados.)

RITA.—Y diga usted que sí, Novales; si no me se cae hoy, que veo la felicidad de mi hija, ¿cuándo me se va a caer?

VEL.—Que sí, señora.

BELL.—¡Digo! ¡Y no sale aquí nadie! ¡Vaya una novia! (Sale Paula.)

Nov.—¡Eso es una pinturita! ¡Ahí las mujeres serranas!

BELL.—¡Y que la nasío sin ojes la probe!

PAU.—(Saliendo.) Gracias, señores; muchas gracias.

JULIA.—(Abrazando a Paula.) ¡Que viva la novia!

TODAS.—(Rodeándola.) ¡Viva!

PAU.—Bueno, bueno; eso dejarlo para el día de la boda; hoy son los dichos nada más.

CONC.—¡Chica, qué bien te sienta el traje! (Se separan y hablan en grupo, a la izquierda.)

VEL.—(A los padres.) Y ustedes están que no cuben en el envoltorio de satisfacción.

BALD.—Mire usted, Velilla; estoy contento de veras, la verdad, sí, señor. Entre otras razones, porque pué decirse que hemos encontrado para nuestra hija un hombre que es—digámoslo así—un bello ideal. Ustés no conocen a Goya?

BELL.—No tenemos er gusto.

BALD.—Pues ya no puede tardar, porque faltan diez minutos para ir a la Vicaría, y de que venga se lo presentaré.

RITA.—¡Es un santo! ¡De esas *excepciones* que hay!

BALD.—Y luego, de lo más modesto que se sueña. En fin, con decirles a ustedes que, claro, nosotros nos hemos esmerao una *meaja* en el poco de ropa blanca que se le ha hecho a ésta; pues si será sencillo, que nos dijo que no hicésemos gastos, que pa qué tanta ropa, que esta le gustaría más sin nada.

VEL.—¡No es un majadero!

Nov.—Se ve la modestia.

BELL.—Es un detalle.

RITA.—Y luego, miren ustedes: de lo que yo me alegro de veras es de lo de prisa que se ha llevao esto.

BALD.—Y yo; pa que rabien las malas lenguas del barrio, que ya empezaban a murmurar que si ésta iba sola al Cine de su novio y que si tal y que si cual... Por supuesto: envidias,

VEL.—¡Todo eso es pelusa de la gente!

PAU.—(Acercándose.) ¡Saben ustedes que me choca que no esté aquí ya Paco!

BALD.—(Mirando el reloj.) Faltan cinco minutos, hija. (Llaman a la campanilla.)

RITA.—Mira; ahí puede que esté. Abre, Julia. (Julia sale a abrir.)

DAM.—(Saliendo por la primera derecha con dos bandejas llenas de dulces.) He sacao aquí las bandejas pa que no tengan que ir al comedor.

RITA.—Si; déjalas ahí, en la mesa de cortar.

BALD.—(A todos.) Oye; y los que queráis un dulce, con franqueza. Sácate unas botellas también. (Va Dámaso y las trae y otra bandeja con copas. Julia vuelve a entrar.)

PAU.—¿Es Paco?

JULIA.—No; son tus padrinos, que traen una bronca, que están ahí en el recibimiento, que se van a arañar. (Se oyen voces de pelea.) ¿No oyen ustedes?

BALD.—(Riendo.) ¡Atiza! ¡El Tirriás y la Pascuala!

Dichos. La Pascuala y el Tirriás, izquierda.

TIRRIAS.—(Dentro.) Que eres una indecente y una grosera y una soez; so es.

PAS.—(Ídem.) Anda y que te maten; que no te arañan porque no estamos en casa. ¡Perro, más que perro!

TIRRIAS.—¡Mal educada! (Todos atienden.)

PAS.—¡Golfo!... ¡Gallina!... ¡que te voy a lisiar!

TIRRIAS.—¿Tú a mí? ¿De qué?

RITA.—(Desde la puerta.) Vamos, hombre; vamos. Pero, ¿que pasa? Entrar y calmaros.

TIRRIAS.—(Entrando precipitadamente perseguido de Pascuala. Todos se interponen entre ambos.) ¡Quitámela! ¡quitámela de delante, porque si no... porque si no me araña; que la conozco!

PAS.—Di tú que si no fuera... ¡Así se hundiese el mundo con sus siete estaos! ¡Maldita sea!

BALD.—Pero, ¿qué ha sido?... ¿qué os pasa?

PAS.—¡Este indecente! Pues no se para delante de un municipal ahí en la calle y le dice, señalándome a mí: «¿Oiga usted: me pondrán multa si voy con este talego por la acera?»

TODOS.—(Riendo.) ¡Ja, ja, ja!

DAM.—(Que esta a su lado.) ¡Tie salero!

PAS.—(Dándole nn cogotazo.) ¡Tie narices!

TIRRIAS.—Pero dí que ha sido porque me venia dando la lata. Las botas me están estrechas, ¿sabes?, y coejo un poco y la da rabia. ¿Es motivo, señor?

PAS.—Di que me tiene tan desesperada, que esta mañana he estao por disolverme una caja de cerillas en aguardiente y matarme.

TIRRIAS.—Sí; pero luego no se ha tomao más que el aguardiente, que es lo que hace toos los días.

PAS.—Mira, calla, calla, porque si no...

PAU.—Pero tía, por Dios; que siempre han de estar ustés lo mismo.

TIRRIAS.—¡Si a eso le haces cosquillas y muerde, mujer!

BALD.—¿Pues tú lo ves ahora? Pues toda la vida han estao lo mismo.

PAU.—¡También es gusto!

BALD.—Baste decirte, que al año de casaos, un músico militar muy chirigotero, al que yo vestía y que era amigo de ellos, le hizo a esta unos cuplés propósito del mal genio. Los cuplés de la Pascuala, ¿te acuerdas?

TIRRIAS.—¡Y bien de veces que se los tengo cantaos pa hacerla de rabiarse!

PAS.—Bueno: si empezais así, me voy, ¡qué demonio!

RITA.—¡Pero, mujer, si son bromas!

VEL.—¿Y cómo eran los cuplés?

TODOS.—A ver, a ver.

TIRRIAS.—Voy a ver si me acuerdo. Pero, sujetarla, porque si no me hace presa. Veréis.

MÚSICA

(Durante el número, Pascuala trata dos o tres veces de agredir al Tirrias, pero los demás se interponen y la sujetan.)

Es la señá Pascuala
una mujer que asusta;
por cualquier cosa se enfada
y nada le gusta.
Una mujer como esa,
yo nunca conocí;
así es que al pobre marido
le dicen así:

¡Dala! (Amenazándola.)

¡Dala!

¡Que es una tía muy mala!
¡A ver si la dá un soponcio
y el último aliento exhala!

TODOS ¡Dala!

¡Dala!

Que es una tía muy mala.

TIRRIAS

¡Y hay que acabar de una vez
pa que no sea soez la Pascuala!

Ayer se fué a la iglesia

y al empezar la misa,
le dijo dos desvergüenzas
al padre Covisa.

Todos los feligreses
salieron en montón.
y al sacristán le gritaban
con indignación:

¡Dala! (Como antes.)

¡Dala!

¡Que es una tía muy mala!
Y el sacristán le decía:
Hay que *dejala o matala*.

TODOS

¡Dala!

¡Dala!

¡Que es una tía muy mala!

TIRRIAS

Y hay que acabar de una vez,
pa que no sea soez.

TODOS

¡¡La Pascuala!!

HABLADO

TODOS.—¡Muy bien, muy bien! (Rien y aplauden.)

PAS.—Ríete ahora, que ya iremos a casa. (Todos se agrupan a la mesa grande. Rita y Julia se asoman al balcón de la izquierda; Carmen y Concha al de la derecha.)

DÁM.—(Avanzando a ella, con una bandeja en la mano.) Pero si todo esto es ale-
gría. Señora. Tome usted un polvorón. (Presentándole la bandeja.)

PAS.—No quiero.

TIRRIAS.—(A regular distancia.) Dala un coco, que le gustan.

DÁM.—Y a usted; ya se conoce. (Mirando de reojo a la Pascuala.)

TIRRIAS.—Coge.

PAS.—Que no quiero.

TIRRIAS.—¿No coges? (Avanzando y algo molesto por la estrechez del calzado.) Pues
co, cojo. (Coge un dulce y se acerca a beber.) Dame un suspiro.

DÁM.—Y un lamento si usted quiere. (Deja la bandeja.)

PAU.—(Después de una pequeña pausa, acercándose a su padre, que violento e inquie-
to, pasea y consulta el reloj.) Sabe usted, padre, que me choca un poco que Paco no
esté aquí ya.

BALD.—Y a mí, hija; a qué engañarte. ¡Pasan quince minutos de la hora!

VEL.—(Acercándose.) Pero ese hombre, ¿no viene?

BALD.—Dé eso estábamos hablando.

PAU.—¿Le habrá pasao algo?

PAS.—¡Pero, señor; líayale pasao lo que le haya pasao!... ¡Tardar un día
como el de hoy!... ¡Qué peste de hombres!

TIRRIAS.—En eso de la puntualidaz, yo he sido siempre un modelo. El día
que me casé estábamos citaos a las nueve de la mañana; pues fui a las siete.

PAS.—Pero a las siete de la tarde, no vayan ustedes a creerse.

TIRRIAS.—Pero cuenta por qué fué el retraso.

PAS.—Yo qué voy a contar tonterías ahora. (Pausa.)

PAU.—¡Ay, padre; que Paco no viene! Yo estoy intranquila! ¿Qué será esto?

BALD.—(Mirando el reloj.) Qué se yo, hija; ya sabéis que él es un poco cal-
moso.

PAU.—Pero por muy calmoso que sea, padre; cuando esperan tantas per-
sonas...

TIRRIAS.—Que no son hombres; que son codornices.

BALD.—¿No viene, Rita?

RITA.—No le veo. (Entrando.) ¡No sé por qué me escama esta tardanza!

BALD.—(Paseando intranquilo.) Y a mí. (A Paula.) Asómate tú al balcón a ver, hija.

PAU.—(Asomándose al de la izquierda y mirando.) No se le ve.

JULIA.—Oye: ¿no es aquél?

PAU.—Aquél es más bajo. (Entrando.) ¡No viene, padre!

BALD.—Pues yo no sé qué pensar.

TIRRIAS.—Es pa matarlo, porque ya es mucho retraso.

DÁM.—¿Quieren ustedes que me llegue a su casa en un salto, a ver?

RITA.—Hombre, si quisieras hacer ese favor...

PAU.—Madre, a mí me parece que mandarle a buscar... qué sé yo; no me
gusta.

BALD.—Yo lo que siento, es tóo el mundo aquí esperando. (Suena la campani-
lla. Movimiento general.)

RITA.—¡Ay, gracias a Dios!

PAU.—Ya está ahí. Abre Julia. (Vase Julia.)

BALD.—Le voy a poner la cara una meaja sería.

TIRRIAS.—Hay que abuchearlo.

RITA.—Algo que le habrá pasao.

PAU.—Ahora lo dirá. (Aparece Julia con cara de disgusto.) ¿Qué?

JULIA.—Que no es él.

RITA.—¿Que no es él?

PAU.—¿Que nó?

BALD.—¿Pues quién es?

JULIA.—Uno que dice que se llama Florentino, que es amigo del señor Goya
y que trae un recao da usted. (A Baldomero)

RITA.—¡Un recaó!

BALD.—¿Pa mí?

PAU.—¿Se habrá puesto malo?

DÁM.—¿Qué será?

TIRRIAS.—¡Mala espina me da a mí esto!

BALD.—Salgamos de dudas; dile a ese señor que pase.

JULIA.—(Alto desde la misma puerta.) Que pase usted. (Expectación general. vie)

Dichos, Florentino izquierda

FLOR.—(Apareciendo con cara muy triste.) Buenos días, señores.

PAU.—(Anhelante.) ¿Está malo Paco?

FLOR.—Está... condolido; pero no es *afeción* corporal.

PAU.—¿Qué quiere usted decir?

RITA.—Pero ¿cómo no viene?

FLOR.—Ustés disimulen; yo traigo un recaó pa aquí, pa el señor Baldomero, y si ustedes me hiciesen el *osequio* de ausentarse en su totalidaz a otro aposento, dao lo grave del asunto, yo agradeceridísimo.

TIRRIAS.—To eso es que nos vayamos.

FLOR.—En su totalidaz.

BALD.—Bueno, pues dejarnos solos, pa que pueda esplayarse el señor y sa bremos lo que pasa.

RITA.—¡Ay, yo no quiero pensar lo que me figuro!

PAU.—¡Yo estoy muerta, madre! (A Florentino.) Pero diga usted, le ocurre algo?

FLOR.—Ustés dispensen que me *astenga*. En boca cerrada no entran volátiles.

BALD.—(Conduciendo a Paula cariñosamente.) Pero, ¿queréis irros, señor?

RITA.—(Llevándose a Paula.) Vamos, hija: ten paciencia.

PAU.—¿Qué será, Dios mío?

TODOS.—(Murmurando, mientras hacen mutis por ambas puertas de la derecha.) ¿Qué será?... ¿Qué será?... (Cierran.)

Baldomero y Florentino

BALD.—(Ofreciéndole una silla y sentándose él.) Siéntese usted.

FLOR.—Con permiso. (Se sienta, algo intranquilo y mirando de cuando en cuando la salida.) ¿Usted fuma? (Ofreciéndole tabaco.)

BALD.—Sí; pero no estoy para ello, gracias. Y le ruego a usted que vayamos al objeto que le trae.

FLOR.—Inmediatamente, porque me hago cargo de su impaciencia paternal. Pero ante todo, una pregunta prévia: ¿Usted es nervioso?

BALD.—¿A dónde va usted a parar?

FLOR.—Si es usted nervioso, puede que a la vía pública. Porque la noticia que traigo, señor Baldomero, es de tal magnitud, que el diluvio universal fué un ligero goteo, comparao con el efecto que le va a usted a causar mi nueva.

BALD.—(Cada vez más violento.) Pero ¿de qué se trata?

FLOR.—En todo caso, señor Baldo, usted no olvide que yo soy simplemente un *mandarin* u *mandatario*, y que cualquier arrebató por su parte, nos podía fracasar el *pour parler*.

BALD.—Pero ¿quiere usted desembuchar de una vez?

FLOR.—A ello voy. Agárrese usted que es un escopetazo, Paco Goya, mi buen amigo Paco Goya, el novio de su hija de usted, no puede casarse con ella.

BALD.—(Levantándose aterrado.) ¡¡Que no puede casarse con ella!!... ¿Por qué?

FLOR.—Pues porque... porque es casao.

BALD.—(Cayendo sentado en la silla.) ¡¡Rebomba!!

Se oye dentro un ¡ay! terrible y un escándalo formidable de golpes y voces. Salen todos a escena, furiosos, atropellándose, amenazando a Florentino.)

Dichos. Todos los personajes de la escena sexta

TODOS.—¡Casao!

PAU.—(Llorando amargamente.) ¡Ay, madre!

RITA.—¡Infame!... ¡Miserable! ¡Engañar a mi hija! ¡Pero qué dice usted!

MUJERES.—¡Canalla! ¡Ladrón! ¡Matarlo!

TIRRIAS.—¡Le hago polvo!... ¡Le machaco los sesos!

PAS.—¡Arrastrarlo!... ¡Arañarlo!... ¡Asesinarlo!

VEL.—¡Eso no se consiente!

PAU.—¡Ay, madre!... ¡Ay, madre!...

RITA.—¡Ay, mi hija!... ¡Hija de mi alma!

MUJERES.—¡Matarlo!... ¡Matarlo!

FLOR.—(¡Esto se está poniendo pa una junta de médicos!) Que callen; que callen, que yo me explicaré. ¡Que no me hostiguen! ¡Que no me abrumen!

BALD.—(A voces, dominando el tumulto.) ¡Calma!... ¡Calma tóo el mundo!... ¡Callar!... ¡Callar! ¡Callar un momento que nos entendamos!

DÁM.—¡Callarse, callarse!

FLOR.—Señores, un minuto; dejarme proseguir, que no he acabado. (Callan todos.) Señores, me compenetro de la indignación de ustedes—a qué negarlo—, porque igual me pasó a mí cuando me lo dijo. Pero oigan ustedes en dos palabras la triste historia de un hombre santo, impelido por la fatalidad. Goya es inocente (Movimiento general.), yo lo juro. Goya se casó a los diez y siete años, engañao por una lagartona que abusó de su candor infantil, y a poco, aquella miserable, huyó a América con un *chofer austro-húngaro*, dejando al pobre Paco sumido en el ridículo y el dolor. Pasaron *deciocho* años; Goya, por noticias *fidedizas*, creía fallecida a su consorte; en esto conoció a la joven aquí presente, y ciego por la pasión que sus encantos le *sungirieron*, pensó en un hogar, cúmulo de sus ensueños. Y ayer, cuando se iba a realizar la era de dichas que él ambicionaba, recibe un cablegrama fecho en Chiliguagua (Ecuador), diciéndole: «*Chofer* estrellao. Arrepentida. Embarco península, ansiosa perdón.» Yo estaba presente cuando lo leyó y juro que dos gramos de sublimao corrosivo al *uno* por mil, no nos hubiesen hecho peor efecto al uno... y al otro. Goya lloró; yo le consolé y me dijo: «Vete mañana a esa familia y diles que me maldigan, pero que no me *escrren*. Moriré amando a Paulita. Soy inocente.» Estas fueron sus últimas palabras. Ahora-ustedes dirán qué calificativo merece este hombre infeliz y desdichao.

PAS.—¡Pues que es un ladrón! (Vuelve a estallar la indignación general.)

RITA.—¡Ladrón!... ¡Infame!... ¡Granuja!

MUJERES.—¡Matarlo!... ¡Sacarle los hígados!

HOMBRES.—¡Es un canalla!

TIRRIAS.—¡Eso se dice antes!... ¡Lo machaco... lo machaco!

BALD.—(Como abrumado y casi sin saber qué decir.) ¡Calma!... ¡Una meaja de calma!... (Paula llora amargamente.)

PAU.—¡Qué vergüenza!... ¡Qué ridículo!

RITA.—¡Hija de mi alma!... ¡Pero no llores; yo lo mato!... ¡Yo te lo juro! Que no consiente tu madre que un canalla te amargue la vida y te... ¡No!... ¡no!... ¡no!... ¿Dónde está?... (Zarandeando a Florentino.) ¡Asesino! ¡Lléveme usted!... ¿Dónde está?... ¡Ladrón!

FLOR.—Contener a esta señora, que está *nurótica*.

BALD.—Sosíégate, Rita.

TIRRIAS.—¡Pero mujer!

DÁM.—¡Cálmese usted, señá Rita!

RITA.—¡Quiero matarlo!... ¿Asesinar a mi hija?... ¿Burlarse de ella?... ¡No!... ¡Vámonos!... ¡Ay, que me ahogo! ¡Llevarme, que lo mate! ¡Ay! ¡Me muero! ¡Ay!... (Le da un ataque nervioso; todos la rodean y la llevan a la habitación inmediata por la derecha.)

PAU.—¡Ay, madre!... ¡Madre, por Dios!...

BALD.—¡Pero Rita!

TIRRIAS.—¡A la cama con ella!

PAS.—¡Aflojarla el corsé!

DÁM.—Hacer tita. (Corren algunos de un lado para otro. La llevan por la primera derecha. Queda Dámaso, con el metro, paseándose por delante de la puerta de salida. Pausa.)

FLOR.—(Riendo y creyéndose solo.) Bueno; el encarguito era pa una policlíni-

ca. Salgo mejor de lo que yo esperaba: yo creí salir por el balcón y me evado por la vía natural. No es poco. Servidor, aprovechando el síncope materno se volatiliza. (Va a hacer mutis, y al ver a Dámaso se detiene.) ¡Caray!... ¡Hay vigías!

DÁM.—(Burlonamente.) ¿Tiene usted prisa?

FLOR.—(Señalando la puerta de salida.) ¿No es por ahí por donde se va a la alcoba de la atacada?

DÁM.—No; a la alcoba de la atacada es por allí. (Señalando la derecha.) Cuando se trae un recadito de estos, se espera unio a que la familia se tranquilice y ditzamine. ¡Me se figura a mí!

FLOR.—Sé lo que me incumbe como ente social. ¿Dice usted que tengo que salir por allí? (Por la derecha.)

DÁM.—(Señalando el balcón.) O por allí.

FLOR.—Me he percatado de la trayectoria. (Mirando con disimulo.) ¿Estará muy alto este balconaje? (Vase primera derecha.)

Dámaso. Luego Isidoro, Después Baldomero, Paula y el Tirrias.

DÁM.—Quería irse sin más explicaciones que un cuento tártaro. Esto hay que ponerlo en limpio. ¡A mí me escama!

ISID.—(Entrando por la izquierda agitadoísimo, descompuesto, casi sin poder hablar.) ¿Dónde está Baldo? ¿Dónde está mi hermano?

DÁM.—¡Señor Isidoro!... Pero ¿qué pasa?

ISID.—¡Espantoso!... ¿Dónde está Baldo? Llama a mi hermano. ¡Corre!... ¡Anda!

DÁM.—Pero...

ISID.—Sin perder minuto. Que no se entere nadie; corre. Que salga la Paula también.

DÁM.—Voy, voy. (Vase primera derecha.)

ISID.—He llegao a tiempo. ¡Creí que habían salido ya para la Vicaría. (Se limpia el sudor.) ¡Mi madre! ¡Qué disgusto! ¡Qué enormidad! ¡Qué infamia!

BALD.—(Saliendo primera derecha.) ¡Ay, Isidoro de mi vida!

PAU.—(Ídem.) ¡Ay, tío de mi corazón!

ISID.—¿Qué pasa?

BALD.—¡Un desastre! Que ese Goya, ese infame, ese miserable...

TIRRIAS.—(Que acaba de salir.) Ese asesino; decirlo de una vez.

ISID.—¿Es casao, verdad?

LOS TRES.—¡Casao!

ISID.—¿Y os lo ha venido a contar un sujeto que se llama Florentino? (Va creciendo el asombro en los tres.)

LOS TRES.—¡Florentino!

ISID.—¿Y os ha dicho que Goya es un ser inocente, engaño por una lagartona y un *chofer austro-húngaro*?

LOS TRES.—¡Austro-húngaro!

ISID.—¿Que se la llevó a Chiliguagua?

LOS TRES.—¡¡Gua gua!!

ISID.—Pues todo eso es mentira.

LOS TRES.—¿Mentira?

ISID.—Goya no es casao!

LOS TRES.—¡¡No es casao!!

ISID.—No es casao.

BALD.—Pero, ¿qué dices?

PAU.—¿Pero usted cómo lo sabe?

TIRRIAS.—¿Pero estás seguro?

ISID.—Goya no es casao; pero es un miserable y un rastroero y un criminal. Lo sé todo; oirme.

LOS TRES.—(Con ansiedad.) ¿Qué?

ISID.—Hace poco, estaba yo aquí trabajando; me entraron una carta, que está aquí. (Mostrándola.) y que dice: «Si le interesa la felicidad de su sobrina y quiere saber lo canalla que es «el fresco de Goya», venga sin perder minuto a la calle del General Porlier, setenta y ocho, cacharrería, y le enterará de todo una pobre víctima de ese sinvergüenza.» Tomé el sombrero y salí como un rayo.

LOS TRES.—¿Y qué?

ISID.—Pues que he averiguado que eso del matrimonio es una *combina* que se trae ese granuja con las mujeres. Las hace el amor, las da su palabra formal de casamiento, las hace alguno que otro *osequio*, las deja que arreglen la ropa y los papeles, y en estos *interresnos*, lo que saca... saca.

BALD.—(Mirando a su hija.) ¡Mi agítela!

TIRRIAS.—¡Qué tío!

PAU.—¿Será posible?

ISID.—Pues bien; cuando ya las tiene *enguirlotadas* y ha recabao... lo que haiga recabao, envía al tal Florentino a contar el folletín de la lagartona y el *chofer* y a decir que el pobre Goya queda llorando, víctima de su pasión, y que le *escren*, pero que no le *aticen*.

LOS TRES.—¡Justo!

TIRRIAS.—¡Qué tío!

PAU.—¡Qué canalla!

BALD.—Bueno; ¿pero quién te lo ha contaó?

ISID.—Pues esa pobre mujer de la carta a quien hace dos meses le ocurrió lo mismo que a esta. Y me ha dicho esa infeliz, que a ella, como a otras muchachas, pa sacarla de su casa, la llevaba a su cine.

BALD.—¿A su cine? ¡Rediez! Paulita.

PAU.—Padre.

BALD.—Que tú has ido la otra noche.

PAU.—¿Y qué?

BALD.—Perdona, hija, pero es un caso de honra. ¿Qué... (Titubeando) qué película viste?

PAU.—Pues... pues una que se llama «Toribio confitero».

BALD.—¿De cuantos metros?

PAU.—No me acuerdo, Luego ví otra... otra que era una cosa de Andalucía que se llamaba «Tentando...»

BALD.—¿Tentando qué?

PAU.—«Tentando reses.» Era en una ganadería.

TIRRIAS.—Pero ¿es que dudas de la chica?

PAU.—Padre, esté usted completamente tranquilo.

BALD.—Ya lo sé, hija, y perdona. Pero de todos modos; yo te juro que ese criminal, esta tarde va a la Casa de Socorro. ¡Por estas cruces!

TIRRIAS.—Hay que hacerle un escarmiento ejemplar; horrible.

PAU.—Ejemplar, sí señor. ¡Un escarmiento para que se acuerde toda su vida! Pero eso, padre, es cosa mía.

ISID.—¡Cosa tuya?

BALD.—¿Estás loca?

PAU.—No, señor; óiganme con calma. Si ustedes se mezclan, el asunto entre hombres puede acabar muy malamente y no vale la pena ese tío granuja. Y dejar que se ría de nosotros también es triste.

TIRRIAS.—Pues ¿qué remedio queda?

PAU.—Una venganza y cruel. Ya la tengo pensada; se me acaba de ocurrir.

BALD.—Pero tú...

PAU.—Yo sola puedo llevarla a cabo, secundada por ustedes. Crea usted que mi venganza le cuesta una enfermedad de dos meses. Yo le juro que no vuelve a engañar a ninguna otra mujer.

BALD.—Pero ¿qué es?

PAU.—No preguntarme nada. Dejarme a mí sola; darme ese gusto. Y para empezar mi plan, vamos a tomarle el pelo a ese sinvergüenza que ha traído el recaó.

BALD.—Bueno; pues no quiero quitarte el gusto. Te secundaremos hasta donde sea discreto.

PAU.—Muy bien.

TIRRIAS.—¿Y qué hacemos con este emisario *aflictivo*?

PAU.—Pues por de pronto llamarle aquí y que nos vea a todos llorando; y todas las cosas que yo incie, seguir las.

BALD.—Muy bien.

ISID.—Llámale, Tirrias.

(Se sientan. Paula a la derecha de la mesa de las oficialas. Baldo a la izquierda e Isidoro al lado de la mesa de cortar.)

TIRRIAS.—(Yendo a la primera derecha, haciendo señas con el pañuelo y con voz lastimera.) Lamentable amigo; conduélase y arrime hacia acá. haga el triste *ose- guio*. (Se sienta al lado de la máquina y todos fingan una tristeza enorme, enjugándose de cuando en cuando las lágrimas y lanzando hondos suspiros.)

FLOR.—(Saliendo.) ¿Me llamaban a mí?

BALD.—En su totalidad, sí, señor.

FLOR.—(Al oír los sollozos.) ¡No creí yo que la noticia haría este estrago! Esto, más que gabinete, es la plazuela de Aflijidos! Pues ustedes tendrán la dolorosa amabilidad de decirme a qué soy requerido.

PAU.—(Acercándose a él llorosa.) Perdone usted, señor Florentino, pero quería hacerle un encargo antes que usted se fuese.

FLOR.—Si puedo aliviar en algo la triste peripecia, usted manda.

PAU.—Lo primero--y esto de usted para mí, porque es un lamento de mi alma—dígame usted a Paco que a pesar de todo... (Baja la cabeza avergonzada.) me da vergüenza confesarlo, pero.. que a pesar de todo, no me resigno al dolor de perderlo. (Llora más fuerte.)

FLOR.—¡Paulita!

PAU.—¡Silencio! De esto ni una palabra a nadie, por Dios.

FLOR.—Un sepulcro va a ser un sacamuelas comparao conmigo.

PAU.—Gracias, Florentino, gracias. Y ahora, hágame usted el favor de llevarse todos los regalos que Goya me ha hecho. Son recuerdos que cada vez que los viese me amargarían más la vida.

FLOR.—Yo me llevo todo lo que usted me mande y mucho más... si no abulta.

PAU.—Nada; son bagatelas, minucias, caprichos de amor y algo de cerámica.

FLOR.—Sea lo que sea; venga.

PAU.—Gracias. Padre, tío, tío Isidoro: que saquen todos los regalos que tengo de Goya, ya que el señor es tan amable. (Pasa a la izquierda.)

BALD.—¿Todos?

PAU.—Todos.

BALD.—Está bien. (Hacen los tres mutis primera derecha haciendo demostración del pesar que les embarga de un modo visible, al cruzar por delante de Florentino.)

FLOR.—(Después del mutis, yendo a su encuentro.) Amiga Paulita, no le guarde usted a Paco rencor ninguno: él, la ama.

PAU.—Me explico lo que estará sufriendo el pobre, porque yo... yo, ahora que estamos solos... yo, no sé todavía si haré alguna barbaridad.

FLOR.—¡Por Dios, Paulita!

PAU.—Silencio; sacan los regalos.

Paula, Florentino, Baldomero, Julia, Isidoro, Concha, Carmén, el Tirrias y Pepita, que van saliendo cuando indica el diálogo y con los objetos que marca por la primera derecha. Todos muy tristes.

BALD.—(Con una caja enorme de sombreros de señora.) El sombrero con la llorona azul prusia. ¡Quién iba a pensar que no ibas a estrenarlo. (Dándoselo.) Llévvelo usted en la cajita. (Vase otra vez.)

FLOR.—¡Pero esta enormidad era para la cabeza!... (Se la cuelga del brazo.) Aquí va bien.

JULIA.—El manguito más vale que lo lleve usted colgao. (Se lo pone al cuello y vase.)

ISID.—Y el boá. ¡Lástima de nutria! (Idem, idem.)

FLOR.—(Algo escamado.) ¿Queda alguna cosita más?

CONC.—La sombrilla; estilo imperio. Es la última. (Queda en escena.)

CAR.—El bolso de teatro. (Un bolso ridículo muy grande, pero no exagerado. Queda en escena.)

FLOR.—(A Paula.) ¿No decía aquí la joven que era la última?

PAU.—La última moda. (Florentino va cogiéndolo todo.)

ISID.—(Con una docena de platos.) Piezas de la media vajilla. ¿Dónde le pongo la media? (Queda en escena.)

FLO.—Oigan ustedes, no sería mejor un carrito de treinta reales, aunque lo pagásemos a escote? Porque voy viendo que Goya se ha excedido en *orsequios*. (Por fin coge los platos.)

TIRRIAS.—(Con una sopera grande.) No hace falta; bien acondicionao le va a usté a sobrar terreno. ¿Dónde le pongo la sopera?

FLO.—¿La sopera? En la mesa; la podía usté poner en la mesa, y luego me la llevaría, porque estoy viendo que esto lo tendré que hacer en dos viajes. (El Tirrias le coloca la sopera sobre los platos.)

PAU.—¡No, por Dios! ¿Para qué va usté a pasear tanto?

FLO.—Y lo malo es que no me van a admitir en el tranvía, verá usté.

TIRRIAS.—(Cogiendo otra docena de platos, y saca Pepita.) La otra docena se la adosaré convenientemente. (Quita la sopera, poniendo platos y vuelve a colocarla.)

FLO.—(¡Desde que entré que dije que este tío me cargaba y mira si he acertao!)

JULIA.—Aquí está el despertador. (Grande y basto.)

PAU.—Se lo pondré en el bolsillo, ¿le parece?

FLO.—Bueno; pero hágame usté el favor de pararlo, no me vaya a sonar en la vía pública. ¿Falta algo más?

BALD.—(Con una jardinera de pie y dentro un tiesto con palmera artificial.) Poco ya; esta jardinera.

FLO.—¡Una jardinera! ¿Y no tendrían ustedes también un ómnibus?

TIRRIAS.—(Una vez colocado el tiesto.) ¡Qué bien le sienta! La palmera le da a usté todo el aspecto de una figura egipcia.

PEP.—(Volviendo.) ¿Dónde le ponemos este almanaque? (Que sea de taco grande.)

FLO.—¿Un almanaque también? (Sin que se vea la fecha hasta que se indique.)

PAU.—Aún tiene la fecha del día que se me declaró en el Retiro. Se lo prenderé con un alfiler. (Se lo engancha en la espalda.)

FLO.—Yo ahora lo que me voy a permitir rogarles a ustedes es que me coquen también la lata contra incendios no me vaya a ocurrir un siniestro.

PAU.—No hace falta; ya está todo.

FLO.—Si me encuentro algún amigo va a creer que me mudo, pero en fin...

BALD.—¡Cuidao por Dios!

FLO.—Conque que ustedes sigan buenos.

TIRRIAS.—Usté lo pase bien. Y dele usté al señor Goya tantísimos recuerdos.

FLO.—Ochenta y cinco; los llevo contaos.

ISID.—Y que llegue usté sin novedad.

FLO.—Eso depende de la suerte. Si doy con una cáscara de naranja, ya me sacarán de entre los escombros. He tenido tanto gusto. (Vase. Al volverse se ve colgado en la parte baja de la americana el almanaque con la fecha del 2 de Mayo.)

TIRRIAS.—(Acompañándole como todos hasta la puerta.) ¡Cuidao!...

PAU.—Usté lo pase bien.

TODOS.—(Después del mutis, riendo.) ¡Ja, ja, ja!

PEP.—¡Que se fastidie! (Se oye un estrépito horrible.)

BALD.—¡Mi madre!

TIRRIAS.—¡Un terremoto!

ISID.—¡Ha perecido entre la vajilla!

PAU.—Pues esto no es nada; ¡ahora empieza mi venganza! ¡¡Ay, de ellos!!
Vuelve a sonar otro estrépito. Quedan todos riendo. Música en la orquesta.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Escenario de un teatro cine. Puerta al foro que figura dar a un pasillo. Trastos, remas, etc. Embocadura figurada en primer término. En la derecha una mesa de pino y sillas.

Trenzales, Escoriaza, Julito, Antonio y Braulio el Satchichero.

Aparecen sosteniendo una viva discusión; los primeros sin sombrero. Braulio, con blusa, mandil y gorra. En la mano un bastón cayada.)

TREN.—Hombre, pero si le hemos dicho a usted que el señor Goya no está.

BRAU.—Que salga. (Siempre que repite esta frase da un golpe en el suelo con el bastón.)

Esc.—Pero ¿no ha recorrido usted todo el teatro?

BRAU.—Sí, señor.

Esc.—¿Piso por piso y cuarto por cuarto?

BRAU.—Sí, señor.

ANT.—¿Y no se ha convencido usted de que no está?

BRAU.—Sí, señor.

TREN.—Entonces ¿qué más quiere usted?

BRAU.—¡Que salga!

Esc.—Pero, hombre, usted pal *razocinio* es mas negao que una tinaja.

BRAU.—Yo seré lo que a usted le dé la gana, pero yo no me marchó de aquí sin tentarle el pelo a ese canalla; a ese sinvergüenza de Goya.

JUL.—Ponderaciones. (Vase foro izquierda.)

BRAU.—Y hechos reales; que no es Braulio el Salchichero quien dice las cosas dos veces. Que salga, y si a los dos segundos no tié su cabeza más bultos que un muelle de estación, pierdo treinta y cinco pesetas. Porque lo que es de mí... lo que es de mí no se ríe ese cerdo.

Esc.—¡Chist! ¡Gorrinerías, no!

BRAU.—Yo digo lo que me se antoja; pa eso traigo quien me apoye. (Blancando el garrote.) ¡Que salga!

Esc.—¡Pero véngase usted a razones!

BRAU.—¡Que salga!

TREN.—Pero total: ¿qué le ha hecho a usted Goya?

BRAU.—¡Pues una friolera! Darla palabra de casamiento a mi cuñada, decir-la que se hiciera el equipo, sacarmé a mí mil pesetas pa gastos, empezar la pobre chica a hacerse la ropa, y cuando ya se lo había hecho tóo, va ese ladrón y manda a un amigo a contarnos el romance de ciego de que se tuvo que casar hecho un *bebé*, que si un *chúfer ustro-húngaro* se fué con su señora a Chiliguagua y qué sé yo; porque eso lo cuenta en «La Novela de ahora» y le dan dos duros, pero a mí me se ha antojao desmenuzarle las facciones, porque cuentos tártaros, no. ¡Que salga!

JUL.—(Volviendo a entrar.) Trenzales: Goya que acaba de mandar un recaó que no puede venir; que empiece el ensayo.

TREN.—Ya lo oye usted.

BRAU.—¡Que salga!

TREN.—Esta noche se inaugura el Cine con *varietés* y no podemos entretenernos. Usted perdone; hay que ensayar.

BRAU.—Pues yo no me meneo de aquí.

Esc.—¡Hombre eso es una cabezonada!

ANT.—Señor, si tié usted agravios con él, le busca usted en su casa y allá los dos; que si usted es hombre, no crea usted que él lleva refajo.

BRAU.—Está bien. A mí con la razón, me se lacra y no rechisto. Me voy. Díganle ustedes que ha estao aquí Braulio, el cuñao de la Cipriana; que luego volveré. Y ahora, de ustedes pa mí: si antes de seis horas no está ese canalla en la Casa de Socorro, me escupen ustedes a la cara. He dicho. ¿Por dónde se sale?

TODOS.—(Acompañándole muy solícitos.) Por aquí.

BRAU.—Buenas tardes. (Vase foro.)

Dichos menos Braulio. Luego Goya

ANT.—¡Este tío es alarmante!

TREN.—¡Un sujeto de cuidao!

Esc.—¡Ríete de tontunas! ¡Bastante le importa a Goya!

JUL.—¡Pero, qué tiazó es ese Paco!

TREN.—¡No tiene par!

ANT.—¡Este Goya es inmenso! ¡En un día tres; tres mujeres!

Esc.—¡Ja, ja, ja! Y todas por el mismo procedimiento: por el de la boda fustrá.

ANT.—¿Y dónde le tenéis escondido?

TREN.—Aquí, en el foso; donde le bajamos siempre que viene algún pariente iracundo.

ANT.—¡Tiene gracia!

TREN.—¡Subir ya a ese monumento!

JUL.—¡Venga ese fenómeno! (Dan golpes en el suelo.)

ESC.—Arriba la vigésima-ava-maravilla del globo.

ANT.—¡Hay que hacerle una ovación!

TREN.—¡Viva Goyal

JUL.—¡Ole ahí!

ESC.—¡Los hombres en el mundo!

ANT.—¡Surge, pasmo mujeriego! (Aparece Goya por el escotillón en una postura gallarda, todos le aplauden.)

GOYA.—Amigos de la liga: ¡viva la mujer.

TODOS.—¡Viva!

GOYA.—¡Viva donde viva!

TODOS.—¡Viva!

JUL.—¡Viva Goyal

LOS TRES.—¡Viva!

GOYA.—Señores; me siento elevado por vuestras aclamaciones y proclamo a una, que lo primero del mundo, es una señora; lo segundo, una señora; y lo tercero, la criada si es bonita.

TODOS.—¡Ole!

GOYA.—¡Atchis! ¡Caray, qué humedad hacía abajo! (Saltando del escotillón y avanzando con los demás al proscenio.) Bueno; ¿y qué ha dicho ese *reinoceronte* amenazador y salchichero?

TREN.—Poca cosa; ¡que te iba a degollar!

GOYA.—¡Ja, jay! ¡Qué iluso es el tal cornúpeto! Como dijo Tenorio, mi antecesor: *Son pláticas de familia de las que tan y mientras viva, jamás haré el menor caso*. Lo mío es más largo, pero más contundente.

ESC.—Pues ándate con ojo, que el socio se ha traído un junquito, que es el árbol de Guernica con regatón.

GOYA.—Me chuflo de los arbustos.

TREN.—¿Y qué perrada le has hecho al salchichero?

GOYA.—Una fruslería: su cuñadita, que es una trigueña de esas que *vayas* donde *vayas* te cortan el viaje, que me satisfizo, la sobrecogí con dos miradas e tambaleó en mis brazos, y lo de siempre: mi recurso pa' la retirada, mi marimón, el chofer y Chiliguagua. Ya me *conoceis* como folletínista. Va Florentino, lo cuenta—porque es un narrador de primera—las familias se enfurecen, las interesadas se interesan más—porque la mujer es novelista de lo suyo—y a los ocho días todo apaciguao, y a otra cosa.

ANT.—¡Eres bíblico, Goyal

GOYA.—Propagandista nada más.

TREN.—Cervantes a tu lao es un gacetillero.

ESC.—Y ahora, ¿qué tienes en planta?

GOYA.—Lo de hoy es un poco más grave.

TREN.—¿Lo de la hija del sastre?

GOYA.—Sí; lo de la Paulita, que... claro, me ha salido un poquito formal, y yo tengo una parentela bastante iracunda y he tenido que llegar un poco más lejos. Pero estoy esperando a Florentino que creo que me lo habrá arreglado. En fin, ahora, señores, dejemos esto; que os he invitado al ensayo general de la función de varietés *conque* abro esta noche mi cine «El molinete Palás», no es cosa de perder el tiempo en bagatelas femeninas, Julito.

JUL.—¿Qué quieres?

GOYA.—Pon sillas, trae unas cervezas y que empiecen los números. (Julito se sienta.)

TREN.—Venga de ahí.

GOYA.—Vais a ver el primer número: «La Rumba»; un baile cubano muy bonito.

Dichos, la de la Rumba, por la izquierda; traje a capricho, pero elegante

MÚSICA

RUMBA

Cantando y bailando.)

La rumbita que yo bailo

que derrumba, rumba, rumba,

es muchísimo más dulce.

que unos labios de mujer.

Y tan solo exige el baile

de la rumba, rumba, rumba,

en los brazos abandono
y en los ojos languidez.

¡Ay!
¡Ay, anda, vida mía!
¡Baila ya!

Verás tú qué gusto que me da.

¡Ay! (Grito estridente.)

Arsa chirriumba y arsa, báilate
la rumba y rumbalé
que tumba de plásé.

¡Ay, súbale!

(Se retira bailando por el sitio donde salió.)

HABLADO

ANT.—¡Hombre, Pues no está mal esto!

GOYA.—¡Es un numerito de presentación!

TREN.—Te auguro mucho dinero, Goya.

JUL.—(Volviendo a entrar con botellas de cerveza que deja sobre la mesa. Paco.)

GOYA.—¿Qué pasa?

JUL.—Florentino, que está ahí, que viene de casa del sastre, con la mar de bultos.

GOYA.—(Levantándose contrariado.) Le han pegao. ¿No os lo decía? Que pase; dile que pase. (Sale Julio foro.) Esto del sastre es de lo más seriecito que me ha caído.

Esc.—¡Hombre, aguarda a ver qué dice Florentino!

Dichos menos la de la Rumba. Florentino.

FLOR.—(Sale por el foro con todo lo que le han dado y un capazo con toda la vajilla rota. Detrás vuelve Julito.) ¡Muy buenas!

GOYA.—¡Hola!

FLOR.—Muy buenas me habías dicho que eran esas gentes; pero si yo sé lo cargantes que se iban a poner, te digo que envíes un *vagón capitoné*.

GOYA.—Pero, ¿qué traes ahí? (Por el capazo.)

FLOR.—Tiestos.

GOYA.—Total; ¿qué ha pasado? Cuenta, hombre.

FLOR.—Pues nada; que llegué, abrí el folletín y en cuanto dije, «Goya es caso...»

GOYA.—¿Qué?

FLOR.—¿Tú has oído la explosión de un bólide?

GOYA.—Me la han contaó.

FLOR.—Pues es un ligero suspiro en comparación de lo que allí ha estallao.

GOYA.—Chico, relata.

FLOR.—Es pa despacio. Baste decirte, que están verdaderamente afligidos y me han dao todos estos recuerdos para que te los traslade. Por cierto que la palmerita me ha venido haciendo cosquillas todo el trayecto.

GOYA.—¿Y te han dao todo esto?

FLOR.—Todo.

GOYA.—Pues chico, el boá y la sombrilla son míos, però todo lo demás me es enteramente desconocido.

FLOR.—(Asombrado.) ¿Cómo?

GOYA.—Yo no reconozco más que dos objetos.

FLOR.—¿De manera que la vajilla no se la has regalao tú?

GOYA.—No.

FLOR.—¿Y dices que dos objetos tuyos?

GOYA.—Dos.

FLOR.—Pues ya sé cuál ha sido el objeto de ellos: tomarme el pelo.

GOYA.—A menos que sean cosas que las tuviesen compradas para la boda, y con el fin de que la chica no se torture; hayan querido quitarlas de en medio.

Esc.—Es probable.

FLOR.—En fin, aquí lo dejo. (Lo colocan entre todos en el fondo.)

GOYA.—¡Caray!... ¡dónde te han puesto la fecha!

FLOR.—En un espacio libre.

GOYA.—Bueno: y la Paulita, ¿qué? (Se reúnen en el proscenio.)

FLOR.—En eso tienes más suerte que el gato de una pescadería. ¡Qué la drón!

GOYA.—¿Pues qué?

FLOR.—Nada; que la Paulita...

TODOS.—¿Qué?

FLOR.—La Paulita me ha confesao que está más loca por tí que antes, y que le importa nada que seas casao u soltero.

GOYA.—Lo de siempre; lo que yo os decía. ¡Si no me falla una!

TREN.—¡Atiza!

LOS TRES.—¡Olé!

FLOR.—Eres agobiador.

Dichos. Un Acomodador y Dámaso, foro.

ACOM.—(Señalando a Goya.) Aquel señor es.

GOYA.—¿Qué pasa?

ACOM.—Este señor que le busca a usted. (Vase.)

GOYA.—Venga, haga el favor.

DÁM.—(Avanzando.) Es una cosa reservada; yo desearía..

GOYA.—Entonces voy; con vuestro permiso. (Se acerca a Dámaso y se van al foro extremo; los demás quedan al lado de la mesa; Florentino recatándose de Dámaso.)
sted dirá.

DÁM.—¿Usted es el señor Goya?

GOYA.—Servidor.

DÁM.—Pues traigo una carta secreta de la Paulita para usted.

GOYA.—¿Para mí? ¿Secreta? Venga. (¡Ha caído!) (La coge y se aparta a la izquierda de Dámaso.)

DÁM.—Me ha dicho que por Dios que a usted solo, que se confía a un cabarro.

GOYA.—Ni una palabra. Aguarde usted. (Rompe el sobre y lee. «Paco: aún es y loca de la horrible impresión. ¡Eres casao!, ¡qué espantosa desgracia! Penada me importa. Tuya era, tuya soy y tuya seré, pase lo que pase. Te lo ro. Espérame esta noche, a las nueve, en la Bombilla, en el mismo merendonde fuimos con mis padres el domingo pasao. No faltes. Allí sabrás cuánta adora tu desgraciada Paulita.» Nada, otro corazón derruido. ¡Es mía!... Dámaso.) Bueno, pues dígame usted que iré a la hora en punto.

DÁM.—Está bien. (Medio mutis.)

GOYA.—(Deteniéndole.) Que no llore y que espere.

DÁM.—(Como antes.) Bien.

GOYA.—Que sufro tanto como ella.

DÁM.—Usted lo pase bien. (Inicia el mutis.)

GOYA.—Adiós.

DÁM.—(Haciendo mutis.) (¡Ya verás la que te espera en la Bombilla!) (Vase.)

FLOR.—Ese socio es de casa del sastre.

GOYA.—De allí es.

TREN.—¿Qué ha pasao? (Todos se acercan.)

GOYA.—Leer. (Les da la carta. Todos leen a la vez.)

ESC.—¡Olé ahí!

ANT.—¡Otra que se le viene a las manos!

FLOR.—¡Estás de non! ¡Si yate lo dije.

TREN.—¿Y qué vas a hacer?

GOYA.—Pues a eso de las nueve aterrizo en la Bombilla, hago un vuelo pla-junto a la Paulita y ya os contaré el viraje.

ANT.—(Mirando el reloj.) Pues no te descuides, Paco, que son las ocho.

GOYA.—Me voy inmediatamente, con vuestro permiso, que estos asuntos...

TREN.—Sí, hombre, sí.

JUL.—(Saliendo precipitadamente.) ¡Paco! ¡Paco!

GOYA.—¿Qué pasa?

JUL.—¡El salchicero, que vuelve!

GOYA.—¡Mi madre! (Corre a colocarse sobre el escotillón.) ¡Olivares! (Dando patas en el suelo.) ¡Olivares! ¡El escotillón!!

ESC.—Sí, escóndete...

TREN.—¡Anda, Olivares, deprisa!

JUL.—Que ya está ahí y trae otra... otra estaca más gorda.

GOYA.—¡Olivares! ¡Por tu madre, volando, por Dios! Baja, baja, Olivares.

ANT.—Anda, anda.

GOYA.—(En general.) Oye, cuando se vaya dais dos golpes para que me su-
dan; dos golpes.

TREN.—Bueno; abajo. (Baja Goya por escotillón.)

Dichos y Braulio, por el foro, con un bastón más gordo.

BRAU.—He corrido medio Madrid, he estado en casa de ese criminal y en
todos los sitios que frecuenta, y no me le he topao. Y yo tengo pelos en la ca-
rita y basta *esaminarme* pa que no me den plaza de monigote. ¿Me han oído
sus señorías?

TREN.—Hombre, nosotros...

BRAU.—Que salga Goya. (Esta vez sin dar golpe hasta que se indique.)

Esc.—Pero señor, si no está.

BRAU.—Que salga Goya, maldita sea mi estampa, o yo les juro a ustede
que hay aquí una desgracia, ea.

ANT.—Señor, reflexione usted...

BRAU.—Que salga ese ladrón, que si no quemó el teatro; lo juro por lo más
sagrao.

TREN.—Hombre, por Dios, un poco de calma.

BRAU.—¡Cobarde! ¡Engañar a una pobre mujer! ¡Dejarla con la ropa a cues-
tas y con el ridículo... y luego mis mil pesetas! ¡Malditasea! ¡Quesalga! ¡No qu-
siera yo más que cogerle a mi gusto! ¡No quisiera yo más que tenerlo aquí
(Da un golpe en el suelo con el bastón.) Aquí. (Repite. Sube el escotillón con Goya.)

GOYA.—(Al verle.) ¡¡Mi madre!! (Se aparta.)

BRAU.—¿Qué es esto? (Al verle.) ¡¡Eh!! ¡Lo mato! (Va a lanzarse sobre él y lo
amigos le sujetan, colocándole sobre el escotillón.) ¡Soltarme, que lo mato!

LOS CUATRO.—¡Calma! ¡calma!

GOYA.—Olivares, abajo. (Baja el escotillón, y con él Braulio.)

BRAU.—¡Eh!... ¡Yo! ¡Por Dios! ¿Dónde voy? ¡Que me suban!

TREN.—(A Goya.) ¡Huye!

Esc.—¡Si no lo bajamos te hace polvo!

BRAU.—(Desde abajo.) ¡Criminales! ¡Golfos!

GOYA.—«Ardides del juego son.» Y ahora, a la Bombilla, en busca de es-
paloma mensajera.

Esc.—¡Viva Goya!

TODOS.—¡Viva! (Le aplauden.)

GOYA.—¡Viva la mujer!

TODOS.—¡Viva!

GOYA.—¡Viva donde viva!

TODOS.—¡¡Viva!! (Mucha animación. Cae rápido el telón de cuadro. Música en la o-
questa.)

MUTACIÓN

CUADRO TERCERO

Un comedor en un merendero de la Bombilla. Una puerta en la izquierda. Al foro un ba-
cón terraza con vidrieras y persianas verdes. Por el hueco de la terraza, que ocup
todo el testero, se ven las copas de los árboles del jardín iluminadas. La puerta de
balcón, en su centro, es practicable. En la habitación, mesa ovalada en el centro, co
mantel, bandeja, vasos para vino y varias botellas. En el rincón de la derecha mes
con hileras de platos, botija, etc., para el servicio. En la lateral derecha «chaisse
gue» con funda de dril. Sillas y aparato de luz eléctrica que pende del techo. Es d
noche.

Una cantaora, Gabriel, Manolo, Arturo, Emilio, hombres y mujeres
Al levantarse el telón aparece la Cantaora en el centro cantando y bailando; Gabriel toc
la guitarra y los demás jalean y acompañan con las palmas. Las mujeres tienen pue-
tos mantones de Manila y flores en la cabeza.

MÚSICA

CANT.

Negraso fué el primer hombre
que a traición me dió un abraso.
Negraso sus ojos eran
y era su pelo negraso.

Si quieres que yo te quiera
y por tí caiga en el laso,
tienes que ser, alma mía...
Negraso. ¡Ay, ay, ay, Negraso. (Baila.)

HABLADO

TODOS.—¡Ole! ¡Bien! ¡Bravo!

GAB.—Bueno; ¿ahora quieren ustedes divertirse las tripas?

CANT.—Natural que sí; a sufrir no hemos venido.

ART.—¿Y cómo?

GAB.—Pué muy fácil. Abajo he visto a ese cantaor erséñtrico que le disen
on Melitón er Feo; le llamo y verán ustedes camelita en rama.

MAN.—Pues anda ya, usaura, ¿qué esperas?

GAB.—(Asonándose al baicón.) Antonio, ¿etá ahí don Melitón? ¿Sí? Güeno.
er favó de desirle que suba ar siete, pero escapao. Grasia. (Entrando.) Aho-
sube.

EMIL.—¿Y crees tú que nos divertirá?

GAB.—Hombre, en cuplés se trae un repertorio que tié lo suyo.

Dichos, Don Melitón, por la izquierda

MEL.—(Es un tipo vestido con un traje de chaquet ridículo, chalina roja y hongo de
lor con alas muy planas. Lleva un bastoncito.) Señores, ¿se me ha solicitado?

GAB.—Pase usted, don Melitón.

MEL.—¡Hola, Gabrielillo! ¿A qué soy requerido?

GAB.—Aquí los señores, que quieren oírte.

MEL.—(Con muchas reverencias.) Deslumbradoras beldades y sujetivos po-
s: Don Melitón el Feo se pone a vuestra protectora disposición con su vas-
repertorio, previo parné anticipado.

MAN.—Muy señor nuestro.

GAB.—(Aparte a don Melitón.) (Son de confianza.)

ART.—Bueno; aquí lo que hace falta es un poco de alegría, don Melitón

MEL.—Se la serviré inmediatamente al escogido auditorio cantádoles el
plé de don Melitón, letra y música mía, Todos callaos y atentos. Acompaña,
briel, Oigan y saboreen. Música.

MÚSICA

TODOS
a, la, la, la, la, la.

MEL.
Melitón es el sujeto
s feliz de la nación.

MEL.
Melitón, Melitón
conoce la aflicción.

MEL.
Melitón sin dos pesetas
sta más que un ricachón.

MEL.
Melitón, Melitón
más vivo que un ratón.

MEL.
Melitón, Melitón
rque en España y en París,
eno es vivir sobre el país.

MEL.
Melitón, Melitón,
nde huele que hay diversión,

MEL.
Melitón, Melitón,
no el tío es un gorrón,
corriendo igual

MEL.
Melitón, Melitón,
e una exhalación.

MEL.
Melitón, Melitón,
erecía sin discusión

MEL.
Melitón, Melitón,
a condecoración,
don Melitón.

MEL.
Melitón se encuentra un día
e no tiene ni un botón.

TODOS
ención, atención.

¡A ver que hace Melitón!

MEL.
Pues le pide veinte duros
al obispo de Sión.

TODOS
Melitón, Melitón,
saca peces de un sifón.

MEL.
Porque es un tío de magín,
mucho más listo que Merlin.

TODOS
Melitón, Melitón.

MEL.
Donde huele que hay diversión,
como el tío es un gorrón,
va corriendo igual
que una exhalación.

TODOS
Melitón, Melitón.

MEL.
Merecía sin discusión
una condecoración.

TODOS
Don Melitón.

Tra, la, la, la, la, la, (Bailan.)

TODO.—¡Bravo! ¡Muy bien!

UNO.—¡Viva don Melitón!

TODO.—¡Viva!

MEL.—Encantado de haber complacido al cóncave juvenil. Y ahora con permiso de la benemérita reunida, me evado, previo apoquinen.

ART.—¿Pero tiene usted prisa?

MEL.—Por cobrar, siempre.

GAB.—Aspere usted un poco, hombre.

MEL.—No; es que tengo abajo parroquianos. Están Pepito Montes y Juanito Aguado con Rosa la Morena y Paca la...

EMIL.—¡Ah! pero ¿está Pepito Montes abajo?

MEL.—En el siete. ¡La tienen heroica!

EMIL.—Niñas, coger los mantones. Vamos a sumarnos a esas. Ahora veré juerga.

ART.—Ni una palabra más.

TODO.—Vamos, vamos. (Vanse por la izquierda alegremente. Bis en la orquesta. Goya y un Camarero, izquierda.)

CAM.—(Después de una pequeña pausa.) Pase usted, don Paco; aproveche usted que se vayan esos socios, porque es el único cuarto disponible.

GOYA.—Me alegro; muchas gracias. Pues retira ese servicio, entórnate las vidrieras y déjame la estancia en la penumbra conveniente pa un *casus belis*.

CAM.—Entendido. ¿Quiere usted la lista? (Dándosela.)

GOYA.—Como te plazga. (La toma y la lee. Mientras el Camarero retira el servicio que hay en la mesa, colocándolo en una bandeja y entorna los balcones del foro. «Tortilla de jamón. Escalopes de ave. Payo en galantina. Riñones al Jerez Chuletas a la Navera...»)

CAM.—¿Qué subo?

GOYA.—Pues mira: súbete una cerveza, haz el obsequio.

CAM.—Está bien.

GOYA.—Y si viene una joven, altita, esbelta, bien parecida y algo ojerosa preguntando por mí, la pasas.

CAM.—Enterao. Hasta ahora, señor Goya.

GOYA.—Vete con Dios. (Vase el Camarero.)

Goya.

(Se quita el sombrero y se sienta en el borde de la mesa. Con énfasis.)

Fui desde la edad primera
calavera empedernido;
calavera luego he sido,
y seré después que muera
calavera.

O truecando los términos.

Uno para enguirlotrarlas,
otro para entontecerlas,
dos horas para alocarlas
y a mis pies rendidas verlas,
para después olvidarlas,
y si me aburren, cogerlas
y atizarlas.

Y con lo dicho creo haber mejorado el Tenorio. En fin, el hecho real y efectivo es que la Paulita —que era una moza dura de pelar si las había—, vendrá ahora mismo como alondra deslumbrada a estrellarse contra el espejito de mis atractivos. Nada; que hay plasticidad y arropía. Y está feo que lo diga un servidor; pero villorrio, aldehuela, cabeza de partido, capital de provincia u metrópoli donde yo eche el copo en cuestión femenina, una monda. (Levantándose.) Influjo en las estadísticas, ¿pa qué decir más? Ya estoy viendo a la Paulita, que se las echaba de fortaleza inexpugnable, desmoronarse cual tabique de pandereta en mis traicioneros brazos. Soy un *mauser*.

Goya. Un camarero; luego Paulita.

CAM.—(Entrando y dejando sobre la mesa la botella de cerveza descorchada y un vaso.) Señor Goya: la joven que usted esperaba, está ahí.

GOYA.—¡¡Ella!! (Se acicala.) Aguarda un segundo que me retoque el *cliché* a estoy. Cuando entre, cierras y te distancias. Que pase.

CAM.—(Desde la puerta.) Que haga usted el favor. (Vase.)

GOYA.—(Que queda en pie en actitud gallarda, arrogante, apoyado en una silla al do izquierdo de la mesa, enfrentando con la puerta por donde ha de entrar Paulita.) Ebo parecer un esmalte.

PAU.—(Entra, cierra y don ademanes trágicos y llorando corre a los brazos de Goya, se a su vez avanza a su encuentro.) ¡Paco!... ¡Paco de mi alma! ¡¡Paco mío!! (Se abrazan. Paula llora.)

GOYA.—¡Paula! ¡Paulita! Vida, amor, calma. Sosiego. Serénate.

PAU.—No, no puedo; me ahogo... ¡No puedo!

GOYA.—Por Dios, nena; ten ánimo. Recóbrate. Estás conmigo; ¿que más quieres? Tiende la vista por la estancia y seca ese raudal copioso. (Dándole un pañuelo.) Tiende y seca.

PAU.—¡No sé qué he hecho!... ¡La vergüenza!... ¡el dolor! ¡Me ahogo! (angida exaltación y zarandeándole.) Yo; yo que te creía mío, mío nada más, y eres asao. ¡Tú!... ¡tú de otra!... ¡¡Tú en otros brazos!!

GOYA.—(Aturdido por el zarandeo.) ¡Por Dios, Paula, calma; te digo que calma! (Con gran vehemencia.) Soy casao, pero óyelo bien; soy tuyo.

PAU.—(Embelesada.) ¿Es de veras eso? ¿Me quieres, Paco, me quieres?

GOYA.—¿Que sí te quiero? ¡Quererte es poco! Te adoro y contra el mundo entero seré tuyo y nadie, nadie me arrancará de tus brazos. (Mañana me voy a Argentina.)

PAU.—(Con alegría y algo de exaltación.) ¡Oh, sí, Paco mío; así quería verte; así quería oírte! ¡Ya estoy satisfecha! ¡ya estoy tranquila! Ahora poco tendré que decirte ya. (Deja el bolso de mano y la mantilla que lleva al cuello sobre la «chaise-longue.»)

GOYA.—(Sorprendido) ¿Cómo, poco?

PAU.—Poco, Paco: porque tú eres casao y yo soy una mujer que no puede vivir en el mundo más que honrada. He venido a buscarte, estoy en tus brazos... Ya comprenderás que despues de esto, no tengo más que una solución.

GOYA.—¡Qué solución!

PAU.—¡¡Morir!!

GOYA.—(¡Caray!) (Aterrado) (¡Se me suicida!) ¿Pero pi... pi... piensas matarte?

PAU.—Matarme no; no me has entendido.

GOYA.—(Con alegría) (¡Respiro!)

PAU.—(Acercándose a él.) Matarme no; matarnos.

GOYA.—(Dando un salto.) ¿Matarnos? ¡Recuerdo! ¿Qué dices?... qué... qué... ¿dices tú?

PAU.—(Con fiereza.) ¡Rme!... ¡irme yo de la vida!... ¿Dejarte en ella para que vivas en otros brazos? ¡No, Paco, no! (Resuelta.) He venido ultrajando el nombre de mi anciano padre, he venido hollando sus santas canas, porque estoy segura que la muerte de los dos purificará esta deshonra.

GOYA.—(Con terrible pánico.) Oye. Pau... Pau... Paulita, que aquí no se honra nada de tu señor padre y luego, que tú no ultrajas su honra, y en el caso que la ultrajaras, digo, jaras, yo creo que...

PAU.—(Fieramente.) ¿Pero es que vacilas? ¿Pero es que tiembblas? Porque si me declararas, yo te daré el ejemplo y el castigo. (Saca del bolso una pistola y le apunta.) Mira.

GOYA.—(Aterrado, yéndose de un salto a la derecha de la habitación.) ¡Caray! Oye, Pau... Pau... Paulita! (¡Esta me descerraja de un tiro!) Trae... trae eso que... (Sin atreverse a acercarse.) (¡Dios mío, está loca; yo la sigo la corriente!) Trae eso... (Con finjida energía.) ¡Porque sí, ea; yo no tengo inconveniente en que nos matemos, no!

PAU.—¡Ah, por fin; quieres morir conmigo. (Le apunta.)

GOYA.—Sí! (Corre a meterse en el rincón que forma la mesa supletoria y la pared y coloca delante de sí, un alto montón de platos y encima la botija sobre la mesa.) ¡Comprendo que ya este desgraciado amor no puede tener otro fin que nos una la eternidad! Trae ese revolver.

PAU.—¡No! ¡Nunca! ¡Voy a matarte a ti primero! ¡Quiero evitarte el dolor de que me veas morir. Prepárate.

GOYA.—(Muerto de miedo.) ¡¡No!! ¡Aguarda un minuto! ¿A... a... a cómo estamos hoy?

PAU.—Creo que a veintisiete.

GOYA.—Entonces, yo te agradecería que esperásemos hasta el treinta y uno, porque... mañana, tengo que ir al entierro de un amigo y sentiría que se me molestase.

PAU.—Eso no; porque, ¿no le vas a ver en la eternidad?, pues allí le das tus excusas.

GOYA.—No, pero es que en la eternidad, como habrá tanta gente, que sé yo si podré verle.

PAU.—¡No, Paco, no; perdona: no puedo esperar! Ponte a bien con Dios. (Le apunta.) Vas a morir.

GOYA.—¡¡No!! ¡No tires, que vas a romper el botijo! (Muy apurado.) Espera, que se me ha ocurrido una cosa.

PAU.—¿Qué se te ha ocurrido?

GOYA.—Nada; que yo quisiera hacer una meaja de testamento... por mi familia ¿sabes? Pero son dos palabras. (Avanzando poco a poco.) Voy a llamar al camarero.

PAU.—No; al camarero, no.

GOYA.—Pero si es para que traiga recado de escribir.

PAU.—Por esa puerta no entran más que el juez de guardia a levantar nuestros cadáveres.

GOYA.—Bueno, Paula, pero reflexiona... (¡Cómo llamaría yo al camarero!...) Si te parece lo escribiré con lápiz. (Avanza más.)

PAU.—Acaba pronto. (Deja la pistola sobre la mesa y se sienta en la «chaise-longue».) (¡Le estoy dando la noche!)

GOYA.—(Casi llorando.) ¡Y el caso es que pensar que este amor es nuestra muerte, con lo felices que nos podía haber hecho! ¡Dios mío, Dios mío! (A cada exclamación da una palmada como si invocase.) (¡A ver si me ha oído!)

PAU.—Pero no pienses en eso. Ya no hay remedio, Paco.

GOYA.—¡Eso es lo horrible, que no haya remedio! ¡Dios mío, Dios mío! (Como antes.) (¿Me oirá ese animal?) Porque yo, Paula, sí, quiero que lo sepas todo; no podía, no puedo vivir sin tí, sin el mirar de tus ojos, sin el calor de tu cuerpo. (La abraza.)

PAU.—(Que se ha levantado y va avanzando hacia él para caer llorando en una silla a la derecha de la mesa.) Paco, acabemos, acabemos pronto. (Paula finge llorar ocultando la cara en el pecho de Paco.)

CAM.—(Volviendo a entrar.) ¡Llamaban ustedes?

GOYA.—No; es que se ha puesto un poco mala la señorita; pero no llamábamos. Ahora, que... (Le hace señas para que se lleve la pistola.)

CAM.—(Sin entender las señas.) ¿Qué?

GOYA.—No, nada, que... (Más señas.)

CAM.—No entiendo.

GOYA.—Que se lleve usted eso. (El camarero va a coger la cerveza.)

PAU.—(Levantando la cabeza.) Nada, hombre; váyase usted, ya llamaremos.

GOYA.—(Siguiendo las señas.) Eso... eso... eso que dice la señorita; que se vaya usted.

CAM.—No entiendo. (Vase y cierra.)

GOYA.—(¡Qué bruto!)

PAU.—(Levantándose llorosa.) ¡Ay, Paco, Paco!

GOYA.—(Que está más muerto que vivo.) ¿Qué te pasa, rica?

PAU.—Comprendo que no... que no tenemos valor para matarnos.

GOYA.—Yo, Paula, la verdad, no lo tengo; ¡te quiero tanto!

PAU.—Estoy muerta. ¡Estas emociones! ¡No puedo respirar! Abre un poco el balcón, que entre el aire.

GOYA.—Voy, rica; con mucho gusto. (Pausa, Paco va a abrir las vidrieras del cenro; Paula va a sentarse en la «chaise-longue», pero antes coge la pistola y se la guarda, impidiendo que Goya, que disimuladamente se acerca con el mismo intento, lo logre, una vez abierto el balcón, Goya sale a la terraza.)

PAU.—¡Buen susto riene; pero el de ahora va a ser terrible! (Saca del bolso un frasco con etiqueta, vacía su contenido en el vaso de la cerveza, deja el pomo sobre la mesa y ella se sienta en una silla al lado. Terminado todo esto vuelve a entrar Goya, Paula bebe a la vista de Paco del vaso de cerveza, para que él se fije.) Y ahora, bebe, Paco, tendrás la boca seca.

GOYA.—Hecha un papel de lija.

PAU.—Como yo; bebe. (Le ofrece el vaso.)

GOYA.—(Después de beber) ¡Qué gusto!

PAU.—(Levantándose radiante de placer.) ¡Ah, sí, ya!, ¡qué alegría!

GOYA.—¿Qué te pasa?

PAU.—¡Que ya está!!... ¡Que ya eres mío!... ¡Que ya no nos separaremos nunca.

GOYA.—Pero, ¿qué dices?

PAU.—¡¡Que estamos envenenados!!

GOYA.—(Da un grito horrible, se lleva las manos al estómago.) ¡Jesús! ¿Qué dices?

PAU.—Mira; mira lo que he echao en la cerveza. (Mostrándole el frasco.)

GOYA.—¡Arse... Arsénico!... ¡Socorro!... ¡Un médico!... ¡Un antídoto!... ¡Me muero!... (Caen cada uno en una silla.)

PAU.—¡Ya eres mío!

GOYA.—(Gritando.) ¡Socorro!

PAU.—Es inútil; viviremos cinco minutos nada más.

GOYA.—(Retorciéndose.) ¡Un médico! ¡Un antídoto! ¡Que me *desenvenenen!* Qu me muero! (Suenan dentro dos tiros.) ¡¡Ah!!

Dichos y Dámaso.

DAM.—(Saliendo lívido, descompuesto, en tono trágico.) Pau... Paula. ¡Tú! ¡Jesús!

PAU.—¡Por fin! ¡Yo... me ahogo!

PAU.—¿Qué pasa?

DAM.—Tu ma... tu ma... tu madre...

PAU.—Mi madre, ¿qué?

DAM.—Tu pa... tu pa... tu padre...

PAU.—Mi padre, ¿qué?

DAM.—Tu padre a tu madre...

GOYA.—¡Pero acaba, hombre!

DAM.—¡Sangre! ¡Horror! ¡Sangre! ¡Vengo manchao! Mira.

PAU.—¿Pero qué?

DAM.—Tu padre, que ha matao a tu madre.

PAU.—¡Jesús!... ¡Mi padre a mi madre! ¡Paco!... ¡Paco!...

GOYA.—(Queriendo meter la cabeza por la pared para huir.) ¡Qué espanto! ¡Yo me muero! ¡Socorro!...

DAM.—Está muerta, pero no te asustes, puede que se salve.

PAU.—Pero, ¿qué ha sido?

DAM.—Tu padre, que al leer tu carta de que pensabas matarte con este nombre, creyendo a tu madre culpable de tu desgracia, le ha pegado dos tiros.

PAU.—¡¡Mi madre!

DAM.—Tu padre a tu madre.

PAU.—¡Paco! ¡Paco! ¡Mi padre asesino! ¡Matar mi padre a mi madre! Mi padre a mi madre!

Dichos e Isidoro

ISID.—(Saliendo lívido, con el cabello erizado, descompuesto y balbucente.) Paula,...

Paula... ¡Ay, Paula!

PAU.—¿Qué?

ISID.—Tu tío, a tu padre.

PAU.—Mi tío a mi padre, ¿qué?

ISID.—Tu tío, que al ver muerta a su hermana, ha asesinado a tu padre y allí están tu madre, tu padre y tu tío.

PAU.—¡Paco!... ¡Paco!!

GOYA.—(Repitiendo lo de la pared.) ¡He poblao una sacramental!

PAU.—(Desvariando.) ¡Mi padre!... ¡mi madre!... ¡mi tío!... ¡Ah!... ¡Oh!...

GOYA.—¡El juicio final!

PAU.—¡Muerta!... ¡Mi madre muerta!... (Ríe como una loca.) ¡Ja, ja, ja! (Se suelta el pelo.)

GOYA.—¡Atiza, se ha vuelto loca!

PAU.—(En pleno desvarío, mirando al cielo.) ¡Madre mía!... ¡Tú, en el cielo!... ¡Mi madre en el cielo!... ¡Voy a verte!... ¡Sí!... ¡Ahora iré a verte con Paco!

GOYA.—(Que también mira hacia arriba, muy fuerte, marcando la negación a voces y con el brazo.) ¡No!... conmigo no, que yo no puedo; yo me voy a la Casa de Socorro.

PAU.—(Cogiéndole del cuello.) No, no; tú no te vas. ¡Dejarnos solos!

GOYA.—No irse, que me estrangula. Déjame; yo vengo enseguida. Voy a la Casa de Socorro, a ver si llego a tiempo. (Se dirige a la salida.)

Dichos, Baldomera, tío Tirrias, Rita y la Pascuala. Al final Braulio.

(Al llegar Goya, suenan garrotazos y entran todos en tropel: los dos primeros pegándole.)

BALD, } (Entrando.) ¡Ya es tarde!

TIRRIAS. }

GOYA.—¡Los cadáveres!!

BALD.—¡Canalla! (Pegándole un palo.)

TIRRIAS.—¡Sinvergüenza! (Idem.)

GOYA.—(Asombrado.) Pero, ¿qué es esto?

BALD.—(Pegándole de nuevo.) Fresno; ¿no lo ves?

TIRRIAS.—(Idem.) Y esto, palasán.

GOYA.—(Aturdido.) Pero, Paula... pero, señores..., no me explico...

RITA.—Pues eres tonto, hijo.

GOYA.—De manera, que esto ha sido...

BALD.—Ha sido una lección, para hacerte pagar el engaño conque has burlao a tantas mujeres.

GOYA.—A las demás, las he burlao, señor Baldo, pero a su hija de usted, ha sido el cariño.

BALD.—¿El cariño? ¡A la calle, so farsantel

TODOS.—¡Fuera!... ¡Fuera!... (Lo echan a puntapiés.)

PAU.—¡Anda, que bien castigao va!

PAS.—Se lo tiene merecido.

GOYA.—(Entrando otra vez despavorido.) ¡Socorro! ¡Esconderme! ¡El salchichero!!

BRAU.—(Detrás, enarbolando el bastón.) ¡Por fin! ¡Eres mio! ¡Apartarse! ¡Lo mato! (Lo persigue.)

GOYA.—(Huyendo.) ¡Socorro! ¡Guardias! (Se tira por el balcón, se oye un gran estrépito. Todos quedan inmóviles mirando.)

BALD.—¿Qué ha sido?

PAU.—Nada; que ha roto el piano.

DAM.—Ha caído encima del organillo.

TIRRIAS.—Ha dejado sin polkas a la concurrencia.

BRAU.—Voy a rematarlo. (Sale corriendo.)

PAU.—(Al público.) La venganza ha sido dura
y terrible el escarmiento;
mal aire lleve a estos hombres
que el amor toman a juego.
Sirva de lección a todos,
al ver como corre *el fresco*.

(Música y telón.)

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.
Economía por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID



Filtros para agua "ARSO" son los más económicos y los que más rinden. Se sirven bueltas para todos los sistemas de filtros a precios reducidos. De venta:

Casa "ARSO", - Madrid
ORDENAL CISNEROS, NÚM. 28

PARA AUMENTAR DE PESO
tonificar nervios y músculos
y adquirir buen apetito, tome el

HIPODERMOL

FRINÉ

A NUESTRAS LECTORAS

Cumplida la parte más esencial de nuestro propósito al fundar esta Revista—la divulgación de los más interesantes temas acerca del **Hogar**, la **Higiene** y la **Toilette**, etc. etc.—, nos complacemos en manifestar que a partir del próximo número, FRINÉ quedará convertido en una interesantísima Revista de Modas que publicará previa una exquisita selección, numerosos y bellísimos toiles —más de

CINCUENTA FIGURINES SEMAN

—confeccionados por los más famosos modistos de Londres, París y New-York. Esto no será óbice para que sigamos consagrando como hasta aquí una muy preferente atención a todas aquellas fundamentales materias que integran el mundo social, intelectual y físico de la Mujer.

El precio y el formato de esta Revista seguirá siendo el mismo.

Un brillante falso



IMITA CON TODA PERFECCIÓN a un brillante legítmo, mas no tiene

V A L O R

Una lámpara de filamento metálico imita perfectamente a una lámpara

O S R A M

PERO JAMÁS LA IGUALA

*Ni en la solidez.
Ni en la economía de fluido.
Ni en la brillantez de su luz.
Ni en su larga duración.*

No usad más

que la lámpara OSRAM si queréis poseer un brillante

LEGÍTIMO



CONCETIONARIO:

MARIANA PINEDA.

LEÓN ORNSTEIN

MADRID

LA NOVELA
TEATRAL

DEDES PARDO

NIÑO JUDIO
Juega en dos actos
Varaz y Paso

0 cts.

Tovar
1908.



LA NOVELA TEATRAL

Director: José de Urquía

Complemento de la Novela Corta

Estimulados por el extraordinario éxito que han obtenido nuestras Revistas LA NOVELA CORTA, LA NOVELA TEATRAL y FRINÉ, vamos a lanzar a la publicidad un nuevo semanario de carácter infantil popular, titulado,

B E B É

el cual, tanto por sus maravillosas ilustraciones en SEIS COLORES, dibujadas por nuestros más ilustres artistas, como por la exquisita selección de su texto,—cuentos fantásticos interesantísimos, emocionantes narraciones detectivescas, historietas cómicas graciosísimas, etc. etc.—será el semanario preferido por el público infantil.

B E B ÉMARAVILLOSA REVISTA INFANTIL
APARECERÁ EN BREVE

EL NIÑO JUDÍO

ZARZUELA EN DOS ACTOS, DIVIDIDA EN CUATRO CUADROS, ORIGINAL DE

Enrique García Álvarez y Antonio Paso

Música de PABLO LUNA.

PERSONAJES

CONCHA. - JUBEA. - REBECA. - MÍRSA. - ESCLAVA 1.^a - IDEM 2.^a - IDEM 3.^a - IDEM 4.^a -
IDEM 5.^a - IDEM 6.^a - UNA DANZARINA. - JENARO. - SAMUEL. - MANAGOR. - BARCHILÓN. -
AMAR JALEA. - SAMID. - KAZIL. - SEVERO. - ATALIAR. - PACO. - HOLCAR. - MANASÉS. -
MERCADER. - MANGOR. - UN GUARDIA.

Mercederes, judíos, judías, sacerdotisas, músicos, pueblo y coro general,

La acción del primer cuadro, en Madrid; la del segundo, en Alepo
(Jerusalén) y la de los tercero y cuarto (segundo acto) en la India.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

Un puesto de libros viejos en el paseo del Prado, junto a las verjas del Botánico. Com-
pónese de un departamento cubierto de madera con un interior con estantería y li-
bros. Encima de la puerta que da entrada al departamento se leerá: «Biblioteca de
Jenaro». Colocado en otro sitio a gusto del pintor, otro letrero en el que se leerá:
«Alto. Entren, busquen, repasen». A un lado y otro lado figurarán pedazos de otros
puestos que se prolongan por las laterales. El foro la perspectiva del Botánico. Son
las once de la mañana. Estamos en Septiembre. Este cuadro debe componerse todo
lo más en las dos primeras cajas, para tener colocado parte del segundo.

Samuelito y Severo.

Samuel, chico de unos quince o diez y seis años, encargado del puesto, está sentado en
una silla, leyendo con entusiasmo un libro. Severo, de unos cuarenta y cinco años, no
muy bien vestido, de gesto duro, examina los libros que hay en la tabla de afuera.
SAM.—(Leyendo entusiasmado.)

«La tarde es de agosto;
las uvas doradas; que dan luego el mosto,
en grandes racimos ofrecen las cepas;
y en la lejanía,
lector cariñoso, para que lo sepas,
se ven aún más cepas, aun más todavía.»

(dejando de leer.) Bueno, este Gustavo Villaclara es un descriptivo que escalo-
ra. Le fluye la rima con una vertiginez de side-car. Yo lo tengo conceptua-
do como el don Garcilaso de la Vega del novecientos diecinueve. (Sigue leyendo.)

«El sol echa fuego
y abrasa inclemente la era y la trilla

y tuesta las mieses implacable y ciego.
Un tosco labriego,
en tanto que riega su huerta sencilla,
canta alegremente el himno de Riego,
y un peón caminero suda en su casilla.
¡Infeliz peón, dulce y bonachón
víctima segura de una insolación,
por un jornal breve, mísero y fugaz,
anda de cabeza con el capataz,
que le ordena cosas sin ton y sin son
y hace dar mil vueltas al pobre peón.»

(Cesa de leer y entusiasmado dice.) ¡Bucólico, sencillamente bucólico.

SEV.—(Con voz imperiosa.) A ver, ¿qué vale esta «Filosofía» de Diderot?

SAM.—¿Esa filosofía? Dos cincuenta.

SEV.—(Tirando el libro al suelo.) La filosofía es cara. (Sigue husmeando.)

SAM.—(Cogiendo el libro y arreglando las hojas.) ¡Caray, qué modales! Bien es verdad que el librito se las trae. (Colocando las hojas.) 209-306, está correlativo. No le faltan más que ciento cinco hojas; por lo demás, salido de la imprenta.

SEV.—Y este «Tratado del toreo», ¿qué vale?

SAM.—Cincuenta céntimos.

SEV.—(Tirándolo igualmente.) El tratado es carísimo.

SAM.—¿Que es carísimo?

SEV.—Sí, señor; ese libro está tirado.

SAM.—Ya lo veo.

SEV.—Luego dicen que aquí se encuentran gangas; ¡maldita sea! (Sigue buscando.)

SAM.—(Cogiendo el libro.) Mire usted que decir que este «Tratado del toreo» es caro en cincuenta céntimos y marca en librería... (Busca el precio.) marca en librería, ¡ah, sí, aquí está! Precio, cero setenta y cinco.

SEV.—Y esta «Vida de Napoleón», ¿qué cuesta?

SAM.—Si no lo toma usted a mal, una peseta.

SEV.—(Dejando el libro.) «La vida» es cara.

SAM.—No lo sabe usted muy bien.

SEV.—¿Y este novelucho?

SAM.—(Leyendo.) «Cuarenta años o una vida de mártir.» Como es de folleto le pondré cuarenta céntimos.

SEV.—¡Cuarenta céntimos!

SAM.—Fíjese usted que le sale a céntimo por año.

SEV.—(Indignado.) Mire usted, feriófilo, yo vengo a este tenderete a comprar en serio, y como se me chirigotee, le meto en la cabeza este tomo de «Medicina legal».

SAM.—¡Caballero!

SEV.—Lo dicho: las cuchufletas para el Congreso; yo soy más serio que una pagoda, y no digo por un chiste, por un guiño de ojos intencionado, le pongo la cabeza a un esfinge.

SAM.—No lo dudo; pero conste que yo...

SEV.—No estorba la advertencia. ¡Pues menudo día estoy llevando de las seis de la mañana, para aguantar calamidades! ¡Vamos, hombre; soy capaz de pegarme con el grupo de Isabel la Católica.

SAM.—(Aparte.) ¡Mi madre, que tío pa el frente italiano!

SEV.—Ahí van los cuarenta céntimos: aquí dejo el novelucho, que voy a pegarme al ministerio de Instrucción pública a ver si me han despachado un pediente que me están resolviendo hace cinco años.

SAM.—Como usted guste.

SEV.—A la vuelta lo recogeré, porque como son tres tomos, debe pesar suyo, y de paso echaré una última ojeada, a ver si hay algo que me convenza.

SAM.—La entrada en el establecimiento es libre, caballero.

SEV.—Voy de un humor que me partía el cráneo contra una farola. Adiós.

SAM.—Servidor. (Mutis izquierda don Severo.)

Samuel, Concha por la derecha. Madrileña de veintidós a veinticuatro años, Mantón de crespón y muy bien peinada.

SAM.—Pues señor; llevamos una mañanita que salvo los cero cuarenta de se señor, todo lo demás han sido *pus parleres*.

CONC.—(Saliendo.) ¿Y mi padre? ¿No ha venido entavía mi padre?

SAM.—¿Concha? ¿Pero no vienes tú de casa?

CONC.—Salí a las diez y media, a ver si a la Engracia le daba la gana o no e acabarme el vestido, porque me parece que ya lleva un ratito toreándome. Después he ido cá de la Justina a que me arregle un corsé. Por cierto que no staba y lo siento, porque mujer que conozca mi cuerpo como esa, no la hay; on dos ballenas y un pedazo de yute me deja que ni modelá.

SAM.—La verdad es que cada día te levantas más mórbida, y estás adquiriendo un redondeo...

CONC.—¿Vas a empezar ya?

SAM.—Concha, acuérdate que te lo he jurao; tu cariño me va a conducir a Morgue, porque yo me doy un tiro, no te quepa duda. Si tu padre sigue ostil a que nos queramos y me echa del puesto, yo me voy; pero me voy a la lorgue. Sin tu amor, la vida para mí es un peso corrido.

CONC.—Si ya sabes que mi padre lo único que afea es tu procedencia.

SAM.—Pero, ¿qué tengo yo de judío, si de dos meses me trajeron aquí?

CONC.—Causá estoy de decirselo. «Padre, que Samuel podrá haber nacido de haya nacio; pero aquí se ha criaio y es más madrileño que la posá de la ga.» Pero que si quieres: luego, como tu padre es como es, que apenas se teresa por tí. Al contrario, guardando como tó el barrio sabe que guarda nero, te tiene ganando una cochina peseta.

SAM.—Pero el día que se muera tó será mío y ese día si tu padre quisiera irá pa tí.

CONC.—¿De veras, Samuelillo?

SAM.—Tú lo has de ver; digo, si me sigues queriendo como hasta ahora.

CONC.—Como hasta ahora no; ca día más, ¿pero dónde estará metido ese mbre?

SAM.—Sí que me extraña que no esté aquí ya el señor Jenaro.

CONC.—Oye, ¿se habrá agravao tu padre y estará con él?

SAM.—Quizá, porque anoche la pasó con un ahogo, que más de una vez es- tentado de avisaros; ahora, que yo digo que si se hubiese puesto peor me bieran mandao recado.

CONC.—También es verdad... Calla, me parece que viene por... sí, él es.

SAM.—El mismo.

Jhos y Jenaro por la derecha. Sale preocupado y desde que sale no hace más que fijar- se en Samuelito

JEN.—¡Hola!

CONC.—¡Hola, padre!

SAM.—Buenas, señor Jenaro.

JEN.—(Acercándose a Samuel le coge la cabeza con las dos manos y se le queda m- do fijamente.) Sí, ¡claro! Ahora me explico ciertos rasgos, porque esa nariz judía; pero es otra clase de judía y ese pelo... claro, la madre.

CONC.—¿Pero qué hace usted, padre?

JEN.—(Soltando a Samuel.) Nada; bueno, este mundo es un puro guñapo, e, Samuelito.

SAM.—¿Qué manda usted?

JEN.—¿Tienes que hacer algo?

SAM.—Nada.

JEN.—Entonces, coge el primer coche que te encuentres, móntate en la tra- a y llégate a tu casa si quieres recoger el último suspiro de tu... (Dudando.) tu... bueno, de tu padre.

SAM.—¿Qué me dice usted, señor Jenaro?

JEN.—Lo que oyes; pero no te apenes mucho... es decir, sí... mejor dicho

no... bueno, ya lo sabras todo; ahora ve.e por ese suspiro, no vayas a llegar tarde.

SAM.—(Corriendo.) Con su permiso. (Mutis derecha sollozando cómicamente.)
Dichos, menos Samuel

CONC.—¡Qué cosas le dice usted al chico, padre!

JEN.—¿Qué cosas le di... (Mirando a todos lados y con misterio.) Oye, Concha ¿Qué dirías tu si antes de dos meses fueses dueña de una fortuna que oscilase entre quince o veinte millones de pesetas?

CONC.—¡Padre!

JEN.—¿Y qué dirías tú si yo autorizase la boda de Samuel contigo?

CONC.—(Más alto.) ¡Padre!

JEN.—No alces la voz que pueden apercibirse los industriales fronterizos.

CONC.—¿Es que eso que me dice usted?...

JEN.—¿Te choca, verdad? Pues aproxima unos cuantos tomos del «Etimológico», descansa sobre ellos y escucha. (Jenaro se sienta en la silla. Concha en un tomo que sacará del interior.) Ya sabes que el padre de Samuelito, el señor David Benchimol, dueño de las Antiquités antiquísimas que lindan con nuestra brería de la calle de los Estudios, está desde anteayer si se las lia o las deja la intemperie.

CONC.—¡Pobre hombre! Parece una momia faraónica.

JEN.—Esta mañana, a poco de irte tú, me envió un recado, diciéndome que se sentía morir y quería revelarme un secreto.

CONC.—¡Qué raro!

JEN.—Igual me pareció a mí, y con la curiosidad natural me planté en su casa; penetro en la alcoba, me acerco a la cama, y me dice: «Señor Jenaro, n muero; ha llegado mi último cuarto de hora.» —Ca hombre—le interrumpo—Usted tiene que ver acabada la Gran Vía—. Y con una oscilación de cabeza contestó:—«La Gran Vía acabada, ni ese.» Y me señaló al loro que tiene en balcón.

CONC.—Pué que tenga razón.

JEN.—«Me muero—siguió—; pero antes de abandonar este perro mundo quiero abrirle mi corazón, para que lea en él un secreto: Señor Jenaro, Samuelito no es hijo mío.»

CONC.—(Dando un grito de alegría.) ¿Que no es su hijo? ¿Entonces no es hijo?

JEN.—Eso mismo le pregunté yo. ¿Entonces Samuelito?...—pero él añadiéndolo, añadió: «ese niño es de lo más judío que se conoce.»—Y continuó—Hace dieciocho años conocí en Alepo a una hebrea llamada Esther, de una hermosura singular; la amé con locura y con igual enajenación fui correspondido, hasta que se interpuso entre nosotros la figura de Samuel Barchilón, judío más rico de Alepo. La familia de Esther se puso de parte del dinero aunque viejo y feo triunfó de mí y se casó con aquella que llenaba toda mi vida.

CONC.—¡Pobrecillo!

JEN.—Pero, ¡ah!—continuó—mi venganza fué enorme. De aquellos amor nació un niño que desapareció a los pocos meses, sin que nadie lograra averiguar su paradero.

CONC.—¿Lo robó el anticuario?

JEN.—Sí, robó a la criatura y se vino a España con ella.

CONC.—¿Entonces, Samuelito es hijo de aquel judío millonario?

JEN.—Del mismo, y el señor David me ha rogado que lleve ese fruto bendición a su padre. El es poderoso, me dijo, y al ver que le devuelven un pedazo de su alma, todo le parecerá poco para corresponder con usted. ¡Va ese documento donde declaro todo lo sucedido; me alargó este papel, estrechó la mano, y señalándome la garganta, balbuceó: «siento una sequedad un aprieto», yo le mandé a hacer gárgaras, salí disparado hacia aquí y fin capítulo primero. (Se levanta.)

CONC.—¿Y qué piensa usted hacer?

JEN.—Lo primero, casarte con Samuelito. El te quiere, ¿verdad?

CONC.—Muchísimo.

JEN.—Cuando se le hable de matrimonio, ¿no se echará atrás?

CONC.—Creo que no.

JEN.—Lo pregunto porque hay *gachés* que en cuanto vislumbran la iglesia empiezan a ponerse pálidos y a decir que padecen de erisipela u otra erupción por el estilo y hay que llevarlos amarraos.

CONC.—Con Samuel no hay cuidao.

JEN.—Pues entonces, lo que tarden en echaros las bendiciones es lo que tardamos en salir para Alepo, que creo que está cerca de Jerusalén.

CONC.—Pero, ¿usted no ha caído en que Samuel es judío y, por lo tanto, tendrá que hacerse cristiano para casarse conmigo?

JEN.—A mí me tiene esto sin cuidao; si él no quiere hacerse cristiano te haces tú judía, y si es necesario me lo hago yo. ¡Pues no es ná! Por veinte millones me hago yo liliputiense.

CONC.—El conflicto es que de dónde sacamos el dinero para ese viaje, porque eso debe estar muy lejos.

JEN.—Claro que no está limitando con Torreledones, pero hoy se hacen estos viajes con relativa comodidad, y en cuanto al dinero, ya lo tengo resuelto: traspaso la librería de casa, y el puesto a mi hermano Jeremías.

CONC.—¿Y nos quedamos sin nada?

JEN.—¿Y los millones de tu suegro?

CONC.—Es verdad. ¡Ay, padre, qué alegría tengo! ¡Yo millonaria! ¡Casada con Samuel! ¡Quién me iba a decir a mí, tan madrileña, que iba a ser judía!

JEN.—Tiene su explicación, porque ya sabes que tu madre era de la Granja.

Dichos y Paco; es otro librero de viejo también establecido de igual forma

PACO.—(Entrando por la izquierda.) Oye Jenaro.

JEN.—¿Qué hay, Paco?

PACO.—Que avives el ojo; que hay un sinvergüenza que lleva unos cuantos días recorriendo los puestos, y con el aquél de revisar los estantes, en cuanto puede coge lo primero que encuentra a mano y se las naja. Ayer le quitó al señor Dusebio «La dama de las camelias», y esta mañana le ha faltao a Baldomeo «Su único hijo».

JEN.—Mi madre, pues como yo le eche la visual se van a sentir los quejidos en Getafe. Gracias por la advertencia.

PACO.—De ná. ¡Pero señor, cuanto granuja hay en este mundo! Hasta luego. (Mutis por donde salió.)

CONC.—Vaya usted con Dios.

Dichos, menos Paco.

JEN.—Y tú prepárate para ir a avisar a tu tío pa tratar del traspaso; esto ay que hacerlo por la posta.

CONC.—Oiga usted, padre; a mí se me está ocurriendo que debíamos llevarle al padre de Samuel un pequeño presente. Esto nos colocaría muy alto a sus ojos.

JEN.—No has dicho ninguna incoherencia. ¿Y qué te parece a tí que... sí, porque a un tío tan opulento es difícil...

CONC.—Había que llevarle algo típico, algo español...

JEN.—Espera, que ya se me ha ocurrido... (Pensando.) Justo, sí... Una guitarra.

CONC.—No está mal; pero y si allí no la sabe tocar ni él ni nadie, ¿qué hace en ella?

JEN.—Que la rife, y a la persona que le toque, no me negará que la toca.

CONC.—Eso sí.

JEN.—(Reparando en don Severo, que habrá entrado un momento antes y estará ando por los estantes.) ¡Calla!

Dichos, don Severo. Después Paco y un Guardia.

CONC.—¿Qué pasa?

JEN.—Fíjate en ese tipo que está revisando los estantes.

CONC. — ¡Ya, ya, qué cara tiene!

JEN. — Haste la disimulá.

SEV. — Nada, no se encuentra un libro que valga la pena. Y lo del Ministerio lo mismo. Cuando digo que llevo un diita... (Coge los tomos que dejó apartados y se dispone a irse.)

JEN. — (Corriendo y cogiéndole del cuello.) Ah, sinvergüenza, ya te comi

SEV. — Oiga usted, pero que...

JEN. — Deje esos libros, so ladrón...

SEV. — (Indignado.) ¡Ladrón! ¡Yo ladrón!

JEN. — Tú, y por el pronto, tonta. (Le da un puntapié.)

SEV. — ¡Maldición de Dios! No volverás a maltratar a nadie con ese remo. (Saca un revólver, y apuntándole en la pierna dispara. Jenaro da un grito, y apoyándose en Concha levanta la pierna, estirándola. Severo huye por la izquierda.)

JEN. — ¡Ay!

CONC. — ¡Padre, socorro! ¡Guardias!

PACO. — (Saliendo izquierda.) ¿Qué ocurre?

CONC. — ¡Que han herido a mi padre!

GUARDIA. — (Saliendo derecha.) ¿Quién?

JEN. — Aquel tío que va corriendo hacia la estación.

GUARDIA. — No se me escapa. (Mutis izquierda.)

PACO. — Ni a mi tampoco. (Mutis izquierda.)

JEN. — (Sollozando.) ¡Ay, que me la ha atravesao! Y no siento yo esto, sino el viaje, que nos lo ha *aguao*.

CONC. — ¡Padre, qué mala pata!

JEN. — Muy mala; pa mí que me la escayolan. (Telón.)

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Una plaza de Alepo. En primer término, derecha del actor, puerta que da entrada a una especie de tenducho donde se sirve té, café y viandas. Segundo o tercer término izquierda, y formando chaflán para que se vea bien desde el público, fachada y puerta practicable de una casa de mísero aspecto. Las demás laterales figuran bocacalles. El foro, la plaza, a gusto del pintor, teniendo en cuenta que es de día y que Alepo pertenece a la baja Judea, y aunque la acción de esta obra sucede en 1917, siempre es conveniente, para mayor efecto teatral, que en cuanto a la composición del cuadro no se sujete a época determinada.

(Al levantarse el telón, el Coro de señoras y el de caballeros, vestidos de árabes y de judíos, pero sin gran lujo, pasean por la plaza. Por el foro izquierda, a su tiempo aparece Manacor, viejo judío pordiosero, que se apoya en un cayado, y cuelga a la espalda esa especie de citara que sólo tiene una cuerda. En la plaza hay vendedores esquiladores de burros, etc., etc.)

Manacor, Coro general.

MÚSICA

CORO. — (Tenores.)

Ya el mercado va a comenzar
y al mercado pienso yo ir,
que aunque nada vaya a comprar
por costumbre voy siempre allí.

Me gusta oír al vendedor
su mercancía pregonar.
Me gusta ver al comprador
regatear.

Ya el mercado va a comenzar
y al mercado pienso yo ir
aunque nada vaya a comprar.
¡Ah!

Vamos a ver
qué novedad
nos va a ofrecer
el judío del arrabal.

PILES.

Vamos a oír al vendedor
su mercancía pregonar.
Vamos a ver al comprador
regatear.

Ya el mercado va a comenzar
y al mercado pienso yo ir,
etc.

qual letra que los tenores.)

POS.

Del mercado es la hora,
vamos ya
para ver si hay alguna
novedad.
Si llegaron esclavas
y si son
de esas que al verlas causa
sensación.

Vamos a ver
qué novedad
nos va a ofrecer
el judío del arrabal.

DEDOR.—(Sabiendo.)

Aretes de oro,
piedras preciosas
y pipas de ámbar
maravillosas.
Todo lo vendo
muy arreglado,
lo doy a un precio
que es regalado.

AS.

OS.

Eso del precio
me suena a raro.
Tú lo que vendes
es malo y caro.

DEDOR.

OS

No receléis
de mi pregón
y aprovecharse
de la ocasión.
Déjanos,
vete ya,
tu pregón
no es verdad.

ELLOS.

Ya el mercado va a comenzar,
etc., etc., etc.

ELLAS.

Vamos a oír al vendedor,
etc., etc., etc.

(Esclavas, dentro, por la parte de la casa de Barchifon. Este número lo canta la primera tiple que haga el papel de Rebeca y las segundas tiples.)

¡Ya se fué
por siempre mi juventud!
¡Moriré
llorando mi esclavitud!
¡Mi vivir
fué tormento y fué temor!
¡Fué sufrir
cautiverio de dolor!
Moriré
llorando mi juventud
que se fué

(Sale Manacor)

MAN.

Que el dios de Israel derrame
sobre vosotros su gracia
y aliviar, hermanos míos,
de Manacor la desgracia.

CORO.

Es el ^{viejo} Manacor
el coplero sin igual;
entre todos el mejor
de la musa popular.

ELLAS.

Dinos de esos sortilegios
que conoces del amor.

UNOS.

Que nos cuente alguna historia,
que nos cante es lo mejor.

MAN.

Pedid vosotros
lo que queráis
que por mi parte
no ha de quedar.

UNOS,

OTROS.

MAN.

Que cante algo
Sí, que nos cante.
En ese caso voy a cantar.

¡Qué me importa ser judío
si por serlo soy amado
de la hebrea más hermosa
que el amor a imaginado!
Qué me importa que la gente
cuando paso me zahiera
si al final de mi camino
es su amor el que me espera.

Por ella aliento
por ella canto,
por ella siento.

Por ella quiero,
por ella sufro,
por ella muero.

Y en sus labios como brasas
yo mis besos quemaría,

y en la noche de sus ojos
para siempre dormiría.
Noemí de mis amores,
hija hermosa de Israel,
tus labios son tan sabrosos
y dulces como panales
de miel.

Beber quisiera yo en ellos
el secreto de tu amor,
que aunque la muerte encontrase
bebería sin temor.

Y ella me dice: toma,
y alivia pronto tus males.
Y me da sus labios rojos,
tan rojos como corales,
y siento yo al besarlos
dicha, locura y pasión,
y le doy en aquel beso
entero mi corazón.

Noemí, la de mis sueños,
Noemí, la de mi amor.

oro repite.)

HAELADO

MAN.—Conque dame para mitigar el hambre y que Jehová os proteja. (Mira que le dan algunas monedas y hacen mutis por diferentes sitios y algunos se quedan paseando por el foro.)

anacor, Samuel, Barchilón, que sale por la puerta de la izquierda con un látigo corto en la mano, seguido de dos criados que se quedan respetuosos a alguna distancia,

MAN.—¿Vas de mercado, Barchilón?

BAR.—De mercado voy.

MAN.—¿No tienes nada para mí?

BAR.—Voluntad mucha: dinero poco.

MAN.—Di mejor ninguno. A pesar de tus inmensas riquezas, está por alborajar el día que tu mano me alargue una ofrenda. ¡Que Jehová te las aumente y te haga feliz!

BAR.—(Con pena.) ¡Feliz! Yo no puedo ser feliz, Manacor; tú lo sabes.

MAN.—¡Bah! El tiempo borra todos los recuerdos.

BAR.—El mío no lo borra el tiempo y hasta casi estoy por decirte que ni la muerte. (Sollozando y con pasión.) ¡Esther! ¡Mi adorada Esther!

MAN.—Mucho la quisistes.

BAR.—Era para mí como la tierra prometida. En qué mal hora vino aquel Rajáh de la India y en qué peor aún le dí hospitalidad en mi casa.

MAN.—Era y es la mejor de Alepo; estabas obligado.

BAR.—Y él también lo estaba a respetarla, y sin embargo...

MAN.—Sí, lo sé; lo sabe todo el pueblo: requirió de amores a tu mujer; él era una arrogante figura, además Rajáh, creo que de Baroda...

BAR.—De Baroda.

MAN.—Tú nunca has sido una belleza. Además, se decía que Esther fué a hogar más que por amor, por tus inmensas riquezas. En fin, ¡qué se le va a hacer! ¡Bienaventurados los que no tenemos ni dinero, ni mujer!... Pero, oye, no estoy equivocado creo que Esther tuvo fruto de bendición.

BAR.—¡Un niño! Al que le puse mi nombre, al que creía hijo mío y al que moraba con ceguera tanta que su desaparición estuvo a punto de costarme la vida. (Con rabia.) Pero cuando más tarde sorprendí las cartas que se cruzaron entre el Rajáh y ella, cuando lo supe todo, cuando la adúltera, echada a latigazos de mi casa, apedreada por mis criados me lo confesó todo, sentí hacia

aquella criatura un odio de muerte. (Con más rabia.) Todas las vergüenzas, todas las humillaciones porque pasa nuestra raza me sabrían a gloria si yo pudiera coger entre mis manos aquel fruto maldito. ¡Con qué placer le retorcería... le ahogaría... Te juro que daba la mitad de mi fortuna por encontrarlo... Pero se conoce que lo robaron de orden de él y en la India estará seguramente. Desde entonces odio a las mujeres y las compro en los mercados por el placer de martirizarlas.

MAN.—Feliz tú que te puedes dar esa satisfacción.

BAR.—¡Ah, si me pudiese dar igualmente la otra!... ¡Ese niño!... ¡Ese hijo del adulterio!... (A los criados.) Vamos. (Mutis foro derecha.)

Manacor, que al hacer mutis Barchilón se coloca junto a la puerta de la tienda de la derecha. Por el foro izquierda, sale Jenaro, cubre la cabeza con un fez y cuelga del brazo una guitarra. El traje puede ser el mismo que sacó en el primer cuadro u otro de viaje a gusto del actor, pero del día. Le sigue Ataliar, tipo nubiano, bronceado, vestido a usanza de los suyos.

JEN.—(Desde dentro, llamando.) ¡Samuelito!... ¡Concha!... (Saliendo.) ¡Concha! ¡Samuelito! Nada, que llevo cerca de una hora haciendo el ridículo por las calles de este destartado pueblo y no los veo. ¿Dónde se habrán metido esos chicos? Y tú, ¿los has visto?

ATA.—Nada, señor.

JEN.—(Al público.) Este servidor cobreado es otra ganguita que ma ha caído. Me ajusté a mi servicio mediante cincuenta pesetas mensuales y manutención diaria, y al pronto creí que se volvía loco. Señor—me decía—los cielos y la tierra te darán mil beneficios. Pero cuando le digo: «Ataliar, llévame estas manitas o hazme este recado», empieza a decir que siente flaqueza y no hay forma. Eso sí, comer, come que parece que los alimentos se le volatilizan. ¡Una verdadera ganga! Claro que mi idea al adquirirlo no fué para aquí precisamente. Yo pensé: a este me lo llevo a Madrid, lo visto como el Dante, le pongo un retrero en el que se lea: «Librería de Jenaro Lebrija, Estudios, 20. El saber no ocupa lugar. Tengo Galdós, tengo Benavente y tengo Trigo» y hago un negocio terrible. (A Ataliar.) ¿De modo que has corrido todo el pueblo?

ATA.—Todo no, porque siento flaqueza.

JEN.—Pero rellope, si no hace una hora que te has comido una gallina.

ATA.—Una gallina me resulta un ave tan pequeña.

JEN.—(Al público.) Este va a tener que comer con lupa. Bueno, pues entra en ese establecimiento y pide un tente en pie.

ATA.—Me haces un bien, porque ya me estaba desvaneciendo. (Mutis de Ataliar a la tienda.)

JEN.—¡Caray, lo que es como a este en Madrid le guste el cocido, se van poner los garbanzos por las nubes! En fin, continuaré mis indagaciones. (A Manacor.) Oye, barbilampiño.

MAN.—(Acercándose.) ¿En qué puedo servirte?

JEN.—Tú eres de aquí, ¿verdad?

MAN.—Yo soy de todo el mundo; mi patria es el pedazo de tierra que holds.

JEN.—Bueno, a mí no me importa lo que holds, lo que yo deseo es que digas si conoces por casualidad a un mercader hebreo llamado Samuel Barchilón.

MAN.—¡Barchilón! ¡Oh, quién no conoce en Alepo al avaro Barchilón! Es su casa. (Señalando la de la izquierda.)

JEN.—¡Hombre, qué feliz casualidad! Me he ahorrado el alquiler de un burro, porque estaba dispuesto a recorrer todo el pueblo. Y dime, simpático extranjero: ¿es verdad que ese Barchilón es tan rico como se susurra?

MAN.—¡Más aún!

JEN.—¡Recaracoles!

MAN.—El oro que posee ya no le cabe en sus arcones.

JEN.—¡Remojama!

MAN.—Medio Alepo es suyo y dentro de esa casa de pobre apariencia, pero

que por dentro es un paraíso, guarda en joyas, en cuadros y en telas, un tesoro imposible de calcular.

JEN.—Pero eso será un sueño.

MAN.—Casi lo parece. Su museo artístico es de un valor fabuloso. ¡Copas de oro de los faraones! En cerámica, los barro más vastos de los etruscos y en armería las lanzas y espadas de los caudillos más invencibles. ¡Un portentoso! ¡Revandervil! ¿De modo que todo eso es de Barchilón?

MAN.—Todo.

JEN.—(Al público.) Y claro que siendo de Barchilón es de Samuel, que es su hijo, y siendo de su hijo es de su mujer, que es mi hija, y siendo de mi hija es de mi padre. Esto aparte de la gratificación que me dé el tal Barchilón por traerle a su hijo vivo y regordete. ¡Me hincho! (A Manacor.) ¿Y sabes si estará visible ese desheredado de la fortuna?

MAN.—Hace poco salió de mercado.

JEN.—Ah, pero ¿Barchilón va a la compra?

MAN.—De esclavas, sí; hoy han puesto a la venta muchas mujeres y quizá quede con todas.

JEN.—¡Nada, que me hincho!

MAN.—No tardará en regresar.

JEN.—Pues anda, entra conmigo en la tienda, que te voy a convidar por tus mercedes y al mismo tiempo cuando él vuelva me lo indicas.

MAN.—Siempre a servirte. (Entra primero Manacor y Jenaro detrás diciéndole al público.)

JEN.—¡Arcas llenas de oro! ¡Copas de los farrones! ¡Espadas de los caudillos! ¡Oros, copas, espadas! ¿Querrá este tío jugar conmigo? (Mutis.)
Curo derecha, Samuelito, lleva como Jenaro un fez y un traje por el estilo. Concha. Sa-
len fumando cada uno en una pipa, que consiste en un canuto de bambú muy fino y
muy largo, y al final un depósito en forma de bellota, en el que se echa el «kist», es-
pecie de tabaco árabe.

MÚSICA

JAM. Ahora que estamos aquí,
encanto y luz de mi amor,
vamos a ver si es verdad
que el kist es superior.

CONC. Pues encendamos nuestra pipa
y la verdad vamos a ver.

OS DOS. Pues a encender.
(Compases para encender.)

CONC. ¡Ay, qué gusto más grande me da!
AM. ¡Qué suave! ¡Qué aroma! ¡Qué olor!
CONC. ¡Ay, qué extraña voluptuosidad!
OS DOS. Al fumar me entra un dulce sopor
de amor.

JAM. Aunque creas que es una broma
yo entre sueños veo a Mahoma.
CONC. Y yo: si tú me das permiso,
sueño que entro en el Paraíso.
Yo estoy viendo muchos harenes.

JAM. Samuelito, qué vista tienes,
CONC. Veo cosas que no las creo.
AM. Para cosas las que yo veo.
OS DOS. ¡Santo Dios, qué mareo me da,
yo de fijo me voy a caer!
¡Y la vista también se me val
Si no cede el mareo
no sé qué hacer.

SAM.—Pues vera usted; a ésta se le antojó entrar en un bazar.

CONC.—Donde había miles de cosas lindísimas.

SAM.—Y claro; ¡qué tela más preciosa! ¡Qué Damasco más rico!

CONC.—¡Qué porcelanas! ¡Qué bisuterías!

SAM.—Nos va usted a regañar, pero nos hemos gastado seiscientas pe-

tas.
CONC.—Ahora nos traerán aquí los encargos: como comemos en esa tienda, míos que los enviaran aquí.

JEN.—Menos mal que ya sé dónde vive tu padre.

SAM.—¿Ah, sí?

JEN.—Y me han hablado de su fortuna. ¡Una pochez! Al lado de tu padre, eso fué un colillero. Mira, esa es su casa.

SAM.—¡Esa! Usted se chuffa.

CONC.—Pero padre, si esa parece una casa de vecinos.

SAM.—Eso es una birria.

CONC.—Por fuera, conforme; ¿pero tú sabes, desgraciado, lo que hay por

entro?
SAM. } ¿Qué?
CONC. }

JEN.—Salones de cuentos de hadas, museos de objetos de inmenso valor, autos de arcas de oro.

SAM.—¿Pero será posible?

JEN.—Una cosa así para perder el poco conocimiento que tengas.

CONC.—¡Ay, Samuel, te idolatro!

SAM.—¡Y yo a tí, rica mía! (La abraza.)

JEN.—(Abriéndole los brazos.) ¿Y para mí no hay nada, virrey del oro?...

SAM.—(Abrazándole.) ¡Padre mío!

JEN.—Bueno; ahora calma y no te aceleres. Dentro de un momento regresa tu padre que ha ido a comprar un ciento de doncellas.

SAM.—¿Un ciento?

JEN.—Por lo visto aquí compran las doncellas como si fueran tarjetas.

CONC.—¡Qué barbaridad!

JEN.—Pues como te decía, tu padre regresará en seguida, y yo como es natural le abordaré.

SAM.—Cuanto antes mejor.

JEN.—Ahora bien, Samuelito, hijo de mi alma, no te acerques, porque si te aceroras tú, me aceruelo yo... ¡Caramba, me estoy haciendo un lío!

SAM.—Usted no se preocupe; usted le dice lo que tenga que decirle y en seguida yo doy un grito, me meso el cabello y exclamo: (Muy deprisa y con sonsonete.) ¡Oh, padre, padre, tanto tiempo sin verle, qué angustia, qué zozobra!

siempre ansiando el momento de estrecharle entre mis brazos cariñosos para separarme nunca de ellos y para toda la vida poderle dar el dulcísimo nombre de padre. ¡Oh, padre, padre!

JEN.—Mira, no digas eso porque va a creer que lo has aprendido en la escuela.

SAM.—Entonces, ¿qué hago?

JEN.—Das un grito, saltas a sus brazos y dices: «¡Padre mío!», cuanto más leve, mejor.

SAM.—Una cosa así, ¿verdad? «¡Padre mío!» (Da un salto y se sube sobre Jen.)

JEN.—Sí, pero no con tanta vehemencia porque lo matas.

CONC.—¿Y usted, padre, no cree que yo también debía hacer algo?

JEN.—Claro que sí... (Se oye por el foro un rumor que se aproxima.) ¿Eh, qué pasa?

MAN.—(Que habrá salido un momento antes, dice.) Que llega el poderoso Barón con sus nuevas esclavas.

JEN.—Llegó el momento: venid un instante, fijaremos todos los detalles de la presentación. (Entran en la tienda.)

Barchilón. Le siguen los dos servidores que sancion con él y siete mujeres esclavas, se-
vestidas por grupos de dos iguales, la del centro distinta. Estas mujeres van unidas
unas a otras, de dos en dos también, por una cadena que las sujetará a los tobillos,
pero de una a otra habrá medio metro para que puedan danzar; al salir la arrastran
después se colocarán en hilera. Les sigue el Coro general.

MÚSICA

CORO.

Ahí llega Barchilón
con las esclavas nuevas,
y dicen que trae una
de tan rara belleza,
como jamás se ha visto
mujer sobre la tierra.
¡Quiera el profeta
que su hermosura
le dé placer,
para que olvide
la ira que siente
por la mujer!

(Sale Barchilón con las Esclavas, agitando y haciendo crujir el látigo.)

BAR.

¡Oh, pérfidas cautivas!
¡oh, pérfidas esclavas!
vuestras danzas bailad.
Con la cadencia rítmica
de vuestros cuerpos lúbricos
mi carne despertad;
si no el cordón flexible de mi terrible látigo
vuestra carne abrirá.

Esc. 1.ª

Escucha, gran señor,
la voz de una mujer,
que acaso llegue a ser
la prenda de tu amor.
No extremes tu rigor,
generoso cegri;
si te ciega el furor
sacia tu furia en mí.

BAR.

(Reparando en la Esclava 1.ª)

Mujeres peregrinas
de espléndida belleza
he visto, pero nunca
hallé mujer como esta.
¡Oh, perla incomparable
entre todas las perlas!
(Reaccionando.)
Pero no, carne imbécil,
en tí vuelve, despierta
que todas son lo mismo,
acuérdate de *aquella*.
¡Oh, pérfidas cautivas!
¡Oh, pérfidas esclavas
etc., etc.

Esc. 1.ª

Oye, mi dueño y señor,
una leyenda de amor.
Lo que te puede ofrecer

para templar tu furor
una infelice mujer.

Yo era infanta castellana
y el amor me hizo agarena,
por la enseña mahometana
oividé la nazarena.

Un gommel me enamoró,
en sus palabras creí,
el alma me la robó
y el corazón se lo di.

Por la pena de amar
que es un dulce sufrir,
bien se puede esperar
el dolor de morir.

Yo de puro enamorada
no cambiaría mis penas,
ni el peso de estas cadenas
por mi vida regalada.
No maldigo de mi suerte
ni de aquél bién que perdiera,
pero de mí, maldijera
si más no volviera a verte.
Que estas cadenas, señor
con que me traes al destierro,
no son cadenas de hierro
que son cadenas de amor.

Todos. Por la pena de amar,
etc., etc.

Dichos, Jenaro, Samuel y Concha que saldrán de la tienda. Manacor ha estado durante todo el número en la puerta.

HABLADO

JEN.—(Adelantándose.) ¿Tengo el gusto de hablar con el opulento israelita Samuel Barchilón?

BAR.—Yo soy, ¿quién eres y qué quieres?

JEN.—Pues tu humilde esclavo Jenaro Lebrija y Salagarza, desea conversar breves instantes contigo, en la plena seguridad que vas a estallar de alegría después de escucharme.

BAR.—(A los criados.) Entrad, mis esclavas, y esperarme. (Al coro.) Vosotras seguid nuestro camino. (Bis en la orquesta; los criados y las esclavas entran en la casa; el coro hace mutis por diferentes sitios.)

SAM.—Me salta el corazón.

CONC.—Oye, no te pareces en nada a tu padre.

SAM.—Habré salido a mí abuelo.

BAR.—Habla, que te escucho.

JEN.—Barchilón, Jehová es grande.

BAR.—Y único.

JEN.—El te colmó de riquezas; eres poderoso entre los poderosos; tienes esclavos que te sirvan, doncellas que te distraigan...

BAR.—Sí.

JEN.—Pero no eres feliz, Barchilón.

BAR.—¿Quién te ha dicho?...

JEN.—No; no eres feliz. Eres más desgraciado que un sello, que todo el mundo lo pega.

BAR.—Acabarás.

JEN.—No te impacientes; digo que no eres feliz, porque la felicidad la da el cariño paternal, y ese cariño te lo arrancaron a tí violentamente, miserablemente, criminalmente.

SAM.—(Entusiasmado.) Admirablemente.

BAR.—¿Pero es que tú sabes?...

JEN.—Todo. Sé que te uniste con la bellísima Esther, una joven de Galilea que era un amanecer de Mayo.

BAR.—(Con éxtasis.) ¡Un campo de flores!

JEN.—Sé que Jehová, para colmar vuestra ventura, os envió un ángel, rubio como la mies y redondo como una píldora.

BAR.—(Nervioso.) Cierto.

JEN.—Sé que aquel niño fué tu gozo, tu alegría.

BAR.—Más aún, mi locura.

JEN.—(Aparte a Samuel.) Preparado para el grito filial. (Alto.) Y sé que en los momentos horribles que siguieron a la desaparición de aquel pedazo de tu alma, tus ojos eran dos saltos de agua, tu corazón una motocicleta y tu cerebro los Altos Hornos de Bilbao. Y sé más; sé que ofreciste una buena cantidad al que te devolviese tu hijo.

BAR.—Verdad. Ofrecí dar veinte millones.

JEN.—¿Veinte millones? Pues me juego la cabeza a que no se enteraron de tu ofrecimiento.

BAR.—Y hubiera dado treinta y cuarenta.

JEN.—¿Treinta y cuarenta? Sigo jugándomela.

BAR.—¡Ah, qué tristeza la de aquéllos días, qué horas de angustia pensando en Samuel! Sólo el que lo pasa puede apreciar la magnitud del suplicio.

JEN.—Pues bien, Barchilón; bendice a Jehová y abre tus brazos.

BAR.—¿Para qué?

JEN.—Para que aprietes en ellos al hijo llorado, (A Samuel.) Anda, Samuel.

SAM.—(Dando un grito y yendo a Barchilón con los brazos abiertos.) ¡Padre de mi alma!

BAR.—(Cogiéndolo.) ¡Ah, por fin! (Lo aprieta con una furia de salvaje por el cuello.)

JEN.—Ahí le tienes, aprieta. ¡Qué cariño!

SAM.—¡Socorro, que me ahoga!

JEN.—Todo cariño.

SAM.—(Con voz quejumbrosa.) Que me ahoga.

CONC.—Padre, que le ahoga.

JEN.—Déjalo, que es cariño.

SAM.—Que no es cariño, que es un bestia.

CONC.—Pero si es que le estruja, padre. (Jenaro, Concha y Manacor luchan y consiguen arrancarle a Samuel de sus brazos, y sujetan a Barchilón que quiere cogerle nuevamente.)

BAR.—¡Dejádmelo! ¡Dejádmeio, que quiero estrangularle! (Manacor sujeta a Samuel.)

SAM.—¡Mi padre!

JEN.—¡Pero señor Barchilón, que la sorpresa le ha trastornado el juicio!

BAR.—¡Nunca como ahora! Quiero verle exhalar el último aliento.

SAM.—Por Dios, no soltarle que me desalienta.

BAR.—Quiero con su muerte vengar la inicua ofensa de su adúltera madre.

JEN.—¡Pero señor Barchilón!...

SAM.—Pero padre.

BAR.—No, yo no soy tu padre; no manches con tus labios ese nombre. Tú eres hijo del oprobio.

SAM.—¿De quién dice que soy hijo?

BAR.—Que Jehová te maldiga; que todas las plagas de Israel caigan sobre

ti, y que sirva tu cuerpo de pasto a los buitres. (Contenido y empujado por Manacor, va haciendo mutis a la casa, diciendo) ¡Maldito, maldito, maldito! (Con la última palabra desaparece y cierra.)

Dichos menos Barchilón

JEN.—Maldito si lo entiendo.

SAM.—Bueno, ¿y de dónde ha sacado usted que este monstruo es mi padre?

JEN.—Hombre, a mí lo que me dijo tu padre.

SAM.—¿Qué padre?

JEN.—El otro, el de Madrid, el agónico; mejor dicho, a estas horas el putrefacto.

CONC.—¡Pobrecillo! Pues a poco te estrangula.

JEN.—Sí, sí; a lo último yo ya te estaba viendo con la lengua fuera.

SAM.—Como que no la he sacao porque no creyera que le hacía burla y fuera peor.

CONC.—Y usted también lo ve que pide socorro, y tan tranquilo.

JEN.—Hombre, yo creí que era el arrebato lógico; figúrate, quince años sin verte.

SAM.—Pues si vengo a los treinta años me hace harina lacteada.

CONC.—Sea lo que sea; esto no se hace con un hijo.

MAN.—(Que se ha ido acercando poco a poco.) Es que tú no eres hijo de Samuel Barchilón.

SAM.—¡Caray!

CONC.—¿Qué dice usted?

JEN.—¿Que no es su hijo?

MAN.—No; la bella Esther le fué infiel, y de aquellos amores adúlteros nació éste. Ya os contaré la historia.

SAM.—Bueno, pero yo tendré un padre.

MAN.—Y más poderoso que Barchilón y más rico que él.

JEN.—¿A que vas a salir ganando en el cambio?

MAN.—¡Tú eres hijo del rajáh de Baroda!

SAM.—¡De un rajáh!

JEN.—¡De un rajáh!

CONC.—¡De un rajáh!

MAN.—¡De un rajáh!

MÚSICA

SAM

¡Mi asombro es atroz!

¡Rajáh mi papá!

LOS OTROS

¡Rajáh, rajáh!

SAM.

¡Quién lo iba a decir!

¡Yo hijo de un rajáh!

¡Millonario yo,

o multi quizá!

Y al fallecimiento

de mi señor padre,

servidor rajáh. (Rie.)

LOS OTROS

¡Rajáh! ¡Rajáh!

¡Se ha vuelto loco!

¡Pobre Samuel!

¡Mas loco y todo,

quién fuera él!

SAM.

Palacios fastuosos,

jardines prodigiosos

y lagos cristalinos

donde refleje el sol.

Salones de oro y nacar,

tapices y esculturas

y artísticas pinturas
serán de un servidor.

LOS OTROS

Ya lo verás,
de todas esas cosas
dueño serás.

SAM.

¡Pues si es así
será una cosa enorme!

LOS OTROS

¡Claro que sí!
Tendrás mil servidores
que te hagan reverencias,
y muchas eminencias,
se harán lenguas de tí.

SAM.

Y esclavas voluptuosas
y bellas del Oriente
irán seguramente
para cantarme allí
trovas cadenciosas
que jamás oí,
con letras preciosas,
una cosa así

TODOS

(Simulan tocar la guitarra.)

Plim-plim-plim.
Plim-plim-plim.

SAM.

¡Ay, moreno de boca hechicera
son tus ojos igual que un veneno!
Déjame que te mire aunque muera.

LOS OTROS

¡Ay, moreno, moreno, moreno!

SAM

¡Dí porque eres así,
tan arrebatador!

Dí, que ansías de mí,
locura de mi amor.

—
¡Negro!

¡Mi negro!

Al ver tu boquita me alegro,
y tus ojos claros
que han de ser mi perdición,
y esa tu sonrisa
que me alegra el corazón.

LOS OTROS

¡Chato!

¡Mi chato!

¡No he visto más lindo muchacho!
Verme yo en tus ojos
y morirme de pasión.

SAM

¡Qué felicidad y qué ilusión!

(Para caso de repetición cámbiese la copla
por la siguiente:)

SAM.

Si tú miras con fuego a las mozas,
las deleitas y las arrebatas.
y así luego en la cara las rozas

LOS OTROS

¡Ay, las matas, las matas, las matas!

HABLADO SOBRE LA MÚSICA

JEN.—Ven aquí, heredero del trono de Baroda.

SAM.—Pero. ¿ha visto usted qué cosas suceden en este mundo? Yo, creyendo que este tío salvaje era mi padre, y ahora resulta que es un rajá hindú

MAN.—Y con el tiempo el rajáh lo serás tú.

CONC.—¡Ay, Samuel, tú rajáh!

SAN.—¡Quién me lo iba a decir! ¿Verdad?

JEN.—Pues y a mí, ¿quién me iba a decir que una hija mía iba a ser rajadesa? ¿De modo que tú estás seguro que éste es hijo?

MAN.—De Jamar-Jalea, rajáh de Baroda. Tan seguro como el sol sale por Oriente. Y más puedo asegurarte: sé que tu padre en cuantas cartas escribió a tu madre, le hablaba del inmenso cariño que sentía por tí; por ese hijo, decía a quien nunca podré dar un beso.

JEN.—¿De modo, que tú crees que lo recibirá con los brazos abiertos?

MAN.—Y con lágrimas en los ojos.

JEN.—Pues no divaguemos y a Baroda, que el cariño paternal te reclama.

Dichos; foro derecha, mercaderes 1.^o y 2.^o cargados con telas, cajas, etc. Poco después, por la tienda, Ataliar y Manases; éste último es el dueño de la tienda, que saca una cuenta en la mano.

MER. 1.^o.—Aquí están todos los encargos que adquiristeis en el Bazar Israelita.

JEN.—(Asustado de ver tantos bultos.) Esta bién; dejadlos ahí.

(Dejan los bultos y hacen mutis.)

ATAL.—Aquél, que es mi amo, le pagará.

MA.—Está bien. (A Jenaro.) Señor, la cuenta del criado.

JEN.—A ver. (Lee.) Dos raciones de lomo de cerdo. Dos idem de lomo de cordero. Otras dos de lomo de vaca. Seis pasteles de la Arabia, un pan de dos libras; dos botellas de vino y un puro.

MA.—Total...

JEN.—Un cólico. (A Ataliar.) Te has hinchado de lomo. ¿Te habrá desaparecido la flaqueza?

ATAL.—Del todo, señor.

JEN.—Menos mal. Ahí va; la vuelta para tí.

MA.—Gracias, pródigo. (Entra en la tienda.)

JEN.—Yo creo que me saldría más barato mantener una casa de fieras. (A Ataliar.) Pues anda, vé cogiendo todos esos bultos, que nos marchamos.

ATAL.—Señor...

JEN.—(Asustado.) ¿Qué te pasa?

ATAL.—Nada; que me va a ser imposible andar, y con todos esos bultos mucho menos.

CONC.—¡¡Pero qué dice!!

ATAL.—Que hasta dentro de dos horas no hay que contar conmigo.

JEN.—Esto es para disparar metralla. (Resignado.) Bueno, pues andad, coged vosotros vuestras compras:

SAM.—Recontra, con el criadito. (Cogiendo la mitad.)

CONC.—Sí que ha sido una adquisición. (Carga con otros bultos.)

JEN.—(Cargando con otros.) ¿Estamos listos?

CONC.)
SAM.) Estamos.

JEN.—(A Ataliar.) Pues anda, siguenos.

ATA.—(Suplicante.) Señor.

JEN.—¿Qué pasa?

ATA.—Que no puedo moverme; soy un plomo, y si mi señor quisiera podría alquilarme un burro.

JEN.—(Desesperado.) Sí, hombre, sí. (Al foro izquierda.) Tú, burrero, trae un burro y que se monte este inválido. (De la izquierda sale un moro con un burro chi quitín en el que monta Ataliar.)

JEN.—¿Qué, vas bien?

ATA.—No. El lomo de este animal no me gusta.

JEN.—¡Será embustero! ¡Pues no dice que no le gusta el lomo! Anda arréale.

SAM.—¿Vamos?

CON.—¿Vamos?

JEN.—(Al público, indicando a Ataliar.) Lo que se dice una ganga. (Marchan hacia la izquierda. Al mismo tiempo fuerte en la orquesta, y se oye por la derecha a Manaror que va recordando su canción.)

MAN.—(Dentro.)

Beber quisiera yo en ellos
el secreto de tu amor,
etc, etc.

El telón va cayendo lentamente.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Salón del trono de un palacio en la India. Foro a gusto del pintor, pero procurando que sea una galería abierta por la que se vea la ciudad iluminada por los rayos del sol. Lateral derecha cajas libres: segunda izquierda el trono, un poco sesgado para que se domine bien de todo el público. Primer término puerta que conduce a las otras habitaciones. Todos los demás detalles a gusto del pintor.

Jamar-Jalea, Jubea, Holcar, Kazil. Coro general, Guerreros, Dignatarios, músicos y cuerpo de baile. Al levantarse el telón están en escena Kazil y Holcar, viejos dignatarios. Por el foro, lejos y a media voz que irá creciendo se oye al Coro general que canta

MÚSICA

CORO.—(Dentro.)

Que reine muchos años,
feliz por siempre sea
el príncipe de príncipes
el gran Jamar-Jalea.
Guerrero poderoso
y sabio y justiciero,
sus dotes y virtudes
admira el pueblo entero.
¡Honores y riquezas
al príncipe escogido
y que de Brahma sea
por siempre protegido!

RECITADO DENTRO DE LA MÚSICA

KAZIL.—Ya llega la comitiva y con ella nuestro amado príncipe el gran Jamar-Jalea.

HOL.—De la gran Pagoda vienen de dar gracias a Jagarnath, el Dios bueno, por cumplirse hoy doce años de su advenimiento al trono.

KAZIL.—(Yendo al foro.) Plañideras, brahmanes, guerreros, músicos, todos vienen.

HOL.—Jamar-Jalea y su esposa se apean de los elefantes.

KAZIL.—¡Gran día es hoy en Barodal (Más fuerte la orquesta: al compás de 1

musica entran en escena y se van colocando para formar cuadro, Guerreros, Dignatarios, después Jamar-Jalea y la princesa Jubea en palanquines, la guardia india, la musica y el serpo de baile. Acabado el desfile y ya en el trono Jamar-Jalea y su esposa.)

¡Gracias os doy a todos!
¡Que Jagarnath os bendiga!
y concluya esta fiesta
con puestra danza india.

(Van bailable. Cuiden los directores de este baile.)

HABLADO

JAM.—Gracias doy a Brahma por sus bondades y a vosotros, mis leales súbditos, también os las doy; no olvidéis que aunque feudatario de la gran Indiaterra, llevo en mis venas sangre de los Tamérlides, dinastía tan antigua como la India misma.

JUBEA.—(Con acento varonil y duro.) Como yo.

JAM.—(La mira con algo de repugnancia y resignado continúa.) Que he cazado en la selva Perama la pantera negra.

JUBEA.—(Idem.) Como yo.

JAM.—(La vuelve a mirar del mismo modo y continúa.) Y que de niño aprendí a ligar el lazo, el terrible lazo que mata.

JUBEA.—Como yo.

JAM.—Por último, en todas las ocasiones he demostrado que soy un hombre.

JUBEA.—Como yo... (Rectificando en seguro.) Como yo una mujer digna de tan gran príncipe.

KAZIL.—Señor, todas las venturas parecen pocas a tus humildes súbditos para que de ellas gocés, pero autorízame para hacerte una súplica.

JAM.—Kazil, fuiste mi preceptor cuando aún no pensaba ocupar el trono, ¡me acompañaste a recorrer el Asia, el Africa, la Europa; has sido y eres mi mejor consejero y amigo, por lo tanto... (Va a autorizarle para hablar, pero se detiene y dice a Jubea.) ¿Te parece qué debo autorizarle para que hable?

JUBEA.—(Despóticamente.) Que hable, pero que sea breve.

JAM.—Ya lo oyes: sé breve.

KAZIL.—Señor, hoy se cumplen doce años que ocupas el trono y con tal motivo, en tu reino todo es regocijo y alegría, pero más aún lo será si te acuerdas de ser clemente. Señor, que Bowanhia, diosa del odio y Siva, dios del mal, no logren que se oficie en día tan señalado en sus altares. Perdona a los que no a sufrir hoy tormento porque se permitieron blasfemar de Jagarnath el más poderoso.

HOL.—Perdónalos, Jamar Jalea, príncipe poderoso.

JAM.—Es una idea magnífica: yo recuerdo haber leído, no sé en dónde, que la clemencia es el mejor adorno de los príncipes; desde luego los perdono.

JUBEA.—(Con rabia.) ¡Nunca! ¡Perdonar a los blasfemos de Jagarnath el gran Dios! ¿Y eres tú el que lleva sangre de los Tamérlides?

JAM.—Pero mujer, considera que...

JUBEA.—He dicho que no y no.

JAM.—(A todos.) Bueno, pues ya lo habéis oído: no los perdono.

KAZIL.—(Aparte a Holcar.) Ló de siempre, no hay más voluntad que la de Jubea.

HOL.—(Idem.) El rajáh no es rajáh: es un juguete de su mujer.

KAZIL.—(Idem.) La tiene un miedo mortal.

HOL.—Lo que más teme en el mundo.

JUBEA.—(Secamente a Jamar.) Da por terminada la ceremonia y vamos.

JAM.—Cada cual a su puesto; y tú, Kazil, y tú, Holcar, venid conmigo. (Bis) La orquesta. Coros, músicos, etc., etc., hacen mutis por diferentes sitios. Jamar da la mano a Jubea y seguido de Kazil y de Holcar hace mutis por la primera izquierda.)

(Entra el músico de cámara de palacio, Concha, Jenaro y Samuelito. Estos dos últimos visitan lo mismo pero sin fez indio. Jenaro desde luego con la guitarra.)

SAMID.—Repito que es inútil: porque no digáis le pasaré la carta del cónsul, pero dudo mucho que os conceda audiencia.

JEN.—¿Pues qué pasa?

SAMID.—Que hoy se cumplen doce años que se sentó en el trono Jamar-Jalea de la dinastía de los Tamiérlides, a las quince horas, veinticuatro minutos y treinta segundos, meridiano Calcuta, por muerte de su padre Sabi-Jalea, ocurrida dos días antes, a las veintitrés horas, diez minutos y catorce segundos del susodicho meridiano.

SAM.—Este tío es un almanaque de pared.

JEN.—¿Conque sí, eh? Bueno, pues dame esa carta y pásale esta otra y yo te juro que ahora son (Mirando el reloj.) las once horas, seis minutos y catorce segundos meridiano Canseco; bueno, pues si a las once y cuarto no está su india majestad bailando un tango argentino, es que no ha llegado aquí todavía esa voluptuosidad americana.

SAMID.—Puesto que tienes tal seguridad, voy a pasársela.

JEN.—Menudo abrazo te va a dar.

SAMID.—Esperad aquí. (Mutis izquierda.)

Dichos menos Samid.

CONC.—¿Pero qué le dice usted en la carta?

JEN.—Todo: como yo me sospechaba que nos pondrían algún inconveniente para verlo, de repuesto me traje esa misiva en la que le digo lo de rúbrica: «Me alegraré que al recibo de esta se halle bien en compañía de los suyos, etcétera, etcétera, yo bien a Dios gracias, etc. La presente tiene por objeto...» y le largo que vengo con su hijo: que está deseando caer en sus brazos, evoco la memoria de tu pobre madre y nada más.

CONC.—Ah, pues nos recibirá en seguida.

JEN.—¡Figúrate!

SAM.—Y a todo esto, se ha fijao usté qué choza tiene mi señor padre.

JEN.—Una bohardilla de treinta reales!

CONC.—(Admirada.) ¡Parece un palacio de Aladino!

JEN.—Pues todo esto es vuestro, mejor dicho, lo será dentro de poco, porque me he enterao está muy enfermo.

CONC.—Lo importante es que acabemos de ir de acá para allá y que se acaben los sinsabores.

JEN.—Y que no han sido pocos; pues si me llevo a fiar de éste. (Por Samuel.) a estas horas estamos en el Golfo de Guinea.

SAM.—¿De mí? ¿Yo qué culpa tengo?

JEN.—Que te dije que marcases la ruta porque como yo te había oído decir en Madrid que habías estado varias veces en la India!

SAM.—Y he estado: pero en la de la calle de la Montera.

JEN.—Te daba así.

Dichos, Jubea, que sale hecha una furia con una carta en la mano. Detrás Samid

JUBEA.—¡Qué vergüenza! ¡Qué humillación! ¡Qué escándalo!

SAMID.—Perdonad, señora, pero esa carta era para el rajáh.

JUBEA.—¿Es que acaso ignoras que todas las cartas del rajáh tienen que pasar antes por mis manos?

SAMID.—¡Princesa!...

JUBEA.—Basta: ¿Son esos verdad? (Por Jenaro, Concha y Samuel.)

SAMID.—Esos son.

JUBEA.—Que esperen en esa habitación. (Por la derecha,) y dile al rajáh que te aguarda. (Figura que sigue leyendo la carta con ademán de ira.)

SAMID.—(A Jenaro y los otros.) Pasen aquí: el rajáh no tardará en venir.

JEN.—¿Veis como nos recibe? (Entran. Samid cruza y hace mutis por la izquierda.)

Jubea, después, Jamar-Jalea, Kazil y Samid

JUBEA.—(Estrujando la carta.) ¡Ah, Jamar-Jalea, conque me has engañado! Me mentaste el día de nuestra boda que llegabas a mí puro como el aliento de la diosa Kábil... Pues como sea verdad, teme mi venganza.

JAMAR.—(Saliedo seguido de Kazil y Samid.) ¿Me llamabas, bambú tropical?

JUBEA.—Si, pero no te acerques...

JAMAR.—Pero...

JUBEA.—(Con más furia.) Retírate. (A Samid.) Toma, alérgale esa carta, léela y contesta. (Kazil coge la carta y se la entrega a Jamar. Mientras este la lee, Jubea se dirigirá al foro despreciativamente.)

JAMAR.—(Al leer la carta da un gran suspiro.) ¡Ah! ¡é! ¡Por fin! ¡quince años! ¡Brahma poderoso! Kazil. (Llamándole.)

KAZIL.—Señor.

JAMAR.—(En voz baja y con alegría reconcentrada.) ¡Mi hijo! Aquel niño de la hembra de Alepo...

KAZIL.—Disimula, señor, Jubea nos mira.

JAMAR.—(Con pena y rabia.) ¡Y no poder estrecharle entre mis brazos! ¡Hijo de mi alma!

JUBEA.—(Avanzando.) ¿Qué contestas?

JAMAR.—(Dominándose.) Que esto es una calumnia vil, una impostura. Tú ya sabes que yo no conocí los divinos secretos del amor hasta que me uní a tí, caña del Ganges.

JUBEA.—¿De modo que tú afirmas que es una impostura?

JAMAR.—Esa es la palabra. (Aparte.) ¡Perdóname, pedazo de mi alma!

JUBEA.—Pues bien, tú mismo vas a contestarle al autor de esa carta.

JAMAR.—¿Pero está aquí?

JUBEA.—En esa estancia.

JAMAR.—¿En esa estancia el autor de esta carta? Pues bien que salga.

JUBEA.—¡Bravo!

JAMAR.—Que salga el autor; que me va a oír.

JUBEA.—(A Samid.) Ya lo oyes: dile a esos europeos que se presenten

JAMAR.—(Con ansiedad.) ¿Pero hay más de uno?

JUBEA.—El de la carta, una mujer y un joven.

JAM.—(Sin poder contenerse.) Mi hi... Mi hi...

JUBEA.—¿Qué te pasa?

JAM.—(Enmendando.) ¡Miserables! No, que no salgan; no quiero verles. (A Kazil.) La voz de la sangre me delataría.

KAZIL.—Dominate, señor.

JUBEA.—(Imperiosa.) Que salgan. (Samid obedece.)

JAM.—¡Dame fuerzas, Visai!

Dichos, Jenaro, Concha y Samuelito.

SAMID.—(Señalando al grupo de Jamar y Kazil.) Allí tienes al rajáh.

JEN.—(Adelanta y hace una reverencia a Kazil.) ¡Gran Jamar-Jalea!

KAZIL.—El rajáh es éste.

JEN.—(Aparte.) Me he colao (A Jamar.) Gran señor, soy tu siervo.

JAM.—¿De modo que tú eres el autor de esta carta?

JEN.—El mismo. (Aparte a Samuel.) Vete preparando para el grito.

JAM.—¿Tú eres el que afirmas que me traes un fruto de bendición que vive en Alepo?

JEN.—Ahí le duele; servidor es el encargado del fruto. (Aparte a Samuel.) Adelántate un poco para que se fije. (Samuel se adelanta.)

JAM.—(Aparte a Kazil.) ¡Oh, Kazil! ¡Mirale: rubio como su madre! ¡Rubio como yo!

KAZIL.—Tú eres moreno.

JAM.—(Continuando.) ¡Como yo me lo figuraba! ¡Y tener que!...

JUBEA.—(Imperiosa.) Vamos, termina.

JAM.—(Dominándose.) Pues bien, sólo una palabra acude a mis labios.

JEN.—(Sin dejarle hablar.) No la digas, la adivino. (A Samuel.) ¡Anda con él!

SAM.—Padre de mi al...

JAM.—(Dándole un grito.) ¡Miserables! ¡Impostores!

SAM.—(Corriendo a refugiarse detrás de Concha.) ¡Otra vez lo mismo!

CONC.—¿Pero qué es esto?

JEN.—Pero señor de Jalea.

JAM.—Impostores, sí. ¿Quién os ha encargado que lleguéis husta aquí con esa calumnia?

JEN.—(Sin poder contenerse.) Oiga usted, que a mí no me ha encargado nadie de calumnias, ¡ea! Que ya estoy harto de lo que me sucede con este niño, que más que judío parece sevillano; en todas partes me lo rechazan.

JAM.—Calla, o mandaré que te quemen la lengua.

JEN.—¿Pero qué culpa tengo yo de que le gustase a usted la señora de Bar-chilón?

JAM.—(Asustado, a Jubea.) Mentira, todo mentira. No lo creas; ese hombre está loco...

JUBEA.—Basta. No demos escándalos.

JAM.—Te juro que son unos falsarios.

JUBEA.—Y yo te creo, porque de no ser así... (Suena un gongo dentro.) La hora de hacer mis ofrendas a la diosa Kali, Acompañame.

JAM.—Sólo por unos momentos, porque voy a disponer lo que se hace con esos bandidos. (A Kazil y a Samid.) Seguidme. (Vanse foro izquierda.)

Concha, Samuel y Jenaro.

CONC.—Bueno, ¿qué hacemos?

JEN.—(Desesperado.) Esto es para abrirme una arteria...

CONC.—No tanto.

JEN.—¡Nada más que para ver cómo tiene uno la sangre! ¡Que la debe tener negra!

CONC.—Pues hay que tomar una resolución.

SAM.—Por mí la que quieran; todo menos ir en busca de otro padre, porque yo no voy. A mí me llaman ustedes hijo de la fatalidad, o de la desdicha, o de la jefatura...

JEN.—¿Pero qué dices?

SAM.—De eso que tiene mala pata.

JEN.—De la jefatura.

SAM.—Pues de eso; porque ya estoy harto de tener el corazón en vilo y los brazos abiertos para que me vituperen, me impropieren y me acardenalen.

JEN.—De todo esto tiene la culpa tu madre... Sí, no me mires así, tu madre; que no es ofenderla, pero tu madre debió dejar claro lo de tu padre, para que tú no te vieras en la dura necesidad de criticar a tu madre y de andar buscando a tu padre, pasando por el bochorno de oír a uno que crees que es tu padre decir que no es tu padre, teniendo la completa seguridad de que por ahí anda tu padre.

SAM.—¡Mi madre!

JEN.—Tu padre. De todo lo cual se deduce que tu madre no se portó como una madre.

SAM.—Pero es mi madre, y yo no debo criticarla, por ser mi madre.

CONC.—Es verdad, padre.

JEN.—Como os dé la gana: lo único que os digo que el conflicto es más des-airao que el casco de un guardia. Este Jamar Jalea no te reconoce, y de capital nos quedan unas cuarenta pesetas moneda india, que al tipo que está aquí el cambio, no tenemos ni para ir al cine; de modo que no nos queda más solución que ponernos a tocar la guitarra a la puerta de una pagoda.

CONC.—¡Si que es fatalidad!

Dichos y Jamar por foro izquierda

JAM.—(Al público.) Mientras Jubea queda haciendo sus ofrendas a la diosa tengo tiempo de... (Llevándose la mano al corazón.) No puedo, no puedo contener los latidos de mi corazón.

CONC. } ¡El rajáh!
SAM. }

JEN.—Este nos echa a patás.

JAM.—(Aparte.) No sé si al estrecharle entre mis brazos morirá de alegría, porque tengo un nudo en la garganta. (Se dirige a Samuel con los brazos abiertos.) Hij... hij...

SAM.—(Corre por la escena.) ¡Que me mata!

CONC.—¡Socorro!

JAM.—¡No, no gritar, por Brahma poderoso! Y tú no corras. Ven, ven, que quiero darte con toda mi alma...

SAM.—Sujetadle, que me va a dar con toda su alma.

JAM.—Sí, quiero darte con toda mi alma un abrazo. (Lo coge.) ¡Hijo de mi vida!

JEN.—¿Eh?

CONC.—¿Qué dice?

JAM.—(Besándole.) ¡Hijo de mis entrañas! ¡Hijo de mi corazón!

JEN.—¡Caracoles!

JAM.—¡Qué inmenso gozo! ¡Qué suprema alegría!

SAM.—¡Qué raro! ¡No me pega!

JAM.—¡Pobre Esther! ¡Cuánto habrá sufrido! ¡Oh, Jamar, mi Jamarito!

(Acariciándole.)
SAM.—Samuelito dirá usted.

JAM.—¿Cómo? ¿No te llamas Jamar? Yo encargué a tu madre que te pusiera mi nombre.

JEN.—(Aparte.) ¡Adiós! ¿A que se va a desarreglar otra vez? (Alto.) No, verá usted. La madre de este les dijo a los padrinos: «Ponerle Jamar.» Pero el padre... bueno, el marido de la madre se indignó mucho y dijo: «¿Jamar? ¡Jamás!»

JAM.—¡Ah, qué horror! ¿Pero el esposo de Esther acaso sospechaba?

CONC.—(Padre, que lo va usted a echar a perder.)

JEN.—No, le diré a usted, tenía su poquito de mosca detrás del auricular, pero...

CONC.—(Aparte.) Padre, que...

JEN.—Pero de eso ya hablaremos después, aparte de que aquí le entrego esta confesión del judío David, y ello le pondrá en antecedentes...

JAM.—(Cogiendo los papeles.) Sí, dices bien.

JEN.—Ahora lo importante es que lo tiene usted en sus brazos. ¡Con las ganas que tenía el pobrecito de darle a usted un beso!

JAM.—(Con alegría.) ¿De veras?

JEN.—Hay que ver la matraca que nos ha dado durante el viaje. ¿Dónde está mi padre? ¡Yo quiero ver a mi padre!

JAM.—¡Hijo de mi alma!

JEN.—Y ahora permítame usted. (Le dá la guitarra.) Gracias a Dios que me lo descuelgo; me había hecho callo en la sangría.

JAM.—¿Qué es esto?

SAM.—Un presente.

CONC.—Un modesto regalo.

JAM.—¿Español?

JEN.—Madrileña, de la tierra donde se lia educado este charrán: la toca usted y suena a chulos, a celos y a puñalás.

JAM.—¡Ah, quien supiese tocarla.

CON.—Yo misma.

JAM.—¿Tú?

JEN.—Sí, señor, ella. Y además le va a cantar a usted una canción española que la canta en una pagoda y la aplauden las esfinges.

JAM.—(Dándole la guitarra.) Canta ya.

(Concha se sienta en una banqueta frente al público; toca y canta.)

MÚSICA

CONC.

¡De España vengo!

¡Soy española!

En mis ojos me traigo luz de su cielo
y en mi cuerpo la gracia de la manola.

De España vengo,

de España soy, *lo va diciendo (lin)*
y mi cara serrana *va pregonando*
que he nacido en España por donde voy,

A mí lo madrileño
me vuelve loca:
y cuando yo me arranco
con una copla,
al acento gitano
de mi canción
toman vida las flores
de mi mantón.

Campana de la torre
de Maravillas!
si es que tocas a fuego
toca de prisa.
Mira que ardo
por culpa de unos ojos
que *me han mirao. estoy mirando.*

Por culpa de unos ojos
madre, me muero
por culpa de unos ojos
negros, muy negros,
que los tengo metidos
dentro del alma
y que son los ojazos
de mi gitana.

Muriendo estoy, mi vida,
por tu desvío.
Te quiero y no me quieres,
gitano mío.
Mira qué pena,
verme así despreciada
siendo morena.

De España vengo,
de España soy,
etc., etc.

HABLADO

JAM.—Bonita canción.

CON.—Le ha gustado a usted?

JAM.—Muchísimo. Y vosotros, ¿no sabéis ninguna otra?

JEN.—¿Nosotros?

JAM.—Sí, me gustaría oiros algo.

JEN.—Pues si es su gusto...

SAM.—(Aparte.) ¿Pero qué le vamos a cantar?

JEN.—Aquella canción de salida que cantaban en el Chantecler las Herma-
nas *Catafalco*.

SAM.—Un poco fúnebre me parece.

JEN.—Ya lo arreglaremos. Lo importante es que este tío se quede en tanto
de nosotros. Conque fíjese usted que va usted a ver materialmente a dos chan-
teuses españoles. Tú, coge ese tapiz.

(Samuel coge un tapiz y se lo coloca y Jenaro otro.)

MÚSICA

(Cuiden los directores de poner cómicamente y bien este número.)

Los dos

¡Arza y olé!
Soy el rayo de luna más triste
que ha visto nste

—
¡Olé y olá!
cuando alumbro las fosas y nichos
qué gusto dá.

—
Soy un *rayito* de luna
que da luz a un *sementerio*
donde reposa mi padre,
y mi tío Desiderio
y mi pobrecita mare.
y un primo la mar de serio,
y una hermanita
bastante mona
que se murió
porque al cogerla
la comadrona
la *espachurró*.

(Con aire flamenco y triste.)

Sementerio, sementerio,
siempre solo, siempre serio
si no fuera por el rayo
de luna que te alumbra,
¡qué sería de tus fosas,
que sería de tus tumbas!
¡Ay, qué tumbas!

—
Pobrecitos *cadáveres*
sin hablar una palabra
y por toda distracción
bailan la danza macabra.

(Bailan cómicamente la danza. Este numero se interpretará imitando en todo a las matas capletistas.)

HABLADO

JAM. — (Entusiasmado.) ¡Muy bien! ¡Muy bien! Bailáis mejor que danzarinas del fuego. Sobre todo tú. (Por Samuel.) ¡Oh, qué guapo eres! Como ella, como la pobre Esther. Déjame que te bese, así, (Le besa.) así. (Idem.)

JEN. — Se va a volver loco de alegría

CONC. — ¿Pero por qué este hombre lo trataría antes tan mal?

JEN. — ¡Qué sé yo!

JAM. — Así, entre mis brazos, así. (Muy cariñoso.)

Dichos, Jubea por foro izquierda seguida de Samid.

JUBEA. — ¡Qué ven mis ojos!

JAM. — (Al notar la llegada de Jubea cambia las caricias por golpes.) Así, perro. (Por gándole.) Así, falsario, así te he de matar.

SAM. — ¡Que me lisia!

JEN. — ¡Caray!

CONC. — ¡Dios mío!

JUBEA. — (Adelantándose.) Déjale, Jamar. No es necesario que te irrites ni llegues a esos extremos: no eres tú quien ha de castigar a esos falsarios.

JEN. — ¿Cómo castigar?

JUBEA.—Silencio, sapo de los cienos.
 JEN.—¿Qué me ha llamao?
 SAM.—Sapo de no sé qué
 JUBEA.—Samid.
 SAMID.—Princesa.
 JUBEA.—Abofetea a ese villano.
 JEN.—¿A mí?
 SAMID.—De orden superior. (Le da una bofetada.)
 JEN.—¡Qué bestia!
 SAM.—Como de orden superior...
 JEN.—Lo que es superior es la bofetada.
 JUBEA.—Samid.
 SAMID.—Princesa.
 JUBEA.—Dale también al chico.
 JAM.—No le des...
 JUBEA.—¿Cómo?
 JAM.—No le des flojo, eh? (Aparte y tapándose los oídos.) ¡Hijo de mi alma! (Samid le da otra torta a Samuel.)
 SAM.—¡Qué bruto!
 CONC.—Esto es un atropello, una indignidad.
 SAM.—Yo me voy a quejar al Consul.
 JEN.—Ahora no te vayas a quejar.
 SAM.—Pues no me he de quejar, si me duele mucho.
 JUBEA.—Y ahora que los lleven, menos a ella, y que lo agradezca al ser mujer, a la pagoda de la diosa Bowanhia y que le ofrenden sus tormentos.
 JAM.—(Aparte.) Hijo de mis entrañas, ¡le van a martirizar!
 SAMID.—Vamos.
 JEN.—¿Ah, pero es que encima de los guantazos nos van a molestar más?
 SAMID.—Os van a someter al tormento.
 JEN.—¿A qué tormento?
 SAMID.—Al del fuego.
 JEN.—¿Al del fuego? ¿Sabes que ya me voy yo quemando?
 JUBEA.—(Llamando.) ¡Ah de la guardia! (Salen por foro derecha seis guardias indios.) Llevarse a los europeos y que se cumplan mis órdenes.
 SAM.—¡Ay, don Jenaro, nos van a quemar!
 CONC.—¡Quemar! Eso no lo hace ningún padre.
 JEN.—Eso no lo hace más que una salamandra.
 SAMID.—En marcha. (Los tres van saliendo rodeados de la guardia.)
 JUBEA.—(Imperativa.) ¡Así se castiga a los impostores, así!
 JAM.—(Aparte.) Así... te maten. (Fuerte en la orquesta y telón de cuadro.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

Interior de una pagoda india consagrada al culto de Bowanhia, diosa del odio y de la venganza. En el centro, templete con la figura de la diosa. El resto a gusto del pintor dejando libres por derecha e izquierda, las primeras cajas. Es de noche, pero la pagoda debe estar espléndidamente iluminada.

Al alzarse el telón aparecen colocadas artísticamente las Sacerdotisas de la diosa, las Danzarinas del fuego y Mirza, sacerdotisa del culto.

MÚSICA

(Un baile corto de adoración.)

HABLADO

MIR.—Que pasen los que han de ofrendar sus martirios a Bowanhia.

Dichos, por primera derecha salen Jenaro, Samuel y varios indios más, la Guardia del cuadro anterior y Samid. Al llegar al centro se detienen. La Guardia forma al fondo.

SAMID.—Prosternarse ante Mirza sacerdotisa de la diosa.

JEN.—¿Cómo dices?

SAMID.—Que te prosternes.

JEN.—¡Ah, con mucho gusto! Anda Samuel, arrodíllate y mete la cabeza bajo el ala. (Todos se prosternan.)

SAMID.—Vais a ofrecer a Bowanhia vuestros tormentos; si los sufrís con resignación, Brahma, el Dios bueno, borrará los restos de vuestras culpas.

MIR.—Levantaos. (Se levantan.)

SAM.—Ay, señor Jenaro, esto va a ser horripilante.

JEN.—¡Pero qué es lo que van a hacer por fin con nosotros?

SAN.—¡Qué sé yo! Freirnos las manos, freirnos las rodillas, freirnos los hombros.

JEN.—Sí, me doy cuenta, un frito variado. Estos tíos son unos salvajes.

SAM.—Y ya ve usted por qué delito más nimio; ¿pues qué harán aquí con uno que asesine a su familia?

JEN.—¿Qué sé yo, como no lo pongan con arroz.

SAM.—Yo por quien lo siento es por Conchita.

JEN.—¡Pobre hija mía! Cómo lloraba.

MIR.—Sacerdotisas del odio, danzarinas del fuego, retiradse. (Música. Se retiran fondo derecha.) Y vosotros ofrendadle a la diosa los tormentos que vais a sufrir.

MÚSICA

(Los indios forman dos filas, frente a frente, dejando en medio a Samuel y Jenaro.)

Todos.

¡Bowanhia!
Diosa excelsa del martirio,
yo en tu honor
sacrificio las torturas
y el dolor,
En tu honor, diosa Bowanhia,
por mi fe,
resignado los tormentos
sufiré.

JEN. Ahora a los dos nos toca
ofrendarle el martirio
a la diosa Bowhania,
que es más fea que Picio.

SAM. Pues vamos a ofrendarle
y hagámoslo de prisa.

JEN. Esto tiene más gracia
que el tubo de la risa.

JEN.--(Dirigiéndose a la diosa.)

¡Yo en tu honor!

SAM.--(Ibidem.)

¡Yo en tu honor!

CUPLÉS

SAM. Si esta mano me la tuestan
harán una salvajada.

JEN. Pero cuando esté en su punto
te ofreceré la tostada.

SAM. Si una tibia me dislocan
para ofrecértela a ti.

JEN. Oh, gran diosa, va a ser tibia
la que voy a armar aquí.

TOCOS.--(Cogiéndole de las manos y dando vueltas, menos Samuel y Jenaro.)

¡Salve! ¡Salve!
Cantemos en rueda:
¡Salve! ¡Salve!

JEN.)

SAM.)

TODOs.

¡Sálvese el que pueda

¡Salve! ¡Salve!
y *Kirie eleisión.*

JEN.)

SAM.)

Este es un remedo
de la Inquisición

SAM.

Cuando un ojo me atraviesen
con un hierro puesto al rojo...

JEN.

Ya puedes buscar dinero
porque va a costarte un ojo.

SAM.

Si achicharran mi garganta
le llamo a usted sin tardar.

JEN.

Pero hombre, sin campanilla
cómo me vas a llamar.

TODOs.

¡Salve! ¡Salve!
Etc., etc.

HABLADO

MIR.--Y ahora que Brahmá os dé fuerzas: aquí llega el que os ha de apli-
car los tormentos.

Dichos y Mangor, saca un hornillo encendido y dentro varios hierros con sus pullos de
madera para poder cogerlos. Sale primera derecha.

MAN.--(Saliendo.) ¡Salud!

JEN.--Mía que decir este tío salud y nos va a tener un mes en cama.

MAN.--(A ellos.) ¿Perdonáis el dolor intenso que os voy a causar?

(Los demás mimes Jenaro y Samuel dicen:)

INDIOS.--Perdono.

SAM.--Señor Jenaro.

JEN.—¿Qué quieres?

SAM.—Que si le perdona usted.

JEN.—¿A quién?

SAM.—Al del hornillo.

JEN.—Anda y que le maren, y a propósito, oye: (Llamando.)

MAN.—¿Qué deseas?

JEN.—¿Dónde nos van a atormentar?

MAN.—Ahí, en la bóveda roja.

JEN.—¡Caray, qué mareo me da!... (Hace como si se desmaya y sin querer mete una mano en el hornillo y da un salto.) *Rebowhanika*, y cómo quema.

MIR.—Llegó el momento. Tú, a tu puesto. (Mangor saluda y entra por la izquierda.) Tú (A un indio.) el primero, tú (A Jenaro.) a continuación, detrás tú. (A Samuel.) Y vosotros detrás. (Forman todos una fila.)

MAN.—(Asomando la cabeza.) Que pase el primero.

JEN.—Parece que vamos a sacar la cédula

El indio colocado en primer lugar entra.)

SAM.—¡Ay, señor Jenaro, que le va a tocar a usted en seguidá!

JEN.—Yo creí que era cosa de juego, pero me va a tocar. (Se oye dentro al indio que grita.)

IND. 1.º.—(Dentro.) ¡Ay! ¡Ay!

JEN.—¡Caray!

SAM.—¡Caray!

IND. 1.º.—(Dentro.) ¡Madre mía!

(Jenaro y Samuel empiezan a bailar de nerviosos. Esta situación queda a cargo de los actores.)

SAM.—¿Ha oído usted?

(La voz del indio grita.)

IND. 1.º.—¡Brahma! ¡Brahma!

SAM.—¡Virgen Santa!

JEN.—¡Cómo brama!

SAM.—Ya parece que no se oye... se habrá desmayado; ahora entra usted.

JEN.—Yo... (Se va a la cola.)

SAMID.—¿Dónde vas?

JEN.—Aquí, a hablar con este amigo.

SAMID.—Estás el primero para el tormento

JEN.—Ya lo sé, pero es que hacía mucho tiempo que no nos veíamos y... Es un segundo.

SAMID.—Pues habla y a tu puesto.

JEN.—(Al indio.) Hola.

IND. 2.º.—No te conozco.

JEN.—¿Que no me conoces? (Disimula, hombre.)

IND. 2.º.—Repito que no te conozco.

JEN.—Pues me vas a conocer.

IND. 2.º.—Eso es otra cosa.

JEN.—Me vas a conocer porque te voy a dar una bofetada por bruto que te voy a mandar..

SAM.—(Que se ha mezclado en la fila, hablando con otro indio.) Pero, hombre ¿no me conoces?

SAMID.—Vamos, a vuestros puestos.

SAM.—¿Pero ha visto usted qué malos fisonomistas son en éste pueblo? (Se dirigen a su sitio.)

MAN.—(Asomando la cabeza.) ¡Otro!

JEN.—(Desmayándose en brazos de Samuel.) ¡Mi madre!

SAMID.—¿Qué le pasa?

SAM.—Que se ha desvanecido.

SAMID.—Pues como no hay tiempo que perder entra tú.

SAM.—(Desmayándose en brazos de Samid.) ¡Mi abuela!

MIR.—(Accreándose.) Pero ¿qué les ocurre?

SAMID.—No sé; están como muertos.

MIR.—(Llamádoles.) ¡Sentenciados! ¡Sentenciados!

SAM.—No oyen ni un cañonazo y además han perdido el habla.

CONC.—(Dentro.) ¡Padre! ¡Samuel!

LOS DOS.—(Levantándose.) ¿Quién llama?

Dichos, Jamar Jalea, Kazil, éste saca en la mano los papeles que Jenaro entregó a Jamar en el cuadro anterior, y Concha por la primera izquierda, Sacerdotizas y todo el acompañamiento del Rajáh.

SAM.—(Que lo ve llegar.) ¡El Rajáh!

CONC.—(Liendo hacia ellos y abrazádoles.) ¡Padre! ¡Samuel!

JEN.—¿Pero qué pasa, a qué se debe esta visita?

JAM.—Escucha, europeo: ese niño no es hijo mío.

JEN.—¡Tampoco!

KAZ.—La declaración del judío David nos lo ha aclarado. El creyó que el niño que robaba era el hijo de Esther, y no fué así, porque yo sé que ella para librarlo de la venganza de su marido, si algún día llegaba a conocer la verdad, hizo que sus amigos lo cambiasen por el que precisamente tuvo el mismo día una servidora suya. De este modo el niño de la criada es el verdadero hijo de Esther y de mi señor, y tú...

JEN.—Basta: ¡hijo de una fregá platos!

SAM.—¡Pues si que he buscao un porvenir!

JAMAR.—Podeis marchar cuando querais.

JEN.—¡Marchar! ¿Hay aquí asilos?

CONC.—¿Pero qué dice usted, padre?

JEN.—Que como no nos recoja la caridad ídiga, no sé como nos vamos a ir.

JAMAR.—(Por Kazil.) Este os facilitará el dinero para el viaje, pero nada más que lo estrictamente necesario; ya en vuestra tierra... (Vase.)

JEN.—En nuestra tierra, ¿sin librería, sin puesto?

CONC.—No se apure usted, padre; nosotros trabajaremos.

SAM.—Y luego, con el apoyo de mi padre...

JEN.—¿De qué padre?

SAM.—De usted, que por lo visto es el único padre que me queda.

JEN.—¿Yo? Yo que voy a ser tu padre, so sinvergüenza, y no me nombres a) autor de tus días porque te meto ahí en la bóveda roja.

CONC.—Bueno, a Madrid, que en madrid ya veremos cómo salimos.

JEN.—¡Ah, oiga usted, señor Kazil.

KAZIL.—¿Qué quieres?

JEN.—Una vez que somos libres, ¿se me permite una pequeña satisfacción?

KAZIL.—Lo que quieras.

JEN.—(Por señas llama a Samid y cuando está a su lado le propina una sonora bofetada.) Ya estoy tranquilo.

CONC.—A España.

JEN.—(Al público.)

¡Qué odisea, Jesús mío!,
y para encontrarme así:
sin dos reales, hecho un lío,
con un siervo vago y
con este niño judío.

(Música y telón.)

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.
Economía por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID



Los filtros para agua "ARSO" son los más económicos y los que más rinden. Se sirven bujías sueltas para todos los sistemas de filtros a precios reducidos. De venta:

Casa "ARSO,, - Madrid

CARDENAL CISNEROS, NÚM. 28

PARA AUMENTAR DE PESO

tonificarse nervios y músculos
y adquirir buen apetito, tome el

HIPODERMOL

FRINÉ

A NUESTRAS LECTORAS

Cumplida la parte más esencial de nuestro propósito al fundar esta Revista— la divulgación de los más interesantes temas acerca del *Hogar*, la *Higiene* y la *Tollette*, etc. etc.—, nos complacemos en manifestar que a partir del próximo número, FRINÉ quedará convertido en una interesantísima Revista de Modas que publicará previa una exquisita selección, numerosos y bellísimos toilettes —más de

CINCUENTA FIGURINES SEMANALES

—confeccionados por los más famosos modistos de Londres, París y New-York. Esto no será óbice para que seamos consagrando como hasta aquí una muy preferente atención a todas aquellas fundamentales materias que integran el mundo social, intelectual y físico de la Mujer.

El precio y el formato de esta Revista seguirá siendo el mismo.

Un ciego



PUEDE

comprobar por sí mismo la intensidad lumínica, blanca y permanente de la lámpara

OSRAM

UN CIEGO VE

la duración ilimitada de la lámpara

OSRAM

debido a la gran solidez de su filamento de hilo estirado e irrompible

UN CIEGO VE

la economía en el consumo de la lámpara

OSRAM

comparada son sus similares.

CONCESIONARIO:

LEON ORNSTEIN

MARIANA PINEDA 5
MADRID

Oficinas y Talleres de **PRENSA POPULAR** propietaria de La Novela Corta, La Novela Teatral y Friné, Antonio Palomino, núm. 1, y Calvo Asensio, núm. 3. —MADRID.

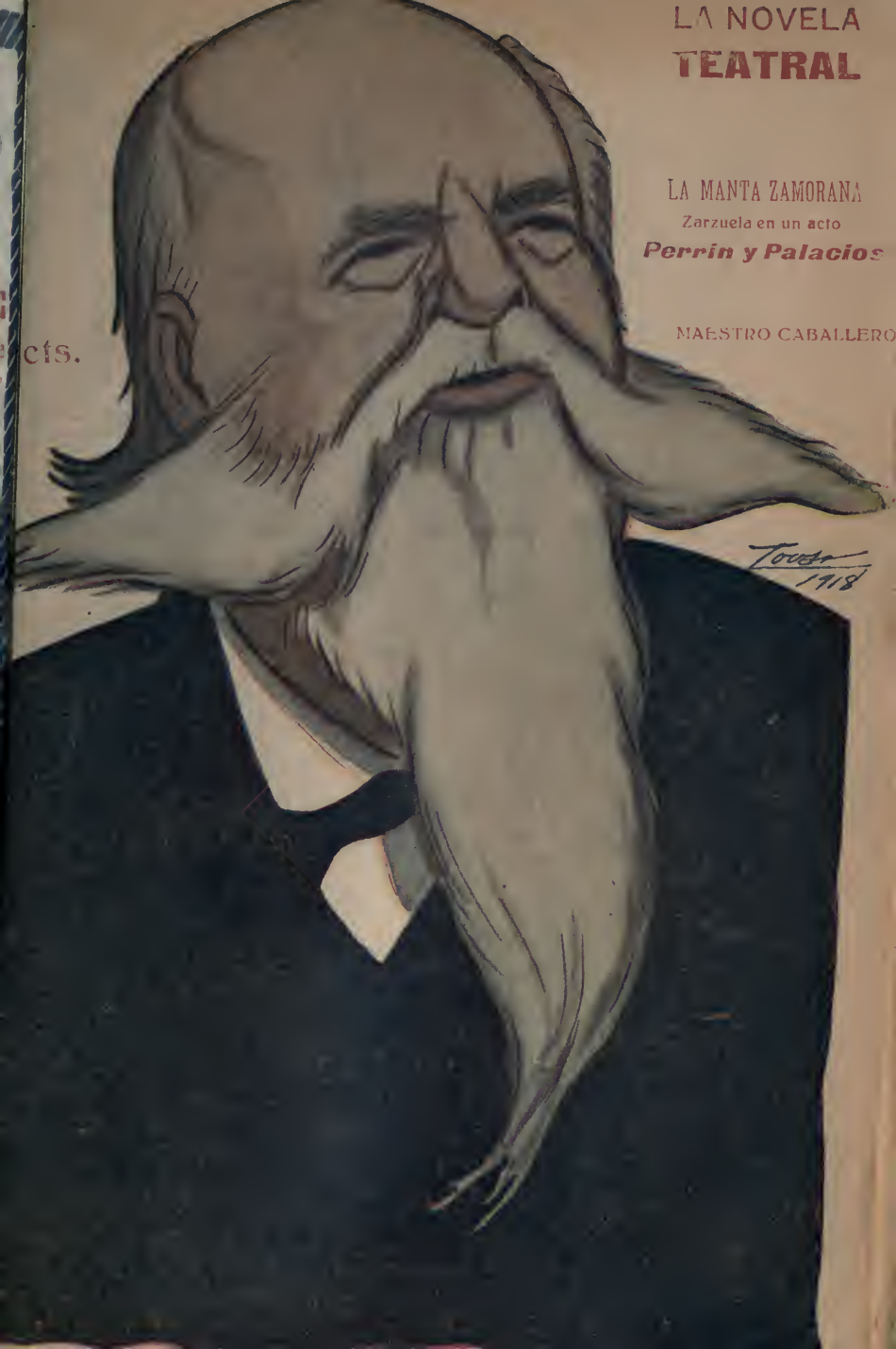
LA NOVELA
TEATRAL

LA MANTA ZAMORANA
Zarzuela en un acto

Perrin y Palacios

MAESTRO CABALLERO

cfs.



Toussaint
1918

LA NOVELA TEATRAL

Complemento de la Novela Corta

Director: José de Urqu

Estimulados por el extraordinario éxito que han obtenido nuestras Revistas LA NOVELA CORTA, LA NOVELA TEATRAL y FRINÉ, vamos a lanzar a la publicidad un nuevo semanario de carácter infantil popular, titulado,

B E B É

el cual, tanto por sus maravillosas ilustraciones en SEIS COLORES, dibujadas por nuestros más ilustres artistas, como por la exquisita selección de su texto,—cuentos fantásticos interesantísimos, emocionantes narraciones detectivescas, historietas cómicas graciosísimas, etc. etc.—será el semanario preferido por el público infantil.

B E B ÉMARAVILLOSA REVISTA INFANTIL
APARECERÁ EN BREVE

Decor
dur
mie
prim
gu
gra
En
de l
rillo
lles
y de
la iz
bala
cabi
este
la ci
de c
izqu
cara
sas,
los
de l
el fe
sade
la fe
ta es

La manta zamorana

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

Guillermo Perrín y Miguel de Palacios

Música de *M. F. Caballero.*

PERSONAJES

MARIA JUANA.-EL JOROBETA.-LUCIA.-JUAN
MANUEL.-RAMON.-PÉDRO.-FRANCISCO.-JOSE

Coro general

La acción en un arrabal de la ciudad de Zamora. Epoca actual

ACTO ÚNICO

Decoración a todo foro. Calle en un arrabal de la ciudad de Zamora. Desde la embocadura del teatro hasta los bastidores de las segundas cajas y en línea recta, rompimiento con columnas grandes corpóreas que forman un soportal que ocupa todo el primer fondo y primer plano del escenario, comprendido entre la embocadura y las segundas cajas. Efecto oscuro de soportales. Entre columna y columna penden un farol grande con bombilla de luz eléctrica. Libres las cajas primeras, derecha e izquierda. En tercera caja fondo derecha hasta la mitad del escenario, fachada de casa pintada de blanco con gran portalón practicable, sostenido por columnas de piedra y cuyo forrillo, que se colocará en último término, representará el patio de una posada. Detalles a juicio del pintor. Sobre la puerta de piedra, escudo de armas antiguo encalado, y debajo un letrero que dice: «Posada del Sayagués.» En la fachada de esta casa, a la izquierda del portalón, ventana baja con reja espesa; sobre ésta balcón grande con balaustrada de madera, Macetas en el balcón, vidrieras, etc. Por este balcón practicable se ve habitación practicable también. Dicha casa forma esquina en mitad del escenario formando ángulo con calle que se pierde por el fondo izquierda. Al final de la citada calle se ve el Real de la Feria con sus puestos, casetas, etc., etc. Fachadas de casas a derecha e izquierda de esta calle, peculiares del país. En tercer término izquierda, y formando esquina a la citada calle, casa con puerta practicable, taberna, característica del país, etc. Al lado de ésta y cerrando la segunda caja izquierda, mesas, taburetes, etc. Es de día. Luz de la tarde. Luego cambia cuando se indique. En los soportales, alfombra de losas de piedra que haga contraste con el color terroso de la calle que divide la escena de un lado a otro del escenario y la que se pierde por el fondo izquierda. A los dos lados del portalón de la posada bancos de piedra, adosados a la fachada. Contraste de luz en los soportales con el sol que da de lleno en la fachada blanca de la casa de fondo derecha. (Entiéndase para las indicaciones de la escena, derecha e izquierda del actor.)

ESCENA I

Al levantarse el telón aparece María Juana con traje de fiesta de Bermillo de Sayago, Lucía con traje de aldeana zamorana, en el balcón de la posada. A la puerta de ésta José con traje de aldeano de Sayago, hablando con un grupo de arrieros. Trajes característicos. Charros y charras salmantinos. Coro general sentados en los bancos de piedra adosados a la fachada de la posada. En la taberna de la izquierda grupo de aldeanos zamoranos bebiendo. Coro de hombres. Debajo de los soportales al lado izquierdo, y sentados en taburetes, junto a las mesas Francisco y Pedro con otros varios. Ramón al lado derecho de los soportales con un grupo de aldeanas, a las que muestra unas arracadas y varios collares y gargantillas. Un arriero montado en un burro al lado de los soportales bebe una copa de vino en la puerta de la taberna, y atravesando la calle entra con el burro en la posada.

MÚSICA

ARRIEROS.—(A José.)

De la feria de este año
qué decir no tendrá usted,
que el ganado es de primera.
Ya lo creo que lo es.

JOSÉ.
(Hablan bajo.)

RAM.—(A las aldeanas.)

Estas arracadas
son de plata fina.
Vamos, animarse,
animarse, chicas.

ALDEANAS.

Pide usted mucho dinero
y estas chicas tienen poco.
¡Ay, qué diantre de mujeres!
¿Para qué os sirven los novios?

RAM.

FRAN.—(A Pedro.)

En el balcón tienes
a María Juana.
Calle usted, Francisco
no quiero mirarla.

PED.

ALDEANOS

(Bebiendo.)

Como el vino de Toro
no le hay mejor,
de la sangre del nombre que lleva
tiene el color.

Y él enciende nuestra sangre,
y su fuego nos abraña,
y por eso tan valiente
es la gente zamorana.

(Suena dentro tamboril y gaita en combinación con
la orquesta, que va aproximándose. Movimiento en
todas las figuras del cuadro.)

MARÍA

(A Luisa.)

Oye... Ya vienen
los de Sayago,
los de mi pueblo.
Vamos abajo.

LUCÍA

La gaita alegre
y el tamboril,
ya suenan cerca.
ya están aquí.

CORO

(Desaparecen del balcón.)

La gaita alegre
y el tamboril,
ya suenan cerca...
ya están aquí.

ESCENA ..

Dichos y por la calle del fondo aparecen Gaitero y Tamborilero y ocho parejas de Sayagüeses, hombres y mujeres con los trajes característicos de fiesta. Los hombres dan la mano a las mujeres y avanzan cantando.

SAYAGÜESAS y
SAYAGÜESES

Mi tierra de Zamora
no quiero yo dejar
que en tierra de Zamora
mi firme amor está.

TODOS
ALDEANAS
ALDEANOS
TODOS

¡Los Sayagüeses!
¡Hola, muchachos!
¡Hola, muchachas!
¡Mira qué majos!

ESCENA II

Dichos, María Juana y Lucía por la posad

MARÍA

¡Los de mi pueblo!...
¡Venga un abrazo!

SAYAGÜESES
MARÍA

¡Venga, paisana!
Abrazando a algunos.)
¡Ahí va, paisanos!

(A todos.)

De Bermillo de Sayago,
cinco leguas de Zamora,
es la gente más alegre
y la más trabajadora.
Con Bermillo de Sayago
no hay quien pueda competir
ni en el baile, ni en la plata,
ni en el rumbo en el vestir.

TODOS

Es la verdad,
tiene razón,
de la tierra sin par zamorana
son lo mejor.

PED.

(Levantándose y avanzando.)
¡Diantre, con vosotros!...
Siempre rebajando.
Pues qué... ¿no hay más hombres
que los de Sayago?
Y si de mujeres
hablamos también,
ya se yo que algunas
ni saben querer.

SAYAGÜESES

(Dirigiéndose a María Juana.)

MARÍA

Todo lo que ha dicho
mentira es no más.
Todo lo que dice
ya sé por quien va.
(Dirigiéndose a Pedro.)
Una moza de Sayago,

que puedo ser yo muy bien,
para querer necesita
que a ella le sepan querer.
Y que el hombre que la quiera
tenga brío y corazón,
y lo que tienen los hombres
para alcanzar nuestro amor.

(Movimiento de aprobación en todos.)

PED.

¿Quién lo dudó?...

¿Cómo que no?

Todo eso que dices

lo tengo aquí yo. (Señalando al corazón.)

MARÍA.—(Con desprecio.)

¿Tú?... ¡Cá!

¡Quítate allá!

De todo lo dicho

no tienes tú *ná*.

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

TODOS.—(Riéndose.)

MARÍA.

De manera que quedamos

en que son los de mi pueblo

los de más gracia y más rumbo,

de Zamora los primeros.

TODOS.

Es la verdad,

tiene razón.

De la tierra sin par zamorana

son lo mejor.

(Avanzando.)

De Bermillo de Sayago,

cinco leguas de Zamora,

es la gente más alegre

y la más trabajadora.

Con Bermillo de Sayago

no hay quien pueda competir,

ni en el baile, ni en la plata,

ni en el rumbo en el vestir.

MARÍA.

¡Ay, tierra zamorana,

en donde yo nací!

¡Ay, tierra zamorana,

en tí quiero morir!

TODOS.

Mi tierra de Zamora

no quiero yo dejar,

que en tierra de Zamora

mi firme amor está.

ESCENA IV

Dichos y por el fondo el Jorobeta, tipo desarrapado zamorano. Sale con una guitarrilla colgada a la espalda, y en una mano una cazuela con comida y en la otra unos menudugos de pan. Este tipo será una tiple, y como su nombre lo indica, será contrahecho y con una chepa no exagerada. Sale y se coloca en un punto visible del proscenio, y se sienta en el suelo a comer.

HABLADO

José.—(Después de haber cesado la música.) ¡Que viva Sayago y viva su gente, que es la que trae la alegría a la feria de Botijero!

TODOS.—¡Viva!

PED.—(Al Jorobeta.) ¡Pero este Jorobeta de los demonios! ¿A qué te pones a comer aquí?... Largo...

JOR.—¡Jorobeta!... ¡Jorobeta!... La calle es de todos. Me pongo donde me dá la gana.

PED.—(Amenazándole.) A ver si te doy...

JOR.—¿A mí?... ¡Maldita sea!... (Sigue comiendo.)

RAM.—(A un grupo de aldeanos y sayaguesas. Aparte.) ¡Vaya! ¡Aquí saco yo ajada!... (A todas.) ¡A ver, chicas, a ver!... ¿Quién me compra esta sortija de oro esmaltada, con un ¡viva mi amor! que parte los corazones? Ni un arzobispo se le pone mejor. (Hablan bajo.)

LUCIA.—(A María Juana.) ¡Pobre Pedro! ¡Qué mal le has tratado!

MARIA.—¿Y para qué se pone tan tonto? ¿No sabe ya que no le quiero?

LUCIA.—Pero le quiero yo.

MARIA.—Pues díselo.

LUCIA.—¿Yo? ¡Qué cosas tienes! ¡Ojalá pudiera!

RAM.—(Separándose del grupo de aldeanas.) Estas arracadas, dos onzas, dos onzas. ¿No las queréis?... (Acercándose a los hombres.) A ver, vosotros, para las novias. ¿Tampoco? ¡Vaya, aquí no hay dos pesetas, ni gusto, ni nada! ¡Si estuviera aquí Juan Manuel, el Zamorano, ya había vendido yo todo esto! ¡Ese sí que es un hombre de runbo y que se gasta la plata!

José.—Eso es verdad.

FRAN.—Y que lo digas.

José.—(A María Juana.) ¿Verdad, tú?

MARIA.—Vamos... padre.

José.—Deja melindres y repulgos. Pues que, ¿no sabe ya todo el arrabal que es tu cortejo y que vas a casarte con él, y muy pronto?

FRAN.—(Aparte.) U lo otro, que como yo pueda...

RAM.—(A María Juana.) ¡Ah! ¿Con que vas a casarte, y con el Zamorano?... Mira, María Juana, qué arracadas y qué gargantilla... Dile a tu novio que te las compre.

PED.—(Aparte.) ¡Diantre con el Zamorano!

LUCIA.—(A Ramón.) ¡Y se las compra como ella lo diga!

JOSE.—¡Pues ya lo creo!

PED.—¡No puedo más, yo reviento! ¡Ya se conoce que todos ustedes le deben algo! ¡Pus no le echan *ustés* incienso, que digamos!

JOSE.—Todo el que se merece. ¿Puedo olvidar yo, que soy bien nacido, lo que hizo por mí?

RAM.—Y por mí.

FRAN.—Y por todos. Yo también le debo favores al Zamorano, y no quisiera más que me pusiera a prueba y entonces veríamos quién era el más agradecido de todos.

PED.—Pues yo no le debo *na*.

RAM.—Pues sí que le debes.

PED.—¿Qué le debo yo?

RAM.—La cara, que no te la ha quitado de una «bofetá» porque no ha querido. (Todos rien.)

JOR.—Eso.

PED.—¿A mí? ¿El Zamorano? ¡Dichoso Zamorano! ¿Pues quién es él?

JOR.—(Aparte.) ¿A qué le tiro la cazuela? (Levantándose.)

PED.—¡Pues ni que estuviera de non! ¡Ni que fuera un santo milagroso!

JOR.—(Aparte.) ¡Este se la va a ganar!

PED.—¡Ponerle cirios!

JOR.—(Aparte.) ¡Se la gana!

JOSE.—¡Cállate, Pedro!

PED.—¡Que no quiero! ¡Lo que es el Zamorano es un!...

JOR.—(Se abalanza sobre Pedro y le mete un mendrugo de pan en la boca para tapársela.) No sigas. ¿*Quiès* pan? ¡Se la ganó!

PED.—¡Lo mato! ¡Lo mato! (Francisco y Ramón sujetan a Pedro.)

FRAN.—¿Qué vas a hacer?

MARIA. } (Conteniendo al Jorobeta.) ¡Jorobeta!

LUCIA. }

RAM.—¡Pedro!

JOR.—*Soltar* a ese envidioso.

PED.—*Dejarme*.

JOR.—*Dejarlo...* Si le puedo. Dame lo que me llevas de alto. ¡Anda! ¡ya lo creo que le puedo! ¿Quieres aquí? ¡Pues aquí! ¿No *quies* aquí, porque no vean cómo te hincho los morros? Pues allá... detrás de la posá... Anda... ven... que yo me pego de largo con esta. (Sacando la honda.) Verás que *pedrá* te atizo con la honda.

PED.—¡Soltarme, hombre!

FRAN.—Si es un chiquillo, ¿no lo ves?

JOSE.—¡Vete, Jorobeta, vete!

JOR.—Bueno. Me voy por... no perderme. Pero conste que delante de mí no habla nadie mal del Zamorano, porque le muerdo. ¡Porque yo soy un hombre! (Medio llorando.) Pero anda, ven, corre, no seas blanco... Si no llevo *na...* *Na* más que la honda, ¡Anda!., ¡Anda!... ¡Pero, ca! ¡No viene! ¡Maldita sea!... (Vase fondo.)

ESCENA V

Dichos, menos el Jorobeta.

RAM.—¡Pero qué chiquillo!

FRAN.—¡Diantre con el Jorobeta!

PED.—¡Y que sufra yo esto!

JOSE.—¿Y qué ibas a hacer? ¿Pegarle a un chico?

MARIA.—¡Qué valentía!

PED.—¡Al chico no!... Pero si alguien le abona, aunque sea el Zamorano.

RAM.—Oye, con ese no te metas, por si acaso.

ED.—Pero, hombre, ¿quién es el Zamorano?... ¿Se come a los hombres?.. ¿Es el Cid Campeador?

ESCENA VI

Dichos y Juan Manuel, por el fondo izquierda. Traje del país y mantilla zamorana a hombro.

JUAN.—(Que habrá oído las últimas frases de Pedro.) Buenas tardes señores.

MARIA.—¡Juan Manuel!

LUCÍA.—¡El Zamorano!

JUAN.—Hola, María Juana. Hola, Lucía. Aquí todos mis paisanos. Bien venidos a la feria.

RAM.—Que Dios guarde al zamorano más rumboso de toda la provincia. Chócala.

JUAN.—Hola, platero.

FRAN.—Salud.

JUAN.—Oye, Pedro. (Avanza con él hacia el proscenio.)

MARIA.—(Aparte.) ¿Habrá oído algo?

JOSÉ.—Tendremos cuestión.

JUAN.—(A Pedro en voz baja.) Cuando me nombres para algo, nómbrame bajito, ¿sabes?... Y no me compares con el Cid ni con nadie, porque yo valgo muy poco... Y tú, Pedro, vales menos. (Volviéndose a todos.) Conque, señores... yo pago el vino...

JOSÉ.—Eso no. Va de mi cuenta.

FRAN.—(A Pedro.) ¿Qué te ha dicho?

PED.—¿Qué me ha de decir?... Que me ha preguntado cómo estaba.

JOSÉ.—Adentro... todos a mi posada, y en anocheciendo aquí el gran baile. María Juana, tú con las mozas y dalas aposento. Los mozos conmigo. ¡Ramón!... ¡Francisco!...

JUAN.—Señor José, que se le ha olvidado a usted Pedro. Pedro, a tomar una jarra.

PED.—Gracias. (Aparte.) Este hombre me está buscando. (Sayagueses y sayaguesas entran en la posada con María Juana, Ramón y Pedro. Los arrieros entran en la taberna. Otro grupo vase por el fondo.)

JOSÉ.—(A Juan Manuel.) ¿Y tú, no vienes?

JUAN.—Ahora. (Vase.)

LUCÍA.—(A Francisco.) Tío, ¿no entra *usté*?

JUAN.—(A Lucía.) Ahora entrará. Déjanos Lucía que tengo que hablarle. (Vase Lucía.)

FRAN.—¿A mí?... Y yo también a ti.

ESCENA VII

Juan Manuel y Francisco.

JUAN.—(Después de haber visto que han quedado solos.) Pus empiece *usté*.

FRAN.—No: tú primero.

JUAN.—Empiece *usté*, Francisco.

FRAN.—Pues voy allá. (Aparte.) (A ver cómo me sale esto.) Pues... lo primero que quiero decirte, hacerte una pregunta que te va a parecer un escopetazo, pero que es hija de la buena voluntad que tengo.

JUAN.—*Usté* dirá.

FRAN.—Oye; aquí en confianza. ¿Tú crees que es de corazón el cariño que te manifiesta María Juana?

JUAN.—Sí, señor; de corazón. ¿Por qué no ha de serlo?

FRAN.—Tú eres muy rico, Juan Manuel, muy rico.

JUAN.—(Como contrariado.) Sí... y *usté* supone que...

FRAN.—Yo no supongo nada. Yo a lo que me atengo es a éstas. (Señalando las orejas.)

JUAN.—No le entiendo a *usté*.

FRAN.—A éstas... Que han oído al señor José la otra noche decirle a María Juana... «Que se nos va a escapar... No estés fría con él... Métele en cariño, que nos conviene.» ¡Eh?... ¿Qué tal?

JUAN.—Bueno. Pues siga *usté*.

FRAN.—Bueno. Pues sigo. ¿Necesita una chica que quiere de veras que le diga su padre esas cosas?

JUAN.—¿Pero *usté* qué quiere decir con todo esto?

FRAN.—(Aparte.) ¡Qué demonio! Yo se lo digo) Pues quiero decirte que María Juana no te quiere por ti, sino por tu dinero. (Aparte.) (Se la solté.) ¡Chico, un desengaño! Así está el mundo... No te apenes... Mira tú si tú tendrás mujeres... Y en fin, vamos, a mí se me ha figurao todo eso y perdona.

JUAN.—¡Vamos, Francisco!

FRAN.—¡Ah! ¿Pero tú no lo crees así?

JUAN.—¿Yo? Pues si yo lo creyera...

FRAN.—¿Qué harías?

JUAN.—No lo sé.

FRAN.—¿Y por qué no has de creerlo? ¿Sería el primer caso?

JUAN.—No, pero...

FRAN.—¿Quieres pruebas?

JUAN.—¿Las tiene *usté*?

FRAN.—Yo no, pero en tus manos las tienes.

JUAN.—¿En mi mano?

FRAN.—En tu mano. Con decir que estás arruinado, que estás en la pobreza, te puedes convencer de todo lo que te llevo dicho.

JUAN.—(Con sorpresa.) ¿Qué?... (Aparte.) (¿Sabrá éste ya lo que me pasa?)

FRAN.—La cabeza me juego a que me salgo con la mía. A que, María Juana no te quiere mas que por tu plata. Y si tú quieres, yo corro la noticia, y ya verás como la veleta de su cariño, que antes señalaba al Zamorano y nada más que al Zamorano, empieza a dar vueltas al cambio del aire de tu desgracia.

JUAN.—Pero... digo... no es mala idea... Tienes razón... Probaremos... Lo que *usté* quiera.

FRAN.—Pues yo me encargo de todo, déjame a mí y pronto me darás las gracias... ¡Qué demonio! Más vale conocerlo antes... (Aparte.) A éste le caso

yo con mi Lucía... Y vamos, vamos a lo tuyo... ¿Qué tienes qué decirme?... Habla.

JUAN.—Yo... Nada... No... Otro día. Lo mío no tiene importancia.

FRAN.—Bueno. Como quieras. Pues voy corriendo y ya verás... Mira que tú pobre. ¡Lo que a mí se me ocurre no se le ocurre a nadie. Dentro de un momento lo sabe todo el arrabal... ¡Mira que tú pobre! Vaya, vaya, hasta luego. (Vase posada.)

JUAN.—Vaya *usté* con Dios. ¡Si supiera que no va a mentir!... ¡Que lo he perdido todo!... ¡Que es cierta por desgracia mi pobreza!... ¿Pero será posible que María Juana?

ESCENA VIII

Juan Manuel y María Juana por la posada

MARIA.—Juan Manuel... ¡Hombre, que te esperan!

JUAN.—Sí., yá voy. Pero, oye, María Juana.

MARIA.—¿Qué me quieres?

JUAN.—Verte esa cara de gloria, mujer. Más cerca.

MARIA.—Vamos, no seas tonto, anda.

JUAN.—Déjalos que esperen. Si quiero mirarte. Más cerca. (Se cogen de la mano y hablan bajo.)

ESCENA IX

Dichos y Pedro por la posada y a poco Ramón por la misma

PED.—(Aparte.) ¡Juntos! ¿Por qué habré salido yo para ver esto? (Se queda en el fondo como distraído.)

RAM.—¡Huy! La ocasión la pintan calva. Se están arrullando los palomos. (Avanza sigilosamente y se coloca entre Juan Manuel y María Juana.) Pero qué bien le sentarian estas arracadas a María Juana. ¿Verdad, Juan Manuel?

MARIA.—Vamos, quite *usté*, señor Ramón.

JUAN.—¿Si las quieres?...

MARIA.—De ninguna manera.

RAM.—Pero, pedazo de tonta, si te las feria. Tómalas... ¿Vas a despreciar una prueba de cariño de tanto peso? Son macizas.

MARIA.—¿Pero *usté* se cree que yo le quiero a Juan Manuel por el interés?

JUAN.—¿Verdad que nó? María Juana. ¿Verdad que nó?... Repítelo.

MARIA.—Ya lo he dicho.

PED.—(Aparte.) ¿Por qué no seré yo sordo de nacimiento?

RAM.—(Con las arracadas en la mano.) ¿Con que?...

JUAN.—(Aparte.) El señor Francisco se engaña. Me quiere por mí y nada más que por mí.

MARIA.—(A Juan Manuel.) Pero, chico, que van a beberse todo el vino. Vamos.

JUAN.—Vamos. Sí... Vamos,.. (Aparte.) Si no era posible. (Vanse María Juana y Juan Manuel por la posada.)

RAM.—Pero...

ESCENA X

Pedro y Ramón.

PED.—(Bajandro al proscenio.) Ahí tiene *usté* a los ricos, a los rumbosos. ¡Ja, ja!

RAM.—Pues señor, que no encuentro a quien ponerle este par. ¿A que no

hay orejas en toda la feria para vosotras? ¡Por vida de las arracadas y qué mala pata tienen!

PED.—Pues ya ha venido el Zamorano. ¿No decía usted que en cuanto que viniera el Zamorano?...

RAM.—Mira, mira, que no estoy para bromas.

PED.—Pues el que no sepa sufrirlas que no las dé, que yo bien las sufro de todo el arrabal desde que María Juana me dejó por ese hombre a quien todos ensalzan. Pero eso va a tener fin, y muy pronto.

RAM.—¿Sí?

PED.—Y un fin muy malo. Y como yo me decida, lo que es aquí más de cuatro me van a tener miedo. Y se van a tener que encerrar en su casa cuando yo transite.

RAM.—¡Hombre! ¡Gracias a Dios! Pues no tenía yo pocas ganas de conocerle; desde pequeñito. Ya sé quién eres... El Coco... ¡Ay, qué miedo! ¡Ja, ja! (Vase corriendo primera derecha.)

PED.—¡Cuando digo que voy a tener que enseñar las uñas! ¡Cuando digo que yo le voy a mascar a alguno algo! (Vase taberna.)

ESCENA XI

Queda la escena sola por breves momentos. Se oye dentro en la posada rasguear de guitarras en combinación con la orquesta. Después, cuando lo indique la música, sale el Jorobeta por el fondo y avanza al proscenio.

MÚSICA

CORO.—(Dentro.)

*Paloma voladora
que vas al palomar.
Paloma, que ya es hora
de ir al palomar.*

JUAN.—(Dentro.)

«Tengo de darle a mi novia
cuando me case con ella,
más besos que *tié* colores
mi mantilla sayaguesa.»

(Sale el Jorobeta y escucha a la puerta de la posada.)

CORO.—(Dentro.)

Tiene mi morena
negros los ojillos,
manos pequeñinas
los pies pequeñinos.
Tiene muy hermoso
tóo lo que se ve...
Lo demás que tenga
vaya usted a saber.
Todos contentos
beben y cantan
al son alegre
de las guitarras.

JOR.

Avanzando.,

También el pobrecillo
de la joroba,
canta con su guitarra
que ríe y llora.
Ellos cantan felices
coplas de amor,
y yo pido limosna
con mi *canción*.

(Cantando y tocando la guitarrilla.)

No tengo padre ni madre,
no tengo casa ni pan,
¡ay! ¡ay ¡ay! ¡ay! ¡Ay! qué pena,
qué pena es no tener *ná*.
Pero tengo una guitarra,
una guitarra y la toco,
y el que tiene una guitarra,
ya en el mundo no está solo.

Suena, guitarrilla,
que son tus sonidos
las risas alegres
del jorobadico.
Suena, guitarrilla,
que oyendo tus notas
les dicen los mozos
a todas las mozas...
Escucha, morena,
y alegría esa cara;
ya suena, ya suena
con dulce sonido,
la alegre guitarra
del jorobadico.

MARÍA

(Dentro.)

«De Bermillo de Sayago
es el hombre a quien yo quiero
de Bermillo de Sayago
es el hombre por quien muero.»

TODOS

UNIS

EL JROBETA

(Dentro.)

Tiene mi morena
negros los ojillos,
manos pequeñinas,
los pies pequeñinos.
Tiene muy hermoso
todo lo que se ve;
lo demás que tenga,
vaya usted a saber.

(En escena.)

Suena, guitarrilla,
que son tus sonidos
las risas alegres
del Jorobadico.
Suena, guitarrilla,
que tu canto es,
del Jorobadico
el único bien.

ESCENA XII

Dicho y Ramón primera derecha, con una caja de las que llevan los buhoneros.

HABLADO

RAM.—Vaya... Vamos hacia la feria a ver si se vende algo.

JOR.—El platero... A ver si me gano alguna perrilla... Señor Ramón, ¿le llevo a usted la caja?

RAM.—¡Hola!... ¿Estas tú aquí otra vez, Jorobeta?

JOR.—Sí, señor... ¿La llevo por una perra?

RAM.—Carga con ella, hombre, y andando... (Se la da.)

JOR.—¡Diantre! ¡Cómo pesan las cosas buenas! (Se dirige al fondo.)

ESCENA XIII

Dichos y Juan Manuel, por la posada.

JUAN.—Calle, el señor Ramón... ¡Eh! Señor Ramón, oiga *usted* una palabra.

JOR.—Buenas tardes, señor Juan Manuel. (Quitándose la gorra.) ¿Está usted bueno?

JUAN.—Hola, buen mozo... Toma. (Le da unas monedas.)

JOR.—¡Tres perras grandes!... ¡Qué bueno es este hombre!

RAM.—(A Juan Manuel.) ¿Y qué quieres? (Habla bajo.)

ESCENA XIV

Dichos y María Juana, al balcón

MARÍA.—(Desde el balcón.) ¡Ah! Sí... Allí está Juan Manuel y hablando con el señor Ramón. ¿A que me están mercando las arracadas? ¡Valiente tonto!

RAM.—(A Juan Manuel.) Dos onzas, chico, dos onzas... Ya ves regaladas.

JUAN.—Sí... Vengan.

RAM.—Ahí las tienes.

JUAN.—Bueno. Ya se las pagaré, señor Ramón... Ahora no llevo...

RAM.—¡Lo que quieras, hombre! Parece mentira... Tratándose de tí... Como si no me las quisieras pagar.

JUAN.—Eso no.

MARÍA.—¿Qué hablarán? ..

RAM.—Todo lo mío es tuyo. Vamos, hombre, dos onzas... Una miseria. Me ofendes, hombre... Muchas gracias.

RAM.—Vaya, adiós.

JUAN.—Vaya *usté* con Dios.

RAM.—(Aparte.) ¡Qué delicado es y qué rumboso! ¡Ni ha regateado siquiera! Vase hacia el fondo y ve a María Juana en el balcón.) ¡Ah! María Juana... (Durante el diálogo entre Juan Manuel y el Jorobeta, Ramón hace señas desde la calle a María Juana, que Juan Manuel le ha comprado las arracadas. María Juana le dice por señas que se calle y se retira del balcón.)

JOR.—Adiós, señor Juan Manuel, que siga *usté* bueno, y que Dios se lo pague y se lo aumente.

JUAN.—Muchas gracias, hombre.

RAM.—Anda, Jorobeta.

JOR.—Voy allá. (Carga con la caja y vanse Ramón y el Jorobeta por el fondo.)

ESCENA XV

Juan Manuel y a poco José y Francisco, por la posada.

JUAN.—(Aparte.) Pero qué vueltas da el mundo. ¿Quién había de decirme que yo no iba a poder pagar esta miseria? (Mirando las arracadas.)

JOSÉ.—(A Francisco.) Pero si parece imposible lo que me dices.

FRAN.—Pues es la fija y allí le tienes. (Señalándole a Juan Manuel.)

JOSÉ.—Pues voy... Las cosas claras.

FRAN.—(Aparte, riéndose.) Va a tener gracia. (Vase posada.)

ESCENA XVI

Juan Manuel y José.

JOSÉ.—Juan Manuel, ¿qué haces ahí tan pensativo? ¿Te pasa algo?

JUAN.—A mí nada.

JOSÉ.—Tú no eres franco conmigo. Desde que llegaste te he notado un no sé qué en la cara.

JUAN.—(Aparte.) (Este es un buen hombre. Para qué reservarme...) Pues sí, señor José... Me sucede... que la ambición me ha perdido... Que queriendo aumentar la fortuna que me dejó mi padre, que en paz descansa, me metí en negocios, emprendí empresas que no entendía y lo he perdido todo. Esto es lo que me sucede, señor José.

JOSÉ.—¿Pero qué dices? .. (Aparte.) Pues era cierto lo que me dijo Francisco.

JUAN.—Digo... la pura verdad. ¡Para qué he de andar con tampusos y sobre todo con *usté*, con *usté* que tanto me quiere!

JOSÉ.—Eso no lo dudas. (Pausa.) Pero, ¿por qué has sido loco, hombre?

JUAN.—Ya no tiene remedio. No hablemos de eso.

JOSÉ.—Pero oye... ¿Y no te ha quedado nada?

JUAN.—Nada. La casa vieja de Bermillo, que vale bien poco, y esa hipotecada...

JOSÉ.—¡Jesús! ¡Hombre! ¡Jesús!... ¡Qué desgracia!

JUAN.—¡Terrible! Pero yo soy joven y tengo ánimos y trabajaré y no estoy tan solo ni tan abandonado. ¿Verdad, señor José? Porque *usté* y Francisco y Ramón y otros me ayudarán, y no lo digo por lo que por ustedes hice, que eso ya se me ha olvidado, sino porque sé que me quieren.

JOSÉ.—No faltaba más. Ya lo creo. Pues digo. ¿Puedes dudarlo? Para las ocasiones son los amigos.

JUAN.—No. Si no lo dudo. Lo que le pido a *usté* por favor es que María Juana no sepa nada así de pronto.

JOSÉ.—¡Jesús! ¡Hombre! ¡Jesús!

JUAN.—Yo no me atrevo a decírselo. Ahora iba a verla; pero no, no me atrevo, *usté* se lo dirá poco a poco... Me voy... Hasta después, señor José... Adiós. (Vase segunda derecha.)

JOSÉ.—¡Anda con Dios! (Después de una larga pausa.) Y yo que quería que María Juana... Pues no va a poder ser.

ESCENA XVII

Dicho, María Juana y Francisco, por la posada. Empieza a anochecer.

MARÍA.—¡Padre! ¡Padre!... ¿Es verdad lo que me ha dicho el señor Francisco? ¿Es cierto?

FRAN.—No quiere creerlo.

JOSÉ.—Pues hija, créelo... Ahora me lo acaba de decir él mismo.

FRAN.—¿El mismo, eh?... Claro... (Aparte.) ¡Qué tunante! Ha seguido mi consejo.

MARÍA.—¡Pobre Juan Manuel!

JOSE.—Esa es la palabra... ¡Pobre!

MARÍA.—¿Y dónde está? ¿Por qué se ha ido?

FRAN.—Le dará vergüenza decirte...

MARÍA.—¡Qué tontería! ¿Por qué? Yo le he de seguir queriendo lo mismo o puede que más. Pobreza no es vileza.

FRAN.—Vileza no, pero miseria sí.

JOSE.—Tiene razón Francisco.

MARÍA.—¿Qué dice *usté*?...

JOSE.—Pues digo que... No me importa que esté este delante, (Señalando a Francisco.) que las cosas han cambiado, pero mucho... Y yo siento lo que le pasa a Juan Manuel... Sí, señor. Pero eres mi hija y debo velar por ti y, vamos, darte un buen consejo. Antes, claro, el Zamorano era una conveniencia, pero ahora... ahora puede que sea una carga.

FRAN.—No dices mal, y perdona si yo me meto...

JOSE.—¿No sería una lástima que una chica de sus prendas?... ¡Claro! Que yo por tu interés te decía... anda, quiérela, te conviene, y tú me obedecías.

MARÍA.—No... Perdone *usté*, padre. Yo no le obedecía a *usté*. No señor. Yo obedecía a éste... (Señalando al corazón.)

FRAN.—(Aparte.) (Anda.)

JOSE.—¿Qué quieres decir?

MARÍA.—Que le quiero porque le quiero y no porque usted me lo mandara.

JOSE.—¿Esas tenemos? (A Francisco.) ¿Pero has visto?

FRAN.—¡Ja... ja!... ¡Qué muchachas las de hoy!

JOSE.—Bueno. Pues yo, tu padre, te digo que esa boda no te conviene, y que no te casas con él, y que ya le estás olvidando, y cuidadito conmigo, porque ya sabes como las gasto

MARÍA.—¡Pero padre!

JOSE.—No hay padre que valga.

FRAN.—(Aparte.) Bueno va. ¡Si conoceré yo el mundo!

MARIA.—(Llorando.) ¡Pobre Juan Manuel!

JOSE.—Y nada de lágrimas y gimoteos. Arre a tu cuarto, y todo se acabó. Hay cosas que no se acaban, y el cariño es una. (Vase posada.)

JOSE.—¡Contestarme a mí!... ¡A mí!... (Amenazándola.)

FRAN.—Vamos, José... vamos! ¡Si ella al fin y al cabo te obedecerá como siempre!

JOSE.—¡Y que no lo haga! (Hablan bajo.)

ESCENA XVIII

Dichos menos María Juana. Se hace de noche. Cambia el tono de la decoración. Se iluminan poco a poco los puestos de la feria (situados en el fondo de la izquierda.) Se iluminan los faroles eléctricos de los soportales, y aparecen por la puerta de la posada. Coro general de Bermillo de Sayago con la gaita y el tamboril. Por el fondo aldeanos y aldeanas-zamoranos y Lucía por la posada,

MÚSICA

SAYAGUESES Ya dispuestos estamos para ese baile,
 Señor José.
 Y aquí en los soportales como usted ha dicho
 aquí va a ser.

ALDEANAS Al baile de la plaza,
 al baile vamos ya,
 que aquí la gente moza
 se muere por bailar.

JOSE. Venga el baile, muchachos,
 y la alegría,
 y a bailar las parejas
 con gallardía.

FRAN (A Lucía.)
 Tu no bailes con nadie;
 te lo prohibo.

LUCIA (Aparte.)
 ¡Ay, si Pedro quisiera
 bailar conmigo!

ESCENA XIX

Dichos y Pedro por el fondo y Ramón y el Jorobeta por la taberna

PED. ¿Pero empieza ese baile?...
 ¡amos, de prisa!

RAM A formar las parejas;
 pronto, chiquillas.

SAYAGUESES. ¿Dónde está María Juana?
RAM. Esa chica, ¿dónde está?

JOSÉ. Allá dentro, en la posada.

RAM. María Juana, ven acá.

CORO. Venga la copla
 para bailar,
 que las parejas
 aguardan ya.

ESCENA XX

Dichos y María Juana, posada.

MARIA.

Aunque la pena
mi pecho llena,
no hay más remedio,
he de cantar.

(Suenan la gaita y el tamboril. Se forman las parejas para el baile. Los hombres con castañuelas. María Juana avanzando. Bailan.)

Cuando siegues el trigo
y hagas el haz,
cuando lleves las uvas
para el lagar,
guárdame de las uvas
fresco racimo,
guárdame una amapola
de las del trigo.

TODOS.

Racimo y amapola
que amante pido yo.
Racimo y amapola
serán prueba de amor.

(Bailan.)

ESCENA XXI

Dichos y Juan Manuel segunda derecha.

JUAN.

¡Bien por las parejas!
¡Bien por mis paisanos!

(Aparte.)

(Afuera pesares.)

(A todos.)

¡Eal! ¡También yo bailo!

JOSÉ.—(Rápido a María Juana.)

Si viene a sacarte,
tú no has de bailar.

MARIA.

¿Y que le respondo?

JOSÉ.

Pues que no, y en paz.

JUAN.—(Dirigiéndose a María Juana.)

Si quieres ser mi pareja,
María Juana, esta es mi mano.
Vámonos, anda... Que ya esperan.
Vamos, anda.

MARIA.

Yo... No bailo.

PED.

¿Le desprecia?

LUCIA.

¡María Juana!

JOSÉ.

Me obedece.

FRAN.

Bueno va.

RAM.

¿Qué le pasa a esta chiquilla?

JOR. }

¿Por qué le despreciará?

CORO.)

JUAN.—(Después de una pausa en la que han cantado los demás los anteriores versos.)

¿Que no bailas tú conmigo?

Dí la causa. Ya la sé.

FRAN.—(Acercándose a Juan Manuel.)

Se lo dije y ya estás viendo.

JUAN.
Pausa y transición.)

Era falso su querer.

Paisanos y amigos,
prosiga la fiesta,
que aquí por fortuna
no faltan parejas.
Ahí está mi chica.
Tiene usted razón.
Lucía...

FRAN.
JUAN.

Invitándola al baile.)

LUCIA.—(Aparte a Francisco.)

¿Qué hago?
¿Bailo, tío, o no?
Pues claro, chiquilla.
y de coronilla
si él lo quiere así.
Lucía, bailemos
y el baile alegremos...
Suena, tamboril.

FRAN.

JUAN.

UNIS

Racimo y amapola
que amante pido yo, etc.

HAFLADO

JUAN.—¿Sabe usted, señor Francisco, que no me había yo fijao en Lucía?
Cuidado que baila bien y es graciosa.

LUCIA.—Muchas gracias, chico.

FRAN.—Es una perla, hombre, una perla.

RAM.—(A Pedro.) ¿Pero tú sabes lo que ha pasado aquí?

PED.—Yo no sé ni esto.

MARIA.—(A José.) ¿Lo ve usted, padre? Por usted me desprecia.

JOSÉ.—Tonta, ¿y a tí qué te importa? Si es pobre, ¿ya para qué te sirve?

MARIA.—¡Dios mío!

JUAN.—(Aparte.) ¡Quién había de pensarlo! Pero me las paga. La he de reba-
jar delante de todo el mundo.

LUCIA.—¿Pero qué ha sido esto, María Juana?

MARIA.—Déjame, quita, no me hables.

JUAN.—(A Francisco.) ¡Francisco! ¿Me da usted licencia para feriarle a su so-
brina estas arracadas?

FRAN.—Sí, hombre sí... Lo que tú quieras. ¿Qué ofensa hay en ello?... (A to-
dos.) Señores, miren, miren qué regalo le hace el Zamorano a mi Lucía.

JUAN.—(Entregándole las arracadas.) Toma, para que las luzcas a mi salud.

LUCIA.—(A Francisco.) ¿Las tomo?

FRAN.—Eso no se pregunta. (Lucía se coloca las arracadas y la rodean un grup-
de aldeanas.)

RAM.—¡Eh! Estas son aquellas; las que nadie compraba... El... él... me la
compró.

MARIA.—Yo no puedo sufrir esto.

JOSÉ.—¿A dónde vas?

MARIA.—Déjeme usted, padre. (Vase posada.)

ESCENA XXII

Dichos, menos María Juana.

RAM.—¿Pero qué ha pasado? ¿Qué es esto?

JUAN.—Pues estas son cosas del mundo, señor Ramón. Aquel Zamorano que todos conocíais, aquel Zamorano a quien todos llevaban en palmitas por lo rico y lo rumboso... hoy... se ha quedado pobre, y ya lo veis, la primera que lo ha despreciado al saberlo, es la mujer que él quería. (Movimiento de extrañeza en todos menos en Francisco, que se sonríe maliciosamente.)

LUCIA.—¡Pobre!

PED.—¡Pobre!

JOR.—¡Pobre él! Si no puede ser. Si me ha dado hace un momento tres peras grandes.

RAM.—(A Francisco.) ¿Ha dicho pobre?

FRAN.—Sí... Eso ha dicho... ¡Pobre! No tiene dos pesetas. (Aparte.) ¡Valientes tontos!

JUAN.—Parece mentira, ¿eh? Pues ya lo habéis visto.

JOSÉ.—Oye, tú... Que no permito que lleves en lenguas a mi hija. Si te ha despreciado, ha hecho bien. ¿Hay alguna escritura firmada? ¿Se te debe algo? Pues pata, y hemos concluido. Paisanos, a la feria.

JUAN.—¿Lo veis?... Este se cura en salud.

FRAN.—No puedo ver ingratitudes. Como si tú fueras a pedirle algo. No necesitas a nadie estando yo aquí.

JOR.—Muy bien dicho, y estando yo, menos.

JOSÉ.—Dale lo que quieras, y a tu sobrina también, y que te aproveche.

FRAN.—Pues sí señor... Si la quiere es suya.

JOSÉ.—Bueno, bueno. Paisanos... Vamos a los fuegos... A la feria.

TODOS.—Vamos. (Vanse José y el Coro general por el fondo.)

ESCENA XXIII

Lucía, el Jorobeta, Ramón, Francisco y Juan Manuel.

RAM.—(A Pedro.) ¿Pero ha dicho que está pobre?

PED.—¿Pues no lo ha oído usted? (Vase taberna.)

ESCENA XXIV

Dichos, menos Pedro.

RAM.—¿Y quién me va a pagar a mí?

LUCIA.—Pero tío... ¿Es verdad que?...

FRAN.—Cállate, tonta.

RAM.—Oye, Juan Manuel... dispensa. Pero... no vas a ofenderte, ¿eh?

JUAN.—¿Qué quiere usted?

RAM.—Que yo... Esta noche... ¿sabes?... Voy a necesitar eso...

JUAN.—¿Las dos onzas?

RAM.—Sí... un pago urgente... Si no, no te molestaría. (Aparte.) Me pinchan. ¡Caramba, que son treinta y dos duros!

JUAN.—Me sale *usté* como el señor José y la otra... Esta noche, esta misma noche te las daré... Y si no, ahora mismo... Francisco... Este tiene prisa ahora por cobrar las arracadas que no le he pagado.

FRAN.—Tú también, Ramón. ¡Parece mentira!

JOR.—(A Ramón.) *Usté* también... Hombre, busque *usté* quien le lleve la caja.

RAM.—Hombre... Yo le... Me pinchan.

FRAN.—Esta noche te daré yo esa miseria.

JUAN.—Gracias, Francisco.

FRAN.—Nada de gracias.

RAM.—Yo siento... pero, en fin. Bueno, nasta luego. ¡Caramba, que son treinta y dos duros! (Vase taberna.)

JOR.—(Amenazándole.) ¡Hombre... si me valiera!

ESCENA XXV

Dichos, menos Ramón

FRAN.—(Después de mirar a todos lados.) ¿Te has convencido ya? ¿Salió todo lo que yo te decía y más? ¿Has visto? Todos te vuelven la espalda.

JUAN.—Todos no, que me queda *usté*, Francisco.

FRAN.—Y dílo muy alto. Te quedamos ésta y yo. (Señalando a Lucía.) No lo digo por nada, ¿eh? Pero como mujer de su casa y buena como su tío...

JUAN.—¡Cómo ensancha el corazón en la desgracia contar con un buen amigo!

FRAN.—¿Cómo? ¿Qué desgracia? ¿Qué dices?

JUAN.—Lo que le he dicho al arrabal hace un momento.

FRAN.—¡Bien has fingido!... ¡Bien! Y yo me parece que te he ayudado a engañarlos... ¡Mira que tú pobre!

JOR.—¡Ah! ¿Pero no es pobre?

FRAN.—Ca... hombre... ca!

JOR.—Me alegre. Me alegre... ¡Viva el Zamorano!

LUCÍA.—¿De modo, que todo era un engaño?

FRAN.—Todo, chica, inventado por mí.

JUAN.—No, Francisco; no, por desgracia. Todo es cierto. Lo he perdido todo.

FRAN.—¿Qué?

JUAN.—Que estoy pobre. Si señor... Por eso le dejé a *usté* hacer y decir... *usté* no mentía.

LUCÍA.—¿De manera que...?

FRAN.—¿De modo que...?

JOR.—¡Pobre! ¡Pobrecito señor Juan Manuel!

JUAN.—Sí, señor... Y no hablemos más de esto, porque me apena. Buenas noches. ¡Ah! No se olvide *usté* de darle ahora mismo a ese las dos onzas.

FRAN.—No, hombre... Ca... Ahora mismo... (Transición.) Pero oye... ¿Y estando en esa situación, para qué quieres hacer ese gasto tonto?... Ese sacrificio. ¡Bah! No, no lo consiento. Lucía, trae, quítate esas arracadas. ¡No faltaba más! Toma... ¿Vas a gastarte dos onzas, y en mi chica? Vamos, no seas loco, Juan Manuel, no seas loco. Toma y devuélveselas a Ramón.

JUAN.—¿Que yo se las devuelva? ¿Que yo quede mal? Lucía, tuyas eran y tuyas son. Lo que da el Zamorano, no lo quita.

JOR.—(Llorando en un lado de la escena.) ¡Eso es un hombre!

FRAN.—¡Bueno, hombre... bueno! Lucía, anda para la posada.

LUCÍA.—Buenas noches. ¿Pero ya no me caso con él tío?

FRAN.—¡Cá, mujer, ca! ¿Ya para qué?

LUCÍA.—¡Ay, qué alegría! (Vase posada.)

FRAN.—Buenas noches, Juan Manuel!... ¡Pobre! ¡Pobre! ¡Bonito negocio! (Vase taberna.)

JUAN.—¡Anda con Dios! ¡Todos lo mismo! ¡Cómo se parece el pobre al muerto! ¡Todos le olvidan!

ESCENA XXVI

Juan Manuel y el Jorobete

JOR.—(Se aproxima a Juan Manuel, se arrodilla delante de él y le besa la mano.) Yo no, señor Juan Manuel. Yo no.

JUAN.—¿Qué es esto? ¿Qué dices tú?

JOR.—Que yo no, que yo no le olvido. Yo, el Jorobeta, el último del pueblo, el que todos desprecian, el perro de la calle, ese, ese le sigue a usted besando la mano y bendiciendo su nombre y diciéndole a gritos a todos esos unos... ¡Ingratos!... ¡ingratos!... ¡Aprended a ser agradecidos!

JUAN.—¡Pobre muchacho! Levanta, hombre, levanta. Ven a mis brazos, que este es tu sitio. (Le abraza.)

JOR.—¡Me ha abrazado! ¡Me ha abrazado! El... ¡El Zamorano! ¡Vaya una honra! Tome usted, tome usted.

JUAN.—¿Pero qué me das?

JOR.—Las tres perras de antes y otra perra que me dió el platero por llevarle la caja. Yo nada necesito. No tengo más. No puedo dar más. Lo siento ¡Qué se le va a hacer!... El que da lo que tiene... Con Dios, señor Juan Manuel. Con Dios. (Vase rápido fondo.)

ESCENA XXVII

Juan Manuel y Ramón. Pedro por la taberna

PED.—(A Ramón.) Allí está todavía. (Señalando a Zamorano.)

RAM.—Me alegro.

PED.—Ande usted con él... ¡Pobre Zamorano! (Con ironía.)

RAM.—(A Juan Manuel.) Juan Manuel, Francisco acaba de decirme que él no me paga eso. ¿En qué quedamos?

JUAN.—¡Diantre!... ¡Qué amargo es el no tener!

RAM.—¿En qué quedamos?

JUAN.—(Aparte.) (Como me acorralan...) Espere usted.

PED.—(Acercándose. Aparte.) Si no tiene dinero, vaya un compromiso.

JUAN.—¡Ah! Pedro...

PED.—(Con ironía.) ¡Hola! Siento tu desgracia. Cosas de la vida.

JUAN.—Sí.

RAM.—¿Pero me pagas o no me pagas?

JUAN.—Sí, hombre... Sí... Te pago. ¡Pedro! (Aparte.) No hay otro remedio!

PED.—¿Qué quieres?

JUAN.—Necesito dos onzas para pagarle a este buen amigo. No te las pido. Te vendo mi manta. Bien las vale. ¿La quieres?... Como esta no hay ninguna en Zamora, por lo extraña y por lo rica.

PED.—(Mirando la manta.) Sí, hombre, sí. Venga. Te la compro. Me deberá ese favor.

JUAN.—¡Toma... Ahí va mi mantilla. Págame a ese. (Señalando a Ramón.)

PED.—(Cogiendo la manta.) No es mal negocio. Venga usted a la taberna, señor Ramón. (Vase taberna.)

RAM.—En seguida. (A Juan Manuel.) Chico, dispensa. Pero la necesidad, los tiempos están tan malos... (Vase taberna.)

JUAN.—Los tiempos no, los amigos.

ESCENA XXVIII

Juan Manuel

MÚSICA

JUAN.

Como en pintura me veo
es lo que dice el cantar.
«No fies en las mujeres,
ni en los amigos jamás,
que las mujeres olvidan
y los amigos se van.»

ESCENA XXIX

Dicho, María Juana y Lucía por el balcón

LUCIA Aun no se ha marchado,
aun le puedes ver,
yo que tú bajaba,
y hablaba con él.
MARIA No quiero verle,
déjame, no.
LUCIA Baja, no hay nadie,
buena ocasión.
(Hablan bajo.)
JUAN ¡Como cambia la fortuna!
¡Quién pensara, quién dijera!
Que olvidado así se viera
hoy por todos Juan Manuel.
LUCIA Anda, tonta, baja y dile
que tu amor no es traicionero.
MARIA Dices bien. Porque le quiero.
Necesito hablar con él.
(Se retiran del balcón.)
JUAN Pero a todos desprecia
mi corazón,
A olvidar, Zamorano,
que es lo mejor.

Se dirige al fondo y aparece en el umbral de la puerta de la posada la figura de María Juana iluminada por la luna que refleja en la fachada de la casa

ESCENA XXX

María Juana. Juan Manuel

MARIA Juan Manuel.
JUAN ¡Ella! ¿Qué quieres?
MARIA Quiero hablarte.
JUAN No te oiré.
MARIA Es que quiero que me escuches
JUAN ¿Escucharte?... ¿Y para qué?
(Pausa y avanzan a los soportales.)
MARIA ¿No eres tú la mujer que hace poco
JUAN al compás de sonoras guitarras
en su voz toda el alma poniendo
sus amores allí me cantaba?
 ¿No te acuerdas?
 Pues oye, yo sí.
 ¿No te acuerdas?
 Cantabas así:
 «De Bermillo de Sayago
 es el hombre a quien yo quiero
 De Bermillo de Sayago
 es el hombre por quien muero.»
MARIA Al compás de las mismas guitarras
tú también tu pasión me juraste:
tú también al compás de la jota
tus amores allí me cantaste.
 ¿No te acuerdas?

Pues oye, yo sí.
¿No te acuerdas?
Cantabas así:

Tengo que darle a mi novia,
cuando me case con ella,
más besos que tié colores
mi mantilla sayaguesa.»

JUAN
MARIA
LOS DOS

No lo niego.
Yo tampoco.
Yo no niego
mi cantar.

JUAN
MARIA

Tu desprecio
mi alma hiere.
Tu desprecio
me hirió más.

JUAN

La mujer que quiere a un hombre,
por pobre no le desprecia,
que vale un alma más plata
que toda la de la tierra.

MARIA

El que quiere a una mujer,
si ella le ofende y le enoja,
que la olvide y que la deje.
no la desprecie por otra.

JUAN

Por ser pobre
mi amor tú dejaste.

MARIA

Tú por otra
mi amor despreciaste,

JUAN

Mentira, María Juana.
por otra no te dejé.

MARIA.

Tampoco yo, Zamorano,
por pobre te desprecié.

Te quiero,
me muero,
¡qué vale el dinero
para un corazón
como este que amante
palpita constante
henchido de amor!

JUAN.

Pues si aún me prefieres
y la misma eres
y amante me quieres
con loca pasión,
también, ni María,
también, vida mía,
es tuyo mi amor.

(Con pasión.)

MARIA.

«De Bermillo de Sayago
es el hombre a quien yo quiero.
De Bermillo de Sayago
es el hombre por quien muero.»
«Tengo de darle a mi novia,
cuando me case con ella,
más besos que tié colores,
mi mantilla sayaguesa.»

JUAN.

LOS DOS.

Te quiero,
me muero,
¡qué vale el dinero
para un corazón
como este que amante

palpita constante
henchido de amor!

HABLADO

JUAN.—Si no era posible que tu...

MARIA.—¿Te convences?

JUAN.—Sí, te quiero. Te quiero.

MARIA.—Vete. Si alguien viniera...

JUAN.—Tienes razón. Pero a las once vuelvo. Necesito que hablemos más.

MARIA.—A las once te espero en el balcón. (Hablan bajo.)

ESCENA XXXI

Dichos y Pedro, Ramón y Francisco.

PED.—Lo digo y lo repito. El Zamorano la deja; ella le ha despreciado y María Juana es para mí... Para Pedro.

RAM.—Que nones.

FRAN.—Me parece a mí que no.

RAM.—Y míralos allí juntitos.

FRAN.—Y hablándose de amor. Seguro por las señas.

PED.—(Alzando la voz.) ¿Qué es esto?

MARIA.—No tardes... Pero ¡ay, Dios mío! Viene gente. (Vase corriendo por-
ada.)

JUAN.—¿Quién llega?

RAM.) ¡Ay, qué risa!

PED.—¡Soy yo, Pedro! Que quiero a esa mujer que antes te despreció. Que
quiero que sea mía.

JUAN.—¿Tuya?... Esos son sueños, Pedro... Sueños. La quiero todavía y
ella me quiere... ¿Te estorbo? Tú a mí también. Y ahora, anda, vamos a ver
quién de los dos se quita el estorbo.

PED.—Vamos.

RAM.—(Interponiéndose.) Pero ¿a dónde vais a ir a estas horas? A pincharos.
A pincharse... Ni que fuérais dátiles. Y sin haberme pagado... Vamos, hom-
bre, que no.

FRAN.—Que no. Cada uno por su camino y esto se ha acabado.

JUAN.—A mí me da lo mismo ahora que luego. Cuando quieras me buscas a
solas y me encuentras. Sin nadie que nos vea. Pero, óyelo bien, esa mujer es
mía y nada más que mía. Hasta cuando quieras. Buenas noches, señores. (Vase
segunda derecha.)

ESCENA XXXII

Dichos, y a poco el Jorobeta por el fondo.

PED.—Pero ¿veis esto, hombre?

RAM.—Anda tú, anda, vamos a la taberna que te has *sofocao*. Paga unas
copas.

FRAN.—Eso es.

JOR.—¿No está el Zamorano? ¿A dónde habrá ido? Calle, estos aquí... (Se
oculta.)

PED.—Por ustés le he dejado. Pero a Juan Manuel le hago yo un desavío,
que se lo hago.

JOR.—(Aparte.) ¿Cómo?... Este no ha escarmentado todavía.

PED.—Y esa mujer, su novia, María Juana, va a ser mía y muy pronto. Esta
noche. Y esta manta, esta, la del Zamorano, en aquel balcón, en el de ella, va a
publicar mañana en el arrabal que María Juana es de Pedro y nada más que
de Pedro.

JOR.—¿Qué?

FRAN.—¿Tú que vas a hacer eso?... Chico, calla.

RAM.—¡Anda, anda *pa* adentro!

PED.—Por estas... Lo juro. (Vanse los tres taberna.)

JOR.—Pues por estas juro yo también que te has caído, chaquetón. (Vase posada.)

ESCENA XXXIII

Se apaga la luz eléctrica de los soportales; queda la escena a oscuras y sólo iluminada por la luna. María Juana, al balcón regando los tiestos y Lucía.

LUCIA.—Ten cuidado no pase alguien.

MARIA.—No hay cuidado, Lucía. Si riego los tiestos, es para que las flores se alegren y den más perfume para cuando Juan Manuel venga.

LUCIA.—¡Qué cosa más buena debe ser hacer las paces con el hombre a quien se quiere!

MARIA.—Ya lo creo.

LUCIA.—¿De modo que a las once le tendrás aquí?

MARIA.—A las once.

LUCIA.—¡Cuándo esperaré yo así a mi Pedro!

MARIA.—No pierdas la esperanza.

LUCIA.—Vaya, pues yo te dejo, que ya las once estarán al caer y no quiero ser indiscreta.

MARIA.—¿A dónde vas?

LUCIA.—A acostarme.

MARIA.—Pues hasta mañana.

LUCIA.—Adiós. (Se besan y vase Lucía.)

MARIA.—(Apoyada al balcón.) ¿Vendrá pronto? Tengo una impaciencia... Pero... No debo estar al balcón esperándole. Que espere él a que yo salga... Justo. Eso debe ser. (Vase.)

ESCENA XXXIV

Pedro, saliendo de la taberna.

MÚSICA

A todo estoy dispuesto;
segura es la ocasión;
la calle está desierta.
¡Valor... Pedro... valor!

(En un reloj de torre lejano, dan las once. Pedro dirigiéndose a todos lados y luego al fondo. Después sube por la reja, echa la manta a los hierros del balcón donde se apoya para preparar.)

JOR.—(Desde la puerta de la posada con una horquilla grande de labranza.)

¡Pericol... ¡Ah!... ¡Tunante!

(A María Juana que aparece en el balcón.)

¡Chiquilla!... ¡Valor!

Que aquí está el demonio
con su tenedor.

(Pincha a Pedro que se defiende de los ataques de María Juana y del Jorobeta.)

PED. ¡Maldito! (Al Jorobeta.)

MARIA.

¡Cobarde!

PED.

Te voy a matar. (Al Jorobeta.)

JOR.

Baja pronto, que te espero,
y te voy a reventar.

ESCENA XXXV

Díchos y Juan Manuel, segunda derecha.

JUAN.—(Fijándose en el grupo del balcón.)

¿Qué es esto?

(Pedro haciendo un supremo esfuerzo cae al suelo desde el balcón.)

JOR. Se escapa

(Echa a correr detrás de él con la horquilla.)

JUAN. Matarle quiero.

(Vase corriendo tras breve lucha.)

MARIA

¡Jesús me valga!
¡Ay, Virgen bendita,
no sé lo que hacer!
Se alejan, ¡Dios mío!
Tras ellos iré.

(Vase del balcón y a poco sale la figura por la posada y sale corriendo por primera derecha.)

CORO

(Dentro.)

*Paloma voladora
que vas al palomar,
paloma, que ya es hora
de ir al palomar.*

ESCENA XXXVI

Ramon y Francisco por la taberna, algo alegres

HABLADO

RAM.—Oye, Francisco... No te caigas. Vete derechito como yo.

FRAN.—Ramón, no escribas.

RAM.—¿Por qué lo dices, por las eses?... Si es que juego.

FRAN.—(Reparando en el balcón y en la manta.) ¡Pero oye... ¡María Santísima!

Mira... Mira. (Señalando al balcón.)

RAM.—¿Qué?

FRAN.—La manta de Pedro.

RAM.—Pues es verdad... ¡Y en el balcón de María Juana! ¡*consumatum est!*

FRAN.—Hizo lo que nos dijo.

RAM.—Por las señas...

Los dos.—¡Qué barbaridad!

ESCENA XXXVII

Dichos y José con el coro general, fondo izquierda

José.—Vaya, vaya a descansar... Que mañana será otro día. Vamos a la posada... Yo iré delante.

RAM.—(Interponiéndose.) ¡José!

FRAN.—¡José!

José.—¡Ah! ¿Pero estáis ahí?... ¿Que queréis?

RAM.—¡José! (Abrazándole.)

FRAN.—¡José! (Idem.)

José.—¡Anda!... ¡Buenos estais! (Todos rien y forman grupos.)

RAM.—(A Francisco.) Hay que decirselo.

FRAN.—Pus claro.

RAM.—José... Mira. (Mostrándole el balcón.)

FRAN.—Ya no tiene remedio, hijo.

José.—¿Qué es ésto? ¿La manta del Zamorano en el balcón de mi hija?

Los dos.—Sí.

RAM.—José... Hay que casarlos.

José.—¿Qué?... ¿Qué decís?

FRAN.—Que hay que casarlos.

RAM.—Que eso no se cura más que con el cura.

José.—¡Ah! Conque ese sinvergüenza del Zamorano, porque se la he negado... (Llamando.) ¡María Juana! ¡María Juana!

FRAN.—¡Pobre José! ¡Vaya un trance!

RAM.—¡Y gordo!

ESCENA XXXVIII

Dichos y Lucía por el balcón, cuando se indique

José.—¿Pero dónde está mi hija?

LUCIA.—(Dentro.) ¿Quién llama?

José.—¡Es la voz de Lucía!

FRAN.—¡Mi sobrina, sí! (Asustado.)

José.—¿Pero dónde está María Juana?

LUCIA.—(Saliendo al balcón a medio vestir.) Aquí no está.. Yo la dejé en el balcón... después no sé...

FRAN.—¿Tú?

RAM.—¡Lucía! Es Lucía... ¡Pobre Francisco!

José.—Hay que casarlos.

FRAN.—¿Pero estás sola?

LUCIA.—Sí, señor.

FRAN.—¿Pero no ha subido nadie?

LUCIA.—No, señor.

José.—¿Pero dónde está María Juana?

FRAN.—¿Pero y esa manta?

RAM.—¿Qué ha pasado aquí?

José.—¿A que se han escapado?

FRAN.—Lucía... ¡Baja! Baja aquí con tu tío en seguida.

LUCIA.—Allá voy... ¿Pero qué pasa? (Se retira del balcón.)

ESCENA FINAL

Dichos, María Juana, el Jorobeta, Juan Manuel, cuando se indique, por la posada, Lucía.

JOR.—A quitar, a quitar la manta, porque si la ven...

MARIA.—(Viendo a todos y retrocediendo.) ¡Ay, todos aquí!

JUAN.—¡Adelante! ¿Que te importa?

JOR.—Adelante los valientes.

José.—¡María Juana! ¿Y con ese hombre? ¡Ven! ¿Qué es esto? Habla.

JUAN.—Quien va a hablar soy yo. Esta mujer viene conmigo de ver correr a un hombre que no tuvo valor para hacerme cara.

JOR.—Ni a mí... eso...

JUAN.—Ese hombre es Pedro, que quiso lograr de esta mujer por fuerza lo que por amor no lograba. Porque esta mujer es mía y a mí solo me quiere por bre y todo.

José.—¿Qué? ¿Tuya?

JUAN.—Sí, señor; me quiere.

MARIA.—Le quiero, sí, padre... Con toda mi alma.

José.—¡María Juana!

JOR.—(Interponiéndose.) Sí, se quieren mucho.

JUAN.—Y esa manta que véis ahí colgada de esos hierros no publica deshonra como pretendía ese infame de Pedro. Lo que publica ahí colgada con sus vistosos colores y sus rizados flecos es fiesta y alegría. Eso, eso es lo que está diciendo a voces desde ese balcón mi manta zamorana.

VOCES.—¡Eso! ¡Eso!

RAM.—(A José.) Que se casen, hombre, que se casen; sea usted agradecido. Si no, va a ser peor.

LUCIA.—¡Tío!... Aquí estoy...

FRAN.—¡Lucía!... ¿Pero no subió nadie, hija mía? ¿No ha subido Pedro?

LUCIA.—(Llorando.) No, tío... No... No ha subido nadie.

FRAN.—Calla y no llores, hija, que parece que lo sientes.

José.—¡Bueno, hombre! Bueno, que se casen. (Alegría en todos.)

JOR.—Viva el Zamorano, y la novia del Zamorano y el Jorobeta.

MARIA.—(A Juan Manuel.) Pues ya es tuya María Juana, en mí tendrás más amores que flecos tiene y colores tu mantilla zamorana. (Música y TELON)

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.
Economía por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID



Filtros para agua "ARSO" son los más económicos y los que más rinden. Se sirven bueltas para todos los sistemas de filtros a los reducidos. De venta:

ca "ARSO,, - Madrid
RDENAL CISNEROS, NÚM. 28

PARA AUMENTAR DE PESO

tonificar nervios y músculos
y adquirir buen apetito, tome el

HIPODERMOL

FRINÉ

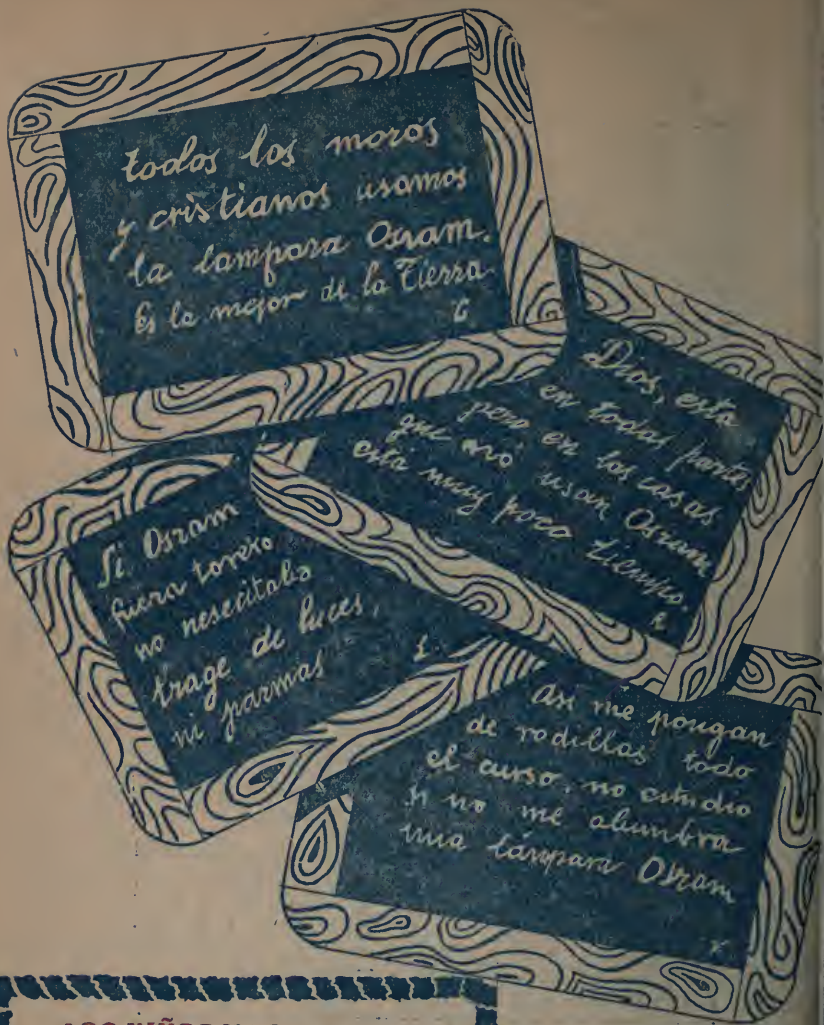
A NUESTRAS LECTORAS

Cumplida la parte más esencial de nuestro propósito al fundar esta Revista—la divulgación de los más interesantes temas acerca del *Hogar*, la *Higiene* y la *Tollette*, etc. etc.—, nos complacemos en manifestar que a partir del corriente número, FRINÉ quedará convertido en una interesantísima Revista de Modas que publicará previa una exquisita selección, numerosos y bellísimos toillettes —más de

CIEN FIGURINES SEMANALES

—confeccionados por los más famosos modistos de Londres, París y New-York. Esto no será óbice para que sigamos consagrando como hasta aquí una muy preferente atención a todas aquellas fundamentales materias que integran el mundo social, intelectual y físico de la Mujer.

El precio y el formato de esta Revista seguirá siendo el mismo.



LOS NIÑOS Y LOS VIEJOS

son los autores de las grandes verdades. Ellos están conformes en reconocer a la lámpara OSRAM como la mejor en luz, solidez y economía. La lámpara OSRAM no ALUMBRA, DESLUMBRA.

NOVELA
CENTRAL

10 cts.

CISCO BAPRAYCOA

PEDRO JIMÉNEZ
Comedia en dos actos
Perrín y Palacico

Jover
1918



LA NOVELA TEATRAL

Director: José de Uro

Complemento de la Novela Corta

Estimulados por el extraordinario éxito que han obtenido nuestras Revistas LA NOVELA CORTA, LA NOVELA TEATRAL y FRINÉ, vamos a lanzar a la publicidad un nuevo semanario de carácter infantil popular, titulado,

B E B É

el cual, tanto por sus maravillosas ilustraciones en SEIS COLORES, dibujadas por nuestros más ilustres artistas, como por la exquisita selección de su texto,—cuentos fantásticos interesantísimos, emocionantes narraciones detectivescas, historietas cómicas graciosísimas, etc. etc.—será el semanario preferido por el público infantil.

B E B É

MARAVILLOSA REVISTA INFANTIL
APARECERÁ EN BREVE

Pedro Jiménez

COMEDIA EN DOS ACTOS, ORIGINAL DE

Guillermo Perrín y Miguel de Palacios

PERSONAJES

MERCEDES.-ENRIQUETA.-DOÑA DOLORES.-PEDRO.-ANTONIO.-FELIPE.-PEPE

La acción en Madrid.—Época actual.

ACTO PRIMERO

La sala bajá de un hotel. Puerta al foro y laterales. Dos ventanas al foro que dan a un jardín. Sillas, sillones, dos mecedoras. Tiestos en las ventanas. Un velador con perlódicos, timbre, etc. Es de día. Se pondrán algunos cuadros o platos pintados. Todo lo que dé carácter a la decoración.

parece la escena sola. La puerta del foro estará cerrada. Al levantarse el telón, se oye un timbre eléctrico dentro. Doña Dolores; después Pepe. Doña Dolores hablará con marcado acento andaluz.

DOL.—(Saliendo por la primera puerta de la derecha.) ¡Pero Jesús!... ¿No hay nadie en esta casa? ¿A qué hora se levanta la servidumbre? Estoy llamando y nada. (Se dirige a un lado de la habitación y toca un timbre que suena dentro.)

PEPE.—(Saliendo por la segunda puerta de la izquierda, poniéndose la americana.) ¿Quién llama a estas horas? (Viendo a doña Dolores.) ¡Ah! La señora...

DOL.—¡Gracias a Dios que ha venido alguien! ¿son ustedes sordos?

PEPE.—No señora... Estábamos durmiendo, y...

DOL.—¿Durmiendo a las ocho de la mañana?

PEPE.—Como los señoritos se levantan tarde, nosotros...

DOL.—Vaya un arreglo de casa. Ya le diré yo a mi hija lo que hace al caso.

PEPE.—(Aparte.) (Cómo madruga la suegra de mi amo. Nos ha caído la lotea.) (Alto.) ¿Qué quería la señora?

DOL.—Lo primero que te laves la cara, porque tienes los ojos como puños de tanto dormir. Lo segundo, que abras esa puerta, (Señalando la del foro.) que quiero bajar al jardín a que me de el fresco... Me ahogo en las habitaciones... ¡Ay! ¡Mi Sevilla de mi alma!... ¡Ay, mi patio!... Oye, que me sirvan el chocolate en el cenador... ¡Perpe prontito, eh!

PEPE.—En seguida.

DOL.—¡Ah!... Mira, dile a la cocinera, que los picatostes estén bien tostados. (Vase por el foro izquierda.)

PEPE.—Nos ha venido Dios a ver con esta señora. ¡Qué manera de madrugar! Se conoce que en Sevilla se acuestan con las gallinas y se levantan con los gallos. ¿Pensará estar mucho tiempo en casa?... ¡Vaya un genio que tiene! ¿Qué ejecutiva es!... ¡Qué diferencia de la señorita Mercedes y del señorito Pedro!... Estos sí que son dos amos... Cariñosos, amables, considerados, y sobre todo, que se levantan a las doce... En fin... Vamos a que le hagan el chocolate a esa señora. ¡Bonita cara va a poner la cocinera cuando la diga que se levante. (Se dirige a la segunda puerta de la izquierda.)

Dichos; Antonio por el foro derecha

ANT.—¡Pepe! ¡Pepe!

PEPE.—Don Antonio! ¿Usted por aquí a estas horas?

ANT.—Sí, muchacho. Oye... Responde. ¿Ha venido alguien a preguntar por el señorito Pedro?

PEPE.—¿Cuándo?

ANT.—Hoy. Hace poco.

PEPE.—No, señor. A las ocho de la mañana no son horas de...

ANT.—Es verdad. He llegado a tiempo. Menos mal.

PEPE.—Las que llegaron anoche de Sevilla fueron doña Dolores y su hija la señorita Enriqueta.

ANT.—¿Cómo? La suegra de Pedro y la hermana de Mercedes están aquí ¿Llegaron anoche?

PEPE.—Sí, señor.

ANT.—¡Qué complicación! ¡Si se enteran!... ¡Dios mío, qué compromiso!

PEPE.—¿Qué le sucede?

ANT.—¡Pepe! ¡Pepe! Dile a tu amo que estoy aquí. Que necesito verle.

PEPE.—Si está en la cama.

ANT.—Corre, entra, llámale.

PEPE.—Pero...

ANT.—Entraré yo mismo.

PEPE.—(Deteniéndole.) Si no se ha levantado la señora tampoco.

ANT.—Entonces no entro. En fin... Bueno. Volveré. No le digas a nadie que he venido.

PEPE.—Está bien.

ANT.—¿Qué voy a hacer?... ¡Doña Dolores aquí! ¡Enriqueta aquí!... Pedro solamente puede salvarme. Adiós. (Vase por el foro de la derecha.)

PEPE.—¡Vaya usted con Dios! ¿Pero qué le pasará a don Antonio?... Pero qué cabeza... Voy a que preparen el chocolate. (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

Mercedes; a poco Enriqueta.

MERC.—(Saliedo por la primera puerta de la izquierda.) ¿Se habrá levantado ya Enriqueta? Voy a ver. Luego dirá mamá que no madrugo. (Se dirige a la segunda puerta de la derecha y llama.) ¡Enriqueta!

ENR.—(Dentro.) Ya voy, Mercedes... Ya voy.

MERC.—Mamá de seguro que ya está en el jardín. Su costumbre de Sevilla. (Asomándose a una ventana.) Con efecto, allí está.

ENR.—(Saliedo por la segunda puerta de la derecha.) ¡Buenos días, Mercedes. (Se besan.)

MERC.—Buenos días. ¿Has descansado?

ENR.—Perfectamente.

MERC.—Pues ven; vamos a ver a mamá, que está en el cenador.

ENR.—No; espera. Tengo que hablarte.

MERC.—¡Secretitos!...

ENR.—Sí; pero... Silencio.

MERC.—Hija, qué misteriosa estás.

ENR.—Anoche, cuando llegamos, no pude hablarte, y...

MERC.—Habla, habla.

ENR.—Pues escucha. (Se sienta.) ¿Eres feliz con tu marido.

MERC.—Hija... ¡qué pregunta! ¿Puedes dudarle? No hay otro marido como mi Pedro.

ENR.—¿De manera que es un modelo?

MERC.—Un modelo en su clase. Bueno, afable, cariñoso. No me abandona un momento. Me acompaña a todas partes. A paseo, al teatro, a casa de la modista, a las tiendas de modas.

ENR.—¡Ah! ¿Entiende también de modas y de telas?

MERC.—Ya lo creo. Tiene un gusto exquisito.

ENR.—Pues no se parece entonces a mamá, que me compra unos trajes y unos sombreros que llaman la atención en Sevilla.

MERC.—Entonces, ¿de qué te quejas?

ENR.—De que la llamo por cursi.

MERC.—¡Qué niña eres! ¿Y era este todo tu secreto?

ENR.—No, verás. Me has dicho que tu marido es muy buco. Pues bien, yo tengo otro marido como el tuyo.

MERC.—¿Tú?

ENR.—No... Es decir, no le tengo todavía, pero aspiro a tenerlo.

MERC.—¡Ah! Vamos, eso es otra cosa.

ENR.—No tomes a broma lo que te digo.

MERC.—Continúa. Ya me pongo seria. ¿Quién es ese aspirante?

ENR.—Un joven muy guapo.

MERC.—Vamos...

ENR.—Y muy rico.

MERC.—¡Hola!

ENR.—Y que me quiere.

MERC.—Anda...

ENR.—Y que está dispuesto a casarse en seguida. Ya ves que esto no se encuentra todos los días.

MERC.—Ca... ni muchísimo menos.

ENR.—Pero...

MERC.—¿Ya salió el inconveniente?

ENR.—Sí... mamá.

MERC.—¡Ah! Es verdad. Recuerdo que me lo escribió hace tiempo. Quiere casarte con don Antonio, su amigo de la niñez, persona seria. Es un buen partido, mira... Tiene fortuna, es abogado, hombre formal... Piénsalo, Enriqueta... Piénsalo.

ENR.—Sí... sí... Ya lo tengo pensado. Quiero casarme con Felipe Gutiérrez.

MERC.—¿Qué?... ¿Pero Felipe es el que?... ¿Nuestro vecino?... ¿El del lado de al lado?

ENR.—El mismo. Estuvo en Sevilla el año pasado durante la feria. Allí nos conocimos, y...

MERC.—Y vamos, que te fué bien en la feria. Pues, hija, es muy amigo de Pedro, y viene con frecuencia, y es extraño que no nos haya dicho...

ENR.—Es muy corto.

MERC.—Malo. Los hombres encogidos, no sirven para nada, Enriqueta.

ENR.—Algo había de tener. Pero, en fin, tú que eres tan buena, ¿quieres ayudarme, haciendo que mamá?...

MERC.—¡Ay, hija mía! Ya conoces tú a mamá. Acuérdate de lo que yo sufrí antes de casarme con Pedro.

ENR.—Sí; es verdad.

MERC.—Sin embargo, intercederé por ti; pero como don Antonio le ha estado por el ojo derecho, y la verdad es que se lo merece, no confío...

ENR.—Tú haces de mamá lo que quieres.

MERC.—¡Ojalá! Y además, es preciso que reflexiones, Enriqueta. Entre don Antonio y ese muchacho existe una notable diferencia.

ENR.—Ya lo creo. En años, sobre todo. Como que ese futuro que me destinan, es un futuro... imperfecto... Porque... ¿No te has fijado? Le faltan dientes y le va faltando el pelo, y el que le queda, se lo tiñe.

MERC.—¡Chica, chica!

ENR.—Y además... Vamos... ¿Tú crees que la primavera y el invierno pueden hacer buenas migas? Pues, no, señor. Los primeros días, ya me los sé yo e memoria. Mucho paseo, mucho mimo, mucho salir, mucho entrar, pero luego... ¡Bonita vida! Un hombre que me lleva lo menos veinte años, y abogado. Figúrate tú! Yo no sé cómo hay muchacha que se case con un abogado. Ir a acerle un mimo, una caricia, y que no te la devuelva, porque está pensando en las Partidas, o en las leyes de Toro, o en el Derecho canónico, o en algún criminal, ¡figúrate tú!

MERC.—¡Pero qué loca eres!

ENR.—En cambio, si me caso con Felipe... ¡Qué diferencia!... Un muchacho la última moda. Elegante, distinguido, joven como yo... Que tiene toda la entadura... Que no hace nada... Es decir, que no tiene ocupación ninguna.

porque no la necesita gracias a Dios... Que estará siempre a mi lado... Mirándose en mí... Que me llevará a los bailes... a las reuniones. Y sobre todo, cuando te haga una caricia o un mimo, no estará pensando en ninguna clase de derecho, sino en el dulcísimo deber que tiene de quererme mucho.

MERC.—¡Enriqueta!... ¡Hija mía! ¡No sabía yo que tenías esas condiciones oratorias!... ¡Vaya un discurso!

Dichas. Felipe, por el foro derecha.

FEL.—(Oculta en el sombrero un tiesto pequeño con un tulipán que descubrirá a su tiempo.) ¿Se puede?

ENR.—¡Eh!

FEL.—¡Ella!

MERC.—El otro... Adelante, adelante.

FEL.—No sé si debo... porque la verdad es que la hora no es muy...

MERC.—Usted viene a su casa.

FEL.—Muchas gracias. Vengo... ya comprendo que... Pero me he determinado contando con la... (A Enriqueta.) ¿Ha llegado usted bien? ¿Y la mamá? Está era el objeto de mi visita. Supe... anoche me lo dijeron... que habían usted llegado, y dije... ¿iré? No... La hora... Eran las once.

MERC.—Sí, sí. Tome usted asiento.

ENR.—Siéntese usted.

FEL.—Gracias... muchas gracias... estoy bien... Pero... bueno... me sentaré. (Se sienta.)

ENR.—(A Mercedes.) ¿Lo ves? Está cortado el pobrecillo.

MERC.—Ya lo veo. (Pausa.)

FEL.—(Presentando el tiesto.) Pues... no vale nada... Pero... aquí traigo esto. He recordado que doña Dolores, su mamá de usted, (Por Enriqueta.) y de usted (Dirigiéndose a Mercedes.) me dijo cuando yo estuve en Sevilla hace cinco meses... digo seis... no siete... ocho... ocho va a hacer ahora el día veinte. Pues me dijo... me enamoran los tulipanes. El tulipán es mi flor favorita, y he dicho... pues me tomo la libertad de... no vale nada... pero...

MERC.—(Aparte.) (Qué buena memoria tiene) (Alto.) Lo agradecerá mucho.

ENR.—Es muy bonito. Qué encarnado.

FEL.—(Aparte.) Ya me lo ha conocido. Debo tener toda la sangre en la cabeza.

MERC.—No está mal, no está mal el pretexto. (Sonriéndose.) Usted adora el santo por la peana.

FEL.—Yo señora... usted supone que yo... Perdone usted, pero...

MERC.—Vaya, hablemos claros y sin puntos suspensivos. Felipe, ya sé que quiere usted a mi hermana. Yo le aprecio a usted mucho; mi marido también... ¿Por qué no ha sido usted más franco con nosotros?

ENR.—Dice bien Mercedes.

MERC.—Vamos, yo prometo a ustedes mi ayuda. Yo convenceré a mamá. Es usted un buen chico.

FEL.—¡Ay, señora! No sé cómo... cómo pagarle... Disponga usted... ¿le gustan a usted los tulipanes encarnados?

MERC.—No, hombre, no. Eso a mamá.

FEL.—Pues yo... si usted nos ayuda, estoy resuelto ahora mismo a pedir el mano de Enriqueta.

ENR.—(A Mercedes.) ¿Ves cómo me quiere? Está resuelto.

MERC.—Por Dios, Felipe, despacio, hombre, despacio. Hay que dar tiempo al tiempo. ¿Qué prisa tienen ustedes?

ENR.—Hija, como tú ya estás casada.

FEL.—Es claro, no tiene prisa, pero uno... uno... el que espera... si esperar ser feliz... desespera... y...

ENR.—Claro... y nosotros ya nos vamos desesperando, aunque nos esté mal el decirlo.

FEL.—No, si no te está mal... No te está mal.

MERC.—¡Son ustedes dos chiquillos!... ¡Ay! ¡Ya me lo dirán ustedes a los dos años de casados!...

ENR.—¡Sí, pues tú puedes quejarte!

MERC.—¡Quejarme! No... ni muchísimo menos.

FEL.—¡Tiene razón! No contradigas a tu hermana... A los dos años ya...

ENR.—¿Qué dices?

FEL.—No, nada... (Aparte.) ¡Caracoles!

MERC.—¡Vaya, vaya!... Todo se arreglará. Déjenme ustedes a mí...

Dichos, doña Dolores, por el foro izquierda

DOL.—¡Ay, Jesús! ¡Qué chocolate! Me va a hacer daño... Como si lo viera.
Con qué harán el chocolate en Madrid?

MERC.—Mamá.

FEL.—(Aparte.) ¡Doña Dolores!

ENR.—Mamita, buenos días.

FEL.—(Saludando.) ¡Señora!..

DOL.—¡Caballero!... (Aparte.) (¿Quién será éste,

FEL.—No me recuerda...

ENR.—¿No te acuerdas de este joven?

MERC.—Don Felipe Gutiérrez.

DOL.—¡Ah! Sí; ya le recuerdo. ¿Cómo está usted? ¿Y la señora? ¿Y los niños?

ENR. } Pero mamá...

MERC. }
FEL.—Señora... usted me confunde. ¿Yo niños? No... Nunca... No... Todavía...

ENR.—Si este joven es aquel de Sevilla, amigo de las de Ramírez...

DOL.—¡Ah! Sí.

FEL.—Ya me recuerda... Soy aquel a quien usted le dijo aquella tarde... Me enamoran los tulipanes... El tulipán es mi flor favorita, y yo... (Presentando el tiesto.) me he tomado la libertad... No vale nada... pero...

DOL.—(Cogiendo el tiesto.) Muchas gracias, muchas gracias. Es muy bonito... Ya recuerdo... (Aparte.) (Pues no sé quién es este sujeto.) (Alto.) Pues sí; a mí las flores me encantan. Son mi única afición.

ENR.—Sí, se muere por ellas.

MERC.—Es verdad.

FEL.—Pues tiene usted muy buen gusto. Las flores son las... son el emblema de... A mí me... Vamos, me entusiasman. Hay cada...

DOL.—(Remedándole.) Sí... ya... Hay cada... Ya lo creo... Pues digo... Las sí... (Aparte.) (Este hombre es tonto.)

ENR.—El tulipán es precioso, ¿verdad?

DOL.—Preciosísimo.

FEL.—Celebro que...

DOL.—Pero en Sevilla tengo yo unos ejemplares rarísimos. ¿Usted no ha visto mi casa de Sevilla? Aquello es un encanto. Tengo un patio que es un jardín, con una fuente en medio, con un chorro que sube a más de dos varas de altura. Y tengo en ella unos peces de colores que da gloria verlos.

FEL.—Sí... los peces son muy monos... (Aparte.) (Le gustan los peces.) (Alto.) Siempre nadando, siempre nadando.

DOL.—Naturalmente, hombre, naturalmente.

FEL.—(Aparte.) ¡Plancha! (Pausa. Todos los personajes se miran.) Y... Sevilla seguirá lo mismo.

DOL.—Sí, señor. Buena, gracias.

FEL.—¡Aquellos patios! ¡Aquellas cancelas! ¡Aquella Giralda! ¡Aquel Guadalquivir!

DOL.—¡Ah! El Guadalquivir... Sí... sí... El río sigue tan corriente.

FEL.—(Riéndose.) Pero ¡qué bromista es usted! Como se conoce que es usted sevillana.

DOL.—Sí... sí... (Aparte.) (Y usted de Coria.)

MERC.—Sevilla es preciosa.

ENR.—Preciosísima.

FEL.—Aquel cielo, aquel sol, aquel...

DOL.—(A Mercedes.) ¡Hija mía! Este muchacho es lila, pero tiene mucho qué!

ENR.—¿Se acuerda usted de la Alameda de Hércules?

FEL.—Mucho, muchísimo.

MER.—¿Y de las Delicias?

FEL.—¡Deliciosa! ¿Y aquella Fábrica de Tabacos? ¡Qué cigarre!...

ENR.—¿Cómo?

DOL.—¿Eh?

FEL.—¡Qué cigarros! (Aparte.) ¡Plancha!

DOL.—¡Ya! ¡Ya!...

FEL.—Pues yo, con permiso de ustedes... me... Vamos... no quiero molestar y... (Saludando.)

ENR.—¿Tan pronto?

MERC.—Usted no molesta...

FEL.—Muchas gracias... Pero... ya volveré a saludar a ustedes... ¡Señoras!...

DOL.—¡Caballero!...

FEL.—A los pies de ustedes.

DOL.—Beso a usted la mano: (Vase Felipe por el foro derecha. Aparte.) ¿Quién es este mono?

Dichos, menos Felipe.

ENR.—Mamá...

MERC.—¡Por Dios! ¡Que es un amigo nuestro!

DOL.—Toma, toma, Enriqueta,.. lleva esto a la estufa del jardín. (Le entrega el fiesto.)

ENR.—Voy, mamá. (Aparte a Mercedes.) Aprovecha la ocasión, ¿eh?

MERC.—(¡Descuida!) (Vase Enriqueta por el foro izquierda.)

Doña Dolores y Mercedes.

MERC.—Pues es muy fino ese muchacho.

DOL.—No lo niego.

MERC.—Y es muy rico.

DOL.—Mejor para él. ¿Y a qué se dedica? ¿Qué ha hecho ese hombre para ser rico?

MERC.—Nada. Ha heredado.

DOL.—¡Qué suerte! Ya me lo figuraba yo. Ese hombre no debe servir para nada. Como otros que yo conozco.

MERC.—¡Mamá!

DOL.—Sí, señor. Hay muchos de esos que comen la sopa boba sin haber hecho nada en su vida. Unos heredan como ese, y otros... ¡se casan con una mujer rica y a vivir! ¡Conmigo habian de dar! Tu padre, que en paz descansa, se casó conmigo por eso; pero yo, ca, en cuanto pasó la luna de miel, que fué breve, porque a mí me empalaga el dulce, le dije: hijo mío, a trabajar, y le busqué ocupación. Desde las siete de la mañana, hasta las once, en casa de un notario. De once a cinco, en una oficina del Gobierno, y por la noche le hacía copiar pliegos para la curia... Así, así... El hombre ha nacido para trabajar.

MERC.—¡Pobre papá!

DOL.—Para llenar sus deberes. Así murió el pobre tan contento.

MERC.—¡Claro! El que se muere descansa.

DOL.—¿Y tu marido, descansa todavía? ¿Está durmiendo el infeliz?

MERC.—Sí: se levanta muy tarde.

DOL.—¿Pues a qué hora va a la oficina?

MERC.—¿A la oficina?

DOL.—A sus ocupaciones... a sus negocios...

MERC.—No... Si Pedro no...

DOL.—¡Ah! ¿No se dedica a nada? Por eso no me decías nada en las cartas.

MERC.—No, ¿para qué? Pedro no lo necesita. Vivimos muy bien. Me acompaña a todas partes. Siempre vamos juntos... Me quiere mucho.

DOL.—Eso es un deber, pero no es una ocupación.

MERC.—¡Somos muy dichosos!

DOL.—¿Dichosos sin hacer nada? Imposible.

MER.—Pero...

DOL.—El me prometió, cuando os casásteis, no vivir a tu costa. Buscar un festino... Hacer algo. La ociosidad es la madre de todos los vicios. Quién sabe si te engaña... Quien sabe si con esa *monita* que tiene, andará por ahí de pios pardos... No te fíes.

MER.—Pero, mamá.

Dichas. Pedro por la primera puerta de la izquierda

PED.—Buenos días, querida mamá. ¿Se ha descansado?

DOL.—(Secamente.) Sí, señor: muchas gracias.

PEDRO.—(Aparte.) ¡Qué tono! (A Mercedes.) Oye... ¿qué le pasa a tu madre?

MER.—Nada.

PED.—Bueno. (Pausa. Se sienta en una mecedora, enciende un cigarro y canta.)

Dichoso aquel que tiene
su casa a flote. (Transición.)

Merceditas... ¿Y qué vamos a hacer hoy?

MER.—Lo que tú quieras.

PEDRO.—Pues mira, el gran programa. Almorzaremos en el jardín. Después saldremos en coche. Haremos unas cuantas visitas, y luego al Retiro. Después comeremos y... ¿Nos toca hoy el Real?... ¡No! Pues iremos a Lara. ¿Qué te parece?

MER.—Muy bien.

DOL.—Muy mal.

PEDRO.—¿Qué dice usted, mamá?

DOL.—Lo dicho. Déjanos. Mercedes; tengo que hablar a tu señor esposo.

MER.—Pero...

DOL.—Anda...

MER.—(A Pedro.) (No le haga caso.) Adiós.

PEDRO.—Adios, mujercita mía... con permiso de usted, mamá. (La abraza.)

DOL.—Usted lo tiene. (Aparte.) Jesús, qué empalagoso. (Vase Mercedes por el foro izquierda.)

Doña Dolores y Pedro

PEDRO.—(Se sienta en la mecedora. Aparte.) (Vamos a oír el sermón de pasión.) (Pausa.)

DOL.—¿Y eso es todo lo que tiene usted que hacer hoy?

PEDRO.—Todo. Yo lo tengo todo hecho.

DOL.—¿Sabe usted lo que le digo?

PEDRO.—Usted dirá.

DOL.—Que yo he visto hombres desahogados, pero como usted, ninguno.

PEDRO.—Que tengo una posición desahogada, querrá usted decir.

DOL.—No, señor. Que no tiene usted ni pizca de aprensión, hijo mío. Yo soy muy clara.

PEDRO.—Bueno.

DOL.—Hace un año que le dí a usted la mano de mi hija.

PEDRO.—Un año y dos días.

DOL.—Usted no tenía nada. Ella era rica. Usted me prometió solemnemente dedicarse a algo.

PEDRO.—Y me dedico a quererla.

DOL.—¡No faltaba más! Aún recuerdo sus palabras de usted: «Doña Dolores, el hombre no debe nunca vivir a costa de su mujer.» ¿No es eso?

PEDRO.—Sí, señora.

DOL.—Mi hija se enamoró de usted. No sé por qué. Porque la verdad es que usted no tiene nada de particular. Una figurilla como otra cualquiera, un bigotillo... en fin, nada...

PEDRO.—Muchas gracias, señora; es favor.

DOL.—Justicia, justicia seca. Y en efecto. Usted no ha cumplido su palabra. Usted come, bebe, fuma, pasea, duerme, y se acabó.

PEDRO.—Está usted equivocada. No se acabó. Corto el cupón y lo cobro todos los trimestres.

DOL.—Es verdad. Y además, es usted un sinvergüenza.

PEDRO.—¡Mamá! ¡Mamá!

DOL.—Sí, señor. Y esto no puede seguir así. Busque usted un destino.

PEDRO.—¿De temporero?

DOL.—No señor. Para toda la vida. Trabaje usted. La ociosidad es la madre de todos los vicios. ¿Qué dirá la gente viendo que no hace usted nada? ¡Que no sirve para nada! Vamos... ¿Qué ha hecho usted en un año que lleva de matrimonio? Hable usted. Diga usted, ¿qué fortuna va usted a legar a sus hijos?

PEDRO.—Si no los tengo, señora

DOL.—Ni eso. ¡Holgazán!

PEDRO.—Pido la palabra.

DOL.—Hable usted.

PEDRO.—Cuando yo me casé con Mercedes, lo hice enamorado, porque era un ángel; después resultó que el ángel tenía dinero.

DOL.—Ya se enteraría usted antes.

PEDRO.—Miel sobre hojuelas, me dije yo. ¿Iba por eso a renunciar a la boda? Ella me quiere... yo la quiero... somos felices y *tutti contenti*.

DOL.—A mí no me hable usted en latín.

PEDRO.—Perdería el tiempo. Usted no lo entiende.

DOL.—Lo que yo entiendo es que fui una tonta al darle a usted la mano de mi hija, y yo le juro...

Dichos, Mercedes y Enriqueta, por el foro izquierda.

ENR.—¿Qué tienes, mamá?

DOL.—¡Ah! Enriqueta... Tú, tú, no te casarás sino con un hombre que trabaje... Que sea algo en el mundo.

ENR.—(Aparte.) (Y Felipe que no es nada...)

MERC.—(A Pedro.) ¿Qué te ha dicho?

PEDRO.—Nada. Una porción de tontorías. Nada de particular... (Ato.) Pero tu madre tiene muchísima razón.

DOL.—Ya se ve que la tengo.

PEDRO.—Y voy a complacerla. Voy a vestirme. Me pondré un trajecito modesto, y a la calle. A pretender, a solicitar, a pedir un destino... No hay más remedio... Tengo amigos... Creo que me atenderán.

MERC.—Pero, Pedro.

PEDRO.—Nada, nada. Estoy decidido. ¡Ah! doña Dolores. Tengo una idea. A ver, qué le parece a usted. Voy a pedir un destino en el Ayuntamiento, ¿eh? En puertas. ¿Qué tal? El sueldo es lo de menos... No metiendo el pincho, siempre hay... claro... (Haciendo señal de dinero.)

DOL.—¿Se está usted burlando?

PEDRO.—¿Yo? Dios me libre. De ninguna manera. Necesito trabajar... cumplir con mi deber... Hacer algo. Iré al fielato en coche, ya que lo tengo. Mercedes; ya sabes, hija mía, vida nueva. Busca quien te acompañe, yo ya no puedo salir contigo ni almorzar... Manda comprar una tarterita para que yo me lleve el almuerzo. Tampoco podrá venir a comer... ni a dormir. Muchas noches me tocará de guardia... Nada, se acabó. Vida nueva. Doña Dolores, tiene usted muchísima razón. La ociosidad es la suegra, digo, la madre de todos los vicios. (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

Dichos menos Pedro.

DOL.—Soy una señora, pero tengo uñas. Vaya... Yo le araño a ese hombre.

MERC.—¡Mamá!

ENR.—¡Por Dios!

DOL.—Case usted a sus hijas, deles usted dote, para que luego se lo coma un zángano... Si me valiera...

MERC.—Cálmate, mamá.

ENR.—Vamos.

Dichas; Antonio, por el foro derecha.

ANT.—Ya debe haberse levantado ese... (Dirigiéndose a la primera puerta de la izquierda.)

MERC.—¿Quién? ¡Ah! ¡Don Antonio!

ANT.—(Viendo a Mercedes.) ¡Señora!

DOL.—¡Antoñito!

ANT.—¡Doña Dolores! (Saludando.) ¡Enriqueta!

ENR.—¡Hola!

ANT.—¿Ustedes en Madrid? ¡Qué sorpresa! ¡No sabía nada! (Aparte.) (Me paré de nuevas.)

DOL.—Este... éste sí que es un hombre... Trabajador... aplicado... Como su padre... que de Dios goce.

ANT.—Muchas gracias, muchas gracias... No merezco... Y Enriqueta, tan encantadora como siempre. Ya hacía dos meses que no te veía. Estás mucho más guapa... Pero mucho más guapa.

ENR.—Gracias.

DOL.—Ya lo creo. Te vas a llevar un pimpollo.

ANT.—Es verdad. Tiene usted mucha razón. Voy a tener una esposa modelo.

DOL.—Y criada y educada por mí... Figúrate tú... Hecha a mi imagen y semejanza... (Hablan bajo.)

ENR.—¿Lo ves? Ya están hablando de mi boda. (A Mercedes.) ¿Tú no le has dicho nada de Felipe?

MERC.—Imposible. Bonita está mamá.

ENR.—Pues me voy a divertir.

DOL.—Mira; no es que yo tenga prisa. Enriqueta está bien a mi lado. Ojalá no se casara nunca. Pero las jóvenes se pasan, hijo; se pasan, y tú, la verdad, Antoñito, no estás ya para esperar mucho... Digo, si ya tienes... alguna canilla que otra...

ANT.—¿Yo? (Aparte.) ¡Caramba! (¡Alguna que se me ha olvidado!)

DOL.—Conque, hijo, tú dirás. No es puñalada de pícaro, pero es preciso que vayamos hablando de los preliminares. ¿Verdad, Enriqueta?...

ENR.—Sí, señora.

ANT.—Por supuesto... Si yo sólo pienso en casarme con Enriqueta. En hacerla feliz; en serlo yo... De esto, ya nada tenemos que hablar... Por mí, cuando ella quiera.

ENR.—(Aparte.) Yo, nunca.

DOL.—Entonces, déjame a mí. Ya me conoces. Ya hablaremos de todo, Antonio. Es necesario.

ANT.—(Aparte.) Lo que es necesario es que yo vea en seguida a Pedro.

DOL.—En estas cosas hay que proceder con formalidad. Tú eres rico, mi hija también lleva una dote no despreciable. Tú seguirás trabajando, aumentaréis vuestra fortuna, y yo, unas veces en tu casa y otras en la de éstos (Señalando a Mercedes.) seré el ángel de paz que vele por todos vosotros.

ANT.—Quién lo duda. Pero con el permiso de ustedes, voy a ver a Pedro. (Se dirige hacia la primera puerta de la izquierda.)

DOL.—(A Enriqueta.) ¡Hija de mi alma! Separarme de tí. Otro golpe para este corazón.

Dichos; Pedro por la segunda puerta de la izquierda.

ANT.—(Viendo a Pedro.) Hombre, iba a saludarte y a decirte...

PEDRO.—(Con sombrero, gabán, etc.) No puedo detenerme, chico.

ANT.—Tengo que hablarte.

PEDRO.—Luego. Ahora, imposible. Voy a buscar un destino. Hasta luego.

ANT.—Pero...

PEDRO.—Hasta luego. (Se dirige al foro.)

Dichos; Pepe, por el foro derecha.

PEPE.—(Con un papel en la mano.) Señorito, han traído esta cuenta para usted.

PEDRO.—(Se detiene, coge el papel y baja al proscenio.) ¿Para mí?

ANT.—(¡Dios mío de mi alma!)

MERC.—¿Qué cuenta es esa? ¿A ver?

PEDRO.—Toma. (Entregándosela a Mercedes, Leyendo.) «Friginal, muebles de lujo.» «Doña Carolina López, debe...» Esta cuenta no es para casa, es una equivocación.

PEDRO.—Devuélvela, Pepe.

PEPE.—Está bien, señorito. (Vase por el foro derecha.)

PEDRO.—Hasta luego.

ANT.—Espera, Pedro. Te acompaño. (Así podrá decirle... Hemos estado al borde del abismo.) Hasta después. (Saludando.)

PEDRO.—Anda, hombre... que me corre mucha prisa el destino.

MERC.—Pero Pedro...

PEDRO.—Nada... La ociosidad... Ya sabes lo que dice tu madre.

Dichos y Pepe.

PEPE.—Dice el muchacho que ha traído la cuenta que al respaldo viene...

ANT.—(Otra vez. Ahora va de veras.)

DOL.—A ver, a ver. Algún lío. (Coge la cuenta y lee.) «Don Pedro Jiménez, barrio de Pozas. Hotel, cuarenta y ocho. Querido Pedro. Paga eso. Carolina.»

PEDRO.—¿Cómo?

ANT.—¡Abrete tierra!

MERC.—¿Qué es esto?

DOL.—(Leyendo.) «Media sillería de brocatel. Una cama de matrimonio. Una *chaiselongue*. Toma, toma, Mercedes; paga eso de tu marido.

ANT.—¡Debo estar verde!

DOL.—Pepe, diga usted que ya se pasará por allí el señorito

PEPE.—Está bien. (Vase.)

Dichos menos Pepe.

MERC.—(A Pedro.) Pedro, ¿qué es esto?

PEDRO.—Hija, no salgo de mi asombro. No sé.

DOL.—¿No sabe usted nada, eh? Pues yo sí. Esto ya lo esperaba yo. Si no hay otro remedio. ¡Pobre hija mía! Esto es... que cuando el diablo no tiene nada que hacer, se entretiene en ponerle cuartito a mujeres de poco más o menos, como será esa Carolina. ¡Es usted un infame!

ANT.—(Lo que yo me temía.)

PEDRO.—Señora, usted supone...

ENR.—Mamá.

MERC.—¡Dios mío! ¿Será posible?

DOL.—Y tan posible. No lo dudes.

MERC.—¡Engañarme!...

PEDRO.—Mercedes, ¿puedes creer?...

MERC.—¡Ingrato!

DOL.—Engañar a este ángel...

ENR.—¡Pobre hermana mía!

PEDRO.—¿Pero ves esto, Antonio?

ANT.—Sí, hombre, sí; pero ten calma. Todo se arreglará. Mercedes, Dolores, esto debe ser un error.

DOL.—¿Un error? ¡No, señor! ¡Un horror!

ANT.—Aquí hay una equivocación... Esto no puede ser. Vamos, calma... calma... (¡Si supieran!)

PEDRO.—Yo no necesito sincerarme, pero...

DOL.—¡Monstruo!

MERC.—¡Falso!

ENR.—¡Parece mentira!

PEDRO.—¡Que yo aguante esto!

ANT.—¡Pedro... serenidad!

MERC.—(Llorando.) ¡Ay Dios mío de mi alma!

DOL.—¡Buen pez nos ha salido!

Dichos. Felipe, por el foro derecha, con una pecera de cristal de esas de bola, con peces de colores y suspendida por una cadena.

FEL.—¿Se puede?

ENR.—¡Felipe!

ANT.—(A todos.) ¡Silencio, que hay visita! (Pausa. Durante esta pausa, todos disimulan el estado en que se hallan. Todos sonríen. Cuadro a juicio de los actores.)

FEL.—(Avanza con la pecera y dirigiéndose a doña Dolores.) Señora... Me he tomado la libertad de... no vale nada. Pero como sé que le gustan a usted los peces de colores...

DOL.—(Pegándole un empujón.) ¡Déjeme usted en paz, hombre, déjeme usted en paz! Antonio... ven conmigo, te necesito. (Felipe retrocede asustado.)

ANT.—Pero...

DOL.—En seguida... (Vase por la primera puerta de la derecha.)

ANT.—(¡Qué querrá. Dios mío!) (Dirigiéndose a Pedro que pasa.) (Calma, Pedro.) (A Felipe.) Beso a usted la mano. (Vase por la primera puerta de la derecha.)
Dichos, menos doña Dolores y Antonio.)

FEL.—¿Qué pasa aquí?

ENR.—No hagas caso, Felipe. Ya te contaré. (Hablan bajo.)

PEDRO.—(A Mercedes.) Mercedes, Mercedes, hija mía. Yo te juro...

MERC.—Calla.. No quiero oírte... Déjame.

PEDRO.—Pero mujer...

MERC.—No me hable usted.

PEDRO.—¿Sí? ¡Pues basta de contemplaciones! ¿No quieres creerme? ¡Meor! ¿Soy un calavera? ¡Mejor! (Aparte.) (¡Pero qué enredo es éste en que me han metido, Señor!...) (Vase por la primera puerta de la izquierda.)
Dichos, menos Pedro.

MERC.—¡Ay, qué desgraciada soy!

ENR.—Mercedes, no te nongas así...

FEL.—No se ponga usted así; Mercedes.

MERC.—¡Si esto es horrible!

FEL.—Sí... sí... Ya me ha dicho Enriqueta.

MERC.—Tenga usted fe en los hombres.

FEL.—No se puede. Pero hay algunos... Sin embargo... Pedro... No tienen do usted una prueba... no...

MERC.—Tengo una... Pero tiene usted razón... Necesito convencerme... Sí... Felipe... Usted es amigo nuestro...

FEL.—Sí, señora.

ENR.—Ya lo creo.

MERC.—¿Quiere usted hacerme un favor,

FEL.—Lo que usted quiera.

MERC.—Pues bien; le suplico, le ruego... Que vaya usted a casa de esa mujer.

ENR.—¿Este? No me gusta que vaya a esas cosas.

MERC.—Que se entere usted de todo. Y si es cierto, le diga usted que... Mi marido... es casado... Que es una infame... Una... llámeme usted todo lo que quiera.

FEL.—Descuide usted, señora... Pero ¿dónde vive?

MERC.—No lo sé.

FEL.—Entonces...

MERC.—¡Ah! Si... en casa de *Friginal*, el mueblista, le dirán a usted las señas. Ella se llama Carolina López.

FEL.—¿Y quién es esa señora?... ¿Qué es?

MERC.—Figúrese usted.

FEL.—Bueno... voy... volveré... ¡Ah! A ver si le habla usted a mamá de nosotros.

MERC.—Sí, sí...

FEL.—Muchas gracias. Hasta después. Cumpliré mi misión al pie de la letra.

ENR.—Que no esté allí mucho, Felipe. (Vase por el foro derecha.)
Dichos, menos Felipe

MERC.—¿Quién había de pensarlo? ¡Fíate de los hombres que parecen buenos, Enriqueta!

ENR.—Si todos son unos tunantes, menos Felipe.

MER.—¡Ah! ¡Estoy loca! ¡No sé qué voy a hacer!

ENR.—Pero Mercedes...

MER.—Déjame, déjame... (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

Enriqueta; Felípe con la pecera

ENR.—¡Pobre Mercedes! ¡Pobre hermana mía!

FEL.—¡Enriqueta!

ENR.—¡Felipe! ¿Tú aquí otra vez?

FEL.—¡Sí, hija mía! Salí tan precipitado que... no me acordé de... ¿A dónde voy yo con esto? (Señalando la pecera.)

ENR.—Es verdad. Trae, Felipe. Es gracioso. (Coloca la pecera encima de la mesa en un centro.)

FEL.—¡Hija! Está uno azarado. Primero con tu madre, que la verdad es que azara a cualquiera... Antes me hice un lío con Sevilla, que metí tres veces la bota, y si no me marchó, me toma tu madre por tonto, y no lo soy... Ya sabes tú que no lo soy.

ENR.—¿Qué has de serlo? Pero... anda... vete... Corre a hacer el encargo de Mercedes.

FEL.—Tienes razón. Voy... voy en seguida: (Volviendo.) Pero oye... ¿me quieres mucho?

ENR.—¡Mucho! ¿Y tú?

FEL.—Muchísimo.

ENR.—Y... ¿me querrás siempre lo mismo? ¿No variarás nunca? No harás lo que Pedro, ¿eh?

FEL.—Vamos, hombre calla... Yo qué he de hacer esas cosas. Yo no ando con mobiliarios.

ENR.—Bueno... vete, por Dios, que nos pueden ver. Si mamá sale.

FEL.—A tu madre la he conquistado ya con la pecera... Dásela... ¿eh?

ENR.—Sí... sí... no tengas cuidado.

FEL.—¡Adiós! ¡Hasta luego!... ¡No tardaré!... ¡Piensa en mí!... ¡No me olvides, que vengo en seguida. (Vase por el foro.)

ENR.—(Acompañándole hasta la puerta.) ¡Adiós! (Volviendo.) ¡Cuanto le quiero! ¡Pero la pobre Mercedes!... Voy a ver... (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

Pedro, solo

Saliendo por la primera puerta de la izquierda.) ¡Ea! Se acabó... Ahora mismo voy a casa del mueblista, a que me diga donde vive esa Carolina López y en cuanto lo sepa, a su casa... Allí sabré qué enredo es éste... No hay más remedio... ¡Bonito día! (Vase por el foro derecha.)

Antonio por la primera puerta de la derecha

ANT.—¡Qué compromiso! Buena comisión... ¿Que yo vaya a casa de Carolina? ¿Que le diga que Pedro Jiménez es casado?... Cuando Pedro Jiménez soy yo... ¡Yo! Que he tomado el nombre de... ¡No puede ser; imposible! Y si canto de plano y lo cuento todo, no me caso con Enriqueta, porque la madre, que me tiene por un hombre formal, al saber... ¡Vaya un lío! ¡No encuentro salida! ¿Qué voy a hacer?

Dicho, doña Dolores, por la primera puerta de la derecha, con mantilla y abrigo, etc.

DOL.—¡Antonio! ¡Antonio!

ANT.—Doña Dolores.

DOL.—¿No te has ido? Me alegro. He pensado otra cosa. Voy yo misma a ver a esa mujer. Acompáñame.

ANT.—(Aparte.) ¡Dios me asista! (Alto.) Dolores... doña Dolores... ¿Dónde va usted? Una señora como usted... de las circunstancias de usted... Usted no debe tratar con esa clase de mujeres. Eso se queda para mí.

DOL.—Pero...

ANT.—Créame usted, señora...

DOL.—¡Antonio!... ¡Es verdad!... ¡Tienes mucha razón! Soy una señora, y sobre todo, que sí voy... *La barro el principal*, como dicen en *El Barberillo*. Anda, anda tú.

ANT.—Sí, sí... (Aparte.) ¡María Santísima! (Vase por el foro derecha.)
DOL.—(Bajando al proscenio.) ¡Pero qué retepillos son todos los hombres!
¡Madre mía de las Angustias! ¡Qué retepillos! (Marcando el mutis por la primera
puerta de la derecha. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración y muebles que en el acto anterior,

Doña Dolores y Mercedes,

DOL.—¿Conque estás decidida, hija mía?

MERC.—A todo, mamá.

DOL.—Así quiero verte. Entera Nada de contemplaciones. A los hombres hay que tenerlos a raya. Enseñarles los dientes, porque si no, ellos son los que muerden.

MERC.—Tienes razón.

DOL.—Que me sobra. Déjame a mí. Pero no vengas luego con lágrimas y suspiros... Y no te ablandes con cuatro mimos que él te haga, porque si no, figúrate tú cómo va a quedar tu madre.

MERC.—No temas.

DOL.—Bueno. (Llama al timbre.)

Dichas; Pepe, por el foro.

PEPE.—¿Ha llamado la señora?

DOL.—Dígale usted al señorito que le aguardamos aquí.

PEPE.—Voy en seguida. (Entra en la primera puerta de la izquierda, sale a poco vase por la segunda puerta de la izquierda.)

DOL.—Ahora verá ese caballerito que le compra *chaisse-longues* a ciertas rójimas, quién es Dolores Sandoval y Ponce de León, viuda de Pérez.

Dichas. Pedro, por la primera puerta de la izquierda.

PEDRO.—(Saliendo. Aparte.) Juicio oral. (Alto.) ¿Me han llamado ustedes

DOL.—Sí, señor.

PEDRO.—¿Para qué?

DOL.—Para decirle... Siéntese usted.

PEDRO.—Estoy bien así.

DOL.—Siéntese usted, hombre.

PEDRO.—(Sentándose.) Muchas gracias.

DOL.—Para decirle... Que en vista de su conducta...

PEDRO.—No vuelvan ustedes a las andadas. ¡Esto es desesperante! Repito que no conozco a esa Carolina López. Ni sé quién es. Ni quiero saberlo. Por tanto...

DOL.—Hijo mío... Su sistema de defensa es deplorable. Un ciego vería claro en este asunto.

MERC.—Sí... un ciego... De manera que...

PEDRO.—¡Mercedes, por los clavos de Cristo! Ya sabes que te he dado pruebas de cariño... Me parece que debías tener confianza en mí.

DOL.—Pues no la tiene.

PEDRO.—Bueno. Pues hemos concluido, y hagan ustedes el favor de no volverme a hablar de este asunto.

DOL.—Eso es lo que usted quisiera... Pero no señor... ¡Ca! Hay que hablar, y muy clarito.

PEDRO.—(Aparte.) (¿Qué hago yo con esta señora?..)

DOL.—Pues Mercedes, con muy buen acuerdo, en vista de su proceder de

usted, y aconsejada por mí, ha decidido quitar a usted la administración de su fortuna.

PEDRO.—¿Qué? (Aparte.) (Calma.) (Alto.) ¿Y qué más?

DOL.—Espere usted, hombre. Nosotras no sabemos cómo se hacen esas cosas; pero Antonio, que es abogado, nos lo dirá, y se encargará del asunto. En ese espejo debía usted mirarse.

PEDRO.—¿Para qué?... Tiene muy mala luna.

DOL.—Un hombre intachable, trabajador.

PEDRO.—Muy bien. Perfectamente... ¿Y qué más?

DOL.—Pues como usted no tiene oficio ni beneficio, por decoro de ésta (Señalando a Mercedes.) y para que vea usted que no somos tiranas, se le señalará a usted una pensión mensual para café, tabaco... y demás vicios.

PEDRO.—¡Soberbio! Agradezco mucho... (Con ironía.) ¿Y qué cantidad es la que mensualmente voy a percibir?

DOL.—(Aparte a Mercedes.) ¿Lo ves?... Ni se indigna. Si te lo tengo dicho. Si es un gorrón. (Alto.) Pues... Me parece que con un duro diario tiene usted bastante, y le sobra. Yo no le daría a usted nada, pero, en fin, mi hija hará lo que quiera.

PEDRO.—Muchísimas gracias. Resumen: Mi señora me retira su confianza, y yo, de marido que soy, de cabeza de familia, según reza el padrón municipal, me quedo convertido en una especie de señora de compañía con bigote y demás adornos masculinos. Me dejarán ustedes salir los domingos y fiestas de guardar, y si me porto bien, tendré mis propinas, y si no, me pondrán ustedes de patitas en la calle como a la cocinera... Muy bien... Me someto... No puedo hacer más...

DOL.—(Aparte.) Este hombre me subleva con su sangre fría... Porque no me chillaba... ¡Ay!... ¡Entonces!... (Transición.) ¿Queda usted enterado?

PEDRO.—Los deseos de la señora, son órdenes para mí.

DOL.—Ven. Mercedes. Ven.

MERC.—(Aparte.) ¡Pobre Pedro!... Me dan ganas de...

DOL.—Vamos... (Vanse por la primera puerta de la derecha.)

PEDRO.—(Inclinándose.) ¡La señora será servida!

Pedro; a poco Antonio, por el foro derecha.

PEDRO.—¡Pero Dios mío!... ¿Quién será el miserable que me ha metido en estos líos? Es un amigo, como si lo viera. ¡Alguna bromita!... Pero yo lo averiguo o pierdo el nombre que tengo. ¡Si yo lo cogiera ahora mismo entre mis manos!...

ANT.—(Saliendo.) ¡Buenas tardes!

PEDRO.—(Paseándose agitado.) ¡Hola!

ANT.—(Aparte.) Qué agitado está... Claro

PEDRO.—Celebro que vengas.

ANT.—¿Qué quieres?

PEDRO.—¿Tú eres un buen amigo mío?

ANT.—Hombre, sí, no lo dudes.

PEDRO.—Ya sabes lo que me pasa.

ANT.—Sí... Ya...

PEDRO.—Necesito que me ayudes.

ANT.—Cuenta conmigo.

PEDRO.—Necesito encontrar a ese miserable que ha tomado mi nombre.

ANT.—¿Y quieres que yo te ayude?

PEDRO.—Justamente.

ANT.—Lo encontrarás.

PEDRO.—Sí... Le encontraré y le mataré. Tú mismo serás testigo de su muerte.

ANT.—(Aparte.) (Lo dado.) (Alto.) Pero, oye. ¿Has averiguado algo?... ¿Tienes indicios?

PEDRO.—Nada. No sé nada. Fui a casa de esa... De esa mujer para que me dijera, para que me diera las señas.

ANT.—¿Has ido tú?

PEDRO.—Sí... Pero inútilmente. Estaba de jira campestre con unos concejales en el Vivero.

ANT.—¿Eh?

PEDRO.—Pero esta tarde vuelvo. Vuelvo a su casa, y de allí no salgo sin saber el nombre del infame.

ANT.—¡Pedro!... ¡Amigo mío! ¡Te conozco! No vayas a hacer alguna barbaridad. ¿No tienes amigos? ¿No soy yo el más leal? Déjame, déjame a mí, que yo te prometo... (Aparte.) ¡Qué situación. Dios mío! ¡Qué situación! (Alto.) Que yo te prometo que conocerás al culpable. No lo dudes. (Aparte.) (Antes ciegos que tal veas... Yo necesito inventar algo...)

PEDRO.—Pero...

ANT.—¡Descansa en mí, hombre; descansa en mí! Yo iré a casa de Carolina y le diré... Oye tú... Digo, oiga usted... Necesito saber... Y me lo dice, hombre, me lo dice.

PEDRO.—Pues bien, sí. Tienes razón. Encárgate de todo... Porque yo no estoy en mí, y no respondo...

ANT.—(Aparte.) ¡(Cómo está este hombre!)

PEDRO.—En cuanto sepas quién es, me lo traes.

ANT.—En seguidita.

PEDRO.—Que yo lo tenga así, como te tengo a tí ahora, frente a frente, (Cogiéndole por las solapas.) y...

ANT.—Sí, hombre, sí... Que me arrugas.

PEDRO.—Perdona. Dispensa. Me voy. Quiero estar solo. No quiero ver a nadie. No sé ni lo que me hago. (Vase por la primera puerta de la izquierda y cierra.)

Antonio, a poco Mercedes, por la primera puerta de la derecha.

ANT.—Sí... Sabe lo que se hace. Si soy un mal amigo. (Llamando.) Pedro... Volviendo.) Pero no... Si no se lo puedo decir. ¡Si pierdo la boda, Dios mío!

MERC.—(Saliendo.) Mamá a tratado muy mal a Pedro, y yo necesito verle, hablarle... ¡Ah! ¡Antonio!

ANT.—A los pies de usted, Mercedes. (Aparte.) ¡Otra víctima mía! Soy un rimal.

MERC.—Y bien, Antonio, ¿qué hay? Ya me ha dicho mamá que usted fué... que le envió a casa de...

ANT.—Sí... Sí, señora. Pero esa mujer no estaba en casa.

MERC.—¿Cuánto le habrá costado a usted visitar a esa... Carolina.

ANT.—Sí, señora. Mucho. No lo sabe usted bien.

MERC.—¡Claro! Un hombre tan serio. Tan formal, como usted. Le estamos muy agradecidas, pero yo le ruego que no se violente en ir de nuevo. No hay necesidad. Yo por mi parte, encargué esa comisión a un amigo nuestro, de toda confianza.

ANT.—(Aparte.) ¡(Caracoles!) (Alto.) ¿A quién?

MERC.—A Felipe Gutiérrez... Un vecino del hotel de al lado. El novio de... (Aparte.) ¡Dios mío, qué iba yo a decir!... Si estoy trastornada.

ANT.—Y dice usted que...

MERC.—Sí. Le estoy esperando. Quizás él habrá sido más afortunado que usted. La habrá visto y sabremos toda la verdad.

ANT.—¿Toda la verdad? (Aparte.) (Aquí sobre uno.) (Alto.) Buenas tardes... con permiso... Tengo que hacer.

MERC.—¿Pero dónde va usted, Antonio? Mamá quiere verle.

Dichos, Felipe, por el foro de la derecha.

FEL.—¿Se puede?

MERC.—¡Ah! Felipe... pase usted.

ANT.—(Aparte.) (Este es el otro... Qué dirá...)

MERC.—Hable usted... Pronto.

FEL.—Esa señora no me ha recibido. Salió una doncella, vamos, una criada, me dijo... No está. Necesito verla. Pues vuelva usted. ¿A qué hora? No tiene ora fija.

ANT.—(Aparte.) (Respiro.)

FEL.—Y entonces yo... saqué una tarjeta, y le puse al dorso lo siguiente: Señora...» Le puse señora en clase de sustantivo común.

ANT.—(Aparte.) Este tiene cara de lila.

FEL.—Pedro no es lo que parece. Más noticias luego. Volveré a las seis. Le *be ele pe...* Felipe Gutiérrez... ¿Eh?

MERC.—Muy bien hecho. Muchas gracias.

ANT.—Muy bien hecho. (Aparte.) (Este no va a las seis... ¡Ca!)

MERC.—Con permiso de ustedes... ¡Ay! ¡Qué día! ¡Qué disgusto!... (Se dirige a la primera puerta de la izquierda y encontrándola cerrada se vuelve.) ¡Ah! ¡Se ha encerrado! Estaba por llamar y... No. No cedo. (Felipe y Antonio hablan bajo. Transición.) ¡Si yo pudiera ver desde la galería lo que hace Pedro en su cuarto!... ¿Y por qué no? Sí... Voy... Esto no quiere decir que yo le perdone. (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

Antonio y Felipe.

ANT.—¿Conque usted es amigo de...?

FEL.—Sí, señor.

ANT.—No tenía el gusto... ¡Ah! Sí, el de los peces.

FEL.—Sí, ese; sí, la... (Aparte.) (¿Dónde estará Enriqueta?)

ANT.—(Aparte.) (Yo necesito evitar a toda costa que éste vaya...) (Alto.) Pues como dicen los franceses... *Les amis de mes amis, son mes amis.*

FEL.—Sí, señor... Sí... (Aparte.) No sé lo que me ha dicho...

ANT.—Y me ha sido usted muy simpático.

FEL.—Gracias, Lo mismo digo. (Pausa.)

ANT.—¿Ha visto usted qué disgustos?...

FEL.—Ya, ya... Una familia que era tan dichosa... Y por un...

ANT.—Sí... sí... (Aparte.) (Por un mal amigo.) (Alto.) Sí, por un... ¿Y usted va a volver a las seis a?...

FEL.—Sí. Naturalmente. Debo cumplir el encargo de... Porque cuando a uno le... Es claro...

ANT.—No... Yo lo decía... Porque si usted no se quiere molestar, yo iré. Doña Dolores me ha hecho el mismo encargo, y... Yo soy como de la familia.

FEL.—Yo de la familia, todavía no... Pero...

ANT.—¿Eh?

FEL.—Pero tengo que hacer méritos, y ya que se ha presentado la ocasión...

ANT.—¿A ver? ¿A ver? (Aparte.) (¿Será cierto lo que sospecho?)

FEL.—Mire usted que Pedro... ¡Quién diría!... Tener una... Teniendo una mujer tan... Lo que es yo cuando me case...

ANT.—¡Ah! ¿Está usted en visperas de casarse? ¿Con quién? ¿con quién?

FEL.—Con Enriqueta, con la hermana de...

ANT.—¿Con Enriqueta? ¿Pero usted?...

FEL.—Sí, señor. Desde Sevilla, ya... La madre no sabe nada todavía. Pero... Todo se andará, porque la chica me quiere, y yo, para qué le iba a usted a decir...

ANT.—No. No hace falta. (Aparte.) Esto se complica. ¡Caramba! Lo primero es lo primero. Este me quiere birlar la novia. Yo se lo digo a doña Dolores; de lo otro, ya saldremos. Ya inventaremos algo.

FEL.—(¿Qué le pasa a este señor? Habla solo.)

ANT.—Conque, caballero, he tenido tanto gusto...

FEL.—El gusto ha sido mío.

ANT.—Antonio Bernáldez.

FEL.—Felipe Gutiérrez...

ANT.—Tendré una verdadera satisfacción en que logre usted sus deseos.

FEL.—Muchas gracias. Y si usted, como verdadero amigo de la casa, intercediera en estos amores... Yo le estaría...

ANT.—Sí, hombre, sí... Ya lo creo... Usted me manda. (Aparte.) Ahora verá. (Vase por la primera puerta de la derecha.)

Felipe, a poco Enriqueta, por la segunda puerta de la derecha.

FEL.—Este señor parece muy buena persona. Mercedes hablará de mí a su madre. Este caballero también... porque a él, después de todo, ¿qué le importa?... De modo que... de esta hecha... Cuando yo le hable a la madre... Camino llano. Camino llano.

ENR.—(Saliendo.) ¡Felipe! Te he sentido.

FEL.—¿Ya? Pues todavía no me he muerto

ENR.—Anda... anda... ¿Te vienes con chistes como en las comedias de ahora?

FEL.—Lo que vengo es decidido a hablarle a tu madre, si tú crees que es oportuno.

ENR.—No, Felipe, de ninguna manera. Ahora, no. Pues buena está mamá. Sobre todo, tengo que advertirte una cosa.

FEL.—¿Qué cosa es esa?

ENR.—¡Pues hijo mío! Que yo no me caso contigo sin que hagas algo. Sin que te ocupes en algo.

FEL.—Pero si soy rico. ¿Te parece poco?

ENR.—Nada, nada. Mamá tiene razón. El hombre debe tener ocupaciones. Ya ves Pedro, por no hacer nada, lo que ha hecho.

FEL.—Bueno. Pero, ¿a qué mé dedico? Tú dirás.

ENR.—Pues que te saquen un destino del Gobierno de veinte o treinta mil reales... Eso se lo dan a cualquiera.

FEL.—Eso es. Pero las horas de oficina no vamos a poder estar juntos.

ENR.—Es verdad. Pero mira, no vas, y ya está todo arreglado.

FEL.—Entonces es como si no estuviera ocupado.

ENR.—Cierto. No, destino... no. ¡Ah! Ya sé. ¿Por qué no te dedicas a jugar a la Bolsa?

FEL.—¡Hija! Si no entiendo una palabra. No he estado más que una vez y me salió loco. Vi a una perción de caballeros que gritaban, 4 por 100, 68,20. Exterior, 70,25. ¡Cubas! ¡Cubas! ¿Qué quieres, que compre Cubas? ¿Y dónde meto yo las Cubas?

ENR.—No. Es verdad. A la Bolsa, no.

FEL.—Voy a poner un almacén de muebles de lujo... Y como hay muchos como Pedro... Ya ves, que esto da...

ENR.—Sí... disgustos.

FEL.—Pues hija, lo pensamos más despacio. Déjalo. No pensemos ahora más que en nuestro amor.

ENR.—Sí, si... dices bien.

FEL.—¡Ay! Enriqueta. Si vieras qué ganas tengo de que uses la preposición.

ENR.—¿Qué dices, hombre?

FEL.—De que te llames Enriqueta Pérez de... Gutiérrez.

ENR.—¡Qué cosas tienes! ¿Pero cuándo será eso?

FEL.—Pues muy pronto. Tu hermana...

ENR.—Buena está mi hermana para ocuparse de nosotros.

FEL.—Y además... Un caballero muy amigo de esta casa y que ya es amigo mío, me ha prometido interesarse...

ENR.—¿Sí?... ¿Quién es? No adivino.

FEL.—Pues ahora mismo debe estar hablando con tu madre.

ENR.—¿Con mamá?

FEL.—Sí, tonta. Es don Antonio Bernáldez.

ENR.—¿Qué has hecho, Felipe?

FEL.—Me has asustado, hija... No hice más que hablarle, decirle que te quería, que tú me querías y que queríamos casarnos.

ENR.—Todo lo has echado a perder. Si ese caballero es el que quiere mamá que sea mi marido.

FEL.—¿Qué dices? ¡Jesús me valga! ¡La hemos hecho buena!

ENR.—Nos hemos lucido.

FEL.—Pero oye. Si ese hombre es muy viejo.

ENR.—Muchísimo. ¿Piensas tú que no le he visto?

FEL.—¿Y qué hacemos?

Dichos; doña Dolores y Antonio por la primera puerta de la derecha

DOL.—(A Felipe.) ¡Caballero!

ENR.—¡Mamá!

FEL.—¡Ay! ¡Su mamá!

ANT.—(Adarte.) ¡Ahora verá este mono. No faltaba más.)

DOL.—¡Caballerito!

FEL.—(Usa el diminutivo... ¡Mal!)

DOL.—Pues... Estaban ustedes solos, ¿eh?

ENR.—Sí. Yo salía de mi cuarto, y... llegó éste... Este caballero

FEL.—Sí... Sí, señora. Ella salía, yo llegaba y...

DOL.—Y estaban ustedes hablando de tonterías

FEL.—¿Cómo?

ENR.—¡Mamá!

ANT.—(Aparte.) (Anda... Ya verás.)

DOL.—Diciéndose... ¿Me quieres?... Te quiero, y todas esas paparruchas.

FEL.—¡Señora doña papa... digo, doña Dolores!...

DOL.—Acabo de saber que ha puesto usted los ojos en mi hija, y ya los está usted quitando, pero en seguidita.

FEL.—¡Señora!...

DOL.—No me hable usted del corazón, ni del alma, ni del fuego, ni de la pasión. Todo eso son tonterías. ¿Sabe usted? Esta niña se va a casar con este caballero... Porque, en fin... Porque yo quiero, ¡ea!

ANT.—Y yo también.

ENR.—¡Pero, mamá!

DOL.—Cállese usted. De modo, que... Desde hoy, tendremos muchísimo gusto que usted nos visite.

FEL.—¿Sí?

DOL.—Pero dejándole al portero la tarjeta doblada.

FEL.—Si no están ustedes, así lo haré.

DOL.—Es que no estaremos. Ahora vamos a salir mucho.

FEL.—Comprendo. Comprendo. (Aparte a Enriqueta.) Me echan.

ENR.—Te echan.

DOL.—(A Felipe.) ¿Qué le ha dicho usted?

FEL.—Nada.

ENR.—Nada.

DOL.—(A Enriqueta.) Venga usted acá. A tu cuarto en seguida.

ENR.—¡Pero mamá!...

DOL.—En seguida. (Vase Enriqueta por la segunda puerta de la derecha.)
Dichos menos Enriqueta.

FEL.—No la riña usted.

DOL.—Yo hago lo que quiero. Beso a usted la mano.

FEL.—No... No me bese usted nada todavía. (Aparte.) ¡Vaya! Ya me cargué yo. Aquí hay que hacer algo.)

DOL.—¿Cómo?

FEL.—Tengo que decirle a ese caballero... (Señalando a Antonio.) Que a mí no me... Que su conducta... En fin, que... Vamos, que a mí...

ANT.—(Pasando al lado de Felipe.) ¿Qué hay, hombre? ¿Qué hay?

FEL.—Pues hay... que va a haber bofetadas. Porque a mí...

DOL.—A ver... a ver... Cómo se entiende. Quita, Antonio. Delante de una señora pronunciar esas palabras. En casa extraña... Sin respetos sociales. Salga usted inmediatamente, y para no volver más.

ANT.—Eso. Eso. (Aparte.) (Al pelo. Este peón me lo comí.)

FEL.—Perdone usted... Pero... Bueno... He faltado... (A Antonio.) Nos veremos, caballero... (En alta voz.) Adiós, Enriqueta. (A doña Dolores.) Señora, a los pies de usted. (Medio mutis.) Mis afectos a Pedro y a su señora.

DOL.—Muchas gracias.

FEL.—Buenas tardes. (Vase por el foro de la derecha.)

ANT.—Vaya usted con Dios. (Aparte.) Me he salvado. Este ya no va a casa de la otra.

Dichos menos Felipe; después, Mercedes, por la segunda puerta de la izquierda.

MERC.—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?... Me parece haber oído...

DOL.—Sí. Acabo de echar a la calle a un amigo vuestro, al del tulipán, al de los peces de colores.

MERC.—¿A Felipe?... ¿Por qué?

ANT.—Mercedes... Cuando su madre de usted lo ha hecho...

MERC.—Sí. Lo comprendo... Pero es amigo de Pedro y...

DOL.—Le estaba haciendo a tu hermana las armas de Madrid, es decir, oso.

MERC.—Sí. Pero por eso no hay motivo.

DOL.—¿Cómo que no? Cuando sabes que quiero que Enriqueta se case con Antonio.

ANT.—Eso es. Y además... (Aparte.) (Buena idea.) Ese joven no es amigo de marido de usted.

Dichos. Enriqueta, medio oculta en la segunda puerta de la derecha.

ENR.—¿Qué dicen?... Si yo pudiera...

MERC.—Que no es amigo de...

ANT.—No señora. Lo repito. Ese joven no es amigo de su marido de usted. Dolores!

DOL.—¿Qué?

ANT.—¡Mercedes! Bien echado está. Así se evita una catástrofe. Ahora que Pedro no volverá a verle más, lo diré todo.

MERC.—¿Todo?

DOL.—¿Y qué es todo?

ANT.—Ese joven es el de... los muebles. El de la cama de matrimonio.

MERC.—¿Qué dice usted?

ANT.—El que ha tomado el nombre de Perico

DOL.—¿A ver? ¿A ver?

ANT.—Sí, señora... Es un libertino. Un calavera que tiene la mar de Caronas.

ENR.—(Llorando.) ¡Dios mío! (Desaparece.)

Dichos, menos Enriqueta.

ANT.—(Volviendo.) ¿Qué es eso?

DOL.—Nada. Lloriqueos de esa... No hay que hacerla caso.

MERC.—Eso que ha dicho usted, ¿es verdad, Antonio?

ANT.—Señora, yo no miento nunca. Tengo pruebas.

DOL.—Este no miente nunca.

MERC.—Luego mi marido es inocente.

ANT.—Naturalmente.

DOL.—¿Inocente?... ¡Qué lástima!

MERC.—Ya lo decía yo... ¿Ves, mamá?

DOL.—Sí. Sí. Ya veo. Sea enhorabuena. Pero no te fíes.

MERC.—Pero usted, ¿cómo ha sabido?... ¿Cómo no nos lo ha dicho usted antes y nos hubiera evitado?...

ANT.—Señora... Porque no se me había ocurrido. Digo, porque no sabía esa palabra. Pero luego, inquiriendo, preguntando, averiguando... ¿Qué menos podía hacer por unos amigos como ustedes? ¿Qué menos por devolver la paz a un matrimonio?

MERC.—Muchas gracias. Fíese usted de los que parecen tontos... Yo que iba a interceder por los amores de Enriqueta y de ese pillo...

ANT.—Iba usted a quitarme la novia, ¿eh?

MERC.—Sí... Perdone usted; pero ya de buena se ha librado Enriqueta.

DOL.—Ya lo creo. Con éste, con éste será feliz.

ANT.—De seguro. (Aparte.) (Esto marcha.)

MERC.—¡Ay, qué ganas tengo de contárselo todo a Pedro! ¡De hacer las paces con él! Ven, mamá; ven conmigo.

DOL.—Yo no. Yo no, hija mía. Quiero conservar incólume el principio de autoridad, por si acaso.

MERC.—Pues yo voy a llamarle.

ANT.—Alto, Mercedes... ¡Alto! Haga usted las paces con él, no me opongo. Es natural. Pero no le revele usted el nombre de ese falso amigo, porque entonces... Ya conoce usted a Pedro. Ibamos a tener un disgusto gordo, muy gordo. Quizás un lance personal.

MERC.—Es verdad.

DOL.—Tiene muchísima razón. Este es un hombre previsor.

ANT.—Y además, los favores se hacen completos, o no se hacen.

DOL.—Antonio, ¿qué quieres decir con eso? No te comprometas.

MERC.—No, Antonio.

ANT.—Déjenme ustedes. Sé lo que me toca hacer. Pedro en mi caso haría lo mismo, y yo debo hacer lo que Pedro haría. ¡Ah! ¿Se juega así impunemente con la tranquilidad de un hogar?... ¿Así se destruye un nido de amor? No, y mil veces no... Y me marchó... déjeme usted. (Aparte.) Yo no me presento delante de Pedro... Va a conocerme en la cara que soy un embustero.

DOL.—Prudencia, Antonio.

MERC.—¡Por Dios!

ANT.—(Desde el foro.) Voy a cumplir con mi deber. (Vase por el foro derecha.)

Doña Dolores y Mercedes; a poco Pedro, por la primera puerta de la izquierda.

DOL.—Este estropea a ese mequetrefe. Lo estropea, le conozco.

MERC.—Pero... (Viendo salir a Pedro.) ¡Ah!... ¡Mi marido!...

PEDRO.—Estoy impaciente. ¿Qué habrá hecho Antonio? (Viendo salir a doña Dolores y a Mercedes.) ¡Mi mujer y su madre aquí!... No quiero... (Retrocede.)

MERC.—¿Dónde vas, Pedro?

PEDRO.—A mi cuarto.

MERC.—Oye.

PEDRO.—¿Qué quieres?

MERC.—Que me oigas.

PEDRO.—¿Para qué?

DOL.—Oigala usted, hombre. Oigala usted.

MERC.—Sí... Mira... Tengo que decirte... Siéntate aquí, a mi lado. (Pedro se sienta.) ¿Ves? Así, juntitos... Como otras veces...

DOL.—(Aparte.) Aquí tocan a hacer la vista gorda. (Hojea un libro que habrá sobre la mesa.)

MERC.—Vuelve la cabeza, hombre. ¿No quieres mirarme?

PEDRO.—¿Qué es esto? ¿Qué cambio es este?

MERC.—Mamá y yo... Claro. Figúrate... Las apariencias te condenaban... ¿Qué íbamos a hacer? ¡Ay! ¡Pobrecito mío!... Cuánto habrás sufrido, ¿verdad?

DOL.—Naturalmente, mujer... Diselo ya.

PEDRO.—¿Pero qué? Hablen ustedes.

MERC.—Que lo hemos sabido todo. Que eres inocente.

PEDRO.—Toma, eso ya lo sabía yo. A quién se lo cuentas. Han caído ustedes por fin de su burro.

DOL.—Yo no he montado nunca, y en burro menos; de modo, que retire usted el burro.

MERC.—Sí... Pedro... Perdóname. He dudado de tí sin razón alguna. Antonio nos ha revelado la verdad.

PEDRO.—¿Antonio? Vamos. Ha cumplido su palabra. Es un buen amigo.

DOL.—Ya lo creo.

MERC.—(Haciéndole una caricia en la barba.) Conque ¿me perdonas?

PEDRO.—Quita...

DOL.—Hija... No le tomes el pelo. Qué tontería.

PEDRO.—Sí, te perdonó. ¿Podías dudar de mí? Pero tu madre...

DOL.—Hijo mío. Una madre es una madre. Y como la cosa tenía visos de verdad, porque todos ustedes son unos granujas... ¿Yo?... Pero en fin... Aquí están mis brazos. ¿Los quieres? Si no cierro... Vaya, venga el de Vergara.

PEDRO.—Con mucho gusto. (Se abrazan.) Pero bueno. Yo necesito saber ahora el nombre de quien me ha proporcionado este disgusto, para darle su merecido y que no vuelva... Porque supongo que Antonio os habrá dicho...

MERC.—(Haciendo señas a doña Dolores.) No... Antonio no nos ha dicho... No... ¿Verdad, mamá?

DOL.—No. No ha querido. Dice que ya te lo dirá cuando estés más tranquilo.

MERC.—Pero qué te importa. Pelillos a la mar, y sigamos viviendo como hasta ahora, tan felices, siendo esta casa una balsa de aceite.

PEDRO.—Sí... (Aparte.) Con tu madre encima.

MERC.—¿Qué cosa tan dulce es hacer las paces. Hoy me parece que te quiero más, muchísimo más... ¿Y tú?

PEDRO.—Como siempre.

MERC.—Estoy contentísima. Mira... ¿Quieres que salgamos los dos juntos a paseo esta tarde?

PEDRO.—Lo que quieras. Tú mandas. (Hablan bajo.)

DOL.—(¿Quieren irse para estar solos? El onceno, no estorbar. ¡Sea usted padre para esto!) (Vase por la primera puerta de la derecha.)

Dichos menos doña Dolores.

MER.—Verás... Ahora mismo voy a vestirme. Me pondré aquel traje que me sienta tan bien.

PEDRO.—Sí... Y aquel sombrero negro grande que te regalé.

MER.—Sí... Sí... Pero oye. Tú también necesitas... Estás con el traje de mañana. Voy a llamar a Pepe para que... Pero no... Yo misma sacaré la levita, te elegiré la corbata, y te lo prepararé todo... Voy ahora mismo... (Volviendo.) Pero ¡ay!... Mamá... (Indicando que se ha marchado.)

PEDRO.—¿Se ha ido?... Es claro, mujer, Si estábamos en plena Alcarria.

MER.—Tienes razón. Somos unos tontos. Pero unos tontos que se quieren mucho. Voy... voy en seguida. (Vase por la primera puerta de la izquierda.)

Pedro; a poco Enriqueta por la segunda puerta de la derecha

PEDRO.—Vaya; por fin me han hecho justicia. ¿Dudar de mí? Pensar que yo andaba en esos lios, cuando desde que me casé... hasta ahora, en buena hora diga... Pero, ¿quién habrá sido el amiguito que?...

ENR.—(Sale llorando.) ¡Quién había de pensar!... ¡Yo que!...

PEDRO.—¿Qué es eso? Enriqueta... ¿Tú llorando?

ENR.—Sí. ¿Que quieres que haga?

PEDRO.—¿Qué te ha pasado, mujer? ¡Ah! Vamos. ¿Que te ha reñido mamá? ¿Ella te conoce que hoy ha habido para todos.

ENR.—Sí, también. Pero mi pena es por verme engañada tan cruelmer

PEDRO.—¿Engañada?

ENR.—Sí, por Felipe. Por tu amigo... Tu vecino.

PEDRO.—¿Gutiérrez?

ENR.—Sí. Nos queríamos. ¿No te lo ha dicho Mercedes?

PEDRO.—No. Esta es la primer noticia.

ENR.—Pues, sí.

PEDRO.—No conocía esos amores.

ENR.—Nos conocimos en Sevilla. Lo de siempre. El iba a casa de las de amarez: aquellas muchachas, aquellas dos chicas chatas, bajitas.

PEDRO.—Sí.

ENR.—Allí me lo presentaron. Al principio, nada. Uno de tantos. Bailábamos, hablábamos... Pero luego: él empezó a mirarme, y una... Claro... Y ya no sé uno de tantos. Me dió una carta una noche, así... (Haciéndolo a escondidas.) Como se dan esas cosas, mientras bailamos un vals corrido. El sí que es corrido... Le dije que sí... Ojalá... No se lo hubiera dicho... Después, paseó mi calle, después hablábamos por la cancela en cuanto mamá se quedaba dormida en el patio. Me juró amor eterno. Me dijo que me quería siempre. ¡Ingrato! En fin, ya sabes tú lo que decís todos vosotros. Y ahora... me da este pago. Después de que le he escrito catorce cajas de papel de cartas, después de que le he dado mi retrato y hasta una sortijilla del cerquillo. ¡Si esto es para desesperarse! ¡Ay! Si llego yo a saber lo tuno que era... ¡Cualquier día me lo parto yo!

PEDRO.—¡Pobre Enriqueta!

ENR.—No me llames pobre. ¡No me compadezcas! Llámame tonta.

PEDRO.—Pues bien. Tonta, no sabía nada de todo eso. Pero oye, Enriqueta. ¿No quiere tu madre casarte con Antonio?

ENR.—Sí... Pero yo... Quiero a Felipe... Es decir, lo quería, pero... Me ha engañado, ha resultado un calavera, un infame. Ya ves lo que ha hecho conmigo.

PEDRO.—¿Conmigo?

ENR.—Abusar de tu confianza. Darnos a todos ese disgusto. Tomar tu nombre para...

PEDRO.—¡Ah! ¿Pero Felipe... es quien...?

ENR.—¡Claro! ¿Pero no lo sabías?

PEDRO.—Sí, sí. (Aparte.) (No han querido decirme nada para que yo no... ¡Vaya! Ya lo tengo. ¡Ahora calma, Pedro! Ya encontré al amiguito.)

ENR.—¿Qué dices?

PEDRO.—Nada. (Aparte.) (En cuanto lo coja...)

ENR.—Ya ves qué manera de proceder. Engañarte a tí y a mí y a todos. Con esa cara de inocente que tiene... (Rompiendo a llorar.)

PEDRO.—Vamos, vamos, Enriqueta. No seas tonta, olvídale... Ven, ven con tu madre. Antonio no es un chiquillo, pero te conviene.

ENR.—No... No voy a ver a mamá. Buena estará conmigo, y con razón.

PEDRO.—Vaya, vaya. Ven, ven a darla un beso. Yo la diré... No tengas cuidado.

ENR.—Bueno.

PEDRO.—¡Pobrecilla! Ven, ven. (Aparte.) (A Gutiérrez le ha tocado la lotería.) (Vanse por la primera puerta de la derecha.)

Mercedes; a poco, Felipe, por el foro, con un paquete en la mano.

MERC.—(Saliendo por la primera puerta de la izquierda.) Pedro... Ya está todo listo... ¿Pero no está?

FEL.—¿Hay permiso?

MERC.—¿Usted aquí, caballero?

FEL.—Ya sé que no debo... Pero... Su encargo de usted para mí era... Y mi deber. Y aquí está lo que esa Carolina me ha entregado para su marido de usted.

MERC.—¿Cómo?

FEL.—Llegué, subí, llamé... Me abrieron... la puerta... Vi a esa señora, muy guapa... mejorando... Le dije... Pedro Jiménez, casado, etcétera... etcétera... Le dió un ataque de nervios, después abrió un secreter, sacó unos papeles, hizo un paquete, me lo dió y aquí está. Llamó a una doncella y la dijo: Si viene Pedro no se le abre la puerta más y... punto. He cumplido. Estoy a los pies de usted.

MERC.—Un momento. Ese paquete no es para mi marido, y usted lo sabe muy bien.

FEL.—¿Yo?... ¡Señora! Mire usted... (Enseñándole el paquete.) Para Pedro Jiménez.

MERC.—Sí... sí... Pero no entiendo... (Aparte.) Si éste ha tomado el nombre de mi marido, ¿cómo él mismo me trae?...

FEL.—¿Habla sola?

MERC.—¿Pero no es usted el que tiene que ver con esa señora?

FEL.—¿Yo? Si no he estado en su casa más que cinco minutos.

MERC.—¿Qué es esto? ¿Pero esas cartas no son de usted, dirigidas a?...

FEL.—¿A quién, señora?

MERC.—A esa mujer.

FEL.—¿Yo?... ¿Cómo?... ¡Cá!... ¡Qué lío es este!

MERC.—¡Ay, Dios mío!... Sí... Me ha engañado... Nos han engañado. Antonio se ha puesto de acuerdo con mi marido para...

FEL.—Señora... Explíqueme usted.

MERC.—No. ¿Para qué?... Usted es un infeliz.

FEL.—Muchas gracias.

Dichos. Pedro, por la primera puerta de la derecha.

PEDRO.—¡Pobre Enriqueta! ¿Pero qué estoy viendo?

MERC.—¡Pedro!... Ahora verá.

FEL.—(Saludando a Pedro.) ¿Cómo está usted?

PEDRO.—Y a usted qué le importa. Venga usted acá. Ya le tengo a usted. Ahora vamos a vernos las caras.

FEL.—¿Eh? (Aparte.) Pero aquí todo el mundo está loco.

PEDRO.—Conque usted se entretiene en tomar los nombres de los amigos para sus trapicheos y sus conquistas, ¿eh?... Caballerito... Si no mirara...

MERC.—¿Pero por dónde has sabido tú?...

FEL.—Pero... ¡Caramba! ¡Demonio! ¿Qué dice usted?

MERC.—No. No finjas, Pedro. Este caballero es inocente. Tú... tú eres sólo culpable.

PEDRO.—¿Otra vez?

MER.—Sí. Antonio y tú os habéis puesto de acuerdo para echar la culpa a este pobrecillo.

FEL.—¡Caracoles! Antes infeliz, ahora pobrecillo. ¿Quién soy yo, camba?

PEDRO.—Pero mujer... Me quieres explicar...

MERC.—Sí. Ahora mismo. Voy a confundirte. Muérase usted de vergüenza. ¿Tiene sus cartas.

PEDRO.—¿Mis cartas?

MER.—Sí. Entréguele usted ese paquete.

FEL.—Aquí está: Ella misma me las ha entregado.

PEDRO.—(Abriendo el paquete.) Vaya, se acabó. (Examinando el paquete.) ¿Cartas? ¿a ver... Sí... Pedro Jiménez. Pero esta no es mi letra. Digo, me parece.

MER.—No..Pero en estos casos se finge.

PEDRO.—Flores, pelo... ¡Ah! (Cogiendo un retrato y ocultándolo.

MER.—¿Qué has ocultado?... Dámelo...

PEDRO.—Calla. Espera. Felipe, pase usted a mi cuarto.

FEL.—Pero...

PEDRO.—Vamos. En seguida.

FEL.—Pero quieren ustedes explicarme...

PEDRO.—(A Mercedes.) Antonio volverá, ¿eh?... (A Felipe.) Adentro, hombre, adentro.

FEL.—Pero yo...

PEDRO.—Entre usted, hombre. Entre usted. (Vase Felipe por la primera puerta a la izquierda; Pedro cierra la puerta.)

Dichos menos Felipe

PEDRO.—(A Mercedes.) Mira. (Enseñándole el retrato.)

MER.—¡Antonio!

PEDRO.—Sí... Ese es Pedro Jiménez, el de pega.

MER.—(Volviendo la fotografía y leyendo.) «A su nena, su nene... Pedro Jiménez.» (Volviéndose a Pedro.) ¡Pedro!...

PEDRO.—Venga... Mucha diplomacia. Estos son los hombres formales y trabajadores que tu madre quiere. ¡Cómo me voy a reír!

MER.—¡Quién había de pensarlo!

PEDRO.—Hija, donde menos se piensa salta un pillo.

Dichos; doña Dolores y Enriqueta por la primera puerta de la derecha

DOL.—¡Qué! ¿Ya no salís?

PEDRO.—No, señora... Nos quedamos en casa.

DOL.—Me alegro. Porque vengo a participaros que Enriqueta accede a mis deseos.

ENR.—Sí. Estoy decidida, Me caso, con Antonio. Es un poco viejo, pero en fin, es un hombre formal.

PEDRO.—Muy formal. Esa elección me agrada en extremo.

MER.—Y a mí también. Vas a ser muy dichosa... ¿Verdad, Pedro?

PEDRO.—Dichosísima.

DOL.—No lo tome usted a chacota. Hombres así, no se encuentran todos los días.

PEDRO.—¡Ca!... Qué se han de encontrar.

DOL.—Si tengo yo un ojo...

PEDRO.—Ya lo veo.

Dichos; Antonio por el foro de la derecha

ANT.—Buenas tardes.

PEDRO.—¡Antonio! ¡Antoñito de mi alma! ¡Venga un abrazo! ¡Muchas gracias por todo, chico!

ANT.—Calla, hombre, calla... Eso no merece la pena... Por un amigo...

MER.—Sí... Por un amigo...

DOL.—Te has portado muy bien, hijo.

ENR.—Nos ha devuelto la tranquilidad.

ANT.—Era mi deber. Yo por ustedes llevo hasta...

DOL.—¡Ah!... Oye. Supongo que tú no habrás vuelto a ver a ese tunante de Felipe.

MER.—Ni lo verá usted más... ¿No es verdad?

ANT.—No señora. (Aparte.) (Yo acabo de una vez) (Alto.) No es fácil que vuelva a verlo. Yo las cosas las hago bien o no las hago.

PEDRO.—¿Qué quieres decir con eso, Antonio? ¡Me asustas!

ANT.—Pues bien. Este era el dilema. Si yo no le buscaba, le buscabas tú. Si yo no le mataba, le matabas tú.

PEDRO.—¡Antonio! ¿Qué has hecho?

ANT.—Le maté.

ENR.—¡Pobre Felipe!

DOL.—¡Jesús!

MERC.—(Riéndose.) ¡Qué embustero!

PEDRO.—¡Horror! ¿Y cómo ha sido?... Tan pronto...

ANT.—Salí. Le busqué. Le encontré. Le di dos bofetadas. Tenía que batirse. Y en su mismo jardín, hace cinco minutos. Dos amigos, un médico. El campo del honor, una explanada, dos aceros que chocan, y ¡záz! un hombre que cae.

TODOS.—¡Ah!

PEDRO.—De puro embustero. (Dirigiéndose a la puerta primera de la izquierda.) Dichos; Felipe, por la primera puerta de la izquierda.

PEDRO.—Salga usted. Presento a ustedes los restos mortales de Felipe Gutiérrez.

ANT.—¡Pum! ¡El bólido!

ENR.—¡Felipe!

DOL.—¡El de la pecera!

MERC.—(Riéndose.) ¿Qué tal?

FEL.—Pero yo no entiendo una palabra de todo esto.

PEDRO.—Antonio. (Dándole el retrato.) Toma, a Pedro Giménez. Toma las cartas de Pedro Jiménez. Y un puntapié del verdadero Pedro Jiménez.

ANT.—Y la puerta de Pedro Jiménez. Aquí me han conocido. (Vase por el foro.)

Dichos menos Antonio.

DOL.—Pero yo me quedo con la boca abierta.

FEL.—Pues ciérrela usted.

DOL.—De modo, que Antonio...

PEDRO.—Sí, señora. Felipe, venga usted aquí.

FEL.—¿Otra vez? Pero aquí me traen y me llevan...

PEDRO.—No, hombre. Ahora es al lado de su futura...

DOL.—¿Cómo?

MERC.—Sí, mamá, se quieren.

PEDRO.—Serán felices.

ENR.)
FEL.) Ya lo creo. (Felipe abraza a Enriqueta.)

DOL.—(A Felipe.) ¿Pero se ocupa usted en algo?

FEL.—Pues ya lo ve usted.

PEDRO.—Doña Dolores... La ociosidad es la madre de todos los vicios, cuando se quieren tener vicios.

DOL.—Es verdad. Me equivoqué, y mira, es extraño, porque yo no suelo equivocarme nunca.

MERC.—Pues mamá... pruébalo.

DOL.—¿Cómo?

MERC.—Pues... (Señalando al público.)

DOL.—En seguida. (Al público.) ¿Verdad que ha gustado la comedia? Yo así lo creo. ¿Me equivocó?... ¡No me dejen ustedes fea! (Telón.)

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.
Economía por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.-MADRID



Los filtros para agua "ARSO" son los más económicos y los que más rinden. Se sirven bueltas para todos los sistemas de filtros a precios reducidos. De venta:

Casa "ARSO" - Madrid
CALLE CARDENAL CISNEROS, NÚM. 28

PARA AUMENTAR DE PESO

tonificarse nervios y músculos
y adquirir buen apetito, tome el

HIPODERMOL

FRINÉ

REVISTA FEMENINA

A NUESTRAS LECTORAS

Cumplida la parte más esencial de nuestro propósito al fundar esta Revista— la divulgación de los más interesantes temas acerca del **Hogar**, la **Higiene** y la **Tollette**, etc. etc.—, nos complacemos en manifestar que a partir del corriente número, FRINÉ queda convertido en una interesantísima Revista de Modas que publicará más de

CIEN FIGURINES SEMANALES

confeccionados por los más famosos modistos de Londres, París y New-York. Esto no será óbice para que sigamos consagrando como hasta aquí una muy preferente atención a todas aquellas fundamentales materias que integran el mundo social, intelectual y físico de la Mujer.

El precio y el formato de esta Revista seguirá siendo el mismo.



La lampara
Osram



LUCE
MUCHO



Y GASTA
POCO

CONCESIONARIO:

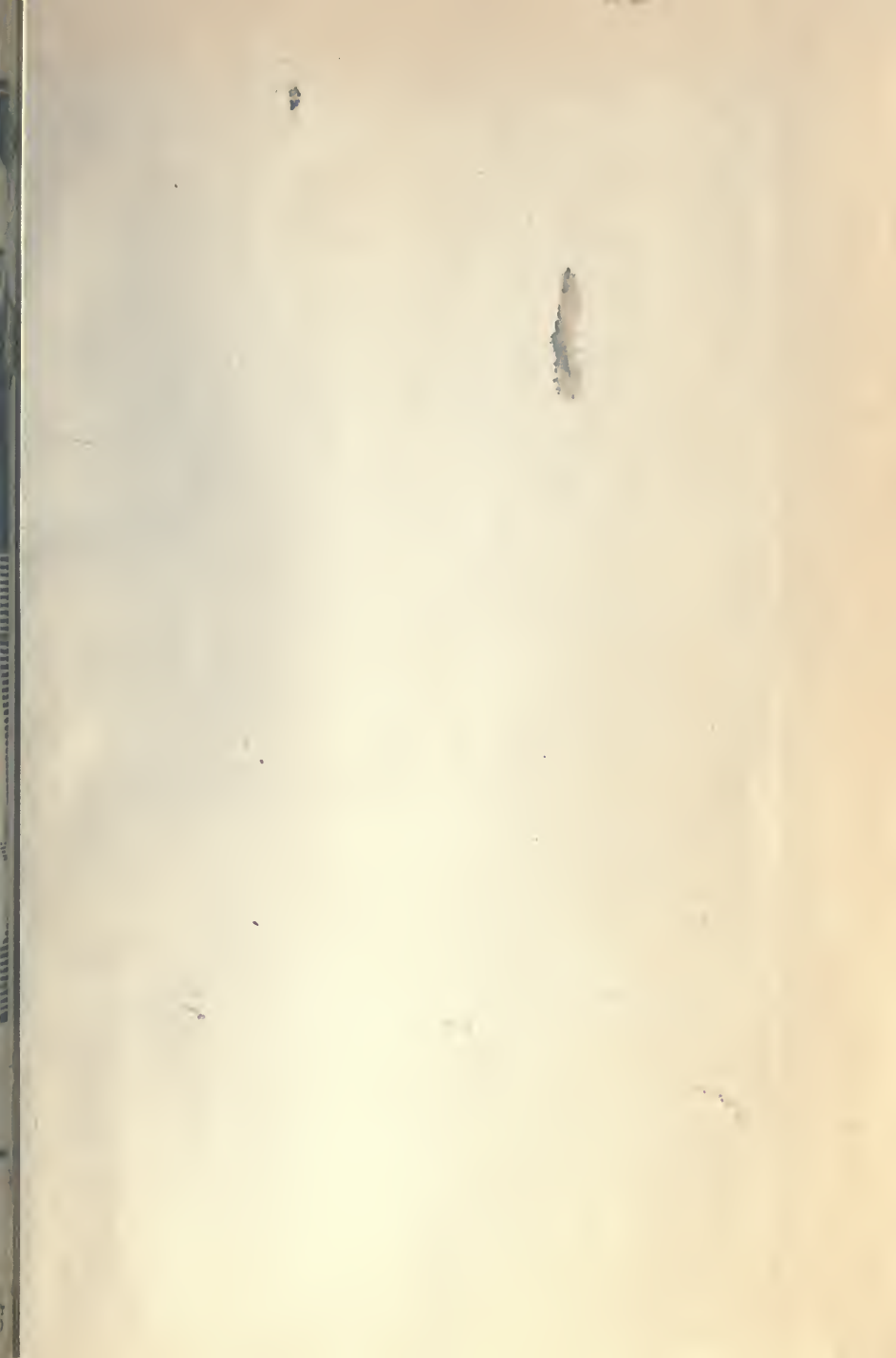
MARIANA PINEDA,

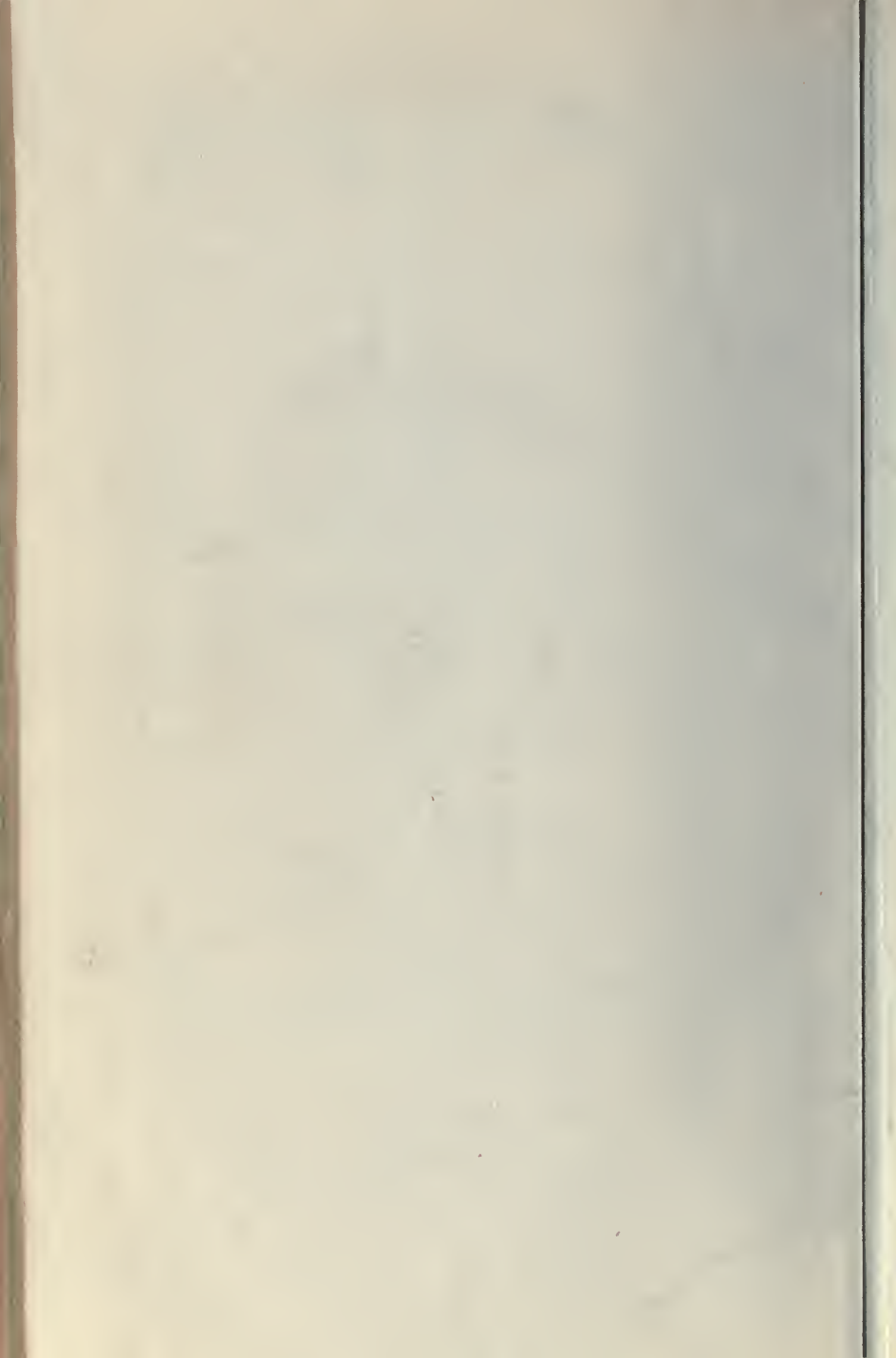
LEON ORNSTEIN

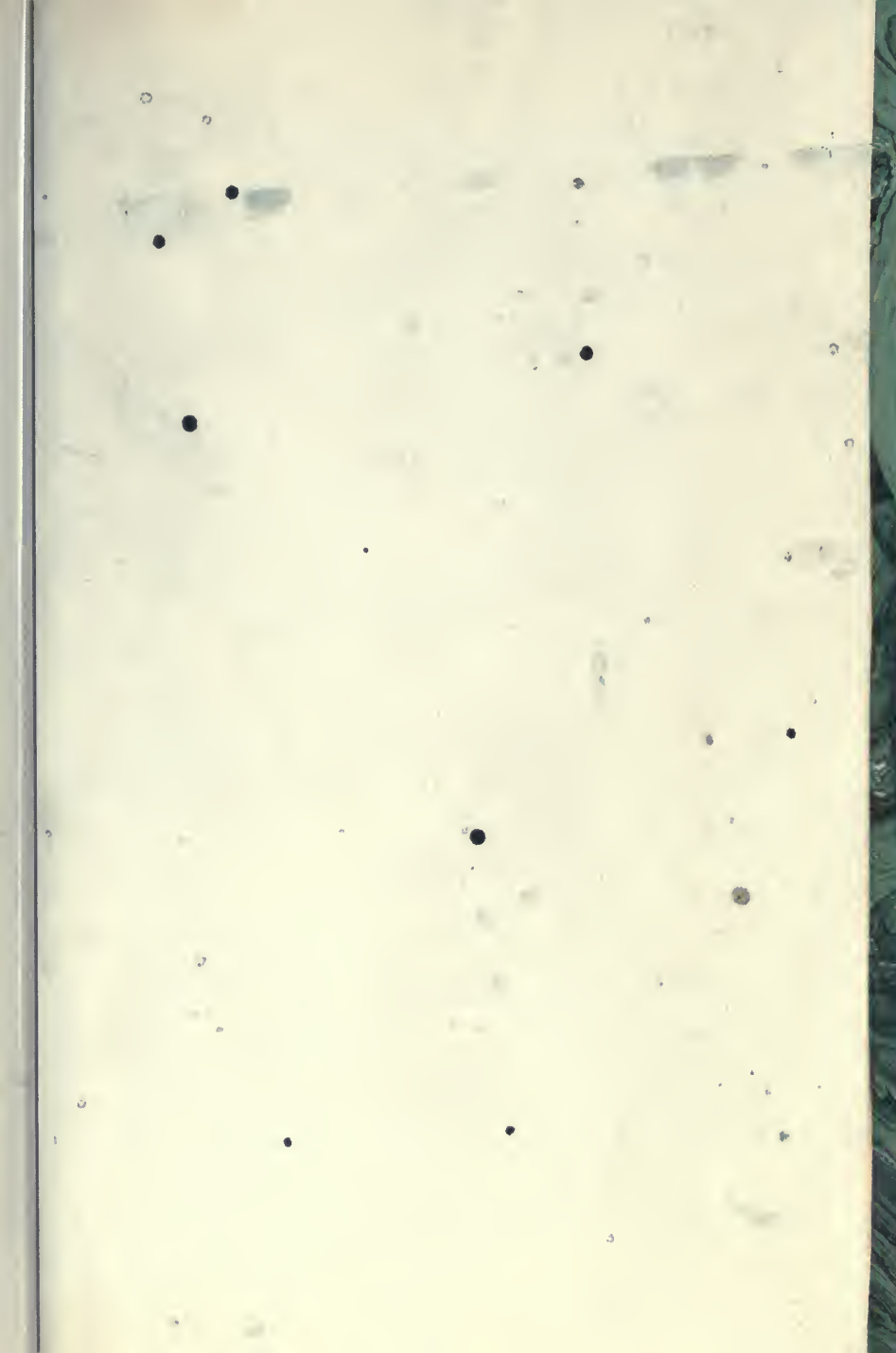
MADRID

LA POPULAR

propietaria de La Novela Corta, La Novela Teatral y El
Antonio Palomino, núm. 1, y Calvo Asensio, núm. 3 —MAD









PQ
6227
N6
no. 56-
81

La Novela teatral

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY
